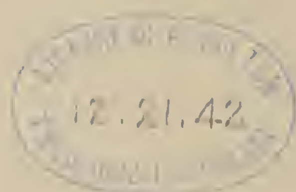




R. P. JAIME SALA MOLTÓ

† 18 de Febrero de 1914.

Nueva Biblioteca de Autores Españoles
bajo la dirección del
Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
20



Obras Místicas

del

D. R. P. Fr. Juan de los Angeles

Ministro provincial de la antigua Provincia Franciscano-descalza de San José.

Anotadas y precedidas de una Introducción bio-bibliográfica

por el

P. Fr. Jaime Sala
Franciscano de la Provincia de Valencia.



Parte Primera

I. Triunfos del amor de Dios (Parte). — II. Diálogos de la Conquista del Reino de Dios. — III. Manual de Vida Perfecta. — IV. Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma. — V. Tratado de los soberanos misterios de la Misa. — VI. De cómo el alma ha de traer siempre á Dios presente delante de sí. — VII. Libro primero del Vergel del ánima religiosa.



Madrid
Casa Editorial Bailly-Baillière
Núñez de Balboa, núm. 21.
1912

INTRODUCCIÓN BIO-BIBLIOGRÁFICA

Á LAS OBRAS MÍSTICAS DEL P. FR. JUAN DE LOS ÁNGELES

(1536 † 1609)

---

1. En diciembre del año mil novecientos nueve, exhortando yo á los lectores de la *Revista Franciscana* á conmemorar con obsequios fraternales el centenario de la muerte del P. Angeles, decía: «A trabajar, pues, todos, y á ver si levantamos en este año un obelisco y mausoleo, siquier sea literario, donde el P. Angeles sea más venerado de las futuras generaciones que lo fué de las pasadas y presentes. Por de pronto, la Providencia divina ha querido que el sapientísimo maestro Menéndez y Pelayo, el primero que dió á conocer en España á este místico ignorado y harto olvidado, se interese para que la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* reproduzca todas sus obras; y, Dios mediante, todas saldrán á luz durante el siguiente año» (1). Mis esperanzas y promesas se han retardado dos años todavía; pero ya son un hecho y realidad consoladora, que confirmará una vez más el refrán de los resignados: «más vale tarde que nunca»; y sólo falta ahora que yo cumpla lo prometido de dar una «Introducción razonada y digna sobre la vida y escritos de dicho autor» (2), para que no se arrepientan los amigos que me abrieron las puertas de esta *Biblioteca*, tan autorizada por las firmas de sus colaboradores y por el esmero y perfección de sus producciones tipográficas.

Quiero paladinamente confesar que muchos de mis hermanos, con más talento é ingenio, hubieran podido hacerla más amena é interesante; yo sólo aseguro á mis lectores que practiqué las mayores diligencias para que resultase completa, y los pormenores y documentos que diere probarán evidentemente que preparé este trabajo, no sólo con gran diligencia y esfuerzos, sino también con especial cariño y complacencia.

2. Y lo primero que me cumple, á fuer de biógrafo, es distinguir á mi encomendado de otros homónimos con quienes pudiera confundirse en los siglos que vivió el Padre Descalzo.

Hubo, en efecto, un P. Fr. Juan de los Angeles dominico, del cual habló el Sr. Rodríguez Marín (3), y era Lector de Prima en Sevilla á últimos del siglo XVI. El libro de Fuensalida guarda memoria de otro del mismo nombre y título, que fué Guardián en la Provincia de San José, y firmaba como discreto en la segunda decena del siglo XVII (4). Y, aunque más adelantada esta centuria, también hubo un tocayo del P. Angeles en la

(1) *Revista Franciscana*, quincenal ilustrada. Año XXXVII. Vich, Tipografía Franciscana, 1909, pág. 586.
(2) Ibidem.
(3) *Rinconete y Cortadillo*. Sevilla, 1905, pág. 33.
(4) Archivo del convento de Pastrana, cajón 68, leg. 8.º. Habiendo muerto mi biografiado en 1609, no podía ser el firmante de las partidas que se hallan en los años 1615, 1616 y 1617.

Provincia de San Pablo, ejemplar y dechado de varones apostólicos ([1]). Cada uno tiene méritos propios para llenar decorosamente un puesto en la historia de nuestra patria, pero que no podré yo enaltecerlos, porque me faltaría espacio para hablar del autor de los *Diálogos de la Conquista del Reino de Dios*, y cuya biografía es tan poco conocida, que el mismo Rouselot, no obstante su erudición y conocimiento de sus libros, pretende que se debe estudiar á mediados del siglo XVI ([2]), barajando la memoria del místico con la de otro Descalzo más obscuro que vivió y floreció en la Provincia de los Angeles, de quien no he logrado noticias.

3. Sea lo segundo averiguar la patria del sujeto que historiamos, porque ha cundido ya la opinión de que era extremeño, y aunque harto vaga la noticia, pues se lo podrían disputar Cáceres y Badajoz, provincias de Extremadura, creo que tal versión es falsa y debe por ende corregirse. El primero que soltó la especie, con duda prudencial, fué Gallardo, que al acabar la descripción de los *Triunfos del amor de Dios* preguntaba: «¿será extremeño?» ([3]). Tras el padre de los bibliófilos españoles intentó desvanecer la duda el Sr. Barrantes, en su *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura*, diciendo que Gallardo «*suponía* con razón que Fr. Juan era extremeño» ([4]); pero no alega él ninguna para probarlo, pues no creo que copie como presunción de prueba la carta encomiástica y tercetos de Fr. Angel de Badajoz, ya que á continuación de ellos se halla una octava de Fr. Antonio de Santa María, la cual podría servir de argumento para juzgarlo castellano viejo. Estas frases del cronista de Extremadura fácilmente pudieron inducir en otros la misma creencia, que siguió sin recelos el mismo Sr. Menéndez y Pelayo cuando, entre todos los franciscanos que escribieron acerca del amor de Dios, quiere dar «la palma de buen grado al extremeño Fr. Juan de los Angeles» ([5]). A pesar del respeto y veneración que tengo hacia tales maestros, me permitirán que les diga que hay *mayores probabilidades* para afirmar que fué avilés, si por la nueva división territorial de nuestra península no se prefiere llamarlo toledano, y de un anexo de Oropesa llamado la Corchuela. He dicho *mayores probabilidades* y no certeza, porque por ahora sólo hallo cierto que una hermana del P. Angeles, Mariana Martínez, era vecina y tal vez natural de dicha aldea, y todo hace creer que allí naciera y fuera bautizado Juan Martínez, en aquellos tiempos que tanto se apreciaba la patria chica, aunque fuera tan obscura como Nazaret para los judíos. Deduzco esta afirmación de una cláusula de la escritura que luego copiaré íntegra, y dice que «está tratado y concertado que Ana Martínez, sobrina del padre fray Juan de los An-

([1]) Lleva su vida Fr. Juan de San Antonio en el tomo II de la *Crónica de la Provincia de San Pablo*, Madrid, MDCCXXIX, págs. 446-450, y fué natural de Santa Olalla, obispado de Ciudad-Rodrigo, y nació en 1625 y pasó en la Orden veintinueve años de los cincuenta que vivió, falleciendo en Arévalo á 17 de mayo de 1675. El cronista no dice si escribió algún libro.

([2]) *Les Mystiques Espagnols*. París, 1867, pág. 122, dice: «Anterieur à Sainte Thérèse, car il florissait dans la première moitié du XVIe siècle». No es esta la única inexactitud que vertió hablando de nuestro hermano, según tendré ocasión de notar más adelante.

([3]) *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, t. I, col. 211. Madrid, 1863.

([4]) Tomo II de la obra citada, pág. 159. Madrid, establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, 1875.

([5]) *Ideas estéticas*, t. II, siglos XVI y XVII, pág. 138. Así lo juzga también el Sr. Torres Galeote en su discurso «La Mística española», Sevilla, 1907, pág. 6. Lo mismo Fitz-Maurice-Kelly, *Historia de la literatura española*, traducida por Adolfo Bonilla, Madrid (sin año), página 277, donde sólo juzga al P. Angeles por su obra de los *Triunfos del amor de Dios*.

»geles..., hija legítima de Agustín Hernández, difunto, y de Ana Martínez, su muger, »vezinos del lugar de la Corchuela..., se ha de desposar é casar... con Juan García» (1).

Inútil creo advertir que hice cuantas pesquisas pude para ver si hallaba documentos sobre la naturaleza y patria de mi biografiado, y pareciéndome insuficientes los datos de los párrocos de Oropesa y la Calzada (2), á cuyos archivos pasaron los libros de la Corchuela, alcancé permiso de mis superiores para hacer un viaje y registrar en persona lo que allí se conservaba; pero solamente logré confirmarme en lo que había conjeturado, y algunos datos curiosos sobre los mencionados parientes. Por tanto, si nuevas investigaciones no evidencian otra cosa, doy por sentado que el P. Angeles fué gloria del obispado de Avila y que nació y fué cristianado en la iglesia de la Asunción de la Corchuela, llamada así sin duda por los muchos alcornoques que festonean la montaña del Cristo, cabe la cual están esparramadas las casas de esta aldea, que con otras aun subsistentes ó ya desaparecidas formaban el rincón vulgarmente bautizado *campana* de Oropesa (3). Sin tanta seguridad, pero con bastante fundamento, me atrevo también á fijar como fecha aproximada de su nacimiento el año mil quinientos treinta y seis, veintiuno más tarde que Santa Teresa, á la cual quería Rouselot hacerlo anterior.

4. Y si la cuna de Juanito Martínez está envuelta entre penumbras de incertidumbre, no tengo más luz para saber dónde hizo sus primeros estudios antes de entrar en la Orden Seráfica. Lo más verosímil es que empezara á estudiar las primeras letras en su aldea, y viéndole sus padres tan avispado y amante del estudio, se impusieran el sacrificio de enviarlo, ya zagalejo, á la villa, que sólo distaba una legua de su casa, y donde á la sazón había un buen colegio, que más tarde tuvo ínfulas de universidad (4).

(1) Madrid, Archivo de Protocolos. Prot. de Juan Calvo Escudero, año 1608, f. 1707. Aunque parezca inverosímil, dos años enteros me costó el adquirir este documento, que conocía por la nota lacónica del Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor en el tomo III de su *Bibliografía Madrileña*, Madrid, 1907, pág. 328; y aun entonces por la valiosa intercesión del sabio y desinteresado amigo D. Francisco Rodríguez Marín, que parece había visto esta escritura al decir en su estudio sobre *Pedro Espinosa* que «la anarquía era la única ley» que regulaba el ponerse apellidos, pues vemos cómo aquí toma la hija el de la madre.

(2) Debo dar testimonio público de gratitud á D. Martín Bermejo y D. Patricio Castillo, no sólo por la prontitud con que contestaron á mis cartas, sino también por la deferencia con que me franquearon sus archivos para buscar lo que me interesaba.

(3) En el libro *Becerro del Archivo parroquial de Oropesa* (fs. 243-247), donde se describen las fundaciones y legados píos, se consignan las mandas que hizo el Bachiller Gutiérrez Martínez, cura, que testó ante Francisco González, escribano público, á 20 de mayo de 1536, para que las distribuyeran entre las viudas, huérfanos y pobres de la villa y sus anexos, que son: «La Fuente del Maestro, la Corchuela, San Julián, *Malincada*, *Guadiervas*, Navalcán, Parrillas, *Bentas*, *Bentosilla*, *Bobadilla* y *Casa del Cano*», f. 243 v. Los nombres de los caseríos subrayados indican que ya han desaparecido, y aun los existentes son pequeños, y la Corchuela no cuenta más de doce casas.

(4) Los datos que tengo sobre este centro son de época más posterior á la en que estudió nuestro aldeano, es decir, cuando D. Francisco Alvarez de Toledo, y en virtud del concordato del Conde D. Juan, hecho en Oropesa á 12 de marzo de 1590, consiguió que se encargaran del Colegio los Padres de la Compañía de Jesús en 13 de abril del mismo año. Y mientras se les edificaba casa é iglesia suntuosas, dirigidas por el arquitecto Juan Herrera, fueron multiplicando las cátedras y enseñanza de varias asignaturas, hasta que le consiguieron privilegios de Universidad y agregación á la de Toledo. Y como los Condes de Oropesa fueron nobles con los Jesuítas, éstos también se impusieron sacrificios por los oropesanos, y en 31 de enero de 1595 el Padre Provincial de Toledo, Francisco Pérez, con poderes del Padre General Claudio Aquaviva, se comprometía á mantener allí 35 Religiosos, en su mayor parte consagrados á la enseñanza. Allí estuvieron hasta julio de 1773.

Allí estudiaría tres ó cuatro cursos de Latín y Humanidades, bajo la dirección de sabios y celosos sacerdotes, ya que los Jesuítas parece que no se encargaron de aquel centro hasta fines del siglo XVI; y allí se le despertarían las ansias de adquirir mayor cultura para ser más útil al pueblo en el ministerio apostólico á que desde pequeñuelo se sintió inclinado: y los adelantos del mozo y las exhortaciones de sus preceptores recabaron de sus padres que, ya perfeccionado en latín, pasase á la Universidad de Alcalá para tomar un baño de griego y hebreo. Así, pues, me parece que el «Juan del rincón de Oropesa *abulensis*» (1), y de diez y siete años de edad, que se matriculó entre los de la sección de *Rethorici graeci et hebraici* á treinta y uno de octubre de mil quinientos cincuenta y tres, era nuestro biografiado. Si el Sr. Luis de la Serna, secretario, no hubiera sido tan avaro de papel al inscribir á los matriculados, cuyos datos biográficos no habían de llevar más de una línea en los cuadernos que á guisa de volantes compilaba, y hubiera puesto el apellido á ese Juan, como suelen llevarlo la mayor parte de los estudiantes, podría apuntar como deducción cierta lo que con ese olvido no pasa de fundada conjetura. La fundo en frases que dejan entrever que estudió en dicha Universidad (2), y en otras expresiones que sobre su edad se le escapan y concuerdan con los años que se le dan en tal registro (3). Además, el hecho de no consignarse más que en el año predicho el nombre del aldeano, confirma mi apreciación de que sólo fué allá para perfeccionarse en latín y estudiar las lenguas que no se enseñaban en el colegio de Oropesa, y en las cuales, si no consumadísimo, se muestra bastante instruído (4).

5. Esperanzas tendrían los padres de nuestro biografiado que, siguiendo la carrera eclesiástica, fuera, corriendo los años, el sostén de su casa, lumbre de sus ojos y báculo de su vejez; pero Juanito no era planta para arraigada en el mundo, y probablemente en las primeras visitas que hizo el Penitente de Alcántara al colegio de Oro-

(1) Libros de Matrículas de la Universidad de Alcalá, en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, sección cit., f. 1.º, curso de 1553-54.

(2) En el libro *Considerationum spiritualium super librum Cantici Canticorum*, Matriti, Typographia regia, 1607, pág. 140, dice: «Inclínase el colegial de Alcalá cuando oye nombrar á su Patrón, porque le da casa en que viva y sustento para sus estudios, ¿y no se doblará y humillará el cristiano cuando suena en sus oídos Jesús, por el cual tiene vida de gracia y espera vida de gloria?» La espontaneidad y sencillez con que se expresa descubren que él mismo hizo estas reverencias al venerable Cisneros, las cuales pueden servir de testimonio para confirmar el culto que allí se le tributaba pocos años después de su muerte.

(3) Como buen hijo de San Francisco, habla poco de sí mismo, pero todavía nos dice que no bastan «para excusarme de culpa (por meterse á exponer el *Cantar de los Cantares*) representar veinte y cuatro años de púlpito con grande exercicio de la Escriptura, el celo que siempre he tenido, por la misericordia de Dios, del aprovechamiento de las almas, etc.». (Ibidem, páginas 46 y 47).

Ahora bien; si en 1595, cuando esto escribía, ya contaba veinticuatro de predicador, aun en el caso de hacerle salir por los pueblos á los treinta años, que era lo menos que se exigía en la Descalcez, se hace necesario fijar su nacimiento en la cuarta decena del siglo XVI, y poniéndolo en el de 1536, que corresponde con los diez y siete que le señala la matrícula de Alcalá, se explica el calificativo de viejo que tomaba escribiendo á fines del mismo siglo.

(4) En el mismo libro citado, pág. 26, dice: «Muchos de los griegos y latinos no conceden que sean versos los de los *Cantares*, por no tener tiempos ni sílabas medidas como los de Virgilio, Horacio y Homero; y es porque no advierten que el metro hebraico no tiene más que consonancias y número de sílabas». Lo mismo se desprende de otros lugares y de muchas autoridades que expone en las diferentes obras que escribió, aprovechándose de las versiones griega y hebrea para explicar mejor los textos de la Santa Escritura.

pesa (1), y tan pronto como lo vió le cobró afición; y su rostro demacrado, la descalcez de sus pies y el continente de austeridad, que á otros de corazón apocado solían asustarlos, cautivaron de tal modo el ánimo del aldeano de Corchuela, que sólo pensó en huir de los peligros del siglo y tomar puerto seguro en la Orden franciscano-descalza, que, si no fundada, había sido robustecida y abrillantada con los esfuerzos y fatigas del director espiritual de Santa Teresa.

Tampoco he logrado noticias ciertas para señalar sin recelo la Provincia seráfica donde entró y el convento en que vistió el hábito é hizo su noviciado con aquel maestro cuyas instrucciones evoca con fruición en los *Diálogos de la Conquista* (2). Lo más probable es que vistiese la librea franciscana en la Provincia de San Gabriel (3), la cual

(1) Nota Fr. Juan de Santa María, *Crónica de la Provincia de San Josef*, P. I, Madrid, 1615, pág. 130, en la vida de San Pedro de Alcántara, que «Estando una vez en Oropesa, ya de camino para irse á su Convento del Rosario, entróse por un colegio que allí hay, donde se lee Gramática y acuden muchos estudiantes». Fr. Marcos de Alcalá añade que fué antes allí invitado por el Conde, «así para su consuelo como para que echase la bendición á su mujer y sus hijos... Era como preciso pasar por el Colegio, y saliendo los estudiantes para que los llenase de bendiciones, llegó entre otros un joven de buena disposición á besarle la mano, y poniéndola el siervo de Dios sobre la cabeza le dixo estas palabras: «Este mancebo será Religioso antes de mucho tiempo». Sirvió á los compañeros y circunstantes de misterio, pero él no hizo caso, por tener meditado otro destino, hasta que á muy pocos días se halló tan del todo demudado que, vistiendo el santo hábito, acabó la vida con exemplos de virtudes y grandes señales de perfecto Religioso». (*Crónica de la Provincia de San Josef*, Madrid, sin año, t. I, pág. 229). Era esto por el año 1546; pero repitió la visita en el de 1554, por lo que dice en la pág. 244, y así Juan Martínez pudo tratar con San Pedro antes de ser religioso.

(2) Véase el diálogo III, párr. XII. Si hubiera citado el nombre propio de este Religioso, me hubiera sido más fácil hilvanar su biografía, pero casi por sistema apenas nombra coetáneos, de modo que deje orientación para hablar de su vida religiosa.

(3) Paréceme este lugar oportuno para decir cuatro palabras sobre la fundación y extensión de la Descalcez en nuestra península: así mis lectores quedaran orientados para seguirme en las jornadas que hemos de andar estudiando la vida del P. Angeles. Todos los cronistas están acordes en reconocer á Fr. Juan de Guadalupe como fundador de esta reforma, iniciada en Portugal, año 1495. A este sacerdote se le unió el lego Fr. Pedro Melgar, y en 1500 empezaron á erigir conventos, y en 1509 se formó la Custodia de la Piedad, sujeta á los Observantes. Elevada más tarde á Provincia, fué madre de la Provincia de la Soledad y de la Arrábida, todas tres en Portugal, con algunas casas dependientes de ellas en las islas de Cabo Verde, en Guinea y litoral de Africa é islas adyacentes. En España con los conventos que dejaron los Conventuales se formó la Provincia de San Gabriel, en Extremadura, llamada también Provincia del Santo Angel, en 1514, sujeta á los Conventuales. En ella tomó el hábito, en el Convento de Manjarretes, año 1515, San Pedro de Alcántara, quien, muertos Fr. Juan de Guadalupe, Fr. Pedro Melgar y Fr. Juan Pascual, fué nombrado Comisario general de los *Conventuales reformados* por los años 1554, título que le confirmó Paulo IV por su bula *Cum a nobis petitur*, 8 de mayo de 1559. El fué quien fundó la Custodia de San José, en Castilla, año 1551, con los Religiosos que tomó de la de San Gabriel, elevándola á Provincia diez años más tarde y nombrando primer Provincial á Fr. Cristobal Bravo; y esta de San José fué sin duda la más fecunda, pues de ella nacieron: *a)* en 1577, la de San Juan Bautista, en Valencia, la cual produjo la de San Pedro de Alcántara, en Granada (1661) y la Custodia de San Pascual, en el reino de Murcia (1744) y las de Nápoles (1702) y la Provincia Liciense (1742) en Italia. *b)* La Provincia de San Gregorio Magno, en Filipinas, en 1586, y en America la de San Diego de México, en 1599. *c)* La de San Pablo, en Castilla la Vieja, en 1594. Y *d)* La Provincia de la Concepción, distinta de otra homónima que pertenecía á la Observancia. Por esta dilatación fabulosa, y por haber defendido San Pedro de Alcántara esta reforma, perseguida durante los primeros cuarenta años del siglo XVI, en que los Observantes les deshicieron la Custodia de San Simón, en Galicia, y las Provincias de la Luz y del Santo Evangelio, en Extremadura, consideran muchos á este santo como fundador de la Descalcez. La Provincia de San Gabriel fué madre de la Custodia de México, en 1523, la cual se hizo Observante, y la Provincia de San Diego, en Andalucía, en 1620. Todas desaparecieron con la exclaustración del año 1835, menos las de San Gregorio, de Filipinas, y de

tenía la mayor parte de sus conventos en Extremadura, y, empezando su noviciado en San Miguel de Plasencia, que profesase allí, ó antes de profesar lo trasladasen al noviciado de la Provincia de San José, donde siguió y acabó su vida religiosa. No se necesitan menos suposiciones para explicar las siguientes frases cariñosas de hijo agradecido á los desvelos solícitos de su madre: «No he hallado á quién con más razón dedicar esta obra *(La lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma)* que á mi Provincia de San Josef, entre todas las que tiene nuestra sagrada Religión religiosísima, penitentísima, recogidísima y ocupada en los ejercicios de la oración y contemplación. ¿Y á quién debo yo servir más que á mi madre, la que me ha criado y dado el sér que tengo? Ella me enseñó *casi desde mis principios,* y no he mamado otros pechos sino los suyos» (1). Las palabras subrayadas hacen indispensable darle la entrada en otra Provincia, y estando la de San Gabriel vecina á su aldea, ¿no es lo más probable que en ella se consagrase al Señor? También me inclino á decir que no profesó en la de San Gabriel, sino en la de San José, por la afirmación que hace de no haber probado leche de otras Provincias-madres, lo cual no puede entenderse sino de cuando, destetado del mundo y llevado al claustro, empezó, como recién nacido á la gracia de la vocación, á gustar las dulzuras de la vida religiosa en el noviciado. Pudo, pues, tomar el hábito en una Provincia y ser luego trasladado á otra, cosa frecuente entre los Descalzos en la cuarta y quinta decena del siglo XVI (2), porque en ellas consolidó el Penitente de Alcántara la obra de esta reforma, y fué Provincial de San Gabriel, fundador de la Provincia de la Arrábida en Portugal y de la de San José en ambas Castillas, y Comisario General de los Descalzos con autoridad para atender todas las necesidades de su extendida y numerosa familia.

6. ¿Cuándo entró religioso Juan Martínez? ¿á qué edad? ¿en qué se ocupó los primeros años? ¿dónde hizo sus estudios y qué Lectores le explicaron las materias filosó-

México, y las de Italia, las cuales, sin embargo, perdieron su nomenclatura de Descalzas con la bula *Felicitate quadam*, de León XIII, de 4 de octubre de 1897, entrando á formar un solo cuerpo con las demás Provincias seráficas de todo el orbe, salvo las de los Padres Conventuales y Capuchinos, que quiso conservaran su independencia y denominación. Quien quiera más noticias puede consultar á los Cronistas Descalzos, máxime al P. Fr. Marcos de Alcalá, *Chronica de la Provincia de San Joseph*. P. I, págs. 65-83, y el *Mapa de la Descalcez Franciscano-española*, por Fr. Pablo Rojo, Manila, 1887, de los cuales he liquidado esta nota.

(1) *Lucha espiritual*, Madrid, 1600, f. 9 preliminar. No hallo en todas sus obras noticias más claras sobre su entrada en Religión, pues habla muy poco de sí mismo, y cuando lo hace es ocultando los nombres propios con que hubiera podido orientarme en la investigación. Los cronistas tampoco se preocuparon de dar ciertos pormenores, y atentos principalmente á notar las cosas extraordinarias, si no era de algún santo, casi nunca apuntaban el lugar donde tomaron el hábito los Religiosos cuya vida historiaban, y menos con el P. Angeles, que, según luego probaré, tuvo la mala suerte de caer en desgracia de los cronistas contemporáneos.

(2) Entre otros, baste citar los siguientes testimonios: «Habiendo tomado el hábito en este convento de Plasencia más número de Novicios que el que pedía habitación tan estrecha, mandó el Provincial [San Pedro de Alcántara] que llevasen algunos al convento de Monte Celi, donde actualmente [1541] estaba por Maestro de Novicios el venerable Fr. Juan del Aguila» (1470 † 1580); vivió, pues, 110 años, y bien pudo ser Maestro de nuestro Padre Angeles. (Crónica citada del Padre Alcalá, pág. 215). Y en la Crónica anónima de la Provincia de San José, Mss. 1173 (alias F 167) de la B. N. de Madrid, fs. 9-12, al contar la fundación de la Provincia, dice que «sacó diez y siete religiosos de la provincia de San Gabriel». El único que nombra es el P. Fr. Francisco de Fregenal. Y cuando fué erigida en Custodia, año 1551, dice que «Fr. Bartolomé de Santa Ana pasó de San Gabriel» (f. 12). Y más adelante (f. 12 v): «En este tiempo se removieron algunos frailes de la Provincia de San Gabriel y de la Piedad y viniendo algunos dellos á la compañía del P. Fr. Juan, los recibió y con ellos fundó otra casa en Vigo».

ficas en que se muestra tan versado? ¿cuántos años estuvo dedicado á las tareas escolásticas y en qué conventos?

Todas estas preguntas, que yo contestaría con más gusto que las leerían mis lectores, están para mí cerradas con la llave del silencio; y aunque pudiera entreabrir, digámoslo así, la puerta para conjeturar lo probable de algunas, me parece preferible dejarlas en el misterio. Me atrevo, empero, á dar por seguro que profesó como Descalzo, ocultando su apellido bajo el título *de los Angeles*, antes de mil quinientos sesenta y dos, por los recuerdos íntimos que nos da de San Pedro de Alcántara (1), que á los sesenta y cuatro años de su vida temporal se fué, el diez y nueve de octubre de este año, á gozar de la eterna. Lo mismo puede comprobarse por lo que él afirma del curso de su predicación, que, iniciada, según diré, en los primeros de la séptima decena del siglo XVI, pide lo menos esos diez años de vida retirada en el Nazareth de los ejercicios monásticos y aprendizaje de virtudes en quien tan fervoroso y valiente salió al campo de la lucha apostólica.

También puedo rastrear de algunas frases que se le escapan que no se contentó con oir á los Lectores de su Orden, sino que obtuvo licencia de sus superiores para oir lecciones de otros maestros famosos, y uno de ellos fué sin duda el príncipe de nuestros líricos, Fr. Luis de León, en su cátedra de Salamanca (2), ya fuese antes de entrar en la cárcel de la Inquisición, ya fuese después, como creo más probable (3). De este modo, con los esfuerzos propios y ayudas ajenas, con lo que estudiaba en su celda y aprendía en las clases, y sobre todo meditando de continuo y contemplando las obras de Dios, formó el panal de erudición de todos sus libros, que destilan suavidad y dulzura.

7. Pero antes de enseñar por escrito convenía que diese instrucciones de palabra, y como ensayo para adoctrinar en púlpitos célebres, que explicase entre cuatro paredes las materias que se estudiaban en la carrera eclesiástica. Muy de paso lo dice uno de

(1) Al finalizar el diálogo I de la *Conquista* descubre que: «Nuestro padre Fr. Pedro de Alcántara se recogía con solas estas palabras: *Conviértete, alma mía, á vuestro descanso* (que es al centro interior) *que os espera allí vuestro bienhechor Dios*» (véase la pág. 50 de este volumen). No he visto este anécdota en ninguno de sus biógrafos, aunque algunos, como el P. Alcalá, consagre á su vida 534 páginas de un tomo en folio. Y el ser pequeño y de esos que sólo se sorprenden en la comunicación familiar y frecuente, y el no ponerlo en boca de otros, me autorizan para creer que lo supo como testigo auricular. También puede ilustrar este punto oscuro de la vida del P. Angeles recordar que la fundación del Convento del Rosario, tan cercano á Oropesa, se inauguró el año 1557, y alma tan bien dispuesta como la del joven Martínez no podría resistir mucho tiempo las influencias de los religiosos que iban pordioseando por la villa y sus anexos.

(2) Nació este ingenio en Belmonte, de Lope de León é Inés de Valera, en 1527; profesó en San Agustín de Salamanca en 29 de enero de 1544. Empezó á explicar en Salamanca el año 1571. Fué preso en marzo de 1572 y declarado libre en 1586; fué restituído á la cátedra ese mismo año. Murió en Madrigal, 23 de agosto 1591. El texto del P. Angeles en que fundo mi opinión dice: «Fr. Luis de León, leyendo en la cátedra de Salamanca, este lugar así como está en la Vulgata *(Si ignoras te)* le romanceaba desta manera: *Si no te lo sabes, ¡oh hermosísima entre las mujeres!* Y en su exposición, aunque no habla palabra en el caso, la interpretación de toda esta sentencia da á entender que fué la suya ésta» *(Cantici canticorum* ya cit., cap. I, lect. VI, pág. 323). El distinguir entre sus comentarios escritos é impresos en 1580, que cita muchas veces, y sus explicaciones orales, á que sólo alude en este lugar, sin alegar más que su memoria ¿no son indicios de que lo oyó el mismo?

(3) No sólo porque estuvo antes pocos meses leyendo, sino porque los Descalzos no tuvieron convento en Salamanca hasta el año 1587, y era más fácil recabar permiso de los Prelados para pasar allí una temporada más ó menos larga después de fijar en la ciudad su domicilio estable.

los cronistas (1), que fué Lector de Teología; mas huelgan pruebas ajenas cuando el autor en sus libros descubre de muchas maneras, no sólo que enseñó, sino también que enseñó como las leyes prescribían; esto es, explicando con preferencia las opiniones de la escuela franciscana y enamorando á sus discípulos de todo lo que la Orden seguía como tradición gloriosa en las cuestiones filosóficas y teológicas (2); y tan marcadas huellas dejó en sus libros de haber regentado cátedra en la Orden, que al mismo Rouselot, que solamente leyó dos de ellos, le parece que continúa (3) por la prensa las lecciones que como profesor diera á sus discípulos. No sé cuándo principiaría á ejercer el magisterio; pero si no tuvo al mismo tiempo los cargos de Predicador conventual y de Lector, que, sin ser incompatibles, no solían juntarse en un mismo sujeto, yo diría que tuvo cátedra desde mil quinientos sesenta y cinco hasta el ochenta, en que no puedo dudar que cargaba sobre él todo el peso de la predicación del convento de San Juan Bautista, en Zamora.

8. Con las mismas incertidumbres que hablo de los principios de la vida religiosa del P. Angeles he de pasar por sus oficios y ocupaciones en la Orden antes del año mil quinientos setenta y dos, cuando hizo probablemente sus primeros ensayos de predicador en la corte de Madrid y trató íntimamente al Beato fray Nicolás Factor, según él revela con las siguientes palabras: «Léase la vida del santo fray Nicolás Factor, *que le conocí yo y le traté;* sus penitencias, azotes y ayunos, ejercicios espirituales, y verse ha bien claro cuán ciego es el amor y cómo fundado en razón no la tiene á los ojos de los que carecen de él» (4). Ahora bien, como el Beato Factor fué nombrado confesor de las Descalzas Reales de Madrid el año mil quinientos setenta y uno (5), y no ejerció el oficio más de cinco años, podemos dar por cierta la conjetura y fijar la primera fecha segura de la vida del P. Angeles como conventual de San Bernardino de Madrid (6) entre mil quinientos setenta y dos y setenta y seis, donde tuvo de Guardián al padre Fr. Antonio de Segura, confesor de San Pascual Bailón antes de entrar religioso en Nues-

(1) Fr. Marcos de Alcalá, *Crónica de la Provincia de San Josef*, P. II, lib. IV, pág. 251, discutiendo con el P. Velasco, que regatea al P. Angeles algunos años de confesor de las Descalzas, pregunta: «¿No era Lector de Teología, Predicador General, etc.?»

(2) Puede consultar el curioso la pág. 9, donde se declara en pocas palabras discípulo del Beato Escoto, así en la superioridad que concede á la voluntad sobre el entendimiento, como en lo esencial de la bienaventuranza. Y más claramente se descubre discípulo del Doctor subtil en el diálogo I de la *Conquista* (véase pág. 47), donde sigue la opinión de la distinción formal entre las potencias del alma.

(3) «C'est un professeur qui enseigne, et ses livres ressemblent à ceux que compossaint les scholastiques sur la philosophie» (*Obra cit.*, pág. 122).

(4) *Triunfos del Amor de Dios*, P. II, cap. I, f. 161 v., edición de Medina del Campo, 1590. El libro á cuya lectura convida es, sin duda, el de la *Vida y obras maravillosas del siervo de Dios y bienaventurado padre Fr. Pedro Nicolás Factor*, por el P. Fr. Cristóbal Moreno, Alcalá de Henares, 1587. Nació en Valencia, 29 de junio de 1520, y murió en 23 de diciembre de 1583.

(5) Esta fecha exacta no la citan los biógrafos del Santo, pero la consigna el Barón de Alcahalí en su libro *Los Artistas Valencianos*, Valencia, 1893, pág. 234, donde no sólo prueba que fué pintor inspirado, pero también cita algunos de los cuadros que quedan de sus pinceles, á saber: un *San Juan*, en el convento de Jesús (Valencia); un *Ecce homo*, en Chelva, y un *Diurno*, en las Dominicas de Villarreal (Castellón).

(6) Según Fr. Juan de Santa María, hubo tentativas de fundación en 1566; pero no pudieron realizarse hasta el 20 de mayo de 1570, en que se inauguró «en una tierra que alinda con el término que llaman *Dehesillas*, junto al camino del Pardo, saliendo por las fuentes de Leganitos, un cuarto poco menos de la misma Villa» (*Crónica de la Provincia de San Josef*, Madrid, Imprenta Real, 1615, lib. II, c. 8).

tra Señora de Lorito [1], y una de las columnas más firmes de la Provincia de San José. Los alientos que le infundirían este Superior y el Provincial que entonces regía la Provincia, Fr. Pedro de Jerez [2], encaminaron al celoso predicador por tan buenos derroteros, que pronto lo vieron dispuesto para encomendarle oficios honrosos en la Provincia.

9. El primero que se le encomendó, y que no dejaría sino con la vida, fué el de predicador conventual, cargo que suponía haber perorado ya muchas veces con general aceptación y confianza de que podría desempeñar á sus superiores locales ó provinciales de cualquier compromiso. Las circunstancias en que se le confirió hacen resaltar más las prendas del padre escogido. Dice la Crónica anónima de la Provincia de San José [3]: el P. Fr. Juan Ruiz [4], Ministro Provincial, «recibió en este año—mil quinientos setenta y ocho—un convento en la ciudad de Zamora. Está fuera de la ciudad un tiro de arcabuz; hase hecho de limosnas particulares de aquella ciudad, y el señor obispo Simancas ha hecho la mayor parte con extraña devoción: es la advocación de San Juan Baptista». Allá fué, pues, poco más tarde que los fundadores, nuestro P. Angeles, para pagar con doctrina espiritual los sacrificios materiales que por sus hermanos se habían impuesto los zamoranos. Qué tal fuese su predicación lo dice él mismo cuando le indica á su coetáneo Fr. Juan Bautista de Madrigal cuáles deseaba los oradores sagrados; pues ordinariamente los buenos maestros enseñan más con el

(1) El Cronista de la Provincia de San Juan Bautista, agradecido á los trabajos que se tomó por la suya, hace de él mención honorífica y dice que fué natural de la Puebla de Don Fadrique, en el reino de Granada, hijo de Agustín Vela y de María Palenciano. Entró religioso en la de San José, pero pasó á ilustrar la Custodia de Valencia y allí confesó al *Santo del Sacramento* y al beato Andrés Hibernón, que testifica de él haberlo oído alabar á Santa Teresa un día que la visitaron y que dijo la Serafina del Carmelo: *Este padre no es conocido.* De Valencia regresó á su provincia, y, como á uno de los varones más esclarecidos en santidad y letras, lo nombraron primer Guardián de San Bernardino, honra que gozó sólo dos años escasos, pues murió en 1572. (Véase tomo I de la *Crónica* del P. Fr. Antonio Panes, Valencia, 1665, pág. 531; Santa María, antes citado, P. I, c. 15, y Fr. Martín de San José, lib. II, cap. 7).

(2) La Crónica manuscrita que antes cité, f. 25, hace memoria del provincialato de este penitente varón y dice que fué «el primer hijo de la Provincia que la gobernó». Y Fr. Marcos de Alcalá, tomo II, págs. 30 y siguientes, dice que fué uno de los que voluntariamente se ofrecieron á ir á Filipinas cuando Felipe II pidió que fueran allá misioneros; y citando á Montilla afirma que fué «abstinentísimo, tanto que la mayor parte del año ayunaba con sólo pan y agua... y las virtudes que más resplandecieron en este santo varón fueron la paciencia y humildad y modestia, tan particular y rara que parecía hombre sin pasiones naturales... Murió en la Mar de España llamada del Norte, antes de llegar á México, de una enfermedad de tabardillo». Debió ser esto en 1577, pues embarcaron á primeros de febrero, dice el cronista; y aunque le llama viejo no particulariza cuántos años tenía. Fué Provincial desde 9 de mayo de 1569 hasta el de 1573.

(3) Manuscrito ya citado, folio 39 v.

(4) Fué natural de Brihuega (Guadalajara), y después de una vida agitada y trabajosa, y regresando de una expedición á las Indias, vistió el hábito franciscano, que estimaba con entusiasmo inexplicable, en la Provincia observante de Castilla; de ella pasó á la Descalcez con ansias de mayor austeridad y pobreza, y por sus virtudes y talentos mereció ser el octavo Provincial de la de San José. Según los cronistas que escriben su vida, gozó apariciones celestiales en vida, y después de muerto, en el convento de Auñón, año 1587, apareció él radiante y glorioso, y seis años después de sepultado manó de uno de sus dedos sangre líquida como pudiera un cuerpo vivo. Fr. Juan de San Antonio (*Crónica de la Provincia de San Pablo*, t. I, Salamanca, 1722, pág. 73) le dedica una memoria, y todos los cronistas de la de San José llevan su biografía. Yo sólo he visto al P. Alcalá, t. II, lib. 3, pág. 179, y como no dicen la edad que tenía, dejo en la duda á mis lectores.

ejemplo que con la palabra. No he topado con piezas oratorias de mi biografiado en estos primeros lustros de su predicación; pero por las que quedan de los siguientes se puede vislumbrar cuál sería el corte de sus sermones, basados y calcados en la Sagrada Escritura, especialmente en el santo Evangelio, y borbollando celo de la salvación de sus prójimos en todos sus párrafos. Además, en este convento de Zamora pudo adquirir el temple que necesitaba su espíritu para no doblarse á los halagos de la vanidad ni rendirse á los embates de la persecución, enfervorizado con los ejemplos de hermanos tan santos como Fr. Bartolomé de Aranda ([1]) y estimulado por los consejos del P. Fr. Antonio de Santa María ([2]), que allí tuvo de Guardián y director de su espíritu. Aquí sobre todo se le confirmó la fe y esperanza y deseos de abnegación, viendo cómo el ejercicio heroico de la obediencia abría á uno de sus compañeros de par en par las puertas del cielo. El anécdota es harto curioso para que deje de anotarlo con la misma sencillez que lo refiere el cronista de la Provincia de San Pablo. Después de pintar la docilidad de Fr. Bartolomé de Aranda en regar un tronco de la huerta, cuidando de que otros lo hicieran por él cuando su última enfermedad lo postró en cama, dice: «Era á la sazón—mil quinientos ochenta y dos—predicador conventual de este convento nuestro V. Fr. Juan de los Angeles..., varón bien conocido por sus mismos escritos... Observó este religioso grave el mucho desvelo del enfermo con el peso que le hacía la solícita continuación del riego, y movido de esta novedad y de su inculpable vida, cuando ya estaba cercano á la muerte le dijo: *Sepa, hermano Fr. Bartolomé, que deseo tener alguna señal cierta de su salvación, si Dios quiere ahora llevarlo para sí.* A una propuesta tan extraordinaria respondió el enfermo con profundísima humildad: *Temo el juicio de Dios, pero espero en su misericordia.* Instóle el devoto predicador, y llegando ya su súplica á ser importunidad, le dijo el siervo de Dios: *Si el palo reverdeciere tres días después de mi muerte, no espere más señal de mi gozo sempiterno.* Dicho esto, sólo pasó el tiempo preciso para que recibiese los últimos Sacramentos, y con la santa paz que había vivido entregó su alma al Criador... mas en expirando fué visto reverdecer el tronco de repente y arrojar unas bastigas, que crecieron desde fines de septiembre hasta el enero siguiente tres cuartas; fué universal la admiración de to-

([1]) Fué natural de Baños, anexo de Aranda, en el obispado de Osma, y después de licenciado en Alcalá de Henares, regresando á su patria, donde sus padres quisieron desposarlo con una doncella honesta, accedió; pero, como otro San Alejo, se la dejó intacta la noche de sus bodas y se entró en la Descalcez, y la mayor parte de su vida la pasó en Zamora, donde murió en septiembre del año 1582. Su virtud característica fué la obediencia, y además de regar un tronco por encargo del Padre Guardián, le obedeció inclinando la cabeza después de muerto, cuando le encomendó se acordase del señor Conde de Alba. Los cronistas de la Provincia de San José y Fortunato en su *Martirologio* llevan su biografía, y el P. Fr. Juan de San Antonio la incluye en el cap. VIII del lib. III de la *Crónica de la Provincia de San Pablo*, ya citada.

([2]) Aunque en otras ocasiones toparé con este venerable varón, paréceme ésta la más oportuna para hacer su reseña biográfica, según me corresponde con todos los amigos de mi héroe.

De lo mucho que dicen los cronistas saco en compendio que nació en Plasencia, 1522, y después de brillante carrera literaria, en que se graduó de Doctor *in utroque jure* en Salamanca, se ordenó de sacerdote y fué cura. Renunció á todo y se hizo Descalzo (no dicen en qué convento ni la fecha), fué á Roma el año 1568, y en 1575 electo Provincial de San José; en 1582 era Guardián de Zamora; murió en 18 de julio de 1602 en Segovia. Escribió varias obras, que puede ver el curioso en Nicolás Antonio y las Bibliotecas de Fr. Juan de San Antonio; yo sólo he visto la que luego citaré de la *Vida de San Antonio*, Salamanca, 1588.

dos, y en especial rebosaba en júbilos el predicador conventual» (1). No fué efímera esta alegría, sino durable, porque el leño seco en tiempo oportuno cargó sus pimpollos de albérchigas, que todos tomaban como fruta del cielo (2), y se alentaban al servicio de Dios.

10. Alternando con el ministerio apostólico, y como un solaz de sus estudios, más profundos por este tiempo, consagró algunos ratos á escribir poesías, cumpliéndose en él lo que dice el Sr. Menéndez y Pelayo, con frase sintética, como suya, la afirmación categórica que hace, hablando de un amigo sabio: «Como casi todos los escritores españoles de verdadero mérito, Rodríguez Marín escribió en verso mucho antes que en prosa» (3). Así fué en nuestro P. Angeles; porque antes de escribir, ó por lo menos antes de estampar su primer libro en prosa, había hecho ensayos de poeta, y no sólo en el octosílabo, tan espontáneo y natural á nuestra habla castellana, pero también en el endecasílabo, que á la sazón podía llamarse de moda y entrañaba mayor dificultad para el versificador, y ciertamente en la forma más arriesgada en que los vates lucían las galas de su ingenio. Como su prelado local, Fr. Antonio de Santa María, había dado ya la última mano á la *Vida y milagrosos hechos* de su santo tocayo, en octavas, y pensaba imprimirle, no sé si invitado ó de su propio motivo, como un obsequio á quien amaba y respetaba como á padre, le dió para los preliminares de su obra el siguiente soneto encomiástico:

«Divino Antonio, noble lusitano,
Honra de la Española nación nuestra,
Luz del gran firmamento que nos muestra
El camino del cielo claro y llano;
Depósito precioso paduano,
Cuya vida de vidas es maestra,
De hoy más conoscerá la gloria vuestra
El mundo ingrato, sin memoria y vano:
Porque con mano diestra y rica vena,
Ingenio claro, y con verdad de historia,
Antonio, vuestros hechos ha ilustrado;
Y con tal piedad y gracia ordena
Lo que halla que hace á vuestra historia,
Que su nombre y el vuestro ha eternizado» (4).

No fué única esta muestra de sus aficiones al metro; antes bien se hallan diferentes, así al traducir versos latinos (5) en sus obras, como en los ladillos en que compen-

(1) Fr. Juan de San Antonio, *Crónica* citada, t. I, págs. 296-297. Aunque no cita comprobantes, ya dice en el prólogo que, si no alega autores, tienen sus afirmaciones el seguro de los documentos del Archivo de la provincia ó de los conventos. Fr. Juan de Santa María cuenta el hecho casi lo mismo (Parte I, págs. 558 y siguientes), pero el reverdecer el palo echando dos pimpollos dice que fué el día del plazo, esto es, al amanecer del día tercero.

(2) Ibidem, pág. 297.

(3) Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del excelentísimo Sr. D. Francisco Rodríguez Marín el día 27 de octubre de 1907. Madrid, tipografía de la Revista de Archivos, pág. 60.

(4) *La vida y milagrosos hechos del glorioso San Antonio de Padua...* en verso, nuevamente compuesta por Fr. Antonio de Santa María... En Salamanca, por Guillelmo Foquel, MDLXXXVIII, f. 7 preliminar. Descríbela Gallardo, t. IV de su *Biblioteca*, núm. 3866, col. 488; pero dejó de anotar el epílogo latino que hace de su obra: *Carmen eivsdem in laudem beati Antonii...* Pr.

O decus hesperiæ, Antoni, lumenque Minorum
Clarificans multos, sidus in orbe micans. (fs. 268-270).

(5) Véase la pág. 7 de este tomo.

dia la materia que en ellas desarrolla. Además, suyos me parecen también los tercetos con que parafrasea algunos versículos del *Cantar de los Cantares*, y él cita con modestia entreverada de cariño paternal á partos de su ingenio que acaricia como más bellos de lo que son. Va explicando aquel conjuro del Esposo que manda no despierten á su querida que desfallecida de amores se quedó dormida *(Adjuro vos, filiae Hieruralem)*, y dice que «es propísimo término para declarar el sueño de la contemplación —decir me caigo de sueño—que no por fuerza ni llamado viene, sino como cuando el ojo se cierra para dormir, que lo hace, no con violencia, sino con suavidad: cáese un párpado sobre otro y péganse sabrosamente. Lo cual dijo con grande elegancia un poeta castellano en pocos versos:

«Digo que puesta el alma en su sosiego,
espere á Dios cual ojo que cayendo
se va sabrosamente al sueño ciego:
Que al que trabaja por quedar durmiendo,
esa misma inquietud destrama el hilo
del sueño que se da no le pidiendo:
Ella verá con desusado estilo
toda regarse y regalarse junto
de un salido de Dios, sagrado Nilo.
Recogida su luz toda en un punto,
aquélla mirará de quien es ella
indignamente imagen y trasunto,
Y cual de amor la matutina estrella
dentro el abismo del eterno día,
se cubrirá luciente toda y bella, etc.» (1).

Y más adelante: «El mismo poeta, continuando la materia de la contemplación, dijo muy bien los frutos que se cogen della, en esta forma:

«Mas ¿quién dirá? mas ¿quién decir agora
podrá los peregrinos sentimientos
que el alma en sus potencias atesora;
Aquellos ricos amontonamientos
de sobrecelestiales influencias,
dilatados de amor descubrimientos;
Aquellas ilustradas influencias
de las musas de Dios sobreesenciales,
destierro general de contingencias;
Aquellos nutrimentos divinales
de la inmortalidad fomentadores
que exceden los posibles naturales:
Aquellos, qué diré, colmos, favores,
privanzas nunca oídas, nunca vistas,
suma especialidad del bien de amores!
¡Oh grandes, oh riquísimas conquistas
de las Indias de Dios, de aquel gran mundo
tan escondido á las humanas vistas! etc.» (2).

He querido trasladarlos aquí, aunque se inserten de nuevo al imprimir su exposición de los *Cantares* de Salomón, porque los considero fragmentos de un compendio de Mística en verso que escribió el místico oropesano, y se ha perdido esta obrecilla, que sería muy semejante á la que años más tarde pergeñó el P. Fr. Antonio Panes,

(1) *Cantici canticorum* cit., pág. 677.
(2) Ibidem, pág. 681.

como segunda parte de su *Escala mística*. Cosa por cierto muy acomodada al genio del P. Angeles, que no usaba otros entretenimientos que anotar por escrito lo que «más le *movía* á devoción, más *edificaba* su ánima y más le *servía* al desengaño» (1). Y si manejó con relativa facilidad el verso castellano, ¿no haría también alguna tentativa poética en la armoniosa lengua del Lacio, tan amada y apreciada de nuestros escritores del siglo de oro literario? Mantengo la afirmativa, y por eso considero suyos, así el dístico con que ilustró el grabado de la Sagrada Familia que adorna la edición príncipe del *Manual de vida perfecta* (2), como la explicación galana que hace del cuadro simbólico que puso tras la portada del *Tratado sobre los Cantares*, donde sintéticamente esfuma lo que pretendió hacer en su obra, con los siguientes versos:

«Divus Amor postquam impurum subjecit amorem
Fregit et in stygiis spicula nata plagis,
Imbuit innocuas redivivo fonte sagittas,
Virificoque ictu corda ferire parat.
Pande sinus, pia turba, Deo, sacra vulnera perfer,
Vivere et oh discas saucia, ut ante mori» (3).

los cuales, aun pasando plaza de temerario, daré vertidos en romance, en gracia de los lectores que no saben latín:

Después que el divino Amor
Sujetó al amor lascivo,
Quebrando sus dardos fieros
En mortales llagas tintos,
Mojó sus dulces saetas
En vital pecho divino
Y herir quiere con tal golpe
Que dé vida á los heridos.

Ea, pléyade devota,
Abre á Dios tu pecho fino,
Tu corazón sea el blanco
Donde Él aseste sus tiros:
Recibe sus llagas santas,
Sepas vivir de contino,
Y herida en Dios, como antes
Morir, viviendo contigo.

La energía de los dísticos no puede, sin embargo, apreciarse sin ver el cuadro que representa el Amor divino; es decir, una joven coronada de reina y con aureola luminosa. en torno de la cual se lee: DIVINUS AMOR; lleva alas extendidas; la mano derecha ocupada con un manojo de saetas, una de las cuales toca su punta con el pecho de Jesús crucificado, sobre quien posa el anagrama luminoso IHS y la divina Paloma que dice entre los rayos que la cercan y salen de su pico: *Ignem veni mittere in terram;* las otras saetas están enderezadas hacia Cupido, cuya figura, derribada y atada de manos, le sirve de escabel. La mano izquierda embraza un arco ó aljaba antigua, y junto á la reina, á guisa de espectadores, varias figuritas vestidas de hábito, á quienes apostrofa en los últimos versos. Pero no llamaría yo poeta á nuestro hermano si, amén de los pocos versos que de él nos quedan, no hallara en muchas partes de sus obras mineros preciosos de poesía; más aún: hay libros que sólo les falta el metro para llamarlos poemas, como su *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma* y los *Diálogos de la Conquista del Reino de Dios*. Pues ¿qué diré de las imágenes con que engalana algunos de sus pensamientos? Pregunta en el diálogo III: «¿Qué hombre cuerdo hay, dime ahora, que oyendo tocar un harpa suavísimamente no entienda que algún muy diestro músico la tañe y que ella por sí no hace aquella música y consonancia? Pues si

(1) Prólogo al lector, en la segunda parte de la *Conquista*. Véase pág. 155.
(2) Véase en la pág. 154.
(3) En el lib. cit., f. 2 preliminar vto.

quisieres atentamente considerar la armonía tan acordada que hacen las criaturas entre sí, echarás de ver que son cuerdas acordadísimas de la harpa del universo, etc.» ([1]). ¿Cómo poetizar mejor la visita de la Virgen María á su prima Santa Isabel que considerándola como la primera procesión del *Corpus Christi*, ante el cual los «árboles y las matas se inclinarían pasando la custodia del divino Sacramento»? ([2]). No es menos feliz y arrobadora la energía con que pinta los efectos del sacrificio de la Misa, diciendo que al ver el Padre eterno la misericordia de su Hijo, manda que la espada que blandía el querubín para impedir la entrada en el vergel de delicias se convierta en llaves para abrir el paraíso celestial ([3]). Fácil me sería multiplicar los ejemplos, pero lo creo inútil, porque los lectores los hallarán por sí mismos á manos llenas en estas obras.

II. En este mismo convento de Zamora escribió Fr. Juan la primera obra que había de estampar, ó al menos aquí le dió comienzo, aunque regañe el P. Alcalá ([4]). Me refiero á los *Triunfos del Amor de Dios* ([5]), obra que supone muchos años de estudio y más quietud y paz que la que podía gozar al salir de Zamora para cumplir las obligaciones de Definidor provincial, cargo que se le confió en el Capítulo celebrado el veintinueve de septiembre de mil quinientos ochenta y cinco en el convento de Cadahalso y desempeñó hasta el siete de mayo del año ochenta y nueve. Probablemente, pues, estuvo en Zamora hasta pasada la fiesta de nuestro padre San Francisco del ochenta y cinco, trasladándose al convento de San Bernardino de Madrid, donde habitualmente residía el padre Provincial Fr. Juan de Santa María ([6]), el cual gobernó

([1]) Véase pág. 66 de este tomo.
([2]) Página 241.
([3]) Diálogo I de los *Misterios del sacrificio de la Misa*, pág. 374.
([4]) Inventa cuantas suposiciones alcanza para quitarle á la Provincia de San Pablo las glorias que tuvo en los conventos con que se formó. Para entender á estos cronistas debe tenerse presente que en agosto de 1594, á petición de Felipe II y con aprobación del Padre Provincial de la de San José y letras apostólicas del Papa Clemente VIII, se desmembraron de la Provincia todos los conventos que había en Castilla la Vieja, erigiéndose con ellos la Provincia de San Pablo. Ahora bien; Fr. Juan de San Antonio se cree, como cronista de esta Provincia, obligado á historiar las fundaciones de los conventos y de los varones que los ilustraron antes de la fecha de erección, y por no llamarla hija de la de San José se le atraganta al P. Alcalá todo cuanto escribe de los sujetos que pasaron por las casas religiosas pertenecientes á su Provincia hasta que fué creada la otra. Véase cómo en las págs. 257-259 del tomo II pide explicaciones sobre la fecha en que estuvo el P. Angeles en Zamora y no puede estar más claro en Fr. Juan de San Antonio, que cuenta lo que antes traslado, acaecido en 1582.
([5]) Aunque supongo que el D. Cristóbal Pérez Pastor la describirá en su *Bibliografía de Medina del Campo*, que no he podido consultar, yo, que gracias á la benevolencia de las Reales Descalzas de Madrid he gozado de un ejemplar antiguo, diré que es un tomo en 8.° y sin los 8 folios de preliminares y otros 8 folios de «Tabla de las cosas más notables que en este libro se contienen» al fin, tiene el libro 303 folios numerados y en el folio 304 el colofón: «En Medina del Campo, por Francisco del Canto. Año de 1589», un año anterior al que fija la portada, lo cual pasa en muchos libros de aquel siglo y siguientes, por la obligación de presentar el libro á la revisión antes de tirar el último pliego. No conozco más reimpresión de esta obra que la que se hizo en Madrid, año 1901, Librería Católica de Gregorio del Amo, en un volumen en 8 menor de XVI-584 páginas.
([6]) Este fué uno de los ornamentos más preclaros de la Provincia de San José, y tal que mereció no sólo honrosas memorias de los cronistas de la Descalcez, pero también de historiadores generales, como La Fuente, que bendice su nombre al narrar los sucesos del reinado de Felipe III, á quien dijo la verdad, no sólo de palabra, sino también por escrito en su libro *De la República y Policía cristiana para Reyes y Príncipes*, Madrid, 1615. Nació en Benavente, año 1548, y dejando las delicias de su noble casa se entró en la Descalcez, ya licenciado en Artes, vistiendo el hábito en Cadahalso, año 1568, y después de ser Definidor y Custodio tres

la Provincia durante este cuadrienio en que el P. Angeles fué uno de sus Consultores y en que se resolvieron negocios de tanta importancia como la creación de la Provincia de San Gregorio, de Filipinas, hija esclarecida que perpetuaría aquende y allende los mares las glorias de su madre (¹); y la fundación de un nuevo convento en Illescas, consagrado á la Purísima Concepcion. Además de su oficio definitorial, bien pudo nuestro protagonista explicar de nuevo Teología ó en San Bernardino ó en Medina del Campo, donde imprimió los *Triunfos*, ó en San Sebastián de Auñón, pueblo donde hallo mayores raíces de amistad y conocimientos, que no se adquieren de repente; si ya sus triunfos como orador no le dejaban vagar más que para preparar sus sermones y limar el libro de sus *Triunfos del Amor de Dios*, cuya impresión le había de costear un singularísimo devoto de su Orden y Provincia, padre de todos los Religiosos de ella (²), amigo fidelísimo de Andrés de Alba, á quien debía intitularla, aunque personalmente no le conocía. Como todavía no había sonado el nombre del P. Angeles entre los literatos, no sé si aconsejado por sus hermanos de hábito ó temeroso del éxito de su obra, no sólo recogió preludios encomiásticos de sus compañeros y amigos, pero logró también una recomendación especial del P. Fr. Angel de Badajoz (³), en vez de la licencia y aprobación que solían llevar de los Superiores jerárquicos, y bien manifiesta el Descalzo extremeño la buena amistad que le unía al autor de los *Triunfos* cuando con frase ruidosa y galana compara su libro á una tierra de promisión, donde las almas hallarán ríos de leche y miel de divina dulcedumbre, que al gustarla les hará dar por bien empleados los trabajos sufridos hasta gozarla. Por otros conceptos lo alaban el P. Fr. Antonio de Santa María, que con ternura de padre no duda en parangonar al P. Angeles con el Vidente de Patmos, mirando su libro como un Apocalipsis de los secretos que el amor divino en sí encierra, y Fr. Francisco de San José (⁴), que mira la obra como un espejo donde los cristianos pueden ver á do llegan las fuerzas de su

veces, y dos Ministro Provincial, murió en San Gil, de Madrid, á 18 de noviembre de 1622. En virtudes imitó muy de cerca á su fundador, San Pedro de Alcántara: renunció el obispado de Chile, que le ofreció Felipe II, y los de Zamora y León, los cuales quería Felipe III que admitiese. Sus relaciones con la Grandeza de España, tanto más admirables cuanto menos las estimaba. Sus libros muchos, que pueden verse en Nicolás Antonio, en las Bibliotecas del P. Fray Juan y en el tomo II de la *Crónica de la Provincia de San Josef*, Alcalá, fs. 21-25 preliminares. Respecto del P. Angeles, fué uno de los que más pronto conocieron sus prendas y, según veremos, supo explotarlas para bien de su Provincia.

(¹) Una de las causas principales de darle independencia fué la dificultad de visitar sus conventos, y visto el parecer de Felipe II, la voluntad de los provincianos de San José y beneplácito del General Francisco Gonzaga, dió sus letras Sixto V *Dum ad uberes fructus*, 15 de noviembre de 1586, para que así se hiciese.

(Véase *Bullarium... discalceatorum* á *Patre Francisco Matritensi*, t. I, Matriti, 1744, páginas 297-300).

(²) Dedicatoria á Andrés de Alba. Puede verse entera en la página 2.

(³) No he logrado más noticias de este panegirista del P. Angeles que las que se infieren de Fr. Marcos de Alcalá (t. II, pág. 101, y lib. III, págs. 62-66): que tomó el hábito en la Provincia de San José y fué Definidor y acompañó al P. Alonso Lobo á Roma al Capítulo General de 1571. Escribió una *Crónica de la Provincia de San José*: con fundamento puede asegurarse que es suya la anónima manuscrita que he citado varias veces. Murió en el Convento de San José de Salamanca; pero no me dicen el año, y yo no debo inventarlo, aunque fué bien entrado el siglo XVII.

(⁴) Si no es el natural de Suera, citado por Fr. Juan de San Antonio (*Bibliotheca Discalceatorum*, Salmanticae, 1728, pág. 87) como autor de un opúsculo sobre la Concepción de la Virgen presentado á Paulo V, no hallo rastro de otro.

amor, si á Dios lo encaminan; y no menos que ellos lo enaltece D. Francisco Lobato, haciendo una síntesis de lo que el libro trata y terminando con el elogio de que

«el libro es tal cual de Angeles se espera».

12. No obstante los encomios y recomendaciones obtenidas, el libro no fué recibido con tanta aceptación como el autor esperaba, cosa que le disgustó [1], pero no le desconcertó ni quitó los bríos para trabajar por el bien de las almas. Por otra parte, Dios le señaló nueva esfera de acción, si no más ilustre que la que tenía en la corte de España, más variada y amena, en una ciudad que se había «engrandecido sobre manera, como emporio del comercio de Europa con las ubérrimas Indias Occidentales» [2]. Barruntarán sin duda mis lectores que aludo al viaje y permanencia del Padre Angeles en la ciudad del Guadalquivir, á donde lo enviaron como fundador con otros compañeros, en el Capítulo provincial que se celebró en Nuestra Señora de los Angeles de Cadahalso á siete de mayo y domingo quinto después de Pascua de mil quinientos ochenta y nueve, en que salió electo Provincial el P. Fr. Bartolomé de Santa Ana [3] y en cuyas primeras sesiones se debió ver y examinar, así la petición hecha de parte de la ciudad como las facultades que tenían del Nuncio de Su Santidad Pío V [4] para fundar convento en Sevilla; y no se halló persona más apta á quien encomendar tamaña empresa que al Definidor que había brillado entre los otros por su prudencia y acierto en el manejo de los negocios. Así, pues, acabadas las tareas capitulares y reunidos los compañeros que le habían señalado, partieron á la capital de Andalucía á últimos de mayo ó principios de junio de este mismo año. «La celebridad con que aquella ciudad y el Arzobispo [5] los recibió fué igual al amor que les tenían y al gusto

(1) Dice en boca del discípulo (diálogo X): «Y no me maravillo... que tema y se recele de hablar en cosas tan íntimas... quien ha visto que, por ser tales las de los *Triunfos* que imprimió, han perdido con los indoctos y sin espíritu lo que ganaran si fueran de caballerías, oraciones de ciegos ó cartillas para principiantes». (Véase pág. 141 de este vol.).

(2) *Rinconete y Cortadillo*, por Francisco Rodríguez Marín, Sevilla, 1905, pág. 11.

(3) Fué uno de los compañeros de San Pedro de Alcántara y venerable por sus ejemplos de virtud. El P. Fr. Marcos de Alcalá quiere probar que estuvo confesando á las Descalzas Reales de Madrid durante cuarenta años, lo cual se compadece poco con los otros cargos que desempeñó, gobernando la Provincia, yendo á Roma y ocupándose en otros ministerios que exigían suplentes tan formales como el propio confesor. Lo más culminante de su gobierno fué sujetar la Descalcez á la Observancia, no obstante el deseo que manifestara San Pedro de continuar unido al Maestro General de los Conventuales, por bula de Pío IV *In Suprema militantis Ecclessiae* de 25 de febrero de 1562. La primera vez que gobernó la Provincia fué en 1562, aunque renunció su oficio antes de acabar el trienio. En la segunda ya se ve cuánto aprecio hizo del Padre Angeles, á quien señaló como buen sucesor suyo en el confesonario de las Reales Descalzas. Murió el año 1600, no puedo deducir á qué edad, aunque habla mucho el P. Alcalá, t. II, lib. IV, y I, págs. 259 y 3 respectivamente.

(4) En el *Bullarium Fratrum Discalceatorum*, del P. Francisco Matritense, Matriti, 1744, tomo I, pág. 323, se hallan las letras del Illmo. Sr. D. César Speciano, Nuncio de Su Santidad, en las cuales no sólo autoriza sino también manda, tanto al Visitador de la Provincia como al Provincial de la de San José, que envíe cuanto antes á Sevilla religiosos para fundar allí un convento dependiente de aquella Provincia; su data en Madrid, 29 de noviembre de 1588.

(5) En las citadas letras se dice: «*Cum exparte illustrissimi domini Roderici de Castro, moderni archiepiscopi Hispalensis ac S. R. E. Cardinalis, necnon ipsius civitatis Hispalensis a nobis postulatum fuerit ut fratres ipsius Provinciae Sancti Iosephi deduci mandaremus*». Mucho me holgaría de poner notas biográficas de cada uno de los sujetos que nombro en esta *Introducción;* pero teniendo muchos sus memorias correspondientes y hallándome falto de libros, se contentarán mis lectores con que lo haga de los menos conocidos y de quienes pueda decir algo, lo indispensable para no alargar demasiado estos preámbulos.

de ver el empeño logrado. Tomaron desde luego posesión en unas casas de la colación de la Catedral, en la calle de San Gregorio, entre la puerta de Xerez y la Contratación, año de ochenta y nueve» [1]. Y mucha maña y diligencia pondría nuestro Comisario del Provincial de la Provincia de San José, cuando se atrevía á firmar la dedicatoria de sus *Triunfos* á veinte de julio del mismo año en *Sant Diego de Sevilla*, titular de la futura iglesia, lo cual supone empezadas las obras, así del templo como del convento que habían de habitar. Cautiváronse, en efecto, muy pronto las simpatías del barrio en que asentaron los reales de la santa pobreza, y cundió por la ciudad el olor del buen ejemplo que daban los recién llegados, de modo que muy pronto fueron invitados, especialmente el Superior, á ocupar los púlpitos más concurridos y tan autorizados por los Cabreras y Rebolledos, con quienes era difícil hallar competidores. Los igualó, sin embargo, si no los aventajó, el fundador de San Diego, pues despertó emulaciones y envidias que terminaron en puntas de persecución [2], sufrida por nuestro héroe durante más de dos años con tanta paz y sosiego de espíritu, que pudo escribir los *Diálogos de la Conquista del espiritual y secreto Reino de Dios*, fabricando así un púlpito que le daría auditorios más numerosos y duraderos que los que acudían á oir sus sermones de más de hora [3]. En ellos manifestó también que la capital andaluza con sus prados amenos y paseos deliciosos y bellezas artísticas habían entrado en el alma de nuestro escritor; porque la fragancia y suavidad que trasvina su pluma huele á jardines embalsamados por el azahar y otras flores que en aquel suelo nunca se marchitan. Ellos demuestran asimismo que había visto paseando por las riberas del Guadalquivir cómo las barquillas de los pescadores «haciendo contraste con los navíos de alto bordo, vagaban balanceándose cubiertas de toldos de verdes ramos» [4], y cómo entraban las flotas cargadas de plata y oro y pedrería, frutos de la conquista de un nuevo mundo, que pagaba con creces las fatigas que por descubrirlo habían sufrido los españoles. Riquezas y bienes mayores columbraba su pupila de místico en el corazón de los hombres, y emprendió, como nuevo Colón de la gracia, á descubrirlas con arte é industria que sólo podía enseñarle la astronomía del mundo invisible, menos estudiado pero más sublime y grandioso que el sujeto á los sentidos corporales. Por tanto, acertó el doctísimo académico D. Francisco Rodríguez Marín al asegurarnos que el P. Angeles estuvo en Sevilla «á lo menos una buena parte de los años mil quinientos ochenta y nueve, noventa y noventa y uno: él, en concepto de Comisario del Ministro Provincial de la de San José, vió los sitios en que pudiese edificarse el convento de San Diego, y prefirió una haza de la ciudad *que está*—decía en su petición—*á la puerta de Jerez hacia*

(1) *Crónicas de la Provincia de San Diego de Andalucía de Religiosos Descalzos*, escrita por el P. Fr. Francisco de Jesús María, de San Juan del Puerto. En Sevilla, 1724, pág. 19.

(2) En el Cabildo de 19 de marzo de 1891 «dijo el Sr. Asistente que el P. Fr. Iuan de los Angeles, predicador de la casa de Sant Diego de la provincia de San Jusepe y el guardián de la dicha casa dixeron á su merced cómo los padres de la observancia de Sant Francisco y su provincial avian ganado una provisión de su magestad despachada en el Real Consejo de justicia que estaba notificada al provincial de su provincia de Sant Jusepe, para que no consintiese ni permitiese que en ninguna casa de las que estauan comenzadas de su provincia en la del Andalucía pasase con la obra adelante hasta tanto que el Real Consejo proveyese otra cosa. . piden favor á la ciudad». (Archivo municipal de Sevilla, libro de acuerdos del dicho año, fecha *ut supra*).

(3) Véase cómo alude á ellos, pág. 85.

(4) *Rinconete y Cortadillo* cit., pág. 5.

San Telmo ([1]), de la cual pidió tres ó cuatro aranzadas, que Sevilla donó muy gustosamente, ofreciendo y pagando asimismo tres mil ducados para ayudar á la edificación del monasterio ([2]). Probable, pues, parece que en la ciudad del Guadalquivir, escuchando tal cual vez el concertado son de las campanas de su Basílica, aspirando el azahar de los naranjos y limoneros que dentro y fuera de la población embalsaman el ambiente, y bajo aquel cielo purísimo que, siendo no más ni menos azul que en todas partes, por dichosa excepción sobrepuja en alegre y risueña luz al de cualquiera otra comarca, escribiría Fr. Juan de los Angeles con aquella *maravillosa dulzura tan angélica como su nombre* muchas páginas de sus *Diálogos de la conquista*, etc.» ([3]). Añado yo que no sólo buena parte de dichos años, sino enteros el noventa y noventa y uno, con añadiduras del noventa y dos, permaneció en Sevilla nuestro biografiado; por lo menos hasta que se inauguró la iglesia y se estrenó el convento que tantos sudores le habían costado: es decir, después que «acabada ya la obra se conmovió la ciudad festiva en demostraciones alegres y se dispusieron las cosas necesarias para la traslación del Santísimo Sacramento... haciendo altares diferentes y muchos primorosos arcos que sirvieron de divertida edificación á todos. Concurrieron el día nueve de abril del mismo año de noventa y dos los dos ilustrísimos Cabildos en forma capitular, y su Eminencia, y con la mayor solemnidad que cupo de saraos y músicas se hizo la traslación á la nueva iglesia, donde se colocó á su Majestad» ([4]). No repercutieron estas fiestas con la misma consonancia por todos los ámbitos de Sevilla, y probablemente exacerbaron los ánimos de sus competidores, y el P. Angeles, que había llevado á gloriosa cima su comisión, dejó la capital andaluza á últimos del año mil quinientos noventa y dos ó principios del siguiente, retirándose á Portugal, porque su carácter dulce y apacible no se avenía bien con la lucha empeñada en que le hacían terciar, no sólo los padres Observantes, que no acababan de resignarse á que arraigasen allí los Descalzos, sino sus propios hermanos de la Provincia de San Gabriel, los cuales alegaban derechos á aquel convento por estar vecino á sus casas. Sería enojoso detener á mis lectores contándoles todos los incidentes de esta lucha ([5]), y puesto caso que se alejó de ella

([1]) Encomendé á varios hermanos de hábito que me buscasen esta petición, que, según dice el Sr. Rodríguez Marín, «se conserva original en el Archivo Municipal de Sevilla, legajos de autógrafos» y en enero de 1910 ó había desaparecido ó no se la quisieron dejar al P. Fr. Hermenegildo Costa, que la pidió para copiarla y enviármela.

([2]) Cumplieron lo prometido, pues en el Cabildo de 31 de diciembre de 1590, previa petición del Guardián de San Diego, «conforme á los acuerdos de la ciudad y facultad de S. M. se le libran luego los 1.000 ducados del año 590». El acuerdo de dar los 3.000 ducados, pagaderos en tres años, se tomó en Cabildo de 19 de febrero de 1590 (Véase libro antes citado, pág. 33). Y con razón se dice que eran *para ayudar* á la edificación, porque el coste total de la construcción, así del convento como de la iglesia, llegó á 20.000 escudos, según dijo Clemente VIII en su Breve *Salvatoris nostri J. C. vices*, de 28 de septiembre de 1593 «summa viginti millium scutorum in circa exposuerunt». (*Bullarium Discalceatorum* ya cit., pág. 341).

([3]) *Rinconete y Cortadillo* cit., pág. 33.

([4]) *Crónica* del P. Francisco de Jesús María, antes cit., pág. 20.

([5]) Duró no menos de diez años, y para estudiarla es indispensable acudir al *Bullarium Discalceatorum*, donde se hallarán los documentos siguientes: 1.º Bula de Clemente VIII *Dudum a felicis recordationis Gregorio papa XIII*, 25 marzo 1592, confirmando los privilegios concedidos á los Descalzos y limitando la jurisdicción del General en cosas que los perjudiquen (*Bulario* cit.., págs. 332-336). 2.º Nueva bula erigiendo en Provincia Descalza de San Diego los conventos que había en la de Sevilla, *Salvatoris nostri*, de 28 de septiembre de 1593, la cual no se ejecutó hasta 1622; porque con las reclamaciones de la ciudad envió el Papa un 3.º Breve apos-

nuestro pacífico escritor, también yo me la dejo y prefiero acompañarle á Lisboa, donde buscó un refugio y halló corazones amigos que le desquitaron de las amarguras devoradas en Sevilla, y lo pudo hacer sin faltar á la obediencia, mediante un Breve apostólico que gustoso le enviaría el Nuncio del Papa.

13. Desconozco el lapso de semanas ó meses que descansó en la patria del Taumaturgo paduano; pero fué lo suficiente para acreditarse entre los portugueses y captarse las simpatías de los Franciscanos que allí residían, y sobre todo las del Cardenal Alberto, Archiduque de Austria, que á la sazón gobernaba aquel reino que nunca debió desprenderse de la Corona de España. Allí dió la última mano al libro de la *Conquista del Reino de Dios*, y allí pensaría publicarlo, porque la primera censura de la Orden que lleva está despachada en San Francisco de Lisboa á diez de febrero de mil quinientos noventa y tres por mandato y comisión del P. Fr. Tomás de Iturmendia, Comisario general de los Observantes, firmada por el P. Fr. Belchior Urbano [1], que alaba á su autor *como predicador no menos venerable que docto* y dice de sus *Diálogos* que son «ortodoxos y católicos y de grande erudición y doctrina y muy curiosos, devotos y provechosos á toda la Iglesia universal de Dios y para el aumento y defensa de nuestra santa fe católica» [2]. Pero no se imprimieron en Portugal, porque, á pesar del Breve apostólico que autorizaba al P. Angeles para residir en aquellos señoríos, no pudo resistirse á las instancias que le hacía el Ministro Provincial nuevamente elegido, Fr. José de Santa María [3], que como compañero conocedor de los talentos y prendas de su súbdito pedía le ayudase á llevar la carga de la prelacía. Así, pues, antes de fenecer el año noventa y tres salió de Lisboa para Madrid, donde lo hallo ya á últimos de julio de este año recibiendo aprobación de sus *Diálogos*, refrendada por Fr. Gabriel

tólico al Arzobispo de Sevilla, mandándole se devolvieran á la Provincia de San José los conventos de Andalucía que el General de los Observantes había cedido á la de San Gabriel, dado en Roma á 13 de abril de 1595 (*Bulario* cit., págs. 358-361), donde se halla también la ejecutoria de D. Rodrigo de Castro, fecha á 21 de mayo del mismo año. 4.º La bula que pudiera llamarse de la concordia, *Religiosorum qui sub suavi*, 23 de enero de 1599, por la cual, después de oir al Arzobispo de Sevilla y ver las cartas con que D. Francisco de Bobadilla, conde de Puñonrostro y representante de la ciudad, accedía á la permuta que se había propuesto á los Provinciales de las de San José y San Gabriel, adjudicándole á esta última el convento de San Diego, y confirmaba la permuta delegando la ejecución de esto al Obispo de Plasencia (*Bulario* cit., págs. 386-390). Por ella la Provincia de San Gabriel entregaba á la de San José cinco conventos, á saber: los de Fuensalida, Santa Olalla, Velada, Cerralbo y Barco de Avila; y siete la de San José á la otra, esto es: las casas de San Diego de Sevilla, el Pedroso, la Viciosa, Arroyo del Puerto, Villanueva de la Serena, Loriana y Mérida.

(1) No he logrado noticias de estos franciscanos, aunque, además de mirar las Crónicas de Portugal, escribí á mis hermanos de Lisboa pidiéndoles datos. Tal vez se extraviaron mis cartas, ó ellos, perseguidos, no pudieron satisfacer mis demandas.

(2) Puede verse el original portugués (pág. 33), donde consta también lo del Breve apostólico para morar en aquellas tierras.

(3) Siendo Bachiller en Derechos en la Universidad de Salamanca lo ganó para Dios el venerable Alonso Lobo, y después de vestir el hábito en la Observancia, deseoso de mayor estrechez, pasó á los cuatro meses de noviciо á la Descalcez, donde vivió con crédito de sabio y santo. Fué de los primeros Provinciales de la de San José, y en los años que corre nuestra historia salió Provincial en el convento de la Torre, á 13 de septiembre de 1592, gobernándole hasta el de 1596. Visitó, además, la Provincia de San Juan Bautista, con delegación del General, y la Provincia de Santiago, por orden del Nuncio de Su Santidad. Lleno de días y méritos, aunque sin dejar obras escritas de su mano, murió en San Bernardino de Madrid, 4 de diciembre de 1605. Hacen mención de él casi todos los cronistas Descalzos. Lo extractado es de la *Crónica* de Fray Juan de San Antonio, tomo I, lib. I, núm. 175.

Pinelo. ¿Por qué no se estamparon este año y se retrasó dos más la publicación? Creo que por trabajos extraordinarios que se encomendaron al autor.

14. Había establecido Clemente VIII que las visitas previas á los Capítulos provinciales las girasen los Ministros ó Comisarios generales en persona, ó por delegados Descalzos si la Provincia era de esta reforma, y «á los últimos meses del trienio de fray Juan Ximénez (1) envió el P. Fr. Mateo de Burgos (2), Comisario general desta familia cismontana, con su comisión para visitar la Provincia—de San Juan Bautista de Valencia—á Fr. Juan de los Angeles, de la Provincia de San Josef, y hecha la visita congregó á Capítulo á diez y nueve días del mes de noviembre de mil quinientos y noventa y cuatro en el convento de San Antonio de Ayora (3), por instarlo así la devoción de los Excelentísimos Duques del Infantado, que se ofrecieron á hacer el gasto con su acostumbrada liberalidad. Celebróse el Capítulo con grande paz y presidiendo en él el Rmo. Comisario general ...fué electo Provincial Fr. Diego de Castellón, religioso de grande espíritu» (4). Ahí tienen mis lectores una explicación luminosa, á mi entender, de por qué causas no salió tan pronto al sol de la publicidad el libro de la *Conquista*. No dejaron sosegar á su autor los últimos meses del año noventa y tres y todo el noventa y cuatro, en que necesitó hacer largas jornadas, en su mayor parte á pie y con la salud quebrantada, cruzando las cinco Provincias en que había casas de Descalzos (5), acompañado probablemente del P. Fr. Juan Bautista Madrigal como Secretario de visita (6).

(1) Nació en Jerez de la Frontera, 1561, y siendo mozuelo ganólo para su Provincia San Pascual Bailón y vistió el hábito en San Juan de la Ribera (Valencia), año 1576. Fué tres veces Provincial, y la primera cuando apenas contaba los treinta años de edad, con sorpresa de todos, menos del *Santo del Sacramento*, que lo había predicho en Villarreal antes de celebrarse el Capítulo. Escribió la *Crónica* del Beato Pascual, publicada en Valencia por Juan C. Garriz, 1601, y una exposición de la Regla, que no he visto. Como varón doctísimo era consultado de muchos y lo estimó en gran manera el Beato Juan de Ribera. Murió en Ayora, 23 de febrero de 1628. (Véase *Crónica de la Provincia de San Juan Bautista*, por el P. Fr. Antonio Panes, tomo II, Valencia, 1666, págs. 32-45).

(2) Por haber sido uno de los que distinguieron al P. Angeles, que conoció sin duda en Madrid y trató en Salamanca, diré con el P. Fr. Matías Alonso (*Chrónica seráphica de la S. P. de la Purísima Concepción*, tomo I, Valledeolid, 1734, pág. 334) que vió la luz del mundo en Valladolid y la de la gracia en la parroquia de San Andrés. Vistió el hábito en San Francisco de la misma ciudad, y después de Lector jubilado y Calificador del Santo Oficio, siendo Custodio fué al Capítulo general de 1587, en Roma, donde presidió unas conclusiones que le conquistaron generales aplausos. Visitó la Provincia observante de Valencia (no dice el año) y siendo nombrado Provincial de la suya en 1591, al año y medio de gobierno fué elegido Comisario general de la Familia cismontana en el Capítulo general de Valladolid, 1593. Más tarde Felipe III lo agració con los obispados de Pamplona y Sigüenza, donde murió á 4 de enero de 1611. Supongo dejaría alguna obra, pero no las citan las Bibliotecas Franciscanas.

(3) Fué fundado en el año 1573. Panes, tomo I, cap. 23.

(4) Panes, *Crónica de la Provincia de San Juan Bautista*, tomo I, pág. 212, Valencia, 1665.

(5) Aunque no puedo fijar el itinerario que llevaría en esta visita, sé que había convento en los pueblos siguientes: Elche, Monforte, Villena, Almansa, Yecla, Jumilla (Santa Ana del Monte), Ayora, Valencia (San Juan de la Ribera), Liria, Játiva, Beniganím, Castalla, Villarreal. Benicarlón, Callosa y Gandía; y todos ellos fundados antes del año 1592; por consiguiente, en todos ellos estuvo más ó menos días el P. Angeles.

(6) Deduzco esto de la intimidad especial que hubo entre los dos, según veremos más adelante, y parece que mutuamente estaban obligados. De su vida sólo puedo apuntar lo que dice el P. Marcos de Alcalá (tomo II, págs. 24 y 107); esto es, que fué famoso predicador, cuatro veces Definidor provincial, Comisario visitador de la Provincia de San Juan y Presidente del Capítulo provincial celebrado en Valencia, 20 de mayo de 1601. Escribió varias obras, de las cuales hablaré después: falleció año 1608. Habla de él Fr. Martín de San José y el *Martirologio Seráfico*, día 24 de junio.

Muchas incomodidades tuvo que sufrir en el viaje; pero ¡cuántas satisfacciones le proporcionaría Dios al ver el cariño y veneración que los pueblos por do pasaba profesaban á sus hermanos! ¡Qué sorpresa tan agradable al visitar el convento de Santa Ana del Monte, donde, sin contar las bellezas naturales de paisaje bellísimo, halló salpicada de sangre la celda que habitara San Pascual Bailón y el peñón donde descansaba antes de subir cargado con sus alforjas la cuesta empinada sobre que asienta el santuario! ¡Qué dulces emociones al venerar la imagen de Nuestra Señora de Lorito, cerca de Monforte! ¡Cuán deleitoso esparcimiento en el convento de Elche, rodeado de un bosque de palmeras! Pues ¿qué diré del gozo y contentamiento que recibiría su alma seráfica conversando en Gandía con el beato Andrés Hibernón (1534 † 1602), que hacía allí milagros frecuentes? ¿Cómo pintar la soberana complacencia con que se avistó con el Patriarca de Antioquía, beato Juan de Ribera, que podía llamarse segundo fundador de la Provincia descalza de Valencia? (1) ¿Cómo describir el hervoroso entusiasmo con que se postró ante el sepulcro de San Pascual Bailón, cuya sombra aún vagaba por los claustros de Nuestra Señora del Rosario de Villarreal? Aquí se detuvo más que en otras casas, y algo extraordinario le pasaría orando en aquella iglesia, pues no quiso salir de allí sin llevarse alguna reliquia del Santo del Sacramento. No pudo resistirse á sus devotas demandas el P. Juan Ximénez, y de los dos libritos que para su solaz y entretenimiento había compilado el santo pastorcillo de Torrehermosa le entregó uno (2), como la mejor paga que podía darle por las fatigas y trabajos que tomara visitando la Provincia, y confirmando con palabras y ejemplos la perfecta regularidad y santa observancia en que sus súbditos vivían.

15. Acabada la visita y celebrado el Capítulo provincial, regresó el P. Angeles á Madrid, lo cual no sería antes de diciembre de mil quinientos noventa y cuatro; y después de descansar algunos días entregó á la viuda de Pedro Madrigal los originales de los *Diálogos de la Conquista del espiritual y secreto Reino de Dios*, que, si no ofrecían gran novedad en el título, porque había libros con portadas muy semejantes (3), encerraban un tesoro de enseñanzas místicas con forma tan amena y atractiva, que el público devoró en pocos años las varias ediciones (4) que de ellos se hicieron. Salieron

(1) Como pobre agradecido cuenta el P. Panes (tomo I, págs. 75 y sigs.) la protección que dispensó á los Descalzos el año 1570, cuando un Visitador pretendía que la Custodia de Valencia se uniese á la Provincia seráfica de Cartagena y sus casas fuesen de recolección: no lo consintió el santo Arzobispo y escribió muy apretadamente sobre el caso al Padre Ministro General, para que no se hiciese novedad alguna que motivase turbación y escándalo en los pueblos; y con esto se desistió de aquel proyecto, que hubiera segado en flor la Provincia de San Juan.

(2) Así lo dice el P. Ximénez en su *Crónica del Beato Pascual*, Valencia, 1601, con estas palabras: «Dejó (San Pascual) dos libros de puntos particulares que sacaba para su consuelo espiritual... Uno destos dos libros se le dió á nuestro hermano Fr. Juan de los Angeles, Comisario que visitó entonces (1594) la Provincia, y el otro se quedó en mi poder» (págs. 252-254). Éste, que se creía perdido, se halló el año pasado y se está imprimiendo en Toledo con título de *Opúsculos de San Pascual Bailón*.

(3) Me refiero al *Libro del Reino de Dios y del camino por donde se alcanza...*, por el Padre Doctor Pedro Sánchez, de la Compañía de Jesús, Madrid, 1594, por la Viuda de Pedro Madrigal. Descríbelo Pérez Pastor en el tomo I de su *Bibliografía Madrileña*, ns. 557 y 654. Sobre ser de ascética, no pudo inspirarse en él el P. Angeles, que tenía su libro escrito en febrero de 1593.

(4) Sin contar las traducciones, de las cuales sólo sé lo que dice el Sr. D. Juan Catalina García en su *Ensayo de una Tipografía complutense*, Madrid, 1889, pág. 241: «He visto una

traducción (italiana?) hecha por Fr. Julio Zanchini da Castiglionchio, impresa en Brescia por los Sabij, 1608, en 8.º» se hicieron por lo menos cuatro en vida del autor: 1.ª En Madrid, por la Viuda de Pedro Madrigal, año 1595, la cual no describiré; ya porque lo hizo Pérez Pastor en el libro antes citado, págs. 235 y 236, ya porque, siendo la príncipe, va reproducida en este volumen, páginas 33-153. 2.ª En Barcelona, la cual, si no fué furtiva, lo parece, á saber: «*Diálogos* | *de la Conquista* | *del espiritual y secreto* | *reino de Dios, que según el Santo Evangelio* | *está dentro de nosotros mismos*, | Compuestos por Fr. Ioán de los | Angeles, Predicador Descalço de la Provincia de S. Ioseph, | de los Menores de Observancia Regular. | Con dos tablas, una de los | lugares de la sagrada Escritura, y otra de las cosas | notables que en el libro se contienen. | Dirigidos al muy Illustre Señor Fernando de Heredia, | Inquisidor del Principado de Cataluña. (Grabado de dios Júpiter en el centro con esta leyenda que lo rodea: *In Iovis usque sinum).*—Con licencia. | Impreso en Barcelona, en casa de Sebastián de Cormellas al Call, año 1597». Es un tomo tamaño 8.º, que, sin los 8 folios preliminares sin numerar, tiene 463 páginas numeradas de texto, al cual siguen 15 páginas de tabla de Lugares de Escritura y 16 de cosas notables. F. 2.º v.: Censura del P. Fr. Francisco Gregorio Forteza, lector de Teología en San Francisco de Barcelona, 26 de marzo 1597. F. 2.º v.: Licencia del Obispo D. Juan Dimas Loris, en latín. *Dat.* Barcinone in Palatio Episcopali, die 15 aprilis, 1597. F. 3.º: «Al muy Illustre Señor Hernando de Heredia, Inquisidor del Principado de Cataluña:=Común proverbio fué entre aquellos sapientísimos Griegos, muy illustre Señor, *cupit naturi celari*, ninguna cosa tanto desea la naturaleza como es encubrir lo más precioso que tiene: cría con grandíssimo cuidado la hermosíssima margarita y escóndela debajo del agua en la basta y apretada concha; muere por mostrarnos en las ricas esmeraldas, diamantes y rubíes su esplendor, y pónelo en piedras aun no polidas sino en gauarro; y en fin, danos el acendrado oro, pero cubierto y encerrado en las entrañas de tierra. Y no es mucho de admirar esto si consideramos la condición de la naturaleza, la qual siempre procura en quanto puede de assimilarse á su autor Dios Señor nuestro, del cual dize el Sabio que su gloria no es otra sino encubrir y guardar lo más rico que en él hay, que es su Verbo. *Gloriae Dei celare Verbum.* Pero si miramos lo que más adelante el Sabio dize, hallaremos, muy Illustre Señor, que assí como es gloria de Dios ocultar lo precioso y rico de su archivo, así es gloria del hombre descubrirlo. *Gloria regum investigare sermonem;* y no qualquiera palabra ó escritura, como hizieron aquellos ignorantes Philósophos antiguos, cuyas vigilias, solicitudes y cuidados no eran más de en descubrir secretos de la tierra, olvidados de la conquista de aquel Verbo eterno abscondido en el pecho de su eterno Padre, de los quales podremos dezir: *Oleum et operam perdiderunt.* Perdieron sus assiduos sudores y trabajos [f.º 3.º v.] á los quales acusa Lactancio Firmano, y reprehende en estos versos Lucrecio:

Et faciunt animos humiles formidine Divum
Deprensosque premunt ad terram.

Y el mismo Lucrecio, en otro lugar, aun no los quiere dejar de la mano diciendo:

Nec pietas ulla est velatum saepe videri
Vertier ad lapidem atque omnes accedere ad aras
Nec procumbere humi postratum.

Porque no conviene por cierto á los ánimos sublimes poner la boca en la tierra escaruando como gallinas en este muladar, para mal suyo, antes, como aquel solícito mercader Euangélico, buscar orden para hallar la perla preciosa de la gloria, porque sea alabado de Christo y comparado á su Iglesia. *Simile est regnum coelorum homini negotiatori quaerenti bonas margaritas* (Matth., 19). Dijo buenas margaritas, porque todas las cosas criadas en sí son buenas, como la Escritura lo dize: *Vidit Deus cuncta quae fecerat et erant valde bona.* Pero no todo es bueno para el que lo busca enclauados los ojos en la tierra, y luego dize: hallada una preciosa margarita vendió y dió todo su caudal por ella. Codicioso mercader me he hecho, muy Illustre Señor, sólo por hallar alguna joya con que poder agradar al gusto de V. S., qual es esta obra de los *Diálogos de la Conquista del espiritual y secreto reino de Dios*, y por mi buena suerte me he encontrado con una por la qual he dado toda mi solicitud y auiso, el qual tengo por muy bien empleado, pues va endereçada á manos tan illustres como las de V. S., á quien suplico reciba con él una amplíssima voluntad, porque assí la obra quedará calificada y yo muy satisfecho, y aun estoy cierto V. S. muy gustoso, á quien nuestro Señor guarde muchos años como éste su seruidor desea.=Sebastián Cormellas». En el Prólogo al lector y texto no discrepa en nada de la edición príncipe, 3.ª de Alcalá, que también debo describir, porque el Sr. García, en su *Ensayo*, no pudo hacerlo por no hallarla en la Biblioteca Nacional de Madrid, en cuyo índice figuraba. Dice, pues: «*Diálogos* | *de la Con* |

dedicados, como anticipadamente dije, al Cardenal Alberto, Archiduque de Austria ([1]), que tan buena acogida le diera los meses que pasó en Portugal.

13. Mientras se imprimian llegó el tiempo de celebrar en la Provincia de San José congregación intermedia, que se reunió en Auñón en cinco de agosto de mil quinientos noventa y cinco, y en ella nombraron al P. Angeles Guardián de San Antonio de Guadalajara y Custodio, es decir, representante de la Provincia para la Congregación general ([2]) que había de reunirse en Vitoria, y como tal acudió á ella y tomó parte, no sólo dando su voto como vocal propio, sino probablemente predicando también alguno de los sermones con que se honraban aquellos días los misterios de la Santísima Trinidad, Sagrada Eucaristía y Nuestro Padre San Francisco ([3]). Fueron las se-

quista del espiritual y | secreto Reyno de Dios, que según el Santo Euan|gelio está dentro de nosotros mismos. En ellos | se trata de la vida interior y diuina, que | biue el alma vnida á su Criador por | gracia y amor transformante. | Compuestos por Fr. Ivan | de los Angeles, Predicador Desçalco de la Provincia | de San Ioseph de los Menores de Obser|vancia Regular. | Dirigidos al Sereníssimo Príncipe Cardenal | Alberto, Archiduque de Austria, Arzobispo de Toledo, Primado de las | Españas, etc. | Año (grabado en madera que representa una cruz en campo que tiene á los lados dos casitas que parecen iglesias) 1602. | Con privilegio. | En Alcalá. Por Iusto Sánchez Crespo». Un tomo tamaño en 12.º, de 16 folios preliminares sin numerar; sig. ¶ 12.345, ¶¶ 12.345, y 444 páginas numeradas, á las cuales siguen 18 folios sin numerar, 9 de lugares de Escritura y 9 Tabla alfabética de las cosas notables. Sin colofón. Las particularidades que ofrece son las siguientes: F. 1.º v.: Tras la portada descrita, en blanco. F. 2.º v.: Grabado en madera que representa á la Virgen María que va caballera en un jumento guiado del torzal por San José y seguida de una doncella que, amén de una vela encendida en la mano izquierda, lleva un cesto sobarcado en la mano derecha y sobre la cabeza un tabaque en que asoman las cabecitas tres pajaritos. F. 2.º v.: En blanco. F. 3.º v.: Otro grabado en madera que representa la aparición de Jesús resucitado á su santísima Madre, arrodillada en su estancia: de la mano derecha suelta Jesús una lista en que hay escrita la leyenda: Regina coeli letare. F. 3.º v.: En blanco. F. 4.º: Suma del Privilegio. Madrid, 22 de agosto de 1593, Juan Gallo de Andrade. F. 4.º v.: Tassa, por idem, Madrid, 17 mayo 1595. F. 5.º v.: Erratas, por el Licenciado Francisco Murcia de la Llana, en el colegio de la Madre de Dios de los teólogos de la Universidad de Alcalá, sin fecha. F. 5.º v.: Otro grabado que parece una alegoría de lo que explica el libro, esto es: Figura un campo quebrado y lleno de guijarros, y en lontananza se divisan algunas casas, y sobre ellas se cierne una nube, de la cual salen pajaritos. Al lado derecho hay dibujada la fachada de un palacio, y en la puerta un sacerdote vestido á usanza israelita; en el centro hay dos santas con aureola, una arrodillada ante la otra, que está de pie y sosteniendo á la que se arrodilla con el brazo izquierdo extendido; detrás de éstas hay otras dos personas que mutuamente se miran como sorprendidas de lo que ven ante sí. F. 6.º: Aprobazaom de Fr. Belchior Urbano, San Francisco de Lisboa, 10 de febrero 1593. F. 7.º: Aprobación de Fr. Gabriel Pinelo, en San Felipe de Madrid, 28 julio 1593. F. 7.º v.: Licencia de Fr. Josef de Santa María, Ministro Provincial, San Antonio de Guadalajara, 16 diciembre 1595. Fs. 8 y 9: Dedicatoria. Fs. 10-16: Prólogo al lector. Luego los diálogos, texto, 444 págs. Al fin: Laus deo. 4.ª, Madrid, año 1608, descrita por Pérez Pastor.

([1]) Era el sexto hijo de Maximiliano II, nacido en 1559. Fué nombrado Cardenal de Toledo, donde se concilió las simpatías del clero y nobleza. En 1583 su tío Felipe II lo envió como virrey á Portugal, donde aún estaba cuando allí se detuvo el P. Angeles en 1593. Más tarde, por su buen gobierno, le dió posesión de los Países Bajos, no sin el contrapeso de la guerra que hubo de sostener contra Mauricio, hasta que hizo las paces con Francia en 1598. Este mismo año, y según otros en 1599, previa la renuncia del capelo y las dipensas oportunas, casó con Doña Isabel Clara Eugenia, quedando con ella soberano de aquellos países, donde vivió, con más azares y sobresaltos que esperaba, hasta el año 1621, que murió.

([2]) Así lo cuenta Fr. Marcos de Alcalá, tomo II de la *Crónica* otras veces citada, pág. 258, donde también aduce comprobante alegando al margen «Libro 3, tít. A. *Conventos y memorias de Religiosos*, f. 330 v.».

([3]) Solían publicarse las actas de estas asambleas é imprimirse los sermones que se predicaban; pero yo no he tenido la suerte de dar sino con dos del siglo xvii.

siones previas antes del día veintitrés de febrero del noventa y seis, y así debió salir de Guadalajara á principios de este mes, no regresando hasta bien entrado el mes de marzo. No he hallado recuerdos del gobierno de mi biografiado en su guardianía de San Antonio, porque los franceses se ensañaron de un modo especial en este convento y quemaron todos los papeles de su archivo ([1]); pero por los consejos que daba á los prelados y su carácter amable deduzco que sería tranquilo y suave, porque iría delante con el ejemplo y haría amables las mayores asperezas de la vida regular ([2]).

La única noticia que se conserva es haber recibido, estando en este convento, la visita de su Provincial Fr. José de Santa María, que, enterado de que saldría pronto de la prensa el libro de la *Conquista*, quiso darle nueva licencia para asegurar mejor el cumplimiento de «las ordenaciones y estatutos de nuestra sagrada Religión» ([3]). En este convento debió empezar la redacción de la *Lucha espiritual y amorosa*, aprovechando los ratos libres que le dejaban las cargas de la prelacía, y preparando de este modo una reimpresión de los *Triunfos del amor de Dios*, reduciéndolos á menos volumen, con que hizo la obra más estimada y aceptable.

17. Antes de cumplirse los tres años de Superior local fué convocado con los otros vocales al Capítulo provincial que se celebró en Paracuellos del Jarama el día nueve de mayo de mil quinientos noventa y ocho. Pero no le descargaron de la cruz del gobierno, antes bien, dispensando con él leyes que regían en casos ordinarios, aunque salió Definidor, lo nombraron también Guardián de San Bernardino de Madrid, la casa de mayor compromiso de la Provincia ([4]), con la esperanza de que llenaría cumplidamente las obligaciones de los dos oficios y aumentaría el crédito de sabios y virtuosos que en la corte de España habían conquistado los Descalzos. Tomó desde luego posesión de su oficio, pero debió pedir pronto al Provincial un presidente que le sustituyese en la guardianía de Madrid, porque á las pocas semanas que se hizo cargo del gobierno de aquella casa le vino una nueva comisión del Rmo. P. Mateo de Burgos, en que le delegaba para visitar la Provincia de San Gabriel y presidir el Capítulo que había de celebrarse en octubre de este mismo año. ¡Secretos de la divina Providencia! Los hermanos que peores ratos le habían hecho pasar con sus exigencias cuando estaba atareado con la fundación de San Diego en Sevilla habían de rendirle pleito homenaje de respeto y obediencia ([5]), y de grado ó por fuerza le tendrían por juez y árbitro de todas las cuestiones que entonces había pendientes entre las Provincias limítrofes. No debo entretener á mis lectores fantaseando lo que en esta visita hizo ó no hizo el P. Angeles; pero para honra suya y de Dios, que formó su corazón, manifestaré

([1]) Así lo justificaba el Padre Guardián en un tomo de cuentas que principia, año 1814, diciendo: «Este libro se principió en el año 1814 por haberse perdido por la invasión francesa *todos* los libros corrientes que tenía la Comunidad». (Archivo Histórico Nacional, Madrid, Leg. 165, f. 2).

([2]) Dice en el Diálogo II del *Manual de Vida perfecta:* «Yo estoy muy mal con los prelados que, habiendo de buscar tiempo para negocios exteriores ó para alivio de sus súbditos, acuden de ordinario á quitarlo de la oración; no sienten bien della ni saben la necesidad de que este ejercicio no se interrumpa ni falte ó se menoscabe». (Véase págs. 178 y sigs.).

([3]) Puede verse entera en la pág. 34.

([4]) Alcalá, *Crónica* cit., tomo II, pág. 256.

([5]) Sabido es que el Visitador general es recibido en los conventos con las mismas ceremonias que el Obispo cuando visita los pueblos, y una de ellas es prestarle obediencia, besando su mano, todos los Religiosos que salieron á la iglesia á darle con cantos los plácemes de la bienvenida.

que á sus gestiones y celo prudente se debe atribuir la mutua inteligencia que hubo entre las Provincias de San Gabriel y de San José, consintiendo en la permuta que habían propuesto á la misma ciudad de Sevilla, que había mantenido tiesa sus derechos á albergar á los Descalzos de la Provincia de San José, para los cuales había levantado la casa de San Diego. Así, pues, no dudo que á mediados del año noventa y ocho estuvo nuevamente el P. Angeles en la perla del Guadalquivir: no sólo por la obligación de su oficio de Visitador general, que personalmente debe hablar con todos los Religiosos de la Provincia visitada, sino porque solamente él podía suavizar las asperezas y rozamientos que había entre los provincianos de la de San Gabriel y las autoridades eclesiástica y civil de Sevilla. De modo que con las entrevistas que celebró con el señor Arzobispo y el Conde de Puñonrostro recabó que escribieran al Sumo Pontífice y en sus cartas manifestasen que estaban conformes en lo acordado por la Orden respecto á los límites de las Provincias y la cesión á la de San Gabriel del convento é iglesia levantados para los educados ó inscritos en la de San José. No me lo dicen esto los cronistas, que se contentan con referir que hizo la visita y celebró el Capítulo provincial, presidiendo en él, día cuatro de octubre de este año (1); pero esto se desprende del examen de los documentos que transmite el *Bulario de los Descalzos* y donde hay necesidad de suplir las gestiones que se llevaron al cabo para lograr la paz entre los desavenidos (2); y nadie pudo hacerlo mejor que el Visitador enviado, pues como tal venía á ser padre de ambas Provincias y no podía serle indiferente dejar tranquilos á los que miraba como hijos. Esta fué la noble venganza que tomó el P. Angeles, en cuyo corazón generoso no cabían pasiones viles y rastreras. Y ¡oh qué contento y placentero volvería á Madrid con las nuevas de paz y tranquilidad que pudo darle al Comisario general que le había conferido todos sus poderes y autoridad para que resolviera lo que Dios le inspirase!

Con los nuevos triunfos obtenidos en su larga excursión por Extremadura y Andalucía ya pudo descansar algunos meses en su convento de San Bernardino; pero era hijo de San Pedro de Alcántara, que había prometido á su cuerpo no darle reposo basta llegar al cielo, y así parece que trataba al suyo el Guardián-definidor. Por esto no sólo continuó con las tareas de púlpito y confesionario y gobierno de sus súbditos en San Bernardino sin desatender los encargos de sus Prelados jerár-

(1) En la *Crónica de la Provincia de San Gabriel de Frailes Descalzos*, por Fr. Juan de la Trinidad, Sevilla, 1652, lib. III, pág. 727, cuando habla del XIX Ministro Provincial, dice: «Por comisión del P. Fr. Mateo de Burgos, Comisario general de la familia cismontana, visitó nuestra Provincia de San Gabriel y presidió en el Capítulo que se celebró en nuestro convento de Brozas el día de nuestro seráfico padre S. Francisco, cuarto día de octubre del año 1598, Fr. Juan de los Angeles, insigne predicador y definidor de la de San Josef, de la cual fué después Ministro Provincial. Hizo la costa deste Capítulo D. Fernando de Argüello y Carbajal... Fué electo en Ministro Provincial vigésimonono en orden nuestro P. Fr. Domingo de Salvallón, del estado de Feria».

(2) Hay tanta diferencia entre el breve *Ut ea*, de 13 de abril 1595, y la bula *Religiosorum*, de 23 de enero 1599, descrito en el número 12, que sin la intervención de un poderoso medianero se hace inexplicable el cambio de Clemente VIII. No podía ser de los Frailes Descalzos de la de San Gabriel, mirados como intrusos, ni de los Observantes, cuyo General había entregado el convento de San Diego sin el consentimiento de la ciudad; resta, pues, que fuesen los Descalzos de San José, y ¿quién mejor que el P. Angeles, nombrado como Visitador árbitro entre las dos partes?

Nótese también la fecha, y se verá qué tiempo medió entre la visita del P. Angeles y la bula de Roma; sólo el necesario para los correos.

quicos ([1]), pero prosiguió sus *Comentarios sobre el Cantar de los Cantares* y acabó de limar su *Lucha espiritual*, de modo que en la primavera de mil quinientos noventa y nueve dejó en manos de su Provincial este nuevo parto de su ingenio antes de partir para Roma en compañía del Custodio y Provincial que estaban convocados al Capítulo general que había de celebrarse la víspera de Pentecostés de este mismo año y luego se retrasó por causas ajenas á la voluntad de los vocales.

13. Tampoco me dicen esto los cronistas de un modo explícito, pero lo puedo rastrear de sus frases ([2]), y sobre todo me lo ponen ante los ojos dos anécdotas que el P. Angeles cuenta en una de sus obras y que hacen indispensable señalarle año en que visitase la Italia y la Francia. Debió ser en este de mil quinientos noventa y nueve hasta el de seiscientos, porque sólo así se explican satisfactoriamente las muchas correrías que hizo un Religioso que tenía tantos cargos en su Provincia. En un Capítulo general ordinario hubiera visitado, como otros, las iglesias de Roma, el Santuario de Loreto y los conventos de Asís y Alvernia; pero no hubiera podido recorrer tantas Provincias sin el incidente providencial que apunta Fr. Juan de la Trinidad al narrar el viaje de los vocales de su Provincia: «Cuando llegaron á Génova ([3]) supieron cómo el Papa había prorrogado el Capítulo general hasta la fiesta de Pentecostés del año siguiente mil seiscientos, por causa de haber enviado á Francia por Legado suyo al Ministro General, habiéndole antes de esa legacía promovido á la dignidad de Patriarca de Constantinopla. Desabridos quedaron nuestros vocales y los demás de España que ya estaban también en Italia desta prorrogación, porque era forzoso padecer fuera de sus Provincias no pocas incomodidades. Pero nuestro Provincial y Custodio en el ínterin visitaron los santuarios de Roma, los de Asís, donde está el cuerpo de Nuestro Padre San Francisco y el convento de Nuestra Señora de Loreto» ([4]). Tuvo, pues, holgura nuestro peregrino para recorrer las más célebres ciudades de Italia y Francia, y sobre todo para visitar los lugares en que se conservaban reliquias insignes de la Pasión de Jesús, sobre la cual había prometido hablar largamente en sus libros. Estuvo en Turín para venerar la Sábana santa, la miró y examinó cuidadosamente y con tan

([1]) Le encomendaban sobre todo la revisión de libros, de lo cual he hallado el siguiente testimonio en el «*Homiliario evangélico* del P. Fr. Juan Bautista de Madrigal, Madrid, por Luis Sánchez, 1602», f. 4 preliminar: «Aprobación.=Fr. Juan de los Angeles, predicador y definidor de la Provincia de San Ioseph, y Guardián de San Bernardino de Madrid, etc. Por comissión de nuestro amantíssimo hermano, Fr. Juan de Santa María, Ministro Provincial de la dicha Provincia, vi este libro de Homilias ó sermones sobre el *Pater noster*, Mandamientos y otros temas particulares, compuesto por nuestro hermano Fr. Juan Bautista de Madrigal, Predicador y Guardián de San Lorenço de Cuenca; y fuera de que no hay en él cosa mal sonante y que contradiga á la doctrina que enseña y sigue la Iglesia Católica, hallo en él cosas muy sustanciales y de grande importancia para la reformación de las costumbres tan deprauadas como vemos en el mandado: y assí digo que se debe y puede imprimir. Y por la verdad lo firmé de mi nombre en cinco días de enero de mil y seiscientos y uno.=*Fr. Juan de los Angeles*».

([2]) Porque además de llamarle Custodio nombrado para la Congregación general, notan que iban á Roma más de los precisos, máxime en años de Jubileo, y el P. Angeles tenía mayores méritos para ser preferido, especialmente habiendo asistido como vocal en el anterior y pudiendo, por ende, ilustrar á sus hermanos sobre los asuntos que se dejaron pendientes, uno de los cuales había sido la permuta de que antes he hablado.

([3]) El P. Panes nota que otros no supieron esto hasta entrar en Roma y personarse ante el Superior de Araceli. (*Crónica de la Provincia de San Juan Bautista*, ya cit., tomo I. página 262).

([4]) *Crónica de la Provincia de San Gabriel*, antes cit., pag. 727.

buenos ojos, que vió lo que italianos y extranjeros necesitaron casi cuatro siglos para ver á la luz de la fotografía y fototipia, vendiéndonos como una novedad á últimos del siglo XIX lo que él afirmó cerradamente á principios del XVII: esto es, que al crucificar á Jesús, los clavos, «que eran grandes y gruesos. . no entraron por lo más flaco y delgado de las manos, sino por lo más sólido y llegado á las muñecas, porque no pudieran sustentarse los cuerpos de los crucificados si esto ansí no se hiciera... Ansí se muestra en la sagrada Sábana, adonde también se ve claramente que los clavos eran gruesos y redondos, porque los agujeros tienen esta forma y son tan anchos que cabe un dedo por cada uno» (1). Viajó también por Francia hasta llegar á París, donde debió permanecer algunas semanas, pues tuvo tiempo para ver, no solamente las reliquias de la Catedral, sino también las que guardaba el rey en su palacio, lo cual supone haber ganado la voluntad de algunos hermanos que le presentasen al monarca. Así lo revelan las palabras siguientes: «Y yo soy buen testigo de que la corona que en su tesoro tiene el Rey de Francia y el de la Iglesia catedral de París no son de juncos, sino de espinas y muy agudas» (2). Y brindándosele la oportunidad ¿quién sabe si de vuelta á Italia pasó á visitar á su amigo el Archiduque Alberto, que ya había tomado posesión de sus estados? De todos modos, aún le sobró tiempo para llegar en vísperas de Pentecostés á Roma y asistir á los certámenes literarios y funciones religiosas con que solía amenizarse la monotonía de las sesiones capitulares. ¡Qué satisfacción hallarse allí rodeado de hermanos ya conocidos: los vocales de la de San Gabriel, que él había escogido en último Capítulo; los padres Juan Ximénez y Antonio Albero de Valencia, á quienes apreciaba sobremanera; en una palabra, la flor y nata de todas las familias franciscanas que iban á elegir un sucesor del Serafín de Asís que gobernase la numerosa grey de los frailes Menores! La elección del Ministro General recayó en el P. Fr. Francisco de Sosa, de la Provincia de Santiago, y esta circunstancia aumentaría el entusiasmo de

(1) *Vergel del ánima religiosa*, Madrid, 1610, cap. XVII, pág. 365. El revuelo que hicieron los diarios y revistas de Europa á raíz de la peregrinación á Turín de 1898, y más aún después del examen que hizo de las fotografías sacadas Mr. Delage en la conferencia que dió el 22 de abril de 1902 en la Academia de Ciencias de París, manifiestan, á vueltas del espíritu experimental de nuestra época, el descuido de estudiar lo que tenemos muy á mano y nos dieron digerido nuestros antepasados. Puede verse «*La sábana santa de Turín*, estudio científico-histórico-crítico por el Dr. D. Modesto Hernández Villaescusa, Barcelona, 1903», donde parece que agota la materia en lo que se puede saber sobre el venerando lienzo, y donde falta, sin embargo, el texto alegado del P. Angeles, que le hubiera venido de perlas para probar que la copia de la relación anténtica que hicieron de la Sábana sagrada las clarisas en 15 de abril de 1534 había sido adulterada por el pendolista, y en vez de escribir *poignet* (muñeca), como ellas dirían, puso *main* (mano) «para no chocar tan abiertamente con la tradición y quizá con los textos», según atinadamente observa el Sr. Villaescusa (pág. 202 del libro citado).

(2) *Vergel del ánima religiosa* cit, pág. 357. No es sólo este el recuerdo que hay de su viaje por Francia, pues en las *Consideraciones sobre el Cantar de los cantares*, Lección V, cap. I, exponiendo el *Indica mihi quem diligit anima mea* y la costumbre que tenían las mujeres orientales de andar cubierto el rostro, cita un texto de Tertuliano en su opúsculo de *Virginibus velandis*, en que dice: «*Os juzgarán las mujeres árabes y las gentiles, que no sólo acostumbran cubrir su cabeza, pero también su rostro, y teniendo sólo un ojo libre más contentas están de gozar sólo á medias de la luz que no de envilecer sus caras.* Adonde da entender Tertuliano que las mujeres, principalmente árabes, tenían de costumbre traer todo el rostro cubierto por honestidad. *Y esto mismo usan las nobles francesas*», donde no alega sino su propia experiencia, que no necesita comprobantes ni testimonios. Puede también consultarse el cap. XIII del *Vergel*, pág. 535 de este libro, donde dice que el título de la cruz «se halló aparte y se muestra hoy en Roma en la iglesia título *Santae Crucis*» como nuevo argumento de haber estado largo tiempo en la ciudad santa.

los españoles. Lleno, pues, de satisfacción y enriquecido con nuevos mineros de erudición, que entra por los ojos en los viajes y deja huellas imborrables en el alma, volvió á su patria con mayores deseos de servir á Dios y trabajar por la salvación de las almas. Aportando en Barcelona es probable que subiese también con sus compañeros á Monserrat, si no lo habían hecho antes de embarcarse para Italia ([1]); y llegando á Madrid se encargó otra vez del gobierno de la casa, cuyos súbditos ya ansiarían la vuelta del que tenían como padre y pastor.

19. Durante los últimos meses de su guardianía se acabó de imprimir la *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma*, que fué mejor recibida que *Los Triunfos*, y en pocos años se hicieron de ella tres ediciones ([2]) y lo menos una traducción al francés ([3]), cumpliéndose los augurios que hacía su autor, que dice de ella: «Creo cierto que, aunque no he añadido capítulos, el libro es otro, así por la mejoría como por la brevedad»; y más abajo: «fía de mí en esta parte, que ningún libro puedes leer más provechoso ni para alcanzar la perfección de la vida contemplativa más acomodado» ([4]). Lo dirigió, como reza la portada, «á la misma Provincia su madre», y verdaderamente debió conmoverla hasta las fibras más íntimas de su corazón al ver con qué ternura la amaba este hijo, que no se contenta con reconocer y agradecer sus beneficios con palabras regaladas, sino principalmente porque «*deseaba* servirla en cosas mayores, si el

([1]) Pudo también hacer esta romería á Monserrat á continuación de visitar el convento de Benicarlón, cuando fué de Visitador á la Provincia de San Juan Baustista; y debe buscarse algún hueco para esto, porque dice en el *Cantar de los Cantares* ya citado, pág. 832: «A Hortulano le parece [Bethel] monte de Judea, rodeado y repartido en montes, ó monte quebrado, como la tierra de la Alcarria, ó como Monserrate, que está dividido de manera que parece haberle aserrado á mano». La naturalidad con que usa las dos comparaciones descubre que los habia visto entrambos por sí mismo.

([2]) La primera en Madrid, en casa de Pedro Madrigal, año 1600, cuya descripción puede verse en la *Bibliografía* de Pérez Pastor, tomo I. Es la que reproduzco en este tomo. La segunda, que describiré, porque todavía no tenemos *Tipografía* ó *Bibliografía valentina*, aunque no falta dirección para hacerla en el *Diccionario de Imprentas é impresores*, de D. Enrique Serrano, y se ha hecho un ensayo de *Bibliografía valenciana*, tiene la portada: «*Lucha* | *espiritual* | *y amorosa en|tre Dios y el alma.* | *En que se descubren las grandezas y triunfos del amor y se enseña el camino* | *excelentíssimo de los afectos; de todos el más breve, más se|guro y de mayores ganancias,* | compuesta por Fr. Ioan de los Angeles, Pre|dicador y Definidor de la Provincia de San | Ioseph de los Menores Descalços, | de la Observancia regular y Guardián | deste conuento de San Bernardino de Madrid. | Dirigida á la misma Provincia su madre. | En Valencia. | En casa de Pedro Patricio Mey. Año 1602. | Véndese en casa de Francisco Miguel, mercader de libros, á la calle Caualleros». Un tomo tamaño en 12°, de 10 folios preliminares sin numerar y 442 páginas numeradas. En la 443, colofón: «Impresa en Va|lencia en casa de Pedro | Patricio Mey. MDCII». F. 1.° v.: En blanco. F. 2.°: Privilegio texto en valenciano: «Lo Rey é per sa Majestat D. Juan Alfonso Pimentel y de Herrera, Compte de Benavent, Llochtinent y Capitá general de Valencia, doná llicencia á Roch Sonzoni, etc. Dat. en lo real Palacio de Valencia á 2 d'octubre 1601». Firmas *V. Banyatos Regens*, *V. Guardiola Fisci advocatus*, *Franciscus Paulus Alzeus*. In Diversorum XII, fol. XVIII. F. 2.° v.: Licencia de D. Juan de Ribera, refrendada por Petrus Ioannes Assensius. Valencia, 26 septiembre 1601. F. 3.°: Censura de Fr. Andrés de Ocaña y licencia del Provincial, como en la primera edición. Creo, pues, que se equivoca el P. Fr. Juan de San Antonio, que dice, copiándolo de Nicolás Antonio, que hubo edición de Valencia en 1600, De la tercera, que no he visto, habla el P. Alcalá, *Crónica de la Provincia de San Josef*, tomo II, lib. IV, pág. 211: «El mismo libro *Lucha espiritual...* reimpreso el año mil seiscientos y ocho en la Imprenta Real».

([3]) No la he visto, pero la cita Rouselot en su *Mystiques Espagnols*, pág. 116: «*Lutte spirituelle et amoureuse entre Dieu et l'âme*, traduite de l'Espagnol par le R. P. T. X. Arzelier. París, 1621, in 12.°».

([4]) Prólogo al lector (Véase pág. 279).

Señor se dignase de favorecer sus intentos» [1]. Ya estaba, por tanto, propagada en la Provincia esta obra cuando llegó la convocatoria del Capítulo provincial en que renunciaría á su oficio de Superior de San Bernardino, y, lo que pocas veces había sucedido, se celebró en esta misma casa, prueba inequívoca de que había cundido por todos los conventos la fama del buen gobierno del Guardián, y que no había de repararse en gastos estando al frente de ella religioso de tales prendas y tan bien quisto de la nobleza madrileña. ¿Cuál fué el resultado de la elección? Oigamos á los cronistas de la Provincia.

20. «Día treinta de junio del año mil seiscientos y uno se celebró el Capítulo provincial en San Bernardino de Madrid, y acabando su oficio Fr. Juan de Santa María, habiendo gobernado la Provincia tres años, fué electo en Ministro Provincial nuestro hermano Fr. Juan de los Angeles, predicador, hijo de la misma Provincia, Definidor y Guardián que al presente era del mismo convento de San Bernardino» [2]. Con más novedad é interés refiere el hecho el Provincial saliente, diciendo: «Reunidos los vocales día treinta de junio, pusieron los ojos en algunos varones religiosos que había que escoger, y al fin se resolvieron en elegir á Fr. Juan de los Angeles, predicador, hijo de la misma Provincia, Definidor, y de quien en toda ella se tenía mucha noticia, hombre de buenas letras y prudencia» [3]. Y luego, dando cuenta de lo que hizo durante su gobierno, dice: «Admitió dos conventos en las villas de Torrejoncillo y Tembleque: el primero del obispado de Cuenca; el segundo, en una hermita de nuestra Señora de la Concepción del arzobispado de Toledo, en cuya fundación, aunque hubo resistencia por parte de unas beatas del Carmen que tenían su vivienda junto á aquella hermita, la última que quedó y que ponía más empeño en no dejar la casa, viendo la voluntad del Alcalde y Prior de San Juan, encomendólo á la Virgen, y echándose á dormir se levantó despertada con una voz que le dijo tres veces: *Hija, sal luego sin tardar y no pidas nada*—ni indemnización por la casa.— Vió, además, á nuestro padre San Francisco y á Santa Clara con la custodia en la mano, y así desistió de su empeño y entraron los religiosos» [4]. Allende de estos recuerdos, que á vueltas de la inteligencia y actividad del nuevo Provincial nos descubren la soberana protección que el cielo le dispensaba, yo he hallado otros, no obstante lo mermados y aun saqueados que llegaron á manos amigas los archivos de nuestros conventos. De los pocos documentos que se salvaron del naufragio puedo deducir: primero, que giró la visita canónica dos veces por todos los conventos de la Provincia [5]; segunda, que en ellas puso especial esmero

(1) Dedicatoria (Véase pág. 278).

(2) Marcos de Alcalá (*Crónica de la Provincia de San Josef*, tomo II, lib. IV, pág. 259) cita al margen el *Protocolo I*, fol. 71 b, Año 1601.

(3) *Crónica de la Provincia de San Josef*, por Fr. Juan de Santa María, P. II, Madrid, en la Imprenta Real, 1618, lib. IV, pág. 492.

(4) Ibidem., cap. XIV. Esta segunda cita, aunque puesta entre comillas, va abreviada de como la lleva el original en la página susodicha.

(5) Habiendo puesto la lista de los Conventos de la Provincia de San Juan, que visitó en 1594, con más razón debo incluir aqui la memoria de los que tenía la de San José, é irán por el orden de fundación y como diseño para marcar el itinerario del P. Angeles en su visita: Nuestra Señora del Rosario, cerca de Oropesa; San Andrés, de Arenas; Nuestra Señora de los Angeles, de Cadahalso; San Bernardino, de Madrid; San Luis, de Paracuellos; San Miguel, de Priego; Dulcísimo Nombre de Jesús, en Cebreros; Santo Angel Custodio, en Alcalá de Henares; San Pedro Apóstol, en Consuegra; Santa Ana, de Talavera; San Sebastián, de Auñón; San Juan Evangelista, de la Torre; San Francisco, de Yepes; San Lorenzo, de Cuenca;

en que se ordenasen las bibliotecas, que, según las definía el primer santo que las estableció en la Orden ([1]), son la mejor oficina del convento, porque de ella se sacan armas para refutar á los herejes ([2]); tercera, que fué muy agradecido y cortés con los bienhechores, pagando con gracias espirituales los favores que dispensaban á sus hijos, cautivándose de este modo las voluntades de los que San Francisco llamaba padres de su Orden, porque sustentaban con sus limosnas á los herederos de su altísima pobreza. Y aunque sólo puedo dar una muestra, que recogió de Auñón Fr. Francisco de San Pedro de Alcántara ó de Sacedón, es un capullo lindo que denuncia todo un rosal de gratitud ([3]). Comparando las fechas de su estancia en Auñón y Fuensalida, en los meses de junio y septiembre de mil seiscientos dos, se echa también de ver que hizo pausada-

San José, de Toledo; Purísima Concepción, de Barajas; el de la Asunción, en Illescas; el de la Encarnación, en Malagón; San Antonio de Padua, en Guadalajara; San Juan Bautista, de Santa Olalla; Nuestra Señora de las Misericordias, en Fuensalida; San Antonio de Padua, en Velada; San Diego, del Corral en Malaguer; Nuestra Señora del Rosal, en Buendía; Santa Catalina, de Almagro; Santo Angel, de Torrejoncillo, y Purísima Concepción, de Tembleque. Véase Alcalá, t. I, pág. 309.

([1]) El Beato Francisco de Fabriano. Véase lección V *Breviario Seráfico*, día 16 de mayo.

([2]) Por lo menos quedan datos auténticos que acreditan la revisión de las bibliotecas de Fuensalida y de Arenas, los cuales debo á la buena amistad del P. Lorenzo Pérez, archivero de Pastrana. En el archivo de este convento, cajón 68, leg. 8.º, libro del convento de Fuensalida, fol. 20 v., dice: «En 25 de setiembre de 1602 visitó la librería deste convento de Fuensalida nuestro hermano Fr. Juan de los Angeles, Ministro Provincial, y la halló cumplida, como en el registro se contiene, y por la verdad lo firmó de su nombre, fecha *ut supra*, etc. Fr. Juan de los Angeles Ministro Provincial». Ibidem, libro del convento de San Andrés del Monte, de Arenas, cajón, 67, legajo 1.º, f. 123: «En 7 de septiembre de 1602 visitó la librería deste convento de San Andrés de Arenas nuestro hermano Provincial Fr. Juan de los Angeles y halló estar todos los libros deste cumplidos; fecha en el dicho convento 7 de septiembre 1602, fray Juan de los Angeles, Ministro Provincial». En ambas firman como secretarios los Guardianes, á saber: en Fuensalida, el P. Fr. Alonso de San Juan; en Arenas, Fr. Cristóbal de Santa María.

([3]) Me envió copia esmerada el P. Fr. Rafael Alberca, de la Provincia de San Gregorio, el cual sustituyó en el cargo de archivero al P. Lorenzo Pérez el trienio que éste fué Guardián de Mayorga (1909-1912) y dice así: «Fr. Juan de los Angeles, Ministro Provincial de la Provincia de San Ioseph de los Menores de regular obseruancia, etc. Por quanto me consta de la deuoción que los Sres. Iuan Rodríguez y Catalina González, su muger, vecinos de Auñón, tienen á nuestro glorioso Padre San Francisco y á los religiosos de su professión, especialmente á los de nuestra Prouincia de San Ioseph, como parece por las limosnas en que siempre nos han faborecido y fauorecen; deseando yo con bienes espirituales responder á los temporales, por las presentes y por la authoridad que de la silla apostólica en esta parte me es concedida les recibo por nuestros espirituales hermanos, concediéndoles todas las gracias que á los hermanos de la Orden son concedidas y haciéndoles participantes de todas las Missas, Oraciones, Vigilias, Aiunos, Disciplinas y todas las demás buenas obras que fuere nuestro Señor seruido obrar por sus sieruos los religiosos desta prouincia. En fe de lo qual di las presentes firmadas de nuestro nombre y selladas con el sello de nuestro officio en nuestro conuento de San Sebastián de Auñón á once días del mes de Iunio 1602.=Fr. Iuan de los Angeles, Maestro Provincial». Rubricado. Sello que dice: «*Sigillum Proucie Sancti Iosephi*». Añádese á continuación: «Esta carta de Hermandad reservaba en su poder (que ubo de sus Mayores) D. Juan Domínguez, Presbítero, vecino de Buendía, e yo el infrasquito se la pedí para protocolarla por algunas razones: La 1.ª, por la estimación de tan venerable Provincial como fué nuestro hermano Fr. Iuan de los Angeles. La 2.ª, por su mucha antigüedad. La 3.ª y principal, por estar sellada con el sello primitivo de la Santa Provincia de San Joseph, que es el mismo con que la erigió en Provincia San Pedro de Alcántara...» Sigue una historia que interesa poco á mis lectores, y acaba el certificado diciendo: «Y para que conste en lo futuro lo firmé en este convento de Nuestra Señora del Rosal de la Villa de Buendía en 17 de agosto de 1754 años.=Fr. Francisco Antonio de San Pedro Alcántara ó de Sacedón, Vicario Provincial». Rubricado (Archivo de Pastrana, cajón 66, legajo núm. 8, fol. 121). Los dos documentos son autógrafos originales.

mente la visita de los conventos y que no gastaría menos de cuatro meses en recorrerlos; de modo que, empezando en mayo, no terminaría hasta mediados de septiembre, para pasar las fiestas de San Francisco y de Navidad en Madrid, donde parece que escogió su domicilio fijo.

21. Graves y muchas eran las ocupaciones que absorbían la atención de un Ministro Provincial en Provincia tan vasta, mayormente habiendo de intervenir en las misiones extranjeras, para las cuales le pedían sujetos aptos, y debiendo suavizar las asperezas que se originaban entre el clero secular y regular, y aun entre los miembros de diferentes familias religiosas ó de diversas Provincias, y como creían al P. Angeles hombre de robustos hombros, pensaron sobrecargarle y probar hasta dónde llegaban sus fuerzas. Así, pues, á últimos del año mil seiscientos uno ó á principios de mil seiscientos dos, el Rvmo. P. Fr. Francisco de Sosa lo nombró confesor de las Descalzas Reales de Madrid, con encomienda especial para que atendiera á la infanta Sor Margarita de la Cruz, que huyendo de las honras mundanas se veía perseguida de ellas en la humilde guarida del claustro y necesitaba quien la alentase y conservase en el espíritu de su vocación. A esto unió la emperatriz María de Austria su empeño de que el Padre Provincial de la de San José fuese el predicador de su real capilla, y no pudiendo rechazar estos honores, que llevaban envueltos trabajos poco compatibles con los que le daba su cargo de prelado, porque el reverendísimo le apretaba con su obediencia, para no desairar á la real familia que le hizo las demandas, le pareció más decoroso y llano renunciar á su oficio de Provincial que desempeñar con desagrado de todos los varios cargos que sobre él acumulaban. ¿Cómo juzgaron esta determinación sus contemporáneos? Por lo menos la mayor parte de sus comprovincianos más caracterizados la tuvieron por un mal paso y no supieron disimular el disgusto que les causó; y así, al narrar el hecho en el libro de Memorias y en las Crónicas de la Provincia, lo consignaron con la siguiente frase, que, siendo verdadera históricamente hablando, dejaba entrever una reprensión tácita contra un hijo que dejaba de atender á la madre por otros que reclamaban sus servicios: «El Provincial Fr. Juan de los Angeles, en cuyo trienio estamos, no le cumplió, ni aun llegó á tener la Congregación intermedia, porque la serenísima Emperatriz, hermana del rey Don Felipe segundo, le hizo su predicador y el Rmo. General Fr. Francisco de Sosa le instituyó confesor de las Señoras Descalzas del real y muy religioso convento de Madrid, y *él tenía más gusto de predicar y confesar que de andar largas jornadas*; renunció el oficio al año y medio, y el de mil seiscientos y tres, á los dos de hebrero, se juntaron los vocales en el convento de San Bernardino de Madrid y fué electo en Provincial Fr. Francisco de Estella» [1]. Las mismas

[1] *Crónica de la Provincia de San Josef*, del P. Santa María, ya cit., P. II, cap. XXVII; y estaban escritas en el Protocolo de la Provincia del año 1601, según la «*Crónica | de la Santa Provincia | de San Joseph*, de Franciscos Descalzos, | en Castilla la Nueva. | Primera parte, | escrita por el M. R. P. Fr. Antonio Vicente, | de Madrid. Lector de Theología, Exdefinidor | y Cronista de dicha Santa Provincia. | Año (grabado de N. P.) 1768. | Con las licencias necesarias. | En Madrid. En la Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández y del Supremo de la Inquisición», tamaño en folio, lib. III, cap. XII, pág. 489. La he descrito porque no la hallo en el *Indicador de varias Crónicas Religiosas y Militares en España*, por D. Juan Pío Catalina García y Pérez, Madrid, 18 9, donde faltan otras muchas que el autor suplirá en las siguientes ediciones. Esta se halla en la Biblioteca de la Vicaría general de Madrid, Cisne, 12. Véase á Fr. Martín de San José, P. I. de su *Crónica*. El P. Alcalá también alega el Protocolo I de la Provincia de San José, años de 1585, 1595, 1598 y 1601.

palabras copiaron todos los cronistas coetáneos y posteriores. Y pregunto yo: ¿por qué no dan otra explicación que no transmitiese á la posteridad al P. Angeles como mal hijo respecto de su madre ó como fraile cómodo y regalón? ¿por qué cerrarle de esta manera la entrada en el menologio franciscano, donde hallaron puerta abierta muchos de sus compañeros y súbditos, como Fr. Bartolomé de Santa Ana, Fr. Antonio, Fr. José y Fr. Juan de Santa María y el mismo P. Fr. Juan Bautista Madrigal? ¿No había dado repetidas pruebas de sacrificio en las muchas jornadas hechas? ¿No estaba enfermo y achacoso desde el año noventa y dos? Hay que acudir á lo que tantas veces se ha dicho: que los hombres grandes, así como cautivan y admiran á los de noble corazón, despiertan celos y envidias en las almas apocadas ó en personas que, aun teniendo muchas virtudes, se ciegan con nieblas de bajas pasiones en momentos que no velan sobre sí mismas y quieren empequeñecer á quienes los hombres ó Dios encumbran y enaltecen ([1]). Aunque no llegaron á meterle en la cárcel, como á Fr. Luis de León, ni á postergarle y tenerle arrinconado toda su vida, como al P. Fr. Diego de Estella, no fué insignificante la injuria que le hicieron al pintarle como mal religioso siendo virtuosísimo. Que los grandes de España buscasen al P. Angeles para director de sus conciencias; que lo solicitasen para su confesor las Descalzas Reales, donde á la sazón abundaban las monjas nobles y linajudas; que lo pidiese por guía de su espíritu la infanta Sor Margarita de la Cruz; que lo consiga para predicador de su capilla real la emperatriz María; que sólo pregunten en San Bernardino por el Padre Provincial de la de San José el Archiduque Alberto, cuando pasa de Portugal á Madrid, y el Príncipe Maximiliano, cuando regresa de su romería de Santiago; que en él deposite su confianza el Rvmo. Padre Ministro General, ¿no era esto amontonar demasiadas honras sobre un solo fraile, dejando á otros preteridos y arrinconados en sus conventos? Tronchemos, pues, ese cedro, dirían los envidiosos, quitémosle siquiera el follaje, y dado caso que no podemos arrebatarle las honras de la tierra, le regatearemos las del cielo, y que la aureola de su virtud vaya anublada con mancillas de imperfección, para que nadie se postre ante su imagen ni lo veneren por santo. Y en parte consiguieron su objeto, y no sólo no le dieron lugar en la Crónica, describiendo separadamente su vida y virtudes, y aun milagros, en esos libros donde hay tantas figuras de segundo orden, pero con la conspiración del silencio ocultaron todo lo que podía enaltecerlo, nombrándolo con tal disfraz que nadie lo conociese ([2]) ni honrase por sus virtudes.

Otra explicación quiero dar, y es más cristiana: que Dios quería que este su siervo ejercitase las virtudes, no sólo en grado ordinario, sino también en grado heroico; y así como le brindó ocasión de trabajar y favorecer á los Descalzos de la Provincia de San

([1]) Hablando San Ambrosio del patriarca José, vendido por sus hermanos envidiosos *(libro S. Jos.*, cap. I), dice que la envidia es pasión tan sutil, que se mete aun por resquicios imperceptibles, y despide centellas y chispas que, abrasando á los malos y de ellas no se libran ni aun varones santos: *Quod si invidia etiam sanctos adussit quanto magis cavendum est ne inflammet peccatores.* Y esto creo que les pasó á algunos compañeros del P. Angeles, que pusieron esa mala nota en su vida, no obstante el aprecio universal que ellos mismos habían hecho de sus virtudes antes de renunciar á su oficio.

([2]) Tanto Fr. Juan de Santa María (Part. I, págs. 558 y sig.) como Fr. Martín de San José, cuentan la entrevista del P. Angeles con Fr. Bartolomé de Aranda en Zamora (véase núm. 9), pero diciendo: «Llegó á visitarle un Religioso grave, etc.» (tomo II, cap. 21, página 192), con lo cual nos hubiéramos quedado á oscuras si no hubiera hecho luz el cronista de la Provincia de San Pablo.

Gabriel, que tan malos tragos le propinaron estando en Sevilla, quiso que el martillo de la persecución lo labrase con golpes de desdén y desprecio de sus propios hijos y hermanos, en esos mismos años que lo asediaban las honras por todos los lados, y así conservar mejor sus virtudes con este contrapeso de humillaciones. Cuando más tarde quisieron otros cronistas reparar los descuidos y desatenciones de sus contemporáneos, recogiendo cariñosos los monumentos de su santidad que corrían aún de boca en boca, ya fueron escasas las noticias allegadas y no acertaron á decirnos ni el pueblo do nació, ni los años que peregrinó en este mundo, y mis lectores ven los sudores que á mí me cuesta tejerle una corona marchita y deshojada á quien merecía aureolas de sabio y santo. Recogeré, por lo mismo, todas las flores que me salgan en sus libros propios ó en los ajenos.

22. Y una de las que abrillantaron más la guirnalda de sus glorias es, sin duda, que lo pidiese para predicador de su capilla la serenísima hermana de Felipe II. Que entre tantos oradores célebres y campanudos que visitaban la Corte fuese él preferido, no manifiesta solamente predilección de la Emperatriz hacia el confesor de su hija, sino también la habilidad y santa destreza que el padre Descalzo había logrado en los seis lustros que llevaba de predicación. Con diferentes epítetos celebran los cronistas sus condiciones de orador, llamándole unos *insigne* predicador, otros *fervoroso* ministro del Evangelio; pero quien mejor lo retrató, diciendo de pasada lo que sentía de sus sermones, alabando sus escritos, fué Juan de Molina, al afirmar que «predicaba el Evangelio de Dios con palabras vivas y corazón de apóstol» [1]. De modo que no era ningún arrendajo de palabras ó comediante de púlpito, que habla sin sentir lo que dice y con sonidos que no penetran los corazones, sino que dulcemente, pero con suavidad y unción celestial, enamoraba de la verdad que enseñaba con sus discursos. Y que los encomios del capellán y teólogo de la Emperatriz fuesen ecos de la fama y sentimientos de experiencia más bien que recursos retóricos para salir del paso, y que predicando á reyes y príncipes no olvidaba el amor á la pobreza, sencillez y humildad tan propias de su hábito, y más amables para él que las ovaciones que le tributaban sus oyentes, pruébanlo, entre otros, el siguiente ejemplo, que puede servir de huella para rastrear los pasos del gigante dentro y fuera de la Iglesia: «Estando un día predicando á un lucido y majestuoso auditorio, pendiente de sus labios por la afluencia de sentencias graves y discursos, y entrando su padre en el templo con el traje de un pobre labrador, dijo desde el púlpito: *Señores, ese buen viejo que llega ahí es mi padre; háganle vuestras mercedes lugar, que me viene á oir.* Con cuyo acto de humildad, á vista de concurso tan noble, le dieron el primer asiento, pasmado de admiración todo el circo» [2]. No dice el cronista el año que esto aconteció. Si no había ido el señor Martínez á ver á su hijo en otros años, creo que no podría resistirse á darle las albricias cuando lo nombraron Guardián de San Bernardino en mil quinientos noventa y ocho, y mucho menos, si aun vivía, cuando le notificaron que era el Superior Provincial de la de San José. Lo que más importa es el hecho; y si se pondera con razón la heroicidad de un Pontífice que,

[1] En la epístola que le dedicó después de leer sus *Comentarios á los primeros capítulos del Cantar de los Cantares:* «*Ut sicut viva voce Evangelium Dei vere apostólico pectore praedicas, sic scriptis tuis longe lateque diffundas*» (folio 11 preliminar de la obra otras veces citada).

[2] Fr. Marcos de Alcalá, *Crónica de la Provincia de San Josef*, tomo II, pág. 264 del libro IV, donde pone al margen el lugar de donde sacó la noticia, á saber: «Archivo de la Provincia, *Memorias de Religiosos*, tomo 5, fol. 111».

recién electo, visitado por su madre, engalanada y ataviada como una reina, no quiso reconocerla, y la admitió y abrazó cuando se la presentaron vestida con su modesto trajecito, honras y alabanzas merecerá también el P. Angeles, hijo que en lugar tan público honra á su padre, parando el sermón como se hace si entra un Obispo, y agradándose tácitamente de tener padre pobre y menesteroso.

23. Por otro camino puede probarse también la competencia de nuestro biografiado para la cátedra sagrada: examinando lo que él pedía que hicieran los otros y lo que alababa en los compañeros que alcanzaron mayor fama y renombre de oradores. Encargado de censurar el *Homiliario evangélico* del P. Bautista Madrigal, nótese lo que admite y rechaza, con la seguridad de que él se ajustó cumplidamente á las normas que daba implícitamente en la aprobación del citado libro: «Por dos razones, dice, me ha sido forzoso leer este libro de *Discursos Evangélicos:* La primera, por la amistad antigua que he profesado siempre con el autor, el cual tuvo gusto de que los viese antes de sacarlos á luz. La segunda, por satisfacerme de algunas cosas en que ciertos estudiosos maldicientes pusieron lengua, quizá con fin de desacreditar el libro, y sin causa por cierto; porque si le falta, como ellos dicen, colores y afeites retóricos, hieroglíficos y palabras hinchadas, sóbranle lugares de la divina Escritura, lección varia de los Santos, conceptos graves, consideraciones utilísimas y muy regaladas, y, finalmente, mucha devoción y espíritu que les ha pegado su autor. Y así lo que aquí escribe es lo mismo que predica, como realmente lo es, aunque con más acuerdo limado y ordenado. Bien sabemos todos los que le conocemos el fruto inmenso que por sus sermones se ha hecho en las almas en los más principales auditorios de España; en Salamanca, Sevilla, Madrid, Toledo, Alcalá, Guadalajara, y en toda Castilla Nueva y Vieja, adonde con grande aceptación y concurso de gentes, como un apóstol ha predicado. ¿De qué sirve, pregunto yo á los curiosos censores de cosas, el vestir la doctrina de ropaje de palabras afeitadas? Diránme que de regalar el oído, de satisfacer el entendimiento y aun de aficionar la voluntad, y lo que es más, de introducir las verdades con más suavidad en el corazón, porque lo sencillo y llano cansa y enfada y aprovecha por eso menos. A esta cuenta las divinas Escrituras desmerecerán la estima que tienen por la llaneza con que las dictó el Espíritu Santo, á quien ni faltan palabras, ni elocuencia, ni donaire en el decir. Lo que á mí me parece es que esto de lenguaje en España sale ya de madre. No tratan muchos predicadores y escriptores de otra cosa, contentos con entretener una hora á sus oyentes sin haber concebido un buen pensamiento ni sentido ningún movimiento interior para Dios en todo el sermón, ni deseo de enmienda, aunque tenga muchos pecados. El Apóstol dijo que el Reino de Dios no está en las palabras (1); que éstas, como dice San Cipriano, son para los teatros y para los oradores profanos; porque en los negocios de nuestra salvación, *Vocis pura sinceritas non eloquentiae viribus nititur ad fidei argumenta, sed rebus* (2). Y por esto no condeno lo bien compuesto, lo bien ordenado y acordadamonte dicho y escrito. El manjar bien sazonado y guisado, aun á los desganados y fatigados con mortales hastíos suele despertar y poner apetito: lo demasiado y vicioso reprendo, y el poner todo su estudio los

(1) Alude á la carta I ad Cor., cap. IV, v. 20: *Non enim in sermone est Regnum Dei sed in virtute.*

(2) «La encantadora sinceridad del predicador estableciendo las pruebas de la fe no estriba en los esfuerzos de la elocuencia, sino en la realidad de las cosas».

predicadores en las palabras y no en la substancia de las cosas condeno» ([1]). Y como eran consejos de mucha importancia, los repitió al publicar nuevas ediciones de sus obras el P. Madrigal, explicando mejor lo que reprobaba en el púlpito como buen discípulo del Pobrecillo de Asís, que mandó que sus frailes «anunciasen los vicios y virtudes, pena y gloria, con brevedad de discursos», imitando al Maestro de los maestros, Cristo Jesús, añade: «Escribiendo el Apóstol á los de Corinto dice: No me di á facundias y elocuencias humanas, sino á palabras buenas que me salgan abrasadas con fuego de caridad y celo del aprovechamiento de mis hermanos. *Ut non evacuetur crux Christi.* No tengo yo de andar dorando las deshonras de Cristo, afeitando y componiendo su cruz; ni tengo de cubrir su desnudez con vestiduras de palabras, de manera que no parezca que fué desnudo y azotado: quiero que esa desnudez y esa deshonra se vea como realmente fué: *Semper mortificationem Iesu in corporibus nostris circumferentes ut et vita Iesu manifestetur in carne nostra mortali* ([2]). Vanos la vida en creer la muerte de Cristo y sus deshonras; si nos las propusieran doradas y arropadas con palabras curiosas, quitarnos hían el merecimiento; y eso es *evacuar* la cruz de Cristo. De una cosa aseguro á los que con devoción y deseo de aprovechar leyeren estos *Discursos:* que hallarán regaladísimos pastos para sus almas, con mucha variedad de cosas que les recrearán, y que no echarán menos lo que en otros libros se suele hallar, sino con la moderación debida á todas las cosas, de manera que entretengan y muevan el alma para obrar bien, que es el fin de toda buena doctrina. Y estoy cierto que los predicadores que desean hacer fruto en las almas se aprovecharán deste libro, porque la doctrina que está en él va enderezada para este propósito: *Vale, et ora pro me»* ([3]).

A este blanco enderezaba también sus discursos el P. Angeles, ya que no respira en sus obras sino deseo de aprovechar á las almas, avivando en ellas el amor de Dios y allanándoles los caminos que á la caridad conducen. Siendo una vez preguntado el padre maestro Avila por un virtuoso teólogo qué aviso le daba para hacer fructuosamente el oficio de la predicación, brevemente le respondió: «Amar mucho á nuestro Señor.» «Hermosa respuesta, dice el Sr. Mir, trasunto de toda la retórica cristiana. Quien tiene el amor de Dios bien entrañado en su corazón, posee el instrumento más eficaz de la verdadera elocuencia» ([4]). Y ¿quién pondrá en tela de juicio que el autor de los *Triunfos del amor de Dios* tenía este instrumento bruñido y acicalado en la fragua de su ardiente corazón?

24. El P. Angeles acreditó, pues, la elección de la emperatriz, y en cuanto pudo también se lo agradeció, dedicándole el *Tratado utilísimo de consideraciones espiri-*

([1]) No teniendo á mano el libro del P. Madrigal, que se imprimió en Madrid, año 1602, y cuya descripción puede verse en el tomo II de la *Bibliografía Madrileña*, núm. 811, tomo esta censura de la *B. Discalceatorum*, de Fr. Juan de San Antonio, Salmanticae, 1728, págs. 116 y siguientes, donde falta la fecha, que fué á 5 de enero de 1601, cuando todavía era Guardián de San Bernardino.

([2]) II Cor., 4-10: «Llevando siempre en todas partes la mortificación de Jesucristo en *nuestros cuerpos*, para que se manifieste la vida de Jesús en nuestra carne mortal». El Apóstol pone lo subrayado en singular.

([3]) Sacado de los *Discursos predicables de las dominicas de Adviento y fiestas de Santos hasta la Quaresma*, Madrid, Por Miguel Serrano de Vargas, Año 1605, fs. 7 y 8 preliminares.

([4]) D. Miguel Mir, *Discurso preliminar* á los *Predicadores de los siglos XVI y XVII*, pág. XIV del tomo III de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles.

tuales sobre el Cantar de los Cantares de Salomón (1), «que por ser libro de rey sapientísimo y dedicado al Rey de los reyes y Señor de los señores Cristo y á su Esposa querida la Iglesia... se debe dedicar á personas reales, y yo por muchas razones en particular debo dedicarlo á V. M.», «así por darle por este camino el ser y autoridad que yo por mi persona no podía, como por la alteza de la materia de que se trata en él. Este pensamiento me acompañó más de cinco años que he gastado en componer y ordenar mis trabajos, pero lleno siempre de cobardía y miedo», hasta que «el Señor, que escudriña los corazones de todos y tiene en particular (como dice el Sabio) en su mano y dirección los de los reyes, tuvo por bien inclinar benignamente el de V. M. á mí su fiel siervo, y sin hacer caso de merecimientos ni servicios (que de uno y otro me siento falto y pobre) se dignó de poner en mí sus ojos llenos de clemencia para hacerme de su casa en ministerio y oficio tan honroso como de predicador de su real capilla. Con esta merced tan aventajada y prenda de tanta benevolencia y amor, el temor y cobardía desaparecieron y crecieron á una el deseo y la confianza, de manera que me determiné de hacer esta dedicación como lo había pensado y deseado» (2). Y aunque no se imprimió sino tres años después de muerta la emperatriz, él lo dió á tiempo que pudo disfrutar de su lectura y «doctrina toda espiritual, amorosa, dulce, fácil y segura por la autoridad de los Santos que la confirma y apoya» (3). El público lo recibió también con mucha estima, y á los dos años de venderse en España fué vertido y connaturalizado en Francia (4), no obstante su abultado volumen y no ser obra com-

(1) La portada y gran parte del libro está en latín, y aunque lo aprobó en 10 de diciembre de 1601 Fr. Juan del Barco, y Juan de Molina lo alabó en 13 de enero de 1602, y dió licencia para imprimirlo el Ministro General en 23 de este año, pasó luego á manos de ocho doctores de Alcalá y no obtuvo el privilegio real hasta 20 de febrero de 1603, y ocurriendo en este mes la muerte de la emperatriz, no se imprimió hasta el año 1606 por Juan Flamenco, según reza el colofón; aunque en la portada «Ex Tipographia Regia, 1607». Véase la *Bibliografía Madrileña*, tomo II, núm. 955. No sé que se haya reimpreso todavía, y como confío que saldrá como *segunda parte* de este tomo, no me detengo más en él.

(2) Dedicatoria, f. 8 preliminar.

(3) Ibidem, f. 9.

(4) Aunque es libro más raro que la edición española y no lo tiene ni la Biblioteca Nacional de París, yo lo he tenido los días que necesité, gracias á la benevolencia del P. Fr. Celestino de Añorbe, Capuchino de Pamplona, encariñado con el P. Angeles. Suyo es el ejemplar que describo, á saber: «*Considerations* | SPIRITUELLES | *svr le Cantique* DES CANTIQUES *de Salomón*, | de F. IEAN DES ANGES, Prouincial | des Obseruantins Reformés, et Predicateur | ordinaire de l'Imperatrice de (sic) Marie; | Pleins de profonde et merueilleuse doctrine et de | diuers expositions de la Sainte Escriture, propres à tous Predicateurs. | Traduites d'Espagnol et Latin en François | Par *I. I. D. P. P.* | (Grabado en madera con el anagrama IHS radiante á guisa de medallón). A PARÍS, | Chez NICOLAS DV FOSSE, rüe Saint Jacques. | Au Vase d'or. | *M.DC.IX.* | Auec priuilège du Roy». Portada á dos tintas, negra y roja, lo rojo va en versalitas. Un tomo tamaño 178 × 108 milímetros. De 36 folios preliminares sin numerar. Sig. *ã ẽ ĩ õ ũ*, todas de 8 hojas, menos la 1.ª, que sólo tiene 4 hojas. Luego texto, 681 páginas numeradas. «Dieu soit loué». Fin. Pág. 682: «Table de noms des auters cités dedans ou dehors». 6 págs. sin numerar, 48 más de «Tables de matiers et choses plus memorables contenues en ce livre». Sigs. A-Z; Aa-Zz y Aaa, todas de 8 hojas, menos la última, que sólo tiene 4. F. 1.º v.: En blanco. F. 2.º: *Au lecteur*, dos páginas. Suprime el Prólogo al lector, la dedicatoria á la Emperatriz y los encomios que llevan los preliminares de la edición castellana y pone como preliminares lo que el P. Angeles dice *Preludium* y el traductor francés vierte, I. *Avant propos*, II. etc., hasta VII. En general traduce con bastante fidelidad; pero suprime todo lo genuinamente castellano y los cinco tercetos de la pág. 677 y otros seis tercetos endecasílabos de la página 681 que lleva el original. Deja también la tabla de lugares de la Santa Escritura, aunque conserva los del margen y los ladillos traducidos. No conozco otras ediciones, y me parece que nos engaña el P. Alcalá

pleta ([1]). Ni se contentó con estas demostraciones de gratitud, porque añadió las de asistirla en su enfermedad y consolar á su hija, y administrarle el Sacramento de la Extremaunción, sugiriéndole jaculatorias que la confortasen y animasen en aquel amargo trance ([2]). En fin, se lo agradeció aun después de bajar á la tumba, pues aunque había muchos pretendientes para predicar sus honras fúnebres, y, en efecto, se dijeron muchos sermones en varias iglesias, él no cedió á nadie el honor de celebrar sus exequias con su discurso, día diez y siete de marzo del año mil seiscientos tres, vigésimo día después de su entierro, y como tal de especial solemnidad.

25. Como parece más propio dejar para apéndice de la *Introducción* esta pieza oratoria, único monumento que he hallado de la larga carrera de predicación de mi hermano, sólo diré ahora que su corte pertenece al género demonstrativo, y de tal modo toca lo panegírico, que atiende más á lo doctrinal ribeteado de místico, según convenía al autor de la *Lucha espiritual*, y enlazando con tal arte la honra de la finada, el consuelo de los amigos y el provecho de los oyentes, fines á que debe mirar el orador sagrado, que no sé distinguir á qué blanco tira con más vehemencia. El texto, que toma del capítulo I del libro de Job, bien examinado encierra las semillas de todos los afectos que quiere excitar en sus oyentes: «Entonces levantóse Job y rasgó sus vestidos, y cortado el cabello y derribado en el suelo adoró y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré á ella. El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó: como agradó al Señor así se hizo: sea bendito el nombre del Señor». La proposición implícita del discurso es: Debemos llorar la muerte de la emperatriz como le conviene á ella y á nosotros, y esto lo conseguiremos imitando á un modelo que Dios nos dió para estos casos. El le propone explícitamente por interrogación diciendo: «En caso de tanto dolor y trabajo como el que tenemos delante ¿á cuya memoria podemos arrimarnos mejor

al decirnos (T. II, lib. II, pág. 257) «que fué traducido en francés y se imprimió en este idioma en Madrid (¡!) año 1607 y 1609 en 8.º». Él mismo menciona otra edición castellana que no he visto, ó sea la de 1610, en la Imprenta Real (Ibidem).

([1]) Porque en ella solamente expuso los dos capítulos primeros del *Cantar de los Cantares*.

([2]) No me lo dice esto ni el P. Juan Carrillo, en su *Fundación del Real Monasterio de las Descalzas*, Madrid, 1616, (fs. 164-264), donde trae una biografía de la emperatriz, ni el Padre Juan de la Palma, que describe su enfermedad, muerte y exequias en la *Vida de la Serenísima Infanta Sor Margarita de la Cruz,* Madrid, 1636 (fs. 99-105); pero no se le olvidó al Ilustrísimo P Fr. Miguel Abellán, que en su *Espejo de la serenísima infanta*, mss. en folio de 400 hojas, todavía inédito, lo dice con estas palabras en el folio 225: «Acabado el Testamento [que hizo la Emperatriz] diciendo los médicos que la quedaban á S. M. Cesárea pocas horas de vida, pidió la Extremaunción y se la truxo el confessor del convento, que también lo era de S. M. y de la Infanta (Sor Margarita de la Cruz). Asistió á este acto su A. y toda la Comunidad de las Religiosas con belas encendidas, diciendo los Psalmos penitenciales, y el confessor las oraciones, etcétera». Acabaré esta nota apuntando los datos más culminantes de esta esclarecida señora, diciendo que nació en Madrid en 21 de junio de 1533, del emperador Carlos V y de su esposa Isabel, reina. Habiéndola llevado su padre á Alemania, casó allí con Maximiliano II, de quien tuvo 16 hijos, 8 de los cuales murieron de pocos años: los otros fueron: Rodolfo, Ernesto, Matías, Maximiliano, Alberto, Ana, Isabel y Margarita. De los que trataron al P. Angeles, ya he hablado cuando salió la oportunidad. Muerto su marido en 12 de octubre de 1576, pensó retirarse á un convento, pero no lo efectuó hasta que, llamada por su hermano Felipe II, vino á España, y después de visitar Monserrat, Guadalupe, El Escorial y pasar en Portugal una larga temporada, se preparó la vivienda arrimada al Monasterio de las Reales Descalzas de Madrid, donde su hija tomó el hábito en 25 de enero de 1584, y allí falleció el 26 de febrero de 1603, según parece de pulmonía fulminante, pues enfermando el día 21, el 26 era cadáver. Fué muy piadosa y caritativa, y el aprecio que hizo del P. Angeles manifiesta que tenía buena pupila para ver dónde estaba el mérito, como su prudente hermano Felipe II.

que á la del santo Job, que nos le dió Dios para ejemplo de paciencia?» El exordio es legítimo y templado, de los que llaman los Retóricos *á visceribus causae*, preparando al auditorio para que oiga la verdad con esta sentencia: *Siempre fué dificultoso acertar con el medio en las cosas*, probando para el caso que eran extremos llorar y desconsolarse con excesos, como Jacob, David y Gordiano en la muerte de sus hijos; ó, por el contrario, recibir el azote insensiblemente, como Horacio Polvilo y el sacerdote Helí en la desgracia de los suyos, establece como medio lamentarse como Job, que de tal modo sintió su desgracia, que dando muestras exteriores de dolor en el rapar su cabeza y rasgar sus vestiduras, quedóse resignado y bendiciendo la mano de Dios que le azotaba. A la primera parte dedica poco tiempo, sin duda porque ya veinte días que estaban plañendo y había más necesidad de restañar que de abrir las fuentes de las lágrimas; pero los argumentos presentados por comparación *á fortiori* están hilvanados con tal maestría, que debió enternecer de nuevo á todo el auditorio. «Job, dice, perdió mucho y padeció mucho y de muchas maneras, como ya dije: en la hacienda, en la honra, en los hijos, en la salud, en los amigos y en la propia mujer. Pero, finalmente, fué pérdida y trabajo de uno: uno es el que padece y uno el que pelea, y el que sufre uno; pero en este caso lamentable hace tiro la muerte en esta gran señora del mundo y deja también herido y lastimado todo el mundo. ¡Qué de casas bien proveídas hechas hospitales! ¡qué de huérfanos sin madre! ¡qué de viudas sin remedio! ¡qué de pobres desconsolados! ¡qué de iglesias solas y religiosos sin abrigo! Todo lo amparaba, todo lo llenaba, de todo tenía providencia y cuidado...; ¡Qué soledad tan grande! ¡qué vacío tan sin reparo! ¡qué orfandad tan para lágrimas! ¡qué desamparo tan sin consuelo! ¡Llora, Iglesia, que se te ha muerto la lámpara que mayor luz y resplandor daba á tus hijos!; ¡Llora, reino de Castilla, que faltó el muro y defensa contra la ira de Dios! ¡Lloremos todos, que se nos ha caido la corona de nuestra cabeza! ¡Llore lo católico de Alemania, pues se llevó Dios para sí la que tantos años sustentó la fe y desde aquí los servía de freno para que no se despeñasen en sus herejías y vicios de libertad!... Mas ¡ay! que si voy discurriendo desta manera perderé el tino y erraré el medio que debo tomar. Arrimarme quiero á nuestro Job: que, como el árbol tierno, para que los recios vientos no lo lleven á una y otra parte, y para que suba derecho, le afirma el hortelano á una estaca; ansí, arrimados á este pacientísimo é invictísimo varón sabremos lo que debemos hacer y decir, viendo lo que hace y oyendo lo que dice en su trabajo» (¹). Lo que hizo Job fué levantarse con denuedo, adorar á Dios, y aun la «tribulación y azote que veía venir sobre sí»; lo que dijo en aquella postura humilde fueron cuatro sentencias á cual más admirables: la primera, de lo que enseña la naturaleza; la segunda, lo que se aprende ejercitando la justicia; la tercera nace de amor, y con la cuarta lo practica engrandeciendo á Dios. Las cuatro aplica con copia de erudición á la desgracia que lamentaban, y en la segunda está la parte panegírica. «*Dominus dedit, Dominus abstulit.* No nos pudo dar otro que Dios tan gran tesoro, ni nos lo pudo quitar sino Dios». Pondera especialmente la caridad, humildad y pureza de conciencia de la Emperatriz, y repite la misma sentencia que prepara la tercera: *Sicut Domino placuit...* Palabra de amor; y por eso he dicho que el sermón tenía ribetes de místico, porque persuade la gratitud por el tiempo que la concedió á España, privando de ella á Alemania, con tal

(¹) *Sermón del P. Angeles*, Madrid, 1604, f. 4.

ternura que al llegar á la peroración todos estarían dispuestos á decir como el orador: «¿Ha sido la voluntad de Dios llevarse á la Emperatriz? ¿Hálo querido su Majestad? *Sit nomen Domini benedictum.* Y esta ha de ser nuestra canción ordinaria: Sea el Señor bendito y glorificado. ¿Su voluntad se ha hecho? Esa es la nuestra. Y esta conformidad en tal ocasión sea nuestro sacrificio. Ofrezcámosle á Dios muchas veces, que muy buena ofrenda es, para bien de la difunta, para provecho nuestro y gloria suya, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén» ([1]).

26. Al mismo tiempo que Predicador imperial fué el P. Angeles Confesor de las Descalzas Reales de Madrid; empleo y cargo que debía ser muy honroso, según lo evidencian las pretensiones de los cronistas de las dos familias franciscanas en tener más ó menos parte en la dirección de aquel monasterio, las cuales llegan á tal punto que, si no escandalizan, por lo menos enfadan ([2]), pues para concertarse no les ocurre siquiera la explicación de que podían los Descalzos ser unas temporadas confesores ordinarios y los padres Observantes suplentes ó extraordinarios, y viceversa; y si esto no cuadra, porque en el siglo XVI y gran parte del XVII no se seguía el orden que luego estableció Benedicto XIV con tanto rigor, aún hay otra inteligencia más cómoda y holgada: que, siendo convento grande, hubiese diferentes confesores en la misma casa, y parte de la Comunidad se confesase con los de la Observancia y parte con los de la Descalcez. Así se explica que en los años que el P. Alcalá pone de confesor al Padre Fr. Bartolomé de Santa Ana pruebe el P. Palma ([3]) que confesaba por lo menos á Sor Margarita de la Cruz Fr. Juan de Espinosa, exprovincial Observante de la de Cartagena, como es indubitable que el Beato Nicolás Factor, de la Observancia, las confesó en los años que también las oía el Provincial de la Descalcez. Corciértense como se quiera estas porfías inútiles, no puede dudarse respecto de nuestro biografiado que las confesó cerca de siete años ([4]), dirigiendo sus conciencias é instruyéndolas en pláticas tan sustanciosas y espirituales como revelan sus opúsculos de la *Presencia de Dios*, *Salterio espiritual* ([5]), *Afectos diferentes* y *Rosario de alabanzas* ([6]). El mismo P. Angeles se precia y hace gala de haber dirigido la conciencia de la angelical Sor Margarita de la Cruz ([7]), la cual estimaba más el sayal franciscano que las púrpuras reales, y fué

([1]) Ibidem, f. 15. Paréceme que se imprimió junto con otros pronunciados en honra de la difunta; pero yo no he visto más que éste, cuya descripción lleva el Sr. Pérez Pastor, tomo II de su *Bibliografía Madrileña*, núm. 582.

([2]) No menos de 52 páginas dedica el P. Marcos de Alcalá á este asunto (tomo II, lib. IV, págs. 237-288) y aunque no he visto al P. Velasco, que le sienta las costuras, deduzco por las citas que se detuvo bastante en esto.

([3]) *Vida de Sor Margarita*, citada, pág. 58 y siguientes.

([4]) Porque D. Juan Molina, en la carta que firmó á 16 de enero de 1603, lo supone ya confesor de las Descalzas Reales y murió con el mismo cargo á últimos de 1609.

([5]) En el *Tratado espiritual de cómo el alma ha de traer siempre á Dios presente*, que debió imprimirse la primera vez en 1604.

([6]) Al fin del *Manual de Vida perfecta*, año 1608, en Madrid.

([7]) Aunque hay varios libros donde puede verse la vida de esta venerable Descalza, especialmente los dos que he citado del P. Palma y P. Miguel Abellán, bueno será consignar aquí una nota biográfica. Nació en Viena de Austria, de Maximiliano II y de la emperatriz María, día 25 de enero de 1567. Muerto su padre, acompañó á su madre á España, y como sentía vocación religiosa y había alcanzado tanto renombre el Monasterio de Descalzas de Madrid, quiso entrar, y como un primer ensayo estuvo en él algunos días el año 1581; luego siguió á su madre en el viaje á Portugal, donde se le propuso el casamiento con Felipe II y lo rechazó por la determinación en que ya estaba de consagrarse á Dios. La realizó vistiendo el hábito en las Descalzas

testimonio viviente de los fueros de la gracia divina cuando entra en almas bien dispuestas. Y ciertamente fué providencial que esta nueva heroína de la pobreza y castidad religiosas, tan perseguida de las honras mundanas, hallase director tan pío y docto á la par, que le diese armas para defenderse de sus enemigos visibles é invisibles con una valentía y constancia que admira y suspende. El P. Palma cuenta uno de los ataques que se hicieron á su virtud cuando, recién fallecida su madre, Felipe III se creyó obligado á poner casa á su ilustre prima, para que continuase las obras de piedad y misericordia que hacía la finada. Envióle su embajador para que aceptase sus ofrecimientos, y viéndola invencible creyó aportillarla por medio de su confesor, á quien expuso todas las razones que el rey tenía para semejante acuerdo, aprobado por el Consejo de la nación. Salióle empero mal la cuenta, pues le deshizo todas las razones que le propuso; «porque todas, dice el P. Palma, aunque tenían algún color, eran razones de nuestra naturaleza y desta humana providencia y saber, las cuales no llegaban á la superioridad de espíritu por donde Dios guiaba á la Infanta. ¿Qué pesan los criados—dice á este embajador el P. Angeles,—la familia, los pobres, la autoridad, la grandeza, los hermanos, los tíos, al lado de la estimación que una alma hace de Dios? Todo lo arrastra el seguirle por donde y cuando nos llama. Puesta la mano al arado, los ojos en el Señor que va delante, no vuelve la cara atrás. Llamen los criados, lloren los pobres, suspiren los padres, contradigan los deudos, murmuren los hombres; piérdase la autoridad, la grandeza, el poder, todo es poco para quien lo busca todo. Por esta razón, á la Infanta le es molesta esta plática, pues con ella, á su parecer, quieren retardarla y detenerla al volar á aquella alta perfección á que aspira. Pero todavía será bien platicar con su Alteza en la materia, y ver de qué forma se puede ajustar de suerte que guarde su instituto y siguiendo su espíritu se acuda al reparo de tantas personas como desta resolución dependen, cuyo remedio pesa también mucho á los ojos de Dios» [1]. Esta conferencia, que sólo por referencias y tradición pudo conocer el biógrafo de Sor Margarita, la ha conservado más ingenua el Ilmo. P. Abellán, que cuidó de recoger la carta donde una sola pluma transmite los sentimientos de dos almas, esto es, la del confesor que instruye y la de la penitente aprovechada que se ajus-

en 25 de enero de 1584, siendo abadesa la hermana de San Francisco de Borja, Sor Juana de la Cruz: y vencidas algunas dificultades logró por fin profesar, 25 de marzo del año siguiente. Fué observantísima de las leyes monásticas, sin faltar á las atenciones y servicio de su madre, á la cual asistió con ternura filial, especialmente en su muerte, y amortajándola luego con piedad.

Como esposa del Crucificado fué probada con tribulaciones, que descubrieron la solidez de sus virtudes, y quedó ciega los últimos años de su vida, que acabó abrazada material y espiritualmente con la cruz en 5 de julio de 1633.

[1] *Vida de la serenísima Infanta*, citada, f. 109. Además de la primera edición de Madrid, 1636, se hizo otra en Sevilla, por Nicolás Rodríguez de Abrego, en 1663. Esto no obstante, al salir las obras de Palafox, en los años 1661-1664, y en el tomo IV, la incluía como atribuída á Palafox Fr. Josef de Palafox, monje de San Bernardo, y como el P. Juan de Palma había ya muerto, pues falleció á los sesenta y ocho de su edad en mayo de 1648, salió á la defensa del autor verdadero el P. Fr. Pedro Pizarro con una «*Satisfacción apologética y vindicación de la verdad en orden al autor legítimo del libro intitulado Vida de la serenísima Infanta Sor Margarita de la Cruz...* Sevilla, Por Juan Francisco Blas, Impresor Mayor, Año de 1708». En las 190 páginas de texto, sin contar las 36 de preliminares, prueba con cartas de entrambos (Palafox y Palma) quién es el autor del libro.

Esta obra es curiosa, especialmente por las cartas del Padre Palma, que fué muchos años confesor de la Infanta.

ta en un todo al parecer de su padre espiritual (¹). Pero como era tan prudente y de corazón tan noble, de tal modo dejó seguir los vuelos de aquel espíritu angelical que no defraudase las esperanzas de los pobres y necesitados que confiaban que la hija seguiría favoreciéndoles como la madre. Admitió, por ende, los pingües donativos que le hizo el rey, pero sólo como caño de la fuente de su generosidad, para verterlos seguidamente, repartiéndolos por medio de su tesorero ó por mano de otros ó de sí misma, facultada por su Prelada y del mismo Pontífice, que confirmó la resolución de su confesor para mayor tranquilidad de su alma.

27. A esta hija de confesión, y como un lenitivo para consolarla por la muerte de su buena madre, le dedicó el P. Ángeles el *Tratado espiritual de cómo el alma ha de traer siempre á Dios delante de sí* (²), el cual juzga Juan de Olmedo que «todo huele

(¹) Porque la creo inédita, como toda la obra del P. Abellán, y veo en ella señales de la dirección del P. Ángeles, la traslado aquí del manuscrito antes citado que conservan los Padres Jesuítas en Chamartín de la Rosa (Madrid). *Pr.* f. 229 v. *Ac. f.* 230 v. y dice así: «Señor, aquí ha venido el Embaxador de Alemania [El Conde Francherburg, enviado por Felipe III desde Valladolid] y me ha propuesto de parte de V. M. lo que ha resuelto su Consejo de Estado. Yo estimo como debo la merced que V. M. me haçe; pero esto de ponerme casa real y tratarme como á Infanta me ha causado gran nonedad y descensuelo, porque yo quando hiçe elección del estado de Religiosa y me entré en Religión fué para seruir á Dios con veras, libre de los embaraços del siglo y de las grandezas de Palacio. No permita Dios ni V. M. que yo vuelva á ellas tan á costa de mis obligaciones y de la paz del espíritu. No se compadeçe, Señor, con el estado que profeso, pobre y humilde, el tener casa real y aparato de criados, introduciendo en tan santo y religioso convento lo prophano del siglo y el estilo de Palacio; turbando la paz de las Religiosas, el orden y concierto de la Religión, dando tan mal exemplo á mis hermanas. Si V. M. en esta merced que me hace tiene atención á su grandeza y Majestad, yo la debo tener á la obligación de mi estado y de lo que prometí á Dios. Él quiere que sea pobre y sola sin ostentación de Infanta y que assi le procure imitar y seguir. Que pues Christo mi Esposo, siendo Rey de cielo y tierra, se ofreció de ser tan pobre y humilde que no quiso tener en este mundo aparato real ni ostentación de Rey; assi quiere le sigamos sus esposas desembarazadas de las cosas del siglo. Y assí suplico á S. M. se sirua de mandar que este negocio se mire más bien, y la dificultad que tiene para ajustarlo yo con las obligaciones de mi estado y con la Regla que prometí, la qual desseo guardar siempre como hasta aquí, dándome Dios su gracia, el qual guarde á V. M. largos y felices años. Madrid y mayo 15 de 1603.=Humilde sierva de V. M., Sor Margarita de la ✠».

(²) La primera edición debió hacerse en Madrid, año 1604, pues al preparar el libro sobre los *Misterios de la Misa*, el cual salió este año, dice *(Diálogo II)*: «el pequeño Tratado que estos días [cuaresma de 1604] ha salido á luz de la *Presencia de Dios*, adonde te remito». No he logrado esta primera edición, que tampoco vió el Sr. Pérez Pastor; pero sí la de Madrid 1607, qué reproduzco en este tomo, anotada como primera por Nicolás Antonio y las Bibliotecas Franciscanas y conocida por el Sr. Pérez Pastor sólo por referencias, según puede verse en el tomo II, núm. 956, pág. 119. Se enmoldó en la Imprenta Real, tamaño 32, con 12 páginas de preliminares y 383 páginas numeradas. La tercera edición se hizo también en Madrid por Juan de la Cuesta, año 1609, según indicación que me dió el P. Justo Cuervo. Tampoco ésta la menciona ningun bibliófilo, pero nos remiten: á la de Zaragoza (cuarta), en 1615, no dice Fr. Juan de San Antonio en qué imprenta, y á la quinta, en Madrid, año 1624, la cual describiré, porque no la tiene el Sr. Pérez Pastor en su *Bibliografía Madrileña*, á saber: «*Tratado* | *espiritual* | *de cómo el al|ma ha de traer siempre á* | *Dios delante de sí*, | por Fr. Iuan de los Angeles, Pre|dicador y Confesor de las Mon|jas Descalças del Conuento Real de Madrid. (Un grabadito en madera en forma de florón.) | Con licencia. | En Madrid, Por Iuan Sánchez. | M.DCXXIIII. | Véndese en la misma Imprenta á las espaldas de la Merced». Un tomito de tomaño 32.° con 8 folios preliminares sin numerar Sig. ¶ 2,34 y 173 folios numerados. Sig. A-Y, todas de 8 hojas, menos la última que sólo tiene 6 hojas. Folio 174. Colofón: «En Madrid, | por Iuan Sánchez. | M.DC.XXIIII». Preliminares y texto como la edición reproducida, salvo el folio 2: «Suma de la tassa, por Martín de Segura, Madrid, 27 de marzo de 1624», y folio 2 v.: Suma de licencia, fecha en Madrid 26 de septiembre de 1623, sin firma; y Revisión y cotejo con el original por el

á espíritu y devoción y le pega á quien le lee» y cuyas ediciones fueron numerosas, como de librejo manual y devocionario acomodado á toda clase de personas que recibían con frecuencia los Santos Sacramentos, pues á continuación del discurso sobre la *Presencia de Dios* lleva un *Ejercicio espiritual para antes y después de la sagrada Comunión* y un *Salterio espiritual ó ejercicio de cada día*, muy acomodado y necesario para personas ocupadas... Tal vez á alguno le parezca que el P. Angeles se achica demasiado en estos opusculillos tan menudos, pero yo, por ellos, hacia él cobro nueva simpatía, como me la inspiran los padres que á trueque de contentar y dar placer á sus pequeñuelos no se desdeñan de comprarles juguetes y brinquiños con que los entretengan y solacen. Dejen, pues, á un padre, todo cariño y espíritu, que busque y halle dentro de sí esos santos dijecillos y joyeles con que divinamente recree y consuele á sus hijos é hijas, para que no echen de menos, aun sirviendo á un Dios tan grande, los esparcimientos y solaces que el mundo suele dar á los suyos. A la misma infanta Sor Margarita, y con ella á todas las Descalzas Reales que vivían en el monasterio de la Consolación, dedicó también los otros opúsculos que se imprimieron más tarde como apéndices del *Manual de Vida perfecta*, es decir: *Afectos diferentes con que el ánima se puede mover y levantar á Dios*, de los cuales «su Alteza ha hecho rosario para cada día de algunos dellos, con que ceba su corazón y le calienta y le levanta á Dios» (1), siguiendo sin duda la traza que él le habia dado en el otro *Rosario de alabanzas* que ordenó para sí mismo, el cual regaló al discípulo que instruyera en sus *Diálogos* al despedirse de él. Por esto también puede considerarse original del P. Angeles la colección de textos con que ofrecía á Dios todo cuanto hacía, recordando palabras de la sagrada Escritura, de las cuales dice el P. Palma que «las tenía escritas en un libro de mano con otras devociones» (2) y como recuerdos que no debían echarse al tranzado recogió también el P. Abellán (3). Y ¿qué progresos no harían en la vía de la perfección

Licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 24 de marzo de 1624. Sexta, que tampoco anota ningún bibliófilo y yo tengo á la vista, regalada por la Madre Abadesa de las Descalzas Reales, edición que probablemente se hizo para la Comunidad y no se dió á la venta y cuya portada dice así: «*Tratado*, etc., *y aora nuevamente añadido un Psalterio Espiritual*, Por Fr. Juan, etc. Dirigido á la Serenísima señora Infanta Soror Margarita de la Cruz, Religiosa en el dicho Convento. Impresso en Madrid, Año 1699», sin más noticias de imprenta ni impresores. Lleva las aprobaciones de la edición de 1607, menos la licencia del ordinario, que es de la edición de Zaragoza, dada ibid. á 15 de mayo de 1615. El *Doct. Juan Sentis= Vic. General V. Sessé Regens.* Parece que tras el *Salterio* se pensaba imprimir otro opúsculo, porque en la pág. 334, última del libro, se pone la conformidad del L. Murcia de la Llana y al pie sigue Él, como principio de otra obrita. No conozco ninguna traducción de estos opúsculos del P. Angeles.

(1) Al fin del Diálogo VI del libro citado. Puede verse la pág. 262 y siguientes de este libro.

(2) Libro cit., folios 121 y 122.

(3) Mss. cit., folio 196. Por estar inédito todavía lo de éste, y por ser el libro del P. Palma algo raro, paréceme conveniente trasladar aquí este museo de jaculatorias, con la seguridad de que me lo agradecerán las personas piadosas. Aún abreviando resultará un poco larga esta nota, y por eso señalaré con (A.) lo que tomo del manuscrito y con (P.) lo que copio del impreso, y cuando no haya letra continuará la primera indicación:

«Al acostarse: *In pace in idipsum dormiam et requiescam* (A.).

Al despertarse á Maitines: *Media nocte surgebam ad confitendum tibi.*

Al levantarse: *Exurge qui dormis et illuminabit te Christus.*

Al lavarse: *Lavabo inter innocentes manus meas.*

Al tocar á Maitines ú otras horas: *Hoc signum magni Regis est, eamus*, etc. (P.).

Al rezar por la mañana: *Exurge psalterium et cithara exurgam diluculo* (A.).

Al rezar durante el día: *Repleatur os meum laude ut cantem gloriam tuam.*

Al salir de la celda: *Vias tuas, Domine, demostra mihi et semitas tuas edoce me.*

almas cuyos entretenimientos y solaces eran platicar de Dios y santificar sus acciones evocando alguno de sus consejos?

28. Pero ¿sólo las monjas del monasterio de la Consolación habían de gozar de las influencias de este astro de la mística española? No; el P. Angeles tenía don de gentes, y sabía su obligación; y aunque, como buen Descalzo, prefería estar retirado y tratar con Dios, salía, siempre que la necesidad, caridad ú obediencia le movían á servir á sus hermanos, según divinamente había enseñado en el último de los diez *Diálogos de la Conquista.* Por esto, además del confesonario, que tenía puertas adentro del convento para atender á las religiosas, se sentaba en otro que había en la iglesia, donde indistintamente oía y consolaba á cuantos á él acudían, nobles ó plebeyos, linajudos ó pecheros, ricos ó pobres. Que fuese director de muchas personas esclarecidas por sangre ó dinero, lo manifiestan, no sólo las frases que se le escapan á despecho de su modestia y humildad [1],

Al entrar en la celda: *Haec requies mea... hic habitabo quoniam elegi eam.*
Al hincarse de rodillas: *In nomini Iesu omne genu flectatur.*
Al tocar á silencio: *Pone Domine custodiam ori meo et ostium circunstantiae labiis meis.*
Al dar las horas: *Ecce mensurabiles posuisti dies meos.*
Al entrar en el coro: *Introibo in domum tuam, adorabo ad templum sanctum tuum*, etc.
Cuando tomaba el Breviario ó libros devotos: *Da mihi intellectum et discam mandata tua. Declaratio sermonum tuorum illuminat*, etc. (P.).
En acabando de leer: *Beatus vir qui fecerit ea quae scripta sunt in libro legis Dei.*
Al subir las escaleras: *Quis ascendent in montem Domini, aut quis stabit in monte sancto ejus? Innocens manibus et mundo corde: ascendat oratio nostra in conspectu tuo, Domine, et descendat super nos misericordia tua.*
Al bajar las escaleras: *Zachee, festinans descende quia in domo tua oportet me manera.*
Al examinar la conciencia: *Proba me, Deus, et scito cor meum* (A.).
Al confesarse ó pedir perdón: *Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.*
Para la pureza de conciencia: *Cor mundum crea in me, Deus.*
Para la presencia de Dios: *Providebam Dominum in conspectu meo semper.*
Para confirmarse en la fe: *Credo, Domine; adjura incredulitatem meam.*
Para alentarse en la esperanza: *In te, Domine, speravi non confundar in aeternum.*
Para avivar la caridad: *Diligam te, Domine, virtus mea.*
Para pedir humildad: *Oh Domine, ego servus tuus et filius ancillae tuae.*
Para alcanzar temor de Dios: *Confige timore tuo carnes meas*
Para enfervorizarse en la oración: *Concaluit cor meum intra me et in meditatione mea exardescet ignis.*
Para pedir el don de lágrimas: *Fuerunt mihi lacrymae meae panes die ac nocte.*
Cuando recibía algún beneficio: *Benedic, anima, Domino et noli oblivisci omnes retributiones ejus.*
Para acción de gracias: *Quid retribuan Domino*, etcétera.
Para pedir el auxilio divino: *Deus in adjutorium meum intende*, etc.
Para la paciencia en la tribulación: *Cum ipso sum in tribulatione*, etc.
Para la humillación: *Bonum mihi quia humiliasti me*, etc.
Pidiendo ayuda en la tentación: *Quoniam in te eripiar a tentatione*, etc.
Fomentando el recuerdo de la muerte: *Illumina oculus meos ne unquam obdormiam in morte.*
Para recordar el juicio: *Non intres in judicium cum servo tuo.*
Cuando la obediencia le ofrecía algún ejercicio penoso: *In nomine Iesu Nazareni, surge et ambula. Quoniam melior est obedientia quam victima* (P.).
Cuando le venía alguna tribulación se consoloba diciéndose: *Si bona suscepimus de manu Domini, mala quare non sustinemus?*
Si alguna vez llamaba á sus puertas la impaciencia la sacudía diciendo: *Da pacem et patientiam, Domine, servo tuo, ne perdam coronam gloriae quia tu dixisti: In patientia vestra possidebitis animas vestras.*
Para aquietarse en las adversidades: *Esto nobis turris fortitudinis a facie inimici.*
Cuando visitaba alguna enferma: *Infirmus fui et visitasti me*, etc.
Si alguna vez la turbaban sospechas: *Quis es tu qui judicas alienum servum?*
En las tentaciones de desconfianza: *Tu es, Domine, spes mea a juventute mea. De ventre matris meae tu es protector meus.*
Contra la pereza espiritual: *Vade ad formicam, piger, et considera vias ejus et disce sapientiam... Maledictus homo qui facit opus Dei negligenter*».

Los dos biógrafos explotaron de diferente modo el manuscrito de Sor Margarita; pero el P. Abellán con más cuidado que el P. Palma.

[1] Diálogo V de la *Conquista:* «Si alguna vez me representa el ángel para consolarme algunos conocidos servicios que por mí, indigno ministro suyo, á Dios se le han hecho, etc.» (Véase pág. 88). Y en el tratado sobre el *Cantar de los Cantares*, pág. 776: «Decíame á mí un señor deste reino que en muchas ocasiones había echado de ver que el demonio sabía poco y que sus tentaciones eran muy claras... Al cual respondí que aquel sentimiento suyo me descubría más la sagacidad del enemigo, pues de manera disfrazaba las tentaciones que un hombre cuerdo las tenía en poco y se reía dellas, que es lo que quiere el traidor».

sino también alguno de los consejos prudenciales que escribe, especialmente en sus *Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares* (1). Además, el *Tratado de los soberanos misterios del santo sacrificio de la Misa* (2), dedicado á doña Catalina de Zúñiga, Condesa de Lemos y camarera de la reina (3), reclama en su prólogo que el P. Angeles fuese guía de su espíritu, atendiendo sus peticiones con tanta abnegación que, aun cargado de compromisos, en tiempo de Adviento y Cuaresma, quiso escribir lo que deseaba y darle gusto, porque le contentaban sobremanera sus libros.

Que acogiera asimismo con gran cariño á los pobrecitos que necesitan ordinariamente mayores consuelos que los ricos, nos lo revela un hecho que sirve á la vez para vislumbrar que la fama del P. Angeles, como director inspirado, iba precedida de un

(1) «A muchas mujeres y hombres que de adulterio tienen hijos de grandes ingenios, de notable hermosura y de habilidades muy raras, tienta este adversario con tanta perplejidad, que parece que no pueden dolerse del pecado que cometieron con la consideración del buen suceso que á su parecer tuvieron. Para este caso es necesaria la discreción: que no pide Dios que os dolais absolutamente del hijo que tuvistes, sino del pecado que cometiste; de manera que puede haber dolor y pesar grande de la ofensa y gozo del hijo que ya nació en el mundo con el cual repartió el Señor sus dones» (Ibidem, pág. 306).

(2) La única edición que conozco, y que todavía no ha sido reproducida, salió de la Imprenta Real, año 1604; tomo en 12.° con 14 páginas sin numerar y 379 numeradas. En la pág. 381, el *Salterio espiritual*, hasta la 398, en que fenece el libro.

(3) Hay memoria de esta señora en el «*Catálogo de las colecciones expuestas en las vitrinas del Palacio de Liria.* Lo publica la Duquesa de Berwick y de Alba, Condesa de Siruela. Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1898», pág. 200, donde se me dice que era «hija segunda de D. Francisco de Sandoval y Roxas, quinto Marqués de Denia, y de Doña Isabel de Borja, hija de San Francisco de Borja, Duque de Gandía. Casó con D. Fernando Ruiz de Castro, noveno Conde de Lemos, Virrey de Nápoles, que murió allí en octubre de 1601. Falleció la Condesa el 8 de febrero de 1628. Fué camarera mayor de la reina Doña Margarita de Austria, y muerto su marido auxilió eficazmente á su hijo D. Francisco en el gobierno del Virreinato y en el de su propio estado». Y de su marido hallo los datos siguientes en la *Nueva biografía de Lope de Vega*, por Alberto de la Barrera, Madrid, 1890, pág. 80: «D. Fernando Fernández Ruiz de Castro y Osorio, Conde de Lemos, Andrada y Villalba, padre del Marqués de Sarriá, fué Virrey de Nápoles desde el año 1595 al de 1600; estuvo luego de embajador extraordinario en Roma y falleció á su vuelta de aquella corte en 1601». En la dirección del P. Angeles se puede explicar por qué el gran Duque de Lerma, hermano de Doña Catalina, se desvivía por los padres Descalzos, que eran siempre los preferidos, aunque, siendo bonísima esta señora, amparaba también á otras Ordenes religiosas, sobre todo á los Franciscanos Observantes, según deduzco de la dedicatoria que le hizo el P. Fr. Diego de Arce, primero Guardián de San Francisco de Murcia y luego Provincial de la de Cartagena, predicador famoso de su tiempo, en el «Sermón que... predicó en la Iglesia Arçobispal de la Ciudad de Nápoles, en las reales exequias de la serenísima Sra. Doña Margarita, Reyna de España... En Nápoles, por Tarquinio Longo, año 1612», donde le dice: «Embío á V. E. el testimonio de mis lágrimas, por si puedo quanto es de mi parte según mi pequeñez consolar las muchas que V. E. tan justamente, como tan buen testigo de las singularísimas virtudes de aquella gran Reyna, ha derramado, como quiera que es algún consuelo para los tristes el ver que muchos por la misma causa que ellos se entristezen» (f. 2.° vuelto). Aunque Fr. Juan de San Antonio dedica en su *Biblioteca Franciscana* un artículo á este famoso orador (t. I, págs. 293 y sig.) y anota muchas de sus obras, no da noticia de este discurso ni del que predicó «en el Convento de San Francisco de Valladolid á un edicto de la Santa Inquisición. Por Diego Fernández de Córdoua y Ouiedo, Impresor del Rey nuestro Señor, Año 1595», 20 hojas, tamaño en 8.°, y cita sólo como manuscrito el discurso que hizo al Capítulo General de Valladolid, año 1593, que yo he visto impreso en 10 hojas y dedicado «ad illustrissimum et reverendissimum Dominum Santium de Abila, episcopum chartaginiensem», fecha la dedic. «Vallisoleti, Kalen. Iunii 1593» y demuestra en él que era tan elocuente hablando en latín como en castellano. El impreso no lleva pie de imprenta ni colofón y no puede saberse dónde ni cuándo se estampó, aunque me atrevo á decir que saldría ó en el mismo año que lo predicó ó el siguiente, por los tipos con que está enmoldado.

nimbo luminoso de gloria que pocos alcanzan; pues veintidós años después de salir de este mundo aun no se había apagado la estela que dejó en Tembleque, cuyo convento había fundado siendo Provincial. Trasladémoslo con la misma sencillez que se apuntó en el libro de las *Memorias de Religiosos* (1) de la Provincia de San José: «En catorce días del mes de marzo de este año de mil seiscientos y treinta y uno pareció ante mí Fr. Agustín de la Concepción, Guardián del convento de Tembleque, para decir del venerable padre Fr. Juan de los Angeles, predicador y confesor de la señora Infanta; y habiéndole puesto obediencia dijo lo siguiente: Primeramente dijo que oyó decir á frailes de esta Provincia que, teniendo noticia una mujer de las letras y espíritu de nuestro hermano Fr. Juan de los Angeles, y que había llegado á su noticia que le había dado Dios gracia de conocer espíritus, le vino á buscar á Madrid para comunicarle el suyo; y fué al convento real de las Descalzas, adonde era confesor de la Emperatriz, y andándole á buscar le topó quc estaba confesando en un confesonario, y vió encima de su cabeza una lengua de fuego, con que le quiso Dios dar á entender cómo tenía don de conocer espíritus. Comunicóle el suyo (2), y fué muy consolada (3)... Y habiéndoselo leído se certificó en ello y lo firmó de su nombre en el sobredicho día, mes y año.—Fr. Juan Romero, Fr. Agustín de la Concepción, Guardián.—Antc mí, Fr. Juan del Castillo, Secretario.» De esta manera, hasta con milagros, quiso Dios acreditar la doctrina de su siervo y excitar en sus penitentes el respeto y veneración, que son el mejor estuche para conservar los consejos de modo que se reduzcan á la práctica y no se frustren los intentos del consejero.

29. Y sin lazos tan íntimos como los que nacen de la comunicación de las almas, había también muchos personajes autorizados que se honraban con la amistad del padre confesor de la Infanta. Por ejemplo: «Don Francisco Lano, gran prelado de la Iglesia, con quien trató y comunicó diversos lugares de Escritura, grande griego y hebreo consumadísimo» (4); el ilustrísimo D. César Speciano, Nuncio, que profesaba especial estimación á los Descalzos de la Provincia de San José, y amén de abrirles camino para entrar en Sevilla, procuró al P. Angeles un breve apostólico con que pudiese viajar y estar en cualesquier provincias de España (5); el no menos venerable D. Domingo Gimnasio, que como Nuncio del Papa Clemente VIII expidió varios decretos favorables á los Descalzos, y uno particular con que aquietó la Provincia, algo turbada con la renuncia del provincialato de nuestro biografiado (6). En fin, sin otros que sería largo de

(1) El P. Alcalá, *Crónica de la Provincia de San Josef*, t. II, lib. IV, pág. 263, cita al margen: «Tomo 5 dc *Memorias de Religiosos*, fol. 111».

(2) El impreso dice *fuego*, lo corrijo como errata de imprenta.

(3) Él *primeramente* exigía que se dijeran otras á continuación.

El cronista puso puntos suspensivos, con que denotaba quedaban otras cosas; yo, bien á pesar mío, he de repetirlos, porque no hallo modo de suplir lo que se dejó, después de saqueados los archivos religiosos.

(4) No he logrado más noticias de este señor que las que se deducen de ese párrafo entre comado, copiado casi literalmente del *Tratado sobre el Cantar de los Cantares*, pág. 322, salvo si hay errata en el impreso y es el D. Francisco Cano, Obispo de Burgos en 1635.

(5) *Bullarium Discalceatorum*, ya citado, pág. 323.

Lo del breve apostólico lo rastreo de la Aprobación de los *Diálogos* en Lisboa, inserta en la página 33 de este tomo.

(6) Puede verse el decreto de 27 de junio de 1603 (*Bullarium Discalceatorum*, págs. 429 y siguientes), donde confirma las elecciones hechas después de la renuncia del P. Angeles, á quien llama *Dilectus nobis in Christo*.

contar, trabó singular correspondencia con D. Maximiliano de Austria ([1]), que como nieto de la emperatriz María menudeaba las visitas á las Descalzas, y cuyas virtudes y méritos alabó disimuladamente al dedicarle la *Segunda parte de la Conquista. ó Manual de vida perfecta* ([2]), cuando dice «que entre las mercedes que nuestro Señor me ha hecho, á que debo ser agradecido, no ha sido la menor haberme dejado conocer á vuestra señoría ilustrísima y hallado gracia en sus ojos para que confiadamente pueda ofrecerle y consagrarle algunos de mis trabajos» ([3]). Y alma de buen temple y bien pertrechada debía tener el padre Descalzo cuando, debiendo acudir á tantas cosas y viviendo en la corte, donde se respiraba aire de vanidad y adulación, él se mantuvo firme en la práctica de la humildad y sencillez franciscana, corrigiendo y dando fuertes latigazos contra los vicios y malas costumbres de su época, según puede verse en los primeros Diálogos del *Tratado de los soberanos misterios de la Misa.*

30. ¿En qué ocupó el P. Angeles los últimos años de su vida? En prepararse para ir al cielo, acumulando méritos, que Dios recompensaba con aumentos de gracia. Mientras escribía el *Tratado sobre la Misa* le sobrevino una penosa y grave enfermedad, «y tan peligrosa, que se tiene á milagro haber quedado con vida» ([4]). Probablemente fué un insulto de la inflamación del hígado que le aquejaba de ordinario é hizo los primeros amagos estando en Sevilla, como candorosamente nos lo descubrió el discípulo que allí instruía. Se repuso de ella y continuó trabajando á despecho de sus acha-

([1]) Era hijo del Archiduque Leopoldo y de una señora catalana llamada Doña Marina Ferrer. Nació en Jaén el 13 de noviembre de 1555 y se encargó de educarlo Felipe II. Fué obispo de Cádiz y de Segovia. Conociólo el P. Angeles, por lo menos siendo obispo de Segovia, cuando el año 1602 fué á Madrid, y en 4 de diciembre fué presentado como Arzobispo de Santiago, pues el 22 del mismo mes, cuando fecha la dedicatoria del *Manual*, le llama ya *Arzobispo de Santiago.* Tomó posesión de la sede compostelana el 22 de julio de 1603, por poderes conferidos al doctor D. Antonio Rodríguez. Su gobierno fué muy provechoso para aquella archidiócesis y conservó la afición á los Franciscanos durante su permanencia en ella, mandando entre otras cosas que «se guarde la fiesta del glorioso padre San Francisco en esta dicha nuestra ciudad [de Santiago] y en todos los lugares de nuestro Arzobispado á donde hubiese Convento de su Orden tan solamente». Falleció el 1.° de julio de 1614. (Véase López Ferreiro, *Historia de la S. A. M. I. de Santiago de Compostela*, t. IX, págs. 7-40).

([2]) Examinando la *Bibliografía Madrileña* del Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor, t. II, páginas 129 y 130, parece que hubo dos ediciones en el mismo año 1608. La 1.ª, con la portada «*Segunda parte de la Conquista del Reino del cielo, intitulada Manual de Vida perfecta*, Por Fr. Juan, etc... Año 1608. En Madrid, en la Imprenta Real» con 300 folios de texto y 20 de preliminares. Tasa á *tres maravedís* pliego, con solos 5 diálogos, ó sea hasta el *Laus Deus* de la página 238. La 2.ª, con portada más breve: «*Manual de Vida perfecta*, por Fr. Juan, etc. Madrid, 1608», con 20 folios preliminares y 200 de texto, y en la tasa á *tres maravedís y* MEDIO el pliego, única diferencia que hallo, y con los 6 Diálogos y opúsculos de *Afectos Diferentes* y *Rosario de alabanzas.* Esta es la que reproduzco, y creo fué la única que salió completa, y la diferente portada que lleva el ejemplar examinado por el bibliógrafo citado puede explicarse por una de las gitanadas que solían cometer los libreros, y que imprimiendo al cabo de uno ó más años las primeras páginas, añadiesen en la tasa aquel *medio* maravedí más para aumentar sus caudales á costa de los lectores y á espaldas de la autoridad; pues de otra suerte habíamos de poner tres ediciones en este mismo año. La otra edición es la de *Barcelona*, Librería y tipografía Católica, calle del Pino, 5, 1905, de págs. VIII-512.

([3]) En la epístola dedicatoria, f. 7 preliminar. Véase pág. 157 de este tomo.

([4]) Así lo dice él mismo en el Prólogo al *Libro sobre los misterios de la Misa*, y aunque el epíteto que le aplica será casual, es curioso que coincida con la diagnosis que hacía de dicha enfermedad del hígado el doctor Cristóbal Pérez de Herrera en su «*Compendium totius Medicinae ad tyrones*, Matriti, 1614, apud Ludovicum Sanctium, typographum Regium» cuando decía, folio 199: «Omnis inflamatio cuiusvis visceris *periculosa* est valde, jecoris vero *periculosissima*: in ea si vehementes dolores et conuulsiones accidant malum maximum praenuntiant».

ques y vejez, redactando el *Vergel del ánima Religiosa*, corrigiendo las pruebas del *Tratado sobre el Cantar de los Cantares* y revisando, por encargo del Consejo Real, alguna de las obras que se habían de imprimir [1]. Además, parece que mantuvo relaciones con algunos de sus parientes próximos, y agradecido á los sacrificios que habían hecho por él en su mocedad, siendo pobres, los favoreció cuanto pudo, y antes que obligarse á personas nobles y ricas pidiéndoles mercedes, que de algún modo le cautivarían luego la libertad, prefirió darles lo que podía de lo suyo, vendiendo la propiedad de dos ó tres de sus libros y aplicando la cantidad estipulada al dote de una de sus sobrinas ya casaderas, que acompañada de su madre y del novio visitó al tío á mediados del año mil seiscientos ocho. Esto colijo yo de la escritura que traslado á continuación para anotarla con más comodidad:

«Sepan quantos esta pública [2] scriptura de promesa de docte vieren cómo yo Francisco López [3], mercader de libros, vezino desta villa de Madrid, digo que por quanto para servicio de Dios nuestro Señor y con su gracia está tratado y concertado que Ana Martínez, sobrina del padre fray Juan de los Angeles, confesor de la serenísima infanta doña Margarita, hija legítima de Agustín Hernández, difunto, y de Ana Martínez, su muger, vezinos del lugar de la Corchuela, jurisdicción de la villa de Orepesa, se haya de despossar é cassar y belar legítimamente, según el orden y uso de Santa Madre Iglesia Romana, con Juan García [4], hijo de Ginés García, difunto, y de María Arroyo,

(1) Al menos hay la que describe Pérez Pastor, t. II, núm. 997, cuyo título es: «*Meditaciones de la santísima pasión y muerte de Christo nuestro Redentor*, compuestas en Latín por el P. Francisco Costero, de la Compañía de Jesús, y traducidas por el P. Luis Ferrer, de la misma Compañía. En Madrid, por Juan de la Cuesta. Año M.DC.VIII». La aprobación del P. Angeles se halla en el folio 3.º preliminar, y dice así: «Aprobación: Por comisión del supremo Consejo he visto un *Tratado de oración y meditación* que el P. Luys Ferrer, de la Santa Compañía de Iesús, ha compuesto, y unas *Meditaciones de la sagrada Pasión de Christo Redentor nuestro*, y no hallo en ellos cosa que contradiga ni haga disonancia á las verdades que nuestra santa Fe Católica enseña; antes muchas muy saludables y de grande piedad y devoción, para beneficio de las almas que el mismo Señor redimió y compró con su sangre. Y assi me parece se le deve agradecer mucho este trabajo y darle licencia para que se imprima para el beneficio de todos. Dada en este convento de San Gil el Real de los Descalços de Madrid, á 29 de noviembre de 1607.—Fr. Iuan de los Angeles». Aunque en la portada se dice que fueron traducidas por el P. Luis Ferrer, yo debo advertir que había versión castellana de las cincuenta Meditaciones del P. Costero bastante anterior, esto es, Zaragoza, 1601, hecha por el P. Diego Miravete, y bien puede suponerse que el P. Ferrer se aprovecharía del trabajo de su hermano.

(2) En el original manuscrito sólo pone *pu.ca* y como abundan estas abreviaturas, que harían difícil la lectura, las copio interpretadas y quito las letras mayúsculas no necesarias, conservando en todo lo demás la ortografía del original.

(3) Era hijo de otro del mismo nombre y apellido, también librero-editor, y empezó á imprimir libros por su cuenta en Madrid, año 1575, cuando falleció su padre. Tuvo la librería en la parroquia de Santiago y costeó varias obras, y como mercader de libros adquirió otras hasta el año 1611, en que debió morir, pues sus herederos empezaron á editar en 1612. Estaba muy bien relacionado con el P. Angeles, y buena prueba nos da en esta escritura y en otra que hizo más tarde nombrándole consejero de sus albaceas testamentarios en 31 de agosto de 1608, haciendo constar «que no se excuse la presencia á estos actos [ejecución de mandas pías] del P. Fr. Juan de los Angeles» (Madrid, Archivo de Protocolos, Protocolo de Alejo Herrera, años 1599-1608, fol. 1127).

(4) Busqué en el Archivo parroquial de la Calzada la partida de bautismo de este futuro afine del P. Angeles y no la hallé; pero me salieron otros hermanos, es decir: 1.º «Domingo García, hijo de Ginés García y de su mujer María Arroyo, bautizado por Diego Herrera, cura, á 30 de noviembre de 1578» (Lib. I, Bautismos, f. 12 v.). 2.º «María, bautizada por ídem en 3 de febrero de 1582» (Lib. I, Bautismos, f. 37 v.).

su muger, vezinos del lugar de la Calzada, jurisdicción de la dicha villa de Oropesa... [1] En efecto el dicho matrimonio, y como dotador extraño, otorgo y conozco por esta carta que prometo y me obligo de dar y pagar al dicho Juan García, en dote y cassamiento con la dicha Ana Martínez, y para ayuda del sustento y de las cargas matrimoniales, trescientos y cinquenta ducados en reales, los quales prometo y me obligo de le dar y pagar luego en reales de contado.=E yo el dicho Juan García, que presente estoy, me doy y le otorgo por completamente pagado á mi boluntad del dicho Francisco López y de los dichos trescientos ducados de la dicha promesa de dote, porque los recibieron y passaron de su poder al mío realmente y con éfecto en reales de plata aora de presente, en presencia del presente escrivano y testigos desta carta, de cuya paga, entrega y recibo yo el scrivano infrascripto doy fe, y de los dichos trescientos y cinquenta ducados y de los demás bienes rayces y muebles que rescibiere en docte con la dicha Ana Martínez prometo y me obligo de hazer y otorgar, y haré y otorgaré scriptura de pago y recibo en favor en forma á su satisfacción y carta de pago.=Y ambas partes prometemos y nos obligamos y ponemos el uno con el otro y el otro con el otro que el dicho matrimonio se verifique en efecto desde hoy hasta fin del mes de julio deste presente año de seiscientos y ocho [2], no haviendo impedimento canónico, y que no nos apartaremos ni distraeremos deste contrato por ninguna causa ni razón que sea ó ser pueda, so pena de quatrocientos ducados que pague la parte inobediente á la obediente, más las costas y daños, intereses y menoscabos que sobre ello se le siguieren y recrecieren, sin embargo de las leyes que disponen que el casamiento se ha de azer por amor y no por temor de la pena, y con ella se remita é pague, ó esta escriptura se cumpla y ejecute según en ello se contiene. Y ambas partes, cada una por lo que nos toca, para lo ansí cumplir, pagar y aver por firme, obligamos nuestras personas y bienes avidos y por aver, y damos todo nuestro poder cumplido á qualesquiera justicias y juezes del rey nuestro señor de qualesquier partes que sean, á cuya jurisdicción y fuero nos sometemos y renunciamos el nuestro propio y domicilio y la ley *si convenerit de jurisdictione omnium judicum*, para que por todo remedio y rigor de derecho é vía executoria

(1) Una palabra ilegible.

(2) Así debieron efectuarlo, pues aunque no hallé la partida de matrimonio en el Archivo parroquial de la Calzada, ó porque se casaron en la Corchuela, ó porque tal vez lo realizarían en Madrid mismo, vi la siguiente de bautismo de un hijo que les nació en agosto de 1609: «Lunes »10 días del mes de agosto año 1609, yo el bachiller Diego de Herrera, cura desta yglesia de »Santa María de la Calçada, baptiçé á Juan García, hijo de Juan García Xinés y de su muger »Ana Martínez. Fueron sus padrinos Miguel Hidalgo y su muger María Arroyo; testigos, Chris- »tóbal de García y Alonso sgs (no sé interpretar esta abreviatura). Bllr. Diego de Herrera». Rubricado. (A. P. C., Lib. II, Bautismos, f. 43 v.). No topé con más vástagos de este matrimonio. Tal vez no tuvieron más, porque la sobrina del P. Angeles quedó viuda á los cinco años de casada, según revela el siguiente asiento de defunción: «Viernes cinco días del mes de março »de 1613 años se enterró (sic) Juan García de Ginés. Recibió los Sacramentos; mandó se le dige- »sen misas de acompañamiento que son las que se siguen=1 del alma, cantada=Coleturia 30 »=Encarguéme de treinta misas deste testamento 21 de julio de 1613, é por ser verdad lo firmé »=Francisco Cepeda.=He dicho yo Ginés Rodriguez veinte y cinco misas por este difunto »hasta 25 de julio de 1613 y lo firmé=Ginés Rodriguez.=Está cumplido este testamento» (Lib. I, de Difuntos, A. P. C., f. 37). A esto se reducen las noticias halladas de la familia del P. Angeles; pues los libros de la Corchuela se han extraviado, y aun dando con ellos no hubiéramos resuelto nada, porque según el Libro I Becerro del Archivo de Oropesa, f. 343, el de los «bautizados dió principio en 25 de enero de 1567»; el de los velados y casados, en 9 de enero de 1576, y el de Difuntos, en 12 de mayo de 1575, y lo que más interesaba era hallar la naturaleza de mi biografiado, que por estos años que ya era fraile Descalzo.

nos compelan y apremien al cumplimiento y pago de lo que dicho es, como si fuese sentenzia definitiva dada por juez competente é por nos consentida é passada en cosa juzgada: y renunciamos las leyes de nuestro favor todas en general y cada una en especial, y la ley y derecho que dice que general renunciación de leyes no vala.=En testimonio de lo qual otorgamos la presente scriptura ante el escrivano público y testigos infrascriptos, que fué fecha é otorgada en la villa de Madrid á veinte y siete días del mes de junio de myll y seiscientos y ocho años, siendo testigos Pedro Marañón y Andrés Fernández y Pedro Gómez, estantes en esta corte, y el dicho Francisco López lo firmó. Y por el dicho Juan García que dixo no saver firmar, á su ruego la firmó un testigo. E yo el escribano doy fee que conozco á los otorgantes.=Pedro Marañón.=Francisco López.=Ante mí Juan Calbo» (1). Las relaciones que se desprenden de esta escritura y lo que dejo anotado en el núm. 22 son los únicos recuerdos que hallo del P. Angeles acerca de su familia, y ellos bastan para acreditar que el autor de la *Conquista del Reino de Dios* sabía armonizar el amor del Criador y de sus criaturas, especialmente de aquellas que con precepto especial quiso fuesen honradas y respetadas como sombra de su Majestad.

31. Después de esta pública prueba de aprecio y estimación de sus pobres parientes vivió poco tiempo el P. Angeles, y aunque sus hermanos continuaban retraídos de él y no le encomendaron oficios ni comisiones honrosas dentro de la Orden, él continuó dándoles nuevas señales de cariño, ya en particular, ya en común, y envejeció tan enamorado como había vivido de su hábito, del retiro y recogimiento y de las demás virtudes que forman la más rica herencia de los verdaderos franciscanos. Por eso, aunque sus cargos le dispensaban del rigor de la vida monástica, él hacía todo el tiempo que podía las obediencias del convento, y sólo se miraba feliz rodeado de sus hermanos (2). Para ellos trabajó los últimos años de su vida, especialmente pergeñando el *Libro de la Pasión de Jesús*, que tiempo ha prometiera á un padre de la Orden (3), libro que llamó el *benjamín de sus estudios* y que, sólo impreso y conocido en sus preliminares ó Parte I de las cuatro que había de llevar, manifiesta claramente que su autor había pasado la mayor parte de su vida en el *monte de la mirra y en el collado del incienso* (4), donde halló tantas flores de consideraciones sabrosas, que no se contentó con atar un manojuelo de ellas para su consuelo, pero plantó además un *Vergel espiritual* para las *almas religiosas que desean sentir en sí y en su cuerpo los dolores y pasiones de Jesús y conformarse con Él en vida y muerte* (5). Y *Vergel* había sido para el místico avilés la Pasión de Jesucristo, porque no miraba sólo su cuerpo acribillado de llagas y su alma llena de tristezas, sino que, como hijo del Serafín de Asís y discípulo del Doctor Seráfico, se entró en su corazón infinitamente enamorado de los hombres y lo vió matizando con amor todas las escenas y crueles padecimientos que había sufrido por salvarnos. Ocupado en esta dulcísima tarea de descubrir á los mor-

(1) Madrid, Archivo de Protocolos, Protocolo de Juan Calvo Escudero, año de 1608, fs. 1707 y 1708.

(2) Tanto las dedicatorias de sus libros como las censuras que daba de los otros, todas están escritas ó en San Bernardino ó en San Gil.

(3) Véase Diálogo V, pág. 93. Probablemente este Religioso era el P. Fr. Antonio de Santa María.

(4) Cantic., IV-6.

(5) De la portada del libro, cambiando sólo el tiempo del verbo.

tales todos los ápices de la caridad infinita de Jesús le halló la muerte, que sería como había pedido y deseado, es decir, cuando contaba setenta y tres años, según el cálculo indicado, «recibidos los Sacramentos, como convenía», tomando por armas para defenderse la sangre, llagas y cruz del Salvador, «murió no menos que abrazado con su Cristo y metido en sus llagas rosadas y llenas de misericordia, esperando por ellas la que sus injusticias podían negarle» ([1]). Y hallándole Jesús al expirar dentro de sus llagas, ¿qué había de hacer sino lavarle con la sangre que por las Misas celebradas para el finado de nuevo se derramaba y blanqueado con ella trasladarlo á la gloria celestial? Así lo pensamos piadosamente, y que su muerte sería llorada tanto por sus hermanos de hábito y amigos y penitentes, que perdían un guía docto y experto, como por las Descalzas Reales, en cuya casa falleció, probablemente en diciembre del año mil seiscientos nueve. Lo del lugar me lo asegura quien podía saberlo ([2]); lo del año es cierto, no sólo porque así lo afirma el cronista Fr. Marcos de Alcalá ([3]), sino porque así se desprende del privilegio real que por segunda vez tuvo que otorgar Felipe III á Francisco del Val; lo del mes lo deduzco yo de las aprobaciones que lleva el *Vergel del ánima religiosa* ([4]), que aunque escrito y preparado para la imprenta, y aun impreso en su primera parte, quedó inédito en las tres restantes ([5]) por descuido inexplicable de sus hermanos y compañeros, que recogieron y reclamaron las cantidades y precio del tomo impreso ([6]) y dejaron de enmoldar ó dar á los impresores los manuscritos que el difunto dejara en su celda. Conservábanse los originales del libro segundo y tercero á mediados del siglo XVIII en el archivo de San Gil; pero nadie se preocupó de sacarlos á luz, unos porque los creían impresos, otros porque, desterrado el buen gusto de la literatura, los juzgaron menos dignos del público que otros muchos que

([1]) Véase el Diálogo V, págs. 87 y sig., donde se halla lo entrecomado.

([2]) El P. Fr. Juan Carrillo, en su libro: «*Relación histórica de la Real fundación del Monasterio de las Descalzas de Santa Clara de la villa de Madrid*, Año 1616. En Madrid, por Luis Sánchez», cap. XVII, al hablar del P. Angeles, dice (f. 48): «Murió en esta santa casa».

([3]) *Crónica de la Provincia de San Josef*, t. II, lib. IV, pág. 265, donde dice: «el de mil seiscientos y nueve, en que falleció el Venerable Fr. Juan de los Angeles». La vaguedad de esta noticia no he podido remediarla con investigaciones particulares. Pedí los libros de Difuntos, que suponía conservarían las Reales Descalzas, y después de esperar mucho sólo me hallaron el que principió año 1743, «siendo sacristán mayor D. Manuel de la Cruz Santín y Estrada», tamaño en folio 420 × 295 mills. De él sólo puedo conjeturar que de las cuatro bóvedas que tenían para dar sepultura, esto es: 1.ª, Nave de Nuestra Señora del Pilar; 2.ª, Nave del Santísimo Cristo de la Buena Muerte; 3.ª, Bóvedas en la iglesia, y 4.ª, Capilla de la otra casa de la Misericordia, el P. Angeles debió ser sepultado en la tercera, porque, según se dice (f. 163): las «Bóvedas que están en la iglesia para entierro de señores Capellanes y Cavalleros particulares» donde incluían también los Confesores. ¿Dónde estará el libro I de Difuntos de aquella casa?

([4]) Porque hablan de él como de persona viva en junio, julio y agosto de 1609, y estando impresa la primera parte del libro en 1609, según dice el colofón, acudieron en febrero de 1610 por otro privilegio, porque «se había perdido el primer privilegio» y con esto hay fundamento para suponerla á últimos del año anterior.

([5]) Dejando para el lector anotar los muchos textos en que alude en la primera parte á la segunda y tercera, anticipo el siguiente: «una revelación de Santa Brígida que veremos en la *quarta parte*» (*Vergel del ánima*, pág. 257).

([6]) Pérez Pastor, *Bibliografía Madrileña*, t. II, pág. 176, núm. 1082, anota: «Obligación de Francisco del Val, mercader de libros, en favor de los Frailes Descalzos de la Provincia de San José, de la Orden de San Francisco por 2.658 mars. que les debe como resto de 38.896 maravedís que montan 800 libros en papel intitulados *Vergel espiritual*, que compuso el Padre Fr. Juan de los Angeles, predicador, etc... Madrid, 26 de julio de 1611» (Archivo de Protocolos. *Juan Manrique*, prot., año 1611, f. 541).

allí había también sin imprimir ([1]); quedando tal vez enterrados para siempre bajo los escombros de la exclaustración los mejores filones de literatura mística de nuestro preclaro escritor. La misma suerte que los manuscritos del *Vergel espiritual* corrieron los *Comentarios sobre el libro del Cantar de los Cantares*, de los cuales sólo imprimió la cuarta parte, digo, los dos primeros capítulos, aunque por las citas que hace de otros se puede asegurar que lo había comentado hasta el cabo.

32. Y aquí debía terminar esta desmañada *Introducción* si no estuviera obligado, á fuer de editor, á recoger los juicios que se han hecho de mi hermano y de sus obras, como flores que embellezcan la corona de su fama póstuma. Algo he dicho ya de lo que sentían de él sus contemporáneos, y mucho más se hallará en los preliminares de cada una de las obras que aquí se reproducen: también creo haber dado la clave para explicar por qué no fué tan honrado y estimado como merecía por sus trabajos, méritos, escritos y virtudes, y así me bastará alegar los testimonios más desinteresados de coetáneos, los cuales reservé de intento para este lugar, como ángeles de paz que lloraran sobre la tumba de mi hermano.

Sea el primero Juan Molina, teólogo, doctor y capellán de la emperatriz María de Austria, el cual, amén de apellidarle *eruditísimo y muy devoto*, no teme afirmar ante la faz del mundo que «siendo difícil guardar el debido decoro en la exposición del *Cantar de los Cantares*, lo había logrado con tal perfección en las consideraciones por él escritas, que claramente podía reconocer como gracia especial del divino Espíritu haber puesto en su boca palabras limpias, propias y bien sonantes para lograr exponer el sacrosanto y divino *cantar* en que se encierran tantos misterios (mejor podría decir que tiene más misterios que palabras) con lenguaje propio y honesto, sacando suavemente para los fieles de la Iglesia miel de la piedra y aceite de la durísima roca, esto es, de la corteza de su letra desgranar con sus manos las espigas y darles á comer con gran contentamiento la medula espiritual que entraña» ([2]).

No es menos elocuente, aunque más breve, el elogio del P. Fr. Juan Carrillo, cuando en la lista de los confesores de las Reales Descalzas de Madrid dice que «El P. Fr. Juan de los Angeles, siendo Provincial de la Provincia de San Josef, dejó el oficio para venir á esta santa casa: fué *varón doctísimo* y *de singular espíritu*, como

([1]) No es un grano de anís lo que se perdió al saquear el archivo del Convento de San Gil, cuyos protocolos y legajos se malvendieron para envolver especias; pues según el cronista tantas veces citado, en 1737, cuando él escribía «en el archivo de esta Santa Provincia hay al pie de ochenta tomos manuscritos, de los cuales los cincuenta son en crecido folio y algunos con más de mil y quinientas páginas» (Lib. II, pág. 307). Y que allí estuviesen los volúmenes que dejó el P. Angeles, lo indica en la pág. 257, cuando dice: «Escribió en folio tres libros, intitulados: *Vergel espiritual del Anima Religiosa que desea sentir en sí y en su cuerpo los dolores y pasiones de Jesús y conformarse con Él en vida y muerte: En que se trata de los Varones y Mujeres ilustres que en esta materia fueron aventajados... Dirigidos á la C. R. M. Rey D. Phelipe tercero de este nombre.* Se estamparon en Madrid en la oficina de Juan Flamenco el año de 1609, y en la Imprenta Real, año de 1610; de los cuales se conservan en dos tomos separados los originales del segundo y tercer libro en el Archivo de esta Santa Provincia, litera A, libros veinte y y cinco y veinte y seis». Y así como se equivocó en apuntar como dos ediciones lo que fué una sola con colofón de un año y pie de imprenta de otro, aún se engañó más en juzgar como impresos el *segundo* y *tercer libro*, que no vieron la luz, y él hubiera podido reproducir con más provecho de las almas que editando los dos libros apologéticos, que no resolvieron en concreto mucho más de lo que nos había enseñado en los de historia y bibliografía que á éstos preceden.

([2]) *Cantici Canticorum tractatus*, Matriti, 1607, f. 8 preliminar v. Allí está en latín, y por ende con más elegancia que aquí va.

lo muestran los libros que escribió sobre los *Cantares* y de la *Presencia de Dios*. Murió en esta santa casa» ([1]). Con este frisa mucho lo que dice otro cronista de la Provincia de Castilla, el P. Salazar, cuando apunta que «Ultimamente tuvieron por confesor estas Señoras Monjas al P. Fr. Juan de los Angeles, *hombre muy docto y grande predicador*: murió en dicho convento» ([2]). Y aunque extranjero, es muy apreciable el testimonio del traductor francés de las *Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares*, el cual, explicando en el prólogo el interés con que había buscado por mucho tiempo libros que proporcionasen á sus lectores tanto provecho como placer *(autant de profit que de contentement)*, no perdonando para ello diligencias propias ni las de sus amigos laboriosos, confiesa que «la buena suerte le había puesto en las manos un libro tan digno de su curiosidad como del deseo de agradarles, y se consideraría culpable si ocultase las excelencias que encierra y no les diese parte de su venturoso hallazgo» con esperanza de que sería tan bien recibido entre sus compatriotas galos como entre los españoles, que «han hecho de él un aprecio maravilloso» *(Qui en font une merveilleuse estime)* ([3]).

33. Todo me sabe á poco para tan ilustre escritor, y así creo les parecerá á mis lectores. Es verdad que los cronistas del siglo XVIII fueron más justos y equitativos, llamándole á boca llena varón muy *venerable*, manifestando el deseo de introducir su causa de beatificación en Roma: es verdad que los bibliófilos franciscanos, desde Wadingo hasta Pedro de Alba y desde Fr. Juan de San Antonio hasta Marcos de Alcalá, suplieron los descuidos y deficiencias de los contemporáneos de este gran místico, siguiendo su ejemplo otros extraños á la Orden, como Nicolás Antonio, en su *Biblioteca Nova Hispana;* pero la verdadera reparación de los honores debidos al autor de los *Triunfos del Amor de Dios* la dejó Dios para los tiempos modernos, en que, abundando los desconciertos y trastornos sociales y morales, no ha faltado orientación crítico-literaria para ver y explotar mineros riquísimos de sabiduría en nuestro siglo de oro.

El primero que le hizo justicia, saludándole como psicólogo y moralista entre los místicos españoles, fué Pablo Rouselot, á quien de grado le perdono todas las inexactitudes históricas que dijo ([4]), más los desmedrados encomios que le tributa ([5]), porque tuvo la desgracia de no conocer más que dos obras del P. Angeles, y éstas no en su original castellano, sino en las traducciones francesas que se habían hecho de la *Lucha espiritual* y *Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares* ([6]). Pero no se le puede excusar de una afirmación cerrada que hace sobre nuestro místico, diciendo que «no

([1]) *Relación histórica* antes citada, pág. 48.

([2]) Como no tengo á la vista la Crónica de este escritor, que publicó la suya en Madrid. Imprenta Real, 1612, tomo la cita de Fr. Marcos de Alcalá, t. II, lib. IV, pág. 249.

([3]) *Considerations spirituelles* arriba descritas, en el f. 2.° preliminar.

([4]) Por ejemplo: 1.ª, que fué Vicario de la Provincia de San José en vez de Ministro Provincial; 2.ª, que fué confesor de Juana de Austria en lugar de la Infanta Margarita de Austria, y 3.ª, la más garrafal y que parece inverosímil, poniendo el catálogo de sus obras, decir que floreció en la primera mitad del siglo XVI. (Véase *Mystiques Espagnols*. París, 1867, págs. 114-122).

([5]) «Ce qui distingue Jean des Anges ce n'est pas l'originalité de la doctrine» (Ibidem, pág. 122). ¿Hubiera afirmado tal cosa si hubiera tenido la suerte de leer los *Diálogos de la Conquista del Reino de Dios?* Creo que no.

([6]) Son las únicas que alega, y como no pone un solo texto en castellano, como lo hace en otros autores, fundadamente aseguro que sólo vió las versiones francesas.

nombra una sola vez ni á Santa Teresa ni á San Juan de la Cruz» (1). Y esta acusación no la fundó, como el señor Torres Galeote (2), en los *Triunfos*, que Rouselot no leyó ni en todo ni en parte, sino en la misma *Lucha espiritual*, que cita y da pruebas de haber leído. En efecto, repite en ella (capítulo II de la parte II) lo que había escrito en los *Triunfos* sobre la escena del serafín que la llagó, y no alcanzo cómo dijo una falsedad y mentira histórica tan descarada, si no es fingiendo que le faltaban muchas hojas al ejemplar de la *Lucha* que leyó. Y respecto de San Juan de la Cruz, no está menos clara la cita que de él hace en las *Consideraciones* sobre el libro de Salomón, citado también por Rouselot. Sino, dígame el crítico francés ¿quién podía ser «Un religieux fort spirituel et contemplatif a fort bien dit que cette operation de l'aimé devoit être nommé doux cautère et playe agreable»? (3), ó, como dice en castellano: «Dijo muy bien un religioso espiritual y de alta contemplación que este obrar del Amado—la transformación del alma por amor—se había de llamar cauterio suave y llaga regalada» (4). Esto es lo que más deslustra la crítica del profesor de Dijón, con quien estoy lejos de ensañarme, como otros que no tienen que agradecerle tanto como nuestra Orden, pues probablemente sin él hubiéramos tardado más tiempo en conocer los libros del padre Angeles.

Las faltas y menguas del filósofo francés las suplió cariñosa y sabiamente el portento de su siglo y eminente polígrafo santanderino Menéndez y Pelayo, cuyo nombre será más inmortal que el del restaurador de Covadonga, porque á mi parecer sacrificó más tiempo su vida y salud por España, y palpitando amores hacia ella coronó su existencia con un fin tan cristiano como convenía al autor de los *Heterodoxos Españoles* (5).

(1) «Quant aux autres, Sainte Thérèse, Jean de la Croix, il ne les nomme pas une seule fois, etcétera». (Obra cit., pág. 122).

(2) *Discursos leídos ante la Real Academia Sevillana*, Sevilla, Lib. é Imp. de Izquierdo y C.ª, 1907, pág. 55. Para reprenderle por los *Triunfos* aún había más razón para hacerlo por el *Manual de Vida perfecta*, donde copia largos párrafos del *Camino de perfección.*

(3) *Considerations spirituelles* citadas, pág. 329, donde conservó el traductor el ladillo castellano «Cauterio suave y llaga ragalada es el amor divino» vertiéndolo al francés más brevemente: «L'amour divin est un doux cautère».

(4) *Cantici Canticorum*, etc., citada, pág. 454.

(5) Arrasados aún los ojos en lágrimas por la muerte del patriota más querido y amigo más sacrificado por los suyos, séame lícito dedicarle una nota biográfica que, aunque fuera larga, sería siempre corta para sus méritos é incomparables excelencias. Nació en Santander, año 1856. Sus buenos padres, con la piedad le inspiraron amor á las letras, y después de brillante carrera, que cerró con la licenciatura en la Universidad de Barcelona, bajo la docta dirección de Milá y Fontanals, ganó por oposición la cátedra de Historia Crítica de la Literatura Española en 1877, dictándose para esto una Real orden que fijaba en veintiún años los veintitrés que antes se necesitaban para regentarla. Después de este triunfo su vida fué una cadena no interrumpida de empresas, tanto más gloriosas cuanto menos interesadas y mejor movidas del amor patrio. Esto es á mi ver lo más admirable y sublime en la vida de este grande hombre. En todas sus obras, desde la *Historia de los heterodoxos españoles* hasta las *Antologías de poetas líricos castellanos é hispano-americanos;* desde el discurso de recepción en la Real Academia Española en 1881 hasta las *Dos palabras sobre el centenario de Balmes*, en 1910; desde la creación de los *Bibliófilos españoles* hasta la continuación de la obra Rivadeneira en la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, donde deja cuatro tomos de mérito inapreciable; desde *Horacio en España* hasta el Discurso en el certamen literario del Congreso Internacional de la Eucaristía, palpita y bulle tal entusiasmo por España, que yo no conozco autor que con más suavidad y fuerza infiltre el amor á la madre patria. Algo hizo ésta á favor de su insigne hijo, pagándole viajes y excursiones al extranjero, encargándole la dirección de la Biblioteca Nacional y la Academia de la Historia y levantándole por manos amigas el *Homenaje á Menéndez Pelayo;* pero fué tan poquito con rela-

No puede disimular las preferencias que siente hacia los franciscanos, porque «Los libros más clásicos y bellos acerca del amor de Dios durante el siglo XVI son debidos á plumas de frailes Menores», y entre todos ellos le atrae y cautiva «Fr. Juan de los Angeles, uno de los más suaves y regalados prosistas castellanos, cuya oración es río de leche y miel. Confieso que es uno de mis autores predilectos: no es posible leerle sin amarle y sin dejarse arrastrar por su maravillosa dulzura, tan angélica como su nombre». Por eso, después de los *Nombres de Cristo* de Fr. Luis de León, «no hay libro de devoción que yo lea con más gusto que los *Triunfos del Amor de Dios* y los *Diálogos de la Conquista del espiritual y secreto reino de Dios*, libros donde la erudición profana se casa fácil y amorosamente con la sagrada; libros donde asombra la verdad y la profundidad en el análisis de los afectos; libros que deleitan y regalan por igual al contemplativo, al moralista y al simple literato. Moralista y psicólogo es, sobre todo, Fr. Juan de los Angeles: ya lo reconoció Rouselot. Y es que para Fr. Juan de los Angeles la disciplina amatoria, que decía el discípulo de Sócrates, abarca toda la moral y la psicología: «quien tiene ciencia del amor la tiene de todo el bien y mal del hombre, de todos los vicios y virtudes, de su felicidad y perdición, y quien esto ignore dese por ignorante de todo género de bien ó mal que toque al hombre» [1]. Con gusto continuaría copiando trozos y más trozos del autor de las *Ideas estéticas* si no temiera cansar á mis lectores, que en su mayor parte conocerán la obra que he citado. Si como hizo la crítica de estas dos obras del P. Angeles, únicas que tenía en su poder, las hubiera visto todas, tendríamos ahora un retrato de cuerpo entero del místico avilés; pero eran tan raras sus obras, que resultaba empresa de muchos años reunirlas, y ha bajado al sepulcro sin saborearlas en el conjunto que ahora se imprimen por su valiosa recomendación.

Habiendo hablado con tanto entusiasmo quien pudiéramos llamar maestro de los maestros españoles ¿á quién sorprenderá que menudeasen en pos de él los panegiristas y admiradores del P. Angeles? Sería imposible recoger en los estrechos límites de una *Introducción* todos los elogios que se le han tributado; pero picaría en injusticia no nombrar á los principales que, adelantándose á sus hermanos de hábito, trabajaron por

ción á sus méritos, que ni con inundaciones de un Amazonas de llantos se podrán borrar sus descuidos en no darle todos los hombres y dineros que necesitaba para poder terminar la *Historia crítico-literaria* de nuestra nación, de la cual *Ideas estéticas*, *Ciencia Española* y las *Antologías* sólo son ricas y fecundas muestras. Todos los españoles tenemos con él deudas que no pueden pagarse; pero los Franciscanos le debemos gratitud y eterno reconocimiento, porque sin él muchos de los hijos que ahora ven entronizados estarían en el sepulcro del olvido. Yo me complazco en confesarlo paladinamente, y después de encomendarle á Dios y á mi Padre San Francisco y dedicarle los sufragios que he podido, depositaré sobre su tumba una flor que no se marchitará jamás, porque es capullo de virtud: me refiero al espíritu de sacrificio con que estando en Madrid atendía á cuantos deseaban consultarle, consagrando tres ó cuatro horas de los domingos á oir y satisfacer á los que necesitaban sus consejos, en vez de tomar el descanso y solaces que necesitaba su vida laboriosa. Por eso yo sin titubear le daría el título de mártir del amor á la patria, y si me pidieran un epitafio le pondría el siguiente: «Aquí descansa Menéndez y Pelayo, español que vivió cincuenta y seis años sólo para sus hermanos, y fortalecido con los Sacramentos de la Iglesia murió como buen católico besando la cruz en 19 de mayo de 1912. R. I. P. A. IN MEMORIA AETERNA ERIT JUSTUS».

(1) *Ideas Estéticas*, t. II, vol. 1.º, siglos XVI y XVII, págs. 138-143. No sólo en esta obra, pero también en la *Ciencia Española*, alaba al místico Descalzo, y careándolo con San Juan de la Cruz, desafía á todas las naciones á que le presenten místicos como esta pareja que España crió en su suelo.

vulgarizar los libros del autor de los *Triunfos*. ¿Quién no ha leído la hermosa y galana *Introducción* con que el doctísimo académico señor Mir convidaba á leer los *Diálogos de la Conquista del reino de Dios?* [1] Después de saludar al autor de este libro como «uno de los teólogos más eminentes de aquella edad, la más gloriosa por la excelencia de sus doctrinas é investigaciones teológicas», dice que en sus diálogos «osténtase toda la grandeza y sublimidad propia de los teólogos españoles de aquel tiempo, no menos que la doctrina mística de la escuela franciscana, unida á la alteza y profundidad de conceptos de uno de los más profundos contempladores de los Misterios divinos que ha habido en España». Y más adelante nos dice que «la sublimidad de su enseñanza, la apacibilidad de su estilo, la viveza de su imaginación, la ternura de sus afectos, la santidad y pureza que destellan de sus páginas nos atraen y como embelesan de tal manera, que sin advertirlo nos identificamos con las ideas y sentimientos que bullían en el pecho de su autor, y aun parece que trabamos amistad con él y nos lo figuramos vivo y presente y como que adivinamos los rasgos de su fisonomía, y ya que no nos sea posible gozar de su conversación y presencia, nos consolamos con el pensamiento de que aquella alma suya tan pura, tan amable y hermosa, vive en la inmortalidad de los bienaventurados, gozando de Dios y ayudándonos con su intercesión en el acatamiento de la Divina Majestad para obrar el bien y ejercitar la virtud y vencer las dificultades y asperezas que se ofrecen en el camino de la vida cristiana» [2]. ¿Qué más pudiera decir el franciscano más encariñado de las excelencias de su Orden que, aunque pobre de bienes temporales, enriqueció la patria con joyas de ciencia y literatura?

Pues no se enardece menos el cura de *Omnium Sanctorum* de Sevilla, que no contento con adoptar al P. Angeles como hijo de aquella ciudad por su educación, arte y estilo, ni con darnos una razonada monografía de los *Triunfos*, cuya dedicatoria allí fechó, rompe lanzas defendiéndole contra Rouselot, y deja sentado que el libro citado es «áureo y singular por la doctrina y estilo angélico que en él campea, desde el principio hasta el fin, sin semejante por su trabazón y claridad, literario y artístico todo él, sin que empañen su limpieza amplificaciones inútiles, tan frecuentes en algunos clásicos y escritores modernos, y alardes vanos de ciencia y palabras. Dios, el hombre, la filosofía antigua y la escolástica, todo sale de su pluma á las mil maravillas: Dios recibiendo la gloria accidental de sus criaturas por el amor, que en todas se halla, y uniéndose al hombre por trazas amorosas las demás, logrando el punto de perfección extremada que puede dar la razón humana» [3].

34. En fin, muy de pasada y como de refilón, alabando á su incomparable hermano el autor de los *Nombres de Cristo*, nos dice el P. Miguélez lo que siente sobre nuestro místico, cuando afirma que «Fr. Luis de León describe con delectación morosa los encantos y atractivos y hermosuras y esplendideces y rozagancias de la natura-

(1) Hizo la reedición estando todavía en la Compañía de Jesús, en Madrid, Nueva librería é imprenta de San José, calle del Arenal, núm. 20, 1885, tamaño en 8.°, de págs. XXVI-412. La Introducción ocupa las V-XIII preliminares. Redujo la portada, abreviándola según el gusto moderno; pero no tanto como la que hizo en Madrid La España Editorial (sin año), que imprimió en un tomo en 12.° dos Diálogos de los diez, con el título de «*El Reino de Dios*, por Fray Juan de los Angeles» en 180 páginas. No sé si en tiempos modernos se ha hecho otra edición. Se anunció una en 1906, pero yo no la he visto.

(2) Ibidem, Introducción, págs. X y siguientes.

(3) *La Mística española ó los Triunfos*, etc., por D. Francisco de Torres y Galeote. Sevilla, 1907, págs. 52 y siguiente.

leza, para llevar y prender el alma á Dios con los lazos de Adán, al revés de San Juan de la Cruz y Fr. Juan de los Angeles, que alardean de prescindir de la naturaleza con el empeño y las prisas que se dan de meter al alma en Dios y á Dios dentro del alma, sin ruidos de imágenes sensibles. Esto será más divino, pero aquéllo es más divinamente humano y acomodado á nuestra manera de ser actual y á las trazas de que Dios se sirve para abrirse paso hasta nosotros, según los destellos y enseñanzas de la revelación» ([1]). Sin entrar en el examen de las afirmaciones que hace el padre agustino sobre la mística de los dos genios ó intérpretes más ilustres de nuestros sentimientos religiosos, yo, por lo que respecta al P. Angeles, sólo sabré decir que el P. Miguélez ni ha leído todo lo que escribió el autor del *Vergel espiritual del ánima religiosa*, ni ha calado bien lo poco que había leído; porque ni prescinde de la naturaleza el que descubre los tesoros que en ella encierra y los medios con que cuenta para lograr el ideal de sus aspiraciones, como lo hace en sus *Triunfos*, ni revela prisas ni empeños el que tratando de la *Conquista* de esa ciudad de la unión con Dios exige en sus *Diálogos* sólo para comenzarla, dos condiciones que suponen muchos años de sudores y fatigas, á saber: «La primera es desterrar de todo punto los pecados de tu alma por la *verdaderísima penitencia*. La segunda, *pelear con doce enemigos* que defienden la entrada deste divino Reino como doce fieros jayanes, los cuales vencidos queda libre para morar en él con mucha paz, guardando empero las leyes que después te daré, que serán pocas y muy esenciales» ([2]). Y porque era buen psicólogo y conocía á fondo el corazón humano, dijo, previniendo las censuras que pudieran hacerse de su sistema de enseñanza, que por el camino de los afectos y aspiraciones «alcanza el ánima unión y transformación en Dios y con Dios, que se llama deificación, no mística (que pertenece más al entendimiento y se halla en pocos y tiene engaños no pocos ni pequeños), sino real y común por vía de voluntad perfectamente conformada y transformada en la voluntad divina con amor perfecto, que hace obrar, aun sin particular luz y conocimiento, todas las acciones en Dios y por Dios; de la cual deificación *todos* son capaces y con facilidad de entendimiento la alcanzan todos, pero no sin grande trabajo y cruz de la voluntad» ([3]).

Y esto baste por ahora, dejando para cuando se publique la *parte segunda* de este tomo ponderar que no le faltan al P. Angeles descripciones arrobadoras de la divina hermosura como atractivo para cautivar las almas en el amor de Dios y de su Hijo Jesucristo. Para entonces quedará también mi juicio y pobre opinión sobre las obras de este místico, porque para darle el lugar y asiento que le corresponde entre los místicos franciscanos y españoles no queda espacio en estos preliminares, ya exorbitantes y harto largos.

35. Añadiré, esto no obstante, dos palabras más para decir á los lectores que la presente edición de las obras del P. Angeles es un desagravio solemne y público de la Orden franciscana en reparación de los descuidos y desatenciones que con él tuvo á raíz de su muerte y en los siglos pasados sin reproducir sus obras tan útiles como instructivas. Por eso miro yo como providencial que, sin pretenderlo, hayan contribuído todas las Provincias seráficas de España á que este tomo saliera con la debida confron-

([1]) *Los Nombres de Cristo*, edición 17, Madrid, 1907. Prólogo biográfico, pág. XLIX.
([2]) *Diálogos de la Conquista*, pág. 52 en este libro, diálogo II, párr. II.
([3]) *Manual de Vida perfecta*, fin del diálogo VI, pág. 262.

tación de textos y ediciones príncipes que tanto avaloran estas reproducciones: la Provincia de Santiago me dejó para copiarlo el *Tratado de consideraciones sobre el Cantar de los Cantares*, y me sirvió, por medio del P. Fr. Atanasio López, las noticias biográficas del Arzobispo de Santiago, amigo del P. Angeles; la de San Gregorio de Filipinas me proporcionó, por conducto de sus dos archiveros de Pastrana, los datos auténticos que doy á conocer sobre el provincialato del célebre místico; la de Cartagena entregóme las tres ediciones que tenía de los *Diálogos de la Conquista;* la de Sevilla me buscó lo que necesitaba del Archivo municipal, y quedóse contrariada por no hallar cuanto esperaba; la de Cantabria me dejó los libros que tenía de nuestro escritor; la de Cataluña me acudió con otros volúmenes raros de coetáneos del P. Angeles, que convenía consultar: el Colegio de Chipiona, enviándome la edición príncipe de los *Diálogos* que debía reproducir, y la mía de Valencia interesándose mis Prelados provinciales en pagar las copias de los libros que sólo se hallaban en bibliotecas públicas, como la *Presencia de Dios* de mil seiscientos siete, en la de la Universidad de Barcelona, y los *Misterios de la Misa*, que me trasladaron del existente en la de San Isidro de Madrid. Agréguese á esto la complacencia con que el Rvmo. P. Fr. Juan Pagazaurtundúa, Vicario General de los franciscanos en España, me autorizó para viajar por Oropesa y pueblos limítrofes para pesquisar noticias y papeles del sujeto aquí historiado, más el interés con que los padres capuchinos Miguel Angel y José María de Elizondo y Celestino Añorbe me dieron á conocer los libros que podrían orientarme para escribir la *Introducción*, y no se tendrá por exagerada mi apreciación de que Dios ha querido honrar á su fiel siervo despertando ahora esa corriente de simpatías, que se trocará en admiración y entusiasmo cuando se conozcan todas sus obras.

El primer propósito fué reproducirlas todas, creyendo que cabrían en un solo volumen; pero pronto me desengañé y vi que era imposible. Consultándolo, pues, con el señor Menéndez y Pelayo, desistí de reimprimir los *Triunfos* porque, bien examinados, la *Lucha espiritual* era una edición abreviada y mejorada de los mismos, donde no faltaba ningún pensamiento importante y tenía añadidos preciosos, como los «Sentimientos admirables de un religioso sacerdote» después de celebrar la Misa; y sólo imprimo los preliminares, que se dejaron en la impresión moderna, y las *Meditaciones*, que no repitió en la *Lucha;* así no habrá sobras ni faltas en esta colección.

También era mi deseo imprimir las obras por orden rigurosamente cronológico: pero impresos los *Diálogos de la Conquista*, pareció prudente hacer una excepción á favor del *Manual de Vida perfecta*, que el autor llama *Segunda parte de la Conquista*, y la necesidad me obligó á hacer otra por no haber hallado la edición príncipe del tradito de la *Presencia de Dios*, el cual fué publicado antes que los *Soberanos Misterios de la Misa*. Además, como el libro sobre el *Cantar de los Cantares* no podía incluirse con los demás, aunque solamente hubiéramos impreso los *Diálogos de la Conquista*, dejé aquella obra para una *segunda parte*, ya que sin ella no pueden conocerse ni los puntos que calza en erudición exegética é histórica el P. Angeles, ni las teorías filosóficas que más le cuadran y complacen.

En fin, se ha seguido en la reimpresión de estas obras la regla prudencial que el Director de la Biblioteca, de acuerdo con los impresores, había tomado como norma ordinaria para la divulgación de obras antiguas: Que de tal manera se respete la morfología de las palabras que se introduzca la ortografía generalmente adoptada por la

Real Academia Española, para que no queden contentos los pocos bibliófilos y descontentos los muchos lectores que quieran comprarlas. Asimismo se han intercalado entre el texto las citas de autores que las ediciones antiguas llevaban al margen, y muchas de ellas corregidas y aumentadas, según podrá comprobarlo el curioso lector.

Muchas cosas hallarán de menos los eruditos en la anotación de estas obras [1], como índice de autores alegados, glosario de palabras que no se hallan en el Diccionario, etcétera, etc. Algunas de estas omisiones son voluntarias, para no hacer el volumen más abultado; otras, porque parece más propio guardarlas para apéndices de la *segunda parte.*

Hasta mañana, pues; digo, hasta que se impriman las obras que faltan de nuestro angélico escritor, haciéndole tres ó cuatro años después del tercer centenario de su muerte el homenaje que sus contemporáneos no quisieron hacerle, como las exequias más dignas de quien consagró la mayor parte de su vida al provecho de los demás.

FR. JAIME SALA. *o. f. m.*

Convento de Santo Espíritu del Monte, por Gilet (Valencia). Mayo de 1912.

[1] Cuando no se advierte otra cosa, las notas que hay son mías, pues las marginales y los ladillos del autor se han conservado dentro del texto: con esta advertencia evito el repetir las iniciales *N. del E.*

APENDICE A LA INTRODUCCION

SERMÓN [1] | QUE EN LAS | HONRAS DE LA CATÓLICA | CESÁREA MAJESTAD DE LA EMPERATRIZ NUESTRA SEÑORA | PREDICÓ EL PADRE FRAY JUAN DE LOS ANGELES, FRAILE DESCALZO DE LA PROVINCIA DE SAN JOSEF, PREDICADOR | DE SU MAJESTAD Y CONFESOR DEL CONVENTO REAL | DE LAS DESCALZAS DE MADRID. EN 17 | DE MARZO DE 1603. *(Sello de los Reyes de España.)* | EN MADRID. | EN CASA DE JUAN DE LA CUESTA. AÑO 1604.

APROBACIÓN

Por comisión del señor doctor D. Francisco de Carvajal, Vicario general desta villa de Madrid y su tierra, he visto el sermón que predicó el P. Fr. Juan de los Angeles, predicador de la sacra y cesárea Majestad de la Emperatriz que está en el cielo, en sus honras; y no hay en él cosa contra nuestra santa fe ni buenas costumbres. Es muy digno de que todos le lean, por tener muy sana y provechosa doctrina, tratada con mucho espíritu y erudición, de que todos se podrán ayudar y aprovechar mucho para el bien y consuelo de sus almas y tomar ocasión de bendecir al Señor de todos, porque en tiempo que su santa Iglesia ha padecido y padece tantos y tan graves trabajos y daños, ha sido servido, por su infinita bondad, de consolarla y animarla con un tan vivo y eficaz ejemplo de toda virtud y santidad, como lo fué toda la santa vida y preciosa muerte de su Majestad, que ya está en el cielo, favoreciéndonos y amparándonos á todos con sus santas oraciones, como siempre lo hizo de todas maneras estando acá en la tierra: y así me parece que se debe imprimir.

En este Colegio de la Compañía de Jesús de Madrid, 17 de Mayo de 1604. *Cristóbal de Collantes.*

LICENCIA

El Doctor D. Francisco de Carvajal, Vicario general de la villa de Madrid y su partido por el ilustrísimo señor Cardenal D. Bernardo de Rojas y Sandoval, Arzobispo de Toledo, mi señor, etc.

Por la presente doy licencia á cualquier impresor para que pueda imprimir el sermón que hizo el P. Fr. Juan de los Angeles en las honras de la Majestad de la Emperatriz, que va escrito en veinte hojas, escritas en todo ó en parte, atento que por mi orden ha sido visto y está aprobado. Fecho en Madrid, á veinte y uno de Mayo de 1604.—*El doctor D. Francisco de Carvajal.*—Por su mandado, *Juan Gutiérrez*, Notario.

[f. 2] *Tunc surrexit Iob, et scidit vestimenta sua, et tonso capite corruens in terram adoravit, et dixit: Nudus egressus sum de utero matris meae, et nudus revertar illuc: Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum* (Iob, I).

Siempre fué dificultoso acertar con el medio en las cosas; y tanto, que no fueran bienaventurados los que lo son si no acertaran con él y le guardaran: *Medium tenuere beati.* Y el otro poeta latino dijo:

Est modus in rebus; sunt certi denique fines
Quos ultro, citroque, nequit consistere rectum.

La virtud está en el medio; y por eso dijo Aristóteles que *versabatur circa difficile.* De cualquiera suerte que os apartéis del blanco, por alto ó por bajo, por un lado ó por otro, erraréis el tiro; porque no hay para él más de un camino, y ese es el medio. Y aunque esto tiene verdad en todas las acciones humanas, tiénela particularmente cuando el que busca el medio está turbado y alborotado: que todavía el quieto y sereno atina mejor con él. El piloto, aunque muy diestro y que con buen tiempo viene derecho al puerto como por estrada real,

[1] Hállase en la Biblioteca Nacional de Madrid, *Sección de Varios*, Cajón 39, Sig. 1-72-26.

en [f. 2.º v.] la tormenta, con la turbación y alboroto, muchas veces pierde el tino y da con el navío á fondo. *Turbati sunt, et moti sunt sicut ebrius*, etc. (Psalm. 106). Y el tirador certero que siempre clava el blanco, si le tiembla el brazo ó hace recio viento, suele dar muy lejos dél. Cada día vemos hombres que, siendo muy atinados en la bonanza, cuando están turbados con pasiones, ora de tristeza, ora de alegría, desatinan y dan, como acá decimos, una en el clavo y ciento en la herradura. Cuál será el medio que se deba tener en las muertes de los que bien queremos, cuando estamos serenos y sesgos muchos lo acertamos á decir; pero cuando da el golpe en nuestra cabeza, muriéndose el hijo único, la mujer, ó el marido, ó la cosa que más se ama, así nos entontece y turba, que no atinamos al medio, ni sabemos moderar el sentimiento. El Patriarca Jacob, con todo su seso, diciéndole que era muerto su hijo Josef, dice la divina Escritura (Génes., 37) que se vistió de cilicio y lloró muchos días; y queriéndole consolar los otros hijos, *noluit consolationem accipere sed ait: Descendam ad filium meum lugens in infernum*, quiere decir: Con este dolor moriré y entraré en la sepultura. San Agustín dice que fueron estas palabras de ánimo turbado, y tan turbado, que le duraron el luto y las lágrimas veintitrés años continuos. David lloró á su hijo Absalón hasta que el capitán Joab le amenazó con el ejército y pérdida de su gente (II Reg., 18, 19). Y al otro hijo Amón (otro que tal) lloró con tanto extremo, que la Escritura lo escribe con una palabra femenina: *Luxit David filium suum multis diebus. Alii cunctis diebus* (II Reg., 3) toda su vida. En el Hebreo, *luxit* es femenino; quiere decir: lloró ella, llaman[f. 3]do mujer á David, siendo hombre de tanto valor, por los extremos que hizo. Solón, uno de los siete sabios de Grecia, oyendo decir que un hijo suyo se había muerto, se dió muchas calabazadas en una pared. Y viendo Tales, otro filósofo, esta demasía, riéndose le dijo: Veis ahí, Solón, por qué yo no me caso. Julio Capitolino escribe de Gordiano, el más viejo, que sabiendo la muerte de otro su hijo se ahorcó. Otros toman el contrario extremo, que se quedan hechos estatuas sin sentimiento de dolor; como escribe Tito Livio (Tito Livio, *Decad. I*, lib. 2) de Horacio Polvilo, que estando consagrando un templo, y diciéndole la muerte de un su hijo, no se alteró más que si no le tocara; solamente dijo: Traigan el cuerpo. Y pasó adelante con su solemnidad. Y el sacerdote Helí, oyendo la muerte de dos hijos juntos, no se turbó poco ni mucho (I Reg., 4). Ambos estos extremos son viciosos de que se ha de huir, y tomar el medio, que tomaron las vacas que llevaban el arca de Dios, que dice la Escritura (I Reg. 6): *Ibant in directum vaccae per viam, quae ducit Bethsames, et itinere uno gradiebantur, pergentes* (sic) *et mugientes et non declinantes neque ad dexteram, neque ad sinistram:* Bramaban los hijuelos encerrados, y oían los bramidos las madres, y bramaban también ellas (que no les quitó Dios el sentimiento de madres), pero caminaban y caminaban derecho y por el medio, porque llevaban la ley de Dios, que no se guarda por extremos. Sentid, en hora buena, vuestro trabajo; pero no os apartéis del medio, ni perdáis de vista el cielo, para donde vais caminando. En la muerte de esta gran señora del mundo, y nuestra, que verdaderamente ha sido tormenta para cuantos aquí estamos y para toda la [f. 3 v.] Iglesia de Dios, andamos todos tan mareados, y tráenos el dolor tan al retortero las cabezas, que no me maravillaré que, no atinando con el medio, demos en extremos. Al fin, ella ha sido tormenta general y un naufragio lamentable de la mayor riqueza que tenía la cristiandad. ¿Qué remedio para no perder el tino en tan grande tempestad? ¿Cómo aseguraremos el brazo, con tan recio viento, para hacer ciertos los tiros? ¿Cómo gobernaremos el timón para no dar al través con nuestro navío en mar tan alterado y embravecido? Séneca dijo bien que en todas nuestras acciones nos asiésemos y amarrásemos al ejemplo de un varón perfecto que hubiésemos conocido y tratado, para imitarle en los casos que se nos ofreciesen de fortuna próspera ó adversa: *Magnorum virorum (inquit) non minus utilis memoria quam praesentia.* En caso, pues, de tanto dolor y trabajo como el que tenemos delante, ¿á cúya memoria podemos asirnos mejor que á la del santo Job, que nos le dió Dios para ejemplo de paciencia?, como lo dice la Escritura hablando de Tobías (Tob., II): *Ut posteris (inquit) daretur exemplum patientiae, sicut et sancti Iob.* Y Santiago dice (Iacob, 5): *Exemplum accipite, fratres exitus mali (id est.* del trabajoso fin) *et longanimitatis et laboris et patientae, Prophetas qui loquuti sunt in nomine Domini. Ecce beatificamos eos, qui sustinuerunt: sufferentiam Iob audistis, et finem Domini vidistis, quoniam misericors Dominus est, et miserator.* El sufrimiento de Job y el fin de Cristo. Nota aquí Santo Tomás que, aunque hubo en todos tiempos hombres de rara paciencia, especialmente hizo Santiago mención de Job y de Cristo; porque [f. 4] la paciencia del uno y del otro fué notable y nunca vista. Y nota también que no dice: Acordáos de la paciencia de Job y de Cristo, sino de la paciencia de Job y del fin de Cristo; para enseñarnos cómo, á ejemplo de Job, debemos sufrir nuestros trabajos y adversidades,

no por respeto de las cosas temporales, sino por las eternas; porque Job tuvo en el fin lo temporal doblado, y Cristo murió desnudo en la cruz, porque sólo aspiró á lo eterno. Al fin, yo he escogido para ejemplo de paciencia, y para moderar nuestro sentimiento tan justo, y tomar el medio tan del gusto de Dios, al pacientísimo Job; porque para el caso presente ninguno he hallado más á propósito. Job era grande entre los orientales y, como quieren los Santos, rey muy poderoso, y su trabajo fué el mayor que se sabe; porque perdió en una hora toda su hacienda, sus criados, sus hijos y hijas, hechos tortilla con la casa á cuestas, y lo demás, hasta quedar en un muladar rayéndose la podre con una teja. Sólo le quedó su mujer viva, para su mayor tormento y desconsuelo, porque hacía burla dél y le afrentaba é inducía á pecar. Nacianceno la llama *Calamitas cumulum*. San Crisóstomo: *Daemonis instrumentum;* que le fuera más alivio llevársela con lo demás que dejársela por enemiga. Digo, señores, que fué grande el trabajo de Job, porque por muchos días tuvo reencuentros y escaramuzas con el cruelísimo demonio, dándole Dios lugar para tentar á su amigo como quisiese. Perdió mucho y padeció mucho y de muchas maneras, como ya dije, en la hacienda, en la honra, en los hijos, en la salud, en los amigos y en la propria mujer; pero final[f. 4 v.]mente fué pérdida y trabajo de uno: uno es el que padece, y uno el que pelea, y el que sufre uno; pero en este caso tan lamentable hace tiro la muerte en esta gran señora del mundo, y deja tan[bien] herido y lastimado todo el mundo. ¡Qué de casas bien proveídas hechas hospitales! ¡Qué de huérfanos sin madre! ¡Qué de viudas sin remedio! ¡Qué de pobres desconsolados! ¡Qué de iglesias solas y religiosos sin abrigo! Todo lo amparaba, todo lo llenaba, de todo tenía providencia y cuidado. ¡Qué soledad tan grande! ¡Qué vacío tan sin reparo! ¡Qué orfandad tan para lágrimas! ¡Qué desamparo tan sin consuelo! Llora, Iglesia, que se te ha muerto la lámpara que mayor luz y resplandor daba á tus hijos; llora, Reino de Castilla, que faltó el muro y defensa contra la ira de Dios; lloremos todos, que se nos ha caído la corona de nuestra cabeza; llore lo Católico de Alemaña, pues se llevó Dios para si la que tantos años sustentó la fe y desde aquí los servía de freno para que no se despeñasen en sus herejías y vicios de libertad. Mas ¡ay!, que si voy discurriendo desta manera perderé el tino y erraré el medio que deseo tomar. Arrimarme quiero á nuestro Job, que como el árbol tierno, para que los recios vientos no lo lleven á una y otra parte, y para que suba derecho, le afirma el hortelano á una estaca, ansí arrimados á este pacientísimo é invictísimo varón sabremos lo que debemos hacer y decir, viendo lo que hace y oyendo lo que dice en su trabajo.

Tunc surrexit Iob, et scidit vestimenta sua, et tonso capite corruens in terram adoravit. Esto hizo, y lo que dijo se sigue: *Nudus egressus sum de utero matris meae* [f. 5] *et nudus revertar illuc. Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum.*

Tunc surrexit. Entonces, luego al punto que le vino la nueva de sus trabajos, se levantó con denuedo y brío de buen luchador; cuando otro cayera desmayado y sin pulsos, se puso él en pie: grandeza y constancia de ánimo, que no sentó en silla, ni se arrojó en la cama, como acá lo hacemos en nuestras tristezas, sino *surrexit.* Es lo que se escribe del justo: *De torrente in via bibet, propterea exaltabit caput:* Beberá del río de los trabajos, mas no desmayará ni perderá su valor, antes levantará la cabeza. Los malos en cualquiera ocasión de dolor desfallecen y dan de ojos. *In miseriis non subsistent.* Un lugar hay de Jeremías (Hierem., 17), divino verdaderamente á nuestro propósito: *Benedictus vir* (dice él) *qui confidit in Domino et erit Dominus fiducia ejus: et erit quasi lignum quod transplantatur super aquas, quod ad humorem mittit radices suas: et non timebit cum venerit aestus, et erit folium ejus viride: et in tempore siccitatis non erit solicitum: neque aliquando desinet facere fructum.* Palabras son esas de grande ponderación y que declaran bien la entereza y gallardía del siervo de Dios, que, acosado de trabajos y la muerte al ojo, ni se turba ni pierde sus sentidos, porque no se arrima ni traba de cosa de la tierra. Llámase el justo *árbol,* no puesto, sino *traspuesto, quod transplantatur.* Porque si está con el cuerpo en el suelo, está con el corazón y deseos en el cielo; está, como el *traspuesto*, insensible á todos los males: que ni le turban, ni le descomponen, ni aun le tocan; tocan al cuerpo, pero no llegan al alma [f. 5 v.]. Piensan los alguaciles de Saúl (I Reg., 19) que echan esposas y grillos á David, y échanlos á la estatua que en su lugar había puesto Michol en la cama y en los pellejos de que estaba vestida; porque el verdadero David ya estaba en salvo, echado por la ventana. *Transplantatum.* No está en sí, sino en Dios, y por eso no le hallan los trabajos: hallan la estatua y los pellejos, que es el cuerpo y cosas temporales, y en ese hacen presa; mas el alma está en salvo. *Et non tanget illos tormentum mortis, visi sunt oculis insipientium mori,* etc. (Sap. 2). ¡Qué espíritu tan elevado el de esta señora, insensible á todas las cosas de sentimiento! ¡Qué de malas nuevas tuvo, y qué entera la vimos en

todas! ¡Qué reportada y en pie! Nunca la vió nadie airada ni turbada, ni de su boca salió palabra descompuesta en toda su vida.

Et in tempore siccitatis: Y en el tiempo de la seca, que es la hora de la muerte; porque allí se seca y marchita todo lo florido y vistoso de este mundo. *Lampades nostrae extinguuntur* (Matt., 25). Lo que luce y hace claros á los mundanos se apaga en este tiempo, *non erit solicitum;* como las vírgenes locas: *Date nobis de oleo vestro... Et ridebit in die novissimo.* Dice la Escritura (Prov., 31) de la mujer fuerte y hacendosa: No se entristecerá en el día de la cuenta, porque hallará su casa muy alhajada y llena de ajuares del cielo: ayunos, limosnas, oraciones y sacrificios; que ésta es la mercadería que se compra en el cielo y que se ha de llevar delante. Como el otro rey, que sabiendo que le habían de desterrar dentro de un año á una isla pobre y sola, envió á ella toda la riqueza de su reino: ¡qué sin miedo y qué sin alboroto [f. 6] esperó la muerte nuestra defuncta! Tal ajuar tenía enviado delante de sí de misas, oraciones, sacrificios, limosnas, etc. La mejor parroquiana que tuvo el purgatorio. *Nec aliquando desinet facere fructum.* No quebrará el hilo de la virtud en ningún tiempo; continuará los ejercicios santos hasta que le ataje la muerte, y en aquella hora les suelen crecer á los justos más los deseos de hacer bien. *Sic*, hasta la última boqueada estuvo dando frutos de vida eterna. Fué su vida lisa, igual, ordenada y á un peso en todo género de bondad. Señores oyentes, mirad que es buena esta doctrina para vuestros trabajos, en los cuales conviene que pongáis vuestra confianza en Dios, y que perseveréis en su amor, aunque se levante el mismo infierno á ofenderos y derribaros. Oid lo que dice á este propósito el Sabio (Eccle., 10): *Si spiritus potestatem habentis ascenderit super te, locum tuum ne dimisseris, quia curatio faciet cessare peccata maxima.* Si el espíritu maligno, con poder de Dios, te maltratare como al santo Job, tente firme, á pie quedo, no te haga perder tierra: que el azote sufrido con constancia y paciencia te curará de muchos y grandes pecados. *Tunc surrexit.* Buen soldado, que no le acobardan ni derriban los trabajos, antes le esfuerzan, le animan y le ponen en pie, estando en la bonanza asentado. Y puesto en pie ¿qué hizo?

Scidit vestimenta sua en señal de tristeza y dolor; mostró el sentimiento y congoja de su corazón como lo hacéis acá con vuestros lutos y capirotes negros. Desta ceremonia está llena la Escritura, y fué costumbre de los lacedemonios y de los [f. 6 v.] griegos y romanos, como lo afirma Herodoto y otros muchos autores, rasgar el vestido en semejantes ocasiones. Digo que se pueden y deben sentir las muertes de los que bien queremos, y que es bien mostrar este sentimiento con lágrimas y lutos y otras cosas. Que estar serenos y sin sentido en los azotes que Dios envía, vicio es que los Santos llaman *stupor*, ó insensibilidad ó indolencia; vicio que profesaban los estoicos, contra quien escriben San Agustín y Lactancio. Y San Pablo lo cuenta entre los pecados de los romanos: *Sine afectione* (Rom., I), que no se enternecían en los trabajos y miserias de sus prójimos y amigos. La palabra griega significa afectos de parentesco. Decían que la necesidad del pariente se había de remediar, pero no sentirse. Por eso usaban dar á los que habían de justiciar y poner á cuestión de tormento vino conficionado con mirra y otras cosas que privan de sentido; como lo hicieron con Cristo, que le ofrecieron en la cruz vino mirrado, *et cum gustasset, nolluit bibere* (Matt., 27). Enseñándonos con esto que se han de sentir los trabajos venidos por la mano de Dios, porque los envía para eso. *Quoniam tu laborem et dolorem consideras ut tradas eos in manus tuas.* Por esta razón veda el Sabio el vino de alegría en tiempo de borrasca: *Ne intuearis vinum cum flavescit quando splendet in vitro color ejus*, etc. (Prover., 5). Porque entre otros males que nos hace, es uno volvernos insensibles á los azotes de Dios. *Vulneravit me* (dice un tomado deste vino) *et non sensi: percusserunt et non dolui.* Claro está que el justo dolor en las adversidades, no sólo no es contra la virtud de la fortaleza, antes es parte della: como lo [f. 7] dice San Ambrosio, tratando de la tristeza de Cristo en el huerto: de quien Isaías: *Desideravimus eum virum dolorum et scientem infirmitatem* (Esai., 33). No es fuerte el que se queda atónito é insensible cuando Dios le azota, sino estoico impertinente, que nuestro Job *scidit vestimenta sua*, declarando su pena y también su valor; porque esta ceremonia de rasgar el vestido uno y otro significa. Fué como si dijera al demonio: No pienses que me has rendido con quitarme la hacienda y ponerme en tan grande aflicción como lo es ésta en que agora estoy; ánimo tengo para más y mayores trabajos. ¿El vestido me has dejado sano? vesle ahí hecho pedazos y roto por mi Dios. Contigo las quiero haber desnudo, como buen luchador, etc. Que la costumbre de los justos es ayudar contra cuerpo á quien los persigue. No sólo reciben con buen ánimo los azotes de la mano de Dios, sino que ellos se toman otros de su voluntad. *Ego autem cum mihi molesti essent induebar cilicio. Humiliabam in ieiunio animan, et oratio mea in sinu meo convertetur.* Y lo que tiene más de dificultad y de merecimiento, que *quasi proximum, et quasi fratrem*

nostrum sic complacebam. A los que me perseguían servía y procuraba agradar como si fueran amigos. *Quasi lugens et quasi contristatus, sic humiliabar.* Amortajábame, y lloraba sobre mí como se llora sobre los muertos. *Sic Iob* (Iob, 16), afligido de Dios, desnudo y lleno de lepra, en lugar de aceites y holandas para untar y envolver su cuerpo llagado, dice: *Saccum consui super cutem meam, operui cinere carnem meam.* Al fin el desnudarse arguye valor y obediencia, porque se prepara para más azotes, echando [f. 7 v.] ropa fuera y descubriendo sus carnes. *Quoniam ego in flagella paratus sum.* Como el hijo que conociendo su culpa se despoja y dice á su padre que le azote.

Et tonso capite. También esta es ceremonia de tristeza, como consta de muchos lugares de la Escritura (Esai., 15; Hier., 7; I Esdras, 9; Ezechiel, 24; Mich., I). Y aunque tiene otras significaciones, s[*cilicet*] de alegría (Genes., 41): de servidumbre y captiverio (I Reg., 10; I Paralip., 19); de honra y de dignidad (Baruch., 6); de fortaleza y ánimo intrépido (Ambrosio, lib. 6; Exam. y Plutar., *in Theseo)*; de voluntaria muerte, como lo afirman muchos autores profanos, etc., principalmente significa dolor y tristeza, como en este lugar. Sino es que digamos que el santo Job tuvo delante de sus ojos todas estas significaciones cuando se rayó los cabellos de la cabeza, para con una ceremonia dar á entender muchas cosas juntas, de que no trataremos agora por la brevedad del tiempo.

Corruens in terram adoravit: Raída la cabeza con una navaja, se arrojó en tierra, y adoró; reconoció el gran poder de Dios en este su trabajo, y el fin que tenía en enviársele; y postróse para adorarle, como agradecido. Y aunque no dijera que adoró, la postura lo dice: que la palabra hebrea *Sachach*, que significa adorar, propriamente significa encorvarse y humillarse. Pero dejemos esto, y sepamos á quién adoró, porque no lo dice el texto. *Et corruens in terram, adoravit.* Lo llano es, y á que todos asentiremos fácilmente, que adoró á Dios: lo dificultoso y cuesta arriba es lo que yo diré: Que adoró la tribulación y el azote de Dios que veía venir sobre sí [f. 8]. Como los niños que puestos de rodillas besan el azote con que los azotan sus maestros. Porque si queremos filosofar como cristianos, el trabajo con que nos visita Dios es una custodia en que Él mismo viene y se nos entra por nuestras puertas para hacernos compañía. *Cum ipso sum in tribulatione* (Psalm. 60); como se puede ver en la prisión del santo mozo Josef, de que haciendo mención la Escritura dice de Dios: *Descenditque cum illo in foveam et in vinculis non dereliquit eum.* Estuvo Dios preso con su amigo, los pies en los grillos y las manos en las esposas. ¿Pudiérase adorar aquella cárcel y aquellas prisiones, estando Dios allí encarcelado y aprisionado? Muy bien. ¿Y el horno de Babilonia (Daniel, 3) cuando los niños estaban en medio de sus llamas y Dios en su compañía? También. ¿Y la zarza que vió Moisén en el desierto, bañada de fuego, que significaba las aflicciones de los hijos de Israel en Egipto? ¿Por qué no, si estaba el mismo Dior enzarzado en ella? A Moisén que se quiere acercar á la zarza, le dicen: *Moyses, ne apropies huc.* Pídenle que reverencie los trabajos, que los respete y honre, que está Dios en ellos. Contando David (Exod., 3) los beneficios de Dios hechos á su pueblo, dijo: *Quem redimisti tibi ex Aegypto, gentem et Deum ejus* (II Reg., 7). A ellos y á ti con ellos. *Sic Vatablus. Quasi dicat:* Tan afligido estabas tú como ellos, y tan cautivo, viendo su aflicción y cautiverio. Al fin, está Dios con el atribulado y quiere ser adorado pecho por tierra en la tribulación. ¿No adoramos la custodia del santísimo Sacramento, aunque no vemos el Sacramento? Pues ansí debemos adorar la tribulación; porque viene Dios en ella [f. 8 v.], aunque no le vemos, y aunque sea procurada por los demonios, como la del santo Job. Y no falta quien diga que el postrarse Cristo en el huerto (Mat., 26) fué para adorar el cáliz amargo de la pasión y muerte que el ángel le traía del cielo. A lo menos á San Pedro reprendió algunas veces, sobre quererle estorbar esta bebida, hasta llamarle Satanás. *Calicem quem dedit mihi Pater, non vis ut bibam illum?* ¿Viéneme Dios á ver y téngole de dar con la puerta en los ojos? Digo, señores, que sintáis vuestro trabajo, y que lloréis, y que hagáis demostraciones dél con los lutos y túmulos, y con rasgar las vestiduras y raeros la cabeza, si fuere menester; pero no perdáis el ánimo ni mostréis cobardía mujeril, sino con denuedo y brío sufrid y adorad con humildad á Dios, que viene en esa su custodia, y oid lo que dice nuestro Job, en esta postura tan humilde: *Nudus egressus sum de utero matris meae, et nudus revertar illuc: Dominus dedit. Dominus abstulit; sit nomen Domini benedictum.* Este es uno de los frutos de la tribulación: hacer al hombre filósofo. De Diógenes cuenta Plutarco que cuando lo desterraron dijo: Agora comenzaré á filosofar. Y de Zenón, que hundiéndosele un navío en que llevaba sus riquezas, dijo: Yo te lo agradezco, fortuna, que me has vuelto á la vida de filósofo. Sucede lo que en el peso, que cuanto más se pone de carga en una balanza tanto más se levanta y sube la otra. Cuanto más se carga con trabajos el cuerpo, tanto más el alma se levanta á Dios por contemplación. Abre la tribulación camino

para la sabiduría (Esai., 26). *Vexatio dat intellectum... et in angustia requisierunt te, in tribu*[fol. 9]*latione murmuris doctrina tua eis* (Eccle., 7). *Melius ire ad domum luctus*, etc. Verifícase esto aquí admirablemente; porque la primera sentencia es alta, y más alta la segunda, y mucho más la tercera, y la cuarta se pierde de vista. La primera enseña la naturaleza; la segunda es de justicia; la tercera procede de amor; la cuarta engrandece á Dios.

Nudus egressus sum, etc.: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver allá. Quiere decir: Estos bienes exteriores que nos administran la vida no son nuestros, sino prestados y concedidos para el uso en tanto que vivimos aquí; por lo cual no nos es lícito, partiéndonos para otra tierra, llevarlos con nosotros. Desnudos entramos, desnudos habemos de salir. La razón lo dice y la experiencia lo enseña. ¿Qué diríades de un mozo de cocina que le mandó vestir su señor de gentil hombre para un recibimiento, si acabado le mandase quitar aquel vestido de gala y volver á su cocina, y él se enojase y se diese por agraviado? Que era un grande necio y aun injusto, como lo dice Séneca (Séneca, *in Consolat. ad Poleb.*, cap. 3). *Si quis (inquit) pecuniam creditam soluisse se moleste ferat, eam praesertim, cuius usum gratuitum receperat, nonne injustus vir habebitur? Cogita iucundissimum esse, quod habuisti, humanum est quod perdidisti.* Quando vos vais de camino y entráis á comer ó dormir en una venta, ninguna pesadumbre os da dejar á la partida la cama y la lumbre que hallastes en ella, porque sabéis cierto que como entráis habéis de salir. *Et nudus revertar illuc.* Aquella partícula *Et* dicen [f. 90 v.] algunos que tiene fuerza de ilación, como aquella del Génesis (3): *Vocem tuam audivi in paradiso (et)* I. [*id est*] IDEO *timui et* I. PROPTEREA *abscondi me. Et illud* Esai., 43: *Ex quo honorabilis facta est in oculis meis ego dilexi te (et).* I PROPTEREA *dabo homines pro te.* La misma consecuencia hace aquel lugar de San Pablo (I Timot., 6). *Nihil intulimus in hunc mundum, haud dubium quia neque auferre quid possumus. Et illud* Eccles., 5: *Sicut egressus est nudus de utero matris suae, sic revertetur. Quomodo venit, sic revertetur:* Como entráis en el mundo habéis de salir dél. Lo cual se verifica ansí del pobre como del rico, y del plebeyo como del Rey, y del Papa como del que no tiene capa, porque á todos nos mide Dios con una misma vara: como el mercader el sayal y el brocado. *Aequo pulsat pede Regumque turreis pauperumque tabernas. Aequat omnes civis* (dice Séneca). No hay distinción en la muerte, ni en el nacimiento; desnudos nacemos todos, y desnudos morimos. La distinción anda en la vida.

Et nudus revertar illuc. Esta palabra *illuc* ha dado qué entender á los comentadores deste lugar, porque parece que hace relación del vientre de la madre que parió á Job. Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá, *scilicet*, al vientre: y no es assí, ni puede ser. *Nunquid potest in ventrem matris suae iterato introire... et... renasci?* (Ioan., 3). Quiere decir: Es cosa imposible, *quod patet ad oculum*, que si mi madre es muerta no me puede recibir en su vientre. San Juan Crisóstomo piensa que en ambas partes se llama madre la tierra: lo cual aprueba Santo Tomás por[f. 10]que la materia para la formación del hombre administró la tierra (Genes., 2: et Genes., 3) Se le dice al hombre: *Primo donec revertaris in terram de qua sumptus es quia pulvis es et in pulverem reverteris.* Al fin es cosa muy usada en las Santas Escrituras llamar nuestra madre á la tierra, y á la sepultura vientre. Y advierte Macrobio (Macrob., lib., c. 12) que hasta que el niño, cuando nace, toca en la tierra no llora, que la tierra le da la primera voz, ó la almohada ó faldas que suplen en aquel punto la vez de la tierra. Sino decimos que nuestro llanto primero es porque nos arrancan de nuestra madre la tierra, la cual en la muerte nos recibe en su vientre para volvernos á parir á vida inmortal. Y fué costumbre antiquísima poner los niños en naciendo sobre la tierra desnuda, para que reconozcan á su madre (Auctor est Varro, *apud Marcial.*, lib. 2 *de ritis Patrum:* et lib. 2 de *Lingua lati.*, et August., lib. 4 *de Civit.*, capítulo 10). Y Séneca, Plinio y Macrobio hacen particular mención desta ceremonia. Y el Sabio, hablando de sí mismo, dice (Sap., 7): *Ego natus accepi commumnem aërem et in similiter factam decidi terram.* Y por ventura tomaron de aquí los trogloditas enterrar sus muertos en la misma forma que estamos en el vientre de nuestras madres, que es metida la cabeza entre las rodillas. Yo digo que aquellas palabras: *Nudus egressus sum ex utero matris meae* se entienden de la madre que en particular parió á Job; y las segundas de la tierra que recibió. De manera que aquel *illuc* no haga relación del vientre de la madre, sino de la sepultura [f. 10 v.] que le es muy semejante. A lo menos en lo que él dice: en la desnudez, que como salimos del un vientre entramos en el otro, como ya probamos. Y es muy conforme á esta interpretación lo que dice el Sabio (Eccl., 40). *Iugum grave super filios Adam, a die exitus de ventre matris eorum usque in diem sepulturae in matrem omnium.* El primero vientre es el de la madre que nos sacó á esta luz. El segundo es la sepultura, que es el vientre de la tierra, que como madre de todos nos recibe y guarda cuando dejamos la luz. Al fin es

tan parecido el vientre en que andamos los nueve meses con la sepultura, que de una manera y con unas mismas palabras habla la Escritura del uno y del otro. *Introibunt in inferiora terrae, id est in sepulturam* (Psalm. 62). *Non est occultatum os meum a te quod fecisti in occulto et substantia mea in inferioribus terrae, id est in ventre matris meae fecisti in fonte: pinxisti* (Psalm. 138). Hermoseaste allá sin testigos, á solas y en lo secreto del vientre. *Sic interpretantur multi illud: Descendit in inferiores partes terrae, id est in ventrem Virginis Mariae* (Ephes., 4). *Sicut fuit Ionas in ventre ceti*, etc. (Matth., 12).

Algunos quieren que la partícula *illuc* esté sin antecedente, y si le tiene, le tenga en la mente de Job, y sea la gloria ó el mismo Dios; y parece bien considerado esto, porque si postrado adoró, Dios es con quien habla, y á Dios le dice esta razón: *Nudus egressus sum* (S. Clem., *in Cant.*). Quiere decir: ¿Qué se me da á mí desta desnudez, si tengo de volver á vos y entrar en vuestro cielo, adonde no hacen falta los [f. 11] vestidos y riquezas de acá? ¡Ay, cristiano! si la vuelta es para Dios, ¿para qué te cargas de lo que no quiere ni estima Dios, ni es posible llevarlo contigo? ¡Qué cargado va el erizo de manzanas á entrar por la puerta angosta de su cueva, por donde salió sin carga; y qué burlado se halla cuando llega y ve que le es forzoso dejar la carga, porque no puede entrar con ella (Psalm. 48), y más si le coge allí de manos á boca el hortelano con el hurto! *Quoniam cum interierit non sumet omnia, nec descendet cum illo gloria ejus.* ¿A dónde vais, erizos cargados? ¿no sabéis que entrastes desnudos y que habéis de salir desnudos? Todo esto nos enseña la experiencia y razón natural. Lo segundo sube algo más, porque se hace materia de justicia: *Dominus dedit, Dominus abstulit.* El Señor de todo es Dios; Él lo da y Él lo quita quando le parece; porque, dándolo, se queda siempre con el señorío. Lo cual echaréis de ver en que no pide licencia para llevaros la hacienda, ó la mujer, ó el hijo, ó los demás bienes que tenéis. Todo es al quitar, y seréis muy necio si os quejáis quando os quitare lo que os dió prestado (Eccl., 11). *Oculus Dei* (no la fortuna ciega) *respexit illum in bono* (para hacerle bien y enriquecerle) *bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas, a Deo sunt.* Todo lo da su ojo, *id est* su providencia que todo lo ve y contempla. Que ansí dijo el otro poeta, ojo de providencia sempiterna (Esai., 45): *Formans lucem et creans tenebras, faciens pacem et creans malum. Ego Dominus faciens omnia.*

Dominus dedit. Esta fué una saeta que atravesó [f. 11 v.] el corazón de Satanás; porque siendo él el que movía esta persecución y le tenía en tanta pobreza y miseria, no quiere confesar que le ha quitado ni un solo cordero. *Dominus dedit, Dominus abstulit.* En el Hebreo está: *Iehová dedit, Iehová abstulit.* La fuente del sér, el Océano de las misericordias me lo dió, al mismo Océano se lo vuelvo (Eccl., 1). *Ad locum, unde flumina exeunat, revertuntur ut iterum fluant.* Sacamos de aquí, que lo que Dios da Dios se lo lleva; que lo mal ganado (que lo da el demonio) nunca se logra, ni lo lleva Dios, sino el mismo demonio lo desperdicia y hunde. Este es mi consuelo y debe ser el de todos en esta tan grande pérdida. Dios nos dió prestada esta nuestra gran señora; Dios nos la llevó sin hacer caso de tantas oraciones y lágrimas, con tanto amor por su Majestad derramadas. Por regalar á Castilla con su presencia castigó á Alemaña, quitándosela: y agora castiga á todo el mundo con su muerte; que castigo es llevarse los justos, y muy justo el llorarlos cuando nos los quitan: y quitánnoslos muchas veces porque no los estimamos como es razón. *Sic Isai: Viri misericordiae colliguntur quia non est qui intelligatur a facie malitiae collectus est justus. Veniat mors requiescat in cubili suo qui ambulavit in directione sua.* El justo se va á descansar cuando muere, y nosotros quedamos para padecer y llorar nuestro desamparo. Del Papa Gregorio XIII se dice que, viendo la determinación del rey don Felipe II, nuestro señor, en traer consigo á su santa hermana, dijo con grande [f. 12] sentimiento: Agora echo de ver claramente que está Dios enojado con este Imperio, pues le quita el muro que le defendía de su ira.

Dominus dedit. No nos pudo dar otro que Dios tan gran tesoro, ni nos lo pudo quitar sino Dios. *Qui aufert spiritum Principum, terribilis apud Reges terrae.* Y quítanosla para su Corte y palacio sacro, lo cual se puede creer así, porque verdaderamente era su Majestad toda de Dios. ¡Qué pureza de alma la suya! Tanto temía á Dios, que reparaba más en cometer un pecado venial que otros en hacer muchos mortales. En su presencia ninguno se atrevía á murmurar poco ni mucho, porque era inimicísima de la murmuración. ¿Qué diré de su humildad en tanta grandeza? Pienso cierto que fué más humilde que grande: mirad que tan humilde sería, pues fué la mayor señora del mundo. Estuvo la humildad en su Majestad como en su centro, porque esta virtud se asienta en corazones reales. En el principio del mundo tuvo lugar en los ángeles que quedaron en pie, haciendo contra los soberbios apóstatas la causa de Dios; y no tuvo su punto hasta que el mismo Dios se hizo hombre y se humilló á la forma de siervo, hasta la muerte de

cruz: asentóse y tomó la posesión del corazón de Cristo. *Quia mitis sum et humilis corde* (Matth., 11). Y de aquí quedó divinizada y se llamó virtud regia. Así la llama San Pablo: *Ut inhabitet in me virtus Christi, id est humilitas*. Digo que pide para su morada corazones reales cual el de su Majestad la Emperatriz nuestra [f. 12 v.] señora, que parece haberla criado Dios aposta para morada desta virtud, lo cual pudiera probar en muchos casos, por todo el discurso de su vida: pero diré cuatro de que hay muchos testigos en el auditorio. Consideremos lo primero la humildad del entierro y del hábito en que se enterró de pobre de Santa Clara, y en un ángulo del claustro, junto á las otras monjas difuntas, y no quiso sino una losa llana sobre su sepultura. Lo segundo, lo que cuentan las Religiosas deste santo convento, que iba su Majestad muchas veces á vísperas con ellas, y no quería que le pusiesen asiento particular: asentábase en una silla del coro, y mandaba que no la llamaran Majestad, sino *Soror María*. Lo tercero, la petición ordinaria con que importunaba á Dios que nadie hiciese caso della, ni se acordasen que estaba en el mundo, que es de las cosas que no se hallan todas veces, no digo yo en los reyes, sino en los que visten jergas y sayales. Lo cuarto, que estando ya para expirar, mandó al señor Obispo de Cepra, su confesor, que pidiese perdón por su Majestad á sus criados; tanto era el amor que les tenía y la llaneza con que los trataba. Pues ¿qué diré de su caridad para con todos? ¿qué de su piedad para con los pobres y necesitados? Fué tanta, que muchas veces se adeudaba y empeñaba para dar limosnas. Y en esta materia más pareció pródiga que liberal, especialmente con las ánimas de purgatorio, de quien era devotísima. ¡Qué blandura de condición! ¡Qué paciencia en los trabajos! ¡Qué [f. 13] llaneza con sus inferiores! ¡Qué devoción y respeto á las Religiosas y á los Religiosos! Si le parecía que uno era santo, le quería meter en las entrañas, y trataba con él como con su igual. Deseó mucho que nuestro Señor le diese una hija monja, y dándosela conforme á su deseo, la amó con tanta ternura cual nunca se vió en el mundo; tanto, que estando con la candela en la mano andaba buscando la de su Alteza con los dedos que le quedaban libres, para consolarse en aquella hora sintiéndola junto á sí. Las joyas que trajo de Alemaña fueron muchas doncellicas que metió monjas en diversos monasterios. En la oración y lección espiritual nunca faltó hasta que perdió la vista; lo cual sintió mucho su Majestad, por no poder leer libros espirituales. Y solía quejarse á mí y á otros Religiosos de que cuando consideraba algún misterio la fatigaban pensamientos importunos y no podía estar tan atenta como deseaba. Del sacrificio de la Misa no se puede decir cuán devota era y las que mandaba se le dijesen por año. ¿Pues de nuestra Señora? En viéndose en alguna necesidad, enviaba peregrinos á sus casas, y solía decir muchas veces: Muy bien me va con nuestra Señora. Y si queremos levantar un poco la consideración á la divina Providencia, es sin duda que vino esta sacratísima Reina del cielo en su imagen de Atocha por su Majestad, para pagarle en la muerte los servicios que le había hecho en vida. ¡Qué deseos tenía de padecer por Cristo! ¡Qué despre[f. 13 v.]cio de la vida! ¡Qué paz tan grande en la hora de la muerte! No parece que murió, sino que se echó á dormir. Muy cercana á su fin dichosísimo, dijo que quisiera poder mucho con Dios en aquella hora para pedirle que nadie la llorase ni sintiese su muerte, etc. De Pío V, Pontífice santísimo, sabemos que teniendo entera noticia de los servicios que su Majestad había hecho á Dios en Alemaña. amparando la fe y defendiéndola con tantos riesgos de la vida; y de muchas obras maravillosas y de piedad en que se ocupaba, dijo que para canonizarla no tenía él necesidad de otra información, si la alcanzare de días. Luego *Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est*. Esta es la razón de más consuelo para un alma atribulada que se puede hallar. Eso basta para apaciguar el corazón, aunque suban las olas de los trabajos hasta el cielo.

Sicut Domino placuit, etc. Palabra de amor. Quiere decir: Aunque fuere señor y dueño de todo lo que me ha quitado, bastara para que yo me consolara saber que es gusto suyo; porque no tengo otra voluntad ni otro querer que la voluntad y querer de mi Dios. Gran cosa y de gran mérito negar mi voluntad porque se haga la de Dios; y vanos todos vuestros ejercicios. por santos que parezcan y costosos que sean. si se encuentran con ella. ¿Quiere Dios que curéis al enfermo y estáis royendo santos toda la mañana, dejándole padecer? ¿Quiere le sirvais Religioso, y vos queréisle servir casado? [f. 14] ¿Llámaos á la oración, y vos acudís a las obras exteriores que no os tocan de oficio? ¿Sois casada, y dejáis hijos y marido por andaros de sermón en sermón y de confesonario en confesonario? Teneos por dicho que no se agrada Dios de eso, ni está obligado á pagaros tales servicios. Como si mandásedes á un platero que os labrase una pieza de esta ó de aquella forma, y él la hiciese de todo en todo diferente, ¿tendríades obligación á pagarle la hechura? No por cierto; ni Dios á premiaros las obras hechas á vuestra voluntad, y no conforme á la suya. Estrabón cuenta que en la Isla Palmosa

se cría mucho hierro; pero en ella misma con ningún fuego se puede ablandar ni labrar, y sacado de allí se hacen dél cosas tan primas como de plata. Esto mismo siento yo de nuestra propria voluntad; que en la tierra donde nace, que es nuestra carne, es cruda y dura y malvada; pero sacada desta tierra y trasplantada en Dios, es una cosa blandísima y en que obra Dios sus grandes maravillas. Arrancad de vos el hierro de vuestra voluntad, y pasadlo a la de Dios, y veréis las grandezas de su poder. *Humilia te Deo*, decía el Sabio, *et expecta manus ejus*. ¡Oh qué gran tesoro un alma sin voluntad! Es material muerto, adonde no hay resistencia para las manos de Dios. *Domine, quid me vis facere?* (Acto., 9). Puso su voluntad en las manos del Señor, y dejóse labrar como si estuviera muerto. *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* (Lucae, 1). Dios me libre de materiales vivos, que cuanto se labra en ellos se cubren y pierden las fi-[f. 14 v.]guras que les da el artífice en pocos días; como le sucede al jardinero con el brótano y murta, que lo que hoy hizo halla deshecho mañana. ¿Qué aprovecha poner Dios las manos en vos, para labraros y hermosearos, si vos estáis vivo y resistiendo y creciendo en sus mismas manos?

Sicut Domino placuit, ita factum est. A la fuente acude; no le parece que es acaso este trabajo, ni por sola malicia y autoridad del demonio, sino ordenándolo y disponiéndolo así Dios para gloria suya y para provecho de su siervo. Y á fe mía que es esta una consideración tan importante, que quien la tuviere en sus trabajos no pierda la paciencia ni se queje de nadie por males que reciba de Él. San Gregorio Nacianceno, en la Epístola 61, daba gracias á Dios, ansí en las cosas prósperas como en las adversas. ¿Y la razón? *Quandoquidem* (inquit) *illud exploratum habeo, nihil rerum nostrarum apud summam rationum expers rationis esse.*

Sicut Domino placuit. Si ha sido voluntad y gusto de Dios, no puede dejar de ser en mi provecho, ni contra razón lo que procede de la suma razón. *Ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante[te]*. Esto es lo que saca Dios de los trabajos de los justos: gloria, honra y cantares de alabanza. *Qui cantare facit carmina in nocte.* ¿Qué se me da á mí que alabéis á Dios cuando os regala si cuando os azota y envía algún trabajo estáis impaciente como un demonio? [f. 15]. *Confitebitur tibi cum benefeceris ei* (Psalm. 15). La firmeza del amigo, en la tribulación se conoce y descubre. *Tribulatio patientiam operatur*, etc. *Magnificabitur ergo Dominus*, decía San Pablo, *in corpore meo sive per vitam sive per mortem:* Será mi Señor engrandecido en mi cuerpo, así en la vida como en la muerte; porque en la vida padezco por su nombre muchos trabajos y ando errado como esclavo con ellos, gloriándome de padecerlos por Él. *Ego enim stigmata Domini in corpore meo porto:* azotes, prisiones y persecuciones; y en la muerte porque tengo de dar con ella testimonio del amor con que le sirvo. Honra del que vende el diamante finísimo que le prueben y den golpes; y del mismo diamante, que por este medio se descubre su fineza y valor.

Sit nomen Domini benedictum. Advierte aquí un Sabio, y bien por cierto, que fué sobre apuesta este trabajo de Job entre Dios y el demonio: Dios, que no le haría blasfemar; y el demonio que sí. Da, pues, golpes el demonio, y sale Job con palabras de paciencia y obediencia, y queda la verdad de Dios bendita y alabada.

Sit nomen Domini benedictum. Y no entendáis por lo dicho que sólo se trata de la gloria de Dios en vuestros azotes y persecuciones, sino también de vuestro provecho, que por aquí ganáis más que por otro camino. Theophilacto, declarando aquel lugar de San Pablo (ad Philip., I, 29): *Quia vobis donatum est pro Christo, non solum ut in eum credatis, sed ut etiam pro illo patianimi*, dice que nos hace Dios mayores mercedes enviándonos tra[f. 15 v.]bajos y ocasiones de padecer por Él, que haciéndonos regalos hasta arrebatarnos al tercero cielo. Porque recibiendo favores le quedamos debiendo, y sufriendo por su amor trabajos le hacemos nuestro deudor. Por lo cual no sólo no nos habemos de quejar en ellos, sino darle gracias y bendecirle, ofrenda que Él recibe de muy buena gana. *Deferetur munus a populo divulso et dilacerato.* El alma atribulada y hecha pedazos esa es la que lleva ofrendas de alabanza ante Dios, y la que es siempre bien recibida. En este tan grande golpe que á todos nos ha atribulado, el único consuelo es este: *Sicut Domino placuit, ita factum est.* ¿Ha sido la voluntad de Dios? ¿Halo querido su Majestad? *Sit nomen Domini benedictum.* Y esta ha de ser nuestra canción ordinaria: Sea el Señor bendito y glorificado. ¿Su voluntad se ha hecho? Esa es la nuestra. Y esta conformidad en tal ocasión sea nuestro sacrificio. Ofrezcámosle á Dios muchas veces (que muy buena ofrenda es) para bien de la difunta, para provecho nuestro y gloria suya, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

Sub correctione sanctae Matris Ecclesiae.

TRIUNFOS DEL AMOR DE DIOS

OBRA PROVECHOSÍSIMA PARA TODA SUERTE DE PERSONAS
PARTICULARMENTE PARA LAS QUE POR MEDIO DE LA CONTEMPLACIÓN DESEAN UNIRSE Á DIOS

COMPUESTO POR EL PADRE

FRAY JUAN DE LOS ÁNGELES

PREDICADOR DE LA PROVINCIA DE SAN JOSEF DE LOS DESCALZOS

DIRIGIDO Á ANDRÉS DE ALBA, SECRETARIO DEL REY NUESTRO SEÑOR Y DEL SU CONSEJO DE GUERRA

(Grabado en madera que representa á Jesús crucificado, con la Virgen á la derecha y San Juan á la izquierda.)

Con privilegio. En Medina del Campo, por Francisco del Canto. M. D. XC.

APROBACIÓN

He visto este libro que se intitula *Triunfos del Amor de Dios*, compuesto por el Padre Fray Juan de los Ángeles. Y no sólo es su doctrina católica y conforme á las verdades de la fe evangélica; pero está muy rica de espíritu y será ciertamente provechosísima para las personas que desearen servir con gran fervor á Nuestro Señor, allende que tiene mucha erudición, y en ambas cosas muestra ser muy aventajado su auctor.

Dada en San Felipe de Madrid, último día de Febrero de 1589 años.—*Fray Gabriel Pinelo, Prior.*

ERRATAS

Vi este libro intitulado *Triunfos del Amor de Dios*, y con las enmiendas [58] que lleva sacadas está bien y fielmente impreso y concuerda con su original. En Valladolid á 10 días del mes de Diciembre de 1589 años.—*Doctor Alonso Vaca de Sanctiago.*

PRIVILEGIO

Por cuanto por parte de vos, Fray Juan de los Ángeles, predicador de los frailes descalzos de la provincia de San Josef, nos fué hecha relación que vos habíais compuesto un libro intitulado *Triunfos del Amor de Dios*, con una Epístola espiritual, en lo cual habíades puesto mucho trabajo y estudio, y entendíades que sería de mucho provecho para las almas, y nos pedístes y suplicastes os mandásemos dar licencia para que vos, y no otra persona alguna, lo pudiésedes imprimir, y privilegio por veinte años ó como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los de nuestro Consejo, y como por su mandado se hizo en el dicho libro la diligencia que la pragmática por Nos últimamente hecha sobre la impresión de los dichos libros dispone, fué acordado debíamos mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón, é yo túvelo por bien, por la cual vos damos licencia y facultad para que, por tiempo de diez años cumplidos, que corran y se cuenten desde el día de la fecha della, podáis imprimir y vender en estos nuestros reinos el dicho libro que de suso se hace mención por el original que en el nuestro Consejo se vió, que van rubricadas las hojas y firmado al fin dellas de Cristóbal de León, nuestro escribano de Cámara, de los que residen en nuestro Consejo; y con que antes que se venda le traigáis ante ellos juntamente con el original que ante ellos presentastes, para que se vea si la dicha impresión está conforme á él, ó traigáis fe en pública

forma en cómo, por corrector nombrado por nuestro mandado, se vió y corrigió la dicha impresión por el dicho original, y queden ansimismo impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que ansí fueren impresos, y se os tase el precio que por cada volumen habéis de haber y llevar; é mandamos que, durante el dicho tiempo, persona alguna no le pueda imprimir sin licencia vuestra, so pena que el que lo imprimiere ó vendiere haya perdido y pierda todos y cualesquier moldes y aparejos que dél tuviere, y los libros que vendiere en estos nuestros Reinos, é incurra más en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere, la cual dicha pena sea la tercia parte para nuestra Cámara y la otra tercia parte para el denunciador, é la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare; é mandamos á los del nuestro Consejo, Presidente y Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra casa y corte y chancillerías, y á todos los Corregidores, Asistente y Gobernadores, Alcaldes mayores y ordinarios, y otros jueces ó justicias, ó cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reinos y señoríos, así á los que agora son como los que serán de aquí adelante, que guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que así vos hacemos; y contra el tenor y forma della y de lo en ella contenido no vayan ni pasen ni consientan pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Fecha en Madrid, catorce días del mes de Marzo de mil y quinientos y ochenta y nueve años.—YO EL REY.—Por mando del Rey nuestro Señor, *Juan Vázquez.*

A Andrés de Alba, secretario del Rey nuestro Señor y del su Consejo de guerra, fray Juan de los Angeles, su capellán y siervo, le desea salud y perpetua felicidad.

Aunque, según sentencia del gran Padre Agustino, podemos amar y querer bien á quien nunca vimos, es parecer del Filósofo que al amar y bien querer necesariamente ha de preceder conocimiento, porque no es posible amar lo que no se conoce. El ejemplo que confirma esta doctrina es muy célebre en la divina Escritura, que cuenta de la Reina de Sabbá (3 Reg., 10) cómo divulgándose la fama de la milagrosa sabiduría del rey Salomón, así se encendió en amor suyo, y tanto creció en ella el deseo de verle y oirle, que, siendo mujer, y tan grave, salió de su tierra, y, puesta en camino, peregrinó muchos días hasta llegar á Jerusalén donde él estaba. Yo confieso que no he merecido ver á v. m. ni gozar de su presencia; pero á esta confesión añado que le amo entrañablemente en el Señor y que con veras deseo emplearme en su servicio, no tanto por lo que en general todo el mundo dice de su valor y merecimientos, que á esta cuenta general es el amor en todos los que le conoscen, cuanto por lo que muchas veces he oído en particular de la boca de un singularísimo devoto de mi Orden y Provincia, Padre de todos los religiosos della y de v. m. amigo fidelísimo, cuyo nombre paso debajo de silencio, porque no me ha dado licencia para declararme, pero sabe v. m. muy bien que en ambas á dos cosas digo verdad, lo cual prueba el caso presente: que deseando yo dar algún arrimo á esta obra que del amor de Dios con harto trabajo tengo compuesta, para que por este camino tuviese la autoridad y aceptación que su autor por su indignidad no pudo comunicarle, el dicho se ofreció con mucha liberalidad á sacarla á luz, con condición que á v. m. y no á otro se dedicase; lo cual yo acepté de bonísima gana, así por hacer el gusto de tan buen amigo, como por comenzar á servir á v. m., aunque es el servicio tan pequeño que, para que parezca algo, ha de poner más de su parte que lo que él de suyo vale, sino es que v. m. se contente con la voluntad con que esto se le ofrece, que sin ninguna duda es muy crecida y rica. Y no paresce fuera de propósito que á quien tanto sabe de los secretos de la milicia temporal y de la tierra se le dediquen y descubran los de la milicia espiritual y del Cielo, tanto más admirables cuanto lo es el Señor con quien se trata sobre todos los hijos de los hombres. A lo menos podrá ver v. m., si con ojos despabilados y limpios del polvo de las mundanas codicias quiere leer este tratado, y á solas rumiar lo que en él se escribe, cómo alternativamente Dios triunfa del alma y el alma triunfa de Dios, que es negocio de harta consideración. ¡Oh cuánto más importaría entrar á ver estos secretos del Rey eterno que toda la comuni-

cación y privanza de los reyes de la tierra! No dejo de entender por esto que es cosa gloriosa en el mundo ser tan privado como v. m. lo es de un monarca tan grande como el Rey Felipe nuestro señor, cuya vida y estado y el de todos prospere por largos años, porque para cargo de tanta confianza se presuponen muchos merecimientos, sin los cuales ninguno vemos que granjea su amistad ni priva en su casa, porque, como otro David (Psal. 110), se desvela en buscar los hombres fieles de su reino para ayudarse dellos y asentarlos consigo y darles parte de su consejo; pero también confieso que es cosa más gloriosa, de mayor provecho y honra, ser admitida una alma á los secretos del Esposo celestial, de los cuales á ninguno se da parte, sino es amicísimo, como consta por testimonio expreso del Redentor, que, encareciendo lo mucho que amaba á sus discípulos, les dijo un día: Ya no os tengo de llamar de hoy más siervos, aunque serlo míos es honrosísimo, sino amigos y privados, porque los secretos que oí de mi Padre os los he comunicado. En las cuales palabras mostró claramente el Hijo de Dios que para que un príncipe descubra su pecho confiadamente á un criado, le ha de quitar el nombre de siervo y se le ha de dar de amigo, y pues v. m. ha llegado á serlo, y tan particular, del mayor señor que tiene el mundo, procure también serlo con ventajas del que confiesa y confesamos todos por Rey de reyes y Señor de señores; que si, como nota San Agustín, para dar Cristo los oficios principales en su Iglesia tuvo respecto al natural de los apóstoles, por no sacar de su paso á la naturaleza, que al fin, si es buena, se ayuda della mucho la gracia; quien tan bien acude á negocios de tanto peso y de tanto secreto no dejará de ser muy aventajado si una vez le entrare en la bodega de su vino el Rey eterno y ordenare en su alma la caridad en el trato más ganancioso de la vida espiritual, que es el de los afectos amorosos y anagógicos deseos de que este mi libro especialmente trata. Recíbale v. m. como se lo suplico y ampárele con su acostumbrada clemencia, para que, como la yedra tierna y ratera, arrimándose á los árboles y columnas fuertes, crece y se levanta y se hace vistosa y de codicia, así él, favorecido y ayudado de tan gran patrono, arrimado á tan buen árbol y tan firme columna, crezca y se levante, y pueda parecer sin temor en los ojos de los hombres, muchos de los cuales no se ceban en lo bueno y de codicia que hallan en los libros, sino en aquello sólo que, á su parecer, es reprensible, aunque no lo sea. Yo quisiera que el hábito y profesión mía me dieran licencia para en esta breve epístola escribir como historiador la antigüedad de la casa de Alba, de donde v m. desciende, con otras muchas particularidades que le hacen ilustre en el mundo; pero no la tengo sino para tratar los negocios del alma, que son los de mayor importancia y en que es razón que todos nos empleemos; pues, como dijo aquel famoso capitán Judas Macabeo, la gloria del hombre que no sirve á Dios, aunque sea monarca del mundo, estiércol es y gusanos. La verdadera le dé á v. m. aquel gran Señor en cuya mano derecha la consideró y vió el Profeta, con el acrecentamiento de los bienes del alma y cuerpo que este su pequeño siervo y capellán le desea. Amén.

De San Diego de Sevilla, 20 de Julio 1589.

Fray Antonio de Santa María en recomendación del autor y de la obra.

SONETO

Si quieres conocer al que retrata
amor tan admirable y tan glorioso,
Juan es (cual el de Pathmos tan famoso)
que supo retratar lo que aquel trata.
Con Dios, que es puro amor, de amor contrata,
y como es Dios autor de amor gustoso
y su tratar tan dulce y amoroso,
lo que su amor le enseña aquí relata.
El mismo puro amor fué su maestro,
y amor puede enseñar seguramente
á todos, pues su cumbre ha ya subido.
Conócese el amor falso y siniestro
con la luz deste sol resplandeciente,
que en medio las tinieblas ha salido.

Fray Angel de Badajoz, predicador de la provincia de San Josef, á Fray Juan de los Angeles, autor.

OCTAVA

Fray Juan, á quien el Juan viene nascido,
¿en cuál Pathmos soñastes tales sueños?
De los Angeles sois, y se ha cumplido;
hay cosas que parescen á sus dueños.
Que lo sois en la vida es muy sabido,
pues en los vuelos altos y aguileños,
el que tuviere duda, lea esta obra,
y verá que no hay falta, sino sobra.

TERCETOS

Angelical habia de ser la pluma
que á los cielos volase y nos trujese
las obras del amor puestas en suma.
Seráfica alma que en amor ardiese
y del divino pecho enamorado
al mundo los secretos descubriese.
Cómo es Dios del amor preso y llagado,
los celos, las zozobras que padece
y pasiones de fiel enamorado,
¿quién lo dijo jamás como meresce,
hasta que vos al mundo lo dijisteis,
cuan claro en este libro se paresce?
Los Angeles, Arcángeles hicistes,
pues reveláis secretos tan notables
que en el divino pecho vos bebistes.
A Angeles menores inefables,
y muy supremo y grande es el que sabe
vuestros conceptos altos admirables.
Un ángel será justo que os alabe,
que no os dará lo justo ningún hombre;
Angel falta, que de lo que en vos cabe,
podré serviros yo con solo el nombre.

Fray Francisco de San Josef en recomendación de la obra.

SONETO

Si en la tierra quisieres ver el cielo,
y al hombre trasladado á un sér divino,
este espejo rescibe cristalino,
que te ofresce su autor con santo celo.
Verás de amor la fuerza y el consuelo
que suele al fiel amante ser vecino,
y un ancho y segurisimo camino
que lleva el alma á Dios casi de vuelo.
También verás el triunfo que Dios lleva
del alma, y el que el alma de Dios cobra,
y los dulces despojos que se ofrescen.
Verás que como Fénix se renueva
con mil actos de amor que por Dios obra,
y el amor y deseo á una crescen.

De Francisco Lobato.

SONETO

Arco, saetas, lazo, red y fuego,
que tira, hieren, encadena, abrasa,
bienes nacidos de un amor sin tasa
y de un amante á sus ofensas ciego,
Del propio amante el importuno ruego
con que procura entrársenos en casa,
la vida alegre que la esposa pasa
ajena del común desasosiego.
Los grandes celos que este amante tiene
(que no hay amor que no los tenga al lado)
la fe que quiere se le guarde entera
Este amoroso libro lo contiene
por el trabajo de Angeles sacado,
y el libro es tal cual de ángeles se espera.

Fray Angel de Badajoz, predicador de la provincia de San Josef de los descalzos, al cristiano lector.

Parecióme que haría á nuestro Señor algún pequeño servicio y á ti muy grande, hermano lector, si, habiéndome sido necesario para cierto propósito pasar este libro más de una vez antes que se imprimiese, te diese las nuevas de lo que en él vi, para animarte á que lo veas. Aquellos exploradores que Moisén envió á que viesen y paseasen la tierra de promisión, para que trayendo las buenas nuevas della á sus hermanos se animasen á vencer las dificultades que había para entrar á gozarla, tuvieron un acuerdo admirable: que les digamos que la tierra es deleitosa y abundante, que corren por ella arroyos de leche y miel y que produce muy hermosas y sabrosas frutas, pensarán, por ventura, que son patrañas y encarecimientos ordenados para quererlos engañar; llevémosles dellas, qae las frutas con su hermosura dirán más que nosotros pudiéramos decir con mucha elocuencia. Hácenlo así, y llevaron granadas, higos y un tan hermoso racimo de uvas, que eran menester dos hombres para llevarlo en hombros en un varal; y asi sucedió que, aficionados á la tierra por la fruta que della habían visto, pusieron pecho al trabajo y vencieron los inconvenientes que había en la entrada, sin ser parte para impedirles esto lo que otros mal intencionados les dijeron, esto es, que en aquella tierra había unos gigantazos espantosos y crueles, en cuya comparación ellos parecían langostas. Yo, pues, como fiel explorador, pienso traerte aquí parte de las admirables frutas que vi en esta tierra de promisión; mal diré tierra, que con más propiedad se podría llamar cielo, porque tal trato, como aquí se trata, más es celestial que terreno; sea cielo ó sea tierra, por ella verás correr arroyos de miel y leche, que son unas obras que hace Dios con el alma y otras el alma con Dios, cada cual en su tanto admirable. Hay maravillosas granadas, en que se ve el orden y compostura que en una obra natural se puede desear, quiero decir, tan ordenada manera de distinguir, dividir y difinir cosas, poniendo á cada cual en el lugar que merece, que juzgarás aquí á la granada por digna de la corona real que tiene, dando en este particular el premio al autor entre los

que en nuestro tiempo han escrito. También hay unos higos muy melosos y suaves; unos dichos tan tiernos y regalados de Dios al alma, del alma á Dios, y del autor ya á Dios, ya al alma, que corre de ellos miel suavísima. Verás unas uvas en tan hermosos racimos, que para llevar uno no son menester menos que dos con admirable razón y gusto. Este es el amor de que trata, esta es la soberana caridad que Dios y el alma la llevan á una, no como el amor del mundo, que va uno cargado amando con grande pasión y el amado se va vacío y riéndose de él con ingratitud. Pues la razón y el gusto que allí hay como de agraces, que para remate de su sinsabor dejan dentera para que tantas comidas buenas hay. La explicación de todo esto te dirá la experiencia; yo sólo pretendo aquí pedirte de parte de Jesucristo que des de mano á estos amores; vayan á fuego Diana y los demás libros que á ellos provocan, date de veras á este divino amor, que aquí se comienza y en el cielo se perficciona, mas nunca se acaba, como dice el Apóstol; toma este libro por compañero y maestro, y verás cuánto aprovechas. Dirás, por ventura, que hablo como aficionado, mostrando la miel y encubriendo el aguijón, y que otros te han dicho que en esta tierra hay unos gigantazos que puestos con ellos los hombres de acá parecen langostas, esto es, que usa el autor en este libro de algunos términos tan exquisitos y oscuros que requieren particular estudio para vencer su dificultad, y no te puedo negar lo que dices, á lo menos en los tres primeros capítulos, y donde trata de la unión, raptos y tinieblas divinas; mas tampoco me negarás ser las materias que en ellos se tratan tan altas, que no dan lugar á más claridad ni en nuestro castellano se pudieran hallar otros términos más claros, sino inventándolos de nuevo, con perjuicio de bajar el estilo y sacar de sus términos una materia tan importante. Y si esta razón no te satisface dime, por caridad, ¿qué ciencia ó qué arte hay, ni aun qué oficio, que no tenga sus términos particulares? Habla con el marinero de su arte, y admirarte has de su diferente lenguaje; lo mismo es con el soldado; pues ya en la dialéctica hay tanto que entender en sus términos, que muchos de los que comenzaron con grandes bríos, en medio de ellos miserablemente se despeñan, desesperando de poderlos entender. Pues al amor de Dios, ciencia de todas las ciencias y arte divina superior á todas las demás, le quieres quitar el privilegio que gozan aún las mecánicas, y á quien tan admirablemente escribe de ella no darle licencia para que no use de sus propios términos? ó ¿piensas, por ventura, que te importa menos amar al señor que te crió, ó que hay menos ganancia en este trato que en los demás que con tanto trabajo se adquieren? Echa, hermano mío, el miedo del cuerpo y pon espuelas á tu pereza, que cuanto mayor te parece la dificultad mayor premio se te promete; quiebra la dura cáscara, sacarás la dulce y medicinal almendra; huella las espinas, cogerás hermosas rosas; quita de lo amargo si quieres merecer lo dulce; vence á estos gigantes, serás señor de la tierra prometida; conquista es de amor que suele hacer poderosos á los que antes eran flacos y Dios se halla en esta batalla, venciendo dificultades, porque, sin duda, desea más que tú que esta amistad se trabe. Y pues en este libro hallarás el cómo, lee y vuelve á leer sin cansarte, que hace muy buena vecindad la voluntad al entendimiento, supliéndole sus faltas, y así vemos que con ella muchos simples alcanzaron secretos divinos que no fueron revelados á los sabios y prudentes del mundo. Dete el Señor su gracia para que le ames como Él quiere y merece ser amado, y encomiéndame á su Majestad para que me haga esta misma merced. Amén.

TABLA DE LOS CAPÍTULOS

CONTENIDOS EN ESTE LIBRO

Capítulo primero.—De la esencia del ánima racional, y de la necesidad que tuvo de muchas potencias, y de las significaciones que en la Escritura se hallan de este nombre ánima.

Cap. II.—De las potencias del ánima y de cómo en ellas resplandece la imagen de Dios y se descubre nuestra final bienaventuranza.

Cap. III.—De las pasiones del ánima en general, y en especial de la del amor, que es origen y fundamento de todas.

Cap. IV.—De muchas diferencias de amor.

Cap. V.—De la principal virtud y fuerza del amor, que es mudar y convertir el amante en la cosa amada.

Cap. VI.—Cómo el amor se extiende á todo lo que llega la cosa principalmente amada, y de lo que gana el alma de transformarse en Dios.

Cap. VII.—Cómo sólo el amor triunfa de Dios, y se

tiene con él á brazo partido, y del tiempo y lugar deste duelo.
Cap. VIII.— Donde se prosigue esta materia del tiempo de la oración y se alaba mucho la noche.
Cap. IX.—En que se declara cuál hora de la noche es más á propósito para la oración y otras circunstancias necesarias para ella.
Cap. X.—De algunas tretas y cautelas de que se ha de aprovechar el alma para rendir á Dios en esta lucha.
Cap. XI.—De cómo luchando el alma con Dios le hirió, lo cual sabemos por confesión suya.
Cap. XII.—Del lugar de la herida en Dios, que es el corazón.
Cap. XIII.—Del instrumento con que confiesa Dios haber sido herido del alma su esposa.
Cap. XIV.—En que particularmente se declara qué ojo es en el alma el que hiere á Dios.
Cap. XV.—Donde prosigue la misma materia y se trata de la necia sabiduría que vence á toda humana sabiduría.
Cap. XVI.—De las divinas tinieblas donde entra el alma, que camina por la vía afectiva.
Cap. XVII.—De dos maneras de conocimiento, uno de viadores y otro de comprensores.
Cap. XVIII.—Y cuestión única en que se trata si es necesario que en esta mística teología preceda ó acompañe el entendimiento al afecto.
Cap. XIX.—De las oraciones jaculatorias de que de ordinario se ha de aprovechar el alma para herir á Dios.
Cap. XX.—Del mayor impedimento que tiene la vida espiritual, que es el amor propio.
Cap. XXI.—De cómo el amor de Dios, siendo en nosotros el primero, es raíz de todos los bienes, y el propio lo es de todos los males.
Cap. XXII.—De cómo el amor propio tiene por oficio dividir y deshermanar los hombres, y el de Dios unirlos y hacerlos una cosa.

TABLA DE LA SEGUNDA PARTE

Capítulo primero.—Del mirar de Dios y de la virtud maravillosa de sus ojos, y del primer triunfo, que es herir el alma.
Cap. II.—De las saetas del amor.
Cap. III.—De las cadenas del amor, y del segundo triunfo.
Cap. IV.—Y triunfo tercero. De la enfermedad del amor.
Cap. V.—De la insaciabilidad del amor, y de cómo no se contenta con lo posible: es notable.
Cap. VI.—Del regalo que siente el alma con la presencia de Dios, y de dos maneras de gustos, uno puro y otro mezclado.
Cap. VII.—Del segundo gozo mezclado, ó de la amargura que siente el alma con la ausencia de Dios.
Cap. VIII.—De un efecto maravilloso que causan en el alma las ausencias de Dios, y del desfallecimiento del amor.
Cap. IX.—De la suspensión de nuestra alma en Dios, y de su perfecta mortificación.
Cap. X.—De la bienaventurada unión que, mediante el amor extático, hay entre Dios y el alma.
Cap. XI.—De la oración, que es la casamentera entre Dios y el alma, y medio admirable para esta unión
Cap. XII.—De la unión que pretendió Cristo entre El y nosotros, mediante el Santísimo Sacramento del Altar.
Cap. XIII.—De la transformación ó muerte del alma, que es el último triunfo del amor.
Cap. XIV.—De la embriaguez del amor.
Cap. XV.—En que se trata qué cosa sea rapto, y de muchas maneras que hay de raptos, y de la diversidad de nombres que tienen en la Escritura.
Capítulo último.—Que enseña cómo se ha de encender y perpetuar el fuego del amor de Dios en el altar de nuestro corazón. Divídese en siete consideraciones para los siete días de la semana:
Consideración primera.—De la muchedumbre de cosas que nos incitan y provocan al amor divino.
Consideración segunda.—De la suavidad grande de Dios.
Consideración tercera.—De las perfecciones divinas, y particularmente de la bondad de Dios.
Consideración cuarta.—De los beneficios divinos.
Consideración quinta.—Del parentesco que tenemos con Dios.
Consideración sexta.—De algunas otras razones que se hallan en Dios para ser amado.
Consideración séptima.—De las calidades del amor de Dios para con el hombre.
Carta del autor á una señora devota, en la cual le da unos documentos muy necesarios para el aprovechamiento de su alma y de cualquiera que los guardare. Especialmente es de provecho para personas ocupadas, que no pueden vacar libremente á la oración y contemplación.

PRÓLOGO DEL AUTOR

En que declara el intento que ha tenido en este libro y alaba mucho este camino de afectos y amor.

Entre muchas cosas memorables que de aquel gran filósofo Teofrasto discípulo de Aristóteles se escriben, una es haber acusado y reprendido á la Naturaleza porque á los ciervos, cornejas y otras aves y animales dió vida tan larga, y á los hombres tan córta. La razón de esta su querella fundábala este sabio en parecerle que importaba poco vivir estas aves y animales tantos años, y

mucho que la vida del hombre fuese larga, porque siendo tal, pudiera perfectamente ser enseñado en todas las artes y ciencias. De aquí es que acercándose á la muerte, dijo con gran sentimiento: ¡Ay de mí, que se me acaba la vida cuando comenzaba á conocerla! Aunque este dicho de Teofrasto, por una parte es reprensible, por haber querido poner falta en las obras de naturaleza, que lo son de Dios que las hizo perfectísimas (Gén., 3) y en gran manera bien acabadas, por otra parte merece ser celebrado y recibido de todos. Porque verdaderamente nuestra vida es tan breve, que no digo yo en todas las artes y ciencias que hay que saber, pero ni en una sola de ellas puede el hombre que más vive demediarse. Dijo muy bien Hipócrates, médico famoso, en el principio de sus aforismos: La vida es breve, el arte prolija y larga, el juicio que de las enfermedades se hace dificultoso y engañosa la experiencia. Y así solía decir el mismo: *Senex quidem ego sum, et nondum ad medicinæ finem perveni;* Viejo soy, y estudiando siempre la medicina no he llegado á hallarle el fin. ¿Qué más diré? El que más sabe, apenas sabe dos definiciones quiditativas de cuantas cosas Dios crió. Con ser esto verdad, no sé si por eternizarse los hombres y dejar de sí nombre á los siglos futuros, como dice Salustio, ó con qué otros fines, los cuales en los santos siempre fueron loables, pues según sentencia de San Pedro (2 Petr. I) hablaron y escribieron movidos de espíritu de Dios, hacen y componen tantos y tan prolijos tratados, algunos provechosos, otros de ningún provecho, que no solamente no basta la vida para ser perfectos en todas las ciencias, mas ni aun para leer la milésima parte de lo que de cada una se escribe.

De Ptolomeo, rey de Egipto, se dice que tenía en su librería veinte mil cuerpos de libros, é intención de llegarlos á ciento cincuenta mil. Pues ninguno estaba escripto de Teología ni de Cánones, en las cuales facultades no se halla fin ni en el escribir ni en lo que está escripto de ellas. Pues ¿quién agotará tantas librerías? ¿Quién leerá tantos libros? Y ¿quién no temerá comenzar á saber, siendo verdad que la mayor parte de lo que sabemos es la menor de lo que ignoramos? (Aristot.) Y con todo, entre tan grande número de escriptores y teniendo delante libros tan sin número, no por dejar nombre en el mundo ni por otro ningún humano respecto, que de los que tratan en cosas de tanta importancia ha de estar muy lejos, sino para gloria de aquel Señor que merece ser glorificado y honrado en todas sus criaturas, y de cada una conforme al talento de su mano recibido; yo, el más rudo de todos, el de menos experiencia, suficiencia y espíritu, me he atrevido á escribir este tan pequeño tratado del Amor, no por cierto mundano y sensual (que de esos muchos hay escritos), sino del divino que regala y deifica el alma con su virtud y maravilloso poder, y la enseña más en una hora que saben en muchos años los que frecuentan y siguen las escuelas, por mucho que trabajen en sus estudios, cuando sólo atienden á la perfección del entendimiento, dejada ayuna la mísera voluntad. Las razones que me han movido á escribir más de esta materia que de otra han sido muchas; y, entre todas, la primera mandármelo el amor, á cuyo mandamiento obedece la tierra y el cielo, según que galanamente lo dijo Ovidio en estos dos versos latinos:

Quidquid amor jussit, non est contemnere tutum.
Regnat, et in superos jus habet ille Deos.

Que vueltos en romance hacen esta sentencia:

No es seguro tener en poca estima
Lo que el amor ordena, manda y quiere,
que el mandato que intima,
Como quiera que fuere,
Se ha de cumplir con animoso pecho,
Que es Rey y sobre dioses ha derecho.

La segunda razón, y que no me hizo poca fuerza, fué ver que todo el bien y tesoro del hombre y su riqueza es el amor, si es bueno, y su perdición y miseria, si es malo. Porque el bueno le hace virtuoso, y el malo vicioso. Siendo esto así, bien se sigue que la virtud no es más que un amor bueno y el vicio un amor malo. De donde saco yo que quien tiene ciencia del amor, la tiene de todo el bien y mal del hombre, de todos los vicios y virtudes, de su felicidad y perdición, y quien esto ignora, dese por ignorante de todo género de bien ó mal que toque al hombre. Favoreció también á mi intento ver que la común opinión de todos los sabios es que, naturalmente, sin amor no hay felicidad, y que de necesidad

él la tiene de preceder y abrirle camino, porque es como principio della. Y si esto es así, como realmente lo es, bien conforme á razón parece forzar el amor á que de él y no de otra cosa se comience cualquiera buena doctrina. Porque el que quiere proceder enseñando ordenadamente y por camino derecho, ha de comenzar de algún natural principio, y el que tiene el verdadero de la cosa que pretende tratar es visto, sin duda, no ignorar el de la doctrina. Y porque de la manera que el artífice, en cuanto puede, trabaja de imitar á la naturaleza en lo que obra, así el que enseña ha de principiar su doctrina de aquel principio que por naturaleza está ya constituído. Movióme, últimamente, á seguir este camino afectivo y del amor un sentimiento grande de Henrico de Palma, que en el prólogo de su mística Teología hace sobre aquellas palabras de Jeremías que, lamentando la captividad de su pueblo, decía: *Viæ Syon lugent eo, quod non sit qui vadat ad solemnitatem:* Los caminos de Sión lloran, porque no hay quien vaya á la solemnidad (Thren., 1). No quiere decir Jeremías que los caminos materiales lloran, pues no tienen sentido, sino que provocan á llanto á quien los mira llenos de hierba, por no haber hombre que los huelle acudiendo á las solemnidades del templo, como se solía hacer. Así dice Henrico que los caminos de Sión (que son los deseos de las almas enamoradas, por los cuales suben á Dios, y á la ciudad soberana de Jerusalén, y, morando en cuerpos de barro, son levantadas sobre toda razón y entendimiento) le hacen á él llorar y provocan á lágrimas á todos los varones espirituales. Y verdaderamente hay pocos que huellen estos caminos, por los cuales se camina á la solemnidad que celebra Dios con el alma su esposa cuando, mediante el amor, se une con ella y la abraza consigo. ¡Oh lástima grande, que, dejada y despreciada la verdadera sabiduría, así el clero como la gente popular se ocupan y zambullen en las mundanas delicias y curiosidades sin provecho! Pero más es de sentir y de llorar con lágrimas de corazón que muchos religiosos y personas de autoridad, dejada y arrinconada esta verdadera sabiduría, por la cual sólo Dios perfectamente es honrado en lo interior del alma, miserablemente llenaron las suyas como de unos idolillos de diversas ciencias especulativas y de infinitos argumentos sofísticos, sin propósito inventados y fabricados. En las cuales cosas, por instigación del demonio, así andan absortos, y sus almas poseídas de ellas, que no halla lugar Dios donde pueda caber ni reposar. Maldita ocupación, por cierto, la que no deja algún respiradero en el alma para que por inflamados deseos y amorosos afectos llegue á tocar á su Dios, el cual no la crió para que contra su natural generosidad y nobleza se llenase de semejantes vanidades, sino para que fuese asiento de la sabiduría, y en ella residiese como en su cielo el pacífico Salomón. Esta ciencia de amor, que de su maestro San Pablo aprendió San Dionisio, hace, sin ninguna duda, conocida ventaja á todas las ciencias, y se levanta sobre ellas con mayor distancia que hay entre el Oriente y Poniente y entre la tierra y el cielo. Las demás ciencias enséñanlas los doctores y maestros del mundo; pero ésta tiene por maestro inmediato al mismo Dios, cuyos discípulos, por sentencia del Profeta (Psal. 93), son bienaventurados. Esta ciencia, con divinas ilustraciones é influjos del Espíritu Santo, se escribe en el corazón; las demás, con plumas de aves y tinta negra se estampan en papel. Esta basta, porque por medio della halla el alma á Dios su Criador, y en Él, como en fuente perdurable de todos los bienes, inmediatamente descansa y halla cumplida refección; las demás nunca matan la sed ni satisfacen al deseo. Y es justo juicio de Dios que el que, sin hacer caso de la suma Sabiduría, se desvía y aparta de la suma Verdad, sea como envuelto todo en tinieblas, y su ánima, desvanecida con las invenciones humanas, ande vagabunda, descarriada y sin camino por las cosas vanas. Al fin ésta inflama el afecto y alumbra el entendimiento; las otras, cuando hallan el corazón alterado, hínchanle y oscurecen con vanas opiniones y errores el entendimiento. Por eso pedía á Dios el Santo Profeta que le enseñase primero la bondad y disciplina que la ciencia (Psal. 118). La caridad y la bondad causan luz en el alma, y el gusto de la virtud alumbra el entendimiento. Gustad y ved, dice el Profeta (Psal. 33). Al gusto de Dios se sigue la caridad, y ojos despabilados para ver y penetrar secretos divinos. Y sea ejemplo ó figura de esto lo que pasó á Jonatás (1 Reg., 4), hijo del rey Saúl, que yendo ciego de hambre gustó de un panal y cobró la vista. En los Cantares promete el Esposo al alma

su Esposa un ornato de las orejas, como si dijésemos zarcillos ó arracadas hechas de oro, con unos esmaltes de plata (Cant., 1). Cosa nunca vista, plata sobre oro, y si no fuera Dios el artífice pareciera disparate, pero tiene gran sacramento. El oro significa la caridad, y la plata la ciencia; y porque la ciencia á secas no es buen fundamento para el edificio espiritual, pónesele Dios de caridad á ella. Si no se fundan las letras sobre el amor de Dios, espada son en manos de loco y furioso, como lo hemos experimentado, no sin pérdida de infinitas almas, en Lutero, Zuinglio, Bucero y otros herejes, los cuales hicieron caudal de las ciencias y no de la caridad. Subió sobre los querubines y voló, dice el Profeta: *Ascendit super Cherubim, et volavit* (Psal. 17). ¿Adónde voló? A los Serafines. No descansó en la ciencia, sino en el amor, que el Querubín ciencia significa, y el Serafín amor y caridad. Esta se aventaja á las demás ciencias y virtudes como el oro á los demás metales, que en hermosura, estimación y valor es sin duda que los excede. Y la caridad ¿no excede en la excelencia y perfección á las demás virtudes? Es tanta verdad esto, que sin ella, ó no son virtudes, ó valen muy poco, según que lo afirma San Pablo en aquella primera carta á los Corintios (1 Cor., 13), donde confiesa llanamente que no tiene de qué gloriarse, ni de sabio, ni de limosnero, ni de profeta, ni de mártir, si le falta la caridad. San Agustín dice que la caridad es por sí sola todas las virtudes. Es fe, cuando creemos; esperanza, cuando confiamos; fortaleza, cuando vencemos; paciencia, cuando sufrimos sin murmuración las adversidades; misericordia, cuando nos compadecemos de nuestros prójimos; largueza, cuando hacemos limosna; humildad, cuando nos abatimos con el conocimiento propio; justicia, cuando, sin agraviar á nadie, damos á cada uno lo que es suyo. Al fin, es todas las virtudes, y ella hace proprias suyas las obras de todas. ¿Qué no puede la caridad? ¿Qué no acomete? ¿Qué no vence? ¿Qué no comprende? De las cosas fuertes, la más fuerte es el amor; de las cosas blandas y suaves, la más suave y blanda es el amor. Todo sirve á la caridad, todo le paga tributo, todo le reconoce vasallaje. Todos los oficios tiene la caridad, y á su albedrío goza del que le parece. Ella no sólo es reina de todas las virtudes, sino, de los dones de Dios, el mayor. Pida, pues, quien quisiere don de profecía; pida quien quisiere fe que trastorne los montes; pida quien quisiere sabiduría y lenguas; pida quien quisiere castidad y limpieza; pida quien quisiere humildad y paciencia, ú otra cualquiera de todas las virtudes; que yo sola la caridad quiero y pido, que es mayor que todas, y todas andan en su compañía y servicio. Aunque Dios me dé todo lo que tiene, si me niega la caridad, á Sí mismo se me niega; porque sólo por amor se posee, y la posesión del amor es el mismo Dios. De manera que el amor hace que Dios sea mío, y mi posesión y heredad. Si tengo todas las cosas y me falta la caridad, ni Dios es mío ni puedo gozar de Él, porque fruición y amor son una cosa. ¿De qué me servirán todas las cosas si no poseo á Dios? Así como Dios no puede darme cosa de mayor precio que á Sí mismo, así no me puede hacer mayor merced en la vida que darme su amor, por el cual sólo le poseo y gozo. Tanto es verdad esto que digo, que si se diese que Dios, por su potencia absoluta, apartase la visión y la fruición, digo el verle y gozarle en el Cielo, y juntamente se diese que vos le viésedes y no le amásedes, y yo le amase y no le viese (puesto que le conozca), ni vos ni yo seríamos perfectamente bienaventurados; porque ni yo me quietaría hasta ver lo que amo, ni vos podríades tener contento no amando el sumo Bien que veis, porque nuestra felicidad y bienaventuranza, ó está en ver y gozar, ó son menester ambas cosas para que sea consumada. Supuesto, pues, que los dos no somos del todo bienaventurados, yo lo soy más que vos, porque absolutamente más vale amar sin ver que ver sin amar; porque viendo y no amando no se posee á Dios ni hay amistad con Él; pero, aunque yo no le vea, si le amo, poséole y soy su amigo y Él lo es mío; porque escrito está (Prov., 8): Yo amo á los que me aman. Luego bien se sigue que el amor es el mayor de los dones de Dios. ¿Quién, pues, oyendo esto, me reprenderá porque haya tratado del amor, especialmente que no escribo del amor á secas, sino en cuanto es unitivo y fruitivo, y en cuanto sirve para enlazarnos y juntarnos con Dios estrechísimamente? Y, movido de este fin, quise intitular este libro *Vía afectiva*, porque en él se enseña cómo el alma que estuviere bien purgada y enjuta de las humedades de los pecados por la penitencia y mortificación, y bien

alumbrada por el ejercicio de la meditación de las criaturas, ha de caminar por afectos amorosos y deseos encendidos al beso de su Esposo y á los abrazos estrechísimos y suavísimos de su Dios. Mas porque el título exquisito y poco conocido no desaficionase á los lectores, y pareciéndoles que prometía poco (siendo la cosa más alta que se les puede comunicar y enseñar), se esquivasen de leerle y tenerle, me determiné de darle este título: *Triunfos del amor de Dios*. Y, en realidad de verdad, él es un duelo y una lucha de amor, mediante el cual lucha Dios con el alma y el alma con Dios. Y alternativamente se hieren el uno al otro en esta lucha, y se cautivan, enferman y hacen desfallecer y morir. Derrítese el alma, embriágase, sale de sí, transfórmase en Dios y hácese con él una cosa, que es lo que aquí principalmente se pretende. Este camino llama San Dionisio á cada paso mística teología, que es lo mismo que sabiduría secreta, como después veremos, por la cual afirma Henrico que se alcanza el verdadero conocimiento de todas las ciencias. Y la razón, dice Moncino, filósofo, intérprete de Platón, es porque el amor es principio de todas las cosas, en el cual, si las que son están virtualmente, puédese muy bien decir que quien trata de amor trata de todas, y quien sabe lo que es el amor y sus propriedades, de todo cuanto hay en el mundo tendrá conocimiento. Y lo que es más, según sentencia y parecer de San Buenaventura, por este camino se certifica la fe, fortifícase la esperanza y la caridad se inflama. La certificación de la fe está en esto que nuestra ánima sensiblemente siente, ser llevada con una infalible noticia á aquel que sólo es quietativo de nuestros deseos, y esto sabe y entiende con mayor verdad que el ojo material, aunque muy claro, ve su material objeto. Y porque, cuando conoce ser así llevada con infalibilidad á aquel al cual con estas consurrecciones y afectos anagógicos camina, y en cierta manera se confirma en que aquel que por la fe adora y reverencia es verdadero Dios y Señor suyo. Pues cuando el alma, de muchas cosas que pertenecen á la fe que cree, es hecha cierta por esta sabiduría unitiva, sepa que si todos los sabios del mundo y todos los filósofos protestasen, confesasen y dijesen: ¡Tu fe no es verdadera, sino falsa, y vives engañada; constantemente respondería: Vosotros todos sois los engañados, y yo sola soy la que tengo la verdadera fe. De manera que con mayor felicidad se tiene en el corazón el infalible fundamento de la fe por la unión del amor que por todas las razones, investigaciones y discursos que se hallan en los libros ni se pueden inventar; tanto, que llega un alma á decir con San Pablo: Yo sé á quien he dado crédito, y cierto estoy (I Thim., 1). Dijimos que se fortalecía la esperanza que de la bienaventuranza futura tenemos, y es de manera su fortificación, que casi no teme el alma ni duda de alcanzar la gloria que espera. Vemos, dice San Buenaventura, que cuando los criados de un señor por más largo y continuado ejercicio familiarmente le sirven, que al que primero temían como señor, por la mucha familiaridad, el temor que pertenecía á la majestad se pierde en ellos, para que, fiados de su bondad, en ninguna manera crean poderse apartar de él de allí adelante. Pues de la misma manera el alma, que al principio estaba tímida, alcanzada la familiaridad de Dios por los deseos y afecciones inflamadas, se engendra en ella, por la misericordia suya, una pura y tan gran confianza, que todo el temor pungitivo que antes la turbaba casi es extirpado y destruído, de suerte que viene á decir con el Apóstol (Rom., 8): ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? Finalmente, por esta unitiva sabiduría se inflama, enciende y perficiona la caridad; porque como Dios sea fuego que consume, en tanto expele y destierra del espíritu del viador toda la frialdad, en cuanto, por las extensiones del amor, más íntimamente se acerca á él y, aspirando anagógicamente á la íntima unión suya, en cierta manera se pone á los abrasadores rayos del sol de Justicia, y como la estopa puesta á los rayos del sol material, del fuego enviado de arriba es encendida y abrasada. Y de aquí es lo que dijo el Sabio de este sol divino y espiritual, que de tres maneras abrasaba los montes; porque él por sí aumenta el ardor en el espíritu, y mediante este ardor cercena y corta lo que impide al amor para que más ardientemente sea inflamado (Ecles., 43). Él sobreañade beneficios espirituales, con los cuales el mismo amor en sí mismo recibe aumento y perfecciones, hasta abrasarse el alma, con fin de que ardentísimamente Dios sea sólo amado de ella y para que hierva en amor al prójimo como en el suyo proprio, para

que ella misma con insaciables deseos no desista ni cese de aspirar como enferma á la perfectísima unión de su Esposo. Concluyendo, pues, mi razonamiento, y dando lugar al lector devoto para que entre á escudriñar las riquezas que en este pequeño volumen están encerradas, digo que, por esta sabiduría, el alma es inflamada y perficionada para que, á semejanza del círculo, que es figura perfecta entre todas, saliendo de las cosas sensibles y volviendo á entrar en ellas (como compás que revolviéndose sobre sí da la vuelta y acaba donde comenzó), en todas conozca, ame y reverencie á solo el Criador que las crió, con fin de que el hombre en ellas le conociese y amase, y por ellas, que salieron de Él y vuelven á Él, caminase hasta ser una cosa con Él. Amén.

***

NOTA.—Aquí debían seguir los capítulos de la primera y segunda parte de los *Triunfos;* pero teniendo en cuenta que el autor refundió y mejoró esta obra al imprimir la *Luçha espiritual y amorosa entre Dios y el alma,* la cual fué como segunda impresión de los *Triunfos,* se remite al lector á dicha obra, tercera de esta colección, donde se corresponden capítulo por capítulo los que hay en los *Triunfos,* y solamente se imprime el capítulo último, donde van siete consideraciones, y la carta espiritual, únicas cosas que no repitió en la *Lucha.*

CAPÍTULO XVI Y ÚLTIMO

Que enseña cómo se ha de encender y perpetuar el fuego del amor de Dios en el altar de nuestro corazón. Divídese en siete consideraciones, para los siete días de la semana.

Dice Dios (Levit., 6): Siempre arderá fuego en mi altar, el cual cebará y sustentará el sacerdote añadiendo leña todos los días, de mañana; y sobre este altar, compuesto el holocausto, enciense luego las enjundias de los pacíficos, esto es, de los sacrificios de paz. Este fuego será perpetuo; por tanto, quiero que haya gran cuidado de que nunca falte en mi altar. Hasta aquí son palabras de Dios, y por cierto misteriosísimas y de grande encarecimiento. Sobre ellas dicen San Gregorio y Ruperto que el altar de que jamás ha de faltar el fuego del divino amor es nuestro corazón, el cual, si aconteciere en la noche de la negligencia ó tentación entibiarse y amortiguarse, luego de mañana ha de procurar el sacerdote avivarle con la leña de las consideraciones sanctas y devotas que provocan y encienden el afecto. Porque si nuestra interior novedad, que de la cotidiana conversación se envejece, no se sustenta y repara con esta leña, vendremos muy presto á faltar del todo en el amor de Dios, y á morir en nosotros el fuego de la devoción; mas si por la mañana añadimos á este fuego leña, todo el día nos sustentaremos devotos y encendidos, y hecho holocausto de nuestra propria voluntad, y abrasado todo lo que contradice y repugna á la de Dios, humearemos como encienso oloroso y agradable á su Divina Majestad. Este fuego, dice (1 Cor., 13), será perpetuo; porque en los justos no se acaba, antes se perficiona después de esta vida.

El profeta Isaías consideró este fuego en la Iglesia militante y en la triunfante, pero hizo diferencia de uno á otro diciendo: *Cujus ignis est in Syon et caminus in Jerusalem* (Isai., 31). En Sión, que es la Iglesia militante, hay fuego, mas no tan apurado que esté sin alguna mezcla de humo; pero en Jerusalén no hay sino calera de fuego, esto es, fuego encendidísimo, que no admite impuridad ni consiente humo de alguna imperfección.

Compárase el amor al fuego con grandísima propriedad, por cuatro razones: La primera, porque, como ninguno puede ocultar y tener secreto el fuego, por mucho que esto pretenda, así el que está tocado de veras del amor forzosamente lo ha de manifestar por algunas señales exteriores, como ya dijimos.

El amor se compara al fuego.

La segunda, porque como el fuego, entre los demás elementos, es ligerísimo y muy fácil en obrar, y convierte y trae á sí y á su naturaleza las demás cosas que toca, así el amor, además de que obra con grandísima ligereza (que por eso le pintaron los antiguos con alas), arrebata á sí los demás afectos á la parte que quiere y los viste de su librea. La tercera, porque, de la manera que con gran dificultad se ataja un gran fuego que todo cuanto toca quema, así, cuando el amor se apodera de todo el corazón y de todo el hombre, no hay industria que baste á apagar sus

llamas. La cuarta, y que aventaja el amor al fuego, es que el fuego puede al fin con su contrario, que es el agua, ser detenido; pero el amor, no sólo no es vencido del agua de las tribulaciones, sino que se sustenta y convalece más en ellas, cebándose con su contrario, como vimos en el fuego que bajó del cielo para quemar el sacrificio de Elías, el cual consumía las piedras y lamía el agua (4 Reg., 19). Esto es lo que dijo Salomón en los Cantares (Cant., 8), el cual, habiendo comparado el amor á la muerte para declarar sus crecimientos, añadió: Las lámparas del amor, lámparas son de fuego y llamas; las muchas aguas no bastaron á apagarle. En el hebreo se lee de otra manera. Los carbones de él, carbones son encendidos y llamas del Señor. Los Setenta tradujeron: Las centellas del amor, centellas son de fuego; brasas de fuego son sus llamas. Los griegos dicen: Las alas del amor, alas son de fuego; brasas de fuego son sus llamas. Vatablo traslada: Sus carbones son encendidos de la llama del Señor. En tanta variedad de traslaciones, lo que pretendió el Espíritu Sancto fué dar á entender que la naturaleza del amor es la del fuego, como hemos dicho; llámale centellas y alas, porque es ligero; llámale llamas del Señor, porque es irremediable si crece, y finalmente, porque excede al fuego ordinario dice que sus carbones son encendidos de la llama de Dios.

Sabido, pues, que el amor es fuego, y que ha de arder en el altar de nuestro corazón, es necesario se entienda que ningún cristiano está desobligado de añadir leña y cebar este fuego cada día, porque nos va á todos no menos que la vida que él viva y sea perpetuo. Especialmente que, como dijo San Juan (Apoc., 3), á todos nos hizo Cristo reino suyo y sacerdotes. Y San Pedro llama á los cristianos generación escogida y sacerdocio real. Mas á quien particularmente incumbe de oficio cebar el fuego de la devoción y amor divino en las almas, de suerte que nunca muera, es á los sacerdotes y predicadores, que con instancia y perseverancia han de estar echando leña todos los días. Por lo cual, considerando yo lo primero cuán amortiguado ó muerto está este fuego celestial en los corazones de los hombres y cuán encendido el sensual y de mundo, porque tiene Satanás infinitos ministros que no cesan de echar leña á carretadas de malas palabras, de malos consejos, de infernales deseos, de consideraciones torpes, escribiendo para esto libros de amores, sonetos, liras y otras canciones profanas en mucho detrimento de las almas. Lo segundo, que por razón del oficio me corre particular obligación, y al fin por no dejar manca esta obra, en la cual he trabajado de encender fuego, no cebándole, me determiné de añadir este capítulo, que será como un monte de leña con que cada uno podrá sustentar y cebar el amor en el altar de su corazón. Y dejadas á una parte muchas consideraciones, que sirven como de gavillas y haces de leña para sustentar el fuego que Dios enciende y quiere que arda, de solas siete trataré al presente, á las cuales con facilidad se pueden reducir las demás todas.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

De la muchedumbre de cosas que nos incitan y provocan al amor divino.

Las cosas que nos inducen, mueven y obligan al amor de Dios, son casi infinitas; mas, dejando á una parte lo que en el caso trata la Escriptura, que toda ella se funda en caridad y se ocupa en exhortarnos á esta virtud (como saben los que de ordinario la leen), dando por ningunas y de ningún valor nuestras obras si no se fundan en ella, y sin hablar del precepto del amor, tantas veces y con tan severas y rigurosas palabras intimado á todos los hijos de los hombres no menos que con pena de muerte eterna, dos cosas nos convidan y fuerzan á todos los hombres sin diferencia al amor de Dios. La primera, la propria naturaleza dotada de razón. La segunda, todas las criaturas, sin quedar ninguna de cuantas Dios crió. Tanto es esto verdad, que llegó á decir San Bernardo estas palabras: *Inexcusabilis est omnis etiam infidelis, si non diligit Deum ex toto corde;* Ningún hombre, aunque sea infiel, tiene excusa de no amar á Dios de todo corazón (Bernardus, *De diligendo Deum*). Porque clama la justicia criada y nacida con la misma razón, que Aquél debe de ser todo en todo amado de todos al cual conoce debérsele todo. Mas ¿para qué otro fin fué criado, destinado, llamado, convidado, traído y arrebatado el hombre, sino para los matrimoniales abrazos y ósculos de su Dios? De aquí es que, aunque el amor sea tan libre que á nadie por fuerza se le pueda sacar, no es tanto que al albedrío

de la razón que dicta ó de la voluntad que manda le podamos tomar ó dejar. Que queramos que no, somos inclinados á amar el sumo Bien. Bien claro lo dijo esto Boecio: *Inserta est nobis naturaliter summi Boni cupiditas, et dilectio;* Naturalmente está ingerido en nosotros un deseo, amor y codicia del sumo Bien, al cual como por fuerza nos quieren llevar todas las criaturas. El cielo y la tierra y cuanto hay en ellos, dice el gran Padre Augustino, me dan gritos que te ame, Señor mío; y son estas voces tan grandes, que bastan á dejarnos á todos sin excusa si no te amamos. Y ¿qué es este mundo todo sino una hornaza de brasas encendidísimas, que nos calientan y encienden en el divino amor, en la cual el que permaneciere frío perecerá para siempre?

Es Dios como centro de amor al cual el peso de ese mismo amor lleva á toda criatura. Es tan amable, que en su modo le aman todas las criaturas sensibles é insensibles. ¿Qué son las inclinaciones naturales de las cosas, sino unos amores con que son llevadas á Dios? Pero por su imperfección no llegan al sumo Bien increado, y así paran y se detienen en el bien criado y participado del sumo Bien. ¿Qué es la gravedad en la piedra, sino amor al centro? ¿Qué la ligereza en el fuego, sino amor de la esfera? Aquél se llama absolutamente Bien que todas las cosas apetecen, y así, aquel apetito natural que hay en ellas en cierta manera se puede llamar amor, aunque, como ya dijimos, la naturaleza insensible, por su imperfección, no puede llegar á este bien inconmutable, que es Dios, pero el hombre y el ángel sí. Dijo galanamente San Agustín que el amor era el peso de su alma y que allí era llevado donde él le llevaba. De manera que el proprio lugar de la piedra es el centro, y el centro de nuestra alma es Dios. ¡Oh, si imitásemos, los que tenemos razón, á las irracionales é insensibles piedras! Cosa, por cierto, es de admiración ver una roca cortada de una alta sierra, con qué furia, con qué ruido, con qué ligereza baja al lugar acomodado para su descanso. Todo lo que topa en el camino desmenuza y quebranta, y sin detenimiento alguno pasa á su centro. Roca poderosísima era aquella que, caminando para Dios, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni la persecución, ni el cuchillo, ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes, ni las por venir, ni la fortaleza, ni la alteza, ni la profundidad, ni alguna otra criatura pudieron impedir ó retardar su camino (Rom., 8). Maravilloso peso, digno de tan santa y pura alma como la del Apóstol, el cual con tanto ímpetu le lleva, rompiendo dificultades, hasta llegar á su centro, que es Dios. Aquí, aquí, alma mía, aquí descansarás, como el fuego en su esfera y como la piedra en su centro; que fuera de aquí no hay descanso, ni le busques, que no le hallarás. No es posible estar sin dolores y desasosiego el brazo desencajado de su lugar y coyuntura, ni el alma fuera de Dios.

Si se tomase sobre este caso el dicho de los amadores del mundo y de las cosas que hay en él, ¿qué no nos contarían de tragedias y amarguras? Y, verdaderamente, todas las criaturas nos dan de bofetadas, y con afrenta grande nos echan de sí, y en voces altas parece que nos están diciendo: Hombrecillos, ¿para qué os llegáis á nosotras, que no somos el bien que buscáis ó debéis buscar? Andad vuestro camino, buscad vuestro centro y lugar de reposo, que en nosotras ni le hay ni le puede haber. Con todo esto, somos tan ciegos, tan locos y desatinados, que resistiéndonos las criaturas las abrazamos, y afrentándonos las regalamos y contra su voluntad las detenemos; si huyen, las seguimos; y siendo todas diputadas para nuestro servicio, á fuerza de brazos las hacemos señoras nuestras y á nosotros sus esclavos. Tanta es nuestra ceguedad y locura. Gran milagro, horrendo milagro, y milagro diabólico, dejar los hombres de amar á su Dios y no caminar á Él con ímpetu y ligereza, como á verdadero centro, detenidos en pajas y á veces en nada. ¿Quién no se espantara de ver una gran peña suspensa y colgada en el aire sin impedimento alguno? Pues de mayor espanto es ver un alma criada para Dios suspensa en el aire de la vanidad y detenerse en una liviana paja de un punto de honra ó de otro interés mundano, y ser por esto privada del sumo Bien. ¡Oh centro divino, oh bien infinito, infinitamente atractivo! ¿Quién me detiene de no ir á Tí? ¿Quién impide mi camino? ¿Quién retarda mi carrera? ¡Oh qué gran peso es el del pecado, que así apesga las almas para que no suban á buscar su esfera, que es Dios! ¡Oh qué carga tan intolerable la de nuestra carne, y qué velo tan

espeso, pues nos impide la vista de Dios! ¿Quién me detiene, que no te rasgo con mis proprias manos, para ver y descansar en Aquel que ama mi alma? ¡Oh guarda de los hombres! ¿Por qué me pusiste contrario á Ti, y soy hecho á mí mismo pesado? (Job, 7). ¿Por qué no quitas ya mi pecado y destierras de mí mi iniquidad? ¡Ay de mí, que tan de buena gana ando vagueando por las criaturas tras unas gotas de agua turbia, que, no solamente no matan mi sed, sino antes la encienden y despiertan más, y dejo aquella limpísima y perdurable fuente de todos los bienes, adonde solamente puedo apagar mi sed y satisfacer el hambre que mi alma padece de su verdadero y sempiterno bien!

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

De la suavidad grande de Dios ([1]).

La segunda gavilla y haz de leña para cebar el fuego divino, la habemos de cortar y sacar del altísimo monte de la suavidad de Dios; porque esta consideración grandemente despierta en nosotros y mueve la parte concupiscible de nuestra alma. Y por principio y fundamento se ha de notar que Dios excede y se aventaja infinitamente á todo lo concupiscible que hay en el Cielo y en la Tierra, y deleita sobre todo lo deleitable. Esto consta y se ve claro por muchas razones.

La primera, porque todas las cosas están en Dios en sumo grado; de donde se sigue que si el soberbio desea honra; el codicioso y avaro, riquezas; el perezoso, quietud y holganza; el goloso y lujurioso, deleites; si pusiesen su amor en Dios y lo buscasen en Él, lo hallarían mejor y más aventajado que en las criaturas todas, sin pecado y sin mezcla de imperfección; porque eminentemente está en Él todo lo que es de gusto y deleite. Y así fué que, pidiendo Moisén á este Señor que se dejase ver de él, le respondió (Exod., 33): Yo te mostraré todo el bien, conviene á saber: honesto, útil y deleitable. Y Salomón confiesa (Prov., 6) que con este solo bien le vinieron todos los bienes.

Con esta consideración exclama San Anselmo diciendo (Ansel., in *Prosologio*): Despierta ahora, ánima mía, levanta tu entendimiento y cuanto puedes, piensa con atención cuán deleitable sea aquel Bien que en sí contiene la suavidad y deleite de todos los bienes. Si es agradable la vida criada, ¿cuánto más lo será la criadora esencia? Si es deleitable la vida hecha, ¿cuánto más deleitable será la que hizo todas las cosas? Si es amable la ciencia de las criaturas, ¿cuánto más lo será la de las cosas increadas? ¿Para qué andas vagueando en muchas cosas, buscando bienes criados? Ama un bien en quien están todos los bienes, y ese te basta. ¿Por qué empleáis, dice Isaías (Isay., 55), vuestro dinero, y no en pan, y vuestro trabajo, y no en hartura? Sobre el caso llama Dios á los cielos, y quiere que se pasmen, y que todo el mundo conozca nuestra locura y desatino. Dos males, dice Él (Hier., 2), ha hecho mi pueblo: el uno fué dejarme á Mí, que soy fuente de agua viva; y el otro, que se ha puesto á cavar unos aljibes y cisternas rotas, que no pueden detener las aguas.

Discurramos por todos los estados y modos de vivir que hay en el mundo, y hallaremos que todo lo que de codicia y deleite se halla en ellos es como agua en aljibe roto, que, cuando pensáis que tenéis algo, se os ha ido por cien mil desaguaderos, y al fin os qnedáis con mayor sed. Pregunta San Bernardo: ¿Qué es la causa por qué nuestra alma hambrea tanto y nunca pueda verse harta? Y respóndese él mismo diciendo que el ánima tiene su propio manjar y bebida, y cuando no come ni bebe lo que según su naturaleza le conviene, forzosamente ha de mendigar el sustento ajeno, sin poder jamás matar su hambre ni apagar su sed. ¡Oh, si gustásemos las consolaciones divinas y los regalos del espíritu, cómo no andaríamos á la bellota como puercos! Pero como nos olvidamos de nuestro verdadero sustento, traemos un hambre canina y anda nuestra alma seca como un escarzo y transida de sed.

Decía el Profeta: *Aruit cor meum quia oblitus sum comedere panem meum;* Secóse mi corazón porque me he olvidado de comer mi pan (Ps. 101). Pinta San Bernardo esta rabiosa hambre con admirable artificio. Dice que vió cinco hombres, á su parecer frenéticos y sin ningún juicio, porque todos comían manjares muy ajenos de lo que era ser hombres. El primero comía á dos carrillos la arena de la mar. El segundo, puesto sobre un lago de

([1]) La edición de 1901, por error, puso *santidad*, aunque luego lo corrige en el primer párrafo.

piedra azufre, con grande ansia atraía á sí aquel vapor y exhalación hediondísima, y de ello se sustentaba. El tercero estaba muy alegre sobre un horno de fuego encendidísimo, comiendo las chispas y centellas que de él salían. El cuarto estaba sobre un chapitel muy alto, y, abierta la boca, recibía y tragaba el aire fresco y delgado, y, cuando no corría de suyo, con un abanillo le hacía correr, porque no podía vivir sin aire. El quinto estaba apartado un poco de éstos, escarneciendo y burlando de ellos, siendo el más digno de risa y escarnio de todos, porque con su propia boca se comía á sí mismo y despedazaba sus carnes. Compadeciéndome yo, dice Bernardo (San Bern., *in suis declamationibus)*, de tan miserable gente, deseando saber la razón por qué estos hombres, tan sin ella, comían tales cosas, fuéme respondido que la mucha hambre que padecían era causa de esto. ¡Oh Dios eterno, quién tuviera vuestro divino espíritu para declarar con gran sentimiento esta parábola, de suerte que de sólo leerla quedaran los lectores confusos y avergonzados! ¡Qué mayor miseria para una criatura racional, redimida con sangre de Dios y criada para el cielo, que comer arena, vapores de piedra azufre, llamas de fuego, el viento y sus proprias carnes! Pues, ¿piensa el mundano que come otras comidas mejores que éstas? ¿Qué come el avariento sino arena y tierra? ¿Qué come el carnal y sucio sino vapores y hedentina de alcrevite ó piedra azufre? ¿Qué come el vengativo sino centellas de fuego, que le abrasan las entrañas? ¿Qué come el soberbio sino aire de vanidad, de honra y estimación propria? ¿Qué come el invidioso, que le pesa del bien ajeno, sino sus proprias carnes? Desventurados de nosotros, que tan estragados traemos los gustos y tan olvidados andamos de nuestro propio mantenimiento, que es Dios, en el cual sólo halla el alma verdadera hartura con deleite; porque es tan de codicia que excede infinitamente á todas las cosas del mundo que lo son, y es bien tan universal, que ninguno de cuantos se pueden desear le falta.

La segunda razón de este exceso está en que Dios es fuente perdurable de todas las cosas concupiscibles; y todo lo deleitable y de codiciar que hay en las criaturas son no más que unos arroyuelos, ó, por decirlo cierto, unas goticas que se destilan de esta increada fuente. Y ¿quién duda que se aventaje la fuente al arroyo y la causa á su efecto? Discurre por todas las cosas que deleitan, y acude luego al principio, y verás la suavidad y deleite que hallas en él. Si el panal es dulce por la dulcedumbre que hay en él, ¿cuánto más dulce será la dulcedumbre que le hizo dulce? Si el pan es sabroso por el sabor que tiene mezclado, ¿cuánto más sabroso será el mismo sabor? Si el oro deleita por la hermosura artificial que le puso el platero, ¿cuánto más deleitará la misma hermosura? Pues sepa el alma que todo lo dulce, todo lo sabroso, todo lo hermoso, todo lo precioso y todo lo agradable que hay en las criaturas es (como ya dije) no más que unas gotas de aquel infinito Océano que esencialmente es hermosura, dulcedumbre, sabor, bondad, sabiduría, consolación, descanso, gozo, alegría, paz perdurable, fuente de vida y gloria verdadera.

La tercera razón de este exceso es porque este sumo Bien es todo substancial y los otros no más que accidente; éste es bien simplemente y por esencia, los demás por participación y accidentalmente. De donde se sigue que, si el deleite es bien, el mayor deleite será mayor bien, y el deleite con exceso será excesivo bien; luego el sumo Bien ventaja hará á todos los bienes. En los Proverbios se escribe (Prov., 8.): Todas las cosas que se pueden codiciar y desear, no se pueden comparar con Él de ningún modo de comparación; porque, en respecto de este infinito Bien, todas las bondades de las criaturas son nada. San Jerónimo dice: Todo nuestro sér no es sér, si se compara con el divino y eterno Sér. ¿No miras, ánima mía, cuán de codiciar es el que te digo que codicies y ames? Bueno es el oro y buenas las riquezas, dice San Agustín; pues si un peso de plata le codicias porque es bueno, tanto más le codiciarás si es de oro, cuanto el oro se aventaja á la plata. Pues si se hallase cosa que mil millones de veces fuese más buena que el oro, ¿no estarías, según razón, obligada á codiciarla y amarla otras tantas veces más que al oro? Pues si Dios es infinito Bien, y con infinitas ventajas excede al oro y á todos los bienes, ¿no te parece que te obliga á recoger en uno el amor que repartes en todos los bienes, y dárselo á Él solo, infinitas veces más bueno que todos? ¿Qué vagueaciones son éstas, alma mia? ¿En qué andas buscando bienes? Busca sólo este Bien en quien están todos los bienes, y bástate, como dijo

Anselmo; porque si estás enferma y flaca, Él te será fortaleza; si codiciosa de saber grandes secretos, Él te será infinita sabiduría, que al fin Él es á todos todas las cosas: á los menesterosos, liberalidad; misericordia á los míseros; sanidad á los enfermos; salvamento á los que perecen; benignidad á los fugitivos; alteza á los grandes; riqueza á los avarientos; deleite á los regalones y delicados, y á los cansados descanso. Y, finalmente, es para todos lo que cada uno ha menester; porque, como fuente, llena los deseos de todos. Mas ¡qué engaño tan grande, andarse un alma tras los bienes de la tierra, dejado este sumo y sempiterno Bien! Aquéllos deleitan particularmente, éste en general; aquéllos superficialmente, éste penetra el corazón y empápase en el alma, porque sólo la puede penetrar; aquéllos á tiempos y con límites, éste eternalmente y sin fin. Este ninguno le pierde, sino el que quiere perderle; los otros, de las manos se os cogen y desaparecen aunque no queráis. Séate, pues, ¡oh ánima mía!, amargo más que el acíbar todo lo dulce del mundo, porque sólo Dios te sepa bien y te haga buen gusto. No busques consolaciones en las cosas de la tierra, porque todo corras al amor de Señor tan amable y deleitable. Y si no puedes codiciar y desear de todo corazón este tan inmenso Bien, á lo menos desea y codicia, con el Profeta, desearle y codiciarle.

CONSIDERACIÓN TERCERA

De las perfecciones divinas, y particularmente de la bondad de Dios.

Dijimos de la suavidad de Dios, y cuán de codiciar es para el alma; digamos aquí algo de sus perfecciones y bondad, porque sin duda es la leña en que mejor prende y se ceba el fuego del amor. Porque el bien conocido es el objeto proprio de la voluntad; que, como ya otras veces habemos dicho, aquél es propriamente bien que todas las cosas codician y apetecen. Pues si de razón del bien es ser amado, siendo Dios esencialmente bueno, y la misma bondad, y aun, como dijo Cristo, ninguno merece este nombre de bueno sino sólo Él, ¿qué razón hay para que, conociéndole por el entendimiento, no se vaya desvalida tras de Él nuestra voluntad? Es Dios bondad tan infinita y pura, tan amable y deseable, tan graciosa y de tanta excelencia, que, en su comparación, toda bondad criada no merece este nombre, ni es nada. El mismo juicio se debe hacer de los demás atributos y perfecciones de Dios, porque es tal, que ninguna cosa mayor ni mejor ni se puede pensar ni imaginar. Él es primer Sér eterno, inmenso y absolutamente perfecto. De manera que cualquiera cosa que hace y pertenece á nobleza, eminencia, perfección y bienaventuranza de ser, todo le conviene y pertenece por infinitas razones plenísima y simplicísimamente á Dios. Al fin, toda perfección criada en su comparación es imperfección, y por eso se llama solo Dios, solo Señor, solo Santo, solo Bueno y solo Inmortal. ¿Cómo, pues, no te amamos, Dios nuestro? ¿Cómo no te amamos, Señor de las criaturas, si te consideramos inmenso, infinito, incomprehensible, y sobre todas las cosas en todo género de perfección perfectísimo? Aunque nada de lo que criaste hubieras criado, sino que toda esta máquina por sí se sustentara y de sí tuviera ser lo que es, estábamos obligados á amarte sobre todas las cosas. Porque la naturaleza racional, que todas las considera y hace juicio de ellas, según que por grados halla que se diferencian unas de otras, á las que tienen más de bondad forzosamente ha de dar más de alabanza. Así que más se debe alabar el sol que la luna; más la luna que el lucero; más el alba que la noche; más la rosa y azucena que la violeta, y esto sólo con el discurso de la razón, porque de suyo son mejores estas cosas unas que otras. Pues si á las cosas más principales, aunque de ellas no recibamos provecho, honramos con más aventajada honra, á Dios, que es sobre todas admirable y precioso, principalmente le debemos honrar, amar y servir, aunque, como tengo dicho, ningún bien de su mano hubiéramos recebido. ¿Quién no tuviera por loco y desatinado al que antepusiera al oro las margaritas, y al bálsamo suavísimo los guijarros y pajas vilísimas de este suelo? Pues ¿cuánto más loco y ciego y de juicio más trastornado y pervertido es aquel que pospone el Bien infinito, increado y excelentísimo, á las cosas criadas, caducas y perecederas, amando éstas, buscándolas y suspirando por ellas?

Pero dejado esto á una parte, aunque para amar á Dios hay infinitas razones que hacen fuerza á la criatura racional, principalmente

se ha de amar por quien Él es. El seráfico doctor San Buenaventura, con un galano é ingenioso discurso, prueba que, sobre todas las cosas, Dios debe ser por Sí mismo amado. Su discurso es éste: De todas las cosas amables, lo amantísimo es la vida y bienaventuranza; entre todas, la amabilísima es el amor; sobre todas, la dignísima de ser amada es Dios. De aquí es que, siendo Dios bienaventurado, subsistente, viviente y amor, debe ser [sobre todo] amado. Y, verdaderamente, fuera de razón es que una cosa sea dignísima de ser amada y que no sea en sí amabilísima; cosa indigna, que lo que juntamente es dignísimo de ser amado y amabilísimo, no se ame en grado superlativo. Pues si Dios es vida y de donde se deriva la que tienen las cosas que viven, y es bienaventurado, y por quien lo son los que lo son en el Cielo; y es amor infinito y eterno, y de quien se derivan los amores de todas las criaturas que saben amar, ¿por qué no será amabilísimo y amantísimo, pues es dignísimo de ser amado por quien es? No ama el varón perfecto á Dios sólo por el premio y retribución, ni por otro algún respecto de beneficios y dádivas, sino por sí mismo; que el verdadero amor en sí mismo y de sí mismo se engendra. Así decía San Bernardo: Amo, porque amo; amo, para amar.

Al santo profeta David levantan algunos testimonio, diciendo que servía á Dios por el premio que esperaba, como el demonio se lo levantó á Job cuando dijo (Job, 1): ¿Por ventura teme y sirve Job á Dios de balde? Y esa fué la razón por que le quitó Dios, ó permitió que le quitase el demonio todos los bienes y la salud; para que se echase de ver que no por aquellas cosas le servía, temía y amaba, sino por Sí mismo. Alegan los que motejan de interesal á David por abonar sus intereses, aquel verso del salmo 118, donde dice: Incliné mi corazón á la observancia de vuestros mandamientos por la retribución. Y es lo bueno, que no dice que guardó los mandamientos ni que obró justicia ó justificaciones por el premio, sino que inclinó el corazón. Sí, que diferencia hay entre inclinar yo mi corazón al servicio de Dios considerando el premio que me tiene aparejado, á servirle sólo por el premio; que lo uno es interese puro, y lo otro, amor puro. Sí, que no es malo, sino muy bueno, despertar yo mi alma y mi corazón que se mueve con la consideración del premio, poniéndole delante el que Dios tiene aparejado para los que le aman y temen. La razón por que Dios se ha de amar por sí mismo y no por otro respecto, es porque, si esto no fuese, no le amaríamos con otro más aventajado modo de amor que el con que amamos el caballo, y el perro, y la hacienda; las cuales cosas queremos bien por nosotros. Y si por mi provecho amase á Dios y le sirviese, ó por la bienaventuranza que me ha de dar, y por los beneficios solos que de Él espero, haría ilícitamente; porque esto sería ordenar á Dios á la criatura, pues en cuanto me es útil, y no más, le quiero; lo cual es contra toda razón y justicia. San Agustín dice que el amor con que alguno ama á Dios por respecto temporal es afrentoso. porque antepone á Él aquella temporalidad que tiene por fin en su amor. Sí, que más amo yo la hacienda que á Dios, si por la hacienda amo á Dios. De aquí es, como dice este sagrado doctor, que los buenos usan de este mundo por gozar de Dios, y los malos usan de Dios por gozar del mundo. A éstos llama Santiago (Iacob, 1), sabios de sabiduría terrena, animal y diabólica; porque aman tierra, aman carne y aman á Dios, pero las dos primeras cosas principalmente, y á Dios por el interese, que es proprio de demonios. Verdaderamente, dice Hugo, mayor injuria haces á la caridad y amor de Dios si recibes sus dones y no le das amor en agradecimiento por ellos que si no los recibieses. Por tanto, ó no los recibas (si puedes pasarte sin ellos), ó, si los recibes, procura pagarlos con amor. Ama á Dios y ámate á ti, y ama los dones de Dios por Dios. Amale á Él para gozarle, y ámate á ti para que seas amado de Él. Y por que concluyamos con esta consideración, oye lo que dice el devotísimo Bernardo: El alma que ama las cosas temporales, sucia está é indigna es del amor de su Dios, que con amor se las da.

CONSIDERACIÓN CUARTA

De los beneficios divinos.

Si los beneficios son incentivos y motivos para amar al bienhechor, no se podrá llamar éste haz de leña, sino monte espesísimo y espaciosísimo, por ser tantos. Ni había de quedar cosa en el hombre que no arda en amor

de aquel gran Señor de quien todo lo ha recibido, no con otro fin de que en ellos y por ellos le amen. Testigo es Séneca, que los perros aman á quien les hace bien; y los gatos, como nota Santo Tomás, abrazan y hacen caricias á su bienhechor; y la oveja, con sola la facultad estimativa, huye del lobo y sigue á su pastor; y ¿el alma ha de ser ingrata á tan liberalísimo bienhechor como es Dios? Si por un pequeño beneficio naturalmente amamos á cualquiera hombrecillo de quien le recibimos, ¿cuánto debemos amar á aquel Señor que no una vez, sino muchas, nos ha obligado y obliga cada día con beneficios no pequeños, sino de gran valor y precio? Verdaderamente deja atónita y como ahogada el alma esta consideración. Porque ¿quién contará solos los beneficios de naturaleza? ¿Quién los de gracia? ¿Quién los de gloria, que ni ojo los vió, ni oído los oyó, ni en corazón de hombre jamás pudieron caber? ¡Oh, Dios mío, y cómo no sólo sois digno de que yo os ame por Vos mismo, porque sois quien sois, sino porque con mercedes tan sinnúmero me tenéis obligado á vuestro amor!

Oye, alma mía, lo que el profeta Micheas dice de parte de Dios (*Mich.*, 6): ¿Que piensas que pide tu Señor y tu Dios por lo que por ti ha hecho? Por cierto, no más de que le ames. Todo cuanto ha obrado y padecido lo ha ordenado á despertar en nosotros su amor; de manera que todos sus beneficios son como despertadores del amor que debemos á Dios. Santo Tomás dice *(Sanctus Thomas, Tractatus de amore):* Un contrario contingente pelea con otro contingente contrario y le altera, y, si prevalece en su acción, le asimila á sí. Esto se ve en el fuego, que, peleando con la tierra, con su calor expele la frialdad de ella, y de fría la hace caliente, y, continuándose en esta acción, al fin se calienta en sumo, y de tierra se vuelve fuego, y de una, otra. Así Dios, amando á quien no le ama, y amándole ardientemente como fuego, porque Dios es fuego que consume, estando el hombre frío y sin amor como la tierra, allégase Dios más y más á él, y tocándole con beneficios, le dispone para introducir en él su forma, esto es, su amistad. Primero la calienta, mueve y altera, según aquello del salmo, que dice: Toca los montes y humearán. Finalmente, obrando con frecuencia y perseverancia, porque jamás deja de beneficiar esta animada tierra con preciosísimos dones, la enciende y vuelve en fuego, conforme á lo que Él mismo dice por Sofonías: *In igne zeli mei devorabitur omnis terra;* En el fuego de mi celo, ó de mi amor, será tragada toda la tierra, y la haré semejante á Mí (Sofonías, c. 2). De esta materia de beneficios, en general y en particular, trata copiosa y elegantemente el Padre Fray Luis de Granada en su libro del *Amor de Dios*. Allí podrá el lector ver la muchedumbre de beneficios que Dios ha hecho y hace á los hombres; que yo sólo quiero sacar de raíz y de fundamento la obligación que á mí y á todos nos corre por ellos. Para cuya mayor inteligencia se han de pesar tres cosas: el dante, el que recibe y las dádivas.

Digamos primero del dante, que es Dios, y pesemos en Él dos maneras de dones: uno visible y manifiesto, que es este mundo con todo lo que hay en él, que todo es mío y á mi servicio diputado; otro invisible y secreto, que es el amor del dante. Este es el primero y principal don y fundamento de los demás que vemos y conocemos, los cuales (como en otra parte dijimos) tienen más razón de indicios y señales de este don secreto que de dones, porque en virtud de este primero se nos dieron y dan los demás, y de la grandeza de aquéllos se saca la del amor. Y porque Dios crió todo este mundo, y cuanto hay en él, y lo que hizo lo hizo por el hombre, síguese que lo primero y principalmente amado en el mundo fué el hombre, y que todas las demás cosas amó por el hombre y en ninguna ama sino al hombre, por haberlas todas ordenado al hombre. ¡Oh amor purísimo, sincerísimo, verdaderísimo, segurísimo, graciosísimo y liberalísimo el que Dios tiene al hombre, y al cual ningún merecimiento precedió en el hombre ni cosa que obligase ó incitase á Dios para que le hiciese tanto bien! Más obligado queda el hombre á Dios por este beneficio de haberle dado con tanta liberalidad y tan de gracia su amor, que por todos los demás beneficios; porque más vale su amor que todas las criaturas del mundo. Sí, que tanto tiene de excelencia el amor cuanto es excelente el que ama. Pues ¿qué cosa más excelente que Dios? ¿Qué cosa más poderosa? ¿Qué cosa mejor ó más noble? Luego todos los beneficios vence la grandeza de este beneficio.

Consideremos en el segundo lugar el que recibe, que es el hombre, y veremos clarísi-

mamente la grande obligación que de aquí nace de amar á tan magnífico Bienhechor. Y para que esto se entienda y esta razón apriete, y haga fuerza al corazón humano, mírese la necesidad inevitable que tiene el hombre de todo lo que recibe de Dios. Sí, que no está en mi mano el no recibir las mercedes que Dios me hace, como lo está en la suya el no hacérmelas, porque en Dios hay pura y libre voluntad, y en mí forzosa necesidad; tanto que si no recibo de Dios, es imposible sustentarme un punto en el ser que tengo. Decid que no queréis aire, ni tierra, ni fuego, ni sol, etc., porque sin estas cosas podréis pasar. No es posible, porque nuestra necesidad es inevitable y continua por todos los instantes de la vida, y esa misma continuación tiene la voluntad de Dios en hacernos mercedes y beneficios. ¡Oh Dios mío, amigo verdadero de los hombres, que con tan grande perseverancia socorréis mi necesidad tan irremediable, y no por otro que Vos! ¿Cómo no amo de continuo á Aquel que continuamente acude al remedio de necesidad tan continua?

Lo bueno es que con ninguna cosa puede el hombre pagar ni satisfacer á tanta deuda sino con amor, porque nada tiene que sea suyo sino el amor. En la mano está la prueba de esta verdad. Todo lo que por fuerza y violencia se le puede quitar al hombre, propria y verdaderamente no es suyo; y así, si lo diese todo junto á Dios, no le pagaría la más mínima parte de lo que le debe, porque le da lo que es ajeno. Siendo esto así, bien se sigue que ninguna cosa fuera del hombre es propria del hombre, ni el cuerpo ni los miembros de él, ni la vida corporal, porque, no queriendo, le pueden quitar todo esto; ni aun toda el ánima, porque en parte está atada con los órganos del cuerpo, que tampoco están en nuestra potestad. Pues ¿qué se puede llamar propriamente mío? El amor que procede de la voluntad, que es reina y señora y libre en el hombre, y que por ninguna vía puede padecer violencia. Por lo cual el amor es don libre y precioso, y el que sólo pretende Dios de nosotros por todos los beneficios y mercedes que nos ha hecho, y por su tan liberal y gracioso amor con que nos ama y hace bien. Y ten, para guardar respecto de Dios el orden que guardó Dios respecto del hombre, lo primero que se le ha de dar es el amor; que eso fué lo primero que dió Dios al hombre, y donde se fundaron los demás beneficios que le hizo. Verdaderamente es preciosísimo el amor, porque él de suyo, sin otra dádiva alguna, es amable, aceptable, suave y dulce, y todo lo demás, sin él, no se acepta, ni se ama, ni es de codicia. Mucho recibiste, dice Hugo, y de tu cosecha nada tuviste, ni por todo tienes con qué pagar sino con amar, porque todo lo que recibiste te lo dieron por amor. Y San Bernardo dice: El amor por sí solo basta, por sí solo agrada: él es el mérito y premio de sí mismo. Concluyo con esta consideración sólo con decir que todos los beneficios hechos á todas las criaturas en general y en particular son beneficios hechos al hombre, por el cual fueron ellas todas criadas, y á su cuenta está el agradecimiento de todos, y á ninguno de tantos satisface sin amor.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Del parentesco que tenemos con Dios.

No quiso nuestro gran Señor que tuviese el hombre alguna excusa verdadera ó aparente para dejar de amarle, y así buscó todas las razones que se pueden hallar de amor para provocarle al suyo. Y aunque las ya dichas son eficacísimas y poderosísimas para aficionar y encender la voluntad en el divino amor, éste decir de uno es mi pariente y mi deudo tiene gran fuerza y obliga á mucho en la criatura racional. Subamos por el árbol de la consanguinidad y contemplemos el amor con que amamos á nuestros padres, porque nos engendraron cuanto al cuerpo; que el ánima de fuera viene, como dijo el Filósofo. Atravesemos la línea principal, donde se hallan los hermanos. ¿Qué amor se puede comparar al que se tienen unos á otros, si son tales? Descendamos la línea derecha y pesemos el amor de los padres respecto de sus hijos, por los cuales se han puesto muchos muchas veces á perder las vidas, y lleguemos después al amor de marido y mujer, entre los cuales no hay grado de parentesco, porque son una carne. Es tan grande, que excede á todos los demás. Pues, ¡oh ánima mía!, mira, yo te ruego, la leña que por esta consideración se te administra, que cierto es bastante, no sólo para encenderte en el amor de tu Dios, sino también para abrasarte y hacerte un fuego con él. Si se ama el padre y la madre porque nos en-

gendraron cuanto al cuerpo, Dios ¿no es más que padre y madre, pues te hizo y te posee, y te crió? Y ¿qué tiene que ver lo que los padres carnales pusieron en mi generación, en comparación de lo que Dios puso? En lo que mis padres me dieron, no difiero de las bestias; en lo que me dió mi Dios, soy semejante á los ángeles y al mismo Dios. Y más: que en lo que es de mis padres, mayor parte tiene Dios que ellos; porque es causa universal de mayor influencia que ninguna otra particular. No quiero tocar aquí las razones que de paternidad se hallan en Dios, porque será nunca acabar; baste saber que nadie merece este nombre de padre sino Él. Así decía Cristo á sus discípulos (Math., 23): No queráis llamar á ningún hombre padre en la tierra; porque sólo un Padre tenéis que de verdad haga oficio de padre, y ése está en los Cielos. Pues si quisiésemos ahondar en esta consideración de que es madre, no se hallarían palabras para declarar el amor que debajo de este título nos muestra. Ese es el encarecimiento que el mismo Dios hace de su amor, por Isaías, diciendo: ¿Olvidarse ha, por ventura, la madre de su infante salido de sus entrañas? ¿Podrále faltar misericordia para él? Parece que es imposible. Pues si ella se olvidare, dice Dios, yo no me tengo de olvidar, porque soy más madre que todas las madres.

Dejemos ya la paternidad, y pasemos á contemplar la fraternidad. ¿Qué consideración puede haber más dulce que ésta? Dios es mi hermano, y no por cierto como los que lo son según la carne y sangre y voluntad de varón, que esos disminuyen el amor de los padres y las herencias, si son muchos; con nuestro hermano mayor nos ha sucedido muy de otra manera, que no sólo no se ha disminuído el amor de su Padre para con nosotros, antes por su respecto ha crecido y se ha aumentado, al menos cuanto á los efectos; porque después que el Unigénito de Dios se hizo nuestro hermano por la humanidad asumpta, los favores que nos ha hecho han sido mayores que fueron los que hizo á los hombres antes de esta hermandad. Y, lo que es más de estimar, que no nos quitó ni disminuyó la herencia; antes, los que por nuestras culpas estábamos desheredados, fuímos por sus merecimientos admitidos de nuevo á la heredad del Cielo y hechos con Èl juntamente herederos. Bajemos ya la línea recta, y veremos bajar con gran ímpetu el amor de los padres á los hijos, despeñándose y sin poderse disimular. Lo cual se ve cada día en los animales que carecen de razón, que con el amor de los hijuelos se meten por las lanzas de los cazadores, aventurando sus vidas por conservar las de ellos. Queriendo, pues, nuestro Dios ser amado con aquella ternura que de sus padres lo son los hijos, quiso ser hijo nuestro, no sólo por la carne de que se vistió (que esa filiación á sólo la Virgen toca, que es su verdadera Madre y Él su verdadero Hijo), sino nuestro, de cada uno, digo, que quisiere ser su padre. Él mismo lo dijo por San Lucas [1] (Luc , 12): El que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los Cielos, ése es mi padre, mi madre, y mi hermano y mi hermana. Si por hacer una doncella la voluntad de un hombre viene á ser madre, ¿por qué no haré yo la de Dios, por ser padre y madre de Dios, especialmente no interviniendo corrupción, como en la doncella, que lo deja de ser en siendo madre, sino integridad y pureza? Si la madre concibiendo su hijuelo sucia y asquerosamente, y trayéndole en su vientre nueve meses tan á costa de su salud, y pariéndole al cabo de ellos, no sin dolores y peligro de muerte, y criándole con solicitud y trabajo, y saliéndole muchas veces ingrato y desobediente, con tanta ternura le ama, ¿por qué no amaré yo y abrazaré como madre á mi Jesús, que por obra del Espíritu Sancto limpísimamente le concibo en el vientre de mi alma, que es la memoria, y con suavidad y deleite le traigo en ella y le vengo á parir con seguro de la vida, y con tanta facilidad le sustento y crío, y es báculo de mi vejez, ojo de mi ceguedad, y que hasta la hora de la muerte me ha de guardar la fe de hijo, ayudándome en tan riguroso trance? Abraza, alma mía, este pequeñuelo hijo tuyo, nacido para tu bien y todo para ti, como dijo Isaías (Isay., 9), y pon en sólo Él tu amor como verdadera madre. Y si no te parece que basta este título de hijo para inflamar tu afecto en el amor suyo, pasa á considerar el vínculo más estrecho que se halla y el parentesco más cercano, que es ser tu marido y desposado, y así no dudarás por el amor suyo dejar el padre, y la madre, y todo lo que hay en el mundo por juntarte á Él.

[1] La autoridad que cita, tanto en el texto como al margen, atribuyéndola á San Lucas, es de San Mateo, en el cap. XII, v. 50.

Gran Sacramento, dijo el Apóstol (Ephes., 5), es éste, hablando del matrimonio; mas porque esta grandeza no la tiene de suyo, sino por lo que representa, añadió luego: Digo esto en Cristo y la Iglesia; esto es, por la significación; porque, si bien miramos en ello, representa tres matrimonios admirables. El primero, entre el Verbo y nuestra humanidad. El segundo, entre Dios humanado y la Iglesia. El tercero, entre Dios y el alma. Pues si el sacramento del Matrimonio es grande por la representación de estos tres matrimonios, ¿qué tan grandes serán los mismos matrimonios? Dejemos el primero y el segundo, y tratemos el tercero, tantas veces celebrado entre Dios y las almas.

Y por principio digo, que en toda la divina Escritura no hay cosa más repetida ni sabida que el amor que Dios tiene al hombre, y la gana que muestra de juntarle á Sí, por fe y caridad. El cual ayuntamiento y amorosa unión llamaron los Santos matrimonio y bodas, y al alma que quebranta la fe prometida llaman adúltera. En los legítimos matrimonios (como en otra parte dijimos) todas las cosas son comunes: hacienda, hijos, oraciones, trabajos, y, al fin, todo anda de comunidad. Lo mismo pasa en este matrimonio espiritual, en que la vida, sangre, merecimientos, oraciones, trabajos y justicia de mi Cristo, y el mismo Cristo es mío y para mí, y mis enfermedades, miserias, flaqueza y dolores son para Él. De esto tuvo significación aquel trueco de la costilla del hombre por la carne de la mujer. Quitáronle, dice la Escritura (Gén., 3), á Adán la costilla fuerte y diéronsela á Eva, y pusieron en su lugar carne. Tomó el desposado lo flaco de su esposa para poder padecer y morir por ella, y dióle lo fuerte que él tenía, que es su espíritu, para que también pueda ella hacer por él otro tanto. De aquí es que el esposo va temblando á la muerte, y de sola la aprensión de ella suda gotas de sangre, y la desposada va á los tormentos como á bodas, haciendo burla y donaire de ellos.

Muchas cargas hay en el matrimonio carnal, y no faltan en este espiritual: en aquél ponen á la mujer la estola ó velo por la cabeza, y al varón por los hombros; argumento y reseña de que la mujer, con obedecer y estar sujeta, cumple, y de que el marido ha de llevar el peso y la carga y ha de poner hombros á los trabajos. El profeta Oseas declaró admirablemente el cuidado del Esposo celestial en acudir á las necesidades de su esposa por estas palabras (Oseas, 2): Yo te desposaré conmigo por fe y caridad; y para que sepas quién es tu desposado, en viéndote con necesidad pide confiadamente, que la Tierra dará voces á los Cielos: Cielos, dadme agua, que la pide la esposa de mi Criador; los Cielos pedirán nubes, las nubes agua, y entonces Yo daré nubes al Cielo, y el Cielo agua á la Tierra, y la Tierra pan, vino y aceite y los demás frutos que mi esposa hubiere menester. ¿No veis qué bien hace Dios el oficio de marido y cómo provee tan cumplidamente á su esposa? Mas, ¡ay!, que si el marido está sujeto y obligado á las peticiones de su mujer, ella está obligada á no alzar los ojos ni volver la cara sino á su marido. Delgadamente notó un sabio de nuestros tiempos esta reciprocación de amor en el modo de hablar que guarda la Escritura acerca de las mujeres casadas, las cuales tienen por sobrenombre suyo el nombre del marido: María de Salomé, María de Jacob. También los Santos se llamaron antiguamente de Dios: Hombre de Dios, Varón de Dios. La razón de esto es, porque la mujer es hacienda del marido, y el alma es hacienda y pegujar de Dios. Y no le falta su retorno á este amor; porque si los justos se llaman hombres de Dios, Dios se llama Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, Dios de los antiguos Padres y de todos los justos. De manera que el sobrenombre de Dios es el nombre de los justos, como el de la mujer era el nombre del marido. Y es el misterio, que Dios es hacienda de los justos; y como vos hacéis de vuestra hacienda y mujer lo que queréis, así el justo hace de Dios lo que quiere. Lo cual todo se obra por virtud de este espiritual matrimonio, que hace comunes todas las cosas entre Dios y el alma, su esposa.

No quiero tratar aquí de los celos que suele haber entre los casados, los cuales en Dios son tan subidos, que ni una palabra ociosa habéis de hablar sin su licencia, y, si la hablarais, tiene jurado que le habéis de dar cuenta de ella en su juicio. De aquí nace el mal tratamiento que hace á sus amigos, porque no se los codicie nadie, que esa es la razón que da la esposa de estar morena y desaliñada. No me queráis considerar, dice ella, que estoy quemada porque tengo marido celoso, que aun lavarme la cara no me deja, ni poner-

me cosa con que agrade á otro fuera de Él (Cant., 1). Ni quiero tratar de los males de ausencia, que quien no sabe de ellos no sabe de mal, que aun allá dijo el otro poeta:

Menos mal muerte que ausencia,
Menos si hay perfecto amor:
Sólo es dichoso amador
El que siempre está en presencia.

Dicen que es dolor intolerable el que sienten dos bien casados cuando entra de por medio división y ausencia. Y vese claro por una ley que tenía Dios hecha en su pueblo, por la cual mandaba que el primer año del matrimonio no llevasen á la guerra á ningún casado. De donde tomó la Escriptura comparar el sentimiento que es bien que haga un alma por haber pecado y apartádose de su Esposo con el que hace y tiene la recién casada que ha perdido su marido. Llora, dice (Joel, 1), como virgen vestida de saco y de cilicio sobre su nuevo desposado y marido, que no recibe consuelo si le pierde ó se le ausenta. ¡Oh, qué dolor tan grande es verse un alma apartada de su Dios la primera vez después de haberse desposado con Él por fe y caridad! El Cielo quiere tomar con las manos, y con razón por cierto; porque quien á Dios pierde, todo lo que puede ser de contento y de bien pierde. Y porque de materia de celos y de ausencias copiosamente hemos dicho en los capítulos pasados, dejando otras muchas consideraciones en lo que toca al matrimonio espiritual, que provocan á amor, á la discreción del sabio lector, me paso á la sexta consideración, donde espero el fruto que pretendo, que es la inflamación del corazón en el amor de aquel Señor que nos es tan semejante, que jamás hace ausencia y cuya amistad es tan provechosa.

CONSIDERACIÓN SEXTA

De algunas otras razones que se hallan en Dios para ser amado.

Infinitas otras razones hay, fuera de las ya dichas, que obligan y hacen fuerza al hombre á que ame al infinito Dios infinitamente (si fuera posible), ó á lo menos con deseos de amor infinito. Pero así como sería grande ignorancia y temeridad tratar de acumularlas y juntarlas aquí todas, sería también cortedad no poner algunas, especialmente aquellas que, á nuestro modo de entender, encenderán más el corazón é inflamarán el afecto. Haciendo, pues, un manojo como los pasados, para poner en el altar de Dios, ya que vino á pegar fuego á la tierra y quiere que arda, digo que, entre otras, hay en Dios tres razones de amor poderosisimas para arrebatar á Sí los corazones de todos los hombres, por pesados que sean, si con atención las pesan. La primera es la conformidad de naturaleza; la segunda, la infalible presencia en todas las cosas y á todos tiempos; la tercera, el útil de su amistad.

Cuanto á lo primero, ya sabemos del Eclesiástico, y por experiencia, que todo animal ama su semejante, y que tanto es mayor el amor cuanto lo es la semejanza. Vese esto bien claro aun en las aves del campo, que las de una especie siempre andan juntas de compañia y en bandas. Pues si yo soy amigo de un hombre, y me acompaño y ando con él, porque es mi semejante en la naturaleza, y tanto más amigo cuanto más se parece conmigo, ¿cuánta mayor razón hay de serlo de mi Dios, que, para que esta semejanza de amor no faltase en Él, se hizo hombre semejante á mí, no fantásticamente, sino con toda verdad? Á nuestro padre Adán, después del pecado, fuéle dicho por una de las divinas personas: *Ecce Adan quasi unus ex nobis factus est, sciens bonum et malum;* Ya estará contento Adán, que es, como uno de nosotros, sabedor de bien y de mal (Gén., 3). Este modo de decir fué irónico y por mofa y escarnio, que nunca tan desemejante quedó Adán como después que pecó. Pero nosotros podemos, no con ironía, sino con hacimiento de gracias y con un gran peso de amor, decirle al Verbo las mismas palabras: Verdaderamente, Señor, como uno de nosotros os habéis hecho, ya sabéis de bien y de mal. Luego, con más razón debo amar á Dios Hombre que á ninguno de todos los hombres, por ser más mi semejante que todos los hombres. Especialmente, que concurren en Él tres circunstancias que agravan esta obligación; conviene á saber: la causa de haberse humanado, el estado que tiene y el señorío con que quedó. La causa fuí yo: por mí se hizo Dios hombre, que no era hombre, por redimirme con su muerte, por apacentarme con su carne y sangre en el Sacramento, por enseñarme con

ejemplos de vida y para beatificarme todo con ambas naturalezas, divina y humana, en su gloria. Pues si se considera la grandeza y nobleza de este Hombre, que es más admirable que todos los hombres, mayor obligación me corre á amarle que á otro cualquiera simple hombre. Y si el señorío, ¿por qué no amaré á quien nunca se corrompe, ni deja de ser hombre, ni muere, ni puede morir como (¹) cualquiera de los demás hombres sujetos á corrupción y muerte?

La segunda razón especial de amor es la presencialidad, que mucho puede la presencia de un hombre para ser amado de otro. Al fin, donde hay ausencia no se halla que el amor crezca, antes va en disminución y proverbialmente se dice: olvido y mudanza son males de ausencia. Pues si es bastante causa para que un hombre de otro sea amado la presencia, ¿qué amor se le debe á Dios, que nunca de sus amigos se ausenta? Item, el hombre está junto á mí cuando más presente; Dios dentro de mí cuando más ausente. San Agustín decía: Dentro de mi corazón te tenía, Señor mío, y mi corazón andaba errado en busca de Ti. Dirásme, por ventura: ¿Cómo, si está dentro de mí, no le siento? Responde Santo Tomás (S. Thom., opúsculo *de amore)*, que tampoco en el hombre que tienes presente ves más que el cuerpo; pues el alma, que es la que amas y por quien amas el cuerpo (que si ella faltase, aunque de padre y de madre le aborrecerías), no sabes si está ó no presente sino por las acciones exteriores y por las palabras que oyes de su boca. De esta manera, aunque por razón del estado de viador que estorba y impide no veas á Dios en Sí, que por esencia está presente á ti, por los efectos que obra en tu alma puedes conjeturar que le tienes presente. Item: el hombre, unas veces está presente y otras no, y está en un lugar y no en otro; Dios nunca se ausenta de nosotros, porque en Él vivimos y nos movemos y somos; y si hay división es por nuestra culpa, y la ausencia es de nuestra parte y no de la suya. Dentro de mí estabas, decía San Agustín, y yo fuera; conmigo morabas, mas yo no contigo. Al fin, como dijo Jeremías (Hier., 23): Dios es tan grande que llena el Cielo y la Tierra, y de ninguna parte falta; y cuando los hombres te falten (como suelen), en la muerte le hallarás presente como amigo para ayudarte. Luego más digno es de ser amado que todos los hombres.

Y si esto no te basta, porque eres de los que aprueban las amistades por el útil, considera la tercera razón de amor, y verás que la de Dios no es provechosa como quiera, como lo son las de todos los demás hombres, porque es amigo en todo lo que es de utilidad para quien lo es suyo. De el verdadero se pueden desear y esperar tres maneras de provechos, conviene á saber: que me haga participante del bien que tiene proprio; que sea en aumentar el bien que gozo mío, y que aniquile ó disminuya el mal que padezco en la persona, honra ó hacienda. Mira, pues, si es Dios amigo en el dar. A su proprio Hijo no perdonó, y por todos nosotros le entregó á la muerte, y quedó con este hecho obligado á no negarnos cosa que tuviese y hubiésemos menester; y al fin ha venido á darnos cuanto tiene y á Sí mismo (como largamente dijimos en el capítulo XII de la primera parte). Mira también si es amigo en lo segundo. El bien se aumenta y crece con la comunicación y aplauso del amigo (aunque ésta no es infalible prueba de amistad): Dios conoce que lo que tienes son dones suyos, y, conociéndolo, se goza de que tú los goces y poseas, y no tiene necesidad de que le des parte en ellos; luego más es que amigo de los que se usan en el mundo, y merecedor de más amor y honra que todos. Mira lo tercero con ojos claros, y conocerás sobre ti una tan grande carga y una obligación tan estrecha de amar y servir á tu Criador, que para ninguna otra criatura te quedará amor, si no fuere en Él ó por Él. Dicen que es mi amigo el que lleva parte de mis trabajos, ó me los disminuye ó quita del todo. Nadie, pues, tan amigo como Dios, que no pudiendo en su divina naturaleza, sumamente buena, sufrir y haber parte en mis males, se vistió de la mía y, apiadándose de mí, me acompañó en ella para consolarme, y á su costa y con pérdida de su vida desterró todas mis miserias. Aristóteles redujo á cinco males los que se pueden padecer en el mundo, conviene á saber: enfermedad, pobreza, infamia, enemigos y muerte. Discurre, pues, alma mía, por todos estos males, y verás cómo en todos te hallas acompañada de tu Dios que te los ayuda á llevar, y aun te los quita por

(¹) Este *como* es *que* en el impreso; me parece que así tiene la frase mejor sentido.

llevarlos Él. Isaías dice (Esay., 58): Verdaderamente llevó nuestros dolores y sufrió nuestras enfermedades. Y San Pablo: Siendo rico, se hizo pobre por enriquecernos. Y los Evangelistas todos afirman que le deshonraban los suyos llamándole embaidor, tragón, endemoniado y revolvedor de pueblos. Pues ¿qué diré de los enemigos que cobró por hacerme amigo con su Padre? Y la vida, ¿por quién sino por mí la perdió? Pues si buscamos fidelidad, ¿quién tan fiel como Dios? En la adversidad, en la prosperidad y en la novedad y mudanza de estado, siempre se mostró amigo fiel. Hermanos llamaba á los Apóstoles en la vida, hermanos cuando se parte para la muerte y hermanos después de resucitado y lleno de gloria. Pues de su hermosura, de su sabiduría, de la suavidad y gracia en sus palabras, ¿qué diremos? Un larguísimo tratado se pudiera hacer de cada cosa; pero baste por ahora haber abierto camino al contemplativo, para que á sus solas pese estas tan grandes obligaciones que tiene de amar y servir á sólo Dios.

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

De las calidades del amor de Dios para con el hombre.

Aunque de esta materia, esto es, del amor de Dios respecto del hombre, largamente habemos dicho en la primera y segunda parte de este tractado, me pareció añadir aquí algunas consideraciones dignas de que el alma las entienda y rumie, y así se encienda en el amor de su Dios. Si quieres ser amado, dice Séneca, ama. Cumpliólo de manera el Señor, que ninguno dignamente puede pensarlo ni estimarlo. Hace fuerza violenta y necesita á que le amemos sobre todas las cosas este decir que nos amó. No hay con qué se encienda mejor el fuego corporal que con otro fuego, ni un gran fuego como con otro gran fuego, conforme á la regla tópica. Así, el amor, que, como dice Hugo, es fuego, con ninguna cosa se enciende mejor ni más presto que con la atenta y perseverante consideración del amor divino y de los beneficios que con él nos hizo y hace cada día. Y ¿qué hay en el mundo que tanto me provoque á mí á que quiera bien á uno como saber por beneficios que me ama y quiere? Pues si esto es así, ¿hay fuego tan grande como el que en el pecho de Dios respecto de nosotros arde? Mayor es el fuego del amor de Dios, y para inflamarnos más poderoso que lo fuera para quemar una pequeña estopa un fuego tan grande como todo el mundo. Y así, el que quisiera arder en el amor de Dios, dése mucho á pesar esta palabra: Amado soy de Dios. Pero ¿cómo? Eso queremos aquí sacar á luz, cuanto con la divina nos fuere posible.

Y decimos lo primero que Dios nuestro Señor ama á todos, así precitos como predestinados, con un general amor, porque lo es el que tiene á todas sus criaturas. Pruébase esto por la definición del amor, que aquel se dice amar que quiere bien para aquel á quien ama: Dios quiere bien á todas las criaturas, luego su amor es general. Gerson dice que Dios, con un invariable amor, produce el gusano y el ángel, como se escribe en el Génesis (Gén., 1), que con una palabra dijo y fueron hechas todas las cosas. Y aunque cause esto en algunos admiración, es verdaderísimo, y lo contrario erróneo, porque es artículo parisiense que la primera causa de tal manera es remotísima, que juntamente es presentísima y conjuntísima, y así es generalísima, que también es singularísima. En el libro de la Sabiduría se escribe (Sap., 11): Amas todas las cosas que son, y nada aborreces de cuanto hiciste. Verdaderamente amó Dios todas las cosas que crió para que fuesen, y amándolas las conserva en el sér que les dió, y las gobierna y aprueba como buenas, de todas las cuales ninguna otra causa se halla sino la no comprendida medida de su inestimable caridad. Que el amor (como en la cuarta consideración probamos) es el primer don en el cual, y del cual, y por el cual, y para el cual, se dan todas las dádivas que liberalmente se dan. Por eso llamó Platón al amor círculo infinito, porque todo lo que sale de Dios y vuelve á Dios sale y vuelve con amor.

Decimos lo segundo que ama Dios á cada uno y á todos con amor espirado, esto es, con el Espíritu Sancto, porque, como nota Sancto Tomás, el Espíritu Sancto es el amor con que Dios nos ama. Y la glosa dice que un mismo amor es el con que el Padre ama á su Hijo, y por quien nuestra ánima es amada de Dios.

Las dificultades que hay en esta proposición ([1]) son muchas; yo las dejo para las

([1]) El impreso dice sólo *posición*.

escuelas, por que veamos otra manera de amarnos Dios, que es con amor voluntario, y no por necesidad, ni forzado, que esto repugna á la naturaleza del amor que es don libre. Él mismo se declaró por un profeta, diciendo *Diligam eos spontanee:* Amarlos hé libre y voluntariamente (Oseas, 14).

Ámanos, lo cuarto, con amor cognoscitivo, y que actualmente entiende á cualquiera de los que ama, y qué beneficios hace á cada uno. Que Dios es entendimiento puro; y como la operación sigue la esencia y ser de la cosa, entiende Dios su amor y su acto de amar y conoce á todos y á cada uno en particular á quien ama y á quien hace mercedes, porque su amar es conocer. Así dijo San Agustín: *Sicut unum totum simul perfecte considerat, sic singula quælibet ac diversa perfecte simul, totaque conspicit visus ejus;* De la misma manera conoce todas las cosas juntas que cada una en particular, y todas juntamente, sin división ni conmutación ni disminución las considera. Con un simple mirar lo ve todo: lo presente, pasado y futuro, y actualmente lo entiende y está á todo presente, porque es acto purísimo. Mira aquí, alma mía, cuánto es y cuán sin medida el afecto de la caridad de tu Dios para contigo; pues que, conociendo distinta y claramente tus maldades, tu ingratitud y poca devoción, no quiso detener la corriente de su amor ni de sus beneficios para contigo. ¡Oh verdadero amor cognoscitivo! Si te conociesen los hombres y te pesasen con la atenta consideración, no dudo sino que derritieses sus corazones, aunque de hielo ó de diamante. ¡Que esté Dios mirando en acto mi malicia y las ofensas que le hago, y que en aquel mismo tiempo que las hago me esté amando y beneficiando, como si le estuviera haciendo muy grandes servicios! Bendito sea tal amor.

Quizá pensaréis que es moderno y nuevo este amor; no por cierto, sino eterno; porque *ab eterno* dispuso y ordenó de hacer bien á cada uno de los hombres. Lo cual queda claro de lo que arriba dijimos, que el amor de Dios es el Espíritu Sancto, que, por ser eterno, lo ha de ser el amor con que nos ama. Y ¿qué mejor prueba se puede buscar para esta verdad que lo que el mismo Dios dice por Jeremías? (Hier., 31): En caridad perpetua te amé, y en tiempo me apiadé de ti y te atraje á Mí. Antes que yo fuese me amó, y siendo se apiadó de mí y me llamó y atrajo con beneficios. A los justos dirá el Juez eterno, Cristo, en su Juicio (Mat., 25): Venid, benditos de mi Padre; poseed el Reino que os está aparejado desde la constitución del mundo. ¡Oh palabras más dulces que la miel, poderosas para derretir corazones de bronce! Dios ¿no es *ab eterno?* Sí. ¿No hizo el mundo en tiempo? Sí. Al hombre ¿no le crió después del mundo? Sí. Pues ¿cómo es esto que antes que fuese yo ni fuese el mundo me tenía Dios á mí aparejado Reino?... Glorifíquenle los ángeles, alábenle todas las criaturas, bendígale mi alma y cuantas cosas en mí hay (Psal. 102). Que si le preguntara á Dios en su eternidad qué pensamientos eran los suyos, pudiera muy bien responder: Estoy pensando en ordenar un Reino en que reine Fray Juan de los Angeles. Plega á Ti, mi Dios, que ello sea así por tu bondad infinita. Antiquísimo es el Reino de los justos, y más antiguo el cuidado de Dios, que con amor eterno se lo aparejó. En esta consideración me quisiera detener más, por ser tan eficaz para mover las almas al amor de su Dios; pero no es menos eficaz la que se sigue, y es:

Que no sólo nos amó Dios *ab eterno* habitualmente, sino con un amor actualísimo que sin ninguna interpolación, ni por un instante, dejó de enderezarse y ser llevado sobre nosotros. Y la razón es porque, como dijimos, es Dios acto purísimo sin mezcla alguna de potencialidad, y así nos ha de amar actualmente siempre. Que, como dijo Sanctiago (Iacob, I), acerca de Dios no hay transmutación, ni suceder unas cosas á otras, para que Él las ame sucesivamente: siempre entiende y ama en acto, y no habitualmente y en potencia. De aquí es que su amor, ni desfallece con el uso, ni se envejece con el tiempo; es antiguo y es nuevo, y así son sus dones nuevos y antiguos. Porque, acerca de Dios, ni hay pasado ni porvenir, sino presente. Y lo que una vez da, siempre lo da. De otra manera hallarse hia mudanza en Dios, lo cual aborrecen y abominan las orejas piadosas. ¿Qué sacamos de este discurso? Que nuestro agradecimiento ha de ser tanto por todos los beneficios de Dios, como, cuando y en la hora que nos los estaba dando y nosotros los recibíamos. Sacamos más. Que todas y cualesquiera obras de Dios son nuevas, y cualquiera cosa que una vez hizo, siempre la hizo, y esto por su inmutabilidad. Eso es lo que dice el Padre á

su Hijo (Psal. 2): Yo te engendro hoy; porque no hay ayer ni mañana en Dios, sino hoy. Por lo cual debe cada uno (como nota San Bernardo) estimar, pesar y agradecer el beneficio de la Encarnación y Redención, como si ahora se estuviera obrando. Que por eso dice la Escriptura de Cristo (Apoc., 13), que es cordero muerto desde el principio del mundo. Porque en la mente de Dios estaba muerto desde el principio del mundo y lo está ahora, porque con el afecto que se ofreció una vez por nosotros en la cruz se ofrece cada día al Padre, principalmente en el altar. Y el Padre le acepta y aceptará hasta el fin del mundo, como le aceptó en su principio.

Pero sepamos qué tan grande es este amor que Dios me tiene, pues de su antigüedad no hay duda. Cierto, infinito. Porque cuando Dios nos ama, ámanos la inmensidad, y, porque por el Espíritu Sancto nos ama, síguese que es amor infinito el [amor] con que nos ama. Y no sólo infinito, sino total; esto es, con todo su conato y virtudes. Y de esto es la razón, porque la simplicidad divina no admite partición alguna ni la tiene. Por lo cual, todo uñido es para todos y para cada uno de por sí. Admirablemente dijo esto Hugo de Sancto Victore: *Vere amor mirabilis, solus et non solitarius; amor participatus nec divisus, communis et non singularis, cunctorum singulus, singulorum totus, non participatione plurium decrescens nec minutus, cujus fructus unus et idem totus reperitur;* Verdaderamente amor [es] maravilloso; solo, mas no solitario, porque es del Padre, Hijo y Espíritu Sancto. Amor participado, más no dividido; común y singular; de todos singular, y todo de cada uno; no disminuído ni falto por la participación de tantos, cuyo fruto hallamos ser uno, y ese mismo es todo. Luego no hay que temer distraimiento de ánimo en Dios, amando á todas sus criaturas; pues todo es para todas y todo para cada uno de ellos. Proprio es, dice San Bernardo, de la simplicísima naturaleza de Dios mirar á muchos como si mirase á solo uno, y mirar á uno como á muchos. Ni á la multitud es mucho, ni á los pocos raro, ni á la diversidad diverso, ni á la unidad restricto y estrecho, ni ansioso á los cuidados, ni perturbado en las congojas y solicitudes. De tal manera intento á una cosa, que no se detiene y enreda en ella; y de tal manera atento á muchas, que no se distrae. Así dijo San Agustín (Aug., lib. II *Confession):* De tal manera tiene Dios cuidado de cada uno como si no fuese más que uno, y de todos como de cada uno. ¡Bendito sea tal Dios, que, amando á todos en común, no falta á ninguno en particular! A todos ama, y á mí como si fuese yo solo: en la mesa de todos entro para ser con todos amado, y de la mesa de todos salgo, porque singularmente me ama. Así atiende á mí solo como si de todas las demás criaturas del Cielo y de la Tierra estuviese olvidado y de mí solo tuviese memoria. ¿Quién oye esto y no se confunde y avergüenza de amar á retazos y con tantas limitaciones al que con todo afecto de Padre, Hijo y Espíritu Sancto le está siempre actualmente amando como si fuese solo? ¡Bendito sea tal amor, todo de todos y todo mío! Yo, si amo á dos, divídome, y si amo intensamente á uno, tengo de amar remisamente al otro; y esa es la razón por qué quiere Dios para Sí todo el corazón; porque, si damos lugar en él á otra cosa que Dios, habemos de faltar al amor de Dios. Por eso dice (Math., 22): Amarás á tu Dios de todo tu corazón, de toda tu ánima y de toda tu mente. Como si dijera: No bastas á amar muchas cosas sin hacer falta á todas; ama una en quien está todo lo que es amable y de codicia, que soy Yo, y tendrás cumplido con todas, pues todas las crié por mi gloria.

¿Dirás, por ventura, que tan grande y tan afectuoso amor no es sin algún interese? Engáñaste y yerras, como dicen, todo el Cielo; porque el amor con que Dios nos ama es gracioso; porque ni de nuestra parte han precedido merecimientos que á amar nos le obliguen, ni de la suya hay necesidad de lo que somos ó tenemos para que por eso se mueva; sólo tuvo Dios ojo á nuestro útil, y no al suyo. Por eso dijo San Juan (I Ioan., 4): Amemos á Dios, que nos amó antes que con amor le obligásemos ni con dones le provocásemos. Y en otra parte dice (In codem cap.): En esto está la caridad de Dios, no en que nosotros le hayamos amado primero á Él, sino en ser su amor tan antiguo como Él mismo para nosotros. Y el Apóstol dice: ¿Quién granjeó el amor de Dios con dádivas? ¿Quién dió para que le diese? Nadie, por cierto. Antes que naciesen ni fuesen en el mundo los dos hermanos y contendores, aborreció á Esaú y amó á Jacob (Malach., 1). ¿Qué puedes añadir (dice Franco) de gracia á aquella suma

é infinita bienaventuranza que no recibe aumento ni conoce defecto, si le hicieres muchos servicios y dieres grandes alabanzas? O ¿qué le quitas, si eso le quitas? A ti, pues, te aprovecha, y tu negocio hace, el que te manda que le sirvas; porque, por el mérito de tu devoción, cuasi por justicia es forzada aquella inmensa piedad á remunerar con premios eternos tu confiada obediencia y cortos servicios. Y aun ésta es otra cualidad del divino amor, que no es para otro menor fin que beatificarnos con su gloria en Sí mismo. San Crisóstomo dice: Por eso nos crió Dios, y no siendo hizo que fuésemos: para darnos los bienes eternos y el Reino de los Cielos, y para que gocemos de Él. *Et propter hoc omnia ab initio temporum egit, et agit.* Mirad lo que Dios ha hecho desde el principio del mundo y hace y hará de aquí á que se acabe, que no es otro su fin que nuestra beatitud. Quisiera añadir á lo dicho lo que no sin admiración se puede leer ni escribir, pero temo que no he de acertar á decirlo. Con todo, diré, como supiere, que Dios puede dar más luz que la que de estos escritos se podrá sacar á quien con humildad y perseverancia llamare, pidiere y buscare.

Digo, pues, que es tan intenso el amor de Dios para con los hombres, que le sacó de Sí; que proprio es del amor sacar de sí á los que aman y hacer que padezcan éxtasi. Maravillosa cosa es ésta, pero verdadera y con tres testigos abonados confirmada. El primero San Dionisio, cuyas palabras son tan dificultosas, que tuve por mejor no ponerlas; pondré, empero, las de su comentador, y lo que Gerson dice sobre los Cantares. El comentador dice: *Quia Dionisius dicit, Deum ad omnia existentia providentiis per abundantiam amativæ bonitatis, habitudine extra se ipsum fieri; procul dubio propter nos, quorum gratia solum hæc diligit, sive curat, hoc facit; non enim est de bobus Deo cura nisi nostri causa;* Ha dicho Dionisio que sale Dios de Sí amando á todas sus criaturas y proveyéndolas en todas sus necesidades; y dice el comentador que no ama sino al hombre; porque por el hombre las crió todas, y en cuanto miran el útil del hombre tiene cuidado de ellas y las ama y quiere, según aquello de San Pablo que dice (I. Corin., 9): ¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes? Como si dijera: No por ellos, sino por amor de los hombres. Gerson añade algo más á la sentencia de San Dionisio: *Recipit (inquit) Deus nomem amoris, et perfecte quidem, ut juxta Dionisium extasim faciat, et active, et passive. Deus si quidem infinitus dum ex amore producit creaturam finitam, exiit quodammodo suam infinitatem, diligendo rem finitam, quamvis actu infinito; sic et viceversa rationalis creatura, finito actu diligendo Deum objectaliter infinitum, ponitur extra terminos omnis creaturæ, cum nulla sit infinita.* De estas palabras se colige que, amando Dios infinito á la criatura finita con amor infinito, sale en alguna manera de su infinidad y se entra en los límites finitos de la criatura finita. Y la criatura racional finita, amando y teniendo por objeto al infinito Dios con acto finito, es puesta sobre toda criatura finita, porque no la hay ni la puede haber infinita. Y esto es decir que el amor de Dios causa éxtasi activa y pasivamente. De aquí vino á decir Ricardo, en su Tratado de los grados de la violenta caridad, que nos amó Dios con todo género de amor, como quiera que pueda caber en Él y sea digno de tan alta y soberana majestad. Y, echado este fundamento, dice que nos amó con amor violento, no necesario (que esto está lejos de aquella suprema substancia exenta y libre de toda necesidad), sino violento, esto es, de tanta eficacia y valor, que la llama de su ardor, así quema, enajena, traspasa y captiva el corazón del amante, que parece no estar en sí, sino reducido á la potestad y voluntad de la cosa amada. Díganme, los que saben algo de amor, si estaba de otra manera Dios cuando decía á Abraham y Moisén (Exod., 32), sus amigos, que le dejasen enojarse con su pueblo. Y en otra parte: No puedo hacer cosa de que no dé parte á mis siervos. Verdaderamente son éstas centellas que saltan del violento amor, el cual, como largamente ya dijimos, obra cuatro efectos en el amante: que le hiere, ata, enferma y hace desfallecer y morir. ¿Quién dirá que no está Dios herido del amor de los hombres, pues para mostrar las heridas del corazón secretas quiso ser herido en su carne? ¿Quién dirá que su ánima no estuvo presa de nuestro amor, pues se vistió del lodo de nuestra humanidad? ¿No estaba enfermo en el amor de su querida el alma quien renunció todos los contentos, y entre las armas de los enemigos se metió para rescatarla y redimirla? Pues, ¿quién no dirá que muere de amor el que, si no quisiera, no muriera? Ver-

daderamente nos amó con amor insuperable, inseparable, irremediable y insaciable. ¡Oh amor, que hieres, atas, enfermas y matas! ¿cuándo te apoderarás de mí? Llaga á mi corazón, traspasa [1] lo interior de mi alma con tanta fuerza que pueda con verdad decir: Herido me tiene la caridad (S. August.). Ata tan estrechamente con las ataduras de tus beneficios todas mis fuerzas que, sin ser señor de mí, ninguna cosa fuera de Ti quiera, querido de mi alma, y cuando de Ti me olvidare la lengua se me pegue al paladar. Enferme toda mi ánima siguiéndote á Ti, para que fuera de Ti no busque algún consuelo, antes tenga todas las cosas por estiércol por ganarte sólo á Ti. Desfallezca mi ánima en tu salud, para que no viva en sí, sino en Ti, de manera que pueda decir con el Apóstol (Philip. I): Mi vida es Cristo, y morir por su amor es mi ganancia. Amén.

Carta del Autor á una Señora devota, en la cual le da algunos documentos muy necesarios para el aprovechamiento de su alma y de cualquiera que los guardare. Especialmente es de provecho para personas ocupadas que no pueden vacar libremente á la oración y contemplación.

El crecido amor que desde sus tiernos años tengo á v. m. en el Señor, hermana carísima, y la devoción y celo que he sentido en su alma de aprovechar en la virtud y dejar cosas que la traen desasosegada y con poco gusto, me han forzado á hacer lo que por la suya con tantas veras me manda. Y deseoso de darle un modo de gobierno espiritual breve y sin las dificultades que de ordinario [2] se hallan en los libros que tratan de oración; de todo lo que he leído, he procurado recoger algunos documentos importantísimos para el fin que pretendemos. De ellos son generales, y que se presuponen en cualquiera estado de vida virtuosa; de ellos especiales, y que solamente sirven para quien en particular trata de componerse con Dios, y ir siempre ganando tierra y aprovechando en el servicio suyo. Comenzando, pues, por lo general (que es el orden que guarda naturaleza en sus obras), sepa v. m. que, según experiencia ha enseñado á todos los Santos, ninguno puede perfectamente servir á Dios si no trabaja primero de desasirse de todo en todo y desenredarse del mundo. El Apóstol lo dijo bien claro en la segunda carta que escribió á su discípulo Timoteo (2 Thim., 2): Ninguno, dice, militando á Dios y llevando su sueldo y pagas, se implica y enreda en negocios seculares, porque á sólo Aquel desea agradar al cual se dedicó. Por tanto, conviene que en ninguna manera permitamos que nuestro corazón, que es el bocado más sabroso para Dios, ande solícito por alguna criatura del mundo, sino en cuanto nos fuere de provecho para despertar en nuestra alma el fuego del divino amor; porque la muchedumbre y variedad de las cosas caducas y perecederas, rumiadas y pasadas por la memoria, no solamente perturban la paz del alma quieta y pacífica, sino que del todo la destierran de nosotros. Es necesario que, sacudida de nuestros hombros la pesadísima carga de las cosas terrenas, sin tardanza alguna corramos á Aquel que saludablemente nos convida, y en quien sólo se halla la refección cumplida de las ánimas y de la paz suma que sobrepuja todo sentido. Venid á Mí, dice Él, todos los que trabajáis y estáis cargados, que Yo os recrearé (Math., 11). Bendita sea voz de tanta piedad y de tan inefable caridad, que convida á los enemigos, exhorta á los culpados y atrae á los ingratos. Despierte v. m., hermana carísima, al amor de tanta benignidad, al sabor de tanta dulcedumbre, al olor de tanta suavidad; que cierto que quien estas cosas no siente enfermo está, mentecapto y vecino á la muerte. Quien tiene á Cristo, ¿qué tiene más que buscar, esperar ni desear en esta vida? Mas ¡ay!, que teniendo en Él todos los bienes y llamándonos al descanso seguimos el trabajo, convidándonos al solaz buscamos el dolor, prometiéndonos el gozo apetecemos la tristeza. Miserable enfermedad, por cierto, embaimiento perjudicial que nos tiene insensibles y peores que los simulacros ó ídolos, que teniendo ojos no vemos; orejas, y no oímos; razón, y no diferenciamos entre lo dul-

[1] Todo lo siguiente, hasta el fin, falta en la edición de 1901, sin duda porque el editor no tenia en el ejemplar que usó el fol. 297 y trató de suplirlo epilogando lo explicado en la consideración, y aunque no es desgraciada la sustitución, es preferible la conclusión del autor.

[2] Este primer párrafo de la carta también está trocado en la edición de Madrid de 1901, por la razón que indico en la nota anterior; corresponde en el impreso al fol. 297 v.

ce y amargo, entre lo bueno y lo malo, y entre la luz y las tinieblas. Levantemos ya los ojos de nuestro entendimiento á nuestro Dios, y veamos el estado mísero en que estamos postrados y caídos; que, quien éste no conociere, nunca tratará de levantarse. Acudamos con confianza al trono de su gracia, para que alcancemos misericordia en el tiempo que tanta necesidad tenemos de ella. Ya la vida nos llama, la salud nos espera, y los trabajos y tribulaciones que de todas partes nos cercan (y á v. m. en especial, que desde su niñez no le han faltado), en cierta manera nos fuerzan á entrar al convite del Rey soberano. Suba su corazón á la celestial y pacífica Jerusalén, hermana mía, y suspire por su verdadera patria; levante sus deseos y pensamientos á su Madre, no á la de acá de la tierra, que aunque se le dé toda y lo que tiene no puede llenar el más pequeño vacío de su alma, sino á la Soberana y Celestial, que ésa llamó San Pablo por excelencia Madre nuestra. Mas porque estos deseos suelen entibiarse fácilmente, y por nuestro descuido y negligencia venimos á faltar en lo comenzado, y muchas veces, por no saber el orden que se ha de tener en estas cosas del espíritu, se están algunas personas sin comenzarlas toda la vida, me determiné en esta epístola darle algunos documentos que, si los guardare y cumpliere con sentimiento y devoción, fío de Dios la levantará á cosas mucho mayores. Y cuanto á lo primero y general, se le asiente en su corazón el fin para que fué criada, que fué para conocer á Dios, y conociéndole amarle, y amándole poseerle, y poseyéndole gozarle para siempre. Y esto presupuesto, lo que particularísimamente le aconsejo es la honestidad en todas sus obras, la templanza en sus palabras, la prontitud en obedecer á su Padre espiritual, la frecuencia en la oración y el huir la ociosidad y disoluciones que nacen de ella, la pureza y continuación en confesar sus pecados, la humildad para con todos, y, finalmente, el huir de las conversaciones que le pueden acarrear poco ó ningún provecho. Estas son margaritas preciosas y resplandecientes, que á su poseedor hacen grato á Dios y á los ángeles. Y cuando le pluguiere á aquel Señor que del vientre de su madre la apartó y llamó por su gracia, descubrir en su alma la imagen de su hijo Cristo Jesús, sacándola de la miserable servidumbre de Egipto, en que ahora está, á la libertad de que gozan los hijos de Dios, podrá ejercitarse en cosas de mayor momento, de las cuales le envío con ésta un memorial de diez apuntamientos para que, como en un salterio de diez cuerdas, que es instrumento usado en el templo de Salomón para las divinas alabanzas, se ejercite cada día y se haga diestra en esta música del Cielo, que conforma el alma con Dios y la hace un espíritu con Él [1].

DOCUMENTO PRIMERO

Lo primero, pues, que á v. m. le importa mucho es ordenar siempre su alma de tal suerte con Dios, que todas las obras que hiciere, así espirituales como corporales, y todos los servicios, especialmente los más humildes, los haga con tanto fervor de caridad como si corporalmente administrase y sirviese en ellos á Cristo, el cual sólo ha de ser fin y blanco de todas sus acciones, según que lo tiene mandado á su esposa en los Cantares. Donde dice: Ponme por blanco sobre tu corazón y sobre tu brazo.

DOCUMENTO SEGUNDO

Sea el segundo documento que, desatada y suelta de todas las criaturas, con tanto conato del entendimiento y fervor del deseo atienda al servicio de su Criador, que, casi olvidada de todas las cosas inferiores, en todo lo que hiciere, dijere y pensare, de día y de noche y en todo tiempo, tenga siempre á Dios en la memoria, pensando y creyendo que verdaderísimamente está en su presencia y que de todas partes Su Majestad la mira. Y no es mucho que todos los cuidados que v. m. tiene deje por éste, al ejemplo de aquel que, en medio de los de su reino, decía que jamás se

[1] Tanto en la introducción como en los documentos siguió el P. Angeles muy de cerca á San Buenaventura en un opúsculo que para ordenar á un alma escribió; titúlase *Epistola continens viginti quinque memoralia*, y aunque algunos lo atribuyeron á San Francisco, y como suyo lo incluyó el P. Palomes (*Storia di S. Francesco*. Palermo, 1883, tomo II) y el editor castellano de las *Obras completas* de San Francisco (Teruel, 1902, págs. 113-133), los Padres de Quaracchi probaron que era del doctor Seráfico. Véase el tomo VIII, *Opera omnia*, Quaracchi, 1898, págs. 491-98, y el prólogo, págs. LXXX-LXXXV.

apartaba Dios de su memoria (Psal. 15). Esto ha de pensar con gran reverencia, con temor y amor, y no sin mucha discreción: unas veces, postrándose á los pies de la inmensa Majestad, llorará con corazón amargo sus pecados, y pedirá perdón de ellos. Otras veces, traspasada con el cuchillo de la compasión de la pasión sacratísima del Hijo de Dios, y arrodillada ante su cruz divina y preciosa, con amorosas lágrimas pensará en el discurso de su vida, y comporná la propria si va torcida, á imitación de la de Jesucristo, que es la vara y regla con que se ajustan y labran las piedras que se han de asentar en la celestial Jerusalén. Otras veces, revolviendo los inmensos beneficios de Dios en su alma, se ocupará toda en sus alabanzas. Contémplele en sus criaturas, y, reconociendo en ellas su potencia, su sabiduría, su bondad y su clemencia, devotísimamente le alabe en todas sus obras. Otras veces, atraída con el deseo de la Patria celestial, con suspiros encendidos anhele por verse junta con Aquel que es gloria de todos sus escogidos. Al fin procure, como dijo el Profeta (Mich., 6), hacer juicio de sí misma, amar la misericordia con los prójimos y andar solícita con su Dios, de manera que jamás se olvide de Él.

DOCUMENTO TERCERO

El tercer documento sea que guarde el corazón tras siete llaves, de suerte que para solos los ejercicios espirituales haya entrada y puerta abierta para sólo su Esposo celestial, como se escribe de la Reina soberana (aunque por palabras muy oscuras): Esta puerta cerrada estará, y nunca se abrirá, porque sólo el Príncipe y Rey del Cielo entrará por ella (Ezechi., 44). Y yo tengo para mí que, como el corazón sea la fragua donde se forjan todos los bienes y los males, aquel sólo aprovechará mucho en la virtud que, fuera de Dios, á ninguna criatura diere lugar en él. Tome el consejo del Sabio, que con espíritu de Dios dice (Prov., 4): Con toda guarda guarda tu corazón, porque de él procede la vida.

DOCUMENTO CUARTO

El cuarto documento sea que por amor de su altísimo Esposo, Cristo, sufra de muy buena gana todas las persecuciones de este mundo, y aun, si es posible, las desee y reciba con hacimiento de gracias, deleitándose tan solamente en las pasiones de Cristo; porque las demás nos sirven de purgatorio de nuestros pecados, y, recibidas con igualdad de corazón, son muy ganancioras para el alma. Y quien tan buena ocasión tiene, como v. m., para hacerse rica de estas verdaderas riquezas, no es justo que la pierda por gozar las que el tiempo engañosamente le ofrece y prometé, las cuales todas vienen al talle que dijo el otro poeta, con cabellos en la frente, y la cabeza pelada y hecha calavera. Y advierta, hermana, que ofreciéndosele trabajos, como se le ofrecerán, considerando que ha ofendido á su Criador, de nadie se queje, ni á nadie, sino á Él.

DOCUMENTO QUINTO

El quinto que, perseverando en el temor de Dios, huya cuanto pudiere las blanduras y regalos halagüeños de este siglo, las honras, los favores y el aire delgado de la vanagloria, que son peste del alma, y á ejemplo de aquel Señor que, siéndolo de todas las cosas, por nuestro amor tomó forma de vilísimo siervo, sujetándose en ella voluntariamente al poder de los hombres, se humille á sí misma, sintiendo de sí bajamente y juzgando á todos por señores suyos. Y crea que de esta manera alcanzará tranquilidad y paz perpetua con todos, y jamás padecerá escándalo.

DOCUMENTO SEXTO

El sexto, que guarde con diligencia los sentidos del cuerpo, de manera que ni quiera ver, ni oir, ni tocar sino aquello que entendiere ser de provecho para su alma. Especialmente ha de tener mucha cuenta con la lengua, que, según sentencia de Santiago (Iacob., I), vana es la religión de aquel que no sabe refrenar su lengua. Y aquel es perfecto que á nadie ofendió con sus palabras. Salomón dijo (Prov., 18) que la muerte y la vida estaban en manos de la lengua: dijo verdad; porque á muchos más tienen muertos las malas palabras que las espadas afiladas. El Profeta pedía á Dios que pusiese guardas á su boca y una puerta de media vuelta que no dejase respiradero en ella, y él mismo pide

que se la abra cuando hubiere de hablar (Psal. 50). Así que, señora, hable poco y preguntada, y cosas de provecho, y entonces, con temor, brevemente y con voz baja. Y por que le quede poco tiempo para tratar con los hombres, procure cuanto pudiere la soledad y hurte los ratos que pudiere al mundo y á su cuerpo para vacar á sólo Dios en la oración, ante cuya Majestad ha de estar atenta, devota y humilde.

DOCUMENTO SÉPTIMO

El séptimo, tenga por especialísima devota á la Reina del Cielo, y en todas sus necesidades, peligros y aprietos, como á segurísimo refugio, se convierta á Ella pidiéndole su favor y amparo, el cual jamás negó á los miserables pecadores la que es Madre de misericordia. Por lo cual le aconsejo que ningún día se le pase sin hacerle algún particular servicio, como será rezar el Rosario, la Corona ó su Oficio menor. Mas, para que este servicio le sea acepto y esta devoción agradable, procure cuanto le fuere posible imitar su pureza, limpieza y honestidad con las demás virtudes.

DOCUMENTO OCTAVO

El octavo, que si alguna merced Nuestro Señor la hiciere, ó descubriéndole sus secretos, ó si en la oración se le ofrecieren luchas, tribulaciones ó tentaciones, procure de guardar secreto en todo con todos, excepto en las cosas dificultosas y de que tuviere duda si son ó no de Dios (que al fin el ángel de tinieblas se suele transfigurar en ángel de luz); que, en tal caso, licencia tiene de comunicarlas con su confesor, que ha de ser santo, discreto, piadoso y docto, más por experiencia de bien obrar que por elocuencia de palabras.

DOCUMENTO NOVENO

El nono, que no falte en las confesiones, que de ordinario serán de quince en quince días, ó más á menudo, según el consejo del sabio confesor, á cuya disposición se ha de dejar, así en esto como en lo que toca á la sagrada Comunión, que en estas dos cosas se ha de mirar el aprovechamiento de cada uno, y conforme á él alargar ó acortar la mano. Y porque yo ando con cuidado de ponerla en este particular, y hacer tratado especial en gracia de las ánimas devotas y que frecuentan estos divinos sacramentos, concluyo con decir lo que San Agustín y Santo Tomás: Que si la devoción se aumenta y el fervor del espíritu crece comulgando, comulgue si quiere cada día.

DOCUMENTO DÉCIMO

El décimo, y que á v. m. mucho importa, es que destierre de su alma toda frialdad de pereza y tristeza, en la cual está escondido el camino de la confusión, que lleva á los hombres á la muerte: ya sabe, hermana, que el espíritu triste seca los huesos y consume la virtud, y que los servicios de siervo triste nunca fueron gratos á su señor, á lo menos el nuestro. Y á [1] todos nos manda que con alegría le sirvamos. Y cuando, con la divina gracia, hubiere hecho bien todas las cosas, reconociéndose por pecadora y sierva sin provecho, se juzgue por indigna de todo beneficio de Dios. Aunque no ha de obrar con desconfianza, sino con una robustísima fe y esperanza firme, que llamando á las puertas de la divina misericordia la han de abrir, y buscando ha de hallar, y pidiendo con perseverancia, con fervor de espíritu y humildad profunda le han de dar en esta vida los bienes de gracia y en la otra los de gloria.

(1) El impreso pone *de*.

En Medina del Campo, por Francisco del Canto. Año de 1589.

DIÁLOGOS

DE LA

CONQUISTA DEL ESPIRITUAL Y SECRETO REINO DE DIOS

QUE SEGÚN EL SANTO EVANGELIO ESTÁ DENTRO DE NOSOTROS MISMOS

EN ELLOS SE TRATA DE LA VIDA INTERIOR Y DIVINA
QUE VIVE EL ALMA UNIDA Á SU CRIADOR POR GRACIA Y AMOR TRANSFORMANTE

COMPUESTOS POR

FRAY JUAN DE LOS ANGELES

Predicador Descalzo de la Provincia de San Josef de los Menores de Observancia Regular.

DIRIGIDOS AL SERENÍSIMO PRÍNCIPE CARDENAL ALBERTO, ARCHIDUQUE DE AUSTRIA, ARZOBISPO DE TOLEDO, PRIMADO DE LAS ESPAÑAS, ETC.

(Grabado en cobre: San Francisco.)

Con privilegio. En Madrid por la viuda de Pedro Madrigal, 1595.

APROBAÇAOM

Por mandado e comissaom de nosso R. P. F. Thomas de Iturmedia, Comissario Geral dos frades Menores da Observancia de nosso Serafico padre saom Francisco nestos Reynos è Sennhorios de Portugal, vi e li, é con muyta diligencia e cuydado examinei, todos istes dez *Dialogos da Conquista do Reyno de Deus*, compostos po lo muyto reverendo è naõ menos docto Padre Pregador fray Joaõ dos Anjos, frade descalço da mesma Orden è da Provincia de Saõ Josef dos Reynos de Castela, o qual agora reside nestos Reynos, por ordem do Reverendissimo Padre Geral, è por virtude de hun bre Apostolico [que] para isso ten: è digo que todos os ditos *Dialogos* saom Orthodoxos è Catholicos è de grande erudiçaõ è doutrina, è muyto curiosos, devotos, proveitosos á toda á Igreija universal da Deus è a o augmento è definsaõ de nossa santa Fè Catholica, è como taes se poden è deven imprimir. En testimunho da qual verdade ho firmo de meu nome, no Convento de saõ Francisco de Lisboa a os dez de Febreyro de 1593 anos.—*F. Belchior Urbano.*

APROBACIÓN

He visto este libro, que se intitula *Conquista del Reino de Dios* en Diálogos (por mandado del supremo Consejo), compuesto por el padre fray Juan de los Angeles, predicador Descalzo de la Orden de los Menores de la Provincia de San Josef, doctrina católica y segura, donde tratando el Autor de la vía de la perfección cristiana y unión del alma con Dios en esta vida por gracia, facilita las dificultades que en este camino hallaron los Santos, con tanta destreza y puntualidad, que se le debe mucho agradecer este trabajo, así enseñando este camino como animando y esforzando á los que le buscan, y esto me parece, fuera de la propiedad y elegante término

con que declara unos lugares de la Escritura y aplica otros á la doctrina que trae. En San Felipe de Madrid, en 28 de Julio de 1593.— *F. Gabriel Pinelo.*

LICENCIA

Fray Josef de Santa Maria, Ministro Provincial de la provincia de San Josef, etc. Por la presente doy licencia á nuestro hermano fray Juan de los Angeles, predicador de la dicha Provincia, para que pueda imprimir un libro espiritual, que ha compuesto en Diálogos, que se llama *Conquista del Reino de Dios*, por cuanto está ya examinado y aprobado, y con todos los requisitos necesarios, conforme á las ordenaciones y estatutos de nuestra sagrada Religión. Dada en San Antonio de Guadalajara en 16 de Diciembre de 1595.—*F. Josef de Santa Maria,* Ministro Provincial.

SUMA DEL PRIVILEGIO

Concedió su Majestad privilegio por diez años al padre fray Juan de los Angeles, de la Orden de San Francisco, Descalzo, para que en los reinos de Castilla pueda imprimir y vender el libro intitulado *Conquista del Reino de Dios,* en diez diálogos, por él compuestos, so pena que la persona ó personas que sin tener su poder lo imprimiere ó hiciere imprimir, pierda la impresión que hiciere con los moldes y aparejos dellos, y más incurra en la pena de cincuenta mil maravedís, como todo ello más largamente consta del mismo original y privilegio despachado en Madrid á 22 de Agosto de 1593 años.—*Juan Gallo de Andrada.*

TASA

Yo, Juan Gallo de Andrada, escribano de cámara de su Majestad, de los que residen en el su Consejo, certifico y doy fe que habiéndose visto por los señores de él un libro intitulado *Conquista del Reino de Dios,* en diez diálogos, compuesto por fray Juan de los Angeles, predicador de la Provincia de San Josef de los frailes Menores de Observancia, tasaron cada pliego del dicho libro á cinco blancas, y dieron licencia para que á este precio se pueda vender; y mandaron que esta tasa se ponga al principio de dicho libro y no se pueda vender sin ella. Y para que de ello conste, di la presente, que es fecha en Madrid á 17 de Mayo de 1595 años.—*Juan Gallo de Andrada.*

N. B.—A la tasa siguen las *Erratas,* que no se ponen porque no llevan nombre de corrector ni lugar ni fecha, únicas cosas que merecen consignarse.

Al muy alto y serenísimo Príncipe el Cardenal Alberto, Archiduque de Austria, Legado de latere de la Santa Sede Apostólica (¹).

Después que torné á tomar la pluma en la mano (muy alto y Serenísimo Príncipe) para proseguir estos Diálogos, que de la *Conquista del Reino de Dios* había comenzado, ya no los miré como obra á solas mía, sino como tal, que en ella tiene lo principal V. A. por haberme hecho merced de su licencia y beneplácito, para que, debajo de la protección de su Serenísimo nombre acabados, los sacase á luz; y parece que con este favor y honra recibieron nuevo ser y valor; y en ellos mismos se verá, leyéndose atentamente la postrera parte, porque ya en ella como calificados con la autoridad de V. A. hacen ventaja á los que precedieron. Pudiera muy bien ser que si con la merced de V. A. no cobrara aliento y me animara para publicarlos, cumpliera el intento de mi cobardía, ó no acabándolos ó deteniéndolos sin dejarlos salir á plaza, en especial representándoseme ser cosa notoria que muchos leen los libros más para ser juezes dellos y de sus autores que para aprovecharse de su doctrina, y cuando la hallan desautorizada, aun de leerla huyen, como de cosa de poco valor y crédito. Mas ahora con el que V. A. ha sido servido de dar á la deste tratado tan extraordinariamente, dándole su aceptación, aun antes de yo darle fín, ninguno tendrá atrevimiento para reprobarla ni para juzgar mal de mí en escribirla, ni yo tendré temor de comunicarla, no sólo á los que de lo bueno sienten bien, mas ni aun á los que acostumbran de todo decir mal. Porque de nadie será desestimado lo que fué acepto á un tan gran Príncipe de la Iglesia, tan rico de lo que la naturaleza le pudo comunicar y de lo que con trabajosos estudios de muchos

(¹) Todas las ediciones respetaron esta epístola dedicatoria, salvo la de Barcelona de 1597, la cual salió intitulada «Al muy Illustre Señor Hernando de Heredia, Inquisidor del Principado de Cataluña» según puede verse en la *Introducción.*

años se suele adquirir, y de lo que la divina gracia á sus muy escogidos acostumbra conceder. Lo que la de V. A. á esta obra ha concedido, la hizo ser de precio y estima para yo poderla de nuevo ofrecer. Y esto mismo casi pone obligación á V. A. para recibirla con benevolencia debajo de su amparo. De modo que el acabarse, y lo que valiere, y la aceptación que alcanzare, y la seguridad que tuviere, y cualquier bien espiritual que fructificare, todo [1] se deba á V. A. como yo todo me debo.

Humilde y perpetuo siervo de V. A.—*Fray Juan de los Angeles.*

PRÓLOGO AL LECTOR

De tres cosas estoy obligado á dar razón en este prólogo, que han de parecer nuevas á los que leyeren esta obra: conviene á saber, del nuevo estilo de preguntas y respuestas; del nuevo título de *Conquista del Reino de Dios*, y del orden con que procedo, hasta llegar á la quietud del recogimiento, de que trata el último de los diálogos. A lo primero dará satisfación considerar el oficio que de predicador tengo, aunque indigno, el cual me ha hecho deudor, no solamente de sabios, sino también de ignorantes, y me ha obligado á dar leche á los pequeñuelos en la virtud y pan con corteza á los perfectos, y á mudar como pescador codicioso los cebos para pescar alguna alma para Dios. San Pablo ¿no confiesa de sí (Rom., 1; Cor., 3; 1 Cor., 9) que se hacia todas las cosas á todos por ganarlos todos á Cristo? Pues ¿por qué, teniendo yo la misma pretensión que el Apóstol, no haré de la doctrina lo que el hacía de su persona? Si la caridad y amor divino que en su pecho ardía le obligaba á guisarse de tantas maneras para bien de sus prójimos, cuantos ellos y sus gustos eran, cada uno como le había menester, ¿por qué no podrá esa misma caridad diferenciar este manjar espiritual de la doctrina y guisarle de manera que sepa bien y alcance á todos? Esta ha sido la causa de ordenar en diálogos este tratado de oración y contemplación, habiendo escrito los *Triunfos del Amor* en prosa suelta, para que si alguno se enfadare y cansare de leer capítulos, se recree leyendo las dudas que propone el discípulo y las resoluciones y determinaciones del maestro: que al fin la variedad alivia y entretiene en todo género de cosas, y la cuestión comenzada despierta el apetito de verla determinada y resuelta. Harto cuesta arriba se me ha hecho volver á tratar de estas materias de espíritu, visto el poco que hay en el mundo y cuán prostrados y caídos están los gustos de los hombres para abrazar ejercicios de vida perfecta y del hombre interior, especialmente que desechan ya y tienen en poco lo precioso y provechoso, si tiene consigo algo de dificultad; mas por todo me ha hecho romper el deseo que en mi alma vive del aprovechamiento de las de mis hermanos. Por las cuales, como dijo San Juan, debemos poner las vidas, y deseaba una y muchas veces dar la suya San Pablo (II Cor., 11), á imitación de Aquel que por todos la dió en la Cruz. Y á la verdad, la mayor de las ganancias es ganar un alma para el cielo, la cual confirma San Dionisio en el libro de *Cœlesti hyerarchia* por estas palabras (Dionis., de *Cœlesti hyerarch.*, c. 3): *Uniuscujusque hyerarchiam sortientium perfectio hœc est, secundum propriam analogiam in Dei imitationem ascendere, et omnium divinissimum est Dei cooperatorem fieri, et ostendere in seipso divinam actionem relucentem, secundum quod est possibile*; La perfección de cualquiera que alcanzó á tener algún grado en la celestial jerarquía es subir según su capacidad y virtud á la imitación de Dios, conformándose con Él en todo lo que le pudiere parecer, porque esta similitud y conformidad vuelve amable la criatura racional y querida de su Dios; empero lo divinísimo de esta imitación, y el supremo grado en la Iglesia militante, es tratar de la salud de las almas, y ayudar [á] Dios en la granjería dellas, adonde su Majestad pone el caudal de la gracia, y la diligencia y cuidado el hombre jerárquico. El cual cuanto le fuere posible ha de mostrar la operación de Dios que en el mismo resplandece, la cual como centella de fuego bulle allá dentro y procura salir á fuera para dar luz á todos, unas veces predicando, otras escribiendo, otras aconsejando y otras dando forma de lo que deben hacer con su buen ejemplo. Que como el fuego nunca está ocioso, porque siempre quema, si halla materia en que cebarse, tampoco lo puede estar el divino amor: el cual, según sentencia

La mayor de las ganancias es ganar una alma para Dios.

[1] La edición de Madrid 1885 añade *ello*.

de San Gregorio, no es verdadero si cesa de obrar. Y cuando ninguno se aprovechase de nuestros trabajos, ¿quedaríamos por ventura perdidosos los que en la viña del Señor empleamos nuestros talentos? No por cierto, sino con la misma ganancia que si hubiéramos convertido todo el mundo, si á ello se extendieran nuestras diligencias y deseos. San Juan Crisóstomo dice (Chrys., hom. 2 de *divite et Lazar.*) que de la manera que los veneros de las aguas no dejan de correr, aunque ninguno venga á beber de ellas; ni las fuentes ni los ríos se detienen en su curso, puesto que nadie llegue á coger agua, así el predicador por ninguna vía ha de cesar de predicar y amonestar, aunque de muchos no sea bien oído. Porque esta ley tenemos impuesta por el mismo Dios los que administráremos al pueblo su palabra, que en ningún tiempo dejemos de hacer lo que en nosotros fuere. El santo profeta Jeremías (Hierem., 20), cuando por enseñar la verdad de parte de Dios á los hombres se veía burlado y escarnecido dellos, y amenazado de muerte, quiso con algún temor humano desistir de su oficio; y confiesa que luego que admitió este pensamiento, sintió dentro de su alma una gran fuerza del espíritu, que como un ardiente fuego le abrasaba las entrañas y los huesos, tanto que no podía sufrir su ardor. Pues si con tan grandes ocasiones como el profeta tenía para no profetizar ni enseñar á aquel terrible y duro pueblo, sólo por el pensamiento que de no hacerlo pasó por él fué tan gravemente en lo interior compungido, que sentía arder dentro de sí fuego, por faltar á su obligación, ¡cuánto mayor escrúpulo debemos tener nosotros, que ni somos perseguidos, ni amenazados, ni escarnecidos como él lo era! Si porque el otro se duerme, ó no oye, ó se ríe, ó murmura de nuestros sermones, ¿dejaremos de predicar y enseñar, habiendo tantos que oyen y leen y reciben aprovechamiento? Si con echar la red en un sermón no pescáremos todos los oyentes, contentémonos con diez, contentémonos con cinco, contentémonos con uno, que esto nos basta para nuestra consolación; y demos que ninguno salga aprovechado (aunque parezca imposible que la palabra de Dios, sembrada en tantos corazones, deje de hacer algún provecho), digo que ni de esta manera quedamos frustrados de nuestra esperanza; porque si después del sermón y amonestación nuestra se determinan los malos de pecar, pecan á lo menos con remordimiento, y no con la soltura y libertad que solían antes que nos oyesen; pecan como confusos y avergonzados, sufriendo interiormente reprensiones duras de sus propias conciencias, que les zahieren y ponen delante la doctrina que oyeron ó leyeron. Y ¿por ventura estos remordimientos no son principio de salud y de mudanza de vida? Cuanto más que, si no ganamos á los que están perdidos, sustentamos y esforzamos á los que están ganados, que no es menor virtud que ganar de nuevo. Si no resucitamos los muertos, ni sanamos los enfermos, apoyamos los que están en pie para que no caigan, y añadimos esfuerzo á los vivos para que no mueran. Y si hoy no persuadimos, mañana persuadiremos, que no son los hombres ángeles, que de lo que una vez aprenden no vuelven atrás. ¡Cuántas veces acontece andar todo el día los pescadores lanzando las redes en el mar sin tomar un solo pece, y á boca de noche henchir sus barcos y restaurar en aquella hora tanto tiempo perdido! Si porque los oyentes no se aprovechan de los sermones, y los lectores de los libros, hubiésemos de dejar de predicar y escribir, seguirse hía [1] que en todas las granjerías de la vida se hubiese de hacer lo mismo. Deje el labrador de sembrar el año que viene porque no encerró pan en éste, y el mercader de navegar porque sufrió una y muchas veces tormenta, y ni habrá que comer en la tierra, ni nos servirá de nada la riqueza del mar. El labrador siembra todos los años, y el mercader hace sus viajes á sus tiempos, siempre con esperanzas de ganar; y ni el uno sembrando ni el otro navegando tienen más certeza de que este año les ha de suceder mejor que les sucedió el pasado. Y si en estas cosas transitorias tanta diligencia y cuidado ponen los hombres, aunque los sucesos son tan varios y mal seguros, ¿será bien que nosotros, si de todos no somos oídos y obedecidos, dejemos el trato y granjería de las almas? ¿Qué excusa tendremos delante de Dios? ¿Cómo esperaremos perdón de nuestra cobardía? Y más, que en las pérdidas temporales no hay el consuelo que en las espirituales; porque si dió á la costa vuestro navío y se fué á fondo vuestra

El predicador nunca se ha de cansar.

[1] La edición de 1885, *seguiríase*.

hacienda, no hay quien allí luego remedie esa pérdida y naufragio. Y si las muchas aguas ahogan los panes, esle forzoso al labrador volverse á su casa las manos vacías. Nosotros empero, si predicando y enseñando ni somos oídos ni obedecidos, tanto recebiremos acerca de Dios como si lo fuéramos, pues no tenemos obligación de persuadir á los oyentes, sino de aconsejarles y amonestarles lo que les conviene. No dejes de predicar y enseñar, dice el mismo Crisóstomo, hasta que se te acabe la vida, que bien empleada es la que en esto se emplea. Lo que ha de dar fin á nuestra amonestación ha de ser la obediencia y rendimiento de aquellos á quien enseñamos.

Perseverancia del demonio en tentarnos.

El demonio nos cerca y rodea como león rabioso, por impedir nuestra salud (I Pet., 5), no sacando para sí deste su trabajo ganancia alguna, antes aumento á sus penas y tormentos: y es tan temerario, que intenta á veces cosas que es imposible salir con ellas, y acomete no solamente á aquellos que confía derribar de su justicia, sino también á los que con probabilidad entiende ser insuperables. ¿Por ventura no estuvo atento á las alabanzas que de su amigo Job Dios predicaba? (Iob., 1). ¿No oye decir de él que es hombre justo, recto, temeroso de Dios, y que se aparta de todo mal? Pues con todo porfía y espera derribarle, y no deja piedra (como dicen) que no mueve, para que, siquiera oprimido con el peso de tantos males, pierda la paciencia; ¿y no la tendré yo haciendo la causa de Dios, esperando tan aventajado premio y predicando á hombres que por momentos se mudan? El Apóstol San Pablo aconseja á su discípulo Timoteo (II Timot., 2) que predique y enseñe á los que resisten y contradicen la verdad. Y da por razón, que por ventura en algún tiempo les dará Dios penitencia para conocerla y abrazarla, y al fin salvarse. De modo que sin certeza de haber de aprovechar, dejándolo á lo que Dios quisiese obrar en ellos, le exhortaba y mandaba que aun á los que le contradecían predicase siempre la verdad. Estas y otras razones que el divino Crisóstomo juntó para animar á los que predican me pudieron esforzar á mí para no cansarme de comunicar de todas las maneras á mi posibles la lluvia del cielo, que es la buena y sana doctrina; unas veces predicando (como de ordinario lo hago), otras escribiendo, y escribiendo á veces en estilo menos humilde y más dificultoso, como están los *Triunfos*, para entendimientos más alumbrados; otras en más llano y claro para los pequeñuelos, como lo he hecho en estos *Diálogos*, en los cuales el discípulo representa los que poco saben y el maestro los doctos y aprovechados. Allégase á esto que las dudas que el discípulo propone son las que á todos los que tratan de oración suelen ocurrir, y que para salir dellas se requiere maestro sabio y experimentado. Lo cual, aunque á mí me falte, no me ha faltado diligencia para escudriñar las Escrituras y leer todos aquellos autores que con satisfación hablaron de semejantes materias, que cierto han sido muchos, y con cuidado leídos y entendidos. El título del libro también es nuevo, pero á propósito de lo que en él se trata, que es dar documentos para conocer el Reino de Dios, que está en nosotros, y enseñar el orden que se ha de tener para gozar dél. De lo cual largamente trata el primer Diálogo, que á mi parecer es el mejor de todos y el que encierra en sí lo substancial dellos y cuanto bueno hay escrito de vida interior: allí remito al lector, porque tratemos ahora del orden de esta doctrina. Y presuponiendo de antemano que para la entrada y habitación en este Reino espiritual y divino, á donde se halla justicia, paz y gozo del Espíritu Santo, se requieren muchas cosas, la primera de todas hallo yo que es limpieza del alma, la cual no se alcanza sino es por destierro de todo pecado. Desto y de la penitencia, que los destierra, trata el segundo Diálogo, que es muy notable y que tiene instituciones muy saludables y de mucha sustancia. Y porque para el entrar son necesarias puertas (que no hay saltaderos ni portillos para el Reino de Dios) trátase dellas en el tercero, cuarto y quinto. El sexto continúa la materia del quinto, que es de la pasión y muerte del Hijo de Dios, y descubre muchos engaños que se ven cada día, especialmente en mujeres, que fácil y falsamente suelen transformarse y arrobarse [1], y arrebatar verdaderamente con esto la comida, el regalo y favor de los Príncipes. Habla también de aquella milagrosa transformación de nuestro padre San Francisco en Cristo crucificado, con las condiciones de que ha de ir acompañada la meditación de sus dolores,

[1] La edición de Alcalá 1602, *arrebatarse.*

para sentirse como conviene. Y porque hay enemigos visibles y invisibles, que defienden ó impiden la entrada á esta tierra de promisión, que de verdad mana leche y miel de consolaciones y regalos espirituales, síguese luego tratar dellos y de los daños que hacen, y del orden que habemos de guardar para vencerlos. Lo cual comienza á enseñar este sexto Diálogo y lo acaba el séptimo, que sin ninguna duda es de grandísima importancia, y el todo para salir con tan rica empresa; la cual alcanzada queda saber qué ejercicios han de ser los del que ya descubrió y posee este Reino, con qué leyes ha de vivir, cómo se ha de haber sobre sí, debajo de sí, fuera de sí y dentro sí, que estos son los manantiales y salidas que puede hacer el alma. Lo primero y segundo, enseña el octavo Diálogo; lo tercero, el nono; lo cuarto, el último, que es la llave de todo el bien tras que andamos. Otras muchas cosas se ofrecían que poder tratar en esta *Conquista;* mas por no hacer volumen que espantase á los lectores, sino libro tan pequeño que le pudiesen traer en la mano sin pesadumbre, las dejé como poco necesarias, porque, á la verdad, he trabajado en que de las que lo son para ser uno perfecto contemplativo ninguna faltase. Recibe á lo menos mis buenos deseos, cristiano lector, si mis trabajos no te contentaren; y si te fueren de gusto y te aprovechares dellos, desde ahora doy gracias á mi Señor Dios, que quiso y ordenó que fuese yo el instrumento de tu aprovechamiento y espiritual consolación. Y á ti te pido ruegues por mí á ese mismo Señor, con esperanza que, si la vida se nos prestare por más tiempo, te haré otros servicios de tanta ó de mayor utilidad. Vale.

DIÁLOGO PRIMERO

De la vida interior y centro del alma ó Reino de Dios. De la armonía del hombre y de la verdadera inteligencia del mandamiento del amor.

DISCÍPULO Y MAESTRO.

§ I

Discípulo.—Si el desear ser perfecto fuera perfección, perfectísimo fuera yo en todo género de virtud: porque toda la vida gasto en buenos propósitos y deseos. En el estado secular fueron éstos de entrar en religión donde Dios mucho se sirviese y mi alma se aprovechase. Oyólos su Majestad, por su misericordia infinita, como suele oir los de sus pobres, é hízome uno dellos en la profesión. Y aunque me confieso al presente falto de obras, no lo estoy de aquellos antiguos deseos, y otros de nuevo: y el mayor de todos es ser en lo de dentro lo que en lo de fuera parezco; porque me avergüenzo y confundo mucho de que me juzgue el mundo por perfecto y santo, siendo en los ojos de Dios tal, que hay más de que tener de mí mancilla que envidia. Y ¿cuántos desearon como yo, y lo que yo, que prevenidos con la repentina y no pensada muerte arden y arderán para siempre en el infierno? ¿Y por qué no temerá otro tanto el que, las manos cogidas en el seno, se consume y acaba la vida deseando? Verdaderamente yo debo ser aquel desdichado de quien dijo Salomón (Eccles., 4; Prov., 13): Quiere y no quiere el perezoso. Y digo desdichado, porque de querer y no querer se forma y cuaja un querría, tan lejos de efectuarse lo que se desea, cuanto cerca del castigo de los tibíos, que es estarlos Dios lanzando de su estómago y trocándolos por vómito (Apoc., 3). Este es el estado que llamaron los Santos de insensibilidad: en que ni la consideración del cielo deleita, ni la del infierno atemoriza, ni los beneficios despiertan, ni se sienten las heridas... Pero, Dios de mi alma, ¿qué veo? ¿es por ventura el que allí viene mi Maestro? El es sin ninguna duda, y no me pesa dello. Holgaría ([1]), empero, que no me hubiese oído.

Peligroso estado el de la insensibilidad.

Maestro.—Dios te salve, fray ([2]) Deseoso.

D.—El mismo sea tu salud perdurable.

M.—¿Qué soliloquios han sido éstos que contigo y á tus solas has tenido toda la tarde? Huélgome de verte tan deseoso de tu aprovechamiento espiritual, y que se entienda que no á caso sino por inspiración divina y orden del cielo se te puso el nombre que tie-

([1]) La edición de Madrid año 1885, además de omitir todas las notas marginales y citas de la Sagrada Escritura, aquí añade un pronombre y dice *Holgaríame.*

([2]) La edición antes citada omite el *Fray*, y aunque no tiene importancia sirve para conocer que en su instrucción se dirigía con preferencia á Religiosos y personas consagradas á Dios.

nes. Porque, bien mirado, gran parte de la salud está en el desearla. El Profeta santo decía (Psal. 118): Deseó mi ánima desear tus justificaciones en todo tiempo. A Daniel le intitula el Angel varón de deseos (Dan., 7). Las oraciones jaculatorias, que, como dicen los Santos, penetran los cielos, también son deseos. La Iglesia hace fiesta á los que tenía la Virgen preñada de Dios por verle ya nacido en el mundo y en sus brazos, y éstos celebramos el día de la O, y todas las que se ponen en aquellas siete Antifonas, antes del nacimiento del Señor, significan los que tenían los Padres de que Dios enviase al Deseado de las gentes. Si esto es así, como lo es, ¿por qué te desconsuelas, siendo tus deseos tantos y tan buenos?

Buena señal es tener buenos deseos, si se trabaja por alcanzarlo que se desea.

D.—Porque crecen á una en mí esos deseos santos é imperfecciones sin cuento, mil buenos propósitos y dobladas culpas. Y apenas ha brotado en mi alma un pensamiento de salud, cuando la conversación y trato de los amigos lo destierran della. Y siguiendo la corriente de los insensibles (que son muchos) sólo en el hábito me conozco religioso, siendo en lo demás hombre del siglo. La profesión que tengo hecha es estrechísima, y yo relajadísimo (Rom., 7); ella me pregona muerto al mundo, y yo vivo á solo el mundo; ella me niega y pone entredicho á todo lo que es carne y sangre, y yo soy hombre carnal, venido ([1]) debajo del pecado; ella me manda ser pobre, y yo voy huyendo de la pobreza; y al fin, todos los buenos deseos desaparecen en flor, y á cada paso me hallo con hurtos de malas obras en las manos.

M.—No pases adelante con esa plática, que parece que reina hoy en ti la melancolía. Salgámonos, si quieres, un rato á la huerta.

D.—Salgamos en hora buena. ¿Tienes por ventura alguna cosa que tratar conmigo en puridad?

M.—Sí tengo, y deséote todo entero; porque lo que quiero enseñarte, no admite corazones repartidos, ni hombres distraídos y fuera de sí.

([1]) La edición princeps y la de Madrid 1885 dicen *venido;* pero la de Alcalá 1602, y la de Madrid 1608, ponen *vendido;* el sentido es casi el mismo, y ambas versiones traducen bien el *captivantem me sub lege peccati* á que alude.

D.—Siempre me has hablado con veras y sin lisonja, pero nunca me preveniste como agora.

M.—Nunca habrás oído de mi boca lo que hoy te deseo comunicar.

D.—Parece que vienes enviado de Dios y á la medida de mi deseo, que ha sido hallar quien me hable al corazón y me enseñe cosas substanciales, interiores y de espíritu; que lo que comúnmente se trata en estos tiempos, aun entre varones insignes y de mucho punto de santidad, lo más es exterior y de muy poca satisfación para el alma.

Más cuidado hay de parecer bien á los hombres que á Dios, y de lo exterior que de lo interior.

M.—Un pensamiento es el de los dos, sino que yo estoy más enfadado del lenguaje bárbaro que en materia de virtud corre en el mundo que no tú que naciste ayer, que, si bien miras en ello, todo es acudir á componer este hombre exterior y á cumplir con los que lo son, y apenas se halla quien se acuerde del hombre interior y divino. Y deberían advertir los que en esto gastan su tiempo que el hombre interior compuesto compone y ordena sin pesadumbre ninguna al hombre exterior, y no al contrario. De Platón he leído que hacía de ordinario esta oración á Dios: *Amice Deus, da mihi, ut intus pulcher efficiar: et quæ exterius sunt, intimis sint amica*; Amigo Dios, dadme que en lo interior os parezca hermoso, y que lo exterior se conforme y tenga amistad con lo interior.

D.—Devotísima oración es esa verdaderamente, y más de pecho cristiano que de filósofo.

M.—También nos viene aquí muy á pelo, y es de más autoridad, lo que el Profeta santo dice del alma esposa de Cristo en el salmo 44, el cual habiendo tratado con galanas metáforas de la hermosura y virtudes del celestial Esposo, de su admirable disposición y gallardía, vuelto á ella le dice: Toda la gloria dél, á la hija del Rey es adentro en las fimbrias doradas, y cercada de variedad. Como si dijera: Eso que el esposo tiene por naturaleza, tiene, en su tanto, la esposa por gracia, sino que en ella está de secreto, allá dentro, donde los ojos de Dios lo miran y aprueban; aunque no tan secreto que deje de dar algunas muestras de fuera, que al fin los extremos son dorados; porque si alguna vez se extreman los santos, es en obras de caridad, entendidas por las

orlas ó fimbrias doradas, que en las demás en que se ceban los ojos de los hombres ningún extremo hacen, porque suelen por la mayor parte ser viciosos. En los *Cantares* se escribe (Cant., 1), que siendo motejada la esposa de morena y desaliñada, no negando el desaliño y moreno, confiesa que con ello anda junta la hermosura de esposa de Cristo. Soy, dice ella, como las tiendas de Cedar y las cortinas de Salomón, en lo de fuera negras y de poco lustre (al fin como expuestas al sol y á las injurias de los tiempos), mas en lo secreto é interior llenas de grandes riquezas y de suavísimo y precioso olor. Este conviene que en todo lugar sea bueno, como dice San Pablo (II Cor., 2), pero principalmente debemos oler bien á Dios. Que como hay hombres tan lascivos, sensuales y profanos que por donde quiera que van dejan el suave olor y fragancia del ámbar y almizcle de que andan como embalsamados, y si llegas á contemplarlos de cerca son asquerosos en sus personas, así hallarás muchos que todo su negocio es dar buen olor de virtud y santidad á los hombres, sin acordarse que principalmente le deben á Dios. Enséñanse éstos á torcer la cabeza, componer las manos, modestar y bajar los ojos, encoger los hombros, hablar por compás y en tono devoto, medir los pasos, colgar el rosario con su calavera de la cinta, y á otras cosas desta suerte, y no tratan de componer el hombre interior, ni mortificar las pasiones, ni andar dentro de sí mismos, ni de la vida que esencialmente es [1] virtuosa. ¡Qué poco caso hacía San Pablo (II Cor., 4), de que el hombre exterior se corrompiese y anduviese desaliñado! sabía él muy bien que de su corrupción y descompostura procedía la reformación y ornato del hombre interior.

Los perfectos imitan á la naturaleza; los hipócritas al arte.

Los que de veras tratan de ser perfectos imitan á la naturaleza, que, no se olvidando de formar las partes exteriores del animal, lo primero á que acude es á la formación del corazón. El arte y los santos fingidos, ó de burla, son de una manera que no se curan de lo interior, sino de solo lo que se puede ver: del rostro macilento, de llorar donde sean vistos, de suspirar en la Iglesia y hacer gestos (cosa que Dios mucho aborrece), y de confesar y comulgar á menudo por el pundonor, y aun por el provecho temporal que se halla ya en estos ejercicios.

§ II

Discípulo.—¿Luego no es bueno ni se debe hacer eso que reprendes?

Maestro.—No reprendo el buen ejemplo exterior, ni las obras tales en que sólo se busca la gloria de Dios y edificación del prójimo: porque el Señor quiso que fuesen de manera que las viesen los hombres y glorificasen al Padre que está en los cielos (Math., 5). Lo que reprendo es el detenerse en estas cosas y poner en ellas todo el cuidado; no porque son para gloria de Dios, sino porque son insignias de santidad, algunas veces tan llenas de interese propio, que se serviría más su Majestad de que las dejásemos que no se sirve de que las hagamos.

No hace Dios caso de las obras exteriores a secas y sin espíritu.

En Amós (Amós, 5) están escritas estas temerosas palabras: Aborrecidas y echadas á mal tengo vuestras fiestas, y esos perfumes y olores que me dais en vuestras juntas me ofenden y sirven de humo á [mis] narices. No curéis de quemar animales ni hacerme otros servicios, que no los tengo de mirar ni volver á ellos mis ojos; yo os absuelvo de los votos que me tenéis hechos para que os tenga en mi memoria, porque no me dan gusto. Quitad allá esa confusión de voces y esos motetes de violones, que me atormentáis con ellos. Hasta aquí son palabras de Dios Nuestro Señor, el cual reprueba todos los servicios que se le hacen en su Iglesia si no llevan vida, si les falta lo esencial, que es el espíritu y la verdad con que quiere ser servido y adorado (Ioan., 4). Cesario cuenta que, cantando en una iglesia unos músicos con gran destreza y armonía, un santo que se halló allí en aquella sazón vió un demonio puesto en lo alto de la capilla mayor, que con la mano izquierda tenía un costal abierto y con la derecha recogía las voces y las metía en él, hasta que le hinchió. Acabado el oficio, los músicos (como tienen de costumbre) comenzaron entre sí á alabar sus motetes y canto de órgano: ¡Qué linda estuvo la corneta!, decía el uno; otro, qué bien cantó fulano; qué pasos tan ricos hizo de garganta, etc. El siervo de Dios, que oyó la plática, llegóse á ellos y díjoles: Muy bien habéis cantado, pues quedó lleno el costal. Admira-

[1] La edición de Madrid 1885, *ha de ser.*

dos desto, y sabido el por qué lo decía, se confundieron mucho y se avergonzaron de lo que ([1]) se estaban gloriando.

D.—¿Pues no había otra cosa en que recoger voces tan suaves sino en un costal?

M.—No, porque las más bien acordadas del mundo, si van sin espíritu, son como paja para el gusto de Dios (Isai., 58); y así las manda encerrar en costal como se encierra la paja para las bestias. Y quiero que sepas que lo mismo que fué de aquellas voces será de todos los ejercicios corporales si les faltare la vida que Dios pide en ellos.

D.—¿Y cuál es esa vida? ([2]).

Cuál es la vida de nuestras obras.

M.—Oye, no á mí, sino al divino contemplativo Rusbrochio, cuyas palabras fielmente sacadas son éstas: No tanto debemos atender á lo que hacemos cuanto á lo que de verdad somos; porque si fuésemos interiormente en lo íntimo de nuestras almas buenos, también nuestras obras serían buenas, y si en lo íntimo fuésemos justos y rectos, justas y rectas serían ellas. Muchos ponen la santidad en el hacer; mas no aciertan, porque (si así se puede decir) no consiste sino en el ser, que por muy santas que parezcan nuestras obras, no santifican en cuanto obras, sino en cuanto nosotros somos santos y ellas salen de interior ó centro santo, tanto tienen de santidad, y no más. De manera que el centro santo santifica todo lo que hacemos, ora sea comer, beber, dormir, orar, hablar, macerar la carne con ayunos y otras cosas semejantes que de suyo no son malas, sino buenas ó naturales. Y aquel tiene el íntimo y centro más santo que tiene mayor amor de Dios en su alma, y sus obras son más calificadas cuanto con mayor pureza mira en ellas la gloria de Dios. Por lo cual debemos trabajar con todo cuidado por tener bueno y grande este íntimo centro, y de principiar dél nuestras acciones; porque sin ninguna duda en él está constituída la esencia y bienaventuranza del hombre, y las obras que son virtuosas de allí lo son; porque el ánimo bueno y levantado por amor en Dios levanta y perficiona nuestras obras y las hace gratas á su Majestad. Hasta aquí son palabras de Rusbrochio, que, á mi juicio, lo que en todas ellas quiso decir fué que no mira Dios á la cantidad de nuestras obras ni hace caso de que sean grandes, sino al ánimo de donde salen, el cual las califica y acondiciona á sí mismo y las sube tanto de punto cuanto él está subido y elevado por amor en Dios, y no más; y así cuanto este íntimo de nuestra ánima es mayor y más santo, y lo que hacemos sale esencialmente y con actual atención dél, tanto y no más es agradable y acepto á Dios; que eso significó la divina Escritura cuando dijo (Genes., 3): Miró Dios á Abel y á sus dones, que primero se agradó de la persona que del sacrificio, y tanto tuvo el sacrificio de aceptación cuanto era acepto el que le ofrecía. Y lo que fué en Abel es en todos los hombres del mundo, cuyas obras (cuanto es de parte dellos) son aceptadas ó no de Dios en cuanto ellos ó lo son ó no al mismo Dios. Que no puede ser que yo sea esencial ó cordialmente bueno (porque tengo en mi alma plantado el amor divino, que es vida della y de todo lo que hago), y que no se agrade Dios y se pague de mis obras, por muy pequeñas que sean, si, como queda dicho, llevan por fin y blanco la gloria y honra suya desnudamente y sin alguna consideración á provecho y comodidad mía. Ni tampoco siendo el íntimo malo y leproso pueden dejar de tener lepra mis obras y ser por esto no gratas á Dios, que escrito está (Eccl., 34): Los dones de los malos no los aprueba el Altísimo.

El ánimo de donde sale lo que hacemos mira Dios más que el cuanto dello.

§ III

Qué es íntimo del alma y de cuánta importancia su conocimiento.

Discípulo.—¿Qué llamas íntimo del alma, que según lo que Rusbrochio ha dicho debe ser lo principal que hay en nosotros y á que debemos siempre aspirar?

Maestro.—Lo que te doy por respuesta es que hasta que halles dentro de ti ese centro ó íntimo no habrás sabido qué cosa es vida interior ó esencial, que es lo que yo deseo que sepas y experimentes; porque luego no hay necesidad de más preceptos ni documentos en la vida espiritual, porque todos llegan hasta allí; y allí puesta un alma, toma Dios la mano y la enseña por sí mismo, que es la mayor bienaventuranza que le puede venir en esta vida, como lo dijo el Profeta

([1]) La edición de Madrid 1885 añade aquí: *de lo que poco antes.*

([2]) Edición cit.: *¿Y qué vida es esa?*

(Psal., 93): Bienaventurado el que tú, Señor, enseñares y le dieres la inteligencia de tu ley.

D.—Al fin me dejas con mi ignorancia.

M.—Por agora sí; porque mi intento en este rato de conversación no es más que aficionarte á andar dentro de ti mismo y á una vida esencialmente buena, y no armada sobre palillos, ni sujeta á los ojos de los hombres, sino regulada según el beneplácito de Dios y atenta á su habla interior; que San Gregorio dice: El que no se escónde y retrae de las cosas exteriores, no penetra las interiores. Y dice más, que es necesario esconderse para oir, y esconderse después de haber oído; porque el alma apartada de las cosas visibles percibe y contempla las invisibles, y llena de las invisibles, perfectamente menosprecia las visibles y oye á hurtadillas las venas de la habla divina, porque conoce delicada y secretamente los modos ocultos de la inspiración suya. Lo cual no puede hacer el que no se habituare á vivir dentro de sí mismo en este divino y esencial centro de su ánima, que propiamente hablando es el Reino de Dios, donde Él mora con todas sus riquezas (Rom., 14). Y si yo no me engaño, deste Reino se entiende lo que dice Cristo por San Lucas (Luc., 17): Mi reino dentro de vosotros está. Y éste comparó por San Mateo (Math., 13) al tesoro escondido, que el que lo halló lo escondió más, y vendidas todas sus cosas compró el campo en que estaba para cavar en él más á sus solas y para con mayor libertad gozarle.

D.—¿Cómo se puede decir con verdad que escondió el tesoro, si estaba escondido?

M.—Muy poco sabes si eso ignoras; que claro está que para el dichoso que halló el tesoro, ya que hasta hallarle le estaba escondido como á todos, después de hallado manifiesto quedó y patente para él y secreto para los demás. Y dícese (Phil., *Iud. de nobilit.*) que lo escondió para conservarle, y que de todo lo que tenía se desposeyó para gozarle: porque este tan gran bien tiene tanto gusto y consolación para el que le halla, que fácilmente da de mano á todas las cosas que hay de contento en el mundo, y solo ó solitario entra á cavar y sacar el oro, que sólo puede enriquecer las almas y librarlas de toda miseria y pobreza. ¡Mas ay, qué poquitos dan con este tesoro tan oculto! y no me espanto, que al fin es negocio de gracia y ninguno por sus fuerzas naturales lo alcanza: ni aun hallarás entre muchos uno que se persuada que hay dentro de nosotros tanto bien. El divino Blosio, Rusbrochio, Thaulero y otros dicen que este centro del alma es más intrínseco y de mayor alteza que las tres facultades ó fuerzas superiores della, porque es origen y principio de todas. Es de todo en todo simple, esencial y uniforme, y sin él no hay multiplicidad, sino unidad, y en él son una cosa las dichas facultades; conviene á saber, entendimiento ó inteligencia, memoria y voluntad.

Muy pocos atinan con el centro ó íntimo del alma.

D.—Parece que andas por declararme lo que tanto deseo.

M.—De razón ya lo habías de haber entendido por lo dicho; y pues habemos llegado á tal punto (advirtiéndote primero que es el más alto que hay en la vida espiritual y de que has de tener memoria para adelante) has de saber que el íntimo del alma es la simplicísima esencia della, sellada con la imagen de Dios, que algunos santos llamaron centro, otros íntimo, otros ápice del espíritu, otros mente. San Agustín summo y los más modernos la llaman hondón; porque es lo más interior y secreto, donde no hay imágenes de cosas criadas, sino (como queda dicho) la de solo el Criador. Aquí hay suma tranquilidad y sumo silencio, porque nunca llega á este centro ninguna representación de cosa criada, y según él somos deiformes ó divinos, ó tan semejantes á Dios, que nos llama la sabiduría dioses. Este íntimo desnudo raso, y sin figuras, está elevado sobre todas las cosas criadas, y sobre todos los sentidos y fuerzas del ánima, y excede al tiempo y al lugar, y aquí permanece el alma en una perpetua unión y allegamiento á Dios, principio suyo. Cuando este íntimo (al cual la luz eterna y no criada continuamente ilustra y esclarece) se manifiesta y descubre al hombre, en gran manera la aficiona y enternece, como se dice del que halló el tesoro, que por el gozo demasiado que recibió vendió todas sus cosas y compró el campo. ¡Oh noble y divino templo, del cual nunca Dios se aparta, adonde la santísima Trinidad mora y se gusta la eternidad! Una sola conversión perfecta en este íntimo á Dios es de mayor importancia que muchos otros ejercicios, así interiores como exteriores, y que puede restaurar diez y más

Intimo del alma.

años perdidos. Aquí mana una fuente de agua viva que da saltos para la vida eterna (Ioan., 4), y es de tanta virtud y eficacia y tiene tanta suavidad, que destierra fácilmente toda la amargura de los vicios y vence y sobrepuja toda la rebeldía, contradicción y resabios de la naturaleza viciosa y mal inclinada. Porque luego que se bebe esta agua de vida, corre por toda la región del cuerpo y del ánima, y da y comunica al cuerpo y al ánima una maravillosa pureza y fecundidad.

§ IV

Discípulo.—Gran cosa es esa verdaderamente, y no debría el hombre aflojar ni cesar de la oración hasta que Dios le concediese beber siquiera un solo trago de tal agua.

Maestro.— Una sola gota que bebieses no tendrías más sed de las cosas vanas, ni de las transitorias criaturas, sino tu sed sería de solo Dios y de su amor, en el cual cuanto más crecieres tanto más aprovecharás en la unión divina; y cuanto más unido y más profundamente metido en Dios, tanto más claramente le conocerás, y así conocido, forzosamente ha de ser con mayor ardor amado; y ese es el blanco de nuestras obras y ejercicios, ahí se ordenan y van á parar todos, porque si te falta este amor, todos tus trabajos (aunque sobrepujen á los que han padecido y padecen todos los hombres del mundo y los demonios) son vanos y de ningún fruto, como largamente lo hallarás escrito en nuestros *Triunfos*. Al fin, tanto tendrás de santidad cuanto de caridad, y no más. Y si te parece que me alargo en esto, oye al gran padre Augustino, que dice: Si quieres cumplir con perfección todo lo que explícita ó implícitamente se contiene en las divinas Escrituras, guarda en tu alma la verdadera caridad, que ella es el fin de la ley y de los profetas. El apóstol á su discípulo Timoteo dice (I Tim., 1): El fin del precepto es la caridad de corazón puro, de buena conciencia y de fe no fingida. En las cuales palabras, aunque hay mucho que notar, sólo quiero que adviertas por agora que precepto no significa mandamiento especial ó solo, sino todo lo mandado y ordenado en la ley: lo cual así como está se endereza al aumento y conservación de la caridad, que ella es la clave del edificio espiritual, y si peligra ella, peligra todo lo que estriba en ella. Con esto entenderás aquel lugar de Santiago, tan dificultoso (Iacob., 2): El que en uno ofendió, en todos quedó culpado.

Sin amor ningún trabajo es de provecho.

Que quiso decir Santiago: El que ofendió en uno, es culpado en todo.

D.—Nunca yo he hallado cómo sea posible eso: ¿Por qué el adúltero ha de ser acusado ó castigado como homicida? ¿O el ladrón como adúltero?

M.—La sentencia del apóstol, superficialmente entendida, no parece que tiene verdad; pero si recurrimos á lo que de la caridad queda dicho, tiénela muy grande y es muy conforme á razón lo que el Apóstol dice, porque si todos los preceptos tienen su dependencia desta virtud y ella se extiende á Dios y al prójimo, y por ella son preceptos los que lo son y ninguno puede obligar contra ella, bien se sigue que, faltando en ella, se falta en todos y en cualquiera que se falte ella queda agraviada. En un círculo verás esto muy claro, que todas las líneas que se forman del centro á la circunferencia se comunican en el centro, allí se topan y se hacen una cosa. ¿Podríase por ventura tocar en este centro sin tocar en las líneas todas? [1].

D.—Parece que no.

M.—Pues así es en el propósito, que el centro de la ley y de los profetas es la caridad, y los que son preceptos, como ya dije, lo son en ella, van á parar en ella y salen della. Luego si se toca en ella y se le hace ofensa, todos la reciben y á cualquiera que de todos se toque queda ofendida ella y todos agraviados en ella, por ser todos una cosa en ella, como las líneas en el centro: que aunque cada una, considerada por sí, parece diferente de las otras en la circunferencia, como parecen diferentes preceptos no hurtar, no matar, no adulterar, no jurar, etc., ni lo son en el centro las líneas ni en la caridad

[1] Este símil tan apropiado para entender la doctrina no es original del P. Angeles, y probablemente lo había leído en libros de autores contemporáneos ó anteriores á él. Véase cómo lo usa el P. Estella en su *Tratado de la Vanidad del Mundo*, parte III, capítulo VIII: «No te puedes apartar del próximo sin apartarte de Dios. Todas las rayas de la esfera tocando en el centro, que es el punto de medio, se tocan las unas á las otras. Ninguna destas rayas se apartará del centro que no se aparte de las rayas sus vecinas, ni tampoco será posible apartarse de las rayas sin apartarse del centro».

los preceptos; y así queda entendido Santiago, y tú de buena razón aficionado á la caridad.

D.—Y mucho verdaderamente, y con deseo grande de saber cómo se ha de amar Dios con perfección, de manera que alcance yo lo que por este camino con tanta brevedad alcanzaron los santos.

Cómo se ha de amar con perfección.

M.—El cómo enseñó aquel piadosísimo Señor, que sólo pide, en recompensa de lo mucho que le debemos por nosotros y por todas las criaturas, amor. Amarás (dice) á tu Dios de todo tu corazón, de toda tu ánima y de toda tu mente y de todas tus fuerzas y de toda tu virtud (Deut., 6).

D.—Esa repetición de palabras con tan diferentes términos me confunde á mí mucho; y para entender de raíz ese mandamiento tan encarecido había yo menester que se me diese alguna luz de esos nombres, corazón, alma, mente, fuerzas y virtud.

M.—Mucho quisiera excusar el responderte á eso, porque es de gran dificultad y pide más alto conocimiento que el que yo tengo de las cosas del espíritu. Pero ¿contentarte has con que te diga lo que supiere, que será lo que los Santos dicen y la filosofía nos enseña?

D.—No se te puede pedir otra cosa.

Armonía del hombre.

M.—Pues por principio desta doctrina nota que en el hombre se consideran tres diferencias de hombres: animal, racional, deiforme ó divino; cada uno destos hombres tiene una fuerza ó potencia con que conoce y entiende, y otra con se inclina á huir ó desear aquello que ya conoció, en cuanto ó le es dañoso ó provechoso. El hombre animal obra y conoce por los cinco sentidos exteriores: vista, oido, olfato, gusto y tacto, y todo lo que por estos sentidos percibe envía al celebro y por ciertas imágenes y fantasías mira allí las cosas y las compone y retiene en la memoria. A esta sensitiva potencia corresponde otra natural apetitiva, con que apetece estas cosas exteriores, riquezas, amigos, manjares y otros deleites deste metal, y huye las cosas adversas y que le son contrarias. Este apetito se llama animal ó sensual, que es fuerza afectiva que se mueve solamente de la aprensión de los sentidos. Cualquiera que según este hombre vive, vive según la sensualidad, no de otra manera que viven los brutos, y por esta parte somos sin ninguna nobleza y estamos sujetos á corrupción y muerte. El segundo hombre, que se dice racional, tiene una cierta potencia, que se llama inteligencia ó razón, cuyo oficio es pesar todas las cosas y mirar cuál es lo bueno y cuál lo malo, cuál lo verdadero y cuál lo falso. Esta saca conclusiones de las premisas, y de las cosas que siente las insensibles, y es potencia que en su operación no usa de órgano corporal, como la pasada; pero corresponde al libre albedrío, que se mueve á abrazar y hacer todo lo que la razón le dicta y enseña. Otros la llaman afecto racional ó apetito de razón. El que en esta potencia se ejercita hácese rico de sabiduría y de virtudes, las cuales tanto más crecen en él cuanto él más las desea, y cuanto más alcanza dellas, tanto el deseo de su cumplida posesión es mayor. Esta vida en sí misma es imperfecta, porque siempre le falta algo que es sobre la razón humana. Es al fin defectuosa, porque fuera de Dios no puede cosa alguna hartar la hambre del ánima racional. El tercero hombre se llama suprema y simple inteligencia ó mente, y es fuerza cognitiva del ánima, que recibe inmediatamente cierta lumbre natural de Dios, por la cual se conoce la verdad de los primeros principios, conocidos los términos. A esta simple inteligencia corresponde un suave, agradable y puro amor del ánima que inmediatamente recibe inclinación al sumo bien, así representado por la simple inteligencia, y naturalmente se mueve á lo bueno. Los que en esta amorosa potencia se ejercitan y tienen familiaridad con Dios, tan alto se levantan algunas veces que, callando por poco tiempo su entendimiento, de sí y de todas las cosas juntamente se olvidan y son todos tragados de Dios y transformados en Él. Rusbrochio llamó vida divina la deste tercer hombre; porque en ella se contempla atentamente Dios y se une á Él el alma por desnudo amor, y le goza y gusta cuánta sea su dulcedumbre; derrítese y renuévase de continuo en Él, y este es el camino del rapto y elevación sobre todas nuestras fuerzas á un estado donde el mismo Dios nos rige, y el alma sufre su operación y es ilustrada con claridad divina (Rom., 8), no de otra manera que estos aires con los rayos del sol, y el hierro

Hombre animal.

Hombre racional.

Hombre divino ó diviniza lo.

con el calor y virtud del fuego. También quiero que sepas que el ánima del hombre se llama principalmente así porque vivifica y anima el cuerpo, y en las fuerzas ó virtudes della dichas racionales, conviene á saber: razón, voluntad y memoria, resplandece la imagen de la santísima Trinidad. Pero según el hombre superior, ó simple inteligencia, es el ánima dicha espíritu ó íntimo, ó mente, ó hondón (como ya has oído), la cual es dotada de tanta nobleza que no hay palabras con que esto se puede declarar. Este íntimo retraimiento de la mente, ninguna cosa criada le puede henchir ni dar hartura, sino sólo el Criador con toda su inmensidad y grandeza; y aquí tiene Él su pacífica morada, como en el mismo cielo; ni es necesario que le vamos á buscar fuera de nosotros cuando quisiéremos hablar con Él: porque en cuanto no le desterramos por el pecado, inseparablemente asiste en este su retraimiento, aparejado para oirnos y para hacernos merced, aunque algunas veces tan disimulado como si no estuviese. Por lo cual debemos convertir aquí á Él todas las fuerzas de nuestra ánima con singular atención y reverencia. Deste espíritu, ó íntimo, ó centro, ó ápice del ánima proceden todas las fuerzas della, no de otra manera que los rayos proceden del sol, y á él vuelven como á su original principio, y esto, mediante la obradora caridad y verdadera intención á Dios. Bienaventurado el hombre que supo convertirse á este centro con perfecta resignación; porque vale más una hora deste ejercicio, para alcanzar perdón de pecados y montones de gracias, que muchos años de otros, por muy altos y aprobados que sean. Tales cosas obra Dios en el alma así convertida, que ella misma no las comprende. Pero con los que ciegan estas facultades y fuerzas interiores, ningún trato ni comunicación tiene, que es la mayor miseria que puede padecer la criatura racional.

Por qué el ánima se llama deste nombre y de otros.

Cuánto vale una conversión á Dios en el íntimo del alma.

§ V

Discípulo.—Verdaderamente me tienes suspenso y fuera de mí con lo que me has dicho, porque nunca entendí que dentro de nosotros hubiese tan grandes riquezas ni ese centro tan admirable y de tanta codicia.

Maestro. — Muy pocos hallarás que sepan esto; porque todos los más, como ya dije, son dados á exterioridades, sin hacer caso de entrar dentro de sí mismos á investigar este tesoro y conversar con aquel Señor que dice: Mi reino dentro de vosotros está.

D.—Parece que con lo dicho fácilmente entenderé el mandamiento del amor, que tan dificultoso se me ha hecho siempre. Y si tuvieses por bien declararme algo acerca dél, recibiría mucha consolación.

M.—Amar á Dios de todo corazón es amarle de toda tu voluntad y deseo; de manera que ninguna cosa apetezcas ni quieras contra Dios, fuera de Dios ni sobre Dios. Digo que, echadas de tu corazón todas las criaturas, se lo has de ofrecer todo al Criador, para que solo y á solas le posea. Amar á Dios de toda tu alma es amarle con todo el hombre animal, teniendo á raya todos los cinco sentidos, y apartándolos de todo deleite y de toda otra obra que pueda ofender los divinos ojos. De manera que has de usar dellas, no para pecar ni para deleitarte, sino para honra y gloria de tu Señor Dios. Amar á Dios de toda la mente es perseverar con entendimiento sano en la verdadera fe, muy confiado de Dios y sin vacilar ni sustentar opiniones falsas ni pensar en ellas. O, hablando conforme á la doctrina que te he dado, amar á Dios de toda la mente es andar dentro de ti mismo, atento siempre á Él, con un puro y sincero amor, sin mezcla de otro extraño ó adulterino, pues nos consta que otro que Dios no puede henchir nuestra alma. Al fin le has de amar con todas tus fuerzas; porque todas las que hay en ti, interiores y exteriores, se han de emplear y consumir según su altísimo beneplácito, sin alguna contemplación de interese propio, como cosa principal en el amor: que bien se puede y debe esperar la gloria y otros bienes y mercedes que suele Dios hacer á sus amigos. En una palabra, quiero que sepas que las muchas deste mandamiento, ninguna otra cosa te dan á entender sino que Dios nuestro Señor te quiere todo para sí, sin que para otra cosa criada quede lugar en ti que pueda hacer guerra ó contradecir á su voluntad. Y es de manera necesario el desembarazarte de todas las cosas para que more Dios en ti como en su

Qué es amar a Dios de todo corazón, anima y mente.

Importantísimo es desocupar el alma para que more Dios en ella.

templo, que no es posible quedándote tú en ti hacer Él en ti su morada. ¿Nunca has visto aposentarse un gran Príncipe, entrando en una aldea de camino, en casa de un labrador rústico?

D.—Sí he visto.

M.— Pues de la manera que para entrar el Príncipe en la pobre casilla del labrador el labrador se sale y la desocupa de todas sus alhajas, sin quedar ninguna, grande ni pequeña, porque el Príncipe trae consigo el ornato y aderezo digno de su persona, así para morar Dios en una alma quiere que se desocupe primero del amor de todas las criaturas y de sí misma. El Eclesiástico dice (Eccl., 38): Escribe en tu corazón la sabiduría en el tiempo de la vacuidad ó vacante, y mira bien que el que más se desocupare de negocios ese será más lleno della. Llano es que la sabidnría que sabe y engorda al alma, que es el gusto dulce de las cosas celestiales, se recibe mejor cuanto más vacío y desocupado tenemos el corazón, no sólo de amor de las criaturas, sino de los actos de los sentidos interiores y exteriores; porque éstos retirados y en silencio, el espíritu puro vuela á su Criador y sufre en este tiempo la operación del Espíritu Santo, que obra grandes maravillas en el alma así desembarazada y vacía. Primero que este divino Espíritu en el principio del mundo viniese sobre las aguas y las fecundase y produjese tantas vidas, se dice que la tierra estaba vacía ó vacante (Génes., 1), que es decirnos (hablando al hombre interior) que la tierra de nuestros corazones se ha de vaciar y desembarazar de toda criatura para que pueda recibir mejor la venida del que todo lo hinche, que es Dios. Qué vacío tenía su corazón aquel que, tratando de la caridad é imperfecto conocimiento, decía á los de Corinto (II Cor., 13): Cuando viniere lo que es perfecto, evacuarse ha lo que es en parte y poco. Cuando yo era pequeño, hablaba y sabía y pensaba como pequeño y niño; pero después que fuí hecho varón, evacué ó desembaracéme de las cosas que eran de pequeño. Todo es poco y niñería lo que no es Dios, y el conocimiento que se tiene por las criaturas es como tiniebla respecto del que Dios infunde en el alma desembarazada y libre dellas; y en verdad que es niño cualquiera que juega con estas cosas transitorias en su entendimiento y les da lugar en su corazón, y que para ser grande les ha de dar de mano y desocuparse para solo el Criador. El Profeta Jeremías, y en consonancia dél el santo Rey David (Psalm. 21), dicen que delante de Dios, conviene á saber puestos en el lugar de la oración, habemos de derramar como agua nuestros corazones; como si dijera de suerte que nada les quede dentro, ni pensamiento, ni afición de las criaturas, sino que á solas lo hayamos con su Majestad; lo cual no se entendiera si dijera como aceite ó miel, etc. En el salmo 138 se escribe: La noche es mi alumbramiento en mis deleites. Y, á mi ver, lo que en el sentido espiritual dice esta letra es que en la privación del actual conocimiento de las criaturas (que esas son tinieblas, como lo dijimos en el capítulo 15 de ellas, en los *Triunfos)* están los deleites y gustos suavísimos del alma del contemplativo, cuya voluntad está en este tiempo actuada y obrando ó recibiendo, por decir mejor, grandes regalos y riquezas de su Esposo celestial. Para significar Dios este desembargo del corazón mandó en su antigua ley (Exod., 39) que el altar donde ardía el fuego perpetuo de los sacrificios estuviese hueco y vacío. Para que esto se entienda, sobre todo lo dicho, hace lo que pasa en el Santísimo Sacramento del altar, que como á la voz del sacerdote la sustancia de pan desampara su casa y sucede el cuerpo de Cristo, quedando solos los accidentes de pan; porque en lo sustancial, después de la consagración, es cuerpo de Cristo, y en lo accidental es pan, quiero decir que ninguna sustancia hay allí de pan, sino todos los accidentes, que por eso se llama transustanciación; así quiere Él que á la voz suya, con que nos llama y convierte á sí, las criaturas todas, y nosotros mismos, salgamos juntamente de nosotros, dejando para Él libre y desembarazada la posada, como lo hizo aquel divino Apóstol que se atrevió en carne mortal á decir (Galat., 2): Vivo yo, ya no yo; vive en mí Cristo. Que es como si dijera: En lo espiritual, lo accidental tengo de hombre, mas lo sustancial de Dios. Tales nos quiere su Majestad para sí, que accidentalmente seamos hombres y sustancialmente dioses, regidos por su espíritu y conformes á su beneplácito, para lo cual impide toda criatura que con amor desordenado se posee y ama; porque, como dijo un Profeta (Isai.): El lecho de nuestro corazón es angosto y no caben dos

en él, y el palio del amor es breve y no alcanza á cubrir más que á uno.

D.—Parece que quieres decir que los justos dejan de ser hombres y son dioses por esencia, como por virtud de las palabras de la consagración deja el pan de ser pan y es cuerpo de Cristo.

¶ *M.*—No digo tal cosa, porque yo voy hablando de transformaciones de amor, las cuales todas son accidentales; que amando yo á Dios no dejo de ser lo que soy cuanto á la esencia, sino accidentalmente. Digo que el alma transformada en Dios por amor más vive para Dios que para sí; porque no ya lo que le pide el hombre exterior, sino lo que Dios le ordena, quiere y sigue. Y como el alma está más donde ama que donde anima, síguese que es más de la cosa amada que suya. Y en este sentido se puede decir que los justos accidentalmente son hombres y sustancialmente dioses, pues por su divino espíritu son regidos y viven: como el hierro caldeado se queda hierro aunque vestido de las calidades del fuego, pareciendo más fuego que hierro por esencia, aunque verdaderamente no lo es sino por participación, como los justos son dioses.

D.—Admirable doctrina es ésta por cierto, padre mío, sino que se me asientan mal dos cosas. La primera, que pueda yo vivir sin mí, como se dice que vivía el Apóstol. La segunda, que, siendo el ánima racional no más que una, tenga tantas facultades y haga tan diferentes oficios como si fueran muchas ánimas.

M.—Bien dices, que es una en cuanto á su esencia y sustancia; y siguiendo la doctrina de Escoto y de otros parisienses, no hay distinción real entre ella y sus potencias. Santo Tomás dice (S. Thom., 1 part., q. 77, art. 1), que hay distinción real entre el ánima y sus potencias, las cuales consideradas con diversos respetos, una vez las llama accidentes, otra casi propiedades naturales de la misma ánima.

D.— Dejemos, si te parece, esas diferencias para las escuelas y digamos con Isidoro (Isid., lib. 11 *Ethim*, c. 1) que las potencias de tal manera están conjuntas al ánima, que son una misma cosa con ella, y que por la diversidad de los oficios en que se ocupa tiene diversos nombres.

M.—Ese es el parecer de Escoto, y siguiéndole por ahora, digamos que el ánima es una, como tienen todos, pero que hay en ella diversas facultades ó virtudes, las cuales le dió el Señor como instrumentos para obrar, sino que con el poco uso están en nosotros confusas y no con aquella disposición que para ejercicios tan altos como éstos se requieren; y así es necesario purgarse primero, acicalarse y limpiarse. Por lo cual quiero que sepas, hijo Deseoso, que para perfectamente convertirte á Dios, el entendimiento y la razón han de servir como de ayos del hombre sensual y bestial, apartándole de todos los desordenados gustos y deleites, así de pensamientos y palabras como de obras, para que desta manera alcances la perfecta mortificación y negamiento de ti mismo, y traigas á tal punto este hombre que de ahí adelante no obre por los sentidos exteriores ni se derrame más por las criaturas, sino conforme á lo que la recta razón dictare y entendiere ser voluntad de Dios. Esta mortificación de la naturaleza te será molestísima y penosísima en los principios, pero en el acatamiento divino será aceptísima y dará de sí olor como un suavísimo pebete y olorosísimo incienso. Conserva tu entendimiento libre de dudas perplejas, fundado en la Fe Católica, como ya te dije, y muy sujeto y rendido de todo en todo á la santa Iglesia. Ofrece tu voluntad á Dios por perfecta abnegación, desembarazada y libre del amor, afición ó inclinación á alguna de todas las criaturas del mundo. Y conserva cuanto te fuere posible por la divina gracia tu memoria vacía y desocupada de imágenes y formas de todo lo que no es Dios, y mira bien que estas fuerzas así purgadas, todas y á una las has de convertir al centro de tu ánima, adonde Dios mora y está presente, y allí le adorarás y reverenciarás y abrazarás con estrechísimos abrazos de entrañable amor. Ten atención que de la manera que por los rayos solares ves y conoces el sol material, así por estas fuerzas sensitivas serás llevado y adestrado al entendimiento, y del entendimiento al secreto del espíritu, y de allí finalmente á Dios. También sabrás que nuestra ánima está en este mundo como media entre el tiempo y la eternidad; y si elige andar á las de fuera y se convierte al tiempo, esto es, si se hace temporal amando las cosas que lo son,

Qué se requiere para perfectamente convertirse á Dios el alma.

Cuánto mal sea no andar el hombre dentro de sí mismo.

olvídase sin duda de la eternidad y todo lo que es divino se disminuye en ella y se le va por alto y aleja, y como las cosas que de lejos se miran parecen á la vista más pequeñas que son, y tanto menores cuanto más lejos, y aun llegan con la distancia á no parecer lo que son, así las cosas divinas que están lejos de nuestro corazón vienen á ser juzgadas por pequeñas de los que no saben contemplar la eternidad. Y porque nuestra carne hace guerra á nuestro espíritu, tanto más penosa y molesta cuanto por estar ella en su casa y natural asiento tiene por amigos conjurados en su favor todas estas cosas temporales y terrenas, y el espíritu no tiene aquí su reino, sino su destierro (que sus fieles amigos en el cielo los posee), es menester armarnos contra la carne y domarla con la dura penitencia para que desvergonzadamente no se vuelva y levante contra el espíritu. ¿Quieres, pues, concebir en tu alma una singular devoción y celo contra ti mismo? pues haz cuenta que estás ya muerto, pues en breve, quieras ó no, has de morir, y considera con esto tu alma apartada del cuerpo y junta con la eternidad, y verás luego qué poco caso haces en este tiempo de los daños y agravios que se le podrán hacer á tu cuerpo en la tierra ó de lo que pasa en el mundo. Si no, mira el que hicieron los mártires de los suyos, sin estar aún despedidos dellos sus almas, con sola la consideración de que en breve los habían de dejar.

§ VI

Discípulo.—Mucho me ha contentado lo que me has dicho así cuanto á la declaración del supremo mandamiento del divino amor como cuanto á la purificación de las fuerzas del ánima: sólo me queda de saber por agora lo que parece que tú has dejado de industria, que es lo primero que te pregunté acerca del vivir y no vivir de San Pablo, que es cosa que siempre me ha hecho dificultad, porque tengo por imposible que se verifiquen de un mismo hombre, en un mismo tiempo, estas palabras: vivo y no vivo.

Qué cosa es vivir y no vivir un alma.

Maestro.—Bien me dió en qué entender ese lugar del Apóstol cuando en los nuestros *Triunfos* traté de la transformación ó muerte ó mortificación del amor, y como allí dije tanto, disimulaba con tu petición; mas pues no quieres perdonarme nada de lo que se te ofrece de duda, yo tampoco quiero dejarte con ella. San Dionisio *(libro de divinis nominibus)* cita este lugar, y por parecerle dificultoso al discípulo lo que el maestro decía, como á ti te ha parecido, se puso muy de propósito á declararle, y entre otras cosas notables y dignas de su extático entendimiento, dice que el amor divino causa éxtasi, esto es, que saca de sí á los que aman y no los deja ser suyos, sino de la cosa amada, y porque el del Apóstol para con Cristo era tan crecido que le hacía no ser nada suyo ni vivir para sí, sino todo para Cristo, atrevióse á decir que vivía y no vivía, y que su vida era Cristo, que fué como si más claro dijera: Soy hecho Dios por amor ó hame transformado en Cristo el amor, y soy un Cristo del amor. Dos cosas presupone este amor extático de San Pablo, las cuales se han de considerar en cualquiera que padece éxtasi como él. La primera, el sér de naturaleza, por quien se dice: Vivo. La segunda, el sér de gracia, en el cual dice: No vivo, porque vive en mí Cristo. El sér de la naturaleza inficionada desfallece en esta obra, mas el de gracia crece de manera que siente el ánima en sí más á Cristo que á sí misma. Y así, cuanto á la primera vida, vive como si no viviese, porque de sola la segunda hace caso y en ella dice que vive. ¿Y cuánta razón hay de preciarse el hombre más de que viva Cristo en él que de vivir él? ¡Oh, si dejases obrar en tí á Cristo cómo inflamaría tu voluntad, cómo adelgazaría tu entendimiento y cómo avivaría tu memoria para que, no ya tú en ti, sino Él en ti viviese y tú fueses verdaderamente otro Cristo por amor, como San Pablo, poderoso para convertir muchas almas á su servicio como él! Esta es aquella unión tan deseada y tan pedida, y con tantas veras, por el mismo Cristo, el cual después de cenar, cercano ya á la muerte, hablando con su Padre, dice (Ioan., 17): Yo, Padre mío, la claridad que me diste, conviene á saber, que sea Dios hombre en supuesto divino, dísela á mis discípulos por la participación de mi unión, para que sean una cosa como yo y tú somos: yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en uno y conozca el mundo que tú me enviaste y los amaste á ellos como á mí.

D.—Altísimo vuelo es ese por cierto.

M.—No menos que de águila caudal, vuelo

es, que nos hace dioses en Dios y cristos en Cristo y hijos en el Hijo, para que se verifique lo que dijo el Profeta (Psa. 81): Yo dije: Dioses sois é hijos de muy Alto todos. De aquí vino á llamarse Cristo vid y á nosotros sarmientos (Ioan., 5), para significar más esta unión estrechísima que quiere que haya entre Él y nosotros. También se llamó levadura (Math., 13); porque la masa después de sazonada es una cosa con ella y, como dicen, de su naturaleza. ¡Oh corazón distraído y vano! recógete un poco en ti mismo, ó por mejor decir en tu Cristo, que no es otro que tú, y acaba ya de entender que de aquí adelante ninguna otra cosa has de desear que ser dios hombre en Cristo, desfalleciendo de ti mismo, para que puedas con el Apóstol gloriarte diciendo: Vivo yo, y no vivo yo; vive en mí Cristo. Y porque con esto habrás entendido qué cosa es ser sustancialmente Cristo y accidentalmente hombre, quiero decir qué cosa es vivir más Cristo en nosotros que nosotros mismos y cómo se cumple con aquel tan estrecho mandamiento de amor que pide el corazón, el ánima, la mente y todas las fuerzas interiores y exteriores. Bastará por hoy lo dicho, avisándote por conclusión y remate de todo, que en lo que más el alma pierde es en no tener libre la entrada á su íntimo, donde está Dios, sin el medio del amor de las criaturas. Por tanto, cualquiera que por su mucha negligencia y descuido pierde esta libertad, pierde más en una hora de los espirituales é interiores bienes que pudiera ganar si en este tiempo deprendiera todas las Escrituras, porque todas ellas se ordenaron y escribieron para que con su ayuda nosotros fuésemos entero, interior y espiritual holocausto para Dios nuestro Señor. Por lo cual te pido cuan encarecidamente puedo que, libre de toda distracción, mores dentro de ti y recojas ó retires todas tus fuerzas y sentidos, en (¹) cuanto por la divina gracia te fuere concedido, de las acciones exteriores inútiles al secreto interior, y cerrando la puerta del corazón contra las imágenes y fantasías vanas que distraen el ánima, á solas mores con tu Señor Dios, que su santo templo labró dentro de ti; que el que sin medio de criatura, esto es, con pureza y simplicidad, se allega á Dios, una cosa se hace con Él y es superior á todas las imágenes y formas de las criaturas; y como de allí mana la gracia, abundantemente se derrama por el hombre y cunde las fuerzas y potencias de su ánima, y mediante ella obran todas con felicidad y gusto. Aquí es donde te debes ofrecer todo á Dios y desampararte á ti mismo, y darte todo, y correr como licor derretido en Él, adorándole en espíritu y verdad. Y para que puedas conservar este trato interior y conversación celestial con tu Dios, mira que no te derrames ni con palabras ni con obras por los sentidos exteriores, porque cuantas más fueren las palabras y obras tantas más serán las distracciones y los accidentes. Avísote que aquí, más que en otro ejercicio, está nuestra salud y bien espiritual, y créeme que si constantemente morares dentro de ti mismo, que serás hecho fuera de ti, sin ti. Refrena, pues, la naturaleza, para que no ande distraída y vagabunda á una y á otras partes, porque cierto es que un discurso desordenado pare á otro y otro, y muchos impiden la paz del alma. Y advierte juntamente con esto que, aunque por la gracia de Dios los pecados todos estén ya prostrados y muertos en ti, la inclinación y el fomes perseveran siempre contigo y con ellos has de traer guerra perpetua mientras durare la corporal vida.

Pérdida grande perder la libertad de entrar el alma á su íntimo sin el medio de las criaturas.

D.—¿Y si no siento dentro de mí á Dios?

M.—Trabaja con todas tus fuerzas hasta que le vuelvas á hallar, desterrando de ti todo lo que para tanto bien te fuere impedimento ó lo puede ser, y escoge antes la muerte que hacer cosa contra la voluntad de Dios ó consentir en un pecado por leve que sea, y no te fatigues mucho por agradar fuera de Dios á alguna criatura. Conténtate con la buena parte de María, sin dar quejas importunas, como Marta, que esto no lo suelen hacer sino los que tienen poco de espíritu y de bien en sus almas. No salgas de ti, te ruego una y muchas veces, que podría ser que una hora de ausencia la pagases con muchos años de entredicho, y aun con no volver á entrar dentro de ti para siempre. Conviértete sin interpolación á la soledad interior, y hablando en secreto contigo di de esta manera: El que yo busco, con ningún sentido ni ingenio es comprensible, pero las almas pu-

Cuando no se siente Dios, qué habemos de hacer?

(¹) Todas las ediciones dicen *á*, pero hace mejor sentido *en*, y por eso lo corrijo.

ras le pueden abrazar y recibir; éste pretendo y á caza deste ando, y cualquiera cosa que se me ofreciere, próspera ó adversa, tengo de sufrirla y acocearla y continuar mi camino. Nuestro padre fray Pedro de Alcántara se recogía con solas estas palabras: Convertíos, alma mía, á vuestro descanso (que es al centro interior) que os espera allí vuestro bienhechor Dios (Psal. 144); y decía que con este verso su alma, como corrida y afrentada de andar callejera, se cerraba dentro de si á la conversión de su Esposo. No seas fariseo en tu corazón, que muy pocas palabras bastan para este recogimiento y las muchas suelen impedirle. Por tanto, calla, reposa y sufre; confía de Dios, y lo que fuere de tu parte hazlo de buena voluntad, y créeme que muy en breve serás maravillosamente alumbrado para conocer las perfectísimas sendas de la vida interior. Y esto basta para que sepas andar dentro de ti, que es lo que yo más deseo que saques de tratar conmigo.

D.—Bendito sea Dios que me dió tal maestro, tan verdadero y tan seguro; yo no pienso salir desta doctrina un punto, ni cansarme por leer otros libros. Sólo te pido humildemente que no me encubras estas sendas y caminos que dices que hay en la vida interior.

M.—Yo, hijo, estoy muy cansado y tú tienes bien que rumiar en lo que has oído. La noche nos convida á silencio, y es justo que le guardemos. Por la mañana trataremos de la conquista del Reino de Dios, que, como has visto, está dentro de nosotros, cuya granjería es mejor que cualquiera otra de oro y de plata; más precioso es que todas las riquezas del mundo, y cuantas cosas se pueden desear en él son nada en su comparación. Sus caminos, caminos son de hermosura, y las sendas dél muy pacíficas. Quien le conquistare y ganare tendrá dentro de sí el árbol de la vida, que resiste á la eterna muerte, y el que seguro lo poseyere será bienaventurado.

D.—Yo no quiero más de lo que tú quisieres, aunque sé cierto que la noche me ha de parecer muy larga con el deseo qne he concebido y llevo de oirte hablar en materia tan alta. Dame tu bendición.

M.—La de Dios te acompañe y nos alcance á todos. Amén.

Y advierto al religioso y pío lector que en solo este diálogo está la suma de toda la mística teología y que es fuente de vida perdurable y camino certísimo para la perfecta unión con Dios.

DIÁLOGO SEGUNDO

En que se trata de la conquista del Reino de Dios, que está dentro de nosotros, y de la verdadera penitencia y destierro de los pecados, que destierran de nuestras almas este Reino.

§ 1

Maestro.—¿Cómo no ha venido mi discípulo, habiéndose despedido de mí con tanto deseo de oirme tratar del Reino de Dios? Quiera Su Majestad no le haya acobardado la dificultad de las cosas en que ayer metí tanto la mano, que suele ser esta tentación ordinaria en todos los que comienzan negocios graves; y muchos, no advirtiendo que lo precioso tiene así anejo lo dificultoso, y que tanto lo es más el camino de la virtud cuanto ella excede á todas las pretensiones de hacienda, honra, letras y dignidades, y á lo demás que tiene precio en el mundo, con gran daño y pérdida de sus almas vuelven atrás de lo comenzado, haciendo con esto su salvación incierta y dudosa: porque el que pone mano al arado y mira atrás no es conveniente al Reino de Dios (Luc., 3). El cual manda que éste se busque primero y principalmente y ante todas cosas, con seguro de que las que se pueden desear en la vida presente, y que los mundanos tienen por principales, se nos darán de gracia y de añadidura (Matth., 6 Luc., 12).

Discípulo.—Dios sea contigo, maestro mío.

M.—Y contigo, hijo mío Deseoso, tan deseado y esperado, que temí no habías de volver y estar á lo prometido.

D.—Buen concepto tienes de mí, por cierto, y bien viene lo que has pensado con lo que yo traigo determinado en mi alma.

M.—¿Qué?

D.—No volver atrás, aunque pierda mil veces en esta empresa la vida. Yo confieso que no me han faltado tentaciones y que he tenido (como dicen) el agua á la garganta pero de todas me libró el Señor (Ioan., 4) y me ha dado confianza de que se me ha de descubrir aquel su Reino ó templo santo, donde

Él tiene sus riquezas y mora como en el cielo, y aquella fuente cuya agua apaga en el hombre la sed de todo lo que no es Dios y da saltos para la vida eterna.

M.—Yo te hago cierto de eso si con cuidado y perseverancia buscas ese cordial Reino y su justicia.

D.—¿Qué llamas justicia de este Reino?

¿Cual es la justicia del Reino de Dios?

M.—Las leyes y condiciones según y conforme á las cuales se vive en él, y con que se ha de comenzar á combatir, y sin las cuales no hay salir con esta empresa. No quiero por lo dicho que desmayes ni pierdas ese buen ánimo que tienes, pues no lo perdiste en lo primero, que es el fin de toda esta conquista. Ni quiero tampoco que pienses que hay imposibilidad en tu pretensión: dificultad sí, y muy grande, especialmente en los principios; porque se han de destruir todos los malos hábitos que en ti hubiere y adquirir otros de nuevo, conforme á las leyes de este santísimo Reino. Yo te mostraré, como dice Salomón (Prov., 4), el camino de la sabiduría, y te guiaré por las sendas de la equidad, en las cuales, si animosamente entrares, no se estrecharán tus pasos, irás anchuroso y holgado, y sin pesadumbre ni estropiezo correrás por ellas. Lo estrecho de este camino está en la entrada: lo dificultoso hallarlo has en el principio, que en el fin dirás lo que el Profeta (Psal. 118): Sobre manera es anchurosa vuestra ley. La vara de Moisén arrojada en el suelo y apartada de sí parecía serpiente temerosa; mas asida por la cola era vara lisa (Exod., 4). No eches mano de lo presente, que es la cabeza de la serpiente, que muerde y lastima; sino de lo futuro, que eso es asirla por la cola. A San Pablo le parecía momentáneo y ligero (II Cor., 4) todo lo que de trabajo había en la vida mortal y perecedera; pero tenía fija la consideración en las cosas eternas y no sujetas á los ojos corporales, que si éstos se ponen en las que lo son no es posible salir con ninguna pretensión virtuosa. El trono que hizo Salomón para ostentación de su autoridad real dice la sagrada Escritura (III Reg., 10) que era todo de marfil chapeado y labrado de oro fino; tenía por remate un chapitel redondo, como corona, de admirable artificio y costa; para subir á este trono había seis gradas, y en los remates de cada una dos leoncillos relevados de oro, á los cuales se iban asiendo los que subían. Este es, á mi parecer, un dibujo del trono de Dios, adonde su Majestad hace ostentación de su gloria. El chapitel redondo significa la corona que se da á los soldados que varonilmente han peleado; hay gradas para subir, que son las virtudes hermosas y de codicia, pero con leones á los extremos, que son los trabajos anejos á ellas. Lo que aquí hay de consideración es que los leones, que suelen espantar á los bobos y cobardes, no son leones verdaderos, sino pintados y de oro y que ayudan á la subida; son leones en la imaginación del cobarde, de quien dijo Salomón (Prov., 22): El perezoso dice: el león está fuera á la puerta de casa, en mitad de esas plazas tengo de ser muerto. Es muy propio del cobarde y perezoso temer donde no hay de qué y fingir para sí leones donde todos andan seguros y negociando; San Agustín confiesa de sí (1 August., *lib. confes.*), que al principio de su conversión se le hacía muy dificultosa la subida por estas gradas y los leoncillos pintados le parecían leonazos vivos, que le habían de tragar; mas aparecióle una matrona muy venerable, de gran autoridad y hermosura, y alzando un manto con que venía cubierta descubrió un crecido número de niños y niñas de tierna edad, y entre ellos algunos viejos y enfermos, y díjole: ¿Qué esperas, hombre cobarde y medroso? ¿no podrás tú, hombre barbado y robusto, lo que pudieron estos niños y niñas, viejos y enfermos? Y dicho esto desapareció. Y el Santo quedó como avergonzado y confuso de su cobardía y desengañado de que en la virtud sólo el parecer espanta, que, á la verdad, más deleite se halla en ella que en el vicio, como lo confesó el más vicioso del mundo, que fué Epicuro.

§ II

Discípulo.—¿Es todo eso así á la letra del glorioso padre San Agustín?

Maestro.—La doctrina suya es, pero este aparecimiento, aunque algunos se le atribuyen, yo no le he leído en sus obras, pero sirve de amplificación y declara bien nuestro intento; y en el libro 6 de sus *Confesiones*, parece que se reprende á sí mismo, viendo lo mucho que los niños y niñas hacían y su cobardía en el servicio de Dios.

D.—Ya deseo oir las condiciones con que se ha de comenzar esta divina conquista, que

bien sé que padece fuerza el Reino de Dios, que así lo dijo nuestro Redentor por San Mateo (Math., 11) y que solos los valientes y esforzados se apoderan de él y le gozan.

M.—No digas valientes, sino violentos, que así los llama el Evangelio: *Et violenti rapiunt illud*, hombres que se violentan á sí mismos; que el Reino que buscamos no se defiende de nosotros, ni hay en él tiro de artillería ni arma para resistirnos. Toda la resistencia está de nuestra parte; yo soy el que me hago guerra á mí mismo y el que me pongo entredicho para las cosas que son de mi gusto, según la carne, para entrar en la posesión dél; toda la artillería se ha de asestar á mí, y hasta caer yo en tierra no ha de cesar; porque en cayendo yo vencido, se descubre el Reino y centro soberano donde se ve y contempla Dios, y aquel tálamo del pacífico Salomón que tiene sus deleites y regalos con los hijos de los hombres (Prov., 8).

D.—¿Al fin ([1]) la guerra es contra mí?

M.—Sí, y tú solo has de padecer los golpes y las heridas, y en ninguna cosa has de ser jamás en tu favor, sino siempre contra ti; y pues vienes determinado ([2]) de llevar adelante tu buen propósito, con el ayuda y favor de Dios (que de otra manera son vanas nuestras pretensiones todas), quiero que sepas que las condiciones con que has de comenzar esta conquista son dos. La primera es desterrar de todo punto los pecados de tu alma por la verdaderísima penitencia. La segunda, pelear con doce enemigos que defienden la entrada deste divino Reino como doce fieros jayanes; los cuales vencidos, queda libre para morar en él con mucha paz, guardando empero las leyes que después de conquistado te daré, que serán pocas, y esas muy esenciales ([3]). Y porque el orden y concierto en todas las disciplinas facilita muchas dificultades y da mucha luz para la inteligencia de lo que en ellas se trata, antes de enseñarte el cómo debes hacer penitencia quiero saber si sabes qué cosa es penitencia.

Condiciones con que se ha de comenzar la conquista del Reino de Dios.

([1]) La edición de Madrid, 1885, y la de la *España Editorial*, sin año, dicen: *Según eso.*

([2]) Las ediciones citadas: *Decidido á.*

([3]) Este período, desde *La segunda* hasta aquí, falta en la edición de la *España Editorial.*

§ III

Discípulo. - Creo cierto que, como nunca la hize, á lo menos de veras, así ignoro lo esencial della. Lo que comúnmente he oído decir, y lo que tienen los doctores santos, es que la penitencia es un dolor voluntariamente tomado por haber ofendido á Dios, sumo é inconmutable bien nuestro, con propósito de nunca más ofenderle y de satisfacer con la debida pena.

Qué cosa sea penitencia.

Maestro.—Bien dices, que esa es la ordinaria definición ó descripción de la penitencia; y la que es verdadera todas esas partes incluye, contra Lutero y otros herejes, que quisieron que no sea más que resipiscencia y enmienda de vida, excluyendo el dolor de lo pasado. Mas el Concilio Tridentino dice (Conc. Trid., ses. 6, can. 5 et 6) que ninguno puede comenzar vida nueva si no es pesándole de la pasada. Y por que entiendas de raíz esta materia y sepas en qué consiste la penitencia, debes notar que el pecado mortal aparta al hombre de Dios y le hace enemigo suyo, y la penitencia verdadera es el medio para tornar á su amistad; y como no puede haber amistad con Dios sin conformarse con Él en el querer y no querer, y en el amar y aborrecer, de aquí procede que el que se vuelve á Dios y se quiera reconciliar con Él y ser su amigo, ha de aborrecer necesariamente lo que Dios más aborrece, que es el pecado; porque no hay verdadero amor donde no hubiere aborrecimiento de lo que es contrario á aquello que amamos; y no habiendo cosa tan contraria á Dios como es el pecado, quien le tuviere amor y deseare amistad con Él ha de aborrecer el pecado su contrario; y naciendo este aborrecimiento del amor que á Dios se debe, como el amor para con Él ha de ser sin tasa y sin medida, amándolo y estimándolo á Él más que á todo lo que debe ser amado y estimado, así el aborrecimiento y odio contra el pecado ha de ser muy grande y sin limitación, aborreciéndolo más que á todo lo que debe ser aborrecido. La grandeza deste aborrecimiento declaran los teólogos con llamarle detestación del pecado, la cual siempre se halla en la penitencia verdadera, y de ella nacen las dos cosas que se incluyen en la penitencia, que son dolor y tristeza de los pecados pasados, y deseo y propósito de guardarse de los que están por

venir. Porque el haber en mí, cuando á Dios me torno, cosa que aborrezco, por ser contraria á Él, cuya amistad quiero, me causa dolerme y entristecerme por haber cometido el pecado. Y también de tener aborrecimiento contra él nace el guardarme de pecar para lo porvenir, como de cosa de mí muy aborrecida. Y tanto será mayor el dolor del pecado, y mayor el deseo de guardarme de pecar, cuanto fuere mayor el odio y detestación contra el pecado, porque ambas cosas nacen della.

D.—¿Luego no hay verdadera penitencia cuando alguna destas dos cosas falta?

M.—Así es de ley ordinaria, porque como es señal y prueba de no aborrecer el pecado no tener dolor del cometido, así lo es no poner cuidado en lo que está por venir para no [1] cometerlo, y deste cuidado nace y tiene principio la enmienda de la vida que se halla en los que tuvieron penitencia.

D.—Muy bien me parece esa tu razón, y de ahí debe proceder que el que hace penitencia se diga convertirse á Dios, porque si el pecado hizo el daño que es apartarnos de Dios á quien pecando volvimos las espaldas, el volvernos, tornarnos ó convertirnos á Dios será aborrecer lo que tanto mal nos hizo, y lastimados por ello volver á ello las espaldas y poner el rostro de nuestro intento y de nuestro amor en el Señor y enderezar á Él los pasos de nuestra vida con la enmienda della.

Penitencia se deriva de un verbo que significa convertir.

M.—Huélgome de que tan bien lo hayas entendido, y tan propia es esa conversión en la penitencia, que, consultada la lengua hebrea, la palabra con que significa y da á entender la penitencia se deriva del verbo que quiere decir tornar, volver ó convertir. Y esto se confirma con ver que siempre en la Sagrada Escritura, cuando se trata de la penitencia y de la enmienda y corrección de los pecadores, se hace por estos verbos: convertíos ó volveos. En Zacarías está escrito (Zach., 1): Convertíos á mí y yo me convertiré á vosotros. Jeremías dice al alma pecadora (Hier., 3): Tú has fornicado con muchos amadores, pero conviértete á mí y yo te recibiré como amigo y Padre. En el salmo 118 dice David: Pensé en mis caminos y convertí mis pies; di la vuelta y tomé buen camino, porque iba errado. Y en los Proverbios dice Salomón (Prov., 12): Dad una vuelta, Señor, á los malos, y no serán. Como si dijera: Haced que vuelvan á miraros y dejarán de ser lo que son y serán los que deben. Por aquí comenzó Cristo sus sermones, y el Precursor no clamaba otra cosa sino que hiciesen penitencia, y frutos dignos de penitencia.

D.—A esa cuenta, ni las lágrimas, ni los ayunos, ni el cilicio, ni otras más rigurosas penitencias sirven de nada, si no hay verdadera y amorosa conversión á Dios, con aborrecimiento del pecado, en la forma que todo lo que me has dicho da á entender.

Si no hay conversión amorosa á Dios, no hay penitencia verdadera.

M.—Bien dijiste, porque sin amor no se puede llamar nuestra penitencia y conversión verdadera aunque haya penitencia. Los dañados en el infierno la tienen y viven en angustia y congoja perpetua; pero es penitencia la suya rabiosa y sin fruto, porque no se convierten por amor de Dios, sino con furor y rabia contra Él, blasfemando su nombre santísimo. Saúl dijo (I Reg. 15): Pequé, y no le valió su pesar; y Judas apesarado volvió los dineros á los Pontífices y se condenó, porque al uno y al otro faltó el volverse á Dios por amor y con deseo de su amistad; que la raíz de donde viene á la penitencia alcanzar perdón de pecados el amor y la caridad es, como se colige de lo que Cristo dijo de la Magdalena (Luc., 7): Muchos pecados se le perdonan porque amó mucho. Y santo Tomás dice (S. Tho., 3 p., q. 85, art. 6) que el primer acto de la voluntad es acerca de su propio objeto, que es el bien, y luego se sigue el odio del mal su contrario; y así, en habiendo amor de Dios hay aborrecimiento del pecado, que es contrario suyo. Este aborrecimiento causa los efectos que se incluyen en la penitencia verdadera, como hemos declarado; y cuanto á los ayunos y disciplinas y las obras que se llaman de penitencia, porque son muestras y efectos della, cierto es que, si no precede la penitencia interior con aborrecimiento del pecado y conversión á Dios, no aprovechan para por solas ellas alcanzar perdón y gracia y gloria, aunque para otras cosas sean de provecho. Porque de la manera que los ramos de un árbol, estando unidos con su tronco y aprovechándose de la raíz, pue-

[1] Las ediciones modernas suprimen el *no*, errata que me parece de gran monta, pues le hacen decir al autor lo contrario de lo que enseña.

Obras de penitencia en cuánto son aceptas á Dios y de provecho para el penitente.

den producir el fruto que es propio del árbol, mas cortados dél no lo producirán aunque puedan servir para otras cosas, así las obras de penitencia juntas con ella, y habiendo ella precedido en la forma que te he declarado, dan fruto y tienen su merecimiento; mas apartadas de la raíz, que es haberse convertido á Dios con aquel aborrecimiento y dolor del pecado y buenos intentos que te he dicho, no contentan á Dios de manera que se alcance su perdón y su gracia, aunque sean de provecho para otras cosas en que yo ahora no me puedo detener por no gastar tanto tiempo en este punto.

D.—Bien has salido con tu intención, y yo con entender lo que es penitencia, y así podrás proseguir esta materia conforme á lo prometido, porque ya deseo conocer aquellos fieros gigantes que defienden la entrada del Reino de Dios.

§ VII

Conversión general en el principio de nuestra conversión es muy necesaria y cómo se ha de hacer.

Maestro.—Escribe, pues, que ya es tiempo de hablar de tu particular. Ante todas cosas procura hacer un riguroso examen de tu conciencia, sin dejar rincón en ella que no se mire y remire una y muchas veces con la diligente consideración. Y vuelto luego á ti mismo y con mucha indignación, como contra enemigo, pesa tu ingratitud y la bondad infinita de Dios, y confiere la una con la otra, y concibiendo por una parte odio contra ti mismo y por otra confianza de Dios, trata de buscar confesor, si te fuere posible, santo y sabio, y con humildad y simplicidad y pureza manifiéstale todos tus pecados, y de buena voluntad oye sus consejos y admite la penitencia que te impusiere. Y hecho esto, no quedando sin miedo de lo pasado, aunque confiado del perdón, te has de determinar con veras de nunca más ofender á Dios mortal ni venialmente, á sabiendas y de propósito. Y no gastes toda la vida en la memoria de los pecados pasados, como muchos, que en revolver y traspalar este estiércol andan siempre ocupadísimos, y en él como jumentos se podrecen ([1]), y dando vueltas como rocines de anoria, los ojos atapados para considerar los beneficios divinos, la bondad de Dios, las riquezas del cielo, la pasión y muerte de Cristo nuestro Redentor y otras cosas con que se enciende el fuego de la caridad y se aumenta la devoción, á cabo de muchos años se hallan en el mismo lugar y asiento en que comenzaron, sin aprovechamiento ninguno, antes cargados de escrúpulos y con grandes inquietudes y miedos de conciencia, ocupando confesionarios y probando confesores sin asegurarse jamás ni creer cosa que se les dice. ¡Oh pésima y trabajosa ocupación!

Discípulo.—¿Pues no es bueno tener memoria de los pecados?

En cuánto es buena la memoria de los pecados.

M.—Sí es, pero no de manera que borren la de Dios y de sus beneficios y misericordias. Sí, que más excelente camino es el del amor y agradecimiento, como dice San Pablo, que no el de los temores y miedos causados más de amor propio que de sentimiento de las ofensas por el ofendido que es Dios. Los pecados, después de confesados y llorados, se han de mirar como los hijos de Israel miraban á los gitanos ahogados en el profundo del mar (Exod., 14), que no se quedaron allí pasmados ni embelesados como estatuas de piedra, sino, llenos de temor de Dios y de confianza en Él y en su siervo Moisén, como gente agradecida á tanto beneficio, comenzaron á cantar alabanzas á su Criador y bienhechor, diciendo: Cantemos al Señor, que gloriosamente y muy á su honra triunfó de Faraón y de sus ejércitos; y cantando y caminando á la tierra de Promisión, todo fué uno. ¿Y qué son los pecados confesados sino gitanos muertos en el mar de la pasión del Hijo de Dios, que nos obligan al amor y temor suyo y á fiar de su bondad y misericordia? Pero no nos quedemos en la playa y ribera deste mar, al olor de los cuerpos muertos, considerando en ellos toda la vida, pasmados y embelesados, sino, fiados de que ya están muertos, caminemos adelante en la conquista del nuevo Reino con nuevos propósitos de nunca más ofender á Dios y de huir todas las ocasiones grandes y pequeñas que para impedir esto se ofrecieren. Pero también quiero que sepas que no te has de doler tanto por los daños que incurriste pecando (que son mu-

Intención en dolernos de haber pecado, cual conviene sea.

([1]) Las ediciones modernas, *pudren*.

chos) cuanto por la ofensa que hiciste á tu amantísimo Padre y Señor Dios, que por ser quien es merece que todas las criaturas le amen, sirvan y obedezcan. Un pequeño suspiro y una lágrima derramada con esta consideración tan desinteresada y libre de amor propio vale más y puede más, para perfectamente alcanzar perdón, que todo el dolor y pena del mundo con otro cualquiera respeto. Y la penitencia que así procede y mana del divino amor pare [1] mayor confianza para con Dios, y en el sufrimiento de cualesquiera trabajos y tribulaciones nos hace más alegres de alegría espiritual.

§ VIII

Y si deseas, como es razón, que en breve tiempo te sean perdonados tus pecados todos, considera con entrañable afecto dos cosas: La una de parte de Dios, conviene á saber, su grande majestad, fidelidad y caridad y el inmenso tesoro de la pasión y méritos de Cristo, que por tu amor dió su sangre, para con ella lavar tu alma; y pudiendo con una sola gota satisfacer por mil mundos que tuvieran la necesidad de remedio que tú, la quiso dar toda en la cruz. Y luego después desto pesa, lo segundo, tu mucha ingratitud y lo poco que de tu parte hay con que poder pagar, aunque, como dice el Evangelio (Math., 18), te vendan á ti y todas tus cosas en pública almoneda; y despreciada tu satisfacción, por grande que parezca, en cuanto tuya, y á solas, con un fortísimo y perseverantísimo amor te convierte á Dios como á fidelísimo amigo que ni quiere ni puede echar de sí ni despedir de su casa á cualquiera que á Él se allega y en Él pone su confianza; que, como dijo el Profeta (Psal. 4): Sacrificio muy agradable para Dios es esperar en Él. Y podría ser que hicieses esto con tanto fervor, tan confiado de Dios y de su pasión sacratísima, cuanto de ti desconfiado y satisfecho de que ni puedes nada ni eres nada; tan apesarado de haber ofendido su bondad y con tan firme propósito de nunca más ofenderle, que todos tus pecados, aunque en número fuesen más que las arenas de la mar y en gravedad excediesen á los de todas las criaturas juntas, así perfectamente y en un punto se te perdonasen como si nunca los hubieras cometido ni pensado en ellos; que no mira Dios, como dice San Efrén, qué tal ha sido el hombre cuando á Él se convierte, sino como le halla así le recibe. Y no dilata Dios el oir al que de veras se vuelve á Él, ni le zahiere el tiempo que ha estado fuera de su servicio, ni inquiere cuántos días y cuántos meses y cuántos años ha servido á su enemigo; sólo mira la humildad, las lágrimas, los gemidos y el dolor que trae cuando viene y se arroja á sus pies. Esta liberalidad y clemencia de Dios con que no sólo recibe á los pecadores, sino que también los consuela, abraza y da beso de paz, hace fiesta y manda matar el becerro más gordo y que de su casa se destierre toda tristeza, como lo vimos en el hijo pródigo (Luc., 15), cuando el alma atentamente la considera, así se compunge y se le aprieta el corazón con dolor y displicencia del pecado y de sí misma, que pide, no sólo que Dios la perdone, sino que, para honra de su divina justicia, la castigue y dé las penas debidas á sus culpas, aunque igualasen con las que padecen los dañados en el infierno, con tal que sea admitida á su amistad; y cuanto Dios más la consuela y regala tanto más siente sus pecados, juzgándose en esta consideración por indigna de todo consuelo y merecedora de todo castigo.

No zahiere Dios á los penitentes, cuando á él se vuelven, el tiempo que han servido al demonio.

Discípulo.—Pocos se convierten á Dios de esa manera, y debe ser la más alta que se puede hallar en la vida.

Maestro.—El que llegase á tal punto que igualmente le fuese acepta la divina justicia que la misericordia, quiero decir que con el conocimiento de sus culpas no rehusase cualesquiera tormentos por grandes y atroces que fuesen, antes en ellos se deleitase como se deleitaría viéndose absuelto á culpa y á pena, como otra santa pecadora á los pies de Cristo, porque en este castigo resplandece la divina justicia como en el perdón la misericordia [1]; sin ninguna duda oso afirmar

Orden admirable de convertirse á Dios.

[1] La edición de Alcalá, 1602, y las de Madrid citadas dicen *para*, quedando confuso el pensamiento, que así resulta transparente.

[1] La edición de Madrid, 1885, y la otra suprimen aquí seis palabras y le hacen decir al P. Angeles una incorrección teológica muy garrafal, esto es, que castiga la divina misericordia. Traslado á los censores.

que los pecados todos de este hombre así resignado se consumirían y desaparecerían más presto que una gota de agua ó una pequeña arista en un fuego mayor que el del horno de Babilonia, porque llegó al último grado del negamiento de sí mismo.

§ IX

Discípulo. —¿Qué sientes tú de las recaídas de algunos varones ilustres y aventajados en santidad y de muchas canas y años de espirituales ejercicios?

Qué se ha de sentir de las recaídas de personas espirituales.

Maestro. — Que no sacaron de raíz y de cuajo los pecados de sus almas ni murieron perfectamente á ellos, y quedándoseles algunos raigones escondidos en lo secreto del corazón, como enemigos en celada, cuando más seguros salieron, y dándoles zancadilla, miserablemente los derribaron. Por lo cual debes mirar diligentemente á qué vicio te sientes más inclinado, y sabido el que es, aplicar allí toda la artillería de las virtudes; porque, como la experiencia nos ha enseñado, por un solo portillo se suele perder una ciudad. Y sea la resistencia luego en los principios de manera que, en sintiendo brotar en tu alma algunos malos pensamientos ó engendrarse alguna poca de afición carnal, les hurtes con destreza y ligereza el cuerpo y te conviertas á Dios, único refugio y defensor tuyo; porque con la tardanza y perniciosa disimulación estas pasiones crecen y se apoderan del castillo del corazón, y puédense después despedir y echar dél con grandísima dificultad; y si tienes cuidado de estorbarles la entrada ó el hacer asiento en el alma, á muy poca costa y casi sin pesadumbre te librarás de ellas. ¡Ay del que se descuida en las cosas pequeñas, que muy cerca anda de caer en las mayores! (Eccl., 19). Sí, que negocio llano es que cuanto más se retienen los pensamientos malos en el corazón, tanto más se apoderan dél, y cuanto más á la larga se procede en ellos, tanto es mayor el peligro y la vuelta á Dios más dificultosa. Cuanto más que nuestro adversario, que jamás descansa ni duerme, ni nos deja de seguir y acompañar en cuantos pasos damos, á la parte que nos siente inclinados, como tan sagaz y astuto, se acomoda y aplica y administra fuerzas á la maldad. Todo se hace ojos, como otro Argos, y atento á lo que hablamos y tratamos y al semblante que hacemos en los sucesos de la vida, ninguna ocasión pierde en nuestro daño. Por una ventana muy pequeña se entra si inconsideradamente la halla abierta, y cuando está todo cerrado se suele entrar por un resquicio y saquear todo nuestro caudal y sustancia. Aunque cierto el dejarnos vencer del demonio es cobardía grandísima y que nos queda sin excusa para el día de la cuenta, como lo sería en un soldado armado de todas armas que se rindiese al aguijón de un mosquito; porque, como dijo Santiago (Iacob., 4), en haciéndole rostro y resistiéndole un poco va corrido y lleno de confusión huye de nosotros. Desdichado del que así vencido bajare á aquella no conocida región del infierno, porque será mofa, escarnio y risa de toda la vil canalla de los demonios, que no es pequeño tormento entre los demás que allí se padecen. Y es la razón, porque en esta Iglesia militante, cuya cabeza es Cristo, tanto de gracia y de ayudas de costa tenemos si acudimos con humildad á Dios, que nos es fácil echar por tierra y vencer todos nuestros enemigos visibles é invisibles. Sí, que escrito está (Math., 5): Pedid y recibiréis. Y en otra parte: Ensancha tu boca y llenártela he. Y en otra: Cualquiera cosa que orando pidiéredes, tened fe que la recibiréis. Temió el criado de Eliseo, dice la Escritura (IV Reg., 6), acabar con la vida viendo los coches y caballería del Rey de Israel, y hace oración el Profeta, y vió luego el monte lleno de hombres de caballo armados en su defensa, y perdió con esto el miedo. Verdaderamente son más y mayores los favores que hay de nuestra parte que los enemigos que nos hacen guerra, sino que para alcanzar victoria es menester huir á los montes, como Eliseo, é insistir en la oración con perseverancia de día y de noche; que la que sale de nuestro corazón encendido y ferviente abrasa y quema á nuestro adversario y le destierra lejos de nosotros. En todas tus necesidades acude á Dios, y con un saludable menosprecio tuyo, como pobrecillo mendigo y siervo sin provecho, prostrado á sus pies le muestra y descubre tu conciencia mal mortificada, y perseverando en su acatamiento, aunque te parezca que no te oye, ten por respuesta de que tu oración le es acepta, el su-

Cobardía grande dejarnos vencer del demonio.

frimiento y paciencia en tu trabajo y el no declinar á placeres vanos y fuera de Dios. No confíes en alguna de las criaturas ni en ti mismo, porque si esto haces hallarás al cabo de la jornada frustradas todas tus esperanzas y mentirosas todas tus promesas y perdido el tiempo, trabajos y industria, y con mofa y escarnio se dirá de ti (Psal. 51): Veis aquí un hombre que no puso á Dios por ayudador y defensor suyo, sino esperó en la muchedumbre de sus riquezas espirituales ó temporales, y prevaleció en su vanidad.

§ X

Cuando nos representare el demonio los pecados pasados qué debemos hacer.

Discípulo.—¿Qué haré, padre mío, que muchas veces me aflige y molesta el enemigo con la representación de los antiguos pecados, y aborreciéndolos yo de todo corazón, parece que los amo de todo corazón y que me deleito en ellos?

Maestro.—Yo no me maravillo de ver esos muertos resucitados, porque, como dijo el santo Job (Iob., 14), el soplo de la antigua serpiente es de manera que los carbones una vez apagados y fríos hace que ardan y levanten llamaradas; ni me pesa de que te sean molestos, porque no te puede dañar lo que contra tu voluntad padeces, antes aumenta la corona y el premio. Sería, empero, para llorar que te sucediese lo que á uno de los Macabeos (I Mac., 6), que le mató un elefante que había él muerto. Y al fin vemos cada día hombres que, cuando sus pecados vivían y reinaban en ellos, con el favor de Dios y por virtud de la penitencia los vencieron y alcanzaron victoria y triunfos gloriosos, y después murieron á mano de esos mismos pecados, vencidos y muertos; que, como el huevo frío y helado con el calor de la gallina vive y sale á luz, así el pecado, si halla lugar en la conciencia, con el calor del demonio y su soplo resucita y mata á quien primero le mató. Como se dice del huevo del áspide, que quien le quiebra muere. El remedio que dan los santos para estas representaciones tan molestas y peligrosas es la representación de Cristo crucificado; y con mucha razón por cierto, porque si la piedra imán tiene virtud de atraer el hierro, y muchas hierbas la tienen para lanzar las enfermedades, como se dice del ditamo, que saca la saeta metida en las entrañas, ¿por qué la pasión de Cristo, que fué recetada en el cielo contra los pecados vivos, no ha de bastar para tener á raya y lanzar de nosotros los pecados muertos? No hay clavo que así despida y saque otro clavo como la imagen de Cristo puesto en la cruz representada y plantada en el corazón despide y destierra dél todo mal pensamiento y mal deseo. Mas digo yo: sólo mirar devotamente á Cristo en la cruz con los ojos corporales compone un hombre y le hace volver sobre sí; que, como notó agudamente un sabio, los soldados le ataparon los ojos en el pretorio porque estando descubierto les ponía empacho y causaba reverencia y no osaban llegar á Él. Conserva, pues, esta imagen preciosa de Cristo viva en tu memoria en todo tiempo, lugar y negocio, así en la prosperidad como en la adversidad. Y si comieres, moja todos los bocados, como en una salsa soberana y apetitosísima, en la sangre de sus preciosas y rosadas llagas. Cuando bebieres, acuérdate que tu Dios gustó por ti hiel y vinagre y la muerte, como dijo San Pablo. Cuando te lavares, no te olvides del costoso lavatorio con que Dios lavó tu alma sucia y asquerosa con pecados. Cuando te fueres á acostar, mira bien la cama durísima en que tu Dios durmió aquel postrero sueño de la muerte, y sobre su corona de espinas, como sobre una almohada sembrada de rosas y de muchas labores, reclina tu cabeza. Y si con el hombre exterior ha de haber este cuidado, ¿cuánto mayor le pedirá el hombre interior y divino? No seas de aquellos que hacen sus obras por costumbre y sin consideración, salgan como salieren, sino está siempre advertido que el entendimiento y la razón precedan á todas y vayan delante, porque donde los sentidos son los primeros está, sin duda, el manantial de todos los males y el vivir según el hombre animal, que en el primero destos diálogos queda condenado.

Sólo mirar á Jesucristo crucificado, con los ojos corporales y de fé, compone todo el hombre.

No se ha de obrar por costumbre.

§ XI

Ante todas cosas, cuanto á lo exterior, trabaja de refrenar tu lengua y apartarte de hablillas ociosas y jocosas, que ni para la gloria

La lengua se ha de guardar mucho. de Dios ni para edificación de los prójimos son de provecho; sólo sirven de vaciar el corazón de la devoción y calor espiritual, y al fin está escrito (Matth., 12): De toda palabra ociosa que los hombres hubieren hablado han de dar cuenta estrecha en el juicio de Dios. El mucho hablar de fuera, dice San Bernardo, digno es de mucho aborrecimiento; mas la habla interior con Dios merece toda alabanza.

Discípulo.—¿Qué llamas palabra ociosa?

Maestro.—La que carece de buen fin, y porque yo le quiero dar á esta plática, porque se hace hora de recogernos, avísote que pongas muy gran cuidado en la lengua, que, como dijo el Sabio (Prov., 18), en ella está la muerte y la vida; y cuando necesariamente hubieres de hablar, sea con pecho cristiano y limpio, con palabras agradables, pocas y humildes, cercenando toda materia de conversación prolija y larga. Nunca porfíes contradiciendo á alguno, antes de buena gana da lugar á quien contigo porfiare, para que puedas tener desta manera paz segura y nunca perturbada con Dios. Guarda la vista cuan- *Ojos, ventanas para la muerte.* to te fuere posible, de suerte que vanamente no se derrame; porque de la poca cautela en el mirar de ordinario entran en el alma muchas imperfecciones ó imaginaciones dañosas, y se levantan muchos movimientos que hacen perder la paz y el sosiego espiritual, y se siguen otros infinitos daños casi irreparables. Y dijo y confesó Jeremías que su ojo le robó su corazón. Y en otra parte (Hierem., Tren., 3), que le entró á saquear las riquezas interiores por las ventanas del cuerpo la muerte. Y el santo Job (Iob., 3) estaba concertado con sus ojos de que no habían de mirar la doncella por santa y encerrada que fuese. ¡Oh, cuántos los levantaron libres y los bajaron cautivos y el corazón con ellos! Quédese á un cabo este mundo, pues, fuera de Dios, todo lo que hay es vano y el hombre más vano que la vanidad misma. Yo me consolaría mucho si trabajases tanto por alcanzar y poseer á Dios y su Reino como trabajan los necios apreciadores de las cosas por las perecederas riquezas y honras mentirosas y vanas. Tu principal cuidado sea conservar pura, desnuda, quieta y sosegada el alma, para que ninguna criatura ni deseo vicioso se imprima ó se llegue á ella. No te impliques ni enredes en negocios, por piadosos que te parezcan, si no te fueren por la obediencia encomendados; porque, como dijo el Apóstol (II Timot., 2), ninguno que milita á Dios y lleva sueldos y pagas en su casa y debajo de su bandera se ha de entremeter en ocupaciones seculares, sino procurar darse todo á Aquel al cual se dedicó y prometió. La soledad, el recogimiento, el silencio y la vigilantísima observancia del corazón y la atención á la habla ó inspiración divina es la base y el fundamento de la vida espiritual.

D.—De nuestro padre San Francisco he yo leído que traía tanta atención á la visitación del Señor, que si yendo de camino sentía dentro de sí algún tacto y sentimiento del cielo, se detenía y estaba como inmovible hasta haber gozado despacio de aquel relieve que le era enviado de su Dios.

M.—Si así lo hiciésemos todos, otro pelo traeríamos; pero somos exteriores y sabemos poco de la introversión esencial, y así dejamos pasar por alto mil regalos que el Espíritu Santo nos administra. ¡Y plega á Dios no seamos como aquellos ignorantes hebreos, que les llovía Dios manjar suavísimo y que en sí tenía todo buen sabor, y suspiraban por las ollas que dejaron en Egipto! (Exod., 16). Para todas estas cosas es muy *Maestro de virtud y ciencia, muy necesario, y cómo se ha de tratar con el.* necesario tener un maestro de virtud, de ciencia y experiencia, con el cual se comuniquen los secretos del espíritu y á quien en lugar de Dios se obedezca; porque habemos visto muchos miserablemente caídos en mil lazos y embustes del demonio por fiarse demasiado de su parecer, hasta ponerlos en una cruz y no consentirlos comer en muchos dias contra la obediencia de sus superiores. Pero advierte que el discípulo no ha de tratar, fuera de confesión, con demasiada familiaridad y amistad al maestro, gastando el tiempo en pláticas excusadas con él, porque por este camino se pierde poco á poco la espiritual vergüenza y el respeto que como á padre se le debe y se impide el aprovechamiento religioso y santo.

D.—A lo menos yo no te lo perderé para siempre [1], porque conozco haber recibido de ti lo que con ningún servicio te podré pagar, y paréceme cierto que, como el santo fray Gil confesaba haber sido reengendrado tres veces,

[1] Las ediciones modernas, *jamás*.

conviene á saber: en el Bautismo, en la profesión y en un rapto que gozó en Cortona, así yo me conozco otro del que solía ser después que oigo tus consejos y sigo la doctrina que me enseñas; porque verdaderamente hablas al alma y la muestras á vivir vida esencial, interior y divina.

M.—Harto me consuelo de verte tan aprovechado que te reconozcas otro del que antes eras, y deseo mucho que poco á poco subas á la perfección y llegues á la vista y posesión del Reino de Dios, que, como tengo dicho, está dentro de ti, lo cual requiere grande pureza de alma, grande limpieza de conciencia y un destierro preciso de todo pecado mortal; y cuanto te fuere possible, debes desterrar también el venial.

§ XII

Discípulo.—Yo he oído que no se puede vivir sin culpas veniales.

Maestro.—Por lo menos es de fe que ninguno en el estado de la naturaleza caída, aunque esté en gracia de Dios, puede evitar todos los pecados, entrando en esta cuenta los veniales, si no fuese por particular privilegio, según que de la Virgen Nuestra Señora lo tiene la Iglesia (Conc. Trid., ses. 6, can. 23).

Pecados veniales, cual lo se deben huir.

D.—¿Y cada uno de por sí?

M.—Muy bien, y los deseos y aficiones al pecado se pueden mortificar ayudándonos Dios con su gracia, lo cual es no solamente provechoso, sino muy necesario, porque este es principio único y singular sobre que se funda la vida espiritual. Y pues te digo verdad, y en saberlo obrar está mucha parte de nuestro aprovechamiento interior, advierte que hay muy grande diferencia entre los pecados que llaman accidentales, ó de paso, ó casi no voluntarios, que San Pablo llamó humana tentación, y los que se dicen estables y de asiento ó de la voluntad viciosa. Los primeros proceden de la flaqueza de nuestra naturaleza enferma y caída, cuando sin pensarlo nosotros y estando con propósito de no ofender á Dios, ni apetecer cosa contra su voluntad, ni fuera della, se ofrecen algunas ocasiones de caídas, como suele acontecer hablando, comiendo, hospedando los hermanos que vienen de fuera, que en tales tiempos se escapa, sin pensarlo, la palabra ociosa ó de murmuración, ó se recibe más gusto con la comida de lo que convendría, etc., lo cual se llora luego y se propone la enmienda. Estos pecados no son muy dañosos, porque el buen propósito persevera firme y el íntimo del alma está sano y sin alguna corrupción, por lo cual fácilmente nos perdona Dios y nos recibe á su amistad. Pero aquellos que están de asiento en nosotros y reinan en nuestro cuerpo mortal, como dice el Apóstol, sin duda impiden mucho para el aprovechamiento interior. Son culpables en estos pecados los que, sin esperar ocasión, de su voluntad la buscan y se entran en ella. Buscan las conversaciones, los juegos, las comidas y otras recreaciones de los sentidos, á que Dios verdaderamente no mueve ni se le pueden referir á Él.

D.—De los que en semejantes culpas voluntariamente permanecen poca esperanza se puede tener que aprovecharán en la vida espiritual.

M.—En cuanto fueren negligentes en mortificar los tales afectos, es muy cierto eso que dices, porque está en ellos la caridad muy resfriada y el fervor de la devoción muy caído, y aunque, como dicen los teólogos, por los pecados veniales no somos vistos desobedecer á la divina ley, ni menos privan de la gracia ni destierran de nuestras almas la paz interior, debemos empero acusar en nosotros las tales culpas y llorarlas y con todas las veras posibles huir dellas. Porque, como dijo el Sabio, el que se descuida y no hace caso de las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en las mayores; que, aunque las vides puestas al sol, el sol no las queme, dispónense á lo menos para que el fuego haga esto más fácilmente. San Isidoro dice así (San Isid., lib. 2, de *summo bono):* Hay unos pecados livianos que de los principiantes, con la satisfacción de cada día, son purgados, los cuales evitan los perfectos como pecados graves. ¿Y qué debrían hacer, dice él, los grandes pecadores, que gravemente cada día ofenden, pues los siervos de Dios y que tratan de la perfección las muy leves culpas como gravísimas lloran?

D.—Mucho mal he oído decir siempre destas culpas veniales que llaman voluntarias.

M.—Lee el capítulo 3 de la *Teología mística* de Henrico Harpio, varón de mucha erudi-

ción y de alta contemplación, y allí podrás ver lo que yo temo poner aquí, por no desconsolar á los flacos y principiantes en la virtud. Son tales, que en una *Summa* que compuso el muy docto padre fray Bartolomé de Medina (Medina, *in summa*, ca. 12, § 2, fo. 62 et 63) osa afirmar que el que se confiesa de solos pecados veniales, si no lleva propósito de enmendarse dellos, peca mortalmente y la confesión es inválida: porque es regla general que cuando la forma del Sacramento se aplica donde no hay verdadera materia, es sacrilegio y pecado mortal. Y aunque no hay obligación de confesar estos veniales, ya que se confiesan se han de confesar debidamente; esto es, con dolor y propósito de la enmienda. Mira tú agora qué camino lleva de subir á la perfección el que de asiento y de su voluntad se está en ellos y busca las ocasiones para pecar.

Confesar culpas veniales sin propósito de la enmienda.

§ XIII

Discípulo.—Temerosa cosa será por cierto, y de grande espanto, ver en aquel final juicio salir á luz y examen las palabras, los deseos y las obras de cada uno, para ser tocadas y examinadas en el contraste de la divina justicia.

Maestro.—Allí se descubrirá claramente si en lo que de fuera hacíamos nos buscábamos más á nosotros y nuestro propio cómodo [1] que la gloria de Dios y el útil del prójimo. Y si bien lo quieres considerar, estas son las cosas que promete Dios calificar y apurar en juicio, que no los pecados grandes y públicos y de todos conocidos. Cuando tomare el tiempo, dice Él (Psal. 74), yo juzgaré las justicias; conviene á saber: el ayuno, la limosna, la oración, el cilicio, el remiendo y el pie descalzo, y lo demás que tiene apariencia de santidad y justicia. Este examen y toque temía el santo Profeta cuando hablando con Dios le dice (Psal. 17): Pues que vos, Señor, alumbráis mi lámpara, alumbrad también mis tinieblas. Que es como si más claro dijera: Vos me dais que haga obras de luz, yo lo confieso; pero no basta para que os agradéis dellas, si llevan mezcladas algunas tinieblas, si las escurece algún humo de vanidad, de interese propio ó de alguna otra siniestra intención. *Quoniam tu illuminas lucernam meam, Domine: Deus meus, illumina tenebras meas.*

En el juicio de Dios se han de examinar nuestras justicias.

D.—En verdad que es devota oración esa para cuando pones la mano en alguna obra virtuosa, y que la tengo de decir de ordinario; porque á mi parecer mucho desto exterior que hacemos debe de ir escuro y lleno de tinieblas, porque obramos sin recato y algunas veces no es puro Dios el que nos mueve á obrar. A mí me ha acontecido sentirme muy flaco para estar de rodillas en el coro y á mis solas un cuarto de hora, y en saliendo en público perseverar de esta suerte más de una hora, sin sentir cansancio, y también hallarme secos los ojos y sin poder derramar una lágrima á solas, y delante de gentes salirme hilo á hilo hasta ser oído y visto de los circunstantes, y maravillábame que diesen los hombres tales fuerzas y tal devoción y espíritu.

El obrar virtud en público tiene peligro y se suele hacer con devoción y lágrimas.

M.—Por eso dijo San Pablo que se probasen los espíritus, porque no son todos de Dios. Y cierto supo muy bien lo que dijo el que inventó aquel proverbio de: No es todo oro lo que reluce. Créeme, hijo mío, como á experimentado, que no es todo humildad lo que parece humildad, ni todo caridad lo que tiene apariencias della, ni todo santidad lo que es así intitulado y celebrado por santo, ni andan de un traje el cuerpo y el espíritu; porque yo he visto al cuerpo vestido de andrajos y el corazón de tela de oro, y al revés también. Si se hubiese de hacer juicio de la ligereza de las aves por las alas y plumas solamente, más había de volar el avestruz que el neblí, porque tiene más pluma y mayores alas; pero no es así, porque el neblí sube hasta las nubes y el avestruz no se levanta del suelo; es ave pesada y tiene mucha carne y sus alas no son más que para ostentación, para que se vea que es ave. ¡Y cuántos tienen mayores alas y más pluma que el avestruz, que nunca vuelan ni se levantan á pensar y contemplar cosas de la otra vida ni por una hora! Tienen alas para ostentación, para ser tenidos por santos, espirituales y contemplativos; y al fin, todo carne, todo mundo, todo tinieblas y todo noche. ¡Ay de

[1] Las ediciones modernas, *interés*, y en lugar del *útil* que luego sigue la *utilidad*.

los tales cuando sus justicias lleguen al contraste de la divina, que sin duda oirán: Ya recibiste todo vuestro premio y galardón. Apartaos de mí, obreros de maldad, que no os conozco ni tengo obligación á vuestros ayunos, disciplinas, oraciones, cilicios ni limosnas, porque nada de esto se hizo pura y principalmente por mí! Y tu, hijo, anda con Dios, que ya es tiempo, y guárdate de la mala levadura de los fariseos, que es la hipocresía (Math., 7), que por poca que sea atrae á sí y corrompe toda la masa de nuestras buenas obras.

D.—Atemorizado me envías ([1]), y en verdad que pienso vivir con gran recato para no perder el fruto de tantos trabajos como se pasan en la religión y el de las obras exteriores que hacemos por la obediencia y también por nuestra voluntad.

M.—Enséñete Dios y guíete con su luz y verdad, y tú ten mucho cuidado de acudir temprano aquí á la huerta, que es lugar solo y bien apacible, y, como dice San Cipriano á Donato, aparejado para coloquios y pláticas espirituales. La nuestra será, con el favor del cielo, de las puertas por donde se entra al Reino de Dios, y por ventura llegaré á tratar de los enemigos que defienden estas entradas, porque deseo que rifes con ellos y entres á ver las grandes riquezas del reino eterno. Él te acompañe.

D.—Y quede contigo. Amén ([2]).

DIÁLOGO TERCERO

De cuatro puertas ó entradas para el Reino de Dios, que son: humildad, abnegación de la propia voluntad, tribulación sufrida con paciencia y muerte de Cristo Nuestro Redentor.

§ 1

El tiempo es muy precioso y dásenos dedo á dedo.

Maestro.—Tárdase mi discípulo y pásase el tiempo, tan precioso que vino á decir San Bernardo que es perdido el que no se ocupa en pensar ó tratar de Dios. Y con razón por cierto se debe estimar y tener en mucho, pues siendo tan corto se pueden granjear y perder en él tantas riquezas espirituales.

Discípulo.—Con justo título puede hoy ser de ti reprendida mi tardanza, aunque el pensar que me esperabas ha sido harta reprensión para mí y no pequeña penitencia.

M.—Es necesario redimir el tiempo, como dice el Apóstol (Ephe., 5 y 16; I Cor., 7), porque es breve, y los días malos, esto es, llenos de malicias, cautelas y engaños. Y digo redimir, porque se ha de dar doblado á la virtud que dimos al pecado y al mundo. Y aun diez veces tanto, dice un Profeta (Baruc., 3). Aunque San Pablo, considerada nuestra flaqueza, se contenta con que demos á la justicia tanto como dimos al pecado (Rom., 6). Pero, pues tratamos de tiempo y tiempo tan breve que se nos mide palmo á palmo y dedo á dedo, según que lo dice el Profeta en el salmo 63, conforme á la traslación hebrea, y éste está diputado para tratar de las puertas y entradas del Reino celestial, que está en nosotros, bueno será que no alarguemos pláticas excusadas por agora.

D.—Yo soy muy contento con hacer tu voluntad.

M.—Y también lo has de ser de hablar esta tarde poco; porque la materia ha de ir continuada y será mal considerado interrumpirla.

Cuatro puertas hay para el Reino del alma.

Y por principio, y para fundamento de todo, has de saber que hay cuatro entradas ó puertas para el hondón y centro del alma, que propiamente es el Reino de Dios: una al Oriente, otra al Poniente, otra al Mediodía, otra al Septentrión ó Norte. La puerta del Oriente es la humildad, porque es el principio y fundamento de todo el edificio espiritual. Al Poniente está la pasión y muerte de Cristo, como lo advirtió San Gregorio (Greg., *super psal.* 63), sobre aquel verso del salmo: *Iter facite ei, qui acsendit in Occasum* ([1]). El cual dice que el ponerse el sol fué morir Cristo. La puerta del Mediodía es la abnegación de la propia voluntad, porque nunca queda tan clara y resplandeciente el alma como cuando se niega y desampara á sí misma y nada le queda de propia voluntad. Al Norte está la cuarta puerta, que es tribulación, que á veces parece cerrarnos la del cielo y la del

([1]) Las ediciones modernas, *despides*.

([2]) En todas las ediciones antiguas hay, al fin de cada uno de los Diálogos, sendos remates que dicen: *Fin del Diálogo segundo*, etc. Se omiten como inútiles.

([1]) Abridle camino á quien sube hacia el ocaso. La Vulgata dice *super* en vez de *in*.

consuelo todo. Al fin, del Cierzo ó Norte vienen y se descubren todos los males y penas (Ezech.; Hier., 1). Y aunque de cada cosa destas pudiera yo formar un largo tratado para hacer volumen y cuerpo, como lo hacen muchos de los que escriben, algunas veces de cosas de poco provecho y satisfación para el alma, porque mi primero propósito fué con brevedad enseñarte lo más necesario para la vida espiritual, diré solamente lo que no pudiere excusar de cada una destas puertas.

§ II

Discípulo. — Algunos podría yo nombrar agora que pluguiera á Dios no hubieran escrito, porque he gastado mi tiempo en ellos sin fruto ni aprovechamiento.

Maestro.—Hartos hay que tienen la misma queja que tú; pero dejémoslos nosotros agora, que nuestro oficio es leer con devoción lo que está escrito, y si no halláremos gusto en ello, leer en aquel libro que vio San Juan estampado y lleno de escritura de dentro y de fuera (Apocalipsis, 5), en el cual se contienen y están encerrados todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios. Y porque antes que de mí te despidas pienso decirte qué libros has de leer que te sean de gusto y provecho; lleguemos ya á contemplar esta puerta oriental de la humildad, por la cual entró aquel soberano Pontífice y sumo sacerdote Cristo en su Reino, con tan aventajado premio y gloria como habrás oído; reconociéndole todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno por Señor, é hincando sus rodillas al sonido de aquel divino nombre Jesús, que le dió su Padre por haberse humillado hasta la muerte de cruz (Phili., 3). El camino real para Dios en ninguna parte se puede hallar sino en la verdadera mortificación de los vicios y en el verdadero ejercicio de las virtudes, en el cual has de tener constancia y perseverancia y en ningún tiempo declinar dél cuanto un cabello ni á la mano derecha ni á la mano izquierda, sino los ojos puestos en Bethsames, que quiere decir ciudad del sol, que es el cielo, caminar como aquellas vacas que llevaban el arca camino derecho, andando y bramando, sin que los becerrillos que quedaban encerrados y bramaban fuesen parte para impedir su jornada ni hacerles torcer á una ú otra mano, y haciendo contra esto errarás sin duda, y cuanto más alto volares y pusieres tu nido, aunque sea entre las estrellas, por altísimas y profundísimas especulaciones, mayor será y más peligrosa tu caída. Pues, si deseas aprovechar mucho en poco tiempo, asienta sobre tu corazón el nobilísimo y firmísimo fundamento de la humildad y trabaja conservarla tenazmente hasta la muerte; porque de otra manera imposible cosa es que permanezca la labor del espiritual edificio. Esta tan extremada virtud escogió Cristo particularmente para sí (Math., 11), y en vida y en muerte con palabras y ejemplos vivos quiso ser el maestro y preceptor della. A lo menos el apóstol San Pablo, virtud de Cristo la llama (II Cor., 12). Yo de buena gana, dice él, me gloriaré en mis enfermedades, para que more en mí la virtud de Cristo, que es la humildad. ¿Tienes en la memoria aquella competencia que hubo entre los Apóstoles sobre averiguar cuál era el mayor dellos?

Puerta oriental del Reino de Dios es la humildad.

El que desea aprovechar en poco tiempo, ponga el fundamento de la humildad.

D.—Bien me acuerdo.

M.—¿También te acordarás de lo que Cristo hizo y dijo?

D.—No estoy muy bien en ello.

M.—Tomó, dice San Mateo (Math., 18), por la mano un niño, y en las palmas, como dice San Marcos, y púsolo en medio de sus Apóstoles, y diciéndoles que si no se convertían por humildad y simplicidad en niños como aquél, que no sólo no serían grandes en su Reino, sino que no pondrían los pies en él, asentó esta conclusión: Cualquiera que se humillare como este pequeñuelo, éste será el mayor en el Reino de los cielos. Que es como si dijera más claro: No es mayor el que más ayuna, ni el que más se azota, ni el que más limosna da, ni el que tiene más letras, ni el que más alta contemplación alcanza, sino el que más se humilla. La humildad se ha de traer en las palmas como cosa preciosa, que eso significó Cristo poniendo aquel niño humilde sobre las suyas. Y aquel darle el lugar de en medio, ¿parécete que tiene pequeño sacramento? Pues no es menos que enseñarte que la humildad es el centro de las demás virtudes, y como punto de la santidad, y así le compete estar en el medio. Ninguna virtud lo puede ser si le falta el aspecto á la humil-

La humildad es como centro de las virtudes.

dad; si no se fija primero el un pie del compás en el medio no puede salir el círculo redondo y derecho, ni las rayas que se sacan dél á la circunferencia. Todas las virtudes han de tocar en el centro, y ninguno puede ser perfecto, como entre todas las figuras lo es la esférica ó circular, que no fijare primero el pie en la humildad. *Ego in medio vestrum sum, tamquam qui ministrat*: Yo estoy en el medio como siervo que os administra y sirve (Luc., 22). Estoy, dice Cristo, como centro á quien habéis de mirar. Lee, hijo mío, las divinas Escrituras y los Santos todos, y verás claramente que el más alto lugar se da al más humilde, y aun hasta la exaltación de Cristo, en cuanto hombre, fué conforme á su humildad. Y á la Reina soberana María, ¿quién le dió asiento en el cielo superior á todas las criaturas sino la mayor humildad en que á todas se aventajó en la tierra?

§ III

Discípulo.—Según lo que vas diciendo, mayor es la humildad que la caridad y que las demás virtudes, porque si el premio corresponde al mérito y los santos son ensalzados conforme á la humildad que tienen, bien se sigue que se merece más con sola esta virtud que con las demás, y, por consiguiente, que es mayor que ellas.

Por qué se le debe á la humildad exaltación, y si es mayor que las demas virtudes.

Maestro.—Cerca estás de saber la verdad, pues sabes dificultar. Entiende, pues, que, absolutamente hablando, mayor es la caridad, la fe, la esperanza y la prudencia que la humildad, por razón del objeto y último fin á quien miran y de sus operaciones nobilísimas; empero, fuera destas cuatro, como lo afirma el Abulense (Abule., *sup. Matth.*), la humildad lleva la gala, y en cuanto dispone el alma para la divina gracia, para la sabiduría y para la exaltación, se dice y es superior á todas. Y aunque es así que todas las virtudes merecen exaltación como todas las bienaventuranzas el reino de los cielos (Matth., 5.); mas como allí se señala para la probeza de espíritu el Reino, para las lágrimas la consolación, para la hambre la hartura, así señaladamente á la humildad responde la exaltación y mayor gloria. Nicolao de Lyra advirtió muy bien que, aunque la humildad no sea la mayor de las virtudes, es á lo menos el fundamento dellas, y como á los cimientos firmes se atribuye la firmeza de los altos edificios, así á la mayor humildad se le atribuye la mayor gloria y el lugar más alto en el cielo, aunque le pertenezca también esto á la caridad, á la paciencia, á la castidad y otras virtudes, todas las cuales están eslabonadas y asidas entre sí, sin poder jamás deshermanarse; principalmente las infusas vivas hermanadas y unidas, como digo, en la caridad y en la gracia, y en el bautismo, aun de los adultos, *secluso obice, ex Concil. Trident. et Florent.* y es de fe. Y aun dice más el Abulense (Abulens., *in Mat.*, c. 18., q. 22.), que cuando crece en una alma una virtud, crecen todas á una proporcionadamente, como los dedos en la mano, que creciendo hasta su debida cantidad nunca son iguales, y así el que más crece en la humildad crece también en la caridad y en las demás virtudes, y el que es más aventajado y crecido en todas es mayor, no por la humildad sola, sino por todas las virtudes que andan en su compañía. Y no más de mayoría; aunque no son éstas las que condena el Maestro de humildad, sino las que introduce y levanta la soberbia. Pluguiera á Dios que la competencia que hay en el mundo por subir la hubiera por bajar, y el cuidado de ser mayores en las dignidades, fuera de serlo en esta virtud, que yo asegurara el mundo de las calamidades que padece. Bien sé decir con toda verdad (tratemos agora de las puertas adentro, digo en el trato de la vida espiritual) que no hay caída á quien no preceda soberbia. Salomón lo dice en sus Proverbios por estas palabras (Prov., 16.): *Contritionem præcedit superbia, et ante ruinam exaltatur spiritus*; Al quebrantamiento precede la soberbia y antes de caer se engríe el corazón. ¡Oh que gran verdad es ésta, hijo Deseoso, y qué testigos tiene que la pueden jurar! Nunca vi caída á quien no precediese soberbia y presunción en el espíritu. En viendo que el corazón se te engríe y que le nacen alas para volar, en llegándote algún pensamiento de que eres algo ó de complacencia vana de que lo que haces es digno de alabanza, ten por cierto el despeñarte y dar de ojos en pecados graves. San Isidoro (lib. 2 *de summo bono*, cap. 38) dice que la soberbia, así como es principio de todos los pecados, así es caída de todas las virtudes. Ella es en el pecado la primera, y la postrera en las batallas y

No hay caída á quien no preceda soberbia.

conflictos. Ella es la que en el principio ó derriba nuestra alma por el pecado ó en el fin nos echa y arroja de las virtudes, y por eso dice él es el mayor de los pecados, porque por ellos ó por las virtudes nos destruye.

D.—No entiendo bien eso que has dicho de San Isidoro, porque parece que iguala los vicios á las virtudes.

M.—Lo que dice es que la soberbia en todos los pecados es la primera, porque el que peca desprecia como soberbio la ley de Dios. Y el Sabio dijo (Eccl., 10): El principio de todo pecado es la soberbia. Dice que es la postrera en las batallas, porque queda como en asechanzas y retaguarda, esperando las victorias para hacernos caer después de alcanzadas, presumiendo de nosotros y gloriándonos vanamente en ellas, y sucédenos, como dice San Gregorio, lo que á Eleázaro, que le mató el elefante que él había muerto. Por esta causa dice San Isidoro (Isid., lib. 2. de *summa bono*, c. 39) que la soberbia es la mayor de los pecados: porque ó por ellos nos derriba de la amistad de Dios, ó haciéndonos presumir de las virtudes nos despoja dellas. Y si esta su razón no te satisface, busca otra. San Gregorio se atrevió á decir que el pecado manifiesto de la lujuria era hijo de la soberbia secreta.

§ IV

Para curar Dios á un soberbio, suele permitir que caiga en pecados torpes.

Tanta es la gravedad desta mala sabandija, que para curar Dios al soberbio permite que caiga en pecados de carne y en otras flaquezas. Y Santo Tomás (2. 2., q. 62, art. 6, *in responsione ad* 3.) dice, que como algunas veces es uno convencido á conceder un imposible por huir de algún manifiesto inconveniente, así Dios, para convencer la soberbia de los hombres, los castiga, permitiendo que caigan en pecados carnales, los cuales aunque sean menores por la menor malicia, tienen á sí aneja mayor torpeza y conócense mejor. Que, como notó Crisóstomo, la soberbia es como la nube en el ojo, que cuanto más crece tanto menos deja de luz para ser vista. Y San Isidoro en el lugar citado dice que á un arrogante y presuntuoso le es mejor caer en cualquiera vicio y humillarse á Dios después de la caída, que no, dejado de su mano, ir subiendo por soberbia hasta dar consigo en el despeñadero del infierno. Yo peso mucho aquellas palabras del Apóstol (II Cor., 12.): Porque la grandeza de las revelaciones no me levante, me es dado el estimulo de mi carne, ángel de Satanás, que me dé de pescozones como á un negro. Sobre ellas notó delicadamente Santo Tomás (S. Thom. *in Paul*), que muchas veces el médico sabio procura inducir en el paciente alguna menor enfermedad por curarlo de la mayor, y se huelga de verle con tercianas al que tenia cuartanario. Y esto mismo hace Dios, Médico de las almas, que por sanarlas enferma á veces los cuerpos, y á veces las deja á ellas caer en enfermedades leves de culpas, por que sanen de las graves y peligrosas. De aquí es, que como el Apóstol tenía grande y copiosa materia para ensoberbecerse, que al fin era vaso de escogimiento [1], habíale Dios comunicado muchos de sus secretos, estaba muy ejercitado en trabajos, era virgen, tenía muchas buenas obras hechas, era doctísimo y muy versado en las divinas Escrituras, fué cosa muy conveniente que le aplicase Dios Nuestro Señor este remedio de que el espíritu de carne le atormentase; esto es, la concupiscencia que nace y tiene su raíz en la carne. Y llámase ángel de Satanás, en cuanto este maligno espíritu se aprovecha de la dicha concupiscencia como de tercera para derribarnos; aunque la intención de Dios es que en este ejercicio salga su Apóstol aprovechado y tenga segura la corona: que, como digo algunas veces, la humildad es el fiador de las virtudes todas.

D.—Según el hilo que llevas, nuestra plática toda ha de ser hoy de humildad.

M.—Pluguiese á Dios que en ella nos anocheciese y nos amaneciese y acabásemos la vida. Oí yo decir á un santo religioso que la humildad y la pureza eran virtudes voladoras, y tan necesarias para subir por la contemplación á Dios, que tenía por imposible sin ellas levantarse del suelo un solo dedo. En las aves lo habrás visto, que para volar se sacuden del polvo y cosen el pecho con la tierra, y así se levantan, y para subir muy alto en la música se ha de poner muy baja la clave.

Humildad y pureza, virtudes voladoras.

D.—¡Oh quién fuera tan humilde que ni un pensamiento de soberbia consintiera llegar á su corazón!

(1) Las ediciones modernas, *vaso escogido.*

M.—Pudieras decir con el Profeta (Psal. 130): *Domine, non est exaltarum cor meum, etcétera.*

D.—A mí me enternece y me pone devoción cuando oigo ó digo ese salmo en las Completas de Nuestra Señora, con no tener los sentimientos que por la largueza divina tendrás tú, y así me consolaría grandemente si me dijeses la sincera y literal inteligencia de él.

M.—No quisiera divertirme de la materia comenzada.

D. — No va fuera della este salmo, antes la confirma toda y echa el sello á lo dicho.

M.—El espíritu dél es éste: Señor, dice David, aunque habéis andado conmigo tan liberal y me habéis hecho tantas mercedes, que al fin me levantastes del polvo de la tierra, y de un pobre pastorcillo me hicistes Rey tan poderoso y caudillo de vuestro pueblo, trocando el cayado en cetro, la caperuza doblada en corona de oro, el pellico en púrpura, la manadilla de ovejas en millones de vasallos, no ha sido parte esta mudanza de estado para causar alguna en mi condición: la honra no ha variado las buenas costumbres; tan humilde me estoy como de antes, no sólo en lo secreto de mi corazón, sino aun en las muestras exteriores: *Non est exaltatum cor meum: neque elati sunt oculi mei;* Ni levanté mis ojos; luego sale á ellos el engreimiento del corazón, porque la primera respuesta que da la pólvora de la soberbia cuando se enciende en el fogón del corazón es en los ojos. Así dijo Salomón (Prov., 30), para significar la soberbia de Judea, que era una generación que tenía los ojos altaneros y los párpados levantados. Esto dice David que no le toca, porque nunca dejó de mirarse á los pies, que son sus bajos principios: *Neque ambulavi in magnis, neque in mirabilibus super me.* Parece que va deshaciendo el pecado de fundamentos. Nunca, dice, admití un pensamiento soberbio ni dí señal exterior, ni por palabras, ni en el semblante del rostro, ni pretendí cosas que excediesen á mis fuerzas, ni intenté subir á las alturas, donde el ángel se precipitó en los abismos hecho demonio. Y porque nadie piense que hablo de gracia y que digo más de lo que hay en mí y rehuse por ello de darme crédito, yo lo confirmo con tal juramento: *Si non humiliter sentiebam sed exaltavi animam meam, sicut ablactatus est super matre sua, ita retributio in anima mea.*

Declárase el salmo: Domine, non est exaltatum cor meum.

§ V

Si yo no he sentido bajamente de mí, como es razón, conociendo que los males que tengo son de mi cosecha y los bienes todos de la mano de Dios, acontézcale á mi alma lo que al niño que le destetan de los pechos de su madre, que no tiene luego que esperar sino la muerte, porque solo este refugio tenía para vivir. No hay niño en el mundo más impotente y flaco que el hombre sin el favor de Dios, y deste se quiere privar este rey si miente en lo que dice: Destete Dios mi alma de los pechos de su gracia y no guste sus regalos y consuelos espirituales si no me conozco tan necesitado de su auxilio como lo está el niño de la providencia y regalo de su madre. Bien habrás echado de ver cuán fundado estaba David en la humildad y cuán necesaria es para tratar (¹) con Dios.

Discípulo.—Uno y otro he visto en este salmo, y si á ti te pareciese, holgaría oirte decir qué cosa es humildad, y darme los preceptos necesarios para ser humilde, porque con lo que hasta aquí has dicho me tienes aficionadísimo á ella, y aunque sea como la culebra dejando el pellejo, tengo de entrar por esta puerta angosta del Oriente al Reino de Dios, porque juzgo que no puede errar el humilde la entrada, pues San Bernardo no se la halló á él para el infierno.

Maestro.—Humildad es una sumisión ó sujeción á Dios y á los hombres por Dios, y un encogimiento en el alma que no la deja pestañear en el divino acatamiento ni quitar los ojos un punto de su nada. Para alcanzar esta joya tan preciosa son menester oraciones, lágrimas y gemidos, con perseverancia: porque si todo dón perfecto y dádiva bonísima viene de arriba, de aquel Padre de las lumbres (Iacob, 1) ¿quién, sino Él, podrá darte tan gran tesoro, tan preciosa dádiva y dón tan perfecto como la humildad? Preguntado un santo de aquellos del yermo cómo se podría alcanzar la perfecta humildad, respondió: *Si sua quis-*

Humildad, qué es?

(¹) La edición de Madrid, 1608, omitió está palabra, pero no falta en las primeras, y en la de Alcalá de 1602.

que tantummodo, et non alterius facta consideret; Si mirare sus obras y dejare las ajenas ([1]).

Camino para alcanzar la humildad.

Alcánzase también con la consideración de la majestad y grandeza de Dios. Por lo cual, recogidas en uno todas tus fuerzas espirituales, diligente y piadosamente mira qué Dios tienes, qué tan poderoso, qué tan sabio y qué tan bueno. Todo esto podrás ver en sus criaturas, en las cuales resplandecen estos divinos atributos con mucha claridad, digo que lo verás si te adiestra la humildad, que por faltar á los sabios del mundo se quedaron sin este conocimiento, escurecidos sus entendimientos y llenos de tinieblas, de errores y desatinos. El apóstol San Pablo dice (1 Cor., 1) que porque en la sabiduría de Dios no conoció por sabiduría á Dios el mundo, quiso Dios y tomó gusto de salvar los fieles por la locura de la predicación de Cristo crucificado.

§ VI

Discípulo.—Parece verdaderamente algarabía lo que dice el Apóstol.

Maestro.—A lo menos teología del cielo, y es bien que la entiendas para que sepas cómo has de conocer la grandeza de Dios en sus criaturas. No seas como aquel varón insipiente que no conoce, y como el necio que no entiende el lenguaje de Dios en todas ellas (Psal. 91). El santo Profeta dice en un salmo (Psal. 103), hablando con Dios, que todas las cosas hizo en sabiduría, que es como si dijera que en todas las obras que hizo Dios resplandeció su divina sabiduría como resplandecen las cosas que tocan y bañan los rayos del sol. El Eclesiástico dijo (Eccles. 1) que derramó su sabiduría por todas sus obras. No dice que echó gotas de sabiduría sino que la derramó, y que están bañadas de sabiduría. ¿Por ventura no era ésta harta prueba del saber infinito de Dios, para que los hombres le conocieran y le adoraran y amaran sobre todas las cosas? Más dijo el Sabio (Sap., 13), que de la grandeza de la hermosura y beldad que hay en las criaturas pudo ser conocido por bellísimo y grandísimo el Criador dellas. ¿Qué hombre cuerdo hay, dime agora, que oyendo tocar un harpa suavísimamente no entienda que algún muy diestro músico la tañe y que ella por sí no hace aquella música y consonancias tan perfectas? Pues si quisieres atentamente considerar la armonía tan acordada que hacen todas las criaturas entre sí, echarás de ver que son cuerdas acordadísimas de la harpa del universo, y conocerás que hay un supremo Gobernador, infinitamente sabio, infinitamente poderoso y de bondad infinita. Los cielos cantan y cuentan la gloria de Dios, y el firmamento da á entender quién Él es (Psalm. 3). El día es como lengua de las grandezas divinas, y la noche convida á la contemplación dellas. Pues porque el mundo ciego no conoció por su sabiduria la de Dios en todas las cosas, ni le dió la honra debida á su majestad y grandeza, plúgole á Dios salvar [á] los hombres por la locura de la predicación de Cristo crucificado. Es decir, que no quiso fiar Dios su conocimiento de nuestros entendimientos, sino llevarnos á sí por la humildad de Cristo crucificado, cuya predicación, por no entender ni alcanzar sus altos consejos los hombres sabios y prudentes del mundo, fué tenida por locura y necedad, como se dice tinieblas el retrete y aposento de Dios, siendo luz clarísima y donde jamás llegó noche ni se mezclaron tinieblas. Y porque destas meditaciones de la bondad, sabiduria, poder y beneficios copiosamente escribió el doctísimo y piadosísimo padre fray Luis de Granada y nuestro padre fray Pedro de Alcántara, y yo en el último capítulo de los *Triunfos*, no quiero hablar más palabra en el caso, sino remitirme á lo que allí hallarás escrito. Y cuando hubieres humilmente contemplado la excelencia de la majestad divina, conviene á saber lo que Dios es en sí y las cosas que ha hecho y hace por ti, movido de su sola caridad, porque de nuestros bienes ni de nosotros ninguna necesidad tiene (Psal. 15); vuelve los ojos del alma á ti mismo y con atención mira quién eres, cuán pobre de tu naturaleza y cuán verdaderamente nada. De nada saliste, y primero condenado que visto en el mundo, y siempre vas caminando en posta para la nada, y al fin vendrás á parar en la asquerosa nada.

D.—Yo me acuerdo haberte oído en el púlpito apocar tanto el hombre, que le viniste á hacer más vano y más sin ser que la vanidad misma.

M.—Y aun digo más, que en ninguna de cuantas criaturas Dios crió halló la vanidad

([1]) La edición de Madrid, 1885, dejóse la versión del texto latino.

El hombre es mas vano que la misma vanidad.

asiento, sino en el hombre solo, y así es él una universidad de todas las vanidades que hay en el mundo. Son tantos los pecados y miserias de que estamos rodeados y los lazos que nos arma el demonio adonde quiera que asentamos el pie, que si la divina gracia no nos diese á cada paso la mano y nos levantase y nos preservase, no habría maldades en que no cayésemos por momentos, ni penas que no mereciésemos. Y cuántas veces (porque callemos las omisiones, negligencias y descuido en el servicio del Señor) habrás hurtado y sacado violentamente tu alma de sus divinas manos y entregádola á Satanás, habiéndola su Majestad comprado con su sangre, y ojalá no las de muchos con tus malos ejemplos, que es una de las cosas que más se debe temer y por que con ansia mortal oraba el profeta (Psal. 18): *Ab ocultis* [1] *meis munda me, Domine, et ab alienis parce servo tuo.*

§ VII

Discípulo.—¡Mas qué plegarias hará una alma condenada contra aquel que fué causa de su condenación!

Maestro.—Pensar en eso tira el juicio y se estremecen las carnes. Decía un santo prelado (F. Thom.) [2] que quisiera más haber muerto corporalmente cien hombres que haber sido causa de que una sola alma fuese al infierno. Por cierto, si la sangre de Abel clamaba contra su hermano Caín (Genes., 4), que le hizo mártir, grandes serán los clamores de un ánima que muere para siempre contra su matador. ¡Oh, qué quejas! ¡oh, qué voces! ¡oh, qué maldiciones tan de corazón! ¡oh, qué apellidar para siempre la divina justicia contra quien la tiene en aquel lugar de tinieblas y sombra de muerte! Con todo esto, nos espera nuestro benignísimo Dios y Señor, y deseando nuestra amistad nos llama, ya por sus predicadores, ya por inspiraciones

Terrible cosa ser parte para que una alma se condene.

secretas, ya por persecuciones y trabajos y por otros mil modos de que tú tendrás experiencia, y cada uno. Todo lo cual hace Él por volvernos á sí y ser nuestro amigo, habiendo más dificultad en esto que en la creación del universo hubo. Si no dime, hijo: cuando alguna vez, dejada la mala vida, te volviste á Dios, ¿no te recibió con los brazos abiertos? ¿zahirióte los pecados? ¿ó hizo memorial dellos para darte con ellos á cada paso en los ojos?

D.—Algunas veces me paro á considerar cuántos millares de almas sufren ya las penas del infierno que cometieron menores pecados y menos que yo, que si Dios les hubiera dado tanta luz como á mí y les hubiera hecho tantos beneficios, por ventura, como dijo Cristo de Tiro y Sidón (Matth., 10), no cayeran en tantas miserias y fueran más aventajados que yo en virtudes y buenas obras; y veo que á mí me ha perdonado Dios ó disimulado conmigo, esperándome á penitencia (Ioel, 1), y ellas, por sentencia suya, por cierto justísima, arden y arderán para siempre.

M.—Pues si pesas como es razón todas esas cosas y otras muchas que no tienen número, no será posible que dejes, vuelto en ti, de indignarte contra ti sin saber adonde volver los ojos de puro corrido y afrentado de tu ingratitud tan grande. Tendráste por indigno de entrar en los templos sagrados y de mirar, aun de muy lejos, la imagen de Cristo crucificado, y por dignísimo y merecedor de que la tierra vivo te sorba y trague y de que te niegue el sustento y no te acuda con lo necesario. Y ningún estado hallarás asi afrentoso, ni vileza tan vil que no creas de ti que es todo honra, y que aún no estás en el punto que tus pecados tienen merecido. Y así humillado y prostrado el corazón altivo y volandero, ni una sola gota de agua osarás beber ni hablar temerariamente una palabra. Obrarás tu salud con temor y temblor, como dice San Pablo (Philip., 2), y estarás con recelo y sospecha de todas tus obras, como Job (Iob, 9), por santas que parezcan. Y maravillarte has mucho y espantarte has de pensar que en este abatimiento no permanezcas para siempre, ó de que pueda ser que dejes entrar en tu alma un mismo [1] pensamiento de soberbia. Humíllate

Pensamientos de humildad.

[1] Aunque parece raro, es cierto que todas las ediciones antiguas y modernas dejaron una *t* en esta palabra, poniendo *oculis* en vez de *ocultis*. El latín quiere decír: «De mis pecados ocultos limpiame, Señor, y perdona á tu siervo los ajenos», esto es, los que se hicieron por mi culpa.

[2] Es decir, Fray Tomás de Villanueva, el cual, entonces, aún no estaba canonizado.

[1] Así dicen todas las ediciones antiguas y modernas; pero yo creo que el autor escribiría *mínimo*.

profundísimamente y niega verdaderísimamente y sufre con igualdad de corazón cuantos males se pudiesen ofrecer con sola esta consideración de que ya por tus pecados estabas condenado y adjudicado á las infernales llamas, según la presente justicia, si la divina misericordia no te hubiera sido favorable. Y piensa de ti que eres el mayor pecador del mundo, como lo pensaba de sí nuestro beatísimo padre San Francisco, siendo de los más perfectos del mundo. Mas advierte que has de desear con veras que todos los hombres sientan de tí esto mismo, y que te tengan por tal cual tú juzgas de ti que eres. Y con esta misma consideración has de querer cuanto en ti fuere que todos te aflijan y te persigan y te sean contrarios, y estar cierto que nunca podrán llegar en este caso á lo que basta.

§ VIII

Cuando fueres injuriado y tenido en poco alegrarte has, ó á lo menos no te entristecerás; y en tanto que para esto no tuvieres caudal y virtud, cree ciertamente que no te desagradas á ti mismo de todo punto, ni has llegado á humillarte perfectamente, y que aún se ha quedado en tu corazón alguna raíz de soberbia que impide á esta sagrada mortificación.

Cuándo se llega a la cumbre de la humildad.

Aun más te digo, que no sólo has de desear ser menospreciado, sino juzgado por no humilde, cuando más lo estuvieres: que á mi ver este es el punto más alto de la virtud de la humildad. De aquí te nacerá una libertad santa para llegarte á nuestro Señor, y una grande confianza en su Majestad, y, lo que más es, un ardiente deseo de alabarle siempre en todas las cosas con devoción y espíritu, y de honrarle, reverenciarle y darle gracias; y será de manera esto, que no hallarás cómo poder satisfacer á tu deseo. Y si tú solo en todos los instantes y momentos pudieses ofrecerle las alabanzas y honra que todas las criaturas le ofrecen en el cielo y en la tierra, todo te parecería poco ó nada, especialmente si se coteja con la magnificencia suya, dignísima de toda alabanza, como dijo el Sabio, ó con la largueza, con que tan estrechamente nos tiene á sí obligados. Y estarás sobre aviso que todo lo que en tu alma sintieres de virtud y de bien, sin que quede nada para ti lo has de referir á Dios, de quien lo recebiste; pero lo que hallares vicioso y malo, firmísimamente cree que es tuyo y de Dios nada. En esta

Cómo alcanza paz el humilde.

conferencia ([1]) de la grandeza y fidelidad de Dios Nuestro Señor, y pequeñez y infidelidad nuestra, hay tanto de amores y de gracias espirituales, que es grandísima maravilla cuando pensamos en ello no derretirnos amándole, y mayor poder pensar ó hablar de otra cosa. Este ejercicio es provechosísimo, y como introductorio para la perfección de todas las virtudes y para alcanzar la paz y tranquilidad del corazón, la cual suele ser por este camino tanta, que no basta alguna criatura del mundo á perturbarla. Porque así profundamente se humilla, menosprecia y aniquila el hombre, que no pueden hallarle las criaturas ni tienen de qué asir para molestarle.

En la mayor bonanza suele levantarse tormenta terrible, y cómo se vence.

Mas ¡ay! que algunas veces en la mayor tranquilidad y bonanza es tan grande el tropel de vicios que combaten el fuerte del corazón, y tanta la tormenta de tentaciones horrendas con que el alma es acometida, que si yo lo quisiese aquí describir sería juzgado por mentiroso, porque de todo en todo parece increíble. Y porque traté largamente deste particular en los *Triunfos*, en el capítulo del desamparo y calamidad que causa el ausencia de Dios, no quiero aquí decir otra cosa sino que no te acobardes en este tiempo ni te rindas á tan espantoso escuadrón de enemigos; antes metido en el hondón de tu corazón y de la no nada (si así se puede decir) de tus virtudes, deja pasar esa borrasca sobre ti y esos ejércitos de demonios; permite y sufre que el cielo y la tierra y cuantos en ellos hay se airen y enojen contra ti; porque no solamente no recebirás daño, aunque parezca que te han de anegar, pero será grandísimo el provecho y notables tus ganancias espirituales; y esto si puedes contenerte y sepultarte en la contemplación de tu nada, con una humilde sujeción á Dios y á todas las criaturas, por la verdadera abnegación y menosprecio de ti mismo; porque peleará Dios por ti y inclinará su alteza á la humildad y menosprecio tuyo. Y acuérdate que está escrito, y á los Apóstoles dice (Luc., 21): Cuando el cielo cerrare sus ojos, que son el sol y

([1]) Palabra usada en la acepción de *cotejo* ó *parangón*, muy conforme á la etimología latina.

la luna, y cayeren sus centellas como rayos, y la mar se alterare y diere confusos bramidos, y los ríos con sus crecientes parezcan anegar la tierra, y anduvieren los hombres ahilados, embelesados y sin color, levantad las cabezas y mirad que se acerca vuestra redención. ¡Oh maravillosa redención de culpas y de imperfecciones la que se sigue á estos torbellinos y batallas espirituales, si el alma se humilla y resignada en Dios persevera dentro de sí en el abismo de su nada! Yo daré firmado de mi nombre, y téngase por firma esta mi escritura, que jamás se vió humilde y pequeño en sus ojos vencido ni engañado, ni de los hombres, ni de los demonios. Y en confirmación desto hallo escrito del Apóstol (I Cor., 1): Lo enfermo y flaco de Dios es más fuerte que los hombres fuertes, y lo necio más sabio que los sabios del mundo. Esa nada que tú conoces de ti que eres, puesta en las manos de Dios, puede más que todo el infierno junto; y esa ignorancia que de ti confiesas, vence la sabiduría de Atenas y de todos los hombres que no están así rendidos y humildes. Si, que escrito está (I Cor., 1): Escogió Dios las cosas que no son para destruir las que lo son. No seas y podrás más que todo lo que eres.

No puede Dios contra el verdadero humilde.

§ IX

Discípulo.—¿Y más que Dios también?

Maestro.—Oso decir (y sea, Señor, con vuestra licencia) que contra el mismo Dios es fuerte el humilde. Isaías dijo (Isai., 40): Los que confían en el Señor mudarán la fortaleza, tomarán alas, volarán y no desfallecerán. ¿Quién sino los humildes confían en el Señor? Pues ellos mudan la fortaleza, la de los hombres digo, en fortaleza de Dios, el cual pelea y vence por ellos en ellos, y destruye, como otro Sansón, mil filisteos y millares dellos con la flaca quijada del jumento (Iudic., 15). Puede al fin lo que quiere el humilde y puede más que Dios, porque de nadie sino dél se deja vencer. Venga Dios cuanto enojado se pueda imaginar contra una alma, humíllese y aniquílese [1], que sin duda le vencerá: porque no ha de herir Dios ni descargar el golpe de su poder sobre la nada. ¿Qué honra ha de sacar el Todopoderoso de tomarse con la nada? Contra la hojarasca que arrebata el viento, dice Job (Iob, 13), ¿mostráis vuestro poder y fuerzas? Humillóse Acab, y luego revocó Dios la sentencia dada contra él. Humillóse David, y luego le perdonó; y á los que de verdad son humildes promete y asegura su Apóstol la gracia (Iacob., 1). ¿Para qué te distraes, decía un sabio, en muchas cosas, hombre miserable? Una sola te es necesaria, y que los antíguos tuvieron por venida del cielo, que es conocerte á ti mismo y tenerte por lo que eres. Así oraba el gran padre Agustino: El Señor me dé que ninguna otra cosa haga, ni sepa, sino conocerme. Quédense á un cabo todas las artes, y muy lejos se aparten todos los cuidados, y deprende esta sola cosa, y ten por cierto que ocúpaste en alcanzar [1] de toda la erudición y buenas letras. Tan excelente es esta virtud de la humildad, tan admirable y tan digna de alabanza, que no hay palabras con que se puedan declarar los bienes que por ella nos vienen de la mano liberalísima de Dios.

El humilde compete con el poder de Dios.

San Buenaventura dijo que sola la humildad compete [2] con el poder de Dios. Y es ello así verdaderamente; porque el humilde cuantos más dones recibe más capaz se hace y más se ensancha para recibir otros de nuevo. De manera que unos son disposición para otros, y otros para otros. Y como el humilde va siempre vaciándose de sí mismo y empobreciéndose de aire, que San Agustín llamó á este pobre de espíritu (Math., 3; August., *in Math.*), y Dios le va cebando y llenando de sí: al descrecer mío, si soy ese, crecen los dones de Dios, y así estoy siempre lleno y siempre vacío, desocupado de mí mismo y ocupado de Dios; y dando siempre Él y recibiendo yo, ni á su dar se halla fin, ni á mi recebir tampoco. Y como de mi parte no hay obstáculo ni estorbo á los dones de Dios, ni á sus divinas operaciones, facilísimamente es llevada el alma por este camino á la cumbre de la perfección. De aquí nace que, siendo el alma instrumento vivo de Dios en todas las cosas que su Majestad quiere hacer della, ó permite que se hagan, ora sean prósperas,

[1] La edición de Madrid, 1885, añade *ésta*.

[1] La edición citada lee: *que te ocupas en alcanzar toda...* Yo leería con preferencia: *ocupaste el alcázar de toda erudición*.

[2] La edición 1885, *compite*.

ora adversas, más parece que se ha pasiva que activamente: tan rendida y tan resignada está á su divino beneplácito y tan sin querer propio. Lo cual pertenece á los hijos de Dios, que, como dijo el Apóstol, son llevados de su espíritu, sin hallarse en ellos otra cosa que obediencia á su impulso y movimiento divino. Reciben estos tales de la mano de Dios todas las cosas desnudamente y de todas se hallan indignos. Reciben la enfermedad con hacimiento de gracias para su provecho: alégranse con la salud por ser de su mano para emplealla en su servicio, como lo hacía el santo Profeta (Psal. 58), que su fortaleza guardaba para Dios. Si son menospreciados, juzgan de sí que son dignos de más deshonra; si les hacen honra, dicen que no la merecen; y cuanto ella es mayor, tanto ellos se humillan y aniquilan más, como hombres que saben su poquedad y nada. Confiesan que pecando desmerecieron los dones de Dios, y cuando los reciben, no sólo no se ensoberbecen, pero nunca acaban de admirarse de la largueza divina, que, siendo ellos tan ingratos, les haga tantas mercedes.

§ X

Discípulo.—Al fin habemos de confesar todos que el principio de la verdad es la disciplina y conocimiento de sí mismo.

En toda tribulación, la más eficaz medicina es negarse el hombre a sí mismo.

Maestro.—Así es, y añado yo que en toda tribulación y angustia la mejor y más eficaz medicina es negarse el hombre á sí mismo, renunciarse y contradecirse. Si alguno, pues, te tuviere en poco, entiende que hace lo que tú estabas obligado á hacer; y así no es estorbo ese para tu pretensión, sino muy grande ayuda, porque te apareja el camino para la perfección y salud eterna. Ten por cierto que si te sabes aprovechar de las correcciones, afrentas y menosprecios, que ninguna cosa te puede suceder mejor que ser corregido, despreciado y tenido en poco. Todas las veces que te conocieres de corazón y confesares con la boca por pecador vilísimo y merecedor del infierno, echas, sin duda, el fundamento verdaderísimo de la justicia, y concuerdas en esto con Dios, el cual te librará luego de toda confusión. Mas siempre que te soñares justo ó pensares que eres algo, eres ciertamente mentiroso, y serás condenado del justísimo Vengador de la justicia. En muchas cosas se ha de mortificar la naturaleza primero que adquieras tal hábito de humildad en tu corazón, que sin trabajo seas llevado de tu voluntad á las cosas viles y despreciadas y á que la honra te sea tormento y la confusión consuelo. Este, hijo Deseoso, es el camino para el Reino de Dios, y la puerta oriental: estrecha es, yo lo confieso, y estrecha le pareció al que la abrió, y harto se estrecharon los santos para entrar en ella; pero el Reino adonde por ella se entra es de tanta codicia, que cuando por la divina misericordia hubieres llegado á ver sus riquezas, tus trabajos todos no te parecerán de una hora. Nunca mucho costó poco, aunque poco es todo lo que por el todo se da. Muchas otras cosas te pudiera decir de la humildad, pero las dichas bastan, que son las mejores, si hay ejercicio y perseverancia. Dios nos la dé. Amén.

D.—Bien podrías, si no estás cansado, pues la tarde es á propósito y estamos tan solos y hay tiempo harto, abrirme la puerta del Poniente, que siento yo en mí que es muy semejante á la del Oriente y que es muy agradable cosa entrar por ella.

M.—La caridad abrió esa puerta, mas la humildad la labró, y podré yo asegurarte que es la más segura y cierta entrada para Dios de cuantas se han podido intentar; pero hoy no hablaré palabra de ella, porque quiero primero ver muchas cosas que requieren tiempo y consideración profunda, acompañada de humildad y devoción.

D.—Sea como mandares, maestro, que ya yo no tengo voluntad, que toda está resignada en la tuya.

Puerta del Reino de Dios, abnegación de sí mismo.

M.—Pues tratemos por eso que has dicho de la resignación ó abnegación della, que es la puerta del Mediodía, y es hecha por el modelo de la pasada y se parecen de manera que las juzgarás por una.

D.—Tanto habrá menos que trabajar.

M.—No es pequeño trabajo negarse el hombre á sí mismo, sino el mayor de los trabajos (Math., 16; Luc., 9). Así lo confiesa San Gregorio, que pareciéndole poco dejar todas las cosas por seguir á Cristo, dijo que el punto crudo era dejarse á sí mismo, y es el primer canon de la vida perfecta. En la oración del *Paternoster* he yo advertido que, pidiendo el Reino de Dios, se sigue luego el negamiento de la

propia voluntad y resignación en la de Dios: *Adveniat Regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra* (Math., 6).

D.—Pues ¿qué hay de consideración en eso?

M.—Bastaba para ser de mucha haberlo así ordenado Cristo. Pero la que yo he tenido sobre ello es que es imposible hallar lugar en nosotros el Reino de Dios, que consta de justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, si no se renuncia la propia voluntad (Rom., 14). Y ¿qué piensas tú que sería la tierra si se hiciese siempre la divina como en esta oración lo pedimos? Por cierto, cielo, y el alma que la hace lo es de la sabiduría de Dios; y aquí pide confiadamente el sustento y regalo espiritual, diciendo: *Panem nostrum supersubstantialem da nobis hodie*, que es el manjar de que se sustentan las almas tan queridas de Dios. Aquí está la remisión cumplida de todos los pecados, como se sigue tras del pan de cada día, y la evasión y liberación de las tentaciones y lazos del demonio, los cuales ningún lugar tienen en el alma que está hecha cielo y Reino de Dios. Por lo cual te ruego con el encarecimiento que pide la gravedad de la materia que con todo cuidado atiendas al beneplácito divino en todas las cosas que hubieres de hacer ó no hacer; de manera que con perfección hagas lo que Dios te mandare y entendieres que le es agradable, y dejes lo que no fuere tal; y allí has de acudir adonde sintieres que más frecuentemente eres llamado de su Majestad, dejando por Èl lo que fuere ó de inclinación ó voluntad tuya. Di siempre con el Apóstol (Act., 9): ¿Qué mandáis, Señor, que haga? Fija toda tu confianza en Cristo, y á ningnno fuera de Él desees agradar, ni te desconsueles sino por aquello que entendieres que le desagrada á Él.

La tierra sería cielo si no hubiese propia voluntad.

§ XI

Deprende á sacar de todo lo que vieres ó oyeres ó supieres gloria y alabanzas para tu Señor Dios, y de todas las cosas escoge la mejor y de más edificación para tu alma, porque de todas hay mucho que poder sacar. Y en esta manera de vida está la que llaman iluminativa, que hace á los hombres sabios de sabiduría verdadera; porque en la hierbecita y en el pajarito, en la hormiga y en el elefante, y, finalmente, en todas las criaturas contemplan á Dios por esencia y potencia, como Criador y Conservador común de todas ellas. Es un bien sobreesencial, más íntimo á mí mismo que yo, y más vecino á toda criatura que ella á sí misma; y si, como te digo, le considerases atentamente en todas, ora te fuesen gratas, ora molestas, nunca perderías la paz de tu alma; porque ni el fuego te quemaría, ni el mosquito te haría guerra, ni el otro enemigo te perseguiría si Dios un punto dellos se ausentase. Pues ¿por qué no respetaré yo y reverenciaré en todas las cosas, de gusto ó disgusto, de molestia ó descontento, el poder, la sabiduría y la esencia de Dios, que reconozco en ellas? Muy bien dijo San Gregorio que la consideración de la equidad del que nos hiere mitiga la fuerza del dolor que nos causa. El perro, al cual falta este conocimiento, deja de seguir al que le tiró la piedra, y muerde della con daño de sus dientes, y yo me enojo con mi enemigo, y me enfado con la adversidad, porque no recurro á la causa superior que para bien mío ordena ó permite lo uno y lo otro y sin cuya voluntad ó permisión no se menea la hoja en el árbol (Luc., 12; Math., 10), ni de dos pardalejos que siguen una vereda el uno cae en el lazo que le estaba armado, quedando el otro libre. Esta es una divinísima consideración, poderosa para pacificar el alma de manera que nada la perturbe ni haga perder su quietud y paz interior.

En qué consiste la vida iluminativa.

Consideración para no sentir las molestias y conservar paz en el alma.

Discípulo.—Claro está, que si ni en los bienes, ni en los males reparo en las criaturas por medio de las cuales me vienen, sino en Dios que con admirable providencia dispone y ordena todas las cosas, ni recibiendo mercedes estaré grato á alguna dellas como á causa principal, ni tampoco en los agravios me quejaré de ninguna por la misma razón; y así puestos los ojos en Dios por lo uno y por lo otro le daré gracias, pues que sé cierto que nada dispuso para dañarme y que todo lo ordena para mi provecho.

Maestro.—Haz eso y vivirás.

D.—¿De manera que ninguna criatura puede como principal, ni dañarme ni aprovecharme?

M.—No, porque lo que es en pro del hombre de parte de Dios principalmente le vie-

ne, y lo que es en su daño de la suya. Y así notó divinamente Crisóstomo en aquel quinto tomo verdaderamente dorado que predicó en Antioquía, que ninguno recibe daño sino de sí mismo; de donde se sigue que las ganancias todas están á cuenta de Dios, y las pérdidas á la nuestra; y siempre ganaríamos si tuviésemos recurso y pusiésemos los ojos tan solamente en la causa superior, que es Dios, el cual toca los fines de todas las cosas fuertemente (Sap., 8); empero dispónelas con suavidad. De uno de aquellos padres del yermo (Blosio) me acuerdo haber oído decir á mi maestro que, codicioso de saber á qué grado de perfección había llegado en muchos años que tenía de soledad, y qué hombre habría que le pareciese en el aprovechamiento espiritual, oyó una voz que le dijo: Sal de tu celda y mira bien la persona qne primero te ocurriere, que ese corre parejas contigo en la virtud. Salió el solitario al camino, y levantándose una gran tempestad de aires, agua y granizo, arrimóse á un árbol, y estando allí pasó un mozuelo desarrapado, cuyo oficio era vender melcochas, y venía tan contento y lleno de alegría, aunque el día era tan trabajoso, que puso en admiración al solitario, y preguntóle, ¿qué cómo venía así alegre en tiempo tan riguroso? A lo cual respondió el melcocheruelo que no tenía razón para hacer otra cosa, porque nuestro Señor hacía su santa voluntad, lo cual él tan solamente buscaba en todas las cosas. Y añadió que con ningún suceso se turbaba ni entristecía. Si llueve, dice, huélgome; si hace sol, también; si me vienen adversidades, no quepo de gozo, y si corre bonanza, doy gracias á mi Señor, porque conozco que se hace en todo su voluntad. Quedó con esto el solitario confuso de verse comparado á un hombrecillo de tan poca cuenta, y cayó en ella de que la perfección ni está en mucho ayunar, ni en abrirse las carnes con azotes, ni en altas contemplaciones, sino en ajustarse el alma con la voluntad de su Señor Dios, sin cuidado de otra cosa criada, y cuando ésta se hiciere, estar muy contento; y cierto aprovecha mucho para la perfecta abnegación sujetarse el hombre á Dios y á los hombres por su amor con alegre corazón, y esto en todas las cosas sin diferencia cuando manifiestamente no contradicen á la divina ley y á la profesión que tiene hecha; porque con esto la naturaleza profundamente se deprime y humilla, y el espíritu altísimamente es elevado sobre sí.

Nadie me puede dañar sino yo.

Nuestra perfección consiste en ajustarnos al querer de Dios.

§ XIII

Al fin habemos de confesar que toda nuestra salud y remedio estuvo en aquella resignación que Cristo hizo de su voluntad en la del Padre, cuando cercano á la muerte dijo: No mi voluntad, sino la vuestra se haga (Math., 26; Luc., 22). Y es una oración ésta admirable y que dicha con devoción y espíritu penetra los cielos y negocia con Dios grandes bienes y riquezas para el alma.

Discípulo.—No sé ya que responder, porque me has tomado de manera los puertos para toda réplica, que tengo por cierto que la suma de la perfección y el camino para ella, y el fin y remate de todos los ejercicios, está en desterrar el hombre su voluntad y abrazar la de Dios en todas las cosas, ora parezca que son en mi daño, ora en mi provecho.

Maestro.—Bien dices, y añade que un hombre entregado á su voluntad vive ajeno de todo bien y ni tiene comunicación con Dios ni con sus Santos. Argumento es muy claro de propia voluntad andar mudando pareceres, y agradarse y desagradarse de las cosas por momentos.

Andar mudando pareceres es señal de propia voluntad.

D.—¿Puede haber paz en el alma donde hay propia voluntad?

M.—No por cierto, ni vaso para la gracia; porque la propia voluntad es hija legítima de la soberbia (Iacob, 1), á quien Dios está derechamente opuesto. El que á sí mismo se supo hacer guerra, no tema ser guerreado de nadie; y el que se dejó á sí, juntamente dejó todas las cosas y gozará de perfecta libertad de hijo de Dios. Si, que los demonios, enemigos nuestros perpetuos, y el mundo con ellos, los ejércitos con que nos acometen y hacen sangrienta guerra, no son otros que nosotros mismos, según que lo dijo con grande propiedad Santiago en su *Canónica* (Iacob, 4). ¿De dónde, dice él, nacen las guerras y contiendas en vosotros? ¿Por ventura no nacen de las concupiscencias vuestras, que pelean en vuestros miembros? Y así es que cualquiera que asestó contra sí toda su artillería y se venció, venció sin duda todos sus

enemigos. ¿De dónde te parece á ti que nació en los santos el aborrecer tanto sus cuerpos, y el tratallos tan mal, y el gozarse en las tribulaciones y persecuciones?

D.—De que les reveló ó enseñó Dios que por este camino caía por tierra el mayor enemigo que tenían, que es la propiedad nuestra, y comenzaban á ser despojados de aquello que antes tenían por hacienda suya particular.

M.—Por cierto que me he consolado de oirte responder tan á propósito. Alúmbrete el cielo para que en el afecto aproveches, como en el entendimiento te conozco aprovechado. Con toda verdad te sé decir que nunca gocé de mi propia voluntad hasta que por Dios la negué, porque en Él se cobra mejorado lo que por Él se pierde ó renuncia. Y el que dejase un reino entero, y lo que más es, todo el mundo, si se poseyese á sí con desordenado amor, haga cuenta que no dejó nada. Pero el que á sí mismo se dejó, ni las riquezas que posee, ni las honras que le ofrecen, ni los amigos y familiares le pueden ser de algún impedimento, porque tiene el ánimo libre y el corazón exento y desasido de todas las cosas, y está aparejado para renunciarlas todas cuando entendiese ser esa la voluntad de Dios.

No se goza de nuestra voluntad hasta que por Dios la negamos.

D.—¿Cuándo podré yo entender que perfectamente me he negado?

M.—Si por alguna confusión personal ó pérdida temporal ó por algún otro suceso que á ti solo toque te entristecieses más y tuvieses mayor sentimiento que si sucediera á otro cualquiera del mundo, ten por cierto que vive en ti el amor propio y que no está del todo muerta tu voluntad, ni has alcanzado la verdadera abnegación de ti mismo. Porque quien siente demasiado las pérdidas temporales, con el hecho confiesa haber injustamente poseído los bienes que lo son, usurpando para sí como suyo lo que era de solo Dios. Y el que siendo despreciado y ofendido de otro se altera y encoleriza más de lo justo, declara muy al descubierto: lo primero, ser dignísimo de toda confusión, pues que la honra debida á solo Dios trabaja de adjudicarla á sí mismo; y lo segundo, que el amor de las criaturas no está perfectamente muerto en él. Vela, pues, hijo mío, sobre ti, y está advertido que donde quiera que te hallares has de huir de ti, por la verdadera abnegación. Porque sin ninguna duda este yo que pretende hallarse conmigo en lo que de virtud hago es el que destruye y vicia cuanto hago; y así sería gran negocio y importaría mucho si yo fuese sin mí á la iglesia, á la oración, al ayuno, á la limosna y á las demás obras de religión; porque entonces le son gratísimas á Dios cuando yo falto de mí en ellas y Él se halla todo ellas; y entonces entra Él con sus dones y gracias en mí cuando yo salgo de mí y saco conmigo todas las criaturas, á las cuales y á mí tengo de morir para que Dios pueda tener vida y regalo en mí; y estando yo lleno de mí y del amor de las criaturas, ningún lugar le queda á Dios para morar dentro de mí; y está tan lejos de mí cuanto yo lo estoy desta muerte y abnegación de mí y de todo lo que no es Él; y tanto más de devoción y de favor divino hay en el hombre cuanto es mayor la mortificación y negamiento propio, y tanto más llegado se halla á Dios cuanto más se aleja de sí y del amor de los vicios. Por tanto, no te canses en este ejercicio, ni te espanten los trabajos dél: rompe por todos, y si deseas hallar el todo en todas las cosas, déjalas todas por el todo. Hallarás á lo menos verdadera tranquilidad y paz de corazón, la cual nadie fácilmente te perturbará, porque está fundada en Dios, en quien ni se halla ni hay mudanza.

Cómo se entenderá que nos habemos negado.

Cuanto yo estoy mas lejos de mí, está Dios más en mí.

§ XIV

¡Oh si desasidos de nosotros mismos y resignados en Dios, sin temor alguno, esperásemos los sucesos todos, como quiera que fuesen! Gustaríamos cierto cuán suave es el Señor. Mas ay de nosotros, que apenas se halla hoy en el mundo quien de veras esté resignado y mortificado y sujeto á la divina voluntad; porque aquel fervor y deseo de Dios que se hallaba en los santos, ya en nosotros está resfriado, y el color subido de aquel oro finísimo que dice Jeremías (Tren., 4), ya se mudó en color de cobre; y los hijos ínclitos de Sión, que vestían de finísimas telas, son ya vasos de barro, obras de las manos del ollero. Ya no hay quien sufra por Dios un papirote, ni quien esté tan dejado que no le quede más que dejar. Pues entiende y ten por certísimo que una Ave María sola, dicha

con verdadera abnegación de ti mismo para gloria de Dios, le es más acepta á su Majestad que si lleno de ti y fiado de ti, como el Fariseo, y con propia voluntad, rezases prostrado en tierra todo el Psalterio de David. Advierte empero, hijo Deseoso, que si trabajando en esta abnegación, y habiendo alcanzado mucha parte della, acaso, ó por descuido, ó por no apercibido, se te fué alguna palabra áspera y de ira, ó faltaste en algo de lo que hace á esta divina Filosofía, que no hay por qué desmayar ni perder el ánimo; porque de ordinario suele nuestro Señor permitir esas caídas para que por este camino conozca el hombre su flaqueza y lo poco que tiene que fiar de sí mismo, y así salga de la tentación y caída aprovechado. Cuando el demonio te incitare á altivez de corazón, éntrate luego en el abismo de tu vileza y en la nada de tus merecimientos, para que así se abajen los humos de tu arrogancia y presunción vana, y quedes humillado dentro de ti; y no quieras hacer ostentación de tu paciencia delante de los hombres, que allá de dentro podría ser que padecieses inquietud y levantamiento de corazón. Por experiencia he hallado que algunas veces se debe comer aunque nos deleite y sea de regalo el ayuno, y dormir cuando nos convidan á vigilias; porque estas cosas nos abren camino para la dicha consideración de nuestra vileza, y es un artificioso engaño con que nuestro adversario queda burlado y nosotros humillados, y aun apocados en los ojos de los que han concebido altamente de nuestra santidad. El hombre verdaderamente resignado y que de todo en todo se dejó á sí, y á todas las cosas por Dios, de tal manera está fundado en Él y así le tiene amparado y guarnecido su verdad, que si alguna criatura quisiese tocarle, había de tocar primero y lastimar el corazón de Dios, donde está encerrado. Al fin, concluyamos con una palabra lo mucho que desta materia hay que decir, y sea: Que este negamiento propio y desamparo de ti mismo es el camino real para Dios y la senda derecha, aunque dificultosa, para la cumbre de la perfección evangélica. Y con esto me despido por hoy de ti; y si bastase para que tú te despidieses de ti y yo de mí, rica suerte habría sido la mía.

Cuando nos tentare de altivez el demonio, ¡qué remedio!

Cautela en las obras exteriores.

Discípulo.—Dios nos la conceda y te pague con aventajados premios tan soberana doctrina como me has dado este día.

Maestro.—Mañana, si pudiere librarme de cierta ocupación que espero, trataremos de la tercera y cuarta puertas: de la del Norte primero, y en el fin de la del Poniente. Ruega por mí al Señor (porque temo mucho la dificultad de la materia) que me dé su luz para que hable y sienta como su Majestad quiere y tú has menester. A Dios.

D.—Él vaya contigo. Amén.

DIÁLOGO CUARTO

De la tercera puerta por donde se entra al Reino de Dios, que es la tribulación.

§ I

Maestro.—Seas bien venido, fray Deseoso; ¿qué semblante es ese tan melancólico y triste?

Discípulo. — Nunca faltan ocasiones para tristeza á los que son tan flacos é imperfectos como yo.

M.—Si frecuentemente ocupase tu memoria la pasión de Cristo, ninguna cosa se te ofrecería tan dura que no la llevases con mucha igualdad de corazón: porque, como dijo San Jerónimo, sana todas las amarguras del ánima la recordación dulce del que se puso en la cruz por ella. Y San Agustín dice qne, aunque más nos aprieten las aflicciones de la vida presente, nos parecerá que sufrimos y padecemos poco si traemos á la memoria cuánto bebió dellas sobre la cruz el que desde allí nos convida y llama para su Reino.

La memoria de la pasión de Cristo sana de toda amargura y desconsuelo.

D.—Lo que más me afligió y quitó el sueño, y aun el sosiego y paz del corazón, fué una consideración que tuve de los trabajos que padecen los justos y amigos de Dios; porque no acababa de entender que lo fuesen suyos verdaderamente y que los afligiese, unas veces por sí, otras por los hombres; y lo que más admiración me pone por los mismos demonios, como sabemos de Job y de San Pablo.

M.—Bien se me representó, luego que te vi triste, que te había cargado el humor melancólico. Ese error tuvieron los amigos de Job,

y ese es el argumento de todo aquel famoso libro de cuarenta y dos capítulos, adonde el varón santo trata de persuadir á sus amigos que no le castigaba Dios por sus pecados, y ellos, por el contrario, que solos esos despiertan el furor divino y ponen á Dios en la mano el azote contra nosotros. Y al fin queda canonizada la persona de Job por el mismo Dios, que le alabó y dió por justo, y su doctrina aprobada como tan católica. Y sería cosa temeraria decir que todos los santos padecieron por sus pecados; lo cual prueba la respuesta de Cristo á sus Apóstoles (Ioan., 9), cuando le preguntaron á la puerta del templo si estar ciego aquel pobre que allí curó fué culpa de sus padres ó suya; que al fin dijo que ni ellos ni él habían pecado. Y no quiso decir que estaba sin culpa ó que nunca pecaron, que todos somos pecadores, y si dijéremos que no tenemos pecados nos engañamos y hacemos á Dios mentiroso, que afirma lo contrario (I Ioan., 1); lo que dice es que no tuvo ojo á los pecados del mancebo y de sus padres para cegarlo, sino á la gloria que á Cristo se le debía seguir curándole.

Los trabajos de los justos no son siempre por pecados que en ellos hayan precedido.

D.—¿Luego gloria de Dios es que yo sufra y padezca trabajos de cualquiera manera que vengan?

M.—Y prueba grande de la amistad que le tienes [1]. Eso dijo Bernardo: Manifestóte Dios á ti su amor y benevolencia padeciendo; razón será que experimente la tuya en el sufrimiento y tolerancia de los males que te ofrece. No le vencieron á Él tus pecados: no te venzan á ti sus azotes. ¿Sufrióte Él tanto tiempo? Súfrele tú por el poco que dura la tribulación. Acuérdate que está escrito (Eccles., 6): Si posees amigo, en la tentación le posee; porque en todo tiempo ama el que de verdad lo es. A Tobías le dijo el Ángel (Tob., 12): Porque eras acepto á Dios fué necesario que la tentación te probase y conociesen los hombres esta aceptación por medio de tu paciencia, que, como advirtió Santiago (Iacob., 1), tiene obra perfecta. Así tentó la obediencia de Abraham (Gen., 22) con el riguroso precepto de sacrificarle su hijo. Así la de Job (Iob, 1), entregándole al demonio para que le asentase la mano. Y desta manera de tentaciones dijo Judit (Iudic., 8): Debéis acordaros cómo nuestro padre Abraham fué tentado y por muchas tribulaciones probado alcanzó la amistad de Dios. Eso mismo podéis considerar de Isaac, Jacob, David y Moisén, y de todos los que fueron gratos á su Majestad, los cuales pasaron por el crisol de las tribulaciones. Séneca dice que la adversidad no es mal que daña al varón bueno, sino ejercicio de virtud y la que nos retrae de todo mal.

[1] La edición de 1885 lee *te tiene;* pero por la autoridad de San Bernardo se ve que debe conservarse la lección de las antiguas.

§ II

Solino, entre las grandes maravillas del mundo cuenta por muy notable ésta: Que apenas se puede dar un hombre, que no sean más las adversidades y trabajos que sufre que las prosperidades que recibe. Y pone ejemplo en Julio César, de quien se lee que fué tan dichoso que nunca deseó cosa en su vida que no la gozase á su voluntad, y con todo se hallan tantas incomodidades y desastres en el discurso della, que sin mucha dificultad no se podrá hacer juicio cierto si tuvo más de miseria que de felicidad. Pues ¿qué mucho que por Cristo se le mande sufrir mucho al cristiano, siendo el premio que se le promete tan aventajado, y teniendo á Dios en el trabajo el primero, y oyendo de su boca: El que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y tome su cruz y sígame? San Basilio dice que no se debe tener por muy amigo de Cristo el que sólo padeció trabajos alegremente por Cristo, sino el que para gloria suya apeteció y deseó sufrir muerte cruel y afrentosa con todo su afecto y voluntad. Alejandro de Alés dice que, en el estado en que ahora está la humana naturaleza, conviene á saber, de caídas y de culpas, mucho mas aprovecha por las adversidades que por las prosperidades. Y San Agustín afirma que es mucho mejor que nos duela el azote que no que el pecado nos deleite. Y en otra parte: En la hornaza ó crisol la paja arde, mas el oro se apura: aquélla se vuelve en ceniza, y éste queda sin escoria limpio. El mundo es hornaza: los malos, paja; los justos, oro; el fuego, la tribulación; el artífice, Dios; lo que el artífice quiere, eso hago yo; adonde me pone, allí estoy y sufro con paciencia. A

Siempre son más las adversidades que las prosperidades.

mi cuenta está el sufrir, y á la del artífice purificarme. Si la paja ardiere para quemarme, ella recibe el daño y yo el provecho, porque ella se consume y yo quedo apurado y sin escoria. Al fin, lo que es el trillo al grano, la hornaza al oro y la lima al hierro, eso es la tribulación al justo. Esta despierta al perezoso y lerdo en la virtud, humilla al soberbio, purga al penitente y corona al inocente. Yo digo que azota Dios á sus amigos muchas veces, porque su azote maravillosamente aumenta en ellos la gracia, las virtudes, los méritos y los premios. Es la tribulación ama que cría la humildad, maestra de la penitencia, granjeadora de la felicidad eterna; es la que quita la escoria de los pecados, la que da abundancia y plenitud de gracias y el crecimiento de todas las virtudes; es la que engorda el alma y la fertiliza como el rocío de la mañana á las rosas y azucenas. Por tanto, hijo Deseoso, entiende que es don escogido de Dios, vara amorosa, castigo paternal que comunica sabiduría, que nos hace circunspectos y nos acarrea grandes experiencias. Pero advierte, como dice Orígenes, que el sufrimiento de todos los males carece de celestial premio si le falta la perfecta paciencia. Por lo cual se escribe (Luc., 21): En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas; porque de allí se hace fuerte el hombre contra todas las adversidades, de donde venciéndose á sí mismo se hace señor dellas. Y no sé qué más te diga para consolarte, si no es lo que San Pablo (Hebr., 12): Azota el Señor á todo hijo que recibe en su casa y servicio. Apercíbete, pues, según esto, para ser azotado con Cristo, ó no trates de ser recebido en su casa, porque si fueres excluído de los azotes, también lo serás del número de sus hijos. Azotó al suyo, único y querido, que no merecía azotes, y para que los pudiese sufrir le vistió de carne, ¿ha de quedarse sin ellos el adoptivo?

No hay premio para los trabajos si no hay paciencia en ellos.

§ III

Muy bien dice Gregorio que no sabe qué no deba padecer y sufrir por Dios el hombre, habiendo sufrido y padecido Dios tanto por él. No despidas de ti el azote, si no quieres ser privado de la herencia de tu Padre; ni mires la pena que es ser azotado, sino el lugar que tienes en el testamento de tu Dios. San Pedro Crisólogo dice: Cuando el hombre obra bienes y sufre males, confíe que sin duda será contado entre los hijos del Señor, porque no puede ser que participe de sus pasiones y que sea excluído de su gloria.

Discípulo. — Yo me doy por consolado y desengañado con lo hasta agora dicho, y así podrás estar á lo prometido y tratar como sueles magistralmente desta tercera entrada del Reino de Dios, que se labra á puros golpes, como nos lo canta la Iglesia en el himno de la Dedicación del templo.

Maestro.— Tres maneras de cruces suele Dios poner sobre los hombros de sus escogidos. Una en los principios de sus conversiones. Otra cuando van aprovechando. Y la última en lo más florido de la vida espiritual. Comenzarás á servir á Dios y ocurrirte ha luego en el principio una más que civil batalla contra tus malos afectos y acostumbrados deleites y codicias, á que natural ó viciosamente eres inclinado, los cuales todos has de mortificar y desamparar para que te sea de provecho el ejercicio de la oración y salgas con lo que deseas y pretendes, que es perfección de vida. Esto bien se deja entender que ha de ser molesto y grave y dificultoso; especialmente que es lance forzoso haberte de ser amargas y desabridas todas aquellas cosas que te fueron de gusto y deleite antes de tu conversión (Deut., 25). Y el aborrecimiento al pecado ha de ser medido al contento con que se cometió, lo cual trae anejo á sí mucho trabajo y es cruz pesada y enfadosa, como largamente queda probado en el segundo destos Diálogos. La segunda cruz envía Dios de su mano y corre con ella todos los citados; porque nadie en el mundo, aunque muy amigo, deja de ser probado y tentado con adversidades, dolores y angustias de cuerpo ó de alma. Y si se sufre todo con igualdad de corazón y se recibe con aquellas entrañas con que el misericordioso Señor lo envía, sin ninguna duda es de grande excelencia y de provecho increíble. ¿Duélete la cabeza? ¿Padeces frío, calor, hambre ó sed? ¿Dícente malas palabras y dante ocasión para entristecerte de muchas maneras? Ten por cierto que todo eso lo tenía Dios previsto ab eterno, y así lo pensó y lo qui-

Tres diferencias de cruces en personas espirituales. Cruz de principiantes.

Segunda cruz.

so y tuvo consejo sobre ello: midiólo, contólo y pesólo, para que desa manera y no de otra sucediese. Y ahora te suceda mereciéndolo ó estando sin culpa, justa ó injustamente, ó por ventura por tu negligencia, siempre has de pensar que viene ordenado por Dios; y sufriéndolo con paciencia dale gracias, porque quiere que su divino y eterno consejo se cumpla en ti en ese punto.

Muchas son las tribulaciones de los justos, y con admirable providencia enviadas de Dios.

D.—Algunas veces, vistas las tribulaciones que padecen los justos, pienso que armó Dios todas las criaturas y las puso en guerra perpetua contra los hombres: los elementos, los planetas, las bestias, el granizo, la nieve, calor, destemplanzas de aire, pestilencias, mortandades, guerras, carestía de mantenimientos y otra infinidad de cosas á este tono.

M.—Razón tienes, y es muy bueno este pensamiento; porque te doy palabra que ningún Apeles puso tanta diligencia en perficionar con varios matices y colores un dibujo que desease sacar con gran primor, cuanta pone Dios en pintar al hombre, que es imagen suya, con diversas tribulaciones para que, aligerada y humillada su ánima, se junte á Él y sumamente le agrade.

D.—Algunos tengo vistos que, no contentos con la cruz que Dios les envía, ellos por su cabeza y propia voluntad se procuran otras intolerables, no de hombres de razón, sino de jumentos que carecen della; porque se ejercitan en abstinencias inmoderadas, meditaciones importunas, y en otros rigores y asperezas en daño notable de la salud, con las cuales cosas de tal manera se embelesan y se pasman, que es necesario esperarles Dios algún tiempo que acaben sus tareas.

Cruz tomada por propia voluntad pesada é infructuosa.

M.—El mayor mal de todos [1] es, que cuando quiere su Majestad obrar en ellos, la naturaleza está estragada, caída y sin fuerzas para seguirle. Y si acaso les sobrevienen tentaciones graves, no tienen ánimo ni virtud para resistirlas.

§ IV

Por lo cual sería buen consejo acudir á la mortificación de los malos afectos, más que á rigores demasiados con propiedad tomados y sin consejo; porque, como dijo el Apóstol (1 Tim., 4), el ejercicio corporal para poco es útil, mas la piedad vale para todas las cosas.

El ejercicio corporal, en cuanto es de provecho, y el fin que se ha de tener en él.

Discípulo.—Muchas veces he oído alegar este dicho de San Pablo, y como no lo entiendo bien, cáusame alguna manera de turbación, porque parece condenar las obras penales, y aun creo que por la misma razón de ignorancia tomaron algunos herejes ocasión de destruir la penitencia. Recibiré particular regalo en que me digas el verdadero y legítimo sentido de esas palabras, para desengaño mío y de muchos que podrían reparar en ellas como yo.

Maestro.—Pláceme de hacer lo que pides, que bien sé que hay hartos engañados en este particular: unos, que todo su negocio ponen en los ejercicios espirituales, sin hacer algún caso de los corporales; otros, que de todo en todo se ocupan en éstos, olvidados de aquéllos. El santo obispo Timoteo, que es con quien aquí habla San Pablo, era hombre muy riguroso en su persona; tanto, que para que bebiese un poco de vino fué necesario mandárselo su maestro, el cual, deseando hacerle solícito de las cosas que tocan á la piedad (que pocas veces lo son los demasiadamente rigurosos consigo; que quien á sí mismo no perdona, con dificultad perdona á sus prójimos y súbditos), dice estas palabras: Ejercítate en la piedad, que, como nota la Glosa, en este lugar significa culto de Dios y obras de misericordia con los prójimos; y dándole la razón deste mandamiento, añade: Porque el ejercicio corporal para poco es útil, mas la piedad lo es para todas las cosas. El ayuno, cilicio, desierto, etc., de su naturaleza no son más que obras penales, y lo que tienen de bueno es por el fin y por razón del estado; que si el hombre no pecara, no eran para el dicho fin necesarias. Son medios medicinales, que nos preservan del pecado después del pecado, ó nos ayudan á granjear la salud que nos quitó el pecado. Son como el ruibarbo, que si estáis bueno no es bueno para vos, pero en la enfermedad es bueno y necesario para relevaros [1] de la cólera que os quita la salud. Este es el poquito de bien que

Timoteo, hombre riguroso en su persona.

[1] La edición de 1885 añade, *estos*.

[1] La edición citada, *libraros*.

tienen los ejercicios corporales, conviene á saber: tener á raya nuestras concupiscencias y carnales deseos. Oigamos al mismo Apóstol, que hablando de sí dice á los de Corinto (I. Cor., 9): Castigo mi cuerpo y téngole sujeto como á un esclavo; porque, predicando yo penitencia á los otros, no quede yo reprobado. Santo Tomás advirtió divinamente (S. Thom., *in Paul.)* que estas penitencias exteriores sirven más de medicina contra los pecados de la carne que no contra los del espíritu; porque muchas veces vemos que en estos grandes penitentes reina la cólera, la ira, el poco sufrimiento y los juicios temerarios contra los que llevan vida algo más moderada, aunque más espiritual y más agradable á Dios que la suya, tan sujeta al viento de la vanidad. Al fin, en lo corporal se sufren quiebras, y á tiempos se puede interrumpir ó dejar, pero la piedad ha de ser continuada, como dijo San Pedro (I Petrus, 4), porque vale para todas las cosas.

D.—Grandemente me han satisfecho tus razones, y de hoy en adelante sabré pesar las cosas y estimarlas en lo que son; y podrás si quieres volver á la materia de cruz ó tribulación que por la mano de Dios nos viene, que esa es sin duda la más provechosa y la que se puede tomar sin sospecha de que en ella peligrará el alma.

Dejarnos crucificar por manos ajenas, de cuánto mérito.

M.—Por cierto, si los hombres se dejasen crucificar por manos ajenas, sufriendo con paciencia y mansedumbre cualesquier afrenta y dolores, estando contra sí, y por la parte del Señor, de quien esto les viene, más agradarían á su Majestad y mayor servicio le harían que si despedazasen sus carnes á puros azotes; y más quiero que entiendas en aquella palabra de Cristo que dice (Math., 16): Tome su cruz, que no te da licencia para que tú te ordenes y labres por tu cabeza la cruz, sino para que tomes la tuya; esto es, la que de su mano te viniere. Tampoco dice que tomes su cruz, porque esa quiere fuerzas más que de hombres: la tuya has de tomar, labrada por Dios como para hombre, que no ha menester hombros de gigante, sino pecho enamorado y aficionado á su servicio. Acuérdate que está escrito (Prov., 16) que no pesa Dios carne, sino espíritu, ni se le da nada de rigores, sino de amores. Donde hay espíritu hay libertad, como dijo el Apóstol (II Cor., 3), no de ley, sino de carga y pesadumbre; que ni sentirás el ayuno, ni las vigilias, ni los azotes, ni los demás trabajos que por su amor tomares ó Él te enviare por sí ó por sus criaturas, si tienes espíritu. Éste pesa y éste estima, y conforme á éste dispone su Majestad la cruz que quiere que llevemos, y por él mide en nuestro provecho la tentación. La cruz más amarga que todas suele dar Dios á sus amigos muy en sana paz, como dice San Bernardo, cuando habían, al parecer humano, de gozar de los abrazos del Esposo. Levántanse á veces tentaciones tan espantosas y de tanto horror, aprietos y obscuridades de entendimiento, que el miserable hombre, interiormente apretado y congojado, casi con desesperación, no sabe adónde volver la cabeza, ni espera más que la muerte ó una cierta locura. Desto no diré aquí más, porque en la segunda parte de los *Triunfos del amor*, tratando del desamparo y calamidad interior, dije cosas muy notables, que podrás ver con aprovechamiento, por ser tan ordinario en las personas espirituales este trabajo y tan necesario el conocimiento de su remedio. Sólo quiero que entiendas al presente que toda tribulación, ora la recibas de tu voluntad, ora te sobrevenga sin ella, si hicieres de la necesidad virtud, quiero decir, si te dejares á la voluntad y ordenación de Dios, y gustando de tu trabajo, porque Él gusta que le padezcas, te ofrecieres así atribulado á su Majestad, juntando y uniendo tu cruz con la suya para su gloria, ten por cierto que le eres más grato en esta ofrenda que en otra cualquiera que exteriormente le ofrecieses. Porque de más fruto es, y para nuestro espíritu de más regalo y consuelo, padecer algo en la resignación de sí mismo que obrar en tal caso grandes cosas; porque allí nuestra naturaleza viciosa profundamente es humillada y acoceada, y nuestro espíritu más altamente ensalzado. Y si vivieses cien años y prostrado por tierra con humildad profundísima adorases á Dios, no le pagarías la merced que te hace cuando te envía de su mano alguna pequeña tribulación; y sin ninguna duda le quedas tú más obligado porque te la envió que Él á ti porque con paciencia la sufriste. Y no hay que gastar más tiempo en

Amores pesa Dios más que rigores.

Cruz tercera y de los muy amigos.

Ofrenda de alma atribulada y resignada, cuán acepta.

esto, pues nos consta que todos los Santos y amigos de Dios bebieron deste su cáliz con alegría y dieron y dan testimonio que ningún veneno ni rejalgar hay en él, sino la salud verdadera y el regalo del alma. ¿Con qué contento derramaron su sangre los mártires? ¿Con qué gusto sufrieron injurias, deshonras y afrentas? ¿Con qué rigor trataron sus cuerpos? y eran hombres cercados de enfermedades y carne como nosotros.

§ V

Discípulo.—Harto para sentir y llorar es, por cierto, ver lo que los Santos hicieron y sufrieron y lo poco ó nada que nosotros hacemos y sufrimos. No hay quien pueda con una palabra tantito ([1]) dura y de disgusto, ni quien se esfuerce á padecer aun cosas muy pequeñas por Cristo. Debe ir mucha parte desto en los ruines sujetos que hay ahora, y en los tiempos tan otros de los pasados. Que antiguamente con cinco higos ó dátiles se sustentaban los siervos de Dios, y con raíces de hierbas vivían cien años en los desiertos. Agora somos flaquísimos y de cortas vidas, y los mantenimientos de muy poco sustento y virtud, y al fin el mundo se va llegando á la vejez, y le ha de faltar el calor de la viva fe. Que aun allá dijo Cristo (Luc., 18): ¿Pensáis que cuando venga el Hijo del hombre habrá fe sobre la tierra?

Maestro.—A muchos he oído esa razón tuya, y aun leídola en un moderno de no pequeña autoridad, y ojalá él no tuviera tanta, que no se le diera ningún crédito en el particular; pero yo creo que mi razón deshará tu opinión y la suya. Bien habrás leído lo que el Apóstol San Pablo escribe á los hebreos (Heb., 13): Acordaos, dice, de vuestros prelados y padres antiguos, los cuales os predicaron y enseñaron el Evangelio, y mirad el fin que tuvo su conversación, cómo conversaron y vivieron y cómo acabaron. Y esto ¿para qué? para que imitéis su fe; conviene á saber, la que tuvieron con Cristo, por quien sufrieron tantos trabajos y padecieron tantas tribulaciones y perdieron las vidas. Pregunto yo ahora: ¿Sería bueno que tales obras como esas las atribuyésemos á la calidad de los sujetos, ó á la diversidad de los tiempos, ó á la mucha ó poca virtud de los manjares? No por cierto, porque dice el Señor (Ioan., 15): Sin mí ninguna cosa podéis hacer; conviene á saber, meritoria y digna de la vida eterna. No se olvidó el Apóstol del fundamento de toda buena obra, porque luego que nos mandó imitar las de los Santos añadió: *Iesus Christus heri et hodie, ipse et in sæcula;* Jesucristo, ayer y hoy, y el mismo en los siglos. Quiere decir, que por la virtud de Jesucristo y con el favor de su gracia hicieron los Santos lo que hicieron y hacemos nosotros y han de hacer los que nos siguieren todo lo que fuere digno de Dios. De manera que, según esto, es engaño muy grande decir que en las cosas naturales estuviese el aventajarse los Santos pasados á los que ahora vivimos, ó que falte en Dios, que entonces les favorecía, el poder ni el querer para nosotros que tuvo para ellos. Verdad es que el mundo está ya en lo último y allegado á la decrépita ([1]), porque aun en materia de virtud se hallan en él cien mil novedades y disparates nunca vistos; y en materia de pecados no tienen número las invenciones que cada día salen, como diremos adelante, ni hay teólogos que agoten sus dificultades; y así me persuado que los Santos de la fama, los generales y capitanes del pueblo cristiano y los de la mesa redonda ya pasaron, y que la gente que ahora se hace para el cielo es de á pie, gente menuda, gente afeminada y de melcocha, que ni un papirote saben sufrir por Dios. Todos habemos dado en ser galenistas y filósofos y procuradores solícitos de la salud corporal, y vivimos con cien mil reglas de prudencia acerca del sueño, que sea de siete horas; de la comida, que sea buena y regalada; de la cama, que no sea dura para que descanse el cuerpo; del rato de conversación, por que no nos opilemos; de la visita, por que no parezcamos salvajes; de la urbanidad y término cortesano, por que no seamos enfadosos al mundo. Al fin, la virtud en estos desdichados tiempos no tiene sino la armadura ó esqueleto, que lo demás casi todo es prudencia de carne enemiga de Dios.

Engaño es y muy grande decir que el aventajarse los Santos pasados á los de agora fué por la diferencia de los tiempos, ó sujetos, ó mantenimientos.

([1]) La edición citada, *algo.*

([1]) La edición citada, *decrepitud.*

§ VI

Discípulo.—¿Parece que has tomado un poco de cólera diciendo eso?

Maestro.—¿Pues no quieres que se me encienda el corazón y que el alma se me aflija [1] viendo tan en su punto la hipocresía y santidad falsa y la verdadera tan por el suelo? Yo te prometo que si llegara San Pedro á muchos que parecemos sepulcros de Cristo, que hallara las mortajas y ligaduras, pero que no le hallara á Él en nosotros, porque nos pagamos ya de solos los hábitos y ceremonias de virtuosos, estando muy lejos de nuestros corazones Cristo y su virtud (Ioan., 20). Por eso te digo tanto de su cruz y de lo mucho que importa el llevarla con gusto (Luc., 24), por ver si te aficionases [2] á ella; porque no está el ser gran Santo en hacer grandes cosas, sino en padecerlas con igualdad de corazón por Cristo. Es tan excelente don de Dios la tribulación, que no suele su Majestad enviarla sino á sus escogidos, porque por ella les abre el camino para la felicidad eterna. Y cuando el hombre se mira á sí y á sus cosas más que la honra y gloria del Señor, y comienza, dejado el Criador, á convertirse á las criaturas con deleite y gusto propio, con peligro de caer en grandísimas tentaciones y de perecer en ellas para siempre, suele su Majestad en estas ocasiones ejercitarle en grandes trabajos y tribulaciones para que, ocupado con la representación dellas, se olvide de los tales vicios y deleites, y vuelto á Dios con humildad le pida su ayuda y favores, y por aquí acabe de conocer su fragilidad y miseria. Por tanto, no pienses que haces mucho cuando sufres una pequeña tentación y trabajos, sino da gracias de todo corazón á Dios, que, aunque indigno, te estima en tanto que te hace merced de sus nobilísimos dones, que son las tribulaciones, por medio de las cuales nos hace idóneos y nos dispone para la posesión de los sobrenaturales bienes. Pues si siendo reprendido, escarnecido, tenido en poco y lastimado con injurias ó con alguna otra adversidad apretado, lo sufres con entereza de ánimo, no respondiendo á tus perseguidores, ni excusándote, aunque las injurias sean notables, y si ni te quejas, ni te vengas, ni deseas consolaciones exteriores, antes vuelto en ti huyes luego á Dios ofreciéndole esas injurias y aflicciones, y á ti mismo de todo en todo en ellas, y desta manera resignado permaneces contigo mismo, ten por muy cierto que eres tanto más grato á Dios que en ningún otro ejercicio del mundo, y que te concederá sin tardanza, si para tu salud y bien espiritual fuese conveniente, todo cuanto con humildad le pidieres. Los ángeles te mirarán y respetarán, y Dios por la voluntad así mortificada y negada, te levantará á la libertad de los hijos suyos. Mas, ¡ay, qué poquitos se hallarán destos en el mundo!

La tribulación es don de escogidos.

El atribulado y resignado en el querer de Dios es á su Majestad muy acepto y alcanza lo que quiere.

D.—De esos pocos deseo yo ser uno.

M.—Bienaventurado el que mereció llegar á tan dichoso estado, que cuantas más y mayores consolaciones recibe de Dios y de sus criaturas, tanto se tiene por más inútil y más indigno; porque cuanto él más se envilece y es menos en sus ojos, tanto en los de Dios es más honrado y más glorioso y de mayor estimación que todos los reyes y príncipes del mundo. Y manda el Señor á sus criaturas que todas hagan honra á este su siervo y amigo humilde. ¡Oh cuántos desean llegar á Dios y lo procuran, y por falta de arte nunca llegan!

D.—Dime, padre, ¿qué arte es esa? porque la deseo como el vivir.

M.—Sufrir con humildad todas las cosas adversas que Dios quisiere enviarte es arte de artes y ciencia de ciencias. Y aquel tengo yo por hombre de vida perfectísima, que, siendo desamparado de Dios y del mundo y dejado sin alguna consolación, lo sufre con paciencia y se comete [1] todo á Dios; y si en este estado constantemente persevera y canta alabanzas á su Criador, aunque las tales alabanzas sean pequeñas, salidas de ánimo así afligido y atribulado, más gratas le serán que las que con ánimo quieto y sin pesadumbre le cantan los ángeles en el cielo; porque, bien considerado, este es un género de martirio, que aunque el cuchillo del perseguidor no nos toca, el de la atribulación

Arte para llegarse á Dios.

Muchos hacen muchas cosas, pero pocos sufren las muy pequeñas.

(1) Edición citada, *afloje.*
(2) Edición citada, *aficionabas.*

(1) Edición citada, *entrega.*

nos atraviesa el alma. Muchos vemos cada día que hacen grandes obras exteriores, que velan las noches enteras en oración, que ayunan rigurosos y espantosos ayunos, que se ocupan en servir enfermos y curar leprosos, y en otros ejercicios á este tono. Pero, dime, ¿cuántos habrás visto que con ánimo quieto y sin perturbación sufran las injurias y desprecios de sus personas? Creo cierto que entre mil destos grandiosos y de pendón se hallará uno que esto haga. Y dirásme, ¿por qué? Porque todos éstos andan hinchados con una pomposa arrogancia; son grandes en sus ojos y están llenos de sí mismos. Y si me dicen que guardan limpieza en sus cuerpos, yo les digo que sirve eso de muy poco si los corazones andan ocupados con arrogancia, envidia y ponzoñosas murmuraciones contra sus hermanos, y inficionados con el estiércol de vicios semejantes.

§ VII

Hombre paciente y sufrido, cuán digno de alabanza.

Preciosa cosa es la castidad del cuerpo, pero de nada servirá si el templo de Dios, que es tu corazón, está sucio con el amor de las criaturas y de sí mismo. Mejor me parece, decía San Bernardo, el hombre paciente que el que de fuera hace ostentación de obras magníficas, que consumiendo sus carnes con ayunos de pan y agua y azotándose cada día con cadenas de hierro, aún está sujeto al furor y locura de la impaciencia. Mejor es el que con alegría habla á los que con aspereza de palabras le injurian que el que, arrebatándose cada dia en mentales excesos, cuando la tribulación llega falta en ella. Y, al fin, tengo por mejor la virtud de la paciencia que la de resucitar muertos. Mas, es señal que tienes á Dios por enemigo, si cayendo en pecados no te azotare y corrigiere con el azote de las tribulaciones, porque el perdonarte en el presente siglo, es para castigarte en el futuro.

Sentencia de San Jerónimo, notable acerca de los trabajos de los justos.

Concluyo con lo que dice San Jerónimo: Gran maravilla es que las piedras que huellan todos los que han de condenarse no se conviertan en rosas para alivio y solaz de aquellos males que sufrirán en el infierno; pero mucho más es de maravillar que todas las piedras que pisan los escogidos no se vuelvan espinas y de los pies á la cabeza los lastimen, por los pecados cometidos y por la gloria que han de gozar por trabajo tan momentáneo y ligero.

Discípulo.—Muy conforme al Evangelio has andado en materia de tribulaciones, porque el mejor vino guardaste para el fin. Y porque parece que basta esto, tratado en común para todos, lo que encarecidamente te pido es que me digas algo en particular de las tribulaciones interiores y de las causas por que Dios nos quita ó esconde su gracia y consuelos espirituales.

Maestro.—Desa materia tengo dicho demasiado, y no querría exceder en lo prometido, que es brevedad; con ella te diré las razones que los Santos han hallado para el desamparo, escuridad y niebla interior, que algunas veces es de manera como si en toda la vida no hubiese el alma gustado de Dios ni tenido conocimiento de Él. Henrico Harpio, profundísimo teólogo y en el ejercicio de la mística Teología muy alumbrado, dice (Lib. 2, c. 47) que quitar nuestro Señor á sus amigos la espiritual consolación y la alegría sensible de que suelen gozar en su presencia procede: lo primero, de una amorosa indignación, y como si dijésemos celos, que es cuando su Majestad ve que nos convertimos con afición á las criaturas, ó que nos deleitamos por algún espacio, aunque muy breve, fuera de Él; que luego, como tan celoso, nos quita la gracia de la devoción que nos había dado, para que, sintiéndose nuestra ánima sin ella, venga en conocimiento de su culpa y de su infidelidad; y prometiendo la enmienda y satisfacción de vida obligue á su Esposo á que, desenojado, la reciba en su amistad, el cual ninguna otra cosa desea más que ser amado. Y es cierto que cuanto más profunda y entrañablemente junta Dios á sí una alma, tanto más pura la quiere en su amor, y cuanto más pura la tiene, tanto más fácil es de enojarse contra ella, si no corresponde con el debido agradecimiento á tanta merced; que, como Él mismo dice en su Evangelio (Luc., 12), á quien más se le da más se le ha de pedir, y menos á quien no tanto.

Causas por que Dios esconde sus consuelos á las almas que le buscan. Primera, celos.

Causa 2.ª

La segunda razón del desamparo es por que sepan los que sirven á Dios que no por sus buenas obras, ni por sus ejercicios espirituales, merecieron ser visitados, consolados y recrea-

dos con la gracia de la devoción, sino por sola la liberalidad de Dios que quiso hacerles ese regalo como tan bueno y misericordioso, y por este camino deprendan á no complacerse en los dones de Dios como en hacienda suya, ni con descuido se relajen pensando que ya no les importa el trabajar y ser solícitos en la virtud; como sea verdad que está su vida en perseverar en el centro de la humildad y nunca cesar en el ejercicio y aprovechamiento interior.

§ VIII

De una virgen llamada Clara se dice (Henrico Harpio) que por una pequeña tentación de vanagloria que tuvo, le fué quitada por espacio de quince años continuos la gracia de la consolación y regalo interior de que solía gozar; aunque, para que se le restituyese, ayunó muchas veces en este tiempo y derramó infinitas lágrimas y perseveraba en oraciones muy prolijas. Otra causa del desamparo es, para que en él conozca el alma la tibieza y flojedad suya en los ejercicios del amor y obras virtuosas, y de aquí se haga más solícita para pedir y buscar esta gracia y relieves del cielo, sin lo cual ni se puede aprovechar en las virtudes, ni perseverar mucho tiempo en el bien adquirido.

Causa 3.ª

Algunas veces, y sea la cuarta razón, tiene Dios respeto á la salud y fuerzas corporales; porque como la naturaleza suele, con la mucha devoción sensible, llegar á debilitarse tanto (especialmente cuando el influjo del espíritu es muy violento y el corazón desea satisfacer mucho á la gracia, que así abundantemente se le comunica) que le faltan las fuerzas, y es lastimada y herida en el corazón, adonde el ímpetu de los deseos hace bullir y hervir más la sangre vital, y en los flacos de cabeza en el cerebro; entonces el Espíritu Santo acude y modera aquel ímpetu y ardor y aquellas crecientes de la divina gracia para que, recreado el hombre, tome aliento y se haga hábil para recebir nuevas mercedes de su Esposo. Algunos hay que cuando se sienten así desamparados y que Dios les ha quitado el consuelo, queriendo, como indiscretos, recobrar por fuerza esta gracia que se da por voluntad divina, cuanto más trabajan en ello tanto más se alejan de todo sentimiento espiritual, y como con impaciencia se esfuerzan y trabajan impetuosamente en esta obra, lastiman y dañan el corazón y le dejan casi imposibilitado de remedio; como suele acontecer en la vihuela, que si le estiráis mucho las cuerdas vienen á quebrarse y á no ser de provecho. De aqui nace no les quedar poder sobre las fuerzas inferiores del ánima, que tienen sus raíces en el corazón, ni á sentirse alguna resistencia en la parte irascible y concupiscible; por lo cual les parece (aunque no es así) que consienten en todos los males y tentaciones de los enemigos, mundo, demonio y carne. De aquí también les provienen grandes tribulaciones, y son tentados de desesperación, ceguedad de entendimiento, dureza de corazón, perversidad en la voluntad y de una infernal envidia, lo cual todo pasa al parecer en el hombre inferior ó parte sensitiva; porque en las fuerzas superiores, que no están atadas á los órganos del cuerpo, se halla alguna resistencia, y sucede, que cuanto el conocimiento de Dios y el amor á su Majestad fué mayor en el tiempo de la afluencia y bonanza, tanto es mayor la aflicción y aprieto del ánima en la porción superior por la perversidad y malicia que reina en las dichas fuerzas inferiores, ya enflaquecidas y casi rendidas con la tentación de cada día. ¡Y cómo se aflige una alma cuando después de haber gustado de la suavidad de Dios se ve rodeada de tentaciones mucho más feas, sucias y abominales que las que sintió ó sufrió en el estado primero de perdición! Todo este daño nace en muchos de haber dañado, como ya dije, el corazón y dejádole inhábil, con su indiscreto forcejar por la gracia, para los antiguos y saludables ejercicios, y imposibilitado para volver á su orden natural y sosiego en que de antes estaba.

Causa 4.ª

§ IX

Discípulo.—Bien sé que será impertinente mi pregunta en este tiempo, pero corregirla ha tu mucha discreción y sabiduría, y yo saldré de una duda que tengo. Dicen algunos que hay gula espiritual ó demasía en las cosas del espíritu. ¿Es así, padre mío?

Maestro.—Así es como lo has oído; y de ahí suele venir también la sequedad y el desamparo y otros males sin cuento. Hallarás personas tan afectuosas y amorosas, y no sé si diga sensuales,

Causa 5.ª

que si se arrojan á querer, es con tanto ímpetu y furia, y derrámanse de manera amando, que muy presto vienen á desfallecer en las demás fuerzas del ánima y á dañar notablemente la naturaleza. Y cuando sucede convertirse dentro de sí á Dios, como hallan en Él tantas y tan fuertes razones para ser amado, y Él es tan largo remunerador del amor que se le ofrece, en los tres ó cuatro primeros años de su conversión, ayudados por una parte de su naturaleza que es afectuosa, como ya dije, por otra de la gracia sensible y de la devoción, que es en tanta abundancia, así se embriagan y tan golosos se hacen con el sentimiento sensual de que cada día gozan, que de ninguna otra cosa hacen caso, ni se quieren ocupar en saber, ni en trabajar por mortificar sus pasiones, ni en adquirir virtudes, ni en conocer el divino beneplácito para seguirle, sino en cómo gozaron más y más de aquella su sensible devoción, en la cual sola ponen toda su felicidad y quietud; y hácense con esto tan odiosos á Dios, que puesto que disimula por algún tiempo el quitarles estos gustos, por ver si recreados y regalados vuelven sobre sí al conocimiento y amor de tan liberal Bienhechor, viendo que la dilación del castigo los engolosina más; porque la naturaleza corrupta siempre se aviva más para lo vedado, como se ve en el casado que codicia y ama con doblado amor al amiga, aunque de muy pocos merecimientos, que á la mujer propia, siendo de muchos; quítales esta gracia sensible ó sensual, y como no echaron raíces en la virtud, ni pusieron el verdadero y firme fundamento de la humildad y mortificación y negamiento de sí mismos, facilísimamente pierden la paciencia y procuran violentamente recobrar aquella devoción de que son privados con admirable providencia del cielo; y no tratan, como digo, de negarse, ni piensan en si sus culpas fueron causa desta calamidad, para enmendarlas; y así cuanto más trabajan por alcanzar lo que justamente perdieron, más secos y sin espíritu quedan, más impacientes y más lejos de aprovechar en la vida espiritual. Y de aquí les nace amargura de corazón, y un tedio ó enfado de la vida, que á sí mismos y á los con quien tratan son cargosos y molestos, y poco á poco comienzan á caer en cosas mayores; son duros, obstinados, impacientes, mal sufridos, ciegos en cosas muy claras y no sienten de Dios como solían; y al fin viven en un estado peligrosísimo y muy llegado á desesperación, de que nos libre Dios de [1] su misericordia. Amén.

Causa 6.ª

D.—También dan los Santos por causa del desamparo el conocimiento que Dios quiere que tengamos de que no en la gracia sensible, devoción y amor tierno consiste la santidad verdadera y perfecta caridad.

Gustos y ternuras de la pura naturaleza suelen tenerse por de la gracia.

M.—Tienes razón, porque semejantes gustos y ternuras pueden provenir de la pura y sola naturaleza, sin tener que ver en ellos la divina gracia. Así lo experimentamos los años pasados, no sin grave ofensa de la virtud y religión cristiana, en los alumbrados de Extremadura y en sus discípulos que se arrobaban y sentían gustos tan excesivos, que se enflaquecían y debilitaban y les faltaban las fuerzas corporales y quedaban muchas veces yertos, y los miembros intratables y helados, y ellos sin ningún sentido. Aunque yo para mí tengo que no eran obras éstas de sola naturaleza, sino que obraba juntamente el demonio, el cual les revolvía y meneaba la sangre con tanto gusto, que hacía salir de sí, ó que pareciese que salían aquellas desventuradas almas, soberbias y sensuales y que sólo se buscaban á sí mismas; por lo cual te digo que no son más santos ni mejores los que más sentimientos tienen, según la sensualidad, en la devoción y amor, sino aquellos que saben levantar su afecto ó fuerza amativa sobre todas las cosas, sobre todo sentido y sensualidad en el desnudo y esencial amor de Dios, y estos son los que con el Apóstol (Philip., 4.) saben abundar y padecer mengua. Cuando el Espíritu Santo regala su cuerpo y su alma con amorosos sentimientos y gustos suavísimos, y se derrama y dilata sobre ellos como bálsamo y licor derretido, con grande plenitud, recíbenlo con hacimiento de gracias y disponen dello tan prudentemente, para gloria de Dios y aprovechamiento suyo, deseando referirlo todo al amor del liberalísimo Criador, como si con ansiosos é inflamadísimos deseos lo hubieran pedido á su Majestad; mas si este regalo les falta, así se quedan quietos y re-

Gran perfección estar á nivel en la abundancia y mengua de los consuelos espirituales.

[1] Edición citada, *por su misericordia.*

signados como quien conoce bien que todo don bueno y perfecto es de arriba, del Padre de las lumbres, dado ó quitado por solo su beneplácito y en aprovechamiento de sus criaturas. Eso es lo que dice Job (Iob., 1): Dios me lo dió y Dios me lo quitó; sea su nombre bendito.

§ X

No reposes, hijo mío, en los dones de Dios, porque el sentimiento y el dolor se engendran en el alma de quitársele aquéllo en que puso su consuelo y felicidad. Y el saber de abundancia y de mengua, como San Pablo dice que sabía, consiste en una indiferencia que ha de tener el alma para recibir de Dios así lo adverso como lo próspero, y en una igualdad de corazón, así en la pobreza como en la riqueza espiritual. La última razón del desamparo es para que por este medio su alma sea probada y se haga della experiencia de si está tan aprovechada en los ejercicios espirituales que pueda, sin la devoción sensible, permanecer entera en el servicio y amor desnudo de su Dios. Digo, para que me entiendas, que el intento de Dios es que te llegues á Él principalmente por Él y no por sus dones, porque lo primero es amor puro y lo segundo amor interesado y de bajo metal. Amando á Dios por Dios, verdaderamente se ama á Dios, y amándole por el don, es amar primera y principalmente al don, y segundariamente á Dios, y no más de en cuanto le sirve para alcanzar lo que desea y pretende, que es el contentamiento y gusto sensible. Y porque la verdadera fidelidad en ninguna parte ni con ninguna cosa se prueba mejor que con la adversidad, quita Dios ó suspende en el alma que le ama toda la ayuda de costa que le ha dado de la gracia sensible, devoción y amor, y permite que se quede ella á sí misma desnuda y desamparada, sola y en todas las cosas miserable. De manera que primero la desteta Dios del amor de toda criatura y la adjudica toda para Sí, tan plenariamente, que todo lo que no es Él es cruz intolerable para ella, y la memoria suya de Él es melodía para su corazón y su regalo único, y luego tras esto la arroja de sí desnuda de todo consuelo y regalo espiritual. Asiéntase ella en este tiempo hambrienta entre dos mesas, conviene á saber, entre las consolaciones espirituales y sensuales; éstas menosprecia ella, y aquéllas le niega su Esposo, lo cual ordena así el clementísimo Señor para que el ánima deprenda á estar desamparada de toda ayuda y consuelo con igual y voluntario corazón, y dar gracias y bendecir á su Dios y guardarle fidelidad en todas las cosas, no atendiendo á su contento particular en ninguna, sino sólo al divino beneplácito. Y si persevera contenta en este desamparo, porque así lo quiere nuestro Señor, esle sin duda grandemente meritorio y sobremanera provechoso para el aumento de la vida espiritual, especialmente si destierra de sí la pereza y tristeza y, finalmente, hace lo que puede. Y con esto no hay para qué gastar más tiempo en materia de tribulación, pues lo dicho basta para tener noticia de lo que más importa para vivir desengañado y para que salgas con mucha ganancia de cualquier conflicto en que Dios te quisiere probar, y para que puedas ver el Reino de Dios. Que como, creciendo las aguas del diluvio, el arca subió en lo más alto del mundo, tanto que frisaba con las nubes (Gen., 7), así le sucede al alma que, multiplicándose las tribulaciones y trabajos espirituales y corporales, es sublimada y levantada sobre sí y sobre todas las cosas criadas, y se le muestra y aun se le entrega el Reino de Dios, que es la quietud y paz espiritual de que comienza á gozar dentro de sí en esta vida, acabadas las aguas del diluvio y muertos todos los enemigos de Dios que ensuciaban la tierra de su corazón.

Causa última del desamparo.

Amar á Dios por sí mismo, es amarle.

Cuanto más crecen las tribulaciones, más nos levantan á Dios.

Discípulo.—¿Parece que te vas despidiendo?

Maestro.—No querría por hoy tratar de otra cosa; porque me hallo cansado y aun sin tiempo para lo que queda, que es de la pasión de Cristo nuestro Redentor, cosa que pide mucho espacio y más espíritu y sentimiento que el que puede tener quien ha hablado tanto como yo; que, aunque sean cosas santas y provechosas las que se hablan, si hay exceso cansan y secan la devoción en el que dice y en los que oyen, lo cual tengo muy bien visto y experimentado en los sermones, que, aunque muy elegantes y con espíritu dichos, en siendo más que de hora nos dan en rostro los oyentes con que

El hablar, aunque sea de Dios, requiere moderación.

fuimos largos; y siendo por ventura, y aun de ordinario, mejores los fines que los principios y medios, y el vino milagroso que se sirvió á las bodas por remate dellas, viene á dañar lo demás y hacer que parezca vinagre. De manera que lo menos bueno es bonísimo siendo poco, y lo bonísimo, añadido á esto, lo destruye todo.

D.—Paréceme á mí que no está el daño en lo muy bueno que se dice después de la hora, sino en lo malísimo que se halla en los oyentes, cuyos estómagos tienen tan poco calor, que un bocado más de lo ordinario los opila y estraga, y estragan con esto lo que llamó Cristo pan de cada día sobresustancial.

M.—La razón te sobra, y á mí [la] de callar por hoy, y mañana trataremos de la cuarta puerta del cielo, estrechísima por cierto, pero certísima y por donde han entrado todos los que han entrado en él, que es la muerte del Redentor de los hombres, Cristo; por ella entra el alma y sale, y halla pastos suavísimos y de gran sustento para sí. Entra á la divinidad y halla lo que puede gustar, mas no declarar; porque todo ingenio es corto y toda lengua balbuciente y tartamuda para decir lo que se suele sentir donde no se habla, y si se habla, la lengua es el corazón y las palabras los deseos. A Dios.

D.—Él vaya contigo y te consuele. Amén.

DIALOGO QUINTO

Y puerta cuarta de la pasión del hijo de Dios Redentor y Señor único de los hombres.

§ I

Maestro.—Seas bien hallado, Deseoso.

Discípulo.—Y tú bien venido, maestro, tan deseado de mi alma como lo es de los labradores el agua temporal, cuando se tarda.

M.—¿De dónde te ha nacido ahora ese deseo tan crecido?

D.—Del que Dios ha puesto en mí de oirte hablar de su pasión y muerte sacratísima, la cual pienso traer como ramillete ó manojuelo de mirra en mis pechos de noche y de día, como se escribe que la traía la Esposa (Cant., 1).

M.—Buen pensamiento es ese y digno de Dios; y si tú cumples lo que te pide, sin duda ninguna has tomado el atajo y senda segura para toda perfección; porque Cristo crucificado es el libro de la vida, que contiene en sí todas las cosas necesarias á nuestra salud y que eficazmente aprovecha para el menosprecio del mundo y de nosotros mismos y para crecer en el amor divino. Y así dicen los Santos que cualquiera que quisiere y deseare abundancia de merecimientos y ocupar el alcázar y subir á la cumbre de todas las virtudes, alcanzar sabiduría verdadera y no perder pie ni hacer desdén entre las cosas prósperas y adversas, sino con igualdad de corazón pasar por todas, ha de procurar traer en su pecho y en su ánima este manojuelo de mirra, no sólo por compasión, sino también por imitación. San Agustín dijo que la sagrada pasión contiene en sí la perfección toda que le es posible alcanzar al hombre en esta vida; y todas las obras perfectas que de palabra enseñó Cristo en su Evangelio las cumplió perfectísimamente con ejemplos vivos en su muerte. Pues si tu ánima desea quietud y seguridad, si fecundidad y sucesión maravillosa, tome alas como de paloma, y volando á las llagas de Jesús, haga y labre en ellas su nido; porque en ninguna parte hallará quietud más grata, ni seguridad más segura, ni fecundidad más abundante que en ellas. Allí hallará qué pueda administrar á sus hijuelos, que son las obras de luz, como dice San Bernardo. Él mismo, hablando con Cristo, dice: Sobre todas las cosas, ¡oh buen Jesús! te hace amable á mi ánima el cáliz de tu pasión que bebiste, y la obra admirable de nuestra redención que enmedio de la tierra obraste. Esto es lo que fácilmente roba y granjea para sí nuestro amor; esto es lo que con mayor blandura y regalo atrae y despierta nuestra devoción, y con mayor justicia la pide, más estrechamente aprieta y con más vehemencia aficiona. Mucho trabajaste, Señor mío, en esta obra, y en ella más que en la fábrica del universo te fatigaste; allí dijiste, y todas las cosas fueron hechas; mandaste, y fueron criadas; pero en esta obra sufriste en las palabras contraditores, en las obras censores, en los tormentos burladores y en la muerte escarnecedores. Y aunque de nada nos hiciste, no de nada nos redimiste; porque treinta y tres años consumiste en obrar nuestra salud, trabajaste sufriendo y sufriste padeciendo; luego más me

La memoria de la pasion es atajo para la perfección y para muchos bienes.

diste redimiendo que criándome: criándome me diste á mí; mas redimiéndome te me diste á ti. Y si me debo todo á Dios porque me hizo, ¿qué puedo añadir de paga porque me restituyó á mí y con esta manera de restitución, pues no tan fácilmente fuí reformado, como formado? Para formarme, dijiste; para reformarme, dijiste é hiciste; dijiste muchas cosas, obraste grandes maravillas, sufriste no sólo cosas duras, sino indignas y peregrinas á tu Majestad y grandeza. Pues ¿qué gracias te daré? ¿qué servicios te haré para salir de tan gran deuda, yo, polvo y ceniza? ¿Qué debiste hacer por mí que no lo hicieses? (Psal. 68). Desde los pies hasta la cabeza te zabulliste todo en las aguas de las pasiones para sacarme á mí todo dellas, y entraron hasta tu ánima, la cual en la muerte perdiste, y á mí la mía, perdida, con esta pérdida tuya restituiste; y desta manera con tres doblada deuda me obligaste; porque por la vida que en la creación me diste, y habiéndola yo perdido en la redención me la restituiste á mí mismo, no una sino dos veces me debo á ti. Pero, Jesús bueno, el perder tu vida por restituirme la mía, ¿qué satisfación pide? Al fin daré lo que tengo y lo que soy; daré toda mi alma y todo mi amor, porque Tú solo debes ser amado de todo corazón, de toda el ánima, virtud y fuerzas; pero ¿cómo se hará esto en mí sino por Ti? Alléguese mi ánima á Ti, pues toda la virtud della pende de Ti; y á las gloriosas insignias de tu pasión, con las cuales obraste mi salud, me inclino todo, y en tu nombre invoco, con la humildad que puedo, el estandarte real de tu vencedora cruz, y adoro pecho por tierra tu corona de espinas, tus clavos teñidos en sangre, la lanza metida en el sagrado pecho, tus rosadas y hermosas llagas, tu muerte y sepultura, y tu victoriosa resurrección y glorificación; porque todas estas cosas me dan olor de vida, y matan en mí los pecados y la muerte. Hasta aquí son palabras de San Bernardo.

§ II

San Gregorio, sobre aquel lugar del Apóstol (Colos., 3): Mortificad vuestros miembros que son sobre la tierra, dice: Cierto es que donde la Cruz y muerte de Cristo anda y se trae de contino, que no puede reinar el pecado; porque es de tanta suavidad, que si se pone delante los ojos y se fija fielmente en el corazón, de manera que atentamente el alma se ocupe en contemplarla, no tendrá verdaderamente lugar en ella la carnal concupiscencia, ni el furor de la ira, ni la envidia del pecado; porque en aquella alma que se ocupa en la meditación continua de la pasión de Cristo muere la codicia de la carne, es ahuyentado y desterrado todo pecado, al cual es visto morir el hombre desta manera y vivir á solo Dios. Alberto Magno dice: La simple recordación ó meditación de la pasión de Cristo es de mayor provecho y fruto que si alguno ayunase por espacio de un año á pan y agua todos los viernes, ó esos mismos días hiciese la disciplina hasta derramar sangre ó rezase entero el psalterio cada día. Exortando San Buenaventura á la continua meditación de Cristo crucificado, dice: Hombre, si quieres aprovechar y crecer de virtud en virtud, de gracia en gracia y de bien en mejor, con toda la devoción que pudieres medita todos los días la sagrada pasión; porque ninguna cosa así obra en el alma santificación universal como la continua memoria della. Yo digo, y dícelo Dios, que Cristo es la puerta y el camino seguro y cierto por donde se camina al Padre; y quien á Él sigue no anda en tinieblas, antes trae consigo lumbre de vida, y así, conviene que con sumo estudio y diligencia mires y contemples y estampes en tu alma su vida santísima, su doctrina suavísima, su pasión amarguísima y su muerte afrentosísima, para que imitando y siguiendo sus pisadas te levantes á la divinidad suya y goces del Reino de Dios que deseas.

Discípulo.—¿Qué tengo de hacer para ser conforme á Cristo?

Cómo se conforma el hombre con Dios.

Maestro.—Ofrecerte todo á Dios para sufrir de buena gana y con voluntad muy entera, por honra y gloria de su pasión, en verdadera mortificación, todas las cosas adversas, todas las tribulaciones y todos los trabajos que, permitiéndolo Él, te pudieren venir; y sea tu ordinaria petición ésta, no con flojedad y tibieza hecha, sino con fervor grande y inflamados deseos: Tened por bien, Señor, por quien vos sois y por la caridad infinita con que os entregastes á la muerte por mí, y por la necesidad que yo tengo, estampar en mi alma y en mi cuerpo la imagen de vuestra sacratísima pasión, ora me sea de

contento, ora no, para gloría vuestra y provecho mío.

D.—Desde luego me ofrezco á decir muchas veces esas palabras, que bien se me representa que son de grande importancia.

M.—La meditación continua de la pasión y muerte de Cristo es un brevísimo atajo y compendioso camino para la verdadera sabiduría, para la salud del alma y para todos los bienes; porque en la prosperidad humilla, en la adversidad levanta y en todos los acontecimientos de la burladora fortuna tiene á nivel y á plomo el corazón para que ni se aparte del bien ni decline al mal. ¿Qué necesidad hay de gastar en esto tiempo ni palabras? Ninguno hasta hoy acabó de entender los bienes que encierra en sí la consideración atenta y devota de la pasión de Cristo. Aunque todos los libros del mundo y todos los preceptores y maestros dél juntamente se acabasen y pereciesen, en sola la pasión del Redentor hallaríamos erudición y doctrina muy bastante. Bienaventurado el que puso por blanco suyo la vida y pasión de Cristo para no apartar della los ojos del alma ni un solo punto. Cuando los demás ejercicios te fueren pesados y molestos, huye á la pasión de Cristo y refresca con ella tu memoria; y trabaja lo posible por habituarte á ofrecer todas tus obras á Dios, en unión de las de su Hijo, de su pasión y vida inocentísima, y no habrá cosa que te parezca dura, ni pesada, aunque lo sea, y de que no saques crecidos aprovechamientos para tu alma; porque Él te ayudará á llevar tu cruz y repartirá contigo de los merecimientos de su pasión, la cual obra en nosotros más ó menos, conforme á la poca ó mucha disposición que halla en los que tratan della y la meditan.

La pasión, atajo para la verdadera sabiduría.

§ III

Discípulo.—¿Cómo ofreces tú, padre mío, lo que haces en servicio de nuestro Señor?

Maestro.—Para cuando acabo las horas canónicas ó otros ejercícios virtuosos, uso deste ofrecimiento: Dulcísimo Señor mío Jesucristo, yo, indigno y miserabilísimo siervo vuestro, encomiendo á vuestro divino y melífluo corazón estos ejercicios, para que sean enmendados y perficionados; ofrescóoslos en alabanza eterna, en unión de aquel amor y caridad con que vos, Señor Dios Nuestro, tuvistes por bien de haceros hombre y morir por nosotros, y en honra de vuestras perfectísimas obras y ejercicios, para que en la presencia de vuestra divina Majestad, por mi salud y de todo el mundo, con olor de suavidad suban. Amén.

Cómo habemos de ofrecer a Dios nuestras obras para que las acepte.

D.—Confieso que me has hecho hoy más bien con esto poco que me has dicho que en todos los días que habemos platicado; porque aunque soy muy aficionado á la sagrada pasión de nuestro Redentor, no sabía aprovecharme della como era razón.

M.—Oso decirte (y no quisiera hablar más desta materia) que si tus pecados fuesen sin número, y ninguno por pequeño que fuese hubiese de quedar sin castigo, como realmente no ha de quedar, y hubieses de estar muchos años en purgatorio por ellos, digo, pagando las penas debidas á las culpas ya perdonadas, de tal manera podrías haberte acerca de la pasión, que en brevísimo tiempo, y quizá de una hora, satisficieses por todos y excusases penas tan grandes cuanto ninguno puede encarecer ni imaginar. Tal podría ser tu conversión, tal la confianza en los méritos de Cristo crucificado, que sin levantarte de la oración se te dijese en un punto, lo que á la Magdalena: Perdonados te son tus pecados. Anda en paz.

Y para la hora de la muerte, recebidos los Sacramentos como conviene, hallo por muy cierto que ninguna cosa da mayor ánimo y confianza para pasar por el estrecho della, que es la memoria de Cristo crucificado, cuya figura y retrato jamás se le había de quitar de los ojos al enfermo. Porque esta es aquella señal de Jonás, prometida y ofrecida á los judíos, que destierra toda desconfianza del ánima afligida con la representación de sus culpas. Lo cual echo de ver en que Nicodemus era discípulo secreto de Cristo vivo y no osaba confesarle por temor de sus enemigos, y en muriendo y viéndole en la cruz, tomó osadía y atrevidamente entró á Pilatos y le pidió su santísimo cuerpo, hecho llagas y bañado en sangre (Math., 27). Yo no pienso tomar otras armas que éstas para la partida; ni morir menos que abrazado con mi Cristo, y metido en sus llagas rosadas y llenas de misericordia, esperar por ellas la

Ninguna cosa da mayor confianza, especialmente en la hora de la muerte, que la memoria de Cristo crucificado.

que mis injusticias me niegan. Allí se asegura la paloma gemidora y se libra del infernal halcón que en aquel tiempo la sigue más que en otro, sabiendo que le queda poco para combatirla (Apoc., 12). Allí seré hallado, no con mi justicia por cierto, que no merece tal nombre, sino con la suya, que me enseña y predica la fe, que es causa de mi justicia, si alguna tengo; y si no en breve alcanzaré por Cristo la que por mis pecados tengo perdida, pues por hacerme á mí justicia en Él, su Padre le hizo pecado; esto es, sacrificio y hostia por los míos y del mundo. Y aun, para hablar con mayor encarecimiento, hizo que pareciese pecado y que como el propio pecado fuese tratado, para borrar en mi alma todo pecado.

§ IV

Discípulo.—Mucho debe de importar la desconfianza de los propios merecimientos.

Confianza en los méritos de Cristo y desconfianza de los nuestros, importa mucho.

Maestro.—Mucho si hay confianza en los de Cristo; que ya yo leí de uno que con la consideración de que había trabajado desde la mañana en la viña del Señor se desvaneció, y diciendo á la hora de la muerte que partía muy contento, porque tenía muy bien ganado por sus pulgares y sudores [1] el cielo, se condenó. Y de un ladrón sé que, fiado en los méritos de Cristo, sin alegar ninguno suyo, rociado con la sangre que de sus llagas salía, mereció oir de su divina boca (Luc., 22): Hoy serás conmigo en el paraíso. Testigo es mi Señor Dios, que ningún otro sentimiento tengo de mí que el que pudo tener el ladrón que se salvó, el cual no tuvo obra ninguna buena á que volver los ojos, sino á sola la misericordia de Aquél que tan miserablemente vía padecer en un palo, por librar de la miseria eterna á los míseros pecadores.

D.—Y tantas buenas obras como has hecho en tanto aprovechamiento de las almas, ¿no te dan confianza?

M.—Ninguna, porque tengo por saber si le han sido gratas á Dios ó no; y tengo por cierto que le he ofendido muchas veces, y ninguna certeza de que estoy perdonado, y sospechoso de que no he hecho lo que conviene para que me perdone, y desengañado por la Escritura y razón que las obras del enemigo no las aprueba el Altísimo. Así tengo de costumbre presentarme á Dios como un ladrón, y sin alegar obra de justicia mía, pedir misericordia; y si alguna vez me representa el Angel para consolarme algunos conocidos servicios que por mí, indigno ministro suyo, se le han hecho á Dios, tómolo en las manos como dos palominos ó tórtolas y abrázome con su Hijo muerto por mí (Luc., 2), y ofrézcosele todo junto, que á solas y de por sí no oso ofrecer cosa que haga, aunque parezca muy grande, y con todas las circunstancias que puede llevar de buena. Y basta lo dicho en el particular mío, y quedésete por doctrina como las demás.

D.—Yo la recibo como venida del cielo, y pídote por amor del Señor me digas el orden que he de tener en pensar su pasión y muerte con aprovechamiento.

Cómo se ha de meditar la pasión con aprovechamiento.

M.—La pasión, hijo, no se ha de pasar por la memoria de corrida y con poca atención, sino con todo afecto y con una llorosa y amorosa compasión; y si no pudieres derramar lágrimas con dolor, revuélvela [1] á lo menos con amor y hacimiento de gracias por los inmensos beneficios que por ella hizo Dios al mundo. Y si aun esto no pudieres, porque en medio de tantos misterios y beneficios, que son como brasas encendidas, perseveras frío y sin devoción, ofrécete humilmente desta manera á Dios, que también le agradarás como muy devoto. Y mira que muchas veces te hallarás como insensible en cosas que sueles tener grandes sentimientos, y nuestro Señor acostumbra visitarte con abundancia de lágrimas, lo cual no te debe espantar ni retraer de tus santos ejercicios; porque entonces quiere Dios que le sirvas, si así se puede decir, á tu costa. Y porque es razón que guardes orden en esto, como en lo demás que queda dicho, para que la sagrada pasión te sea de provecho y, aunque te falte la devoción, ni te canse ni cause enfado, y aun para que alcances por este camino mucha sabiduría y luz en tu alma, oye, no á mí, sino á San Buenaventura, que en un tratado que compuso, cuyo título es *Parvum bonum* [2], hace un

[1] La edición 1885, *por sus propias fuerzas.*

[1] Edición citada, *reflexiona á lo menos.*

[2] Ni en el *Ratio novæ collectionis operum... S. Bonaventuræ* (Taurini, 1874), donde se examinan

discurso admirable, aunque verdaderamente muy dificultoso; pero con algún trabajo mío lo he hecho fácil.

D.—Yo le tengo leído algunas veces, mas no le he podido comprender.

M.— Pues agora lo comprenderás si con humildad prestares atención. Ya habrás oído decir de aquel libro que vió San Juan en su Apocalipsi (Apoc., 5), escrito de dentro y de fuera, y cerrado con siete sellos, el cual ninguno se atrevió á abrir, ni se halló digno de mirarlo de cuantos había en el cielo, en la tierra ni debajo de la tierra, ni ángel, ni hombre, ni ánima del limbo.

Por la pasión de Cristo se abrió el libro y los siete sellos.

D.—Ya leí esa visión y pasé de largo por no entender palabra della. Verdad es que reparé en las lágrimas de San Juan, que dice que lloraba mucho de ver que aquel libro se estaba cerrado y que ninguno se hallaba que le abriese.

M.— Como quien en espíritu conocía de cuánta importancia era para los hombres saber lo que aquella escritura contenía. Al fin un venerable viejo le consoló diciéndole: No llores, que el León de Judá venció para abrir el libro y desatar aquellos siete sellos. Y vi luego, dice el Profeta santo, un cordero como muerto, con siete cuernos y siete ojos, el cual tomó el libro de la mano derecha del que estaba asentado en el trono, y abrióle y descubrió sus secretos; lo cual fué de tanto consuelo para todo el cielo, que tomaron los ángeles sus harpas y vihuelas, y tañendo y cantando suavísimamente decían: Digno es el Cordero que fué muerto de abrir el libro y desatar sus sellos, etc.

D.—¿Sabes, padre mío, qué he considerado oyéndote referir esa visión? Que el abrir el libro se atribuye á la muerte del Cordero; porque dice que le vió como muerto cuando le tomó de la mano del que estaba sentado en el trono; y la canción se refiere también á la muerte: Digno es el Cordero que fué muerto, y bien merecido tiene abrir el libro.

53 de sus obras, ni en los índices de las obras ciertas ó dudosas ó falsas del *Opera Omnia Divi. Bonaventuræ* (Quaracchi, 1882-1902) he hallado este libro, y solamente en el t. IX, pág. 264, *Sermo II in Parasceve* hay rastros de este opúsculo cuando dice: *Iste liber signatus est sigillis septem et apertus per intervencionem Agni.* Lo que sigue no concuerda con lo que más adelante explica el P. Angeles.

M. — Maravillosamente has observado el frasis de San Juan; por lo cual te digo que no será posible entender los secretos del libro si no entendieres primero otros secretos que hay en la muerte del Cordero.

§ V

Discípulo.—De buena gana los oiré.

Maestro.— Pues advierte que en la pasión y muerte de Cristo hay siete circunstancias que entendidas y pesadas como es razón declaran admirablemente lo que Dios hizo muriendo, y la obligación en que quedamos á su Majestad por haber muerto. La primera, la persona que padece. La segunda, sus cualidades. La tercera, su grandeza. La cuarta, la causa que le mueve y lleva á la muerte. La quinta, de la manera y forma en que muere. La sexta, cuántos males padece. La séptima, el fruto que se siguió de morir, que fué la abertura del libro de siete sellos. Digo que has de considerar quién es el que padece, conviene á saber: Hijo de Dios, Verbo del Padre, Salvador de los hombres y premiador de los buenos y malos, según los méritos ó deméritos de cada uno. Las calidades son muchas: inocentísimo, mansísimo, hermosísimo, nobilísimo y amorosísimo; es grande y es inmenso en la potestad, en la hermosura, en la felicidad y en la eternidad. En Él verás la inmensidad humillada, la hermosura afeada, la felicidad atormentada y la eternidad muerta. Pues mira cómo padece como un cordero, respecto del Padre, con puntual obediencia; respecto del prójimo, con grande liberalidad; respecto de sí mismo, con mucha crueldad, y respecto del enemigo, con admirable prudencia. Vuelve luego los ojos á los males que padece y cuéntalos si sabes de cuenta, y añade números á números y ceros á ceros, que no hay aritmética que no sea manca y corta para contarlos. Padece cárceles y cadenas, como flaco, siendo todo poderoso; padece escarnios y afrentas, como necio, siendo sabiduría del Padre; padece y sufre bofetadas y salivas, como blasfemo y vil, siendo la misma bondad; sufre azotes y muerte de cruz, como malhechor, siendo justísimo Dios. Llamóle Isaías (Isai., 53) Varón de dolores y

Circunstancias que se han de considerar en la pasión del Señor.

Cuántos y cuán extraños fueron los tormentos que padeció Cristo.

que sabía de enfermedad, porque verdaderamente no tuvo dolor que no se registrase en Él. Fué su pasión, como dice Santo Tomás, general. Lo primero, por la universidad de las personas que concurrieron en ella: gentiles, judios, eclesiásticos, seculares, pobres y ricos, grandes y pequeños. Lo segundo, porque padeció en todos los bienes: en los amigos, en la honra, en la hacienda (que al fin dividieron su ropa entre sí los sayones) y en la vida tan amada de todos. Lo tercero, porque padeció en todos sus miembros y sentidos sin que quedase uno por atormentar: la cabeza aporreada con cañas y penetrada con espinas, la boca ahielada ([1]), las barbas mesadas, el cuello mal herido de la soga, las manos de las esposas ó cadenas, el cuerpo sembrado de azotes, los pies lastimados de los caminos, los hombros quebrantados de la cruz pesada, etc. Parece que desafió Cristo á todos los trabajos que se pudieron imaginar para que se probasen en Él, de manera que quedasen sin fuerzas cuando á nosotros viniesen. Pero ¡tal despertador tenía! era la causa que le despertaba y movía la caridad, y la final, redemirnos, alumbrarnos, santificarnos y darnos gloria. Tales y tan horribles fueron sus tormentos, que si una fiera los hubiera padecido en tu presencia, no fuera posible dejar de compadecerte della y tener algún sentimiento, aunque fueras fiera como ella. Y lo que es de mayor consideración, que en tantos dolores ningún género de alivio ó refrigerio tuvo: ni sobre que reclinar su cabeza lastimada, ni sobre que descansar aquel sacratísimo cuerpo, que de solos tres clavos estaba colgado y apesgado ([2]) hacia la tierra, secándose todo como teja con los dolores, todo rodeado de los lazos de la muerte; en lo de fuera abatido y despreciado, y en lo de dentro desconsolado. Por ventura, ¿no te parecen estas cosas de gran crueldad?

D.—Sí por cierto.

§ VI

Maestro.—De manera era privado de toda suavidad y consolación interior, que hasta el

Desamparo de Cristo en sus pasiones.

punto último de su amarga muerte sintió sobre sí la ira del Padre, como sobre aquel que representaba en su persona todo el género humano cargado de tantas y tan grandes culpas, por las cuales como fiador y Redentor pagaba; lo cual (digo, la angustia y desamparo) se echó maravillosamente de ver más en el huerto que en todo el discurso de su pasión; porque parece que no hallan los evangelistas voces con que declarar esta su congoja y pena tan crecida (Math., 26; Luc., 22; Marc., 14). Comenzó (dicen) á tener miedo y pesar ó tedio, á entristecerse y congojarse; tan apretado se vió, que se valió de lo que suele aliviar los trabajos, que es dar parte dellos á los amigos. Triste está mi ánima hasta la muerte, dice á San Pedro, á San Juan y á su hermano Santiago.

Discípulo.—¿Qué quiso significar diciendo hasta la muerte?

M.—Que sola la muerte daría cabo de su tristeza, ó que sola la angustia del morir era mayor que la que en aquel punto padecía; y por ventura muriera si de parte de la divinidad no fuera socorrido y guardado para otros mayores dolores y agonías.

D.—¿De dónde nació en el ánima de Cristo esta tan excesiva tristeza?

M.—De la durísima lucha y más que civil batalla que había entre la carne y el espíritu, sobre beber ó no beber el cáliz que ya se estaba aparejando.

D.—¿Luego no de voluntad padeció y murió Cristo?

M.—¿Y qué nos mereciera si forzado y no de voluntad muriera? Oye, pues, lo que te dará luz no pequeña para contemplar estos misterios, y para que sin engaño puedas pensar y hablar en ellos. En Cristo hubo muchas

Voluntades en Cristo, y cómo rehusaba la carrera de su pasión.

voluntades. Si se cuentan según las naturalezas, son dos: una divina, y otra humana. Si según las potencias, son tres, conviene á saber: voluntad divina, voluntad del ánima racional y voluntad apetitiva, sensitiva; aunque impropiamente se llama voluntad esta última, porque propiamente voluntad no se halla sino en la parte racional; pero extendido ([1]) el vocablo, por cuan-

([1]) La edición de 1885, *anhelosa*.

([2]) La edición cit., *apegado á la tierra*. Por supresión de la *s* del participio se dice aquí un error teológico é histórico que debe corregirse.

([1]) La edición citada, *entendido*. Está mejor la versión antigua.

to se mueve después que aprehende alguna cosa, se llama voluntad. Si echamos cuenta según los modos de querer, son cuatro voluntades, las cuales distinguió Hugo en un tratado *De voluntatibus Cristi*, desta manera: Hubo, dice (Hugo., tract. *de volunt. Christi*), en Cristo voluntad de la divinidad, de la razón, de piedad y de carne. La voluntad divina hacía justicia, la voluntad racional la aprobaba, la voluntad de piedad ó compasión condolíase del mal ajeno, la voluntad de carne ó natural sentía y rehusaba el daño propio.

D.—Conforma agora esas voluntades.

M.—En el modo ó razón de querer, todas estas voluntades estuvieron conformes, aunque de la parte de la cosa querida no había identidad, porque cada una dellas quería lo que era suyo propio. La voluntad divina pedía justicia, como ya dije. La voluntad de la razón se conformaba con ella y aprobaba lo que pedía y quería. La voluntad de piedad, sin odio, se condolía de la humana miseria. La voluntad de carne no acusaba la justicia, pero rehusaba la pena. De manera que cada una destas voluntades seguía lo que le pertenecía, pero en nada discordaban todas de la divina. Pruébolo. Lo primero, porque la voluntad deliberativa de la razón nunca discordaba de la divina, ni en lo que ella quería, ni en el modo de quererlo; porque quería todo lo que sabía querer esa divina voluntad, y queríalo fundada en la caridad, y queríalo como Dios quería que lo quisiese. Y desta aceptación voluntaria con que Cristo aceptó el morir con voluntad deliberativa de la razón, mereció para sí y para nosotros todos; el cual mérito estuvo formalmente en el acto de la voluntad, y materialmente en la pasión, en cuanto le fué á la mesma voluntad materia de merecer

§ VII

Cuan de voluntad y con cuánto gusto fue llevado Cristo á la muerte.

Dijo Alejandro de Alés muy bien (Alex. *in* 3 *sent.*) que no fuera virtuoso el dolor de Cristo, ni meritorio, ni grato á Dios, si le sufriera de mala gana y contra su voluntad. Y así es verdad, que fué Cristo llevado á sus pasiones y dolores con todo el esfuerzo de su ánima, como á cosa á Él muy agradable y sobre toda estimación querida; lo cual prueban muchos lugares de la divina Escritura, que por muy sabidos dejo.

Digo lo segundo, que la voluntad natural en Cristo no discrepó de la voluntad divina en cosa alguna; porque la razón formal, porque la voluntad natural en Cristo, rehusaba la muerte, y aquella por la cual la voluntad deliberativa la deseaba y apetecía no eran diferentes, porque la voluntad natural rehusaba la muerte en cuanto era algún mal para la naturaleza en cuanto naturaleza; pero la voluntad deliberativa la apetecía y quería en cuanto la aprehendía como cosa útil para la redención del género humano, según la ordenación divina. Demás desto, si cuando alguno quiere lo que otro quiere que quiera no es visto discordar de su querer, queriendo la voluntad natural en Cristo lo que la voluntad quería que quisiese, la cual quería que se moviese según su natural movimiento, llano queda que eran conformes. Item, porque la conformidad de una voluntad con otra no se considera solamente según la semejanza, sino también según la sujeción; ni Dios pedía á la voluntad natural en Cristo que fuese semejante con la deliberativa y racional, sino que se le sujetase y que quisiese lo que ella ordenase que quisiese; bastó para ser conformes lo que agonizando en el huerto dijo (Math., 26; Luc., 22): No lo que yo quiero, sino lo que tú mandas se haga. Tampoco el apetito sensitivo discordaba de la voluntad deliberativa, aunque no deseaba aquello que ella quería, antes rehusaba la pena y muerte corporal que se le apresuraba; pero el rehusar esto era por el imperio de la voluntad deliberativa, que ordenaba que siguiese su movimiento natural para que desta lucha resultasen en Cristo mayores dolores, congojas y desconsuelos. Aunque has de advertir, que por el dicho movimiento en que se encontraban la voluntad natural racional y el apetito sensitivo, en ninguna cosa era impedido ni retardado el de la voluntad deliberativa. De aqui es, según San Buenaventura (S. Buenav., 3 *sent.*), que el dolor y la tristeza en Cristo, no sólo se extendieron á la parte inferior de la razón, sino también á la porción superior, de manera que toda su ánima benditísima padecía juntamente con el cuerpo, para que así toda el ánima pecadora quedase curada y remediada. Aunque se ha de confesar, según todos, que la porción superior de la razón gozaba de la esencia divina y tenía allí

Toda el ánima de Cristo padeció juntamente con el cuerpo.

su bienaventuranza. Y aunque parecía dificultoso, y lo es de entender, que en el ánima de Cristo, según una misma potencia y estado, hubiese dolor inmenso é inmenso gozo, y que el dolor que sobrevenía no interrumpiese el tal gozo, ni el gozo estorbase los crecimientos del dolor, es sin duda que fué así, y se ha de tener y creer como verdadero y recebido de los santos Doctores de la Iglesia.

D.—Paréceme que, aunque dificultoso, lo entiendo, y quiera el Señor que lo sepa sentir como es razón, que á lo menos por falta de bien enseñado no dejaré de aprovechar en este santo ejercicio.

M.—Pues no te he dicho aún la razón que, á mi ver, hacía que la congoja en Cristo fuese tan crecida.

D.—¿Luego otra hay más poderosa que las ya dichas?

Qué fué lo que aumentó á Cristo su congoja?

M.—Fué, sin duda, que orando al Padre no halló en Él acogida; y habiendo sido antes deste tiempo su oración tan bien recibida y despachada, agora en tanta necesidad orando prolijamente no le oía. Sintió á su Padre airado contra sí por los pecados del mundo, los cuales había tomado sobre sus hombros y á su cuenta, y que sus pensamientos para con Él eran duros y de aflicción, como contra hombre enemigo de su honra; ¡oh cuán dura es ([1]) para el Hijo esta ira del Padre! Espantado, pues, y atemorizado con el ímpetu de la indignación divina, cayó en tierra sobre su rostro y comenzó á agonizar, y con ansias de muerte sudaba gotas de sangre en tanta abundancia, que regaba con ellas la tierra. En esta miserable figura está el Hijo delante de su Padre, prostrado y ensangrentado y sufriendo sin morir la dura muerte. Muy bien dijo el Apóstol (Heb., 10): Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo.

D.—¿Es posible que de sola la imaginación de la muerte sude Cristo sangre?

M.—Algún día te diré la razón legítima de ese sudor; por ahora te digo dos: La primera, que esperaba pelear con la muerte viva. La segunda, porque este nuestro Mártir está desamparado y dejado á sí mismo. Los demás lucharon con la muerte muerta y ayudados y favorecidos de Dios con tantos regalos y ayudas de costa que apenas sentían los tormentos. Tratando la Glosa de aquel cabrón que enviaban al campo por ley de Dios, dice (Levit., 16) que en el tiempo de la pasión de Cristo es visto haberse ido la divinidad al cielo, no mudando lugar ni desamparando aquella humanidad sacratísima que tenía á sí unida personalmente, sino retrayendo su virtud y escondiéndola, para que los pérfidos judíos y sayones pudiesen salir con sus intentos y dar cabo del inocente Cordero; el cual desamparo comenzó en el huerto y duró hasta que expiró en la Cruz.

([1]) La edición citada, *debió ser.*

§ VIII

Estando en ella, desamparado de amigos y enemigos y atormentado con la vista de su Madre, para hallar algún refrigerio se acogió á su eterno Padre, y no lo sintió, como si no hubiera Dios. Oía á los judios, que burlando de Él decían: Confió en Dios, líbrele si quiere de nuestras manos. Viéndose así desconsolado y entre los dolores del infierno, de los cuales el mayor que sienten los dañados es la ausencia de Dios consolador, con voz grande y espantosa, lo uno por el dolor vehemente, lo otro porque hablaba con Dios ausente y apartado, dijo (Luc., 23; Ioann., 19; Math., 27): Señor, Señor, ¿por qué me habéis desamparado? No dice Padre, porque no hacía aquí oficio de Padre, sino de rigurosísimo juez. *Ut quid dereliquisti me?* Nunca yo me aparté de vos; por vuestro servicio y gusto me he dejado á mí y á todas las cosas; ¿por qué, pues, os apartastes vos de mí? Puse en vos mi esperanza, ¿cómo me faltáis? ¿Para los demás tan amigo y para mí solo tan enemigo? Escondióse, dice San Ambrosio, en Cristo la vida, para que llegase la muerte, la cual vino de fuera; porque en El no había causas para morir, ni mató muriendo su muerte, sino la nuestra, como lo canta la Iglesia ([1]). Y basta lo dicho por hoy de la pasión de Cristo, porque ya es tiempo que veamos el fruto della, que es haber abierto el libro cerrado y sellado con siete sellos, que fué la última circunstancia; y hecho esto, nos recogeremos, porque estoy cansado y no bien dispuesto.

Discípulo.—Sea como mandares, padre de

([1]) Probablemente alude al himno *Vexilla Regis prodeunt*, etc., que se canta el Viernes Santo y en todas las fiestas de la Cruz.

mi alma, que yo espero en nuestro Señor que desta materia has de hablar algún día más copiosamente.

Maestro.—Dada tengo palabra á un gran siervo de Dios, religioso de nuestra orden, de hacer un tratado de la pasión de Cristo, en que declare el texto según los cuatro Evangelistas y los principales misterios, para poderlos meditar con el sentimiento que es razón, y así me remito á lo que allí diré, si el Señor me ayudare con su gracia.

D.—Ayúdete Dios, por su pasión, para que trates della en gracia de tantas almas que desean lo que ese padre te ha pedido; que aunque hay meditaciones y tratados desa materia, vienen envueltos en otras cosas diferentes; y si hay quien trate del texto, es con tanta sequedad y mezcla de letras humanas, que cuando se ha leído mucho tiempo, se queda el alma tan estéril como si leyera una historia secular. Pero dejando esto para su lugar, dime, yo te ruego, ¿qué libro es el que abrió el Cordero muerto?

Qué libro es el que vió San Juan cerrado y sellado con siete sellos.

M.—San Buenaventura, en el lugar alegado, dice que es la noticia universal de todas las cosas, en el cual libro estaban siete principalísimas escondidas y como selladas con siete sellos, las cuales se le descubrieron y manifestaron al hombre, mediante la pasión y muerte del Señor. Quiero referirte aquí las palabras deste Seráfico Doctor: *Hæc (inquit) sunt septem quæ sigillata sunt sigillis septem.* Estas son las siete cosas que están selladas con siete sellos. Primera, *Deus admirabilis.* Segunda, *Spiritus intelligibilis.* Tercera, *Mundus sensibilis.* Cuarta, *Paradysus desiderabilis.* Quinta, *Infernus horribilis.* Sexta, *Virtus laudabilis.* Séptima, *Reatus culpabilis.* Dénos Dios entendimiento para penetrar misterios tan grandes y tan secretos, que grandes deben ser y de grande estimación, pues cuando los abre el Cordero hace todo el cielo fiesta. Antes que Dios muriese por los hombres, ignorábamos siete cosas que muerto. Él se nos manifestaron Ignorábamos que tan admirable fuese Dios. Las condiciones de los espíritus inteligibles ó intelectuales. Lo que era este mundo visible, adonde tan avecindados están los pecadores. Cuán para codiciar fuese el Paraíso y Reino de los cielos. Cuán horrible y espantoso el infierno. Cuán digna de alabanza y estimación la virtud y cuán detestable el pecado. Muere Dios y ábrense estos sellos todos, y conocimos en el primero cuán admirable es Dios en la sabiduría inescrutable con que engañó al demonio, ofreciéndole la carne en que se cebase, y guardando la divinidad que como anzuelo le pescase, para que así quedase, por donde pensó vencer, vencido. Lo segundo, en su justicia invariable con que buscó el precio riguroso de nuestra redención, pagándose Él á sí mismo hecho hombre lo que no pudiera [1] ningún puro hombre. Lo tercero, en la infinita misericordia con que se ofreció á morir por sus enemigos, y entre ellos por los mismos que derramaban como agua su sangre. Este es el primer sello que tenía encubierta la sabiduría inescrutable, la justicia invariable y nunca torcida, y la misericordia infinita y no agotada de nuestro Dios. Pesa cada cosa destas por sí, y verás qué de materia te administran para la contemplación.

Primer sello.

D.—Ya yo voy entendiendo la alteza desa doctrina y la razón que tuviste de encarecer su dificultad al principio.

Segundo sello.

M.—En el segundo sello que abrió el Cordero se nos manifestó el espíritu inteligible, conviene á saber, la blandura y benignidad de los ángeles, el valor de las almas, la crueldad y tiranía de los demonios, que son tres diferencias de espíritus comprendidas en aquella palabra espíritu inteligible.

§ IX

¿No te parece que fueron afectos á los hombres los ángeles santos, pues permitieron que su Dios muriese por ellos, y enviaron uno que le animase y confortase cuando agonizaba con la muerte? Pues mira tú si pudo haber crueldad como la de los demonios, que solicitaron á Judas para que le vendiese y á los judíos para tan gran maleficio. Y ¿qué más se puede decir de la dignidad del hombre, que decir que Dios muere en una cruz por él? Abrióse el tercero sello, y conocimos la ceguedad del mundo, su esterilidad y malignidad; pues que como tenebroso y ciego no conoció la luz verdadera que descendió del cielo para alum-

Tercero sello.

[1] La edición citada añade *hacer.*

brarle; como estéril, menospreció á Cristo como hombre infructuoso; como maligno, condenó y quitó la vida á su Dios y Señor, bienhechor y amigo.

Discípulo.—Bien dijo San Juan, según eso (I Ioann., 5), que todo el mundo estaba puesto en maligno.

Maestro.—¿Sabes tú qué quiere decir maligno?

D.—La Glosa llama maligno á las cosas deleitosas deste mundo. Y Nicolao de Lyra dice que lo mismo es *malignus* que *malus ignis*.

M.—No hagas mucho caso de estas etimologías, que aunque el fuego de los deleites y codicias deste mundo, en que se abrasan los moradores dél, sea malo, no se declara por ahí lo que San Juan quiso decir en esa breve sentencia (I Ioan., 2): Todo el mundo está puesto en maligno. Aquella terminación neutra no significa cualquiera malignidad, sino la suma y colmo della; como aquella palabra del Angel á la Virgen (Luc., 1): *Quod enim ex te nascetur sanctum;* Lo que de ti nacerá santo, esto es, la misma santidad en abstracto, será todo santidad, sin mezcla de cosa que la contradiga. Y así, maligno dice que todo lo que hay en el mundo es malignidad ó malicia. Pero ya que, abriéndose el tercero sello, conocimos el desdichado lugar en que vivimos, en la abertura del cuarto se nos manifestó el agradable Paraíso que deseamos, en el cual está la alteza de toda la gloria, el espectáculo ó vista de todo el contentamiento y alegría, y una como botillería ó despensa de todas las riquezas de Dios. De aquí vino que el Altísimo se humilló hasta la forma de siervo, por levantarnos á esta tanta gloria; el justísimo Juez se obligó á tan rigurosas penas por librarnos de tantas culpas, y el riquísimo Señor se hizo en extremo pobre, para que con Él gozásemos de tan grandes riquezas (II Cor., 8).

Cuarto sello.

Pobreza extremada de Cristo y por qué.

D.—Crisóstomo dice (Crisos., *homil. de nativit. Domini in Luc.*) que de su toca hizo la Virgen pañal, y de un pedazo de la saya mantilla para cubrir y envolver aquellos miembrecitos tiernos del Hijo de Dios, recién nacido en el pesebre.

M.—Pues si por enriquecerme á mí está Dios tan pobre, ¿adónde están en mí tantas riquezas como promete tan extremada pobreza? Si conforme á vuestra mengua, Dios mío, ha de ser mi abundancia, siendo vos tan rico y estando tan necesitado hasta de un rayo de leche (*Ubere de cœlo pleno*, Ecclesia.) que si no se le proveyera del cielo á vuestra Madre, no le tenía para dárosle, ¿cómo estoy yo tan amenguado y necesitado? ¡Oh varones eclesiásticos que, renunciando las riquezas espirituales que la temporal pobreza de Cristo os ofrece, abrazáis las transitorias que Él condena y desprecia, y peláis los pobres y los desolláis cerrados, para pompa y fausto de vuestras casas! ¡las paredes entapizadas, las mesas de reyes, el ornato de grandes y los pobres que están á vuestra cuenta muriendo de hambre! ¡Que desnudáis á Cristo en sus miembros y le hacéis andar dando [1] de diente con los fríos del invierno, y pacer hierba en los campos, y dormir al sereno, como dice el santo Job! (Iob., 24). Pues despedíos de las riquezas del cielo, que no las vino á ganar la pobreza de Cristo sino para los que desprecian en el hecho, ó en el deseo, las del suelo, gozando de las que sufre el estado de viadores, que son de virtudes y bienes espirituales, lo cual todo nos mereció el pobrísimo Jesús que, como dijo el Apóstol (II Cor., 8), se hizo pobre y menesteroso, siendo rico, para que con su necesidad y mengua fuésemos nosotros ricos.

D.—Parece que has tomado un poco de cólera contra los eclesiásticos que, olvidados de enriquecer sus almas, atesoran en las arcas.

M.—Este es el lenguaje del mundo, que llama cólera al celo y espíritu con que se reprenden los abusos del mundo. Mas dejemos esto para el púlpito y abramos el quinto sello, ó lleguemos á ver lo que descubrió abriéndole el Cordero muerto, que verdaderamente pone miedo y espanto terrible. ¿Habíase por ventura entendido lo que es el infierno hasta que Dios murió por librar dél á sus escogidos y hijos de su Reino? Mira tú aquí qué tales serán los tormentos que sufrirán los dañados por sus culpas de que para siempre no se enmendaran, si ellos vivieran para siempre, si el Hijo de Dios los padece tan grandes por las de aquéllos que pecaron y se arrepintieron y se quisieron aprovechar de su sangre, la cual por todos derramó en la cruz. ¡Qué pobreza,

Quinto sello.

[1] La edición citada, *dando diente con diente.*

qué vileza, qué miseria y qué mengua de todas las cosas! ¡qué desprecio habrá en aquel horrible y asombrado lugar, pues que Dios por salvarnos fué tan pobre, tan abatido, tan despreciado, tan amenguado y tan lleno de miserias!

§ X

Henrico Harpio, famoso teólogo de su tiempo, afirma que, considerando Cristo el mérito de su pasión y el fruto de su cruz santísima, estuvo aparejado (si conviniera) para ser atormentado eternamente y afligido con infinitos dolores, así por el amor de su Padre como por el amor y provecho de sus hermanos; y por esto mereció tanto acerca del Padre como si su tormento fuera eterno, porque por la voluntad y deseo dilató y extendió toda su vida á una cosa infinita, y á la tolerancia de una infinita materia de muerte; y esto, para que más perfectamente satisficiese á su Padre y á nosotros nos juntase con Dios con más estrecho vínculo y atadura. De donde colijo yo que, aunque los tormentos y dolores de Cristo no fueron en el hecho infinitos ni eternos, lo fueron á lo menos en el deseo y voluntad y en la satisfacción; así por esto, como por ser el supuesto que padecía divino. Al fin satisfizo de manera por nuestras culpas, que la eternidad de las penas que por ellas merecíamos la conmutó en las temporales suyas, las cuales fueron verdaderamente excesivas por el tiempo que duraron, como penas que satisfacían por culpas dignas de ese infierno. Y si en el madero verde desta manera se emprendió el fuego de la divina justicia, ¿cómo arderá en la leña seca (Luc., 21), digo, en los que tan secos y sin Dios partieron desta vida para la sempiterna muerte, ayudando con su soplo el todo poderoso Dios, como dice Isaías, para que nunca se apaguen aquellas vengadoras llamas?

A cuánto se extendió el deseo que tuvo Cristo de padecer, y lo que nos mereció con esto.

Discípulo.—Según lo que has dicho, ya padeció Cristo por todos de rigor de justicia, y quedamos desobligados de padecer por nuestros pecados.

Maestro.—Como Redentor (porque no hay más de uno) tienes razón, mas en otro sentido es proposición luterana; y para que salgas de ese error (aunque yo sé que fué réplica por oirme disputar contra Lutero) has de saber que se hubo Dios en el gobierno de su Iglesia como en el de todo el universo. En el universo puso causas universales y supremas de todas las cosas, cuales son el sol, la luna, los cielos y otros planetas. También puso causas inferiores y particulares, que sirven de poner en ejecución lo que las superiores ordenan. Y es tan grande el concierto y armonía que entre las unas y las otras se halla, que ninguna se entremete en el oficio de la otra ni usurpa su jurisdicción. No puede el sol producir una planta si no es ayudado de la tierra y el agua y de las semillas, que son causas particulares para las tales producciones; ni el hombre engendrar perfectamente otro hombre sin el concurso del sol, que es causa universal. Al fin este mundo es una república concertadísima, donde se hallan personas eminentes y de autoridad, emperadores, reyes, duques, marqueses, condes, que ordenan y mandan lo que se ha de hacer, y otras inferiores y más bajas que sirven de manos para ejecutar lo ordenado y mandado. En la Iglesia, que es república del cielo, puso Dios una soberana y universal causa para todos los efectos de gracia que se producen en ella. Esta, dice San Pablo (Heb., 5) que es Cristo. Fué hecho, dice, para todos los que le obedecieron, causa de salud eterna. Y con esta consideración llamó el profeta Malaquías (Mal., 4) á Cristo sol de justicia: Saldrá para vosotros, los que reverenciáis y teméis mi nombre, un Sol de justicia. Que es como si más claro dijera: Aparecerá en el mundo una causa universal de todos los efectos de justicia y de gracia que se producen, así en los hombres como en los ángeles.

Cómo satisfizo Cristo por todos de rigor de justicia, y qué obligación nos quedó á nosotros.

Causas universales de todos los efectos de gracia y gloria, es Cristo.

§ XI

Digo en los ángeles, por lo que dice San Pablo (Ephes., 1) que hizo Dios á su Hijo cabeza sobre toda la Iglesia militante y triunfante. Y á los Colosenses dice (Colos., 2) que Cristo es cabeza sobre todo principado y potestad; esto es, de los ángeles, como nota Santo Tomás (S. Thom., *in Pau.*), así por la preeminencia, que al fin preside como cabeza en el cielo, como por la influencia; porque en cuanto hombre alumbra á los ángeles y influ-

ye en ellos, según que altamente lo prueba San Dionisio sobre aquellas palabras de Isaías: *Quis est iste qui venit de Edom?* Esto así presupuesto, conviene á saber, que Cristo es causa universal de la salud de los hombres, es negocio llano que cumplió bastantemente con su obligación de causa universal dando remedios generales á los hombres, su sangre, su ley, su doctrina y sacramentos que son depósitos de la gracia, y que el aplicar estos remedios en particular es de las causas particulares. Particular era San Pablo, y como tal decía (Colos., 1): Cumplo en mi carne las cosas que faltan de las pasiones de Cristo, por su cuerpo de Él, que es la Iglesia. Ayudaba á las almas el Apóstol para que esta causa universal se particularizase en ellas y juntamente en la suya. A los dos hermanos que pidieron asientos en el Reino, les dijo Cristo (Mat., 20): ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber? Como si más claro les dijera: Asentaros heis en mi Reino si bebiéredes mi cáliz. Los efectos particulares no son de las causas universales, que no engendrará el sol un caballo, si otro caballo no determina aquel su concurso general; ni en ti tendrá efecto particular la pasión de Cristo, si tú no la haces particular tuya por imitación y conformidad. Tus trabajos y tu cruz se han de ayudar de los trabajos y cruz de Cristo como de causa universal, y desta manera se producirán en tu alma efectos maravillosos de gracia y bienes espirituales. Herederos de Dios, dijo el Apóstol, y coherederos de Cristo (Rom., 2), no á secas y absolutamente, sino concurriendo como causas particulares con la universal: *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* Si empero nos compadeciéremos, esto es, si padeciéremos juntamente, para que juntamente seamos glorificados. Y no más desta materia.

Qué se requiere de nuestra parte para que la pasión de Cristo nos sea de provecho.

Discípulo.—Luego ¿no quieres que veamos hoy lo que estaba encerrado en el sexto sello?

Maestro.—La virtud nunca dignamente alabada es tan preciosa, que quiso más perder Cristo la vida que ir en nada contra ella (Heb., 10). Tan hermosa, que en las mismas injurias que iba padeciendo iba resplandeciendo. Tan fructuosa, que con un solo acto de virtud heroica y perfecta despojó el infiierno, abrió el cielo y restauró lo perdido. En el último sello se nos descubrió la gravedad del pecado, para cuyo remedio fué necesario tan gran precio, tan costoso sacrificio y tan dificultosa medicina. Esto es, por abreviar, lo que te puedo decir de los siete sellos. Y abrevio más mi plática asegurándote que jamás leí ni experimenté ejercicio más copioso, ni de mayor fruto, que éste que has oído. ¡Oh si supiesen los hombres el secreto ó los secretos que encierra en sí la cruz sacratísima y pasión amarguísima de Cristo! ¡Qué de buena gana la abrazarían y la buscarían y se pondrían en ella, cuando faltasen sayones que los crucificasen! Llora el Apóstol sus enemigos con lágrimas salidas del corazón (Philip., 3), y yo doy mil bendiciones á sus amadores; y el cielo los canta y celebra por santos, porque comprendieron, con los que lo son, la longitud, latitud, alteza y profundidad della, y gustaron de la caridad de Cristo, superior á toda ciencia, que en aquellos sus brazos resplandece. Si no fuera tan tarde y la indisposición que tengo no me impidiera, te dijera aquí cinco causas que pone Hubertino, que agravaron los tormentos y pasión de Cristo, y algo de aquella transformación maravillosa de nuestro padre San Francisco en el Crucificado; mas ya que hoy no puede ser, el primer día que nos veamos gastaremos en esta plática, y en la victoria de los jayanes que defienden el Reino de Dios. Él sea contigo.

Sexto sello.

Último sello.

D.—Y te acompañe, maestro mío, y pague con bienes eternos tanto bien como me haces, y á todos los que después se han de aprovechar de doctrina tan del cielo. Amén.

DIÁLOGO SEXTO

En que se prosigue la materia de la pasión de Cristo nuestro Redentor, y de lo que obró su atenta consideración en nuestro padre San Francisco y otros Santos, y del primero jayán y enemigo que defiende la entrada al Reino de Dios.

§ I

Discípulo.—No está bueno mi maestro, pues no sale esta tarde por la huerta; téngale nuestro Señor de su mano y no permita que su poca salud sea parte para que tan santo ejercicio como él tiene comenzado en tanto aprovechamiento de las almas deje de tener el fin

que desea; porque sin duda ninguna si llega á ordenar lo que toca á las introversiones ó hablas interiores del alma con Dios, que algunos han llamado oración de recogimiento, que sea una de las cosas de mayor artificio y más provechosa para todo género de personas que quisieren aprovechar en la milicia cristiana de cuantas él ha escrito. Yo quiero llegarme á su celda, que si el mal de hígado que de ordinario le aflige no es mucho, no dejará de continuar lo que ayer quedó comenzado. Pero ya viene, y en los pasos lentos y color encendido del rostro se echa de ver que no viene bueno.

Maestro.—Estés en hora buena, Deseoso.

D.—Buena es para mí, pues merecí verte y oir esa tu voz tan agradable á mis oídos. ¿Qué ha sido la tardanza de hoy?

M.—Mi indisposición de higado me ha detenido, y no saliera de la celda si no fuera por tu respecto.

D.—Yo había sospechado [1] que el haber hablado ayer tanto de pasión, y esta noche contemplado en ella para proseguir hoy la misma materia, te había hecho daño á la salud.

M.—Pluguiese á Dios que en ese ejercicio muriese, que este sería el verdadero vivir. Cuanto más que no soy tan espiritual, que la meditación de Cristo crucificado me haga enfermar en el cuerpo, ni en el alma tampoco.

D.—¿Luego esos efectos causa en los que atentamente y como conviene la consideran?

M.—En nuestro padre San Francisco lo puedes ver, que fué uno de los que más contemplaron en ella y en quien mejor se conoció su virtud y eficacia maravillosa; porque, como sabes, se transformó todo en el Crucificado.

D.—De esa transformación deseo mucho que me digas algo, porque es la cosa que mayor admiración me pone de cuantas en mi vida he oído.

M.—Dos transformaciones visibles y al ojo ha hecho el amor con que declaró bien su virtud, conviene á saber: de Dios en el hombre y de Francisco en Dios. Tenía Dios dentro en su corazón al hombre y sacóle á fuera el amor haciéndole parecer y ser hombre. Tenía San Francisco dentro de sí á Cristo llagado y en la cruz, por continua meditación y imitación, y sacóle á fuera el amor; y apareciendo Cristo desapareció Francisco, porque no ya Francisco, sino Cristo regía y gobernaba aquel cuerpo y alma bienaventurada de Francisco.

Dos transformaciones miraculosas hizo el amor en Cristo y S. Francisco.

D.—Lo que yo pretendo saber no es el hecho, sino el cómo se hizo; porque muchos años ha que medito en la pasión y muerte de Cristo, y ni me siento llagado ni transformado en ella, antes muchas veces tan indevoto como si fuera pasión y muerte de un puro hombre que no me tocara.

M.—En nuestros tiempos se han visto hartas transformaciones que han puesto en grande admiración á todo el mundo, y le tuvieran así por largos años si la falsedad dellas no se hubiera manifestado tan presto. Mas Dios, que nunca falta á su Iglesia en las cosas necesarias, acudió muy á tiempo con el desengaño, que no habían podido alcanzar tantas y tan buenas letras como en el caso estuvieron engañadas.

D.—Ya yo entiendo [1] por quién dices eso; pero, pues tú pasas debajo de silencio su nombre, no debes de querer que al descubierto se hable en ese caso.

M.—Por agora no, á lo menos [2], porque ni hago oficio de historiador, ni es de mi condición ofender á quien estará sin culpa, ni á quien la tuvo, si está ya arrepentida y enmendada. Bien pudiera aquí tratar de algunas mujeres que han fingido llagas, azotes, coronas de espinas y Cristos en los pechos, porque en nuestros tiempos habemos visto todo esto; y aun en él se conoce la causa de una doncella que soñaba ciertos sueños que á la primera vista parecían profecías; y de un sacamanchas, que si se sacara las de su alma no manchara á tantos con sus falsedades; y de un profeta mentiroso de que yo me escandalicé mucho y dije su caída mucho antes que cayese, por algunas señales que vi en él de presunción y soberbia; mas porque son cosas modernas,

[1] Edición 1885: «Ya sospeché yo que tanto hablar ayer de Pasión y el meditar esta noche en ella para continuar hoy la lección comenzada el día anterior habría perjudicado vuestra salud». No sé por qué tanto cambio de palabras, sin ganar en claridad ni sencillez.

[1] Edición cit.: *Ya imagino yo por quién dices esas cosas*, etc.

[2] La misma: «*Cuando menos por ahora no, porque ni hago oficio de historiador, ni es mi propósito ofender á persona alguna culpable ó no culpable y que acaso estará ya arrepentida y enmendada*». Parece lo mismo, pero hay diferencia.

quédense para los historiadores. Lo que conviene es que no te fíes de todo espíritu, porque no lo es verdadero todo lo que lo parece, especialmente no des crédito á mujeres en materia de visiones y revelaciones y exposiciones de la sagrada Escritura, que Dios es sapientísimo y sabe estimar sus riquezas en lo que son, y no las suele depositar en vasos tan quebradizos. Alvaro Pelagio, famoso jurista, en tiempo del Papa Juan XXII, Obispo de Silves, que agora se dice de los Algarbes en Portugal, entre muchos vicios que halla en las mujeres, pone por muy particular éste: que de ordinario se fingen espirituales y dicen que padecen éxtasis y raptos mentales y que tienen espíritu de profecía; y es lo bueno que á costa de la virtud que no tienen se hacen ricas, recibiendo de los señores y personas devotas grandes regalos y dádivas de mucho precio. ¡Oh cuántas tengo yo conocidas que las traen de palacio en palacio, pensando los caballeros y señoras que con su presencia quedan santificadas las casas y redemidas sus culpas! Conocí yo una (dice el buen Obispo) que se arrebataba cuantas veces quería, estando actualmente amancebada, y después de muerta, visitando un convento de religiosas, hallé en él una hija suya, que había habido de adulterio, la cual me descubrió la maldad de su madre, á quien por mucho tiempo yo había honrado y reverenciado como á santa y le había dado, estando en el siglo, muchas posesiones y casas en que viviese con la devoción que le tenía. Y confieso que fuí engañado como muchos de aquella provincia lo fueron, no gente ordinaria, sino varones insignes en santidad y letras, clérigos y frailes y muchos cardenales de la Iglesia de Roma.

§ II

Yo supe de otra mujer, que parecía espiritual, que quiso persuadir á su confesor (que agora es vivo) que en la Sede vacante de Sixto V, de felice recordación [1], había de ser electo en Papa; y para confirmarlo decía haber oído tres veces vozes del cielo que se lo certificaban; pero él ningún caso hizo dello. Pudiera hacer aquí un catálogo lamentable de muchos hombres letrados y santos, ó á lo menos tenidos por tales, engañados de mujercillas, especialmente beatas, arrinconados y puestos del lodo, y aun algunos encarcelados y penitenciados por el Santo Oficio. Lo cual nos avisa que no fiemos de arrebatamientos ni revelaciones de semejantes personas; pues, como dijo Séneca: Las caídas de los que nos preceden son avisos para que los que venimos de nuevo no caigamos.

§ III

Discípulo.—Querría saber de ti, ya que has tocado en esta materia, si se pueden conocer cuáles son visiones ó revelaciones de Dios y cuáles del demonio.

Maestro.— Respóndate San Buenaventura por mí. El dice que sólo el Espíritu Santo, por el don del consejo, puede sin engaño enseñar al hombre lo que en estas cosas se ha de aceptar ó desechar. A otros les ha parecido, y á él con ellos, que lo más seguro sería huir de buscar visiones y revelaciones; y cuando se ofrecieren, siendo buenas, no darles luego crédito ni condenarlas; porque el creer de ligero arguye liviandad de ánimo, y no creer con pertinacia arguye propia voluntad y aun infidelidad. Si las cosas son de poco provecho, despreciarlas, y si traen apariencia de algún bien, consultarlas, habiéndose indiferentemente hasta saber la verdad. Y no sean muchos los consejeros, sino pocos y sabios y temerosos de Dios. Una cosa quiero que sepas, que no porque una persona sea visitada muchas veces con aparecimientos ó revelaciones de cosas futuras se ha de tener por más santa ni de más mérito que otras que simplemente sirven á Dios; antes se ha de temer y rogar á Dios por ella, porque lleva camino peligroso y sospechoso en el bien.

§ IV

Algunas veces, dice San Buenaventura, suelen ser las visiones principio de locura y desvanecimiento de cabeza, como las que Salomón cuenta en sus Proverbios (Prov., 22) del que bebe mucho vino. Tus ojos (dice él) verán cosas extrañas, y tu corazón hablará ó administrará á la lengua cosas perversas. Los hombres sabios y cursados en la vida espiritual ningún caso hacen destas musarañas y

(1) La edición citada omite estas palabras y añade en cambio otras en la frase siguiente, diciendo: *había de ser él colocado por elección como Papa.*

quimeras; pero la gente popular y simple piensa que aqui está el punto de la santidad. En fingiendo una mujercilla cuatro desmayos, la celebran por santa y tiene segura la comida y cuanto ha de menester. Y aun otra cosa he observado en beatillas: que antes de serlo son humildes y se contentan con un rinconcillo en que pasar la vida con pobreza, y en siéndolo miran en si la señora cuando van á visita les manda dar cojin para asentarse, y si las llama merced y otros puntos del mundo. De manera que la mudanza del estado (á su parecer á más perfección) les quita la poca, que no sé si la naturaleza ó la gracia les habia comunicado. Al fin yo hallo, por mi cuenta, que como en materia de pecados no se halla fin ni término á las invenciones que cada día hay de pecar, ni confesores que respondan á los casos que de nuevo se ofrecen, así en materia de virtud nunca anduvo el mundo más desvariado que agora, ni más ocasionados y dispuestos los hombres para ser engañados. Vale ya tan caro un santo, que se nos van los ojos á cualquiera insignia que vemos de santidad, y aunque no lo sea, nos arrojamos á venerarla en cualquiera que la veamos; y así los hipócritas á muy poca costa suya parecen muy Santos, porque los que lo son de verdad van á un paso muy ordinario y sin los extremos que los antiguos y de aquellos siglos dorados llevaron.

Discípulo.—Otra cosa te quería preguntar acerca de lo que vas tratando, y temo ocupar el tiempo diputado ([1]) para cosas mayores.

Maestro.—Mayores en si bien pueden ser; pero más necesarias que éstas para el desengaño de gente espiritual ó que trata de serlo, no es posible. Bien confieso yo que me fuera de mayor gusto y consolación tratar de la transformación verdadera que causa el amor, de que comencé á la entrada desta plática, mas yo quiero perder mi gusto por tu provecho. Dí lo que quisieres.

D.—¿Puede el demonio con su grande sabiduría y engañosas mañas causar devoción y gnsto espiritual en las personas que tratan de oración y recogimiento?

M.—Aunque muy de paso lo toqué ya en otra parte ([2]), los Santos dicen que, permitiéndolo nuestro Señor por justos juicios suyos y deméritos nuestros, para hacer caer á la mísera ánima, suele el demonio darle una fantástica y aparente devoción, causando quietud y reposo en las pasiones y sentimientos suyos, removiendo ó quitando los desordenados movimientos y sugestiones de los pecados, y ofreciendo juntamente una cierta dulzura engañosa en los sentidos, la cual en personas simples y de poca experiencia ha mucho lugar, y por eso la abrazan con seguridad de que es de Dios. De donde vienen á dar en muchos errores y despeñaderos, como nos lo ha enseñado la experiencia en algunas personas que por este camino han sido engañadas. Gerson dice que hablando él con una mujer vieja le confesó que, habiendo ella pedido á la Virgen María nuestra Señora que la hiciese muy devota de su Hijo, de manera que ni pensase, ni hablase, ni amase cosa fuera de Él, la benditísima Virgen (á su parecer) la habia aparecido y le había dado tan gran devoción sensible de Cristo nuestro Señor, que verdaderamente se consumía amándole. Y añadió luego que estaba quejosa de la Virgen porque la había engañado.

D.—¿Y no dijo el engaño? ([1]).

M.—Fué que todo aquel amor y devoción sensible le faltó, y en lugar de acudir á Dios, se apasionó por un hijo suyo que tenía consigo y cometió incesto con él.

D.—¡Oh falso y engañoso demonio! ¡Oh bestia maldita de Dios, que con un sobrado atrevimiento osas tomar figura de aquella limpísima criatura que en pureza sobrepuja todas las angélicas jerarquías!

M.—Y del mismo Cristo, como se cuenta en nuestras crónicas ([2]) de un novicio, que por otra visión y habla semejante se crucificó en la cocina y desesperado se condenó.

§ V

Dice el Canciller que había quedado como loca y furiosa aquella mujer con la fuerza del amor, y poco á poco fué inducida del demonio á una tan gran maldad como has oído. Yo creo que estos gustos son de muy bajo metal,

([1]) Edición cit., *destinado á la explicación de*, etc.
([2]) En el párrafo IX del diálogo IV.

([1]) En la edición citada se omite esta pregunta y la respuesta va unida al texto precedente.
([2]) Puede verse á Fr. Marcos de Lisboa, P. II, libro II, cap. 38: «De un novicio que se crucificó engañado por el demonio».

y que tienen poco ó nada de espiritualidad y que no salen de la sensualidad; lo cual prueban los de aquellas mujeres alumbradas, que pensando ó contemplando en Cristo venían en mil torpezas que aquí no se pueden poner. De muchas otras tenemos noticia (dice el mismo Doctor), las cuales se persuaden que hablan con la gloriosa Virgen y que en sus oraciones reciben respuestas de Dios por sus ángeles, y que los ven de noche en sus aposentos estando á oscuras llenos de resplandores; que oyen voces que les hablan y dan noticia de cosas por venir. Poderoso es Dios para todo eso, pero yo las juzgo por engañadas. De un religioso sabio y predicador y de un clérigo, escribe el Canciller (Gerson), que habían tenido una revelación (porque eran ó parecían muy espirituales) en que les mandaba Dios que fuesen á Roma y hablasen con los Cardenales, porque por ellos se había de hacer otra orden nueva y una gran reformación en su Iglesia. El fraile se salió de la religión y fueron el clérigo y él esta jornada, y todo fué nada; halláronse al fin burlados y escarnecidos del demonio. Humíllate á Dios, hijo Deseoso, si no quieres ser miserablemente engañado; porque parecer es de todos los Santos que solos los soberbios viven en este peligro. Mucho le desagrada á Dios el pecado de la soberbia, y siempre precede á las caídas. Y con esto, no más de transformaciones fingidas y sentimientos falsos, porque me llama mi espíritu y la devoción que tengo á mi padre San Francisco para que te enseñe el cómo de aquella transformación verdadera en Cristo crucificado, el cual verdaderamente le apareció en el monte Alverne, después de muchos días de oración y ayuno. Dice San Dionisio que el amor tiene virtud unitiva y transformativa; y quiere decir que transforma al que ama en la cosa amada, como se transforma el sello y estampa en la cera blanda, mediante el calor del sol ó del fuego. En la cual transformación, el sello se ha activamente, la cera pasivamente y el fuego dispositivamente. Así es que el que ama padece, el amado obra y el amor dispone. Yo, si te amo á ti, me transformo en ti, y si tú me amas á mí te transformas en mí; lo cual no se puede hacer si no entra de por medio el amor; ni es transformación de un cuerpo en otro cuerpo, porque eso no se podía hacer sin daño de tercero, con pérdida por lo menos del uno de los dos, para lo cual no es poderoso el amor. Es transformación de voluntades, de ánimos y de corazones por conformidad de costumbres y comunicación de fortunas Esa fué la de San Pablo en Cristo (Philip., 3): Vivo yo y no vivo yo, vive en mí Cristo. Esta obró el amor en nuestro padre San Francisco, con tanta excelencia, que todo él fué un vivo retrato de Cristo, en la pobreza, menosprecio, humildad, caridad y paciencia, y en las demás virtudes. Y púdose con gran verdad decir que San Francisco vivo, y todas sus obras, fué comento ciertísimo del Evangelio, del cual ni una jota ni una pequeñita tilde quebrantó ni dejó por cumplir. Mas como el amor que en su pecho ardía no era vulgar, ni ordinario, sino extático, seráfico y fruitivo, á esta transformación de costumbres añadió otra nunca vista ni sabida en el mundo, que fué sacar en el cuerpo del glorioso padre la figura que de Cristo crucificado traía en el alma, para que de todo en todo pareciese á Cristo el que tan de veras ardía todo en el amor de Cristo. Y aquí estancó el amor y acabó con sus triunfos; y San Francisco acabó también de conocer lo que costó á Cristo, sintiendo sus sacratísimas llagas, llagados pies y manos y corazón con ellas. Y ese es, á mi parecer, el sentimiento del Apóstol, que decía á los filipenses (Philip., 3): De aquí adelante, ó en lo demás, nadie me sea molesto, conviene á saber, con pecados y ofensas de Dios; porque traigo en mi cuerpo las llagas del Señor Jesús, y sé lo que le costastes, por lo que yo siento en ellas.

Discípulo.—¿Luego San Pablo llagas tuvo en el cuerpo como nuestro padre San Francisco?

Maestro.—Ninguno lo ha dicho hasta agora, ni la Iglesia Católica ha determinado cosa alguna en ese particular, ni era prerrogativa esa para estar secreta tanto tiempo. Lo que comúnmente dicen todos los Doctores, que llama el Apóstol llagas de Jesús, los azotes, las pasiones, las penas y trabajos que en su cuerpo sufría por Cristo y su Evangelio; que al fin se gloría de más Apóstol que todos (Galat., 2), no por más santo, sino por más trabajado. Y en este sentido dijo en otra parte: Juntamente con Cristo estoy crucificado; no porque estuviese puesto en la cruz de Cristo, ni en otra como Cristo, sino por la semejanza que con Él tenía en las pasiones, y

porque con el deseo estaba abrazado y enclavado en la cruz juntamente con Cristo.

§ VI

Discípulo.—¿Luego no hay otras llagas canonizadas sino las de Cristo y San Francisco?

Maestro.—Ningunas, como consta de algunas Extravagantes del Papa Sixto IV.

D.—Argumento fué del grande amor que nuestro Padre tuvo á Cristo y á su cruz y del que Cristo tuvo á San Francisco estampar en su cuerpo las señales de nuestra redención.

M.—Entre las uniones naturales, la más perfecta es la del cuerpo con el alma; son tan unos, que el contento y descontento comen á una mesa y se comunican entre ellos; luego sale á la cara el alegría ó la tristeza del alma. Aun en el cielo de la gloria del alma le ha de caber al cuerpo muy buena parte; al fin tiene della sus gajes y relieves. Pues tan estrecha fué la unión de Cristo y San Francisco y mucho mas. Juntólos tan de veras el amor y hizolos tan unos, que no sólo los afectos de alegría de Cristo, con que muchas veces era regalado Francisco y salía de sí, sino sus llagas y dolores le comunicó. Fué Cristo alma de San Francisco, y Francisco cuerpo de Cristo, que le sale á la cara el contento y el dolor que su alma tiene. De David y Jonatás dice la Escritura (I Reg., 18) que se amaban tanto, que parecía no haber entre ellos más de una sola alma que regia dos cuerpos. Y en lo que mostró Jonatás á David su crecido amor fué en que, viniendo un día desmelenado y perseguido, le vistió de sus ropas y vestidos de hijo de Rey. Mucho fué esto por cierto, pero ¿qué tiene que ver este favor con el que hace Cristo á su amigo San Francisco? Estando en aquel monte Alverne, despreciado, humilde y vestido de un saco, le apareció lleno de resplandor y gloria de Hijo de Dios y le vistió de su librea y enjoyó con aquellos cinco rubís de sus preciosísimas llagas.

D.—Yo oí decir á un predicador que San Francisco vivo fué retrato de Cristo muerto.

M.—Muy bien dicho está; pero yo le llamo cruz de Cristo glorioso, porque estando á la diestra de su eterno Padre, glorioso y triunfador, bajó otra vez á la tierra y se crucificó en San Francisco. Y más considero yo aquí: que la cruz en que murió permitió que mucho tiempo estuviese debajo de tierra muy secreta y de su Iglesia ignorada, y consintió que, hallada, se repartiese en muchas piezas por diversas partes del mundo; mas de la cruz viva en que se crucificó glorioso, ni un cabello ha querido que se pierda, y entera está en Asis, como cuando vivia [1]. Es cruz ésta hecha por su mano para su honra; la en que murió fué hecha por las de los sayones para su deshonra.

D.—Nunca yo jamás he oído que la gloria atormente ni que sea efecto de Dios glorioso llagas y dolores. Que el alma de la Virgen quedase atravesada con el cuchillo de la compasión, viendo á su Hijo llagado en la cruz, no es maravilla, porque no es cosa nueva hacer llagas en el corazón el cuerpo del amigo llagado, por estar más el alma del que ama en el amado que en sí mismo; mas eslo grandísima que un cuerpo lleno de gloria deje llena de amargura y dolor el alma y cuerpo de San Francisco.

M.—Amargura dulce, dice San Buenaventura. A lo menos, descúbrese bien en ese hecho que el padecer por Cristo es gran cosa, pues Él mismo baja del cielo y lleno de gloria, como ves, produce efectos de pena; y á falta de tirano lo es Él, y verdugo, si así se sufre decir, de su amigo. Por lo cual digo que, dejando á una parte la Virgen sacratísima, que fué mártir por más alto modo que todos los que lo fueron, por serlo en el alma, sin rotura ni mal tratamiento del cuerpo, solo de recudida, quiero decir, de sola la compasión de ver muerto á su querido Hijo y colgado del santo madero de la cruz, tiene excelencia el martirio de San Francisco, por haberle martirizado Cristo glorioso, sin haber en este martirio martillo, ni clavos, ni lanza, y hallarse en su carne rotura de costado, por donde le salía sangre en abundancia, especialmente los viernes, y en sus manos y pies clavos formados de color de hierro, siendo de

[1] Esto se creía comúnmente cuando escribía el P. Angeles, pero la verdad histórica y la misma fiesta de la *Invención del Cuerpo de San Francisco*, que se festeja el 12 de diciembre, desde que se halló, evidencian que también se resolvió en polvo. Queda, pues, en pie la segunda afirmación; porque el Papa ha impuesto gravísimas penas para que nadie tome reliquias de la caja donde se conservan los restos mortales del Serafín de Asís.

carne. Lo cual tiene mucho de consideración, porque en el cuerpo del Señor no duraron los clavos más de lo que estuvo en el madero de la cruz, y en San Francisco permanecieron más de dos años que vivió después de impresas las llagas, y permanecen ahora después de muerto. Y es el misterio, á mi pobre juicio, que los clavos de Cristo eran de hierro, y los de San Francisco de carne; los unos labró el odio, los otros el amor. ¿Qué clavos se pudieron forjar en aquellos corazones duros de los judíos sino de hierro? ¿Qué lanza, sino cruel? Y de las manos de Dios ¿habían de salir sino de carne? Así se quedó nuestro padre con los que le hizo Dios, y Cristo se hizo quitar los que le labraron los hombres; porque á Cristo le provocaban sus clavos á enojo, y á Francisco los suyos á más amor. Y esa diferencia hallo yo de martirizar Dios ó el tirano: que el martirio de Dios es amoroso y llevadero; más tiene de dulce, que de agrio; el del tirano, es de odio y de desamor.

§ VII

Concluyo esta materia sólo con decirte que la honra de Cristo es San Francisco. Dirásme: ¿cómo es eso?

Discípulo.—Claro está que yo no alcanzo esas honduras.

Maestro.—Como los grandes señores, para ostentación y muestra de su grandeza y para que se sepa de qué casa descienden y la nobleza de su linaje, ponen sus armas en un dosel muy rico y de gran precio, así, preciándose Cristo tanto de Redentor de los hombres, y habiendo tomado por armas sus llagas, entre todos los hombres del mundo escogió para dosel, en que estuviesen estampadas y honradas, á nuestro padre San Francisco, no por algún artífice ó artificio, sino por su propia persona y mano hechas.

D.—Al fin quedo con que San Francisco es estampa de Cristo crucificado, la cual labró el amor.

M.—Si no la labrara el amor no se llamara estampa de Cristo, el cual murió en la cruz de amor. San Agustín dice: No tienen los clavos al Todopoderoso, sino la caridad enclavó al Inocente. Digo que murió de amor, porque los tormentos no parece que le pudieran acabar tan presto, pues ninguna llaga tenía mortal. Así se maravilló Pilatos de que tan á priesa hubiese expirado un hombre de tan linda complexión y en tan florida y robusta edad (Marc., 15). Y como los cirujanos suelen hacer notomía del que muere, cuando de su muerte no hallan causa, así la hicieron de Cristo; que uno de los soldados le abrió su pecho con una lanza y descubrió el corazón, y echóse de ver que el amor que dél se había apoderado era causa de su muerte, porque salió dél agua y sangre, como si estuviera vivo. Allí se tomó experiencia de que el amor es fuerte como la muerte (Cant., 8). Y más, que aquí trocaron la muerte y el amor los arcos y las aljabas, y desde aquel punto el amor mata y la muerte enamora. ¿A cuántos ha muerto el amor enamorados de la muerte? Así dijo San Pablo (Philip., 2): El morir es ganancia. Antes deste tiempo era cosa muy espantosa el morir, era pérdida grande; pero aquí quedó la muerte tan amable y de codicia como la ganancia; y la amarillez suya, que la hacía fea y horrible, ya es color de oro, que alegra el corazón. Ya dice la Esposa (Cant., 4): Herida estoy de muerte; pero no la muerte, sino el amor me hirió. ¡Oh padre beatísimo, dejemos las enfermedades y dolores en que tan parecido fuistes á Cristo, y vengamos á contemplar esas cinco llagas que hizo en vos el amor! ¿Qué os falta para estampa de Cristo? Él dijo, hablando con San Felipe (Ioann., 14): El que á mí me ve, ve á mi Padre. ¿Por ventura no podrá decir eso mismo de vos? ¿Quién mirará á San Francisco llagado que no se acuerde luego de Cristo crucificado? Sino que hay en ello de consideración que Cristo sin llaga mortal muere, y vos con herida penetrante en el pecho vivistes dos años y más; y ambos son efectos de amor: á Cristo mata, y á vos os conserva vivo. En Cristo pareció milagro, y lo fué, morir tan á priesa: murió con voz grande y esforzada, y envió el espíritu (Luc., 33), que no es de los que mueren de ordinario, que de flacos no pueden respirar ni detener el alma, aunque quieren, como dijo el Sabio (Eccles., 8). Y en vos fué también milagro, pues con llaga penetrante nadie puede naturalmente vivir mucho tiempo. Y es el secreto, que de la muerte de Cristo resultaba el desenojo de Dios, enojado con el mundo, el remedio de los hombres, el despojo del infierno y todo el bien de las almas; y así se dió priesa el amor á matarle, porque es recio caso tener á Dios

enojado ni por un instante. Mas en vos, santísimo padre, el morir de espacio era acrecentamiento de merecimientos y reformación del mundo y renovación del misterio de nuestra redención, que ya estaba borrado de la memoria de los hombres. Así dijo un Pontífice romano viendo el cuerpo deste llagado (Chronica) ([1]): Si la fe se perdiese, bastaría sacar esta estampa de Cristo crucificado por el mundo para cobrarse y volver á su punto.

§ VIII

Discipulo.—¡Oh quien llegara á mirar de cerca aquel corazón de nuestro padre San Francisco, por aquella ventana que le hizo el amor!

Maestro.—Luciano cuenta en un Diálogo suyo de un Momo que puso falta en la fábrica y compostura del hombre, porque, á su parecer, había de tener una puerta ó ventana en el pecho por donde le pudiesen ver el corazón, para que no hubiese doblez ni engaño en él; y engañóse el necio, porque en el corazón del hombre se fraguan tantas torpezas, vanidades y locuras, que si se manifestaran no se pudiera vivir entre gentes. Un portillo mandó Dios á Ecequiel (Ezechiel, 8) que abriese en el templo, que es el alma, y vió dentro tantas abominaciones y suciedades, que fué necesario volverlo luego á cerrar. Al fin, corazón donde manan aquellos ríos de Babilonia, malos pensamientos, hurtos, homicidios, adulterios, etc. (Math., 9) ([2]), ¿qué hay sino tapallo á piedra lodo? Bien supo Dios lo que hizo en guardalle tan guardado y escondelle donde nadie le pudiese ver, y de manera que el parecerse y el morir fuese todo uno. El corazón de Cristo, que en los pensamientos no tuvo semejante, corazón puro, casto, leal y amoroso, ese fué bien que se abriese, que por eso le hizo puerta el amor, para que vean todos sus pensamientos. Abrió, dice el Evangelio, la lanza su lado ([3]). No dice rompió, sino abrió. Puerta es, y licencia tenemos para llegar á mirar por allí los pensamientos de Dios.

D.—Desa manera también podremos llegar á ver el de nuestro padre, pues que el amor le tiene hecha puerta como al de Cristo.

M.—Muy bien puedes, hijo mío, llegar con la atenta consideración, que el que abrió puerta, da licencia para que le vean todos los que quisieren. Casto es, limpio, amoroso, leal, ajeno de toda inmundicia, lleno de toda pureza celestial y paraíso de deleites de Dios. Allí se pasea el divino Esposo y hace ramilletes de olorosos y santos pensamientos. Imperfección fuera estar este corazón escondido; y con ventana, no hay más que desear. Esta fué la última mano que puso Dios en este retrato suyo, y con que quedaron seguras y selladas las mercedes hasta aquel punto recibidas. Y creo cierto que, como le hizo tan parecido á sí en la vida y en la muerte, lo es agora en la gloria.

D.—El Señor te la dé y te consuele, que así has regalado mi espíritu con ese tan dulce, sabroso y sabio discurso.

M. Dios nos deje sentir en nosotros lo que en Cristo Jesús, como lo pide el Apóstol (Philip., 2), que por sentirlo nuestro padre San Francisco llegó al punto que has visto: llegó á ser otro Cristo del amor. Para esto te aprovechará grandemente saber las causas que da Ubertino de Casal del crecimiento de las angustias y congojas del Redentor; las cuales te quiero referir aquí sucintamente y con la brevedad posible, porque se nos va haciendo tarde. Tuvo, dice Ubertino, lo primero una representación viva de la cruelísima muerte que había de padecer, tan viva, que de la manera que en el hecho padeció se le representó y iba pesando los dolores, las afrentas, los malos tratamientos y el despedirse el alma del cuerpo, con todo lo demás desta lamentable tragedia, como ello era. Lo segundo, el desamparo (de que ya dijimos arriba), aquel dejar Dios la humanidad sola y expuesta á tantos y tan crecidos tormentos. Represéntanse lo tercero la obstinación y dureza endemoniada de los judíos y la ingratitud de muchos á tanto beneficio; y que la mayor parte de los hombres, por quien tan amarga muerte sufría, se habían de condenar, y que sus trabajos, cuanto á aquellos, eran en vano. Al fin la pasión de su alma fué tan grande cuanto era grande el amor que tenía á Dios

([1]) *Chrónica seráfica.* Puede consultarse á Lisboa, Parte I, lib. X, cap. 1: «De como está sepultado el cuerpo del B. P. S. Francisco en la ciudad de Asís». Pero como la frase se funda en la leyenda que antes he rechazado, este testimonio queda sin eficacia.

([2]) Aunque todas las ediciones antiguas citan aquí el salmo 39, hay equivocación, que corrijo poniendo el lugar del Evangelista á que alude.

([3]) Edición 1885: *su costado.*

y al prójimo. Tanto se dolió de las injurias hechas contra Dios y de la perdición del hombre injuriador, cuanto amaba á Dios y á los hombres. De manera que el dolor en Cristo se ha de medir y regular con el amor, que, como bien saben todos, nadie se duele si no ama, y tanto se duele como ama. Pues si, por razón de la unión divina, Cristo amaba al Padre lo que no puede estimarse, sumamente, y al prójimo, por el cual moría, bien se puede colegir que, en cuanto pasible, fué inestimable el dolor, pues que el amor no tuvo medida. Esta es una razón admirable y que engrandece lo que es posible los dolores en Cristo, y más si le juntas que recogió en sí todos los pecados cometidos y que se habían de cometer hasta la fin del mundo, para satisfacer por ellos cuanto á la suficiencia; porque desta suerte se llama y es Redentor de todos. Y porque era viador y comprensor, conocía todos los pecados juntos con más claridad y distinción que tú puedes conocer uno solo, y cualquiera pecado mortal, respecto del ánima del dulcísimo Jesús, fué como una cruz con cinco clavos agudísimos, que cada vez que se le representaba, ó cometido, ó que se había de cometer, le hacía de un golpe cinco mortales llagas; en cuyo argumento quedó en su cuerpo con ellas, mostrando por aquí que quien mortalmente peca de nuevo le crucifica su alma, resucitando en ella las causas de su muerte. Fuera desto (y sea la cuarta razón de su pena), sintió en sí mismo, no sólo los tormentos de los mártires, sino también los trabajos, penalidades, dolores, angustias, confusiones, escarnios y aprietos interiores y exteriores de todos los justos, cuya cabeza era, compadeciéndose dellos en ellos, como amigo verdadero, porque los amó como á su misma vida, como quien finalmente la ponía por ellos: y así padeció juntamente con ellos, para que sus pasiones fuesen llevaderas y de provecho. Y así es que el desconsuelo de Cristo en sus pasiones es el consuelo del mártir en las suyas. La última causa es para muy á solas y para cuando de propósito escribamos de pasión, si el que padeció por nos así lo dispusiere. Fué la vista de la afligidísima Madre, que al pie de la cruz estaba mirando cómo el Autor de la vida se despedía della. ¡Oh representación extraña! Piensa tú esto despacio, que yo no lo tengo para decirte más por agora.

D.—Hasme dicho tanto y tan bueno, que me parece que has descubierto en mi alma el Reino de Dios. Y creo firmemente que Cristo crucificado es la infalible puerta y entrada para él.

M.—Bien dices, pero advierte que esta entrada en el Reino de gracia y de gloria, digo, en el que Dios tiene en nosotros y en el que tiene para nosotros si somos de sus escogidos, la defienden doce fuertes jayanes que al principio te dije, como los que defendían la entrada de la tierra de Promisión á los hijos de Israel; y si no se vencen y derriban por tierra, despídete del un Reino y del otro; y éstos vencidos, luego quedas rey en el Reino de gracia, y verás á Dios reinar en ti; el cual te asegura con su presencia, cuanto lo sufre el estado [1], el Reino de su gloria.

§ IX

Discipulo.—¿Qué enemigos son esos? porque quiero comenzar luego á pelear con ellos.

Maestro.—Yo te los diré y enseñaré cómo los puedas derribar y vencer. El primero impedimento del aprovechamiento espiritual es desordenado amor á sí mismo ó á alguna de las criaturas del mundo.

D.—¿Cuál tienes por desordenado amor á las criaturas?

M.—El que inficiona nuestra alma con varias imágenes y representaciones de ellas y la perturba y distrae del actual amor de su Dios, aficionándola á ver, oir, gustar y saber cosas en que pura y principalmente no se busca la gloria del Criador. Y yo no sé cómo se puede decir que es espiritual el que tiene su corazón aficionado y apasionado á las riquezas y á los vestidos y aderezos personales, á los libros, alhajas exquisitas, curiosas y costosas, y otras cosas acomodadas á la vida humana, ora sean necesarias, ora superfluas, si la afición llega á sentir sensual deleite en la posesión de lo dicho y desconsuelo si fuese privado de ello. El que de esta manera vive aficionado, sin ninguna duda es propietario en los ojos de Dios; porque la pobreza de espíritu que predica y enseña el Evan-

[1] La edición 1885 omite este inciso que tiene relativa importancia para probar la ortodoxia del Padre Angeles.

gelio principalmente consiste en que de tal manera posea el hombre las cosas temporales como si no las poseyesse, como lo dijo el Apóstol (I Cor., 7), aparejado siempre á carecer dellas cuando la voluntad de Dios ó de sus prelados lo ordenase, ó en otra manera fuese desposeído dellas.

D.—¿Cómo puede la carne dejar de sentir el perder lo que con amor posee?

M.—Ese amor andamos por destruir en ella; cuanto más que no se ha de tomar el voto y parecer della, sino del ánimo desapasionado y de la razón, que enseña que todo cuanto tenemos es hacienda de Dios al quitar, el cual se queda con el señorío de todo y nos da la posesión por el tiempo que le parece y es su voluntad. Y presunción es de Santos no creer que de otra mano que la suya puede venirnos ni mal de pena ni bien alguno.

D.—Santo Tomás dice que la perfección no consiste esencialmente en la pobreza y mengua de las cosas, sino en la secuela de Cristo según las interiores virtudes.

M.—Dice muy bien, y así te digo yo que cualquiera que tiene libertad de ánimo y puede resignar todas sus cosas en el divino beneplácito perfectamente, ora se las quite, ora se las aumente, y no quiere dellas más de cuanto sirven á la necesidad suya y honra de Dios, según todo su entendimiento, considerado el estado, condición, naturaleza y otras particularidades á que se ha de tener atención, si supiese qué agradaba más á Dios vendiéndolas y repartiéndolas á los pobres y para hacer esto estuviese aparejado, éste tal tiene perfecta pobreza de espíritu. Y aunque la carne por su fragilidad tirase coces y murmurase algún tanto en la pérdida y destierro dellas (que al fin somos hombres), no nos juzgaría ni condenaría Dios por este sentimiento de humanidad y naturaleza, sino por la voluntad determinada y aparejada para cualquiera suceso y que con Job dice (Iob, 1): Dios me lo dió y Dios me lo quitó, sea su nombre bendito. Esta es esencial pobreza, la cual deben procurar todos los escogidos y perfectos, para que puedan siempre ofrecer al Señor, desnudo, quieto y sin perturbaciones, su corazón. Y con estas condiciones puede uno, con la posesión de un reino y de todo el mundo, ser verdaderamente pobre. También quiero que sepas que no por haber profesado la Regla de nuestro padre San Francisco, en la cual prometiste la muy estrecha pobreza del Evangelio, eres perfecto, sino obligado con todas tus fuerzas á procurar la perfección, que consiste en el desasimiento de todas las cosas del mundo, de manera que á ninguna de todas el corazón esté inclinado ó aficionado, antes reciba con tedio y enfado las necesarias al uso y sustentación de la vida humana, como se lee de San Bernardo, que iba al refectorio á comer como al tormento; y esto para poder mejor volar á los abrazos de Jesucristo crucificado y amado, libre y desnudo el afecto.

D.—Bien es menester pelear para vencer este gigante.

M.—Pocos hay que del todo le venzan, y por eso pocos que con libertad entren en el Reino de Dios, donde sólo se halla su imagen sin otra de cosa criada. Esta pobreza es la primera en orden de aquellas ocho paradojas ó bienaventuranzas que predicó Cristo en el monte, y es como madre de todas las virtudes; porque, como dijo muy bien San Ambrosio, el que menospreciare las cosas temporales merecerá sin duda las eternas. Ni puede alguno alcanzar el mérito del celestial Reino, que poseído de la codicia del mundo no tiene libertad de sacar la cabeza y salir de sus tempestuosas aguas. Piensa, pues, en esto y rúmialo; porque si en esta primera aventura sales victorioso, tus enemigos todos sin mucha dificultad se prostrarán á tus pies. Y con esto me despido de ti por hoy. Y á la hora de esta tarde nos veremos mañana, siendo el Señor servido, y te descubriré los otros once enemigos que puestos en celada salen á los que con descuido hacen estas jornadas, y los roban y saquean todas las riquezas del espíritu y cierran las puertas y entradas al Reino de Dios. El quede contigo. Amén.

DIALOGO SÉPTIMO

De los once enemigos que defienden la entrada al reino de Dios.

§ I

Maestro.—Todo lo que quieres puedes conmigo, hijo Deseoso, aunque sea á mi costa.

Discípulo.—Bien sé que te cuesta mucho el enseñarme; pero de Dios habrás el premio,

que pues le tiene un cabello tirado de la cabeza de un justo y un jarro de agua fría dada por su amor (Luc., 21; Math., 10), tantos trabajos y vigilias por su servicio y en aprovechamiento de su Iglesia no podrán dejar de ser premiadas aventajadamente.

M.— El premio que yo querría es que se agradase Dios de mí y de lo que en su nombre hago y escribo.

D.—Esa es una de las condiciones de buen soldado en la milicia espiritual, según el parecer del Apóstol San Pablo en la segunda carta que envió á su discípulo Timoteo.

M.—Mucha razón tienes, y no me huelgo poco de oirte alegar esa escritura; mas no se te pase por alto lo que allí dijo ese gran maestro y Doctor de las gentes, conviene á saber: que el siervo de Dios no se ha de entremeter ni enredar en negocios del mundo, ni se ha de sujetar al gusto del hombre animal; porque toda su ansia y deseo ha de ser de agradar á Dios, á cuyo servicio ya una vez se dedicó y ofreció todo.

D.—Dificultosísima debe ser la mortificación de los sentidos y de ese hombre animal ó sensual que dices.

Mortificación de sentidos, cuán dificultosa.

M.—Ese es el segundo jayán y enemigo que impide y defiende la entrada al Reino de Dios; es el que nos quita la facilidad de aspirar á Él y nos priva de la devoción interior y de aquel gusto suave y sabroso que en los ejercicios espirituales suele hallar y gozar el alma. Y sentencia es del mismo Apóstol (1 Cor., 2) y parecer de los Santos, y verdad conocida y experimentada de todos los contemplativos, que el hombre animal no percibe, ni entiende, ni le arman las cosas que son del espíritu de Dios, ni la sabiduría suya, como dice Job (Iob, 28), se halla en la tierra á donde sensualmente y con deleite se vive, ni se da la consolación divina á los que admiten la ajena, conviene á saber, de la carne. Por lo cual debes velar cuidadosamente en que tu corazón no se apasione por alguna cosa fuera de Dios, porque el afecto esté y persevere siempre libre para solo Él, por cuyo amor y voluntad has de comer cuando comieres, y ayunar cuando ayunares, y velar cuando velares, y hacer ó dejar de hacer todas las cosas. Que no niega el misericordioso Señor el moderado cuidado de nuestros cuerpos, como el principal sea de agradarle. Al fin, y por conclusión, te digo que es necesario morir lo sensual en el hombre para que se salve todo el hombre.

§ II

Discípulo.—Algunas personas tengo vistas en los pocos años que ha que soy religioso (que en los de mi mocedad no atendía más que á perderme) amigas de comer y beber con regalo, de un rato de buena conversación cada día, de un dicho gracioso y de risa, de oir nuevas de camino, de familiaridades ó amistades estrechas y otras cosas que aquí dejas condenadas; y junto con esto las veía muy aficionadas de Dios, muy devotas y al parecer muy espirituales.

El afecto natural se parece mucho con la devoción.

Maestro.—Esa devoción y esa santidad es fingida y engañosa: es un afecto natural y sensual que se parece mucho con la verdadera devoción y amor divino, estando á la verdad muy lejos de ser uno ni otro. Hallarás hombres y mujeres de su naturaleza alegres y amorosos, los cuales facilísimamente se mueven y encienden en el amor y deseo de cualquiera cosa á que se convierten y aplican. Y aunque algunas veces el Espíritu Santo consolador, por su bondad, comunica á los tales la gracia de la devoción sensible, lágrimas y afectos espirituales, como no saben usar ordenadamente y como conviene destos sus dones, ni quieren morir á sí mismos ni á sus bestiales ó sensuales apetitos, cada día son peores. ¿Y no es llano del Evangelio (Math., 16), que el principio del aprovechar en la vida espiritual y el primer escalón della, es la mortificación de los sentidos y de la propia voluntad? Si la sensualidad no perece, todo cuanto bueno hay en el hombre perece: la penitencia, los ayunos, las vigilias, la oración y las demás obras virtuosas.

D.— Bien me dijistes al principio que mi pretensión era grande y grandes las dificultades que había de vencer para salir con ella; mas nunca me acabé de persuadir que fuesen tantas, hasta este punto que te oigo decir que tengo de dejar todo lo que deleita la carne y todo aquello por que los sentidos del hombre animal se apasionan.

M.—Lo dificultoso de la vida espiritual no consiste tanto en obrar cosas admirables cuanto en dejar las muy pequeñas. Pequeñas eran las que dejó San Pedro y los demás apósto-

Lo más dificultoso de la vida espiritual consiste en dejar.

les, cuando llamados por Cristo le siguieron; y con todo dice el discípulo al Maestro, en nombre de los demás, que advierta y mire que dejaron por Él todas las cosas; significando en esto que cuesta mucho el dejar, aunque lo que se deja sea poco: unas redes remendadas y un barco viejo. ¿Pues cuánto más lo será dejarse el hombre á sí mismo, sus gustos, sus deleites y codicias?

§ III

Al fin el punto crudo de la perfección, digo, lo que lastima y duele en este viaje del cielo, está en dejar, y dejar por Dios.

Discípulo.—¿Y por ventura en ese redoble (por Dios) consiste todo el mérito de los que dejan?

Maestro.—Claro está, porque dejar sin Él, Crates [1] lo hizo, y otros filósofos que, con fines vanos dejaban las riquezas, la conversación y trato de los hombres, despreciaban el aparato y pompa del mundo, huían á la soledad y hacían rigurosas abstinencias. Y los que tocados de vanidad y prendados del amor propio hacen y dejan muchas cosas, ¿por ventura no son menospreciados de Dios? Él mismo dice dellos (Math., 5): Recibieron su galardón.

D.—¿Cómo podré yo conocer sin engaño que me busco á mí más que á Dios en lo que hago ó dejo de hacer?

M.—No sin mucha dificultad verdaderamente, porque el amor filial y el amor servil, de donde nuestro obrar todo procede, son entre sí tan semejantes y parecidos como lo es un cabello con otro; y si no es por la intención, no hay entender cuándo obramos como hijos, cuándo como siervos. Y porque desta materia trataremos presto en su propio lugar, apercíbete varonilmente contra este gigante y presta atención á lo que te quiero decir del tercero, que no es menos poderoso ni dificultoso de vencer que él; y bástale para que esto se entienda el nombre.

D.—¿Cómo se llama?

M.—Bienmequiero.

[1] Todas las ediciones dicen *Sócrates;* pero el hecho histórico alegado por S. Jerónimo (Lib. 3 in Mat., cap. 19), al cual sin duda alude el autor, se refiere á Crates: «Hoc enim et Crates fecit philosophus et multi alli divitias contempserunt».

D.—¿Luego impide la entrada del reino de Dios el quererse bien el hombre á sí mismo?

M.—El Evangelio ¿no está clamando que ninguno puede ser discípulo del Crucificado si no es aborreciéndose á sí y á todo lo que el hombre animal ó bestial (que en solo lo que está sujeto á los sentidos se ceba) ama y quiere? Entiende que Bienmequiero es un amigo fingido y enemigo disimulado de nuestro bien; porque, so especie de amistad y de bien querer, nos acarrea todo mal y nuestra final condenación. Es aquel «yo» á que se hallaba muerto el Apóstol por vivir en sí Cristo (Philip., 2). Es aquella ley de miembros que contradice á la ley del espiritu y nos lleva cautivos á la ley del pecado. Es aquel afecto de carne que San Pablo llamó sabiduría (Rom., 6; Rom., 8), que ni está sujeto á la ley de Dios ni puede estarlo. Es un monstruo de dos caras, que parece que obra por Dios y obra por sí mismo (Math., 5). No te impedirá el hacer penitencia, el evitar los pecados, el huir y menospreciar los deleites, las vigilias largas y prolijas de la noche, los ayunos rigurosos, la estrecha guarda de tu profesión y regla. Mas si examinas estas obras con diligencia, hallarás en ellas á Bienmequiero, el cual obra siempre por sí mismo por evitar alguna confusión, algún daño, alguna deshonra ó pérdida temporal, algún remordimiento de conciencia, los tormentos del infierno ó purgatorio, ó por adquirir hacienda, favores ó amistades de hombres, honras y aire popular ó por algnna espiritual devoción y dulzura sensible, y, lo que es más de consideración, por alcanzar de Dios el premio del Reino celestial. De manera que á la sombra y olor de la virtud tratan de sus particulares intereses los que sujetaron su cuello á este tan disforme gigante, haciendo principalmente por su interese lo que príncipalmente hubieran de hacer por Dios. En los cuales puede más un favor de un príncipe ó el crédito del mundo para componerse y humillarse que las meditaciones de la gloria ni el discurso de la pasión y muerte de Cristo. Y vese claro ser esto así, porque si supiesen éstos que ningún premio habían de tener de Dios, ni temporal ni eterno, por lo que hacen, yo salgo por fiador que no se moviesen á hacerlo con tanta perfección, al parecer, de los que los miran. De aquí

Amor de sí mismo ó Bienmequiero, amigo fingido y enemigo disimulado.

El favor de los príncipes humilla, aunque fingidamente.

viene engrandecer sus obras y agradarse á sí mismos en ellas, descansar en si y estar de sí muy satisfechos, gloriándose más en sus merecimientos que en la libertad de hijos de Dios, fuera del cual ninguno debe gloriarse ni tomar contentamiento (1 Cor., 1; Hier., 9). ¡Oh cuán sucia y de mal olor es esta intención en el acatamiento de Dios, pues que obras tan maravillosas así las vicia y disminuye, que son habidas por de ningún valor!

§ IV

Discipulo.—¿De dónde ó por qué reciben tanto daño?

Maestro.—Porque buscándose á sí más que á Dios, más su gusto y interese propio que la gloria del Criador, recibieron aquí (como ya oiste) su galardón. Mas porque, como dice Crisóstomo, la intención pone nombre á nuestras obras y es la que diferencia los hijos de Dios de los que lo parecen y no lo son; y el quicio de toda nuestra salud se vuelve y revuelve sobre ella, cuando es casta y pura (que pocas veces hoy se halla), lo que principalmente conviene y es necesario para la vida espiritual es que en todas las cosas que se hubieren de hacer ó dejar de hacer, ó aborrecer, ó apetecer, sufrir ó desear, la intención y los ojos del alma tengan por blanco principal á solo Dios; y ninguna otra cosa deseen y busquen en todo sino su honra y altísimo beneplácito, sin respeto principal á nuestro bien particular. Tres maneras de intención han hallado los santos: una perfecta, otra más perfecta, otra perfectísima. La primera llaman recta ó derecha. La segunda, simple ó sencilla. La tercera, deiforme. La intención recta es cuando yo obro algún bien ó dejo algún mal, principalmente por Dios. Esta, aunque es buena, no es suficiente para la perfección, porque le falta ser simple. Es de la vida activa, que consiste en multiplicidad, que se distrae y se turba, aunque el fin de todas sus obras sea Dios. La intención simple hermosea mucho el alma, porque sin medio alguno se llega á Dios por ella; y es propia de la vida contemplativa, porque no solamente tiene por fin de sus obras agradar, honrar y confesar á Dios, sino que las ordena á El de manera que le goce siempre presencialmente con todas sus fuerzas en un amoroso y actual amor. Dícese simple, porque á la rectitud con que obra añade simplicidad y evita toda multiplicidad. Ella es una cierta inclinación amorosa de nuestro interior espíritu en Dios, alumbrada con su divino conocimiento, adornada de fe, esperanza y caridad, y es el intrínseco fundamento de la vida espiritual; y digo fundamento, porque por ella se sube á la tercera intención, que dijimos ser perfectísima, la cual busca solamente la honra y gloria de Dios y su divino beneplácito, así en las cosas adversas como en las prósperas. Y ¡bienaventurado el que tanto bien alcanzó! porque, como dice Bernardo, el que así está aficionado á Dios y que desta manera dispone sus obras, una cosa se hace con Dios y con Dios goza de Dios.

Cuanto puede la intención y de cuántas maneras es.

Intención recta.

Intención sencilla.

Intención perfectísima.

D.—No he comprendido la diferencia que pones entre la intención simple y la deiforme; si puedes dar algún ejemplo, hariame mucho al caso, porque éstos vuelven fáciles las cosas tan dificultosas como esa.

§ V

Maestro.—Aunque el fin de la simple intención en todas las cosas sea Dios, y además de esto vaya cuanto es posible encaminada inmediatamente á solo El y por El, no es el total fin de ella el mismo Dios; porque también se mira el hombre aquí á sí mismo, deseando y procurando su consuelo espiritual de muchas maneras, aunque sea Dios, como digo, lo principal á que atiende. Y sin duda son muy pocos los que están tan prontos y voluntarios para el desamparo, esto es, para carecer de la suavidad y gusto interior, como para la afluencia y abundancia de los regalos del espíritu. Y es la razón porque aún no están del todo muertos á sí mismos para sufrir adversidades y calamidades interiores ó exteriores, hasta subir á otro más alto grado de intención. Esta es la deifica ó deiforme que enseña á obrar por amor del fin eterno, adonde nada se halla de voluntad propia, ni mezcla de interese ó gusto particular. Esta manera de intención comiénzase en la vida presente, mas en el cielo se perficiona, porque allí los bienaventurados así son absorbidos y tragados de Dios ó transformados en su querer, que aunque en ellos quedará la sustancia, será

empero otra forma, otra gloria y otra potencia. Cumplirse ha lo que dijo el Apóstol (I Cor., 15): Allí será Dios todas las cosas en todos.

Discípulo.—No entiendo ese lugar de San Pablo.

M.—Bien dificultoso es y no da lugar la materia que vamos tratando para detenernos de propósito en él. San Agustín (August, *de Civitate Dei*) dice que será Dios á sus escogidos, cuando hayan resucitado en cuerpos y almas, todas las cosas; porque será premio de la virtud el que dió caudal para obrar virtud, y será de donde tendrán toda satisfacción y hartura los que por El padecieron hambre; será, finalmente, vida, salud, fortaleza, abundancia, honra, gloria, paz y fin de todos los justos deseos; y será todos los bienes en todos. De manera que no habrá necesidad de mendigar ningún bien de otra parte para ser perfectamente bienaventurados los Santos que reinan con Cristo, ni cuanto á los cuerpos ni cuanto á las almas. San Juan Crisóstomo interpreta este lugar de otra manera y San Jerónimo de otra, y los más de los doctores varían; mas yo me atengo al primer sentido, que es sin ninguna duda admirable para nuestro propósito, y es del autor de la *Teología mística* (Henr. Harp.); y si tú no le entiendes, yo me detendré más en su declaración.

Dios es todas las cosas en todos, y cómo.

§ VI

Discípulo.—Dime siquiera una palabra.

Maestro.—Digo que en el cielo no ha de haber más de un querer en todos, y ese querer es el de Dios, y ese pedimos en la oración del Pater noster, cuando decimos que se haga la voluntad suya en la tierra como se hace en el cielo (Math., 6). Será tan perfecta la transformación que se hará de los bienaventurados en Dios, que más parecerán dioses que hombres; serán como el hierro caldeado en la fragua, que, como en otra parte dijimos, se viste todo de calidades de fuego, siendo de verdad en la substancia hierro. Desfallece allí todo el hombre, y no se siente en él otra cosa sino Dios. ¿Pudiérase por ventura verificar lo que dice el Apóstol: Será Dios en todas las cosas, si hubiese alguna en los Santos que contradijese al querer y voluntad de Dios?

D.—No por cierto.

M.—Pues eso vamos buscando cuando tratamos de alcanzar en la tierra la tercera manera de intención, que se llama deiforme, que estando en la composición de la palabra latina, quiere decir intención regulada y formada al querer de Dios, que quiere lo que Dios quiere y cómo y cuándo lo quiere. Y esto es lo que enseña el muy docto y pío padre fray Alonso de Madrid, de nuestra Orden, que escribió el *Arte de servir á Dios*, en el segundo y sexto notables, que es lo mejor que contiene toda su obra. ¿Pero qué hacemos? El cuarto gigante, tan parecido al pasado que parece uno, se nos entra por las puertas del corazón, y es necesario tocar al arma y armarnos de fe y caridad para defenderle la entrada, que impide la nuestra para el Reino de Díos.

D.—¿Cómo ha nombre [1] ese gigante?

M.—Amor propio. Es una complacencia que tiene el hombre de sí mismo, una secreta elevación del alma, una tesura [2] del corazón, que principalmente nace de las buenas obras y ejercicios espirituales, como la polilla del paño y la carcoma del madero. Hallarás hombres tan vanos, tocados desta peste, que encumbrando y levantando sus cosas hasta el cielo, de allí son malos de donde otros toman ocasión para ser santos, haciendo ponzoña y veneno de los remedios y medicinas contra veneno [3]. Es esta una fingida justicia, que huele tan mal en el acatamiento de Dios, que no hay cloaca ni estercolero tan sucio y de tan mal olor como ella; porque, bien considerado, procede de ánimo sin mortificación y de pecho hinchado y soberbio, como lo era aquel del vanísimo Fariseo (Luc., 18), que, anteponiéndose á todos, á sí solo se justificaba y al Publicano, con el restante del mundo, condenaba en su oración.

Amor propio y amor de sí mismo difieren en algo.

D.—Al fin ¿no hay cosa que tanto nos dañe como la arrogancia y vana presunción?

M.—Ninguna; por lo cual te digo que todos aquellos que no permanecieren en el humilde conocimiento de su vileza y en el menospre-

(1) Edición 1885: *¿Qué nombre tiene?*

(2) Edición citada: *un engreimiento.*

(3) La misma: y *medicinas más contrarios suyos*; queda la frase más confusa que en las ediciones antiguas.

cio de sí mismos, sin duda serán desamparados de Dios y sin algún remedio dejados en su obstinada voluntad. Y con esto me despido de tratar más del amor propio, suplicando á Dios le despida de mi alma, pues no se compadece con el suyo, como no se compadeció con el Arca del testamento el ídolo Dagón (1 Reg., 5).

§ VII

El que venció al amor propio, venció todos los enemigos del alma.

Y si quieres tener perfecta noticia de los daños que hace en el alma esta bestia fiera y de cómo es raíz de todos los males y pecados, lee el capítulo veinte y veintiuno y veintidós de los nuestros *Triunfos*, que allí traté magistralmente. y de propósito de ella. Y estoy por decir aquí que los enemigos que quedan por examinar en esta conquista son hijos legítimos de éste y que todos caerían á nuestros pies, si á éste se le quebrase la cabeza con el odio santo.

Discípulo.—Yo me consolaría mucho si antes que en particular tratases de cada uno de los enemigos que nos quedan me dijeses cuáles son, por ver junta la familia y sucesión de tan maldito padre.

Maestro.—El primero es Amor de alabanza; el segundo, Pertinacia de propia voluntad; el tercero, Negligencia; el cuarto, Escrupulosidad; el quinto, Solicitud temporal; el sexto, Accidia ó tedio en la virtud; el séptimo, Gula espiritual; el último, Especulación.

D.—Verdaderamente dijo bien el santo Job (Iob, 7), que la vida del hombre sobre la tierra era una perpetua milicia y contienda, sin interpolación ni treguas.

M.—Común es á todos los hombres vivir en esa guerra, pero particular á los cristianos, y mucho más á los varones espirituales, que con su vida virtuosa y santa y costumbres del cielo despiertan contra sí todo el infierno. ¿Y de dónde piensas tú que tuvo principio aquella oración, no menos piadosa que llena de fe, con que la Iglesia despide de la presente vida sus hijos, en cuyos enterramientos y cabo de años cierra sus oficios, diciendo: *Requiescant in pace?* De haber considerado, con Job, que en este mundo no hay sino guerra y que todas las cosas dél están llenas de peligros, de dolores y congojosas fatigas. Y es muy conforme á razón que al que muere le digamos que repose en paz, como dijo Isaías (Isai., 57) del justo que muere. Y á la verdad, la paz, que, como dijo el Apóstol, es todo el bien, no se halla ni se goza sino en el Reino de Dios, adonde van á parar los que mueren en Cristo; que á solos esos dice el Espíritu Santo (Apoc., 14) que descansen de sus trabajos. En otra parte Isaías dijo (Isai., 35): No estará allí león ni mala bestia. Entendiendo por el león, según San Jerónimo, al demonio, y por bestia mala toda la canalla infernal que siempre nos persiguen y molestan con importunas tentacioues. Y si estos y los demás enemigos conjurados en nuestro daño, y que de día y de noche y á todas horas nos combaten, están excluídos y desterrados de aquella pacífica morada de Sión (Heb., 4), bien se sigue que habrá allí eterno descanso, solemnidad perpetua, perpetuo y bienaventurado sábado. No se oirán allí las importunas voces de los rigurosos sobrestantes de Faraón (Exod., 5), ni nos desconsolará la consideración de las tareas ordinarias y de cada día, porque siempre será fiesta y día de descanso. Asentarnos hemos, como dijo un profeta (Isai., 32), en los tabernáculos ó moradas de confianza, y en un descanso opulento y rico (Heb., 4). ¡Oh! ¿por qué no nos damos priesa á entrar en este descanso? ¿Qué hacemos aquí? ¿Qué cosa hay en el mundo que no esté más llena de acíbar que de azúcar? ¿de hiel que de miel? ¿de fastidio y de enfado que de gusto? En nuestra patria, dice Isaías (Esai., 66), será mes de mes y sábado de sábado. Quiere decir: Habrá descanso y pascua perpetua, constante y firme. Pues no desmayes, hijo Deseoso, aunque los enemigos sean aquí tantos y tan disformes, los trabajos tan continuos, la guerra tan ordinaria, pues que la fe te enseña que algún día se te ha de decir que descanses en paz.

Por qué despide la Iglesia á sus difuntos con estas palabras: Requiescant in pace?

§ VIII [1]

Si, que no vino el Hijo de Dios á pregonar paz en la tierra, sino á meter en ella cuchillo y á publicar guerra contra los familiares y domésticos de casa (Math., 10). Y aun cercano

[1] La edición de Madrid, 1608, no lleva esta división del párrafo VIII por olvido de los cajistas, pues la princeps y la de Alcalá, 1602, no la omiten.

á su muerte dijo á sus discípulos (Luc., 22) que el que no tuviese espada vendiese la túnica y la comprase.

D.—Ese es lugar dificultoso.

M.—No lo sabes bien.

D.—Pues no vayas adelante sin que yo lo entienda, porque á mi juicio parece contrario: lo primero, á la doctrina del Evangelio, que manda (Math., 5) que no resistamos al mal, y que si nos hirieren en un carrillo volvamos el otro para que nos lo hieran. Y aun los profetas (Esai., 2) tratando del estado de paz de que había de gozar el mundo con la venida del Mesías, no hallaron cómo significar esto mejor que con decir que las espadas se habían de convertir en arados y las lanzas en guadañas ó hoces (Mich., 4), que son instrumentos de labradores que pacíficamente labran y cultivan sus heredades. Parece también contrario á la razón, porque no es fortaleza acometer cuando la ventaja del enemigo es conocida. Y si sabe Cristo, como de verdad lo sabe, que ha de venir un ejército de hombres armado á prenderle en el huerto, ¿de qué sirve mandar á sus discípulos que estén apercibidos y que compren espadas, aunque sea vendiendo para ello las camisas ó túnicas interiores? ¿Cómo han de poder tan pocos, dejados á sí mismos, contra tantos?

Qué significa El que no tiene espada venda la túnica y cómprela?

M.—La sincerísima inteligencia deste lugar, según el parecer de hombres muy doctos y versados en la Escritura, es dar á entender Cristo á sus discípulos la diferencia del tiempo en que agora estaban de los pasados; que aquéllos eran de bonanza, èste de tribulación y angustia, que como dijo el Sabio (Eccles., 3), tiempo hay de paz y tiempo de guerra. En un tiempo les mandó que cuando fuesen á predicar ni llevasen alforja, ni bolsa, ni un báculo con que herir un perro (Luc., 10; Math, 10; Marc., 6); ahora les dice que se provean de uno y otro, y que para defensa de sus personas vendan, si fuere menester, la túnica y compren espada. Antes de la pasión y muerte de Cristo honraban y regalaban á los discípulos por el Maestro, y podían descuidar de su intento, que nunca les faltó nada, como ellos lo confiesan en este mismo capítulo ([1]); pero muerto Cristo y puesto en un palo hasta que vino el Espíritu Santo, que los acreditó y animó, fueles necesario vivir por su pico y valerse de sus industrias.

D.—Pues ¿cómo diciendo ellos que allí había dos puñales ó espadas respondió Cristo que bastaban?

M.—Porque no quiso que materialmente entendiesen lo que les decía, sino apercibidos con aquel modo de hablar para la guerra que se les iba ordenando de perfecciones y trabajos con su muerte y ausencia. De manera que, así como diciendo Isaías que las lanzas se habían de convertir en arados, significó el tiempo de paz, así diciendo Cristo que las túnicas se vendiesen para comprar armas, significó tiempo de guerra; pero ni de las lanzas se hicieron arados ni de las túnicas espadas.

D.—Ese sentido más es literal que espiritual.

M.—Y ese es el que yo pretendo en la Escritura, pero tiene su espíritu, que es mostrar Cristo que, faltando El de los suyos, forzosamente ha de haber guerra, y que para no perecer en ella es menester vender la túnica ó camisa y comprar espada; esto es, dejar el regalo, significado por la túnica que se allega á la carne y abriga, por la espada que es arma trabajosa y de poco reposo. Dígote que eres soldado y que estás en tierra de enemigos, que no te descuides ni te entregues á los regalos y blanduras de la carne, sino que, despreciado todo lo que esa apetece, te armes de fe y de las santas Escrituras, que son las armas de nuestra milicia; y de esta manera armado salgas á pelear con estos enemigos invisibles de que vamos tratando, de los cuales el primero, y en orden el quinto, es amor de alabanza y de gloria humana, despeñadero cierto de donde muchos se han precipitado y perdido, porque aficionados demasiado al favor de los hombres, por no perderle y ser por esto despreciados y tenidos en poco, dejaron de hacer muchas cosas buenas y hicieron muchas malas.

Soldados somos y en tierra de enemigos vivimos.

Amor de alabanza despeñadero de muchos.

§ IX

Discípulo.—Pocos hallarás que no deseen y procuren agradar á los hombres y ser dellos alabados y engrandecidos.

([1]) Esto es en el capítulo 22 del evangelio de S. Lucas, cuya es la autoridad que va explicando.

Maestro.—Menos hay que ofreciéndoseles esos favores y alabanzas humanas, huyan dellas á los montes, como huyó Cristo cuando le querían honrar con título de Rey (Ioan, 5).

D.—Y San Juan se deshizo todo cuando los judíos le quisieron hacer su Mesías (Ioan, 1).

M.—Así te querria yo ver deshecho, y que con el sacudimiento que ese angélico Precursor sacudió de sí aquella honra, huyeses tú las vanas que los hombres te ofreciesen; que algunos las despiden, pero como quien derrama aceite ó miel, que siempre queda alguna cosa pegada en el vaso.

D.—San Jerónimo dijo que ninguna humildad había tan grande que no fuese tocada de vanagloria.

M.—Siempre se nos pega algo, y por eso huye Cristo; y yo querría despedirme todo lo posible della, y ahora de hablar más en esta materia, porque viene Pertinacia, jayán disforme, á encontrar con nosotros, y es bien salirle al encuentro, porque sus daños son casi irreparables.

D.—¿Por qué se llama Pertinacia y qué es lo que obra ese enemigo en el alma?

§ X

Pertinacia, enemigo grande del aprovechamiento espiritual.

Maestro.—Pertinacia se llama así porque á nadie se rinde ni se sujeta jamás á parecer ajeno, porque está casado ó amigado con solo el suyo. Hombres hallarás tan capitosos ([1]) y tan de su opinión y parecer, que si fuese en su mano ni al de Dios se rendirían, y á lo menos procuran que todos los demás se conformen con el suyo. En estos tales reina Pertinacia, que otros llamaron propiedad de voluntad. ¿De dónde nacen tantas maneras de disensiones y scismas, aun entre gente que trata de virtud, y el quebrarse las cabezas porfiando, sino deste principio? Y aun creo que las más de las herejías son hijas legítimas suyas. Entre las mercedes que Dios hizo al hombre en su creación, una es, y por ventura la mayor (no saliendo de los límites de naturaleza), haberle dotado de libre albedrío. Fué una joya esta tan preciosa y rica, que como un diamante de inestimable valor resplandece y se aventaja á las demás;

Libre albedrío, joya preciosa y de que usamos mal.

y como dice Tertuliano, con solo él le diferenció y aventajó á todos los animales, y le hizo semejante á Sí. Deste tan perfecto don, por el cual la racional criatura es ayo de sí misma y tiene libertad para el mal y para el bien, para la muerte y para la vida, para el pecado y para la justicia, usan algunos tan en su daño, que vienen á perderse por el medio que Dios les dió para ganarse. Porque estar el hombre pertinaz en hacer su voluntad y seguir su opinión contra sus mayores es su despeñadero y un abismo sin suelo de todos los vicios y principio de todas las pérdidas espirituales; y destruído este jayán, luego caen por tierra los muros de Jericó; esto es, todo el edificio de los pecados, y se entra en el camino seguro y real que lleva á Dios; porque hecho el hombre señor de sí mismo, rige sus apetitos con la rienda de la razón, y sin pesadumbre camina tras el impulso y dirección de Dios y de sus mayores, según que de los hijos suyos lo certificó San Pablo (Rom., 8).

D.—Según lo que has dicho, sola la obediencia cortará la cabeza á ese perverso gigante.

La obediencia perfecta corta la cabeza á Pertinacia.

M.—Ninguna duda tengas deso. Mas para que sea su cuchillo y no le deje hora de vida, es necesario el desapropiamiento de toda propiedad de sentido; porque ninguno jamás pudo ser perfectamente obediente estando propietario de su voluntad. Y no más en el caso, porque queda dicho lo que basta en el tercero diálogo, cuando traté de las puertas que sirven para entrar en el Reino de Dios.

D.—Síguese, pues, el séptimo enemigo, llamado Negligencia.

Negligencia y sus daños.

M.—No me quiero cansar en decirte quién es, que conocido es en todas partes y familiar á todo linaje de gentes. Es el contino de las casas de los príncipes, y el que jamás se aparta de los solitarios, ni menos falta en los conventos de los religiosos. Este nos hace tener en poco los pecados y carearnos otra vez con ellos, habiéndolos dejado, y teniendo algunos propios y como naturales en el alma, no hacer caso dellos ni tratar de arrancarlos de raíz della. Por lo cual he yo visto muchas personas, al juicio humano virtuosas, muy colér-

([1]) Edición 1885: tan *encalabrinados y tan fuertemente adheridos á* su opinión y parecer.

cas, mal sufridas y sin sujeción ni obediencia á sus superiores, especialmente cuando les niegan el hacer su voluntad. El negligente es envidioso del bien ajeno, porque Negligencia no le deja tratar del propio, y cuando se considera desaprovechado, no quiere persuadirse que los demás aprovechan; y de aquí nace interpretar en mal todo lo que ve; de todos murmura, á todos calumnia y de ninguno dice bien. Es Negligencia la peste conocida de las congregaciones, porque despreciando el obrar da luego en murmurar: consúmese con envidia del bien y prosperidad ajena, y el ver medrar á los prójimos y tener cabida, ora con Dios, ora con los hombres, es su tormento; y no deja piedra que no mueva por usurpar para sí lo que nunca mereció, ó condenarlo en quien justamente lo posee. El negligente con amargura de corazón murmura de los prelados, pecando en esto contra el Espíritu Santo que dicta lo contrario.

D.—Nunca creí que fuese Negligencia tan grande enemigo del alma.

M.—Del hombre que se sujetó á él, ninguna esperanza se puede tener de que aprovechará en la vida espiritual; porque, como muy bien sabes, la envidia, pertinacia y murmuración, en que se ejercita de ordinario, son hijas del demonio, pronosticadoras de la condenación eterna, sustento y leña del infernal fuego, y que de una vez se tragan todo el bien, si alguno hay en el alma, y la hacen también infernal y diábolica como ellas.

D.—Paréceme que me tengo de hacer escrupuloso con la doctrina desta tarde, que es sin duda rigurosa.

Materia de escrúpulos.

M.—Habrás caído en manos del octavo jayán, que tiene hechos hartos estragos en las religiones y fuera dellas. ¿Sabes cómo llamó un sabio á los escrupulosos?

D.—Holgaré de saberlo.

Escrúpulos se hallan en buenos y en malos.

M.—Carnicería de la conciencia, que siempre padece sin ser parte para quietarla ningunos consejos, reglas, avisos ni amonestaciones. Esta pasión de los escrúpulos es penosísima y peligrosísima, y hállase en buenos y en malos. Yo conocí un hombre de vida harto estragada, que me daba más en qué entender con los escrúpulos que tenía de la poca atención con que rezaba las horas de nuestra Señora, que á él los muchos y grandes pecados de sensualidad que traía; por aquéllos pasaba ligerísimamente, y en lo que apenas había pecado venial se atormentaba á sí y á mí. Y alabé muchas veces la justicia divina que castigaba el deleite de la carne con afligir aquel no mortificado espíritu, haciéndole casi fuerza á enmendar lo que tenía de obligación, atormentándole en aquello que era de supererogación.

D.—También la Samaritana, estando actualmente en pecado con el hombre ajeno, se mostró escrupulosa con Cristo cuando le dijo que, siendo judío, ¿cómo le pedía á ella agua que era Samaritana? (Ioan, 4).

M.—Y los fariseos transgresores de la ley divina que manda honrar y acudir al remedio de los padres, ¿no acusaron á los discípulos de Cristo, como formando escrúpulo, de que no se lavaban, cuando comían, las manos? De ellos dijo la eterna verdad (Math., 15): Cuelan el mosquito y tráganse sin sentir el camello.

§ XI

Pero dejemos esta gente, que no es escrupulosa y lo finge, por que los tengan por santos y celadores de la perfección (Math., 23) y vengamos á los verdaderamente atormentados con escrúpulos. Y digamos primero algo de esta guerra que interiormente padecen. Lo segundo, el origen desta tentación. Lo tercero, el daño que hace en el alma. Lo último, los remedios que dan los Santos, si de verdad hay algún remedio que lo sea.

Discípulo.—Paréceme que quieres tratar de propósito esta materia.

Maestro.—Deséolo á lo menos, por ser de la que hallo más poco escrito, y aun porque para hacerlo he sido diversas veces importunado de personas escrupulosas. Esta pasión han dicho algunos sabios que parece maldición de Dios contra desobedientes, cuales son por la mayor parte los escrupulosos, que ni obedecen á las inspiraciones divinas, ni á los consejos de los médicos espirituales. Huiréis, dice la sagrada Escritura (Levit., 26), sin que os persiga nadie. Y el Profeta (Psalm. 13): No invocaron al Señor, y tremieron donde no había de qué. En el Deuteronomio (Deut., 28), entre otras maldiciones que allí pone Dios contra los que no le obedecieren, es una des-

Pasión de escrúpulos es maldición de Dios, ó lo parece, contra desobedientes.

te tenor: Por un camino salgas tras tus enemigos y por siete vuelvas huyendo, y nunca falte reprensión en cuanto pusieres mano. Cuando le parece al escrupuloso que halló un camino ó una razón buena contra sus escrúpulos, comienzan contra él esos mismos más terrible batería, y cercado dellos como de crueles enemigos, ni sabe qué camino tomar ni qué hacer, porque jamás le falta reprensión en cuanto hace. Hallarás en este particular mil diferencias de tentaciones: unos nunca piensan sino en sus pecados, echando cuenta de día y de noche si los han confesado bien, si dejaron tal pecado, si callaron tal ó tal circunstancia, si se aparejaron como estaban obligados; y cuando han trabajado mucho en esta guerra y les parece que no se ha podido hacer más, y el confesor les asegura, vuelven á cavar de nuevo en esta mina, y persuádense al fin que no quedan confesados, porque no dijeron tal intención, ó porque preguntados no dijeron enteramente la verdad, que les faltó tal palabra por decir; y juzgando de si que cometieron sacrilegio, convierten la confesión en confusión, niebla y escuridad del alma, y ¡alto! (¹) otra vez al confesionario, y tanto peor cuantas más veces lo hacen. Yo me acuerdo de una señora muy escrupulosa que, teniendo en verdad mucha cuenta con su conciencia y siendo la confesión cada semana dos veces, nunca se llegaba á comulgar que no se reconciliase más de diez, y el Sacramento en las manos del sacerdote, y ella pidiendo que la oyese que no se atrevía á recebirlo.

Diferencia de escrúpulos y escrupulosos.

D.—¡Tiranía cruel del demonio!

M.—Lo peor es que, confesando mil veces un mismo pecado con otras tantas circunstancias que Satanás les enseña y trae á la memoria, tan entricadas y ciegas que preguntan á cada paso á los confesores si las han entendido, quedan menos satisfechas en el fin de lo que estuvieron en el principio. Y aunque desean llegarse á estos divinísimos Sacramentos, y el privarles dellos les es á par de muerte, el día de la Comunión es día de juicio, porque les toman como espíritus malos en aquel tiempo y vienen á trasudar con ansias y agonías que no se pueden aquí encarecer. Mira tú agora cómo gozarán del fruto de la Comunión y la paz que les quedará después de haber comulgado. Pues ya en el cumplir de la penitencia ¿padecen poco? (¹); aunque no sea más que una Avemaría, nunca saben acabarla ni quedar satisfechos de que la rezaron.

(¹) Edición citada: *y vuelven* otra vez.

§ XII

Supe yo de un religioso escrupuloso que, dándole en penitencia que dijese Jesús cien veces ó más, se fué al claustro y cortando otras tantas hojas de jazmines, se subió á un terrado del convento y desde allí echaba por el aire aquellas hojas y decía con cada una: Jesús fuera, Jesús fuera; porque menos que con esta diligencia no quedaba quieto.

Discípulo. — Pudiérase muy bien reir ese hecho si no hubiera de por medio la miseria del hermano.

Maestro.—A veces no se puede disimular la risa oyendo tales disparates. A algunos acomete el demonio con tentaciones de blasfemia contra Dios y sus santos; y son tantas y de tantas maneras y tan á punto y con tanta malicia, con tanta novedad y ahinco, y en cualquiera cosa que hacen, que ellos mismos se admiran y espantan y les parece que en sí tienen el propio infierno; de donde, y no de otra parte, pueden salir y brotar tales imaginaciones. Todo su oficio de día y de noche es blasfemar; y viéneles con esto una ira tan grande, que parecen endemoniados, y con ella se confirman en que las blasfemias les salen del corazón y con deliberada voluntad; y á veces, estando solos, llegan á pronunciarlas por la boca. Nácele de aquí al ánima un desplacer tan grande y una tan profunda tristeza, que la consume toda; y como ve que al fin hace aquello de que recibe pena, dando más crédito á la obra que á su pesar, persuádese que es voluntario lo que verdaderamente no llega á la voluntad. Acuden con esto como enemigos en celada tentaciones deshonestas, tan espantosas y torpes, que ni aun mirar á los Santos osan, ni levantar los ojos á Cristo puesto en la cruz; y cuando entran en la iglesia les acometen tan de tropel estos sucios pensamientos, como si aquel lugar fuera don-

Tentaciones de blasfemia.

(¹) La misma: *¡Y válganos Dios, que ya al cumplir* la penitencia *han padecido* poco!

de se hubieran de cometer. Pues que, si conocen ó tienen amistad con alguna persona espiritual, á veces se abrasan en solo acordarse della; y teniendo firme propósito de morir mil muertes antes que ofender la castidad, juzgan de sí que consienten y que ofenden y que ya del todo van perdidos. Vengamos, pues, al oficio divino, adonde se han visto almas tan atormentadas de escrúpulos, que se puede pensar y creer que les da Dios allí su Purgatorio. No te podré decir lo que aquí pasa, porque en la pronunciación nunca se satisfacen, pareciéndoles que pronuncian *m* por *n*, y *t* por *d* y la tercera persona por primera. Cuando dicen el segundo salmo, les persuade el pensamiento que se les quedó el primero; y algunos hay tan livianos, que luego lo creen y le vuelven á repetir una y muchas veces, pregonando en esto que son lo que dijo el Sabio (Eccl., 19), de corazón fácil y de seso poco. En la Misa es más peligrosa esta batalla, y aun más en el tiempo de la consagración, porque arremeten algunos con las primeras palabras della con un furioso ímpetu, y corriendo por las medias quedan silbando con las postreras. Otros las dicen con tanto ahinco y espacio, que por *hoc* dicen *hoque*, y por *est* dicen *este*, y por *corpus corpuse*, y por *meum meuum;* y no advierten estos repetidores de Gramática que tanto menos satisfacción les queda cuanto más se desecan y consumen repitiendo, y que dijo el saber de Salomón (Eccles., 7): No reiteres la palabra en tu oración.

Escrúpulos en el oficio divino.

D. — A mí me suele afligir algunas veces el demonio con representarme y fijar en la memoria cosas que me puedan dar pena y enfado, sin que me sea posible desecharlas en todo el día, y cuanto más trabajo en esto, tanto más parece que se arraigan y confirman.

§ XIII

Maestro.—Eso hace él para quitarte el recogimiento y los pensamientos que te pueden ser de provecho; y es ordinario olvidarse esto, cuando el hombre ningún caso hace dello. Del águila se dice que para apoderarse del ligero ciervo y hacer en él presa á su voluntad se va á un arenal y revolcándose en el arena, cargada della alas y cuerpo, se sube sobre la cabeza del ciervo, y aferrando ([1]) fuertemente con sus uñas, sacúdese de aquel polvo encima de los ojos, y ciégale y entontécele de manera, que él mismo se precipita y despeña y es hecho pasto desta tan sagaz y astuta ave. Yo digo cierto que en leyendo esta propiedad del águila se me representó esta lucha de pensamientos y escrúpulos, que, á mi ver, son como arena menuda de que el demonio viene cargado, especialmente en el tiempo de la oración y recogimiento, y sentándose en las cabezas de los escrupulosos, sacude sus alas y ciégales con ellos el entendimiento; y de manera los desatina, que muchas veces dan en desesperación, ó á lo menos viven siempre con un tedio y enfado grandísimo de la vida, rendidos ya á la tentación del enemigo é incapaces de ningún consejo; perseverando, como dijo el Profeta (Psal. 87), á la manera de los heridos en los sepulcros, siempre tremiendo ([2]) y nunca seguros. Un padre Guardián me contaba de un cierto religioso, ciego desta pasión de escrúpulos, que se fué á confesar con él un día y le dijo que andando por el claustro habia adorado un Cristo que estaba en un ángulo dél ([3]), y que tenía escrúpulo si también había adorado un sayón que allí vió juntamente pintado.

Escrúpulos, arena menuda que nos ciega.

Discípulo.—No se puede encarecer más la miseria de los escrupulosos; pero sería bien que dijeses ya la raíz de donde proceden.

Raiz de los escrúpulos.

M.—Ya te dije poco ha que me parecía castigo y maldición de Dios; y si te dijese el por qué, por ventura confesaras que no ando fuera de camino.

D.—No es posible pensar yo eso de ti, porque sé que has remediado muchas personas escrupulosas y que has hallado la vena á esa enfermedad.

M.—Los escrúpulos nacen de dos principios: El primero es desordenado amor de sí mismo. El segundo, poco amor de Dios. Claro está, si se mira bien en ello, que del demasiado amor que el hombre se tiene á sí se engendra temor y miedo de aquello que por al-

([1]) Edición citada: *asiéndose* fuertemente con *las* uñas, etc.

([2]) Edición citada: *temblando.*

([3]) La misma: *ángulo de la pared.*

guna vía puede dañarle y ser contrario á su naturaleza. De donde saco yo que, aunque parezca que el escrupuloso guarda la ley de Dios y los preceptos de su Iglesia, es muy probable que no guarda el de la caridad, porque todo lo que hace lo hace, no por amor de Dios, sino de sí mismo, huyendo su condenación. Y es cierto que este tal no puede poner en Dios su confianza, porque no le guarda fidelidad, y así toda su vida interior es miedo, pavor, trabajo y miseria; y por echar de sí estos temores hace rigurosas penitencias, trabaja, ocúpase en obras de misericordia y toma disciplinas á menudo, y nada le basta para librarse de semejante calamidad; al fin, cuanto más se ama, tanto más se teme la muerte, el juicio y las penas del infierno.

D.—¿De manera que el desordenado temor nace del amor de sí mismo, el cual me compele á desear ser bienaventurado, aunque sea infiel á Aquel que me puede hacer esta gracia?

M.—Así es como lo dices. El otro principio de escrúpulos se funda en el poco amor de Dios. Y la razón es, porque de amor pequeño no puede engendrarse confianza grande; porque la verdadera confianza de la misericordia divina y de su liberalidad y gracia es hija del amor, la cual no nos pueden dar ni las penitencias, ni los ayunos, ni las disciplinas, ni otras ningunas obras desnudas y desacompañadas dél. Y es cierto que no hay cosa tan necesaria al que pretende llegar á la perfección de que tratamos como la grande confianza y esperanza firme en Dios, cuando el hombre hace de buena voluntad lo que es de su parte por no ofenderle; que, como dijo un sabio, cuanto uno más espera, tanto es más agradecido y tanto más enmienda sus faltas por no desagradar á aquel en quien puso su confianza. Y el Profeta dice (Psal. 31): Muchos son los azotes del pecador desconfiado; pero al que espera y confía en el Señor, su misericordia le rodeará.

De amor pequeño no puede nacer confianza grande.

§ XIV

Discípulo.—Predicando un día á una Misa nueva en Sevilla, dijiste sobre aquellas palabras de Cristo (Ioan., 14): Si alguno me ama, guardará mis mandamientos; algunas cosas notables acerca desta materia de que tratamos, que dieron mucho gusto á los oyentes y algunos escrupulosos sintieron alivio y remedio; holgaría de oirlas agora, si tú no sintieses pesadumbre en referirlas.

Maestro.—Dije, si bien me acuerdo, que el amor hacía fácil y muy llevadera y agradable la ley de Dios.

El amor todo lo hace fácil y el desamor en todo halla dificultad.

D.—Eso probado se está, que según el parecer de San Jerónimo ninguna cosa hay dura ni dificultosa á los que aman. Y San Agustín dice que los trabajos de los que aman son como de cazadores y pescadores, que ó no se sienten ó hay en ellos deleite.

M.—De ahí saqué yo luego que el desamor engendra dificultades, aun en las cosas muy fáciles. Y advierten los Doctores que, tratando Cristo del amor, habló de su ley en singular; conviene á saber, guardará mi palabra quien me amare. Y hablando del desamor habló en plural, diciendo: Quien no me ama, no guarda mis leyes. Desta raíz, digo del desamor, nació que, dando Dios á nuestros primeros padres un solo mandamiento, de que no comiesen del árbol de la ciencia del bien y del mal (Genes., 3), siendo uno y tan fácil (¡y qué más que abstenerse de comer de una fruta, habiendo tantas y tan buenas desacotadas en el Paraíso!) ([1]), se persuadió Eva que eran dos preceptos no fáciles, sino dificultosísimos, y la observancia dellos imposible. Y eso está diciendo la respuesta que dió nuestra madre á la serpiente, que le pregunta el por qué del divino mandamiento. Mandónos, dice, que ni comiésemos ni tocásemos.

D.—Eso último es mentira.

M.—Y el sonsonete está dando á entender que hay imposibilidad en lo primero. Y es el mal que come Eva y toca, y quebranta dos mandamientos: uno que le puso Dios de no comer, y otro que se puso ella de no tocar, porque pecó contra su conciencia, que le dictaba que estaba vedado el tocar como el comer. Y esta es la miseria del escrupuloso, que en daño de su alma forma y añade nuevos preceptos y obligaciones en la ley de Dios, no siendo della, los cuales todos inventa y halla el desamor. Y si dejasen de hacer el mal que imaginan, tolerable sería; pero nunca hay en eso enmienda, siempre escrupulean y siem-

([1]) La edición citada omite todo este paréntesis.

pre pecan; aun cuando piensan que hacen bien, si aprenden lo que de suyo es malo como bueno, que entonces el hacerlo y el no hacerlo es pecado (S. Thom., 2 senten., dist. 39).

D.—Según lo dicho, yerro grande es afirmar que el amor hace escrupulosos.

No nacen de amor los escrúpulos.

M.—Es blasfemia en el caso; lo primero, porque el amor es el que facilita la ley y muchos preceptos hace que parezcan uno; lo segundo, porque los que aman son muy discretos y sabios, que el amor es maestro de todas las ciencias y no puede haber ignorancia en el que de verdad ama, á lo menos que ofenda al amado. Quien hiciere la voluntad de mi Padre, dice el Señor (Ioan., 7) (entiéndese con amor y caridad), tendrá conocimiento de mi doctrina y no ignorará lo necesario para su salvación. Es gran maestro el amor; sábese mucho más amando que revolviendo libros y frecuentando las escuelas; por lo cual concluyo con asegurarte que los escrúpulos nacen de amor propio y de desamor á Dios; porque en el alma que falta el divino amor hay confusión y tinieblas en el entendimiento, y hay pesadumbre y carga intolerable en la voluntad aficionada á sí misma.

§ XV

Discípulo.—Algunos han dicho que los escrúpulos nacen de melancolía, otros que de soberbia, otros que de necedad ó ignorancia.

Maestro.—Todo puede ser, y el no hallarles con certidumbre tantos sabios el padre que los engendra es argumento de que son muy ruin gente y muy vil canalla. Yo he visto muchos hombres cuerdos y teólogos llenos de escrúpulos; y á mí vino un maestro en santa Teología, harto fatigado de un escrúpulo acerca del Sacramento santísimo del altar, á quien consolé y curé, por la misericordia de Dios, con bien pocas razones. A los que dicen que los escrúpulos nacen de melancolía, digo que, aunque parezca que no pueden tener padre corporal hijos espirituales, es sin duda que se ayudan ellos de ese humor terrestre y pestilencial y arráigan-se con él más en el alma; y cuando de ahí cojea el escrupuloso suelen serle de provecho las medicinas corporales: el comer bien, las conversaciones indiferentes, entretenimientos de caza y pesca, porque es enfermedad esa que suelen curar los físicos sin los padres espirituales. No puedo yo dejar de confesar que los demasiadamente escrupulosos pecan de necedad ó de locura, porque son penosísimos y casi insufribles donde quiera que moran. Perturban las comunidades, están en los coros como monas haciendo gestos y meneos desacostumbrados, con que provocan á risa á los demás, y á veces á ira; ellos darán cuenta á Dios desta su inquietud, tan en daño de sus hermanos. Hartas veces he pensado, y otros conmigo, que hay en esto malicia y fingimiento, y que por parecer santos escrupulean, repiten y pronuncian afectuosamente; y no fiando el verso del otro coro, le dicen entre sí ellos. Yo les quitara á éstos el decir Misa y el confesar y recebir el Sacramento; porque ó son locos de verdad ó de voluntad, y de cualquiera manera destas son incapaces destos beneficios.

Melancolía hospedera de los escrúpulos.

Los escrupulosos pecan de necios y de locos, y son penosísimos á las comunidades.

D.— Muchas veces me he yo reprendido por haber juzgado de un escrupuloso que era loco, porque, como á los que lo son, le atormentaba aquella pasión con las lunas; y maravilléme que todo su cuidado ponía en que la ración fuese doblada.

M.—En eso paran los demasiadamente escrupulosos, porque para remediar la vanidad de la cabeza estudian de comer espléndida y regaladamente, duermen mejor y no se matan mucho en los trabajos de la Orden, ni de su casa si son seculares. Son estos casi sin remedio, y para mí ningún rastro de devoción hay en ellos cuando hablan con Dios, más que si hablasen con Laurencio Vala, ó con otro gramático que luego les hubiese de acusar el mal latín, porque rezan como si diesen lición de memoria á sus maestros. El remedio dellos se quede en hora buena para sus prelados, el cual deben poner con tiempo antes que se hagan incurables. A los demás digo que en tanto que en las tentaciones y pensamientos importunos de blasfemia ó de sensualidad, ó contra la fe y honestidad que se debe á los Santos y cosas sagradas, hubiere guerra y lucha, en ninguna manera hay pecado; porque falta ahí el consentimiento de la

Remedio singular para conciencias escrupulosas.

voluntad, que está encontrada con los tales pensamientos, la cual si se hiciese de su bando cesaría el combate y habría luego paz, aunque falsa y mala, como dijo el profeta (Isai., 48). Algunos dicen que es bueno no hacer caso destas cosas que son como asombros del demonio, y que sólo tienen de malo el atormentar; mas el alma no padece detrimento, y confúndese el enemigo cuando considera que nos reímos y tenemos en poco sus tentaciones. Cayetano, en su Suma (Cajetan., *in summa*), y otros graves doctores, tratando de curar esta enfermedad de escrúpulos, dan algunos remedios. El mayor y mejor de todos es humillarse el hombre á Dios, orar de puro corazón y sujetarse al parecer ajeno; porque el mío es y ha sido siempre que estas enfadosas y malditas sabandijas de los escrúpulos nacen de soberbia. ¿Y no es soberbia pensar el hombre andar tan al justo con Dios, y que puede hacer sus obras con tanta perfección que no les falte hebilleta? (1) ¿Y no es desconfianza creer de Dios que no atiende á nuestra fragilidad y á que somos polvo, y que de fuerza nos habemos de distraer y faltar en muchas cosas de su servicio, como dijo Santiago? (Iacob., 3). ¿Y no es sentir mal de aquella soberana bondad, cuyos pensamientos todos son de paz y en nuestro provecho, entender que está mirando los acentos, las palabras y las muy pequeñas vagueaciones de entendimiento y en otras niñerías semejantes de que los muy justos no se vieron libres? Sí, que escrito está (Psalm. 129): Si observáredes, Señor, nuestras maldades, ¿quién podrá sufriros? Deje el escrupuloso su parecer y siga el de su confesor y padre espiritual, y no estudie (como lo hacen muchos) en cómo replicará y resistirá á sus razones para nunca salir de infierno; que infierno es para él, pues padece siempre y nunca merece nada, si siendo capaz de remedio no se humilla y le recibe. Lo demás que acerca desta pasión te pudiera decir quédese para los padres confesores, aunque muchos por dejar hacer su voluntad á sus penitentes, alargándoles la cura con una piedad cruel y tirana, los han hecho incurables, de lo cual darán á Dios estrecha cuenta en el día temeroso de su juicio. El mío está cansado de hacer notomía deste jayán y enemigo de nues-

Los escrúpulos son hijos de soberbia.

(1) Edición de 1885: no les falte *ni una tilde?*

tro sosiego (1), y así me determino dejarle y brevemente tratar de los que quedan, porque es ya tarde y casi hora de silencio.

D.—Algunos dicen que se pegan los escrúpulos como enfermedad contagiosa.

M.—Hombres se han visto muy libres desta pasión venir á ser muy escrupulosos, por haber tratado con gente que lo era.

Los escrúpulos se pegan.

D.—Líbreme Dios dellos.

M.—Y á mí (2) de Solicitud temporal, que es el nono jayán que hasta los claustros y oficinas interiores de algunas religiones ha querido entrarse y convertido el cuidado del espíritu con que comenzaron y prosiguieron muchos años en el temporal con que ahora viven, no sin pérdida grande dellos. Y aunque en esto no considero yo pecado (3) (que no se puede condenar tanta santidad y letras) hallo á lo menos mucho de imperfección, que bien entienden los varones espirituales que la solicitud de las cosas de la tierra impide á la que se debe á las del cielo. Porque, como dijo la eterna Verdad (Math., 6): Ninguno puede servir á dos señores sin que haga falta al uno dellos.

Solicitud temporal.

D.—Nunca me fatigó mucho ese enemigo, porque luego que Dios me abrió los ojos del alma para que gozase algún tanto de su divina luz, se me asentó lo que el Salvador dijo en su Evangelio (Math., 6; Luc., 12), que buscando por principal el Reino de Dios y su justicia, las demás cosas se me habían de dar de añadidura.

M.—No niega el Señor el trabajo provechoso y el adquirir y granjear hacienda, especialmente en el siglo; antes lo alaba, y dice el

(1) Esta frase cámbiala la edición citada diciendo: *Por mi parte estoy* cansado *ya de hablar* de este jayán y enemigo de nuestro sosiego, *resolviéndome á* dejarle.

(2) Edición cit.: «*Pasemos á la* solicitud...» con lo cual se le quita gracia y novedad á la conversación.

(3) Todo este parrafito queda muy alterado en las ediciones modernas. Véase la de 1885, pág. 288: «Y aunque en esto no considero yo *que se llegue á* pecado, hallo *cuando* menos mucho de *imperfecto; pues harto saben* los varones espirituales *á quienes me refiero*, que la solicitud de las cosas de la tierra *estorba* á la que se debe á las del Cielo. *Ya* dijo la eterna Verdad *que* ninguno *podía* servir á dos señores sin *hacer falta* al uno de ellos».

Apóstol (II Thes., 5) que quien no trabajare, que no coma; condena, empero, la demasía que hay en eso y el derramamiento del corazón en cosas de tan poco momento, olvidadas las que pesan tanto como las eternas. Es Solicitud temporal un enemigo que muchas veces nos despoja de la caridad y nos roba la devoción y nos expone á infinitas tentaciones y asechanzas del demonio, siendo inútil y demasiada. Es el que nos hace cautivos de los afectos de los sentidos y de la misma naturaleza para que no pueda reinar en nosotros la divina gracia. Este es el que persuade á los hombres que sirviendo á Dios les ha de faltar el sustento, y el que, ofendiéndole, les promete en sus necesidades el remedio y copiosa misericordia [1], negando lo temporal á la virtud y justicia, y prometiendo á los pecados lo eterno.

D.—No he comprendido esa última razón.

M.—Digo que hay muchos que fían de Dios el perdón de sus culpas, pregonándole misericordioso cuando las cometen, y no fían del mismo el darles el sustento y comida de cada día, si le sirven. Y es uno de los mayores desatinos á que puede llegar un hombre el esperar de Dios, siendo enemigo suyo, lo que es más, y no lo que es menos teniéndole por amigo y obligado con servicios y obras virtuosas. Si no, dime ¿qué razón hay para que, siendo un hombre pecador y malo, presuma de Dios que no le faltará para el perdón de sus culpas, y para que, siendo bueno y justo, desconfíe de que le ha de dar lo que concede á los moros, turcos y herejes; y lo que es más, á las aves del cielo y á las bestias de los campos?

Muchos fían de Dios lo que es mas y desconfían en lo que es menos.

D.—No se puede añadir á ese discurso cosa alguna.

M.—Ni á la materia de Solicitud; que conocidos son sus daños y muy poca entrada tiene con los que se contentan con solo Dios, como lo estaba aquella ánima santa que decía (Cant., 2): Yo para mi amado y El para mí, y no más mundo. Yo á lo menos más me recelo del tedio ó accidia en su servicio, del cual procede el descuido en la guarda del corazón y una infinidad de pensamientos vanos y ociosos, que le ensucian y vuelven incapaz de toda devoción y sentimiento espiritual. Despiértate, pues, frecuentemente contra él á las cosas divinas, y á menudo te pregunta: ¿á qué veniste á la Religión? como lo hacía San Bernardo, y nunca gastes el tiempo en niñerías y cosas sin provecho, que de ahí se engendra tedio, y ahí convalece [1] y toma fuerzas. Algunas veces te sentirás tan enfadado y cansado, tan triste y sin consuelo (haciendo al parecer lo que debes), que á ninguna cosa volverás los ojos que no te enoje y cause tedio. Parecerte ha que traes á cuestas todo el mundo y que nadie te mira con buenos ojos, y que no falta sino tragarte la tierra. Pero no desmayes ni pierdas la confianza de tu remedio en este tiempo, humíllate á Dios y sufre sus manos, como dijo el Sabio (Ecles., 13.), que en el ánimo humilde labran perfectísimas labores de virtudes y merecimientos. No hay artífice que en material vivo labre obra perfecta, porque resiste á las manos que le han de dar su perfección, como se ve en el brótano ó murta, que aunque con gran curiosidad dibuje el hortelano algunas figuras, en breve tiempo no queda rastro de lo que fueron, porque es material vivo que con mucha priesa crece. Otra cosa es en el material muerto, como es el yeso, la piedra y el madero, que sufren las manos de los artífices y reciben las figuras que en ellos labran y las conservan para siempre. Tales nos quiere Dios para hacer en nosotros ricas labores y obras de sus manos, y entonces andan sobre ti cuando te parece que te tiene más olvidado. Desaparecerá esa nube que te atribula y aparecerá el Sol de justicia, y con su vista graciosa te volverá el alegría de tu corazón. Sufre (te digo otra vez) sus manos, y resignado en ellas pide de corazón que se haga su voluntad en tiempo y en la eternidad. Y guárdate después desto de la Gula espiritual, que es enemigo que apenas se conoce ni nos recelamos dél, y son sus daños muy conocidos. Deste no diré nada por haber dicho mucho en otras partes, aunque será bien que lleves una doctrina general y sea ésta:

El tedio en la vida espiritual es muy peligroso, y qué remedio tiene.

Gula espiritual.

[1] Edición citada: «*mientras que* ofendiéndole les promete el remedio en sus necesidades, *mediante* su copiosa misericordia, *es decir, el que niega* lo temporal á la virtud y *á la* justicia *para* conceder á los pecados lo eterno».

[1] Edición cit.: *ahí crece* y *ahí adquiere* fuerzas.

Que todos los dones, así naturales como sobrenaturales, no con otro fin se han de pedir á Dios, ni se ha de usar dellos cuando se nos dieren, que para por ellos, como por medios del cielo, venir á mayor mortificación en todas las cosas y para con mayor fervor convertirnos y juntarnos á Dios. Las consolaciones que los principiantes en la virtud gozan de ordinario, sírvenles como de leche (que al fin son niños en el camino del Señor) para que con el gusto y suavidad dellas olviden los deleites y regalos que les ofrecía el mundo y vivan con estos mimos y relieves de la mesa de Dios hasta que puedan comer pan con corteza y tomar armas y sufrir golpes de tentaciones y encuentros recios de los demonios, enemigos declarados de nuestro bien. En el Testamento Viejo mandaba Dios á los señores (Deut., 15) que diesen alimentos á sus siervos, cuando los libertasen, hasta que pusiesen casa y pudiesen bandearse (¹) por sí mismos; lo cual el piadosísimo Señor usa también con los que de nuevo liberta de los vicios y los saca del cautiverio del enemigo, hasta que tengan algún caudal y puedan vivir por su pico. Y el Redentor de los hombres no quiso enviar sin comer á los que le siguieron por el desierto, por que no desfalleciesen en el camino (Marc., 8) y faltasen por falta de sustento en el bien comenzado.

D.—Al fin todas las cosas que de Dios recebimos ó podemos recebir ¿han de ir fundadas en la propia mortificación y negamiento, así de espíritu como de la naturaleza, y debajo del altísimo beneplácito de Dios?

M.—Eso es lo que te digo y enseño, porque sin esas condiciones ninguna otra cosa se puede presumir en las mayores riquezas del espíritu que amor propio y particular interés, que es el veneno y corrupción de todas ellas.

D.—Ya no falta sino el último jayán.

Especulación demasiada impide.

M.—Ese llamamos Especulación; contra él hallarás un divino documento en el fin del diálogo octavo; allí te remito, porque estoy cansadísimo y deseosísimo de callar por hoy. Y si más quisieres saber, lee el capítulo catorce de los *Triunfos*, que es el que enseña cómo se ha de cautivar el entendimiento y tener á raya la especulación para que la voluntad goce y se emplee toda en Dios. Que no es razón que la señora esté á fuera y la esclava tenga el mejor lugar y se lleve lo más y mejor del tiempo. Los que no especulan y tratan las Escrituras con intención de aprovechar en el conocimiento propio, ni (¹) para deprender á negarse y unirse á Dios con ardientes deseos y afectos inflamados, salen sin duda de tal ejercicio soberbios, vanos, hinchados, amigos de sí mismos y llenos de su propio parecer. Consumen las fuerzas y el ingenio en cosas de aire, y ellos mismos se son impedimento para que Dios no les comunique de sus verdaderos, sólidos y sabrosos bienes. Y no más, por que no pierda yo por hablar lo que ellos por especular. A Dios, Deseoso.

D.—El sea contigo y te guarde. Amén.

DIÁLOGO OCTAVO

De los ejercicios en que se ha de ocupar el contemplativo, que ya descubrió el Reino de Dios en su alma y le conquistó.

§ I

Discípulo.—Dios te salve, maestro mío.

Maestro.—El mismo te sea salud sempiterna, hijo Deseoso.

D.—Y qué deseoso vengo yo de oirte hoy hablar en aquel santo ejercicio que el día pasado me comunicabas, significándome que Dios te lo había revelado.

Ejercicio revelado.

M.—La revelación no fué á mí, que no soy tan bueno como piensas, sino al profeta Miqueas, el cual, codicioso de saber qué sacrificio ofrecería al Señor que le fuese más acepto y para su alma de mayor provecho, mereció que El mismo le hablase en espíritu y le dijese: Yo quiero ser tu Maestro y enseñarte lo que es bueno y lo que tu Señor Dios quiere de ti. Y dichas estas palabras, hizo una cifra y suma de todo lo que hay que saber para que el hombre ande compuesto y bien ordenado consigo, con el prójimo y con Dios. Ciertamente, dice El (Mich., 6), lo que quiero es que hagas

(¹) Edición citada: «hasta que *ellos* pusiesen casa y *pudieran mantenerse* por sí mismos».

(¹) Aquí el *ni* equivale á *y*, de lo cual se hallan muchos ejemplos en los clásicos del siglo XVI. A editor de 1885 le pareció negativa y corrigió la frase, diciendo: «*aunque no* para aprender á negarse, etc.»

juicio, que ames la misericordia y que andes solícito con tu Dios.

D.—¿Es posible que en tan breves palabras se encierren tantos misterios, que para ser uno más perfecto en todo género de virtud no tenga necesidad de leer más libros ni de buscar otros nuevos ejercicios?

M.—No me parece á mí que hay lugar de duda, habiendo interpuesto (1) el mismo Dios su autoridad y dicho por su boca que esto es lo bueno y con lo que le tendrá su siervo, y cualquiera que lo hiciere, contento. Y porque entiendas que no son encarecimientos míos, ni hablo de gracia ni por entretener el tiempo, nota que toda la armonía de los espirituales ejercicios y todas las riquezas del hombre interior están en cuatro puntos, conviene á saber: *En subir con libertad por hacimiento de gracias á la Majestad de Dios. En descender por humildad y abnegación de la voluntad propia* (2), *debajo de su propia mano. En salir virtuosamente á todos los hombres con amor general y caridad bien ordenada. En entrar uniformemente á sí mismo por olvido de todas las cosas* (3) *á los brazos y unión del Esposo.* No sé si me has entendido.

Toda la armonía de los espirituales ejercicios está en cuatro puntos.

D.—Paréceme que sí.

M.—Pues vuelve á referir estos cuatro puntos, que es menester que los sepas como el Ave María.

D.—El primero, libres subidas del alma por hacimiento de gracias á la Majestad de Dios. El segundo, humildes descendidas (4) por abnegación de sí mismo, debajo de la poderosa mano del Señor. El tercero, virtuosas salidas á todos los hombres por un general amor de la largueza divina. El cuarto, uniformes entradas ó introversiones, por olvido de todas las cosas, á los abrazos y unión del Esposo.

M. – Admirablemente has comprendido este santo ejercicio; mas porque deseo que te aficiones á él y no á otro, así por ser revelado, como por la experiencia que yo tengo de lo mucho que en él se aprovecha el alma con poco trabajo y sin ningún hastío, has de saber que todo cuanto está escrito en materia de oración y contemplación se reduce á él. En él se fundan aquellas cuatro vías, purgativa, iluminativa, amativa y unitiva, de que tantos Santos han compuesto copiosos y prolijos tratados, especialmente San Dionisio, San Buenaventura, Henrico de Palma, el canciller Juan Gersón, Ricardo, Hugo y otros muchos. En el primero de estos cuatro puntos se levanta el ánima. En el segundo se derriba. En el tercero se comunica. En el cuarto se recoge y encierra en sí misma dentro del Reino de su Dios. Son estos aquellos cuatro ríos que regaban aquel vergel y jardín divino en que puso Dios nuestros primeros padres (Genes., 1), que le hacían agradable y de gran recreación. ¿Y cuánto más agradable y de mayor deleite es para Dios el corazón del hombre que con tales ríos se riega y refresca cada día? Hablando el celestial Esposo con el ánima su esposa en los Cantares, le dice (Cant., 4): Huerto cerrado sois, hermana y esposa mía, huerto cerrado y fuente sellada. *Emisiones tuæ paradysus*: vuestras salidas son paraíso, en que yo me deleito y recreo.

D.—No parece que trasladaste bien y con propiedad aquella palabra latina *Emisiones*, porque, como sabes, se deriva del verbo *emitto, is*, que significa enviar, y, á mi parecer, habías de decir: Tus enviadas son paraíso.

M.—Tienes razón y muy grande, que *salidas* no dan á entender tanto el imperio de la voluntad como *enviadas*. Pero porque este término no está en uso usé yo del más común, y porque es negocio llano y sabido de todos que los pensamientos y las salidas naturales del alma á cualquiera de las cuatro partes ya dichas nos (1) hacen paraíso para Dios, el cual sólo se agrada del sacrificio voluntario, y todas nuestras operaciones quiere que sean imperadas de la voluntad; y con esta advertencia, lo mismo es enviar que salir.

(1) Edición citada: «*una vez interpuesta* la autoridad del mismo Dios *acerca de ello y después de haber manifestado* por su boca que esto es lo bueno y con lo que lo tendrá contento su siervo y cualquiera que lo *practicara*».

(2) Edición citada, añade: «*hasta colocarse bajo* su poderosa mano».

(3) La misma: «*hasta llegar* á los brazos y unión *con el* Esposo».

(4) La misma: *descensos.*

(1) Aunque todas las ediciones, incluso la princeps, ponen aquí un *no*, corrijo esta errata porque con ella quedaría sin sentido este párrafo, y mentirosa la aplicación que luego hace del texto del cantar de los cantares.

§ II

Por qué el alma se llama huerto dos veces cerrado y fuente sellada.

Y pues que sabes dificultar en cosas tan importantes, pregúntote yo: ¿Por qué se llama el alma huerto, y huerto dos veces cerrado y fuente sellada?

Discípulo.—Paréceme á mí que le da ese título el Esposo para significar lo mucho que se regala en ella, cuando, á la manera de un jardín que está plantado de diversos árboles y de varias hierbas y odoríferas flores, con mucha abundancia de fuentes de aguas cristalinas, bien cercado y guardado para que ni las bestias le huellen, ni los hombres entren á robarle la fruta, la mira y contempla guarnecida con el temor de Dios, rodeada de su ley y de la custodia de los ángeles, plantada de muchas y diversas virtudes, de pensamientos del cielo y de deseos divinos.

M.—No se te puede negar que la respuesta ha sido á propósito; sólo quiero añadir que no será paraíso el corazón que no estuviere dos veces, y más, cerrado á todo lo que no fuere Dios ó ordenado para Dios, y junto con esto, fuente sellada y marcada por suya y para sí. Con toda custodia guarda tu corazón, dice el Sabio (Prov., 4), porque dél procede la vida, no cualquiera vida, sino la vida interior y esencialmente buena.

D.—También la natural.

M.—Verdad es, pero no habla Salomón de esa vida; que no tuvo naturaleza necesidad de aviso para guardar el corazón, de donde ella procede, sino la del alma, la cual mana del corazón bien guardado; y así es que luego se sigue: *Emisiones tuæ Paradisus;* tus salidas ó manantiales, paraiso. Sí, que aquel salir á Dios por hacimiento de gracias, aquel bajar á sí por conocimiento propio, aquel comunicarse á los prójimos con celo de su salud espiritual, aquel entrar dentro de sí con uniformidad de deseos, aspirando incansablemente á la unión del Esposo, paraíso es y lugar de deleites para Dios. Verdad es que algunos leen esta letra diferentemente, porque en lugar de *emisiones* trasladan *propagines,* que significa todo género de árboles y plantas de que se ordenan los huertos y jardines; y asi lo juntan y continúan con lo que se sigue de esta manera: Tus pimpollos y renuevos, que son las operaciones interiores y exteriores del alma, son paraíso de granados, manzanos, camuesos, cipros, nardos, azafranes, canela, cinamomo, con todos los más árboles del monte Líbano: mirra, acíbar, con otros más ungüentos primos ó principales.

D.—De razón [1] todos esos árboles tendrán sus significaciones misticas.

M.—Claro está, que no se deleita Dios ni tiene por paraíso ningún huerto del mundo por cerrado que esté y bien plantado destos árboles. Y pues habla con nuestra alma y espíritu nuestro, espiritual ha de ser esta arboleda y plantas que aquí se nombran, y espiritualmente han de ser entendidas. En el granado, los deseos de los mártires; en el cipro (que algunos llaman árbol del paraiso, otros junquillo, otros cierto género de palma que lleva racimos de dátiles como de uvas), la caridad olorosísima; en el nardo, la humildad y la devoción; en el azafrán, la sobriedad y templanza, y el alegria espiritual; en la cañafístola, que, como nota Plinio (Lib. 12, c. 11), es cierto género de árbol llamado cálamo, cuya corteza es de lindo olor y de que se hace un preciosísimo ungüento, la honestidad y vergüenza, porque despide del alma los malos deseos y pensamientos no castos; en la canela, la virtud de la fortaleza, porque es caliente y confirma el estómago flaco; en la mirra y áloe ó acíbar, la penitencia, y en los demás árboles y ungüentos, toda la universidad de las virtudes, de que sería imposible, sin exceder mucho de nuestro intento, hacer tratado.

§ III

D.—¿Al fin le cuadra muy bien al alma que se ejercita en estas cuatro calidades y puntos el nombre de Paraíso?

M.—Verdad dices, y plega á Dios, por su bondad, te dé á entender lo mucho que te importa, dejados otros cualesquiera ejercicios, ocuparte en este con todo tu corazón y fuerzas; que, á mi ver, no era otra la petición del Apóstol San Pablo cuando, escribiendo á los de Efeso, decia (Ephes., 3): Por esto, las rodillas en el suelo, al Padre de nuestro Señor Jesucristo pido y suplico os conceda que, corroborados y fortificados en su espiritu en el hombre interior, podáis comprender con to-

[1] La edición citada: *Necesariamente.*

dos los Santos, qué sea la longitud, latitud, alteza y profundidad y la caridad de Cristo, que excede todo científico conocimiento. Hasta aquí son palabras del Apóstol, las cuales bien consideradas, hallarás en ellas todo lo que habemos dicho de nuestro ejercicio; porque aquí sube el alma, por hacimiento de gracias, hasta la alteza de Dios, y baja, por conocimiento propio, hasta el abismo de su nada, y ensánchase caritativamente hasta abrazar por el Señor amigos y enemigos, y es sublimada en la esencial introversión, abrazándose íntimamente con su Dios. Y esta es la anchura, alteza, profundidad y longura que comprendieron todos los Santos, ayudados y fortalecidos del espíritu de Dios. El te le conceda para que lo entiendas y lo obres.

D.—Amén. Confieso que no he oído ni leído en mi vida tal exposición como la que has dado á ese lugar del Apóstol, tan dificultoso y de tan pocos entendido.

M.—¿Por ventura no te contenta?

Ninguno puede perseverar mucho en la alteza de la contemplación, si no tiene recurso a la humillación.

D.—Es admirable, ¿por qué no me ha de contentar? Sólo deseo saber de ti agora si ha de haber tiempo señalado para cada cosa destas, ó consecutivamente se ha de ir ejercitando el alma en ellas, de suerte que al subir se siga inmediatamente el bajar, y al salir el encerramiento y clausura con Dios.

M.—Muy buena dificultad es esa y de quien ha comprendido esta doctrina del cielo. Por lo cual nota que el subir de suyo desvanece, el bajar desmaya, el salir afuera distrae y el encerramiento causa olvido; y para que haya armonía y consonancia agradable al Señor, estas cuatro relaciones se han de estar siempre mirando y respetando, de manera que la elevación tenga respeto á la humillación, y el salir y comunicarse á las criaturas al entrar al Criador. Que como no es posible sustentarse uno mucho tiempo en lo alto de la contemplación sin desvanecerse, si no acude á lo bajo del menosprecio de sí mismo, así tampoco puede acudir á los prójimos, sin daño notable suyo, si le falta el recurso ordinario á la oración y introversión esencial en el hondón de su alma. Créanme los activos todos que si no les ayuda María, que se han de cansar y faltar en lo comenzado por muy fervorosos que comiencen, y aun caer en hartas miserias. Y yo, hijo, no reprendo á los que se ocupan en visitar enfermos, en hospedar pobres, en convertir mujeres perdidas y en tratar de la salud espiritual de los prójimos; pero séles decir que, si les falta María, que han de dar con todo en el suelo. Instando en la oración, dice San Pablo (Rom., 12), acudid á las necesidades de los Santos. Pues si habiendo de tratar con gente santa, es necesario instar en la oración, para tratar con pecadores, ¿no será menester doblada oración? ¿No será necesaria instancia y perseverancia á los pies de Cristo?

D.—Mucha razón tienes, que aun yo, con ser mozo y sin experiencia, he advertido y mirado el peligro de algunos que todo su cuidado ponen en el aprovechamiento ajeno sin tenerle del propio, y temo cierto su caída.

M.—Aun no tan malo si el aprovechamiento de sus prójimos les trajese distraídos; mas yo sospecho, y quédese por sospecha, que buscan el suyo temporal y el ajeno les sirve de cabeza de lobo. Al fin ellos comen y beben á costa de la virtud, con título y nombre de santos, como habemos visto en muchos alumbrados de nuestros tiempos, cuya memoria ofende cualesquiera orejas piadosas. Créeme, hijo Deseoso, que para tratar una hora con los prójimos con aprovechamiento suyo y no daño nuestro, que son menester ocho de trato con Dios. Del santo fray Gil, compañero de nuestro padre San Francisco, se lee (con ser un hombre que de solo oir de los niños por la calle, Paraíso, fray Gil, se quedaba arrobado por largo espacio de tiempo) [1], que si por la obediencia salía una vez de casa, decía que tenía necesidad de ocho días de encerramiento para volverse á poner en el punto en que estaba cuando salió. Pues, ¿qué se puede presumir de algunos mozos que, corriendo sangre, se entremeten á tratar de conversión ó confusión de almas, los cuales en todo el día [no] saben entrar en su casa, sino de una en otra por las ajenas, sin tener media hora de trato con Dios por [2] la oración?

§ IV

D.—Y de las beatas espirituales, si no cogen el manto cuando entran de fuera por no

[1] La edición de 1885 omite este paréntesis, que merecía conservarse por el dato biográfico que encierra.

[2] Edición cit.: «con Dios *á favor* de la oración?».

tardarse en descogerle cuando vuelven á salir, ¿qué sientes? ([1]).

M.—Mal, porque no cumplen con su vocación, que pide mayor encerramiento y guarda de sentidos que en las demás del siglo que andan en hábito secular. Parece que habló de ellas San Pablo cuando dijo (Tim., 5): Deprenden á andar por casas ajenas, no solamente curiosas, mirando lo que hay en cada una, sino ociosas, porque no hacen nada, y verbosas, porque nunca cierran la boca, derramándose muchas veces en pláticas excusadas; todo lo cual les nace de poco espíritu y menos conocimiento del estado que tomaron, que al fin profesan alguna manera de religión y el hábito que traen es de mortificación y penitencia. Muchas otras cosas te pudiera decir á este propósito, que la experiencia de algunos años me tiene enseñadas, si pensara que pudieran serles de algún provecho; pero no quiero interrumpir por agora nuestro ejercicio. Digo, pues, que unas veces se ha de subir, otras bajar; unas salir afuera, y otras entrar dentro de sí; lo cual te enseñará el Espíritu Santo si con humildad acudes á El. Y está atento, que quiero confirmar esta doctrina con un lugar famoso de Escritura, por que la estimes en lo que es razón. ¿Por ventura tienes memoria de aquellos animales que vió Ecequiel (Ezech., 1) junto el río de Chobar?

Las beatas tienen obligación de estar recogidas.

D.—Sí tengo, pero no entiendo el sacramento de aquella visión.

M.—Pues advierte que, aunque el profeta santo dice en el capítulo primero que eran cuatro, en el décimo dice que era uno (Ezech., 10). Este tenía rostro de león, de águila, de becerro y de hombre. Por este misterioso animal es significado el varon justo, ocupado todo en este espiritual ejercicio que voy platicando. El cual como león se retira á la soledad; como hombre, se humana ([2]) y trata con los hombres; como águila, se remonta y sube por contemplación al cielo; como buey, labra en la tierra del propio conocimiento. *Et animalia ibant, et revertebantur, in similitudinem fulguris coruscantis* (Ezech., 1). Y estos animales iban y volvían á la semejanza del rayo que con velocidad camina á una y á otra parte, despidiendo de sí centellas de fuego; tan presto en lo alto de las divinas alabanzas como en lo profundo de la humildad; tan presto ayudando al prójimo como retirado dentro de sí. Divino animal, que es uno y muchos: muchos, por los diversos respetos y ocupaciones; uno, porque en cada cosa se halla entero; todo en la elevación, todo en el conocimiento propio, todo en el bien de los prójimos y todo en la introversión. San Gregorio, sobre este lugar, advirtió una cosa de mucha consideración. Dice allí Ecequiel que estos animales iban y no volvían atrás un paso, y luego parece que se desdice. *Et animalia ibant, et revertebantur, in similitudinem fulguris coruscantis*: Y los animales iban y volvían á la semejanza del rayo inflamado y echando chispas.

Animal misterioso el que vió Ecequiel.

D.—Parece cierto que no se compadece lo uno con lo otro.

M.—Sí, [se] compadece desta manera: que en lo primero (como dice San Gregorio) se declara la perseverancia que los Santos tienen en la virtud y el tesón con que caminan en ella, y lo segundo, el ordinario recurso á Dios. Ha de haber una ida y otra venida; han de acudir á los prójimos, pero luego se han de volver á Dios y engolfarse en El; y esto á la semejanza del rayo, que como él han de despedir de sí palabras de fuego con que enciendan y abrasen los corazones de los hombres y los conviertan á Dios. El cual los llama deste nombre hablando con el santo Job. ¿Por ventura, dice (Iob., 38), serás poderoso para enviar rayos del cielo á la tierra y que con ir tan impetuosos te sean tan obedientes que, habiendo hecho sus efectos, vueltos á ti te digan: Aquí estamos? Claro está, según la exposición de San Gregorio, que no habla Dios aquí tanto de los rayos materiales que se despiden de las nubes que andan por los aires cuanto de los espirituales de que vamos hablando, los cuales salen de la mano poderosa de Dios inflamados en fuego de caridad, y haciendo efectos maravillosos en las almas vuelven á El, como gavilanes á la mano del cazador, para no perder la actividad del herir; vuelven al fin á la esfera del fuego donde la recibieron. Es decirnos, que ni todo ha de ser contemplar, ni todo

No ha de ser todo contemplar ni todo conversión de almas.

([1]) La misma: ¿qué *te parece?* MAESTRO.—*Muy* mal, etc.

([2]) Edición citada: *es humanitario.*

convertir almas; dello con dello [1]. Divinamente nos declaró esto el Apóstol escribiendo á los de Corinto: *Sive mente excedimus Deo, sive sobrii sumus vobis, charitas Christi urget nos* (II Cor., 5). Algunas veces nos arrebatamos en espíritu en el secreto de la contemplación á tratar con solo Dios; otras veces nos humanamos con vosotros para comunicaros lo que os conviene para vuestro remedio, y á lo uno y á lo otro nos incita la caridad de Cristo. Como si dijera: El fuego de la caridad nos enciende y voltea como rayos, y unas veces nos arroja á lo alto del cielo, donde está la esfera del amor, y allí nos anegamos y allí es toda nuestra conversación, absortos en Dios y olvidados de las bajezas de la tierra, y esa misma caridad nos vuelve á la tierra á procurar vuestra salud; y así somos águilas en la contemplación, hombres en el trato familiar del prójimo, leones en la introversión y soledad y bueyes en la labor del propio conocimiento.

D.—Verdad [2] confieso que jamás entendí ese paso ni he oído explicar tan altamente como tú agora me le has declarado. Bendito sea nuestro Señor que da su espíritu para entender y interpretar la sagrada Escritura con tanta sinceridad y en tanto aprovechamiento de las almas.

§ V

Maestro.—Muchos otros lugares hay que confirman este santo ejercicio, especialmente uno de Jeremías, que de las dos partes dél trató soberanamente; pero ni yo te quiero cansar, ni hay tampoco necesidad de más pruebas.

Discípulo.—Cansancio ninguno siento, aunque me anocheciese y amaneciese oyéndote hablar; ¿y no sabes tú que la conversación de la divina Sabiduría es sin amargura y sin tedio? (Sap., 8). El trato de los hombres del mundo sí que cansa y enfada; pero el de Dios enciende el corazón y es pasto y sustento verdadero del alma. No quiero por lo dicho serte molesto y importuno, obligándote á más de lo que pide tu poca salud; sólo te suplico me digas ese lugar de Jeremías, y, declarado, nos podremos luego retirar á la oración.

M.—Asentarse ha el solitario y callará, y levantarse ha sobre sí. Esto dice el Profeta (Tren., 3), y es tanta su preñez [1] y tan grandes los secretos que en tan breve sentencia se encierran, que temo mucho ponerme á desenvolverlos.

D.—Ya yo he leído ese lugar en los *Triunfos* que compusiste.

M.—Es así como lo dices; pero con el miedo que agora tengo pasé por él muy á la ligera, dije poco y con mucha escuridad, y ésta deseo quitar agora, si el Señor tuviere por bien darme su favor y ayuda. Nota, pues, que todas las condiciones necesarias para la perfecta oración y unión con Dios se encierran en esta breve sentencia: Asentarse ha el solitario y callará, y levantarse ha sobre sí. Lo primero es asentarse; lo segundo, soledad; lo tercero, silencio; lo cuarto, elevación ó rapto.

Condiciones de la perfecta oración y contemplación.

De lo primero dijo el Filósofo: El ánima asentada y con quietud se hace sabia. En todas las cosas buscó la divina Sabiduría descanso (Eccles., 24), y en solos los quietos y humildes le halló (Isai., 66). ¿Cómo puede descansar Dios en el alma inquieta que oye el sermón y está en el oratorio esperando que se acabe la hora, como si fuese tarea, con un tropel de pensamientos que ahogan cualquiera buena inspiración y habla divina? De los inquietos, y de mal asiento dijo el Sabio (Eccles., 33): El corazón del necio es como la rueda del carro, que en nada tiene sosiego ni firmeza; cada día muda propósitos: ya se da todo á la oración, ya la deja del todo; unas veces muy activo, otras muy contemplativo; lo que hoy le agrada, mañana le da en rostro; y usurpando el oficio de Penélope, tejendo y destejendo se le pasa la vida, sin ningún fruto ni aprovechamiento espiritual. Sus pensamientos, dice el Sabio, son como el rodezno del molino, ya de la hacienda, ya de los hijos, ya de la mujer, ya del negocio, ya del pleito, y plega á Dios no sean sucios y torpes, consentidos ó mal resistidos. Estos más se ponen

El necio es inquieto y en ningún ejercicio persevera.

[1] También omite la edición de 1885 este modismo que es todo un argumento popular, porque significa, según explica el Diccionario de la R. A. E., «que no pudiendo ser todo felicidad, se debe hacer igual semblante á lo próspero que á lo adverso». Aquí lo próspero es contemplar y lo adverso ocuparse en la conversión de las almas.

[2] Esta palabra falta en la edición citada, y por *altamente* dice *profundamente*.

[1] Edición citada: *profundidad*.

en la oración á pensar que no á meditar ni contemplar.

D.—¿Pues hay alguna diferencia entre esos tres términos, pensar, meditar y contemplar?

M.—Grandísima, y no me persuadiera yo que ignorabas eso si no me preguntaras, porque es cosa que se debe saber ante todas las demás que hacen esta materia. Nota, pues, que aunque las operaciones de nuestra ánima sean muchas, de tres hacen principalmente mención los Doctores, que son: cogitación, meditación y contemplación. De las cuales hablando Ricardo, Hugo de Santo Victore y el Canciller Gersón, dicen que la cogitación es pensamiento vago, vano y sin fruto de las cosas de la tierra, en el cual ni hay trabajo ni fatiga, sino un libre discurso por lo que se ofrece. La meditación es pensamiento próvido y deseo sabio del ánima que busca alguna verdad en que no poco se fatiga y congoja, aunque el aprovechamiento es mucho, porque se enciende con ella el fuego de la caridad, que es el fin de toda buena meditación. La contemplación, por agora, es lo mismo que la meditación, porque la una y la otra es un útil considerar de las cosas celestiales, provechosas para el alma; pero difieren en que la meditación se hace con fatiga y la contemplación con gusto y sin pesadumbre. Y aun la meditación, si es atenta, devota, con particular fin y de cosas particulares, se convierte muchas veces en contemplación.

Difieren entre si pensar, meditar y contemplar.

D.—Mucho me consolara de que me declararas esto por algún ejemplo manual, porque es mi dureza de manera que apenas te he entendido.

M.—Considera un hombre que, no habiendo aprendido el arte de pintar y ni teniendo voluntad de aprenderla, toma un pincel en la mano y se pone á pintar desordenadamente lo que se le ofrece á la fantasía; es cierto que hace esto sin fatiga ni pesadumbre alguna, pero sin provecho, porque sólo sirve de borrar el papel ó la tabla sobre que pinta. Demos que este mismo se determina á aprender esta arte y comienza á tomar liciones: es cosa para ver la dificultad con que obra en los principios; porque como le obliga el maestro á pintar cosas en particular y concertadamente, y de manera que puedan salir á luz, hasta hacer hábito, esle muy cuesta arriba; mas al fin, con el ejercicio y uso y con la codicia de la ganancia, poco á poco viene á ser perito en la pintura y á obrar con deleite y facilidad grande.

D.—Ya yo estoy al cabo [1] de lo que me quieres decir.

M.—Digo, pues, que el pensar es como el pintar desconcertadamente y sin arte; es hacer borrones y gastar tiempo en balde. El meditar es pintar con orden y concierto y con fin de salir con la pintura; mas el contemplar es eso mismo, pero con destreza, con facilidad y con gusto. Los que se retiran á pensar viven en grande peligro, porque pierden el tiempo y están expuestos á todo género de pensamientos que les ofrece el demonio, como mesones ó ventas que para todos hay [2] puerta abierta. Y es doctrina de alumbrados que enseñan á estarse baldíos en la oración, esperando el primer pensamiento que ocurre. Los que se ocupan en la meditación reciben gran provecho della: hácense sabios, enciéndense en el amor de Dios, crecen en la devoción, en la humildad y menosprecio del mundo, y finalmente en todo género de virtudes; y, lo que es más, llegan á lo sabroso y gustoso de la contemplación, mediante la cual la racional criatura ardientemente es unida con su Criador y sabrosamente (cuanto le es posible) le gusta; y tanto es su entendimiento elevado, que, dejadas las operaciones de los sentidos exteriores, se torna casi divino.

Dejarse llevar del pensamiento ó ponerse a pensar en la oración es cosa de mucho peligro.

§ VI

Pero dejemos también esto por agora, por que es tratar de los fines sin pasar por los medios, y volvamos á lo que del sosiego y quietud del ánima íbamos diciendo, sobre aquella palabra *Sedebit.* ¿Quieres saber quién se quieta?

Discípulo.—Mucho lo deseo, porque soy muy atormentado de inquietudes en la oración.

Maestro.—Sólo el humilde, porque la humildad es el fundamento de la quietud y paz

(1) Edición citada: «Ya estoy *completamente enterado*».

(2) La misma: «para *todo el mundo está* abierta *la* puerta».

Sólo el humilde tiene quietud en la oracion.

del alma. ¿Sobre quién descansará mi espíritu, dice Dios, sino sobre el humilde y quieto que, como el navío con el lastre, va caminando con sosiego y sin vaivenes entre las furiosas ondas del mar? Así el humilde con el peso del propio conocimiento persevera sosegado entre las tentaciones y tribulaciones de la vida presente. De manera que la humildad es el fundamento ·para la quietud, para la soledad, para el silencio y para arrebatarse el alma en Dios. Eso es lo que dijo nuestro Jeremías: Asentarse ha el solitario y callará, y levantarse ha sobre sí. No quiere decir: Asentarse ha el que vive en soledad, sino el solitario, el desnudo de pensamientos y cuidados del mundo, de las imágenes y fantasías de las cosas criadas; el olvidado de sí mismo y de todo lo que no es Dios. Cualquiera cosa que te acompañe en la oración te ha de distraer y inquietar y te ha de impedir la subida y la habla interior de Dios. Por eso dice El por Oseas (Oseas, 2): Yo la llevaré á la soledad. No dice al desierto, sino á la soledad; conviene á saber, de que vamos hablando, y allí le hablaré al corazón; esto es, con regalo y ternura de desposado, que eso dicen los Santos que es hablar al corazón. Y esto basta para que entiendas qué cosa es ser solitario. Y si más quisieres, lee el cap. 15 de los *Triunfos del amor*, que allí hallarás las manos llenas; y pasemos al silencio, de que dice nuestro Jeremías: Asentarse ha el solitario y callará.

Qué cosa es solitario, que asentado en la oración se levanta sobre sí.

D.—Parece que está demasiada esta partícula «callará», porque bien basta estar quieto y solo para subir á Dios en la oración.

M.—Hablas como ignorante. Hágote saber que muchos están solos y no se levantan, porque no guardan silencio. Es importantísimo el callar para tratar familiarmente con Dios. Preguntó un día Santa Catalina de Sena á nuestro Señor, por qué no revelaba en estos tiempos tantos secretos y misterios á sus siervos como en los pasados. Y respondióle: Porque no se llegan agora los hombres á mí para oirme como á Maestro, sino para que los oiga como Discípulo. Y el mayor daño de todos es que, respondiéndose cada uno á sí mismo conforme á su gusto, dice que sintió la habla divina y que le habló Dios. Y es falsedad y mentira, que no abrió su boca Dios, como El lo afirma por Jeremías. La primera cosa que pide Dios al alma su esposa, si quiere agradarle y que la codicie, es que le oiga. Oye, hija, mira y inclina tu oreja, y codiciará el Rey tu hermosura (Psal. 44). Este tan importante consejo tomó para sí el santo Profeta y puesto en el lugar de la oración, dice (Psal. 84): *Audiam quid loquatur in me Dominus meus; quoniam loquetur pacem in plebem suam, et super sanctos suos, et in eos qui convertuntur ad cor:* Oiré la habla de Dios y miraré atentamente qué es lo que me manda, porque sé yo muy bien que ha de ser paz para su pueblo y sobre sus Santos, y para aquéllos que se convierten al corazón.

Quién está callado en la oración y lo que importa el callar.

D.—¿Hay alguna diferencia entre pueblo de Dios y sus Santos y los que se convierten al corazón?

M.—Ninguna, todo es uno; los que pertenecen al pueblo escogido de Dios son santos y cordiales, y para esos es la paz del alma.

D.—¿Al fin es de mucha importancia el callar en la oración y dar lugar á que Dios hable?

M.—Es el todo; pero quédanos lo mejor por decir deste silencio, que no es la última disposición para arrebatarse el alma en Dios este callar suyo, que muchos callan y oyen y no se levantan.

D.—¿Pues qué silencio es ese?

M.—Cuando todas las cosas callan en el hombre, y duermen y sólo el espíritu puro vela y está atento á Dios; cuando no hay ruido alguno en el alma, porque todos los sentidos y potencias guardan estrecho silencio. Aquel de quien dijo San Juan en su Apocalipsi (Apoc., 8): Fué hecho silencio casi media hora, no hora entera, ni media hora, sino casi media hora, porque la gente menuda de casa es muy gritadora y pedigüeña, y así dejan poco lugar al sosiego. A este silencio se sigue el rapto [1], que por otro nombre llamaron los Santos muerte de beso, porque se hace mediante el contacto suavísimo de Dios con nuestra ánima en la parte superior della. ¡Oh sueño dulce y deseado, en que se le hace la salva á la bienaventuranza y se gusta cuán suave es el Señor!

Al silencio se sigue el rapto, que por otro nombre se llama muerte de beso.

[1] La edición citada: *éxtasis.*

§ VII

En este sueño estaba aquella ánima santa que, habiendo enfermado en el amor de su Esposo, confiesa que le puso la mano izquierda por almohada á la cabeza, y que con la derecha le abrazó, y luego con este favor y regalo tan crecido se quedó dormida. Y porque este sueño es muy saludable y cuesta mucho primero que le toma el alma, dice el Esposo (Cant., 8): Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras monteses y ciervos de los campos, que no despertéis á mi querida ni la desveléis hasta que ella quiera. Si, que para que un enfermo duerma, cuando el sueño le ha de dar la vida, todas las puertas y ventanas se cierran y no se consiente algún ruido en casa; así conjura Dios á todos los sentidos y potencias que guarden silencio estrecho. A los ojos que no vean, á los oídos que no oigan, al entendimiento que no discurra, á la razón que no raciocine, á la imaginación que cese; y al fin cierra puertas y ventanas para que sola la afectiva, que es la señora, goce del Esposo como otro Moisén, que sólo tuvo licencia para subir al monte, y la canalla y pueblo se quedó en la halda y ladera de él, conjurados, so pena de muerte, que no le inquieten ni despierten con sus clamores y voces importunas. El autor del libro que se intitula *Subida del monte Sión*, que fué religioso de nuestra orden y de la provincia de los Angeles, solía decir muchas veces esta sentencia, y la dejó escrita:

¡Quién me diese navegar,
Y engolfado no remar! (¹).

Discípulo.—Parece petición fuera de propósito, porque el hombre engolfado á remo y vela procura salir del golfo por no perderse.

Engolfada el alma en Dios, no usa de los remos del entendimiento y razón.

Maestro.—No habló tan superficialmente como suenan sus palabras. Golfo llama á este sueño dulce y pausa que hace el alma en Dios, adonde los remos del entendimiento y razón antes dañan que aprovechan; porque luego que ellos comienzan á remar, se acaba aquel gusto sabrosísimo y de gran deleite que siente el alma engolfada en Dios.

D.—¿De manera que el discurrir es lo mismo en el propósito que el remar en la navegación?

M.—Así es como lo dices, salvo que hay diferencia entre el que discurre y el que rema: porque el que rema, trabaja por tomar puerto; mas el que contempla, por engolfarse más en Dios, y hasta este punto son necesarios los remos y velas del entendimiento y razón, y en llegando aquí han de cesar, para que el afecto puro goce de Dios á sus solas, como largamente queda probado en los nuestros *Triunfos del amor.*

D.—Harto he leído aquel capítulo 14 de la primera parte, que trata de cómo se ha de contemplar con entendimiento y afectos purificadísimos en grado superlativo, y nunca acabo de entender aquella manera de la abstracción y destierro de las fantasías y representaciones de las criaturas que se nos ofrecen en la oración. Y holgaría oir de tu boca un ejemplo que declarase toda aquella doctrina y quedarse hía por hoy esta plática.

Cómo se ha de contemplar en Dios sin figuras y con entendimiento desnudo.

M.—Considera un mancebo capaz de razón que nunca haya visto á su padre y que un hombre de fe y crédito le dice: Hijo, mira bien que tienes un padre muy lejos de aquí, sapientísimo, poderosísimo, riquísimo y el más acabado en todo de cuantos hombres hay en el mundo. Este te ama entrañablemente y te provee en todas tus necesidades. el pan que comes, el agua que bebes, el vestido y lo demás que tienes, él te lo envía; por tanto, ámale mucho, obedécele y procura no salir un punto de su voluntad, pues le estás en tanta obligación. Pregunto yo: este mozo que tales nuevas oye de su padre, ¿no se moverá naturalmente á quererle y amarle con gran ternura y afición entrañable, y á desear verle y gozar de su presencia? ¿O será necesario que se ponga á pensar muy de espacio si su padre es blanco ó negro, alto ó bajo, grande ó pequeño, ó semejantes condiciones materiales? No

(¹) El autor que no nombra es Fr. Bernardino Laredo, que aunque muy sabio y noble no quiso cantar Misa y quedó lego. La primera edición del libro que cita se hizo en Sevilla, año 1536. La sentencia transcrita es uno de los sesenta y dos aforismos con que termina el cap. XL de la tercera parte de su libro, y que dice en la edición de Valencia, 1590, página 261:

«¡Quién *supiese* navegar,
Y engolfado no remar!»

por cierto, porque le podrían remover fácilmente y divertir de lo principal, que es amar y codiciar á aquél de quien por relación conoce que recibió el sér y todo cuanto tiene, y de los gustos que de la consideración viva de sus virtudes puede alcanzar; ni tampoco se ocuparía en considerar cómo fué hecho este su padre, ni en otras impertinencias semejantes, sino sólo en que es su padre, su hacedor, su proveedor, el que le sustenta y regala y á quien debe todo lo que es, como ya dijimos; las cuales consideraciones forzosamente han de despertar en él amor y benevolencia á su padre, deseo y ansia de verle y gusto de hacer su voluntad y ocuparse en su servicio. Esto mismo te digo yo á ti que has de hacer cuando te llegares á Dios en la oración, que pues sabes de fe que es tu padre, que te hizo y te crió y te sustenta y con admirable providencia acude por instantes á remediar tus necesidades, que derramó su sangre y murió por ti, etc.

§ VIII

No gastes el tiempo en definir, ni distinguir, ni hacer silogismos y discursos largos, averiguando cómo es, qué figura tiene, cómo está asentado ó levantado, de qué color, á dónde moraba antes que criase el mundo, si fué hecho, y otras impertinencias á este talle, que distraen el alma y la embarazan y privan de los gustos interiores que tendría si solamente se ocupase en la consideración de la bondad deste su Padre, de su sabiduría, justicia, providencia, hermosura, misericordia y largueza. ¿Por qué has tú de querer comprender al que es incomprensible y medir con la vara corta de tu juicio al que es inmenso, y estando en el destierro saber como los que le gozan en la patria? Bástate conocer á Dios debajo de razón de bonísimo, piadosísimo, clementísimo, sapientísimo, liberalísimo, Bienhechor y Padre tuyo. Este camino es llano, fácil y común, sin peligro, sin ofensa y sin dificultad, y del que por aquí camina se puede decir lo que proverbialmente dijo Salomón (Prov., 10): El que anda con simplicidad, anda confiadamente. Hartos hombres sabios habemos visto que por su demasiada curiosidad y sutilezas en la contemplación se quedaron á escuras, vanos y vacios, y á veces oprimidos de la gloria de Dios; y muchos simples, muy adelante en la mística teología y ciencia del amor. A lo menos, quien guardare esta manera de meditar librarse ha de muchas ilusiones del demonio, y no darán en los frenesis y locuras que algunos melancólicos dan, que todo se les va en hacer quimeras y despertar dificultades.

Discípulo.—¡Oh soberana doctrina, más de ángeles que de hombres! Verdaderamente has quitado de los ojos de mi alma unas como escamas que no me dejaban ver ni penetrar las riquezas del espíritu. Yo creo que para quedar perfectamente enseñado no me falta más que saber el orden que he de tener en salir á las criaturas y volver á esconderme dentro de mí, para á solas gozar de Dios con olvido de todas ellas, aspirando á la unión de El, con uniformidad de deseos.

Maestro.—Yo, hijo, estoy muy cansado y tú tienes bien que rumiar en lo que has oído; la noche nos convida á silencio, y es justo que le guardemos; por la mañana te diré lo que deseas y otras cosas que no habrán llegado á tu noticia.

D.—Sea como mandares, maestro mío. Dame tu bendición.

M.—La de Dios te acompañe y nos alcance á todos. Amén.

DIALOGO NONO [1]

De cómo el alma ha de salir á las criaturas, y encerrarse dentro de sí misma.

§ I

Maestro. — Bien has madrugado, hijo Deseoso.

Discípulo.—Tal me va en ello; apenas he podido dormir sueño esta noche con el excesivo gozo que mi alma ha sentido en el ejercicio de aspirar á Dios y bajar al conocimiento propio.

M.—¿De manera que esos altos y esos bajos te han hecho agradable música en el corazón?

D.—No sabré declararte cómo ha sido eso con ningunas palabras; pero atrévome á decir que á la medida del conocimiento propio es el que se alcanza y tiene de Dios.

M.—No dudes dello, que aun el venerable Beda afirma de la humildad que es la llave de

[1] La edición citada, *noveno.*

A la medida del conocimiento propio es el que se tiene de Dios.

la sabiduría. Y en las vidas de los padres se escribe de un monje que ayunó setenta semanas por entender un secreto de la divina Escritura, y no pudiendo, se fué á tomar consejo con otro monje, y aparecióle un ángel en el camino y díjole: Setenta semanas ayunaste y no te llegaron á Dios, mas por la humildad y conocimiento de tu insuficiencia has merecido que yo de su parte venga á enseñarte lo que desear saber. San Bernardo comparó esta virtud á los arcaduces por donde se trae el agua encañada á los pueblos, que en quebrándose deja de correr y se siente la falta. Y de ahí le nace al demonio el procurar con tan ansioso cuidado destruir en nosotros esa virtud como le tuvo aquel malvado Holofernes de romper la cañería por donde entraba el agua á la ciudad de Betulia (Iudit., 7). Al fin es admirable cópula la que se hace de lo alto de Dios y de la nada del hombre. Y agrádase mucho aquella soberana grandeza cuando viéndonos favorecidos y llegados á Sí, bajamos como rayos al conocimiento propio y á la nada que de verdad somos. Divino Bautista, que le pone el Hijo de Dios la cabeza en sus manos, y luego se deja caer á sus pies; y más se abajara si más pudiera; pero al fin confiesa que no es merecedor de desatar la correa de su zapato. Y en el caso responde (Math., 3): Yo debo de ser bautizado de Ti, ¿y Tú vienes á que yo Te bautice? Halló réplica la mayor humildad: Deja hacer, Juan (dice Cristo), que así nos conviene á los dos cumplir toda justicia. A lo menos podré certificarte que es este el mayor encarecimiento de humildad de cuantos yo he oído ni leído; porque si bien se pesan las palabras del humildísimo Jesús, toda la justicia consiste en humillarse el hombre; y El mismo pareció y fué visto justísimo por ser humildísimo. Así conviene (dice San Bernardo), así conviene que venza en humildad el que vence en alteza y que se humille más que todos el que es más alto que todos.

D.—Paréceme que llevas hilo para que otra vez nos anochezca tratando de los dos caminos de subir y bajar.

M.—No te maravilles que cargue aquí tanto la mano, porque el alto edificio no le asegura sino el bajo y hondo cimiento. Dijo muy bien San Agustín, que el que quisiere alcanzar la alteza de Dios había primero de abrazar la humildad de Dios. Y yo te digo á ti que, si en esto no guardas proporción, que sin duda te despeñarás del alto del monte de la contemplación; que el contemplativo quiere ser muy humilde, porque el fiador de la contemplación es la humildad. Mas porque de propósito y magistralmente traté ya della y quedó asentado que es puerta, y la primera, para el Reino de Dios, no digo más, sino que adviertas una palabra, que pesa mucho en este camino, que dice: *Libres subidas.*

D.—En verdad que me saliste al encuentro, porque bien he yo echado de ver que no está ociosa ni por demás.

M.—El Canciller parisiense (Ierson., 3 p. *de meditatione cordis),* definiendo ó describiendo la contemplación, cuanto á aquella parte que es obra del entendimiento, dice así: Contemplación es un mirar agudo y una vista despabilada y libre del alma, que se derrama por todas las cosas dignas de consideración, y en ellas investigando y rastreando, como perro generoso de muestra, halla lo que la voluntad gusta; al cual gusto se sigue un conocimiento mayor y más alto que el que se alcanza por el solo entendimiento ó de leer las divinas Escrituras. Hasta aquí son palabras del Canciller. Y lo que principalmente quiero que notes en ellas es aquella libertad que pide en el alma para contemplar á Dios. Y mira bien que, si el entendimiento ha de estar libre y desembarazado, que no embaraces ni cautives la voluntad que, como sabes, es la señora; y para que sea con fruto la contemplación, ella ha de ser la que principalmente obre, porque es la que pide y la que recibe el suavísimo ósculo de Dios. En una palabra te diré lo que requiere un largo tratado: que como la libertad del entendimiento consiste en desnudarse de fantasías y imágenes de cosas criadas, y al fin de todo aquello que percibe por los sentidos exteriores y de todos los discursos y devaneos que él puede por sí y por sus vecinas las demás potencias inferiores urdir, así consiste la libertad de la voluntad en que esté desasida y desarraigada de todo pecado, de toda ocasión de pecar y de todo afecto ó afición al pecado, y de todas las criaturas que con amor desordenado se suelen amar. Y con esto me despido desta materia, aunque no quisiera,

Qué cosa es contemplación.

En qué consiste la libertad de la voluntad para la contemplación.

que es sin duda muy agradable y de grande importancia, y al fin habremos de platicar della algún día, aunque queda dicho mucho en la primera parte de los nuestros *Triunfos*, en el capítulo catorce; allí podrás tener recurso entretanto que se me ofrece ocasión para tratar destos impedimentos.

§ II

Algunas veces se ha de dejar la contemplación.

Y salgamos á abrir al divino Esposo que helado de frío, la cabeza escarchada y llenos los cabellos del rocío de la noche, llama á la puerta (Cant., 5); porque si se ama más el retraimiento secreto y el ocio de la contemplación que acudir á las necesidades del Esposo que muchas veces padece en sus criaturas hambre, sed, frío, cansancio y otras miserias, piérdese sin ninguna duda el merecimiento de la caridad y el sabor y gustos de la santa ociosidad.

Discípulo.—¿Y débese enojar el Esposo cuando no se acude luego al remedio de los prójimos, que son sus miembros; porque en los *Cantares* se dice que emperezando el alma su esposa y ronceando (si así se sufre decir), por no levantarse de la cama ni ensuciarse los pies, El se fué y la dejó llena de desconsuelo?

Como se ha de acudir a las necesidades de los prójimos

Maestro.—Y aun le fué forzoso ir en busca de El por las calles, callejas y plazas de la ciudad, y pasar hartos tragos amargos en este camino. Por lo cual te pido, hijo mío, que, dejando á tiempos el ocio santo y la introversión (de que oirás adelante), salgas por un general amor á todos los hombres del mundo, y cuando de ti tuvieren necesidad forzosa, á cada uno en particular; porque la caridad que te llama á los suavísimos abrazos de Dios, esa misma manda que no faltes á tu prójimo, habiéndote menester. Y mira bien que dice San Juan (I Ioan, 4) que tenemos expreso mandamiento del Señor para que quien amare á Dios ame á su hermano por Dios.

D.—Mucho deseo saber de dónde nace esa obligación que has dicho de amar á todos los hombres en general.

M.—Pláceme de decírtelo, pero presupongo de antemano que estás bien en una importantísima verdad; conviene á saber: que el

De dónde nace la obligación de amar á todos en general.

hombre debe todo su amor, cuanto tiene y á sí mismo á Dios y que esta es la principal obligación y primera deuda con que entra en el mundo; y que si este amor primera y principalmente se diese á alguna criatura, se le haría grandísima injuria al Criador. ¿Estás en esto?

D.—Muy bien.

M.—Síguese, pues, que el hombre no debe por obligación forzosa amor á ninguna criatura, por muchos y costosos servicios que tenga recebidos ó reciba della, sino á solo Dios, que por tal le provee y remedia tan abundantemente; porque todo el bien que recebimos de las criaturas es cierto que le recebimos principalmente de Dios, por quien todas ellas viven y tienen ser; y así ninguna debe pedírnos retribución ó paga de amor ó agradecimiento ó de honra por los servicios que nos hace, sino recurrir á Dios, de quien recibió lo que tiene y nos comunica; que de otra manera seguirse hía, que todo el mundo no estaría obligado á Dios de obligación y deuda natural (*Theologiæ naturalis*, tít. 122, 123 y 124). Mas porque el hombre debe primera y principalmente su amor á Dios, como deuda de que ninguno puede huir, está también obligado á amar aquellas cosas que son y pertenecen á Dios, en cuanto suyas, y no de otra manera; y porque todas las criaturas son suyas, en cuanto tales les debe amor, fundado en la primera obligación y deuda que tiene de amar á Dios. La cual segunda obligación, por fundarse en aquella primera, no se puede llamar propiamente segunda, ni otra que la primera, en la cual se contiene. Y porque no todas las criaturas son iguales, y entre ellas aquella es mayor que representa más al vivo su imagen y semejanza, luego después de Dios se ha de amar el hombre como imagen viva suya, pues inmediatamente se sigue á Dios su viva imagen.

§ III

Discípulo.—Dejado aparte lo que la sagrada Escritura dice (Genes., 3), conviene á saber: Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza, ¿cómo se conoce que el hombre es imagen de Dios?

Maestro.—Por razón natural, porque voz es de todas las criaturas, sin discrepar ni faltar

Por razón natural se conoce que el hombre es imagen de Dios.

una, que juntas confiesan esa excelencia y dignidad en el hombre. En todas ellas hay orden, como sabes, y, unas más y otras menos, cada cual representa á Dios y le imita: más las que viven, que las que no tienen vida; más las que sienten, que las insensibles; más las que entienden, que las que carecen de entendimiento, que á estos tres grados se reducen todas; y en esta escalera que de ellas se hace de imitación, en el hombre se halla el último grado de imitar, y por consiguiente es cumplida imagen de Dios, en el cual, como el sello imprime todas sus figuras y rayas en la cera, imprimió Dios su viva imagen. Esto entiende cuanto al ánima, porque siendo Dios todo espiritual y intelectual, de ninguna manera podía ser su imagen corporal. Y colige de aquí, como buen lógico, que si después de Dios luego se ha de amar su imagen, que tu amor principalmente ha de ser espiritual, pues lo es la imagen de Dios, y general, pues que todos los hombres, en cuanto hombres, representan á Dios y son retratos y imágenes suyas vivas, ora sean amigos, ora enemigos, ora te dañen, ora te aprovechen; porque en tanto que no dejaren de ser hombres, no pueden dejar de ser imagen de Dios, ni tú de amarlos, si amas á Dios.

Nuestro amor ha de ser espiritual y general.

D.—Y ese amor así general, ¿qué tan grande ha de ser?

M.—Como el que te tienes á ti, porque en todos hay un mismo respeto y consideración, que es ser imágenes de Dios, y amándolos en cuanto tales, no hay más razón de amarte á ti más ni con otro amor que á ellos, ni entre ellos á uno más que á otro, aunque no condeno por esto el amar más á una criatura que á otra, cuando en ella hubiere más razones para ser amada con aventajado amor; porque el alma que ama á Dios, tiene y guarda orden en la caridad. El bien, pues, que te deseas á ti, en cuanto hombre y en cuanto imagen de Dios, eso mismo les compete á todos los hombres, por ser todos en la naturaleza unos y representar un Dios. Y de aquí entenderás la grande amistad que debe haber entre todos los hombres, la mucha paz, unidad y concordia, por ser una la causa que á amarse les obliga, que es ser viva imagen de Dios, cuyo amor, así como es justísimo y muy debido de derecho natural, así lo es el que nos debemos de tener unos á otros. Los cuales ambos, bien mirado, caen debajo de una misma obligación, como arriba probamos. Sacarás también de aquí que hay dos ligas maravillosas de amor: una entre Dios y los hombres, los cuales están obligados primera y principalmente á amarle de derecho natural; otra entre sí mismos, por las razones dichas. Y porque este segundo vínculo y atadura tiene su fundamento en el primero, síguese que es imposible que se ame Dios sin que se ame el prójimo; porque luego que hay amor de Dios le ha de haber de su imagen, y necesariamente falta este segundo amor si falta el primero. Y porque deseo que quedes bien enseñado en que este amor ha de ser general y sin aceptación de personas, que es lo que dice el tercero camino: *virtuosas salidas á todos los hombres por una general fidelidad y amor de la largueza de Dios*, pon los ojos en todas las criaturas que Dios crió para servicio del hombre, y verás que sin ninguna diferencia sirven á todos los hombres, y cuanto es de su parte á ninguno más que á otro, ni tienen más cuenta con el rey que con el plebeyo, con el pobre que con el rico, con el grande que con el pequeño; igualmente trabajan por todos. Si no mira la tierra, el agua, el aire, el fuego, los árboles, las plantas y demás criaturas, cómo de su parte se dejan gozar igualmente de todos y de ninguno huyen. Especialmente se echa de ver esto en el sol, que entre todos los planetas es nobilísimo, que en su alumbrar no es aceptador de personas, porque cuando por la mañana sale, sale igualmente para todos.

Dos ligas de amor, de nosotros á Dios y de nosotros á nosotros.

Las criaturas sirven igualmente á todos los hombres.

D.—¿Y de dónde nace esta generalidad y igualdad de servicios en todas las criaturas?

M.—De la ordenación del Criador, que quiso que, como todos somos un hombre cuanto á la naturaleza y en cuanto imagen suya, fuesen los servicios iguales y generales. De manera que no hay que pensar nadie que las criaturas tan nobles le sirven con otro ningún respeto que éste; conviene á saber, que es imagen de Dios, que quitado éste de por medio, no merecen los hombres ser de ninguna servidos. Pues si las criaturas todas movidas por Dios, así generalmente sirven al hombre porque representa á su Criador, ¿cuánta más ra-

zón es que hagan esto los mismos hombres, pues cada cual reconoce en el otro la imagen de Dios, que obliga á todos á amarse, especialmente los cristianos, entre sí, que además de esto reconocen un Padre, un Dios, una fe, un bautismo y viven en la esperanza de una vocación?

El que deseare juntarse a Dios, qué ha de hacer.

Más te quiero decir: que leyendo las obras del divino Rusbrochio y Blosio, he advertido y notado estos días que uniformemente dicen ambos que cualquiera que mediante la caridad deseare juntarse á Dios, que es el más justo deseo que puede tener la criatura racional, conviene que con un amor general y encendido ame generalmente á todos los hombres, con fin de traerlos á la felicidad eterna y bienes del cielo. Sea, dicen, manso de corazón, piadoso y que fácilmente se mueva á compasión y se haga participante de la pobreza, trabajos y miseria de todos los hombres, derramando ó comunicándose á todos y á cada uno de ellos sin aceptación de personas, aunque no sin atención á los merecimientos y al orden de la caridad, para remediarlos en las tales necesidades. Y si has de ser compasivo, por que hablemos en particular, en las miserías de tu hermano, razón es que en sus prosperidades y buenos sucesos te alegres y des gracias al Señor, como lo dejó puesto en plática el Apóstol San Pablo, el cual con los alegres se alegraba y con los tristes se entristecía y por ganarlos á todos se hacía todas las cosas á todos. Y el Redentor del mundo beatificó los misericordiosos y les aseguró en el cielo la misericordia. Y en su Evangelió dejó escrito este riguroso canon (Math., 5): Por la medida que midiéredes habéis de ser medidos. Que fué decirnos, en una palabra, que á la medida de nuestra misericordia con el prójimo ha de ser la suya con nosotros.

§ IV

Al fin, cual deseas hallar á Dios y á los hombres para contigo, tal has de procurar ser para con Dios y para con ellos. Míralos con ojos piadosos, y en cualquiera tribulación interior ó exterior que los halles procura favorecerlos, ora con tu hacienda, ora con tus consejos, ora con tus oraciones y ruegos. Si puedes poco, no lo niegues á tu prójimo; si no tienes más que palabras, dáselas, y si éstas te faltan, no te falte el corazón piadoso. En cualquiera de los hombres se ha de reverenciar la imagen de Dios trino y uno; y las amarguras que contra alguno se ofrecieren al alma, con el azúcar de la caridad se han de poner dulces y desterrarlas luego de ella. No desprecies á nadie, ni del mayor pecador del mundo desconfíes, ni le juzgues ó condenes temerariamente. A ti mismo te escudriña, y con ojos de lince de pies á cabeza te considera, y si hallares en ti alguna cosa de resplandor y de lustre, cuanto pudieres has de deshacerlo, ponderando tan solamente tus defectos y negligencias.

Cómo se ha de haber el siervo de Dios en juzgarse á si y á sus prójimos.

La vista de paloma guárdese para el prójimo, cuyas virtudes, si alguna tiene, has de levantar hasta los cielos, haciendo, si puedes, de una mosca un elefante, engrandeciéndolas lo posible, aunque sin mentira ni lisonja. Excusa sus pecados y echa, como suelen decir, sobre ellos la capa de la caridad, que San Pedro la llamó cubrefaltas, y todas sus cosas interpreta á la mejor parte. Y advierte que lo que en presencia suya no te atrevieras á decir, no lo digas en su ausencia. Si la obra fuere tal que no admita intención sana, por ser contra un precepto divino, excúsala como pudieres, ó con la flaqueza de la naturaleza humana, que al fin somos frágiles y quebradizos todos, ó diciendo que es permisión de Dios para provecho del caído, ó que ya estará reconciliado como otra Magdalena, que siendo juzgada del Fariseo por pecadora (Luc., 7), fué aprobada de Cristo por santa. O como el Publicano, que le condena el otro vanaglorioso en su oración (Luc., 18), y está Dios aceptando la suya y su confusión, y sale su contrario reprobado y él justificado. Y si para nada de esto hay lugar, piensa que si las tentaciones con que él fué combatido vinieran sobre ti, sin duda cayeras más miserablemente.

A título de espirituales murmuran algunos con mucha libertad.

De esta manera, como abeja codiciosa y artificiosa, sacarás de todo lo que vieres provecho para tu alma; que es cosa de admiración ver algunos hombres, con título de espirituales, tan llenos de ojos para ver las faltas ajenas y tan sin ellos para las propias, como si los hubiera Dios constituído jueces del mundo ó se hubiera dicho

por ellos (1 Cor., 2): El espiritual juzga todas las cosas. Son grandes censores de los otros, estando de sí muy pagados y satisfechos, y queriendo reformar muy por el cabo las faltas de sus prójimos á sí mismos se dañan y á ellos no les aprovechan, porque esto no les nace de caridad, sino de una vana complacencia que de sí tienen y de un desprecio intolerable de los otros. Estos digo yo que son de aquellos fariseos que para sacar la paja que ven en el ojo de su vecino (Luc., 6; Math., 7), se quiebran ambos los suyos con la viga de lagar que traen ellos. ¡Oh perniciosos hombres! ¿juzgáis á los otros y no hay para vosotros juicio? ¿Tan aguda tenéis y tan de lince la vista, que os atrevéis á mirar y escudriñar lo que está en los corazones que Dios solo penetra y alcanza (Psal. 7)? ¿Qué demonio os enseñó el camino que Dios ha de tomar para salvar los caídos y traerlos á sí? ¿Por qué queréis sacar á luz, y hacer de ello juicio conforme al vuestro, lo que Dios reservó para el suyo? ¡Oh temeridad grosera y grosería temeraria! Si tuviésedes tantito de entendimiento sano, sin ninguna duda os habíades con esto de confundir y avergonzar delante de Dios y de los hombres santos. ¿No sabéis que todo el juicio está reservado á Dios (Rom., 8) y nada dél [1] á ninguna arrogante y soberbia criatura?

§ V

Cuán perniciosa es la murmuración y los juicios temerarios.

No creo yo que hay Demóstenes en el mundo ni Cicerón que puedan con ninguna oración retórica abrazar y declarar los daños grandes que esta peste infernal de la murmuración y esta tiranía de juicios han traído al mundo, las guerras y disensiones que han despertado en los hombres, las ciudades fuertes que han derribado y las amistades estrechas que han deshecho. Si alguna cosa tienes contra tu hermano; si se enojó contra ti sin culpa tuya; si te afrentó ó agravió en la persona, en la hacienda ó en la honra, procura luego con la medicina de la mansedumbre carearte con él y con corazón agradable, quieto y lleno de misericordia le habla (si es coyuntura y buena sazón), y reprendiéndole con modestia trabaja de ganarle para Dios, como dice el Evangelio (Math., 18). Y no seas como algunos inpertinentes, que queriendo curar una llaga hacen con sus razones mordaces otras de nuevo (Iacob., 5). Si, pecando tú contra Dios, El con mucha paciencia te esperó y sufrió para que, volviendo en algún tiempo á su amistad, goces de su eterna bienaventuranza, ¿qué mucho harás cuando hicieres lo mismo por tu prójimo? No te espantes de hoy más ni desprecies á tu hermano si cayere, antes derrama lágrimas por él, como las derramó Cristo por tus pecados en la cruz (Heb., 5). De otra manera, habrás de tener sobre ti tantos jueces que te condenen cuantos son los condenados por tu juicio. Por lo cual te pido, cuan encarecidamente puedo, que antes elijas cortarte la lengua con tus propios dientes que juzgar temerariamente á ninguno ó irritarle con palabras duras ó entristecerle ó injuriarle. Y con esto me despido de los hombres, porque ya es tiempo de huir dellos y de encerrarnos dentro de nosotros mismos como se encierran las abejas dentro de su corcho y colmena para labrar los panales y la dulcísima miel.

De los prójimos caídos nos debemos compadecer.

Discípulo.—No entiendo eso.

Maestro.—Digo que huyas de los hombres, en cuanto te fuere concedido por razón del estado y del oficio que tienes; porque las muchas ocupaciones, conversaciones y amistades, aunque buenas, inquietan y turban el ánima y inficionan su pureza y disminuyen en ella la caridad y resfríanla y remiten [1] el fervor de la devoción y ciegan los ojos interiores para que no eche de ver lo que le conviene. Es cosa muy fácil escapársenos la palabra ociosa, jocosa y aun de murmuración y perder el preciosísimo tiempo en cosas de poco fruto, que, como dijo el otro sabio (Aristóteles), los amigos son ladrones del tiempo. Y si no te parece que te cuadra lo que digo, mira lo que le pasó al santo Arsenio con el Ángel, que le mandó que huyese, que callase y que se quietase. Porque la raíz de toda nuestra bienaventuranza está en que nos conservemos quietos en soledad. Téngase, pues, por dicho, el que quisiere conversar con el mundo, que ha de padecer en su alma muchas

Huir de los hombres es importantísimo para hallar á Dios.

(1) Edición de 1885, y nada *de esto*.

(1) Edición citada, *debilitan*.

llagas y heridas; porque todas aquellas cosas con que el hombre se distrae y se divierte, viendo, oyendo, comiendo, bebiendo, hablando y obrando y aplicándose á negocios no necesarios, ladrones y salteadores son de la pureza del corazón y de todas las riquezas del espíritu; por lo cual nos conviene más que otra cosa huir, para alcanzar y poseer esta pureza.

§ VI.

El santo Moisén, en sacando la mano del seno la hallaba llena de lepra (Exod., 4), y en volviéndola á retraer sanaba de la lepra. Créeme, hijo, que si con descuido te derramares por las criaturas, que no ha de faltar lepra en tus obras; pero si huyeres dellas al secreto interior, todo cuanto hicieres será agradable á los ojos del Señor. ¡Qué cuidado tuvo Faraón de que los hijos de Israel no sacrificasen á Dios en el desierto! y mira el ardid de que usó para salir con su intento. Mándales salir á buscar leña y paja para calentar los hornos (Exod., 5), y oblígales á las mismas tareas que tenían cuando les daba esta ayuda de costa; y así ocupados todo el día en este trabajoso ejercicio, no les quedaba tiempo para sus sacrificios y trato con Dios. Pues ten por muy cierto que es mucho mayor el hipo y ansia del demonio porque nos derramemos y salgamos de nosotros, muchas veces atraídos con celos indiscretos de remediar á los otros; y suélenos acontecer lo que á los nadadores, que queriendo ayudar á los que se ahogan perecen juntamente con ellos. Nunca podrás ofrecer sacrificio puro á Dios con quietud de espíritu si eres amigo de andar fuera de ti. ¿Qué piensas que movió á los Santos á huir á los yermos?

Gran mal derramarse por las criaturas.

Discípulo.—Yo no sé qué les pudiese mover, sino el deseo de estar solos.

Maestro.—Tienes razón; porque en la soledad se purifica el hombre, y en esta pureza persevera de continuo; conócese á sí mismo y anda aprovechado en el amor de Dios. En la soledad se deprende á mortificar la carne y se confirma el alma en el bien. El que gusta de la soledad sabe á qué sabe Dios y toma gusto en Él. En la soledad se remontan y alejan del hombre las cosas que más suelen hacer guerra á los avecindados en el mundo, y con el sabor de las celestiales, las cargas más pesadas se hacen ligeras. ¡Oh, si se conociese cuánto bien trae consigo la soledad y cuán grande sea el tesoro que en ella se adquiere, cómo la desearíamos! Por lo cual te ruego (y á todos los que desearen conservarse en el amor y temor de Dios) que huyas de los hombres y libertes tu corazón y le desocupes del amor dellos, de manera que con ninguno tengas familiar amistad, trato y conversación, si no fuere muy conforme á tu espíritu, y que de su amistad recibas aprovechamiento espiritual. Responde á todos brevemente sí ó no, como más convenga; y si esto te fuere odioso y molesto, súfrelo benignamente por Cristo; habla á todos con rostro alegre y sin ceño ni enojado, aunque como queda dicho, debes huir el trato familiar de los hombres por el de tu Criador; porque mucho mejor te será tener á tu Dios propicio y amigo que la amistad de todos los hombres del mundo, que cuando ellos te miren con malos ojos, ningún daño te pueden hacer, como le recibirías si tuvieses por enemigo á Dios y de tu parte á todos ellos. Una cosa te sé decir con mucha verdad, por conclusión y epílogo de toda esta materia: que para ser útil á todos te conviene huir de todos y abstenerte de todas las cosas. Y advierte más, que, como dice una persona religiosa [1] y muy ejercitada en la oración y en el trato familiar de Dios, para la perfecta contemplación son necesarísimas tres cosas; conviene á saber, amor recíproco entre nosotros, desasimiento de todo lo criado y verdadera humildad.

Cuantos bienes nos acarrea la soledad.

Cómo se ha de haber el siervo de Dios tratando con los hombres.

D.—Todo eso tienes tú ya dicho y probado; pero bien me holgaría que dijeses aquí agora lo que esa bendita religiosa escribe y siente de las amistades que suele haber y hay entre personas religiosas, que algunas veces las he oído condenar y otras alabarlas mucho.

M.—No quiero decir yo, sino que diga ella, porque habla como más experimentada y bien. No hay cosa enojosa, dice, que no se pase con facilidad en los que se aman, y re-

[1] *Santa Teresa de Jesús.* Tanto este texto como el siguiente más largo los toma el P. Angeles del *Camino de perfección*, cap. IV, donde puede consultar el lector lo que deja y toma de la inspirada avilesa.

Amistades muy trabadas, cuyo fin no es el aprovechamiento espiritual, cuán perjudiciales.

cia ha de ser cuando dé enojo. Si el mandamiento del amor del prójimo se guardase en el mundo como es razón, aprovecharía mucho para que se guardasen los demás. La lástima es que, por más ó por menos, nunca acabamos de guardarle con perfección. Y trae tanto mal y tantas imperfecciones consigo lo demasiado, que no lo creerá sino quien haya sido testigo de vista como yo. Hace aquí el demonio grandes enredos, y siéntenlos poco los que se contentan de contentar á Dios groseramente, antes les parece que sea virtud; lo cual no dirán los que aspiran de veras á la perfección, porque poco á poco quitan las fuerzas á la voluntad para que del todo no se emplee en amar á Dios. Y en mujeres debe ser esto más dañoso que en hombres, y á las comunidades acarrea mucho perjuicio. Estas amistades grandes y muy trabadas pocas veces van ordenadas á ayudarse á amar más á Dios; antes creo que las hace comenzar el demonio, para comenzar bandos en las religiones. Si la voluntad (que es cosa muy natural) se aficionare más á una que á otra, vámonos á la mano y no nos dejemos enseñorear de aquella afición. Amemos las virtudes y lo bueno interior y siempre traigamos cuidado de acertar en no hacer caso desto exterior. No consintamos, hermanas, que nuestra voluntad sea esclava de ninguno, sino de solo el que la compró con su sangre. Miren que sin entenderlo se hallarán asidas de suerte que no se puedan valer. No tienen cuento las niñerías que de aquí nacen, y nadie las sabe sino los que viven en comunidad, y cuando esta peste toca en los prelados, acabóse la paz y todo el bien. Gran cuidado es menester para que este daño no pase adelante, y remediarse ha si luego al principio se corta el hilo á las tales amistades que no son para más servir y amar á solo Dios. Hasta aquí son palabras desta religiosa. Y para que de una vez quedes maestro y sepas cómo te has de haber en el amor de las criaturas, escribe este canon que, aunque riguroso, es verdadero y necesarísimo en la vida espiritual:

Canon para saber cuál es amor espiritual y cuál no lo es.

Todo amor, ora sea natural ó otro cualquiera que en el corazón te causare inquietud y imaginaciones, principalmente en el tiempo de la oración, ó te hiciere anhelar por la vista, conversación, trato y presencia de aquella persona que amas y está ausente, si no fuese por la salud de su alma y por instruirla en las cosas del espíritu, es desordenado y defectuoso en el acatamiento de Dios, y, por consiguiente, impide mucho el aprovechamiento interior.

D.—Ya no falta sino declararme el cómo y adónde tengo de huir de las criaturas.

M.—¿Tienes en la memoria lo que dijimos desta cuarta parte que hace á la introversión?

D.—Paréceme que sí.

M.—No has de decir paréceme, que es de hombres que se les da poco por las cosas; y de todas las dichas es ésta la más sustancial, y en que te has de ejercitar siempre que te fuere posible.

D.—¿Quieres que refiera aquí lo que me has enseñado en el particular?

M.—Refiere en hora buena fielmente [1], porque no tiene palabra superflua, que todas son muy necesarias.

D.—Uniformes entradas ó introversiones por olvido de todas las cosas á la unión de Dios. ¿Es esto, padre mío?

M.—Eso es, y certifícote que tiemblo de hablar en esta materia; que como trata de cosas interiores, y yo tengo tan poco de interioridad, y aun porque les ha de parecer á muchos algarabía ó lenguaje nuevo lo que dijere, por ocuparse la mayor parte de los que se llaman espirituales en exterioridades ó en lo muy superficial de la contemplación, como ya dije en el primero destos diálogos, no sé si tengo de acertar conforme á mi deseo.

D.—¿Qué llamas superficial?

M.—Digo superficial, cuando no se llega al gusto fino de la contemplación. Y porque deseo que no quedes con duda en esto, has de saber que, como dice Ricardo de Santo Victore y Hugo, la contemplación anda acompañada, ó por decir mejor, lleva delante de sí de ordinario tres como doncellas que la van abriendo camino; conviene á saber: lección, meditación y oración. La lección busca, la meditación halla, la ora-

Qué es lo superficial en la contemplación y qué lo sustancial della.

[1] Edición de 1885: «*Repítelo* enhorabuena *puntualmente* porque no *hay en ello* palabra *que huelgue, siendo por el contrario* muy necesarias todas *ellas*».

ción pide y la contemplación goza. La lección pone el manjar sólido en la boca, la meditación lo rumia y quebranta, la oración adquiere favor y la contemplación es la misma dulzura que recrea y regala el corazón. La lección se ocupa en la corteza, la meditación en la medula, la oración en el deseo y peticiones ó en el pedir con ansia, y la contemplación en la dulcedumbre de la delectación alcanzada. San Isidoro dice que la vida contemplativa es vida libre de todo negocio y que sólo el amor se fija, y los Santos dijeron que era vida ociosa, y el Filósofo (Aristot., 4 *Æthic.*) la llama vacación. Al fin ella es vida de espíritu, vida interior, vida esencial, vida deliciosa y de gusto grande, y por eso te dije que poquitos hay verdaderos contemplativos, porque los más se ocupan en la lección, y algunos en la meditación poco atenta y menos devota y nunca perseverante; y muchos menos en la oración que pide con gemidos y ansiosos deseos, y casi ningunos en la contemplación donde se gusta cuán suave el Señor.

§ VII

Tres cosas hacen al hombre interior.

Tres cosas hacen al hombre interior y espiritual (Rusbroc., lib. *de perfectione filiorum Dei*, c. 2): La primera, el corazón vacío de imágenes; la segunda, sabiduría espiritual en el afecto; la tercera, sentir la unión intrínseca con Dios. Por aquí puede ver cada uno que piensa que es ó se sueña espiritual (que en muchos debe ser sueño), si de verdad lo es: el que desea tener el corazón vacío de imágenes ó representaciones vanas, sepa que no le es lícito poseer cosa deste mundo con desordenado amor, ni allegarse á alguna criatura de todo él, con voluntaria propensión y afecto, ni á tener su conversación familiar; porque todo trato y amor cuya verdaderísima causa no es Dios, inficiona el corazón del hombre con imágenes y representaciones, porque no de Dios, sino de carne trae su origen y principio. Por lo cual te aviso (si pretendes ser hombre espiritual) que des libelo de repudio á todo amor carnal, para que desta manera á solo Dios te allegues y á solas le poseas y goces. Y ten por cierto que por el mismo caso que hagas esto con sinceridad y verdad, todas las imágenes vanas y todo amor desordenado acerca de las criaturas será lanzado y desterrado de tu corazón; y la misma posesión de Dios por amor te librará y hará exento de todas estas cosas, porque Dios es espíritu del cual ninguna verdadera y propia imagen se puede labrar ó representar al hombre que con El solo se abraza, dejadas á un cabo las criaturas todas. Pero advierte que en este ejercicio no se te quita que representes á tu alma la pasión del Hijo de Dios, y todo aquello que más te incitare y provocare á la devoción y piedad. Porque cuando llegares á la posesión de Dios, es sin duda que te verás junto á una desnudez desnuda de toda imagen, que no es otro que el mismo Dios; y esto es lo primero y el fundamento de la vida espiritual. El segundo, es libertad interior, como antes de agora te dije.

Discípulo.—No me acuerdo desa libertad interior, ¿qué es?

Libertad interior

Maestro.—Que sin algún estorbo ó impedimento te levantes á Dios en todos los ejercicios interiores, conviene á saber: al hacimiento de gracias, á las alabanzas divinas, á la veneración y reverencla debida al Criador, á las devotas oraciones, al entrañable y cordial amor, y, finalmente, á todo aquello que puede despertar el afecto y apetito de tu alma; y esto, por la ayuda de la divina gracia y con la diligencia y destreza que has de procurar tener acerca de todos los ejercicios espirituales, por los cuales se viene á lo tercero, que es sentir la espiritual unión con Dios. Porque cualquiera que en sus ejercicios se llega á Dios, libre y desembarazado de imágenes y sin buscar otra cosa que la honra y gloria de Dios, no puede dejar de sentir la bondad suya y sentirse interiormente unido con El; en la cual unión tiene la vida interior su espiritual perfección y consumación; porque desta unión, el afecto ó deseo continuamente es movido y despertado á nuevas acciones interiores, y obrando siempre nuestro espíritu sube á nueva unión; y desta manera, unión y acción siempre se renuevan, y la renovación de una y otra se llama y es la vida espiritual. De manera que, así como el hombre se hace bueno por las virtudes morales, juntas con la recta intención, se hace espiritual por las virtudes internas y unión con Dios; y sin estas dos, ni bueno ni espiritual. Hasta aquí es doctrina de Rusbrochio, y bien dificultosa y que no me ha costado poco trabajo el reducirla á términos

algo más claros que los suyos. El mismo, en el capítulo trece del dicho tratado, pone seis cosas que se requieren para gozar de Dios; y verdaderamente son altísimas y de suavidad increíble, pero están ya casi todas tocadas en diversas partes destos nuestros *Diálogos*, especialmente en lo que del Solitario dijimos y en esto que acabamos de decir.

§ VIII

Discípulo. — Mucho consuelo recebiría mi alma, que sucintamente me dijeras eso que tanto contento te ha dado, porque todo lo que escribe ese divino contemplador es dificultosísimo, pero muy importante.

Maestro.—Y más que advierte en el fin deste capítulo, que quien entendiere bien estas seis cosas entenderá todo cuanto en sus libros se halla escrito.

D.—Por amor del Señor, que no me prives de tanto bien como ese.

M.—Haz por mí oración en tanto que acudo á un oficio que la obediencia me tiene encomendado, que aunque el uno y el otro estuviéramos en la última disposición para arrebatarnos en Dios, no fuera seguro dejar de acudir á lo que nuestros superiores nos tienen mandado y ordenado.

Alabanzas grandes de la obediencia.

D.—¿Tan gran cosa es la obediencia?

M.—Tan grande, que por no faltar el Hijo de Dios á ella faltó á su vida. Humillóse, dice San Pablo (Philip., 2), á Sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

D.—Ese es un encarecimiento que nunca jamás he yo podido acabar de entender. ¿No bastara decir: Hasta la muerte, sin añadir aquel redoble: y muerte de cruz, pues el haber muerto en ella era cosa notoria á todos los hombres?

M.—A Dios, que no puedo esperar más razones.

D.—El vaya contigo... Verdaderamente es doctrina del cielo cuanta mi maestro me enseña, y así de pocos sabida y de menos experimentada. ¿Cuántos hallaremos en el mundo que entiendan este lenguaje del centro del ánima y vida esencial y interior? Pues pensar que no sienten estas cosas las almas puras y bien mortificadas, es no sentir de Dios en bondad, como dice la Escritura (Sap., 1). De solo oir platicar á mi maestro en estas cosas recibe luz mi entendimiento, inflámase mi voluntad y queda mi memoria desocupada y libre de confusión. Yo no pienso salir un punto de lo que me enseñare, porque tengo por negocio llano que me ha sido dado por el mismo Dios para remedio de mi perdición, que era grande antes que tratase con él... Ya me parece que viene. Seas bien venido, padre de mi alma; ya se me hacía que tardabas mucho.

M.—Bien entiendo que gustas destas pláticas y conversaciones espirituales (cosa que á mí me tiene harto consolado); pero como por la obediencia se han de dejar todos los particulares gustos, aunque sean del espíritu, ni pude dejar de acudir á ella ni venir con la priesa que tú has deseado. La obediencia es la primera hija de la humildad, y es la que sujeta el hombre á Dios y las facultades sensitivas á la razón. El verdadero obediente no tiene quiero ni no quiero, ni pone excusas ni dilaciones en ejecutar lo que se le manda. ¡Oh cuán pocos hallarás hoy en el mundo verdaderamente obedientes, y que desterrada toda propia voluntad no deseen ni quieran que Dios ó las criaturas les obedezcan, sino hacer ellos en todo la voluntad ajena! Por la obediencia, las obras que de suyo son casi nada son mayores que sin ella las que parecen muy grandes. Cuanto más nos negamos, tanto más nos hacemos semejantes á aquel Señor que por nosotros, no sólo obedeció á su Padre, sino que se entregó en las manos sacrílegas de los pecadores para que libremente hiciesen de El á su voluntad. No es gran cosa obedecer á los superiores, ni demasiado de grande [1] sujetarse á los iguales; pero eslo grandísima rendirse á los inferiores por amor de Dios. Ninguno se hallará tan seco y tan estéril que, si sujeta su cuello al suave yugo de la obediencia, no reverdezca, florezca y lleve frutos abundantísimos de merecimientos; porque la obediencia es camino segurísimo y muy cierto para alcanzar cualesquier gracias y dones del cielo. Atrevióse á decir San Bernardo que no hay camino por donde el verdadero obediente pueda ser llevado al infierno, á donde tan solamente arde la propia voluntad. Cuántos religiosos son mártires infructuosos porque llenos de sí mismos se tienen por guías y maestros en todo

Obediencia, hija primogénita de la humildad.

[1] Edición citada: «ni demasiado *sacrificio*».

El desobediente es mártir infructuoso.

lo que hacen, con tan poco aprovechamiento cuanto no se puede aquí significar; que si sus obras las hiciesen con el mérito de la obediencia, en poco tiempo saldrían insignes varones en la virtud. Al fin, ningún sacrificio se le puede ofrecer más grato á Dios en esta vida que un corazón humilde y obediente. Y podría uno en un momento obedecer por amor de Dios, con tanta humildad y pureza, y salir de sí y de su querer con tantas veras, que fuese llevado á Dios, más y con mayor aprovechamiento que si diez años viviese con gran devoción en altos ejercicios tomados á su voluntad. Taulero dice, que si un hombre llegase á tanta familiaridad con Dios que siempre le estuviese mirando y contemplando presente y conversase con El como un amigo con otro, y fuese llamado por la obediencia, debría humilmente decir al Señor: Ea, suavísimo Dios, permita su Majestad que por tu amor cumpla este mandamiento de la obediencia. Créanme (dice este doctor) que la tal resignación de la propia voluntad le sería más agradable y acepta á Dios en este hombre que si en aquel mismo tiempo penetrara los cielos con todos los bienaventurados. El mismo cuenta de una religiosa virgen que, deseosísima de hallar á su Esposo celestial, hizo esta breve oración: ¡Oh único Hijo de Dios, amable Redentor de mi ánima, quién me diese que siquiera por un momento te pudiese yo ver en esta vida! Dichas estas palabras se le apareció el Señor en forma de niño; y sucedió que estando esta devota religiosa toda derretida y abrazada con el Infante divino, con el gusto que yo no sabré significar, una su compañera de aquella congregación llamó á su puerta diciendo que acudiese á la obediencia, que era llamada por su prelada. Oída esta voz, la santa virgen hablando con el niño Jesús le dijo: Veis aquí, Señor mío, por cumplir la obediencia os dejo; suplícoos, si soy servida, me esperéis aquí hasta que, desocupada, pueda volver á veros. Sale de la celda, cumple con su obediencia, da la vuelta, entra en su aposento: resplandece en sus ojos una tan grande luz, que apenas la pudo sufrir... halla finalmente á su Amado en edad de veinticuatro años, hermosísimo y con rostro muy alegre y gracioso, y admirada y regalada con esta visión, preguntó al Señor que cómo en tan poco tiempo había crecido tanto; y fuéle respondido que su obediencia perfecta lo había hecho. Dando con este ejemplo á entender cuánto crecen las obras hechas por la obediencia, aunque al parecer sean pequeñas. Y al fin la Escritura dice (I Reg., 11): Mejor es la obediencia que el sacrificio.

Las obras muy pequeñas de suyo crecen y se hacen grandes por la obediencia.

§ IX

Discípulo.—Si la doctrina que me has dado no fuera de tanta importancia, dijera que huías de declararme lo que antes de agora te pregunté acerca de la obediencia de Cristo, que la encarece San Pablo diciendo que obedeció hasta la muerte y muerte de cruz.

Maestro.—No voy hurtando el cuerpo á esa dificultad, sino suspendiéndote un poco de aquel ejercicio de la introversión, para el cual se requiere perfectísima abnegación de la propia voluntad y prontísima obediencia. Mas pues está ya en pocas palabras dicho lo que basta, yo gusto de declararte aquel redoble del Apóstol, que tiene más misterio del que nadie que no sea muy espiritual y muy leído puede pensar. Nota, pues, que, miradas las obras de Cristo, con que pagó nuestra redención, como salidas de supuesto divino, no se hallará razón más en una que en otra para llamarla mayor, porque todas ellas eran infinitas, obras al fin de Dios hombre. Pero sacadas de esta consideración y divididas por partes, en alguna de ellas hallaremos razón ó razones por donde parezca mayor; ó porque para hacerla, tomada de por sí, eran menester más cosas y mayores diligencias, ó por la mayor dificultad en que se ponía la humanidad de Jesucristo, de donde la tal obra salía. Como se puede ver al ojo en un círculo ◯, que hecho pedazos de esta manera) ⌝ ⌜ se puede fácilmente juzgar cuál es el mayor de ellos; pero cerrado y continuado ◯ ni se halla principio ni fin ni se puede echar de ver, no sólo cuál sea mayor ó menor, mas ni aun parte alguna dél, porque todo es continuo y redondo. Así se pueden imaginar las obras de Cristo, cuando El las hace, que son como círculo donde no hay sino infinidad; pero aparte de esa consideración, y tomadas ellas de por sí, como salían de la humanidad y salieran de mí, si las hiciera, en tal caso se

Humildad de Cristo cuán grande y adónde se humilló más.

puede juzgar cuál es el mayor ó menor, cuál para hacerse hubo menester más trabajo, cuál menos. Esto presupuesto, nota lo segundo (que te servirá de aquí en adelante para pesar los trabajos que en su pasión sufrió Cristo) que no has de parar tanto en lo que padeció el Hijo de Dios cuanto en la deshonra y afrenta aneja á aquello que padeció; la cual, cotejada con los trabajos, dolores y muerte, sin comparación ninguna le lastimó más que todos ellos. Pues si los dolores de Cristo sacan de juicio á quien con atención los considera, ¿qué sentimiento hará en tu alma la afrenta que recibió en todos, siendo, como queda dicho, mayor que ellos? De aquí sacarás, si te acuerdas del primer notable, que aquel será de sus tormentos el mayor que hubiere sido á su costa y en que puso más de trabajo para sufrirle, si la deshonra hubiese sido también mayor. Y porque lo que duró la crucifixión fué de dolor increíble, mayor que el que sufrieron todos los mártires, y junto con eso tuvo más de deshonra, por ser castigo de infames y gente facinerosa, sin duda fué este el paso más riguroso y terrible, más digno de consideración y sentimiento. Lo cual da muy bien á entender el Apóstol en las palabras arriba alegadas (Philip., 2): Humillóse hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Lo que más fatigó á Cristo en la pasión fué la deshonra.

D.—¿No bastara decir hasta la muerte, pues, como dijo el Filósofo, ninguna cosa hay más terrible que la muerte?

M.—No, porque de ahí pasó el tormento de Cristo, el cual muriendo, no sólo se efectuó su trabajo con muerte, sino con muerte la más ignominiosa que entonces había, ni se podía imaginar. Y no pudiera Dios en tal tiempo escoger otra muerte, para que los hombres entendiesen lo mucho que sentía y ponía en nuestra redención, si no fuera escogiendo la muerte de cruz. De donde entenderás que fué más en los ojos de Dios la afrenta que no el morir. Lo cual se ve muy claro en aquel sudor de sangre que tuvo en el huerto, apercibiéndose para la muerte. Porque no la imaginación de los tormentos y dura muerte, como muchos dicen, le hizo sudar sangre, sino la que tuvo fortísima de la afrenta y deshonra aneja al tal género de muerte.

Qué fué la razón por que sudó Cristo sangre en el huerto.

D.—¿Cómo se probará que la consideración de la afrenta y no de los dolores y angustias de la muerte le causaron aquel dolor?

M.—Porque, como sabes, la sangre en el cuerpo hace oficio de corredor, acude siempre á favorecer la parte más necesitada; y así es que cuando un hombre está medroso le queda el rostro blanco como un papel, ó amarillo, porque la sangre acude en aquel tiempo á socorrer el corazón, adonde se siente el miedo, y desamparado el rostro, necesariamente le ha de dejar descolorido. Al contrario es en la pasión de vergüenza, que si yo hago una cosa de que me pueda resultar deshonra y tengo de ser afrentado, como el rostro es donde se ha de parecer, que, como dijo un poeta, la vergüenza sale á la cara, luego me pongo como un carmesí encendido y colorado. ¿Qué lo causó aquello?

D.—Paréceme, según lo que has dicho, que la sangre, que en retorno de que el rostro acudió con su sangre al corazón estando medroso, el corazón le acudió con la suya, sintiéndole necesitado de ella.

M.—Pues así has de entender que pasó en Cristo nuestro Redentor, el cual orando en el huerto sudó sangre en abundancia, no del miedo que hubo á los azotes, corona de espinas, bofetadas, clavos y muerte, que si eso fuera quedara descolorido, por haber de acudir necesariamente la sangre á favorecer al corazón, donde se siente y padece el miedo, sino de la vehementísima aprensión de las afrentas anejas á esos mismos tormento y infame muerte. Y porque no sólo en el rostro sino en todo su cuerpo santísimo había de padecer afrenta, porque le habían de desnudar en medio del día y de tan gran concurso de gente, y gente tan perversa y mala, acudió el sudor á todo el cuerpo. Y porque esta afrenta y vergüenza había de ser en extremo mayor que la que han padecido y pueden padecer los hombres, la imaginación della fué tan poderosa, que no se contentó con sacar la sangre á la tez del rostro y cuerpo, que es hasta donde suele llegar el color sanguíneo en los que padecen afrentas, sino que desaforada como un caballo desbocado y sin freno, no sólo [1] mojó el cuerpo y las vestiduras,

[1] Esta frase y la siguiente están desfiguradas en la edición de 1885, pág. 366, donde dice: «no sólo *corrió á inyectar otros muchos puntos de todo* el

sino que corriendo en tierra la dejó hecha una zarpa. ¿Y qué mucho que pasase esto en Cristo, que era Dios verdadero, pues aun en los hombres es fácil probar lo mismo? Verás un mancebo que le comienza á amanecer el sol de la vanidad y del pundonor, que si se le rasga la calza, para disimular lo roto della se pone un pañizuelo á la pierna como si estuviese herido, porque estima en más la deshonra que de traer rota la calza se le puede seguir, que dar ocasión á que piensen que tiene la pierna herida. De manera que publica dolor en la pierna, aunque no lo hay, por que no se eche de ver la falta, ó de no haber comprado calza ó remediado el daño que tiene. De aquí podrás fácilmente entender cuánta fué la afrenta en Cristo, y cuánto más le lastimó que los dolores y la misma muerte. Lo cual significó el Apóstol diciendo que fué crucificado en angustia: porque no solamente sentía los barrenos de los pies y de las manos y aquel golpear fuertemente por fijallo en la cruz, sino mucho más las afrentosas palabras y denuestos que le decían, y la deshonra aneja á esa misma muerte de cruz, que es el redoble del Apóstol, y donde tú también has de redoblar la consideración, pesando, no sólo lo que padeció, sino cuán amenguado y afrentado lo padeció.

D.—Consoladísimo me dejas con lo que me has dicho, y muy engolosinado para no dejar pasar cosa en que se me ofrezca duda. Y bien podrías ya, si te pareciese, decirme lo que de Rusbrochio me prometiste, antes que la noche nos despidiese (¹).

M.—Mejor será que despidamos nosotros al día, para que tengas tiempo de pensar en lo dicho y yo en lo que queda por decir acerca de la uniformidad de las introversiones ó entradas del ánima á su íntimo ó centro, lo cual todo requiere estudio y oración.

cuerpo, sino que *traspasó la piel por sus poros, manchó* las vestiduras *y regó el suelo* ¿Y qué mucho que parase ésto *con* Cristo, que era Dios verdadero, *cuando en algunos* hombres, *y aunque en menor escala, se ha observado* lo mismo?» Suprime el ejemplo que sigue y modifica la otra frase con la siguiente: «De donde podrás fácilmente colegir cuán grande le pareció la afrenta á Jesucristo, etc.».

(¹) En la edición citada hay otra modificación, á saber: «*mas entre tanto, y si bien os* pareciese, *podrías* decirme *antes de despedirnos lo que* me *prometisteis referente á* Rusbrochio».

D. —Alúmbrete el Señor para que de la luz que tú recibieres reciba mi alma, y las demás que quisieren aprovecharse de tan alta doctrina. Amén.

DIÁLOGO DÉCIMO

De la uniformidad de las introversiones ó entradas del alma á su íntimo ó centro, que propiamente es el Reino de Dios, y del recogimiento.

§ I

Discípulo.—O se tarda mi maestro ó yo me he dado mucha priesa; y por ventura es uno y otro, y una misma la razón de su tardanza y de mi apresuramiento. A mí me ha traído antes de tiempo el deseo de oirle tratar de lo más dificultoso y trabajoso de la conquista del Reino de Dios, que son las entradas del alma á su centro; y á él le habrá detenido la dificultad de la materia, porque siempre temió llegar á este punto. Y no me maravillo, cierto (¹), que tema y se recele de hablar en cosas tan íntimas y de á solas, quien ha visto que, por ser tales las de los *Triunfos* que imprimió, han perdido con los indoctos y sin espíritu lo que ganaran si fueran de caballerías ó oraciones (²) de ciegos ó cartilla para principiantes. No está ya el mundo para tratar con él con tantas veras (³), ni los sabios dél entienden agora lo que en la primitiva Iglesia (cuando San Pablo escribía sus Epístolas) entendía la gente rústica y del campo. ¡Oh gran mudanza de tiempos!

Maestro.—¿Qué pláticas son esas, Deseoso? Por cierto que entendí que (⁴) estabas en compañía de algunos padres, cuando tan en forma te oí estar razonando.

D.—¿Nunca has visto hablar algún hombre consigo y disputar como si tuviese allí quien le respondiese y hiciese réplicas?

M.—San Agustín compuso soliloquios, y

(¹) Edición citada: «Y *ciertamente* no me *extraña* que se recele».

(²) La misma: *relaciones.*

(³) La misma: «No está ya el mundo *en disposición de que se pueda* tratar con él *tan de* veras».

(⁴) La misma: «*Creí* que estabas en compañía de algunos Padres, cuando tan *formalmente razonabas*». DISCÍPULO.—¿No has oído hablar nunca *á* algún hombre *á solas* consigo *mismo?* etc.

San Buenaventura y otros Santos, que son conversaciones de á solas, con sus preguntas y respuestas. Y aun te afirmo que las he hallado provechosísimas, porque recogen mucho el alma y le dan grandes motivos de devoción y amor. Desotra manera de platicar no hago caso, porque es de hombres melancólicos ó de coléricos, que con el furor hablan entre sí y tratan de sus venganzas como si tuviesen presente al enemigo. Pero dime agora, ¿qué sentimiento has tenido hoy de mi tardanza?

D.—Que vienes tan de mala gana como yo de buena.

M.—De la tuya buena me huelgo y de la mala mía no debes espantarte, que me sobra la razón para no hablar más palabra en materia de contemplación. Sino dime, ¿qué gusto quieres que tenga yo de tratar del hombre interior y divino entre hombres exteriores y de carne? Estoy por decir que me pesa de lo que hasta agora te tengo dicho, porque lo has de comunicar con personas que parecerán religiosas y espirituales y se han de reir dello como de cosa que, ó no entienden, ó que la entienden mejor que yo; y puede ser lo uno y lo otro, y ni los unos ni los otros se aprovecharán de mis trabajos ni de tu cuidado (¹). Y así digo que, si tú recibes consolación oyéndome, yo desconsuelo grande hablando; porque veo que San Dionisio avisa á su Timoteo (Dionis., *Theolog.)* que se guarde de comunicar á los bachilleres del mundo las cosas ocultas de la Teología mística, temeroso de que habían de hacer burla dél y dellas.

§ II

Discípulo.—Oí decir á un hombre discreto y muy letrado que bastaba para quedar bien pagado uno que escribía hallar un solo lector benévolo que con gusto leyese y aprobase su escritura.

Maestro.—También yo me contentara con que sólo tú fueras el lector y juez de la mía.

D.—Ya no conviene volver atrás (²) en lo comenzado, ni hay razón para que desmayes ó desconfíes del provecho que se puede seguir á muchas almas destos *Diálogos*, siendo, como son, de tanto gusto y entretenimiento y tan sustanciales.

M.—Ya no puede conmigo el temor de no ser acepto, que ese vencí por Dios antes que los comenzase; pero atemorízame mucho la dificultad de la materia, porque hallo pocos que traten della, y yo no la tengo tan experimentada que pueda hablar como de otras de que hasta agora habemos tratado; diré empero lo que supiere, acudiendo á Dios primeramente y ayudándome de lo que en el particular sus siervos nos han enseñado, ora de palabra, ora por sus escritos; que hasta juzgar y determinar que es verdadero y provechoso para el alma lo que tengo de decir, bien me parece que acertaré. Pero sepamos: ¿tienes en la memoria el cuarto punto, sobre que se ha de fundar hoy nuestra plática?

D.—Paréceme que sí.

M.—Refiérelo aquí fielmente (¹).

D.—Uniformes entradas ó introversiones por olvido de todas las cosas á los abrazos y unión del Esposo (²).

Qué cosa es introversión.

M.—¿Entiendes lo que esas palabras suenan?

D.—Declárame primero algunos destos términos, que no estoy muy bien en lo que significan

M.—Introversiones (que es el más dificultoso) es palabra latina, de un verbo que significa volver y de un adverbio que significa á dentro, y juntos quieren decir vueltas á dentro.

D.—Agora lo entiendo menos.

M.—¿No te acuerdas que el Diálogo pasado fué de las salidas que habemos de hacer á los prójimos cuando de nosotros tuvieren necesidad?

D.—Sí acuerdo.

M.—También habrás advertido que en ese ejercicio hay distracción y división; digo que nos distraemos y dividimos, y nuestras ánimas son llenas de imágenes y representaciones de cosas muy diferentes; y allí es donde se turba Marta con la muchedumbre de los cuidados (Luc., 10).

(¹) También este párrafo está modificado en la edición citada, según puede notarse cotejándolos.

(²) La misma edición citada: «*No obstante*, conviene no volver atrás en lo comenzado».

(¹) Edición citada: «*Repítelo exactamente como lo has oído*».

(²) Edición citada: «unión *con el Espíritu Santo*».

§ III

Dice, pues, nuestra letra que á estas salidas que hacemos, movidos por la caridad del Esposo que nos llama á fuera, se han de seguir las introversiones uniformes, que son estas entradas ó encerramientos á lo íntimo y secreto del alma, para tratar á solas con Dios y reparar por este camino el distraimiento, si siguió alguno en el trato y conversación de los hombres. Y han de ser uniformes estas introversiones, porque todos nuestros deseos y pensamientos á una se han de encaminar á aquel uno necesario á que atiende María, y á que es convidada y provocada su hermana Marta por Cristo. Y mira bien que si todos los afectos y pensamientos no entran unidos al íntimo nuestro que digo, no cumplimos con este ejercicio que pide uniformidad en ellos.

Discípulo.—Paréceme que viene bien aquí aquella exposición que diste al lugar de los Cantares, en que el Esposo se confiesa herido del mirar atento y uniforme de su Esposa (Cant., 4). Allí dijiste que no en un ojo, ni en un cabello, sino en el uno de los ojos y en el uno de los cabellos estuvo la fuerza del herir ([1]). Y si por los ojos son entendidos los afectos y por los cabellos los pensamientos, y éstos todos hermanados, unidos y á una se convierten á Dios en lo interior del alma, adonde como en su Reino mora, sin duda serán poderosos para herirle ó hechizarle, como tiene la palabra griega.

Maestro.—Dichoso el que, huyendo de toda multiplicidad, como dijo Platón, buscó soledad, y, como dijo el Profeta (Psalm. 1), puso su voluntad entera en la ley de Dios, y sus pensamientos uniformemente de día y de noche fueron della; porque este tal se llamará y será verdaderamente hombre interior, y orará con recogimiento, sin las vagueaciones con que de ordinario son despedazados los que por costumbre siguen este ejercicio de la oración, los cuales van á ella como quien va á una penosa y forzosa tarea. Y es argumento eficaz de que su orar es vaguear y mezclar muchas veces á las cosas divinas las profanas, ver su poco ó ningún aprovechamiento; porque en saliendo de aquella obligación se vacían en palabras vanas, salen en risas y en otras impertinencias tan ajenas de hombres de recogimiento, cuanto propias de distraídos y sin espíritu. Empero dejemos este mal, que no tiene cura; porque los enfermos dél huyen della, por haber llegado al miserable estado que llamamos de insensibilidad, en que se obra por costumbre y como por vía de ley, sin tener en cosa actual y fresca intención, la cual suele aumentar el merecimiento y hacer más atenta el alma y que obre con mayor recato y como conviene; y prosigamos declarando nuestra letra.

Cuánto importa entrar el hombre dentro de sí.

Insensibles los que obran por costumbre.

D.—Bien sé yo quién se ha de confundir leyendo estas razones.

M.—Quiera Dios que no se rían, mofen y escarnezcan; que todo esto se halla en los insensibles, que se contentan con los verbos solos sin hacer caso de los adverbios.

D.—No entiendo eso.

M.—Digo, que se contentan con orar y no tratan de bien orar; con decir Misa, y no con que vaya bien y perfectamente dicha; con rezar en el coro, y no con estar allí atenta y devotamente; y así en las demás cosas que hacen, en las cuales faltan siempre los adverbios, que significan y añaden perfección á las obras.

§ IV

La vida y ejercicio de los varones recogidos (dice Rusbrochio) es acogerse á Dios dentro de sí mismos, y salir á fuera de sí mismos. La introversión se hace con libre y elevado espíritu á Dios y en Dios, y esto con moderación y amorosa reverencia. La extroversión ó salida á fuera es una displicencia que de sí mismos tienen, y desestimación y aniquilación propia, por la cual desestiman y aniquilan todo cuanto de bien hacen, y dan por nada todo cuanto por Dios pueden padecer, así interior como exteriormente. Lo muy bueno que hay aquí es que son señores de sí mismos en estas entradas y salidas, porque libremente entran cuando quieren, y con esa libertad salen á fuera cuando les parece que conviene. Los unos y los otros andan en la presencia de Dios, digo entrando y saliendo.

([1]) Alude al cap. XIII de la parte I de los *Triunfos del amor de Dios*. Puede consultarse lo mismo en el cap. VIII del Tratado I de la *Lucha espiritual y amorosa*, que se reproduce en este tomo.

Las salidas andan acompañadas de la razón, y fúndanse en caridad, en piadosos ejercicios, buenas costumbres, en obras santas y de virtud; y siempre el que sale está atento al mirar de Dios, contemplándole y hallándole presente en cuanto hace, por lo cual se conserva siempre en pureza de alma y crece en gracia delante de Dios y de los hombres. El que se retira y entra á dentro á buscar á Dios, algunas veces se sirve de la razón y de la imaginación ó representación de las cosas, y da modo y orden en sus entradas; otras veces es hecho superior á la razón, y no guarda modo ni reconoce imágenes de cosas corporales, porque no usa de los sentidos por donde ellas entran. En lo primero se halla y se adquiere grande sabiduría, porque asiste el alma en el acatamiento de la divina bondad y liberalidad, á donde se deprende la verdadera ciencia. En lo segundo hay lo que Dios quiere y lo que sólo El sabe, y solo lo gusta el que lo recibe; y se asegura que es Dios el que se lo da, porque en el alma actuada en Dios y unida á El por afectuosa caridad no se puede hallar el enemigo, ni sus tentaciones pueden tocarla; como no puede entrar el frío en el hierro que está metido y caldeado en la fragua. Está como aquella milagrosa mujer del Apocalipsi (Apoc., 12), guarnecida del sol, y debajo de sus pies la luna; está llena de claridad, y también porque las puertas falsas están cerradas al demonio, que, como afirma Gerson, son esos sentidos (que ya dije) suspensos ds sus oficios propios.

Discípulo.—Esa debe ser la oración que llaman los santos de recogimiento.

Maestro.—Bien dices. Y cierto que en tanto que no llegamos á tenerla, no podemos decir que habemos puesto los pies en el camino de la vida espiritual.

D.—Pocos deben ser los que llegan al estado que decías agora.

§ V

Oración de recogimiento y grados diferentes en ella.

Maestro.—Hay grados en el recogimiento. En el primero se mortifica el pensamiento simplemente, y es cuando el alma queda como dormida y en silencio, y que nada le desasosiega ni perturba; y si acaso estando así viene algún pensamiento para entrársele en el corazón, maravillosamente le es impedida la entrada mucho antes que ella conozca lo que es (Osun., 3 p. *Alpha.*): como si viendo alguna persona venir á nosotros desde lejos, antes de conocerla la diésemos de mano para que no se nos acercase. Pasa esto con tanta certeza en el alma, que ella misma se maravilla dello; y si quiere averiguar lo que fué, no puede, salvo que conoce evidentemente que alguna cosa venía á desasosegarla, y que fué detenida. Este recogimiento es más que de principiantes, y no le tiene el alma sin la gracia del Señor; porque aunque no hay aquí grandes gustos y sentimientos extraordinarios, hay á lo menos una cierta complacencia como de cosa dada por Dios. En el segundo grado de recogimiento se admite la inteligencia con que el hombre cuidadosamente vela sobre sí, atendiendo á lo que hace y poniendo alguna fuerza en ello; de manera que parece que se está remirando en estar recogido. Y aquí es donde los aprovechados suelen sentir y recebir muchas cosas del Señor. También hallarás algunos que se recogen de manera que se olvidan de sí mismos sin saber á dónde están; y cuando desde á rato [1] vuelven sobre sí, preguntan á su cuidado que de dónde viene y que es lo que ha hecho, mas no pueden caer en ello. Este recogimiento es muy bueno y suele convertirse en hábito, por lo cual les es muy fácil á los que en él se hallan el recogerse y morar consigo. Pero guárdense de implicarse ó entremeterse en negocio alguno de la tierra, que se ponen á mucho peligro de perder esta gracia.

§ VI

Hay otra manera de recogimiento, en que el ánima está dentro de su cuerpo como en una caja muy cerrada, y allí se goza consigo misma con algún calor espiritual que siente, desasida de los cinco sentidos, como si no los tuviese; y no entiende cosa que decirse pueda, sino como niño pequeño se goza dentro del pecho, y querría no distraerse de allí, ni tener ojos, ni oídos, ni puerta por do saliese.

Discípulo.—En estos recogimientos, ¿está del todo privado el hombre del entendimiento?

[1] Edición citada: «cuando *después* vuelva sobre sí».

En la oración de recogimiento está el entendimiento callado y en silencio.

Maestro.—Hijo, no, porque siempre queda una centella pequeña que basta para que conozca el alma que tiene algo, y que es de Dios; está callado y sosegado en el entendimiento, acechando (como acá decimos) lo que pasa, como quien no hace nada; y aún parece que el alma no querría que hubiese ni aun aquello, sino morirse en el Señor toda y perderse allí por Él. Algunas veces acontece que totalmente cesa el entendimiento, como si el alma no fuese intelectual; mas luego se torna á descubrir la centella viva de la simple inteligencia ó conocimiento sensible, y en aquel dejar de entender es donde el alma recibe mayor gracia; y cuando revive y se halla con ella se admira y no sabe por dónde ni cómo la hubo; y codiciosa de más, querría volver á mortificarse, ninguna cosa entendiendo; y como quien se zabulle en el agua y sale de nuevo con lo que deseaba en las manos, así ella se encierra dentro de sí y se zabulle en Dios, de donde suele salir llena de espirituales riquezas. Aquí se olvidan las horas como si fueran momentos, sin sentir pesadumbre ni cansancio alguno. Mas mira por ti, hermano Deseoso, si á este estado Dios te llegare, que muchas veces sin saber cómo se te resbalará y huirá del corazón lo que está bullendo en él, y será necesario que de nuevo comiences á recogerte íntimamente. Gran cosa es gozar en secreto y como á escuras de Dios, que, como sabemos, es amador de soledad y hace su morada en tinieblas.

Discípulo.—Cuando el alma así recogida comienza á sentir la comunicación del Señor, ¿puede hablar algunas palabras amorosas y de regalo para encenderse más en la devoción y amor divino?

§ VII

Si es bien hablar algunas palabras cuando el alma está recogida.

Maestro.—Paréceme que no, antes debe poner toda su atención en recogerse y hacerse más entera; porque el apretar el corazón es un estrecho abrazar á Dios, que con sola la afición se tiene y aprieta mejor; y muchas veces quiere que lo dejemos obrar solo y que del todo guardemos silencio. Otras veces te hallarás tan tibio, que será menester buscar todos los favores de fuera y de dentro para encender la devoción, y no podrás; mas cuando con solo cesar la sintieres, es bien no usar de otros medios, porque entonces obra Dios, y el humilde deseo recibiendo, hace más de lo que parece, porque se junta más de cerca con Dios su salud. El doctísimo y extático varón Hugo (Hugo, *de Arra animæ.* Nota.) introduce su ánima, como hablando en soliloquio, desta manera: ¿Qué es aquello que algunas veces me suele tocar y con tanta vehemencia y suavidad me agrada, que ya toda en alguna manera me comienzo á enajenar de mí misma y no sé adónde soy llevada? alégrase mi conciencia, olvídome de mis males, recibe luz mi corazón, hártanse mis deseos y véome en otra parte, y no se adónde; aprieto como con unos brazos de amor acá dentro, y no sé qué es aquello que aprieto, y trabajo con todas mis fuerzas por retenerlo y nunca perderlo; lucha y pelea mi ánimo por que no se vaya lo que siempre querría tener conmigo. ¿Por ventura es aquel mi Amado? ruégote que me lo digas, para que lo sepa; porque cuando de nuevo viniénere le suplique no se me vaya para siempre. De verdad, ánima mía, que es ese tu Amado, el cual te visita y viene á ti de secreto y invisible, para invisible y secretamente tocarte. Hasta aquí Hugo. Y por cierto da muy bien á entender en pocas razones lo que en su recogimiento pasa el alma con su Esposo, aunque tan á la sorda y casi sin sentirse visitada de Él. San Bernardo en el sermón 74 de las visitaciones del Verbo, sobre aquella palabra de los Cantares, *revertere, dilecte mi,* dice cosas tan admirables (Bern., *serm. 74 super Cant.*), poniéndose á sí mismo (aunque con mucha humildad y encogimiento) por ejemplo, que si no fuera por no exceder en esta plática, las tradujera y trasladara aquí á la letra. Pero ruégote cuán encarecidamente puedo que leas todo aquel sermón, para que sepas cómo sin ser sentido entra Dios en el alma recogida, y sin saberlo ella se ausenta.

Discípulo.—Pues si ni se siente entrar ni salir el divino Esposo, ¿cómo conoce el alma que está en ella y que se ausenta della?

Cómo se puede conjeturar que está Dios en el alma.

M.—Del movimiento del corazon dice San Bernardo que se toma ese conocimiento: huyen los vicios con su presencia, renuévase el hombre interior y florece en virtudes, crecen los deseos de servir y agradar á Dios, destiérrase la ignorancia y bulle en el alma como una cosa viva que lo vivifica

todo; y todo se vuelve á marchitar y caer luego que el Esposo se ausenta della. Si pones fuego á un puchero de agua fría ¿no hierve y bulle con el calor? Y si se lo quitas ¿no se vuelve á su antigua y natural frialdad? Así es que, entrando Dios en el alma, hay calor y vida; y en faltando, frío, amargura y muerte.

D.—Maravillosa es la comparación, y muy bien se declara por ella mi dificultad.

M.—Hartas tiene este ejercicio del recogimiento, y por eso es tan alabado de los Santos y encomendada la perseverancia en él.

§ VIII

Importantísimo el ejercicio del recogimiento.

Gersón dice que aquí se han de emplear todas las fuerzas del ánima, y que no se ha de volver atrás, aunque nos parezca que no sacamos fruto. Asiéntate, dice, solitario y levántate sobre ti si puedes; y si por largo tiempo, esforzándote mucho, no lo pudieres hacer, no quieras por eso huir al alivio y solaz de la lección ó á la conversación de los amigos, aunque buena; y si en el silencio recibieres enojo y pesadumbre y fueres hecho grave á ti mismo, y piensas por esto que sin provecho reposas, espera y venza ese enojo la tardanza porfiosa, porque en ninguna manera burlará Dios de ti, ni tendrá en poco tu trabajo, ni se olvidará de hacer contigo misericordia, si en Él pusieres tu confianza y perseverando buscares, llamares y pidieres. Hasta aquí Gersón. San Gregorio Nacianceno confiesa de sí que la razón por que rehusaba ser Obispo era porque los cuidados de la prelacía le habían de sacar de su recogimiento y trato de á solas con Dios. San Dionisio, en su *Teología mística*, enseña á Timoteo y le persuade que con gran fuerza luche por dejar los sentidos y las intelectuales operaciones y todas las cosas sensibles y inteligibles, y las que permanecen y no permanecen; y como le fuere posible, desconocidamente, se levante á la unión de Aquel que es sobre toda sustancia y conocimiento. Que no es otra cosa, según San Buenaventura, sino ser movido inmediatamente por ardor de amor, sin algún espejo de criatura, sin pensamiento que vaya delante, ni inteligencia que acompañe. San Bernardo dice que la perfecta oración está en el recogimiento; y llámale él muerte preciosa, y de que desea morir por que mueran á él todas las criaturas y sus formas y imágenes; de manera que con pureza y simplicidad pueda contemplar dentro de sí al Criador.

§ IX

El Profeta parece que hizo mención de este recogimiento en un salmo (Psal. 54): *Ecce* (inquit) *elongavi fugiens, et mansi in solitudine*: Alejéme huyendo y quedé en soledad. Nadie puede quietarse si no huye lejos, lejos digo, de los deleites de la carne y de todas las cosas corporales y sus fantasías y representaciones, que éstas impiden la holganza y la quietud y el secreto del recogimiento, según que en otras muchas partes dejamos probado; y echaré el sello con referir aquí lo que en el caso dice San Gregorio Papa: En ninguna manera puede recogerse el ánima en sí misma si primero no deprende á desterrar de los ojos interiores las fantasías de las terrenas imaginaciones, y cualquiera cosa que le ocurriere al pensamiento que pertenezca á alguno de los sentidos corporales.

Discípulo.—Bien bastan los testimonios de tantos y tan graves autores para que yo me persuada que en ese ejercicio está mi salud y para que sobre todos los demás le codicie y procure.

Para recogerse el alma distraída importa mucho saber que tiene Dios en ella su Reino.

Maestro.—Gran cosa es para un alma que fácilmente se derrama entender que Dios tiene su Reino en ella, sus delicias y su gloria, y que para hablar con Él no ha menester ir al cielo, ni ausentarse de sí misma, ni darle voces; porque por paso [1] que le hable, está tan cerca que le oirá; ni le son necesarias alas para volando buscarle, sino ponerse en soledad y contemplarle dentro de sí. Ni se debe extrañar de tan buen Huésped, sino con humildad profunda hablarle como á su padre, contarle sus trabajos y pedirle remedio para ellos, pues Él es todopoderoso y misericordioso. Algunas personas piensan que es humildad encogerse y no pedir, y si les dan recebir con mano escasa; y ciertamente no es sino simplicidad y bobería. No cures, hijo, destas humildades, sino cuando sintieres á Dios dentro de ti y que te da sus ojos de misericordia, trata con Él como con tu padre, como con tu señor, hermano y esposo, á veces de

[1] Edición citada: «por *quedo* que le hable».

una manera, á veces de otra. Y créeme que El te enseñará lo que has de hacer para contentarle.

§ X

San Agustín confiesa que vivió mucho tiempo engañado, buscando por las criaturas al que tenía dentro de sí. Mucho importa entender y creer esta verdad, que está Dios dentro de nosotros, y tanto más y más nos importa el estarnos allí con El. Y aun para rezar vocalmente es provechosísima esta consideración, porque se recoge luego el alma dentro de sí misma; y allí recogida, discurre por todas aquellas cosas que suelen encender en ella la devoción, sin cansarse, caminando al Calvario, ó al sepulcro ó al cielo. Por esto se llama esta oración de recogimiento, porque se recoge así más fácilmente el alma y es más en breve enseñada de Dios y goza muy presto de quietud. El que desta manera se puede encerrar en el cielo pequeño de su corazón, adonde mora el que crió cielos y tierra, y se acostumbra á no mirar ni estar donde los sentidos exteriores puedan distraerse, crea que lleva buen camino y que con mucha brevedad llegará á beber de aquella fuente de vida que apaga en nosotros la sed de cuantas cosas fuera de Dios hay; porque es un caminar este muy aventajado: es como navegación por la mar y con viento en popa. El recogimiento es para el alma como un castillo fuerte, adonde se encierra por no temer á sus contrarios, y adonde recoge sus sentidos todos y los aparta de las cosas exteriores, á las cuales así da de mano, que sin advertir en ello se le cierran los ojos corporales para no verlas, por que los del alma reciban mayor claridad para ver á Dios.

Por qué se llama así la oración de recogimiento.

El recogimiento es castillo fuerte para el alma.

Discípulo.—¿Es de esencia del recogimiento cerrar en la oración los ojos del cuerpo?

Maestro.—A los principios es muy bueno para muchas cosas; después ellos mismos se cierran para no ver, y si se abren es con pesadumbre. Parece que con esta clausura se fortalece el alma y se esfuerza, como dicen, á costa del cuerpo, y que le deja solo y desflaquecido [1] y se apercibe de bastimento contra él. Y si esto te pareciere que es cosa de poca sustancia, ruégote que á mi cuenta te ejercites en ello, que en breve cogerás frutos abundantísimos y te hallarás rico de devoción y gustos del cielo. De muchas ocasiones te aseguras cuando te escondes en ti, cerrados los ojos, y aun se te pegará más presto el fuego del amor divino; porque como no haya en el alma embarazo de cosa exterior, estáse sola con su Dios y tiene grande aparejo para encenderse y arder en El. Bien entendía yo, dice una persona espiritual y religiosa [1], antes que cayese en la cuenta del recogimiento, que tenía alma, mas lo que merecía esta alma y quien estaba en ella no lo entendía; porque para verlo yo misma me tapaba los ojos con las vanidades de la vida presente. Y á mi parecer, si como ahora entiendo que en este pequeñuelo reino de mi alma cabe tan gran Rey lo entendiera entonces, no le dejara tantas veces solo, alguna me estuviera con El y procurara también que no estuviera sucia la posada. Mas ¡qué cosa de tanta admiración que se encierre en una caja tan pequeña el que hinchiera mil mundos, si los hubiera, con su grandeza! Lo que yo aquí hallo de mayor consideración es que se estrecha Dios y como que se encoge en el alma por no espantarla y atemorizarla á los principios con su majestad, hasta que poco á poco ella con su presencia se va ensanchando y dilatando. Es como el ánima racional en el cuerpo humano, que siendo la misma en el recién nacido que en el de crecida edad, en el uno parece que está como encogida y que no es poderosa para obrar, y en el otro está como dilatada y señora de todos sus miembros y potencias.

Gran cosa es encerrarse Dios, siendo tan grande, en nuestra alma, y cómo está y obra en ella.

§ XI

Y la razón de esta diferencia es porque el ánima obra según la disposición de los órganos del cuerpo, y como en los niños están inhábiles y son pequeños y no enjutos ni dispuestos para poder obrar [2], está allí como encogida y como si no estuviese; de manera que no parece ánima racional, sino como de

[1] Edición citada: «*enflaquecido* y se *prepara* contra él».

[1] También alude en ésto á Sta. Teresa de Jesús.

[2] La edición citada, añade: «*estos órganos se encuentra* allí como encogida, etc.».

otro animal cualquiera, que sólo sirve para crecer y vivir. Yo digo que los principiantes en la virtud y en su recogimiento son como niños para Dios, que como alma suya mora y está en las de ellos, encogido y fajados los brazos y como envuelto en pañales y mantillas; empero como el alma va creciendo y se va entregando toda al Esposo divino, desocupada ya de las cosas de la tierra y de sí misma, Él también se extiende y crece y toma en ella el gobierno; y es el alma del alma y espíritu del espíritu y vida de la vida; y viene á verificarse lo de San Pablo (Galat., 2): que vivía más Cristo en él que él en sí mismo. Dios no fuerza nuestra voluntad, mas toma lo que le damos; pero no se da á sí todo, ni obra como señor de la posada, hasta que nos damos todos á Él y entramos en su pleno dominio y señorío. Y no sé yo cierto cómo ha de estar Dios en un alma llena de embarazos y de baratijas, de pensamientos y cuidados, amores y deseos de la tierra; ni cómo ha de caber allí con su corte celestial; harto hace en estar un poco quieto entre tantos enredos. Desocupa, hijo, tu corazón, como ya te he dicho muchas veces, si quieres que venga Dios á él con todas sus riquezas; y mira que dice El mismo (Ioan., 14) que si El es en el alma la cosa principalmente amada, que vendrán á ella todas tres divinas personas y harán ahí su morada.

Cómo con nuestra pequeñez se mide Dios.

Discípulo.—Este recogimiento ¿es cosa sobrenatural ó posible á cualquiera que quiera darse á él?

Si el recogimiento es cosa sobrenatural.

Maestro.—Muy bien podemos, ayudados de la gracia de Dios, recogernos de la manera que has oído, porque esta es obra partida, donde se halla la mano de Dios y las nuestras. Sin el divino favor ya se sabe que no podemos tener ni aun un santo pensamiento; pero con él todo nos es posible; digo que es necesario ayudarse el hombre, y hacer de su parte lo que pudiere, con seguro de que no faltará Dios á su obra. San Pablo á los Hebreos dice (Heb., 12): Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual ninguno verá á Dios, considerando atentamente que nadie falte á la gracia. La paz del recogimiento y la santidad de este ejercicio habémosla de seguir en cuanto hiciéremos, según nuestra posibilidad; que si miramos en ello no es cosa imposible, porque la gracia del Espíritu Santo nunca nos falta si nosotros no faltamos á ella. Si alguno madrugare, dice el Sabio (Sap., 6), no será menester trabajarse mucho en buscar la sabiduría, porque ella madruga más y está asentada á nuestras puertas, esperando á que siquiera la demos el deseo del corazón. Lo que yo por agora te pido es que, cuando oras vocal ó mentalmente, tengas atención á mirar con quién hablas; porque hablar con Dios y pensar en vanidades é impertinencias es tenerle vueltas las espaldas. Y cierto nuestro daño todo nos viene de pensar que está lejos de nosotros aquel con quien hablamos, ¡y cuán lejos si no entendemos que está más cerca de cada uno que él á sí mismo! El Señor lo enseñe por su misericordia á los que no lo saben. Decía aquella persona religiosa que nunca supo qué cosa era rezar con satisfación hasta que el Señor le enseñó este modo, y que siempre había hallado tantos provechos desta costumbre de recogerse dentro de sí y pensar que hablaba con quien le oía y prestaba atención á sus palabras, cuanto no se puede decir. En nuestra mano está adquirirlo con el ayuda de la gracia, que nunca falta, como ya dije, sino que es menester ejercicio y habituarse á ello, para que poco á poco se vaya el hombre enseñoreando de sí mismo, no perdiendo en balde el tiempo, sino ganándose á sí para sí, que es aprovecharse de sus sentidos para lo interior.

Cuánto importa mirar con quién hablamos en la oración mental ó vocal.

§ XII

Si fueres tentado por hablar, una y muchas veces te ruego que te acuerdes que hay con quien hables dentro de ti mismo y que es su conversación sin amargura ni tedio (Sap., 8). Y si de oir, que oigas á quien más de cerca te habla, que es Dios; y si te fuere posible nunca te apartes de tan buena compañía. Y si por algún tiempo hubieres dejado á tu Señor Dios solo, duélete mucho dello y reprende tu descuido. Si entrares dentro de ti á Dios muchas veces en el día, siempre saldrás con ganancia y en breve alcanzarás recogimiento. Y cuando te haya Dios hecho esta merced, no la trocarás por todos los tesoros y riquezas del mundo. Muchos en un año, y otros en medio y algunos en menos tiempo, han salido con esta empresa. El Señor nos la conceda á todos, por

quien Él es. Amén. De un recogimiento sobrenatural, de que algunos Santos han hablado, no quiero hablar palabra, aunque muchas cosas que le pertenecen quedan ya dichas en diversas partes; hable dél con resolución quien supiere más que yo, y gócele el alma que le mereciere; que si no vale para él la industria humana, por ser todo de la divina gracia, mal se podrán aquí dar leyes y documentos que aprovechen; lo que sé decir en el caso es que el que hasta agora te he enseñado es el precursor para el que digo, y ejercitándote bien y como conviene en éste, saldrás con aquél que tanto deseas, especialmente si oyeres la voz del Esposo celestial que á todas horas nos está llamando y convidando á más perfección.

Recogimiento sobrenatural.

Discípulo. — Parece que te vas ya despidiendo.

Maestro.—Ya es tiempo, especialmente habiendo dicho tantas y tan sustanciales cosas desta materia en el Diálogo primero, que si sólo se leyese, como es razón, bastaría para salir un hombre consumado en este ejercicio del recogimiento y vida interior.

D.—Pues á mí se me ofrecen algunas dudas de que deseo salir antes que nos aparte la noche.

M.—En hora buena; di lo que quisieres.

D.—Deseo saber, lo primero, si es necesario no pensar nada en el recogimiento. Lo segundo, cómo se ha de acallar el entendimiento. Lo tercero, si es lo mismo andar un alma recogida que andar en la presencia de Dios; porque esto segundo encárganlo mucho los Santos. Ludovico Blosio, Rusbrochio y San Buenaventura y otros ponen en ello el caudal de la vida espiritual.

M.—A lo postrero quiero responder primero, y digo que no hallo diferencia ninguna entre el recogimiento que te he enseñado y andar el alma atenta á Dios, oyendo su divina habla y secreta inspiración; y si alguna diferencia se halla, es en los hombres, pero no en la sustancia del ejercicio. Y para que veas que es todo uno, y lo que importa este trato interior, diré algunas razones de las que nuestro Rusbrochio dice en el capítulo 7 de *Abstractione*. ¡Oh ánima santa! (dice él) despierta y de buena voluntad está y persevera sola, porque para sólo Aquél te guardes sola, al cual entre todas las criaturas y sobre todas sólo escogiste; huye los afectos ó aficiones fingidas de los hombres y sus amistades; huye las compañías sin provecho y toda multiplicidad perniciosa; olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre y codiciará el Rey tu hermosura (Psal. 44). Y no sea esta huída de sólo el cuerpo, sino con el corazón, con la devoción, con la intención, con la habitación del hombre interior y con todo tu espíritu; porque, como Dios sea espíritu, no se contenta con menos que soledad de ánima y espíritu (Marc., 6; Luc., 6).

Andar el alma atenta á Dios, es lo mismo que andar en recogimiento.

§ XIII

Algunas veces es de provecho la soledad corporal, que por eso huyó Cristo á ella, cuando libre y desocupado quiso orar; que aun la compañía de los buenos suele ser impedimento para el recogimiento del alma, especialmente á los principiantes é imperfectos. Aquel está solo que ninguna cosa del mundo piensa en su corazón, ni livianamente se ensoberbece con las honras, ni se congoja y desmaya con las adversidades y deshonras; mas el que con las alteraciones y vaivenes de la vida se inquieta y desasosiega, no está solo, aunque esté en soledad. El que de verdad ama á Dios, no tiene necesidad de buscar á Dios fuera de sí, porque dentro de sí le hallará siempre que le busque; porque, fuera del común modo de estar en todas las criaturas por esencia, presencia y potencia, le tiene en sí como en su cielo; que cielo es y gloria del Esposo la ánima del varón justo. Pues si tienes verdaderamente á solo Dios y á solo Él miras y amas y á ti y á todas las cosas por Él, nadie en el mundo te podrá ser de impedimento, ni la multiplicación de los lugares, ni el concurso de los hombres; porque todo se te convertirá en una cosa divina. Que es lo que San Pablo dijo (Rom., 8) de los que aman á Dios, que todas las cosas les ayudan ó se les convierten en bien. Y San Agustín añade: Y los pecados ([1]), porque de los ajenos se conduelen y de los propios sacan humildad y conocimiento propio. Y no basta pensar en Dios en este ejercicio, porque luego que ese pensamiento se acabare te hallarás solo y apartado de Dios, sino que es necesa-

Quién esta solo.

([1]) Edición citada: «*Hasta* los pecados.

rio tener á Dios (si así se puede decir) esenciado, fijo y entrañado en el corazón; quiero decir, hecho ánima del ánima y esencia de nuestra esencia. El que desta manera vive, siempre halla en sí mismo una simple, amorosa y continua propensión, inclinación ó respeto á Dios, la cual ninguna criatura le puede impedir, porque excedió las acciones de todas las criaturas y todas las cosas prósperas y adversas y, al fin, toda mutabilidad. Por lo cual sucede que el ojo sencillo, desnudo y atento á la divina contemplación, ningún impedimento ni estorbo recibe, ni de las imágenes y fantasías de las cosas, ni de alguna distinción ó distraimiento, porque está hecho superior á lo uno y á lo otro, atento á solo Dios. Y así como este ojo intelectual (que llamamos simple inteligencia) considera á Dios debajo de razón de bondad, de sabiduría y misericordia infinita (como ya dijimos en otra parte más largamente), así la vista y aspecto de nuestra alma le contempla y mira sin algunas imágenes ni distinciones.

El que siempre anda atento á Dios, ninguna cosa le inquieta.

§ XIV

Desta continua presencia de Dios dijo el Profeta (Psal. 15): *Providebam Dominum in conspectu meo semper:* Proveía yo al Señor siempre en mi presencia. Como si dijera más claro: De tal manera ordenaba las cosas de mi reino que, aunque tantas y de tanto cuidado y obligación, no me robasen la atención y intención á Dios, el cual anda siempre en mi alma. ¡Gran providencia de rey, gran simplicidad de ánima, grande recogimiento en tanta muchedumbre de cuidados y grande unidad en tanta multiplicidad! Y dirá después el religioso distraído que no puede recogerse ni andar de ordinario en la presencia de Dios; y nunca le pierde de vista un rey de Israel, con todo el gobierno de su reino y tan perseguido de su enemigo Saúl y de otros.

No tiene excusa el religioso para no andar siempre en la presencia de Dios.

Discípulo.—Verdaderamente que es confusión lo que David hacía para los que estamos tan obligados á no pensar ni tratar más que de solo Dios. Pero dime: ¿cómo se puede permanecer atentos á Dios, si hay obligación de acudir á otras cosas fuera de Él?

Maestro.—Como el que padece gran sed, por grandes ocupaciones que se le ofrezcan, en medio dellas y de varios pensamientos y cuidados en ninguna manera se le aparta del corazón aquella imagen y representación de la bebida, antes crece más el deseo y apetito de beber cuanto más ocupado anda; así David (y cualquier contemplativo) como su sed era de Dios, al cual sólo amaba y deseaba como únicamente querido y amado, nunca de su memoria se apartaba la imagen suya, en todas las cosas le traía delante de sí, y siempre pensaba en Él. Por mí lo veo, que si me aficiono á alguna criatura, tanto más ocupado ando con su memoria cuanto es mayor la afición; y si es más que la que tengo á las demás, ella sola persevera conmigo, sin que las ocupaciones y negocios me puedan robar el corazón para otra parte. Mira aquel amor de Marco Antonio para Cleópatra, reina de Egipto (Illes, *in vitis Ces.)*, que estando sobre la mar en una sangrienta batalla con Octaviano César (con intención de quedar cada uno dellos con el Imperio), viendo el dicho Marco Antonio que los suyos iban de vencida y sabiendo que su amiga en una galera huía para Alejandría, desamparó la guerra y no hizo caso del ejército que en tierra tenía, y caminó en seguimiento de Cleópatra; porque, como dice Plutarco, de tal manera se había transformado en esta mujer, que jugaba la espada en la batalla y tenía el corazón en ella; y al fin, oyendo decir que de temor del César se había muerto (estando retirada en un templo) aquel tan valeroso capitán se mató á puñaladas, diciendo que no era posible vivir ni quería vida sin su Cleópatra; y con heridas mortales se mandó llevar adonde ella estaba y murió en su regazo. ¿No ves lo que puede el amor, pues ni las batallas, ni las heridas, ni la muerte, quitan la memoria de lo que de verdad se ama?

Cómo entre muchos cuidados se puede andar atento á Dios.

Marco Antonio amó con exceso á Cleópatra.

D.—No se puede añadir más á lo dicho, ni declarar mejor esa doctrina.

M.—El mismo rey santo, comparando sus deseos de ver á Dios y gozarle á los del ciervo herido y que acosado de los cazadores busca alguna fuente de agua, dice que le fueron sus lágrimas pan de día y de noche, diciéndole todos: ¿Adónde está tu Dios? Que á

Los deseos y sed de Dios crecen con la ausencia de Dios.

mi ver lo que quiso significar con esto fué que en la ausencia de Dios ningún consuelo le queda al alma, antes lo que parece que le podría mitigar la sed que tiene de El, eso se la aumenta y hace crecer más. Por lo cual no dice que le sirvieron de agua sus lágrimas, por que no se entienda que por ser bebida se le quietó la sed, sino de pan, que donde no la hay la suele poner, y donde la hay, acrecentarla.

§ XV

Aquel en quien está arraigado el amor de Dios, dice San Agustín (August., *in manual*, cap. 28, 29 y 30), siempre anda pensando cuándo aportará á su Dios, cuándo dejará este mundo, cuándo se verá libre de la corrupción de la carne. Y para gozar de verdadera paz, siempre tiene su corazón suspenso y elevado en Dios, del cual nunca le aparta, ni asentado, ni levantado, ni ocupado, ni sin ocupación. A todos exhorta al amor de Dios, á todos encomienda el amor de Dios, y de las maneras que puede, por obras y palabras, muestra cuán malo y amargo es el amor del mundo, y cuán bueno y suave el amor de su Dios. Escarnece y burla de la gloria deste siglo y arguye su solicitud; declara á todos cuánta locura y necedad sea poner la confianza y afición en cosas que van tan de paso; y maravíllase de la ceguedad de los hombres que éstas aman; y mucho más de que no huyen dellas con la consideración de las eternas. A todos piensa que les es de buen gusto lo que al suyo es tan sabroso; que á todos agrada lo que él ama, y que es manifiesto á todas lo que él conoce. Frecuentemente contempla en Dios, y en esta contemplación suavemente es recreado, y tanto más felizmente cuanto con mayor frecuencia. La entera y verdadera paz del corazón es tenerle siempre fijo y firme en el amor de Dios por un continuo y nunca interrumpido deseo, de manera que ninguna otra cosa apetezca; porque en aquello que posee y tiene, con una feliz dulcedumbre se deleita; y deleitándose, suavemente es recreado. Y si con algún pensamiento vano ó por ocupaciones forzosas fuere algún tanto apartado de Dios, con grande diligencia procura volverse á El, teniendo por molesto destierro estar ó detenerse en otra parte fuera de El. Porque como no hay momento en la vida en el cual el hombre no goce de la piedad divina, así no debe haber alguno en que no le tenga presente en su memoria. Por lo cual no se debe tener por pequeño crimen estar uno en la oración hablando con Dios, y súbitamente hurtarse de su presencia, como si ni tuviese ojos ni oídos para oir y ver lo que pasa. Esto hace el hombre cuando sigue sus pensamientos malos é importunos y prefiere ó antepone al mismo Dios alguna vil criatura, á la cual fácilmente se divierte el ojo interior, revolviéndola más frecuentemente en su pensamiento que á su Señor Dios, á quien debe contemplar como á Criador, adorar como á Redentor, esperar como á Salvador y temer como á Juez. San Bernardo, en un sermón *de Sanctis*, dice que la memoria le servía de ojos y que el pensar en los Santos era estarlos mirando. De donde colijo yo que, si el pensar es ver, como este santo dice, y la memoria el ojo con que se ve lo que se ama, que el que tiene siempre fijo el pensamiento en Dios está siempre viendo á Dios, que es prerrogativa de los ángeles de nuestra guarda, que haciendo este oficio siempre ven la cara de Dios que está en los cielos (Math., 18). De manera que la memoria continua de Dios te hace, siendo hombre, ángel en la tierra. Un sabio dijo que la memoria es el pulso del amor, porque tanto más veloz, agudo y continuo anda el pensamiento revolviendo lo que ama, cuanto es más crecido su amor. Y así es ello verdad, que á poco amor hay poca memoria; y á mucho, mucha; y á ninguno, ninguna. Y con esto no digo más cuanto á lo postrero que me preguntaste.

Hurtarse de la presencia de Dios en la oración, es culpa no pequeña.

La memoria continua de Dios nos hace ángeles en el suelo, que siempre ven su rostro.

Discípulo. — Ni yo esperaba tanto, ni tan bueno, ni tan necesario.

§ XVI

Maestro.—A lo primero digo que es disparate grande decir que el recogimiento consiste en no pensar nada; porque si eso fuera su perfección, fueran perfectísimos los que duermen y no sueñan, y los pasmados, y los niños, á quien falta por la edad

El recogimiento no consiste en no pensar nada.

tierna el discurso. Verdad es que á los principiantes en este ejercicio se les aconseja que quieten el pensamiento y que se presenten á Dios libres de imaginaciones, para que su Majestad les hable al corazón, como á gente que se convierte á El de las vanas distraciones y representaciones de las criaturas; y este desterrar de pensamientos que distraen es perfección y necesario para el recogimiento. Del no pensar de los varones perfectos no digo nada, porque queda ya dicho mucho. Acontéceles á éstos tener tan quieta y sosegada la memoria y tan acallado el entendimiento, que, estando con Dios gozando de su gracia, no piensan en lo que están, ni en otra cosa alguna, sino que están como absortos y embebidos en aquello que sienten en su alma; lo cual puede venir de la mucha atención, como cuando con reverencia grande estamos hablando con alguna persona grave, sin pensar con quien hablamos. Y esto es lo que pide nuestra letra: *Uniformes introversiones, por olvido de todas las cosas, á los abrazos y unión del Esposo.* Este olvido de todas las cosas es condición necesaria para el alma abrazarse con Dios y unirse á El. Concluyo, con San Gregorio, que, como nuestra ánima no puede estar mucho sin deleitarse en alguna cosa, en cerrándole las puertas de los sentidos por donde se baja á las de la tierra, necesariamente se ha de levantar sobre sí á buscar en Dios sus verdaderos deleites. Y favorecida de la fe, como los magos de la estrella (Math., 2), dejará atrás todas las criaturas y se juntará espiritualísimamente con su Criador. Cierra (dice Ricardo) los caños á la fuente de tu ánima, cuyo amor no puede dejar de manar siempre, que entonces ella subirá casi necesitada. Y aunque no suba, si se sosiega en sí misma y se reposa, como en agua clara verá en sí la imagen de Dios, que mejor en ella que en otra cosa resplandece; cesando, como queda dicho, el tumulto y alboroto de los pensamientos que la enturbian. En lo que toca á tu segunda duda, que es cómo se ha de acallar el entendimiento, tengo tanto dicho en la primera parte de los *Triunfos*, cap. 14, 15, 16, 17 y 18, que sería perder tiempo decir aquí más.

Discípulo.—¿Ni una palabra?

M.—Digo que todo el toque de la Teología mística está en que el entendimiento calle y la voluntad goce; lo cual no es más que juntarse el alma con Dios sin otro medio que el amor.

Todo el punto de la Teología mística esta en acallar los sentidos y el entendimiento.

Que el entendimiento, mientras vivimos en carne mortal, no se puede juntar á Dios sin el medio de las criaturas por las cuales tiene su conocimiento; pero la voluntad sin ellas ama y se abraza con solo Dios, dejando á una parte lo que no es El. Y verdaderamente todo calla en el alma cuando para solo Dios ella tiene el oído atento. Estas cosas son las que tenía que tratar contigo en puridad y las que te conviene guardar con todas tus fuerzas, como sustanciales y simplemente necesarias á la vida espiritual que deseas vivir.

§ XVII

Lo que agora te quiero pedir, las rodillas por el suelo, es que no sigas el hilo de los descuidados, indevotos y desperdiciadores del tiempo, que, con un olvido grande de la obligación que tienen á procurar ser perfectos, hacen incierta y dudosa su salvación y faltan á lo prometido, muchas veces con escándalo de sus prójimos, á quien (como nuestro padre San Francisco dijo) debemos en todo tiempo y lugar dar ejemplo de santidad y virtud.

Discípulo.—Cierto, padre de mi alma, que siento en ella el ver que me despides; porque esta conversación ordinaria de Dios me ha reformado y vuelto en mí que andaba distraído y olvidado de mi profesión.

Maestro.—Yo creo que en esto poco que te tengo enseñado está lo mucho que los doctores todos y los Santos han escrito; porque para escribirlo yo he leído los más y mejores que he podido hallar. Y aunque se ofrecerán dificultades y dudas, continuando estos ejercicios, el Espíritu Santo que es el Maestro de los humildes (Prov., 3), y conversa familiarmente con los sencillos, te enseñará lo que debes hacer; y el maestro espiritual, comunicado con sinceridad de ánimo y deseo de acertar, te sacará de peligros. Revuelve mis consejos muchas veces en tu memoria y haz oración al Señor por mí, que, si El se dignare de aceptar mis deseos, pasada la Cuaresma, que me obliga á trabajar en aprovechar el pueblo con doctrinas más comunes, te volveré á llamar y tendremos otros coloquios semejantes á éstos de lo que más á propósito fuere para nuestro aprovechamiento interior. Y con esto

no más, de que protesto en todo lo dicho que mi intención ha sido y es sana y mis deseos de acertar; y si agora ó en algún tiempo se hallare alguna palabra en estos escritos, ó en otros míos, desacordada ó mal sonante, que no erró en ella mi voluntad. Por lo cual todas, sin quedar una, con todas las sentencias y períodos, ápices ó tildes, las sujeto, y á mí con ellas, á los pies de la santa Iglesia de Roma y á su santísima corrección y enmienda, como hijo verdaderamente obediente á ella hasta la muerte. Bien sé que no han de faltar censores que, pensando por ventura que aciertan, quieran reprender algunas cosas de las que aquí tienen dificultad. Pero como Dios acepte mi servicio y tú te aproveches de mis trabajos, yo sufriré de buena gana sus reprensiones; y suplico á nuestro Señor les haga merced de meterlos en la bodega de su vino (Cant., 5), para que, ordenando en ellos la caridad, la tengan consigo mismos y sepan estimar la con que yo he deseado servirles. A Dios, hijo Deseoso.

Discípulo.—El vaya contigo y te dé de sus verdaderos bienes cuantos desear pudieres y yo tengo obligación á desearte. Amén.

LAUS DEO [1]

[1] Así fenece este diálogo, sin el remate uniforme que llevan los otros. Siguen luego doce hojas de «Lugares de Escritura» (págs. 417-427) y «Tabla alfabética de cosas notables» (428-440), las cuales no se reproducen por creerlas menos necesarias. El libro no lleva colofón.

SEGUNDA PARTE DE LA CONQUISTA DEL REINO DEL CIELO

INTITULADA

MANUAL DE VIDA PERFECTA

POR

FRAY JUAN DE LOS ÁNGELES (1)

PADRE DE LA PROVINCIA DE SAN JOSEF DE LOS MENORES DE REGULAR OBSERVANCIA, PREDICADOR DE LA CATÓLICA MAJESTAD DE LA EMPERATRIZ NUESTRA SEÑORA Y CONFESOR DEL CONVENTO REAL DE LAS DESCALZAS DE MADRID

DIRIGIDO AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR DON MAXIMILIANO DE AUSTRIA, ARZOBISPO DE SANTIAGO, ETC.

Año 1608.
(Estampita de la Virgen sosteniendo al niño Jesús en el brazo izquierdo).
En Madrid. En la Imprenta Real.

N. B —A la vuelta de la portada de la edición príncipe que reproduzco hay un grabado de la Sagrada Familia, representando un taller de carpintería, donde San José está aserrando, la Virgen cosiendo y Jesús sosteniendo la tabla que asierra su padre putativo; y debajo del grabado el siguiente dístico:

Terrarum cœlique faber Pater unus Iesu est;
Ecce pater Christi nunc faber alter ades.

que podría romanzarse:

«Uno es Dios, de Jesús Padre,—Artista del cielo y tierras;
Mira á otro padre de Cristo—Cómo ahora carpintea».

TASA

Yo, Cristóbal Núñez de León, Secretario de cámara del Rey nuestro señor, de los que en su Consejo residen, doy fe que, habiéndose presentado ante los señores dél un libro intitulado *Manual de vida perfecta,* compuesto por fray Juan de los Angeles, de la orden de los Descalzos de San Francisco, de la provincia de San Josef, Vicario del convento real de las Descalzas de esta villa de Madrid, que con licencia de los dichos señores del Consejo fué impreso; visto por ellos, tasaron cada pliego de los del dicho libro á tres maravedís y medio, y á este precio mandaron se vendiese, y no á más, y que esta tasa se ponga al principio de cada libro de los que así se imprimieren. Y para que de ello conste, de mandamiento de los dichos señores del Consejo y de pedimiento del dicho fray Juan de los Angeles, doy esta fe en la villa de Madrid, á siete días del mes de diciembre de mil y seiscientos y siete años.—*Cristóbal Núñez de León.*

(1) Aunque, según he dicho en la Introducción, se imprimirían las obras del P. Angeles siguiendo el orden cronológico con que salieron á luz, todavía ha parecido conveniente hacer una excepción en ésta, que el autor considera como segunda parte de la *Conquista*, y porque mirada la fecha de su dedicatoria (22 de diciembre de 1602) no hubo tanta diferencia entre la redacción de *La Lucha espiritual* y el *Manual de Vida perfecta.*

Vi este libro intitulado *Manual de vida perfecta*, compuesto por el padre fray Juan de los Angeles, de los Descalzos de San Francisco, en el cual no hay cosa que notar que no corresponda á su original.

Dada en Alcalá, á tres días del mes de diciembre de 1607.—*El licenciado Murcia de la Llana.*

—

Fray Pedro González de Mendoza, Comisario general y siervo de toda la Orden de nuestro Padre San Francisco, en la familia Cismontana, etc., al padre fray Juan de los Ángeles, padre de nuestra provincia de San Josef y Vicario en nuestro convento real de las Descalzas de esta villa, salud y paz en el Señor.

Por cuanto vuestra paternidad me ha hecho relación que tiene compuesto un libro intitulado *Manual de vida perfecta*, el cual (por la experiencia que tengo del provecho grande que vuestra paternidad ha hecho en los fieles por sus escritos) será de grande utilidad en la República cristiana; por las presentes le concedemos licencia á vuestra paternidad para que, habiéndolo visto primero y aprobado el dicho libro el padre fray Josef Vázquez, Lector de Teología de nuestro convento de Santiago de Galicia, le pueda presentar en consejo y imprimir, observando en todo lo que el santo Concilio de Trento manda y nuestros Estatutos disponen.

Dado en nuestro convento de San Francisco de Madrid, á 15 de enero de 1607.—*Fray Pedro González de Mendoza, Generalis.*

—

Por comisión de nuestro reverendísimo padre fray Pedro González de Mendoza, Comisario general de esta familia Cismontana de la orden de nuestro seráfico Padre San Francisco, yo, fray Josef Vázquez, Lector de Teología del convento de San Francisco de Santiago, vi un libro intitulado *Manual de vida perfecta*, compuesto por el muy reverendísimo padre fray Juan de los Angeles, padre de la provincia de San Josef y confesor del convento real de las Descalzas de Madrid; y habiéndolo mirado con mucho cuidado, no hallo en él cosa que sea contra nuestra santa fe católica; antes contiene mucha, muy docta y muy provechosa doctrina para personas espirituales, en la cual se descubre el autor que tiene bien experimentado por obra lo que enseña con palabras. Y así, para que trabajo tan bien empleado no se pierda y las almas devotas puedan alcanzar el fruto que desean, me parece muy justo y aun necesario que le imprima. En fe de lo cual di ésta, firmada de mi nombre, en San Francisco de Madrid, á 5 de febrero de 1607 años.—*Fray José Vázquez.*

CENSURA

Por orden y comisión del Supremo Consejo, he visto este libro que se intitula *Manual de vida perfecta*, compuesto por el padre fray Juan de los Angeles, predicador descalzo de la orden de los Menores, de la Majestad Católica de la Emperatriz, y confesor del real convento de las Descalzas desta villa, y me parece contiene, no sólo doctrina católica y segura, sino también muy provechosa y espiritual, con tanta erudición, resolución, puntualidad y destreza, y con términos tan propios y claros, que se le debe agradecer mucho este trabajo y ordenarle lo saque á luz, por el mucho fruto que se puede esperar dello. En el Colegio de la Compañía de Jesús de Madrid, en 16 de mayo de 1607.—*Juan Friderico Gedler.*

EL REY

Por cuanto por parte de vos, fray Juan de los Angeles, predicador y padre de la provincia de San Josef, Descalzo de regular observancia y vicario del convento real de las Descalzas de la villa de Madrid, nos fué hecha relación que habíades compuesto los años pasados un libro intitulado *Conquista del Reino de Dios*, de que se habían hecho cuatro impresiones y habían recibido las almas grandes aprovechamientos espirituales; y pareciéndoos que faltaban algunas materias importantes, habíades añadido cinco diálogos que se intitulaban *Manual de vida perfecta*, como segunda parte del dicho libro. Y nos fué pedido y suplicado os mandásemos dar licencia y facultad para poder imprimir el dicho libro llamado *Manual de vida perfecta*, que dello sería Nuestro Señor servido y grande beneficio á las almas ó como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligen-

cias que la premática por nos últimamente hecha sobre la impresión de los libros dispone, fué acordado que debíamos de mandar dar esta nuestra cédula para vos en la dicha razón, y nos tuvimos por bien; por lo cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes que corran y se cuenten desde el día de la fecha della, vos ó la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podais imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención, llamado *Manual de vida perfecta*, por el original que en nuestro Consejo se vió, que va rubricado y firmado al fin de Cristóbal Núñez de León, nuestro escribano de cámara de los que en él residen, con que antes que se venda le traigais ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme á él, ó traigais fe en pública forma cómo por Corrector por nos nombrado se corrigió la dicha impresión con el original. Y mandamos al impresor que imprimiere el dicho libro no imprima el principio y primer pliego ni entregue más de un solo libro con el original al autor ó persona á cuya costa se imprimiere, y no otro alguno, para efecto de la dicha corrección y tasa, hasta que primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y estando así, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho libro principio y primer pliego, en el cual seguidamente ponga esta nuestra licencia y privilegio y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en la premática y leyes de nuestros reinos que sobre ello disponen. Y mandamos que durante el tiempo de los dichos diez años persona alguna sin vuestra licencia no le pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que del dicho libro tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís. La cual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare. Y mandamos á los del nuestro Consejo, presidente y oidores de las nuestras audiencias, alcaldes, alguaciles de la nuestra casa y corte y cancillerías y á todos los corregidores, asistente, gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios y otros jueces é justicias cualesquier, de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, así los que ahora son como los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula, y contra su tenor y forma, y de lo en ella contenido no vayan, ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra cámara.

Dada en San Lorenzo el Real, á once días del mes de julio de mil y seiscientos y siete años.—YO EL REY.—Por mandado del Rey nuestro señor, *Tomás de Angulo.*

—

Al ilustrísimo y reverendísimo señor don Maximiliano de Austria, Arzobispo de Santiago, del Consejo del Rey nuestro señor y su capellán mayor y confesor, fray Juan de los Angeles, padre de la provincia de San Josef, confesor del convento real de las señoras Descalzas de Madrid y predicador de la cesárea majestad de la Emperatriz doña María nuestra señora, desea salud y perpetua felicidad.

Es tan grande el abuso que por nuestros pecados corre en el mundo de adular á los príncipes, camino cierto de su perdición y común peste de las repúblicas, que muchas veces, ofreciéndose ocasión á los escritores, como á mí se me ofrece agora, de alabanzas verdaderas, es fuerza y necesidad el callarlas por huir la común nota de lisonjeros. De manera, señor ilustrísimo, que el andar tan pujante y valida la mentira en las casas de los grandes quita su corriente á la verdad y á nosotros nos ata las lenguas y detiene las plumas para que no digamos lo que sentimos, aunque haya de ser de edificación al pueblo, y de ejemplo y doctrina saludable á todos. Al fin temo este malo y afrentoso nombre de adulador, que yo siempre he aborrecido, y cuando no le temiera, temiera ofender la gran modestia de vuestra señoría ilustrísima, que mereciendo por tantos títulos toda honra, cuando algunas veces se habla della en su presencia toma calor su rostro, como el de la esposa santa, alabada con tanta razón de su celestial Esposo (Cant., 2). Por esto y por lo que el Sabio dijo: No alabes al hombre en su vida, tengo de callar lo que fuera justo que

ninguno ignorara, y contentarme con sólo confesar por escrito que entre las mercedes que Nuestro Señor me ha hecho, á que debo ser muy agradecido, no ha sido la menor haberme dejado conocer á vuestra señoría ilustrísima y hallado gracia en sus ojos para que confiadamente pueda ofrecerle y consagrarle algunos de mis trabajos, que aunque por míos no pueden dejar de ser pequeños, por la voluntad de agradar á Dios con ellos y aprovechar á los prójimos se pueden estimar como grandes. Y para que vuestra señoría ilustrísima conozca mi ánimo y cuán su capellán soy y en lo que estimo su patrocinio, le certifico que después que vino á esta corte me he puesto á ordenar un manualico de vida perfecta de muchas cosas que tenía allegadas y escogidas, que á mi parecer abraza en sí lo mejor que en materia de oración y contemplación está dicho en nuestra lengua, porque para ordenarle tengo leídos los autores de más satisfación que he podido hallar. Recíbale vuestra señoría ilustrísima debajo de su amparo, y como tan gran prelado de tan grande y santa Iglesia le dé la autoridad que su autor, por su pequeñez, no ha podido, que con sólo aceptarle vuestra señoría ilustrísima la tendrá y correrá sin miedo por el mundo, adonde los muy calificados estudios, desamparados de tales patrones, suelen padecer inconvenientes. Pero ¿quién se atreverá á reprender lo que vuestra señoría ilustrísima hubiere aprobado? O ¿quién no aceptará lo que le fuere acepto? Suya es esta obra y suyo el que la ofrece, y el fruto que por este medio Dios en las almas obrare desde luego le tenga vuestra señoría ilustrísima por suyo, que con las esperanzas que será colmadísimo se le ofrezco. Cuya ilustrísima y reverendísima persona enriquezca Dios con sus divinos dones y guarde largos años para su mayor servicio, y dichosas las ovejas que tal pastor han merecido.

De San Bernardino de Madrid, veintidós de diciembre de mil seiscientos y dos.

PRÓLOGO Y EPÍSTOLA AL LECTOR

Determinado estaba, después que saqué á luz la presencia de Dios, de no tratar de escribir más en materia de espíritu, pareciéndome que lo escrito bastaba para los deseosos de perfección, y cuanto se pudiese escribir era ocioso para los olvidados de su salud. Mas como yo he sido siempre tan aficionado á la lección de los Santos y ningún otro entretenimiento ni ocupación por mi voluntad he escogido, ansí por el gusto como por el provecho, de ordinario voy notando en lo que voy leyendo lo que á mí más me mueve á devoción, más edifica mi ánima y más me sirve al desengaño: por esto, habiéndoseme en estos días ofrecido ocasión de mostrar mi ánimo para el ilustrísimo y reverendísimo señor don Maximiliano de Austria, Arzobispo de Santiago, que yo tan tiernamente amo y por muchos títulos reverencio, me determiné de juntar y poner en orden algunos destos mis trabajos, con mucha consideración y atención escogidos, y sacarlos en público para bien de las almas, que de muchas maneras considero desmedradas y desaprovechadas y aun erradas en sus modos de proceder, parte por culpa suya, parte por no alcanzar maestros que las enseñen. De manera que, mirado bien mi intento y atentamente considerada la doctrina deste tratado, no he pretendido hacer libro de oración grande, como los que cada día se publican, sino resolver dudas en materias espirituales, descubrir engaños del enemigo y acudir á lo más necesario y de que menos se halla escrito, y he querido llamar á estas enseñanzas *Manual de vida perfecta*, así por lo pequeño como porque es bien que ande siempre á la mano, y porque en breve encierra y suma un precioso tesoro de espirituales riquezas. Aseguro y hago cierto al cristiano lector que de cuanto hasta hoy tengo visto y escrito es esto lo mejor y que con mayor resolución enseña y por modos más altos, más fáciles y más gananciosos encamina las almas al Señor. Mas no es para todos; es para los estudiosos de humildad y limpieza; es para los determinados y valientes de Dios que saben hacer fuerza á la misma naturaleza y domar sus pasiones; es para los que de todo en todo desconfían de sí y de sólo Dios confían; es para los que siempre estudian en el menosprecio de sí mismos y trabajan en la aniquilación.

A todos nos envíe el Señor su luz y su verdad para que le conozcamos y amemos, para que servirá mucho lo que se enseña en este tratado.

Vale, et ora pro me.

DIALOGO PRIMERO

En que se divide la obra y se declara el argumento della. Trátase del ejercicio puramente corporal, y del corporal y espiritual. Y condénanse las familiaridades de hombres y mujeres, cuya no es Dios, con otras muchas particulares doctrinas de grande importancia.

§ I

Discípulo.—Dios te salve, Maestro.

Maestro.—Vengas en hora buena, Deseoso; ¿qué te has hecho en tantos días que no me has visto? ya me hacías soledad, y aun me daba alguna sospecha que te hubieses divertido por ventura con las ocupaciones forzosas ó conversaciones de los amigos, que, como dijo un filósofo, son ladrones del tiempo, y los que de ordinario nos roban la devoción.

D.—¿Tan presto me había de olvidar de tus saludables consejos? Siempre me ocupo (cumplido ya con mis obligaciones) en leer libros santos; y en particular, y con singular gusto y atención, el que compusiste de la *Conquista del Reino de Dios*, que, á mi parecer y de muchos, es el más provechoso y más acomodado para todo género de gente que trata de espíritu.

M.—Bueno es, por cierto, y la experiencia lo enseña cada día más á los que se ocupan en él.

D.—Algunas dudas se me han ofrecido leyéndole, que deseo mucho me las desates y absuelvas.

M.—De muy buena gana haré yo eso y cumpliré con tu necesidad y mi deseo, que ha sido añadirle cuatro ó cinco diálogos más de cosas de importancia para principiantes y para aprovechados, y aun para los que van á los alcances y llegan al estado de perfección. Pero sepamos, ¿qué son tus dudas?

D.—Muchas veces y en muchas ocasiones hablas del espíritu puro y del ejercicio mental, y yo no acabo de percebir bien qué cosa sea espíritu puro, ni la forma que se ha de tener en el ejercicio mental.

M.—Por cierto, hijo Deseoso, que me espanto mucho de que repares en cosas tan claras y que en ese libro tienen lo principal. Está pues, atento, que yo te mostraré lo uno y lo otro, con tanta distinción, que en ninguna manera la ignores de aquí adelante. Y dejando el ejercicio mental para otra plática, quiero que sepas que puedes obrar en una de cuatro maneras. La prima es puramente corpórea. La segunda, mezclada de cuerpo y espíritu. La tercera, puramente espiritual. La cuarta, sobrenatural. Son como cuatro estados ó escalones para la perfección. El primero dispone para el segundo, y el segundo para el tercero, y éste para el cuarto; y aun algunas veces se mezclan y se hallan en el ínfimo cosas del más alto y en el más alto cosas del más bajo; y no es inconviniente, sino necesario á tiempos y en ocasiones.

Cuatro maneras de obrar en la vida espiritual.

Llamo estado corporal puro al primero, porque todos sus ejercicios estriban sobre cosas corporales; ca se enderezan á castigar, domar y humillar la carne y sensualidad, ayunando, velando, durmiendo en camas duras y pobres, excusando las palabras ociosas, vanas y de murmuración y guardándonos con todo estudio de trabar amistades, particularmente de mujeres, cuya vista ([1]) y pensamiento habemos de huir de todo en todo como fuego de alquitrán, si queremos aprovechar en este camino.

Estado puro corporal.

Hallé, dijo el Sabio (Eccl., 7 d) más amarga que la muerte la mujer, que es lazo de cazadores y una nasa su corazón, sus manos prisiones; el que es sabio huirá della y el necio quedará enredado y su prisionero y puesto del lodo. Sobre todo te aviso que en todas tus obras y palabras mires atentamente la intención que llevas, porque si en esto hay descuido y por eso se tuerce, toda la obra va torcida, y en los ojos de Dios sucia y asquerosa.

Mujer, lazo de cazadores.

En este estado, cuando te pusieres á orar, procura cerrar los ojos corporales, que te será de mucho provecho para el recogimiento del corazón, y comienza por poco tiempo, como de media hora, y procura ir añadiendo hasta dos horas y media; en las cuales pensarás por pasos y misterios la vida de nuestro Señor, su pasión y muerte sacratísima; procurando cuanto fuere posible conformar tus costumbres y acciones todas

Ojos se han de cerrar en la oración.

([1]) Edición de Barcelona, año 1905, corrigió la primera edición que llevaba *visita*; por esto la corrijo también en ésta.

con las suyas de El, porque desta manera te dispondrás maravillosamente para pasar al segundo estado. Y aunque de paso, te aviso que trabajes de aprender en esta lección tres cosas del Redentor: obediencia, pobreza, sufrimiento y un entero negamiento de la propia voluntad. ¡Oh, qué riqueza tendrás cuando estas cosas hubieres alcanzado! La obscuridad del lugar para la oración mental es de gran provecho y más de lo que aquí te puedo decir, como tú mismo lo sentirás si lo experimentares.

Imitación de Cristo.

Lugar obscuro para orar, cuánto importa.

D.—Y las imágenes ¿no aprovechan para movernos á compasión y para otros sentimientos del corazón?

M.—Mejor es lo que te enseño, porque lo que profundamente se rumia en la oración mental quédase como pegado al alma; lo que de la vista corporal de las imágenes se nos recrece, luego se cae y se olvida salido de allí. Bueno y provechoso es y cosa religiosa mirar las imágenes de Cristo y los Santos y leer en los libros las vidas de El y dellos, que en eso no puede haber duda entre católicos; y cuando una imágen es devota, pega devoción y compone el ánimo y le levanta á lo espiritual.

D.—¿Qué llamas profunda consideración?

M.—Cuando, cerrados los ojos corporales y apartado todo ruido exterior y interior, metido el hombre dentro de sí, comienza á pensar alguna cosa, se dice pensarla profundamente, porque es en lo más hondo de nuestro pensamiento; y cuando esto se hace por largo espacio, acrecentando siempre en la atención de la cosa considerada, se dirá consideración más profunda. Y si acaso no pudiere el que medita y ora meter su pensamiento en lo interior, ca muchas veces acontece no poderle recoger ni entrarle adentro, persevere sin estribar ó forcejar con el corazón, pecho y sienes; sólo atienda á lo que queda dicho, á tener los ojos cerrados y á ponerse en lugar quieto y sin ruido y á que el tiempo sea más de hora; porque si es poco no podrá recogerse, y si mucho, alcanzará lo que desea. Porque el fin de la oración, como lo dice el Sabio, (Eccles., 7 b), mejor, más provechoso y sabroso es que el principio. Y dejando esto para más de propósito, lo que principalmente te aviso es que procures fundar todos tus ejercicios en espíritu y en verdad; porque, como lo dijo Cristo á la Samaritana (Ioan., 4), Dios es espíritu, y los que le adoran y reverencian y sirven conviene que lo hagan en espíritu y en verdad.

Consideración profunda qué es.

D.—¿Qué quieres decir en eso?

M.—Lo que toca al espíritu se quedará para el tercero grado de perfección; lo que hace á la verdad te diré ahora que en dos cosas la has de procurar: una de tu parte y en tu respeto, otra en respeto de Dios. Andarás, en verdad, respeto de Dios cuando sintieres de su Majestad y reconocieres en Él toda manera de perfección, sin ninguna falta ó mancilla de imperfección. Y eso es sentir en bondad y buscarle con simplicidad (Sap., 1), que propiamente es atribuirle todas las excelencias que con nuestra inquisición ó investigación pudiéremos imaginar. Andarás, en verdad, respeto de ti mismo, cuando sin ningún fingimiento sintieres de ti que ninguna cosa de bien tienes ni la puedes hacer sin la divina gracia. Porque, como dice el Apóstol (I Cor., 3), no somos suficientes á tener de nuestra cosecha y dejados á solas un pensamiento bueno, sino que nuestra suficiencia toda es de Dios. Conoce tus faltas y descúbreselas en la oración á su Majestad así como en la verdad lo son, porque las conoce Él de esa manera y quiere que así las conozcas y se las representes. Y no seas como algunos, que cuando se llegan á la oración mental llevan consigo no sé qué manera de fingimiento secreto mucho y muy escondido, que parece justificar algo á sí mismos y estar satisfechos de sus ejercicios; lo cual se descubre y manifiesta porque en su espíritu sienten una poca de obscuridad temerosa, de que está libre el que se allega á Dios según verdad, conociendo enteramente sus faltas y confesándolas enteramente y de todo su corazón.

Qué es adorar en verdad.

D.—Mucho me satisface esta doctrina.

M.—Es admirable, y tan necesaria, que desfalleciendo ó faltando en cualquiera destos dos fundamentos, vendrás en dos males muy peligrosos. El primero, que luego dejará de crecer en tu espíritu el aprovechamiento y se seguirá en el corazón una dureza insufrible, que bastará á hacerte dejar el lugar de la oración y te pondrá miedo para que no vuelvas

á ella. Digo que veles y te desveles por entender y penetrar bien estos avisos, si no quieres perderte en cualquier estado que anduvieres, aunque sea el más perfecto. Al fin, tu confianza toda hasla de poner en solo Dios, porque ese es tu bien (Psal. 72). Y guárdate que ni por un pequeño momento ni movimiento confíes en tus ejercicios ni desconfíes de la grande misericordia de Dios. Y no digo más del ejercicio puramente corporal, porque le tengo por el de menos provecho y anda lleno de menguas; y no es acertado detenerse en él más de lo que pide el poco saber de los principiantes.

§ II

Discípulo. — Síguese que trates del mixto que consta de cuerpo y espíritu, que forzosamente ha de ser más provechoso y más gustoso.

Estado mezclado de corporal y espiritual.

Maestro.—La diferencia que hay de obrar entre estos dos grados es tan grande como la que hay entre los pies y las manos: que los pies sirven para andar y sustentar el cuerpo; pero no tienen arte ni maña ni disposición para hacer cosas sutiles, como las tienen las manos, que parece que obran con entendimiento. Como le tenían las de David en el gobierno de su pueblo: *In intellectibus manuum suarum deduxit illos* (Psal. 75). Necesarias son (yo lo confieso y todos los Santos lo confiesan) las obras exteriores penales y necesarias, como los pies para sustentarse y no caer de lo comenzado el varón espiritual; mas los que se contentan con solas ellas y no procuran pasar adelante, casi del todo carecen de espiritualidad, como de sabiduría los pies en su obrar. Y si queremos estando en este ejemplo pasar adelante á los otros dos estados, hallaremos que difiere el tercero del segundo lo que los ojos de las manos; que aunque en ellas resplandece la sabiduría, su objeto es corpóreo y muy limitado y muy junto y presente, y de otra manera no pueden obrar. Los ojos obran de cerca y de lejos, y su obrar es con deleite; porque, como dijo el Sabio (Ecles., 11), cosa es deleitable á los ojos ver la luz. Otra diferencia es que las obras de las manos se hacen con trabajo del espíritu, y como es obrar éste de imperfectos, procede en su obrar con mezcla de engaños, mayormente si falta quien los enseñe y avise.

D.—¿Qué engaños?

M.—Que muchas veces piensan que es espíritu lo que sienten, y es puramente cosa de los sentidos y sensualidad. Como le sucedió á Jacob (Genes., 29), que creyendo que estaba con Raquel, se halló con la lagañosa Lía.

D.—¿Cómo se han en la contemplación ó en la oración los que andan en esta manera de ejercicio mixto?

M.—Como un mercader cuando piensa en sus mercaderías, que, como no sabe hacer diferencia del espíritu á la carne, todo se ocupa en ellas; piensan en las cosas de Dios con todo el hombre sin distinción; y viénenles algunas veces consolaciones con que su pecho es regalado, y sígueseles luego un contentamiento no razonable por cierto, porque creen ser aquello que sienten cosa espiritual, y no lo es, sino del sentido. Y hallarás algunos destos que con misterio dicen, como si nadie los entendiese, que la música es cosa del cielo y que levanta el espíritu; y oyéndola tienen (á su parecer) sentimientos espirituales, siendo verdad que todo aquello no pasa de la sensualidad, adonde ellos sienten aquella manera de alegría, devoción ó gusto. Y esto se ve claramente, porque los mismos efectos hace en éstos que en los que no saben qué cosa es espíritu ni tratan dello. Otra cosa es en los

Efectos de la musica en los contemplativos.

verdaderos contemplativos, que cuando oyen los cantos de órgano y los instrumentos músicos hurtan el cuerpo á ese gusto que causa el sonido exterior y pasan á contemplar otras cosas más interiores y á la espiritualidad de aquellas consonancias armónicas que perciben los oídos. Y esta manera

Engaño en la consideración de las criaturas.

de engaño se padece en las demás cosas corporales, en la hermosura de la rosa y en la suavidad y fragancia de los olores, y en los buenos sabores de los manjares, y en las amistades que parecen de Dios y no lo son; las cuales cosas aprende nuestra imaginación y parece que todo el cuerpo se regala y alegra en ellas. Al contrario mucho es en la obra del espíritu que, despreciando el alma todo lo presente, se esfuerza á contemplar lo que no se ve; como lo dijo y lo hacía el Apóstol (II Cor., 4 d): *Non contemplantibus nobis, quæ videntur.* De lo cual se sigue

muchas veces enfriarse los miembros y partes exteriores y luz y ensalzamiento, con reformación de los interiores afectos y aficiones.

§ III

Discípulo.—¿Qué engaño puede haber en las amistades adonde no se halla ningún fin malo, sino mucho deseo de agradar á Dios?

Maestro.—No quisiera que me preguntaras eso, porque, si te tengo de responder, ha ser descubriéndote ahí una cantera que no sé cuándo se acabará. Entiende, hijo Deseoso, que hay grandes peligros en esas familiaridades, aunque so color de santidad, entre hombres y mujeres, y mujeres y mujeres. ¡Y qué de caídas se han visto por ese camino en hombres de gran caudal y prendas!

Amistades de mujeres, aunque espirituales, peligrosísimas.

D.—Cierto que me has de consolar en esto, aunque se te haga dificultoso, porque he deseado años ha oir de tu boca lo que no me dicen los libros ni yo por mí puedo alcanzar.

M.—Ayúdeme Dios, que con harto temor de ofender á muchos entro en esta materia, aunque espero en Dios que serán más los desengañados y aprovechados. ¿Y por qué se ha de ofender de mí el que va á caer y le tengo para que no caiga, ó estando caído le doy la mano para que se levante? Lo bueno que habrá en este discurso será que no pondré palabra mía, sino de San Buenaventura, que en el tratado que escribió *De modo confitendi, et de puritate conscientiæ*, en el cap. 14 dice ansí: Porque muchos parece que no curan ni advierten en conocer sus aficiones viciosas y, por consiguiente, no hacen caso de confesarlas, como de verdad diligentemente se hayan de escudriñar y declarar, juntamente con los vicios que dellas nacen; por eso no me pasaré de largo sin decir aquí lo que en el particular siento. Muchos se aficionan á sí mismos, muchos á otras personas, algunos á las honras, otros á las riquezas; y todas estas aficiones y cada una dellas es como un muro puesto entre Dios y el alma. Por tanto ningún hombre que tuviere algunas de las dichas pasiones ó aficiones puede aprovechar en el camino de Dios ni tener oración pura, y principalmente y en particular si la afición es carnal y de persona á persona. ¡Oh, Señor, y qué de espirituales, debajo de color de espiritual amistad y afición, derribó Satanás y derriba cada día del estado glorioso de la santa oración! Esta es inquietud de la mente pestífera, la que inficiona la oración mental y vocal y la desperdicia, y la que en el alma engendra y ejercita afectos contrarios á la misma oración. Porque como la oración pura purifica la mente y la alumbra, alegra, fortifica y engorda, ansi la afición carnal y sucia ensucia esa mente y la escurece, entristece, debilita y la seca; y el cuerpo es enredado con las maldiciones della. Y porque hablo con espirituales y por solos ellos escribo estas cosas, sepan que, aunque la afición carnal sea peligrosa y dañosa á todos, mucho más lo es á ellos, mayormente cuando conversan y tratan con persona que parece espiritual; porque aunque el principio de la amistad de los tales parezca puro, la frecuente familiaridad y trato continuo es un doméstico ó casero peligro, detrimento gustoso y mal oculto debajo de color y máscara de bien. Esta familiaridad, cuanto más crece, tanto más enferma el principal y primero motivo, y la pureza de uno y otro es ensuciada y manchada, aunque no luego lo entienden, porque el infernal sagitario no arroja en los principios saetas con hierba, sino tales que lastimen poco y hagan la herida pequeña y aumenten el amor. Empero con brevedad suben á tal estado, que ya no como ángeles (como comenzaron) se hablan y ven, sino como hombres vestidos de carne, los ojos fijos y sin pestañear el uno en el otro, heridos ya los corazones alternativamente, comienzan y prosiguen con mil diferencias de recomendaciones, con palabras blandas y adulatorias, que parece que proceden de la primera devoción. De aquí nace que el uno apetece la presencia corporal del otro; porque la forma corporal, en la mente de cada cual concebida, los incita á la vista corporal, como si en ellos estuviese estampada la espiritual; y así es que la espiritual devoción poco á poco se convierte en corporal y carnal, y sus ánimas, que en la oración solían hablar con Dios sin miedo, desde allí entre sí y Dios ponen la efigie ó imagen corporal suya, la cual encubren y escurecen representándose así y poniendo la faz de Dios con la de la criatura. Y no es cosa menos horrenda que, habiendo estos de conocer y enmendar su proprio yerro, en nutrimento de su error juzgan todo aquello por

Aficiones peligrosas.

de Dios y dicen que procede de grande caridad, por cuyo mérito pienso que se engañan á sí mismos y se mienten, refiriendo el uno al otro que se tienen presentes en la oración para que la oración se haga más suave y deleitosa, como si les hiciesen fuerza á que el uno por el otro oren por gracia y virtud divina. Y por esto la consolación que simplemente es carnal y sensual (cual tienen aquella representación hecha de sí mismos en la oración) estímanla y júzganla por espiritual y divina. ¡Cuántas ilusiones reciben del infernal sagitario, especialmente las mujeres, que más fácilmente dan crédito á estos engaños mentales! Si quisiésemos declararlas, sería cosa horrenda y casi imposible. Sienten en la dicha oración y representación mental un cierto calor encendido y arrojado de Satanás, el cual dicen y creen ser fuego de claridad enviado del Espíritu Santo, que quiere unir el espíritu del uno con el espíritu del otro con atadura de caridad, como sea fuego de torpe sensualidad y de amor sucio, como lo han mostrado y muestran cada día innumerables ejemplos. Al fin, como se juzgan por unidos espiritualmente, con más seguridad les parece que pueden tratar y conversar más prolijamente y más á menudo, afirmando que esto no es perder tiempo, sino ganarle. Por tanto, buscan y hallan modos maravillosos y desusados, cautelas y trazas para poder hablar frecuentemente, alegando causas entre sí de utilidad y necesidad pintadas, como de verdad no haya otra causa que carga de culpas á quien la razón se sujeta y se enloda. Al fin, ciegos de la concupiscencia carnal, el tiempo que de antes solían ocupar en la oración y en cosas espirituales ya lo pierden en estas pláticas y familiaridades, trocando desta manera las conversaciones divinas por las humanas, sin poder ni saberse despedir, sino es que la noche los despida ó alguna causa inevitable los aparte; y entonces se apartan de mala gana y tristes, la cual tristeza es certísimo indicio de que el amor que los enlaza y une es carnal y sensual. Finalmente, dejándose algunas veces llevar de la pasión amorosa, so especie de caridad, se dan las manos, manifestándose alternativamente el inmenso amor que está en sus corazones, ofendiendo en esto á la caridad, dándole este título á lo que es sensualidad y carne. Mas ¡ay! que en esta manifestación del secreto amor está el sumo peligro, porque de aquí se fabrican ó forjan las saetas que mortalmente hieren sus conciencias y las matan con veneno de pecados. Y lo que sobre todo me parece horrendo á Dios, y á los ángeles, y á los hombres y á los demonios, es que ya se han visto algunas personas espirituales de nombre, llenas de espíritu de lujuria, que para excusa de sus torpezas se atrevieron á decir: *Se habuisse in illis actibus impudicis, magna sentimenta de Deo. Quod nihil aliud iudico, nisi quoddam incitamentum, et inductivum ad similia securius iteranda et peiora perpetranda* (¹). Dime tú, que tales cosas crees y admites, si estos son verdaderamente espirituales como lo afirman, ¿qué otra cosa habían de hablar y obrar, sino aquello que puede proceder del Espíritu Santo, lo provechoso y honesto, y no lo dañoso y torpe? ¿Qué tiene que ver el Espíritu Santo con torpes ósculos, ó qué honra le viene á Dios de ahí, ó á ti qué provecho ó necesidad para la salvación de tu alma ó de tu prójimo para que sufras ó ejercites tales tactos? ¿Qué convención ó conveniencia del espíritu á la lujuria? ¿Qué presunción es esa tuya tan temeraria, que oses hacer tal afrenta y injuria al Espíritu Santo, atribuyéndole á El el hedor de tu deshonestidad que apenas pueden sufrir los demonios? (II Cor., 6). ¿Qué temeridad es esta tuya, mujer hipócrita, arrojada lejos de la presencia de Dios, que digas y afirmes que la delectación libidinosa de la carne sea gracia y consolación divina? Apártate, fiera pésima, de mis confines y cotos, porque los ministros infernales no pueden sufrir tu presencia. ¡Ay de los heridos de esta saeta, que apenas se les puede dar remedio! Pocas veces se confiesan pura y enteramente, porque se confunden de confesar y descubrir llanamente tantas veces esta su enfermedad al confesor, por temor de no descubrir algunas circunstancias anejas á la dicha afición; y así, ó las callan ó imperfectamente las dicen, usando de palabras ó circunloquios que encubran su enfermedad. No confiesan la ocupación casi continua de la mente acerca de la persona amada, ansí en la oración como en las demás acciones suyas, las imaginaciones

(¹) Que en aquellos actos impúdicos habían tenido dulces emociones de Dios, las cuales yo considero como un estímulo y halagüeño acicate para hacerles repetir lo mismo con más desenvoltura, y caer en peores excesos.

torpes, la vana complacencia del corazón, la memoria, la vista mental, la negligencia en evitar la presencia, los coloquios, los billetes de tarde y mañana y otras miserias que ellos experimentan cada hora. Por esto muy de ordinario mudan confesores, ó querrían si pudiesen mudarlos; viven por esta causa tristes y con tedios y disgustos, porque ni quedan satisfechos de sus confesiones, ni dejan de sentir las olas que en su alma levanta esta pésima enfermedad. Lo peor es que, habiendo ellos de buscar médicos espirituales, cautos y peritos, experimentados y diestros, que conociesen la enfermedad y sus causas, y aplicarles remedio oportuno y conveniente, no solo no lo hacen, antes, si acaso topan con alguno destos una vez, otra huyen dél, y nunca más vuelven á sus pies y buscan confesores idiotas y simples que ni conozcan el daño ni sepan dar remedio.

§ IV

Discípulo.—¡Terrible mal!

Maestro.—El santo dice que no bastan para evitarle ayunos, disciplinas, cilicios, vigilias, oraciones largas ni las demás cosas que afligen y maceran el cuerpo.

D.—¿Pues qué remedio?

M.—Huir la persona [1], el trato y comunicación, porque de otra manera cada día crecerá más la llaga. San Jerónimo, en una Epístola *ad Oceanum, de vita clericorum*, tom. 9, dice desta manera: La mujer que vieres que vive bien, ámala interiormente en tu alma, pero no frecuentes su casa ni su conversación corporal, porque el principio de la lujuria está en las visitas de las mujeres, y el mundo y ellas no se vencen mejor que huyendo; porque á los demás vicios y enfermedades espirituales puede alguno resistir y librarse dellos; pero deste no se libra sino con huída. Y en otra parte dice que solo con sola no se asiente en lugar secreto, sino que siempre tenga testigos, ni debajo de un tejado more con mujer alguna, que si Eva echó del Paraíso al que ya estaba avecindado en él, mejor impedirá la entrada al Paraíso cualquiera otra mujer. Y en otra parte dice que las vírgenes de Cristo, ó se han de amar igualmente ó se han de ignorar igualmente. Y San Agustín dice que se ha de hablar poco con mujeres, y eso con aspereza y rigor de palabras, y no se ha de guardar el hombre menos dellas por ser santas, antes más, porque las que lo son llevan más el corazón, y debajo de cubierta de palabras melosas y blandas se mezclan y enredan en vicios de la sucísima lujuria. Créeme, dice el doctor santo, obispo soy, en Cristo hablo, no miento; los cedros del Líbano, esto es, hombres de altísima contemplación y grandes prelados de la Iglesia, hallé debajo deste color bueno caídos, de cuya caída no tuve más sospecha que de Jerónimo ó Ambrosio. San Bernardo dice: ¿Quieres conversar cada día con mujeres y ser continente? ¿Éreslo? Sea en hora buena; á lo menos no puedes huir la nota de sospecha. A mí me escandalizas; quita la materia y causa del escándalo, porque escrito está (Math., 18). ¡Ay de aquel por quien viene el escándalo!

D.—Espantado me tienes con este discurso.

M.—¡Oh qué de cosas he visto en el tiempo que vivo en el mundo! Traigan los confesores y padres espirituales á su memoria lo que pasó de los alumbrados de Extremadura, y miren sus principios, medios y fines, y verán si hay por qué temer y recatarse, y de dar al confesonario lo muy necesario y no más; y si es bueno ó no visitar frecuentemente á las hijas de confesión, en ellas y en sí mismos lo podrán ver. Poco ha, no cumplido un año, que comunicando conmigo un hombre espiritual, á su parecer y de muchos, le dije que iba perdido porque le sentí inclinado á tratar espiritualmente con mujeres, y seguía la voz de una lengua que le hablaba interiormente, la cual le hacía entender que se podía llegar á tanta perfección que ningún peligro se pudiese temer de las conversaciones de las mujeres devotas, y más que esto y más que esto, y tanto, que hoy día está penitenciado por el Santo Oficio: ¡Maldita sea su lengua y su trato!

D.—Yo me consolara mucho si, ya que has llegado á tratar desta materia tan necesaria en el mundo, para desengaño de muchos, me dijeras las señales que pueden hallarse para discernir la amistad y afición espiritual de esa sensual y carnal que tanto has reprendido.

M.—El mismo San Buenaventura dijo eso de manera como si el Espíritu Santo se lo estuviera dictando para bien de las almas. Y

[1] Usa el mismo régimen que tiene *fugere* latino. Ahora diríamos: *huir de la persona*, etc.

porque suele, dice él, muchas veces paliarse y encubrirse la carnal afición debajo de especie de espiritual, como la cizaña entre el trigo, para que del jardín de la religiosa vida se pueda arrancar esta mala hierba pondremos aquí algunas reglas breves que servirán á los no experimentados. El amor espiritual es una noble virtud; y por que no se envilezca con la mezcla del sucio amor, como el vino con el agua y el bálsamo con otros licores viles, es menester grande cuidado y vigilancia. Muchas veces el amor, que al principio fué bueno, se muda en carnal por el poco recato de las personas y por sacarle de sus límites, haciendo excesos en el trato largo y conversaciones prolijas y de cada día; porque el astuto demonio al principio esconde el lazo de la tentación, hasta que el amor va creciendo y se hace tenaz y se arraiga en el corazón, para que, unidos en uno fuerte é inseparablemente, por este medio, con el cuchillo de la carnal concupiscencia los traspase, cuando ya no es posible dividirse. Porque antes consentirán en cualesquiera pecados, aunque sean claros y manifiestos, que quebrarse la fe prometida y guardada de tanto tiempo y perder los servicios y prendas de su amistad. Y aunque consienten en esto con mucho dolor y amargura de su alma, prevalece empero la violencia del amor, que suele ablandar el vigor de la mente, como enflaqueció Dálila á su Sansón con sus palabras lisonjeras, halagos y caricias (Iudic., 16): hízole semejante á los demás hombres, siendo el más fuerte de los hombres; privóle del espíritu de Dios, entrególe á sus enemigos, los cuales, preso, le sacaron los ojos y le pusieron á una tahona, para que como una bestia moliese en ella. Y no se da por vencido el enemigo perversísimo con el tedio de esperar, ni con el trabajo, ni con dilatarse el consentimiento, si por algún camino, después de largos años, puede salir con su intento, porque ni tiene ocupaciones ni son otros sus estudios y cuidados sino en cómo trastornar á los buenos y precipitar en peor á los malos, cómo los detendrá en pecado y los impedirá del todo su salvación.

§ V

Sea, pues, el primer indicio del amor carnal que, como el espiritual se sustenta y se apacienta de espirituales enseñanzas, pláticas y conversaciones, y aborrece las chufetas, ociosidades y cuentos fabulosos; éstos, al contrario, de lo espiritual poco, y de sus coloquios inútiles, y en especial del amor que se tienen el uno al otro insaciable y incansablemente rumian; de manera que para estas pláticas no bastan las horas, ni los días, ni todo el tiempo, sino que cuando se pueden ver siempre tienen materia copiosa de hablar, sin que pueda faltarles. El segundo indicio es la insolencia de los gestos y movimientos, que cuando igualmente se aman amorosa y alternativamente se miran á los rostros: *Latus lateri, fœmur fœmori, manus ad manum tenent, et comprimunt; deinde brachia, et lacertos, humeros, et ubera sub vestibus, et ulteriora tangendo, blandiuntur. Aliquando amplexus, et furtiva oscula iunguntur* (1), y otras cosas semejantes que se hallan en el amor del siglo. Al contrario sucede en el amor espiritual, que tanta disciplina guarda en lo secreto como en lo público, que no busca rincones, antes los huye, sino es cuando á solo Dios quiere vacar y morar consigo á solas. Eso es lo que dijo el Apóstol (Rom., 20 b): *Sicut in die honeste ambulemus* (2). El tercero indicio es la inquietud del corazón cuando están ausentes, pensando el uno del otro: ¿adónde estará? ¿qué hará? ¿cuándo vendrá? ¿por cuánto tiempo me dejó? ¿si se acordará de mí? ¿si habrá hecho ausencia su oficio? ¿cómo no me ha escrito en tantos días, y qué será la causa? ¿si está bueno en el cuerpo? Así es que, suspensos en este pensamiento, ni pueden orar libremente, ni vacar á Dios con quietud, ni hacer otra cosa, siempre distraídos y ocupados en esto. El consuelo y alivio de estos males, si alguno se halla, está en tener nuevas el uno del otro, ó hablar con los amigos á quien ha dado parte de su afición. ¡Y qué lejos está de aquí el espiritual amor! En solo Dios reposa, y fielmente encomienda al Señor en la oración á su amigo, cuando se ofrece oportunidad, sin distracción inútil; compadécese dél cuando la ra-

Indicios del amor sensual.

(1) Juntan y aprietan lado con lado, muslo con muslo, mano con mano; luego hácense caricias tocándose los brazos y antebrazos, los hombros y los pechos y partes más inferiores por cima de los vestidos, y alguna vez se corresponden dándose abrazos y furtivos ósculos.

(2) Vayamos honestamente como quien va á luz del día.

zón lo pide, y alégrase con moderación en su presencia. El cuarto indicio y señal infalible del amor sensual es la impaciencia de consorte ó compañero en el amor. Si hablaste con llaneza á otra persona, si os regalan ó regaláis, si os escriben ó escribís; todos estos miedos van á parar á pensar que la dejará por otra ó por otro, ó que se entibiará y acabará el amor. Ahí es el dolerse y el afligirse y el turbarse. Todo eso es carne y sangre y Venus y Cupido, porque el amor espiritual todos querría que fuesen amados juntamente, y en esto se goza y alegra; porque la caridad es una virtud que se deleita en dilatarse y comunicarse; y cuanto más se dilata, más crece, como el fuego, que cuanto más leña le echan tanto mayor se hace. El quinto indicio es ira y rabia en las ofensas, tanto mayor cuanto más tiene de carne; y á la medida del amor suele crecer el enojo por cosas muy pequeñas; y se han visto enemistades crueles entre amigos muy estrechos. No se pueden perdonar las ofensas propias los que están tomados del fuerte vino del amor libidinoso. El afecto desordenado trae desordenados sentimientos. Al fin, cuanto más tierna la afición, más tiene de molestia la ofensa, especialmente cuando el uno no satisface á los antojos y deseos del otro; y mucho más cuando se teme desamor ó inclinación á otra parte. De ahí se levantan quejas perpetuas, zaherir los beneficios hechos y la fe grande ya quebrada; síguense muchos juramentos, maldiciones y protestas de que no le hablará, ni le verá, ni pensará en él, pues que tan mal le ha pagado, dándole males por bienes y odio por su mucho amor. A veces hay voces, afrentas, vituperios, maldiciones, infamaciones, descubrimientos de secretos y muchos otros inconvenientes de que tenemos larga experiencia. El amor espiritual es pacífico, tratable y que fácilmente perdona los yerros y flaquezas del hermano; y si le halla en algún pecado, con espíritu de blandura le corrige y enseña. El sexto indicio del amor carnal son los presentes, las cartas y billetes dulces con amorosas razones y encarecimientos de amistad; las merendillas, los bocados particulares y sacados de la boca, y la estimación de cualquier cosa que la persona amada tocó ó de que usó; las memorias y anillos, los cabellos, todo lo cual se guarda como reliquias y se trae muchas veces en los pechos por memorial y acuerdo de lo que se ama. ¡Oh qué contrario es esto todo al amor espiritual! Oye á San Jerónimo (Hiero., t. 1, epist. 2 ad Nepoti): Las dádivas ordinarias, las cintillas y apretadores, los bocados mordidos y ofrecidos, los papeles amorosos y dulces no los tiene ni conoce el amor santo. Las puras oraciones, las intenciones espirituales y de edificación y las ayudas piadosas y á tiempo en la necesidad son apoyos y fuerzas del amor espiritual. Síguese el séptimo indicio: Disimulación desordenada de los vicios, que se suelen éstos amar juntamente y sustentarse con las personas y defenderse, desmintiendo á todos los que pretenden argüirlos de pecado, confederados para el mal como un ladrón con otro. El espiritual amor generalmente aborrece los pecados, y en particular en los más amigos. Porque así como el padre se duele más de la fealdad en el hijo que en el extraño, así Dios aborrece todos los pecados de todos; empero en sus amigos en cierta manera los castiga más grave y ásperamente, como lo hizo con David y otros (II Reg., 12) y lo dice en su Apocalipsi San Juan (Apoc., 3): Yo á los que amo arguyo y castigo; y no digamos más.

Discípulo.—Harto has dicho y tan necesario en el mundo, que no sé yo qué cosa más.

Maestro.—Algunos se sentirán y me reprenderán, pero no por eso tengo de esconder la verdad, y más tratando cosas de tanta importancia para el desengaño de tantos engañados. Y si les pareciere que he andado largo en este discurso, les prometo que me hallo yo descontento de haber sido tan corto, porque me he detenido cuanto he podido por justos respetos que sólo Dios quiero que sepa, aunque en muchas cosas pudiera haberme declarado más.

§ VI

Discípulo.—Prosigue lo que ibas diciendo acerca del estado medio, conviene á saber, mezclado de cuerpo y espíritu. Y primero me enseña cuánto tiempo bastará para salir del pasado y deste.

Maestro.—No se puede señalar tiempo determinadamente; poco querría que fuese, porque son ejercicios imperfectos en muchas cosas, aunque aprovechan y son necesarios para venir al tercero y cuarto; y podrá, por lo que queda dicho y diremos, entender cada

uno lo que le falta para llegar, y procurará, cuanto mayor fuere su conocimiento, con más veras pasar á lo que más provecho le ha de traer.

D.—Y cuando, por la divina gracia y misericordia de Dios, me hallare en el cuarto estado ó en el tercero, ¿no me tengo de acordar del primero ni del segundo?

M.—Todos los días has de tener la consideración, un poco de tiempo de lo que vacares á la oración mental, en pensar en tus defectos y pecados y en los beneficios recibidos de la mano de Dios y en tu desagradecimiento, hasta que del todo te sientas confuso y avergonzado, conociendo tus vilezas en el acatamiento del Señor. Digo, que no te pongas en alguna alta contemplación, por tu voluntad sin haber hecho primero esta diligencia: si te llevare el espíritu, síguele, que, como no está atado á leyes, no se las podemos poner. Digo, por acabar con esto, que así como la vieja ley de doctrina del Apóstol (Heb., 7), aunque tenía tantas ceremonias y tantas observancias legales, preceptos y vedamientos, no llevó á ninguno á la perfección, por ser cosas todas corporales (como dice un doctor), así en estos ejercicios de que habemos hablado ninguno será perfecto, por lo que el mismo Apóstol dijo (1 Tim., 4): *Corporalis exercitatio, ad modicum utilis est* (¹). A Marta le dice Cristo (Luc., 10): Marta, Marta, solícita andas y acerca de muchas cosas turbada, y no hay más que una necesariamente; y una á solas, esto es, con el ánima ó espíritu puro, desterrada lejos la sensualidad, la has de buscar. ¡Ay del que por dos caminos entra! (Eccles., 2 c); conviene á saber, sin hacer distinción de la sensualidad al espíritu; que éste tal no tendrá sucesos prósperos ni crecimiento en cosa buena. No quería Dios que arasen los hebreos con buey y jumento en un yugo (Deut., 22), ni que se vistiesen de lino y lana (Levit., 13), por darnos á entender debajo de figuras que aborrece mucho su Majestad estas mezclas de espíritu y carne, de razón y sensualidad, y de las cosas divinas y corporales. El buey, amigo de soledad, significa el espíritu, y el jumento, insipiente y lerdo, la sensualidad; el lino, el hombre interior, y la lana, el exterior, ¡mala junta para la vida espiritual!

D.—En este estado ¿de qué consideraciones me he de aprovechar para alcanzar luz y conocer la verdad?

Consideración de quién es Dios y quién soy yo, divinas.

M.—Dos verdades querría mucho que hallases, en cuyo conocimiento está un tesoro inmenso de bienes escondido: Quién es Dios y quién eres tú. De Dios has de conocer que es todopoderoso; y de ti, que nada puedes. De ti has de desconfiar totalmente, y en Dios has de confiar con gran satisfacción y seguro.

D.—Parece que pones la fuerza toda deste ejercicio en solas esas dos cosas: en el conocimiento propio, y en el de Dios.

Conocimiento propio para llegarnos á Dios.

M.—Muchas son necesarias, y de precios diferentes, como se hallaron en la edificación del templo de Salomón, de que la Escritura santa habla menudamente; empero, para el espiritual, lo más necesario y que sirve como de cimiento es lo que dices; y lo primero en orden es la aniquilación ó conocimiento de nuestra nada; y para venir á conocerla nota que, recogiendo tus pensamientos dentro de ti, debes considerar sosegada y profundamente antes que fueses hecho qué había de ti en el mundo; y detente en esta consideración hasta que vengas á sentir un vaciamiento, esto es, un conocimiento verdadero de la nada que eres, y entonces podrás entender que has llegado á él cuando no halles nada sobre que tu pensamiento estribe. ¡Oh doctrina preciosa, sin ti ninguno espere recebir lumbre ni consolación espiritual! Ninguno, digo, subirá á las altezas divinales que primero no descendiere cumplidamente á conocer su nada y sus tantas y tan grandes miserias. A este conocimiento pretendió el Señor traer á su amigo Job (Iob., 38) cuando disputando con él le dijo: ¿Adónde estabas cuando yo ponía los fundamentos de la tierra? y si tienes entendimiento, dime: ¿sobre qué están asentadas y fundadas sus columnas? Como si dijera: Si quieres conocer exactamente tu nada, ponte á considerar lo que eras antes que hubiese tierra, que fué el material de que fué formado el primero hombre. ¿Qué eras tú en aquel tiempo?

D.—Nada, y si hay cosa menos que nada, eso era.

M.—Si esta consideración se hace por largo espacio y muchas veces y con mucha atención y veras, nace en el alma un sosiego interior,

(¹) El ejercicio corporal para poco aprovecha.

con alguna luz que nos descubre la verdad tras que andamos; y á veces es grande esta luz, y con la poca que yo tengo te sé decir que ninguno podrá aprovechar cosa alguna en la contemplación hasta haber alcanzado este conocimiento de sí mismo; porque el edificio espiritual de aquí comienza: *Cum consummaverit homo, tunc incipiet; et cum quieverit, tunc operabitur* (Eccles., 14): Cuando acabare el hombre de conocerse á sí, entonces comenzará á conocer á Dios; y cuando se quietare y sosegare, entonces obrará, porque la misma razón natural lo llevará y encaminará á conocer cómo Dios lo hizo con su poderosa mano; y este conocimiento será experimental y no de oídas, cual es el que de los libros se alcanza y de la conversación y trato de los sabios, que no se pega en el corazón, antes se cae con facilidad. El que se alcanza por meditación profunda, arráigase en lo íntimo del alma, y allí mismo se va criando y arraigando un entrañable amor y reverencia á Dios, como cosa natural y no postiza, que persevera con nosotros y es causador de grandes bienes. A este conocimiento nos despierta y provoca el profeta Isaías diciendo (Isai., 41): Mirad que sois hechos de nada y vuestras obras de lo que no tiene ser. Ahonda aquí, hijo Deseoso, ahonda aquí si quieres sacar bien cimentado el edificio espiritual; y vuelve luego el rayo de la consideración de espacio á las mercedes y beneficios que de Dios recebimos todos en la creación, porque habiéndonos formado de la misma materia que á las demás criaturas, hasta las lagartijas, serpientes y bestias fieras (Psal. 8), así nos dió señorío sobre ellas, que de todas nos servimos muy á costa dellas y á nuestro descanso (Gen., 9). Y no quiero alargarme aquí en materia de beneficios, por haber tanto escrito dellos; pero ruégote á ti y á todos los que de mis trabajos se quisieren servir que muy por menudo piensen en los beneficios de Dios y escudriñen cada cosa de por sí, y la obligación en que nos puso Dios por todo cuanto crió, pues todo está á servicio del hombre y lo crió para el hombre. Las habilidades de todas las criaturas son beneficios especiales nuestros: los males que otros padecen, la luz del sol, luna y estrellas, las aves, los peces, las plantas, las frutas, los animales, los sabores, los olores y los colores que recrean los sentidos, etc.

Conocimiento por libros luego se cae; por consideración profunda pégase al alma.

Consideración de los beneficios divinos, cuán necesaria.

§ VII

Discípulo.—Por cierto, padre, yo estoy espantado de oirte.

Maestro.—¿De qué?

D.—De que, abominando tanto algunos de nuestros tiempos de la meditación y consideración de las criaturas y negando y poniendo entredicho al pensamiento, aun en las cosas divinas, que aun de Jesús no quieren que le tengan sus discípulos, quieras tú que me ocupe en meditar en una lagartija y en una hormiga y en una violeta y en los pececillos y otras sabandijas de la mar y de la tierra. Claro está que el sentido ocupado en muchas cosas se disminuye y mengua, y es menor á cada una dellas; y que, puesto el pensamiento en las criaturas, que se ha de menoscabar en la consideración del Criador.

M.—Muy bien has dificultado y muy á tiempo. No solamente se impide el pensar en Dios, ocupándonos en las criaturas, sino también digo que todos los males que hay en el mundo entraron por haberse divertido los hombres de la inquisición del sumo y sempiterno bien á la de estas cosas exteriores y de afuera, como lo dice el Sabio en muchas partes de sus libros, especialmente en el capítulo tercero de la Sabiduría (Sap., 3): *Impii secundum quæ cogitaverunt, correptionem habebunt, qui neglexerunt iustum, et a Domino recesserunt...* HINC [1] *labores eorum sine fructu, et inutilia opera eorum.* Pero advierte que no es mi intento apartarte de Dios y ocuparte en las criaturas, ni yo he enseñado jamás tal doctrina; lo que digo es que por las criaturas investiguemos y busquemos al Criador. Sí, que contemplando yo en una criatura la omnipotencia de Dios y el amor que allí me enseña, no lo contemplo para quedarme allí, que eso

[1] Esta palabra no se halla en la Vulgata. La puso el P. Angeles para abreviar el texto, que vertido al castellano, dice: «Los impíos tendrán el castigo según lo que pensaron, porque despreciaron la justicia y se apartaron del Señor. *Infeliz es el que rechaza la sabiduría y corrección: y vana es su esperanza,* sus trabajos sin provecho é inútiles sus obras de ellos». He subrayado lo que se dejó el autor.

Cómo por las criaturas habemos de rastrear y subir al Criador.

sería ofender á Dios y apartarme de Él; lo que hago es incitar mi ánima con el conocimiento de Dios, de su omnipotencia, bondad y amor á los hombres, y levantarme luego á Él, dejando la tal criatura, con todo lo corpóreo y visible que tiene, tomando la espiritualidad que allí contemplo. De manera que no se derrama mi pensamiento en las criaturas, antes se recoge y se acoge á Dios, dejándolas á ellas. Uso dellas como de instrumentos y como de medios para hallar á Dios; que, como Él sea invisible, no le podemos conocer sino por sus obras, como no conocemos las fuerzas de alguno sino cuando hace obras de gran fortaleza, como viéndole alzar un gran peso ó echar lejos una pesada barra de hierro. A San Antonio Abad arguyeron y aun reprendieron unos filósofos porque, siendo idiota, se hacía maestro y enseñaba á algunos que venían á él; á los cuales respondió: Las criaturas son mi libro, en que continuamente estoy leyendo, y recibo luz y conocimiento del Criador por medio de ellas, y de ahí saco lo que enseño á mis discípulos. Y en el libro de la Sabiduría se escribe (Sap., 14) que de la grandeza y hermosura de las criaturas se puede venir sin errar en conocimiento del Criador, para lo cual se requiere inteligencia, porque para pasar de lo visible á lo invisible ojos intelectuales son menester. Al fin, por lo que veo y contemplo en las criaturas me levanto al conocimiento del Criador dellas y le conozco todopoderoso, infinitamente bueno y hermoso, con infinita distancia sobre todas (Psal. 91). De aquí nace el amor, con otros efectos maravillosos que no alcanza el necio ni percibe el desvanecido y mentecato pecador. Y en este orden de meditar no te olvides de la fábrica y compostura del hombre, de su capacidad interior, de sus dotes y habilidades, cuyo conocimiento hizo casi desfallecer al Rey santo (Psal. 138): *Mirabilis facta est scientia tua ex me: confortata est, et non potero ad eam.* Desta consideración nace un conocimiento

Conocimiento del hombre y su fábrica enseña mucho.

grandísimo de que todo el hombre, así como está, es de Dios y nada suyo; y que á nadie debe sino á Dios. Suyo es todo su amor, suyo el pensamiento, suyos los deseos, y aunque no hubiera cometido otros pecados que no haber acudido á esta tan forzosa obligación de amar á su Bienhechor, se condenara, como el mal siervo que escondió el talento de su señor (Math., 25), y al tomar de las cuentas fué mandado echar en tinieblas exteriores y condenado para siempre. Sobre todo hace para el conocimiento de nuestra nada y de la necesidad que tenemos de Dios la meditación profunda de los pecados (de que tengo dicho lo que basta en el segundo de los *Diálogos de la Conquista del Reino de Dios)* y de la Pasión del Señor; y no digo más deste estado medio, que justamente se puede llamar de iluminación, porque todo se ocupa en sacar motivos de las criaturas y de los generales y especiales beneficios para conocer más á Dios y á sí mismo, y por aquí desconfiar de sí y fiar de solo y en sólo Dios.

§ VIII

Discípulo.—Falta ahora que trates del puro espíritu.

Maestro.—Para eso pido yo á nuestro Señor que me envíe el suyo, que sin él, *factum est nihil*, no se dirá cosa que importe; y es esto lo que más nos importa.

Tercero estado del puro espíritu.

El propio obrar del puramente espiritual es con el entendimiento en las cosas que la fe enseña, dejando toda imaginación y forma corporal y las demás cosas que la costumbre y conversación de nuestro miserable estado ha formado en el hombre, aunque parezcan espirituales. Dije imaginación corporal, como cuando nos ocupamos en contemplar la grandeza de Dios, comparándole con las criaturas, en que resplandece más su grandeza, cielos, tierra, mar, etc.

En la contemplación no se ha de fatigar la cabeza ni forcejar con el corazón.

En esta ocupación tan excelente debemos huir de forcejar con el corazón y con la cabeza, porque notablemente impide en este ejercicio: es mezclar la carne con el espíritu; y está escrito en el Evangelio (Ioan, 4): Espíritu es Dios, y quiere que sus servidores sean espirituales y que lo adoren en espíritu y verdad.

D.—¿Cuándo adoramos en espíritu?

Orar en espíritu qué es.

M.—Cuando la consideración de nuestro entendimiento se ocupa en las excelencias y bondades de la divina Majestad, limpia de polvo y paja de las cosas corporales. Lo que

digo es que siempre que pensares en Dios le consideres sin principio y sin fin, lo cual no alcanza la carne ni la sangre; y así, en cuanto entendieres y contemplares en la soberana bondad, has de procurar que preceda una suavidad, con sosiego y quietud en el entendimiento; lo cual ha de proceder de la consideración profunda de que en la divina esencia no hay cosa que se envejezca ni se marchite, ni crezca, ni mengüe. Así que debes desterrar de tu entendimiento cualquiera pensamiento de mutación en Dios, ni pienses que es uno cuando sientes devoción y otro cuando no la sientes, ni que se trueca ó muda en los tiempos, ni que se diferencia con los días y las noches. Es un ser eternal, *apud quem non est transmutatio nec vicisitudinis obumbratio* (Iacob, 1) ([1]). Son nuestros sentidos oscuros y tenebrosos é incapaces para percibir la perpetua infinidad y anchura alegre, suave y sin medida de Dios, en todas y de todas maneras. Son, lo que dijo el Proverbio, jumento á la música suave de la vihuela. El puro espíritu procede por contraria manera; que ninguna cosa le satisface que no sea infinita en grandeza, infinita en potencia, infinita en bondad, eterna y sin principio ni fin. Aquí es el alma enriquecida más de lo que yo sabré encarecer, aunque debe andar con cuidado, porque los demonios no duermen, antes trabajan cuanto pueden por impedir nuestro aprovechamiento y aun por derribarnos en pecados, para lo cual se aprovechan de nuestra sensualidad, Dálila conocida, que engañó y derribó á Sansón (Iudic., 16) y le hizo sacar los ojos y moler á una tahona, y al fin le acarreó la muerte. Tiene grande amor el espíritu con su carne y sensualidad; y en recibiendo algún consuelo luego quiere darle parte y luego queda ciego, como los ojos muy claros cayendo polvo en ellos; de que le viene comenzar á proceder desatinadamente, enfriarse, endurecerse y entristecerse el corazón de manera que el que estaba caluroso y inflamado en el conocimiento y amor de la suma verdad viene á haber miedo y á no poder sufrir estar en el lugar de la oración.

Mala mezcla. sensualidad y espíritu.

D.—¿Qué cosa es dar parte el espíritu á la sensualidad?

([1]) En quien no hay mudanza ni sombra de alternativas.

M.—Consentir que con la limpia y pura visión del entendimiento se mezcle el sabor del pecho y del corazón carnal. Cuando comienza el hombre á contentarse todo y gozarse de un ardor apasionado por todo el cuerpo, dentro y fuera, que le obliga á salir como forzado á dar voces y gemidos recios, soltando el aire ó resuello detenido impetuosamente y con fuerza, gozo hay aquí, pero no legítimo, como algunos varones espirituales quieren, de que es conjetura, que se suele acabar en un oscuro y temeroso fín. Algunas veces crece esta pasión hasta un amortecimiento, que algunos llaman arrobo; lo cual vemos algunas veces en personas de flaca complexión, como lo son las mujeres, que con pequeña ocasión se quedan amortecidas.

Qué es dar parte el espíritu á la sensualidad.

Arrobos falsos y verdaderos

D.—¿Cómo se podrá conocer si eso es pasión sensual ó espiritual arrobamiento?

M.—Cuando en el amortecimiento se hallare el hombre tan muerto que ninguna cosa sienta ni entienda de los misterios celestiales, es negocio de la sensualidad ó sentidos, y no se debe llamar este rapto ni elevación, sino sofocación ó privación de los sentidos interiores y exteriores. En el arrobo verdadero el ánima entiende y obra como puede, recibe luz, calor y inteligencia. Y aun otra señal hay para discernir y conocer la falsedad deste arrobo; y es que comenzando estos movimientos corporales se va deshaciendo y desapareciendo la visión espiritual, hasta quedarse seco el contemplativo. Bienaventurada el alma que sabe hacer distinción entre el espíritu y la sensualidad, porque será como boca de Dios, según que Él dijo por Jeremías (Hierem., 5).

D.—Más luz he yo menester para entender esta doctrina que distingue el espíritu y le aparta de la sensualidad.

M.—Nota que los sentimientos espirituales son de todo en todo diferentes de los sensuales, y podrás conocerlos por sus efectos: uno es inflamación del cuerpo, corazón, pechos y sienes, con mengua de luz intelectual; comienza con verdadera lumbre, lo cual el espíritu siente; mas luego que da parte á la sensualidad comienzan á inflamarse las partes corporales y á secarse y á enfriarse y á menoscabarse los sentimientos espiritua-

Sentimientos espirituales diferentes de los sensuales.

les, hasta consumirse y acabarse, como queda dicho. En los varones espirituales, que apartan lo precioso de lo vil, que se guardan limpios de lo sensual, comienzan con luz verdadera del entendimiento, la cual va creciendo con dilatación y aumento de la espiritual visión en que comienzan; y esa va haciendo obras vivas en el alma, cuales son reformación de acciones, deseo de tiempo para vacar á la oración mental, amor quieto, suave y desapasionado, que atrae el ánima del contemplativo como con halagos y quitándole los temorcillos, va plantando poco á poco en el hondón della confianza de Dios y esperanza de venir á la perfección con un claro conocimiento de que ninguna cosa provechosa por sí sólo puede obrar, y con un sentimiento del favor divino que apenas puede decir de dónde ó por dónde le viene. Imprímese en el corazón una preciosa estimación de las cosas espirituales y que no se ven, las cuales asi cree y se le descubren cada día más ya, que no siente ni entiende que fuera dellas pueda haber alguna que de estimar sea; y por la presencia de Dios, que ya siente el alma acercarse y estar vecina, así desestima todas las cosas que fuera de Dios considera, que se espanta mucho cómo los hombres pueden volverles los ojos ni pagarse de ellas; como sería cosa de escarnio ver á un hombre grave, sabio y honrado jugar al trompo con los niños, ó una señora viuda entretenerse haciendo muñecas. Aquí suele desfallecer la carne y sus sentidos y sentimientos, á la manera de un hombre desmayado, que sin mirar en ello se le caen los brazos y se descompone todo. Y en este estado considero yo á la Esposa cuando en los Cantares decía (Cant., 2): *Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo* (¹).

§ IX

Discípulo.—Según lo que has dicho, ¿no apruebas lo bullicioso en la oración, digo las voces, los gritos, los bramidos, los gestos y movimientos feos que algunos tienen?

Grilos y bramidos en la oración se condenan.

Maestro.—Ya eso queda dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que lo tengo por engañoso y por consiguiente de muy poca estimación para el alma. Es cosa violenta esa, y, como dijo Isaías (Isai., 6), no se efectúa sin alboroto y sangre, y es necesario fuego del cielo que queme lo imperfecto y abrase lo vicioso y reprensible. Y en esta cuenta entra lo que ya dije de los arrobos, adonde el alma es privada de la lumbre intelectual, de manera que, despertando y volviendo en sí el arrobado, si le preguntan qué vió, dice que ninguna cosa; esto más es imagen de muerte que elevación de ánima, porque en el legítimo rapto es acrecentando la visión espiritual tanto más cuanto el arrebatamiento es más perfecto, cuanto menos queda de sentidos exteriores. Que de la santa Escritura sabemos que, queriendo Dios mostrar á algunos de sus amigos grandes misterios, primero los disponía con privarlos de los sentidos corporales. El ejemplo tenemos en Abraham, que queriendo Dios revelarle grandes secretos de su Encarnación y los muchos trabajos que sus descendientes habían de padecer en el cautiverio de Egipto, la libertad y buenos sucesos, habiendo peleado todo el dia, ojeando las aves que le querían comer el sacrificio, *cumque sol occumberet, sopor irruit super Abraham, et horror magnus, et tenebrosus invasit eum* (¹) (Gen., 15). Y luego se siguieron las visiones y revelaciones. *Sive incorpore, sive extra corpus nescio.* No sabe el Apóstol de sí; quedó casi muerto, sin sentido ninguno, pero no ahogada la inteligencia (II Cor., 12). *Audivi arcana verba, quæ non licet homini loqui.* No son capaces los hombres puestos en carne mortal de cosas tan altas: ó han de morir ó perder los sentidos exteriores.

D.—Algunos de pensar en la Pasión del Señor se amortecen y quedan como fuera de sí.

M.—También se desmayan muchos flacos de corazón de ver sangrar una persona; el principio de esos no es malo, pero debe el contemplativo refrenarlos cuanto pudiere, porque dejándose llevar será privado de la fructuosa meditación de la Pasión del Señor, ya comenzada, al fin de la cual está el enriquecimiento. Pues si son vistos en tal ocasión, suele la vanagloria embestir con ellos y hacerles mucho daño. Cuando, pues, te pusieres á pensar alguna cosa devota, trabaja de sacar tu entendimiento de toda forma, como

(¹) Apoyadme con flores y cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor.

(¹) Y al ponerse el sol quedó Abraham presa de un letargo y sobrecogióle un gran temor y oscuridad.

Cuando pensamos en alguna cosa, qué habemos de hacer.

queda dicho, é imaginación y comparación corporal; y entiende que ésta es obra del entendimiento y de la voluntad, la cual no se fatiga ni encierra debajo de alguna medida ó cantidad, ni se espanta ni maravilla de cosa que conozca de Dios; antes de su tibieza y negligencia, que tanto tiempo haya estado sin ese conocimienro. Los imperfectos y que no se han despegado de sí mismos, que aún son carnales y están atados á los sentidos, luego hacen espantos, admíranse y padecen movimientos penosos; que como nunca supieron sino de cosas pequeñas, en sintiendo alguna que representa grandeza ó preciosidad, salen luego por la angostura y estrechura de su costumbre en las dichas admiraciones con calor grande del corazón, y una suavidad y dulzura aniñada en el pecho, á que se sigue, como ya dije antes de agora, enfriamiento acerca de lo que ha sentido, dureza de corazón y alguna tristeza y caimiento, lo cual todo dice imperfección, como lo advirtió Scoto (Scot, 3 senten., dist. 27). La operación del puro espíritu es como la de los ojos corporales, claros y buenos, que por muchas cosas que vean, grandes y admirables, ellos no se admiran; admírase, empero, el corazón. Como se lee de la Reina de Sabá (III Reg., 10), que vista la magnificencia y casa de Salomón y su grande sabiduría, *non habebat ultra spiritum* ([1]). Digo que en el puro espíritu no hay admiraciones, ni pasmos, ni embelesamientos; cuanto más ve el alma, más siente su falta, y las cosas maravillosas que se le representan y descubren la despiertan y avisan ([2]) á conocer más su nobleza.

D.—Mi rudeza es tanta, que con cuanto has dicho no he podido comprender qué llamas espíritu puro, y la calidad y fin de sus operaciones.

Espíritu puro, qué es.

M.—Espíritu es una cosa que Dios puso en la cárcel deste cuerpo, una ánima tan grande y tan dispuesta para recibir grandes cosas, mayores mucho que esta nuestra conversación pudo jamás desear ni estimar, ajena de todas las propiedades corporales y que ninguna proporción tiene con ellas en sus operaciones. Este espíritu causa en nosotros una insaciable hambre y sed de las cosas venideras, todas ajenas de cuerpo, honras, duración para siempre, etc., las cuales en ninguna manera se pueden palpar; su obrar dél es sin fatiga, antes con suavidad cuando procede ordenadamente, desnudándose y apartándose lejos de la sensualidad.

D.—¿Qué llamas sensualidad?

Sensualidad, qué es.

M.—Todo aquello que depende de los sentidos exteriores y de la imaginación; no pecado ni vicio carnal ó sensual. El puro espíritu ha de andar por sí, sin mezclarse con lo corporal, como el aceite sobre el agua, que jamás se mezcla con ella por más que trabajes en ello. Y cuando te vieres deseoso de consolación en cosas corporales, entiende que estás preso en el lodo de la sensualidad; eres hecho corporal y reducido á la cárcel de los sentidos. Es el espíritu puro como la llama del fuego, que no consiente que se le llegue cosa alguna, y si se le llega la consume. Todo lo penetra el espíritu, aun las cosas profundas de Dios, como dice el Apóstol y el Sabio (Ecles., 14): *Penetrabo omnes partes terræ, et inspiciam omnes dormientes* ([1]): Penetra hasta llegar á Dios y no puede pasar de allí á la fruición, que para eso ningunas fuerzas naturales bastan. Es menester que Dios ayude y dé la mano.

D.—Cuando contemplo en Dios y me vuelvo á Él ¿adónde le tengo de considerar?

Nota bene.

M.—Algunos le consideran en el cielo y levantan los ojos intelectuales y aun los corporales á aquella parte con poco fruto en su ejercicio. El modo más perfecto de contemplar es entrarse el ánima en sí misma y buscar dentro de sí á Dios, donde se suele hallar con mayor libertad que en los cielos ó en la tierra; porque como la inmensidad de este efecto sobrepuje al cielo empíreo, aunque el ánima en este profundo valle puesta busque á Dios en sí misma, verdaderamente se dirá estar levantada muy más alta que los cielos, porque Dios, con quien está, es más alto que ellos. Sea, pues, la conclusión más importante en esta materia que, siendo verdad católica que Dios está en toda parte, cada vez que le considerares aquí ó allí, en tal ó en tal lugar,

([1]) Quedóse desmayada y sin aliento.

([2]) Así dice el impreso: yo pondría, *avivan.*

([1]) Entraré en todas las partes de la tierra y veré á todos los que duermen.

en el cielo ó en los abismos, te estrechas y en alguna manera te haces menos capaz de recibir sus divinas influencias. ¡Oh cuán diferente negocio es considerar las cosas lejos ó cerca! En lo uno hay suavidad y en lo otro estrechura y congoja. Piensa de Dios que le tienes dentro de ti y éntrate con Él, y sentirás consuelo y alegría que no se puede decir; considérale en el cielo, y hallarás en ti mismo mengua y fatiga en tu corazón.

D.—Al fin se dirá levantar el espíritu á Dios el recogerse el alma dentro de sí misma, aunque no se acuerde del cielo.

M.—Como se dirá subir y bajar el que, teniendo dos cosas delante de sí en un mismo lugar, una vil y otra preciosa, si quita de la una el pensamiento y le pone en la otra; levantarle ha cuando pensare en la de más precio, y abajarle ha cuando en la que menos vale. Algunas veces pienso que quiso el Apóstol enseñar este modo de contemplar á sus discípulos cuando dijo (Ephes., 3): Por esto, las rodillas por el suelo, al Padre de Nuestro Señor Jesucristo pido y suplico que os conceda por su Espíritu divino que, corroborados y fortalecidos en el hombre interior, arraigados y fundados en la fe y caridad, podáis comprender con todos los Santos qué sea la longitud, latitud, altura y profundidad, etcétera. Es decir, que á cualquiera parte que nos convertimos lo hallaremos todo lleno de Dios. El mismo, hablando con su amigo Job, le dice estas palabras (Iob., 11): *Forsitan vestigia Dei comprehendes?* ¿Acaso podrás sacar á Dios por la huella? *Excelsior cœlo est, profundior inferno, longior terra, et latior mari* [1]. Luego no es lo más acertado poner la consideración en el cielo, ni en el mar, ni en la tierra, ni en el infierno; porque eso es poner á Dios en estrecho y estrecharse nuestro entendimiento. La perfecta forma de contemplar á Dios es hallarle y contemplarle, así en lo bajo como en lo alto, como á los lados, infinitamente incomprensible, y hallarse el alma sumida en el medio de una suave hondura, entre lo alto y lo profundo, lo angosto y lo largo, que son las cuatro dimensiones del Apóstol: y el cielo y el infierno, la tierra y la mar, que dice Dios á Job. Considerar á Dios solamente en el cielo es como si te pusieses á mirar la mar desde la orilla, que sólo verás de ella lo que tienes delante de los ojos; otra cosa sería engolfado en esa mar, adonde sería agua cuanto vieses y no vieses. Digo, hijo Deseoso, que esta manera de contemplar es de poco fruto, porque no nace ó mana de la verdadera y limpia inteligencia; quiero decir que no viene del derecho y sin mancilla conocimiento de Dios. Contémplase Dios según nuestra fantasía y no como de verdad Él es, porque siendo inmenso é incomprensible, le limitamos y le damos lugar, como si no fuera el que es. Y aún faltamos á nosotros mismos en esta obra, porque nuestra ánima, cuando obra intelectualmente, obra muy de otra manera que cuando obra según lo corporal ó sensual. Toda el ánima es dispuesta, y, sin embargo, para ver ni hay en ella alto, ni bajo, ni lados derecho ó izquierdo, ni espaldas, ni delantera. Dispuesta es para recibir la luz del cielo como lo es la niña sana del ojo para recibir la del sol material. Y como si el cuerpo fuera todo ojo vería á todas partes sin diferencia, así el ánima á cualquiera parte que se convierta tiene disposición para ser alumbrada y para ver, no de suyo, aunque tenga la disposición que decimos, como ni en el ojo corporal, aunque muy sano y claro, puede ver cosa alguna si no se aclara el medio con la luz. De manera que, aunque yo tengo los ojos abiertos y rasgados, con ansia de ver lo que tengo junto á mí, si falta la luz es imposible ver; así digo en el propósito, que es por demás enviar nuestro entendimiento lejos, porque lo que él busca y ha menester no podrá alcanzarlo si Dios por su bondad no le envía su luz y su verdad y se lo comunica. Y así dicen los contemplativos que el movimiento de buscar lejos á Dios es dañoso; fatígase el entendimiento, y fatigado se turba, y turbado se hace inhábil para recibir las influencias de la mano liberalísima de Dios. No salgas de tu casa, ánima contemplativa, mas en cumplido reposo y pacífico sosiego espera las visitaciones del muy alto; Él te vendrá á buscar si con silencio le esperas, que eso es lo bueno, como lo dijo Jeremías [1]. Y el Eclesiástico dice (Ecles., 44):

[1] «Está más elevado que el cielo y *¿qué harás?* Es más profundo que el abismo *¿y cómo lo conocerás? Su medida* más extensa que la tierra y más ancha que los mares». Del mismo cap. XI, vs. 8 y 9 que, según puede notarse en lo subrayado, no citó enteros el autor.

[1] En los Trenos, cap. III, vs 26: *Bonum est praestolari cum silentio salutare Dei.*

Ne laboretis, nom enim comprehendetis. No trabajéis como si por vuestro trabajo, inquisición y trazas hubiésedes de alcanzar este estado. *Non enim comprehendetis.* Reposa, hijo, dentro de ti, y asienta en tu memoria el poder infinito de Dios, que conociste en la contemplación, y verás que, estando el entendimiento quieto en esta forma y suavemente entendiendo, sin hacer fuerza, mira arriba y halla infinidad, y casi doblándose sobre sí, mira á todas partes y hallando lo mismo hállase sumido y anegado en el medio; y así tanto siente de la omnipotencia de Dios arriba como abajo, á un lado como á otro, atrás como adelante. Y si envías tu afición á lo alto, de necesidad te has de apartar de las otras partes y se te ha de menoscabar el sentimiento que solías tener en derredor de ti de aquella inmensidad. Digo que así como el ojo ve mejor estando abierto y quedo que cerrándose y abriéndose y pestañeando; así nuestro entendimiento, cuando no envía su inquisición á ninguna parte, más en cuadrada manera hace su obra de la consideración de la omnipotencia: pasa sin desasosegarte ni inquietarte á la de la bondad de Dios, y cuando mirares sobre ti, hallarte has en medio de un amor infinito en grandeza y en bondad. Tras esto haz memoria de todas las cosas deleitosas que han venido á tu noticia, y mira contemplando que todas sus hermosuras, olores y sabores y las demás calidades y propiedades buenas para consuelo y recreo de los hombres, han manado de aquel Señor; y todas juntas son como una gota de agua, y menos, respecto del mar. Junta muchas de estas cosas, y en especial algunas que te hayan dado mucho gusto, ó por su buen sabor ó por la fragancia y buen olor que tienen, y considera atentamente si una cosa sola tiene en sí y comunica tanta suavidad y recrea tanto los sentidos, que arrebata muchas veces todo el hombre con admiración ¿qué harán muchas de aquel género que en diversas partes del mundo se hallan? Esto mismo has de hacer de todos los linajes de criaturas, en las cuales se halla hermosura, grandeza, suavidad y otras maravillas, de que rodeado como de un grande escuadrón, dirás con el Profeta (Psalm. 91) lleno de espanto: *Quam magnificata sunt opera tua, Domine, etcétera* [1]. Y considera luego qué mar de maravillas y de deleites y de sabores y de consuelos será aquel de donde participan y reciben todas aquellas buenas calidades tan provechosas y deleitosas. Ten por cierto que en esta manera de contemplación, como no estribes en tu inquisición y arte ni trates de sacar devoción estrujadamente, como quien saca por alquitara agua de hierbas olorosas, porque sólo has de buscar el conocimiento verdadero de Dios para adorarle, reverenciarle y amarle, á que todas estas criaturas te han de mover y encaminar; sin duda recibirás grandes consolaciones y recreos espirituales, unas veces más, otras menos, según la resignación y la pureza de intención y la atención y sosiego con que esto hicieres. A estas consideraciones de la grandeza, bondad y sabiduría de Dios has de añadir otra admirable; conviene á saber: que tanto tiene de comunicativo, amoroso, provechoso y deleitable para los que de verdad se llegan á Él y con diligencia le buscan, cuanto de grande y poderoso. Y sobre todo tiene una virtud atractiva, con que escondidamente y de secreto traba de las almas y las arrebata para sí, de manera que no puede su afición holgar en otra cosa ni descansar, si se hallan sin aquel calor refrigerante, hasta que lo vuelven á cobrar. Para esto has de mirar y investigar atentamente la causa de haberlo perdido, y hallarás por una maravillosa manera que de lo íntimo de tus entrañas sutilísimamente se te dice la razón por qué te enfriaste y perdiste aquel divino calor, y lo que adelante debes hacer y de qué te debes guardar para excusar semejante pérdida. Y en verdad que es harto á propósito lo que el Rey santo dice en el salmo 149: *Exultationes Dei in gutture eorum, et gladii ancipites in manibus eorum* [1]. Tras el gusto de Dios nacen en el alma unos cuchillos muy afilados y cortadores, para cercenar y cortar todas las ocasiones grandes y pequeñas que pueden ser causa de enfriarse y de perder este gusto y recreo espiritual. Deja las amistades de cualesquiera personas cuyo fin derechamente no es Dios, aunque le traigan temporales provechos y comodidades grandes; recoge sus aficiones y deseos de don-

[1] Señor, cuán engrandecidas son tus obras.

[1] «Los alborozos de Dios en su garganta, y en sus manos espadas de dos filos». Nuestra Vulgata lee *exaltationes* en vez de *exultationes*. Las dos versiones tienen defensores respetables.

de quiera que estén, aunque el hacerlo le sea molesto y le lastime el corazón, el cual no se puede quietar ni satisfacer fuera de Dios, de que ya comenzó á gustar. Por esto llamó el Sabio al amor fuerte como la muerte (Cant., 8), porque mata en el alma todo lo que le es contrario, y corta sin duelo lo que le puede entibiar ó menoscabar ó enfriar del todo. ¡Oh con cuánto cuidado conviene recoger el corazón y los pensamientos derramados! *Ædificans Hierusalem, Dominus, dispersiones Israelis congregabit* (Psalm. 146). En la edificación de Jerusalén espiritual y pacífica, que es el alma, muy gran cuidado se ha de tener de recoger los pensamientos y guardarlos, para que no se vuelvan á derramar; porque cualquier derramamiento se suele pagar con mucha sequedad y frialdad interior.

§ X

Pero qué escarmentada queda el alma en estas ocasiones si se le ofrece alguna de parlar ó de visitar amigos, ó personas de cuya vista ó conversación suele recebir contento, y siente que allá dentro le dicen que mejor será recogerse, que por ventura se derramará y divertirá y enojará al divino Esposo; luego se retira llena de miedo, y aunque no muy calificado es muy provechoso. Muchos maestros de vida espiritual, para desarraigar vicios y plantar virtudes, han tomado y toman por buen medio escrebir muchos vituperios de los vicios y muchos loores de las virtudes; y aunque oyendo estas cosas suelen algunos tratar de enmendar sus vidas, fácilmente se resfrían en el bien y se vuelven á sus antiguos menesteres, olvidados de lo que oyeron ó leyeron, que todo pasa. Pero el que por entrañable devoción y meditación trata de buscar á Dios, aunque no se acuerde de pedir las virtudes, muy presto llegará á la perfección; porque cuando llega á la oración lo primero que hace es poner el rayo de la contemplación en la propia conciencia, y si alguna culpa siente digna de reprensión, duélese della; y así purificado allégase á Dios que allí tiene y considera presente; y si se descuida en pláticas, en volviendo á la oración mental lo primero que le ocurre es reprensión interior de sus defectos y desórdenes pasados; y como la reprensión es de allá dentro y el alma está tan sentible, queda con un gran recato y miedo, y mira cómo vive adelante. Desta manera se persevera y se crece en la virtud y no se vuelve atrás. Y creánme todos que les digo verdad. También me atrevo á decir que para evitar todo mal y granjear todos los bienes el camino más excelente, más breve y más seguro es la meditación, contemplación y consideración entrañable y muy continuada en los beneficios de Dios y en nuestros defectos, y vive en gran peligro de condenarse cualquiera que del todo ignora este camino.

Discípulo.—¿Qué tanto tiempo será necesario para vacar á la oración y contemplación?

Maestro.—Cuanto más mejor; hora y media suele ser medida y tasa proporcionada, porque como nuestro espíritu, que es el que ha de obrar aquí, esté tan ofuscado y oscurecido y enlodado con la vecindad de la carne enemiga, primero que se pueda desenlazar de sus turbias y cargosas fantasías, es fuerza que pase buen espacio; y algunos, ni en este tiempo ni en otro mayor pueden librarse de la tormenta de los pensamientos y cuidados que allí acuden como si los llamasen con campanilla; y esto acontece á personas que parecen muy espirituales, las cuales se salen de la oración sin haber hecho más que ojear las aves de rapiña y pelear con el escuadrón de los malos pensamientos, afligidos y disgustados, y aun temerosos de volver á la batalla. ¡Dichoso el que, lastimado de las cosas que le suelen enfríar el espíritu, se guarda y se aparta de todas ellas! Son éstas: negligencia en llegarse á la oración, hartura de vientre, glotonerías, parlerías dañosas, ociosidades y murmuraciones, y las ocupaciones exteriores á que la caridad ó la obediencia no llaman y obligan. El que por amor del Señor, que está en sus vivas entrañas, deja cuanto entibia ó disminuye en algo este amor y se esfuerza cuanto puede á seguir y poner por obra las cosas que edifican y aumentan la limpia conversación del espíritu, como es el recogimiento, el silencio, la larga meditación en los beneficios de Dios y en sus propios defectos (de que mana el conocer quién es Dios y quién soy yo) y en esto trae siempre el ojo de ferviente afición vivo, ordenando todas sus acciones (en cuanto le es posible) de suerte que esto no se impida: este vive según el espíritu, porque no deja morir en su secreta conversación el amor vital de Dios vivo, el cual es verdadera vida del ánima, que así lo trae siempre consigo por

esta y con esta interior, continua y ferviente inquisición. *Quærite Deum,* decía el Profeta (Psalm. 68) *et vivet anima vestra.* Los que deséais vivir, buscad al Señor, que en esta inquisición está la vida; y no quiero decir más por hoy. Rumia esto, que, aunque poco, te dará en qué pensar muchos dias.

D.—Sea como mandares.

M.—Anda con Dios, que yo me quiero recoger un rato.

DIÁLOGO SEGUNDO

Que continúa la materia del tercero estado; y declara qué cosa sea ejercicio mental y lo que se requiere para él con otras muchas dudas declaradas.

§ I

Discipulo.—Dios te salve, maestro.

Maestro.—En hora buena vengas; ya deseaba verte por saber de ti cómo te ha ido con la plática deste día.

D.—Muy bien por cierto, porque toda ella es doctrinal y está llena de desengaños.

M.—Mucho deseo verte ocupado en la consideración de las obras de Dios, cosa que la santa Escritura mucho encarga y frecuentemente pide.

D.—Algunos quieren reprender ese ejercicio.

M.—Los vanos y vacíos de virtud; que los sabios y virtuosos grandes frutos espirituales cogen dél. ¿Qué cosa hay, por pequeña y vil que sea, que no esté demostrando el infinito poder de Dios, su sabiduria y bondad? No te embaraces tú poco ni mucho en la forma corporal de las criaturas, que eso seria (como queda dicho) no hacer nada; mas luego sin detenimiento pasa á contemplar la presencia del Señor, que está dando ser á la cosa que ves; y si sintieres ésta su presencia, ensancha tu pensamiento y considera la omnipotencia del que allí te es mostrado; y luego y más intimamente considera el amor que en ella y en todas las que nos da nos tiene y muestra; porque sin necesidad suya, sin esperar interés alguno y sin otros respectos que el servicio y regalo de los hombres, las crió y las sustenta en el ser que tienen; y á muchas dió tal forma, tal color, tal sabor y olor, que no sólo suplen nuestra necesidad, sino que sirven al deleite y al entretenimiento; y así hallarás muchas que sólo sirven de alegrar la vista, como son hierbas y árboles de diferentes maneras. Detente en la consideración del amoroso pecho y corazón de Dios, de donde unas y otras salen, y verás que no hay sino un horno de fuego de amor, y un mar profundisimo de buena voluntad para nosotros, y una continua disposición alegre, amorosa y ganosa de aprovecharnos. Sacarás desta manera de meditar en las obras de Dios (que todas sin faltar una son beneficios nuestros) cuatro principios necesarios para alcanzar la perfección. El primero, que por este ejercicio se habituará tu entendimiento á soltarse de las imaginaciones corpóreas, que para el aprovechamiento espiritual son como grillos, que no dan lugar para subir á Dios. El segundo, que descubrirás la espirituaitdad que hay en cada una de las cosas que Dios crió, que no hallan los negligentes, que cuando piensan en Él, ó no sienten, ó piensan que está lejísimos dellos; de donde les viene andar fríos en sus conciencias y en toda buena obra, y, por consiguiente, llenos de desconfianza y un caimiento grande en la vida virtuosa y meritoria. El tercero principio, un derecho y bien ordenado modo de amor á Dios; porque no hay cosa que tan presto y tan fuertemente trabe nuestro corazón con amor como los beneficios; y cuanto más y mayores y más frecuentados, tanto más crece este amor; lo cual experimentamos aun en las bestias que carecen de razón, que con los beneficios se amansan y se rinden al bienhechor. Séneca los llamó cadenas que de pies y manos atan á un hombre en servicio de quien le hace bien. El cuarto, es confianza verdadera que de solo el amor nace, y de alli una gana de obrar bien y de hacer cumplidamente la voluntad de Dios en todas las cosas y con todas sus fuerzas, y de no le desagradar en ninguna. De aqui se va ingiriendo escondida y radicalmente en lo más íntimo del hombre una dilatación ó ensanchamiento de conocimiento espiritual, mezclado con alguna dulzura interior que alegra y esfuerza el corazón y lo dispone y inclina á obrar con gusto y confiadamente. Y á este modo de obrar se siguen colmados favores espirituales, y á ellos nuevo conocimiento en

Consideración de las obras de Dios utilísima, y cómo se han de considerar.

Efectos de la meditación de las obras de Dios.

el amor, el cual poco á poco va destruyendo el amor servil y plantando el filial, cuya propiedad es, temiendo perder la presencia paternal, poner guarda fidelísima y muy cuidadosa sobre sí, mirando á todas partes y considerando de dónde le podrá venir el poder apartarse de la presencia de su Dios para huir dello como de una serpiente ponzoñosa. Bienaventurada el alma que anda y vive con este cuidado, porque de la continua y amorosa conversación de Dios le vendrá y se le asentará en lo más íntimo una ciencia sobremundana para conocer y prevenir las ocasiones de caídas mucho antes que pueda venir con ellas á las manos, de que suelen resultar inconvenientes. Tiemblan y estremécense los varones espirituales cuando se les representa alguna cosa que les pueda impedir ó menoscabar la imaginable visión de que suelen gozar en su recogimiento; no hay cuchillo tan afilado que así corte las cosas materiales cuanto su cuidado corta los impedimentos de su amorosa conversación. Huyen los negocios, las visitas y las pláticas impertinentes y ociosas, y todo su negocio es entrarse á lo secreto del desierto y apacentar allí su ganadillo; y todas las veces que el alma revoca y llama su pensamiento de las extrañas vagueaciones y lo llega á nuestro Señor, es delante de Él como incienso y pastillas olorosísimas, quemadas en brasas y ofrecidas en su altar. De una ánima solitaria y ocupada en estos santos ejercicios se admiran los ángeles y dicen (Cant., 3): *Quœ est ista quœ ascendit per desertum, sicut virgula fumi, ex aromatibus mirrhœ, et thuris, et universi pulveris pigmentarii?* (¹). Muchas cosas había que considerar aquí; pero quédense al discurso de los lectores: sólo advierto que este pebete no sube sino puesto en brasas de beneficios y en fuego de amor, ni se considera esta ánima en los beneficios mundanos, sino en el desierto, adonde suele el divino Esposo tener sus coloquios amorosos con los que buscan soledad.

§ II

Discípulo.—Gran cuidado es menester para conservarse el alma en quietud y gozar de la presencia de Dios.

Maestro.—Sesenta fuertes de los fortísimos de Israel, dice el Espíritu Santo que guardan y rodean el lecho de Salomón, que es el alma contemplativa y quieta, en cuyo corazón Dios descansa y reposa, todos con sus espadas ceñidas, diestrísimos en el arte militar, por los temores de la noche.

Cuidado grande es necesario para conservarnos en quietud.

D.—¿Cómo te pasas así de largo, sin declarar estos dos lugares tan espirituales y llenos de misterios?

M.—Porque tengo escrito mucho dellos en nuestros *Comentarios* (¹), y porque el fin principal por que alegué este último es porque eches de ver lo que importa la guarda del corazón, y que á la vela continua se han de juntar las espadas cortadoras de las aficiones y cosas que impiden nuestro recogimiento; que es burla pensar que puede costar poco bien tan grande. Muchos he visto comenzar y proseguir apresuradamente estos ejercicios santos, y por un poco de dificultad que sienten, dejarlos á tiempo que con muy poquito que trabajaran más alcanzaran lo que deseaban. Como el otro Rey Josafat, que hizo tres tiros con Elíseo y cansóse luego, y díjole el Profeta (IV Reg., 13): Si tiraras siete, toda Siria fuera tuya. Dase priesa el otro en su jornada, y habiendo caminado bien las nueve leguas, desfalleció, y por una dejó de tener buena posada, buena cena y buena noche. ¡Y á cuántos les acontece esto en la oración, que habiendo estado algún tiempo, por no tener paciencia y perseverancia, se salen tan vacíos como entraron y por ventura más! Por eso dijo el Sabio (Eccles., 7) que era mejor el fin de la oración que el principio, porque en el principio se pelea y se trabaja, y en el fin se descansa y se goza. Detente, hijo Deseoso, y no te pagues de pocas cosas; no seas como algunos, que por haber tenido unas lagrimillas y unos alegroncillos y devocioncillas, ó por sentirse secos, se salen del ejercicio ó muy contentos ó llenos de tedio y cansancio. El otro se apareja media hora para decir Misa y para

Por apresurados y mal sufridos perdemos el fruto de los ejercicios espirituales.

(¹) ¿Quién es ésta que se levanta del desierto como varita de humo oliente á mirra é incienso y á todo polvo de perfumista?

(¹) Alude al libro que compuso sobre el *Cantar de los cantares*, del cuál sólo expuso é imprimió dos capítulos, y como esta cita es del cap. III no la hallo en su obra.

comulgar, y eso lo ha menester para sólo el examen de la conciencia, y después de la comunión satisface con medio cuarto de hora de gracias, y vase luego á sus acostumbrados entretenimientos y pláticas ordinarias, por lo cual es defraudado de grandes consuelos y aprovechamientos en la virtud. Dios los alumbre, que bien lo han menester. Humíllate á Dios y espera en sus manos, las cuales en los humildes obran grandes maravillas (Ecclis., 13). Mira esos cielos tan hermosos y tan adornados y hermoseados con tanta variedad de luces, que obras son de las manos de Dios; pues otros cielos tiene Él que le parecen mejor y tienen diferente atavío, por haber esperado con humildad sus manos. En material vivo que resiste, ningún artífice puede obrar cosa que dure, ni mostrar la fuerza de su ingenio, pero sí en materiales muertos, como lo es el madero y la piedra y el yeso y cosas semejantes. Lo que quiero decir es que sobre todas las cosas procures la humildad y destierres de tu alma toda presunción, que por pequeña que parezca te hará grandísimo daño, y tanto, que pienso yo que todas nuestras pérdidas espirituales, nuestras quiebras en la virtud, nuestro desmedro en la oración, nuestras sequedades y durezas de corazón, el poco gusto en las cosas divinas, el distraimiento en el oficio divino y el tedio y cansancio en el obrar bien, tienen de ahí su principio. ¿De qué presumes, polvo y ceniza? ¿Qué tienes de bien que no lo hayas recebido? (Paul.) y si lo recebiste, ¿por qué te glorías como si fuera tuyo? Si la humildad no da principio á la oración y la está siempre acompañando, lo que se saca es frialdad y apretura de corazón; pero si hay humildad verdadera, siempre se sale con ganancia. Si sientes dureza en la oración, la presunción la causa; y si advirtiendo en ello te humillas y desconfías de ti, sentirás allá dentro una lumbre que, ablandando aquella dureza y aspereza, ensancha el entendimiento y da confianza al corazón; y viene aquí muy bien lo que les pasó á los hijos de Jacob con su hermano Josef, siendo gobernador de Egipto, que despidiéndolos, les hizo juramento que no verían más su cara si no le traían consigo á su hermano menor Benjamín. *Sub attestatione iuramenti*, etc. (Gen., 43). Eso mismo aseguro yo á todos los contemplativos: que no verán la faz alegre de nuestro Josef Cristo en la oración si no llevan consigo el hermano menor, que es la humildad. Nada soy y nada es mío, y si soy algo, soylo por merced de Dios y gracia suya, y lo que tengo, de Él lo recebí; un pensamiento santo, si le tengo, le tengo por Él. Cosa experimentada de muchos espirituales varones, que tras la humildad verdadera nunca faltan consuelos divinos verdaderos, como no puede faltar la luz del sol en el aposento quitándole el estorbo de la ventana ó puerta. Quita, hijo, la presunción de tu alma, y luego y más presto que esta temporal luz, la divina se lanzará á henchir los vacíos de la humildad. Por lo cual digo que, si en tres tiempos repartieres el ejercicio de orar mentalmente, el primero de hora y media se dé al conocimiento propio y á la aniquilación; y si en dos, el primero; y si no quedare por forzosa ocupación más lugar que para uno, ese se emplee en esto. Asegúrote por este camino, y por la consideración de los beneficios divinos, grandes provechos; y hágote cierto que en breve tiempo con el uso te vendrás á hallar sin poner cuidado, ocupado el pensamiento en humildad y en agradecimiento, dos cosas sumamente necesarias para tener grato á Dios.

Humildad necesarísima en la oración.

Repartimiento del tiempo en la oración.

D.—A la cuenta que ahora has hecho, cinco horas y media das á la oración mental, y no parece posible, á lo menos en las religiones, adonde por la obediencia se ocupan los religiosos muchas veces en ocupaciones exteriores y aun en rezar el oficio divino, que se lleva gran parte del día.

M.—De las ocupaciones de la obediencia no tengo que decir, sino de las que los mismos religiosos se buscan, con las cuales cada día más se hacen inhábiles para las cosas del espíritu, y de manera que no hay cosa para ellos más grave y pesada que el rato que gastan en la oración. Eso tiene destruídas las religiones; porque disminuyéndose en ellas el ejercicio del espíritu, se desminuye la perfección, y acabándose, se acaba todo el lustre y hermosura dellas y todo el bien. Yo estoy muy mal con los prelados que, habiendo de buscar tiempo para negocios exteriores ó para alivio de sus súbditos, acuden de ordinario á quitarlo de la oración; no sienten bien della, ni saben la necesidad que hay de que este ejercicio no se

Por faltar en los ejercicios de la oración mental están las religiones muy acabadas.

interrumpa ni falte ó se menoscabe. Para todo tiene licencia la verdadera caridad, y el súbdito cumple con obedecer, y debe hacerlo aunque falte á la más alta y gustosa contemplación. En ella estaba Moisén (Exod., 35) y le mandó Dios que fuese á ver el becerro que su pueblo había hecho y adorado, y obedeció luego sin resistencia ni réplica. Y de San Juan Bautista leemos que, estando en el desierto ocupado en altas contemplaciones, fué hecha sobre él la palabra de Dios (Luc., 3). *Et venit in omnem regionem Iordanis, prædicans Baptismum Pœnitentiæ* [1]. Adonde he yo advertido que entre el mandamiento de Dios y la ejecución no media otra cosa que la conjunción *Et*, que los ata: fué hecha sobre él la palabra de Dios, y vino. A quien aquí reprendo y de quien me duelo es de los que buscan las ocupaciones por huir del coro y de la oración, y de los que con poca consideración y acuerdo quitan de los ejercicios espirituales para otras obras ó no necesarias ó poco necesarias y, por ventura, más de curiosidad que de provecho. Al fin, la consideración es cosa accesoria en comparación de las demás que se hacen en el convento, y á ella se acude por tiempo, cuando falta para las demás cosas, dando á Marta lo que de derecho, de ley y de costumbre y aun de necesidad es de María. Y aunque siento decirlo, lo diré: Que pocas veces he visto religiosos aprovechados con la oración mental de comunidad, aunque sea de dos horas y media, como entre nosotros se usa; y los que lo están añaden sin duda mucho más en sus celdas y rincones. ¿Qué diré de los que por cumplimiento están media hora, y esa dormidos y bocezando? ¡Oh qué riguroso juicio les espera, y mayor á los prelados, que ni miran en ello, ni lo remedian, ni de palabra, ni con su ejemplo! Pues, cuando veo que saliendo del coro y de aquella hora menguada de la oración, luego inmediatamente se ponen á reir y parlar con desenfado, ni me queda paciencia, ni concepto bueno de su aprovechamiento; y añado á esto que en ninguna manera me persuadiré á que es persona espiritual la que es notada de parlera; ca de la sequedad del corazón, enjuto y desamparado del amor eterno de Dios, se hinche la boca y las comunidades de palabras muchas y demasiadas, vanas, ociosas y á veces nocivas y peligrosas. Digo otra vez que, si dudares de alguno si es ó no entrañable amigo de Dios, que le mires á la lengua, y si le vieres parlero en cosas que no pertenecen al espíritu, muy sin escrúpulo puedes pensar que no lo es, ni religioso tampoco; por lo que Santiago dice (Iacob., 1): *Si quis existimat* [1] *se religiosum esse, non refrænans linguam suam, sed seducens cor suum, huius vana est religio.* Engaña su corazón y vive engañado el que por las aperezas de la vida y por las demás cosas de trabajo que hay en la religión piensa que es religioso, no refrenando su lengua. Guarda, hijo Deseoso, tu corazón de manera que sólo Dios le posea y ocupe; porque cosa imposible es servir á dos señores. No pueden estar juntamente dos asentados en una silla, ni en nuestro corazón el cuidado y amor de dos cosas; de Dios y del mundo. A lo menos, la experiencia de cada día te habrá enseñado que, si teniendo afición á una cosa te sobreviene otra, la primera se mengua y desfallece en ti. Luego si dieres lugar á pensamiento extraño, necesariamente te has de ver despojado de Dios, sin el cual ningún reposo ni suave consolación puede tener nuestra alma, ni queda en ella más vida espiritualmente de cuanto dura en nuestras almas el amor y reverencia de nuestro Dios. ¡Gran mal desfallecer en este ejercicio santo y volver atrás de lo comenzado! y más si el alma gustó cuán suave es el Señor. Siete años de abundancia y siete de esterilidad profetizó Josef á Faraón; pero es de grande ponderación que, sobreviniendo los años de hambre á los de hartura, dice el texto sagrado (Genes., 41): *Quos sequentur alii septem anni tantæ sterilitatis, ut oblivioni tradatur cuncta* [*retro*] *præterita abundantia* [2]. Cierto es cosa lastimosa ver que por nuestro descuido y negligencia y por ocupaciones inútiles y demasiadas vengamos á dejar los ejer-

Ocupaciones procuradas en los religiosos, muy dañosas.

No es persona espiritual la que parla mucho.

[1] Y vino por toda la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia.

[1] Nuestra Vulgata dice *putat;* y como la sustitución del autor es un verbo sinónimo la respeto.

[2] «Les seguirán otros siete años de tanta escasez, que se olvide por completo la pasada abundancia» En el impreso, además de omitir el adverbio que pongo en cuadrículas, está equivocado el tiempo; esto es, presente en vez de futuro

El que pierde una vez el ejercicio de la oración pocas veces le cobra.

cicios de la santa contemplación, en que solían nuestras almas ser recreadas y enriquecidas en muchas celestiales riquezas y abastadamente mantenidas como á mesa de Dios, y á experimentar una extremada miseria y mengua de todos los bienes de manera que ni la memoria de la pasada abundancia no nos queda, y qué pocos vuelven á levantarse y abrazar estos ejercicios una vez caídos.

§ III

Discípulo.—¿La razón?

Maestro.—No la sé; no tienen humildad para sujetarse á otros ni pueden acabar consigo á comenzar con nuevo fervor; y al fin, creciendo en edad, crece en nosotros la tibieza y las necesidades, y la libertad y el olvido de Dios; y ándase más por costumbre en las cosas espirituales que por gusto ni atención actual. Dios nos ayude.

D.—Parece que has tomado alguna cólera diciendo estas cosas.

M.—Siéntolas mucho y no les hallo remedio.

D.—Para establecerse el ánima en Dios, ¿hallas alguno?

Cómo se establece el alma en Dios.

M.—El conocimiento y cierta ciencia de Él, que es cosa bien dificultosa de entender. En todas las otras cosas que queremos deprender bástanos el buen ingenio ó la razón y natural inteligencia; mas para venir al conocimiento de Dios, aunque en algo nos ayuda, en mucho nos estorba; porque como nuestro entendimiento sea limitado y incluído y encerrado entre formas de tasada cantidad, y Dios esté muy lejos y ajeno de toda forma, cantidad y calidad, como habemos ya dicho, está claro que ni en poco ni en mucho, por sí ó de sí, puede según verdad alcanzar alguna cosa de Dios así pura, distinta y sin mezcla de imperfección; ca toda comparación de criaturas le viene muy corta y con mil impropiedades é imperfecciones, aunque entre sí sean sin alguna proporción; como la ligereza del vuelo del águila y la torpeza del sapo, ó la imagen sin vida ni movimiento y el que la está pintando. De Dios lo recebimos todo, el ser, el sentir, el entender y el amar; y sin Él ninguna cosa podemos hacer. El cual conocimiento es de harta importancia para la aniquilación, tan necesaria para no errar en la consideración de los divinos juicios, obras y misterios, en que conviene andar siempre con temor y reverencia; y pedir al Señor nos dé á sentir lo que es más conforme á su santa voluntad y á nosotros nos ha de ser de más provecho.

D.—¿Cómo dices que está Dios tan lejos de nosotros estando como está presente? *In ipso enim vivimus, movemur, et sumus* [1].

Cómo se dice que Dios está lejos de nosotros.

M.—Como diríamos que un letrado grande dista mucho de un hombre muy ignorante, aunque estuviesen juntos. Dios se ha de conocer poco á poco, como se conoce el extraño que nunca viste por el trato y comunicación; que, siendo virtuoso, hoy conocemos dél que es templado, mañana que es casto, esotro día que es caritativo; y con el mayor conocimiento va creciendo el amor nuestro para él, porque su virtud conocida le hace amable. Cuando el contemplativo puesto en el lugar quieto de la oración, con humildad y deseo de conocer á Dios para amarle y reverenciarle, le considera justo, misericordioso y singularísimo bienhechor nuestro, y conoce juntamente la intención en los beneficios que nos hace, si persevera con este estudio vendrá sin duda á tener sentimientos muy vivos de la bondad divina. Y lo que habemos de hacer principalmente en este ejercicio es, teniendo lo que la fe nos enseña de Dios, ir quitando de Él todas las cosas que dicen imperfección, y atribuirle todo lo que le conviene, como á todo poderoso, todo justo, todo bueno; lo cual debemos hacer mentalmente con reposo y perseverancia, que con ella se viene á alcanzar lo que se desea.

Cómo habemos de considerar a Dios.

D.—¿Cómo nos impide el entendimiento?

Entendimiento, cómo es dañoso.

M.—Porque ha de proceder en su obra mediante las imaginaciones formadas en manera circular, terminables ó debajo de alguna cantidad; será, dice, mayor que el cielo ó que la tierra; olerá mejor que las rosas; será colorado más que los claveles, etcétera. Y como Dios sea tan apartado y ajeno de figuras, colores y cantidades, de necesidad se sigue que en todo cuanto juzgare ha de ir con mil faltas é impropiedades, porque carece de verdadero principio.

[1] «Porque en El vivimos, nos movemos y existimos». (Act., 17).

D.—¿Pues qué habemos de hacer para no errar?

M. — Guardarnos de caminar por vía de aprensión; esto es, de querer comprender con nuestro esfuerzo lo que Dios hace y cómo lo hace. *Per viam receptionis*, dicen algunos contemplativos que se camina con seguridad y aprovechamiento.

D.—¿Qué quieres decir en eso?

M.—Que luego que se nos representa alguna criatura, trabajemos de buscar en ella la bondad de Dios y el amor que allí nos muestra, porque de esta manera de aprender ningún inconveniente se nos puede seguir, sino mucho crecimiento de humildad, mucho agradecimiento y amor. A mí se me representa algunas veces que es Dios como la tierra, que está siempre brotando de sí todas las cosas, hierbas, árboles, plantas y una infinidad de criaturas que cada hora y por instantes salen á luz. Y hállome como rodeado desta bondad divina preñada de infinitos bienes, y que como el agua con el fuego hierve y bulle y no para; así Dios nos está vivificando y sustentando y calentando [á] todos en derredor. Esta consideración destruye el miedo y planta en el ánima confianza y ánimo para pedir; y obra con deleite, recógese y apártase de ocasiones y va haciendo hábito en buenas costumbres, á que se siguen colmados merecimientos; y es para el ánima así habituada todo el mundo como un libro muy devoto en que siempre se ocupa, ora esté en su recogimiento, ora ande camino; y aun en muchas de las caseras ocupaciones puede leer en él. Lo cual se debe mirar bien y continuar sin dejarse, si es posible, por ningún accidente. Y no quiero decir más del puro espíritu, por que soy enemigo de cansar, y más en cosa tan clara.

Dios es como la tierra por su fecundidad.

D.—Antes que pases al cuarto estado, deseo que me informes de algunas cosas.

M.—De muy buena gana te oiré y responderé.

D.—Lo primero que deseo es que me digas con resolución qué cosa es ejercicio mental. Lo segundo, que me enseñes alguna forma general de orar y especial para cada día. Lo tercero, que me muestres en qué difieren las consolaciones espirituales de las corporales. Lo cuarto y principal, cómo se pueden probar y discernir los espíritus si son de Dios ó no,

M.—Muchas cosas juntas has propuesto, todas de consideración y que tienen no pequeña dificultad; diré lo que pudiere en esta plática y quedarse ha lo demás para otra.

§ IV

Cuanto á lo primero, apenas sé qué decir, porque cuanto habemos platicado hasta agora del puro espíritu es ejercicio mental; es buscar el conocimiento de Dios y de nosotros mismos, y examinando profundamente todas las cosas, estimar cada una en lo que es y vale; abrazar lo bueno y provechoso y dejar lo no tal, que es lo que dijo el Apóstol: *Æmulamini charismata meliora* (¹). Y en razón desto, ten por dañoso, no solamente los comunes y conocidos desaprovechamientos, sino las cosas particulares y muy menudas que no te allegan á Dios. Y más te aviso, que uno de los principales cuidados que te ha de acompañar en el ejercicio mental, es especular los impedimentos que lo puedan ser para que no perseveres por largo tiempo en él debajo de cualquier color que se te representen, como no ofendas á la caridad ú obediencia; para lo cual nota las reglas siguientes: La primera, que pongas en tu corazón, con propósito firmísimo, buscar á solo Dios sobre todas las cosas, así en las prosperidades como en las adversidades, así en lo corporal como en lo espiritual. La segunda, que procures disposición para vacar largamente al ejercicio de la oración mental. La tercera, que dispongas tus cosas de manera que á lo menos no se te pase día, aunque sea caminando, en que no te ejercites por algún tiempo en pensar de Dios y de sus divinos beneficios, aunque no sea sino leer en un libro devoto que ayude á conservar el calor de la devoción y recoja la mente distraída en los negocios; que propio es de ellos, cualesquiera que sean, enfriarla y divertirla. ¿Y qué mejor libro que el de las criaturas? Ese hallarás siempre abierto y en él leerás lo que todas dicen: *Ipse fecit nos, et non ipsi nos* (²). Y, lo que es sobre manera dulce para el alma, que son hechas todas para servicio del hombre.

Ejercicio mental.

Reglas para continuar el ejercicio mental.

(¹) «Codiciad dones más excelentes». (I Cor., 12.)

(²) «El mismo nos hizo, y no nosotros mismos». (Salmo 99.)

Discípulo.—¿Será bueno ocupar algún tiempo en la sagrada Pasión de nuestro Redentor Jesucristo?

Maestro.—Ese ha de ser el principal estudio en cuanto fuere necesario meditar; es el pan de cada día y el sustento más proporcionado y propio del alma. Y para que entiendas bien esto y de una vez sepas lo que hay acerca de la Pasión del Señor, has de advertir y presuponer que la muerte de Cristo fué aquello por lo cual se hizo la satisfacción, liberación, redención, solución y restauración de la humana naturaleza. Por lo cual, después que esta muerte fué hecha en la forma que convenía, que es como la cuentan los sagrados evangelistas y la sufrió y padeció Cristo, Dios y Hombre verdadero; y después que en ella está toda la restauración y reparo de la humana naturaleza, porque fué de infinito mérito y dura para siempre; y, por consiguiente, en esta muerte de Cristo está todo el bien del hombre: síguese que todo el estudio, cuidado y vigilancia del cristiano, la aplicación de su intención, de su pensamiento y memoria, debe ser acerca de esa muerte de Cristo; y toda la ciencia del cristiano debe ser de la muerte de Cristo y de sus propiedades, condiciones y circunstancias de su necesidad, virtud y naturaleza. Sino dime, ¿qué otra cosa debe saber y estudiar el hombre cristiano, sino aquello en que todo su bien, toda su sustancia, todo su tesoro y sus riquezas todas consisten, y ver con esto su necesidad y mengua? Digo que si quisieres tener en ti todo mérito, toda virtud y todo bien, que recibas en ti la muerte de Cristo y que la traigas contigo y te incorpores en ella por continua meditación y consideración. Empero, porque la muerte de Cristo pasó ya (*Quia resurgens ex mortuis iam non moritur*) (1) y el mérito della permanece siempre, no puede revocarse y ser recebida en el hombre, si no es rumiándola y reteniéndola en la memoria y pensando en ella con afecto. Y porque ella es la raíz de todo mérito y de toda virtud, cuando el hombre la recibe en su memoria y la considera con afición y la rumia con devoción, recibe el mérito y virtud que por ella le ganó Cristo.

Pasión de Cristo, meditación ordinaria; sus efectos y frutos.

(1) Porque resucitando de entre los muertos ya no muere otra vez». (Rom., 6.)

D.—Al fin, muerto Cristo, ¿se goza de su pasión con traerla á la memoria, con pensar della y rumiarla?

M.—Digo que después del sacrificio de la Misa, á donde es ofrecido el mismo Cristo por nuestros pecados á su Padre, no con sangre como en la cruz, pero en forma más regalada, más pura y á menos costa suya, aunque no con menor fruto en los particulares que con debido aparejo le reciben, el modo más cierto para sustentar viva esa muerte de Cristo es la memoria; por ese medio vive en el hombre, y quien tiene así en sí esta sacratísima muerte, tiene en sí el mérito y virtud de Cristo y hace suya esa muerte; y esta memoria vivifica al hombre y le hace que participe del mérito de Cristo. Digo, para concluir este discurso, que, siendo la muerte de Cristo, como lo es, la raíz del mérito y del premio, que el que no plantare en sí esta raíz no recibirá el fruto que se coge della, conviene á saber: mérito y premio. Y síguese también que adonde fuere mayor y más viva esta memoria, allí se recibirá más del mérito y del premio y de la virtud de esa santísima muerte. Luego con razón debe todo hombre cristiano trabajar por conservar en sí la memoria de la Pasión y muerte de Cristo, para que por esta memoria permanezca en él el mérito de Cristo y el mismo Cristo. Y por esta memoria se hace unión verdadera entre Cristo y el cristiano; y en una palabra digo que toda la ciencia del hombre caído consiste en que conozca á Cristo y el valor de su muerte, y que la rumie y traiga siempre en su memoria; que por este camino se le aplica su virtud y mérito, como queda dicho. Por lo cual en ninguna manera se han de oir los que quitan la meditación y consideración de la Pasión de Cristo, pareciéndoles de poco fruto respecto de la contemplación dormida que ellos enseñan; porque les quitan la raíz del mérito y premio de esa pasión y muerte de Cristo, todo su bien y toda su riqueza. Y porque en el quinto diálogo tengo dichas cosas muy notables de la muerte de Cristo, y diré en los que voy acabando de esa misma pasión y muerte, no quiero alargarme más aquí; sólo te aviso que no oigas á los que contra esta doctrina te enseñaren.

Memoria de la pasión y muerte de Cristo, cuán necesaria en el hombre.

D.—Satisfecho me han tus razones.

M.—Son llanas y llenas de verdad, y con ella te digo que si te habituares á la meditación desta pasión y muerte y considerares en ella la bondad infinita de Dios y la intención con que se ofreció á morir por los hombres, que sacarás frutos crecidísimos y no cabrás de gozo interior, y en el hacimiento de gracias por el beneficio tan grande crecerás cada día conocidamente y con grande aprovechamiento.

§ V

Cómo debemos dar gracias al Señor cuando consideráremos sus beneficios.

Discípulo.—¿De qué manera tengo de dar gracias al Señor, cuando considerare sus beneficios?

Maestro.—No como los hombres agradecidos agradecen á sus bienhechores los que les hacen, que suele ser con muchas palabras, significadoras de su afecto, con reverencias y otras acciones de que el mundo usa. No hay tan graciosa manera de alabanza ni tan grata á nuestro gracioso y liberal bienhechor Dios, como la perseverancia escondida y muy callada de la secreta oración, que no conoce palabras, y callando le confiesa dignísimo de ser alabado en todo cuanto crió. San Buenaventura dice que alabar á nuestro Señor no es otra cosa que sentír íntimamente que es dignísimo de ser alabado. Y suele ser engaño del enemigo dejar el alma, el sosiego y quietud que tiene en la contemplación, por ocuparse en dar gracias en la forma que esto se hace de ordinario. Lo que más importa es el conocimiento claro y muy interior de que de Dios recebimos todas las cosas, así corporales como espirituales, y su tan desinteresada intención en dárnoslas, convencida el alma á que toda alabanza es corta, aunque sea por todos los ángeles del cielo hecha y ordenada. Desta manera no es el alma divertida, ni apartada de Dios, ni turbada en su ejercicio mental; antes se allega más á Él y persevera en mayor quietud. Los impedimentos que se ofrecen para contrastar este reposo y sosiego interior de nuestra ánima son muchos y no es posible escribirlos aquí todos. Regla general sea que todo apetito desordenado, sea de lo que tú quisieres pensar, turba y ocupa y embaraza y menoscaba nuestra atención y sosiego; no digo de culpa mortal, que esa deshace la amistad que entre Dios y el alma hay, sino otra cualquiera cosa que con demasía se quiera, ó se desee, ó se procure; porque en este delicado ejercicio las cosas grandes son matadoras, y las pequeñas disipadoras. *Et factus est in pace locus eius, et habitatio eius in Sion* (Psalm. 75) ([1]). Sobre todo daña, como ya dije otras veces, la presunción y el esfuerzo propio y confianza, peste conocida de la mental quietud y paz del alma y destruidora de todo bien. Posee, gusta, reposa, ensánchate y suavemente duerme en el regazo de Dios.

Impedimento del ejercicio mental y sosiego del alma.

D.—Para esas cosas es menester mucho sosiego exterior, oportunidad de tiempo y soledad y estar en parte donde no se sientan ruidos ni cosas que diviertan.

Tentación conocida, esperar mudanzas de tiempos ó lugares para el ejercicio mental.

M.—Si eso se pudiese cómodamente alcanzar, bueno sería; pero suele ser tentación del demonio conocida desconsolarse cuando eso falta, el cual nos persuade á que esperemos á tener ese sosiego y esa soledad, para que dilatemos el ejercicio de la oración mental; y en el entretanto arroja pelladas de nieve, de frialdad al corazón, enturbia y oscurece el entendimiento con polvos muy menudos de pensamientos, y así nunca hacemos nada. Toma, pues, mi consejo, y sin esperar esos tiempos y ocasiones, en todo tiempo y lugar, no dejes este ejercicio, según más ó menos pudieres. El fruto que de aquí sacarás no quiero decirlo, sino dejarte á que lo veas y experimentes. Y concluyendo con esta materia, te aconsejo dos cosas: La primera, que continúes siempre la contemplación de la bondad divina, de sus muchos, continuos, grandes y amorosos beneficios. La segunda, la perseverancia hasta el fin de tu vida, ocupándote siempre en lo Interior de tu alma.—En lo segundo que me pides que te dé forma general de orar, y en especial para cada día, está ya dicho tanto, que pienso será tiempo perdido el que yo gastare en ello. A lo general pertenece lo que queda dicho en los Diálogos pasados, que sirven de documentos para la oración, meditación y contemplación, así cuanto á la esencia como cuanto á los accidentes, calidades, condiciones ó circunstancias.

D.—¿Qué llamas accidentes de la oración?

([1]) Edificó su casa en la paz, y en Sión estableció su morada.

M.—El lugar apacible, solitario, oscuro, quieto y sin ruidos; el tiempo de la mañana, de la prima noche y de maitines; los ojos cerrados, las rodillas en tierra, el rostro levantado, los brazos en cruz por algún buen espacio, etc.

Esencial de la oración, y accidental.

D.—¿Qué cosas pertenecen á la esencia ó sustancia de la oración?

M.—La limpieza de conciencia, el conocimiento propio, la humildad profunda, el corazón desasido de criaturas, el entendimiento purgado y limpísimo de fantasmas y imágenes de cosas, la voluntad afervorada, el espíritu elevado, la perseverancia en este ejercicio, etc. Toma el paso más acomodado á tu espíritu, ora sea de beneficios generales, creación, conservación, perdón de culpas, espera de la divina misericordia, consideración de la gloria, del infierno, muerte, juicio, ó de alguno de los misterios de la vida y pasión del Redentor; y hecha la señal de la cruz sobre ti, con otras particularidades que te he enseñado, fija luego con presteza tu pensamiento en el dicho paso que has escogido para todo el dia ó para alguna parte dél, y como si lo vieses con los ojos del entendimiento, así te has de ocupar y perseverar en él, hasta que las abejas de los malos pensamientos ó indiferentes (y aún loables en otras ocasiones) desaparezcan y tú quedes quieto y en soledad. Y guárdate del esfuerzo propio, digo de pensar que por tu diligencia á solas puedas alcanzar cosa que te esté bien ó sirva á la gloria de Dios, aunque se te represente dolorosa, devota y llena de piedad. Déjate llevar, no de cualquiera pensamiento, que si es malo has de huir dél como del mismo infierno, sino del que conocidamente es bueno y enviado de Dios, el cual se conoce ser tal en el regalo que siente el alma en él, con la blandura del corazón y gana de asistir en la oración por largo espacio; y colige de aquí que la propia inquisición fatiga, cansa, engendra dureza en nosotros, sequedad y gana de que se acabe la tarea. Digo que, puestos los ojos interiores en el misterio que eligieres, te consideres y conozcas tan impotente para sacar de allí cosa buena y fructuosa para tu ánima, como lo es la tierra toda cuando está seca para atraer á sí la lluvia del cielo y producir provechosos frutos. Yo acostumbro decir en estas ocasiones aquel verso del salmo: *Anima mea sicut terra sine aqua tibi* (Psalm. 142). Porque verdaderamente es así, que si no nos es dado de arriba nada podemos en las materias espirituales y meritorias de vida eterna. Lo que digo es que si la tierra no puede fructificar sin el agua material, por ser de su naturaleza seca y inhábil para ello, que mucho menos lo podrá hacer el alma sin la divina gracia, diciendo la misma verdad: Sin mí ninguna cosa podeis hacer. (Ioan., 15). *Anima mea sicut terra sine aqua tibi.* Mi ánima, en orden á vos, conviene á saber para conoceros y amaros, como la tierra sin el agua toda se resquebraja y se hace bocas dando voces sin hablar palabra y pidiendo la lluvia del cielo, como lo dijo Oseas (Ose., 2 c.). De un religioso muy contemplativo supe yo que le mostró Dios en visión el misterio de la Encarnación, y la necesidad que había de que Dios se hiciera hombre y los clamores del universo. Vió todo lo criado apartado lejos del Criador, más mucho que á nuestra vista lo está el suelo del cielo; y vió que el clamor de las criaturas racionales era más fuerte que por alguna razón se puede dar á entender, demandando todas ellas á Dios vida, porque todos carecían della y de disposición para por sí alcanzarla. Y dice que en este general clamor no se oían algunas voces formadas; mas así como clama la obra comenzada, que obliga en la manera que puede al que la comenzó que la acabe porque ella por sí no puede; así, dice él, subía una fuerza de la necesidad del género humano á la presencia de Dios, fuerte en grandísima manera, mostrando que si Dios no se hiciese hombre no sería posible levantarse el hombre al ser de Dios y á la participación suya. Y añade que, á su parecer y á lo que allí vió, tan inhábil es toda criatura para vivir vida bienaventurada por sí sola, como lo es el madero para alcanzar alguna perfecta forma desamparado del entallador; y como aquel clama callando y pide su forma del formador, así la necesidad del alma pide sin hablar á su Dios lo que le falta, y su perfección en el ser de gracia. *Sicut pullus hirundinis sic clamabo,* decia el buen rey Ecequías (Isai, 38): Como el golondrinillo, que no tiene otra habilidad, ni fuerza ó industria para vivir, sino abrir la boquilla y dar voces á sus padres que le den la

Puesto en el lugar de la oración el que ora, qué ha de hacer.

Misterio de la Encarnación y su necesidad.

comida. *Qui dat iumentis escam ipsorum, et pullis corvorum invocantibus eum* ([1]). Que desamparados de su padre los corvezuelos, por lo blanco del pelo malo piden á Dios socorro en la forma que pueden, mostrando su necesidad, y Él con admirable providencia los administra la comida y sustento hasta que les nace el pelo negro y los reconocen y crían sus padres; así has tú de clamar sin ruido de voces, conociendo tu necesidad del socorro del cielo, y tu insuficiencia sin él para todo lo bueno; y cuanto más esto conocieres, tanto más obligarás á Dios á que apresure el remedio; y ese será tan copioso, que te saque de miseria y te enriquezca de la divina misericordia. *Quia facile est in oculis Domini, subito beneficiare pauperem* (Ecles., 11).

Cómo habemos de llamar á Dios.

D.—¿Al fin la inquisición propia no vale en este ejercicio?

M.—Vale, pero no para conseguir el fin deseado. Sucederte ha con ella lo que al predicador curioso que se pone en la oración y gasta su hora en formar conceptos sobre el evangelio que ha de predicar, con fin de enseñar á los otros, que queda cansado, seco, duro y sin alguna devoción, aunque enseñado por su discurso y propio ingenio; y sucédele lo que á la teja, que recibe la lluvia del cielo y no la retiene, sino luego la despide y echa de sí. Algunas palabras ó conceptos percibe y forma el ánima, que estando en caridad la alumbra y llama á devoción. En una palabra te digo que cuando lo que sintieres en la oración te sosegare y quietare y con una suavidad que se puede mejor sentir que declarar con la lengua, satisfaciere á tu entendimiento, hinchéndolo y reposándolo de cada parte, sin alteración ni enojo, antes dándole deseo de perseverar en aquel lugar y ejercicio por largo espacio, ten por cierto que asiste Dios á tu oración y que de su liberalísima mano recibes eso. Lo que es de nuestro propio esfuerzo, aunque al principio parece que consuela y ensancha el alma y que la alumbra y causa en ella deleite, acaba, como ya dijimos, con dureza de corazón, turbación del entendimiento y con gana de buscar consolaciones extrañas y dañosas y aborrecimiento y miedo de volver á la oración; por lo cual se debe tener por engañoso y peligroso ese modo de inquirir con satisfacción del propio ingenio y esfuerzo.

Inquisición propia en la contemplación, qué vale.

D.—Mucho debe importar esa desconfianza de nosotros mismos.

M.—El todo, y porque queda dicho lo que basta en otras ocasiones, en esta no más.

§ VI

Discípulo.—En particular deseo me enseñes cómo debo adorar á Dios cada día.

Maestro.—El mismo te lo enseñará, si te llegares á Èl limpio de todo pecado y lejos mucho de pensar cometerle, y sin propósito de hacer tu voluntad en obra no meritoria, aunque sea muy pequeña.

Disposición para adorar á Dios cada día.

D.—¿Y si me ocurrieren los pecados pasados?

M.—No cures dellos. Puedes dolerte brevemente de haberlos cometido, pero no detenerte en ellos; que suele hacer ese detenimiento notables daños y ocupar á muchos toda la vida en ese pensamiento, sin poder salir de ese muladar y hedentina. No gastes tu tiempo en oraciones vocales á secas, aunque algunas veces son provechosas para despertar la gracia de la devoción y para esperar la visitación divina. Hallarás muchas personas que se dicen espirituales, tan cargadas de devociones destas, que en todo el día no cesan de rezar vocalmente; rezan salmos penitenciales, oficios del Santísimo Sacramento, de Nuestra Señora, de Difuntos, letanías, estaciones, conmemoraciones de Santos, oficio de la Cruz y del Espíritu Santo, rosarios enteros, etc., y no pueden estar media hora en silencio, ocupados mentalmente con su Dios. Estos no son hombres interiores ni tienen más aprovechamiento un día que otro, porque cuanto hacen es exterior; y aunque no lo podemos condenar, porque es ocupación virtuosa, no lo debemos aprobar en los que tratan de vida perfecta. Poco y bien rezado, y en cuanto sirve á la devoción y nos dispone, como dije, para la visitación divina. Y cualquiera oración vocal que no sea obligatoria, se debe dejar luego que el ánima sin-

Cómo nos habemos de haber con la memoria de los pecados pasados.

Oraciones vocales á secas y carga de devociones, qué fruto traen

([1]) «El que da su comida á los jumentos y á los corvezuelos que lo invocan». (Salmo 146).

tiere la venida suavísima de su Dios, porque todas las cosas deben servir á ese fin.

§ VII

Discípulo.—Parece que te excusas de enseñarme ejercicio particular para cada día.

Maestro.—Con verdad te digo que no he hallado otro mejor que el que yo pongo en el diálogo octavo de aquellas cuatro salidas del ánima; es admirable, gustoso y provechoso; rúmiale bien y ejercítate en él, que yo sé que no buscarás otro. Oraciones hallarás en los santos, artificiosas y devotas para comenzar; buenas son; escoge, que muchas hay escritas, que yo quiero decirte en lo que queda desta plática la diferencia que hay entre las consolaciones espirituales y las corporales; que aunque parecerá cosa clara y fácil el discernirlas, todavía tiene su dificultad y es necesario maestro. Yo sé que muchos han sido engañados tomando unas por otras, digo las corporales y de los sentidos por las espirituales y del alma, y acabaron su vida con harto poco aprovechamiento, si ya no digo con pérdidas grandes. ¿Quién dirá que el gusto que se halla leyendo las divinas Escrituras, ayunando, disciplinándose y ocupándose en oraciones vocales, no sea siempre bueno y para codiciarse y desearse? Pues muchas veces no pasa ese gusto del sentido; muchas veces es satisfacción propia; muchas veces es inquisición nuestra; parece espiritual y es corporal ó sensual. Digo que en los ayunos se halla algunas veces mayor contento que en las comidas muy regaladas; y no siempre es del espíritu, sino del enemigo que nos hace entender que somos perfectos porque en la penitencia tenemos consolaciones, siendo de suyo amarga y penosa á nuestra carne. En la lección y meditación de las santas Escrituras y en algunas oraciones vocales se halla tanto gusto y á veces tantas lágrimas, que parece que con infalibilidad anda allí el Espíritu Santo; y puede suceder que todo aquel sentimiento sea de la inclinación natural, que, como dijo el Filósofo, todo hombre naturalmente desea saber, y cuando por la inquisición propia alcanza algunas cosas, recibe deleite y se consuela, á su parecer, espiritualmente, como en la verdad no haya allí cosa de espíritu. Bueno

Diferencia entre las consolaciones espirituales, y de los sentidos.

es esto para despertarnos y desechar la pereza; no te detengas aquí, sino pasa adelante, si de arriba te fuere dado, deseando, demandando, esperando y buscando las cosas que edifican tu espíritu en el conocimiento, reverencia y amor del soberano y eterno bien. Consolación espiritual es una satisfacción que viene á nuestro espíritu mansa y sosegada, y no afirmada sobre cosa alguna corpórea; ésta quieta el entendimiento, pero no lo enciende ni lo levanta para que entienda cosas muy altas. Hay otra manera de consolación espiritual, y es cuando de las cosas entendidas nos nace un gozo en el ánima con mayor fervor que en la primera, mezclado algunas veces con alguna duda, la cual debemos lanzar de nosotros, y sosegarnos en ella cuanto pudiéremos, porque aprovecha mucho para venir á la tercera, que es cuando el alma recibe un sosiego espiritual, ajeno de todo temor servil que nos incita al amor filial con toda seguridad y confianza de Dios; y desecha de sí toda fantasía ó imaginación que pueda formar nuestro entendimiento, porque aquello sobre que estriba es ajeno de forma.

Consolación espiritual, qué es.

D.—Muy alta doctrina es esta y no me parece que alcanzo bien.

M.—La unción te enseñará, como lo dijo Cristo á los suyos. Digo que con la divina gracia y con el ordinario ejercicio y trato destas cosas, vendrás á hacerte capaz dellas y á saber por experiencia cuán suave es el Señor; y lo que ahora se te hace dificultoso, te parecerá fácil y de mucha satisfación para tu alma. La consolación espiritual, interior y divina, siempre anda acompañada de la caridad, y como lo dice San Agustín (Aug., cont. 2 *in* Psal. 118), mediante ella se aumenta y crece la misma caridad. *Necesse est (inquit) ut oderit omnem iniquitatem amor iustitiæ*: Necesario es que el amor de la justicia aborrezca todo pecado. *Qui tanto maior est, quanto eum inflammat amplius dulcedo sapientiæ, quæ præbetur ei, qui obtemperat Deo, et a mandatis eius intelligit*: Tanto mayor es el amor divino, cuanto la consolación y dulzura de la sabiduría que se le concede al que obedece á Dios y toma inteligencia de sus mandamientos más le inflama. Tiene otra propiedad, con que se diferencia de las consolaciones terrenas la divina, que así satisface la sed de nuestra áni-

Consolación interior acompañada de la caridad.

ma, que aunque en la presente vida no la apaga del todo, no trae al alma hastío ni tedio, antes consuelo y deseo de su posesión. Lo cual prueba elegantísimamente San Gregorio papa (Gre., Homi. 23. *in Evang.*), San Bernardo y otros santos contemplativos. San Agustin dice (Aug., li. 10 *Conf.*, c. 40), que la divina consolación es como una prenda ó un principio ó arra de la vida futura y felicidad eterna y eterno deleite. *Et aliquando (inquit) intromittis me in affectum multum inusitatum introrsus, ad nescio quam dulcedinem, quæ si perficiatur in me, nescio quid erit, scio quod vita ista non erit* (1). Será cielo, será vida eterna, será gloria. Si al paso que se les comunica á los justos y amigos de Dios la consolación interior, se caminase mucho hasta darles la perfección, no sabrían conocer lo que sería aquello, sólo sabrían que no era de la presente vida. El abad Casiano dice (Casia., *Colat.* 4, c. 5) que la consolación divina, no sólo nos aparta de las afciones terrenas y nos despierta al amor de toda virtud y de toda perfección, sino que algunas y muchas veces nos arrebata y nos enajena de nosotros, y convierte nuestra mente, así ajena de los sentidos, toda en su Dios. *Frequenter (inquit) odoribus, ultra omnem compositionem suavitatis humanæ, in ipsis subito visitationibus adimplemur; ita ut mens hæc visitatione resoluta in quemdam spiritus rapiatur excessum; seque commorari obliviscatur in carne* (2). San Bernardo dice que en ninguna manera se compadecen en uno las consolaciones carnales y las espirituales, como no se compadecen juntos el fuego y el agua.

§ VIII

Discípulo.—¿Por qué causas quita Dios estos espirituales regalos á las almas obrando tales efectos en ellas?

(1) «Alguna vez, dice, me introduces interiormente en un afecto tan desacostumbrado, que no atino á decir en qué clase de dulzura es, que si fuese en mi colmada, no sé que resultaría, pero aseguro que no sería esta vida miserable».

(2) «Con frecuencia, dice, nos vemos á deshora rodeados en estas visitas de una fragancia que trasciende todos los aromas más suaves que pueda componer la humana industria, de manera que desfallecida el alma en estas ocasiones, es arrebatada á excesos mentales y casi llega á olvidarse que vive en carne mortal».

Maestro.—Ya traté de ese particular en el diálogo 4, y no hay necesidad de repetir cosas dichas tan de propósito. Una sola te diré con resolución, y es de San Bernardo (D. Bernar., serm. 54 *in Cant.*), el cual afirma, y con razón, que las más veces ó siempre precede soberbia ó acompaña á estos desamparos de la divina consolación. Suyas son estas palabras: Hallóse la soberbia en mí, y el Señor en su ira declinó y se apartó de su siervo; de aquí esta esterilidad de mi ánima, y esta mengua de devoción que padezco; no puedo compungirme para lágrimas, no me saben los salmos, no tengo gusto de leer, no me deleita el orar, las acostumbradas meditaciones no las hallo. ¿Adónde está aquella embriaguez del espíritu? ¿Adónde aquella serenidad de la mente? ¿Adónde el gozo y la paz en el Espíritu Santo? Y un poco más adelante: En verdad he deprendido que para retener y recuperar la divina gracia, ninguna cosa hay tan eficaz como hallarte en todo tiempo delante de Dios humilde, que temas y que no sepas altamente; porque se escribe (Prov., 28): Bienaventurado el varón que siempre está con miedo. Teme, pues, cuando perdieres la gracia; teme cuando ella se fuere; teme cuando de nuevo volviere, que esto es estar siempre temeroso. Estos tres temores han de asistir continua y sucesivamente en el alma. Cuando la gracia está presente teme si acaso no obras conforme á ella. *Videte, inquit Paulus* (II Cor., 6), *ne in vacuum gratiam Dei recipiatis.* Y si se retirare y ausentare, ¿por ventura hase de temer entonces más? Sin duda ha de ser así, porque allí adonde te falta la gracia desfalleces y faltas tú. Teme, pues, quitada la gracia, como hombre que luego has de caer; teme y tiembla delante de Dios, airado contra ti como lo sientes. Teme porque te dejó tu custodia, y no dudes de que la soberbia sea la causa desto, aunque no se descubra, aunque no halles en ti ocasión alguna; porque lo que tú no sabes sabe Dios; y el que te juzga, Dios es. ¿Por ventura quitará la gracia ya concedida al humilde el que se la promete y concede á los humildes? Luego argumento es de soberbia la privación de la gracia; aunque algunas veces se quita la gracia de la consolación ó se retrae, no por la soberbia que ya es, sino por la que ha de ser si no se quita; como se le

Por qué priva Dios á las almas de los consuelos espirituales.

quitó á San Pablo (II Cor., 12), dándole el estímulo de la carne para que no se ensoberbeciese. Concluye el santo diciendo: Bienaventurado serás si llenares tu corazón deste tresdoblado temor: que temas mucho por la gracia recebida, mucho más por la perdida, y mucho por la recobrada; y no más, porque lleguemos ya á lo cuarto que deseas saber, que es el conocimiento de los espíritus de manera que se conozcan si son de Dios ó no.

D.—Lo que más he deseado saber es eso.

M.—Y lo más dificultoso y adonde es menester ir con grande tiento, así los que leyeren lo que escribo como yo que lo escribo. El Apóstol San Pablo, entre las gracias gratis datas para utilidad de la Iglesia puso el conocimiento y discreción [1] de los espíritus; de donde se colige que se puede hallar, y de hecho se halla en hombres pecadores, como se les comunica también la gracia de la consolación muchas veces. Autores son San Bernardo (Ber., ser. 74 *in Cant.*) y Ricardo de Santo victore (Rich., *in* ps. 80): pero aunque esto es así, lo ordinario este don de discernir espíritus hállase en los varones santos; no en todos, porque el divino Espíritu reparte á quien quiere, como lo dice el mismo Apóstol (I Cor., 12). Y cuando escribiendo á los de Corinto, dice (I Cor., 1): El espíritu juzga todas las cosas, y él de nadie es juzgado, del varón justo habla; y á los limpios de corazón promete luz espiritual, y la visión ó vista de Dios (Mat., 5). A este don de discernir los espíritus llamó Santo Tomás (Thom., 1, 2, q. 111, artíc. 4) prudencia espiritual y divina, que instruye al hombre en las cosas que sobrepujan la razón humana. Pero más própiamente sirve para declarar y investigar las cosas ocultas y los secretos del corazón. Autor es San Juan Crisóstomo (Chris., hom. 29 *in* I *ad* Cor.). San Anselmo (Ansel., *in* II *ad* Cor.) tiene por dificultosísimo este juicio.

Conocimiento de los espíritus.

§ IX

San Bernardo en un sermón (Bern., serm. de 6 spirit.), pone seis diferencias de espíritus que se han de discernir para no errar en el camino del Señor: El primero es divino; el segundo, angélico; el tercero, diabólico; el cuarto, humano; el quinto, carnal ó de carne; el sexto, mundano. Los tres destos espíritus son manifiestamente malos: el diabólico, el mundano y el carnal [1]. Los tres son buenos: el de Dios, el angélico y el humano, aunque este mejor se dirá indiferente, porque indiferentemente sirve á los unos y á los otros. En cada uno destos espíritus se pueden considerar dos cosas: la primera es alguna luz ofrecida á nuestra mente, que los Santos llaman instinto; la segunda es una moción de la voluntad á alguna cosa, y ésta por fuerza ha de ser alguna afección, ora sea amor y gozo, odio ó tristeza y semejantes afectos que suelen engendrarse en el ánimo cuando el instinto se halla presente. De uno y otro trataremos con la claridad posible. Al espíritu divino llamaron los Santos habla de Dios, inspiración venida del Esposo y visitación del Verbo, y de otras muchas maneras.

Discípulo.—¿Y qué habla es esa?

Maestro.—Interior, con algún movimiento y afición del ánima á su bien; de que San Bernardo dice (Bern., serm. de 7 spirit.): Dichosa y bienaventurada ánima, que en silencio posible percibe las venas del susurro divino, repitiendo frecuentemente aquello de Samuel (I Reg., 5): *Loquere, Domine, quia audit servus tuus.* Este espíritu divino, habla ó visitación tiene algunas condiciones. La primera, que de ordinario no precede causa ni mérito de nuestra parte; lo cual dice el devotísimo y bienaventurado Padre Ignacio, fundador de la santa Compañía de Jesús, por estas palabras: De sólo Dios es consolar el ánima, sin que preceda causa alguna desta consolación, como sea propio del Criador entrar en su criatura y convertirla toda en amor de sí mismo, traerla y mudarla. Y entonces decimos que no precede causa cuando ni á los sentidos, ni al entendimiento, ni á nuestra voluntad se le ha ofrecido alguna cosa que de sí pue-

[1] El impreso dice *descripción*. La corrijo, porque se aparta demasiado del original latino *discretio*, que probablemente traduciría el autor como yo lo hago.

[1] En los siete renglones que ocupan en el impreso que reproduzco este parrafito y el siguiente, hay seis citas marginales de libros de la sagrada Biblia donde consta el juicio que emite sobre estos espíritus, á saber: Psal. 108 (no 84 que pone el impreso); Zach., I; Psal. 77; I Cor., 1; Colos., 2, y II Cor., 2. No las intercalo en el texto por evitar confusión.

da causar la tal consolación ([1]). Esta doctrina es también de San Bernardo (Serm. 74, in *Cant.*); el cual, con grande elegancia pone las señales y conjeturas para conocer la presencia del Verbo y sus idas y venidas al ánima. La segunda condición es que esta divina consolación no es por mucho tiempo, sino apresurada y breve. *Neque enim in suavitate contemplationis intimæ diu mens figitur, quia ad semetipsam immensitate luminis reverberata, revocatur, etc.* ([2]). (Greg., lib. 5 *Moral.*, cap. 23; Iob., 4). La tercera, que aunque la visitación divina sea por breve tiempo, suele ser con frecuencia. Va y viene como le da gusto al Verbo, *quasi visitans diluculo, et subito probans: et ire quidem illi quodammodo dispensatorium, redire vero semper voluntarium est, utrumque autem plenum iudicii, et penes ipsum horum ratio* ([3]). (Bern., serm. 74 in *Cant.*). El por qué él se lo sabe. Digo, lo cuarto, que el divino espíritu, no de una manera aficiona á todos los hombres, sino conforme á la disposición que cada uno tiene; más al de ánimo más dispuesto, menos al que menos se dispone. Al más semejante más se comunica, y menos al no tanto (Ricar., part. 2 in Cant., cap. 33): *Similibus enim, hoc est, vere spiritualibus illabitur divinus spiritus, suaviter admodum, et placidè. Disimilibus autem, id est, minus spiritualibus, perturbat primum, et cum terrore: deinde etiam placidus, et cum magno simul consolationis sensu* ([4]). (Legendus Gregor., lib. 5 *Mor.*, cap. 20; et D. Bern., serm. 75 in *Cant.*). Y de aquí se sigue que á los pecadores tibios y menos espirituales varones, cuando el espíritu divino los visita, primero los conturba, mas después los consuela y acaricia. Así lo dice San Bernardo *(De multiplici utilitate verbi Dei): Primum quidem sonans in auribus animæ vox divina, conturbat, terret, dijudicatque: sed continuo, si bene adverteris, vivificat liquefacit, calefacit, illuminat, mundat.* S. Agustín (August., Lege lib. *Conf.* en Romance) dice esto con palabras regaladísimas en esta forma: ¿Qué es aquéllo que ni da luz y hiere sin lesión mi corazón? erízaseme el cabello, temo y abrásome; temo en cuanto me hallo desemejante á Él; ardo en cuanto me conozco semejante, etc. Lo que es propio al Espíritu Santo cuando visita las almas es consolarlas; pero cuando las espanta y conturba, es accidentalmente en cuanto alguna está más lejos de Él. De donde se sigue que el terror, el miedo y aquella concusión que precede á la consolación, preparación es y señal de la venida de ese mismo Espíritu; pero el consuelo es su venida y presencia. *Deus ignis est*, dice Bernardo (S. Ber., ser. 75 in *Cant.*) *et consumit quidem, sed non affligit: ardet suaviter, et desolatur feliciter. Est enim vere carbo desolatorius, sed qui sic in vitia exerceat vim ignis, ut in anima exhibeat vicem unctionis. Ergo in virtute, qua immutaris, et in amore, quo inflammaris, Dominum præsentem intellige* ([1]). El mismo Santo pone las señales de la presencia del divino Verbo, y son éstas: *Excitatio animæ, motio, et emollitio, vulneratio cordis, evulsio, destructiove vitiorum, œdificatio et plantatio virtutum, roris devotionis infusio, ad ariditatem mentis tollendam illuminatio tenebrarum, reseratio occultorum cordis, frigoris exterminium, inflammatio charitatis, et perfecta animæ, et facultatum eius omnium in Deum reductio, atque conversio* ([2]).

Espíritu divino.

Señales de la presencia de Dios en el alma.

([1]) Hasta aquí literalmente sacado de los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio, *regla segunda*, de las ocho que pone para discernir los espíritus y «conducen más para la segunda semana», es decir, los que consideran la vida y ejemplos de Cristo.

([2]) «Ni se le concede al alma permanecer mucho tiempo en la suavidad de la contemplación íntima; porque deslumbrada con la inmensidad de la divina lumbre es obligada á volver sobre sí misma».

([3]) «Como quien visita por la madrugada, y de repente se esconde; probando que si fué merced suya el venir la vez primera, aun pende más de su voluntad repetir la visita y que una y otra cosa dispone con acierto, y El se reserva el secreto y razón de proceder de esta suerte».

([4]) «A sus semejantes, esto es, á los que son verdaderamente espirituales, el divino Espíritu, con muy gran suavidad y paz, los visita; mas á los que le son desemejantes, es decir, á los menos espirituales, primero los altera y con terror los amedrenta, luego suele también mostrárseles apacible y acompañado de grandes sentimientos de consuelo».

([1]) «Dios es fuego, y en verdad consume, pero no aflige; arde suavemente y desconsuela con mezcla de dicha. Es como carbón encendido que destella pesares, pero de tal suerte que consumiendo el ardor de los vicios deja en el alma relieves de dulzura. Por tanto, en la fuerza con que te conmueve y en el amor con que te inflama, conocerás la presencia del Señor».

([2]) «Elevación del alma, moción y enternecimiento, heridas del corazón, desarraigo ó destrucción de vi-

Pero nótese que no se tiene por perfecta y llena la visitación divina si al instinto y luz de nuestra mente no se junta movimiento de la voluntad y conversión en Dios. Lo cual colige San Bernardo de las propiedades del Esposo (Bern., serm. 74 in *Cant.*), que en los Cantares se compara á la cabra montés y al cervatico. En la cabra se considera la viveza del sentido de la vista, y en el cervatico el alegría suya y la terneza y el regalo de su madre. Y más hay de consideración en estas visitas divinas, que aunque de gracia se hacen hánse de desear con grandes ansias y deseos del corazón. Hásele de pedir al Esposo que baje á su huerto y coja de la fruta de sus frutales. Y principalmente se ha de labrar con grandísima vigilancia y cuidado el ánima, con el ejercicio de las preciosas virtudes. Léase San Bernardo al propósito (en el sermón 57 sup. *Cant.*,), que dice cosas admirables. Y Ricardo de Santo Victore (par. 2, c. 33 in *Cant.*), que después de muchas cosas remata diciendo: *Cordis consolatio, et spiritualis refectio, Dei quidem donum est, sed cooperari te oportet huic dono, et prudenter in eo exerceri.* La venida se ha de pedir con ansiosos deseos, y la estada y el magisterio y enseñamiento, y lo que nos falta y lo que más le ha de agradar y más seguro le ha de conservar en nosotros.

§ X

Discípulo.—¿Qué dices del espíritu angélico?

Maestro.—Lo que del divino. San Bernardo (Bern., de 7 spirit.) dice que es cosa dificultosa discernir entre los dos, pero que no hay peligro ninguno, porque cosa cierta es que el ángel bueno nunca habla sino por voluntad de Dios y lo que Dios le enseña y quiere que hable.

Espíritu angélico.

D.—Y del espíritu diabólico, carnal y del mundo, ¿qué escriben los Santos?

M.—San Bernardo, en el lugar citado, dice que el de carne y mundo son como dos soldados ó corchetes del gran príncipe de las tinieblas, para granjearle y sujetar á su voluntad el espíritu de carne y de mundo. De lo que hablan y de sus efectos los conoceremos. El espíritu de carne habla y aconseja cosas muelles y blandas; el del mundo, cosas vanas; el espíritu de malicia, cosas amargas. Luego todas las veces que importunamente, como suele el pensamiento carnal, toca y llama á nuestra ánima y nos representa la comida, la bebida, el sueño y las demás cosas que pertenecen al regalo del cuerpo y nos hace arder en el deseo dellas, cierto es que es el espíritu de carne el que nos habla y que le debemos desterrar de nosotros como á enemigo y contrario á nuestro bien, diciendo: *Vade retro, Sathan,* que no sabes lo que es de Dios, antes tu sabiduría es enemiga de Dios. Empero, cuando no de deleites carnales, sino de la ambición del siglo, de la jactancia y arrogancia y cosas semejantes el pensamiento vano se vuelve y revuelve en nuestros corazones, cosa llana es que el espíritu del mundo nos habla, enemigo más pernicioso y que con mayor estudio ha de ser lanzado. También sucede que, volviendo las espaldas á estos dos fautores y soldados de Lucifer, el príncipe dellos, tomando grande ira y coraje, se levanta contra nosotros y nos provoca y incita, no á deleites de carne ni á vanidades del siglo, sino á ira, á impaciencia, á envidia y á amargura de ánimo, dándonos mil ocasiones para indignarnos y para perder el sufrimiento y la paciencia. Aquí debemos fuertemente resistir, no de otra manera que al mismo demonio si se nos pusiera delante.

D.—A mi parecer, no tiene mucha dificultad el conocimiento de esos malos espíritus, si el ánimo está quieto y sin las pasiones que suelen quitar la luz espiritual y llevarnos tras de sí con grande fuerza.

M.—Infinitas maneras tiene el enemigo de tentaciones á que sólo Dios y su espíritu puede ocurrir y librarnos dellas. Pero es materia esta tan copiosa, que si quisiera tratar de propósito della fuera necesario hacer un libro entero y no tan pequeño como la *Conquista.* Para mí, lo que en este particular tiene mayor dificultad es lo que pertenece al espíritu humano, que (como dije) es medio entre los demás, bueno y malo. *O quam frequenter,* dice Ricardo (Rich., 1 p. in *Cant.*, c. 33), *imperfecti*

Espíritu humano.

cios, crecimiento y arraigo de virtudes, celestial rocío de devoción para quitar la sequedad del alma, iluminación de tinieblas, descubrir los secretos del corazón, destierro de la frialdad y tibieza, encendimiento de caridad y la perfecta conversión y allegamiento á Dios del alma y de todas sus facultades».

et ignari gratiæ, moventur carnali gaudio, vel naturali alacritate, et moveri se putant spiritali consolatione! Quam sæpe ab inimico, vel à proprio corde aliquid sentit homo, et à Spiritu Sancto hoc esse credit! ¡Oh cuán frecuentemente los imperfectos y sin conocimiento de la gracia son movidos de gozo carnal ó de una natural alegría y piensan que son movidos de espiritual consolación! ¡Oh cuántas veces siente el hombre alguna cosa ó enviada del enemigo ó de su corazón propio y cree que es del divino espíritu! ¿Y qué mucho que se mezcle el enemigo en la devoción y hable falsedades á los poco experimentados, pues que en algunos profetas las hablaba muchas veces, los cuales de su espíritu hablaron y dijeron lo que creyeron ser del Espíritu de Dios? Luego no debe el hombre seguir luego y sin más examen el pensamiento de su corazón ó lo que allá siente, pues sabe haber sido engañados en tal caso algunos señalados con espíritu de profecía (Eccles., 31). Y no sólo se ha de recelar el hombre estando en pecado de tales engaños, sino estando en gracia y amistad de Dios. Sí, que escrito está (Sap., 1): Con sabiduria bebe el vino. Y el Espíritu Santo huye de los fingimientos y se aparta lejos de los pensamientos sin entendimiento y prudencia. Lee á San Bernardo en el lugar citado y quédese por hoy esta plática, porque quiero volver sobre ella con más acuerdo y lección de Santos y tratar de las visiones y revelaciones y de otras cosas importantísimas para la vida espiritual. Adios, Deseoso.

D.—El vaya contigo.

DIÁLOGO TERCERO

En que se prosigue la materia de los espíritus, y se trata de las revelaciones falsas y verdaderas, y de otras algunas particularidades importantísimas para la vida espiritual.

§ 1

Maestro.—Buen estómago te debe haber hecho la doctrina de los espíritus, pues que tanto has madrugado.

Discípulo.—Confuso me tiene, porque á mi parecer, es dificultosísima y yo rudo para tanta delicadeza.

M.—Si tuvieras tú el don de discreción de espíritu, no hallaras dificultad ni yo tuviera necesidad de cansarme en la lección de los Santos, si le hubiera merecido. Materia es de conjeturas toda, y hase de creer en ella á los varones espirituales, que en común y en particular dan reglas de cómo nos habemos de haber en el conocimiento destas cosas. Está atento, que atención pide la materia. Cuatro maneras hay de instintos: divino, angélico, diabólico y natural. El divino se conoce por cuatro señales: Si nos convida y incita: lo primero, al ejemplo de Cristo y de los Santos; lo segundo, á la humildad; lo tercero, si nos llama de las cosas exteriores á las interiores y recoge el corazón para que así esté mejor dispuesto para la unión con Dios; lo cuarto, si aquello á que nos provoca es conforme á nuestras fuerzas, ó es de tal virtud que con mayor abundancia de espirituales riquezas recrece y perfecciona el alma.

Cuatro maneras de espíritus ó instintos.

D.—No se puede decir cosa mejor ni más clara.

M.—El instinto angélico se conoce: Lo primero, en que en el principio espanta; en el fin consuela, como se vió en el ángel enviado á la Virgen, que luego que la habló la turbó, y viéndola turbada, la consoló: *Ne timeas* (Luc., 1). Lo segundo, en que al principio se disimula y esconde, como lo hizo San Rafael con Tobías (Tobiæ, 5), mas en el fin se manifiesta. Lo tercero, en que siempre convida é incita á lo bueno, aunque no lo parezca á los ojos de carne, como se vió mandando á Abrahán que sacrificase á su hijo Isaac (Gen., 22); porque lo que Dios ordena siempre es bueno, aunque nos cueste la vida. Lo cuarto, en que en los principiantes siempre despierta la voluntad al dolor de los pecados, y rompe las cadenas y da libertad para salir de la cárcel de Herodes, que es el demonio, como lo hizo con San Pedro (Actor., 12); á los que aprovechan enciende en fervor de espíritu, y á los perfectos recrea con el gusto de la interior dulcedumbre; como le sucedió y lo vimos en el santo Elías (VI Reg., 19), que primero le despertó el ángel y le dijo: Larga es la jornada, y luego le recreó y administró la comida. El instinto ó espíritu diabólico se diferencia del divino: Lo primero, en que de todo en todo es contrario á los ejemplos de Cristo y de sus Santos, al fin como enemigo suyo conocido. Cristo es espejo de la divina verdad, blancura de claridad paterna y fuente de eterna felicidad;

el demonio, padre de mentiras, príncipe de tinieblas y autor de la eterna muerte (Gregor., lib. 34 *Mor.*, c. 18). Lo segundo, en que siempre instiga y despierta al hombre para desvanecimientos de honras y grandezas, á hinchazones de ánimo y elevaciones de espíritu. Síguense de aquí tres efectos que declaran el huésped malo: contiendas, porfías y peloteros; poco ó ningún sufrimiento en las reprensiones de los mayores, firmeza y estabilidad en los defectos y culpas. Lo tercero en que se diferencia es en que siempre nos procura sacar de nosotros mismos y nos distrae y aleja del corazón; lo cual él hace para por este camino enflaquecernos y debilitarnos, para que con más facilidad caigamos en los pecados y menos sintamos la presencia divina. Porque como Dios (de sentencia de San Agustín) esté más vecino á nuestra ánima que ella á sí misma, el que más se aleja de su corazón menos siente á Dios. Por eso dijo Crisóstomo (Chris., hom. 4 in c. ad Rom.) que los demonios temen y no osan acercarse al hombre que anda siempre atento á Dios y puestos los ojos de su alma en Él; porque sabe bien que su trabajo es en balde; pero contra los distraídos y derramados tiene mucha mano. Y llama el santo doctor á éstos ovejas sarnosas, que fácilmente perecen. Lo cuarto que hace el espíritu maligno es adelgazar nuestra virtud y trabajos por despojarnos de los dones divinos, arrojándonos á las criaturas y á la tierra. San Crisóstomo, sobre aquellas palabras dichas á la serpiente (Genes., 3): *Terram comedes, et super pectus tuum gradieris*, dice al propósito con grande elegancia: De lugar más bajo pelea el demonio contra nosotros, y con todo eso sale muchas veces con victoria. La razón es, porque nosotros ningún cuidado ponemos en levantarnos y hacernos superiores á sus tiros y saetas de fuego infernal. El mayor mal es y lástima que, no pudiendo él levantarse mucho, porque teniendo figura y forma de serpiente de fuerza ha de andar arrastrando y pecho por tierra, nos trae él á nosotros debajo de sus pies. ¿Qué cosa es (dice Crisóstomo) pelear el demonio contra nosotros de lugar más bajo? Hacernos guerra y herirnos con las cosas que dentro de nosotros están, y son inferiores á nosotros; con los deleites, con las riquezas y con los cuidados del siglo. Ensorbebece este enemigo el alma y derríbala del amor de Dios, y privada del gusto de la dulcedumbre divina, hácela ir tras el amor y consolación de las criaturas, y esa es su perdición.

§ II

Discípulo.—¿Puédese entender cuándo el ángel bueno nos habla, y cuándo el malo?

Cuándo y cómo se conoce si es el angel malo el que nos habla, ó el bueno.

Maestro.—Muy bien, porque el demonio luego al principio y á la entrada consuela y llena de deleite el ánimo, mas al fin le aflige y atormenta; lo cual experimentan los perezosos y los bien condicionados y hechos al gusto del enemigo, que en ellos (como dice el bienaventurado padre Ignacio) entra como en casa propia suya, con quietud y paz, aunque falsa ([1]); mas después la inquieta, turba, alborota é induce á desesperación; como se vió en el malvado Judas, que de uno en otro le llevó al despeñadero del infierno. Lo segundo que hace, es asegurarnos y alentarnos en el principio, y en el fin inducirnos á desconfianza del divino favor. De donde nacen dos grandes males, conviene á saber: presunción de no guardarse ni huir el mal, y desconfianza de aprovechar adelante en el bien. Y á esta desconfianza suelen acompañar pusilanimidad, tristeza, amargura, oscuridad en el alma y tinieblas palpables. Yo digo que la melancolía y tristeza grande es asidero y añagaza para la tentación, y que debe el hombre alegrarse en el Señor y huir de semejantes tentaciones causadas por los moradores del infierno (Chris., in Psal. 135). Lo tercero que se ha de advertir es que el instinto ó espíritu en la apariencia bueno y en el hecho de la verdad también, nunca se asegura de manera que no tema si tendrá buena salida y fin por los muchos lazos y enredos de Satanás. Por lo cual se ha de mirar y examinar cuidadosamente en el principio, medio y fin si acaso hay en él algún engaño diabólico escondido; que puede ser (como lo dice San Bernardo) que en fe de la humildad el instinto diabólico se mude en angélico; de manera que como la abeja chupa

([1]) Cita aquí la doctrina que se deduce de la primera regla de discernimiento de espíritus que pone San Ignacio para la primera semana, y la cuarta de las que enseña para la segunda semana de los *Ejercicios*.

la dulzura de la flor; pero en sintiendo lo terrestre, se aparta y la deja, así el siervo de Dios debe distinguir y apartar todo lo que de bien hallare en el instinto diabólico y dejarle á él lo terreno que ha inspirado en el alma. Lo cuarto que hay de consideración en el espíritu malo es que poco á poco, al paso que puede, va extinguiendo y acabando en nosotros la buena voluntad, de manera que no lo echemos de ver hasta vernos sin remedio por solas nuestras fuerzas. Y es muy lindo y para ejemplo y de grande edificación lo que San Antonino refiere de fray Rufino (San Ant., 2 p. histor., Tit. 24, c. 2, § 11), que habiendo él dado oídos al demonio y consentido en una ilusión suya, le dijo nuestro padre San Francisco: En lo que conocerás haber sido el demonio, adversario y enemigo del género humano, el que te apareció, es en que endureció tu corazón para toda buena obra, que es oficio propio suyo. Y así fué, que en cuanto este espíritu tuvo lugar en su corazón, no admitió consejo de nuestro padre San Francisco, ni atendió á cosa que le estuviese bien á su alma. Especialmente procura apagar la caridad, que es el ojo derecho que, faltando del alma, falta la disposición y las fuerzas para las espirituales batallas (I Reg., 11): y no digamos más de instintos buenos ni malos.

La presencia del demonio endurece el corazón.

D.—Habrás de decir del natural, que anda entre esos dos.

M.—No me atrevo, porque es dificultosísimo de conocer, y es necesario y necesarísimo el espíritu de Dios para alcanzarlo. Villelmo confiere este instinto con los demás, y es tan metafísico lo que escribe, que pienso cierto que después que lo hubieres leído te hallarás tan ayuno de su inteligencia como lo estabas antes de leerlo. Algunas generalidades pondré aquí, y dellas y de lo dicho de los demás podrás alcanzar alguna noticia confusa. Y lo principal es que siempre é incansablemente instiga y mueve á la conservación de la naturaleza á la comodidad y buena pasada; y esto no sólo en comer y beber, vestir, cama, regalo, recreos, amistades y cosas semejantes, sino en las meditaciones y ejercicios de virtud. Procura que, si meditamos, la meditación sea muy remota y lejos de la pasión y muerte de Cristo; porque sabe que de allí habemos de sacar aliento y deseo de padecer á imitación suya; y que habemos de concebir odio de los pecados, enemistad con nuestras propia carne, aversión á todo lo placentero y de gusto, y el odio santo, fundamento de la vida evangélica. Y cuando no nos puede estorbar estas meditaciones, procura que busquemos conceptos delicados de su bondad, de su amor, de la consonancia de las Escrituras en el modo de padecer y en la grandeza de las pasiones; y con esto nos divierte y aparta del espíritu de conformidad, que es lo más importante y necesario.

Instinto natural se conoce dificultosísimamente, y en qué.

D.—¿Tanto importa meditar con ese fin la muerte de Cristo?

M.—El todo, porque sin más libros nos enseña su espíritu en éste, escrito de dentro y de fuera, á componer nuestras vidas y á regular y encaminarlas á la traza y conformes á la de Cristo, que es la más cierta señal de nuestra predestinación, y no se deben oir los que enseñaren contra esto, porque son enemigos de nuestra salud y precursores del Anticristo y ministros de Satanás. Esta regla es certísima. Todas las veces que el espíritu te llamare á las meditaciones de Cristo crucificado, y te incitare á imitar su vida y á sacar doctrinas para ello, es espíritu de Dios conocidamente; pero el que te desviare y llevare por otros caminos, ó es instinto natural que huye lo penoso, ó diabólico que te quiere despeñar en el infierno. El espíritu de gracia recoge los pensamientos en la oración y enderézalos á unidad, á hacer uno nuestro espíritu con Dios. El instinto natural, al contrario, deja suelto el pensamiento, porque le es trabajoso recogerle. ¡Ay especulación dañosa! El que se rige por este instinto, estudia de hablar palabras raras, grandes, sutiles y que causen admiración en los oyentes. El espíritu divino aquéllo solo quiere y habla que más le sirve á sí y á los otros para la unión; y de aquí se saca una experiencia notable, que lo que se dice por el instinto natural, aunque lleno de facundia y elegancia, apenas es de provecho; es el fruto muy poco y raras veces se coge. Al contrario, lo que dicta el espíritu divino tiene eficacia y vida, y mueve y despierta y enciende el alma y la une con Dios. *Quo ibimus? verba vitæ æternæ habes.* (Ioan., 6). De aquí San Crisóstomo: Todas las palabras divi-

Pasión de Cristo meditada, utilísima.

Notable doctrina.

Palabras humanas sin eficacia y las divinas eficacísimas.

nas, aunque rústicas y sin pulicia, son vivas, porque allá dentro en sus sentidos tienen puesta la verdad de Dios, como está la sangre en las venas; y así vivifican y calientan y llegan á Dios al que las oye. Empero, las palabras seculares, que dicta el natural instinto ó compone el arte, porque no tienen en sí la virtud de Dios, aunque ingeniosas y elegantes, muertas son. Al fin este espíritu humano lo que busca es la gloria de los hombres, amigo de apariencias y que sepa el mundo que sabéis; y que no se esconda el talento, ni esté debajo del medio celemín la vela encendida. Y de aquí se sigue lo que dice el Apóstol (1 Cor., 8): La ciencia hincha. Otras señales da de sí este instinto natural, por donde le conocieron los Santos; la lección dellos te lo enseñará, que por ahora no quiero decir más.

§ III

Tibieza, y sus raíces y remedios.

Discípulo.—¿De qué nacerá en mí una tibieza grande y una desgana de aprovechar en el servicio de Dios, y un menoscabo ordinario en el ardor interior y fuego divino, que en otros tiempos te comuniqué que me comunicaba Dios?

Maestro. — De que te dejas llevar deste espíritu humano, porque el divino aumenta los conatos y esfuerzos de la gracia y hace crecer el alma cada día más. Y más has de advertir, que si, comunicándote el Señor algún buen concepto en la oración, le desmenuzas y adelgazas de manera que sólo el entendimiento se goce y ensanche, y haga grandes discursos sin que le quepa á la voluntad nada, sin que tome algún sabor y reciba aliento, el espíritu humano es el que te rige y gobierna, el cual huye cuanto puede de todo lo trabajoso, como dañoso para él, y aleja la mente y la hurta de los pensamientos mortificativos de la naturaleza, y la distrae y lleva á lo refrigerante. De donde le vienen al alma dos males grandes: el uno, diminución de fervor y deseo de aprovechar; el otro, extinción ó ahogamiento de la dulzura de la verdadera devoción. Y de aquí los pocos espirituales y contemplativos, porque son pocos los que sepan recoger sus pensamientos y ponerlos en cintura en la oración, y muchos los que vaguean en ella, llevados del instinto humano, que de todas maneras huye de lo que le puede fatigar. ¡Oh natural amor, cómo nos inclinas y doblas á nosotros mismos y huyes cuanto puedes, y por las vías que puedes, de la aniquilación! ¡Qué poquitos son los que permiten ser abstraídos y aniquilados en sus deseos y ser su afecto todo traansformado!

D.—Destos pocos quisiera ser uno.

M.—Huye del instinto natural, si no quieres dar en el diabólico carnal y de mundo, que estos todos se juntan contra el espíritu divino, para oprimirle ó estorbarle ó menoscabarle. Lo que yo quisiera ahora fuera referirte unas pocas de reglas que desta materia dejó escritas Serafino Firmano, Canónigo reglar, que en su tiempo fué uno de los hombres de más alta contemplación que hubo y de mayores doctrinas para la vida espiritual; pero considero que lo más de lo que él escribe se puede deducir con poco trabajo de lo que ahora habemos dicho y de lo que queda en los Diálogos pasados.

D.—Bien pudieras sumar en breves razones lo más sustancial, que en materia de espíritus, aunque se escriba mucho, parecerá poco, por la necesidad que hay de semejante doctrina.

Reglas para conocer el espíritu divino.

M.—Dice lo primero que Dios en sus obras se ha como la naturaleza, que comienza de lo poco para venir á lo mucho, y de lo imperfecto á lo perfecto; suele tener atención á las personas y á las edades; diferente saber comunica al viejo que al mozo, al principiante que al ejercitado en las cosas espirituales, al que manda que al que es gobernado por otro. El demonio procede al contrario:

Fervores se han de examinar.

ni guarda orden ni moderación; da unos fervores á los suyos sin tiempo, y en menos espacio de un mes los levanta hasta los excesos mentales y los hace profetas y milagreros (que no sé yo otro mejor nombre con que decirlo) y los mete en cosas semejantes, con que son admirables en el mundo. Pero ¡ay dellos!, que debajo deso que los hace gloriosos está el veneno de su falsedad y la ponzoña de sus consejos. Va Dios muy de espacio y mira el bien universal de la Iglesia y el particular del alma que visita, y lo que le da no se lo da para ostentación vana, sino para edificación propia y de todos. Las priesas del demonio son

Doctrina admirable.

grandes y los despeñaderos conocidos y ciertos. Señal de espíritu divino es seguir los sentidos aprobados de la Iglesia en las santas Escrituras, y del mismo es el humillarnos, y tanto más cuanto el aprovechamiento en la virtud fuere mayor. No tiene ojos para ver en sí cosa buena suya el verdadero humilde, y todas las considera, las que lo son, como hacienda de Dios, sin méritos propios. Por él concibe el alma juntamente temor grande y confianza grande; ésta nace de Dios, y aquél de nuestra propia enfermedad y pobreza. De aquí viene el deseo de padecer muchas cosas por Cristo, y aun esta es la piedra Lydia ó del toque en que se puede conocer el aprovechamiento de cada uno. El principiante, en las adversidades interiores ó exteriores luego al principio afligese y estréchase el espíritu, pero después lo lleva en paciencia y en descuento de pecados. El aprovechante, con dificultad sufre el trabajo luego que se ofrece; mas considerando sus frutos y provechos grandes se quieta y sosiega y alaba á Dios. El perfecto, así aspira á las adversidades como si fueran desposorios ó bodas, y aun llega á tenerse por indigno de tanto bien. Buen espíritu, el que nos enseña á fiar de Dios y á conocer su providencia en todas las cosas en pró de los que le temen y le aman; entra seguro en la batalla, si Dios le lleva á ella; y si no teme, que hay bien de qué. Deste espíritu es la piedad con los prójimos, aun en aquel tiempo que se hace justicia dellos; la devoción de los Santos, el amor á sus obras, el deseo de imitarlos, la veneración á sus huesos y reliquias, la estimación de sus hechos, y el buen concepto de los siervos de Dios y el afecto piadoso á ellos, del Espíritu Santo viene. Cuando enajenado de los sentidos, ó de otra manera, conocieres los secretos de Dios, su espíritu es tu maestro; señal es de su gran amistad, que á sus discípulos les dijo (Ioan., 15): No os llamaré ya siervos, sino amigos; porque os he manifestado los secretos que me comunicó mi Padre.

D.—¿Y es eso siempre así?

M.—No por cierto, que muchas veces nos podemos engañar; conjeturas serán todas las que diremos para conocer la verdad en tales ocasiones. La gracia ponga nuestro Señor, y la discreción y conocimiento de los espíritus.

§ IV

Conjeturas para conocer cuándo los excesos y revelaciones son de Dios.

La primera conjetura ó señal de que un exceso ó revelación es de Dios sea esta: Si el que así es visitado no se descompone con desusados movimientos, ni se golpea y maltrata, como los endemoniados suelen hacerlo, porque el Espíritu Sauto es artífice de moderación y de tranquilidad; y si alguna vez no pudiera ser señor de sí, porque la fuerza del ardor que le acomete es grande, si así se tiempla y modera que no hace ostentación de cosa alguna nueva y admirable en los ojos de los hombres, argumento es de buen espíritu. Por donde no puedo dejar de advertirte aquí que cuando vieres alguno que se arroba, y á este tiempo ó cuando vuelve en sí hace meneos feos, visajes y violencias penosas á la naturaleza, con bramidos y sangre de narices, ojos y boca, temas mucho que es obra del espíritu malo, y dese espíritu es la manifestación destas cosas en público, afectadamente y con elección hecha. Mucho desto hallarás en el segundo capítulo de los Cantares; y ahora te digo que estos arrobos que se hacen en la Corte, y en presencia de señores y señoras, los tengo por muy sospechosos y peligrosos. Son arrobos que á veces roban el aire popular. Son flaquezas de hombres que no pensaron llegar á ese estado, y llególos la vanidad, y el aplauso, y el provecho, y la opinión, y no sé qué más. El espíritu de Dios, dulce es más que la miel y el panal, y enemigo de varias ostentaciones, y amigo del rincón y soledad. El que quisiere enterarse de que digo verdad y que hablo con moderación, lea á San Juan Crisóstomo (Cris., hom. 28 in epis. 1 ad Corin., c. 12), que entre otras cosas dice así: *Dæmonis proprium est, perturbationem, furorem, et multam caliginem inducere, vel infundere: Dei autem illuminare, et prudenter edocere ea, quæ opus sunt* [1]. Y no condenó por esto lo que leemos, la turbación de Tobías á la vista del Angel (Tob., 12); y el desaliento y desmayo de Daniel (Dan., 20); y

Arrobos en Corte, para temerse.

[1] Propio es del demonio inducir ó infundir en las almas turbación, furor y mucha oscuridad; pero á Dios corresponde el dar luz y enseñar con prudencia lo que hace falta.

la caída á los pies del Angel, como muerto, de San Juan Evangelista (Apoc., 1). Y San Agustín refiere un milagro en una hermana suya (Aug., lib. 22 de *Civ. Dei*, cap. 8), que la sanó Dios con desmayo y caída en tierra. Y cuando hablaba á los antiguos, los espantaba con truenos, relámpagos, etc., porque los efectos mostraban la verdad de la visión, aparecimientos y salud del milagro; pero acá no hay eso. Habla poco de ti, y nunca digas: esto me ha enseñado Dios. Dios es el que dice esto por mí su siervo indigno. Esto manda Dios que hagáis, ó que os apartéis de tal ó tal cosa. El Espíritu Santo me ha movido. Él me guía en esta obra, etc. Y el hacer plaza de los regalos de Dios, tratar sin diferencia dellos, sin respeto á personas ni consideración á la gloria de Dios y edificación de los prójimos, es y fué siempre reprendido de los Santos. Los que esto hacen, más parecen tratantes de vanidad y revendedores de las cosas espirituales que secretarios de Dios y fieles apreciadores de sus misericordias. ¡Oh qué gran bien la moderación en el hablar! Dios me libre de embelesamientos, cuando se habla en materias devotas y de espíritu; de ojos vueltos en blanco y suspensos en el cielo; de suspiros tiernos y profundos, y aun de palabras tales: ¡Oh buen Jesús! ¡Oh amor mío! ¡Oh Señor de mi vida! te has de abstener, y de humildades demasiadas en lo exterior; y de todo aquello que te pueda hacer notable y señalado entre los demás. No te fíes de tu parecer en negocios de revelaciones; sigue el de los varones espirituales, y más el de tus padres y prelados si los tienes, porque el espíritu de Dios á lo que inclina y induce más, y principalmente, es á la obediencia á los mayores y á la conformidad con el parecer de los Santos. Grande argumento es del divino espíritu la paz y tranquilidad del corazón y una servidumbre nacida deste mismo espíritu, mediante lo cual el hombre se forma y acomoda todo al gusto y albedrío de Dios, muerto en sí su querer y propia voluntad. De manera que poniendo los ojos en lo que pasa en el mundo, y viendo sus desconciertos y desórdenes, aunque se debe doler y pedir el remedio á Dios, no debe turbarse ni inquietarse, sino reposar en Dios como en un altísimo ocio, remitiéndolo todo á su disposición. Suele el demonio causar en nosotros grandes inquietudes, y ahogarnos con nubes de pensamientos, y robarnos el tiempo en trazas, para el remedio de aquellas cosas que sólo Dios puede remediar. Tentación es de Satanás quererlo poner todo en orden á nuestro modo; y reprenderlo todo y avisarlo efectos son de su espíritu. Excusa cuanto pudieres el hablar del gobierno del mundo, si no quieres incurrir en dañosas murmuraciones y hacer juicios en tu daño. Huye, calla y reposa, dijo el Angel al santo Abad Arsenio, y eso mismo te digo yo á ti, y excusarás muchas caídas. Oye la voz de Dios con silencio y en lo íntimo de tu corazón, y si se te antojare alguna lengua que de fuera te habla y te revela, teme que el espíritu malo anda por ahí. A mí vino un religioso, que le hablaba en esta forma este malvado espíritu, y le decía muchas cosas verdaderas; pero yo le advertí que le engañaba el demonio, y que lo había de ver muy presto; y fué así, con harto daño suyo, porque le enredó en cosas y le ensució de suerte, que no se sufre escribirlo, ni es lícito pensarlo. El doctísimo Torquemada, en brevísimas razones, cifró esta materia de revelaciones y visiones, en un prólogo que hizo á las obras de Santa Brígida. Dice ser verdaderas: lo primero, cuando son aprobadas por el juicio y sentencia de grandes varones; lo segundo, por parte de los efectos, cuando en el ánimo de aquel á quien se hacen se aumenta la devoción, la humildad, la caridad y las demás virtudes; lo tercero, de parte de la materia, cuando en todos sus dichos se hallare verdad; lo cuarto, de parte de la forma, cuando hay conformidad con la santa Escritura; lo quinto, de parte de la persona, cuando es de vida aprobada y de conocida santidad. Lo demás te lo enseñará el Señor, si fueres humilde.

Modestia en las palabras que pueden servir á nuestra estimación, cuán necesaria.

Nota.

Paz del alma, señal del divino espíritu.

Lengua interior se ha de examinar.

Torquemada (prólogo in rev S Brigittæ) cifró la materia de las revelaciones.

§ V

Discípulo.—En mucho estimo esta doctrina, por la necesidad que hay della en el mundo; y aunque de suyo obscura y dificultosa, de manera la has dispuesto y ordenado, que espero será de gran fruto para todos

Maestro necesario en la vida espiritual, y sus calidades.

los que aman la verdad y el desengaño; pero digo yo, ¿cómo saber estas cosas sin maestro? ¿Cómo se puede caminar por senda de tan pocos seguída sin llevar quien nos guíe?

Maestro.—De muchos sabemos que fueron divinalmente enseñados, como lo advirtió San Gregorio (Greg., lib. 1 *Dial.*, c. 1): San Juan Bautista en el desierto, y Moisén apacentando su ganado, San Antonio Abad (Athanas, *in Vita S. Antonii)* y otros notables varones subidos á la alteza de la contemplación sin alguna enseñanza humana, de que Casiano trata y San Agustín. Pero, como dice San Gregorio en el mismo lugar, ordenólo Dios así para que lo veneràsemos, mas no para que lo imitásemos. Y así advirtió, y bien, Casiano (Casia., col. 14, c. 16), que pudiendo Cristo Señor nuestro enseñar por sí á San Pablo el camino de padecer, le envió á Ananías para que él le enseñase (Actor., 9). *Ne (inquit) quod rectum fuisset in Paulo, posteris malum præsumptionis præberet exemplum* [1]. Y el mismo Apóstol (Galat., 2), que por revelación supo el Evangelio, para nuestro ejemplo, se fué á Jerusalén á conferirlo con los Apóstoles sus antecesores. La conclusión de Casiano es que á ninguno que despreciare el magisterio de los padres, pudiendo dellos ser enseñado, le mostrará Dios el camino de la perfección; que en el Deuteronomio se escribe (Deut., 32): *Interroga patrem tuum, et annuntiabit tibi: maiores tuos, et dicent tibi* [2]. San Basilio alaba mucho la vida monástica (Basil., serm. de inst. monach., et Reg. sus. disput., c. 16.), por los maestros. Y San Jerónimo dice así á su amigo Rústico (Ieronimus, epis. ad Rust.): A mí me da gusto de que te estés y vivas en compañía de santos, y que no te enseñes y guíes tú á ti mismo, ni entres por esé camino poco trillado sín doctor; por que no te sea forzoso luego al principio declinar á una ó á otra parte; y habiendo de caminar de espacio, camines á priesa, y siendo necesario el apresurarse, te detengas y te duermas. Y San Bernardo (Bern., epist. 87): El que á sí se elige por maestro, hácese discípulo de un maestro necio. San Vicente, en un tratado que compuso de vida espiritual, díjo: Que nunca comunicará el Señor su divina luz y gracia al que, teniendo maestro que le guíe en el camino de la perfección, tuviere en poco su enseñanza y magisterio. El camino de la obediencia es camino real, que lleva á los hombres sin lastimarse los pies á lo sumo de la escala á donde Dios se halla y aparece reclinado. Es tan conforme á razón esto, que ninguna necesidad tiene de probarse. Para saber un aprendiz cortar un vestído busca maestro, siendo cosa de suyo fácil, y sin él nunca alcanza á ser oficial; y si por sí quisíere cortar la seda ó paño, haría muchos yerros y lo perdería todo Para la Teología mística, ciencia secretísima y altísima, ¿no es necedad é ignorancia grande decir que no es necesario el maestro? No se pierde paño errando, ni el trabajo de un día, sino, como dice Casiano, (Casi., coll. 21, c. 11), la vida del alma, que perece para siempre. Gran cosa es, para no pecar licenciosamente, haber de manifestar mis secretos todos al padre espiritual, el cual conviene que sepa lo que pasa interiormente en el corazón de su discípulo. San Atanasio (Atha., in *Vita S. Antonii*) refiere grandes cosas de San Antonio Abad, el cual solía decir á sus monjes: Gran camino para la virtud descubrir todos los pensamientos del alma á sus hermanos, porque ninguno se atreverá á pecar que sepa que ha de referir á otro su pecado y pasar confusión y vergüenza contando lo que ha hecho. La perdición del monje está en regirse á sí, despreciados los consejos de los padres (Casi., coll. 2, c. 11). Tiene el demonio gran derecho á los que huyen del maestro, y más cuando corre tiempo recio y el fervor del espíritu se apaga en nosotros. Son como ayos los padres espirituales, los cuales el demonio aborrece y teme mucho, como lo dijo Salomón (Prov., 11-15): *Odit tutelæ, et cautionis nomen malignus (Vulgat.: qui cavet laqueos, securus erit)* [1]. Como huye el deshonesto mancebo, que persigue á la recogida doncella, que sus padres sepan sus pretensiones y malos tratos, porque sabe que se los han de impedir y estorbar, así teme Satanás de que vos comuniquéis con vuestro maestro y padre espiritual sus malvados consejos, con que quiere derribaros y llevaros al infierno. Fuera desto, los poco experimenta-

(1) Para que lo que hubiera sido bueno en San Pablo no engendrase malos ejemplos de presunción en los venideros.

(2) Pregunta á tu padre y te dará noticias; consulta á tus mayores y te enseñarán.

(1) El maligno aborrece el nombre de tutela y fianza; lo cual vierte nuestra Vulgata así: El que evita los lazos estará seguro.

dos pocas veces dejan de ser extremados en sus cosas, y dificultosísimamente atinan con el medio en la virtud, el cual buscaron y tuvieron los bienaventurados; y no lo fueran, si no atinaran con él. Y aunque no tuvieran otra necesidad de maestro los nuevos sino ésta, bastaba para procurarle tal obedecerle y seguirle. Cuanto más que la sujeción y rendimiento al maestro y padre espiritual, por amor á Dios, es de tan gran mérito, que por ella se hace Dios maestro del maestro, para que ni yerre en sus consejos, ni falte en las dudas que se le ofrecieren al discípulo. Y yo tengo por muy cierto que una de las cosas que sustentó en grande perfección y reformación por mucho tiempo algunas religiones y congregaciones fué el cuidado de los súbditos en manifestar á los maestros y rectores todos los secretos del corazón. Y el querer ya todos regirse por sí, y que nadie sepa ni entienda sus pensamientos y designios, ni las tentaciones del enemigo, es un mal tan grande, que aunque quiera pintarle como es no acertaré. Creo que es la total destruición de la vida espiritual, y de donde nace haberse ya convertido la santidad sólida y maciza en solas exterioridades y en ocupaciones, que aunque buenas y en beneficios de prójimos no sé qué tan limpias del polvo de lo temporal. ¡Oh siglos dorados, aquellos, digo, en los cuales ni un pensamiento escondían los súbditos á sus prelados, y á sus maestros los discípulos!

D.—¿De dónde nace no hallarse en estos tiempos un maestro que lo sea con la satisfacción que se hallaban tantos en tiempos pasados?

M.—De que no hay uno que á derechas quiera ser discípulo.

§ VI

Maestro espiritual qué calidades ha de tener.

Discípulo.—¿Qué condiciones ha de terner el que ha de ser guía de los que caminan á la perfección y tratan de oración y recogimiento?

Maestro.— No lo sabré decir ni como lo siento ni como lo sintieron y escribieron los Santos. San Basilio le dibujó en muy pocas palabras, pero con vivísimos colores: Que sea, dice, adornado de todas las virtudes; que todas las acciones de su vida den testimonio que tiene en sí la caridad de Dios; que tenga ciencia de las letras divinas; que sea varón entero y en nada distraído; que aborrezca de corazón la avaricia y codicia de las cosas temporales; que no se entremeta con gusto y por su voluntad en negocios y ocupaciones temporales y del siglo; que sea quieto, amante de Dios, cuidadoso de los pobres, no airado ni vengativo; que olvide fácilmente las injurias, naturalmente inclinado á enseñar á los que á él acuden; que no le hinche la gloria vana, ni le levante la soberbia, ni le quebrante la adulación: severo y constante, y que ninguna cosa acerca dél se anteponga al amor de Dios. Y añade el santo Doctor, como por el epílogo de muchas cosas que al propósito ha dicho: *Si te viro credideris virtutibus multis instructo, sine dubio, omnium quœ in ipso bona fuerint, hœres remanebis; œque et apud Deum, et apud homines beatissimus iudicaberis:* Si te entregares á un maestro experimentado y perito en las virtudes, sin duda ninguna serás heredero de todos los bienes que hay en él; y acerca de Dios y de los hombres serás tenido y juzgado por muy dichoso; pero si le buscares acomodado á la conversación de tu cuerpo, que disimule contigo y se vaya á tu paso, siga tus inclinaciones y canonice tus relajaciones y apruebe tus acciones todas, haz cuenta que hallaste un ciego que al cabo dará consigo y contigo en el infierno. Hasta aquí San Basilio. Y aunque te pudiera desmenuzar esta doctrina y añadir muchas cosas de San Gregorio, San Bernardo, Casiano y otros padres, no lo quiero hacer por ahora, porque no es de mi propósito enseñar á los maestros, sino á ti, Deseoso, que de tantas maneras me tienes obligado á que contigo haga oficio de maestro, no mereciéndole de buen discípulo.

D.—Como tú me quieras gobernar, no se me da nada de saber más en esta materia, porque la satisfacción que tengo de que me tienes conocido y sabes cómo has de tratar mi espíritu y gobernar mi vida no me deja pensar que pueda haber cosa que mejor me esté.

M.—Siempre hago lo que puedo, y el deseo de tu aprovechamiento me quita muchas veces el sueño y me pone en cuidado de leer los Santos; porque en estos ejercicios de perfección hay grandes dificultades, y deben los que gobiernan almas vivir con grande cuidado y recato, porque los enemigos de nuestra salud no duermen ni descansan en nuestro daño. Es necesario conocer el maestro la condición

del discípulo, sus inclinaciones y todo el estado de su ánima, como el médico que ha de sanar al enfermo la raíz de la enfermedad, sus calidades y la razón de su cura; porque ignorando el uno y el otro esto, que es de su oficio, en vez de dar salud á sus enfermos, los matarán, cada cual al suyo, miserablemente. El trato con Dios continuo y perseverante del maestro importa mucho al discípulo, porque de allí recibe luz para los dos, de manera que es enseñado para enseñar. Ore, gima, pida con suspiros la salud del alma que tiene á su cuenta, porque de Dios ha de salir y se le ha de comunicar al maestro lo que hubiere de ser de provecho para el discípulo.

D.—Pues Dios ha querido que tú lo seas mío, deseo que me desates algunas dudas en lo que nos queda de día, y lo demás que hace al cuarto estado trataremos cuando fueres servido.

M.—Pregunta lo que quisieres.

D.—Para aprovechar en los espiritules ejercicios, ¿qué cosas se requieren?

Para el aprovechamiento espiritual qué cosas se requieren.

M.—El aprovechamiento del espíritu es don de Dios, como la perseverancia, si acaso no son una misma cosa; lo cierto es que, si son dos, nunca se apartan, y aunque uno y otro se nos da sin méritos propios nuestros, por sola la bondad y clemencia divina, como lo dió á entender Cristo á sus Apóstoles, diciéndoles (Ioan., 15): Yo os escogí para que fuésedes, conviene á saber, creciendo de virtud en virtud; y para que llevásedes frutos que permanezcan, todavía se requiere de parte nuestra diligencia, solicitud y cuidado; que por eso los latinos llamaron á la ocupación religiosa de la oración y vida perfecta ejercitación ó ejercicio espiritual, porque se ejercita el alma en las virtudes y en mortificar su carne y pasiones todas. *Deponentes igitur,* dice San Pedro (I Pet., 2) *omnem malitiam, et omnem dolum, et simulationes, et invidias, et omnes detractiones, sicut modo geniti infantes, rationabile, sine dolo, lac concupiscite; ut in eo crescatis in salutem; si tamen gustastis quoniam dulcis est Dominus.* Dos cosas manda aquí el Apóstol santo: La primera, que dejemos y depongamos toda malicia, engaño, disimulos ó fingimientos, invidias y detracciones. Mírese lo que costará esto, y si es menester ejercitarse el que desea aprovechar en las virtudes que se oponen á estos vicios. Lo segundo, y que importa mucho para este crecimiento, es que como niños acabados de nacer deseemos y hambreemos y busquemos los divinos pechos y la leche de la doctrina evangélica; lo cual no pueden hacer perfectamente los que no han gustado en alguna manera la suavidad de Dios, que es la que atiza el deseo y despierta la hambre y nunca consiente ociosidad en el alma. Digo, que para aprovechar en la vida espiritual, según el parecer de los Santos, lo que más importa es una grande voluntad y una continua ejercitación de los sentidos y potencias del alma y del cuerpo. No faltéis á la gracia, dijo el Apóstol (Heb., 11), porque, aunque tan poderosa, quiere nuestras manos y nuestra industria; porque no hace fuerza á nuestra voluntad, ni obra con alguna violencia. Dígote que el deseo de aprovechar ha de ser grande y continuo, y que jamás has de pensar que has llegado á tanta perfección que no puedas crecer más. El principio desta carrera, que así la llamó el Profeta Santo (Psal. 113), es la renovación ó novedad de vida de Cristo, y el deseo de perseverar hasta el fin. El término es la perfección en la celestial bienaventuranza. Los pasos y aprovechamientos son los inflamados deseos y estudios de las virtudes y ejercitaciones continuas del alma y cuerpo en la piedad cristiana. El que se contenta y para en el primero grado, y no procura pasar adelante, ocioso es; y si piensa que alcanzó la perfección, soberbio es; y no crece, sino descrece y vuelve atrás. De manera que estas cosas repugnan entre sí: correr, y estar detenido en el camino de la virtud. Ni puede ser que pase adelante y aproveche el que piensa que ha llegado. O, al contrario, que alcance la perfección en algún tiempo el que no cuida y trabaja por no parar en su carrera. Las palabras de San Bernardo al propósito son elegantísimas (Bern., epist. 154): ¿No quieres aprovechar? Luego quieres desfallecer y faltar en lo comenzado. No, dices, quiero eso, sino vivir de manera que en el estado en que me hallo persevere; ni sufro empeorarme, ni deseo mejorarme. Lo que te sé decir es que quieres lo que no puede ser. Trae al propósito aquella visión de la escala de Jacob, el cual vió ángeles que subían y bajaban, pero ningunos entretenidos ni parados; todos subían ó bajaban. En lo cual se

El que no camina adelante vuelve atrás.

nos daba á entender que entre el subir ó bajar, mientras se vive en el destierro, no se da estado medio, sino que como nuestro cuerpo ó va creciendo ó descrece, así nuestro espíritu es necesario que aproveche ó fuerza que vuelva atrás. San Agustín dice desta manera (Aug., in ps. 69): Si dijiste justo soy, bástame eso, no he menester más, quedástete en el camino y no pudiste llegar al término y fin de tu jornada. Adonde dijiste basta, allí te quedaste como pegado. El Apóstol, como olvidado de lo pasado, se extendía y estiraba y corría, como el galgo tras la liebre, á lo por venir, y no le parece que ha comprendido; ¿y tú quieres, estándote quedo, persuadirte á que eres perfecto? Más quiero que sepas: que si de su naturaleza tiene el deseo no quietarse hasta llegar á la cosa deseada, si el principiante desea como ha de desear, nunca para su deseo hasta que llegue á la felicidad eterna, adonde tan solamente se halla perfecta hartura y quietud. Corra, pues, el deseo, arda, inflámese, levante llamaradas, y cuanto más se acercare al bien deseado, más procure encenderse. Que no por otro fin dilata Dios el cumplimiento de los deseos de los justos, sino porque crezcan más y más se dilaten. *Desiderium eorum, ait Augustin* (Aug., in ps. 83), *differtur, ut crescat, crescit ut capiat; non enim aliquid parum daturus est Deus desideranti, aut parum exercendus est ad capacitatem tanti boni; non aliquid Deus, quod fecit, daturus est, sed se ipsum, qui facit omnia. Ad capiendum Deum, exercere; quod semper habiturus est, diu desidera* [1].

§ VII

Consejos para el aprovechamiento espiritual.

Para el aprovechamiento espiritual dan los padres San Gregorio (Gregor., lib. 22 *Moral.*, c. 20), y San Agustín dos consejos: el primero, que siempre nos parezca que comenzamos hoy, como lo hacía nuestro padre San Francisco que decía á sus compañeros: Hermanos, comencemos á servir á Dios. El segundo, que nunca desmayemos, aunque nos parezca que no alcanzamos lo que deseamos. *Ipsa est perfectio hominis (inquit Aug.) invenisse, se non esse perfectum.* Y San Bernardo dice que el incansable conato y diligencia de aprovechar en la perfección se reputa por perfección; y el trabajar por ser perfecto es haberlo alcanzado. Muchas cosas hay que nos despiertan y provocan y encienden para este aprovechamiento. La primera, la voluntad de Dios, declarada en la santas Escrituras. *Vt sitis perfecti et integri, in nullo* [1] *deficientes* (Iacob., 1). *Sancti eritis, quoniam ego sanctus sum* (I Pet., 1) [2]. *Contendite intrare per angustam portam* (Luc., 13) [3]. *Regnum cœlorum vim patitur* (Matt., 11) [4]. La segunda, el gozo de las ánimas de los justos, y el contento de los ángeles. Lo tercero, y más principal, el deseo de nuestro Criador, que nos crió para sí y nos desea medrados y aprovechados en su servicio, y adelantados en los eternos premios. Lo cuarto, el ejemplo de Cristo, que salió como gigante á correr su carrera, y nunca paró en ella (Psal. 8). *Sic currite, ut comprehendatis* (I Corint. 9). De San Antonio Abad cuenta San Atanasio en su vida, que solía decir: *Hoc sit primum cunctis in commune mandatum, nullus ut in arrepti propositi vigore lacescatur.* Este mandamiento es para todos en común, que ninguno vuelva atrás ni se canse en el vigor del buen propósito con que comenzó (Prov., 4). El camino ó la senda, esto es, el estudio ó manera de vida de los justos, procede como la luz resplandeciente, y crece hasta el perfecto día. Lo cual se dice del ánima santa en los Cantares (Cant., 6) por las tres comparaciones del alba, de la luna y del sol: ¿Quién es ésta que procede y va creciendo como el alba en los principios, como la luna en el estado medio y como el sol en los perfectos y consumados en toda virtud? Y no digo más destos crecimientos, por haber dicho mucho en la declaración deste lugar de los Cantares. Sola una cosa te diré para rematar esta plática, en que me he detenido más que en otras:

[1] Dilata Dios el cumplir los deseos de sus siervos para que crezcan más y creciendo se hagan más capaces de recibir; supuesto que no es poco lo que Dios ha de comunicar al sediento de su bondad, no debe ejercitarse en pocas cosas para que se haga capaz de tanto bien. No tiene que darle Dios solo algo de lo que creó sino á á sí mismo. Ejercítate, pues, para recibir á Dios, que justo es desear largo tiempo á quien eternamente hemos de poseer.

[1] El impreso dice *in illo*, errata que sería herejía, pues nos exhorta San Pedro á que «seamos perfectos y acabados sin desfallecer en nada».

[2] Seréis santos porque yo soy santo.

[3] Trabajad por entrar por la puerta estrecha.

[4] El reino de los cielos exige violencia.

que de las cosas que aprovechan mucho para la medra espiritual, es una la recta intención de que todos los Santos han hecho mucho caso y yo tengo dichas grandes particularidades en la *Conquista del Reino de Dios* y en el primero tomo de la *Consideración de los Cantares.* En aquella escala de que poco ha hice mención, por donde subían y bajaban ángeles (Gen., 28), como fin y remate estaba Dios, para que en aquel ejercicio de subir y bajar en solo Él se pusiesen los ojos. Los que bajaban, bajaban de Dios; y los que subían, subían á Dios, porque es el principio y el fin en las acciones todas de los justos. Y así se llama en el Apocalipsis alpha y omega, principio y fin. Manchan y deslustran el resplandor de nuestra intención algunas cosas: La primera, el amor propio cuando obramos ó nos movemos á obrar por no incurrir en tales ó cuales inconvenientes ó daños, así de la vida presente como de la futura: pobreza, enfermedades, persecuciones, muerte temporal, las penas del infierno y el fuego del purgatorio, etc. El que desta manera obra, dice San Agustín (Aug. in Ps. 127), es llevado del temor servil, y las acciones, por otra parte ilustres, las despoja de su naturaleza y las hace viles y vulgares. Y los que ponen los ojos en los premios temporales cuando se ponen á obrar virtud, no merecen nombre de espirituales ni de aprovechantes en ella. La segunda peste de las buenas obras es la vanagloria ó amor de alabanza. Yo digo muchas veces, cuando comienzo alguna obra del servicio de Dios, aquel versito del salmo 118: *Averte oculos meos ne videant vanitatem;* porque no mire como á blanco y fin de mi obra la vanidad. San Agustín dice que no prohibe Cristo el obrar bien delante de los hombres absolutamente, sino en cuanto ponemos el fin de nuestra obra en las alabanzas dellos; de manera que habiendo de ser la gloria de Dios el fin, sea la vana de los hombres. *Hoc si quœris* (dice) *ut glorificetur Deus, noli timere, ne videaris ab hominibus, etiam sic intus est eleemosyna tua in abscondito, ubi solus ille est, cuius tu gloriam quœris, te videt hoc quœrere* (Serm. 27 de Divers.). Si yo doy limosna, ó me pongo en oración ó ayuno, con fin de agradar á solo Dios, aunque me vean los hombres, en escondido se quedan estas obras, porque sólo se halla en ellas aquél cuya gloria yo busco. San Gregorio dice que luego en el principio de nuestras acciones debemos escudriñar y examinar los motivos que tenemos en ellas, y enderezarlos á Dios; y si se ofreciere alguna ocasión de alabanza humana, rendirlo todo y enderezarlo á la gloria del Criador; como lo hacía nuestro padre San Francisco, del cual canta la Iglesia: *Quidquid in rebus reperit delectamenti, regerit in gloriam factoris* [1]. Lo que echa el sello á esta materia es lo que hace nuestra intención deiforme, y sin sospecha de mal, conviene á saber, ponerla en Dios de manera que ni á la gloria celestial nos divertamos. Debemos mirar, dice San Agustín (Aug., serm. 38, lib. 50; Ser. 32 de tem., c. 4), que no amemos á Dios tanto por el premio cuanto por sí mismo, porque cualquier otra cosa que te diere, menos es que El mismo. Sírvele, no de gracia, porque te dé alguna cosa; sírvele de balde, y daráte á sí mismo. Y en otra parte dice: Ni aquello que por gran cosa te da Dios lo antepongas á El que te lo dió, porque ¿qué premio más dulce puede dar Dios que dándose á sí mismo? Y San Juan Crisóstomo llama voz descompuesta (Chris., li. 2 de cop. cord.) y desvergonzada la de aquel que para obrar bien pregunta por la paga; y dice que no es voz de hijo, sino de mercenario. Criado para servir á tu Dios y para agradarle ¿buscas y tratas de intereses? Si mereciste hacer alguna cosa del gusto de Dios, ¿buscas fuera desto premio alguno? Tu premio, tu merced y tu interese ha de ser contentar á Dios y agradarle en lo que hicieres; y si otra cosa buscas, verdaderamente ignoras cuán grande bien sea éste. ¿No sabes que la merced crece y se hace mayor cuando sin esperarla sirves á Dios? Amémosle, pues es justo amarle; porque verdaderamente esta es la gran merced, este es el reino de los cielos, este el verdadero deleite, y las delicias y gloria, y la luz y la bienaventuranza infinita.

Nuestra intención manchan algunas cosas.

§ VIII

Discípulo.—Con lo que has dicho aquí y dijiste en la *Conquista*, me doy por muy contento, porque en materia de intención no sé si se puede desear más. Sola una cosa

[1] «Lo que halla de contentamiento en las cosas, lo dirige á alabanza del Criador».

Tibieza, gran mal, y su remedio.

querría saber de ti, y tengo grande necesidad de saberla, y de remedio que lo sea; conviene á saber: cómo me libraré de una tibieza que padezco y de un decaimiento tan grande, que apenas hallo gusto en cosa que hago; ni tengo ánimo ni aliento para cosa buena y de perfección.

Maestro.—Esa es una cantera de que no podremos salir con la facilidad que tú piensas. Yo llamo tedio espiritual á esa enfermedad que causa uno como sueño en el alma, de que el Profeta santo dijo (Psal. 118): *Dormitavit anima mea præ tædio.* Es una pobreza de espíritu, una flaqueza y esterilidad del alma y una disposición para vomitarnos Dios, si ya no nos tiene vomitados (Apoc., 3). San Bernardo pinta el estado de los fervorosos (Ber., ser. 6 de Ascen.) primero que llegue á tratar del de los tibios, para que se conozca mejor la diferencia entre ellos y se procure con mayor cuidado el remedio á tan peligrosa enfermedad. Podrás advertir, y hallarás casi en todas las religiosas congregaciones, varones llenos de consolación, sobreabundantes de gozo, alegres siempre y festivos, fervorosos en espíritu, meditando de día y de noche en la ley de Dios, mirando á menudo y con frecuencia al cielo y levantando las manos limpias en la oración; solícitos observadores de la conciencia, seguidores devotos de las buenas obras, á los cuales la disciplina es amable, el ayuno dulce, las vigilias cortas, el trabajo de manos deleitable, y todo el rigor y austeridad de vida refrigerio. Al contrario, verás muchos pusilánimes y remisos que desfallecen con la carga, necesitados de vara y espuelas; alegres con remisión, y tristes con pusilanimidad; sin devoción la obediencia, su plática sin circunspección, cuya oración sin intención del corazón, lección sin edificación propia; á los cuales apenas detiene el miedo del infierno, ni modera la vergüenza, ni enfrena la razón, ni compone la regular disciplina. Hasta aquí San Bernardo. El gran Casiano dice que la tibieza es hija de la accidia, y que los tocados desta peste están sujetos á infinitos males; y hace una letania dellos tan larga, que quisiera pasarme sin escribirla por no espantar á los lectores, y más si están sujetos á esta bestia fiera. Mira bien en ello, hijo Deseoso, y hallarás en ti, si has dado en esta roca, los daños que se siguen: Aborrecerás el lugar adonde moras, cansarte ha la celda, despreciarás y tendrás en poco los hermanos con quien vives. Perezoso en el obrar, negligente en la lección de los libros sagrados, desperdiciador del tiempo, por el convento vago, suspirando y gimiendo, pareciéndote que no aprovechas adonde estás, con opinión de que en otra parte te aprovecharás y serás á otros de más provecho. Tus deseos serán de ganar almas y trabajar en la viña del Señor, olvidada y desamparada la propia. Amarás los conventos más apartados, aborrecerás la disciplina á que estás sujeto; hallarte has impaciente con el ayuno, soledad y oración, y con otras cualesquiera obras de mortificación y penitencia; procurarás sueño largo, visitas y conversaciones infructuosas, peregrinaciones remotas y sin provecho, familiaridades peligrosas, y siempre ansiando por los deudos según la carne. ¡Oh malvado espíritu! engendra en el alma perturbación grande y en la mente confusión y tinieblas, fuentes conocidas de todos estos males. El mismo Casiano, en diversos tratados (Casia., lib. 12, c. 25, 26, 27), atribuye á la soberbia esta turbación del corazón y oscuridad de la mente, y pone más de veinte señales para conocer este vicio que cuanto más crece en el alma menos luz le deja y con mayor dificultad se conoce, y buscando la causa desta soberbia, dice que es la tibieza con que al principio renunciamos el siglo, que no permite que del tumor y hinchazón mundana decendamos á la humildad verdadera de Cristo. En la Collación 3, c. 5, pone algunos indicios y señales del hombre tibio y desta insensibilidad tan perniciosa, que, por parecerme su conocimiento importantísimo, las referiré aquí. El tibio ora sin atención y sin fervor de espíritu; medita las cosas divinas sin sentimiento interior, sin afecto y sin fruto; apártase dificultosamente de los coloquios y conversaciones inútiles, trato y compañía de los hombres del siglo; vuélvese cansadamente y con pesadumbre á sí mismo, y pocas veces recoge su pensamiento destraído á su corazón. Cuando examina la conciencia y considera su vida, hácelo de paso y como por cumplimiento, sin compunción y sin propósito de enmienda. De buena gana se derrama por las cosas exteriores, no con deseo del bien del prójimo, sino de aliviar su cansancio y tedio espiritual. Consuélase con los alivios buscados en las criaturas y con los pensamientos vanos y

sin provecho; libremente habla de los dichos y hechos de los otros, y con facilidad reprende y censura á todos. Sufre pesadamente la disciplina regular, si es religioso, y lleva con molestia la corrección y amonestación que en otro tiempo le solía ser sabrosa y de buen gusto. Siempre aspira á la vida ociosa y huye de los trabajos provechosos y en beneficio de las almas, y permite que el celo dellas se enflaquezca y muera en él, que es una gravísima culpa, especialmente en aquellos á los cuales les son cometidas y deben cuidar dellas. Si obedece á los mayores y padres espirituales, es con hastío, con desgana, tibia y fríamente. Desea ser honrado de los hombres y que le amen y estimen, y deleítase con los halagos y ternezas, y á veces con las lisonjas. Piensa que ya se le debe el descansar de los trabajos y la inmunidad de que los demás carecen, y gózase de verse jubilado entre todos. Y si estas cosas parecieren pocas ó de poca importancia, pésense bien las que se siguen. Resfríase en el uso de los Sacramentos y no los frecuenta como solía; no oye los sermones ni lee los libros devotos y doctrinales; y si alguna vez lo hace, es con tedio, cansancio y enfado. No huye las ocasiones de los pecados como solía, porque fía mucho en sus fuerzas; temeridad grande y desconocida soberbia, que sin entenderlo le lleva al despeñadero del infierno. Todo es tratar de su regalo y de su comodidad, olvidado de la penitencia que con mucho gusto en otro tiempo abrazaba. Revuelve en su memoria las costumbres antiguas y la felicidad de los mundanos, y llega desta manera á tanta ceguedad de alma, que los deleites y las delicias que de antes le parecían sueños, como lo son, no le desagradan, antes le comienzan á dar gusto y á parecerle bien y desearlos como bienes. No advierte ni mira en las inspiraciones y divinos instintos, con que interiormente es estimulado á la vida rigurosa y severa; antes los disimula como si no los sintiese ó los dilata para tiempo más á propósito; y aun lo que peor es, llega al desprecio dellos. Aprueba los buenos consejos de sus padres en presencia, pero ausente, con el hecho los condena; y cuanto puede se hurta de su gobierno y disciplina. En esta tibieza andan también aquellos que, siendo obligados á la perfección por razón del estado, no atienden á ella, ocupados muchas veces en los estudios de letras humanas ó divinas, ó en otros oficios de autoridad y de honra y de temporal provecho. Pero ¿qué guerra padecen de pensamientos que los condenan allá dentro y los acusan sin cesar? Mas ellos se enmiendan pocas veces, porque ellos buscan razones con que sustentarse en sus ejercicios sin escrúpulo, aunque no podrán sin nota de tibios.

§ IX

Remedios contra la tibieza.

Discípulo. — Bien dijiste cantera, y si se acabase en mí, habría yo tenido muy buena suerte; pero dígame, mi maestro, si se hallará algún remedio á mal tan grande, manantial y fuente de tantos.

Maestro.—Muchos padecen y muchos tratan del remedio, y pocos he visto remediados. Palabras son de San Bernardo las que aquí referiré, asegurándote que cuando las leí quedé como atónito y fuera de mí, temeroso de mi perdición. Levantémonos, dice, todos los que en esta enfermedad estamos, reparemos el ánima, recojamos el espíritu, despidiendo de nosotros la perniciosa tibieza; y si no porque es peligrosa y á Dios le suele provocar á vómito, porque cierto es molestísima, llena de miseria y dolor y muy cercana al infierno, y con razón llena de sombra de muerte; y si buscamos las cosas que son de arriba, procuremos tomar algún sabor en ellas y gustarlas. Pero ¡ay del que no siente su tibieza, que de sólo Dios le puede venir la cura!

D. — Miserabilísimo estado es el de los tibios.

M.—No pueden estar mucho tiempo quietos, porque los fatigan y desasosiegan mil pensamientos y escrúpulos; y el mismo tedio, cuando no hubiera otro que los molestara, los consumiera y acabara las vidas: y es esta singular providencia de Dios para que, conociéndose los desaventurados forzados de su propio mal, procuren el remedio. San Bernardo pinta una como guerrilla en los corazones de los tibios entre el entendimiento y el afecto.

Guerra de los tibios.

Ojalá, dice, estas cosas, como advierten y amonestan al entendimiento, muevan el afecto; no haya adentro contradicción amarguísima y división molestísima en cuanto de aquí somos llevados á lo alto, y de allí derribados y arrastrados á lo bajo, llevados del entendimiento y

conocimiento y atraídos y supeditados del afecto y tibieza. Hasta aquí San Bernardo.

D.—Tratemos ya del remedio.

M.—El primero es que conozcas la enfermedad tan peligrosa y tan para temerse, que de ahí te nacerá deseo y ansia de librarte della; para que hace mucho al caso el médico espiritual diestro en estas materias, al cual el enfermo se debe cometer todo y ponerse en sus manos, y manifestar su corazón y su vida toda, como se comete un niño y se deja en las manos de su preceptor, para que quite y ponga en él lo que quisiere. Y creéme, y todos me crean los que se hallaren tocados desta enfermedad, que el mejor camino para sanar es éste, porque suele nuestro Señor, por la resignación humilde y simplicidad con que se obedece al maestro, despertar y encender el fervor que en nosotros tiene apagado y muerto la tibieza y soberbia. Y por que codicies más el verte sano y fuera dese peligro, te quiero decir brevísimamente los que se pueden temer en tal estado. El primero, y que se ha de llorar mucho, es la reincidencia en los mismos pecados en que nos vimos caídos antes de nuestra conversión á Dios; porque si los malos hábitos que quedan en nosotros después de convertidos con la continua abnegación no se deshacen y de raíz se arrancan, cierto es que nos volverán á sujear y que moriremos, como dicen, á manos de enemigos muertos. Otro peligro es, no menor que éste, que si nos volvemos á los pasados vicios, nos ponemos en riesgo de perder el fruto de la buena vida pasada, cayendo en otros de nuevo. Y no es menor peligro el que consideró San Gregorio (Gregor., in *Pastoral*, c. 35), conviene á saber: volver atrás no creciendo. *Si enim, inquit, quod videtur gerendum, solicita intentione non crescit, etiam quod fuerat bene gestum, decrescit* [1]. Compara nuestra ánima en el mundo con el navío que camina agua arriba, que no pudiendo estar parado en su lugar, es fuerza que no subiendo vuelva para abajo. Al fin, si no se gana, como ya dijimos, se pierde. Que por ventura es lo que Salomón dijo (Prov., 18): *Qui mollis est et dissolutus in opere suo, frater est sua opera dissipantis.* El muelle y remiso en sus obras es hermano del que destruye lo que tiene edificado y ganado. Casiano dice (Cas., coll. 6, c. 17) que el tibio é insensible está en grande peligro de caer de caída más peligrosa; y aunque parezca que está lejos, será cierta si no echa de sí esta tibieza. Y alega aquel lugar de los Proverbios, adonde el Sabio dice que al quebrantamiento y peligrosa caída precede el descuido y el pensamiento malo. Y compara esta caída espiritual á la de la casa, que nunca se cae con repentino ímpetu, sino ó por falta de cimientos en su primera fundación, ó por el descuido largo de sus moradores, que no miran en una ni en dos goteras, y poco á poco se va empapando en agua y con las lluvias grandes del invierno se llueve toda y viene al suelo. *In pigritiis enim humiliabitur contignatio* (Eccl., 10). Por nuestro descuido y pereza, viene al suelo el maderamiento de la casa. *Et in segnicie manuum stillabit domus*, y por no sacar las manos hay goteras en ella. Y Salomón (Prov., 7): Las goteras echan al hombre de su casa en el día lluvioso del invierno. Llama este gran Padre gotas menudas los irritamientos pequeños de las pasiones, que no haciendo caso dellos en el principio ni mortificándolos, corrompen poco á poco las vigas y armadura de las virtudes y introducen grandes lluvias y aguaceros de vicios, para que en el tiempo del invierno de la tentación diabólica la mente sea deturbada y alanzada de su posesión. Lo que á mi parecer se ha de temer más en este estado, es el peligro de nunca salir dél, que es condición suya al que una vez traga no soltarle para siempre. El que está en pecados, dice San Gregorio (Greg., Past., 3 p., c. 35), no pierde la confianza de convertirse; mas el que después de convertido se entibia, la esperanza que podía tener como pecador se le quitó por la tibieza. Casiano tiene por más peligroso el estado de los tibios, que el de los fríos (Cas., coll. 4, c. 19). Voz es del tibio: Rico soy; de nadie tengo necesidad; y no sabe el necio que es mísero y miserable, ciego y desnudo.

Remedio contra la tibieza é insensibilidad.

D.—¿Y el remedio?

M.—Dios le puede poner, que yo no sé otro del que te he dicho. Pienso que sería de importancia volver á los enfermos deste mal á la cartilla.

Segundo remedio de la tibieza.

D.—¿Qué llamas cartilla?

[1] «Porque, dice, si lo que parece debe hacerse no se aumenta con intención cuidadosa, aun lo que se había obrado bien se menoscaba».

M.—A los ejercicios de los principiantes, que por la humildad y conocimiento, sujeción y obediencia, suele nuestro Señor acudir con su espíritu principal ó liberal (Psal. 50: *Hebrei spiritu principe, seu liberali*) y desterrar del alma la tibieza, y darle sentido y vida, fervor y calor del cielo. De otra manera de tibieza que anda con pecados mortales, que con más razón llamaremos frialdad, no quiero tratar aquí, porque no se hallan estas culpas, á lo menos de asiento, en los que aspiran á la perfección y vida concertada, con los cuales yo hablo en estos diálogos.

D.—¿Qué sientes de los pecados veniales?

Pecados veniales, cuán peligrosos y para temerse.

M.—Que son causadores de grandes daños en el alma. San Juan Crisóstomo dice que en alguna manera son más para temerse que los mortales. Los grandes, dice él, para que los aborrezcamos y huyamos, la naturaleza dellos lo pide y lo hace; pero los pequeños, por la misma razón que lo son, nos vuelven perezosos, y despreciándolos por ello y no haciendo caso dellos, no puede el ánimo para la vitoria levantarse generosamente. San Bernardo osa decir que blasfema contra el Espíritu Santo el que dice (Ber., ser. 1 *in Conver. S. Paul).* No es cosa grande, ni de mucha importancia, estarme quedo en pecados veniales y en culpas leves y pequeñas. A lo menos es muy cierto que no perdona Dios uno solo, en cuanto no se muda el propósito de perseverar en él. San Agustín dice (Aug., 1. 50 *Hom.*, hom.50, c. 3) que nos apartan de los castísimos y purísimos abrazos del Esposo divino, y nos privan de un resplandor y belleza que arrebata los ojos de Dios. Y dice más, que aunque no hieren el alma de herida mortal, la manchan y empañan y inficionan como de sarna. Ese lodo temía la Esposa cuando decía (Cant., 5): Lavéme los pies, ¿cómo queréis que los vuelva á ensuciar? Y los teólogos afirman que no se ha de cometer un pecado venial ni para evitar un mal, por grande que sea, ni por alcanzar algún bien, por muy útil que le consideremos. Próspero dijo (Pros., *in Sententiis*, cap. 210) que los pecados grandes ó pequeños no quedarán sin castigo, porque se han de pagar, ó haciendo penitencia el hombre, ó juzgándolos y sentenciándolos Dios. San Agustín hace gran caso de los pecados veniales, y los llama pronósticos de muerte, y gotas de agua que hacen un gran río, y granos de arena que apesgan el alma y la ponen á peligro de ahogarse (Aug., *Tract. in Ioan.*, lib. 2; *de Sum. bon.*, c. 18; *de Decem cor.*, c. 11). San Crisóstomo dice que de pequeños se hacen grandes por nuestra negligencia. *Nemo enim ad extremam improbitatem exilit* (Chris., hom. 27 *in Mat.*) (¹). Quitan al ánima una natural vergüenza que tiene, no de un golpe, sino poco á poco; de la risa sin moderación se pasa á la chocarrería; de ahí á las palabras torpes; de ellas á torpezas. (Nota: *Quæ scribit* Chrisost. I Cor., 3, orat. 8). Y el mismo y Santo Tomás afirman que disminuyen el fervor de la caridad y la luz de la conciencia, y impiden la unión estrechísima y amorosa entre el alma y su esposo Cristo. Un sabio llamó á los pecados veniales grillos puestos á los pies de los aprovechantes, que no los dejan caminar á la perfección; y si caminan, es muy de espacio y con poca esperanza de alcanzarla.

D.—Por cierto que me has espantado con tan rigurosa doctrina. ¿Y son todos los pecados veniales de una manera? ¿hacen un mismo daño? ¿y hanse de evitar y curar igualmente?

Distinción entre pecados veniales, y daños y cura.

M.—Esa duda está desatada en el segundo diálogo de la *Conquista*, y añado á lo que allí dije: Que los que llaman los santos subreticios, que inadvertidamente cometemos, tienen la cura fácil; perdónanse por muchos medios: agua bendita, golpes de pechos, *Pater noster*, etc; empero Dios te libre de los voluntarios que queriendo y gustando dellos se cometen. Destos, más difícil es el remedio, porque con más dificultad nos disponemos, y los daños que hacen son mayores. En éstos entra la ingratitud, después de nuestra conversión á los divinos beneficios, de donde se nos sigue que, contentos con el perdón de los pecados pasados, vivamos perezosamente como ya seguros de nuestra salud (S. Bern., ser. *Contra ingratitudinem).* El segundo lugar tiene el aceleramiento y priesa con que algunos se salen de los ejercicios de la penitencia y de las demás virtudes, y pasan á lo sumo de la devoción y amor de Dios; y apenas dignos de la mínima gracia, aspiran á la suprema gracia. No quiero, dice San Bernardo (Serm. 4 in *Cant.*), ser hecho perfectísimo repentinamente; poco á poco quiero

(¹) «Porque nadie salta de un golpe á extremos de maldad».

aprovechar; que cuanto le desagrada á Dios la descortesía ó desvergüenza del pecador, tanto le agrada la vergüenza del penitente. Más presto le aplacas si guardas moderación y no pretendes cosas más altas que tú. Grande salto es y dificultoso del pie á la boca.

D.—¿Y eso es pecado?

M.—De descortesía, y aun de ánimo confiado de sí y poco humilde.

§ X

Mentira, abominable cosa.

Discípulo.—La mentira me ha parecido á mí siempre culpa más grave que otras que llamamos veniales.

Maestro.—Es muy reprehensible. San Agustín decía (Aug., in Ps. 4) que de los varones espirituales había de estar muy lejos toda mentira. Mata su ánima el que miente, dice el Sabio (Prov., 17). Y la madre Teresa de Jesús tenía por tan gran falta el mentir, que si alguna novicia la tenía, la despedía luego, y dejó doctrina y apuntamiento sobre ello, mandando á las preladas que en ninguna manera recibiesen para monja á la que hallasen tocada deste vicio; porque no puede ser (dice la Santa) que aproveche en el camino de la perfección, ni que se le comunique Dios amigablemente. *Perdes omnes qui loquuntur mendacium:* Perderéis, Señor, á todos los que hablan mentira (Psal. 5). Y en los que han de morar en su retrete y descansar en el monte santo de su gloria pide verdad de corazón por su Profeta. *Qui loquitur veritatem in corde suo* (Psal. 14). Mentiroso y aprovechado en virtud no puede ser.

D.—¿Y cuántos hay tocados deste vicio de los que tratan de espíritu y se retiran al oratorio, y tienen puesto pendón de santidad?

M.—Aunque más se retiren y más campeen en el mundo con esas sus demostraciones exteriores, hay muy gran pobreza allá dentro de sus casas y secreto del corazón. Mala cosa mentir y abominable en los ojos de Dios; hace los hombres infames y indignos de ser creídos diciendo verdad; y si se hace costumbre, pocas veces hay enmienda; y como se miente á los hombres, se miente al mismo Diss, prometiendo infinitas veces la enmienda, no se acordando más della de cuanto se está confesando la mentira. ¡Oh qué pobreza la del mentiroso y la del maldiciente! Lejísimos mucho está de la perfección el que piensa que tiene licencia para maldecir y lo hace, aunque á su parecer con buen celo. Dejo las murmuraciones, especialmente si van teñidas con alguna sangre de ausentes; la vanagloria, la complacencia, la estimación propia y otros pecados que siguen á los caminantes de la perfección; que todos impiden, detienen, entibian, añublan y aun enfrían el alma en el bien. Especialmente si se habitúa á ellos dificultosamente se arrancan, y nunca se lloran como es razón ni se enmiendan como conviene. Hácense callos en ellos y naturalízanse en nosotros y son nuestro cuchillo. Para el remedio de los pecados veniales sirve mucho el diligente examen de la conciencia á cierta hora del día ó de la noche, y la severa penitencia y animadversión, aunque sean mínimos, del cual hicieron mención los antiguos padres Basilio y Crisóstomo, Bernardo y Agustino; todos hablan al propósito elegantísimamente (Ser. de *int. Mor.*; Hom. 2 in Psal. 50; Ser. 55 in *Cant.*). Empero nuestro gran doctor de la Iglesia Agustino, con mayor elegancia. Y porque, dice él, nuestra navecilla se trasvina y por muy pequeñas hendiduras hace agua, para que no se llene y vaya á fondo necesario es que los marineros den apriesa á la bomba y desagüen la sentina. ¡Oh cómo castigaron en sí mismos los varones santos estas culpas veniales!

Efectos de la mentira.

Examen de la conciencia, remedio de pecados.

D. — Como gravísimas, dice San Isidoro (Isid., lib. 21 de *Summo bon.*, c. 8).

M.—Y tanto se reputan por mayores, cuanto lo son los que la cometen. Las que son pequeñas en los principiantes son mayores en los aprovechantes, y en los perfectos, más graves mucho. Entre los seculares, dice San Bernardo (Ber., lib. 2 de *Conf.*, in fine), las chufetas y donaires, chufetas y donaires son; mas en la boca del religioso, blasfemias. ¿Consagraste al Evangelio tu boca? Ilícito es abrirla á tales cosas, y acostumbrarla á ellas, sacrilegio. Remato esta plática y esta materia sólo con decirte que temo de manera las confesiones de pecados veniales en que considero á los penitentes hecho hábito, que muchas veces me entristezco oyéndolos y me pongo á pensar que valdría más no confesarse con tanta frecuencia, por el peligro de irreverencia, y más.

D.—¿Qué más?

M.—Ya lo tengo dicho. La plática de mañana, con el divino favor, será de muchas co-

sas que á mí se me ofrecen, necesarias á la vida espiritual; y en el fin della, si fuere posible, trataremos del cuarto estado, que llamamos sobrenatural, de que diremos poco, porque sabemos poco. Adiós, hijo Deseoso.

D.—El mismo vaya contigo y te acompañe siempre, y en todas tus acciones te guíe y enseñe. Amén.

DIÁLOGO CUARTO

De cómo conviene retirarse y buscar la soledad por algún tiempo el varón espiritual; y cómo se ha de mortificar el entendimiento y la memoria, y del ejercicio destas potencias y de la voluntad, De la preparación para la oración, asistencia ó presencia de Dios particular á los que oran. De un toque divino con que nuestra ánima es llevada á Dios y sale á los prójimos, con otras provechosísimas doctrinas.

§ I

Discípulo.—¿Qué te has hecho estos días maestro mío, que no te he podido dar un alcance?

Maestro.—Retiréme á una casa de monte para vacar á Dios sin los estorbos y distraimientos de la Corte. (Lege Bern., lib. 1 de *cons. in prim.;* Habes, lib. 2 de discip., c. 29, f. 265).

D.—No sé cómo algunos pueden vivir en ella, ocupados siempre en negocios del siglo, sin pensar que hay otra vida; ni en sus almas disposición para las cosas eternas.

Los avecindados en el mundo con gusto, apenas creen que hay otra vida.

M.—No hablemos desa manera de gente, que en mis ojos, y pienso que en los de Dios, no creen vivamente la inmortalidad del alma; porque no sería posible, como dice Eucherio, vivir como viven si la creyesen. El que tiene impreso en su corazón que esta vida se acaba y la que espera ha de durar para siempre, no podrá tratar con tanta ansia desta tan breve, olvidado de aquella tan larga. Vemos, dice este doctor, que un hombre prudente, tanto más trata de acomodar para sí casa y morada cuanto más tiempo y por más espacio determina morar en ella. Pues, ¿cómo puede ser que sobre este fundamento de que en esta vida habéis de vivir pocos días y en la otra para siempre hagáis tanto caso desta corta y tan poco de aquella que sabéis que es eterna? Este era el principal argumento con que Patroclo quería persuadir, en un diálogo de Temistio, qne era abusión pensar que los hombres creían con veras que eran las almas inmortales, porque si lo creyeran así, ni ellos se entristecieran ni se azoraran tanto con la recordación de la muerte, ni hicieran tanto caso de la presente vida. En los Santos, á lo menos esta memoria y acuerdo de la inmortalidad para eterna vida tuvo grande fuerza para aliviarlos en sus trabajos, y sirviôles de estímulo para despreciar todo lo que estima el mundo. *Scio,* decía el santísimo Job, rodeado de dolores para consolarse, *quod Redemptor meus vivit; et in novissimo die de terra surrecturus sum, et rursum circumdabor pelle mea, etc.* Yo sé cierto que mi Redentor vive y que en el último día tengo de resucitar, y otra vez me tengo de ver cubierto desta piel de que ahora estoy vestido, y en mi carne veré á Dios, mi Salvador. Y luego dice: ¡Oh quién me diese que estas verdades se escribiesen con un buril de acero, ó con punta de diamante, *ad perpetuam rei memoriam!* ¿Para qué deseáis eso, varón santo? Para que de ahí me nazca á mí aliviarse mis trabajos y llevar con gusto esta persecución del enemigo. Muchas veces me he puesto á considerar lo poco que puede con nosotros el amor del alma, pudiendo tanto el del cuerpo y cosas temporales.

D.—Plugiese á Dios se persuadiesen los aficionados á sus cuerpos á vivir bien, siquiera por la comodidad buena dellos.

Cuánto puede con nosotros el amor del alma, y cuanto el del cuerpo.

M.—Bien dices, porque esos mismos cuerpos que tanto estiman y regalan son los que han de resucitar; y esos miembros que así popan y acomodan son los que, ó han de arder para siempre en el infierno, ó regocijarse y lograrse en el cielo con aquellos bienes que tiene Dios aparejados para los que con ellos le sirvieron. Pues dime, hombre desacordado y sin consideración, como sufres un cauterio de fuego que te duele y aflige mucho por sanar de una herida y consientes que te quiebren una pierna con esperanza que la volverán á su lugar y soldarán y sanarás della ¿por qué no sufrirás enfrenar los ojos, para que no vean la vanidad? ¿Por qué no mortificarás tu carne y tus pasiones, para que no hagan guerra al espíritu? *Reposita est hæc spes mea, in sinu meo.* Con esta esperanza, dice Job, me sustento:

¡Que mis ojos han de ver á Dios! ¡Que esta carne llena de gusanos se ha de vestir de inmortalidad y gloria! Vengan más dolores, que pocos son éstos. *Solvat manum suam, et succidat me.*

D.—Devota consideración.

Plática y estilo de mundanos.

M.—Pocos la hacen, y menos hallarás que quieran comprar bienes por venir con trabajos presentes, ó desasirse de los bienes presentes por los que esperan que tendrán cuando no saben.

D.—Si esta plática corriera en el mundo en los tratos humanos, alguna disculpa tuvieran los hombres; pero pasa al revés, porque nunca vemos otra cosa que arriscar hoy sus haciendas por la ganancia que esperan de aquí á diez años; y muchos aseguran navíos con el peligro ó peligros que tienen cometidos á las alteraciones y tormentas del mar, porque esperan con estas aseguraciones hacerse ricos en poco tiempo. Y muchos dejan la compañía y gusto de sus mujeres y hijos, y hacen ausencias muy largas, cebados de la ganancia, muchas veces incierta y muy dudosa

M.—Buen discurso has hecho; pero colige de ahí la locura de los hombres y su deslumbramiento, que fían más de sus imaginaciones falsas que de las palabras y verdad de Dios. Pero, ¿cuál es mejor y más seguro trato? ¿dejar gustos presentes por bienes temporales, futuros y dudosos, ó por bienes eternos, ciertos aunque futuros?

D.—Lo que yo sé decir es que con mucho menos trabajo se aseguran los bienes eternos de lo que cuestan las esperanzas de los temporales.

M.—Quédese esto por hoy y volvamos á mi retiro, á que convidó Cristo á los suyos, diciendo por San Marcos (Mar., 6): Venid al lugar desierto y descansad algún tanto. Adonde advirtió, y bien, Eutimio que no conviene á los doctores de la Iglesia y padres espirituales andar siempre expuestos á la multitud, si no, hallada oportunidad, retirarse y ser solitarios y revocar la mente del divertimiento y distracción exterior. No sé con qué espíritu, júzguelo Dios, muchos y graves religiosos aman la frecuencia de las gentes y se ocupan en negocios ajenos, y de su profesión también, y hacen oficios mecánicos en las casas de los grandes señores y quieren ser con esto espirituales; poderoso es Dios. Déjalos, porque no los entiendo. Séneca, escritor profano, escribiendo á Lucillo, le dice (Senec., epis. 32, lib. 3): *Opto tibi facultatem tui.* Deseo que seas tuyo. Y Tácito escribe de Agripina que en componer y concertar su espíritu gastó muchos días, retirado en Brundusio. Y San Gregorio pide á los gobernadores de las almas (Greg., 2 p. Pas., c. 17) que se retiren á tiempos, porque el cuidado del polvo (¡y con cuánta razón polvo! ¡cuánto hay en el mundo!) no oscurezca el ojo; esto es el entendimiento dado y puesto en lugar alto, para enderezar nuestros pasos y acciones todas. San Agustín decía (Aug., lib. 10 *Conf.*, c. 40) que sólo en Dios hallaba gusto y deleite; y que las acciones y ocupaciones necesarias procuraba desasirse cuanto apriesa podía, para acogerse á Dios en el cual solo hallaba satisfación y hartura.

D.—¿Y si no puedo huir á la soledad, porque la ocupación es forzosa y de obligación de mi oficio?

Cuando la ocupación es forzosa, qué habemos de hacer

M.—Oye á San Gregorio, que en el libro veintinueve de los *Morales* (Greg., lib 29 *Mor.*, c. 12) decía así: Los varones santos, que por obligación y necesidad de oficio están diputados á ministerios exteriores, diligentemente procuran siempre huir y retirarse á los secretos del corazón; y allí suben á lo alto del pensamiento íntimo y perciben la ley como en el monte, en cuanto pospuestos los tumultos de las acciones temporales, en la cumbre de su contemplación escudriñan la divina voluntad. Y esto basta para darte razón de haberme retirado estos días, y si más quieres saber en esta materia, lee á San Bernardo (Bern., 1 de *Cons.*) que muy á la larga prosigue este argumento. Y ahora quiero que me digas si tienes alguna duda, para que, satisfecho della, pasemos al cuarto ejercicio.

§ II

Cómo se han de mortificar las potencias, memoria, entendimiento y voluntad.

Discípulo.—Muchas veces he oído y leído que para aprovechar en la oración y contemplación es necesario mortificar el entendimiento, memoria y voluntad. Consolárame mucho si me enseñares esta mortificación cómo es.

Maestro.—De buena gana haré yo eso, porque es doctrina necesarísima y de que hay

poco escrito y con harta dificultad; y primero diremos lo más fácil y común, y después lo más dificultoso y menos entendido. Tiene nuestra ánima tres principales fuerzas, potencias ó virtudes, que comúnmente llamamos entendimiento, memoria y voluntad. El entendimiento es una fuente perpetua y un manantial continuo de infinitos pensamientos; los cuales todos recoge, deposita, guarda y conserva en sí la memoria, como tesorera suya. Estos pensamientos son en cuatro diferencias (Ber., ser. de *trip. gen. cogitation*); unos totalmente ociosos y de ningún provecho, los cuales despide el alma con la misma facilidad que los admite, si está en sí y mora consigo en su corazón. Y destos habemos de decir y sentir lo que de las palabras ociosas: si ya no decimos que dañan más. Los segundos son más violentos, más pegajosos y peores de desechar, porque sirven á las necesidades y comodidades de la naturaleza; brotan y engéndranse del mismo barro que nosotros; son los abrojos y espinas que produce la tierra maldita después de labrada, como dice la Escritura. Digo que si se arraigan en nosotros, que son dificultosísimos de arrancar y no sin grande sentimiento y aun daño de la misma carne y naturaleza.

Pensamientos ociosos.

D.—¿Cuáles son esos?

M.—¿Qué comeré? ¿Qué beberé? ¿Cómo dormiré? Y otros semejantes cuidados al fin del cuerpo paliados las más veces, debajo de necesidad y razón. Los terceros acarrea el enemigo, y los procura arrojar en el corazón, calentarlos y sacarlos á luz por la obra. Son los pensamientos carnales, sensuales, torpes, asquerosos, de lujuria, de ira, de invidia, de vanagloria y otros á este talle. Los últimos son curiosos, tanto más peligrosos cuanto menos temidos. San Agustín hace mucho caso dellos, y dice que es cierta forma de tentación, de muchas maneras peligrosa. No es deseo, dice (Aug., *Tract. de gradib. humil.*), de deleitarse en la carne, sino de experimentar por la carne, esto es, por los sentidos del cuerpo, cosas vanas y curiosas, cubiertas con nombre de conocimiento y de ciencia. Pero ¿quién podrá contar, dice el Santo, en cuántas menudencias y cosas de ningún fruto es nuestra curiosidad tentada cada día? ¿Y cuántas veces damos de ojos y caemos en estas tentaciones? Y al fin, como nuestro corazón se hace como receptáculo dellas, y recibe en sí desta copiosa vanidad grandes catervas, sucede muchas veces que nuestras oraciones son como ahogadas, interrumpidas y turbadas. No sueltes la rienda á la curiosidad, si no quieres incurrir en mil tentaciones, de que los curiosos son tentados y detenidos, ó impedidos en los ejercicios de la contemplación. Yo creo que curioso y contemplativo son entre sí tan opuestos, que repugna hallarse uno en el mundo que pueda atender á ambas cosas. ¡Qué de personas hallarás amigas, con extremo, de saber los secretos de naturaleza y de los hombres y Dios; de investigar vidas ajenas; cómo vive aquel y el otro; de qué come; de qué se sustenta; qué pecados hay en el pueblo! y de aquí las agoreras; y de aquí los judiciarios; y de aquí los Fariseos tentadores de Cristo, que por curiosidad le piden milagros (Luc., 12); y de aquí otros muchos inconvenientes. Y de aquí el Apóstol á su Timoteo: Evita cuestiones inútiles, que engendran contiendas. Y yo á ti que te guardes mucho de inquisiciones sin piedad, y de procurar saber lo que excede tu capacidad, y aquello todo á donde no considerares gloria de Dios, conocimiento tuyo y suyo ó edificación de tu prójimo. San Bernado dice que este vicio de la curiosidad se engendra en nosotros del olvido y descuido de nosotros mismos; que como me ignoro á mí, salgo fuera á buscar lo que me conviene y soy enviado en pos de los brutos á apacentar los cabritiilos de mis sentidos exteriores (Cant., 1). Esta es regla muy cierta: Cuidadoso de los otros, descuidado consigo; curioso de cosas vanas, olvidado de sí mismo. Más honrado eres tú, dice Crisóstomo, que todas cuantas criaturas Dios crió en el mundo; todas las crió por ti y no á ti por ellas; pues ¿por qué te has de ocupar en ellas, olvidado de ti mismo y de tu nobleza? ¿Y cuántas cosas de las más pequeñas y viles, hormigas, arañas y abejas, quiso que obrasen de manera que tú no las entendieses ni alcanzases sus secretos? Todo para humillarte y enseñarte á no ser curioso. Tales parecieron los Apóstoles cuando preguntaron á Cristo el tiempo de la destrui-

Pensamientos de conservación.

Pensamientos del enemigo.

Pensamientos ociosos

Curioso y contemplativo, no cabe en uno

Cuidadoso de otros y descuidado de sí, cosa ordinaria.

ción de Jerusalén y el día del universal juicio; á los cuales respondió: *Non est vestrum nosse tempora, vel momenta, quæ Pater posuit in sua potestate* (Act., 1) ([1]). Y á San Pedro, que con curiosidad quiso entender lo que el Señor disponía acerca de San Juan Evangelista: *Sic eum volo manere quid ad te? tu me sequere* (Ioan., 20) ([2]). Teme lo que está escrito en Isaías (Isai., 5): ¡Ay de los que sois sabios en vuestros ojos y acerca de vosotros mismos prudentes! Y imita á aquel que dijo (Psal. 73): Como jumento soy hecho acerca de Vos; y depuesta y arrojada de ti toda opinión vana de tu prudencia, sólo aquello aprueba y elige que conforme á la ley de Dios entendieres ser acepto á su Majestad, así cuanto á las obras como cuanto á las palabras y pensamientos.

D.—Ese remedio, común parece para todos los pensamientos.

M.—Así es verdad, pero particular para los de curiosidad (*Vide* Cass., col. 1).

D.—Y en los demás, ¿cómo se ha de mortificar el entendimiento?

M.—Si trajeres ([3]) á la memoria, dice San Bernardo, que asistes delante del Señor de todo el mundo, que mirando tu corazón, tácitamente reprende su ociosidad y descuido, despedirás los vanos y ociosos. Y en el sermón de *Triplici iudicio* dice: Para que la turbamulta de pensamientos, que en el tiempo de la oración suele acometernos, no eche á Dios de nuestra memoria, póngase á la puerta un portero, que se dice recordación propia; y cuando el ánima se sintiere ser agravada con los ya dichos pensamientos, repréndase y diga á sí misma: ¿Por ventura has de pensar tú tales cosas? ¿Tú que eres sacerdote, clérigo ó religioso? El cultor de la justicia ¿ha de hacer ó admitir cosa que no sea justa?

Remedio contra los pensamientos vanos.

D.—Y los pensamientos violentos y en favor de la naturaleza, ¿qué remedio tienen?

Remedio para los pensamientos de comodidad.

M.—Poner la segur ó hacha á la raíz de la delectación, que con tales pensamientos comienza á aficionar la voluntad y dar voces con Jacob (Gen., 49): Rubén, primogénito mío, no crezcas. Este es aquel apetito carnal que en el principio de la vida brota y se cría en nosotros, que conviene reprimir, ya que apagarle ó matarle no es lícito. No crezcas, que naturaleza con pocas cosas y pequeñas suele contentarse. Para el otro género de pensamientos torpes y malos pone San Bernardo dos remedios. El primero, ocurrirles cuando de lejos los sentimos venir con mucha indignación, y aventallos de nosotros de manera que ningún lugar se les dé para llegársenos. Y porque algunas veces nacen estos pensamientos de la voluntad depravada y se engolosina y se enternece con ellos, pone este Santo el segundo remedio. A la puerta de la voluntad, adonde los carnales deseos suelen alojarse como familia doméstica en su casa, póngase un portero que se llama recordación de la celestial patria; porque este puede expeler el mal deseo, como se expele y se saca un clavo con otro clavo, y hospede luego á aquel gran Señor que, llamando de contino á la puerta de nuestro corazón, dice (Apoc., 3): Si alguno me abriere entraré á él y cenaré con él y él conmigo. Finalmente, al tálamo de la razón se ha de poner tal y tan feroz custodia y guarda, que á nadie perdone, sino que á cualquiera que presumiere entrar, siendo enemigo, de secreto ó al descubierto, lejos mucho le arroje; y aquí se podrá valer de la memoria del infierno y eternidad de penas.

Remedio de pensamientos malos.

§ III

De la mortificación del entendimiento, cuanto á los sentidos interiores, especialmente de la imaginación y fantasía, en todos los libros que tengo compuestos, especialmente en el de los *Triunfos*, dije muchas cosas y pienso que las que bastan, si se entienden como conviene. Lo que sé decir con resolución aquí es que si con grande fortaleza y brío no se mortifica la fantasía y se enfrena la imaginación, y también los discursos del entendimiento, que nunca se alcanzará perfecta oración. ¡Qué de imágenes forman estos sentidos, y qué de monstruos fabrican! Bastan á atropellar cualquier pensamiento y deseo y ahogar la mente y estorbar cuales-

Imaginación y fantasía cómo se han de mortificar.

([1]) «No corresponde á vosotros conocer los tiempos y momentos que el Padre puso en su poderosa mano».

([2]) «Así quiero que permanezca *hasta que venga*, ¿á ti qué te importa? tú sígueme.» Subrayo lo que se dejó el autor.

([3]) El impreso dice, *trayendo*.

quiera espirituales ejercicios. Por eso Dionisio á su Timoteo: Con fuerte lucha pelea por dejar los sentidos y cosas sentibles, y el entendimiento y cosas inteligibles, y lo que es y lo que no es; y desconocidamente sube á la unión de Aquel que es sobre toda sustancia. Y no más desta materia, porque es dificultosa y de pocos y para pocos, y inteligentes. Lo dicho en estos diálogos basta, y todo junto lo que en los dichos tratados y en este se dice no será de provecho para los ignorantes y poco cuidadosos en la vida espiritual.

Discípulo.—¿Qué cosa es entendimiento cuadrado?

Entendimiento cuadrado, qué es.

Maestro.—¿A dónde has leído ese término cuadrado?

D.—En un libro muy antiguo de un religioso de nuestra Orden; y hacía tanto caso desta manera de entendimiento, que casi ponía en ello el todo de la contemplación.

M.—Tiene mucha razón. Entendimiento cuadrado es el que no se estrecha á mirar y contemplar á Dios por una verdad sola, sino que extiende su acción á todas partes, porque Dios es inmenso, incomprensible, infinito y eterno; y en todas partes está todo, y en ninguna estrechado y con límite. El no saber hacer esto con libertad y destreza nace de que cuando habemos de percebir alguna cosa y entenderla, siempre nos aplicamos á la parte que la consideramos, llevados de mala costumbre ó del lenguaje común ó de nuestra rudeza, ó del desuso en estas cosas del espíritu. De aquí es que en oyendo tratar de Dios ponemos la consideración en el cielo, porque nos dicen las Escrituras que está allí. Y si se nos representa alguna cosa corporal, de ordinario la miramos á la parte anterior; porque los ojos están delante y son ellos con los que la solemos mirar. Síguese de aquí lo que no sin gran dolor se había de llorar y sentir; que estrechamos el espíritu y le encerramos y acorralamos debajo destos estrechos modos corporales, siendo él libre y no determinado, cuanto á su modo de entender y percibir las cosas. Digo en resolución, y declarándome, que nuestra ánima por todas partes es clara, apta y dispuesta para recibir, diferente mucho del cuerpo; porque él solo ve la lumbre á la parte que están los ojos, quedando las demás obscuras; porque ninguno de los miembros corporales es capaz de luz sino ellos, aunque el cuerpo todo esté bañado de luz.

D.—De manera que no es por falta de la luz el no ver por las espaldas, sino porque la potencia visiva no está allí; que si los miembros todos fueran claros como los ojos, también viéramos á las espaldas y á los lados, como vemos lo que está delante de nosotros.

M.—La excelencia de nuestra ánima es que no vea como el cuerpo, porque, como dije, toda ella es clara y no ve más adelante que atrás. Toda es capaz de recebir las influencias divinas, como lo es el ojo corporal de recebir la luz exterior. Pues como Dios sea universal á todas las partes del ánima más que lo es el sol á los corporales ojos, así por todas partes y en cualquiera que ella le contempla goza de Él y se encorpora en Él y se le comunican sus influencias, sin que quede alguna cosa della obscura, ni sin aquella satisfacción que suele quedar en aquellos que en espíritu y verdad adoran y contemplan á Dios. Y aunque el ejemplo del que está en medio del mar, que de todas partes se halla rodeado de agua y á ninguna se convierte adonde no la vea, es corto, porque falta en muchas cosas, todavía es mejor que otro para declarar esta manera de entender. Si piensas en Dios, no te estreches considerándole aquí ó allí; sino estándote metido en tu corazón y desterrada toda comparación de grandeza, de tiempo, de hermosura, de poder, etc., considera una cosa infinita, inmensa, incomprensible, etc., y en quien se hallan perfecciones infinitas, y en ese abismo te sosiega y reposa, sin divertirte á investigar ni buscar alguna cosa fuera de Él. Oirá así el recogido la voz del Esposo que dice (Cant., 2): Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y los ciervos de los campos, que no despertéis ni causéis desasosiego á esta ánima que así duerme, hasta que ella quiera.

D.—¿Y querrá despertar en algún tiempo?

M.—Si lo quisiere Dios, sí; si no, no.

D.—Excelentísima doctrina es esta.

M.—Si hicieres experiencia de ella y perseverares, aunque sientas dificultades, hallarás un tesoro que no tiene precio, con que enriquecerás tu ánima y tu espíritu se ensanchará, y se hará capaz para recebir y retener en sí á Dios; y fácilmente se desasirá de las criaturas, contento con solo el Criador. Pero dejemos esto y tratemos de la mortificación de la voluntad, que es la que nos tiene, como dicen (Ber., ser. 3 de Resurr.) á

Mortificación de la voluntad y qué es.

puertas, y la que las cierra al cielo, y al infierno y perdición eterna las abre de par en par.

D.—¿Qué llamas propia voluntad?

M.—La que no es común con Dios y con los hombres, sino nuestra tan solamente; cuando lo que queremos, no para gloria de Dios ni para utilidad de los hermanos lo hacemos, sino por nosotros mismos, no atendiendo á agradar á Dios ni á ser de provecho á los prójimos, sino á satisfacer á los propios movimientos del corazón.

D.—¿Dificultosísima cosa debe ser vencer la propia voluntad?

M.—Pelea ella contra sí misma; ármase para ofenderse y destruirse, ¿cómo no ha de ser dificultoso?

D.—Más tendrá ahí la gracia que la misma voluntad, por ser obra esa tan heroica y superior á las fuerzas humanas.

M.—Cuando se ejercita y se efectúa por amor de la virtud y del mismo Dios, entonces la gracia de ese mismo Señor toca del fin de la acción perversa hasta el fin de la buena, fuertemente, convirtiendo el corazón de los propios deleites á lo sólido de la virtud, no forzando, sino atrayendo como con halagos nuestra voluntad y disponiendo suavemente todas las cosas. Y advierte que la principal parte desta suavidad consiste en la ilustración del entendimiento; el cual hecho cierto de la perdición y muerte de la propia voluntad, la despierta y hace que luego apriesa y sin detenimiento eche de sí de raíz aquella peste, y varonilmente se mortifique y niegue.

D.—Síguese que el mejor modo de desterrar la voluntad propia será representar al entendimiento el estado de la propia voluntad y los males que della se originan; la cual cuanto mejor conociere la verdad tanto más se esforzará contra sí y se destruirá á sí misma.

M.—Bien has dicho, pero ¿quién se pondrá ahora á contar ó recitar esa letanía de males? Harto se dijo en el diálogo tercero de la *Conquista;* y San Bernardo, en el sermón tercero de *Resurrectione*, los pinta admirablemente. Atrévese, dice, á hacer guerra y contradecir al mismo Señor de la Majestad. Húrtase y sálese de su obediencia, habiéndose de sujetar á Él y servirle, haciéndose suya. Y no se contenta con agraviarle desta manera, porque cuanto en sí es quita á Dios y le despoja de todo lo que le pertenece y es suyo. Ni para ahí su atrevimiento y desvergüenza: horrenda cosa es decirlo, contra su mismo autor se encruelece; mátale, quítale la vida y aniquílale cuanto en sí es, porque de todo en todo querría la propia voluntad, ó que no pudiese Dios castigar sus pecados, ó que no quisiese, ó que no los supiese; que es querer que no sea Dios, porque no le quiere omnipotente, ó quiere que sea ignorante ó injusto. Por lo cual digo que la propia voluntad derechamente es contra Dios, y Dios la persigue como á capital enemiga suya. ¿Y qué castiga Dios, cuando castiga, sino la propia voluntad? Salga de por medio ella y no habrá infierno; ella es la que sustenta aquel eterno fuego; y en ella se ceba y cebará para siempre. San Agustín, sobre aquel verso del salmo 100: *Non adhæsit mihi cor pravum* (Aug, in Ps. 100) llamó á la propia voluntad corazón perverso. Y en otra parte llamó (In Ps. 123) derechos de corazón á los que se ajustan y conforman con la voluntad de Dios; y torcidos ó tuertos, á los que quieren traer la voluntad de Dios á la suya. Hasta aquí se atreve la propia voluntad. San Basilio dijo que eran hijas suyas la dureza y la contumacia, y la porfía y la desvergüenza. Y yo digo que ella es la que fomenta la tibieza, la que engendra la desesperación, la que cría la apostasía, la que nos hace tardos en el obrar y aprovechar, y la que apareja á la ánima la sempiterna muerte. De dar en esta roca estaba libre aquel que decía: *Nam et lex* [1] *tua meditatio mea est, et consilium meum iustificationes tuæ* (Psal. 118): Porque tu ley es mi meditación, y mi consejo tus justificaciones. Otra letra dice: *Nam et mandata tua solatia mea sunt; et iustificationes tuæ, viri consilii mei:* Tus mandamientos son mis solaces, mis recreaciones, mis entretenimientos, mis casas de campo y mis regalos; y tus leyes los varones de mi consejo. Los consejeros del alma han de ser los mandamientos divinos, en los cuales está su suma voluntad declarada; y el que tiene dentro de sí este consejo real de conciencia no puede errar ni apartarse jamás del gusto de Dios.

[1] Nuestra Vulgata dice *testimonia*, que también se toma por *ley*, y así se explica la distracción del autor.

§ IV

Mortificación de la propia voluntad, cuánto importa.

Discípulo.—Importantísima debe de ser, según lo dicho, la mortificación de la propia voluntad.

Maestro.—Eslo tanto, que puedo decir con seguridad que es el todo de la vida espiritual y cristiana; y aunque los Santos han hallado y hallan diferencia entre ella y el amor propio, considerado bien uno y otro, á mi parecer no hay ninguna; y si la hay, es en los nombres. Dicen que, cortada la cabeza al amor propio, se la cortamos á todos los vicios; y que él es el que levanta bandera contra Dios y hace guerra á las virtudes todas, y comenzando de sí, llega hasta el desprecio de Dios y edifica la ciudad de Babilonia; todo esto tiene la propia voluntad. Pero hablemos como hablaron los que el Espíritu Santo escogió para maestros de la vida, y digamos algo de lo que ellos dicen: Que si propia voluntad y amor propio son una cosa, ayudará á lo que queda dicho; y si son dos cosas distintas, servirá para conocer un enemigo más y para saber cómo alcanzaremos dél victoria. San Basilio dice (Bas., *Regul. brev.*, c. 54, c. 272): Aquél es amante de sí que se ama con amor privado y demasiado. Y para conocer este amor pone algunas señales. Pero con mayor claridad habla dél San Bernardo: El amor carnal ó propio es con que ante todas cosas el hombre se ama á sí mismo, por sí mismo, porque aún no sabe sino á sí mismo; porque consigo mismo, digámoslo así, se desteta, que primero es lo animal que lo espiritual; no es precepto, sino cosa engerida en la naturaleza; porque ¿quién aborreció á su propia carne? (1 Cor., 15; Ephes., 5). San Agustín (lib. 11 de *Genes. ad literam)* discanta sobre el amor propio admirablemente; y en lo que viene á parar es en que es diámetro, se opone á la caridad y le es contrario; y por consiguiente, es la mayor peste para el alma, porque la lleva hasta el menosprecio de Dios. Este es aquel amor que ensucia la intención de los aprovechantes, y no sólo ensucia, sino que cuanto es de su parte totalmente la pervierte y la tuerce á sí; y hace algunas y no pocas veces que aunque lo que hacemos nos parezca que lo hacemos por amor de Dios, en el hecho de la verdad, no á Dios, sino á nosotros nos tengamos por blanco, sin buscar otra cosa en aquella acción que á nosotros mismos; y aunque también tengamos á Dios por fin y su gloria se nos represente, no es tanto ello cuanto nuestro provecho y gloria lo que nos mueve. Por lo cual digo que el amor propio siempre trae competencia con Dios acerca de la suma honra y primado del fin, queriendo uno y otro para sí; y aunque no alcanza á ser el fin de la intención del hombre y de sus acciones, es cosa certísima que cuanto él puede, aun en los varones espirituales las ensucia con un contagio suyo.

Amor propio.

Amor propio, peste del alma.

D.—Espantado me ha mucho lo que has dicho del amor propio; grande enemigo es y pocos le deben de desarraigar de si.

M.—El que ninguna otra cosa que á sí mismo busca, esto es, su comodidad y gloria, mediante el amor propio, crece de manera en el apetito della, que nunca se ve harto ni dice basta, semejante en esto al fuego y al infierno (Prov., 3). Infinito, inmenso y insaciable le llama Santo Tomás (S. Tho., 1, 2, q. 30, ar. 4). Y San Agustín cuenta los males que deste infame amor proceden (Aug., li. 22 *de Civ. Dei*, c. 22). De él los cuidados mordaces que roen y atormentan el corazón; de él las perturbaciones, las tristezas, los miedos, los gozos desatinados, las discordias, las contiendas, las guerras, las asechanzas; las iras, las enemistades, los engaños, la adulación, el hurto, la perfidia, la soberbia, la envidia, los homicidios y parricidios, la crueldad, la tiranía, la maldad, la lujuria, la petulancia, la desvergüenza, las fornicaciones, los adulterios, los incestos, los estupros y los demás géneros ó diferencias de vicios sensuales; los sacrilegios, las herejías y blasfemias, los perjuros, las opresiones de pobres, las calumnias de los inocentes, las circunvenciones ó pleitos en juicio, las prevaricaciones de las leyes todas, humanas y divinas; los testimonios falsos, los juicios perversos, las violencias y latrocinios, y todo lo que de mal puede haber, aunque no se haya visto en el mundo, ni venido en conocimiento de los hombres. Hasta aquí San Agustín. Y yo digo que maldito sea padre de familia tan mala.

Males que nacen del amor propio.

D.—¿Qué remedio para mal tan grande, causador de tantos males?

M.—San Agustín le da, con harta brevedad por cierto (Aug., serm. 47 *de divers.*, in

Remedios contra el amor propio. c. 17 Mat.): *Si enim (inquit) periit homo amando se, profecto invenitur negando se.* Si amándome á mí mismo me perdí, aborreciéndome á mí mismo me tengo de ganar. La primera perdición del hombre, dice el Santo, fué el amor de sí mismo; que si á sí no se amara y antepusiera á sí á Dios, quisiera sin duda alguna estar siempre sujeto á Dios y no se convirtiera á tener en poco la voluntad divina para hacer la suya. Antepón á ti la voluntad de Dios y deprende á amarte á ti no amándote á ti. San Basilio sumó en cinco puntos la mortificación ó abnegación del amor propio (*Reg. fus. disputatœ*, c. 3). El primero es renunciar á las haciendas, posesiones y exteriores bienes. El segundo, á los padres, deudos y amigos. El tercero, á todos los afectos ó aficiones á lo dicho, y á todo lo humano y terreno. El cuarto, á la honra y gloria propia. El quinto, al amor de la propia vida. Y añade: La perfecta renunciación consiste en esto; si alguno alcanzare que ni de la propia vida esté aficionado, aunque tenga respuesta de muerte, esto es, aunque se le diga que ha de morir. Confírmase esta doctrina con lo que Cristo dice en el Evangelio (Luc., 14): Si alguno viene á Mí y no aborrece padre y madre, mujer, hijos, hermanos y hermanas y, lo que es más, su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y por San Mateo (Matth., 16): El que quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.

D.—¿Qué entiendes por sí mismo y por cruz suya?

M.—Negarse uno á sí mismo es tener su cuerpo y su vida como vida y cuerpo de otro; no amigo, sino enemigo; vida negada y repudiada; y estar aparejado para sufrir la muerte, aunque de cruz infame y cruel; no una vez en la vida, sino *quotidie*, cada día y cada hora. Teofilacto dice que negarse á sí mismo es no tener comunión ó comunicación ó cosa común con su cuerpo, sino despreciarse á sí mismo, como si no fuese su amigo ni conocido; tratarse como á extraño y con enemistad, y llevar consigo la cruz para ponerse en ella cada día. El Apóstol confesaba que moría cada día (I Cor. 15); y que en su cuerpo traía, como en derredor, la mortificación de Jesús (II Cor., 4); esto es, que ningún miembro se libraba de la cruz, todos clavados en ella. Y el Profeta santo (Psal. 43): Por Ti somos mortificados todo el día y tenidos ó estimados como las ovejas del matadero, que esperan vez para el cuchillo: que ni se come ni se bebe sin la muerte al ojo. Toda la vida del hombre cristiano, si vive según el Evangelio, es cruz y martirio, dice San Agustín (Aug., ser. 250 de *Tempore*). Y en otra parte: Ninguno diga que en nuestros tiempos no puede haber peleas de mártires, porque sus mártires tiene nuestra paz. Si, que mitigar la ira, huir la lujuria, guardar la justicia, menospreciar la avaricia, humillar la soberbia, gran parte de martirio es. Y en otro lugar dice (Ser. 46 de *Sanct.* y Ps. 127): Si el demonio no es muerto, tampoco lo son sus persecuciones. Lo que hay de consideración aquí es que no dice Cristo sufra la cruz que le impusieren, sino *tollat*, tómela. Como si dijera: fabríquela, lábrela y póngase en ella (Aug., ser. 32 de *Sanctis*). Que si nosotros no nos negamos, ¿quién nos podrá negar? (Galat., 5) En este sacrificio el hombre es el oferente y el sacrificante, y sacrificio que se sacrifica y ofrece. El favorecido de Dios labra la cruz y se pone en ella, y en ella ha de perseverar colgado por toda la vida (Aug., ser. 87 de *divers.*); porque no es tiempo el que ella dura de quitar los clavos, sino de remarcharlos ó redoblarlos; estos son los preceptos de la justicia. Casiodoro dice (Casio., lib. de ánima) que los Santos á su cuerpo vivo crucifican y matan con deleite. Y en verdad que es cosa de grande ponderación ver esta manera de muerte en boca de los gentiles, que la hallaron y la sufrieron de voluntad, aunque sin fruto de vida eterna. Platón dijo (Macrob., de *Somno Scipionis)* que era muerte ésta que se debe apetecer y desear. Y dice más: que morir el hombre es cuando, viviendo el alma en el cuerpo, enseñándolo así la Filosofía, desprecia las blandicias ó halagos de la carne y las asechanzas dulces de los deseos y codicias, y se desnuda de todas las demás pasiones y apetitos sensuales. Hasta aquí Platón. San Gregorio dice (Greg., *in illud Iob, qui expectant mortem*, Iob., 3), que el que halló esta muerte halló un tesoro riquísimo. Los enemigos de los mártires son exteriores, y las heridas que hacen también lo son; y las voces con que se exhortan, voces son que de fuera se oyen; empero los enemigos de los que se niegan y mortifican adentro están, adentro gritan y en el mismo hombre están pegados. Y decir Cristo (Laur. Iusti., lib. de *int. conflict.*, c. 8): Niéguese á sí mismo, es de-

cir: Pelee consigo, vénzase á sí y acocee puesta en tierra su misma codicia. No se ha de buscar el extraño, para ser acometido y herido; ni de fuera se ha de traer la materia para la batalla: dentro de nosotros está armado el enemigo, conviene á saber, el amor propio. De donde las guerras y contiendas, dice Santiago (Iacob., 4). *Nonne ex concupiscentiis vestris, quœ militant in membris vestris?* Es guerra intestina, guerra de codicias y deseos malos, que se arman de nuestros miembros usando dellos como de armas de la injusticia (Rom., 6). Casiano llamó á la cruz (Cas., lib. 6, c. 39) cuchillo de que ha de estar armado siempre el cristiano, porque dura la guerra lo que la vida dura. En los mártires, muerto el mártir se acaba el martirio; mas en esta guerra de pasiones, vencidos y postrados una vez los enemigos, no luego quedamos seguros, renuevan la guerra cada día y matan á los incautos. *Maledictus*, dice Jeremías (Hier., 48), *qui prohibet gladium suum à sanguine.* Maldito el que no ensangrienta su cuchillo, esto es, el que no mata en sí sus afectos malos con el cuchillo de la mortificación. San Pedro llama (1 Pet., 2) soldados á los deseos carnales, los cuales como de una torre ó alcázar nos hacen guerra, encastillados en nuestra carne; y no es lícito derribar el fuerte, pero conviene tomarlos por hambre y mortificación. Laurencio Justiniano (Laur. Iust., lib. de *int. conflict.*, c. 8) dice á este propósito admirablemente, y con haberle oído pasaremos adelante sin desear en esta materia otra cosa: Toda la disciplina de la religión ó profesión cristiana tiene su recomendación y aprecio, no en hacer milagros, no en profetizar las cosas por venir, no en las palabras elegantes y compuestas, no en la explicación de las Escrituras santas, sino en cortar las concupiscencias carnales (Chris., hom. 13 *in epist ad Rom.*). Trabaja, pues, porque tu cuerpo muera, porque no muera; pero si muriere, tendrá vida. Mira bien de cuánto precio sea la ganancia de los mortificados; pierden una vida brutal y animal y hallan otra vida divina y celestial, como la de aquel que decía (Galat., 2): *Vivo ego, iam non ego, vivit vero in me Christus.* No vive en ti la ira, la soberbia, la lujuria; no viven en ti estas bestias torpísimas, vive Cristo y vive Dios. ¡Oh conmutación admirable! ¡Oh trueco divino! Conmutar y trocar una vida feísima y asquerosísima por una divina; y por una vida carnal abrazar en la tierra una celestial! San Basilio y San Agustín (Basilius; Aug., lib. 1) interpretando el uno aquellas palabras del Génesis 1: *Prœsit bestis terrœ;* y el otro aquellas: *Prœsit piscibus maris*, etc., dicen que esta presidencia se les concede á los hombres respeto de sus afectos y pasiones bestiales; que cada uno tiene una gran caterva dellas á las cuales se hace semejante, si no se hace superior. Al fin, guerra contra los animales y bestias de la tierra y peces, y sabandijas de la mar, y aves que vuelan por los aires. Dios nos saque bien della, por quien es; y pasemos adelante.

§ V

Discípulo.—Resta que trates del ejercicio del entendimiento.

Ejercicio del entendimiento.

Maestro.—Poco hay que decir. A él le pertenece la meditación y la inquisición de las cosas soberanas, y el subir al cielo contemplando y investigar la verdad oculta estudiosamente (Aug., serm. 230 de *Tempor.)* Dice Ricardo (Ricar., lib. 3, c. 24, *et tract. 2 de extermin. mal.*, c. 15) que de dos maneras puede el entendimiento alcanzar cosas ocultas; una investigando y otra por revelación divina; y que cuando y adonde la revelación divina está presente, no tenemos necesidad del oficio de la meditación; empero faltando la revelación divina, necesariamente ha de recurrir la mente humana al estudio de la meditación. La materia de la meditación es toda la Escritura divina y los misterios della; las palabras, las personas y los milagros, y todas las criaturas y el Criador dellas; y en particular la vida, hechos y dichos, muerte y resurrección de Cristo Señor nuestro, como ya dijimos en el segundo destos Diálogos, y en otros de los tratados espirituales que he compuesto; y porque de lo necesario para tu espiritual aprovechamiento no querría que te faltase nada, te ruego que leas en el autor de la *Teología mística* el capítulo 35 del libro 2, parte 2, adonde trata de cómo el ánima tiene dos pies para caminar á Dios, conviene á saber, entendimiento y afecto; y de cómo se ha de preparar para esta jornada.

D.—Suplícote, padre mío, que no me remitas á los libros, sino que brevemente me digas aquí lo que ese grande contemplativo enseña, para que con este manualico no tenga que desear más.

Pie del ánima, y en particular del entendimiento.

M.—Del principal pie con que el ánima anda por el camino de la perfección dije en la *Lucha espiritual*, ó, por decir lo cierto, todo aquel tratado no enseña otra cosa, y asi estoy excusado de hablar en éste dél. Conviene, pues, lo primero, que la memoria se prepare de manera que no permita ni consienta que en sí haya pegados y fijos algunos pensamientos que puedan llevar al hombre á lo hondo, esto es, á las inferiores fuerzas del ánima, conviene saber: concupiscible, irascible y racional inferior. Digo que se guarde de toda impresión de pensamientos que le puedan traer á aficiones desordenadas de cualquiera cosa que sea inferior á Dios, cuantoquier que parezca noble, santa ó provechosa, porque el desorden del afecto la vuelve inútil y á veces dañosa; y por semejante manera de todos los pensamientos que le puedan provocar y atraer á ira, envidia, amargura, murmuración, detracción y semejantes, que inficionan la dulzura del Espíritu Santo. Y también se ha de guardar de todos los pensamientos, en los cuales la razón se ocupa demasiado con las cosas exteriores, aunque de suyo no sean malas. Guarde siempre su memoria libre y desocupada de toda impresión de imágenes ó imaginaciones, y de pensamientos de cualquiera manera que ocurran, que no sirven para el influjo amoroso en Dios; y por esto, todas las potencias de su ánima conservará y guardará recogidas y se juntará á Dios. Para alcanzar esto es muy buen consejo, y no sé si le hay mejor, habituarse de ordinario á levantar su corazón á menudo con una amorosa y corriente afición, y con unas breves pero encendidas oraciones, que llamaron los Santos jaculatorias. Porque como una candela recién muerta se puede fácilmente volver á encender si estando humeando la ponemos debajo de otra encendida, de manera que el humo toque en su luz, aunque esté en alguna distancia; que como lo muestra la experiencia, la luz desta candela encendida suele decender y encender la que está muerta; así le sucede al ánima en estas consurrecciones ó levantamientos cordiales, que luego deciende en ella la llama del divino amor, por la cual es aficionada y atraída á llegarse siempre á Dios con amorosas aspiraciones. Y guarda este ejercicio de manera libre el corazón, que ningunas imágenes ó representaciones de criaturas se pueden pegar á él, ni permanecer en él.

Memoria y cómo se prepara para la oración.

D.—Admirable doctrina; empero no hablas del entendimiento como lo propusiste.

Preparación del entendimiento para la contemplación.

M.—Para preparar esa potencia y ordenarla debidamente, de manera que obre como conviene en la lumbre intelectual de la claridad divina, se requiere, no sólo pureza de corazón, la que se adquiere por las lágrimas y gemidos, que así suele lavarse y purificarse el ojo del entendimiento, sino también de otra pureza, que es que en su meditación no se entremeta alguna curiosidad, presunción de novedades, vanidad ó infructuosidad; como suele acontecer cuando el ejercicio de la vida contemplativa se hace en sólo el entendimiento, y no tiene allí su obra la afición que es despertar para el divino amor, para la enmienda de la vida, principalmente para la propia mortificación, cebado en la curiosidad y cosas semejantes. Demás desto, para que la potencia intelectiva debidamente se prepare y se haga apta y tenga la necesaria disposición, conviene que en la primera irradiación de la divina gracia, claridad ó verdad, se convierta á sí misma para que sepa si todas las cosas están en sí idóneamente dispuestas para recebir aquella noble y interior operación de Dios. San Bernardo dice (Ber., serm. 85 in *Cant.*) que lo que roba los ojos de Dios, sobre todo lo demás que hay de bueno en el ánima, es la pureza y limpieza, que ha de ser tanta que no se confunda el alma ni avergüence en la presencia de la verdad. Empero, más es menester que esto; para que sin confusión y libremente se allegue en la contemplación á Dios se requiere, lo primero, que ninguna cosa notable de pecado tenga en la conciencia que no se haya borrado por contrición verdadera, confesión y satisfacción. Lo segundo, que no pueda hallar en tiempo ó eternidad alguna cosa tan grave, tan dura, tan penosa ó tan contraria para ser de la naturaleza aceptada, que no esté dispuesta para ello, ora sea persecución, confusión, injuria, perdimiento de bienes temporales, enfermedad ó penas de amigos; y generalmente se debe resignar en tiempo y eternidad en el beneplácito divino para todos los

Disposición para que el alma se presente sin confusión en la presencia de Dios.

sucesos, cualesquiera que sean, aunque hubiese de estar para siempre en las penas del infierno. Esta voluntaria resignación engendra en el alma libre entrada ó accesión á Dios, y libertad de pedir cuanto Dios pueda dar y, lo que es más, todo lo que Dios es. La razón está en la mano, porque ¿con qué cara puede el hombre pedir lo que Dios puede darle y lo que Él es, si primero no ofrece á Dios con liberal y amoroso corazón y afecto lo que él es y puede dar, hacer ó padecer? ¿Y cómo no pedirá libremente el que tal renunciación hace? Esto es propiamente convertirse el hombre todo á Dios y hacerse idóneo para recebir el influjo de las gracias divinas, que debe siempre preceder en la conversión nuestra á Dios. Y aquí se incluye también la preparación de la voluntad, que se ha de transfundir ó traspasar de tal manera en la de Dios, que á nada se pegue ni asga en sí misma. Esto hará al hombre tan libre, que en ninguna parte sea impedido por el suyo inferior, para no ofrecerse desnudo entre los brazos del desnudo amor de Dios. Y según fuere la preparación en estas cosas, hallará la entrada y esperará el divino y espiritual influjo de los multiformes dones y ilustraciones de Dios. Estos influjos divinos ó comunicaciones de la claridad intelectual, con que los hombres son alumbrados para conocer, se pueden hacer de mil maneras, porque el Espíritu Santo obra de muchas, como es servido y halla disposición en las almas; pero reducirlos hemos á tres grados, á la semejanza del sol, cuya claridad perciben nuestros ojos exteriores; ó en algún objeto, piedra, palo, etcétera, adonde hiere el sol y toca con su luz; ó en los rayos de ese mismo sol, ó en la influencia ó sustancia dél.

Preparación de la voluntad.

Maneras de comunicarse Dios al alma.

§ VI

Discípulo.—¿Qué llamas irradiación ó rayo de luz ó de claridad divina?

Maestro.—Muy bien has preguntado para no errar en esta doctrina. Llamo rayo de luz ó de claridad divina ó irradiación la lumbre intelectual que nos da conocimiento oculto de las cosas divinas ó espirituales; y no hablo de alguna claridad que se parezca con la del sol exterior ó de la vela, en que suele haber engaños y ardides del demonio, que se transfigura en ángel de luz y aparece con resplandores y luces, y desa manera persuade grandes mentiras y engaños, especialmente á mujeres amigas mucho destas visiones. Digo, pues, viniendo á mi propósito, que puede la claridad del sol eterno recebirse en los objetos, esto es, en las Escrituras sagradas, á donde debajo de aquella corteza de la letra, por el don del entendimiento, hallan los hombres así dispuestos como queda dicho un conocimiento tan alto, tan celestial y divino, y sentidos tan profundos, que ningún doctor, por inquisición y estudio propio, los pudiera hallar; porque son inefables las cosas con que la humana mente es ilustrada. Y más hay en ello: que muchas veces el entendimiento humano así es enriquecido deste conocimiento, que recibe el ánima tantos y de tantas maneras ocultos y profundos sentidos en las Escrituras del nuevo y viejo Testamento, cuantas son sus palabras; los cuales todos endereza y ordena para fomentos del divino amor. Por aquí se viene á levantar tanto el espíritu, que llegó á decir de sí fray Rogerio, discípulo de nuestro padre San Francisco, que conocía él un hombre que en unos Maitines, y por ventura en cada verso, se había arrebatado á un altísimo conocimiento de los divinos secretos cien veces; resistiendo él aquel elevamiento y atracción divina con todas sus fuerzas. Puede, lo segundo, recebirse esta lumbre en su rayo, que es cuando el humano espíritu así es suspenso en las cosas eternas, y así es elevado en ellas, que con más propiedad se diga ser llevado y gobernado del Espíritu Santo que obrar él; y arrebatado sobre sí, recibe una claridad admirable del conocimiento de la Santísima Trinidad, de la eterna generación del Hijo, de las obras maravillosas del Espíritu Santo y de cosas semejantes. Y esto es lo que aconseja Dionisio á Timoteo, cuando le dice: Conviértete al rayo divino. Como si le dijera: Éntrate dentro de ti, y levantando todas tus fuerzas interiores, vuélvete á la luz divina, adonde puedas ser enseñado de Dios como de inmediato maestro, y espiritualmente mantenido. Por esta continua introversión á Dios, conocimiento de Dios y nutrimento espiritual, el hombre conversa más en el cielo que en la tierra y per-

Irradiación, luz ó rayo en la oración, qué es.

Fr. Rogerio se arrebató cien veces en unos Maitines.

manece suspenso en Dios como el rayo en el sol. De Santa Clara leemos que así había arrojado en Dios todos sus pensamientos y aficiones, y con todas sus fuerzas tan continuamente corría en Él, que parecía estar su espíritu suspenso en Él; y fuéle revelado á cierta persona religiosa que sin intermisión descendían á ella los rayos divinos, con los cuales era sustentada y mantenida; y de manera se le comunicaba Dios y así influía en ella, que venía á perder el uso de los sentidos. Así le sucedió que, siendo visitada y llevada á lo alto valerosamente el día de la Epifanía, perseveró arrebatada treinta días, sin atender ni entender cosa de cuantas se hacían delante della, ni comía, ni bebía, ni sentía cosa en su cuerpo, y cuando volvió en sí no le pareció que habían sido los treinta días tres, y siempre andaba como enajenada, y como por fuerza la obligaban al gobierno de su convento. Y no más de la preparación del entendimiento.

Santa Clara andaba de ordinario suspensa y elevada en Dios.

D.—Lo tercero que prometiste has olvidado.

M.—¿De cómo la claridad puede ser recebida en sí misma?

D.—Así es.

M.—El autor lo prometió y no habló de ello por su dificultad. Hablen los Santos y ángeles gloriosos, que solos veen á Dios en sí mismo y le contemplan y le gozan sin el medio de las criaturas. Lo que yo te sé decir aquí es que cuando el ánima se dispone de la manera que hemos dicho, la liberalidad inmensa de Dios no puede contenerse en hacerle mercedes; háceselas dándole, no sólo gracia y amor sensible, sino las virtudes morales todas y los dones de su divino Espíritu, con que es adornada y hermoseada, y es agradable mucho al mismo Dios, y es ayuntada algunas veces á Él inmediatamente, quiero decir sin el medio, como ya dije, de las criaturas; y se celebran desposorios, dándole en arras las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad. Santo Tomás dice que los dones del Espíritu Santo perfeccionan las potencias del ánima y el mismo Espíritu Santo por ese medio las habilita y dispone para obrar en ellas conforme á su voluntad. Y aunque pudiera, como lo hace este nuestro Doctor, tratar aquí destos dones, doctrina dulce y provechosa, me contento, por no salir del propósito, con decir de solo el don del entendimiento; el cual es una lumbre sobrenatural que alumbra y esclarece nuestro entendimiento y le sutiliza para que pueda percebir el interior y espiritual aprovechamiento de la vida contemplativa. Esta lumbre pide un hombre interior, y muerte de los sentidos y de todas las imágenes dellos, y que muera todo á la naturaleza y viva en espíritu; porque cuanto más mortificamos en nosotros la naturaleza, esto es, las pasiones naturales que son la causa principal de la ceguedad de nuestro entendimiento, tanto más somos ilustrados con el don sobrenatural del entendimiento y adquirimos juntamente un espiritual apetito que nos impele y encamina á Dios y hace al hombre vivaz, vigilante y que se convierta fácilmente al Señor. Este don tiene tres grados. El primero obra en el hombre simplicidad y unidad de espíritu y claridad de entendimiento, de manera que el mismo espíritu en sí mismo es simplificado, clarificado y lleno de gracia y de los dones de Dios, y es hecho muy semejante á Dios por la gracia y caridad deífica, y establecido en unidad con el Espíritu de Dios. El segundo grado enseña á ordenar la vida contemplativa sin algún error, conversar en espíritu, tener profunda inteligencia de las cosas celestiales y divinas y tomar íntimo y profundo entendimiento de todas las criaturas y obras de Dios; y por eso, levantarse en Dios, dándole gracia, amándole y alabándole en todas las cosas. El tercero grado enseña y da perfecta noticia en la contemplación; con la cual especula á Dios en las semejanzas espirituales que á su entendimiento elevado se ofrecen, para que en ellas no yerre ni sea engañado. Este mismo don nos da noticia de la similitud de Dios, que en nosotros tenemos por la gracia y caridad y virtudes, y de la unidad que poseemos en Dios, por el amor fruitivo, adonde el ánima se dice antes ser llevada que obrar alguna cosa. La ilustración del entendimiento se puede convenientemente entender por la similitud de la aurora ó alba de la mañana, que se va levantando poco á poco y se dilata: *Progreditur quasi Aurora consurgens* (Cant., 6), y dilatándose es clarificada y deja de ser aurora, y totalmente se muda en día clarísimo ó en luz solar. Digo que es á esta traza la lumbre intelectual en el hombre

Don de entendimiento.

Grados del don del entendimiento.

primero poca y baja; conviene á saber, cuando está en las fuerzas inferiores, en las cuales se ejercita, y cuando pasa adelante en sus ejercicios, entonces por sus pasos contados es elevada y dilatada en el entendimiento; porque ya experimentamos que tanto más alcanza nuestra vista cuanto es más alto el lugar que tenemos. Y al fin, de manera se puede elevar y dilatar nnestro entendimimiento, que exceda la capacidad y humana inteligencia y se permute en un día claro, con el cual puede contemplar el sol eterno. Y al paso que va creciendo y se va dilatando, crecen y se dilatan los demás ejercicios del hombre espiritual y contemplativo. Y no quiero decir más en esta materia, sino suplicar á Dios, por su bondad, nos conceda tal don y tal entendimiento, para que limpiamente le contemplemos, y contemplándole le amemos, y amándole le gocemos por toda la eternidad.

§ VII

Discípulo.—¿Y de la voluntad no dices nada?

Maestro.—Lo que digo es que, cuando no está mortificada, ella es la que impide esta lumbre divina, como los párpados cierran los ojos para que no vean luz. Y si quieres venir á la espiritual y intelectual contemplación, desnuda y vacía perfectamente tu voluntad de todo querer y no querer propio; porque la voluntad propia que no es traída ó traspasada en el divino beneplácito es como columna que sustenta y tiene en peso todos los muros del desorden; y cuando ella cae por tierra, ellos caen juntamente. Es como la sentina del navío, que recoge en sí toda la inmundicia de los pecados y es necesario dar continuamente á la bomba, como dijimos, para que el ánima esté limpia y sea capaz de la divina luz. Di si tienes otra cosa que preguntar, porque es ya tiempo de dar fin á esta plática.

Voluntad mal mortificada, dañosísima.

D.—Ya te considero cansado y parece que sería acertado quedarnos aquí y concluir tu obra en otro discurso.

M. — Bien podremos alargar éste media hora, y en ella te quiero decir del aparejo general de la oración, de cómo en ella te has de presentar á Dios y de un especial modo de presencia que hace á los que oran; y dicho esto así á la ligera, nos podremos recoger.

Preparación para la oración.

D.—Parece que has guardado el mejor vino para el fin.

M.—A lo menos lo que es más necesario en este ejercicio y que nadie debe ignorar. Aunque, si has advertido en ello, en los diálogos pasados y en éste queda lo más y más importante dicho; pero acomodándome á los principiantes y no olvidando los que van aprovechando, digo que el que para orar no se apareja y dispone de manera que asista allí como conviene, tienta á Dios, como lo dice el Sabio (Eccl., 18): *Ante orationem præpara animam tuam, et noli esse quasi homo, qui tentat Deum.*

Dos manera hay de preparación, una remota y otra próxima. La remota tiene muchos grados: el primero, carecer de pecados, porque ellos en el corazón, no oye Dios nuestras oraciones. Lo cual entiendo yo, agradándose uno en ellos; que eso es *aspicere iniquitatem in corde* (Psal. 65). Que el que ha ofendido mortalmente á Dios y pretende aplacarle y ponerse en buen estado, no es excluído del número de los que oran, como ore y pida por sí y cosas necesarias á la salud con piedad y perseverancia (San Tho., 2 2, q. 83, art. 16). El segundo grado es la compresión de las propias pasiones y mortificación de los vicios. El tercero es traer la mente á la oración vacía de vagueaciones; porque, como dicen San Gregorio y Casiano (Cas., coll. 9, c. 3; Greg., lib. 5 *Mor.*, c. 22), lo que concibe el ánima antes de la hora de la oración, eso halla puesto en ella. Y no es posible que sea arrebatada nuestra mente á la íntima contemplación si primero con estudioso cuidado no se escapa y zabulle [1] del tumulto y tropel grande de los terrenos deseos. Desta preparación se sigue en el ánima aquel deseado silencio y soledad tan necesaria al que se allega á orar. A este propósito dice San Gregorio muchas cosas que callo por no alargarme; él llama á los cuidados moscas, de que nos libre Dios. Cristo Señor nuestro dice en su Evangelio (Luc., 21): Guardáos que vuestros corazones no se agraven con los cuidados seculares. Y San Pablo á su Timoteo (II Thim., 2): Ninguno militando á Dios se implica y enreda en negocios del siglo. No oran los que con esta carga se van al oratorio; pierden el tiempo las más veces y ofenden los ojos de la divina Majestad que

[1] Así dice el impreso: yo leería con preferencia *escabulle.*

los suele apartar cuando levantamos á Él las manos no puras (Isai., 1). Todo es vaguear y discurrir y pensar en cosas tan vergonzosas á veces, que no se pueden referir aquí. Otros se duermen, otros se embelesan, otros rezan vocalmente con bien poca satisfacción. Todos merecen poco y á veces desmerecen mucho.

La preparación primera tiene dos partes: en la primera está la lección de las cosas espirituales que den materia á la meditación; y ésta pocas veces se ha de dejar, porque en ella, como dice San Bernardo, oímos la voz de Dios que nos habla. Desto están llenos los libros. En la segunda nos presentamos á Dios, que para orar como conviene hace mucho al caso.

D.—¿Cómo me tengo de presentar á Dios en la oración?

Como nos debemos presentar á Dios en la oración.

M.—En el principio te debes despertar y alentar con algún verso del Salterio, como aquel (Psal. 42): *Domine, ad te confugi, doce me facere voluntatem tuam; quia Deus meus es tu.* O aquel (Psalm. 83): *Emitte lucem tuam, et veritatem tuam*, etc. *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum. Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum*, etcétera (¹) (Psalm. 41). San Agustín dice que el mismo deseo de orar es de grandísimo fruto, serena el corazón y le limpia, y hace más capaz para recebir los dones de Dios, que espiritualmente se nos infunden en la oración. No es menester grande almacén de oraciones rodadas, curiosas y prolijas para que nos oiga el Señor, el cual está siempre ganoso y aparejado para darnos su luz, no visible, sino espiritual. Nosotros somos los que no siempre estamos dispuestos para recebir, porque declinamos á otras cosas, y con la codicia de las temporales somos ofuscados y llenos de tinieblas.

D.—¿De qué manera tengo de considerarme en la oración? ¿Es bueno levantar los ojos y corazón al cielo, ó entrarme dentro de mí mismo?

M.—San Bernardo dice así (Ber., ser. de 4 *mod. orandi*): ¿Qué otra cosa debe pensar el que entra á la oración que aquello del Profeta: *Ingrediar in locum tabernaculi admirabilis, usque ad domum Dei?* Conviene, pues, de todo en todo, que en el tiempo que oramos entremos en la Corte celestial, á donde el Rey de los reyes y Señor de los señores está asentado en un trono de estrellas rodeado de un ejército innumerable de bienaventurados espíritus. ¿Y con cuánta reverencia, con cuánto temor y con cuánta humildad se debe llegar allí la vil ranilla saliendo de su laguna y trepando? ¡Oh cuán temeroso, cuán humilde, cuán solícito y atento con todo su ánimo debe asistir el miserable hombrecillo á la Majestad de gloria en presencia de los ángeles, en el concilio y congregación de los justos! Y dice más el Santo, que aunque, como la fe lo enseña, adonde quiera está Dios, le debemos considerar en el cielo y enderezar allí nuestra oración, por lo que Cristo nuestro Señor nos dijo en su Evangelio (Matt., 6): Así oraréis: Padre nuestro, que estás en los cielos. Considérese, pues, el cristiano como asumpto y presentado á aquel Señor que, como dije, está asentado en aquel su trono altísimo en los ángeles santos y levantado en los hombres que del estiércol sublimó y levantó á tanta gloria; y así puesto ante la Majestad de Dios, diga con Abraham (Gen., 18): Hablaré á mi Señor, aunque soy polvo y ceniza; y porque por vuestro mandamiento se me ordena que así ore, ¡oh fuente de infinita piedad! oraré con espíritu y oraré con la mente como lo dispone vuestro Apóstol. Esta manera de orar con esta representación de trono, ora de ángeles, ora de hombres santos, ora de estrellas, no satisfizo mucho á Casiano (Cas., coll. 20, cap. 4); porque en muchos suelen ser de inconveniente estas corporeidades y figuras en Dios, á los cuales se les antoja que si no las tienen fijas en la imaginación, que no hacen nada ni oran como es razón; diciendo Cristo Señor nuestro á la Samaritana que en espíritu y verdad debemos adorar á Dios. Solos aquellos, dice Casiano, especulan con ojos purísimos la divininidad que de las humildes y terrenas obras y pensamientos, subiendo con Jesús, se apartan y retiran en el alto monte de la soledad. Esto prosigue con mucha sutileza y elegancia

(¹) «Oh Señor, á Ti me he acogido; enséñame á cumplir tu voluntad, porque eres mi Dios». «Envíame tu lumbre y tu verdad; pues ellas me encaminaron y guiaron á tu santo monte y morada de tu Majestad». «¡Oh cuán amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes!». «Así como el ciervo herido desea las fuentes de agua, así mi alma suspira por Ti, Dios mío».

de palabras y razones; y lo que yo colijo de todo es que el mejor modo de orar es estarse el alma dentro de sí misma y cuadrar su entendimiento, como ya dijimos, y pienso que no hay más ni que decir ni que desear. Y es doctrina esta de San Gregorio (libro 33 *Mor.*, capítulo 13), de San Agustín (*tractatu* 111 *in Ioannem*) y de San Basilio y del gran Casiano (coll. 20, cap. 4) y del mismo San Bernardo en muchos de sus escritos, y de todos los que bien sienten de este ejercicio, pero no es de todos. Asiste Dios á los que con pureza oran y está presente á ellos de una manera muy especial, con que los desobliga de alejarse de sí mismos para hablar con Él. Colígese esto maravillosamente de la doctrina de San Agustín (Aug., lib. 2 de *ser. Domini in monte*, c. 5), que declarando aquellas palabras: *Qui es in cœlis*, dice que los cielos en que Dios reside son los hombres justos, y á ellos se les dice: El templo de Dios santo es. Y como si le preguntaran los de Corinto, ¿qué templo es ese, Apóstol santo? responde (I Cor., 3): *Quod estis vos*: Vosotros sois ese templo. Y concluye el santo doctor su razonamiento, que es muy largo y muy elegante, con estas palabras: En los corazones de los justos está Dios y mora como en sus espirituales cielos y como en casa propia y templo dedicado á sí. *Ut qui orat, in se ipso velit habitare, quem invocat, et cum hoc affectu teneat iustitiam, quo munere invitatur ad inhabitandum animum Deus.* Para que el que ora quiera y desee que more en él Aquel al cual invoca, y con este afecto conserve en sí la justicia con que es el mismo Dios provocado y convidado á habitar el ánima, como casa suya ó templo ó cielo. Y porque alabes á Dios, que tan gran secreto quiso manifestar aun á los gentiles, aunque no gozaron de tanta gracia, te quiero referir aquí las palabras de Séneca á Lucillo (Séneca, epi. 41 *ad Lucill.*): Cerca está de ti, contigo está Dios y dentro de ti le tienes. Digo, Lucillo, que el sagrado espíritu hace asiento dentro de nosotros, observador y custodio de nuestros males y bienes. Este espíritu y este Dios, así como le tratamos nos trata. Ningún hombre bueno y perfecto está sin Dios. Y probando este filósofo la presencia de Dios por los efectos que en los justos hace, añade: El ánimo excelente, moderado, que pasa de largo por todas las cosas, como menores y inferiores, que se ríe y hace donaire y desestima lo que tenemos y deseamos, no por cierto otro que la potencia celestial le mueve y le rige; porque cosa tan grande no puede estar sin el ayuda y favor de la suprema Deidad. Hasta aquí Séneca.

Asistencia ó presencia de Dios, es especial á los que oran.

D.—Parece que había leído aquello que por San Juan dice Cristo (Ioan., 14): *Ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus* [1].

M. — Sobre esas palabras hablara yo de buena gana en esto poquito que nos queda, no por curiosidad, sino por aficionarte á lo interior y á que no salgas de ti para orar si fuere posible. La Glosa ordinaria entiende aquella palabra *mansionem faciemus*, no sólo de la mansión eterna que Dios tiene y hace en los Santos en el cielo, sino de la temporal y del destierro, residiendo en ellos por amor y mediante su gracia. Siempre está presente Dios al alma amiga; pero entonces propiamente se dice venir á ella cuando actualmente la toca y la muda y la transforma y con sus dones la enriquece.

Cómo está Dios en el alma.

§ VIII

Discípulo.—¿Cómo la toca?

Maestro.—En los Cantares se dice (Cant., 5): *Dilectus meus misit manum suam per foramen, et venter meus intremuit ad tactum eius*: Entró mi querido la mano por un resquicio de la puerta para quitar el aldaba; y mi corazón tembló y se estremeció al tocar en ella (*Theol. Mistic.*, libro 2, p. 3, c. 54). Esta es una cosa altísima y no sé si acertaré á decirla. En este toque padece el ánima ó el espíritu; ó hablando con más propiedad, recibe sin alguna operación suya; porque obrando solo el espíritu de Dios, las potencias superiores se adunan en este tacto en unidad de espíritu, de manera que convenga desfallecer toda operación y toda razón nuestra. Mas la razón alumbrada, y mucho más la fuerza superior amativa, siente este tacto,

Cómo toca Dios al alma y de un especialísimo toque.

Cuando toca Dios al alma, revive como la hierba tocada del agua estando marchita, y vase tras Él como el tornasol que sigue á este planeta tocada dél. La disposición para este tocamiento es la humildad y el conocimiento entero y verdadero de su nada.

[1] «A él vendremos y en él estableceremos nuestra morada».

pero de suerte lo siente, que la razón no puede comprender su modo. Qué sea este toque divino en su origen, no podemos investigarlo; decimos, empero, que es el último medio entre Dios y nuestro espíritu; entre el obrar y descansar, ó ser regido; entre el vivir y morir, ó expirar. Levántanos á un altísimo ejercicio, posible de ejercitarse debajo de la luz increada; porque este tacto despierta y eleva el entendimiento para conocer á Dios con admirable claridad, y arrebata y lleva la fuerza superior amativa para gozar de Él eminentemente y con muchas ventajas Al fin, este divino toque lleva como de la mano nuestro espíritu amante, así al ejercicio exterior como al interior. El nos saca con una aspiración suave á amar prácticamente, esto es, al ejercicio de las virtudes, y nos retira y entra adentro á amar fruitivamente, esto es, á descansar y gozar de una bienaventurada quietud en el mismo Dios. Por el amor fruitivo se une nuestro espíritu con Dios; y por el práctico es en alguna manera apartado de Él, no sin dolor y sentimiento. ¿Cómo me volveré á vestir la túnica que ya una vez me quité? dice la Esposa (Cant., 5), convidada de su Esposo para las acciones exteriores de prójimos, y los pies lavados, ¿cómo los tornaré á ensuciar? Y por ventura es esto lo que dijo Cristo Señor nuestro (Ioan, 10): Entrará y saldrá y hallará pastos. Para declarar esta doctrina tan dificultosa, pone este autor el ejemplo de la respiración y atracción del aire con que se sustenta y continúa la vida naturalmente y sin cuidado de nuestra parte, que expelemos el aire caliente que está dentro de nosotros y atraemos el fresco, sin advertir en lo que hacemos, y abrimos y cerramos menudamente los ojos, sin que el cerrarlos desta manera y abrirlos impida el ver lo que tenemos delante, como si los tuviésemos siempre abiertos. Entrase el alma en Dios y allí muere á sí, por el amor fruitivo, y súbitamente y con priesa sale á sí por el práctico; sale virtuosamente y entra felizmente; y así persevera unida con Dios en estas entradas y salidas como si nunca saliese. Y esa es la vida espiritual de los varones perfectos, que se teje y forma destas introversiones y extraversiones, ó entradas y salidas, sin que las unas estorben á las otras; lo cual se hace con tanta facilidad como el atraer y expeler el aire para vivir, y el pestañear, abriendo y cerrando los ojos para ver. Dichoso el que lo experimentó.

D.—¿Cuál conviene más al alma, entrar al amor fruitivo ó salir al práctico?

M.—Todo lo obra el Espiritu divino y este tacto felícisimo. Más noble ejercicio es el que nos entra á la unión y fruición de Dios y á nuestra espiración; pero el siervo de Dios en uno y otro se debe ejercitar, y es necesario que lo haga así muchas veces, forzándole á ello la caridad, como forzaba á San Pablo (I Cor.): *Sive mente excedimus Deo, sive sobrii sumus vobis. Charitas Christi urget nos:* Entramos á Dios con exceso mental, y abajámonos y templámonos conforme á vuestra capacidad, porque la caridad nos obliga á ello. Sea, empero, el salir más por necesidad que por gusto. Algunas veces convendrá dejar por algún tiempo este ejercicio nobilísimo, así para que el deseo de volver á él se aguce más y entrando dentro nuestro espíritu sea mayor su gozo, como porque la fragilidad humana ha menester estas remisiones, que sin ellas no podría sufrir la continuación desta introversión tan vigorosa. Alivio es necesario para no desfallecer y aun por huir el tedio y hastío que suele suceder al mucho comer. Sea como la abeja, que sale de su corcho á buscar la miel y rocío del cielo; y cuando ha dado muchas vueltas á las flores, muy cargada se vuelve á entrar en él y allí queda, y con sosiego goza y edifica sus panales llenos de arte y suavidad. Así debe volar el ánima con la razón, alumbrada de Dios por todas las maravillas y obras de sus poderosas y sabias manos, en las cuales resplandece su infinita bondad y los demás atributos suyos. Y en especial considera la humanidad sacratísima de Jesucristo nuestro Redentor, su vida y muerte y sus acciones todas; y de todas y de todo vaya sacando, como celestial abeja, miel espiritual con que se despierte y levante á dar gracias al Criador y alabarle, bendecirle, honrarle y amarle; y cargada desta miel vuelva otra vez á su colmena, esto es, á su Querido, y entre en aquel abismo del amor increado, dejando afuera la razón; y allí ¡silencio! y aquí también; porque es tarde y aun porque deste divino tacto diré más en el libro de los *Cantares*, cuando Dios nos llegare al lugar que queda citado. A Dios, Deseoso.

D.—El te acompañe y pague con bienes eternos tantos y tan provechosos trabajos. Amén.

DIÁLOGO QUINTO

Del cuarto estado de perfección llamado sobrenatural. De muchas dudas en materia de contemplación desatadas. Y de un ejercicio nobilísimo de amor unitivo.

§ 1

Discípulo.—Dios sea en tu alma, maestro mío.

Maestro.—Y en la tuya, Deseoso; ¿cómo te has hallado con la plática que tuvimos este día?

D.—Cierto yo la oí con grande gusto y muy consolado salió mi espíritu de ella; pero después que he doblado la consideración sobre algunas cosas, estoy como fuera de mí, conociendo verdaderamente mi desaprovechamiento, si ya no digo perdición. No sé cosa de provecho, ni soy nada, ni alcanzo nada, ni valgo nada.

Ejercicio de la aniquilación.

M.—Como de esa consideración no des en desconfianza ó desesperación de aprovechar en la vida espiritual, y por eso lo dejes todo, no me pesa de verte así conocido; porque uno de los ejercicios más provechosos, y no de todos sin diferencia, sino de los que caminan á buen paso, es el de la aniquilación propia. Y porque vale mucho para subir al cuarto estado sobrenatural, antes de llegar á tratar dél quiero que hablemos un poco desta materia.

D.—Oiré de muy buena gana.

M.—Lo principal que de nuestra parte debemos hacer en estas jornadas del espíritu es aniquilarnos y conocer de nosotros que no somos nada, ni cuanto al cuerpo, ni cuanto al alma; sin esto, no alcanzaremos cosa que sea perfecta; y lo que hubiéremos alcanzado, lo perderemos.

D.—¿Cómo y á qué tiempo tengo de aniquilarme?

M.—Puesto en el lugar de la oración y deseando unirte á Dios, lo primero que has de mirar atentísimamente es que de cuantas maneras te considerares, de alto á bajo, de dentro y de fuera, en lo corporal y en lo espiritual, nada tienes que tú hayas hecho. ¿Qué eras antes que nacieses?

D.—Nada.

M.—Pues fija ahí el pensamiento, y mira bien ese principio; y mira luego si lo que ahora tienes lo tienes por merced de Dios ó porque tú quieres tenerlo. Esto te dirán muchos que habrás conocido, ya muertos y vueltos en nada, imposibilitados á volver á ser y tener lo que tenían, por sus fuerzas ó por otras que sean menos que las del Criador. Y si esto tiene verdad en lo corporal, ¿cuánto mejor en lo espiritual?

D.—No somos suficientes, dijo el Apóstol (II Cor., 4), á pensar algo bueno de nosotros como de nosotros, porque nuestra suficiencia es de Dios.

Confianza de Dios y de nosotros.

M.—Sacarás de ahí dos cosas: la primera, que de ti ninguna confianza debes tener, y de Dios, toda la posible. La segunda, que todo lo que de bueno tienes en el cuerpo y en el alma es de Dios. Y dime luego ¿sabes el fundamento de tu alma?

D.—La nada, porque es creación verdadera y no se presupone para ella materia.

M.—¿No ves qué honrado principio para desvanecerte y fiar mucho de ti? Persevera, pues, en esa nada sobre que se funda tu ser; y luego mira bien, como lo considera San Gregorio, la dependencia que tienes de Dios para sustentarte en Él, porque en el mismo punto que alzase de ti la mano te volverías á la nada de que te crió; y tras de esto mira la insuficiencia ó impotencia, que dijo el Apóstol (Philip., 2), para todo lo bueno, aunque no sea sino un pensamiento santo. Y en este orden considera que ni el querer en el bien es tuyo. *Ipsius enim est, et velle, et perficere.* Pues si no es tuyo el buen pensamiento ni la buena voluntad, ¿cómo lo será el obrar? Sin mí, dice Cristo (Ioan., 15), nada podéis hacer. Y el Profeta Isaías, hablando con Dios, le dice (Isai., 28): Nuestras obras todas Vos las habéis obrado.

D.—Todo eso es nada.

M.—Y en cuanto hacemos, caminamos á la nada, morir, pecar, destruir y corromper las obras de Dios; y si por su gracia nos movemos á hacer algo de bueno, sale de nuestras manos con tantas fealdades y tan asqueroso, como paños menstruosos. Esto así asentado, te digo que para unirte á Dios, que es obra sobre nuestras fuerzas, lo primero que has de hacer es desconfiar de ti.

D.—¿Cuándo entenderé esa total desconfianza?

M.—Cuando en lo interior, allá dentro en

Cuando desconfía el hombre de sí.

la mente, no hallares alguna manera de esfuerzo propio, ni para esta obra ni para otra ninguna, hecha ó por hacer; y hasta que sin dificultad, sino con prontitud, te hallares en ti mismo aniquilado y deshecho, no ceses en este ejercicio de la aniquilación. ¡Oh cómo conocerás luego lo que Dios ha puesto en ti! ¡cómo lo estimarás y agradecerás! Suyo es el ser, suyo el vivir, suya el alma racional, suyo cuanto de bien hay en ti. Pero advierte que no es de todos esta aniquilación, como ya dije, sino de varones muy aprovechados, si ya no digo perfectos.

D.—Al fin nada es lo que somos y nada lo que podemos, y á la nada caminamos, y en nada nos convertimos todos si Dios alza de nosotros su poderosa mano.

Quien obra más y mejor en este ejercicio.

M.—Así es; pero oye ahora lo que decía un grande contemplativo: Que en el ejercicio de las cosas espirituales, aquél obra más que mejor sabe dejar de obrar.

D.—¿Por qué decía eso?

M.—Porque en la contemplación el esforzarse á sacar sentimientos de la cosa que contempla es impedir su obra, como sería, deseando ver alguna cosa, cerrar los ojos; y lo que se sigue al esfuerzo propio es dureza de corazón y obscuridad en el entendimiento.

Como se ha de llegar el alma a Dios en la oración.

D.—Pues, ¿cómo me llegaré á Dios, y cómo gastaré mi tiempo en la oración?

M.—Estándote quedo y sosegado en el propio conocimiento de tu nada; y luego abre los ojos del entendimiento á las cosas que la fe te enseña; la cual te enseñará cómo Dios es todopoderoso, Criador de todas las cosas, y que está en todas ellas por esencia, presencia y potencia; y, por consiguiente, que está en ti y tú en Él, con más verdad que los peces en el mar, y más aparejado para lanzarse en el alma que la luz del sol por la puerta ó ventana del aposento abierta, porque por pequeñísimos resquicios se entra. Y siendo esto así, como lo es, ¿no sería gran locura la mía si enviase mi especulación en busca de Dios lejos mucho, teniéndole tan cerca? como lo sería, y más, irme á buscar la luz del sol á las Indias del Japón ó de la China, estando yo aquí en Madrid, rodeado y bañado della; cansaríame mucho y no tendría más luz.

D.—Parece que quieres decir que después de haberse el hombre conocido y entendido su nada y sosegado su espíritu, no tiene más que hacer que abrir los ojos á la divina luz.

Qué cosa es abrir los ojos intelectuales.

M.—Así lo digo, y llamo abrir los ojos intelectuales cuando con profunda consideración el entendimiento se ocupa en contemplar lo que recibe de Dios. Y pienso que aquí mejor que en otra parte podemos alegar lo que dice el Profeta santo (Psalm. 45): *Vacate, et videte quoniam ego sum Deus*: Vacad y ved que yo soy Dios, que me comunico á las almas y les estoy siempre haciendo bien. Y aunque yo entiendo este vacar de algunos acometimientos y arremetidas de los poco experimentados que se han de reprimir y sosegar, y del ánima encerrada en sí misma, y desocupada, y desembarazada de todo ruido y alboroto interior, también creo que lo debemos entender de las ocupaciones exteriores, y más en tiempo de oración; porque cualquiera obra, aunque no sea más de volver las hojas de un libro, nos arrebata y lleva tras de sí los ojos y la intención y atención.

§ II

Oficio divino no se compadece con obras de manos.

Discípulo.—Bueno es esto para los que rezando el oficio divino se ocupan en mil cosillas y niñerías de poca ó ninguna importancia.

Maestro.—Harto defecto es ése, y los que lo hacen saben muy bien cuántas veces repiten los salmos con escrúpulo de haber estado divertidos. Digo que es cosa escrupulosísima y muy indigna de gente religiosa y que trata de espíritu estar rezando y hablando, ó divertidos en obras exteriores. Yo nunca tuve buen concepto de quien reza el divino oficio con esos distraimientos, apriesa y inconsideradamente; porque es argumento de que ni tiene presente á Dios, ni le estima, ni le teme, ni le ama, ni siente de su grandeza como debe. Lo que se compadece, y es bien que así se haga en las obras exteriores, es la memoria de Dios y de sus beneficios; que si se habitúa el alma á ocuparse en ellos, goza de tanta suavidad y dulcedumbre, que no se halla sin este ejercicio, y aborrece mucho aquellas ocupaciones que del todo le roban la intención y atención á las obras de Dios.

D.—Devoción me dé Dios, que todo irá hecho como conviene. Algunas veces se la pido

Devoción, de cuánta importancia.

con aquel verso del salmo 62: *Sicut adipe, et pinguedime repleatur anima mea; et labiis exultationis laudabit os meum* ([1]).

M.—Es muy regalado verso ese, y muy á propósito para lo que pides.

D.—La falta de la devoción cuando rezo en el coro ó estoy en la oración me desconsuela mucho. ¿Sabes algún remedio para alcanzarla, ó lo que se ha de hacer cuando carecemos della?

M.—Algunas veces se siente tan grande dureza en el corazón, que ni se puede estar en la oración, ni asomar al oratorio.

Dureza de corazón en la oración, y su remedio.

D.—Yo confieso de mí que tengo miedo en ese tiempo de ponerme á orar; porque siento un apretamiento en mí mismo y una desgana y una aflicción tan enojosa, que me querría despedazar, si me fuese lícito; y en ninguna cosa espiritual hallo contento ni tengo gusto. Todo me cansa y me enfada, y en todo topo y hallo ofensa.

M.—Eso es lo que el enemigo pretende.

D.—¿No tiene algún reparo?

M.—De dos principios tiene el suyo esta dureza ó indevoción. El primero, de falta de conocimiento de Dios y propio, y presunción vana, metida y escondida y de secreto en lo más íntimo del alma.

D.—Pocos la conocen.

M.—Conocerála el que debidamente se ejercitare en la propia aniquilación, el que desconfiare de sí y pusiere su confianza en solo Dios. No presumas llegarte de un golpe, no estando aún muy limpio, á la divina presencia, adonde está toda la pureza y limpieza; ni estribes en tu estudio para buscar y trascender las cosas que sobrepujan nuestra natural inquisición, que te perderás sin duda. El remedio será que, siempre que te hubieres de recoger y poner en oración, examines diligentemente los sentimientos de tu corazón; y si hallares alguna confianza, por poquita que sea, de que por tu industria podrás alcanzar gusto en las cosas divinas, ten por cierto que allá en lo interior de tu alma tiene Satanás puesto el veneno á tu oración, y que están atapados los caños por donde se te ha de comunicar la suavidad de Dios. ¡Oh cuánto teme el enemigo estas visitaciones del Señor! Sabe él muy bien que de una sola queda tan recia y tan fuerte el ánima, que le pierde á él el miedo. Digo que el remedio verdadero es la desconfianza propia y la confianza en Dios. Aquí ahonda, y en esta mina cava, que no será tu trabajo en vano.

D.—Si el corazón se me va de la oración, ¿qué haré?

Cuando se nos va el corazón en la oración, qué habemos de hacer.

M.—No te turbes, pero sin hacer fuerza al corazón vuelve suavemente tu entendimiento á aquello en que habías comenzado á ocuparte, y con humildad y rostro alegre pide á nuestro señor te restituya á ti mismo y recoja las vagueaciones de tu alma, para que te allegues, sin el miedo de las criaturas, á Él.

D.—Algunas veces me acontece, especialmente en fiestas principales, que deseando y procurando estar más devoto, estoy más duro, más seco y más indevoto.

Por qué más duro y seco en las mayores festividades.

M.—Todo nace de un principio y tiene un remedio. Esa dureza deshace la humildad y el conocimiento propio, y la desconfianza de sí mismo, y el saber certísima y indubitableblemente que nada tenemos ni podemos tener que no sea dado de la mano liberalísima de Dios. Procurar entrar á la presencia de Dios y alcanzar la devoción á fuerza de brazos, digo con esfuerzo propio, es como si uno encerrado en un altísimo castillo, teniendo la puerta abierta, quisiese salir por las paredes; forcejaría y cansarse hía en balde. Con esto queda respondido á tu duda, y no más desta materia, que ya es razón que lleguemos á tratar del cuarto estado ó ejercicio sobrenatural. Alúmbrenos Dios, que de nuestra cabeza nada diremos. Recurriré á los Santos, que para elegir lo mejor y más inteligible y provechoso el Señor se dignará de darnos caudal; así se digne de darnos la experiencia. Para todo lo que en este estado se ha de obrar, la llave tiene Dios, Él abre y Él cierra cómo y cuándo le parece. Aquí es adonde sin medios propios está dispuesta el alma para recebir los dones y mercedes del altísimo Señor. Es estado de recebir y no de investigar ni discurrir. En este estado, después de haber pasado por los ejercicios que habemos

Cuarto grado, ó ejercicio sobrenatural.

([1]) «Como alimentado de candeal y grosura, así quede henchida de ti mi alma, y con alegres labios te alabará mi boca».

representado, el ánima recibe de Dios una luz clara en los ojos intelectuales, cuando Él tiene por bien dársela, en la cual ve claramente las cosas que por vía natural es imposible saber ni alcanzar. Es un enseñamiento, que junto con la claridad trae una reformación del hombre interior, con un sabor que atrae y endereza el alma para amar, seguir y perseverar en todo bien y huir todo mal por pequeño que le considere.

Qué es lumbre intelectual.

D.—¿Qué lumbre es esa que así alumbra el alma y le da conocimiento tan alto y tan cierto?

M.—Harto dijimos cuando tratamos del toque divino; pero ahora digo que no es esta material luz que con los ojos corporales vemos, pero es muy semejante á ella, según que se escribe en Abacú (Abac., 3): *Splendor eius ut lux erit;* porque de la manera que con esta luz del sol vemos las cosas con distinción, así en aquélla se ven claramente las cosas interiores que la divina bondad quiere que veamos. ¡Oh divina y soberana luz! Así engrandece al hombre y le enriquece de verdaderas riquezas, que le saca y levanta sobre todo cuanto acá se puede ver, oir ó percebir con estos sentidos. Esta luz se representa al alma en dos maneras: la una, levantando el entendimiento á las cosas dichas, en tanto que trascender cielos y elementos y todo lo visible no lo estima en mucho; porque así se señorea de todo como de la silla el que está asentado en ella. Y en esto no hay límite, porque se extiende según la largueza divina se sirve. Pero de la segunda, ¿quién dirá? En ella se muestra la Majestad divina, digámoslo así, de hito en hito; y como cuando tú te pones á mirar la persona que mucho amas, y de espacio y fijos con afición los ojos la consideras, cuando de allí te apartas llevas en la imaginación aquella imagen tan fija como si tuvieras presente la persona, y el gozo que desta impresión sientes es tanto que no querrías que se ofreciese cosa que te la pudiese estorbar ó borrar, así le sucede al alma deste mirar de Dios. Baja y corta es la comparación, pero la mejor para el propósito. Mostráisos, dice un santo religioso, bien soberano, cercado de bienes infinitos, y lo primero miráis sin partir los ojos de la cara del ánima, que por largo tiempo ha sido fatigada por vuestro amor; y á este mirar así continuado añadís unos rayos de virtud atractiva, en parte consolatorios y en parte pungentes y que llagan el alma así cuidadosa de amaros, imprimiendo en ella un sello de vuestra amistad; de manera que ya no hay para ella cosa amarga ni aborrecible, sino la que se interpone á tan fructuosos, ricos, suaves y confortativos abrazos. ¡Oh cara deleitosa! ¡Oh presencia suavísima! ¡Oh si te me dieses! ¡Oh si te me manifestases de una vez, para nunca más esconderte ni ausentarte! ¡Oh vida mía, amor, suavidad y deseo mío! quédese tu presencia con el sello que has impreso en mi corazón. Ten compasión de tan largas fatigas como padece quien así ardientemente te ama. Llagado me tiene tu amor, tu virtud siento, y no veo sino á tiempos tu presencia; y lo que no puedo llevar es que algunas veces te tardas mucho en venir y permites con tu ausencia que el ánima que á ti solo ama y con todas sus fuerzas busca tus suaves brazos, caiga en cosas que la hacen temer si por ventura te ofende. *Ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis, et facies tua decora nimis* (Cantic., 2) ([1]).

Luz divina se representa al alma de dos maneras.

En la lumbre sobrenatural puesta el alma, cómo se ha de haber.

D.—Devotísimo sentimiento por cierto. Pero dime, puesta el alma en este nobilísimo estado, ¿cómo se ha de haber?

M.—Procure saber no obrar, porque aquellos ríos y avenidas que salen del grande océano y piélago de la bondad divina, muy pequeña presunción y confianza de sí mismo los corta y hace volver á su principio; porque el alma visitada así suavemente, llevada casi ciega con la fuerza del amor, se esfuerza á hacer actos de sí misma, como pueda detener más y acrecentar la visitación divina. De donde se sigue que, levantándose como la Esposa (Cantic., 5) á ver quién viene, esto es, esforzándose á hacer actos de su parte, no parece el Esposo, porque declinó y se pasó de largo; hállase seca y llena de amargura y necesitada de nuevas diligencias. En estas visitaciones del Señor, lo que conviene es que el ánima se esté quieta y sosegada, si pudiere, á la manera de quien oye y escucha, no de quien pregunta ó arguye. Y esta es admirable disposición para

([1]) «Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque es tu voz dulce y tu cara muy hermosa». El *nimis* falta en la Vulgata.

que ponga Dios en el alma, así mortificada todo lo que por bien tuviere, según su largueza y profunda misericordia. De aquí vino á decir un gran contemplativo que nuestro estudio no ha de ser de comprender las cosas que consideramos, sino de recebir lo que nos dieren en estas consideraciones y contemplaciones.

§ III

Discípulo.—Esto que llamas luz, ¿es lo mismo que visión sobrenatural?

Maestro.—Aquella digo visión sobrenatural en que se nos descubre alguna cosa en manera extraña de como nuestro entendimiento por sí puede ó suele alcanzar; y en este sentido una misma cosa son luz y visión.

Si es una cosa luz y visión sobrenatural.

D.—¿Ninguna cosa ha de hacer el entendimiento?

M.—Hasta hallar quietud en la voluntad, en el principio y al entrar en la oración bien puede inquirir; pero quiétese luego en ella y espere lo que le viniere de la mano del Criador con reverencia profunda. Y advierte aquí que cuando nosotros obramos, si alcanzamos alguna cosa, siempre es con algún trabajo; mas cuando la voluntad divina nos visita, no sólo no es con trabajo, sino de manera que si alguno tenemos nos le quita; y abriendo los ojos intelectuales por un modo ocultísimo representa lo que á Él le place. Y desto, poco; quédese á los experimentados; ellos lo sienten y entienden y no lo saben ni pueden declarar como es. Ellos dicen que después desto ninguna fatiga ni cansancio queda en las fuerzas corporales; mas queda una riqueza en el ánima con posesión segura, como si uno fuese muy pobre y súbitamente fuese hecho rico, ó como si estando encerrado en una grande oscuridad, abriendo la puerta en un punto se hallase rodeado y lleno de luz; y esto sin algún cuidado, diligencia ó ejercicio suyo. Dase sin esperarse y sin procurarse. En estos sentimientos grandes suele haber algunos peligros. Harto dije en el tercero diálogo cuando tratamos de las revelaciones falsas y verdaderas; y aquí te quiero avisar dos ó tres cosas para que no yerres. La primera, que cualquiera sentimiento que acabado dejare en el alma inclinaciones al bien, se ha de tener por bueno. La segunda es, que viniendo mezclado con cosas corpóreas ó si estriba sobre lo corpóreo, como es una súbita y vehemente inflamación del corazón y pecho, se ha de tener por sospechoso; aunque habiendo precedido larga oración y consideración de los divinos beneficios no es de temer tanto, puesto que algunas veces con su impetuoso movimiento corten el hilo á las visitaciones divinas. Y á la verdad, todos los sentimientos que alteran y estremecen el cuerpo se deben reprimir, porque aspirando el ánima á la unión espiritualísima de su Dios, nada desto ha de admitir. Algunos varones espirituales, cuando sienten el pecho alterado y que no cabe en sí y que están para reventar, suelen, para disimular, cuando se hallan en compañía, toser fuertemente ó hacer alguna manera de ruido; lo cual á solas y cuando el alma las ha con su Dios en lo secreto de la noche y en lugares remotos no es vituperable, por ser muy ordinario en los Santos que vacan á estos ejercicios de oración y contemplación. Gran cosa la serenidad cuando el alma se puede conservar en ella; si fuese posible habíamos de excusar el abrir y cerrar los ojos, porque suele hacer daño, y provecho pocas veces.

Entendimiento, cómo se ha de haber en la sobrenatural visión.

En qué se conoce que obra Dios ó que obramos nosotros.

Avisos en la oración para conocer si hay ó no engaño.

D.—¿Gran cosa debe de ser este sosiego y recogimiento interior?

M.—A lo primero se sigue lo segundo. El recogimiento hállale el alma hallando á Dios; y no antes ni de otra manera.

D.—¿Cómo le ha de buscar para hallarle?

M.—Quitando primero y de antemano los impedimentos de las ocupaciones seculares y exteriores, que son sus estorbos conocidos. Lo segundo, rastreándole por sus beneficios y en su ser. ¡Oh cuánta disposición ha menester el alma para que Dios se le comunique! Conoce tu gran pobreza y mira que no tienes cosa tuya sobre que estribar, ni estribes sino sólo en Dios; que lo más fuerte sin Él es báculo de cañaheja (IV Reg., 18; Isai., 36). Mira la potencia del Criador y reverénciale, y puesto en todo sosiego y quietud, espera sin algún movimiento interior ni exterior su venida; que las más veces proceden esos mo-

Recogimiento cómo se halla, y lo que es y lo que importa.

vimientos y esfuerzos de presunción, de falta de humildad y conocimiento propio y de Dios. Calla y no pestañees, como calla un idiota delante de un gran letrado conociendo su no saber. ¿Y qué sabes tú, y qué puedes? Nada; pues en el conocimiento desa nada, calla y no te menees, con reverencia y estima de la grandeza de Dios. Y mira luego que el ser que tienes le tienes de Dios, y ahí te le está dando y conservando (Iacob., 1). Al fin has de conocer que todo don bueno y perfecto baja á ti de Dios graciosamente, y no por tus merecimientos, trabajos ó industrias.

D.—Parece que quieres decir que la ocupación para hallar á Dios ha de ser el mismo Dios.

M.—Así lo digo, y para que lo entiendas bien, nota: Que Dios vive en sí y por sí y de sí; porque en sí solo tiene su gloria entera sin tener necesidad de mendigar ó buscar fuera de sí alguna cosa; ni depende de nadie, ni es sino por sí mismo. Nuestra ánima vive de Dios, en Dios y por Dios. En Él vivimos, dijo San Pablo (Act., 17 f), en Él nos movemos y en Él somos. Brava cosa, pero dulce para considerarse y regalarse el ánima en ella; que ni pueda vivir, ni ser, ni moverse, sino en Dios. Esto me humilla, pero deleítame y regálame y ensánchame el corazón y mueve mis afectos todos en Dios, y levanta mis deseos de toda criatura ver que todo lo que tengo es de Dios: mi ser, mi vivir y mis movimientos, especialmente cuando en este sosiego y recogimiento se comunica á mi alma; Él vive en sí y de sí y por sí; y el alma vive de El, en El y por El. Vive en El y de El porque así como comiendo el pan material nuestro cuerpo vive, no de sí, sino mediante la virtud del pan escondida, así nuestra ánima, mediante sus potencias, comiendo de Dios, esto es, entendiéndole y amándole, vive, no de sí, sino del mismo Dios. Y si conforme al manjar de que somos mantenidos es la vida, ¿qué vida será la del ánima que se mantiene de Dios? Será divina, y sus movimientos y acciones más del cielo que de la tierra. Vive en Dios, alma mía, pues la vida que tienes la tienes de Dios; y vive de Dios, pues se te da en manjar y te convida consigo, y te manda que le comas y le bebas. Comed el bien, dice Isaías (Isai., 55), y deleitarse ha en la gordura vuestra ánima, y quedará con mayor hambre, como lo dijo el Eclesiástico (Eccles., 24), y con mayor sed, y con otra nueva vida, como lo afirma Cristo Señor nuestro en su Evangelio: *Qui manducat me, vivit propter me.* Tendrá la vida que yo tengo por hijo natural de mi Padre; no natural, sino por gracia y amor transformante, la cual yo le comunicaré comiéndome sacramentado. Aquellas palabras que Él mismo dijo, como amenazando á los judíos (Ioan., 6): *Nisi manducaveritis carnem filii hominis, et biberitis eius sanguinem, non habebitis vitam in vobis*; gloso yo así: Tendréis vida y no tendréis vida. Tendréis la vuestra, mas no tendréis la mía. Pero si comiéredes mi carne y bebiéredes mi sangre, no tendréis vuestra vida y tendréis la mía. Come de Dios y vivirás vida de Dios; medita en Dios, rumia y atentísimamente considera sus perfecciones que te descubrirán las criaturas, y vivirás según la voluntad y gusto de Dios; que eso es comer de Dios y vivir de Dios y en Dios y para gloria de Dios: *Propter Patrem.* Sale de sí el alma con esta comida y bebida, como dice la Esposa (Cant., 5): Comed, amigos, y bebed, amicísimos, hasta la embriaguez, hasta salir de vosotros, hasta que dejéis de ser lo que sois y viváis de Dios y en Dios y para Dios.

Ocupación para hallar á Dios, cuál. Dios vive en sí y por sí y de sí.

El alma vive en Dios y de Dios y para Dios.

Qué es comer de Dios y lo que se gana comiendo.

D.—Dulcísimo discurso. Quiera Dios que le entienda mi ánima y goce de tanto bien como en él hay encerrado. Pero, maestro mío, el que desta manera vive más está en Dios que en sí mismo.

M.—Claro está eso, y ninguna duda tengo yo dello.

§ IV

Mas dime, Deseoso, ¿sabes tú cómo andarás y vivirás siempre en Dios?

Discípulo.—Algo sabría decir de lo que me has enseñado, pero de tu boca lo deseo oir, que lo dirás con mayor satisfacción y más á provecho de mi alma.

Maestro.—El que quiere siempre andar en Dios, ha de andar siempre en sí mismo hecho guarda de su corazón, de manera que ni una cosa mínima entre en él; porque como el que guarda una fortaleza, si da lugar á que un soldadillo despreciado, pero enemigo, no

Cómo anda y vive el alma siempre en Dios.

haciendo dél caso, entre en ella, abre la puerta á los demás y es visto entregarla, así en el caso presente; así es, digo, así es. Gran vergüenza, no digo bien, sino desvergüenza, irreverencia y desacato, deseando la presencia de Dios, dejar que el corazón se llene y embarace con otras cosas. Éntrate dentro de ti y guarda ese alcázar de tu corazón para que ni un pensamiento terreno entre en él y tome asiento. Detén el entendimiento dentro de ti, que harto tiene en qué ocuparse sin andar ocupado en cosas menores que él y dañosas para el ánima toda. Entienda ahí recogido cómo le da Dios la vida y á todas las cosas que la tienen y todo lo que tienen. Y esto debe hacer, no con violencia y haciendo fuerza con el pecho, cabeza y corazón, como el que medita alguna cosa, que se esfuerza á pensar en aquello que ha escogido, sino, como quien chupa, atraer á sí todas las cosas estándose él quedo. Que lo natural del entendimiento es atraer á sí, sin salir de su casa, todo lo que ha de entender; diferente mucho de la voluntad, que no para buscando lo que ama. Piensa el fruto de cada cosa; especialmente procura conocer los inmensos y nunca suficientemente entendidos de la encarnación, vida y muerte de Cristo. ¡Oh qué alta y provechosa materia para ser entendida y rumiada y considerada toda la vida! Concluyo este razonamiento con asegurarte esta verdad: que para detener á Dios en tu corazón y tenerle atado y junto contigo, ningún medio es más poderoso que los pensamientos de su pasión y muerte ignominiosísima. Lo cual han colegido los doctores de aquel lugar de los Cantares que donde el intérprete latino dice (Cant., 7): *Comæ capitis tui, sicut purpura Regis, iuncta canalibus*, leen algunos hebreos: *Rex ligatus in canalibus*: El rey atado en las canales ó enredado en los cabellos teñidos en sangre. ¡Oh pensamientos purpúreos! colorados digo, teñidos en las canales, llagas preciosísimas hechas en el cuerpo del Rey eterno, por donde como por canales se iba desangrando; ¡cuán poderosamente atáis á Dios y le tenéis en el alma que los tiene! ¿Tiénesle? Habla con Él mental ó vocalmente, como si le vieses con los ojos corporales. Verdad es lo que digo y no imaginación, ni fantasía, ni fingimiento.

Cuidado del corazón para que sólo Dios le ocupe

Cómo nos habemos de aprovechar del entendimiento.

Para detener a Dios en el alma, puede mucho la memoria de su pasión.

D.—¿Qué le tengo de decir?

M.—Tus necesidades, tus menguas, tus pobrezas; y habla como con tu madre verdadera, sin señoríos ni encogimientos, sino como el niño que confiadamente pide á su madre lo que ha menester. Pide con modestia, pero confiadamente, y nunca consideres á Dios triste, ni mudado, ni colérico, ni enojado, ni con otras pasiones humanas; mas en todas las cosas le contempla una eternidad, infinito y inconmutable, inmenso, etcétera, y puesto delante de Él como la criada delante de su señora, de la cual espera el comer, el vestir y lo necesario todo, di con el Profeta (Psal. 122 a.): *Sicut oculi ancillæ in manibus dominæ suæ, ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum, donec misereatur nostri.* Y basta esto para que sepas cómo puedes y debes andar en Dios, del cual tan necesitado vives, que no de otro que de Él has de esperar todo tu bien y el remedio de tus necesidades y pobrezas todas.

Cómo se ha de haber el alma con Dios cuando le siente presente.

D.—Muchas dudas quisiera tener para esperar tales respuestas, y no me faltaran si no temiera serte molesto y cansarte más de lo justo.

M.—Yo pienso que está dicho lo más necesario á la contemplación y vida de perfección; porque no es mi intento escribir en libro tan pequeño de vicios y virtudes, ni dar materia de meditación, ni de otras cosas que dejo tratadas en los *Triunfos*, *Lucha*, *Conquista* y *Presencia de Dios*, á que remito los lectores con esperanza de que saldrá todo junto, cuando su Majestad se sirviese de dar caudal para ello.

D.—¿Cómo me habré yo en mi convento de suerte que edifique y aproveche en estos ejercicios?

M.—Obedeciendo perfectamente al prelado y continuando sin cesar en la oración mental. En todas las cosas que quisieres pensar, hallarás que puede haber extremos que se deben huir, pero en materia de obedecer y orar mentalmente no los hay. La razón, porque obedeciendo al prelado obedezco á Dios, y orando mentalmente contemplo á Dios en sí ó le busco en sus criaturas para reverenciarle y amarle y unirme á Él, adonde

Cómo se ha de haber el religioso en su convento.

no puede haber exceso ni cumplir suficientemente con el deseo y obligación. *Quantum potes tantum aude: quia maior omni laude, nec laudare sufficis* (Eccl., *Seq. Ss. Euch.*). ¡Qué descuidado de sí vive el verdadero obediente! Como aquel que sabe que el Señor por quien él se sujetó al hombre cuida de gobernar al hombre, para que le gobierne á él y le ocupe en aquellas cosas en que más ha de aprovechar y agradar á su prelado principal, que es el mismo Dios.

D.—Desa manera no me convendrá significar en qué serviré de mejor gana y á qué ocupaciones me inclino.

M.—Por ningún caso, porque todo lo que se te mandare sea según la inspiración que en el coracón del prelado Dios pusiere; esto es propiamente obedecer á Dios; y aprovecharte ha mucho, para que sea del gusto de Dios lo que se te ordenare, pedir continuamente que en ti se haga y cumpla perfectamente su santísima voluntad; y si el que manda y ordena ordenare y mandare algunas veces cosas que al parecer no son acertadas, como no sean conocidas culpas, tú acertarás siempre en obedecer. Dije, lo segundo, que era necesario el ejercicio mental, y digo que sin él no vivirá jamás contento ningún religioso, ni tendrá en su alma consolaciones que merezcan nombre de verdaderas. Nuestra perdición está en vaguear y discurrir por las cosas que nos apartan de Dios; y nuestro remedio y el ganarnos consiste en ocuparnos en ejercicios que vuelven nuestra ánima á su presencia. Come de Dios, como te dije, que esa es tu vida; y en acabando con las obras de la obediencia, como un rayo te has de volver á la oración mental y perseverar en ella hasta que la misma obediencia ó la necesidad corporal te saquen de tu celda, coro ó rinconcillo.

El obediente perfecto vive descuidado de sí.

Ejercicio mental, necesarísimo al religioso para vivir contento.

§ V

Discípulo.—Quisiérate preguntar, súfreme por el Señor, ¿cómo me tengo de haber en el amor de mis prójimos y hermanos?

Maestro.—Si sabes amar con perfección á Dios, bien sabrás por El y en El y para El amar al prójimo. Porque la caridad una sola virtud teological es, con dos respetos: y del uno y del otro amor, un Dios es la razón y la causa. De las consideraciones que has de hacer para amar al prójimo trata el diálogo nono de la *Conquista*; y del orden, la primera parte de las *Consideraciones de los Cantares*; y de ambas cosas hay pocos libros escritos. Si fueres espíritual, la unción divina te enseñará; y si tienes por tu maestro al amor, no puedes ignorar lo que debes hacer en esta parte. Con todo diré aquí lo que pocos días ha la leí en un tratadico, que todo él había de andar estampado con letras de oro. Ordenóle una sierva de Dios de lo que ella hacía, de manera que cuanto en él escribe lo escribe por haberlo así experimentado. He procurado, dice ella, tratando con mis prójimos ser muy circunspecta y avisada, para no incurrir en algún pecado ni darles ocasión y materia de escándalo, antes merecer conversando con ellos y darles motivos para obrar bien. Lo primero que procuro es no tener amistad estrecha y singular con alguna persona deste mundo, sea quien fuere; que el amor ha de ser general con todos, porque lo particular da ocasiones para muchas culpas; gástase el tiempo desaprovechadamente, distráese y enrédase el alma; nuncan faltan palabras ociosas, y á veces murmuraciones. Yo soy muy enemiga de hallarme adonde se habla mucho, porque, como lo dijo el Sabio, nunca falta pecado. Poco con todos, y esto es lo segundo, especialmente con personas que se huelgan y son tentadas de parlar sin fruto y de saber los dichos y hechos ajenos y son fáciles en murmurar. Despídome de las tales cuanto más presto puedo, con ocasión de que tengo alguna ocupación que me obliga á ser corta en mis razones. Si me visitan personas de fuera, procuro guardarme demandarles nuevas del siglo; y si al fin me cuentan algunos sucesos, no los cuento á los de casa, salvo sino fuesen de grande edificación. Que el religioso que se saborea en las cosas que los seglares le contaron, y las refiere y hace plato dellas, tomando gusto en esto, no tiene espíritu de oración, ni sabe qué cosa es tratar fielmente con Dios; el corazón tiene en el siglo, aunque esté más encerrado en su convento: mudó el hábito, más no el afecto. Cuando yo hablo, procuro modestia

Cómo se han de amar los prójimos, y el trato con ellos cual ha de ser.

Practica y ejercicio espiritual de una sierva de Dios.

Hablar poco, importa mucho.

en el rostro, y en ninguna manera quiero mirar de hito en hito á nadie, y mucho menos á hombres graves y de grande autoridad; y si fuese posible despachar en una palabra, no querría en dos, excusando ceremonias y cumplimientos; considerando que el Señor del cielo me llama para hablar á solas conmigo. Querría, lo tercero, sufrir muy de corazón toda injuria que me fuese hecha, no dando yo ocasión para ello, así en la honra como en el cuerpo y hacienda; pues, según verdad, estas cosas por el voto de la obediencia, pobreza y castidad no son más. ¿Y quién puede decir que es suyo algo desto, pues á la hora de la muerte ha de ser despojado de todo? La mortificación en estas tres cosas quita el desordenado amor que tenemos á nosotros mismos, á nuestra carne y á las cosas de que usamos; que es el todo de la vida espiritual y de donde nace el odio santo, tan celebrado de los Santos. Querría, lo cuarto, sentir y mostrar alegría del bien de mis prójimos, con palabras y con semblante y con obras, si fuesen menester, y dolor de sus trabajos, así del alma como del cuerpo, así de honra como de hacienda menoscabada y perdida. Y cuanto con mayor sentimiento esto se hiciese, tanto más cierto indicio sería de perfecta caridad. Deseo, lo quinto, ser en mi trato y conversación muy afable, mansa y dulce con todos, guardándome mucho de ser austera ó de reprender á otros con aspereza exterior de palabras ó gestos, y de mostrar tristeza ó melancolía, de manera que por ello viniese á ser aborrecida y á que todos huyesen de mí. Y es cierto que muchos á título de espiritualidad son intratables, encapotándose y retirándose y huyendo de sus hermanos, siendo mandamiento del Señor que los amemos como á nosotros mismos. Mayor perfección es ser una persona espiritual, afable, sin derramarse ni divertirse por ello, que estarse á solas con su sentimiento, encogida y triste. El amonestar ó reprender á otros con imperio conozco que toca y pertenece á los superiores; y siéndolo yo, querría hacerlo con la mayor suavidad que me fuese posible; por que la persona reprendida echase de ver que el celo de su bien me movía á reprenderla, y la obligación del oficio.

Alegrarse del bien del prójimo y dolerse de sus males, señal de perfección.

El siervo de Dios ha de ser afable y blando de condición.

D.—¿Y el acusarse unos á otros al prelado?

M.—Materia conocida de disensiones, quejas, enfados y de desamor. Lo sexto, digo que querría reverenciar y honrar á todos como á mis mayores, no mirando si son ó no personas dignas de la tal honra; porque lo que á mí me importa es conocerme por la más miserable, vil y abatida del mundo; y al fin, con esta consideración no podría errar, cuando á todos los honrase y respetase, y los estimase más que á mí, y los obedeciese en todas las cosas lícitas y honestas, como á mis mayores. Querría, lo séptimo, ayudar á mis prójimos en todas aquellas cosas que fuesen posibles hasta derramar mi sangre por ellos, á ejemplo de mi Señor que dió su vida por sus enemigos. Y si yo tuviese este deseo, no me sería pesado cualquiera trabajo, molestia, cansancio y oficio por mis hermanos, ni la cura de los enfermos, aunque fuesen leprosos. Hasta aquí en sustancia esta santa religiosa. Y aunque yo pudiera decirte cosas más curiosas y con grandes fundamentos de la divina Escritura y doctores de la Iglesia, no lo quiero hacer, porque lo dicho con santa simplicidad y verdad basta rumiado y puesto en ejecución.

D.—Una sola pregunta te quiero hacer, y habiéndome respondido á ella, podrás asentar el ejercicio de cada día que me tienes prometido y encarecido lo posible.

M.—Cuando lo veas puesto en práctica conocerás que he andado corto en alabarle. Pero di lo que quisieres ahora.

§ VI

Discípulo. — ¿Qué tiempo será menester para aprovechar espiritualmente en estos ejercicios que habemos platicado?

Maestro.—Podríate responder con las palabras del ángel á Elías (III Reg., 19): Levántate y come, que la jornada es larga. Algunos hay que sintiendo un fervorcillo en sus corazones y una poca de luz en sus entendimientos, se esfuerzan á pasar adelante, olvidados de su poco poder y de su nada; y por la irreverencia y descortesía vuelven atrás mucho. Lo que debemos hacer es pedir á Dios la gracia y seguir con la obra lo que nos fuere mostrado. Del santo rey David cuenta la Escritura (II Reg., 2), que siendo ungido en rey y sabiendo que era

Qué tiempo es menester para aprovechar en el ejercicio mental.

muerto Saúl, no se entremetió luego en el reino, sino que se fué á la oración y pidió á Dios licencia para ello. Y estaba tan resignado en su voluntad, que le preguntó si subiría á alguna de las ciudades de Judá; y diciéndole que subiese, quiso saber en particular á cuál dellas; y el Señor le respondió que á Hebrón. Considera aquí la humildad deste gran rey, que, siendo suyo el reino por orden y voluntad de Dios, no quiere tomar la posesión sin consultarlo primero, ni quiere ir á una ni á otra ciudad, sino á la que le señalare. Bien se ve aquí que lo que Dios quería quería David; pero hace David la salva á Dios, porque reconoce que sin merecerlo él le mandó ungir en rey y es hacienda suya aquella, y que no es justo entrar en ella sin licencia y beneplácito de su dueño. Digo que antes que te pongas á orar mentalmente, para lo cual eres llamado de Dios, le has de suplicar te conceda y dé á sentir lo que á su Majestad es más agradable; porque si quiere lo que nosotros queremos, quiere que se entienda que lo queremos porque Él lo quiere, y quiere juntamente que le supliquemos que nos diga lo que quiere para que lo queramos como Él lo quiere. No hablemos aquí de los enemigos de la oración mental, porque Dios les dice (Psal. 128) que sean confundidos y avergonzados porque aborrecen á Sión, que es el ejercicio de la contemplación, y harta confusión tienen consigo y harta vergüenza padecen dentro de sí. Ni hablo de los tibios, que si tratan deste ejercicio es con tanta flojedad, que muy pequeños estorbos los hacen volver atrás; y su enfermedad, como ya vimos, es casi irremediable. Hablemos de los obreros fieles que comienzan y prosiguen con fervor y con espíritu y con deseo de llegar al puerto de salud. En estos son tantos los quebrantamientos, las perturbaciones y los caimientos que antes de comenzar han enflaquecido las potencias de sus ánimas, que les es necesario volver en sí muy poco á poco, como el enfermo que se levanta de una grave enfermedad. Y de nuestra rudeza ¿qué se puede presumir? Para deprender un oficio mecánico es menester tiempo y maestro perito, y se han de sufrir trabajos y mohinas y castigos, y al cabo no sale con ello muchas veces. Pues si en lo corporal pasa esto, ¿qué será en lo espiritual? Por eso hay tanta falta de maestros, porque apenas se halla un perfecto discípulo. Digo, hijo Deseoso, que el que se determinare de tomar este ejercicio de la oración mental, se ha de determinar á sufrir muchos trabajos, cansancios, tedios, desconsuelos, escuridades, ausencias y tentaciones de los demonios, y á la perseverancia de muchos días, meses y años, y aun de toda la vida; porque es obra esta de tanta dificultad, que si no es usando Dios de milagro no se puede perficionar en poco tiempo; porque como nuestra ánima por largo espacio se ha ido alejando de Dios y apartándose de su primero principio, necesario es tiempo largo y paciencia reposada para volverse á Él. El que por haber andado años al sol se puso negro, no se pondrá blanco repentinamente; años ha menester y Dios y ayuda para volver á cobrar su color. El agua que con las avenidas, olas y tempestades se enturbió, no súbitamente se aclara, sino dejándola por mucho tiempo reposar y quietarse; y turbia, aunque os miréis en ella no os conoceréis ni veréis con distinción vuestra figura, sino un bulto lleno de confusión; pero ella clara y quieta, todas las facciones de vuestro rostro veréis, y parte por parte os conoceréis, hasta las pequeñas faltas y menudos defectos. Lo mismo pasa en nuestra ánima, que cuanto más va creciendo en el recogimiento y quietud, tanto más claramente conoce la verdad; conoce sus faltas por menudo, corrígelas y estudia en la limpieza interior hasta llegar á la perfección. Al fin, si has de recebir y retener en tu alma los dones de Dios, es menester que la purgues y eches lejos mucho della, los vicios y sus secuelas; y que se quiete lo bullicioso y se serene lo inquieto. Muy á propósito desto es lo que se cuenta en el libro de Ester, conviene á saber: que las damas que habían de entrar á la comunicación y amoroso trato del rey Asuero primero se habían de curar los rostros doce meses; en los seis primeros usaban de unturas y aceites de arrayán, y en los otros seis de cosas aromáticas y de lindo olor. La declaración ó inteligencia desto dejo para tu discurso, y solamente digo y pondero que si para comunicar con aquel rey terreno eran menester tantas preparaciones y el cuidado y diligencia de las damas sería tanto, que en razón de aventajarse unas á otras en hermosura no se descuidarían un punto, ni perderían ocasión ni tiempo; que para llegarse y

Dificultosísimo el ejercicio mental, y poco a poco se ha de caminar a él.

unirse nuestra ánima con Cristo, Esposo y Rey eterno, no será necesario menor cuidado, menores diligencias, menores preparaciones, inferiores unciones y aromáticos de menos fragancia y olor. ¡Ay alma devota! mira que esos toques que interiormente sientes, voces son de Dios que te llama á su conversación amorosa; desposarse quiere contigo y enriquecerte con sus divinos dones. Mira por todas partes, no te falte algo de lo que has menester para este celestial ayuntamiento; porque no se te vuelva la honra de tu casto llamamiento en perpetuo y desesperado vituperio. Y si no pretendes alguna quimera, no trates de la unión con Cristo si no tratas primero de hacerte semejante á Él, porque mal se unen las cosas entre sí desemejantes.

§ VII

Discípulo.—Al fin, no es tan corto este camino como algunos lo hacen.

Maestro.—Hacen mal en decir que es corto, siendo largo; y para que entiendas de raíz lo que es bien que ninguno ignore, te quiero preguntar: ¿Sería acertado, informándome yo de uno si el camino de Madrid á Sevilla es corto ó largo, me respondiese que es muy corto y que le andaré en dos días?

Los que señalan tiempo al ejercicio mental, engañan á los que le comienzan.

D.—No por cierto, porque no te dispondrías para el trabajo ó no te proveerías de las cosas necesarias para tu jornada; faltaríate al mejor tiempo la moneda, padecerías detrimento en tu persona y tendrías razón de quejarte de quien falsamente te aseguró de la brevedad del camino. Los dos días caminarías con gusto, y con disgusto y cansancio doblado los demás; y no hallando el cabo á tu camino, no representándosete algún inconveniente notable, volverías á desandar lo andado.

M.—Muy bien has discurrido, y podráse confirmar lo que dices con lo que les pasó á los hijos de Israel en el desierto (Exod., 33), que por no les haber dicho Moisén los grandes trabajos que en el camino habían de padecer, sino sólo que Dios quería cumplir su palabra sacándolos de aquel cautiverio y pasándolos á la tierra de promisión, en cada aflición que les venía murmuraban de Moisén, y á voces decían: ¿Por qué nos sacaste de Egipto para que muriésemos en esta soledad? Grande yerro es asegurar á ninguno el tiempo de su aprovechamiento, porque esta tan alta obra pende de mano ajena y no se acaba á nuestro albedrío. Las ganancias de la contemplación y ejercicios mentales están debajo de la llave que sólo Dios tiene en su mano; Él abre y Él cierra á su voluntad. Y cada día vemos almas muy aprovechadas, llenas de sequedades, aprietos y desconsuelos, sin atinar con la puerta y sin saber cómo se da la vuelta á la llave de los consuelos. Lo que el padre espiritual debe hacer es enseñar el camino; y el contemplativo tomarle, como dicen, en las manos, y conociéndose indigno de toda consolación, con perfecta humildad, temor, amor y reverencia, andar sus jornadas de virtud en virtud, como dijo el Profeta (Psal. 83), hasta ver al Dios de los dioses en Sión. Aparéjate á la paciencia y mira bien que un lugar tan sucio y tan desemejante no puede en breve espacio ser así purificado y limpio, reformado y reposado, que merezca ser morada y templo digno de Dios, que es el fin de la contemplación. Pide á Dios buen maestro, y si te le diere, te dará con él un rico y preciosísimo tesoro. Y no más, porque estoy muy cansado y deseoso de acabar esta plática, que aunque pienso es la más regalada y provechosa, es la más dificultosa.

D.—Así me lo parece.

M.—Vengamos, pues, al ejercicio que te tengo ofrecido; es del autor de la *Mística Teología* (lib. 2, part. 3, cap. 46); el título que le pone es éste: *Exercitium nobilissimum aspirationis, unitivique amoris*: Nobilísimo ejercicio de aspiración y de amor unitivo.

Ejercicio de aspiración y de amor unitivo.

También se ha de considerar, dice, que el ejercicio de aspiración y de amor unitivo principalmente y con gran vigor se platica en el tercero grado desta consurrección, aunque se podría comenzar en la vida activa; y por eso proseguimos aquí con él, porque por él todas las tentaciones y medios entre Dios y nosotros con brevedad son quitadas; y él es la entrada para la altísima perfección, porque con grande impulso aprieta al hombre á que camine y se dé priesa á la excelentísima asimilación con Dios en la perfecta mortificación de todos los vicios y consecución de todas las virtudes. Este es el cedro eminentísimo en el monte de la perfección,

que se debe adornar de cuatro ramos, esto es, de cuatro ejercicios; porque aunque este ejercicio haciendo fuerza penetre todas las tentaciones y ocupaciones y toda multiplicidad, y lo que es más, todo lo que debajo de Dios ó menos que Dios es, no en largo, sino en brevísimo tiempo, y constituya al que le ejercita ante la desnuda presencia de Dios, deseoso de unirse á Él, sin medio de criaturas; con todo eso conviénele estar mucho tiempo á la puerta llamando hasta que Dios le abra y le dé entrada, y entonces tiene necesidad de cuatro maneras de ejercitaciones, con las cuales despierte al querido para que le quiera entrar adentro, en la bodega del vino, como entró á la Esposa. Advierta, empero, el contemplativo y guárdese cuidadosamente de poseer algún ejercicio tenazmente y con propiedad; pero en su introversión observe con atención el tracto ó llamamiento ó impulso del Espíritu Santo; el cual de muchas maneras trae á sí el espíritu del hombre y le inflama en su amor, ahora con este ejercicio, ahora con otro diferente. Cuando, pues, se sintiere el contemplante con alguna interior aspiración ó inspiración ser llevado á algún ejercicio, debe luego dejar los suyos propios, cualesquiera que fueren, y seguir con afectuosa y pronta voluntad aquella moción ó atracción y ejercitarse en aquello que interiormente es enseñado. Pero si no siente especial impulso del Espíritu Santo, ni puede hallar entrada franca á Dios, entonces conviene que se esté y persevere en la presencia de Dios por aspiración del amor unitivo, en la cual se contienen cuatro modos principales para despertarse, como cuatro martillos de que se ha de servir para llamar á esta puerta para entrar á gozar de la simple unidad con Dios y en Dios.

§ VIII

Ejercicio puesto en forma. Ofrecer.

Los modos son éstos: Ofrecer, demandar, conformarse y unirse. Ofrecimiento, petición, conformación, unión. Supongamos que luego que te conviertes á Dios dentro de ti mismo sientes que el Espíritu Santo te pide que le des lo que tienes; al punto lo has de hacer con mucha liberalidad; y hasle de ofrecer lo que sabes que Él quiere y continuamente pide: la perfecta abnegación y propio menosprecio, abscisión ó cortamiento, ó tala de todas las delectaciones sensuales, con que el corazón desordenadamente puede mancharse, aunque sean cosas muy pequeñas, como lo son palabras ociosas, ociosidades, liviandades, curiosidades y semejantes. También te ofrecerás á ti en la mortificación de las naturales pasiones: desordenada alegría, tristeza, amor, temor y esperanza vana. Y aun debes resignarte voluntariamente para carecer de la sensible y experimental gracia de la devoción y varios dones y mercedes de Dios, que propiamente y con precisión no son necesarios para la salud. También te mortifica en la pronta voluntad de padecer y sufrir toda la adversidad por Dios, ora sea perdimiento de amigos, de deudos, de honras y de bienes temporales; ora padecer enfermedades, confusiones, penas, tribulaciones, presuras de corazón y, finalmente, todas las cosas que en el tiempo se pueden ofrecer, resignándote en ellas alegremente y de gana. También te debes ofrecer liberalmente al divino beneplácito, aunque Dios quisiese ponerte á que por su amor y honra padecieses eternalmente las penas del infierno. Aunque no es lícito resignarse el hombre interviniendo culpa, de manera que estuviese apartado de Dios por la voluntad y amor, como están los condenados. Y aunque parece imposible que la voluntad se resigne á sufrir las infernales penas eternalmente, porque la naturaleza rehusa de todo en todo la tal resignación, empero por multiplicación de deseos formados para este fin, y por la gracia abundante y copiosa del Señor, se puede venir á tal punto, que con tan cumplida voluntad, sin detenimiento de corazón, liberalmente se ofrezca á Dios, para padecer las penas dichas, como para recibir los gozos de la gloria eterna. Porque el amor de Dios se hace en el alma tan puro, y el desprecio de sí mismo tan grande, que tan diferentemente se haya para lo uno como para lo otro, con tal que principalmente se cumpla en él el divino beneplácito. Y aunque sea imposible que Dios pida tales ofrendas, ó que las desee, quiere empero que el hombre, por su amor, esté aparejado á resignarse en todas las cosas, cuantoquier que sean graves y intolerables. Por esto suele su divina Majestad poner ante los ojos á sus muy familiares amigos estas cosas, para que por aquí puedan saber cuánto quieren morir á sí mismos por el amor suyo; como lo hizo con Abraham cuando le mandó que le

sacrificase y degollase y abrasase á su muy querido hijo Isaac (Gen., 22); lo cual hizo no más que para tentarle y ver ó que viesen los hombres y los ángeles lo que tenía en él. Y cuando el que contempla se viere voluntario para resignarse perfectamente en estas cosas, podrá con seguridad y confiadamente pasar al segundo ejercicio, que es de desear y pedir. Porque escrito está (Luc., 11): *Petite et accipietis. Date, et dabitur vobis.* Quien supo dar y liberalmente dió, bien puede seguramente pedir. Pide, alma, no sólo lo que tiene Dios, sino lo que es el mismo Dios. Debes, pues, ante todas cosas, pedir al Amado desnudo, para gozarle á Él solo y á solas en su inmenso y desnudo amor; porque no le es lícito á la criatura racional gozar propiamente de alguna cosa, esto es, poner fuera de Dios su final descanso y quietud; porque nunca puede el hombre fruitivamente descansar en algún don de Dios sin pecado, aunque grande, noble, virtuoso ó divino. Puede, empero, usar de los dichos dones para por ahí venir á mayor perfección. Por tanto, cualquiera cosa que Dios diere que no sea Él, no bastará ni será suficiente al verdadero amador; porque siempre quedará con hambre y con ansia de gozar del sumo bien en el desnudo amor. Y luego que el amador comience á reposar en algún don de Dios ó en la experimental gracia y devoción, comienza á resfriarse y aflojar en el deseo de aprovechar. Después de esto puedes pedir á Dios que alumbre tu entendimiento, para cumplidamente conocer, lo primero, su divino beneplácito, para perfectamente ejecutarle; y para esto, tan aparejado te has de ofrecer en todas las cosas, sin detenimiento ni contradicción del corazón, como se mueve sin alguna tardanza la sombra moviéndose el cuerpo que la causa. Lo segundo, para conocerte plenariamente á ti mismo, esto es, tu abisal vileza, ingratitud, indignidad y desmerecimiento de todo bien; para que puedas por aquí perfectamente menospreciarte y humillarte. Lo tercero, para tener perfecta noticia de todas las verdaderas virtudes; y principalmente has de orar con instancia por la adquisición de esas virtudes, por recebirlas y poseerlas. Pero sobre todo, y ante todas cosas, has de pedir que Dios multiplique y crezca en tu alma el amor suyo desnudo. Esto ha de ser con tantas veras, tan continuo y tan perseverante como el respirar para vivir. Y á la verdad, la vida del amor criado que el alma vive consiste en la continua reversión ó vuelta, con el ardiente y crecido deseo de su origen, esto es, en el amor increado, para únicamente allegarse á Él y gozarle, como los rayos solares dependen del sol. Otras cosas hay fuera destas que parecen provechosas y que pueden pedirse, conviene á saber: liberación de todas las tentaciones espirituales y carnales, de todos los aprietos del corazón, de todo desamparo, esterilidad, insensibilidad, etc. También se puede orar por la gracia sensible, devoción, amor, dulcedumbre espiritual, revelación, rapto y otras cosas semejantes que propiamente no son necesarias para la salud; las cuales no se han de pedir sino en cuanto fueren para la gloria de Dios ó provecho de los prójimos ó de nuestras almas; y si no se nos concedieren, no por eso debemos acobardarnos ó inquietarnos, sino confiar enteramente de Dios que si nos conviniere el recebirlas nos las dará sin duda.

Pedir.

El tercer ejercicio es que el fiel amante trabaje perpetuamente de conformarse más y más con el Amado, en esta forma: Cuando el fuego del amor estuviere encendido en tu corazón, debes, lo primero, abrasar en él toda desemejanza, esto es, todos los vicios y defectos, todas las naturales pasiones y la inmortificación, las inclinaciones sensuales y la impaciencia. Mas advierte que no es necesario recurrir por menudo todas estas pasiones ó inclinaciones, sino, haciendo de todas uno como manojuelo, arrojarlas en el fuego inmenso del amor divino, para que allí se abrasen y consuman. Luego después desto te levantarás con deseo ardiente de conformidad, y con oraciones fervientes, centelleantes y apretantes pedirás al querido que tenga por bien adornar tu ánima desnuda con algunas especiales virtudes de que Cristo fué adornado y hermoseado. Y aunque diligentemente debes atender á tu ejemplar espiritual Cristo en todas tus perfecciones así cuanto á la divinidad como cuanto á la humanidad, con fin de adornarte conforme á Él, empero para alcanzar tan rico atavío más debes instar por oraciones que por tu propio trabajo. Porque las virtudes y la deiformidad más presto se adquieren por inflamadas y continuas oraciones que por otros cuales-

Tercero ejercicio: Conformarse.

quiera ejercicios. Especialmente te debes conformar y formar á la humanidad de Cristo en todas aquellas virtudes que principalmente resplandecen en las perfecciones de su acerbísima, despreciadísima y dolorosísima muerte. Y sobre todo desearás conformarte á Cristo en el afecto de profundísima vileza, abatimiento y humildad. Y cuando te ejercitares y trabajares por alcanzar alguna virtud, humildad, abnegación ó mortificación de la propia voluntad y afición, y quisieres saber si la has alcanzado y en ella conformádote á Cristo, mira si estás tan aficionado á la dicha virtud que sin algún detenimiento ó contradicción del corazón te resignas, aun en tiempo de sequedad, en la tal virtud en que eres probado; y entonces conocerás que por la gracia divina la has alcanzado plenariamente. Pongo ejemplo en esta forma: Pido á Dios me conceda deseo y afecto de menosprecio de mí mismo, y ejercítome en alcanzar esto que deseo á imitación de Cristo. Sucede que me hallo seco, sin devoción sensible, desamparado, yermo y sin algún consuelo. En este tiempo se ofrece que me levantan un testimonio de grande deshonra y abatimiento para mí; si entonces el primero y el postrero movimiento del corazón fuere deseo de recebir sin detenimiento ni repugnancia del mismo corazón la tal deshonra, confusión ó pena, como si con grande ansia por largo tiempo la hubiese esperado, como suele el soberbio recebir las honras y el avaro las ganancias, perfectamente he alcanzado la virtud. A lo menos de Cristo Señor nuestro dice el Profeta santo (Psal. 68): *Improperium expectavit cor meum et miseriam:* Esperó mi corazón el improperio y la miseria. Como si dijera: No temí las deshonras ni los improperios, antes los deseé como cosa preciosa para mí y de mucha ganancia. Y del santo Job se dice que bebía como agua los escarnios. Si se rehusa el trabajo cuando llega, ó se le vuelve el rostro y nos desplace, aún no habemos alcanzado cumplidamente la tal virtud tras que andamos.

§ IX

Cuarto ejercicio: Unir.

El cuarto ejercicio es unir y traspasar nuestra voluntad en el divino beneplácito; porque así como el ejercicio de aspiración y de amor unitivo se frecuenta para reposar en solo Dios, y con deseo inflamado hacerse una cosa con Él, á lo cual nos lleva el amor práctico y experimental; así en este ejercicio de unión debe trabajar el hombre con penetrativos y calurosísimos deseos, sin detenimiento del corazón, de unir su voluntad y plenariamente traspasarla en el beneplácito de Dios; de manera que del impulso del amor desnudo, ese divino beneplácito sea siempre su deseo, su deleite y su solaz en todas las cosas, ora sean adversidades exteriores, enfermedades, persecuciones, afrentas, etc., ora interiores, falta de devoción, sequedades, desamparos, frialdades de espíritu, obscuridades y nieblas en el entendimiento, etc. Y no ha de declinar en este tiempo á solaces y entretenimientos humanos, sino procure allegarse más fielmente á Dios; huya ocupaciones inútiles y discursos vanos, pláticas ociosas y cosas semejantes, á que se acogen los poco resignados y mal conformes con Dios. Persevere en santos ejercicios, á lo menos exteriores, que si en este tiempo los ejercicios no son sabrosos, son más aceptos á Dios y á nosotros de mayor provecho y más meritorios, si empero hacemos lo que es de nuestra parte, con buena y entera voluntad, que las obras que hacemos en la bonanza y afluencia de los consuelos divinos; porque servimos á Dios en esta manera á nuestra costa y expensas. Y para más perfectamente hacer esto pondrá en su corazón una grande confianza de que ésta su adversidad se la envía Dios ó permite que le venga para probar su fe y para enriquecerle de sus dones y gracias hallándole fiel. A este estado pertenece el sexto grado de amor, que se dice fervoroso, de que el Liconense habla en esta forma: Dícense hervir en amor los que por amor ardiente algunas veces son llevados sobre sí á lo alto, pero luego, con la natural pesadumbre, se remiten y abajan, como lo vemos en el agua, que con el calor bulle y se levanta, y se sale del puchero, y súbitamente se vuelve á sosegar y á bajar. El que estas cosas frecuentare y en ellas se ejercitare perseverantemente, imposible será que no alcance la perfección que desea. Hasta aquí el autor de la *Teología mística.* Y yo no quiero añadir más á este tratado, sino ponerme luego á escribir el de la pasión, que tantas veces he prometido y por mis enfermedades y ocupaciones no he podido acabar; ayúdame con tus oraciones, y eso

mismo suplico á todos los que destos mis trabajos se aprovecharen, para que cosa tan deseada y tan necesaria en nuestros tiempos con prosperidad salga á luz.

D.—Dios te lo dé con mucha abundancia para eso y otras cosas, que en tanto beneficio de las almas vas comunicando cada día.

M.—A Dios, hijo Deseoso.

D.—Ese te acompañe y dé su muy Santo Espíritu. Amén.

LAUS DEO ([1])

DIÁLOGO SEXTO

En que se trata de los ejercicios de la voluntad, afectos y aspiraciones con que se ha de despertar el alma y levantarse á Dios; fundados especialmente sobre los principales misterios de la vida, pasión y muerte del Salvador.

Discípulo.—En hora buena te vea yo, maestro mío.

Maestro.—Seas bien venido, mi Deseoso. ¿Qué venida es esta tan de mañana?

D.—Deseo saber algunas cosas que me dan cuidado.

M.—Parecióme ayer que no quedaba que decir, especialmente para quien tiene cada día lección de Santos.

D.—Mucho hace la viva voz.

M.—Di lo que quisieres, que como supiere satisfaré á tus dudas.

D.—En los *Triunfos del amor* enseñaste cumplidamente el camino de los afectos; empero así te derramaste, que apenas se puede coger el orden que se ha de tener en ejercitar la voluntad, cuyo obrar es más seguro, más fácil para todos, más provechoso y más libre de engaños.

M.—De propósito pienso tratar esa materia, porque tengos vistas muchas cosas que hacen á ella; en particular un ejercicio que levanta el alma á una altísima perfección.

D.—¡Oh quién te oyera hablar en cosa tan necesaria y tan para codiciarse!

([1]) Así fenece el diálogo quinto, y como este era el remate más ordinario que ponían en sus libros los Franciscanos, sirve para indicarnos que su primera intención fué de acabar aquí la obra; pero mientras se imprimió creyó conveniente darle en práctica lo que le había enseñado tantas veces con reglas y teorías. Véase lo que advierto en la *Introducción.*

M.—Harélo con brevedad si el Señor se dignare de darme salud y vida; y pienso que será de tanta importancia que, dicho lo que yo entiendo, no habrá más que escribir y yo daré fin con ello á todos los tratados espirituales. Agora te quiero enseñar el cómo despertarás la fuerza concupiscible de tu alma, usando de las oraciones que llaman jaculatorias, que para mí es una cosa admirable y digna de enseñarse, predicarse y platicarse á todos, sabios y ignorantes, hombres y mujeres. Muchos son los caminos por donde nuestra ánima puede caminar á la unión íntima con Dios, pero el más breve y compendioso de todos es éste; porque estos afectos y oraciones cortas amorosas, como lo afirman San Dionisio y San Buenaventura, son como unas saetas de fuego que eficazmente penetran y sobrepujan todos los medios ó estorbos que se pueden hallar entre Dios y el que ora. Y yo pienso cierto que la definición que dió San Agustín á la oración pertenece y se entiende de cada una destas jaculatorias.

D.—¿Cómo la definió?

M.—Es elevación ó levantamiento de la mente á Dios por algún afecto piadoso. Esta oración, dice (August., *in* Psal: *Intret oratio mea in conspectuo tuo, Domine*) que es atrevida y que no para ni se detiene hasta llegar á Dios. Pero nota bien que para entrar á Dios ha de ser humilde y llena de confianza. Ha de salir como la saeta del arco (Eccles., 3), que tanto más cierta es en herir, y tanto hiere con más fuerza, cuanto el arco se dobla más. Encorvado como Elías (IV Reg., 8) has de orar, humilde, pero confiado. Nunca te convertirás á Dios desta manera que Él no te salga al camino y te dé nueva gracia y nuevos dones celestiales. Esta manera de ejercicio se dice estudio de sabiduría, para que no son necesarias sofisterías ni argumentos de lógica, ni de filosofía, sino extensión de afectos y deseos en Dios. Es el medio más eficaz que se puede hallar para borrar pecados y toda disimilitud y deformidad ó desemejanza del ánima con Dios; y para la iluminación, simplificación, purificación y inflamación del corazón; y finalmente, para que el mismo Dios nos trague y nos una consigo. Al fin, en el ejercicio de aspirar por aquel tiempo que oramos ha de caer en nosotros cualquiera mal pensamiento y deseo que haya en el corazón contrario de lo que pedimos con el afecto; en el cual no pueden caber

juntamente dos deseos contrarios y entre sí repugnantes. De donde se sigue que aspirando á Dios, ó ha de perecer lo que en el corazón está vicioso, ó la oración jaculatoria enferma y flaca no ha de llegar á Dios; porque la impuridad del corazón no puede engendrar afectos puros.

D.—Gran cosa debe ser la libertad de ánimo para esta manera de orar.

M.—Puedo afirmarte con toda verdad que sin ella, ni el Reino de Dios, ni Dios, pueden estar dentro de nosotros. Más pierde quien esta libertad pierde que vale el cielo y la tierra ni alguna otra criatura, ni todas juntas; porque ¿de qué me sirven todas si mi corazón está asido á ellas ó á la más mínima dellas, de manera que no le pueda convertir y levantar libremente al Criador?

D.—Pues ¿qué condiciones pide esta oración?

M.—Lo primero y principal es la pureza del corazón, que sin ella no somos hábiles ni estamos dispuestos para recebir las influencias de la divina gracia, mediante la cual se establece nuestra ánima en Dios y se obra en nosotros la perfecta abnegacion y mortificación de las pasiones y afectos de humanidad. Y añado aquí que la perfecta abnegación y resignación total de nosotros en Dios, por la cual salimos de nosotros y de toda propiedad nos desnudamos, conformándonos en todas las cosas con el querer de Dios, es la llave para la altísima perfección, para la gracia y para la gloria. ¡Ay amor propio, cuántos daños acarreas á las almas! En tanto que éste vive en nosotros, continuamente está brotando vicios y engendrando malos pensamientos, y fomentando inclinaciones pésimas y deseos vanos; los cuales nos apartan de Dios, ensucian nuestras ánimas y perturban la paz interior; y al fin él es el mayor impedimento que tiene el aprovechamiento espiritual. Y porque desto queda dicho mucho en el tercero diálogo, aquí no más de amor propio ni de propia voluntad. Dos ó tres avisos te quiero dar para la libertad de aspirar. El primero, que trabajes cuanto te fuere posible por tener el corazón desnudo de fantasías ó imágenes de criaturas, representaciones y formas; y principalmente de todo desordenado afecto; para lo cual ayuda mucho el huir las parlerías y chocarrerías y las ocasiones todas de ociosidades y curiosidades, y novedades y hermosuras, y de negocios y ocupaciones inútiles, y de todo aquello tras que se suele ir y á que se suele pegar el corazón. Cercena lo superfluo en el comer y en el beber, y en el vestir y en todo el ornato y aplauso exterior; y luego y muchas veces y continuamente despierta la fuerza concupiscible de tu ánima, multiplicando los deseos de amar ferventísima y castísimamente al Señor. Pero advierte que puede haber aquí gula espiritual y daño notable para la cabeza, si con demasiado ímpetu y sin moderación se hacen estas oraciones; en las cuales muchos adulteraron deleitándose en ellas, siendo dones de Dios, más que en el mismo Dios. Por lo cual debes andar siempre con cuidado de que tu intención sea casta, pura y deiforme; esto es, conforme al beneplácito y gusto de Dios, cuya gloria sola y á solas se ha de buscar siempre sin respeto á la nuestra, así en lo próspero como en lo adverso. Advierte lo tercero que, siendo como es nuestra ánima de tanta nobleza y capacidad, ya que no puede obrar infinitamente, porque su virtud es finita, puede á lo menos extender en infinito sus deseos. No te pedirá Dios que le ames con infinito amor, porque no puedes; empero como el deseo se extienda á las cosas imposibles, quiérele Dios extendido á lo infinito, esto es, no limitado en el honrarle y amarle y codiciarle. De manera que en las oraciones afectuosas no se ha de reparar en que sea imposible lo que se desea, ó que exceda en infinito la virtud de nuestra alma y las fuerzas en el obrar, sino en que sea justo lo que se desea y enderezado á la gloria y honra de Dios. Que cuando sola la impotencia, que está de nuestra parte, impide el efectuar lo que deseamos, el deseo será coronado de Dios como se coronara la obra si fuéramos suficientes para ello; lo cual pertenece á uno de los grados del amor violento, que Ricardo llamó insaciable, que puso á San Agustín en decir que si él fuera Dios, como lo era el verdadero, dejara de serlo porque Él lo fuera; y era deseo de cosa imposible, y fué de gran mérito delante de Dios. Es esto lo demasiado de la Esposa, que dice que sus doncellas amaron con demasía al Esposo (Cant., 1). Y del varon justo dijo el Profeta (Psal. 111) que en los mandamientos de Dios estaría demasiado. Y por no lo estar yo, acabaré aquí este discurso. Y decendiendo en particular, como en la vida, pasión y muerte del Salvador se hallan

todas las virtudes puestas en ejercicio y materia copiosísima para despertar en el alma ricos pensamientos y afectos amorosos, tiernos y de compasión, y para la imitación incentivos notables, parecióme componer uno como Rosario de cinco dieces y medio de los principales misterios y pasos más regalados desa vida y pasión y muerte, para que repasándolos el alma devota y atentamente, ande bien mantenida de los pastos del Redentor, entrando y saliendo, como Él lo dice en el Evangelio, por Él mismo, que es la puerta por donde se entra á la divinidad y se sale á la humanidad; libro que vió San Juan (Apocal., 5) de dentro y de fuera escrito, para que en la lección dél gastemos lo mejor de nuestras vidas. ¡Oh qué mal hace quien estorba esta lección!

D.—¿Y tengo de rezar cada día ese Rosario?

M.—No por cierto, porque sería cargoso y poco provechoso; bastará cada día un diez, y aun cada semasa, porque si ha de acompañar el afecto y ha de haber algo de meditación, que esa es mi intención en esta obra, podrá suceder que en cada paso se gasten muchas horas y muchos días. Al principio pretendí grande brevedad, y andando escribiendo hallé que era mejor alargarme en algunos misterios, de manera que haya en ellos un poquito de entendimiento que se cebe en la meditación del paso; y lo demás todo del afecto que se inflame y pida la voluntad lo que fuere más necesario. Y comienzo por la beatísima Trinidad, buscando algunos sentimientos amorosos para que pensando en ella no se quede seca el alma ocupada en las dificultades que mueven los teólogos; y porque sepa el que condena el pensar en ella que fué muy vano su pensamiento y descaminada su doctrina.

SIGUESE EL ROSARIO DE LOS PRINCIPALES MISTERIOS
DE LA VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE CRISTO NUESTRO REDENTOR

PRIMERO DECENARIO

Meditación primera y afectos á la beatísima Trinidad.

Pater noster. *Ave María.*

Trinidad perfectísima y unidad unísima, tres distintas personas y una esencia; un Dios, un Señor, un todopoderoso y bueno infinitamente; infinitamente sabio, infinitamente justo, infinitamente perfecto; yo, vilísimo gusanillo; yo, polvo y ceniza; yo, nada y menos que nada, si menos puede ser, con la humildad que puedo y con el reconocimiento que á tu grandeza se debe, las rodillas por el suelo te adoro y te suplico me concedas el sentimiento y la devoción debida á la vida, pasión y muerte de Cristo mi Redentor, en el cual está mi salud, mi vida y mi resurrección.

Doite gracias porque me hiciste cristiano y en el Bautismo me infundiste la fe de tan alto y soberano misterio, para que en renaciendo conociese y alcanzase lo que los antiguos alcanzaron después de muchos años de ejercicios de virtud, y eso en figuras y con poca claridad.

Doite gracias ¡oh Cristo santo! que siendo tan escaso en declararnos los secretos de tu grandeza, te empleaste todo en enseñarnos aquellos que más nos obligasen á amar á la beatísima Trinidad. El Apóstol dice (1 Cor., 2) que le fueron revelados grandes secretos arrebatado al tercero cielo; y luego confiesa que no sabe otra ciencia sino la de Jesús crucificado. Muchos secretos se le descubrieron, no hay duda, pero no le dieron licencia sino para predicar á los hombres el amor con que murió por ellos Cristo y las obligaciones en que nos puso su sangre, su cruz, su muerte y sus afrentas, y la importancia de todo esto. Así es que, manifestándonos este Señor nuestro el secreto de las tres divinas personas, nos le manifestó en el Bautismo como á autor de nuestra salud, remediador de nuestros males, justificador de nuestras almas y alimpiador de nuestros pecados. Bautizaldos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. No quiso este gran Maestro que parase nuestra fe y nuestro conocimiento en la admiración de aquella inefable y incomprensible naturaleza de Dios Trino y Uno, sino que le adorásemos y creyésemos como á Autor, digo, de los ma-

yores bienes que en la tierra tenemos y esperamos en el cielo; y que el modo de conocerle fuese tal, que nos obligase á amarle y á servirle lo más estrecha y apretadamente que fuese posible; que anduviesen juntos conocimiento de la Trinidad y amor á la Trinidad; que amásemos tanto como conociésemos. Conocíte, Señor, decía San Agustín (*Solil.*, c. 31), no como Tú eres para Ti, sino como eres para mí; y no sin Ti, sino en Ti; porque Tú eres la luz que me alumbraste. Como si dijera: En Vos sois inmenso y incomprensible y eterno; y para mí sois la salud, la vida y todos los bienes; y por ello conozco de Vos lo que sois para mí, aunque no conozca lo que sois en Vos. El mejor modo para conocer la beatísima Trinidad es el amor (Ioan., 14); porque mediante él viene al alma, entra en ella y es hecha posesión suya. Si no, dime, alma, ¿cómo podrás ignorar la Trinidad si la tienes dentro de ti? (Proverb., 8) ¿Ha de estar ociosa la Trinidad adonde se hospedare y aposentare? No por cierto, señales y muestras ha de dar de sí. ¿Quémase el vestido del que mete brasas en su seno y no sentirá el fuego de la Trinidad, que es el fuego que consume, el que la tiene dentro de sí? ¿Pero quién podrá decir cómo es esto? Dios, Trinidad, nos lo dé á sentir por quien Él es. ¿Qué mercedes no te hará el Padre ¡oh alma mía! si le recibes dentro de ti, teniendo tanta fecundidad, que de su propia sustancia, conociéndose, engendra un Hijo tan bueno, tan sabio, tan poderoso, tan justo, tan inmenso y tan admirable como Él? ¿Qué no hará el Hijo, que todas sus delicias, entretenimientos y gustos tiene librados en esta habitación y morada suya, Sabiduría del Padre, luz inefable que alumbra todo hombre que viene al mundo, y que nos dió potestad para que pudiésemos ser hijos de Dios por adopción y gracia? (Ioan, 1). ¿Qué no obrará de bien el Espíritu Santo, lazo y amor del Padre y del Hijo, por quien, como dijo San Pedro (I Petr.), se nos han dado grandes y preciosos dones? Y esta Trinidad unísima y simplicísima en su esencia, ¿qué unidad no obrará en ti? ¡Ay alma, en potencias trina y en la esencia una! ama al Padre que con infinito amor te dió su Hijo; ama al Hijo que con el mismo amor te dió su vida; ama al Espíritu Santo que te santificó y te hermoseó con su gracia; ama á tôda la Trinidad que por el bautismo te comunicó nuevo ser y te adoptó en hija con derecho á sus eternos bienes (Ephes , 5). Y si me dijere alguno que no se puede amar lo que no se conoce, responderé lo que San Juan Crisóstomo: Que lo que no alcanzo de Dios me obliga más á amar á Dios que lo que alcanzo de Él; y siendo infinitamente más lo que ignoro de Dios que lo que sé, mayor ha de ser el amor de aquello que el que despierta en mí el conocimiento que tengo de Él. La razón es porque si el ser bueno, misericordioso, justo y todopoderoso son razones bastantes para amarle y para entregarle nuestro corazón todo, ¿cuánto más obligados quedaremos cuando conociéremos que estas cosas son incomprensibles y que exceden todo conocimiento angélico y humano? ¡Qué poquito conozco de Ti, Dios mío, respecto de lo que ignoro! Y si por eso poquito te debo amar tanto, ¿qué amor será el que te debo por lo que ignoro? *Confitebor tibi, quia terribiliter magnificatus es: mirabilia opera tua, et anima mea cognoscet nimis* (Psalm. 138): Yo os alabaré, Señor, y os confesaré, por ser Vos infinita y terriblemente glorioso y grande; maravillosas son vuestras obras, y mi alma las conocerá y os conocerá demasiadamente. Sobre las cuales palabras advirtió Crisóstomo: Que tanto más se conoce la grandeza de Dios, cuanto el alma se halla más impotente para conocerla. Primero dice que le confiesa porque terrible y espantosamente es engrandecido. Como si dijera que le pierde de vista por su grandeza; y luego parece que se contradice: Maravillosas son tus obras, y mi alma te conocerá claramente. Lo que significa es que de la manera que el que se pone á mirar una torre altísima, cuanto menos alcanza su altura, tanto juzga della que es más alta; porque aquel no ver su chapitel y cumbre arguye ser muy alta; así representándosele Dios al alma incomprensible y no pudiendo apear su grandeza, conoce claramente que es infinito, inmenso, eterno, etc., y por eso digno de ser infinitamente amado, servido y honrado. *Confitebor tibi, quia terribiliter magnificatus es: mirabilia opera tua, et anima mea cognoscet nimis.* ¡Oh gran Dios, dignísimo de ser amado infinitamente de mi alma por lo que conozco y por lo que ignoro de Ti, y más por lo que ignoro que por lo que alcanzo! Sí que yo no alcanzo, ni es posible alcanzar, lo infinito de tu bondad, de tu sabiduría, de tu misericordia, de tu justicia y de tu caridad, que para alcan-

zarlo era necesario ser infinito como Tú lo eres. Pues si lo poquito que alcanzo de tu bondad me obliga tanto á amarte, ¿qué obligación será la mía cuando considerare en esa bondad infinita? Y si la grandeza es digna de ser servida y la justicia digna de ser temida, ¿qué servicios se deben á tanta grandeza? ¿Y qué temor á tanta justicia? Piénselo el alma, que no es posible declararlo.

Meditación segunda y afectos á la Encarnación.

Ya veo cumplido el deseo de tu Esposa (Cant., 3) ¡oh Verbo del Eterno Padre! de ver á Dios fuera de Sí y encerrado en el hombre. Ya eres mi hermano, y presto mamarás los pechos de tu dulce Madre, y ella te abrazará y besará y envolverá en pañales, y quedará con tanta honra deste hecho, que los ángeles le harán honra (Luc., 1) y Tú, Señor, te tendrás por honrado de haber emparentado con los hombres. Hoy es el día de tu desposorio y del alegría de tu corazón (Cant. 3). Y para declarar la grandeza della no llamas al encarnar Encarnación, sino Coronación; que te ha coronado tu Madre con corona de carne. Corona es para Ti lo que para mí era corma y confusión. Y en esta corona quieres ser visto de los ángeles y de los hombres, y para ello convida Salomón. Pero, Virgen santa, ¿qué tal quedarías al punto que dijiste: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum?* Quedaste Madre verdadera de Dios, y tan deseosa de verle en tus brazos cuanto gozosa de sentirle en tus entrañas. Prestaste consentimiento y mostraste el deseo. Veis aquí la sierva del Señor: éste es el consentimiento. Hágase en mí según tu palabra: este el afecto y el deseo. Con éstos vives hasta el parto; pero ¿cómo le deseas, Virgen santísima, si le tienes en tus entrañas, si le sientes en tu vientre, si reconoces su presencia? ¿No te acompaña la corte del cielo? ¿No tienes gustos soberanos? Desea verle con sus ojos, y tocarle con sus manos, y besarle con su boca, y darle sus divinos pechos. Y yo ¿qué hago? Dóite gracias, dulce Jesús; adórote, Hijo de Dios vivo, que tuviste por bien bajar por mí de las sillas reales y del sabroso corazón de tu Padre á este valle de miserias, y tomar nuestra carne, haciéndote hombre en el castísimo vientre de tu Madre. Concédeme, Señor, que el amor que te bajó á tomar mis miserias me levante á mí á gozar de tus misericordias para siempre; y que te conciba y no te malogre, ni te malpara pecando.

Meditación tercera y afectos á la Visitación de la Virgen María.

¿Adónde váis, Virgen modestísima, con tanta priesa? (S. Bonavent). Quedóse la Reina soberana (habiendo concebido al divino Verbo en sus entrañas) en alta contemplación, las rodillas en tierra y toda arrebatada en Dios (Luc., 1). Y después de haber rogado al Padre eterno por la prosperidad de la obra de nuestra redención, viniéndole á la memoria lo que el ángel le dijo de la preñez de su parienta Isabel, levantóse de su oración y determinó ponerse en camino para visitarla. No la lleva la incredulidad, que si no ve y toca con las manos no cree (Ioan., 20). *Et beata quæ credidisti.* (Luc., 2). Ni la lleva la curiosidad de ver el milagro, que mayor mucho es el que Dios ha obrado en su vientre. Va para comunicar con su prima el alegría de su deseo y del mundo, ya cumplido; para regalarla como á anciana religiosa, para darle la norabuena de su preñez y destierro de su esterilidad. Y también para que vea y engrandezca la omnipotencia de Dios, que así ha querido engrandecerla y honrarla.

Sale, pues, de la ciudad de Nazaret y comienza á caminar y subir con priesa las montañas de Judea; y no sabemos si la acompañaba Josef. ¿Sola váis, Señora? Sola, sola de hombres, pero acompañada de ángeles; que, como donde está el rey está la corte, y cuando él camina caminan con él, acompañándole, sus cortesanos y muchos grandes de su reino, así caminando la Princesa del cielo por tierras solas y montuosas, ásperas y de poco regalo, como llevaba en sus entrañas al Rey eterno, toda la Corte soberana iba con ella. Había por aquellas alturas repartidas legiones de ángeles, sin necesidad de camas ni de comida. Pero ¡cómo resplandecerían aquellas benditas montañas ilustradas de la luz reverberante del Sol de Justicia, Cristo, encerrado en aquella soberana y transparente linterna del virginal vientre! Los árboles y las matas se inclinarían, pasando la custodia del divino Sacramento. Mas ¡ay, Virgen santa! que no por esto excusastes el cansancio, que aunque los ángeles os quisieran llevar en palmas

y excusaros las molestias del camino, no quiso Dios reservaros dese trabajo, porque fuésedes abogada de los cansados y rogásedes por ellos, y ellos confiadamente acudiesen al trono de vuestra clemencia. ¡Oh, Señor, y qué costosa redención! ¡qué de gastos por la salud de los hombres! No sólo os trabajastes á Vos, tratando del remedio del género humano, sino también á vuestros escogidos y predestinados. *Abiit in montana cum festinatione*. ¿Adónde habías de ir, dice tu siervo Ambrosio, llena de Dios, sino á las alturas? La maravilla fué que [no] te subieses á los cielos. Si los Santos, morando Dios por gracia en ellos, muchas veces son arrebatados en la oración y sus cuerpos son llevados por los aires en pos del espíritu que se sube á la esfera, ¿cómo tú, Reina soberana, viéndote morada de Dios y Madre de Dios, no te arrebataste hasta los serafines? Acompaña tú á María ¡oh ánima mía religiosa! y entra con ella en casa de su prima y considera los efectos de Dios encarnado. Salúdala, y saludándola se regocija Juan en su vientre y salta de placer y es santificado; y la madre, llena de espíritu de profecía, reconoce á la Virgen por Madre de Dios, humíllase delante della, y dice: ¿De dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á mi casa y me visite?

¡Ay corazón pesado, que ni con el deseo te quieres levantar á Dios! Mira que te hizo para Sì, no te quietes fuera de Él; tu centro y tu esfera es; corre con priesa, como corre la Virgen hasta llegar á Él. Pero, ¿cómo sin Él? Tú me lo concede por quien eres.

Meditación cuarta y afectos al Nacimiento del Salvador.

San Lucas dice (Luc., 2): Y sucedió estando allí parió María su Primogénito, envolvióle en pañales y reclinóle en un pesebre, que no había otro lugar para Él más decente en el diversorio. ¿Adónde estábades, Reina del cielo? ¿Allí? De razón en los palacios del emperador, ó en la casa más rica y mejor de la ciudad. La verdad es que no halló Josef posada para él y su esposa la noche que llegaron á Belén, y quedóse con ella en un cobertizo, adonde la gente pobre ponía sus bestias. Allí, en aquel suelo, sin algún abrigo ni traza para encender lumbre, y por ventura sin tener qué cenar, ni sobre qué descansar un rato del cansancio del camino tan largo. *Et factum est dum essent ibi?* ¡Oh quién se hallara allí! ¡Oh dichoso lugar y tierra gloriosa! Mesón donde Dios y la Virgen y Josef y los ángeles hacen noche no es mesón, sino cielo: no es venta, sino paraíso; no es establo de bestias, sino palacio de reyes y templo de Dios, mucho más rico que el de Salomón. Y sucedió que estando allí se cumplieron los días de María para que pariese. Y decidnos, Señora del mundo, ¿qué reloj os avisó de la hora felicísima para vos y para todo el género humano? ¿Qué correos os llegaron y dieron nuevas de que se os acercaba vuestro bienaventurado parto? No serían á lo menos los que dan aviso á las demás mujeres, porque de todas y cada una se escribe: En dolor parirás tus hijos. La tristeza es el correo más cierto de sus partos; los dolores y congojas de muerte son los mensajeros ordinarios, aunque se hayan deseado mucho los hijos. Pero de vuestra hora, el alegría os avisa, los gustos os aperciben, los sabores os despiertan, las consolaciones os aseguran. *Antequam parturiret peperit, antequam veniret partus eius, peperit masculum; quis audivit unquam tale? quis vidit huic simile?* (¹) Parto sin dolor, parto sin congojas, parto lleno de gozo, parto sin parto; nunca en el mundo se vió sino éste. ¡Oh Virgen sacratísima! ¿quién bastará á declarar la abundancia de tus consolaciones en esta hora? ¿Quién podrá repasar, siquiera por el entendimiento, aquellas olas, crecientes, avenidas ó inundaciones de las celestiales delicias y suavidades divinas de que rebosaba y abundaba tu corazón? ¿ó con qué bochornos y ardores de amor eras inflamada? ¿ó con qué rayos de luz y resplandores de aquel Sol de justicia que de tu vientre quiere salir eras ilustrada? *Impleti sunt dies Mariæ ut pareret.* Múdasele el rostro á la tierna doncella, colorean las mejillas, y queda tan hermosa y con tanta variedad de colores como las rosas entretejidas de azucenas; fervorízase toda, y las manos puestas y los ojos en el cielo, arrimóse

(¹) «Antes de parir dió á luz, antes que llegara su parto parió un varón. ¿Quien oyó alguna vez tales cosas, y quien vió casos á éste semejantes?» Tomado de Isaias, cap. 66, vs. 7 y 8. El profeta habla, á mi parecer, de la generación eterna del Verbo, y sólo por el sentido acomodaticio puede tolerarse la aplicación que hace el P. Angeles.

á un poste del portalejo, y arrebatada en espíritu hasta ver la esencia divina (como dicen algunos) ó como Adán en un dulce sueño, para la formación de Eva, sin sentir dolor alguno, *peperit Filium suum primogenitum.* Vuelve en sí la santísima Virgen, halla á sus pies al bellísimo Infante, desnudo, en tierra, palpitando y encomendándose con lágrimas á la providencia de su Madre. Mírale ella, y adórale postrada en tierra, diciendo con Adán, vista su Eva: *Os nunc ex ossibus meis, et caro de carne mea* (Gen., 4) ([1]). Cual el resplandeciente sol sale del gremio de la aurora, sin romperla, ó cual el rayo de luz entra por la vedriera, sin hacerla ofensa; cual el granizo del rocío de los lilios y azucenas se despide, sacudido del delgado viento, ó como la suave rosa produce de sí el olor regaladísimo, así fué la Virgen santísima pariendo á su Hijo primogénito y unigénito.

¡Adórote, Jesús recién nacido, pues te adoran los ángeles! ¡Oh qué Dios tan chiquitico y tan grande, tan nuevo y tanantiguo! Pídote que nazcas en mí y que yo nazca en Ti, y que crezcas y crezca yo hasta el día de la eternidad.

Meditación quinta y afectos á los pañales y pesebre de Jesús.

Envolvióle en pañales y reclinole en el pesebre (Luc., 2). ¿Y quién es este envuelto en pañales y reclinado en un pesebre? ¿Y quién es la que le envolvió y reclinó? Con vuestra licencia lo diré, Señor, que sin ella no me atrevo. El envuelto es Dios inmenso, incomprensible y eterno. La que le envuelve es María, Virgen y Madre suya y esposa de un carpintero. Caso es este qne tiene espantados á los ángeles, atónitos los cielos, mudas las lenguas de los serafines y todos los entendimientos más delicados, confesando flaqueza y desfallecimiento. ¡Oh mar grande envuelto en pañales! ¡oh abismo eterno fajado con estrechas fajas y angostos orillos! ¡oh inmenso y profundo archipiélago del sér divino, recogido en pequeño pesebre! *Et pannis eum involvit.* Y, sagrado Evangelista, ¿no nos dijérades de qué eran estos paños? No fué necesario, porque estos paños son reliquias y no se estiman por la materia, sino por las personas á quien sirven y de quien son; son las tocas de la Virgen santa, como ella lo reveló á un siervo suyo, sirven para envolver y calentar á Cristo niño; ¿qué más queréis que tengan? Más preciosos son que las holandas y brocados del mundo. ¡Oh Belén! ¡oh pesebre! ¡oh establo! todo cuanto hay de aquellas puertas adentro, pajas, heno, pañales, mantillas, telarañas, pesebre, buey, jumento, reliquias del cielo son, porque han tocado á Dios y le han servido en su necesidad. ¡Ay Cristo santo, que naciste en tanta pobreza, para que no hubiese que mirar más que á Ti, y cuando mucho á tu Madre! Mirad, almas religiosas, Dios vino del cielo al suelo á honrar nuestros andrajos y á levantar nuestos remiendos y sayales pobres y á desacreditar las púrpuras y á hacer que se postren las coronas y las tiaras delante de la Cruz, y la pongan sobre sí por ornamento y gala los emperadores. ¡Oh pobreza! ¡oh sacos de jerga! ¡oh morada estrecha! ¡oh lágrimas! hoy es el día de vuestro triunfo; hoy os acredita el Rey del cielo, y juntamente condena lo superfluo, lo vano y lo curioso del mundo, las risas y las chocarrerías, las sedas y los brocados, las cátedras y asientos de honra mundana. Concédeme, Señor, que por tu amor lo desprecie todo, contento contigo solo. Amén.

Meditación sexta y afectos á la Circuncisión del Señor.

Circuncidado está Dios (Luc., 2). ¡gran maravilla! ¡Oh divino Sansón tresquilado y en el regazo de nuestra santísima Dálila! ¿qué es de tu omnipotencia? ¿qué es de tu grandeza? ¿qué es de tu sabiduría? ¿á dónde están tus cabellos, oh gigante poderosísimo? Dios niño de ocho días, que le mide el tiempo y se le atreve el frío, y como si fuese pecador toma la medicina de los pecadores. ¡Qué humildad tan profunda! Persigue Jesús al pecado y muere por él, y déjase marcar y herrar con la marca y sello del pecado... Quiere parecer lo que no es por que yo confiese lo que soy. Pero ¡qué obediencia y sujeción á la ley! Mas ¡qué priesa de Redentor! A los ocho días le circuncidan y derrama sangre para entretener el apetito de su Padre, que tanto deseo tiene de que se la dé su Hijo toda. Para suspender esta sed de la sangre del

([1]) «Esta es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne».

Hijo, ordenó su Padre que le matasen tantos animales, y que altar y libro y pueblo se rociasen con sangre dellos. Hoy se le ofrecen unas gotas de la de su Hijo, y en ellas se entretendrá hasta que la derrame toda en la Cruz. ¡Oh qué caro precio! ¡oh qué costoso remedio! ¿porque sane el siervo entregastes al Hijo? ¿por usar conmigo de misericordia hicistes en vuestro Hijo tan grande ostentación de vuestra justicia? Y no la mostrárades tanto aniquilando ó condenando los hombres á los eternos tormentos del infierno, cuanto la mostrastes castigando en vuestro Hijo sus pecados. ¡Oh qué rigor para el amado Hijo y qué blandura con el desleal esclavo! Por esta Circuncisión te suplico, Jesús mío, que circuncides en mí todo lo superfluo, todo lo vano, todo lo impertinente, todo lo que te desagrada y á mí me estorba para no allegarme á Ti con perfectísima unión.

Meditación séptima y afectos á la Virgen en la misma Circuncisión.

Mas ¡oh Reina soberana! acordaos, suplicooslo, de la ley que el cordero que se hubiere de sacrificar esté siete días con su madre (Exod., 12) y al octavo se le quiten y le lleven al templo para sacrificarle (Luc., 2). Siete días habéis tenido con increíble gozo vuestro Corderito, y hoy os le quitan de los brazos para el sacrificio de la Circuncisión. Y si una oveja, cuando le quitan su cordero, lo siente y balando con dolor le sigue, ¿qué sentimiento, qué lagrimas, qué ansias de corazón serían las vuestras cuando os quitasen el vuestro para circuncidarle? Por vos se dijo en los Cantares (Cant., 2): El tiempo de la poda se ha llegado, y la voz de la tórtola se ha oído en nuestros ejidos. Muchas cosas había visto la Virgen santa que le pudieran haber lastimado su corazón: la pobreza del Niño, la soledad, el frío, el poco abrigo y regalo; pero nada la obligó á gemir como tórtola como verle podar, que tiene grande analogía con el circuncidar. Llora una cepa cuando la podan ¿y no había de llorar la Madre, viendo circuncidar su Hijo? Si Séfora, mujer de Moisén, viendo circuncidado su hijo (Exod., 46) y que vertía sangre, apretada de dolor dió con los despojos en el suelo, diciendo con increíble desconsuelo: *Sponsus, sanguinum mihi es*; como si dijera: No sois esposo, sino tirano, pues me habéis hecho sacar sangre á mi hijo y ponerle á peligro de muerte; ¡ay Virgen! ¿qué sentimiento sería el vuestro en esta hora? Al fin se ha llegado el tiempo de la poda, y más que se llama vuestro Niño Vid verdadera (Ioan., 15). ¡Qué vid tan podada y vendimiada en la cruz! Dame, Jesús dulcísimo, por tu muerte te lo suplico y pido, entera desapropiación de todas las cosas de gusto, y una estima grande de lo que es el pecado y daños que hace en el alma, y principalmente de lo que á Ti te costó, para que nunca Te ofenda y sienta en mí lo que siento en Ti, luz verdadera que alumbras á todo hombre que entra en el mundo.

Meditación octava y afectos al dulcísimo nombre de Jesús.

¿Cómo ha nombre el Niño, Virgen santa? Jesús (Luc., 2). Salud de los hombres, remedio de los pecadores y medicina de las almas. Es el antídoto y sanalotodo que dejó el Señor en su Iglesia, y quiso y mandó á su Apóstol (Actor., 9) que le trajese por todo el mundo, para salud y remedio de todos. Este Jesús era y es el colirio de los ciegos y la pítima para los desconsolados y melancólicos. En este nombre libró el Señor á los suyos el reparo de todas sus necesidades y miserias. En mi nombre, dice Él en su Evaugelio (Marc., últ.), lanzaréis los demonios, hablaréis con nuevas lenguas, echaréis las serpientes; si bebiéredes ponzoñas, no os dañarán; pondréis sobre los enfermos las manos y mejorarán y alcanzarán salud. Aficionada á este nombre la Esposa, le comparó al ungüento derramado (Cant., 1): *Unguentum effusum nomen tuum*: Bálsamo derramado es tu nombre; por eso las doncelluelas Te amaron y se fueron en pos de Ti. Nombre es que bajó del cielo, ordenado por la beatísima Trinidad, y ajustado al oficio de Cristo y á la necesidad de los hombres. Un ángel le trajo, y yo seguro que no se le derramó gota deste divino licor en el camino. ¿Con qué tiento le traería y con qué reverencia le sacaría de su boca y se le entregaría á la Virgen? ¿Cómo se llamará mi Hijo, ángel? Jesús. Miel en la boca, dice Bernardo, música en el oído y melodía en el corazón. Cuando se nombró la primera vez en el cielo, ¿qué habría de fiestas? Todos los ángeles, altos y bajos, grandes y pequeños, le

adoraron pecho por tierra; los demonios se prostran cuando allá en sus calabozos y senos infernales suena; solos los hombres, ingratos, le blasfeman y pronuncian vanamente y con injuria, habiéndole de reverenciar y honrar sobre todas las cosas.

Señor, dijo Isaías (Isai., 26), tu nombre y tu memorial en el deseo del alma; la mía te deseó en la noche, y en mis entrañas muy de mañana velaré á Ti. Jesús, nombre y memorial; memorial para Jesús y para mí, para que nunca á Él se le caiga de la memoria mi salud, porque della se le compuso y conficionó el nombre, ni á mí se me olvide que en sólo Jesús la tengo de buscar Esta consideración arrebata con gran fuerza mi corazón en Jesús; que ni á Él se le puede olvidar que es para mí, ni á mí que no puedo vivir sin Él. Ungüento derramado, Jesús, y de tanta suavidad y fragancia, que se fueron en su seguimiento las almas. Si conoces á Jesús, no podrás dejar de seguirle, porque roba los corazones, conocido; lo cual le dió su Padre cuando le dió este nombre. Llamarásle, dice por Isaías (Isai., 8), date-priesa, quita-despojos y roba-depresto. Eso es Jesús, robador de almas, robador apresurado de corazones (Matt., 2); desde el pesebre roba y desde la cruz. ¡Ay cachorrillo de Judá (Ioan., 12), que subiste á la cruz y subiste á robar, y dormiste el sueño de la muerte, y dormido arrebataste á Ti el mundo! (Gen., 49).

Dichosa el alma que la roba Jesús y la saca del poder de Satanás y la aprisiona para que á Él solo siga. Róbame, Jesús, de mí mismo, y arrebátame de todas las cosas de este mundo y llévame á Ti, salud y descanso mío, que en el Padre y Espíritu Santo vives y reinas. Amén.

Meditación nona y afectos en la Adoración de los Reyes.

¡Ay Jesús humilde y admirable! humilde apareciste en la carne y admirable en las muestras que de tu divinidad diste (Matt., 2). ¿Qué mayor humildad que la del pesebre y circuncisión? ¿Y qué mayor maravilla que aparecer una estrella en el cielo, enseñar á los reyes bárbaros, guiarlos por tierras extrañas y traerlos á tu cuna para que te adoren y ofrezcan dones? Naciendo en un portal, te recibió el pesebre, mas la señal del cielo muestra que no eres terreno: volvió por tu honra la estrella, mostrando que era divino el que en lugar tan estrecho se hospedaba. La humildad te esconde; pero las maravillas que la acompañan te declaran por Hijo de Dios. Madre humilde, esposo humilde, casa humilde, cuna humilde, mantillas y pañales humildes, compañía humilde, un buey y un jumento; ¡qué de humildades! y todas no bastan para que deje de resplandecer la divinidad en el Niño y la gloria de Dios en el Infantico. Todo está oliendo á Dios, el pesebre, y el portal, y los pañales, y las mantillas. Al fin eres concebido por Espíritu Santo, sin obra de varón. Tu Madre te ha parido sin daño de su pureza virginal. Angeles te cantan, pastores te buscan, reyes te adoran: los cielos te predican y están goteando miel dulcísima de consuelos el día que naces en el mundo. ¡Oh Dios admirable en tus consejos! ¿para qué llamas á los Reyes, y á los ángeles, y á los pastores, estando como estás en tanta pobreza? Otros se escondieran en ese traje y huyeran de ser vistos; y Tú envías estrella que muestre á los orientales tus andrajitos, tus pañalillos y mantilluelas; tu cuna curiosa, quizá de un tronco de un alcornoque, como suelen ser los pesebres; tu Madre pobre y padre carpintero. Pero ¿qué digo? tan gran maravilla es esta en Dios como la adoración que se hace en los cielos con toda la riqueza de su gloria. Mucho es para ver Dios en un establo y reclinado en un pesebre, temblando de frío y mamando un rayo de leche de los pechos de su Santísima Madre. ¡Oh qué gran cosa, Dios arrebujado en pañales pobres! Pero mayor maravilla ser adorado de Reyes en esa forma. Todo es divino lo que tiene Jesús, hasta la cruz y los clavos.

Dame, Jesús, que en ninguna cosa me glorie sino en esa tu pobreza, la cual tomaste, siendo riquísimo, por enriquecerme á mí de verdaderos bienes. ¡Oh qué rico había yo de estar, estando Tú así pobre, pues lo que á Ti te falta de riqueza fué para remedio mío! ¡Ay Jesús, pobre por mí, que no veo en mí lo que en Ti echo menos! Suplícote me concedas la riqueza de tu pobreza, porque pobre Jesús y pobre yo, ¿de qué me sirve? Ya que eres pobre, Señor mío, por que yo sea rico, dame esa riqueza que á Ti te quitaste, porque tus intentos no sean frustrados ni mi necesidad quede sin remedio.

Meditación décima y afectos á los Reyes postrados delante de Jesús.

Prostrados le adoraron, y abiertos sus cofres le ofrecieron dones, oro, encienso y mirra (Matt., 2). No sé á qué os compare, Reyes santos; si á leones, sois más fuertes; si á águilas, sois más ligeros; si á linces, sois más perspicaces y de vista más aguda. ¡Qué priesa! En trece días vienen á Belén desde el Oriente: á las nubes que vuelan los comparó Isaías (Isai., 60). ¡Qué ánimo más que de leones! Brama el tirano, túrbase el pueblo, escóndese la estrella, ignórase el lugar del nacimiento; todo les amenaza muerte, y ellos fuertes y en su pretensión constantes. ¿Adónde está el que es nacido Rey de los judíos? Primero confiesan que vean: primero mártires en el deseo que testigos oculares del Señor que confiesan. Buscan al Rey celestial y desprecian el temporal. Parece que las dificultades y los peligros aumentan en ellos el brío y la fortaleza, como en la antiparistasis (1) se esfuerzan más los contrarios. ¡Pero qué vista tan de linces! Llegan á Belén guiados por la estrella, hallan una pobre casa, y en ella una doncella con un niño en los brazos, dándole sus pechos; y sin haber visto milagros, ni profecías, ni doctrina del Redentor, próstranse en tierra y prostrados le adoran. No juzgues de las cosas por las apariencias, sino por lo que la fe te enseña. Adora á Jesús, aunque le veas pobre, aunque en pesebre de bestias, aunque colgado de un madero y puesto entre ladrones. Adórote, Jesús, como te adoran los Reyes, y confiésote por mi Dios como ellos te confesaron, y ofrézcote dones como ellos te ofrecieron. ¿Pero quién á quién? ¿Yo, pobre, al Señor de todas las cosas? ¿Yo, desnudo, al que viste los campos? ¿Yo, miserable, á la riqueza del mundo? Los Reyes ofrecen oro, encienso y mirra; y yo te ofrezco el corazón, con desprecio de cuanto precia y estima el mundo: mortificación de mi carne y mi corazón, elevado y trasladado en Ti. Pero, Jesús mío, ¿qué es esto? ¿Limosna recibes en este día como pobre? ¡Qué pobre Rey de judíos! De los cielos y de la tierra eres Rey, y es necesario que te remedien tus siervos en tu pobreza. Así, te ofrecen oro para remedio de tu necesidad y de tu Madre; encienso, para quitar el mal olor del establo; mirra, para fortalecer esos tus membrecitos tiernos y helados con el recio frío. Al fin eres Rey, y eres Dios, y eres mortal; y como á Rey te ofrecen oro; como á Dios, encienso; y como á mortal, mirra. Preciosas ofrendas y, como de Reyes alumbrados por Dios, llenas de fe, de devoción y de espíritu. Acuérdate, Rey de los judíos y Emperador de los cielos, que eres mortal y que vienes á morir por los hombres. Toma esa mirra y pónla sobre tu corazón, para que la de tu pasión no se aparte de Ti; y dame á mí, Jesús bueno, que, muerto á todas mis pasiones, te siga y acompañe, crucificado como Tú en esa cruz mental, hasta que en la cruz real muramos juntos. Amén.

(1) *Antiparistasis* ó *antiperistasis* derivada, del griego αντίπερισταμαι, *circum obsisto* «peleo á la redonda». Con esta palabra indicaban los antiguos la acción de dos cualidades contrarias, de las cuales la una excita el vigor de la otra por la oposición, como la cal que hierve en el agua. Úsala, pues, el autor metafóricamente, pues harto comprendía que el esfuerzo de los santos Reyes les venía del mismo Niño que íban á adorar.

SEGUNDO DECENARIO

Meditación primera y afectos al Niño perdido,

Pater noster. *Ave María.*

No había de ser todo fiestas, Virgen Santísima, ni todo gustos y consuelos del cielo; dello con dello, á la usanza de la tierra, que hasta los hidalgos pechan si es de behetría Gran fiesta fué para vos y gozo inmenso concebir en vuestras entrañas al divino Verbo (Luc., 2). Grande, visitar á Santa Isabel y ser della saludada con título de Madre de Dios, el regocijo de Juan en el vientre della y la gracia derramada en toda aquella casa. Grande, cuando os hallastes parida sin daño de vuestra virginidad, rodeada de ángeles que pedían las albricias al mundo, celebrada de pastores y servida de Reyes. Grande, cuando, presentando á vuestro Hijo en el templo, Simeón y Ana le reconocieron, alabaron y celebraron por el Mesías prometido. ¿Y no bastaban estas fiestas? Ya es tiempo que escotéis lo que habéis holgado y que experimentéis las mudanzas de la presente vida. Esta vida, Señora mía, no es tanto vida cuanto destierro ó muerte prolija, cuanto mar tempestuoso, cuanto valle de lágrimas y de miserias, adonde ninguna serenidad es durable,

adonde no se puede siempre ver el cielo claro, adonde tantas perturbaciones y casos no pensados afligen á los mortales, adonde de la noche á la mañana se mudan y truecan los tiempos, adonde no á un paso se encuentra lo pasado con lo presente, adonde el mismo Criador por la mañana visita y consuela al hombre y á la tarde le prueba. Mezcle Simeón á las alabanzas el cuchillo de dolor que ha de atravesar vuestra alma. Encruelézcase Herodes y busque vuestro Hijo para matarle, y síganse á esta tormenta siete años de destierro. Y si ahí se acabasen vuestros trabajos, tolerable sería: que, si bien se quiere considerar, no hay desconsuelo, ni pérdida, ni trabajo que no sea llevadero en compañía de Jesús. ¿Pero sin Él?... Tu Padre y yo te buscábamos sin algún consuelo. A lo menos ninguno, por justo que sea, se debe espantar de que alguna vez Dios se le esconda y de que le falte el consuelo espiritual. Fáltale al justo y santo Josef; fáltale á la Virgen Santísima, tan favorecida y llegada de Dios, y fáltale al mismo Hijo natural de Dios. Sino, miralde en el huerto, del Padre á los Discípulos; y miralde en la cruz, desamparado de todos. Al fin el estilo ordinario de Dios es ausentarse, retraerse y esconderse de sus mayores amigos, estando con ellos muy en sana paz, para probar desta manera su paciencia y sacar el valor de su virtud á vistas. Trueca las balanzas; al que hoy está en la de prosperidad pone mañana en la de la adversidad, para ver si se muda ó si pesa más en una que en otra. ¡Oh Virgen, que hasta hoy habéis estado en la balanza de los consuelos y favores del cielo, abrazada y recreada con la presencia de vuestro Hijo; pero hoy os mudan á la balanza de los desconsuelos, que con su ausencia de fuerza han de ser muy crecidos, más de lo que con palabras se puede decir! ¡Oh qué dolor! ¡Oh qué sentimiento de Madre! ¡Oh qué lágrimas! ¡Oh qué diligencia en buscar su Hijo! Búscale, alma, si le perdiste por tu culpa, y si se ausentó sin culpa; y búscale con angustia y con perseverancia, y en el templo, que al fin le hallarás.

Meditación segunda y afectos al mismo Niño perdido.

¡Ay mi Jesús, perdido por mí y hallado para mí! ¿Por qué quisistes perderos con tan gran desconsuelo de vuestra Madre y de vuestro padre? Quedóse Jesús en Jerusalén, dice San Lucas (Luc., 2), y no lo entendieron sus padres. Bien sabe Jesús el dolor de Josef y de la Virgen cuando le echen menos, y con todo se queda y los deja ir solos. ¡Oh grande soledad sin Dios! Al fin se ha de romper con el amor de los padres temporales cuando se trata de la gloria y servicio del Padre celestial. Por cima del padre, dice San Jerónimo, que ha de pasar el hijo que, habiendo oído la voz de Dios, se determinó de seguirle. ¡Ay amor de padres, á cuántos has detenido en el camino de la virtud! ¡cuántos dejaron la cruz de Cristo por las ternuras de sus madres! Por eso dice Él en su Evangelio (Luc., 14): El que ama á su padre y á su madre más que á Mí no es digno de Mí, no me merece por padre ni por madre. Y en otra parte (Matt., 12): El que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre. Pero dime, amorosísimo Jesús, en estos tres dias de ausencia ¿adónde estabas y qué comías? Dormiria en algún hospital y mendigaría de puerta en puerta. ¡Oh mendigo divino, quién te hospedara alguna noche en su casa! ¡Quién te diera de cenar y de comer! Mas ¡quién me diera á mí algunos de aquellos mendruguillos de pan que te dieron de limosna! ¡Qué rico pobre Jesús! Pobre, porque quiere serlo: rico, porque en Él están los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios y la riqueza toda de Dios. ¿Por quién pedías cuando pedías: Limosna á un pobre por amor de Dios? Piensa ésto, alma, y rúmialo, que yo no acierto á decir lo que pienso. ¡Oh Jesús, y á cuántas puertas llegarías que no te darían nada, ni una buena respuesta! Algunos te dirían: Dios os ayude. Y los que te diesen ¡qué ricos quedarían dando! Cállelo la lengua y rúmielo el afecto. Pero, Señora, ¿cómo perdistes este Hijo? Pensó ella que iba con Josef, y Josef que iba con ella. ¡Qué pensamiento tan corto! Usó Dios aquí de su poder y ató corto el pensamiento de la Virgen, que no llegase á pensar más de que iba el Niño con Josef. Claro está que si le diera lugar para pensarlo todo, que pensara y pensara lo que sucedió, pues era cosa hacedera, y la razón y el amor pedían que no se partieran de Jerusalén sin su Niño: pero limitó Dios su pensamiento, como el de Abraham cuando le dijo que le sacrificase su hijo (Gen., 22), que

no reparó más que en el mandamiento de Dios, y á ese acudió sin acudir á pensar en inconvenientes. ¡Ay Jesús!, por este dolor de tus padres y amor de tu eterno Padre te suplico que ates mi pensamiento y estrechísima voluntad para que ni piense ni quiera más de lo que Tú quieres que piense y quiera. Esto me da, Señor, en limosna, por la que pediste y te dieron. Dame que me dé yo todo á Ti, agora y para siempre, para que nada se halle en mí que no sea tuyo, y para tu gloria y honra.

Meditación tercera y afectos á la Presentación.

¡Qué buena ofrenda, Dios á Dios! A lo menos no podrá el Padre volver el rostro á la que ofrece ni al ofrecido (Luc., 2; Mat., III-17), ni dejar de agradarse y darse por satisfecho del presente. Esta sí es ofrenda que sin empacho se puede ofrecer y sin temor de si la querrá Dios ó no. Cuando yo ofrezco el cordero, ó los palominillos, ó las tórtolas, ó el becerrillo, ó la hija, ó la hacienda, ó la honra, bien podré temer si será acepto esto que ofrezco ó no: porque muchas cosas destas vemos que en ocasiones las ha echado Dios á mal (Isai., 1, 40; Heb., 10; Psal. 39). Pero si le ofrezco el Hijo al Padre eterno, fuerza es que le reciba y se agrade de Él, y de todo cuanto le ofreciere junto y unido con Él. Y de aquí tomó la Iglesia el rematar sus oraciones y colectas en el oficio divino: *Per Dominum nostrum Iesum Christum Filium tuum*, para dar á todo lo que pide fuerza y valor y aceptación. Pero ¿qué lengua podrá explicar la reverencia, la humildad, la devoción y lágrimas con que la Virgen soberana, toda inflamada con espíritu divino, las rodillas en tierra y los ojos en el cielo, teniendo á su Hijo en sus brazos, le ofreció al Padre eterno? Recibe, santo Padre y Dios omnipotente, diría, esta ofrenda y hostia pacífica que yo tu esclava te ofrezco por la salud del mundo. Recibe este Hijo común de ambos, tuyo ab eterno y mío en tiempo; tuyo en lo divino y mío en lo humano. Gracias te doy infinitas porque fuiste servido de engrandecerme tanto que sea Madre de quien Tú eres Padre. Recibe agora de las manos de tu sierva este sacrificio santo de la mañana, que de aquí á treinta y tres años te será ofrecido en los brazos de la cruz en sacrificio de la tarde. Mira con buenos ojos, Padre piadosísimo, lo que te ofrezco, y por quién lo ofrezco; que no te puede haber ofendido el mundo tanto, ni pecados pueden ser tan grandes que con tan excelente sacrifício no queden pagados, y satisfecho por ellos. Ofrece tú, alma, en esta forma tus ofrendas, desconfiada de tus méritos propios y confiada de los de Cristo, que, en unión de sus acciones todas, cualquiera cosa que ofrezcas es grande y será bien recebida. ¡Oh, Jesús!, por tu Madre santísima te suplico que, pues soy tuyo, me recibas en tu casa y servicio: á Ti me presento y á Ti me ofrezco para perpetuo esclavo tuyo y para Ti.

Meditación cuarta y afectos al niño Jesús redemido de su Madre.

Pero, Reina soberana, ¡qué rica entrastes en el Templo y qué pobre os considero hecha esta ofrenda! Vuestro era Jesús, y ya no es vuestro, porque de ley es del Señor: y si no le redemís y pagáis cincos por Él, sin Êl os volveréis á vuestra casa. Pagó la Virgen sus cinco monedas y restituyóle el sacerdote su Hijo (Luc., 2). ¡Ay, sacerdote! ¿qué haces? no vuelvas ese primogénito á su Madre, que es toda la riqueza del mundo: guárdale para ti, y quedarás más rico que los ángeles todos. Pero ¿cómo vivirá sin Él la que le parió y conoce su valor? ¡Oh qué sentimiento el de la Virgen en aquel breve tiempo que estuvo sin su Hijo. Piénselo el alma, que ni es para lengua ni para pluma. Al fin es comprado el Primogénito del Padre y de toda criatura, como dijo su Apóstol, y el que con cinco llagas principales y cinco mil azotes había de redemir el mundo es redimido por cinco reales. ¡Qué barato que comprastes, Reina soberana, qué barato comprastes ! Más barato que vuestro Hijo cuando nos compró á nosotros. Precio grande, dijo San Pablo (I Cor., 6), y San Pedro, precio de sangre preciosa del Cordero no manchado, Cristo. Y más digo, y con una vuestra licencia lo digo, Señor redemido, que es mayor compra la que hizo vuestra Madre que la que Vos hicístes: porque aquí, no el mundo, sino el Señor del mundo es comprado y redemido. Al fin quisistes pareceros á los hombres en el ser redemido como ellos y por este medio darnos derecho doblado sobre vuestra persona y bienes. Estima esto, alma, y mira lo que debes al Pa-

dre, pues parece haber estimado en más á los hombres que á su Hijo, pues para la redención de ellos buscó precio infinito, y para la de su Hijo se contentó con cinco siclos. ¡Ay cuán caro te costamos, Cristo santo! ¡Ay cuánto nos estimaste, Padre eterno! Tu Hijo das y ofreces para que le tenga el mundo: pues, redemido, es de quien le redimió como lo es tuyo. Tuyo es, que nadie te lo pudo quitar, que es una cosa contigo; pero es de manera tuyo, que tengo yo derecho á Él como á mío. Derecho, digo, doblado, porque me le diste de gracia y porque con su dinero le compró para mí su Madre. La primera fué dádiva graciosa, y ésta es como de justicia, porque vende quien puede y compra quien tiene derecho á comprar. ¡Ay mi Jesús!, suplícote por quien eres que cuando vengas á juzgar vivos y muertos te acuerdes que para nosotros fuiste comprado, y pues eres justo, danos allí lo que es nuestro: nuestro eres, y nuestras tus acciones y todos tus bienes y riquezas: nuestras tus heridas y llagas: nuestras tus lágrimas y suspiros: nuestros tus trabajos y dolores y nuestros tus merecimientos todos. ¡Oh qué grande riqueza la mia! ¡oh venta que me hace libre y libertad que me vende! Tuyo soy y tuyo quiero ser, porque eres mío y para mí comprado y rescatado por tu Madre.

Meditación quinta y afectos al Niño que huye á Egipto.

¡Oh mi Jesús!, ¿como vais, tan niño, huyendo á reino extraño? ¡Buen capitán, que deja los soldados en poder del enemigo y huye!... Es doctrinal esta huída: huye para enseñarme á huir del enemigo airado, especialmente cuando allá en lo interior no siento ser la voluntad de Dios que me ponga en sus manos y me ofrezca al cuchillo. Huye porque no ha llegado el tiempo en que ha de morir por los hombres, que le falta el enseñarlos de palabra y con ejemplos. Huye porque no es Herodes el que ha de hacer justicia de Él. Huye por el cumplimiento de la profecía de Miqueas (Matt., 2) y por hacer una rica ofrenda de mártires á su Padre, con que se entretenga en cuanto llega su hora. Huye por mostrar la verdad de su carne, que Dios en cuanto Dios no puede huir. Pero ¿qué nueva tan triste se le da á la Virgen? Apareció el ángel á Josef en sueños y dícele: Levantaos y huid á Egipto, porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle. ¡Qué de pensamientos combatirían aquel corazón! ¿Habéisme dicho que es Hijo de Dios, y agora me decís que huya con Él á Egipto? ¿Cómo se compadece ser Dios y huir de Herodes? Al fin obedeció, levantóse y fuese á la Virgen y cuéntale la visión. ¿Qué diría? Pensaldo vos. Al punto compusieron su hatillo y caminaron. ¡Qué miedos, qué sobresaltos, qué de trabajos por el camino, qué de necesidades, gente pobre y en reino extraño! ¡Qué temprano andáis estaciones, Virgen santa! Admíteme por esclavo tuyo en esta jornada, Reina del cielo. Admíteme, Jesús bueno, en tu compañía y de tu Madre, y concédeme que en todas mis calamidades y persecuciones á Ti solo acuda, á Ti solo busque, á Ti solo llame, contigo me junte, para nunca apartarme de Ti.

Meditación sexta y afectos á Jesús bautizado.

Amorosísimo Jesús, en el Jordán te considero, bautizado de tu siervo y amigo Juan, entre los demás á los cuales sus pecados llevaban al bautismo (Matt., 3). ¡Qué humildad! El amigo replica: Yo soy el que debo de ser de Ti bautizado, ¿y Tú vienes á mí? Mi bautismo no da gracia, dispone para el tuyo, que tocando con el agua la carne queda santificada el alma. Deja, responde Cristo, que así nos conviene cumplir toda justicia. Todo esto me embaza, y me suspende, y me levanta á dulces pensamientos. Toda justicia es el humillarse los dos: Cristo bautizándose sin tener necesidad, y Juan rehusando este oficio y al fin ejercitándole. Tan humilde estuvo retirándose como obedeciendo. ¡Oh Jordán, que lavando á los bautizados quedaban tus aguas manchadas, y lavando á Jesús quedan santificadas y con virtud de santificar de hoy más á los pecadores! Así nos conviene cumplir toda justicia. En el cumplimiento della reconoció el Padre á su Hijo: ábrense los cielos, óyese la voz divina y paterna: Este es mi Hijo querido en el cual tengo yo mi gusto todo. Decendió el Espíritu Santo en figura de paloma, asentóse sobre su cabeza y reposó allí. Humíllate, alma, con Jesús y con San Juan, que luego se abrirán sobre ti los cielos y te confesará el Padre por hijo suyo, y descansará en ti el Espíritu Santo, y rebosará y

trasvertirá la santidad. Por Jesús te pido ¡oh Padre celestial! y por su humildad y de su Precursor, que me purifiques todo: y libre de mis pasiones y afectos carnales, envía en mi alma tu Santo Espíritu para que con sus divinos dones me hermosee y haga digna morada de toda la Trinidad. Amén.

Meditación séptima y afectos al ayuno de Cristo.

¡Ay Jesús, amador de las almas! por ellas te considero en el desierto ayunando cuarenta días y cuarenta noches y padeciendo muchas descomodidades: cama dura, compañía de bestias, soledad espantosa, tentaciones continuas del demonio que te convida con guijarros en tu mayor hambre, que te lleva por los aires al pináculo del templo por desvanecerte, y provocándote á idolatría te ofrece los reinos y señoríos de la tierra: quiere que puesto de rodillas en tierra le adores. ¡Oh qué grande agravio se le hace á Jesús! ¡Oh cómo sintió este atrevimiento! Concédeme, Jesús, en los ejercicios espirituales perseverancia y que, vencido perfectamente el vicio de la gula, el de la vanidad y codicia desordenada de las cosas temporales, y con tu divina gracia socorrido, sea libre de las asechanzas y lazos del enemigo. Pero de consideración es lo que dice San Marcos: *Expulit eum spiritus in desertum*: Que le arrojó el Espíritu Santo en el desierto para que fuese tentado del demonio. Parece, Señor mío, que os sacan de los cabellos á la soledad. ¿Qué fuerza de espíritu es esa que os arrebata y os arroja? Es tanto el amor y tan crecida la voluntad que nos tiene Cristo y el deseo de ser tentado por nosotros, que parece que le arrojan y como que le arrebatan, porque no ve la hora de [1] llegar á padecer por los hombres. Este amor le tiene más consolado en el desierto que en compañía de su Madre, y más harto ayunando que comiendo. ¡Oh Cristo Santo, cuánto más te debo por el afecto y voluntad con que me redemiste que por lo que padeciste! Mucho amor me declaran esas llagas hechas en tu santísimo cuerpo; pero mucho mayores las considero en tu alma. Por la mayor de esas apenas cabe una lanza, y por la menor de las que están en tu corazón cabe todo el mundo. Hizo Salomón en el templo unas ventanas anchas y rasgadas de parte de dentro, y angostas y estrechas de partes de fuera. Tu cuerpo es este, Jesús mío, tu cuerpo es este; y aquellas saeteras tus sacratísimas llagas son, las cuales, aunque parecen á los ojos de carne angostas, anchísimas son allá dentro. Una vez te crucificaron tus enemigos, y muchas veces deseaste en tu corazón ser crucificado, como lo diste á entender á tus apóstoles cuando asentado con ellos á la mesa les dijiste (Luc., 22): *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum antequam patiar. Expulit eum Spiritus:* Arrojóle el espíritu. A mí me parece que esta palabra significa alguna repugnancia en la carne de Cristo, que como hombre sentía el dejar el regalo de su Madre, y el haber de encontrar con Satanás, y el rigor de los ayunos; y en esta lucha y contradicción de la naturaleza forcejó el espíritu, y rompiendo dificultades le arrojó en el desierto. ¡Oh qué grande soledad la de la Madre! ¡Oh qué sentimiento el suyo cuando se despidió della su Hijo! Siéntelo el Hijo, amador y enamorado de los hombres ¿y no lo sentirá la Madre, enamorada de su Hijo? Dame, Jesús, que en las guerras del espíritu y la carne salga yo vencedor, y cuando me tardare en tu obediencia me arroje tu Espíritu, de manera que no mi voluntad sino la tuya se cumpla para siempre.

[1] El impreso dice *que*.

Meditación octava y afectos á la predicación y trabajos de Cristo.

Considero tu celo y tu predicación ¡oh Cristo santo! tus cansancios y fatigas en beneficio de las almas. ¡Oh cuánto las amaste! ¡oh cuán caras te costaron! Cansado y fatigado y asoleado me buscaste y te asentaste como lo canta la Iglesia [1]. Dame que con tan grandes ansias desee y procure la salvación de los hombres, que ni huya los trabajos ni el perder la vida por este fin.

Meditación nona y afectos en la entrada de Jerusalén.

A Jerusalén subes, Cristo mío, en un jumento pobre, aderezado con las capas de los

[1] Probablemente alude á las estrofas del *Dies iræ*, una de las cuales dice: *Quærens me sedisti lassus* etc.

tuyos, rodeado de gentes que de la manera que pueden te honran y cantan alabanzas, y en ese tiempo derramas lágrimas de tus ojos, viendo la perdición y destruición de aquel pueblo... Jumento soy, guíame; con humildad espero tu gobierno. ¡Ay honras lloradas de Dios! ¿para qué os quiero? ¡Ay favores y alabanzas humanas que lastimáis el corazón del Señor! apartaos lejos del mío y de mí para siempre, que en el fin os mezclaréis con dolor. Más quiero y más me agradan las lágrimas de Jesús que las canciones de aquel mudable y desleal pueblo. Aquéllas me templan y me moderan, y éstas (¹) me desvanecen y me sacan de mí. ¡Oh si los trabajos de mis prójimos me doliesen tanto que el llorar por ellos fuesen mis fiestas! Pero ¡qué mudanza! ¿Agora ¡viva el Rey! y dentro de cinco días ¡muera! que se hace Rey? ¿Agora ramos y después bofetadas? ¿Agora acompañado y luego solo, y que no haya quien (acabada la procesión) le convide á comer y ha de mendigar un pedazo de pan?

Meditación décima y afectos á la venta.

¿Qué haces, Judas? ¿á Cristo vendes? ¿es tuyo? ó ¿estáte cometido de su Padre el venderle? ¡Ay codicia desordenada, que á tal extremo llegas á los mortales! Concédeme, Señor, que á Ti solo codicie y nada estime fuera de Ti. ¡Y qué de veces te he vendido y trocado por viles deleites, intereses cortos y pequeños gustos!

TERCER DECENARIO

Meditación primera al lavatorio de los pies y Cena mística.

Pater noster. *Ave Maria.*

¿Qué es esto, ángeles? ¿Dios lava los pies de unos pobres pescadores, arrodillado en tierra delante dellos? ¿Cómo pueden de hoy más no humillarse los hombres? ¿Cómo puede quedar en sus corazones rastro alguno de soberbia con este ejemplo? Lávame, Jesús; lávame, y lávame de pies á cabeza, que todo me siento necesitado de tu lavatorio. ¡Oh si de hoy en adelante perfectamenre me humillase! ¡Oh si me sujetase debajo de los pies de toda criatura! Tú, Jesús humildísimo, me lo concede; y que alcance, como es posible, la sobreminente caridad tuya en esta hora. En manjar y bebida te quedas para sustentarme. ¡Qué liberal bienhechor! ¡Qué Padre tan piadoso! ¡Qué hijos tan bien afortunados y regalados, que sentándose á la mesa de su Criador comen de Dios y beben de Dios! Concédeme, Jesús, hambre deste pan y sed deste licor precioso de tu sangre. Dame que con casto afecto, con singular humildad y con entera pureza de corazón te reciba y te incorpore en mí, para que seamos una cosa por amor y, como es posible, según la carne.

Meditación segunda y afectos á la [oración] del Huerto.

¿Qué es esto, Cristo mío? ¿de rodillas y orando al Padre, y en un huerto, y á deshora, los discípulos dormidos y el cielo sordo? Pero ¡qué rendimiento de voluntad! No lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres. ¡Qué esfuerzo con la oración! Mas ¡qué congoja tan grande con la ausencia del ángel! *Factus in agonia prolixius orabat: et factus est sudor eius, sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.* Sudáis, Jesús mío, y sudáis sangre que riega el suelo. ¿Quién tal vió? Dadme que por fervor de espíritu ore, con perseverancia os asista, con amor os acompañe, y que mis pecados, cuya memoria y representación os tiene sudando, me hagan sudar la sangre de mi sucio y mal mortificado corazón.

Meditación tercera y afectos al Prendimiento.

Pero ¡qué esfuerzo de Maestro y de Redentor! Remojado en sangre y lleno de lágrimas de verse en tal figura, se levanta de la oración, previene y esfuerza á los suyos para salir al encuentro á los enemigos que vienen á prenderle. ¿A quién buscáis? Si á Mí, dejad libres á mis discípulos, que Yo soy el que tengo de pagar por todos. Prendedme á Mí, que en los ojos de mi Padre Yo soy agora el malhechor por haberme obligado por malhechores. ¡Ay, Jesús, y qué de pensamientos cercan en esta hora mi corazón! Tú pagas lo que no comiste ni bebiste, y yo, que soy el

(¹) En el impreso están equivocados los pronominales y pone antes *éstas* que *aquéllas*, con lo cual se afirma todo lo contrario de lo que pretende el autor; por eso los corrijo.

goloso y el tragón y el que cogí la fruta vedada, paso mi vida riendo! Suéltame, Señor, y préndeme; rompe las ataduras de mis pasiones y aficiones viciosas, y átame con las de tu ardentísima caridad, para que siga tus pisadas hasta morir en la cruz. Esfuerza mi flaqueza y establece mi inconstancia, para que jamás por ningún suceso quiera ni pueda desviarme ni apartarme de Ti.

Meditación cuarta y afectos á la presentación ante los jueces.

¡Oh mi Jesús! ¿qué haré? Maniatado vais delante de los jueces. ¿Quién os maniató? ¿Como á ladrón os tratan y vos calláis? ¡Oh mansedumbre inefable! ni os quejáis, ni murmuráis, ni pedís socorro, ni resistís; á los que os llevan seguís, á los que os mandan obedecéis y á los que os afligen sufrís. ¿Y por qué no seguiré yo tales ejemplos? Concedédmelo por vuestro santo amor.

Meditación quinta y afectos á la bofetada.

Malco ¿qué haces? ¿á Dios hieres en el rostro con cruel bofetada? Ves aquí el mío, hiérele, y adora ése que adoran y reverencian y codician y desean mirar los ángeles... Por la modestia con que respondiste y por la paciencia con que recebiste tan grande injuria, te suplico, Jesús mío, mortifiques en mí los ímpetus de ira y furor. Embota los estímulos de la indignación y apaga todo apetito de venganza, para que, provocado por injurias, no me turbe, ni riña, ni dé voces; antes, sufriendo por tu amor todo lo adverso, dé bien por mal, como lo dice tu Apóstol y Tú me lo enseñas con este ejemplo.

Meditación sexta y afectos á la negación de San Pedro.

Mas ¡ay mi Jesús! que si los tratamientos de tus enemigos te afligen, mucho más el negarte tu amigo y vicario Pedro, no una, sino tres veces, co . temor mujeril y que no cabía en varón constante. Pero maniatado y en presencia del pontífice le miraste, y le desataste, y le libertaste, y le provocaste á lágrimas, que no enjugó en cuanto le duró la vida. Mírame, Señor, desde los altos cielos, con aquellos piadosos ojos con que le miraste á él, para que con justas lágrimas llore mis injusticias y borre mis maldades, para nunca más cometerlas. Amén.

Meditación sépíima y afectos á las afrentas de los judíos, y de la reprobación de Cristo en competencia con Barrabás.

Blasfemo te llaman, Jesús bueno y Bondad infinita, porque siendo preguntado respondiste la verdad, diciendo que eras Hijo de Dios, aunque con grande modestia. Por este tan grande desacato te suplico me concedas ánimo y esfuerzo para volver por tu honra, aunque blasfemen de mí, y que en todo lugar reverencie y acate la presencia de tu divinidad. Pero, Cristo Santo, en quien están todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios, ¿qué agravio es este que te hacen los tuyos, que dándoles á escoger Pilatos entre Tí y Barrabás, hombre sedicioso, homicida y condenado á muerte, le escogen á él para darle libertad y á Tí te condenan como á merecedor de afrenta y de cruel muerte? ¿Qué sentiría tu corazón en esta hora? ¡Qué reprobación y qué elección! ¡No á éste, sino á Barrabás! Tú eres la piedra reprobada de los judíos y escogida de Dios para clave del edificio de su Iglesia. ¡Oh si te supiese mi ánima estimar! ¿Por qué ha de querer sino á Ti? Basura es todo lo criado en mi consideración. Muera yo á todo, para que Tú sólo vivas en mí, Vida de mi alma, para siempre.

Meditación octava y afectos á los azotes.

Ya te veo á la columna atado y amarrado, Cristo Santo; ya te veo en poder de sayones; ya los látigos y las diciplinas; ya los ánimos crueles encendidos en cólera para herirte. ¡Qué duro y helado poste de mármol frío! ¡Qué carnes tan delicadas para ser heridas! ¡Qué empacho de Dios desnudo! Pero ¡qué dolores! Descargan los azotes, hacen llagas, derraman sangre, arrancan pedazos de carne inocente, siembran el Pretorio de tales despojos, y no hay quien se duela ni compadeza de Jesús. Pero, mi Jesús, en esa figura te quiere y adora mi ánima y te elige por Esposo suyo muy querido. Esas llagas me llegan más

á Ti; esas me enamoran y me roban el corazon; con esas me sanaste y por ellas tengo de gozarte en tu gloria. ¡Oh llagas de mi salud y azotes de mi remedio! ¡Dios desnudo! Desnudadme, Señor, de mí mismo y de todo pensamiento bajo, y de cuanto heredé del viejo Adán; y vísteme de Ti mismo, Adán nuevo, de manera que tu mortificación resplandezca siempre en mi carne mortal.

Meditación nona y afectos á las burlas que se hicieron á Cristo en casa de Pilatos.

¡Ay Jesús mío, qué noche se os apareja en casa de Pilatos! Después de azotado, vistieronos de púrpura para escarneceros; pusiéronos una corona de espinas sobre vuestra venerable cabeza; en la mano una caña en lugar de cetro. Hincan en tierra las rodillas los sacrilegos sayones; adóranos de burla y lastímanos de veras, con bofetadas y pescozones; y vendados vuestros ojos con una sucia rodilla, os dicen: Adivina quien te hirió. ¡Oh Jesús, y qué de secretos hay aquí escondidos! ¡y qué de doctrinas del cielo! Lo primero que te pido sea que la memoria de tu pasión nunca se borre en mí. Lo segundo, que esas espinas se te conviertan en rosas que recreen tu celebro traspasado y traspasen el mío, para que sepa lo que á Ti te lastimaron y lo que cuesta la honra, aunque sea de burla. Lo tercero, que de aquí adelante mi gloria sea padecer afrentas por Ti. Lo cuarto, que ninguna tribulación, persecución ni tormento me aparten de Ti.

Meditación décima y afectos al Ecce Homo.

Ecce Homo! ¿Qué hombre? Díselo tú, Jesús, á mi alma, que ninguno otro se lo sabrá decir. El hombre que se os antojó que se quería levantar con el reino. ¡Qué talle de Rey! Más parece leproso. ¿Cómo pueden caber en este hombre pensamientos contra el César? *Ecce Homo*! Parece que fué menester decirles Pilatos que era hombre, por la mudanza de su figura, herido de pies á cabeza y el vestido de color. Bien de púrpura, Señor mío, porque el color de la carne sea el de la ropa que os cubre; color dos veces teñido, como ropa de Rey puesta á las canales del tinte. ¡Oh Hombre nuevo en el mundo, que eres Hombre y eres Dios, y estás azotado, y coronado, y abofeteado, y juegan y burlan de Ti toda la noche los ministros del Presidente!

CUARTO DECENARIO

Meditación primera y afectos al clamor del pueblo, que pide que Jesús sea crucificado.

Pater noster. *Ave Maria.*

Mas ¡ay Señor mío! que ni en esa figura ni en otra os conocen, ni os quieren los vuestros; cúbrense los rostros por no veros, y á voces dicen: *Tolle, tolle, crucifige eum:* Quitalde allá y crucificalde. Pilatos responde: ¿A vuestro Rey tengo de crucificar? Y ellos replican: No tenemos otro Rey que al César. Aquí, ánima mía, fija el pensamiento y dobla la consideración, y al que desecha el pueblo recibe tú con entrañas de perfecta caridad. No es tu Rey el César, sino Jesús; y aunque es bien y conviene que muera crucificado, porque así está ordenado ab eterno y lo quiere su Padre, no consientas tú en esa muerte de cruz, acompañando y aprobando los intentos del pueblo loco. Abraza ese Hombre que desprecian todos; quítasele de las manos al juez y llévale á tu casa para que como Rey te rija y disponga para su Reino soberano; y tú le obedezcas como vasallo fiel.

Meditación segunda y afectos á la sentencia de muerte.

Sentencióle el juez á muerte, y muerte de cruz, y que la lleve á sus cuestas, y dos ladrones para los lados, como diácono y subdiácono. Al fin Sacerdote sumo que se ha de sacrificar en el madero de la vida. ¡Quién tal oye y no revienta de dolor! No condenes á nadie en tu juicio, sino á ti; esa sentencia tú la mereces; entra en lugar de ese Hombre que en extraña figura sufre ser condenado sin culpa por tus culpas. Mas ¡ay Jesús, que para que yo sea absuelto conviene que Vos seais sentenciado y condenado, y para que yo viva, que muráis Vos! Muramos juntos, para que juntos resucitemos á la gloria que tenéis y gozáis con el Padre y Espíritu Santo. Amén.

Meditación tercera y afectos al tomar Jesús la cruz á cuestas.

Toma Jesús su cruz para caminar al Calvario, lugar del sacrificio y de facinorosos, adonde será necesario atapar las narices por

el mal olor de los cuerpos muertos. Para tomarla le desnudan de lo colorado y le dan su ropa, para que sea de todos conocido y sea mayor su afrenta. Y al sacarla ¡qué dolor tan crecido! los pedazos de carne saldrían con ella. Las heridas todas se renuevan; la sangre corre por muchas bocas, y no abre mi Jesús la suya. Comiénzase la procesión; óyense las trompetas roncas y la voz del pregonero que publica sus culpas y la sentencia del Visorrey; las voces y alaridos de los judíos. Todo es Pascua, y en Pascua quiere morir Jesús. Señor, yo me comienzo á enternecer oyendo esto, y luego se me regocija el corazón considerando el vuestro lleno de alegría. Mira, alma, la carroza de tu Rey; mira cuál va cargado de la llave de los cielos. Esta es tu Pascua, Jesús bueno, y ésta es mi Pascua; pero duéleme verte con ese pesado madero sobre tus flacos y delicados hombros. Déjame que te ayude á llevarla, no como Simón Cirineo, que va alquilado y por su jornal, sino como hijo que siente mucho la fatiga de su padre. ¿Y soy yo la causa y no me muero? ¡Qué buenos pasos de Jerusalén al Calvario! Para todos es esta estación. Toma tu cruz, alma, y sigue con ella á Jesús, que se gana indulgencia plenaria en el monte santo.

Meditación cuarta y afectos al encuentro de la Virgen y su Hijo en este camino.

Y vos, Reina de los cielos, ¿qué hacéis en esta hora? No pudo ignorar lo que pasaba, porque la alegría de la ciudad era común y todos andaban de fiesta. Todos acudían á las voces, y ella también. Seguía el rastro de la sangre; y al fin, aunque con trabajo, por la mucha gente, llega, reconoce al divino Cordero, aunque tan desfigurado. Miranse y atraviésanse los corazones; abrázanse y dánse beso de paz. Otra cruz es ésta, Jesús mío; otra cruz es ésta. La de madera os trae molidos los hombros y llagados y os hace arrodillar en tierra muchas veces; pero ésta acabara con Vos si vuestro Padre no os guardara para trabajos mayores. Esfuérzanse los dos, Madre y Hijo; dícense razones tiernas y de compasión. Madre, esto conviene así, que lo quiere y ordena mi Padre, y por este medio se repara el mundo y se remedian las almas, y cumplo con la obligación de hijo. Hijo, yo soy contenta; vamos juntos y muramos juntos, si así es la voluntad de vuestro Padre. Oye, alma, este coloquio, si puedes llegar con tanta gente, y sigue al Hijo y á la Madre, que caminan al Calvario.

Meditación quinta y afectos al tomar de la medida en la cruz para los barrenos.

En el Calvario estamos, alma mía; abre los ojos y mira bien lo que pasa. Asienta Jesús su cruz en tierra, y mándanle á Él asentar sobre una piedra; no para que descanse, sino para que desde allí considere el lecho florido sobre que ha de dormir el sueño de la muerte. ¿Qué pensamientos serían los de su corazón? De los que quiere San Pedro que nos armemos contra todas las tentaciones del enemigo (1 Petrs., 4). Quédense los de Jesús al devoto pensamiento. Para tomar en la cruz la medida, le mandan levantar, desnúdanle á redropelo, en presencia de su Madre y de sus enemigos, y como estaba helada la sangre y pegada la vestidura, tuvo dificultad el sacarla; quedó aquel cuerpo sagrado hecho todo una llaga de alto á bajo, que pudiera mover á compasión las piedras. ¿Qué mudar de vestidos es este, Jesús mio? ¿Cómo os desnudan y visten tan á menudo? Agora la ropa y los cueros de vuestra carne inocente. Dificultosa cosa es el desnudarnos, y más cuando al vestido se le pega la carne y la sangre. Desnúdate, hombre, que no puedes bien sacrificarte á Dios, vestido. Pero, Redentor mío, ¿qué pobreza tan grande es esta? ¿Sin hilo de ropa sobre Sí el que cubre los cielos, el que viste los lilios y matiza los campos de varios colores? ¡Quién te viera, Jesús bueno, asentado, desnudo, derramando sangre y contemplando los instrumentos de muerte? Desnuda mi corazón de toda imagen de criaturas y de todo afecto torpe, y renueva en mí cada día los deseos y propósitos buenos y el amor casto para contigo.

Meditación sexta y afectos al barrenar la cruz, y extender á Cristo en ella.

Levantáos, Rey de la gloria, de esa piedra y tendéos sobre esa cama duraque vuestra madrastra la Sinagoga os tiene aparejada para que descanséis del camino. Tienden al Señor de la Majestad sobre la cruz, estiran los brazos, miden la estatura, señalan los lugares para los barrenos, y hecho esto mándanle

que se levante en pie. ¡Qué caridad de Redentor! ¡Con qué voluntad extiende sus brazos y pies para que hagan los agujeros! Mas ¡ay mi Jesús! que agora se barrena la cruz, y presto se barrenarán las manos que formaron los cielos, y se fijará con duros clavos el cuerpo, y se levantará en el aire. Traspásame, Señor, con los clavos de tu temor santo y enclávame juntamente contigo para que no dé paso ni extienda mano á cosa vedada por tu santa ley.

Meditación septima y afectos al quitar de las vestiduras y corona.

Y si lo que aquí meditan los santos atentamente se considera, ¿qué corazón, aunque de piedra, no se hará pedazos? ¡Ay Cristo Santo, que para desnudarte te quitaron la corona de espinas, y se quedarían muchas quebradas y fijas en tu celebro, y después la vuelven á poner, renovando las heridas antiguas y haciendo otras de nuevo! ¡Oh qué sentimiento! ¡Oh qué dolor, en cabeza lastimada y enconada, juncos marinos! Salid, hijas de Sión, y mirad esta corona con que coronó su madre la Sinagoga á vuestro Rey. La sangre que sale de la herida cabeza riega la cara bellísima y escurece los divinos ojos y llega hasta el suelo; y tiembla Jesús con el frío, desnudo y á la vergüenza; y míralo la Virgen y compadécese; y en los suyos hay risas y gran placer y priesa por acabar con Él. Traen escaleras, aparejan clavos y suenan los martillos. Siente esto alma mía, y acuérdate desta cabeza coronada cuando aderezares la tuya.

Meditación octava y afectos á un ofrecimiento que de sí hace Cristo al Padre.

Pero, Señor, de rodillas en tierra, desnudo en cueros, ¿qué hacéis? Dicen contemplativos que en cuanto los sayones aparejaban lo necesario para la crucifixión, el Señor de la Majestad se puso en oración y ofreció al Padre el altísimo sacrificio de su pasión y muerte con una profundísima humildad y encendidísima caridad. ¡Ay, Padre de las misericordias! suplícoos que miréis á la faz de vuestro Hijo y que estampéis en mi alma para siempre esta su figura. Feo estás, Cristo Santo; feo estás con las bofetadas y golpes, con la sangre que corre por tantas partes, con los esgarros y salivas con que han cubierto tu rostro; pero aunque feo en los ojos de los tuyos, hermoso á tu eterno Padre, hermoso á los ángeles y hermoso á mi ánima, porque ahí adonde te agotaste, aniquilaste y deshiciste resplandeció más tu piedad y despidió de sí mayores luces y rayos tu caridad. Los malos tratamientos te tienen en lo de fuera feo; pero el amor que por tantas heridas se descubre te hace hermosísimo. ¡Ay quién se deshiciera todo en lágrimas para lavarte! Lávame, Señor con las que ahí derramas, para que limpio de mis pecados te parezca bien.

Medilación nona y afectos al crucificar á Jesús.

Tendéos, Cristo santo, otra vez en el madero santo y extended los pies y las manos, como nadador, que al fin habéis de pasar hoy el Archipiélago de vuestras pasiones para salir á la Florida de la gloria. Mas ¡oh Señor! que no os dejan tender. Tiéndenle los sayones cruelísimos, así desnudo como estaba, lastimado y desollado y todo vertiendo sangre. Tiéndenle y extiéndenle sobre la cruz; estiran con cordeles los brazos encogidos hasta igualar con los barrenos; sacan los clavos y fijan la una y otra mano, y luego los sagrados pies; ¿y no desfallezco meditando esto? ¡Qué deseada teníades esta cruz, Jesús bueno; qué deseada la teníades! Treinta y tres años ha que la buscáis y la deseáis para obrar en ella la salud y remedio de los hombres. Bien parecéis su enamorado, pues así os abrazáis con ella. Abrazadme; que abrazaros quiero, y en vuestros brazos quiero morir. ¡Oh qué abrazo tan estrecho y tan apretado! No huyas, alma, de la cruz; abrázala apretadamente y no te consientas desenclavar aunque te ofrezcan, como á Cristo, la divinidad y filiación de Dios. ¡Oh qué dolores al entrar de los clavos entre los huesos y nervios de los pies y de las manos! No es posible entenderle. Acude, paloma; acude, hermosa; acude á los agujeros de la piedra y á la caverna del seto.

Meditación décima y afectos á la Virgen nuestra Señora en este tiempo.

Pero, Cristo mío, quédate agora un poco en poder de los sayones, que me quiero convertir á tu sagrada Madre, la más afligida de las mujeres. Pero no digo bien convertirme; con-

tigo la contemplo y en esa misma cruz enclavada. Que si pudo decir tu siervo Ignacio: Mi amor es crucificado y yo con Él. Y el Apóstol: Juntamente con Cristo estoy en la cruz; estando tu Hijo y tu amor puesto en ella, ¿podías tú estar menos que crucificada con Él? A Él con clavos de hierro le tienen enclavado, y á ti te tiene traspasada y enclavada la caridad. La cruz del Hijo es de pasión, y la de la Madre de compasión; porque el Hijo padece y la Madre se compadece. Al Hijo enclavan los sayones y á la Madre el amor. ¿Y por qué no te llamaremos Mártir de mártires en esta hora, Virgen santa? Una cruz los tiene, y unos clavos los atormentan. Él crucificado en el cuerpo y ella en el alma. Pero dinos si puedes tus angustias, ¡oh la más angustiada de las mujeres! ¡Ay, alma! si amas á Jesús, no te apartes de Él ni de su cruz, que en ella puesto te redime y te da libertad; y por ella, como por una escalera de Jacob (Genes., 28), has de subir á Dios.

QUINTO DECENARIO

Meditación primera y afectos al levantar á Cristo en la cruz.

Pater noster. *Ave María.*

Levantaron á Jesús cosido en la cruz con grandes y confusas voces, porque temen no se les caiga en el suelo, por el peso grande, y con él se rasgaron las heridas de los pies y de las manos; pero al fijarla en una piedra hueca, con el golpe con que la dejaron caer á plomo, mucho más. Todo el cuerpo se estremece y tiembla; llora Jesús y derrama sangre sin alguna resistencia. ¿Y quién podrá pasar de aquí? Estas son las fuentes del Salvador, que dijo Isaías (Isai., 54), de donde habemos de sacar con gozo aguas, ó sangre que alimpia y lava mejor que agua. Estos son los cuatro ríos del Paraíso (Genes., 2) con que se riega toda la tierra seca y estéril. Todos los sedientos venid á estas aguas; chupad miel de la piedra y aceite del guijarro durísimo. Venid y comprad de balde vino y leche (Deut., 32) y recrearse ha vuestra ánima con la grosura. ¡Oh piedra de Jacob, levantada y ungida por el celestial Padre en señal de clemencia y en título de paz! Llévame, Cristo Santo; llévame en pos de Ti. Cúmplase en mí, te suplico, la palabra que diste en favor de los tuyos: Si yo fuere levantado en lo alto, todo lo arrebataré á Mí (Ioan., 12). ¡Oh piedra imán divina! levanta este hierro pesado, levántale de la tierra, para que crucificado juntamente contigo goce para siempre de tu compañía en la gloria de tu Padre. Amén.

Meditación segunda y afectos al Calvario.

¡Ay Calvario santo, poco ha lugar de facinerosos, asqueroso y abominable, y en esta hora hecho paraíso de las almas! (Isai., 37). Venid las que amais á Jesús y subamos á este monte, monte cuajado, monte grueso, monte adonde se ha desenojado Dios y tomado placer. Venid y veréis las obras del Señor (Psal 76), terrible en sus consejos sobre la salud de los hombres (Psal. 77). Aquí veréis el racimo preciosísimo, traído de la tierra de Promisión (Deut., 8), atravesado en el madero de la cruz, estrujado y desangrado. Veréis la piedra herida dos y muchas veces con la vara de la divina justicia (Núm., 13), de que manan, no sólo agua, sino ríos caudalosos, para remedio y salud del pueblo de Dios. ¡Ay flor del campo y lilio de los valles, marchito y lacio y sin tus vivos colores! (Cant.. 2). ¿Qué se ha hecho tu hermosura y belleza? ¡oh el más hermoso de los hombres! Tu rostro escondido te esconde de los mortales; desconócete el pueblo y eres tenido por leproso y por hombre herido de la mano de Dios. ¡Oh Varón de dolores! (Isai., 53), dame que sepa estimar los que en esta hora y paso padeciste. Dame ¡oh Autor de la fe y consumador de todo lo escrito en la Ley y en los Profetas! (Heb., 11) que, teniéndote delante de mis ojos en esa figura, no admita otra peregrina en mi corazón. Nunca yo, Señor, me gloríe sino en tu cruz, gloria mía y refugio mío y esperanza mía.

Meditación tercera y afectos al desamparo de Cristo en la cruz.

Sobre todo me aflige ¡oh Cristo mío! oir de tu boca que te ha desamparado tu Padre; ¿por qué fué ese desamparo? ¿y á tal tiempo y con tales circunstancias? Rodeado de enemigos que te desean beber la poca sangre que te ha quedado, y Tú que la derramas y das de buena gana. Tu Madre al pie de la cruz; tus discípulos lejos mucho; desnudo y á la vergüenza y haciendo oración con clamor y

lágrimas. Si tiene dada su palabra Dios de asistir á los atribulados, ¿quién más atribulado que Tú? ¿Tiénete desamparado tu Padre por desobediente? No, por cierto, que por obedecerle estás en esa cruz. Pues ¿en qué le has ofendido para que así esté enojado contigo? En nada verdaderamente, antes muere por los pecados de los hombres. ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado? No dice Padre, sino Dios, porque no hace oficio de Padre en aquella hora, sino de riguroso juez. Horrenda cosa es caer en manos de Dios vivo. Como á enemigo te mira tu Padre (Hebr., 10.) y como á enemigo te trata, porque representas en tu persona el enemigo linaje de los hombres; eres su fiador y pagas por ellos. Al fin, por ampararme á mí, siervo malo, desampara el Padre al Hijo dè su querer. ¡Oh manos de Dios muerto, qué dulce y agradable cosa es caer en vosotras! Sanadme, Señor, y sanaré; salvadme, salud mía, y seré salvo.

Meditación cuarta y afectos á Jesús con los ladrones.

Mas ¡qué postura la de Jesús! extendidos tus brazos, para abrazarnos á todos en esa hora; cosido con clavos fuertes, para esperarnos á penitencia; corriendo sangre todo tu cuerpo para medicina de nuestras heridas; resina preciosa de Gálgala, que sana las llagas interiores, sin que quede rastro dellas. Abajaste la cabeza como huyendo del título de Rey que te pusieron sobre ella y como ofreciendo paz á los mortales. Pero ¿qué compañía te han dado? Ladrones; como diciendo: Con ellos y por ellos. Tanto amaste, Jesús, á los hombres, que, no pudiendo estar á tu lado los inocentes, quisiste que estuviesen los culpados, por no verte del todo sin hombres en aquel trance. Los judíos te los dieron para infamia, porque fueses juzgado por la pena por otro tal como ellos; pero Tú los admites para que se vea cuánto nos amas. Eres contado con los malos en la tierra, como lo dijo Isaías (Isai., 55), para contarnos á nosotros en el cielo y darnos asientos entre los coros de los ángeles. En esa cruz eres juzgado y condenado como malhechor; y como Juez juzgas, condenando á uno de tus compañeros y salvando al otro; haciendo de la cruz trono de justicia y tribunal de misericordia.

Meditación quinta y afectos á la santísima cruz.

¡Oh cruz benditísima, de los árboles de la selva el más noble; en las hojas, en la flor y en el fruto aventajado á todos! Dobla esos ramos y afloja un poco esas estiradas entrañas y brazos desencajados del Salvador, y el rigor que de tu nacimiento tienes se modere de manera que el sagrado cuerpo tenga algún poco de descanso en ti, y yo pueda coger con la Esposa los frutos de la palma y el racimo de Cofer, satisfactorio y expiatorio, y toda la salud y saludes de las almas y todos, sus bienes sólidos y verdaderos.

Meditación sexta y afectos al repartimiento de los vestidos.

¿Pero qué hago? sus vestidos se reparten entre los verdugos, como es uso y costumbre, y sobre la túnica interior echan suertes, porque no se divida, por la unidad de su Iglesia. Acude, ánima mía, y si puedes toma de ellos despojos, con que quedarás rica para siempre. ¿Pero cómo? son pobrísimos los ministros y andan diligentísimos cada cual por su parte. ¡Oh Emperador del cielo, qué pobre mueres! Si agora bajaras de la cruz, como te lo piden los judíos, no hallaras en la tierra con qué cubrir tus carnes. ¡Oh ministros, estimad esta riqueza que tan pobre ha dejado al Rey de la gloria! Y tú, ánima mía, recoge la sangre vertida por el suelo; recoge los cabellos y barbas mesadas y holladas; recoge las lágrimas que desde lo alto de la cruz bajan al Calvario, que ese es tu tesoro y de los predestinados todos. Gloria Patri.

Meditación séptima y afectos al ánima devota para que suba al Calvario.

Subiré al monte de la mirra y al collado del encienso, dice una ánima santa (Cant., 4, 7). ¿Qué monte? ¿Qué mirra? ¿Qué encienso? El monte es el Calvario; la mirra, las amarguras de Cristo; el encienso, su oración al Padre, aceptada y estimada por la reverencia de su persona. Manojuelo de mirra es mi amado para mí, decía ésta ánima en otro lugar; en mis pechos se detendrá y descansará. Y en otra parte (Cant., 1): A la sombra de aquél que

yo había tanto deseado me asenté; y los frutos dél dulces á mi garganta. Sube á este monte de la mirra, ánima mía, y al collado del encienso; y como quien siega, haz manojuelos de las amarguras de Jesús y pónlos en medio de tu corazón, por compasión amorosa. Asiéntate á la sombra deste árbol de vida, y coge de los frutos dél, frutos de gracia y de gloria. ¡Oh qué sabrosos frutos! ¡Oh cómo sustentan el alma, y fortalecen el corazón, y apagan en nosotros la hambre de los deleites mundanos en que andas vagueando, derramada en muchas cosas! Ora en este monte y coge mirra; oirá el Señor tu oración y recibirá tu mortificación.

Meditación octava y afectos á los improperios de los judíos contra Jesús en la cruz.

¿Pero, Señor, qué es lo que vuestros Evangelistas dicen en este paso? Que se apartaron los judíos de la cruz como huyendo de la sangre que della corría, para ver el fin, cansados ya, aunque no hartos, de atormentar aquel sagrado cuerpo, abollado y seco como una teja; y así apartados, blasfemaban y escupían hacia él; y meneando las cabezas como locos, decían (Matt., 27): Ya que destruyes el templo de Dios y en tres días le vuelves á reedificar, si eres Hijo de Dios baja de la cruz. A otros libró y no se puede librar á sí. Si Cristo es Rey de Israel, descienda agora de la cruz, y creerémosle. Confía en Dios, líbrele si quisiere. Mira ¡qué ánimos estos, alma mía! ¡qué odio! ¡qué malicia tan en su punto! ¡qué blasfemias contra el Hijo de Dios y contra la misma bondad del Padre, que se le dió para su salud y remedio! Pesa cada cosa de por sí, que todas son de grande ponderación. Pudiérales decir Cristo en esta hora á los suyos (Mich., 6): Pueblo mío, ¿qué te he yo hecho? ¿ó en qué te he sido yo molesto? ¡Ay pueblo rebelde y duro, pues no te calienta ni ablanda la sangre que de mis entrañas y venas sale hirviendo! ¿Qué de beneficios has atropellado? ¿qué de mercedes has olvidado? ¿qué pude yo hacer por ti, viña mía, y no lo hice? ¿y en qué me has podido ofender y molestar que no lo hayas hecho? Concédeme, Cristo Santo, que, acordándome de estas afrentas y dolores, y de tu humildad y paciencia en ellas, sufra de buena gana ser infamado y despreciado, sin que me aparte de Ti, ni la muerte, ni la vida, ni las cosas presentes, ni las por venir, ni alguna otra criatura.

Meditación nona y afectos á la Virgen cuando la habla Jesús.

Cum vidisset ergo Iesus Matrem (Ioan., 19). Para aquí es el sentimiento del Hijo, y de la Madre, y del Discípulo, y de las almas que saben estimar y pesar las causas y razones del dolor. Mas ¿cómo abriste los ojos, amado Jesús, cómo abristes los ojos escurecidos y añublados con la mucha sangre que manaba de tu cabeza para mirar á tu Madre? Empero mejor diré: ¿Cómo abriste la boca, traspillados ya los dientes con la fuerza de los tormentos y estando ya para expirar por la falta de la sangre? Mujer, ves ahí tu hijo. ¿Por qué mujer á la que es Madre? ¿y por qué hijo al que es su discípulo? El Hijo Vos sois, y la Madre es ella, y Juan es el discípulo. Mujer es, y madre, mujer singular y Madre de Dios, sola en el mundo. Parece, Señor, que le quitais en la muerte lo que le distes en la Encarnación. ¿Madre cuando os concibe, y mujer cuando morís? Esta es la cruz de María y la mayor congoja de Jesús. Por no dejarla sola, la encomienda; y por no atormentarla más, no la dice Madre. Habla doctrinal y para templar el sentimiento. Estaba junto á la cruz de Jesús y crucificada juntamente con Jesús; y Jesús otra vez crucificado con su Madre en la cruz de la compasión; de manera, que la que sola le pudiera ser de alivio en otro cualquiera género de muerte, le sirvió de doblarle los tormentos y de abreviarle la vida en éste. Estaba mirando el Hijo el corazón de la Madre, hecho un mar de dolores y amarguras. Considerábala puesta en una cruz mental, estirados sus miembros, á la iguala con los suyos; traspasada su alma con los clavos de dolor y con el cuchillo que le profetizó Simeón: muerta sin morir y viva muriendo. Véla llorando incansablemente, su rostro pálido, color de muerte: sus ojos fijos en el madero santo. ¡Qué gemidos salían de su corazón! ¡qué lágrimas tan fervientes regaban sus mejillas! Comprendió el Hijo los dolores de la Madre, incomprensibles á toda humana y angélica criatura: vióse crucificado dos veces; en la cruz material, en que muere, y en el pecho de María, en que no puede morir; y á ella crucificada con Él, haciendo oficio de verdugo el

amor que por menudo le cuenta y le representa al vivo sus penas todas. Miróla, mirándole; y hirióla, hiriéndole. Compadecióse como Hijo de su afligida Madre, y abrió su boca y no sé cómo: Mujer, ves ahí tu hijo. Como si dijera: Yo me voy deste mundo al Padre; por mí te queda Juan, tenle por hijo; y él á ti por Madre. Y lo que aquí hay que pesar, péselo el alma y rúmielo de espacio, que este paso no es para brevedad.

Meditación décima y afectos cuando Jesús ruega por sus crucifixores.

Perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen. Por todos ora, como si no fuera Dios; y como Dios perdona y ofrece el Paraíso al ladrón. ¡Oh bondad de Cristo incomprensible! Bien hacéis, Señor, bien hacéis; pues confirmais con vuestro ejemplo la doctrina que habéis predicado. ¡Qué de perdones ha ganado en la Santa Iglesia este perdón! Pero ¡qué caridad de Maestro que ofendido tan gravemente no se acuerda de sus ofensas y excusa con su Padre á los ofensores y les procura el perdón.! ¿Qué más hiciera por sus muy familiares? ¡Admirable oración y de grande eficacia, por la resignación, y por la confianza, y por el afecto, y por el tiempo, entre tantas angustias y ya para expirar! Cuando otros se olvidan de sí y de sus amigos, estás tú, Señor mío, solícito y orando por tus enemigos; y en vez de pedir venganza, pides misericordia. ¡Oh Padre clementísimo! recibe la oración de tu amado Hijo y perdona las culpas deste tu mal siervo: su sangre clama, no como la de Abel, sino mejor mucho: aquélla venganza, y ésta perdón y misericordia. Perdónalos, que no saben lo que se hacen. ¡Ay Jesús, perdona los delitos de mi mocedad, y de mis ignorancias no te acuerdes!

QUINQUENARIO

Meditación primera y afectos á la conversión del buen ladrón.

Hoy serás conmigo en el Paraíso. ¿En qué paraíso, Señor mío? En el que yo estoy. Consigo tiene el paraíso y en él estaba el que entre ladrones moría sin algún consuelo. Lleno está dentro de gloria el que de fuera padece tantos y tan graves tormentos. Mas ¡qué dicha de ladrón! ¡de la horca al Paraíso! ¡de la cruz al descanso! ¡del Calvario al santuario! Pero ¡qué vale una confesión hecha á buen tiempo! Confiesa cuando todos niegan; ora cuando todos blasfeman. Pide reino al que ve junto á sí padecer como sedicioso, y alborotador del pueblo, y ambicioso por la honra del César, que esas eran las causas que le imponían los judíos. La cruz le sirvió de escalera para escalar el cielo. ¡Qué buen hurto! Bien dijo Ambrosio: El Reino de los cielos no se debe á nuestros méritos; pero puédese robar con nuestras lágrimas y ruegos. Llorando lágrimas le puedes arrebatar, aunque estés en el palo puesto, que con ellas no está el cielo seguro de ladrones. Nosotros, dice, pagamos justamente lo que han merecido nuestras obras: mas Éste ¿qué mal ha hecho? A sí se acusa y á Jesús excusa, cuando le acusa su pueblo. Y luego pide: Acuérdate de mí, Señor, cuando te halles en tu Reino. Señor y Rey le llama, cuando apenas parece hombre. Juzgóle por más que hombre cuando oró por sus enemigos, y las burlas de Pilatos en darle título de Rey conoció él que eran veras de Dios y que era merecedor de reino el que con tanta paciencia sufría injurias y penas y con tanto amor excusaba á los suyos, que le ofendían. Hoy serás conmigo en el Paraíso. ¡Qué premio tan aventajado y tan adelantado! ¿Y las culpas? ¿y los hurtos? ¿y los robos? De nada se acuerda, nada le zahiere á su confesor. Confiesa, confiesa y oirás: Hoy serás conmigo en el Paraíso. Señor mío, no quiero por hoy estar en el Paraíso, sino en el Calvario: hoy quiero acompañaros en la cruz, como este ladrón santo. En esa figura os pregono Hijo de Dios; y por esta confesión espero librarme de la confusión eterna del infierno. Sálvame, Rey de los judíos y Emperador de los cielos, y seré salvo.

Meditación segunda y afectos á la sed que Cristo padece en la cruz.

¡Ay Jesús, que estando muy cerca de expirar, ya fríos los extremos de tu cuerpo, sin tener hilo de ropa sobre tus carnes, rodeado de angustias y congojas, que combaten tu corazón, es tan grande el fuego que arde en tus entrañas que, teniendo la lengua gruesa y pegada al paladar, significaste á los circunstantes que morías de sed, por si acaso algu-

no se compadecía de Ti y te socorría con algún jarro de agua! *Sitio* (Ioan., 19). ¡Ay fuente de aguas vivas agotada! ¡Ay mar océano y archipiélago divino, seco! A todos los sedientos convidáis que vengan á beber á Vos, fuente perdurable. De un guijarro sacastes agua en el desierto para vuestro pueblo (Exod., 30). Viendo las lágrimas de Agar, criastes un pozo para que bebiese su hijuelo Ismael en un yermo (Gen., 21.) ¿y á Vos junto á Jerusalén y entre los vuestros os falta una vez de agua para refrescaros? A David se le antoja un jarro de agua de la cisterna de Belén (I Par., 11); y hay soldado tan atrevido que, rompiendo por el ejército de los contrarios, se la trae ¿y á Vos ni vuestra propia Madre os la puede dar? empero en su presencia os ofrecen vuestros enemigos hiel y vinagre; gustástelo, y no lo bebistes. ¿Estos son, Señor mío, los regalos de vuestros hijos, que vinistes á buscar desde los altos cielos? ¡Oh dulzura de las almas, aheleada! ¡Oh boca sabrosa y de azúcar! ¿quién te ha vuelto más amarga que el acíbar? Gustad, mi Dios, de esa amarga purga, para medicina y purga de mis deleites; y dadme que guste esas amarguras vuestras, para que me amargue todo lo dulce y suave deste mundo.

Meditación tercera y afectos al expirar Cristo.

¡Ay Jesús mío, Sol de vida, cuán cercano te contemplo al poniente de la muerte! Ya la amarillez de tu rostro, y en tu gesto debilitado, tu cuerpo temblando y acompañado de un sudor frío, me pronostican tu apresurado fin. *Et inclinato capite emisit spiritum.* Bajó la cabeza, como pidiendo la bendición á su Padre para partirse de esta vida. Salió aquella ánima santísima, de aquel cuerpo despedazado y abollado con los tormentos, quedando en el divino rostro impresa la triste figura de la dura muerte, empañado y embarrado con tierra y sangre: las barbas todas entrapadas con la arena; el rostro desollado, los labios levantados y la boca llena de sangre. ¡Oh Absalón hermoso, colgado del árbol de la cruz! ¿qué es de tu hermosura? ¡Qué diferentes montes, Tabor y Calvario! Allí transfigurado, y aquí desfigurado: allí lleno de gloria, y aquí de confusión: allí reconocido por Hijo de Dios, y aquí herido de la mano de Dios. Dame, Señor, que muera á todos mis pecados, y á todas mis pasiones, y que esta tu muerte sea vida de mi ánima para siempre.

Meditación cuarta y afectos á la Virgen cuando expira Cristo y le alancea el soldado.

Mas ¡qué dolor y qué tristeza ocuparía en esta hora el corazón de la Virgen, viendo colgado en la cruz y muerto su consuelo y consolador, y el regalo de su alma! ¡Oh cómo penetraría su piadosímo corazón con aquella voz tan grande y lágrimas con que su Hijo amantísimo se despidió del mundo! (Ioan., 19). ¡Oh Virgen santa, transformada toda en la imagen muerta de tu Hijo muerto! más muerta que viva te contemplo, y más crucificada que libre. En Él vivías, y en Él mueres, y sin Él te sirve de tormento la vida. Levanta, levanta los ojos, y verás cumplido lo que concibiendo al Verbo te prometió el ángel (Luc., 2). Ves allí el Santo, y que se había de llamar Hijo de Dios: ves allí el grande, y ves allí el Jesús: ves allí el Reino y la silla de David su padre. Contempla la corona y las insignias reales, que todo está junto en esta hora. Y tú, alma mía, adora por Dios al que ves muerto, que con su muerte destruirá tu muerte. Mira el velo del templo, rasgado de alto á bajo: mira la tierra cómo tiembla: las piedras se rompen y se abren las sepulturas. Y si las criaturas insensibles sienten, ¿por qué te has de quedar tú sin sentimiento? Dios es al que con tus pecados has crucificado; no le crucifiques más ni añadas dolor sobre dolor, ni llaga sobre llaga, ni huelles la sangre que con tanta caridad por ti derramó. Pero ¿qué veo? Muerto Jesús, no muere ni se acaba el furor y rabia de los suyos. Vienen á quebrar las piernas de los tres crucificados: quiebran las de los compañeros, para abreviar con sus vidas y quitarles de los palos, por razón de la Pascua; y llegando á Jesús, y hallándole muerto, no le lastimaron las piernas, por la verdad de lo profetizado; mas uno de los soldados (¡oh cruel hecho!) con una lanza hirió su costado, y dél salió agua y sangre. No sé con quién hable: si con Jesús, está muerto y sin sentido: si con María, más muerta que viva la considero. ¡Ay María, que estás muerta, mas no para el sentimiento justo desta llaga! Tu Hijo está sin alma propia y por eso no siente; pero tú sientes, porque estás allí dentro más que

en ti misma, haciendo oficio de alma de aquel cuerpo. Grandes dolores ha sufrido Jesús, pues expira y muere en ellos; pero en parte son mayores los tuyos, pues padeces los que Él padece y los que no padece. Padeces y recibes en tu corazón vivo la lanzada que en el suyo muerto recibe Cristo. Mas ¡ay corazón! hecho ya morada de mi ánima, con puerta para entrarse en ti, no me cierres esta entrada, que en ninguna otra parte está segura la simple paloma de los infernales halcones. Dios os salve, llagas resplandecientes de mi Rey soberano y sellos excelentísimos de los breves de mi salvación. Dios te salve, tesoro de bienaventuranza, corazón suavísimo del amador de las almas, Jesús, herido por ellas. Mira, Jesús, tu piedad y caridad y no te olvides de mi necesidad. Escóndeme en esas tus sangrientas llagas y embriágame con el amor de Ti mismo. Concédeme indulgencia plenaria de mis culpas y pecados, y confírmame con tu espíritu principal y bueno.

Meditación quinta y afectos al decendimiento de la cruz y sepultura.

Entran los dos venerables ancianos por el Calvario con gran reverencia; por aquella tierra de promisión que hasta allí habían poseído los enemigos, y venla regada con la sangre del Salvador, de que son exploradores. Y habiendo dado el pésame á la Madre santa, con muchas lágrimas y sollozos hicieron oración á la cruz, diciendo: No se os haga de mal, árbol santo, darnos el fruto que tan maduro tenéis y sustentáis en vuestros brazos. ¡Oh cedro más alto que los del monte Libano! ablandáos un poco y inclinad vuestros ramos para que cojamos el esquilmo y tesoro de la Iglesia. Bajaron con gran reverencia el sagrado cuerpo, adonde hubo millares de ángeles que quisieran llevársele al cielo; mas no se atrevieron, porque en su testamento le mandó á los hombres. Sube con ellos, alma contemplativa, y mira el quitar de la corona, el enderezar de los clavos roblados, el sustentar el cuerpo en una toalla limpia, la entrega que se hace desta reliquia y sagrados despojos á la santa Madre, y lo que ella hace con cada uno dellos. ¡Oh clavos que habéis atravesado mi corazón, ¿cómo os atrevistes con tanta crueldad á romper la carne de vuestro Criador? ¡Oh clavos qué habéis sustentado al que sustenta los cielos, de vosotros ha estado pendiente el fiel y peso de la divina justicia y el contrapeso del peso del mundo! ¡Oh corona de todas las coronas, que mereciste estar encima de la corona de la cabeza del Señor de la gloria! ¡Oh espinas, que entrando por la cabeza de mi Hijo habéis llagado mi corazón! Bajan el cuerpo, pónenle en los brazos de la Madre, abrázase con él, asiéntase en tierra, junta rostro con rostro y riégale con lágrimas de sus ojos, diciendo: ¡Oh vida muerta! ¡oh sol de mi alegría eclipsado! ¡oh lumbre de mis ojos escurecida! ¡oh rosa divina! ¿cuáles han sido las manos que así os han maltratado y marchitado vuestra hermosura? ¿Quién ha borrado el traslado de la gloria del Padre? ¡Oh hermoso sobre los hijos de los hombre! ¿quién ha desfigurado vuestro rostro lleno de mil gracias? Aquí silencio y soledad; y fin á las meditaciones.

ORACIÓN Á CRISTO CRUCIFICADO

¡Oh Cristo santo y Jesús suavísimo! suplícote que tu pasión sea á mí virtud con que me defienda; tus llagas, manjar y bebida con que me sustente y me embriague y me deleite. La aspersión y rocío de tu sangre me sea lavatorio de todos mis pecados. Tu muerte me sea vida perdurable. Tu cruz sea mi gloria sempiterna. En estas cosas tenga yo mi refección, mi alegría, mi salud, mi dulcedumdre, mi estudio y mi gozo sempiterno, agora y en mi muerte. Amén.

OTRA AL MISMO CRISTO CRUCIFICADO

Dios te salve, Redentor del mundo, de cuyo sacratísimo lado creemos que salió agua y sangre, de que á todos los que te aman se concede consolación gloriosa. Derrámanos desa lateral y cordial fuente ciencia y constancia contra los diabólicos y humanos acometimientos. Y por las cinco llagas que en tu cuerpo sufriste, nos libra de nuestros pecados, así como quieres y sabes que nos es necesario: Que con el Padre y con el Espíritu Santo vives y reinas. Amén.

Maestro.—A esta traza podrás aprovecharte de las meditaciones de la vida, pasión y muerte del Salvador; que no es mi intención prescribirte forma para que no salgas della, sino para que sepas cómo todo lo que leyeres

ó meditares lo has de reducir á la voluntad y al afecto, cosa de grandísima importancia y, como dijo San Buenaventura, el más breve camino para la perfección. El gran contemplativo Ludovico Blosio, en muchos tratados suyos, escribe destos afectos, hablando con Cristo y con la Virgen y con los Santos, en común y en particular. Y el religiosísimo padre fray Luis de Granada gasta mucho de sus libros en despertar el alma con estos afectos. Y yo digo que para remediar tibiezas, insensibilidades, tedios en la vida espiritual y cansancios en sus ejercicios; para despertar el alma dormida y soñolienta; para ahuyentar los demonios; para vencer tentaciones; para calentar el espíritu y fervorizarle, es este el mejor medio, más fácil y más eficaz.

Discípulo.—¿Y si me hallo helado cuando hago estas oraciones?

Maestro.— San Buenaventura dice que de cualquiera manera que esto se haga recoge el corazón y aprovecha para los efectos sobredichos. Penoso suele ser cuando no se siente calor y devoción, empero con el uso y continuación se hace fácil, y el mismo ejercicio despierta, cuando no pensamos, el afecto en Dios y se enciende un fuego dentro de nosotros que parece abrasarnos y sacarnos de nosotros mismos; como el que hiere muchas veces en un pedernal que tiene muertas las esquinas, que cuando no se cata salta la centella y enciende la yesca, hasta quemarla toda. Por este camino alcanza el ánima unión y transformación en Dios y con Dios, que se llama deificación, no mística (que pertenece más al entendimiento y se halla en pocos y tiene engaños no pocos ni pequeños), sino real y común por vía de voluntad, perfectamente conformada y transformada en la voluntad divina con amor perfecto, que hace obrar, aun sin particular luz y conocimiento, todas las acciones en Dios y por Dios; de la cual deificación todos son capaces y con facilidad de entendimiento la alcanzan todos, pero no sin grande trabajo y cruz de la voluntad. Para esto, como al principio dijimos, es necesario darte todo á la mortificación de tus sentidos y pasiones, procurando siempre vencer tus repugnancias, para adquirir entero dominio dellas; y sobre todo has de trabajar por la mortificación de la voluntad y parecer propio, sujetándote á la obediencia de tu superior ó padre espiritual, así en lo exterior como en lo interior. También te has de desvelar en procurar las virtudes, según las ocasiones que se ofrecieren, particularmente el amor de Dios y del prójimo; y esto con perfección conocida con el tiempo. Esta resolución has de tomar como cosa precisamente necesaria: de elegir más presto la muerte que ofender á Dios, aunque sea venialmente. Estima en nada todo lo criado, y á ti en menos que en nada; y estima á Dios sobre todas las cosas, y sea Él tu todo; y fuera de Él ni busques ni quieras cosa alguna. De donde te procederá una conformidad perfecta con su divina voluntad, la cual ha de de ser la regla y medida de todos tus designios, afectos y obras de toda la vida. Y no quiero decirte más, porque es ya tarde y yo estoy cansado y con necesidad de recogerme. Digo, en conclusión, que si mil veces me preguntaren qué camino hay más breve y más ganancioso para la perfección, que diré que éste. Y estoy tan aficionado á él, que cuando impongo penitencias á las personas que confieso, suelo mandarles que levanten cincuenta ó cien veces el corazón á Dios por estas oraciones afectuosas y jaculatorias, y se hallan muy bien con ello. Y yo saqué de los salmos de David los versos más devotos y más afectuosos para la serenísima Infanta Soror Margarita, cuyo confesor, aunque tan indigno, soy, y su Alteza ha hecho rosario para cada día dellos, con que ceba su corazón y le calienta y le levanta á Dios.

D.—¿No me darías esos versos para mi consuelo?

M.—De buena gana; y un rosario de alabanzas que yo ordene para mí. Y con esto á Dios, que te guarde y te dé su espíritu. Amén

---

AFECTOS DIFERENTES

CON QUE EL ÁNIMA SE PUEDE MOVER Y LEVANTAR Á DIOS, SEGÚN LAS DISPOSICIONES EN QUE SE HALLARE (QUE LOS ESPIRITUALES LLAMARON ORACIONES JACULATORIAS), SACADOS DEL SALTERIO DE DAVID, ÓRGANO CERTÍSIMO DEL ESPÍRITU SANTO, PARA EJERCICIO Y CONSUELO DE LA SERENÍSIMA INFANTA SOROR MARGARITA DE LA CRUZ

POR

FRAY JUAN DE LOS ÁNGELES

su confesor

CON LA VERSIÓN AL CASTELLANO POR EL EDITOR

I. Afectos de ánima penitente.

Domine, ne in furore tuo arguas me: neque in ira tua corripias me. (Psalm. 6)

Señor, no me reprendas con tu saña, ni me castigues con tu enojo.

Miserere mei, Deus: secundum magnam misericordiam tuam. (50).

Ten piedad de mi, oh Dios, según la grandeza de tu misericordia.

Miserere mei, Deus, quoniam infirmus sum: sana me, Domine, quoniam conturbata sunt omnia ossa mea. (6).

Ten misericordia de mi, Señor, que estoy sin fuerzas: sáname, oh Señor, porque hasta mis huesos se han estremecido.

Convertere, Domine, et eripe animam meam: salvum me fac propter misericordiam tuam. (6).

Vuélvete á mi, Señor, y libra mi alma: sálvame por tu misericordia.

Delicta quis intelligit? ab occultis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo. (18).

¿Quién es el que conoce todos sus yerros? purifícame de los mios ocultos, y perdona á tu siervo los ajenos.

O Domine, salvum me fac: ò Domine, bene prosperare. (117).

Oh Señor, hazme salvo: concede, Señor, que prosperen mis negocios.

Ad te, Domine clamabo: Deus meus ne sileas à me. (27).

A Ti, oh Señor, clamaré: Dios mío, no te hagas sordo á mis ruegos.

Exaudi, Domine, vocem deprecationis meæ, dum oro ad te: dum extollo manus meas ad templum sanctum tuum. (Id.).

Escucha, oh Señor, la voz de mi humilde súplica cuando estoy orando á Ti; cuando extiendo en alto mis manos hacia tu santo templo.

Ne simul trahas me cum peccatoribus: et cum operantibus iniquitatem ne perdas me. (Id.).

No me arrebates junto con los pecadores; ni me pierdas como á los que obran la iniquidad.

De profundis clamavi ad te, Domine: Domine, exaudi vocem meam. (129)

Desde lo más profundo clamé á Ti, Señor; oh Señor, oye benignamente mi voz.

Fiant aures tuæ intendentes: in vocem deprecationis meæ. (Id.).

Estén atentos tus oidos á la voz de mis plegarias.

Si iniquitates observaveris, Domine: Domine, quis sustinebit? (Id.).

Si examinares, Señor, nuestras iniquidades, ¿quién podrá, Señor, subsistir en tu presencia?

Domine, ante te omne desiderium meum: et gemitus meus à te non est absconditus. (37).

Señor, en tu acatamiento están mis deseos, y no se te ocultan mis gemidos.

Exaudi orationem meam, Domine, et deprecationem meam: auribus percipe lacrymas meas. (38).

Escucha, Señor, mi oración y mi súplica; atiende á mis lágrimas.

Non intres in judicium cum servo tuo, Domine: quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens. (142).

No quieras, Señor, entrar en juicio con tu siervo, porque ningún viviente puede aparecer justo en tu presencia.

Ne memineris iniquitatum nostrarum antiquarum, cito anticipent nos misericordiæ tuæ: quia pauperes facti sumus nimis. (78).

No te acuerdes de nuestras antiguas maldades; anticípense á favor nuestro cuanto antes tus misericordias, pues nos hallamos en gran miseria.

Adjuva nos, Deus salutaris noster; et propter gloriam nominis tui, Domine, libera nos: et propitius esto peccatis nostris propter nomen tuum. (Id.).

Ayúdanos, oh Dios Salvador nuestro, y por la gloria de tu nombre líbranos, Señor, y perdónanos nuestros pecados por amor de tu nombre.

Numquid in æternum irasceris nobis? aut extendes iram tuam à generatione in generationem? (84).

¿Por ventura estarás siempre enojado con nosotros? ó ¿has de prolongar tu ira de generación en generación?

II. Afectos del ánima confiada en Dios.

Dominus mihi adjutor: et ego despiciam inimicos meos. (117).

El Señor es mi ayuda, y yo despreciaré á mis enemigos.

Fortitudo mea, et laus mea Dominos: et factus est mihi in salutem. (Id.).

Mi fortaleza y mi gloria es el Señor; y se ha constituído salvación mia.

Dominus mihi adjutor: non timebo quid faciat mihi homo. (Id.).

El es mi socorro y amparo: no temeré cuanto me hagan los hombres.

Non moriar, sed vivam: et narrabo opera Domini. (Id.).

No moriré, pero viviré más; y publicaré las obras del Señor.

Dominus illuminatio mea, et salus mea: quem timebo? (26).

El Señor es mi luz y mi salvación; ¿á quién he yo de temer?

Dominus protector vitæ meæ: à quo trepidabo? (26)

El Señor es el defensor de mi vida; ¿quién me hará temblar?

In te, Domine, speravi; no confundar in æternum: in justitia tua libera me. (30, todo).

¡Oh Señor! En Ti tengo puesta mi esperanza; no quede yo para siempre confundido: sálvame, pues eres justo.

Tu es refugium meum à tribulatione, quæ circundedit me: exultatio mea, erue me à circundantibus me. (31).

Tú eres mi asilo en la tribulación que me cerca: tú, oh mi alegría, librame de los que me tienen rodeado.

In te inimicos nostros ventilabimus cornu: et in nomine tuo spernemus insurgentes in nobis. (43).

Con tu ayuda lanzaremos al aire y voltearemos á nuestros enemigos, y en tu nombre despreciaremos á los que se levantan contra nosotros.

Tu autem eruisti animam meam, ut non periret: projecisti post tergum tuum omnia peccata mea. (Isai. 38).

Tú, oh Señor, has librado de la perdición á mi alma: has arrojado tras de tus espaldas todos mis pecados.

Fortitudinem mean ad te custodiam; quia Deus susceptor meus es: Deus meus, misericordia ejus præveniet me. (Ps. 58).

En ti depositaré mi fortaleza, pues tú eres, oh Dios, mi defensor; la misericordia de mi Dios se anticipará en mi socorro.

In Deo faciemus virtutem: et ipse ad nihilum deducet tribulantes nos. (59).

Con Dios haremos proezas, y Él aniquilará á nuestros enemigos.

Nonne Deo subjecta erit anima mea? ab ipso enim salutare meum. (61, todo).

¡Cómo no ha de estar mi alma sometida á Dios, dependiendo de El mi salvación!

Mementote mirabilium ejus, quæ fecit: prodigia ejus, et judicia oris ejus. (104).

Acordaos de las maravillas que hizo, de sus prodigios y de las sentencias que han salido de su boca.

Domine, refugium, factus es nobis; à generatione in generationem. (89).

Señor, en todas épocas has sido Tú nuestro amparo.

Ne avertas hominem in humilitatem; et dixisti: Convertimini, filii hominum. (89).

No reduzcas al hombre al abatimiento, pues que dijiste: Convertíos, oh hijos de los hombres.

Salvum fac servum tuum: Deus meus, sperantem in te. (85).

Salva á tu siervo, Dios mío; al siervo que en Ti siempre espera.

Exaudi nos, Deus, salutaris noster: spes omnium finium terræ, et in mari longe. (64).

Escúchanos, oh Dios, Salvador nuestro, Tú que eres la esperanza de todas las naciones de la tierra y de las más remotas islas.

Exaudi me, Domine, quoniam benigna est misericordia tua: secundum multitudinem miserationum tuarum respice in me. (68).

Oyeme, Señor, ya que tan benéfica es tu misericordia. Vuelve hacia mí tus ojos según la grandeza de tus piedades.

Ego sum pauper, et dolens: salus tua, Deus, suscepit me. (68).

Yo soy un miserable y lleno de dolores; mas Tú, oh Dios mío, me has salvado.

Deus, in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina. (69).

Oh Dios, atiende á mi socorro; acude luego, Señor, á ayudarme.

Adjutor meus, et liberator meus es tu: Domine, ne moreris. (69).

Amparo mío y mi libertador eres Tú: oh Señor, no te tardes.

Quoniam tu es patientia mea, Domine: Domine, spes mea à juventute mea (70).

Señor, Tú eres mi paciencia; Tú, oh Señor, mi esperanza desde mi juventud.

In te confirmatus sum ex utero: de ventre matris meæ tu es protector meus. (Id.).

En Ti me apoyé desde el vientre de mi madre: desde que estaba en sus entrañas eres Tú mi protector.

In te eripiar á tentatione: et in Deo meo transgrediar murum. (7).

Con tu ayuda seré libertado de la tentación; y al lado de mi Dios traspasaré toda muralla.

Conserva me, Domine, quoniam speravi in te: dixi Domino: Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges. (17).	Consérvame, Señor, porque en Ti he confiado: dije á mi Señor: Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes.

III. Afectos de admiración de las grandezas de Dios.

Domine, Dominus noster: quam admirabile est nomen tuum in universa terra! (8).	Oh Señor, soberano Dueño nuestro, ¡cuán admirable es tu santo Nombre en toda la redondez de la tierra!
Domine, in cœlo misericordia tua: et veritas tua usque ad nubes. (35).	Oh Señor, hasta el cielo llega tu misericordia y hasta las nubes tu verdad.
Justitia tua sicut montes Dei: judicia tua abyssus multa. (Id.).	Tu justicia estable como los montes de Dios abismo profundisimo, tus juicios.
Quam magnificata sunt opera tua, Domine: impleta est terra possessione tua.	¡Cuán engrandecidas, Señor, son tus obras! todo lo hiciste sabiamente: llena está la tierra de tus riquezas.
Quam magnificata sunt opera tua Domine! nimis profundæ factæ sunt cogitationes tuæ. (91).	¡Cuán grandes son, Señor, tus obras; cuán insondable la profundidad de tus designios!
Memoriam fecit mirabilium suorum misericors, et misereator Dominus: escam dedit timentibus se. (110).	Memorial nos dejó de sus maravillas: misericordioso y compasivo es el Señor; ha dado alimento á los que le temen.
Quis sicut Dominus Deus noster, qui in altis habitat: et humilia respicit in cœlo, et in terra? (112).	¿Quién como el Señor nuestro Dios? El tiene su morada en las alturas, y cuida de las criaturas humildes en el cielo y en la tierra.
Ecce quam bonum, et quam jucundum, habitare fratres in unum! (132, todo).	¡Mirad cuán bueno y cuán dulce cosa es el vivir los hermanos en mutua unión!
Confitebor tibi, quia terribiliter magnificatus es: mirabilia opera tua, et anima mea cognoscit nimis. (138).	Te alabaré, porque grandemente fuiste engrandecido: maravillosas son tus obras, de cuyo conocimiento está penetrada mi alma.
Excelsus super omnes gentes Dominus: et super cœlos gloria ejus. (112).	Excelso es el Señor sobre todas las gentes, y sobrepuja los cielos su gloria.
A solis ortu usque ad ocasum, laudabile nomen Domini. (Id.).	Desde Oriente hasta Poniente loable es el nombre del Señor.
Domine, quid est homo quia innotuisti ei? aut filius hominis quia reputas eum? (143).	Señor, ¿qué es el hombre para que te le des á conocer? ¿ó el hijo del hombre que así lo aprecias?
Deus, quis similis erit tibi? ne taceas, neque compescaris, Deus. (82).	Oh Dios, ¿quién hay semejante á Ti? No estés en silencio ni te contengas, Dios mio.
Non est similis tui in diis, Domine: et non est secundum opera tua. (85).	No hay en los dioses quien pueda cotejarse contigo; ninguno que pueda imitar tus obras.
Quoniam quis in nubibus æquabitur, Domino? similis erit Deo in filiis Dei. (88).	¿Quién hay en los cielos que pueda igualarse con el Señor? ¿quién semejante á Él en los hijos de Dios?
Domine Deus virtutum, quis similis tibi? potens es Domine, et veritas tua in circuitu tuo. (88).	¿Quién como Tú, oh Señor Dios de los ejércitos? Poderoso eres, Señor, y tu verdad siempre te rodea.
Tu dominaris potestati maris: motum autem fluctuum ejus tu mitigas. (88).	Tú amansas la braveza del mar, y el alboroto de sus olas Tú le sosiegas.
Mirabilis Deus in sanctis suis, Deus Israel: ipse dabit virtutem, et fortitudinem plebi suæ, benedictus Deus (67).	Admirable es Dios en sus santos, el Dios de Israel; Él mismo dará virtud y fortaleza á su pueblo; bendito sea Dios.
Omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi? (34).	Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién hay semejante á Ti?

IV. Afectos de agradecimiento y alabanza, así por los beneficios recibidos de la mano de Dios, como por las sumas perfecciones y grandezas suyas.

Confitebor tibi, Domine, in toto corde meo: narrabo omnia mirabilia tua. (9).	A Ti, oh Señor, tributaré gracias con todo mi corazón; contaré todas tus maravillas.
Lætabor, et exultabo in te: psallam nomini tuo: Altissime. (9).	Me alegraré y saltaré de gozo, cantaré himnos á tu nombre, oh Altísimo.
Benedicam Dominum, qui tribuit mihi intellectum: insuper, et usque ad noctem increpuerunt me renes mei. (15).	Alabaré al Señor que me ha dado conocimiento, á lo cual aun durante la noche mi corazón me excitaba.
Exaltare, Domine, in virtute tua: cantabimus, et psallemus virtutes tuas. (20).	Ensálzate, Señor, con poder infinito; que nosotros celebraremos con cánticos é himnos tus maravillas.

Exaltabo te, Domine, quoniam suscepisti me; nec delectasti inimicos meos super me. (29).

Te ensalzaré, oh Señor porque me has socorrido ni dejaste que se alegrasen mis enemigos sobre mi ruina.

Domine, eduxisti ab inferno animam meam: salvasti me à descendentibus in lacum. (29).

Tú sacaste, Señor, á mi alma del infierno: Tú me salvaste para que no cayera con los que descienden al profundo.

Deus meus es tu, et confitebor tibi: Deus meus es tu, et exaltabo te. (117).

Oh Señor, Tú eres mi Dios, y á Ti rendiré gracias; Tú eres mi Dios, y tu gloria ensalzaré.

Confitebor tibi, quoniam exaudisti me: et factus es mihi in salutem. (117).

Alabaré tu nombre por haberme oído y sido mi Salvador.

Confitemini Domino quoniam bonus: quoniam in sæculum misericordia ejus. (117).

Alabad al Señor porque es tan bueno; por ser eterna su misericordia.

Benedicam Dominum in omni tempore; semper laus ejus in ore meo. (33).

Alabaré al Señor en todo tiempo; no cesarán mis labios de pronunciar sus alabanzas.

Magnificate Dominum mecum: et exaltemus nomen ejus in idipsum. (33).

Engrandeced conmigo al Señor, y todos á una ensalcemos su nombre.

Cantate Domino quoniam magnificè fecit: annuntiate hoc in universa terra. (Isai. 12).

Cantad al Señor, porque obró con magnificencia; divulgad esto por toda la tierra.

Confitebor tibi in sæculum quia fecisti: et expectabo nomem tuum, quoniam bonum est in conspectu sanctorum tuorum. (Ps. 51).

Te alabaré, Señor, eternamente, porque me hiciste mercedes; y esperaré el auxilio de tu nombre, porque es bueno en el acatamiento de tus Santos.

Exurge, gloria mea, exurge, psalterium, et cithara; exurgam diluculò. (56).

Ea, levántate, gloria mía; apresúrate, oh salterio y cítara; yo me levantaré al rayar el alba.

Misericordias Domini in æternum cantabo: in generationem et generationem annuntiabo veritatem tuam in ore meo. (88).

Cantaré eternamente las misericordias del Señor; á una y otra generación notificaré tu fidelidad.

Confitebuntur cœli mirabilia tua, Domine: etenim veritaten tuam in ecclesia sanctorum. (88).

Oh Señor, los cielos celebrarán tus maravillas, como también tu verdad en la congregación de los Santos.

Cantate Domino canticum novum: cantate Domino, omnis terra. (95).

Cantad al Señor un cántico nuevo; cante al Señor toda la tierra.

Annuntiate inter gentes gloriam ejus: in omnibus populis mirabilia ejus. (95).

Predicad entre las naciones su gloria, y sus maravillas en todos los pueblos.

Jubilate Deo omnis terra, psalmum dicite nomini ejus: date gloriam laudi ejus. (65).

Moradores de la tierra, dirigid á Dios voces de júbilo, cantad salmos á su nombre; tributadle gloriosas alabanzas.

Omnis terra adoret te, et psallat tibi: psalmum dicat nomini tuo. (56).

Toda la tierra te adore y te celebre, cante salmos á tu nombre.

Venite, et audite, et narrabo omnes, qui timetis Deum: quanta fecit animæ meæ. (65).

Venid y escuchad, vosotros todos los que teméis á Dios, y os contaré cuán grandes cosas ha hecho el Señor por mi alma.

Ad ipsum ore meo clamavi: et exultavi sub lingua mea. (Id.).

Al Señor invoqué con mi boca, y le glorifiqué con mi lengua.

Benedictus Deus, qui non amovit orationem meam, et misericordiam suam à me. (Id.).

Bendito sea Dios, que no desechó mi oración, ni retiró de mí su misericordia.

Benedictus Dominus die quotidie: prosperum iter faciet nobis Deus salutarium nostrorum. (67).

Bendito sea el Señor todos los días; el Dios de nuestra salud nos concederá próspero viaje.

Laudabo nomen Dei cum cantico: et magnificabo eum in laude. (68).

Alabaré el nombre de Dios con cánticos, y le ensalzaré con mis alabanzas.

In te cantatio mea semper: tamquam prodigium factus sum multis, et tu adjutor fortis. (70).

Tú eres siempre el asunto de mis cánticos; como un prodigio fuí para muchos, y Tú mi esforzado defensor.

Repleatur os meum laude, ut cantem gloriam tuam: tota die magnitudinem tuam. (70).

Llénese de loores mi boca, para cantar todo el día tu gloria y grandeza.

Exultabunt labia mea cum cantavero tibi: et anima mea, quam redimisti. (70).

Se alegrarán mis labios cuando te alabare, y mi alma que Tú redimiste.

Laudate nomem Domini; laudate, servi, Dominum: qui statis in domo Domini, in atriis domus Dei nostri. (134).

Alabad el nombre del Señor, siervos suyos, alabad al Señor, vosotros que asistís en la casa del Señor, en los atrios del templo de nuestro Dios.

Confitebor tibi, Domine, in toto corde meo: quoniam audisti verba oris mei. (137).

Te alabaré, Señor, con todo mi corazón, porque oiste las peticiones de mi boca.

In conspectu angelorum psallam tibi: adorabo

En presencia de los angeles salmearé á tu

ad templum sanctum tuum et confitebor nomini tuo. (137).	nombre, te adoraré en tu santo templo y confesaré tu nombre.
Lauda, anima mea, Dominum: laudabo Dominum in vita mea, psallam Deo meo quamdiù sum. (145).	Alaba al Señor, oh alma mía; sí, he de alabar al Señor toda mi vida; mientras existiere, cantaré himnos al Señor.
Laudate Dominum quia bonus est psalmus: Deo nostro sit jucunda, decoraque laudatio. (146).	Alabad al Señor, porque justo es cantarle himnos. Cántese á nuestro Dios un grato y digno cántico.
Non nobis, Domine, non nobis: sed nomini tuo da gloriam. (113).	No á nosotros, Señor, no á nosotros; pero á tu nombre da la gloria
Quid retribuam Domino, pro omnibus quæ retribuit mihi? (115).	¿Qué daré al Señor en retorno, por todos los beneficios que me hizo?
Calicem salutaris accipiam, et nomem Domini invocabo. (Id.).	Tomaré el cáliz de la salud é invocaré el nombre del Señor.
Vota mea Domino reddam coram omni populo ejus: pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus. (Id.).	Cumpliré al Señor mis votos en presencia de su pueblo. Preciosa la muerte de los Santos en el acatamiento del Señor.
Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis: et nomen Domini invocabo. (Id.).	Tú rompiste mis cadenas. A Ti ofreceré sacrificio de alabanza, é invocaré el nombre del Señor.
Laudate Dominum omnes gentes: laudate eum omnes populi. (116).	Alabad al Señor todas las gentes, lóenlo todos los pueblos.
Benedic, anima mea, Domino: et omnia, quæ intra me sunt, nomini sancto ejus. (102).	Alma mía, bendice al Señor, y todas mis entrañas bendigan su santo nombre.
Benedic, anima mea, Domino: et noli oblivisci omnes retributiones ejus. (102).	Bendice, oh alma mia, al Señor, y no quieras olvidarte de todos sus beneficios.
Qui propitiatur omnibus iniquitatibus tuis: qui sanat omnes infirmitates tuas. (102).	El es quien perdona todas tus maldades, quien sana todas tus dolencias.
Qui replet in bonis desiderium tuum: renovabitur, ut aquilæ, juventus tua. (102).	El que hinche de bienes tus deseos, para que se renueve tu juventud como la del águila.
Benedicite Domino omnes angeli ejus, potentes virtute, facientes verbum illius: ad audiendam vocem sermonum ejus. (Id.).	Bendecid al Señor todos sus ángeles, vosotros poderosos en virtud, ejecutores de sus órdenes, prontos á obedecer la voz de sus mandatos.
Benedicite Domino, omnes virtutes ejus: ministri ejus, qui facitis voluntatem ejus. (Id.).	Bendecid al Señor todos los que componéis su celestial milicia, ministros suyos que hacéis su voluntad.
Benedicite Domino omnia opera ejus in omni loco dominationis ejus: benedic, anima mea, Domino. (102).	Bendecid al Señor todas sus criaturas en cualquier lugar de su universal imperio; bendice tú, oh alma mía, al Señor.
Confitemini Domino, et invocate nomem ejus: annuntiate inter gentes gloriam ejus. (104).	Alabad al Señor é invocad su nombre; predicad entre las naciones sus admirables obras.
Cantate ei, et psallite ei: narrate omnia mirabilia ejus. (104).	Entonadle himnos al son de músicos instrumentos; referid todas sus maravillas.
Benedictus Dominus Deus Israel: à sæculo, et usque in sæculum. (105).	Bendito sea el Señor Dios de Israel ahora y por todos los siglos.
Confiteantur Domino misericordiæ ejus: et mirabilia ejus filiis hominum. (106).	Glorifiquen al Señor sus misericordias y las maravillas que hizo á favor de los hijos de los hombres.

V. Afectos del ánima acongojada.

Domine, quando respicies? restitue animam meam à malignitate eorum: á leonibus unicam meam. (34).	Oh Señor, ¿cuándo volverás tus ojos? Libra mi alma de la malignidad de los hombres, y de los leones á mi querida.
Vidisti, Domine, ne sileas: Domine, ne discedas á me. (Id.).	Oh Señor, Tú lo has visto, no te hagas el disimulado; Señor, no te alejes de mí.
Exurge, et intende judicio meo: Deus meus, et Dominus meus in causam meam. (Id.).	Levántate y entiende en mi juicio; ocúpate en mi causa, oh mi Dios y Señor mío.
Exurge, quare obdormis, Domine? exurge, et ne repellas in finem. (43).	Levántate, ¿por qué haces del dormido? Levántate y no nos desampares para siempre.
Exurge, Domine, adjuva nos: et redime nos propter nomem tuum. (Id.)	Levántate, Señor, socórrenos y libranos por tu nombre.
Exaudi, Deus, orationem meam, et ne despexeris deprecationem meam: intende mihi, et exaudi me. (54).	Atiende, Señor, mi oración y no desprecies mi súplica, atiende mi ruego y escúchame.
Cor meum conturbatum est in me: et formido mortis cecidit super me. (Id.).	Mi corazón se alborota dentro de mí, y el pavor de la muerte me ha sobrecogido.
Timor et tremor venerunt super me: et contexerunt me tenebræ. (Id.).	El temor y el temblor se me apoderaron, y me hallo cubierto de tinieblas.

Da nobis auxilium de tribulatione: quia vana salus hominis. (59).

Danos tu socorro en la tribulación, porque vana es la salvación que viene de parte del hombre.

Tu autem, Domine, susceptor meus es: gloria mea, et exaltans caput meum. (3).

Tú, Señor, eres mi protector, mi gloria y quien me haces levantar cabeza.

Domine Deus meus, in te speravi: salvum me fac propter misericordiam tuam. (7).

Señor Dios mío, en Ti he puesto mi esperanza; sálvame por tu misericordia.

Miserere mei, Domine: vide humilitatem meam, de inimicis meis. (9).

Compadécete de mí, Señor; mira el abatimiento á que me redujeron mis enemigos.

Exurge, Domine Deus, exaltetur manus tua: ne obliviscaris pauperum. (Id.).

Levántate, Señor Dios; ensalza tu brazo y no te olvides de los pobres.

In Domino confido, quomodò dicitis animæ meæ: Transmigra in montem sicut passer? (10).

En el Señor confío, ¿cómo, pues, decís á mi alma: Retírate al monte como ave que huye?

Salvum me fac, Domine, quoniam defecit sanctus: quoniam diminutæ sunt veritates à filiis hominum. (11).

Hazme salvo, Señor, porque amenguan los Santos, porque las verdades se menoscaban entre los hombres.

Usquequò, Domine, oblivisceris me in finem? usquequò avertis faciem tuam à me? (12).

¿Hasta cuándo, oh Señor, me tendrás en profundo olvido? ¿Hasta cuándo apartarás de mi tu rostro?

Usquequò exaltabitur inimicus meus super me? respice, et exaudi me, Domine Deus meus. (Id.).

Hasta cuándo me tiranizará mi enemigo? Mírame, Señor Dios mio, y óyeme.

Illumina oculos meos, ne umquam obdormiam in morte: nequando dicat inimicus meus, prævalui adversus eum. (Id.).

Alumbra mis ojos á fin de que no duerma jamás el sueño de la muerte; no sea que alguna vez diga mi enemigo: He prevalecido contra él.

Domine Deus meus, in te speravi: salvum me fac ex omnibus persequentibus me, et libera me. (7).

Señor Dios mío, en Ti puse mi esperanza, sálvade todos mis perseguidores, y líbrame.

Judica me, Domine, secundùm justitiam meam: et secundùm innocentiam meam super me. (7).

Júzgame, oh Señor, según mi justicia, y según la inocencia que hay en mí.

Ad te levavi oculos meos: qui habitas in cœlis. (122).

A Ti, Señor, que habitas en los cielos, alcé mis ojos.

Ecce sicut oculi servorum in manibus Dominorum suorum... Ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum, donec misereatur nostri. (122).

Como los ojos de los siervos están mirando siempre las manos de sus amos... Así nuestros ojos están clavados en el Señor Dios nuestro para moverle á compasión.

Voce mea ad Dominum clamavi: voce mea ad Dominum deprecatus sum. (141, todo).

Alcé mi voz para clamar al Señor; al Señor dirigi los clamores de mi plegaria.

Non avertas faciem tuam à me: in quacumque die tribulor, inclina ad me aurem tuam. (101).

No apartes de mí tu rostro; en cualquier ocasión en que me halle atribulado dígnate de oirme.

Domine, clamavi ad te, exaudi me: intende voci meæ cum clamavero ad te. (140).

Señor, á Ti he clamado, óyeme benigno, atiende mi voz cuando á Ti la dirijo.

Libera me, quia egenus, et pauper ego sum: et cor meum conturbatum est intra me. (108).

Líbrame, porque soy pobre y necesitado, y turbado está interiormente mi corazón.

O Domine, libera animam meam, misericors Dominus et justus: et Deus noster miseretur. (114).

Oh Señor, libra mi alma; misericordioso es el Señor y justo; compasivo es el Señor.

Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est, habitavi cum habitantibus Cedar: multùm incola fuit anima mea. (119).

¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado! habité entre los moradores de Cedar; largo tiempo estuvo mi alma peregrinando.

Levavi oculos meos in montes: unde veniet aùxilium mihi. (120).

Alcé mis ojos hacia los montes, de donde me ha de venír el socorro.

Auxilium meum à Domino: qui fecit cœlum et terram. (120)

Mi socorro viene del Señor, que crió el cielo y la tierra.

Eripe me de inimicis meis, Domine: ad te confugi: doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu. (142).

Señor, líbrame de mis enemigos: á Ti me acojo, enséñame á cumplir tu voluntad, porque Tú eres mi Dios.

Salvum me fac, Deus: quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam. (68).

Sálvame, oh Dios, porque las aguas han penetrado hasta mi alma.

Tu scis improperium meum, et confusionem meam: et reverentiam meam. (68).

Bien ves los oprobios que sufro, mi confusión é ignominia.

Ne avertas faciem tuam à puero tuo: quoniam tribulor velociter exaudi me. (68).

No apartes tu rostro de tu hijo y siervo; ya que estoy quebrantado, óyeme prontamente.

Respice in servos tuos, Domine, et in opera tua, et dirige filios eorum: et sit splendor Domini Dei nostri super nos. (89).

Vuelve los ojos hacia tus siervos, á estas obras tuyas, y dirige Tú á sus hijos y resplandezca sobre nosotros la luz del Señor Dios nuestro.

Inclina, Domine, aurem tuam, et exaudi me: quoniam inops, et pauper sum ego. (85).

Inclina, Señor, tus oídos, y escúchame: porque me hallo afligido y necesitado.

VI. Afectos de temor, que el alma santa tiene á los malos.

Domine, libera animam meam à labiis iniquis: et à lingua dolosa. (119).

Señor, libra mi alma de los labios inicuos y de la lengua engañosa.

Eripe me, Domine, ab homine malo: à viro iniquo eripe me. (139).

Librame, oh Señor, del hombre malvado; librame del hombre perverso.

Custodi me, Domine, de manu peccatoris: et ab hominibus iniquis eripe me. (Id.).

Guárdame, Señor, de las manos del pecador, y librame de los hombres injustos.

Custodi me à laqueo, quem statuerunt mihi: et à scandalis operantium iniquitatem. (140).

Guárdame de los lazos que me han armado y de las zancadillas de los obradores de maldad.

Libera me à persequentibus me: quia confortati sunt super me. (141).

Líbrame de los que me persíguen, porque se envalentonaron contra mí.

Discerne causam meam de gente non sancta: ab homine iniquo et doloso eripe me. (42).

Júzgame Tú, oh Dios, y toma en tus manos mi causa; librame de la gente impía, y del hombre inicuo y engañador.

Confundantur et revereantur: qui quærunt animam meam. (69).

Corridos y avergozados queden los que me persiguen de muerte.

A resistentibus dexteræ tuæ custodi me: ut pupillam oculi. (16).

Guárdame como á la niñeta del ojo, de los que resisten el poder de tu diestra.

Sub umbra alarum tuarum protege me: à facie impiorum, qui me afflixerunt. (16).

Bajo la sombra de tus alas ampárame contra los impíos que me persiguen.

Exurgat Deus, et dissipentur inimici ejus: et fugiant qui oderunt eum à facie ejus. (67).

Levántese Dios y sean desbaratados sus enemigos, y huyan de su presencia los que le aborrecen.

Sicut deficit fumus, deficient: sicut fluit cera à facie ignis, sic pereant peccatores à facie Dei. (67).

Desvanézcanse como humo: como se derrite la cera al calor del fuego, así perezcan los pecadores á la vista de Dios.

Pone, Domine, custodiam ori meo: et ostium circumstantiæ labiis meis. (140).

Pon, Señor, una guardia á mi boca, y una puerta convenible á mis labios.

Non declines cor meum in verba malitiæ: ad excusandas excusationes in peccatis. (140).

No permitas que deslice mi corazón á palabras maliciosas para pretextar excusas en los pecados.

VII. Afectos amorosos y de unión de Dios.

Diligam te, Domine, fortitudo mea: Dominus firmamentum meum, et refugium meum, et liberator meus. (17).

Te amaré, oh Señor que eres mi fortaleza: el Señor es mi apoyo, mi asilo y mi libertador.

Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo: sitivit in te anima mea: quam multipliciter tibi caro mea. (62).

Oh Dios, Dios mío, en tu presencía estoy desde que raya el alba; de T está sedienta mi alma, y aun de muchas maneras te codicia mi cuerpo.

Sicut adipe, et pinguedine, repleatur anima mea: et labiis exultationis laudabit os meum. (62).

Como el alimentado de candeal y grosura quede bien llena de Ti mi alma, y con palabras de alegría te loará mi boca.

In velamento alarum tuarum exultabo, adhæsit anima mea post te: me suscepit dextera tua. (62).

A la sombra de tus alas me regocíjaré; mi alma anhelando en pos de Ti, y tu diestra me ha protegido.

Confitebor tibi in directione cordis: in eo quod didici judicia justitiæ tuæ. (118).

Te alabaré con la rectitud de mi corazón en todo lo que aprendi de tus juicios.

In toto corde meo exquisivi te: ne repellas me à mandatis tuis. (Id.).

Con todo mi corazón te busqué; no me alejes nunca de tus mandamientos.

In via testimoniorum tuorum delectatus sum: sicut in omnibus divitiis. (Id.).

Me gocé más en el camino de tus preceptos que en las muchas riquezas.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas: in omni tempore. (Id.).

Mi alma codició enamorarse de tus santas leyes en todo tiempo.

Ecce concupivi mandata tua: in æquitate tua vivifica me. (Id.).

Mira que amé tus mandamientos; hazme vivir según tu justicia.

Portio mea, Domine: dixi custodire legem tuam. (Id.).

Mi principal herencia, oh Señor, dije es guardar con esmero tu ley santa.

Deprecatus sum faciem tuam in toto corde meo: miserere mei secundùm eloquium tuum. (118).

Te pedí con grandes ansias ver tu hermoso rostro; apiádate de mí según tu palabra.

Bonum mihi lex oris tui: super millia auri et argenti. (Id.).

Mejor es para mí la ley salida de tu boca, que millones de oro y plata.

Fiat cor meum immaculatum in justificationibus tuis: ut non confundar. (Id.).

Sea mi corazón puro en la guarda de tus preceptos para que nunca sea confundido.

Defecit in salutare tuum anima mea: et in verbum tuum supersperavi. (Id.).

Desfalleció mi alma por tu salud, y firmemente esperé en tu palabra.

Defecerunt oculi mei in eloquium tuum: dicentes quando consolaberis me? (Id.).

Desfallecieron mis ojos esperando tu promesa, diciéndome: ¿cuándo, Señor, me consolarás?

Quam dulcia faucibus meis eloquia tua: super mel ori meo. (Id.).

¡Cuán dulces á mi boca tus palabras! más que la miel á mi paladar.

Hæreditate acquisivi testimonia tua in æternum: quia exultatio cordis mei sunt. (Id.).

He adquirido como un patrimonio los testimonios de tu ley, porque son la alegría de mi corazón.

Oculi mei defecerunt in salutare tuum: et in eloquium justitiæ tuæ. (118).

Mis ojos desfallecieron buscando tu Salvador, y tus palabras llenas de justicia.

Os meum aperui, et atraxi spiritum: quia mandata tua desiderabam. (Id.).

Abrí mi boca y tomé aliento, porque codiciaba sólo tus mandamientos.

Faciem tuam illumina super servum tuum: et doce me justificationes tuas. (Id.).

Haz brillar sobre tu siervo la luz de tu rostro, y enséñame tus justos decretos.

Ignitum eloquium tuum vehementer: et servus tuus dilexit illud. (Id.).

Acendrada en extremo es tu palabra, y tu siervo está enamorado de ella.

Propè es tu Domine: et omnes viæ tuæ veritas. (Id.).

Muy cerca estás de mí, oh Señor, y tus caminos todos verdad

Lætabor ego super eloquia tua: sicut qui invenit spolia multa. (Id.).

Me gozaré yo en tus palabras, como quien halla muchísimos despojos.

Concupivi salutarem tuum Domine: et lex tua meditatio mea est. (Id.).

Oh Señor, codicié siempre tu salud, y tu ley es mi continua meditación.

Tibi dixit cor meum. exquisivit te facies mea: faciem tuam, Domine, requiram. (26).

A Ti consagré mi corazón, mis ojos te buscaron: oh Señor, tu cara buscaré.

Anima mea exultabit in Domino: et delectabitur super salutari suo. (34).

Mi alma se alegrará en el Señor, y se holgará en su Salvador.

Lætentur omnes qui sperant in te: in æternum exultabunt, et habitabis in eis. (5).

Alégrense todos los que en Ti esperan; se gozarán eternamente y vivirás con ellos.

Et gloriabuntur in te omnes, qui diligunt nomen tuum: quoniam tu benedices justo. (5).

Y tendrán en Ti su gloria todos los que aman tu nombre, porque Tú colmas de bendiciones al justo.

Exulta, et lauda, habitatio Sion: quia magnus in medio tui Sanctus Israel. (38).

Gózate y canta loores, pueblo de Sión, porque grande es contigo el Santo de Israel.

En nunc quæ est expectatio mea? nonne Dominus? et substantia mea apud te est. (Id.).

Y ahora ¿quién es mi esperanza sino el Señor? toda mi fortaleza en Él la tengo.

Exultent, et lætentur super te omnes qærentes te: et dicant semper: Magnificetur Dominus, qui diligunt salutare tuum. (39).

Regocíjense en Tí y alégrense todos los que te buscan, y los que aman á tu Salvador digan siempre: Glorificado sea el Señor.

Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita desiderat anima mea ad te, Deus. (41).

Como el ciervo herido desea las fuentes de las aguas, así mi alma te codicia, oh mi Dios.

Sitivit anima mea ad Deum fortem vivum: quando veniam, et apparebo ante faciem Dei? (Id.)

Sedienta estuvo mi alma del Dios vivo y fuerte. ¿Cuándo llegaré y veré la cara de Dios?

Fuerunt mihi lacrymæ meæ panes die ac nocte: dum dicitur mihi quotidie, ubi est Deus tuus? (41).

Las lágrimas fueron mi pan día y noche, mientras me preguntan todos los días: ¿Dónde está tu Dios?

Quare tristis es, anima mea? et quare conturbas me? (Id.).

Alma mía, ¿por qué estás triste? y ¿por qué me conturbas?

Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi: salutare vultus mei, et Deus meus (Id.).

Espera en el Señor, porque aún lo alabaré contemplándolo como á mi Salvador y mi Dios.

Speciosus forma præ filiis hominum: diffusa est gratia in labiis tuis. (44).

Eres hermoso de rostro entre los hijos de los hombres, y la gracia derramada en tus labios.

Quoniam hic est Deus, Deus noster in æternum, et in sœculum sœculi: ipse reget nos in sœcula. (47).

Porque este Dios es nuestro Dios, para siempre y en todos los siglos: Él nos gobernará en todo tiempo.

Cor meum, et caro mea: exultaverunt in Deum vivum. (47).

Mi corazón y mi carne, se alegraron en Dios vivo.

VIII. Quietud mental.

Audiam quid loquatur in me Dominus: quoniam loquetur pacem in plebem suam.

Oiré cuanto me hable el Señor, porque dirá palabras de paz á su pueblo.

Et super sanctos suos: et in eos qui convertuntur ad cor. (Id.).

Y hará lo mismo con sus Santos y con los que se convierten de corazón.

Tu, Domine, suavis et mitis; et multæ misericordiæ omnibus invocantibus te. (85).

Tú, oh Señor, eres paciente y sufrido, y de mucha misericordia para los que te invocan.

In pace in idipsum: dormiam, et requiescam. (4).

Yo en paz con mi Dios dormiré y descansaré.

Jucumdum sit ei eloquium meum: ego verò delectabor in Domino. (103).

Sea para Ti agradable mi palabra, y yo me gozaré en Ti, oh Señor.

Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum: cantabo, et psallam in gloria mea. (107).

Preparado está mi corazón, oh Dios, preparado mi corazón; cantaré y diré salmos con gran contento.

Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis. (38).

Caldeóse mi corazón en mis entrañas, y en mi meditación despedia llamaradas de fuego.

Remitte mihi ut refrigerer priusquan abeam: et ampliùs non ero. (38).

Afloja un poco conmigo para que tome refrigerio antes que me vaya y deje de existir.

Quam magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine: quam abscondisti timentibus te! (30).

¡Cuán grande es la muchedumbre de tus dulzuras, oh Señor, qué escondite para los que te ter men!

Mihi autem adhærere Deo bonum est: ponere in Domino Deo spem meam. (72).

Para mi bueno es allegarme á mi Dios, poner en el Señor Dios toda mi esperanza.

Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum: et exercitatus sum, et defecit spiritus meus. (72).

Reusó mi alma los vanos consuelos; me acordé de Dios y me inundaron las delicias; me ejercité en varias obras y desfalleció mi espíritu.

IX. Afectos del ánima deseosa de la gloria.

Unam petii à Domino, hanc requiram: ut inhabitem in domo Domini omnibus vitæ meæ. (26).

Sólo una cosa pedí al Señor, ésta seguiré buscando; morar en la casa del Señor todos los días de mi vida.

Ut videam voluptatem Domini: et visitem templum ejus. (Id.).

Para que goce de los deleites de Dios y visite su templo.

Domum tuam, Domine, decet sanctitudo: in longitudinem dierum. (29).

Oh Señor, á tu casa conviene la santidad en toda la sucesión de los siglos.

Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ: et torrente voluptatis tuæ potabis eos. (35).

Quedarán hartos de la abundancia de tu casa, y los anegarás del torrente de tus delicias.

Quoniam apud te est fons vitæ: et in lumine tuo videbimus lumen. (35).

En tu casa está la fuente de vida, y con tu luz veremos la lumbre increada.

Introibo ad altare Dei: ad Deum qui lætificat juventutem meam (42).

Subiré al altar de Dios, del Dios que alegra mi juventud.

Educ de custodia animam meam ad confitendum nomini tuo: me expectant justi donec retribuas mihi. (141).

Saca de la cárcel á mi alma, para que confiese tu nombre: los justos me esperan hasta que me des tu galardón.

Si oblitus fuero tui, Jerusalem: oblivioni detur dextera mea. (136).

Si me olvidase de ti, oh Jerusalén, entregada sea al olvido mi mano derecha.

Adhæreat lingua mea faucibus meis: si non meminero tui: (Id.).

Pegada quede al paladar mi legua si no me acordare de ti:

Si non proposuero Jerusalem: in principio lætitiæ meæ. (136).

Si no me propusiere á Jerusalén por primer objeto de mi alegría.

Lauda, Jerusalem, Dominum: lauda Deum tuum, Sion. (147).

Alaba al Señor, oh Jerusalén, y tú, Sión, alaba á tu Dios.

Quoniam confortavit seras portarum tuarum: benedixit filiis tuis in te. (147).

Porque afianzó con fuertes barras tus puertas, y bendijo á tus hijos que moran dentro de ti.

Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus. (121).

Mucho me alegré con las cosas que me han dicho: iremos á la casa del Señor.

Stantes erant pedes nostri: in atriis tuis Jerusalem. (121).

Fijos estaban nuestros pies en tus atrios, oh Jerusalén.

Beatus quem elegisti, et assumpsisti: inhabitabit in atriis tuis. (46).

Dichoso el que escogiste y recibiste por tuyo; porque morará en tus atrios.

Replebimur in bonis domus tuæ sanctum est templum tuum, mirabile in æquitate. (Id.).

Quedaremos henchidos de los bienes de tu casa: santo es tu templo y admirable en sus proporciones.

Quam dilecta tabernacula tua Domine virtutum! concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini. (83).

¡Oh cuán amables son tus moradas, oh Señor de los ejércitos! Mi alma suspira y padece deliquios por estar en los atrios del Señor.

Beati qui habitant in domo tua, Domine: in sæcula sæculorum laudabunt te. (Id).

Dichosos los que moran en tu casa, oh Señor: te alabarán por todos los siglos.

Melior est dies una in atriis tuis, Domine: super milia. (Id).

Más vale, Señor, un día en los atrios de tu templo, que mil fuera de ellos.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei. (68).

Notables cosas han dicho de ti, oh ciudad de Dios.

Sicut lætantium omnium: habitatio est in te. (68).

Como casa do todos se alegran, rebosa el placer en tu morada.

ROSARIO DE AFECTOS DE ALABANZAS Á DIOS

POR EL MISMO AUTOR, CON VERSIÓN DEL EDITOR

El que se pone á tratar y hablar con Dios por la oración, de rodillas ó postrado en tierra, en cruz ó como pudiere, sea en el principio acusador de sí mismo (Prov., 14). Diga con el publicano, los ojos bajos, hiriendo sus pechos, y con humildad profunda de su corazón: *Deus propitius esto mihi peccatori* (Luc., 18): Señor Dios, apiadaos de mí, pecador. Y como el patriarca Abraham (Gen., 13): Hablaré con mi Señor, aunque sea polvo y ceniza; y convidando dentro de sí mismo á todos los mortales al reconocimiento del Criador, y confesión de sus culpas, diga con afecto: Venid y adoremos al Señor, postrémonos y lloremos delante de Él, porque Él es nuestro Señor Dios, y nosotros su pueblo y ovejas de su manada (Psalm. 33). Y porque el mejor modo de alcanzar es alabando y agradeciendo las mercedes y beneficios recibidos, reconociendo que todo cuanto hay criado en el cielo y en la tierra, en la mar y en los abismos, son obras de sus poderosas manos y beneficios hechos al hombre: y él y cuanto hay en él, suyo; y el mismo Dios, suyo: suya su vida, su sangre, su honra, sus trabajos y su gloria. Comience el rosario en esta forma:

PRIMERA DECENA

Pater noster, qui es in cœlis, etc.; y luego	*Padre nuestro*, etc.
1. Benedic anima mea, Domino: et omnia quæ intra me sunt nomini sancto ejus. (Ps. 102).	1. Bendice, oh alma mía, al Señor, y todas mis entrañas engrandezcan su santo nombre.
2. Benedic anima mea, Domino: et noli oblivisci omnes retributiones ejus. (102)	2. Bendice, oh alma mía, al Señor, y no quieras olvidarte de sus muchos beneficios.
3. Confitebor tibi, Domine, in toto corde meo: narrabo omnia mirabilia tua. (9).	3. Te alabaré, oh Señor con todo mi corazón: contaré todas tus maravillas.
4. Benedicam Dominum, qui tribuit mihi intellectum: insuper, et usque ad noctem increpuerunt me renes mei. (15).	4. Loaré al Señor que me dió conocimiento, y aun á esto me incitarán durante la noche mis propias entrañas.
5. Populus ejus, et oves pascuæ ejus introite portas ejus in confessione: atria ejus in hymnis confitemini illi. (99).	5. Y tú, oh pueblo suyo y ovejas de su manada, entrad en su templo con alabanzas, penetrad en sus atrios confesando con cánticos su excelencia.
6. Quoniam melior est misericordia tua super vitas: labia mea laudabunt te. (62).	6. Más apreciable que mil vidas es tu misericordia; mis labios Te alabarán.
7. Sic benedicam te in vita mea: et in nomine tuo levabo manus meas.	7. Así te engrandeceré toda mi vida, y en tu nombre levantaré mis brazos.
8. Sicut adipe et pinguedine repleatur anima mea: et labiis exultationis laudabit os meum. (62).	8. Como el alimentado de candeal y grosura quede bien llena de Ti mi alma, y con labios placenteros te alabará mi boca.
9. Benedicite, omnia opera Domini Domino: laudate et superexaltate eum in sæcula.	9. Obras del Señor, bendecid al Señor; loadle y ensalzadle por siempre.
10 Benedicite spiritus et animæ justorum Domino: benedicite sancti et humiles corde Domino.	10. Espíritus y almas de los justos, bendecid al Señor: Santos y humildes de corazón, bendecid al Señor.
Benedicamus Patrem, et Filium, cum Sacnto Spiritu: laudemus et superexaltemus eum in sæcula.	Bendigamos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo: alabémosle y ensalcémosle por todos los siglos.

SEGUNDA DECENA

Pater noster...	*Padre nuestro*, etc.
1. Laudate Dominum de cœlis: laudate eum in excelsis. (148).	1. Alabad al señor desde los cielos; alabadlo en las alturas.
2. Laudate eum omnes angeli ejus: laudate eum omnes virtutes ejus. (Id.).	2. Alábenlo todos sus ángeles; y lóenlo los más poderosos de su casa.
3. Laudate eum sol et	3. Sol y luna, alabad al

luna: laudate eum omnes stellæ et lumen. (Id.).

Señor; alabadlo estrellas todas y lumbre de los astros.

4. Laudate eum cœli cœlorum: et aquæ omnes quœ super cœlos sunt laudent nomem Domini. (Id.).

4. Cielos más encumbrados, alabad al Señor, y las aguas todas que hay sobre el firmamento alaben el nombre del Señor.

5. Laudate Dominum de terra: dracones et omnes abyssi.

5. Alabad al Señor desde la tierra los dragones y los grandes océanos.

6. Ignis, grando, nix, glacies, spiritus procellarum: quæ faciunt verbum ejus. (Id.).

6. El fuego, granizo, nieve y escarcha, el vendabal de las tormentas, y las demás criaturas que cumplen su palabra.

7. Montes et omnes colles: ligna fructifera et omnes cedri. (Id.).

7. Los montes y todas las cordilleras; los árboles frutales y todos los cedros.

8. Bestiæ et universa pecora: serpentes et volucres pennatæ. (Id.).

8. Las bestias y todas las alimañas; las serpientes y aves voladoras.

9. Reges terræ et omnes populi: principes et omnes judices terræ. (Id.).

9. Los reyes de la tierra y todos los pueblos, los príncipes y todos los jueces de la tierra.

10. Juvenes et virgines, senes cum junioribus laudent nomen Domini: quia exaltatum est nomen ejus solius.

10. Los mozos y doncellas, los viejos y jóvenes alaben el nombre del Señor; porque engrandecido debe ser solamente su nombre.

Gloria Patri...

Gloria al Padre, etc.

TERCERA DECENA

Pater noster...

Padre nuestro, etc.

1. Confitemini Domino quoniam bonus: quoniam in sæculum misericordia ejus. (117).

1. Alabad al Señor porque es bueno; porque eterna será su misericordia.

2. Qui timetis Dominum, laudate eum: universum semen Jacob, glorificate eum. (21).

2. Los que teméis al Señor alabadle; glorificadle todos los descendientes de Jacob.

3. Confitebor tibi in directione cordis: in eo quod didici judicia justitiæ tuæ. (21).

3. Te daré gracias con la rectitud de mi corazón; porque me enseñaste los secretos juicios de tu justicia.

4. Afferte Domino gloriam et honorem, afferte Domino gloriam nomini ejus: adorate Dominum in atrio sancto ejus. (28).

4. Dad al Señor tributo de gloria y honor, alabad con gloria su santo nombre; adorad al Señor en el atrio de su santo templo.

5. Exaltabo te, Domine, quoniam suscepisti me: nec delectasti inimicos meos super me. (29).

5. Te ensalzaré, oh Señor, porque me has socorrido; y no dejaste complacer á mis enemigos en mi ruina.

6. Psallite Domino sancti ejus: et confitemini memoriæ sanctitatis ejus. (29).

6. Salmead al Señor todos sus Santos, y engrandeced la memoria de su santidad.

7. Exultate justi in Domino: rectos decet collaudatio. (32).

7. Oh justos, alegraos en el Señor; á los buenos importa alabarle de común acuerdo.

8. Confitemini Domino in cithara: in psalterio decem chordarum psallite illi. (32).

8. Alabad al Señor con la cítara, y con el salterio de diez cuerdas cantadle himnos.

9. Cantate ei canticum novum: benè psallite ei in vociferatione. (32).

9. Cantadle un cantar nuevo; salmead en su honor con buena consonancia aunque haya muchas voces.

10. Benedicam Dominum in omni tempore: semper laus ejus in ore meo. (33)

10. En todo tiempo alabaré al Señor, y sus loores estarán siempre en mi boca.

Gloria Patri...

Gloria al Padre, etc.

CUARTA DECENA

Pater noster...

Padre nuestro, etc.

1. Magnificate Dominum mecum: et exaltemus nomen ejus in idipsum. (33).

1. Engrandeced conmigo al Señor, y todos unidos ensalcemos su nombre.

2. Omnia ossa mea dicent: Domine quis similis tibi? (34).

2. Todos mis huesos dirán: ¿Quién hay, Señor, semejante á Ti?

3. Confitebor tibi in ecclesia magna: in populo gravi laudabo te. (34).

3. Te confesaré en las grandes reuniones, y en las juntas respetables te alabaré.

4. Et lingua mea meditabitur justitiam tuam: tota die laudem tuam. (34).

4. Mi lengua se ocupará en ponderar tu justicia, y todo el día en tus alabanzas.

5. Confitebor tibi, Domine, quoniam iratus es mihi: conversus est furor tuus, et consolatus es me. (12).

5. Te alabaré oh Señor, porque enojado conmigo, luego se trocó tu ira en bondad y me consolaste.

6. Cantate Domino, quoniam magnificè fecit: annuntiate hoc in universa terra. (12).

6. Alabad al Señor porque obró con magnificencia; notificad esto en toda la tierra.

7. Exulta, et lauda, habitatio Sion: quia magnus in medio tui Sanctus Israel. (12).

7. Alégrate y canta, pueblo de Sión, porque magnífico es contigo el Santo de Israel.

8. Ego autem cantabo fortitudinem tuam: et exultabo manè misericordiam tuam. (58).

8. Yo alabaré tu fortaleza, y por la mañana engrandeceré tu misericordia.

9. Quia factus es susceptor meus: et refugium meum in die tribulationis meæ. (Id.).

9. Porque fuiste mi protector y mi asilo en los dias de mi tribulación.

10. Adjutor meus, tibi psallam, quia Deus susceptor meus es: Deus meus misericordia mea. (Id.).

10. Mi socorro eres; á Ti cantaré porque eres, oh Dios mío, quien me proteges, Dios mío y todo misericordia.

Gloria Patri...

Gloria al Padre, etc.

QUINTA DECENA

Pater noster...

Padre nuestro, etc.

1. Jubilate Deo, omnis terra, psalmum dicite nomini ejus: date gloriam laudi ejus. (65).

1. Cantad á Dios con júbilo toda la tierra, decid salmos á su nombre, y tributadle gloriosas alabanzas.

2. Dicite Deo quam terribilia sunt opera tua, Domine: in multitudine virtutis tuæ mentientur tibi inimici tui. (65).

2. Decid á Dios: ¡Oh cuán estupendas son, Señor, tus obras! Con la fuerza de tu grandeza quedarán mentirosos tus enemigos.

3. Omnis terra adoret te, et psallat tibi: psalmum dicat nomini tuo. (65).

3. Toda la tierra Te adore y cante salmos; y con salmos celebre tu nombre.

4. Venite, audite, et narrabo omnes qui timetis Deum: quanta fecit animæ meæ. (Id.).

4. Venid, oidme, y os contaré á todos los que teméis á Dios cuántos bienes hizo á mi alma.

5. Te decet hymnus, Deus, in Sion: et tibi reddetur votum in Jerusalem. (64).

5. A Ti, oh Dios, son debidos los himnos en Sión; y á Ti se te presentarán los votos en Jerusalén.

6. Exultent, et lætentur in te omnes, qui quærunt te: et dicant semper, magnificetur Dominus, qui diligunt salutare tuum. (68).

6. Regocíjense y alégrense en Tí todos los que te honran y digan siempre los que aman tu salud: Sea el Señor engrandecido.

7. In te cantatio mea semper: tamquam prodigium factus sum multis, et tu adjutor fortis. (70).

7. Tú serás siempre el motivo de mis cantos: como un prodigio me consideran muchos, porque Tú eres mi poderoso ayudador.

8. Ego autem semper sperabo: et adjiciam super omnem laudem tuam. (70).

8. Por mi parte siempre en Ti esperaré y añadiré siempre nuevas alabanzas.

9. Os meum annuntiabit justitiam tuam: tota die salutare tuum. (70).

9. Mi boca dará á conocer tu justicia; todo el dia á tu Salvador.

10. Nos autem populus tuus et oves pascæ tuæ: confitebimur tibi in sæculum. (78).

10. Nosotros que somos tu pueblo y ovejas de tu manada, te alabaremos por siempre jamás.

Gloria Patri...

Gloria al Padre, etc.

FINIS [1]

[1] Con esta palabra fenece el libro, que no lleva colofón. Las tablas de lugares de Escritura y alfabética de cosas notables llévalas el libro en los 20 folios preliminares.

LUCHA ESPIRITUAL Y AMOROSA ENTRE DIOS Y EL ALMA

EN QUE SE DESCUBREN LAS GRANDEZAS Y TRIUNFOS DEL AMOR, Y SE ENSEÑA EL CAMINO EXCELENTÍSIMO DE LOS AFECTOS; DE TODOS EL MÁS BREVE, MÁS SEGURO Y DE MAYORES GANANCIAS

COMPUESTA POR

FRAY JUAN DE LOS ÁNGELES

PREDICADOR Y DIFINIDOR
DE LA PROVINCIA DE SAN JOSEF DE LOS MENORES DESCALZOS DE LA OBSERVANCIA REGULAR Y GUARDIÁN DESTE CONVENTO DE SAN BERNARDINO DE MADRID

DIRIGIDO Á LA MISMA PROVINCIA, SU MADRE

En Madrid. En casa de Pedro Madrigal. Año MDC.

TASA

Yo, Cristóbal Núñez de León, escribano de Cámara del Rey Nuestro Señor, y uno de los que residen en su Consejo, doy fe que, habiéndose visto por los señores dél un libro que con privilegio de su Majestad está impreso, intitulado *Lucha espiritual*, compuesto por fray Juan de los Ángeles, Guardián del Convento de San Bernardino de la Orden de los Descalzos Franciscos desta villa de Madrid, tasaron cada pliego de treinta y cinco que tiene el dicho libro á tres maravedís, con que antes y primero que se venda el dicho libro se ponga al principio de cada uno dellos esta fe de tasa. Y para que dello conste, de mandamiento de los dichos señores del Consejo de su Majestad, y de pedimiento del dicho Fr. Juan de los Ángeles, di esta fe en la villa de Madrid á veinte y tres días del mes de junio del año de mil y seiscientos.—*Cristóbal Núñez de León.*

SUMA DEL PRIVILEGIO

Tiene el P. Fr. Juan de los Ángeles, Guardián del Convento de San Bernardino de Madrid, privilegio por diez años, que le ha concedido su Majestad, para imprimir este libro de la *Lucha espiritual,* como parece por su original despachado por Cristóbal Núñez de León y firmado del Secretario D. Luis de Salazar. En Toledo á decinueve días del mes de marzo de mil y seiscientos años.

ERRATAS

(Anota cuarenta *Juan Vázquez del Mármol,* sin lugar ni fecha; pero se dejó treinta y ocho más. Unas y otras van corregidas en esta edición).

APROBACIÓN

Fray Andrés de Ocaña, Predicador y Difinidor de la Provincia de San Josef, por comisión de nuestro hermano Fr. Juan de Santa María, Ministro provincial de la misma Provincia, vi un libro intitulado *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma,* compuesto por nuestro hermano Fr. Juan de los Ángeles, Predicador y Difinidor y Guardián del Convento de San Bernardino de Madrid, y no he hallado en él cosa que sea contra nuestra santa fe católica, antes es libro muy católico y de provechosa doctrina para personas espirituales, y muestra bien la excelencia grande de su autor en la mística teología, y que de la abundancia interior del corazón habla en él la boca; y así es justo que se imprima para que todos gocen de estudios tan santos y de trabajos tan

provechosos. En testimonio de lo cual lo firmé de mi nombre. Fecha en nuestro Convento del Ángel Custodio, de Alcalá, á veinte y un días del mes de febrero de mil y seiscientos años.—*Fr. Andrés de Ocaña.*

APROBACIÓN

Por mandado del Supremo Consejo vi este libro, que se intitula *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma,* y demás de que tiene mucha erudición, su doctrina es muy á propósito para nuestros tiempos y de gran provecho para personas espirituales. Y así, no solamente se puede imprimir, sino que se debe mandar á su autor que lo haga. En este Convento de San Hermenegildo de Descalzos del Carmen, en cuatro de marzo de 1600.—*Fray Juan de la Madre de Dios.*

LICENCIA DEL PROVINCIAL

Frvy Juan de Santa María, Maestro [1] *provincial de la Provincia de San Josef de los Menores Descalzos de la observancia regular, etcétera, á Fr. Juan de los Ángeles, Predicador y Difinidor de la dicha Provincia y Guardián de San Bernardino de Madrid, salud y paz en el Señor.*

Porque demás de la aprobación y censura tan debida y justa, que del libro (cuyo título es *Lucha espiritual)* que V. C. tiene compuesto ha dado el religioso que por comisión mía le examinó y vió, de lo que yo he leído y visto en él colijo que de imprimirse y comunicarse se han de seguir grandes provechos en las personas religiosas y deseosas de agradar á nuestro Señor, por ser la doctrina tan alta, y de que hasta agora apenas nadie ha escrito en nuestra lengua, y con esto tan fácil é inteligible que sin maestro se puede cada uno que quisiere aprovechar della. Por la presente doy licencia á V. C. para que, habiendo hecho las demás diligencias, conforme á lo determido en el sacro Concilio de Trento, y habida facultad y privilegio del Consejo Supremo del Rey Nuestro Señor, pueda imprimir el dicho libro. En fe de lo cual la firmé de mi nombre, etc. En 23 de hebrero 1600.—*Fr. Juan de Santa María, Maestro Provincial.*

(1) Debía decir *Ministro,* que es el título propio, y corregiría la palabra si no la hallase repetida en la firma, y respetada en ambos lugares en la edición de Valencia de 1602.

DEDICATORIA

Fray Juan de los Ángeles, Predicador, etc, á su madre la Provincia de San Josef de los Descalzos de regular observancia, desea salud y perpetua felicidad.

Buscando á quién dedicar este tratado de la espiritual y amorosa lucha, de manera que se emplease bien y su dedicación fuese á propósito de la persona; habiendo tantas en quien pudiera poner los ojos, si la materia fuera diferente, siendo de lo que es apenas he hallado una; porque considerada la cobardía y ánimos femeninos que cría nuestro siglo (que parece haberse publicado en él el mandamiento de Faraón de que los varones muriesen y las hembras quedasen vivas) no sé con quién pueda tratar desta milicia del cielo, que tan animosos y diestros pide los soldados. Especialmente que dice el Espíritu Santo (Eccles., 37) que no trate de guerra con el cobarde. Notable cosa, por cierto, que, describiendo Salomón en sus Cantares los amores castísimos entre Cristo y su Iglesia, debajo de título de Esposo y Esposa, de lo que más frecuentemente habla es de instrumentos de guerra, ejércitos, soldados valientes, castillos y diversos géneros de armas. En el capítulo tercero dice (Cant., 3): *Lectulum Salomonis, sexaginta fortes ambiunt, ex fortissimis Israel, omnes tenentes gladios, et ad bella doctissimi* [1]. En el capítulo cuarto (Cant., 4): *Sicut turris David collum tuum, quœ œdificata est, cum propugnaculis, mille clipei pendent ex ea, omnis armatura fortium* [2]. Y en el capítulo primero (Eodem, 1): *Equitatui meo, in curribus Pharaonis, asimilavi te, amica mea* [3]. En el capítulo sexto dice como adelante veremos (Cant., 6): *Pulchra es, et suavis, et decora nimis, terribilis, ut castro-*

(1) «El lecho de Salomón lo guardan sesenta fuertes de los más esforzados de Israel: todos llevan espadas y son muy diestros para pelear».

(2) «Tu cuello como la torre de David guarnecida de baluartes: cuelgan de ella mil escudos y toda clase de armas de valientes».

(3) «Amiga mía, te comparé á mi caballería en los coches de Faraón».

rum acies ordinata ([1]). Y en el capítulo séptimo, habiendo las doncellas pedido á la Esposa que se volviese á ellas para gozar de su hermosura y belleza grande, les responde (Cant., 7): *Quid videbis in sulamite, nisi choros castrorum?* No es tiempo de tratar de esas cosas, lenguaje propio de mujeres y galanes, sino de armas y gente de guerra; no me precio de dama, sino de valiente; ni curo del rostro, sino de la espada y de pelear y morir por mi Esposo en la demanda. Y en el capítulo octavo: *Si murus est, edificemus super eam propugnacula argentea:* Si nuestra Esposa es muro, artillémosla contra sus enemigos. Al fin hay guerra de amor adonde no se admiten damerías ni hombres femeninos y de alfeñique, sino valientes, robustos, de pelo en pecho y bien enseñados en el arte militar. Quien ha de pelear con sus pasiones, con el amor propio, con la voluntad viciosa, con la codicia deste mundo de honra y de hacienda y de deleites, y lo que es más propio deste tratado con el mesmo Dios, y le ha de herir, y poner en prisiones, y hacerle suyo, y sufrir sus heridas, sus cadenas, sus enfermedades, sus transformaciones, sus embriagueces y sus muertes, necesario es que sea valiente, que sea como la caballería ó escuadras de Faraón insuperables; que sea como la torre de David con sus almenas, defensas, escudos y armas de fuertes; que sea terrible como el ejército de soldados bien ordenado y á guisa de pelear; que si ha de asistir al lecho de nuestro gran Salomón y guardarle el sueño, sea de los esforzados y animosos de Jerusalén, y su espada en la cinta, diestrísimo para las batallas, especialmente las que despiertan los demonios en la noche; que sea muro artillado y espantoso. Pues, ¿á dónde tengo tengo yo de hallar uno destos valientes con quien tratar desta guerra, imperando Faraón en el mundo y teniendo mandado y trazado que los varones mueran y las hembras vivan? Algunas veces me he puesto á considerar aquella ley del Exodo (Exod., 13) en que mandaba Moisén que se le ofreciesen á Dios los primogénitos, ansí de los hombres como de los jumentos, excluyendo desta ley las hembras, aunque fuesen las primeras y únicas. Y hallo por mi cuenta que no son excluídas las mujeres por mujeres, sino por la significación; significan lo muelle, lo melindroso, lo sin valor y sin virtud, lo que desecha Dios de su casa y templo santo; y por castigo de culpas gravísimas, dice por Isaías (Isai., 3) que quitará de Judá y Jerusalén los valientes, los fuertes y los hombres de guerra, y que dará reyes y príncipes niños, y los gobernadores femeninos y regalones que se críen en holandas, algodones y sedas. Destos dijo Salomón (Prov., 18): *Animæ effœminatorum esurient, et qui mollis, et dissolutus est in opere suo, frater est sua opera dissipantis.* El muelle y el relajado no sólo no hace obras de hombre, pero es como el que destruye las que tiene hechas, es hermano del desperdiciador y perdido. Digo que el espíritu de aquella ley de Moisén era condenar y excluir del templo de Dios y de su servicio á los hombres afeminados, gente delicada y que no saben sufrir por Dios un papirote. Destos está el mundo lleno; todos los más dél son muñecos, mujeriles, flacos, sin virtud y sin ser de hombres; ya se afeitan y se pulen como mujeres, y se hacen traer en sillas, y se miran y componen al espejo, y presto se pondrán almirantes y arandelas y copetes y ruecas en las cintas, porque ya les cansan las espadas, y el tratarles de cosas de caballería y armas son para ellos pueblos en Francia. Habemos llegado á los tiempos infelicísimos y peligrosísimos que dijo el Apóstol (II Thes., 3) en que los hombres se habían de enamorar de sí mismos como Narcisos; y que dijo Platón que era ésta la fuente de todos los males que corren por el mundo. Y Aristóteles, que era el nombre más infame que podían tener los hombres. *Erunt homines se ipsos amantes.* Enamorados y pagados de sí, atentos á sólo su regalo, á su deleite, á su gusto y contentamiento, á su conservación y propio interese. Así pone una lista de males que se siguen deste: *Cupidi, etati, blasphemi, parentibus non obedientes, ingrati, scelesti, sine affectione, sine fœdere, sine pace, immites, incontinentes, sine benignitate, proditores, protervi, et voluptatum amatores magis quam Dei* ([1]). Mírese esta le-

([1]) «Hermosa eres, *amiga mia*, apacible y graciosa *como Jerusalén*, terrible como ejército de escuadrones bien concertados». Lo subrayado se le olvidó al autor y añadió por su cuenta el *nimis* después de *decora*, el cual no se halla en la Vulgata.

([1]) «Codiciosos, hinchados, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, criminales, sin entrañas, sin lealtad, sin paz, desapacibles y descomedidos,

tanía de hijos malditos del amor propio, y lo que será menester para salir en campo con ellos y combatillos. No los treinta mil que llevaba Gedeón para pelear con los Madianitas (Iudic., 7), sino los trescientos que quedaron por mandamiento de Dios, desechados y despedidos los tímidos, los regalones, los que se echaron á beber de bruzas y fueron de ánimos mujeriles. ¡Cómo lloraba Jeremías esta falta de valientes en sus trenos! (Hierem., Trenor., 4): *Filii Sion incliti, et amicti auro obrizo, quomodo facti sunt in vasa testa, opus manuum figuli.* Los señalados, los que vestían de oro de ofir, que pasando por las hornazas de fuego, por los dientes de las fieras, por las cruces, cuchillos y peines de hierro, quedaban más puros y más claros, ya se han trocado por vasos de barro, que no sufren un muy pequeño golpe. A los que por no poner un grano de incienso para incensar el ídolo se dejaban hacer tajadas y echar en el fuego han sucedido vidrios delicadísimos, hombres que sin ocasión y sin por qué hacen mil pecados. Todos estos no son para la guerra del amor, que pide soldados valerosos que hayan pasado á cuchillo sus pasiones todas, que hayan vencido el mundo y hollado cuanto de codicia hay en él; que se hayan ejercitado en la vida purgativa muchos años, y en la iluminativa estén muy aprovechados y aspiren á la unión amorosísima con Dios; para esos escribo, esos ando buscando para esta lucha. Y después de haber hecho largos discursos y diligencias, no he hallado á quién con más razón dedicar esta obra que á mi Provincia de San Josef, entre todas las que tiene nuestra sagrada religión religiosísima, penitentísima, recogidísima y ocupada en los ejercicios de la oración y contemplación. ¿Y á quién debo yo servir más que á mi madre, la que me ha criado y dado el ser que tengo? Ella me enseñó casi desde mis principios, y no he mamado otros pechos sino los suyos; y aunque deseo servirla en cosas mayores, si el Señor se dignare de favorecer mis intentos, no pienso que es pequeño este servicio que le hago, pues para sus hijos, deseosos de la perfección, ningún libro les importará más que éste, pues trata lo que ellos tratan, no confusamente, sino en forma de arte, de manera que con la luz que todos tienen con poco trabajo saldrán diestros en esta divina milicia. Aquí deprenderán á amar y experimentarán los accidentes y propiedades del amor, conocerán sus fuerzas, gozarán de sus trofeos, caminarán sin estropiezos y, como dice San Buenaventura, volarán á la divina unión. Recibe, madre mía carísima, gozo y corona mía, este pequeño don que este tu humilde y fidelísimo hijo te ofrece, y no desprecies mis deseos que (aunque tienes tanta honra que nos la das á todos) son de honrarte y honrarme contigo, para que por este medio sea Dios honrado y glorificado de todos. Lo que encarecidamente pido á los maestros es que tengan de memoria este libro y se le lean y platiquen á los nuevos; lo uno, para que aprovechen en el divino amor, y lo otro, para que hagan lenguaje espiritual y entiendan, si leyeren, los libros de San Dionisio, San Buenaventura en su *Mística teología*, Blosio y Rusbrochio y otros padres, que con mucha dificultad escribieron estas materias. *Valete et orate pro me, fratre vestro addictisimo.*

sin benignidad; en fin, traidores y protervos y más amigos de sus placeres que de Dios».

PRÓLOGO

QUE DECLARA EL INTENTO DEL AUTOR EN ESTA OBRA

Cuenta Laercio (Lib. 7, c. 1) que diciendo cierto hombre curioso á Zenón Citiense que las sentencias de los filósofos eran breves, como reprendiendo la brevedad, él le respondió: Bien dices, y si fuese posible lo habían de ser las sílabas; porque la verdad no tiene necesidad de muchas palabras, y mejor nos acordamos de las cosas abreviadas y puestas en compendio. Epicteto tenía de costumbre, como lo refiere Gelio (Gelio, l. 17, c. 19), comprender y abrazar toda la filosofía en solos estos dos verbos, *sustine et abstine.* Porque en la tolerancia de los males que se ofrecen con igualdad de ánimo y en la abstinencia de los deleites está el ser un hombre verdadero filósofo; que ni en las adversidades desmaya, ni en las prosperidades se corrompe. Los lacedemonios fueron grandes amigos de la brevedad; y preguntado Licurgo por cierto curioso la causa, respondió: *Quia silentio finitimum.* Significando que después del silencio ninguna cosa mejor que abreviar. Yo compuse los años pasados el libro de los *Triunfos del amor de Dios*, y pareciéndome que la

dificultad de la materia requería añadir razones á razones y multiplicar palabras, creció la obra más de lo justo, porque siendo como es arte que enseña el camino altísimo de los afectos, y la que llamó San Dionisio mística teología, era cosa conveniente que fuese breve y los preceptos pocos y sustanciales, aunque la gente que comúnmente llamamos vulgo no los entendiera, porque á la verdad no es de todos esta doctrina, sino de aquellos que ya pasaron por los ejercicios de la vida purgativa y iluminativa, de que hay compuestos hartos tratados bien prolijos. Considerando, pues, esto y deseando imitar á los lacedemonios, que lo que podían decir con silencio no lo decían con palabras, me determiné, habiéndolo primero encomendado á Dios y consultado sobre ello religiosos doctos y espirituales, trabajar algunos días, ansí en abreviar el dicho libro adonde pude conocer alguna demasía, como en declarar las cosas obscuras y determinar las dudosas y quitar las que aun de los muy doctos dificultosamente se han entendido. Y con esto creo cierto que, aunque no he añadido capítulos, el libro es otro, así por la mejoría como por la brevedad. Por eso le mudé el título, que bien considerado esta es una lucha amorosa adonde las almas puras pelean con Dios mediante los afectos, que son las armas y tiros del amor, y se ven tan admirables efectos, como aquí se describen, de heridas, enfermedades, cadenas, transformaciones, embriagueces, muertes y excesos mentales. Recibe, cristiano lector, mi buen deseo y fía de mí en esta parte, que ningún libro puedes leer más provechoso, ni para alcanzar la perfección de la vida contemplativa más acomodado. Otras escrituras hallarás que te sirvan para recrear el ánimo cansado con su elegancia, razones rodadas, curiosidades y variedad; pero el provecho que sacarás dellas dirá la mudanza de tus costumbres. Que á muchos he visto alabar libros y celebrarlos hasta las estrellas, y siempre son los mismos, porque sirven no más que al entretenimiento; como sermones curiosos y facundos, que salen dellos los oyentes de la manera que entraron; pero si en esta divina arte de amar leyeres y estudiares con fin de salir con ella, como le tiene de salir con su gramática el que la estudia, yo te aseguro de la ganancia y de que en breve te hallarás muy otro; porque, como diremos, más se aprovecha en este ejercicio en un día que en otro cualquiera en muchos meses y quizá años. Dios te dé á conocer esta verdad y su amor santo, que es la unción que en su Evangelio dice Cristo que enseña todas las cosas. Vale.

PROEMIO Y ARGUMENTO

DE TODA LA OBRA

Mihi adhærere Deo bonum est [1] (Psal. 72). Todas cuantas cosas hay en el mundo nos provocan é incitan á buscar á Dios con este fin de que nos unamos á Él; porque en sólo Él está nuestra quietud y la paz y sosiego del corazón. El es el centro de nuestra alma, es el paradero de nuestros deseos y es la esfera de nuestro amor. Esta unión se hace entrando de por medio, como mezcla ó engrudo, la caridad, que asi la llamaron los Santos y consta de aquel lugar de los Cantares (Cant., 2) que dice: *Ordinavit in me charitatem.* Porque trasladan muchos del hebreo: *Glutinum eius super me charitas:* El engrudo dél sobre mi la caridad. Como si dijera: El amor me uñe con mi querido. Desta unitiva calidad de la caridad se trata largamente en los nuestros *Comentarios;* allí podrá ver el lector curioso lo que más quisiere, y aquí advertir que, tratando el alma de llegarse á Dios y hacerse con Él un espíritu, ningún otro medio hay sino el amor, cuya naturaleza es transformar el amante en la cosa amada y causar unidad estrechísima, y la que Cristo nuestro Señor pidió á su Padre cercano á la muerte por sus predestinados (Ioan., 17). De la naturaleza deste amor y de su virtud maravillosa se trata en el primero y segundo capítulos de la primera parte; y porque á la unión se sigue la conformidad en los quereres y voluntades de los ansí unidos, trátase en el tercero de cómo el amor se extiende á todo lo que se extiende el querer de la cosa que amamos, y de lo mucho que el ánima gana y medra de unirse con su Dios desta manera. En el capítulo cuarto trata de la fuerza y valentía del amor, que traba de Dios y se tiene con Él á brazo partido, y le vence y hace nuestro prisionero; y también del tiempo desta sagrada lucha y amoroso duelo. En el quinto se ponen algunas tretas de que habemos de usar para rendir á Dios. En el sexto

[1] «Bueno es para mí unirme á mi Dios».

una confesión del mismo de que le hirió su Esposa con su mirar y le prendió con sus cabellos. En el séptimo, del lugar desta herida, que es el corazón. En el octavo y nono y décimo, del ojo que en el alma hiere derechamente á Dios, y de la sabiduría necia que vence toda sabiduría humana. En el once, de las tinieblas divinas, adonde ella entra caminando por la vía de los afectos, estado de grande felicidad y perfección y á que todos debíamos aspirar. Declárase gran parte de lo que con mucha obscuridad escribió San Dionisio, tratando de la mística teología; y perficiónase esta doctrina en el capítulo doce y trece.

En el catorce se ponen documentos admirables para aprovecharse de los afectos que los Santos llamaron oraciones jaculatorias, que sirven como de saetas para herir el corazón de Dios y combatirle continuamente. Es notable. Los tres capítulos siguientes tratan del amor propio, que es el que puede impedir este camino, y de los daños irreparables que causa en el alma adonde mora; y cómo se ha de pelear contra él incansablemente hasta vencerle, porque en balde pretenderá alguno unirse á Dios estando sujeto á este maldito tirano. Al fin esta primera parte toda tiene respecto á Dios, y dice lo que puede y ha podido el amor con Él. La segunda, lo que el suyo ha obrado y obra cada día en las almas puras y bien dispuestas; cómo las hiere con su mirar; cómo las encadena y pone en prisiones; cómo las hace enfermar; y dándoseles á sí mismo y siendo como es su hartura y satisfacción cumplida las deja con hambre terrible, á que ninguna cosa puede bastar, ni las que son, ni las que pueden ser. Trata de los gustos que se sienten en el alma con su presencia, y de las amarguras de su ausencia, y del desfallecimiento del amor, y de la suspensión y mortificación perfecta. Y hácese capítulo especial de la unión á que se endereza todo este libro, y de la oración, que es la casamentera para ella; y de la que pretendió Cristo entre Él y nosotros, mediante el santísimo Sacramento del altar, con algunos sentimientos divinos acerca deste misterio. Trátase de la transformación del alma, de la embriaguez y de los raptos. Y porque llegados aquí la lengua enmudece, también la pluma acaba con su oficio y todos guardamos silencio, y más los que más conocen la dificultad de la materia.

Alúmbrete Dios, cristiano lector, para que puedas gozar de tanta riqueza, y ora por mí, pequeñuelo siervo suyo, para que sienta por el afecto lo que con el estudio y especulación del entendimiento tengo alcanzado, porque todos mis trabajos serán sin fruto si el corazón no siente lo que la lengua dice, aunque sea de ángel.

AL LECTOR

Este proemio ó introducción sirve de tabla, porque se tocan en él las cosas más importantes que hay en el libro, y á esta causa de propósito no se hizo.

CAPÍTULO PRIMERO

De algunas diferencias de amor, y en especial del amor extático y fruitivo, de que particularmente se hace mención en este tratado.

Entre las pasiones del ánima, que son muchas, ninguna es más vehemente, ninguna más violenta, ninguna más arrebatadora y que menos de libertad deje en ella que el amor. El cual es de tantas maneras, que apenas se puede dar doctrina dél. Unos le dividen lo primero en amor de parentesco, cual es el que hay entre padres y hijos y deudos. Lo segundo, en amor de patria, cual es el que se halla entre el ciudadano y su ciudad; que es tan grande que, como nota San Agustín (Aug., li. 6 de *Civitate Dei.*), sobrepuja muchas veces al pasado, como se vió en Marco Bruto, que mató á su hijo porque quebró una ley dada en favor de la República. Lo tercero, en amor social, con que se aman más aquellos que conocemos y tratamos que los que nunca vimos. Lo cuarto, en amor conyugal, que suele ser estrechísimo y que vence al de los padres. Lo quinto, en amor carnal, que se sustenta y ceba con obras de carne contra el consejo del Apóstol, que dijo (Galat., 6): *Spiritu ambulate, et desideria carnis non perficietis:* Andad en espíritu y no os abajaréis á hacer obras de amor carnal, que induce y provoca á los hombres á cosas ilícitas y torpes. Finalmente, en amor de la criatura racional, que obligación tenemos á amar cualquier obra de las manos de Dios, que todas las ama y á ninguna de las que hizo y crió tiene odio.

Otros dividen el amor: Lo primero, en amor de concupiscencia, que es un deseo que tiene

el amante de unirse con la cosa amada; ó dícese de concupiscencia en cuanto deseamos algo por sólo nuestro interese; y entonces es torcido y malo, y hállase en los brutos, que aman el bienhechor sólo por el bien que reciben dél. Lo segundo, en amor de benevolencia, que es querer bien para alguno, ora presente, ora futuro; si es presente, incluye gozo; si futuro, deseo de alcanzarle. Lo tercero, en amor de beneficencia, que dice comunicación de bienes entre los que se aman, porque entre los amigos todas las cosas son comunes. Lo cuarto, en amor de concordia, cosa proprísima de los que bien se quieren, á lo menos tratando de *agibilibus*, que en las cosas especulativas y científicas no requiere concordia; porque puede haber discordia sin perjuicio de la amistad por grande que sea, porque como el entendimiento no se fuerza sino con razón, puédese forzar en un particular y no en otro.

Otros dividen el amor en dilección, amicicia, caridad y amación ó enamoramiento ó pasión amorosa y con ímpetu (que apenas se halla vocablo español que declare esta última partícula). Y cada uno destos cuatro nombres añade algo sobre éste de amor; porque, cuanto á lo primero, este *amor* propriamente importa quietación del apetito; y como éste sea común á la parte sensitiva y intelectiva (porque los apetitos son dos, sensitivo animal y intelectivo racional) síguese que á la quietación del uno y otro apetitos conviene este nombre amor. En cuanto conviene al apetito sentitivo, dícese propriamente amor y expansión que se halla en los hombres y en los brutos. El apetito intelectivo se llama voluntad, y es propriamente electivo; y en cuanto se quieta con elección se llama propriamente *dilección*, que quiere decir elección de lo que se ama. De aquí es que este nombre dilección añade sobre este nombre amor elección, y tiene su ser en la voluntad y hállase solamente en la naturaleza intelectual, y no en los brutos, que no eligen ni raciocinan. En el hombre se halla uno y otro; porque hay amor en cuanto importa pasión del apetito sensitivo, como lo vemos en muchos tan apasionados, que ninguna razón siguen en su amor. Y hay amor de dilección, que está en el apetito intelectivo. Y ansí queda claro que toda dilección es amor, pero no todo amor es dilección; porque el nombre de la inferior potencia se transfiere á la potencia superior, y no al revés. El segundo nombre que incluye amor y añade algo sobre el amor, se llama *amicicia*, en cuanto dice amor recíproco de uno á otro fundado en virtud, que, como escribe el Filósofo (Aristotel., *Ethi.*): *Amicitia est benevolentia mutua, non latens, ratione boni:* La amistad es una benevolencia ó bien querer recíproco, no encubierto (que el amor verdadero no puede encubrirse) ni por mal fin, sino por razón del bien honesto. El tercero nombre es *caridad*, que, fuera de lo que incluyen los dos ya dichos, tiene una propriedad sobrenatural, que es hacer grato el hombre á Dios, de manera que le quiera y acepte para la vida eterna; y hace también que sus actos y los de las demás virtudes sean meritorios; lo cual, como no puede ser naturalmente, es fuerza que esta virtud sea infusa por Dios y no adquirida por nuestra industria. El cuarto nombre es *amación* ó enamoramiento, ó pasión amorosa, que añade sobre los otros nombres intensión y fervor grande de amor, cual experimentamos en los necios enamorados deste mundo. De aquí es que en esta última partícula se puede hallar amor, dilección, amicicia y caridad, pero no al revés. Por esto dijo Aristóteles que la amicicia era semejante al hábito; y este amor impetuoso á la pasión, que es como si dijera: que el uno sigue la razón y el otro su ímpetu.

Otros dividen el amor en bueno y malo; á la cual división favorece lo que San Agustín dijo, que dos amores edificaban dos ciudades: una divina, otra diabólica. El uno llega con su edificio hasta el menosprecio de Dios, y el otro hasta el menosprecio de sí mismo. El buen amor es príncipe entre las virtudes, y el malo entre los vicios. Y aun, para decirlo cierto, la virtud no es más que un amor bueno y el vicio un amor malo.

Mas porque desta materia largamente se trata en la del amor proprio, pasemos á la quinta división, que divide el amor en natural, animal racional y intelectual, de que ninguna cosa diré aquí, por ser todas metafísicas y llenas de dificultades. Juan Gersón (Juan Gers., *in Cantic.*, part. 1; *Trilogium animœ*, p. 2, c. 14 C.) sobre los Cantares, divide el amor en libre ó arbitrario, gratuito y fruitivo, y dice así: Que en la criatura racional se halla amor habitual de tres maneras: El primero se llama libre y concreado. El segundo, arbitrario y de-

liberativo. El tercero, gracioso y superinfuso. Deste triplicado amor habitual resulta otro cuarto perfectísimo y muy meritorio, que se llama fruitivo. El primero amor, respecto de Dios, se dice libre y natural y que no puede borrarse, impreso, concreado é inserto en el hombre criado á la imagen de Dios, que consiste en la mente, noticia y amor. De donde ansí como la criatura racional no puede despojarse de su natural conocimiento y noticia, ansí ni de su natural amor; por lo cual es llevada á Dios como á sumo bien y final bienaventuranza. San Buenaventura dice (San Buena., 2 senten., dist. 28) que este deseo y apetito del bien y de la verdad está inserto en nosotros en general, mas para conocer en especial qué sea aquel bien no tenemos fuerzas, ni nos es posible sin particular don de Dios. De aquí vino á decir San Dionisio que en toda criatura se hallaba amor natural, y principalmente en el ánima, la cual con el peso dél naturalmente es llevada á su Dios, aunque se condene para el infierno; que de allí se levanta aquel gusano que dijo Isaías ([1]). El gusano dellos no muere, que á mi ver es una reprensión que durará mientras Dios fuere Dios en el alma, de no haber amado á quien naturalmente se inclinaba á amar. Y llamo natural á este amor, no como el que tiene la piedra á su centro, que más propriamente se llama inclinación, sino porque este es amor espontáneo y libre, por razón del conocimiento intelectual que mira á Dios y le tiene por objeto y fin ultimado. El segundo amor respecto de Dios se llama arbitrario ó deliberativo, que no se puede tener sino concurriendo ó previniendo el sobredicho natural, que es raíz de todos los demás afectos. Este amor arbitrario, que procede de la voluntad electiva y deliberativa, se halla en los bienaventurados y en los condenados y en los viadores, aunque diferentemente en los unos que en los otros. Porque en los bienaventurados este amor, respecto de Dios, se determina y fija á la parte amativa; en los dañados á la contraria, porque declina en odio y envidia de Dios; en nosotros los viadores puede ser llevado á la una y á la otra parte, porque mientras vivimos podemos amar ó aborrecer; digo aborrecer, no absolutamente, sino debajo de razones odiosas; conviene á saber, de punición y damnación. El tercero amor, respecto de Dios, se llama gracioso y sobrenatural y infuso, que por otro nombre decimos caridad, criada en el ánima; la cual formalmente vuelve al hombre agradable á Dios y acepto para la vida eterna. El cuarto amor se llama actual, fruitivo, extático y seráfico, y consiste en un experimental gusto de la suavidad íntima de Dios, que proviene del ayuntamiento del ánima con su objeto supremo, que es el mismo Dios. Este amor fruitivo resulta de los tres habituales, ya dichos, como de tres doblada vida concurriendo en acto segundo, que es de mayor alabanza que si cualquiera de los otros sobredichos amores estuviese en su acto primero ó habitual solamente; porque cualquiera potencia, junta á su acto loable y bueno, es más perfecta y más conjunta á su fin que perseverando en solo el hábito tibio como dormida y soñolenta. El Filósofo comparó (Arist, 2 *de Ani.*) el acto primero y habitual al sueño; y el segundo y actual, á la vigilia. Este amor fruitivo y seráfico no tiene su asiento en la sensualidad, sino en la ápice ó parte superior de nuestra mente; el cual llama la Esposa en los Cantares beso de la boca de Dios; y confiadamente le pide diciendo (Cant., 1): Béseme con el beso de su boca; como si dijera: Concédame mi Esposo la experiencia ó experimental gusto de su amor extático, fruitivo y seráfico, para que apartada de todas las cosas que no son Dios, como serafín arda en Él. Y porque deste principalmente ha de ser nuestro tratado, como entre todos más heroico, provechoso y gustoso, dejadas otras divisiones de que San Buenaventura en sus *Caminos de la Eternidad* ([1]) hace mención, trataremos luego de las propriedades y efectos maravillosos deste amor, que, como dice Hugo, es la vida del ánima y á cuyo propósito se escribió y compuso aquel divino

([1]) En rigor literal, la cita está tomada del evangelio de San Marcos (cap. IX-45), donde se halla en presente; porque la profecía de Isaías (cap. LXVI-24) lo pone en futuro: *non morietur.*

([1]) Este opúsculo *De septem itineribus æternitatis* no lo admiten como legítimo los Padres de Quaracchi, los cuales, con Bonelli, se inclinan á creerlo obra de *Fr. Rodulfo de Bibraco;* porque en los ochenta códices que lo incluyen ó está anónimo ó con el nombre de este religioso, salvo uno solamente, que lo atribuye á Enrique de Trinacria. Véase la dis. I del t. X. *Opera omnia D. Bonaventuræ.* Ad Claras aquas (Prope Florentiam) 1902, págs. 1-39.

libro de los Cantares; en el cual debajo de figuras y semejanzas de las criaturas, y debajo de títulos de bodas, de desposado y de desposada, se trata de los favores que Dios hace al alma, y de los regalos que ella recibe en su amorosa conversación.

CAPÍTULO II

De la principal virtud y fuerza del amor, que es mudar y convertir el amante en la cosa amada.

La principal virtud y fuerza del amor, y en que se fundan y apoyan todas las grandezas que dél habemos de escribir, sus triunfos y victorias, es unir, mudar, convertir y transformar al amante en la cosa amada (Plato, *in convivio Amoris)*. Esto se prueba (dejada á una parte la experiencia de cada día) de la naturaleza del mismo amor, que, según todos cuantos dél han escrito, es el primero y principal don, libre y comunicable; quiero decir que de su intrínseca razón le conviene comunicarse y emplearse, no con fuerza y violencia (que ya no sería amor), sino voluntaria y liberalmente. Y este amor así dado y comunicado verdaderamente es hacienda propia de aquel á quien se dió y comunicó, y lleva en pos de sí la voluntad, y la voluntad como señora arrebata todo el hombre, como el primero móvil los demás cielos. Mi amor es mi peso, decía San Agustín, y allí soy llevado á donde me lleva. De donde se sigue que el amor y la voluntad á una se mudan y convierten en la naturaleza de la cosa amada; y el que ama y el amado se hacen uno por virtud del amor. La cual unión ó conversión no es natural, ni violenta, ni pesada, sino libre, voluntariamente dulce y con deleite; y es tan fuerte y tan estrecha, que por ninguna fuerza se puede deshacer, perseverando en su naturaleza el amor y la voluntad, que, como queda dicho, son libres y libremente se comunican y se hacen de la jurisdicción de la cosa amada. San Pablo (Rom., 8) hecho ya todo por amor de la jurisdicción de Cristo, desafiaba á la hambre, á la desnudez, al cuchillo, á las persecuciones y muerte, y les daba la vaya como á vencidos en este caso. ¿Quién nos apartará, dice él, de la caridad de Dios? Como si dijera, dice Crisóstomo, lo imposible se hará posible antes de deshacerse la estrecha amistad que hay entre mí y Cristo. Y San Agustín dice: Pudieron los tiranos quitar las vidas á los mártires, pero no el amor y la voluntad, que ya habían entregado á Cristo. Al fin se queda siempre el amor libre y la voluntad voluntad; y voluntad y amor se transforman y mudan en la naturaleza de la cosa amada y se visten de su traje y librea, y della se denominan. Así dijo Dios por un profeta (Oseæ., 7), hablando de su pueblo idólatra: Fueron hechos abominables, como lo eran las cosas que amaron; y San Pablo dice: El que se llega á Dios por amor, un espiritu se hace con Él. Lo cual viene bien con lo que Evantes, filósofo, dijo del hombre; conviene á saber: que era animal de naturaleza suelta, y que no tenía figura propia, pero extrañas y forasteras muchas, porque por la fuerza del amor se transforma en la que quiere: si ama tierra, terreno es; si cielo, celestial. Y, finalmente, tiene tanto de nobleza cuanto es noble aquello que ama; y siempre que ama alguna cosa con amor primero y principal, fuera de Dios, es hecho inferior á sí mismo y pierde su nobleza, porque nuestra voluntad no reconoce sobre si inmediatamente superior, sino á Dios, y amándole sólo á Él sube sobre sí misma, mejórase y aventájase á toda otra criatura cuanto es aventajado el amor que tiene á Dios; en el cual sólo está bien empleado nuestro amor y voluntad, aunque no hubiera más que el retorno; que, como se dice en el libro de la Sabiduría (Sap., 8), ama á los que le aman. Y el que ama á quien no le puede pagar su amor, entre otros daños incurre en dos. El primero es que se hace vil, corporal y terreno, y degenera de su naturaleza, excelencia y dignidad, como queda dicho, porque se transforma y es de la cosa amada. El segundo, que pierde todo su tesoro, que es su amor, porque le emplea en tierra donde no hay amor; que las criaturas inferiores al hombre no tienen amor liberal, ni voluntad que dar á quien las ama, según se escribe (Rom., 8 y Psa. 38): A la vanidad, que es el hombre, está sujeta toda criatura, no por su voluntad, sino por la de Dios, que la sujetó al hombre con esperanza de verse libre desta tan dura servidumbre; que servidumbre es, y durísima, servir á los vanísimos pecadores.

¡Oh corazón! dice San Buenaventura, ya no de carne sino de piedra y de hierro, ¿cómo no te enciendes en el amor de aquel Señor que por todas partes te tiene tan obligado á

su amor? Pero ¿qué digo corazón de piedra? Pluguiera á Ti, mi Dios, que el mío lo fuera, y no de carne, que la piedra con el calor se derrite y se resuelve y convierte en metal, y el hierro se ablanda y queda tratable; pero mi corazón entre tantas llamaradas de fuego de caridad persevera contra toda razón y contra su natural helado, duro y frio. Vos, Señor, prometistes por un profeta (Ezech., 18.) que quitaríades de nosotros los corazones de piedra y nos los daríades de carne y escribiríades en ellos vuestra ley; y si no es que en mí (por mis pecados) no se haya cumplido esa vuestra palabra, confieso que me fuera mejor tenerle de piedra que de carne, pues la piedra se deja labrar y, como tengo dicho, se ablanda y se muda, y este mío de carne persevera duro y inmutable. Pluguiera á Dios, dice San Buenaventura, que los corazones fuesen de pedernal y no de carne; porque ¿qué cosa de mayor admiración ni más digna de vituperio para la criatura racional que decirse della que tiene corazón más insensible y intratable que las piedras? ¡Oh corazón durísimo! ¿por qué al que tan fuertemente te ama no le amas con todas tus fuerzas? ¡Oh corazón cruelísimo! ¿por qué aborreces á ti mismo tan de muerte? ¡Oh corazón perversísimo! ¿por qué no te ofreces á quien con tanta solicitud te busca? ¿Por qué no abres al que con tanta perseverancia de día y de noche te llama? ¿Por qué no recibes amigablemente al que en ti pretende sus delicias, siendo Señor de los cielos? ¡Oh piedras insensibles! llorad, os ruego, esta insensibilidad de mi corazón. Por cierto, mi Dios, aunque directamente me aborreciérades, sólo por ser mi Dios, defensor y Redentor os debía yo amar sobre todas las cosas; cuanto más amándome, como me amais, con tan inefable amor, que parece haberos aborrecido por amarme. Quisistes morir, siendo Criador, por mí, criatura ingratísima; siendo Dios, por mí hombrecillo hijo del lodo y nieto de la nada; siendo Padre, por mí, vuestro hijo, indigno de este nombre; siendo Señor, por mí, vuestro siervo fugitivo; siendo Maestro, por mí, vuestro discípulo sin disciplina; siendo inocente, por mi, que tantas culpas tengo cometidas, y siendo Santo, por mí, pecador y malo. ¿Qué más debistes hacer? ¿Qué más pude yo desear que hiciérades? Si tantas y tan grandes cosas hubiera hecho por mi un vilísimo rústico, no estaba yo obligado á amarle eternalmente con todo mi corazón? ¿Pues por qué no os amaré yo á vos, Dios mío? No permitáis tal cosa, antes os suplico arranquéis de mi alma el amor de todas las criaturas, para que ninguna cosa ame ni quiera sino á Vos; y haciendo por todas este oficio de amar, ningún sentido ni potencia haya en mí que no se ocupe y emplee en sólo vuestro amor.

CAPÍTULO III

Cómo el amor se extiende á todo lo que la cosa principalmente amada, y de lo que el alma gana de transformarse en Dios.

De la perfecta unión y transformación que causa el amor entre el que ama y la cosa principalmente amada se sacan muchas doctrinas, y una de ellas es que ni la voluntad ni el amor pueden exceder ni ser mayores que la cosa así amada, pero extiéndese á todo lo que ella se extiende; y cuanto ella fuere más común y universal, tanto serán el amor y la voluntad más comunes y universales, y más estrechos y particulares, cuanto ella fuere más estrecha y particular. Y porque la cosa principalmente amada no puede ser sino una, tampoco puede haber en el hombre más que un solo y principal amor de la condición y naturaleza de la cosa amada, porque se viste della y se transforma en ella. Esta es la que funda y establece el amor primero en nuestra voluntad, y él es raíz y principio de todos los otros amores y aficiones que nacen en ella. Y como de un grano de semilla se engendran muchos granos y todos de la condición y naturaleza del engendrador, así del primero amor salen muchos amores, en nada discrepantes ni desemejantes dél, porque cual es la raíz tales suelen ser los frutos que se crían y sustentan della. De manera que si el primero y principal amor es bueno, justo y ordenado, los que procedieren dél han de ser justos, ordenados y buenos. Verdad es que no puede haber en una voluntad más que un amor, porque la cosa principalmente amada no es posible ser más que una; pero decimos que son muchas por la diversidad de las operaciones, y uno por la unidad de la raiz; y aun porque todas las demás cosas se aman en virtud de esta primera, y en cuanto están anexas y subordinadas á ella: y

puede tanto la cosa principalmente amada, que nos obliga y necesita á que amemos con ella cuanto á ella le toca y cuanto ama, y aborrezcamos lo que aborrece y le es contrario. Siendo, pues, ansí que toda la nobleza, fortaleza, virtud y extensión nace en el amante de la cosa principalmente amada (que si es fuerte él es fuerte; si noble, noble; si virtuosa, virtuosa; si una, uno; si universal, universal), bien se sigue que cuanto la tal cosa fuere más fuerte, más noble, más virtuosa, más una y más universal, tanto más lo será el que con ella estuviere unido y transformado. Y porque Dios es poderosísimo, fortísimo, virtuosísimo, infinitamente bueno, unísimo y simplicísimo, si Él fuere la cosa principalmente amada y nuestra voluntad estuviere unida á Él por el primer amor, de necesidad ha de quedar deste amor y unión poderosísima, fortísima, virtuosísima y sumamente una. Y porque este Señor principalmente amado es universalísimo y común á todas las cosas, á las cuales se extiende como Dios y Señor de todas, del tal amor nacen infinitos amores, con que se aman todas las criaturas, en cuanto Dios las ama, en virtud de aquel amor primero; por esto dijo San Juan (I Ioan., 4): Si alguno dijere yo amo á Dios, aborreciendo á su hermano, mentiroso es. La razón es de Gregorio; porque no puede ser que yo ame á Dios y no ame aquello que quiere Dios que ame, por no ser mío, sino (como queda probado) de la cosa primera y principalmente amada. Siendo, pues, la voluntad de Dios que yo ame á mi prójimo (aunque sea enemigo), aborreciéndole y diciendo que le amo mentiroso soy y en mi boca no hay verdad. Cuanto más que es mandamiento expreso de Dios que quien se diere por amigo suyo ame también á su hermano, aunque enemigo. Y no es posible que sea Dios la cosa principalmente amada y que no se ame todo lo que Él ama y quiere que amemos y se aborrezca lo que Él aborrece y quiere que aborrezcamos. ¡Oh con cuánto cuidado se había de guardar el hombre que la cosa que principalmente ama fuese criatura, porque su amor fundado sobre tan flaco fundamento, ni tendrá firmeza ni se podrá extender al Criador sino secundariamente y en cuanto dice respecto á la tal criatura; la cual tendrá en él las veces y el lugar de Dios, pues el verdadero no se ama sino en virtud della, que es la mayor miseria y maldad del mundo!

Para que esto mejor se entienda, pondré aquí un ejemplo manual, pero muy proprio, y que declara la esencia y naturaleza del amor y de la cosa principalmente amada. Digo, pues, que la voluntad del que ama, respecto de la cosa amada, se ha hecho como la mujer respecto del marido, que allegándose á él por matrimonio voluntariamente, para no dividirse sino por muerte, la mujer está sujeta al marido y le obedece y se deja gobernar por él, y el marido es el señor y tiene superioridad y dominio sobre ella; y es tan conforme la voluntad del que ama á la mujer casada, y la cosa amada al marido, que así como la mujer se ennoblece ó envilece según la condición del marido, ansí la voluntad sube ó baja conforme á la cosa que principalmente ama. Demos, pues, que un hombre rústico y plebeyo tuviese tres hijas de una misma condición, iguales en el linaje, nobleza, dignidad y hermosura, y que las casa todas tres: una con un rústico como él, otra con un rey, y la tercera con un emperador. Claro está que todas éstas, que de su naturaleza eran iguales y ninguna dellas más noble, ni más poderosa, ni más rica que la otra, después de los matrimonios son totalmente desiguales, según la desigualdad de los maridos á quien se juntaron: porque la que casó con el rústico es rústica; la que con el rey, reina; la que con el emperador, emperatriz. De manera que la mujer se muda en el varón y dél se denomina y especifica y determina, y eso mismo mi voluntad y la vuestra y las de todos los hombres, que siendo como son iguales en nobleza, porque lo son las almas de su creación y ser natural, se especifican conforme á la diversidad de las cosas que principalmente amamos. Porque la voluntad (como tengo dicho) sigue las condiciones de la mujer, y la cosa amada las del varón. Al fin tenemos libertad de subir y bajar de quilates, según y cómo fueren las cosas que principalmente amáremos, y obligación de dar infinitas gracias á nuestro Señor que tal libertad dió al vilísimo hombre, hijo de la tierra y nieto de la nada, que esté en su mano y querer hacerse de bestial espiritual, de humano angélico y de terreno celestial y divino (II Cor., 9). ¿Pues cómo, Señor, no te amamos siquiera por granjear tanta nobleza? ¿Qué mujer hay que no desee juntarse con un marido rico, poderoso, discreto, noble y bueno, por tener con él riquezas, poder, contento y regalo?

¡Oh cuánta paz, cuánta seguridad, cuánto gozo, cuánto descanso y abundancia tienen las almas que sólo á Ti tienen por marido! Como eres rico, no padecen mengua; como eres estable, no sienten mudanza; como eres fortísimo, nada las derriba; como eres fidelísimo, nada las perturba, y como eres infinito y eterno, no temen perderte. Verdaderamente Tú eres mi Dios, que de nadie tienes necesidad, ni te falta nada, ni al alma que de veras te ama le puede faltar. Gran bien sería para ti, alma mía, ser Dios de ti la cosa principalmente amada, y miseria intolerable juntarte, unirte y transformarte en alguna de todas las criaturas, porque todas son enfermas, variables, necesitadas y pobres; y por el mismo caso ha de sentir todas sus miserias tu mísera voluntad. Y lo peor es que has de amar todas aquellas cosas de que tiene necesidad la que principalmente amas, y sin las cuales no puede la tal permanecer. Y porque todas son caducas, perecederas y vanas, la voluntad se desvanece y se envejece y se pierde y empobrece con ella, y en nada halla menos que tribulación y angustia. Desdichada sería mucho la hija del rey, hermosísima y nobilísima, si casase con un bruto; y mucho más sin alguna comparación el alma que pusiese su principal amor y casase su voluntad, que es espiritual, con las cosas terrenas y corporales. ¡Ay de ti, alma, dice San Agustín, si por ventura andas errada en las huellas de tu Dios, que son todas las criaturas inferiores á ti, que tú imagen suya eres; si amas por El, las señas que te está haciendo en todas las cosas, en el cielo, en la tierra, en las plantas, en los animales, y finalmente en toda esta máquina del mundo, cuyo fin eres tú! ¡Ay de ti, digo, si no adviertes con la inteligencia de tu mente purgada y limpia lo que te está mostrando aquella luz beatísima, cuyos vestigios y reseñas son la hermosura y belleza de todas las criaturas; y si amas más las dádivas que el dador, que en tal caso no te puedes llamar esposa sino adúltera! Mira bien lo que el Esposo celestial te está diciendo en los Cantares (Cant., 1): Si no conoces tu dignidad y hermosura; si piensas que eres huella y vestigio de Dios y no imagen suya, hermosísima en lo natural y en lo gratuito semejanza, sal de mi casa y de mi presencia, que no mereces estar donde yo estoy, y vete en seguimiento de las pisadas de tus rebaños y apacienta tus cabritos junto á las majadas de los pastores. Como si dijera: Si no echas de ver la ventaja que haces á las bestias, camina luego en pos dellas y sigue tus apetitos sensitivos como los siguen ellas, y decirse ha de ti lo que del primer hombre, que, estando honrado sobre todas las criaturas, no conoció tanta honra, siguió sus apetitos bestiales como bestia, fué comparado con ellas y hecho su semejante (Psalm. 42).

CAPÍTULO IV

Cómo sólo el amor triunfa de Dios y se tiene con Él á brazo partido, y del tiempo y lugar deste duelo.

Cuenta la divina Escritura (Gen., 32) que caminando el patriarca Jacob lleno de riquezas y con mucha prosperidad para su tierra, temeroso de encontrar con su hermano Esaú, después de haber hecho algunas prevenciones para aplacalle y librarse de sus manos, á los primeros encuentros pasó con sus dos mujeres, hijos y criados el vado de Jaboc, y retirado de la gente púsose en oración. Y véis aqui (dice el sagrado texto) un varón luchaba con él á brazo partido hasta la mañana, y viendo que no podía rendir ni derribar al santo, pellizcóle en una rodilla (desencajóle la choquezuela) y secósele luego el niervo en que jugaba. Con todo esto se tenía fuerte Jacob, y tanto, que por bien de paz le pidió aquél varón que con él luchaba (que era Dios, ó un ángel en su nombre) que le dejase, porque venía el día y no quería ser de nadie visto. Jacob no quiso soltarle sin que primero le echase su bendición, porque del pellizco de la rodilla conoció tener virtud divina el que con él luchaba. Pídele el ángel que le diga cómo se llama, y respóndele que Jacob; y dícele: No te llamarás de aquí adelante Jacob (que quiere decir luchador) sino Israel (que quiere decir príncipe con Dios) y esto por que pierdas el miedo á Esaú, que pues has prevalecido contra Dios (que Dios es con quien has luchado) no tienes que temer á los hombres. Desta lucha hizo mención el Profeta Oseas en el capítulo 12, donde dice (Oseas, 12): En su fortaleza se asió Jacob con el ángel, lloró y con humildad le comunicó que le dejase.

Admirable lucha por cierto. ¿Dios con un hombre y que el hombre venza á Dios? ¿y que Dios llore y humildemente pida que el hom-

bre le suelte como vencido y rendido? Yo, aunque entiendo que á la letra el fin deste duelo fué dar el Señor confianza á su amigo Jacob y quitarle el miedo que tenia de su hermano Esaú dejándose vencer, siendo todopoderoso, en el sentido espiritual y místico se me trasluce una muy más admirable lucha que ésta, donde real y verdaderamente el hombre vence y Dios queda vencido. ¿Y qué lucha puede ser ésta sino de amor? Porque si no es amando, ¿quién podrá luchar con Dios? Gran cosa, dice San Bernardo, es el amor, pues sólo él se puede tener á brazo partido con Dios. Si Dios se enojare conmigo, no me puedo enojar con Él; temeré, y estremecerme he y perdirle he que me perdone, porque escrito está (Iob, 9): ¿A quién le fué bien y tuvo paz resistiendo á Dios? Si arguyere conmigo, no tengo de argüir con Él, porque mis argumentos justificarán más su causa. Si me juzgare, no le tengo de juzgar, sino prostrado por tierra adorarle y decirle con el Profeta (Ps. 142): No entréis con vuestro siervo en juicio, que no hay justicia para parecer delante de Vos en ninguno de los hombres; Él es Señor y yo siervo; Él ha de mandar y yo obedecer. Porque, como dice Job: Dios es aquel á cuya ira no hay quien resista, ni hay poder en el cielo ni en la tierra contra Él, y debajo de quien se humillan los que sustentan el orbe, que son los ángeles, ó los poderosos del mundo. Pero si me ama Dios, y amándome me hiere y me lastima, ¿no le podré yo pagar en la misma moneda? ¿no terné licencia de amarle y herirle? Porque sólo al amor le es concedido luchar con Dios, y no quiere otra cosa, cuando ama, sino ser amado, que es el retorno que Él espera y desea de su amor. Hasta aquí San Bernardo. Y en otra parte: ¡Oh suavidad! ¡oh gracia! ¡oh fuerza del amor! ¡El más alto de todos se hizo más bajo de todos! ¿Y quién pudo esto? El amor, que no conoce Majestad; en la dignación ó condescendencia, rico; en el afecto, poderoso; en el persuadir, eficaz. ¿Qué cosa más violenta? Triunfa de Dios el amor, para que sepas haber sido obra de amor derramarse la plenitud, allanarse la alteza y acompañarse la singularidad. Maravillosa lucha la de Jacob con el ángel; pero fingióse Dios allí vencido, y al fin se vió libre de las manos de Jacob; mas en la lucha del amor aunque quiera no puede. El patriarca decía: No te soltaré hasta que me bendigas. Y una ánima santa, enamorada y asida de Dios dice (Cant., 3): Téngole y no le soltaré. No dice: echadme vuestra bendición y soltaros hé; sino: ya que os tengo no os he de soltar, porque no quiero vuestra bendición, sino á Vos. ¿Qué tengo yo en el cielo ó qué busco fuera de Vos en la tierra? (Psal. 62). Al fin el amor desprecia todo lo que no es la cosa amada, porque con la posesión della sola se halla contento y rico. Tiene, pues, la Esposa al Esposo y no le suelta, porque Él quiere ser tenido, y para que sin soltarle le tenga, Él con su poderosa mano la tiene á ella. Tuviste, dice el Profeta (Psal. 72) mi mano derecha.

Todo esto habemos dicho para que se vea lo que puede el amor y no nos maravillemos si le viéremos triunfar de los hombres, pues que ansí triunfa de Dios. Pero muy digno es de consideración, especialmente para esta lucha espiritual, lo que hizo el patriarca para entrar en la suya y el tiempo que luchó; porque, como cuenta la divina Escritura, no llevó consigo hijos, ni mujer, ni hacienda, sino solo y á solas peleó con el ángel; porque estas cosas exteriores sonles carga y estorbo grandisimo á los varones espirituales para negociar con Dios, y es locura muy grande querer seguir á Cristo, descalzo y desnudo, calzados y vestidos, y correr tras este gigante divino y poderoso cargados como bestias. Cuando Moisén hubo de sacar de Egipto por orden de Dios al pueblo de Israel, envió mujer y hijos á su suegro Jetró, por ir desocupado y libre por el camino de la tierra de promisión (Exod., 18). Esto mismo hicieron los apóstoles y hacen todos los varones apostólicos, que, á lo menos para tratar con Dios, libertan el corazón y en cuanto pueden dan de mano á todas las cosas de la tierra; porque el que pretende la amistad estrecha del Criador y no se desase de lo que hay en el mundo, es como el pájaro que está pegado en la liga, que deseando volar menea las alas, mas nunca se levanta en alto. Si para alcanzar una corona y palma corruptible, dice el Apóstol (1 Cor., 9), se desnudan y despojan los corredores y luchadores, ¿cuánta mayor razón será que hagamos nosotros otro tanto por la incorruptible y perdurable corona? Y porque en diversas partes deste tratado hacemos mención deste desapropriamiento y renunciación de las cosas temporales y de la propria voluntad, será bien considerar aquí el tiempo desta batalla, el cual se entiende

haber sido de noche, por lo que el ángel dijo á Jacob: Suéltame, que viene el día. Toda la noche peleó, y en viendo el día pide ser suelto, porque no hay tiempo tan á propósito para la oración y lucha con Dios como el de la noche, ansí por la quietud que hay en ella como por la soledad del corazón; el cual para este alto ejercicio conviene que esté sosegado y solo y todo recogido en sí mesmo. Como se dice de Josafat, que lleno de miedo todo se acogió á la oración. Y de Salomón se escribe (II Par., 20) que de todas sus entrañas pidió á Dios la sabiduría. Y el santo profeta David en un salmo dice (Psal. 118): De todo mi corazón os he llamado; oidme, Señor. No conviene poneros á luchar con el fortísimo y poderosísimo Dios de burlas y con descuído, sino recogidas en uno todas las fuerzas interiores y exteriores.

Aquel lugar de San Mateo que dice que oremos cerradas las puertas (Matth., 6), entiendo yo no tanto por la vanagloria que se nos puede ofrecer siendo vistos orando, como por la soledad del corazón, el cual se va fácilmente tras cualquiera niñería que miramos. Y por esta razón todas las personas que tratan deste alto ejercicio deben excusar en sus oratorios la curiosidad y multitud, ansí de imágines como de otras cosas, porque todo aquello sirve más á la distracción que á la devoción. Conténtense con un retrato de Cristo crucificado, ó cosa semejante, y excusen lo demás si quieren excusar vagueaciones del entendimiento y discursos impertinentes y vanos. Fuera desto, aquel silencio de la noche es muy á propósito para esta espiritual batalla y lucha divina y para la comunicación y trato con los espíritus bienaventurados. Antójasele al hombre sensual y terreno que ordenó Dios la noche para que la durmiese toda, ó para que como perro nocharniego cazase en lo vedado por su divina ley; y vive muy engañado, porque la hizo para que en ella le busquemos á Él y nos acordemos de sus beneficios. Léanse las vidas de aquellos santísimos padres del yermo, muchos de los cuales jamás para dormir se acostaron; y si esto hacían, era la tierra desnuda su cama, y con tanta moderación, que uno de ellos, Arsenio (*Methaph. et Surius*, Tom. 4), vino á decir que para el siervo de Dios bastaba una hora de sueño; y esta no quería dar él á su cuerpo los sábados en la noche, que al ponerse el sol comenzaba él á orar, y cuando salía le hallaba en la oración. Del bienaventurado San Onofre se escribe que muchos años no vivió debajo de tejado, ni hizo cama, sino en el desierto, y cuándo y dónde le apretaba el sueño descansaba un poco. San Jerónimo, escribiendo á Eustaquio, dice: El que con facilidad se dejare vencer del sueño, no tendrá fuerzas para resistir al demonio. Al fin, todos los Santos fueron hijos de la luz y por consiguiente hijos de Dios, que es luz (Philip., 5), y no de la noche ni de las tinieblas, porque apenas supieron qué cosa era dormir. Entre día nunca faltan cuidados que nos saltean y roban la memoria de Dios; mas de noche, cuando todo está sosegado y quieto, fácilmente levantamos á Él nuestro corazón. En las noches, dice Crisóstomo, está el ánima más pura, más ligera y sutil para levantarse sobre sí; y las mismas tinieblas y silencio nocturno la convidan y despiertan á compunción y lágrimas. Si os ponéis á mirar el cielo en una noche sosegada y serena, verlo heis lleno de ojos, como un Argos divino, centelleando y echando rayos de sí, cantando, como dice el Profeta (Psal. 18) la gloria de Dios; y si os convertís á mirar la tierra, hallaréis que los que entre día reían, jugaban y negociaban sin sosiego, y eran inventores de infinitos males, no difieren en nada de los que están muertos y en las sepulturas; y entonces condenaréis la locura de los hombres, su arrogancia, vanidad y necia presunción; porque el sueño y la noche retratos son de la muerte (Psal. 18) y las dos cosas que más nos enseñan á filosofar cristianamente. Próstrate en tierra, dice Crisóstomo (Chrisost., *Hom.*), híncate de rodillas, gime en la noche, ora á tu Dios para que te sea propicio, porque mucho le agradan y aplacen las oraciones nocturnas cuando te conviertes en tiempo de lágrimas, el que tiene diputado naturaleza para descansar y dormir. Dividió muy bien el Profeta el día y la noche, aplicando al día las obras de misericorsia y á la noche las divinas alabanzas. Ocupáos de noche en alabar á Dios y en tratar con Él, que de día Él se irá aunque vos no queráis, para que os ocupéis en las de misericordia, en visitar el enfermo y encarcelado, gobernar la familia, sustentar los hijos y criados y en otras obras de piedad. Que aún allá Moisén subía de cuando en cuando al monte á luchar con Dios, y bajaba á tiempos á hacer adobes con el pueblo (Exod. 19). No siempre habéis de ser

María, que está toda colgada de Dios, sino á tiempos Marta, que atiende al regalo de Cristo y de sus siervos.

CAPÍTULO V

De algunas tretas y cautelas de que se ha de aprovechar el alma para rendir á Dios en esta lucha.

Suelen los diestros luchadores usar de algunas tretas y cautelas luchando para derribar á sus contrarios, y es razón, pues este tratado se llama lucha y duelo, sepamos de las que podemos aprovecharnos para triunfar de Dios y rendirle á nosotros en la oración. Guillermo Parisiense dice que de las mismas que usan unos hombres contra otros, que son tres ó cuatro. La primera, levantar al adversario en alto, como se dice haberlo hecho Hércules con el hijo de la Tierra; porque así levantado fácilmente se derriba y es vencido. La segunda, usar de zancadilla, que es quitarle lo que le sirve de estribo y sobre que hace fuerza, para que faltándole el fundamento caiga. La tercera es cansarle, treta de que se aprovechan los muy ligeros contra los robustos y valientes. La cuarta, dejarse caer sobre él. Lo primero que habemos de hacer luchando con Dios es levantarle sobre nosotros. ¿Cómo? Sujetándonos á Él con profunda humildad. Humilláos debajo de la poderosa mano de Dios, dice San Pedro (1 Pet., 15), para que Él os ensalce y levante. Desta treta usó el Rey Acab cuando conoció á Dios airado contra sí: humillóse y rindióse todo á Dios; y valióle tanto este artificio, que vino el mismo Dios á decir: Porque se humilló en mi presencia Acab, no verá en sus días el mal que tenía pensado de envialle (III Reg., 21). Cosa extraña es verdaderamente que levantándonos caemos, y ensalzando y levantando á Dios sobre nosotros prevalecemos contra Él y le vencemos. No hay artificio ni máquina tan poderosa para sujetar á Dios á nosotros como sujetarnos á Él, la cual sujeción proprísimamente se reduce á la obediencia; y aquel poderoso Dios debajo cuyo poder se encorvan y abaten los que sustentan el orbe, suele rendirse y estar obediente á quien le obedece y se le rinde: como de Josué lo cuenta el sagrado texto (Iosue, 10): Detuviéronse el sol y la luna y toda la máquina de los cielos, obedeciendo Dios á la voz de Josué, hombre como vos y como yo. Y Cristro nuestro Señor dice (Math., 7): Por la misma medida que midiéredes á Dios habéis de ser medido de Él. Y San Ambrosio: De ninguno es Dios posesión, ni lo puede ser, sino de aquel que es ó fuere posesión suya. Treta es esta de la humildad que vence á Dios y nos hace invencibles al demonio. Refiere San Antonino [1] (San Ant., p. 2, tít. 15, c. 6, § 3) que, apareciendo Satanás al glorioso padre Macario con una afilada guadaña para segarle (si le fuera dado lugar para ello) con gran dolor le dijo: Mucha violencia me haces, Macario; grandemente me atormentas y no puedo prevalecer contra ti, aunque sufro mayores dolores que tú. ¿En qué te venzo, dijo el santo? ¿Por ventura en los muchos ayunos, en las largas vigilias ó en los grandes trabajos que padezco? Respondió el demonio que ninguna cosa desas le espantaba, porque el velaba de día y de noche y ayunaba perpetuamente y sufría los trabajos del infierno. Y replicando el santo, deseoso de saber en qué le hacía ventaja y le era superior; respondió que en la humildad; porque humillándote, dice, me vences á mí y vences á Dios; y como yo no puedo humillarme, tengo siempre á Dios contra mí y no prevalezco contra ti. Por eso se escribe (Psal. 37): La soberbia de aquellos que te aborrecieron sube siempre.

La segunda treta es dar traspié ó zancadilla, ó quitar el fundamento sobre que estriba y hace fuerza el que lucha. El estribo sobre que Dios estriba cuando lucha con nosotros como con enemigos son los pecados. Y en quitando tan maldito fundamento, luego se nos rinde; de manera que para no hallar resistencia en Dios, cuando nos llegamos á luchar con Él por la oración, es necesario desterrar del alma los pecados, sobre los cuales Él se funda y se esfuerza contra nosotros; por eso se escribe (Eccles. [2]): Ninguna cosa nos puede dañar si ningún pecado se enseñoreare de nosotros.

La tercera treta dijimos que era cansar al

(1) El impreso dice *Antonio*, y aunque conserva la palabra la edición de Valencia *1602*, me parece mejor corregirlo para que con mayor distinción se conozca que habla del santo Arzobispo de Florencia.

(2) La santa Iglesia en el Postcomunio de la misa del Viernes después de Ceniza: *Nulla ei nocebit adversitas, si nulla ei dominetur iniquitas.*

enemigo; y tomada así como suenan las palabras, vale poco para con Dios, que no puede cansarse; pero considerada con atención, es muy á propósito; porque, á la verdad, aunque Dios es incansable y invencible, se cansa y da por vencido de nuestros importunos y perseverantes ruegos y oraciones. Como se rindió á los ruegos y oración perseverante de la Cananea, que como cansado la dijo (Math., 15): *Fiat tibi sicut vis* (¹) y á los del santo Moisén, cuando pedía perdón por el pueblo (Exod., 23). Del patriarca Jacob se escribe (Genes., 33) que, estando ya para morir, entre otras cosas que hizo en su testamento, fué una mejorar á su hijo Josef en cierta heredad que tenía muy buena y de su regalo. *Do tibi partem unam,* dice, *extra fratres tuos, quam tuli de manu Amorrhei, in gladio meo et in arcu*: Doite, dice, este pozo con esta tierra, la cual gané á los Amorrheos con mi arco y mi espada. Adonde trasladó el Parafrastre caldeo: *In oratione mea et in prece:* En mi oración y en mi ruego. En esta suerte (²) de Josef luchó la Samaritana con Dios y le venció y le hizo suyo. Pero advierta el que saliere á este campo santo con Dios, que no estribe sobre falso, que en lugar de salir victorioso saldrá con las manos en la cabeza. No fiéis de vuestros merecimientos cuando entráredes en esta lucha, que es muy flaco y falso fundamento. Y por ventura hablaba dél el Rey santo, cuando dijo (Psal. 35): No venga para mí el pie de la soberbia; en él se afirmó Lucifer y cayó como un rayo en el abismo. Y el fariseo que decía (Luc., 18): Dóite gracias, Señor, que no soy como los demás: ayuno dos veces en la semana, etc. Nuestro fundamento y estribo sea Dios, que es fuerte, firme y seguro. Porque escrito está (Psal. 24): Los que confían en el Señor no serán conmovidos para siempre. Y de los que ponen la confianza en las riquezas, ansí espirituales como temporales, dice la Escritura (Prov., 11) que se despeñarán y perderán. ¿Y cuántos se han visto, luchando, con sólo cargarse sobre el contrario salir con victoria? Tales son los que, desconfiando totalmente de sí, se arrojan en Dios; los cuales por este medio alcanzan su favor y gracia, de manera que no les puede faltar. Arrójate seguramente en Dios, dice San Agustín, que no es cruel para que te hurte el cuerpo y te deje hacer pedazos. Al fin, el que se pone á orar esté advertido que entra en el lugar del desafío, y que no las ha con otro hombre como él, sino con el todopoderoso Dios; y por eso lo primero que ha de hacer es invocar el auxilio del cielo, porque de allá le han de venir las fuerzas y la victoria. De aquí es que la Iglesia, que para su defensa tiene los sacerdotes, siempre que han de entrar en campo con Dios les manda que comiencen por estas palabras: Ayudadme, Señor, en esta hora, en esta oración ó en este duelo en que me pongo á luchar con Vos por mi pueblo, porque sin Vos ¿cómo triunfaré de Vos? Pero ¿qué ayuda es esta que pedimos á Dios? Guillermo Parisiense dice que es la gracia de la devoción, porque esta es la mayor ayuda que Dios suele dar contra sí á los que oran, y el escudo con que ellos se defienden á sí y á aquellos por quien oran. La voz sin melodía, dijo un sabio, es como el gruñido de los lechones, y la oración sin devoción, como bramido de bueyes. En el segundo libro del Paralipómenon, capítulo 29, se dice ansí (II Paralip., c. 29): Ofreció la multitud del pueblo hostias y alabanzas al Señor con el alma devota. Y en el Exodo (Exod., 35): Toda la multitud de los hijos de Israel ofreció primicias á Dios, con mente prontísima. Y San Buenaventura, en el tratado de los dones del Espíritu Santo, dice que á cualquiera acción nuestra, si le falta devoción, le falta la vida. Hugo dijo que era el ánima de nuestras obras, que mueren ellas y ella queda viva. No sin misterio, dice un doctor, se compara la oración en la Escritura al incienso y olores aromáticos, que no tienen fragrancia ni huelen bien sino es puestos sobre brasas vivas; porque nuestra oración no dará de si buen olor á Dios si no fuere informada con la devoción y procediere de corazón inflamado. Por lo cual se escribe en el Apocalipsi (Apoc., 8) que apareció un ángel con un incensario de oro lleno de brasas vivas, y echando en él incienso subió el humo delante de Dios. Guillermo Parisiense llama á la oración sin devoción mensajero sin pies, que no puede llegar adonde le envían. Y San Bernardo dice que si la oración es tímida no penetra el cielo; si tibia, enferma en la subida, y si temeraria, confusamente es alanzada; pero la humilde,

(¹) «Hágase lo que deseas».

(²) *Suerte* en la acepción de heredad que tiene el latín *sors*; ó habrá de leerse *fuente*, á la cual puede aludir también lo que dice de la Samaritana, según lo que cuenta S. Juan en el cap. IV de su evangelio.

fiel y fervorosa, penetrará los cielos y no volverá vacía. San Agustín dice: Mudos sois acerca de Dios, aunque más voces déis, si el corazón no le habla. Al fin, concluyamos esta materia con decir que ningún sacrificio aceptaba Dios que no llevase enjundia y lardo; por lo cual es significada la gordura de la devoción. Ansí dice la Escritura (Levit., 3): Todo redaño y enjundia serán del Señor. Seca es toda religión que no se larda con este aceite, é instable todo el edificio que no se traba con la devoción continua. Ármese, pues, el soldado espiritual de justicia, y aprovechándose de estas tretas, entre cada día en el campo y lugar del desafío, que es la oración, que luego se le rendirá Dios y se dejará herir y echar en prisiones para nunca apartarse dél. Dichosa y bienaventurada el alma que mereció en este duelo vencer á Dios y aprisionarle; y más dichosa la que, teniéndole preso, no le suelta ni se contenta, como Jacob, con su bendición, sino con tenerle á Él; porque á la hora que huye y se ausenta por nuestras culpas, lleva consigo todo el bien y riquezas espirituales.

CAPÍTTULO VI

De cómo luchando el alma con Dios le hirió y le hizo su prisionero.

Hablando el divino Esposo con el alma su Esposa en los Cantares le dice (Cant., 4): Heriste mi corazón, hermana mía, Esposa mía; heriste mi corazón en uno de tus ojos y en un cabello de tu cuello. Palabras breves del Verbo abreviado, pero llenas de suavidad celestial; breves en las letras, mas no en las sentencias. Todos las oímos, mas no todos las entendemos, sino aquéllos solos á los cuales es dado conocer los misterios del reino de Dios (Mat., 13). Cosa grande y de alta y profunda consideración, Dios herido y por una su criatura, y en el corazón, y con un ojo y un cabello. Está atenta, ánima mía, y mira bien cómo es posible que aquel impasible y inmortal Dios, de quien dijo el Profeta (Psal. 90): No habrá mal que á Vos se os atreva, ni allegará á vuestra morada ningún azote, esté llagado y herido, no de cualquiera herida, sino peligrosa y de muerte, porque la tiene en el corazón, que es domicilio y asiento de la vida; no por algún ángel ó arcángel, sino por un alma racional que mora en un cuerpo de barro; no con espada, ni saeta, ni tiro de artillería, sino con solo un ojo de su cara y con un cabello de su cabeza. Herísteme, dice, hermana y Esposa mía; herísteme con uno de tus ojos y con un cabello de tu cuello. A lo que estas palabras suenan, el Esposo está enamorado y la herida es de amor, y amándole, le hirió su Esposa con un mirar suave y amoroso; porque, á no ser este lenguaje de amor, no se puede entender cómo Dios esté herido, siendo impasible y inmortal. Por lo cual ruego á los que desta materia y ciencia de amor no saben, que no lean este tratado, porque el que amare poco entenderá poco, y el que mucho, mucho, y el que del todo no supiere de amor, nada. Tiene sus proprios y especiales términos el amor, los cuales no entienden sino los que aman. En balde se llega á oir ó leer las églogas y canciones de amor, dice Bernardo, el que no ama, porque de todo en todo es incapaz de sus palabras encendidas el pecho helado. ¿Y cómo ha de entender al que habla griego el que nunca supo griego? Ansí la lengua del amor al que no ama será bárbara, será como campana ó adufe que suenan y no se entiende lo que dicen. Cosa dulcísima es por cierto tratar del amor, como lo es tratar de la vida; ¿y qué es el virtuoso amor sino vida del alma? San Juan dijo (I Joan., 3): Quien no ama, no tiene vida. Es materia la del amor tan copiosa y sabrosa, que en ninguna manera puede engendrar hastío á los oyentes, ni faltar qué decir al que con amor escribe della. Lo que con amor se guisa siempre fué de buen gusto al paladar sano. «No tiene precio el amor, dice el Sabio (Sapien., 7; Prover., 6); todo el oro del mundo en su comparación es como un grano de la arena de la mar, y todas las cosas que se pueden desear no tienen que ver con él. Si diera el hombre toda su hacienda y caudal por el amor, haga cuenta que no dió nada.» Grandes son las fuerzas del amor, su virtud admirable, sus grados muchos y diferentes; sobre todos los cuales tiene su asiento aquel ardentísimo y fervoroso amor que penetra el corazón, inflama la voluntad, y de tal suerte se apodera del alma, que con toda verdad puede decir con el Esposo: Herísteme con tu mirar y enredásteme con tus cabellos. Elegantísimamente declaró en estas palabras el divino Esposo la naturaleza del amor, confesando estar herido del de su Esposa; especialmente que, consultada la letra hebrea, por «he-

rir» está un verbo que significa descorazonar ó hechizar. Y bien dijo Séneca que el amor era encantamento poderosísimo y unos hechizos que sacan al que ama de sí, los cuales de ordinario entran por los ojos, que son como ventanas del alma. Muchos filósofos trabajaron y se desvelaron por investigar las condiciones y propriedades del amor, pero ningunos acertaron tanto como los platónicos y pitagóricos. Todos afirmaron que entre los sentidos y partes del cuerpo humano ninguna cosa hay tan poderosa, ansí para recebir la fuerza del amor como para infundirla, como los ojos; porque con ellos herimos á otros y somos dellos alternativamente heridos; y por esto dijeron ser importantísima la guarda dellos, para no incurrir en las enfermedades del amor y escapar de su pestilencial rabia y furor. El santo Job dice (Iob., 31) que se concertó con los suyos; conviene á saber, para que no se abriesen, porque de ahí no le viniese algún pensamiento contra la castidad. Y el mismo divino Esposo encareció cuanto pudo ser la fuerza deste sentido en el capítulo 6 de los Cantares, diciendo á su Esposa (Cant., 6): No me mires de hito en hito, que tus ojos han prevalecido contra mí. Natural cosa es, y experimentada de muchos, que los que ardientemente aman temen el aspecto y agudeza de los ojos de la persona amada, y con un grave temor la reverencian y acatan aun los varones fuertes y sabios; ca muchas veces padecen temores y espantos en presencia de sus inferiores, si, como digo, con vehemencia y de verdad los aman. Y la razón es porque aquello que los quebranta, ocupa y hace estremecer no es humano, sino una como representación y centella de la hermosura divina que allí resplandece y ellos contemplan. Lo cual parece podemos considerar en el divino Esposo, que, como si fuera hombre puro muy aficionado y rendido al amor de alguna criatura, conjura á su Esposa y le ruega que no le mire y que aparte sus ojos de Él, porque con su amoroso mirar le saca de sí y le tiene como hechizado.

Ovidio, tratando de la naturaleza del amor mundano, dijo que era una cosa llena de temor cuidadoso y solícito, porque jamás vive el que ama sin miedos, recelos y cuidados; y, lo que es más, que á un punto piden cosas tan diferentes y contrarias entre sí, como lo son las que pide el Esposo divino á su Esposa, que aquí le dice que no le mire, que le tiene apretado con su mirar, y en el capítulo 8 le dice (Cant., 8) que le ponga como sello sobre su corazón y sobre su brazo; que no se olvide de Él ni por un solo momento; que le mire siempre como á blanco, y que no aparte de Él sus ojos. *Pone me ut signaculum.* Algunos doctores dicen *sello* y no *blanco,* porque *signaculum* propriamente significa *sello,* como en aquel lugar de Ecequiel (Ezech., 28): *Tu signaculum similitudinis:* Tú eras sello y estampa del Criador, y habla de Lucifer en su prosperidad y mayor pujanza; y leyendo desta manera, diciendo el Esposo: Pónme como sello sobre tu corazón y sobre tu brazo, dice dos cosas: La primera, que á sólo Él descubra sus deseos, pensamientos y intenciones, y que para lo demás todo eso lo tenga secreto como libro cerrado y sellado. La segunda, que ninguna cosa se imprima en ella interior ni exteriormente, si no fuere el que le traiga estampado y retratado al vivo en el alma y en el cuerpo; que conforme á Él sus acciones interiores y exteriores, de manera que quien la viere conozca por ella el valor de su Esposo, al cual debe imitar en la humildad, mansedumbre, pureza, inocencia, paz, paciencia y en las demás virtudes de que Él es hermoseado; y eso era lo que dijo San Pablo á los de Corinto (I Cor., 9), que seguían sus pisadas y le imitaban en todo: Vosotros me traéis estampado y me representáis al vivo; y no dice en el corazón y en el brazo, sino sobre el brazo y corazón. Porque ansí como Dios, autor de naturaleza prudentísimo, instituyó que la vida trajese su origen del corazón, y quiso que aquella palpitación con su agitación, movimiento y pulso diese muestra y señal cierta á los médicos peritos de la salud ó enfermedad del animal, y esto respondiendo al movimiento interior y secreto el pulso de la arteria en el brazo; ansí el Esposo celestial, autor clementísimo de la vida que ha de durar para siempre, puso en nuestros corazones la caridad y amor suyo, como una agitación perpetua del hombre interior y un impulso del Espíritu Santo, que da testimonio que somos hijos de Dios y que por su beneficio y gracia, libres del pecado, tenemos salud. A este impulso del Espíritu Santo y del amor divino responde otro movimiento y pulso en las cosas exteriores, por el cual los médicos espirituales juzgan de nuestra salud espiritual; y aunque

no con infalibilidad, á lo menos con alguna probabilidad. Divinamente dijo San Gregorio: El amor nunca está ocioso, y si es amor, obra grandes cosas, es su pulsación vehemente, como de recia calentura, y si no quiere obrar, no es amor; porque cosa clara es que en faltando el pulso se acaba la vida ó está cerca de acabarse.

San Buenaventura hace tres diferencias de amor: Uno niño, otro mancebo, otro varón perfecto. Y dice con San Bernardo que los golpes y pulsaciones del niño principalmente son cinco: El primero es dolor de los pecados cometidos. El segundo, un firme y grande propósito de huir dellos con efecto. El tercero, deleite y gusto en oir la palabra de Dios y hablar de las cosas de arriba. El cuarto, prontitud en el bien obrar y una facilidad grande para correr por los mandamientos de Dios. El quinto, tristeza del daño espiritual del prójimo y gozo de su aprovechamiento. Los golpes del amor mancebo y aprovechado son otros cinco: El primero, frecuente y justa examinación de la conciencia, no sólo cuanto á las culpas mortales, sino cuanto á las veniales. El segundo, diminución de la concupiscencia carnal y codicias del mundo. El tercero, ejercitación ó ejercicio vital de los sentidos exteriores; que como el ejercicio de los miembros y sentidos exteriores es señal de la vida corporal y animal, ansí el ejercicio de los interiores es indicio manifiesto de la vida espiritual. El cuarto es una estudiosa observancia de la ley de Dios; lo cual no se puede hacer sin la caridad, que lo puede todo. El quinto golpe es manifestación de los secretos divinos, ca no se puede preciar de vuestro amigo el que os encubre los secretos del corazón. Al fin, de la grandeza del amor divino pende el modo y medida de las divinas revelaciones, y para conocer lo poco que medramos en el amor no hay que mirar más que la poca confianza que Dios hace de nosotros en levantarnos á los excesos mentales y manifestarnos los secretos de su casa y reino. Pero veamos ya el pulso del amor perfecto qué golpes tiene y cómo se declara su perfección. No hablo de la perfección de la patria, sino de la de los que vamos aún de camino. Y dejadas aparte las señales interiores, de que haremos mención adelante, y tratando solamente de las exteriores, pues seguimos estilo de médicos, que de los golpes de la arteria en el brazo juzgan de lo que no se parece y está secreto en el cuerpo, decimos que el amor perfecto tiene cinco ordenados golpes, que con los pasados hacen quince, como quince gradas para subir y llegar al tabernáculo y morada del Dios de Jacob. El primer golpe es prontitud y disposición para morir por la salud espiritual del prójimo. El segundo, amar por Cristo á nuestros enemigos y hacerlos bien. El tercero, sufrir alegremente todas las cosas adversas y perseverar con paciencia en ellas hasta que se acaben. El cuarto, una prontitud y voluntad determinada para dejar por Cristo todas las cosas deste mundo y seguirle atropellando y dando de mano á todo aquello que nos es impedimento para hacer la voluntad y querer de Dios. El quinto, no temer á nadie fuera de Dios, porque escrito está: La perfecta caridad destierra lejos al temor. Dice, pues, el Esposo á la Esposa: Pónme como sello sobre tu corazón; y para que se vea que estoy y moro en él, pónme como sello también sobre tu brazo, de manera que anden á una el hombre interior y exterior, como lo andaban aquellas ruedas de Ecequiel, que juntamente se movian (Ezec., 1). Y dando la razón por qué pide esto de perfecto enamorado, dice: Porque fuerte es el amor como la muerte. Como si dijera más claro: Si me amas como yo te amo, no has de amar nada conmigo, que no puede ser grande el amor que admite compañía. Ha de ser mi amor contigo como la muerte con todos los hombres, que no deja en ellos rastro ni memoria de la mortal vida. Mi amor ha de ser muerte de todas tus pasiones y cuchillo de todos tus deseos carnales, porque no sufro que viva nada tuyo adonde yo vivo; yo soy celosísimo y mis celos son duros y atormentadores como el infierno; y así no consiento compañeros en mi amor. El mismo Esposo hecho hombre dijo esto bien claro en su Evangelio (Luc., 16): Si alguno se determina de seguirme, ha de aborrecer padre, madre, hijos, hacienda y la propia vida, y si no lo hace, despídase de mi dicipulado. Es tanta verdad esto, que si ve que ponéis los ojos en alguna de sus criaturas y los quitáis de Él, no dudará quitar la vida á cualquiera que sea. Si amáis el marido, ó el hijo, ó el padre, ó la hacienda, con detrimento de su amor, os matará el marido, el hijo ó el hermano, y os quitará la hacienda y la salud. Lo cual todo es argumento

de su infinito y heroico amor. Colígese de lo dicho que esta querella del Esposo, demás de ser amorosa, es más misteriosa de lo que la letra suena, y más de lo que hasta aquí habemos dicho; porque confesar por una parte que está herido, sin negar al alma el nombre de esposa y hermana, y esto con el mirar de un ojo, y por otra mandarle que no le mire, y que quite de Él los ojos, y juntamente que le tenga en su corazón como sello y en su brazo como memorial perpetuo, argumento bien claro es de que hay mirar que desagrada al Esposo y le hace huir, y mirar que le hechiza y roba el corazón. Y ansí es, que cuando se confiesa herido es con un ojo, y cuando se muestra desdeñoso y sañudo, es de verse mirar con ambos ojos; de manera, que uno le hiere, y dos le destierran.

CAPÍTULO VII

Del lugar de la herida en Dios, que es el corazón.

San Agustín (libro de *Substantia divinitatis*) explicando aquel lugar del Génesis donde se escribe que, lastimado Dios en el corazón, dijo (Gen., 6): Pésame de haber hecho al hombre, entre otras cosas dice: Que el corazón del Padre es su unigénito y consustancial Hijo, el cual le dolió cuando vió los pecados de los hombres, por los cuales fué como forzado á destruir con diluvio el mundo y enviarle á Él para que, hecho hombre, hiciese penitencia por los hombres. Conforme al espíritu de este divino doctor, bien podemos atribuir esta querella amorosa de los Cantares al Padre Eterno; el cual vencido del amor de su Esposa le dice: Robado me has, ó hechizado ó herido mi corazón, esto es, mi querido y regalado Hijo. Y llama hurto lo que de su voluntad dió á los hombres, por haber entrado de por medio el amor (S. Thom., 3. p., q. 1), haciendo una como fuerza amorosa al corazón de Dios para que nos diese tan grandes riquezas, que las tenemos y poseemos y no lo acabamos de creer. Espantóse mucho Nicodemus (Ioan., 3) oyendo tratar á Cristo del misterio de la Encarnación y de cómo á costa de su sangre había de remediar al mundo. Díjole Cristo: No te maravilles de que el Padre Eterno haya dado su unigénito Hijo al mundo, porque los hombres le dieron hechizos y se le robaron, y herido de pies á cabeza se le han de poner en un palo. Y quien quisiere ver que el Padre bebió los hechizos del amor, como el Hijo, oiga lo que de Él escribe el Apóstol á los de Efeso (Ephes., 2): Por la demasiada caridad con que Dios nos amó, envió su Hijo á la muerte para que vivamos por Él. ¿Qué cosa es caridad demasiada, divino apóstol? Caridad sin modo, sin tasa y sin medida. Demasiada caridad por cierto fué dar el Padre su Hijo, porque ni estaba en uso, ni se había visto, ni oído, ni pensado cosa semejante; y cuando se vió, con dificultad lo creyeron los hombres. De los apóstoles dice San Lucas (Luc., 18) que tratando con ellos un día su Maestro de cómo le habían de vender, azotar, escupir, abofetear y poner en una cruz, no lo entendieron. Que para mí es una de las cosas que más declara la grandeza de lo que Dios hizo por los hombres. Porque si el Filósofo dijo que la proporción que hay entre los ojos de la lechuza y el sol esa hay entre las cosas muy altas y excelentes y nuestro entendimiento, bien se sigue que cuanto mayor y más excelente fuere una merced que Dios nos hace, tanto menos la alcanzará nuestro entendimiento, y cuanto el entendimiento fuere más delicado, más campeará la tal obra. Pues no queramos saber más de la grandeza y majestad del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios que lo que dice el Apóstol (Ephes., 3), que en mucho tiempo no lo entendieron algunos de los ángeles; los gentiles y sabios del mundo lo tuvieron por locura, y los escribas y fariseos, ejercitados en las divinas Escrituras, por escándalo; y los apóstoles, hombres que tanto conocían de la bondad y misericordia de Dios, no lo entienden cuando por palabras claras se lo dicen. Bendito y alabado seais, mi Criador; infinitas gracias os den todos los bienaventurados y todas las criaturas, que hicistes por los hombres tales cosas, que excedieron su deseo y su esperanza, y sus entendimientos no lo acaban de entender ni creer. No lo cree el filósofo, porque lo que de Vos conoce es omnipotencia, sabiduría, providencia y los demás atributos que en la fábrica deste mundo resplandecen y de la bondad y misericordia vuestra, mi Dios, que os puso en la cruz, sabe muy poco. Escandalízanse los judíos porque las misericordias que leen en las Escrituras que usastes con aquel pueblo vuestro, aunque eran grandes, no las

hacíades á costa de vuestra sangre; no lo entienden vuestros apóstoles, porque ese Hijo del hombre que les habéis dicho que ha de padecer, ése han ellos confesado por Hijo de Dios y Salvador del mundo. Paréceles que los ladrones deben ser azotados, los blasfemos escupidos, los necios mofados; pero el unigénito Hijo de Dios no pueden creer que haya de sufrir tantas injurias y afrentas; y ansí no entienden nada, por no entender lo que las palabras suenan. Tales cosas hizo Dios por el hombre, que yéndole al hombre la vida en que las hiciese, le parece que no convino hacerlas. Vayan otros para entender la grandeza de esta merced á leer aquel encarecimiento de San Juan, que encarece la caridad de Dios por el don de Cristo crucificado. Lean otros las consideraciones y filosofías del Apóstol en esta materia de la pasión del Señor, que á mí esta rudeza de los apóstoles, esta ignorancia de los judíos, esta incredulidad de los gentiles, me muestra la grandeza y majestad deste misterio soberano.

La razón por que sentimos poco deste beneficio y de los demás que nos ha hecho nuestro Señor, es porque los consideramos como cosa que ya pasó; va mucho en considerar las cosas hechas ó que se quieren hacer. Llévanos á ver el Escurial, obra tan suntuosa y magnífica, hecha con tantas trazas y modelos: por curioso que seais y lo queráis mirar de espacio, se os irán por alto mil primores de la arquitectura, mil correspondencias y galas de aquella arte, porque la obra está ya hecha y no se estima en tanto ni se mira la curiosidad en ella; pero si os hubiérades hallado al trazar de esa obra y al hacer de los modelos, no hubiera cosa que no supiérades muy bien. Lo mismo digo yo de los cristianos. Hallámonos esta obra hecha, y pasamos los ojos por ella y pásansenos cien mil primores del amor divino; no echamos de ver cien mil galas de la caridad de Jesucristo y de la sabiduría eterna. Los sagrados apóstoles que se hallaron al hacer de la traza de la pasión de Cristo, mirando bien las particularidades desta obra, no hallaban correspondencia entre Hijo de Dios, y muerte; inocencia, y azotes; sabiduría del Padre, y escarnios; blancura de la luz eterna, y salivas. Como eran aún principiantes y rudos, no entendían que, aunque Dios es un abismo infinito de todas las virtudes y perfecciones, á nuestro modo de entender, no tiene cosa más gloriosa y excelente que la bondad y misericordia, ni de que el mismo Dios más se gloríe y honre. Preciándose, pues, Dios tanto de ser conocido y alabado de bueno y misericordioso, convino que hiciese alguna obra de señalado provecho para el hombre y trabajo suyo. Y no es inconveniente que manifieste para siempre la bondad, encubriéndose por poco tiempo la majestad, y que aquello se encubra que á nuestro modo de entender no es tanto de estimar, porque se descubra lo que tenemos por más glorioso y excelente.

Si tuviésedes un retrato muy hermoso cubierto con un velo, de manera que no se pudiese ver el rostro sin romper el velo, mucha razón sería que se rompiese el velo por que se viese el retrato, y que lo menos hermoso se rasgase para que pareciese lo más hermoso. Desta manera la hermosura de la bondad divina estaba escondida debajo del velo de la majestad; en cuanto la majestad estuvo entera, no sabía el mundo á cuánto llegaba su bondad; pero como se escureció el resplandor de la majestad por la salud del género humano; como aquella sacratísima humanidad de Cristo se rasgó con tantas heridas, luego las entrañas de la misericordia divina fueron conocidas. Lo cual admirablemente se declaró en la pasión de Cristo, cuando el velo del templo con que estaba cubierta la riqueza del *Sancta Sanctorum* se rasgó de alto á bajo (Mat., 27); porque por lo rasgado del velo apareció la hermosura del santuario, que de antes estaba con él encubierta. De manera que con daño de la una parte se descubrió la gloria de la otra. Como hacéis en vuestros acuchillados, que cortais las sedas para que por las cuchilladas parezca la tela de oro. ¡Oh quién tuviese ojos para contemplar dignamente á Jesucristo crucificado! ¡Qué hermoso está dentro el que fuera parece leproso! Todas aquellas heridas que hay en su cuerpo ¿qué son sino cuchilladas dadas en ropa que de dentro están mostrando otra muy más hermosa? De suerte que la disimulación de la majestad fué declaración y manifestación de la bondad; con la cual ganó Dios tanta honra con los hombres, que vino á decir Isaías, hablando deste misterio (Esai., 40): Revelarse ha la gloria del Señor. Y los apóstoles, después que descendió sobre ellos el Espíritu Santo, llamaban al Evangelio donde la pasión estaba escrita Evangelio de la gloria de Dios; y ellos

tenían por suma gloria ser retratos de las llagas y cruz de Cristo. Juzguen este hecho de tan extremada caridad los sabios y prudentes del mundo, y verán si estaba Dios en sí ó fuera de sí cuando lo hizo. Luego bien dijo el Apóstol (Ephes., 2): demasiada caridad; y eso mismo quiso significar Cristo en las palabras dichas á Nicodemus: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret* (Ioan., 3). Ansí, con tanto exceso, tan demasiadamente, tan fuera del común modo de amar. Cuatro cosas me pintan aquí los Santos: Lo primero, la persona que ama. Lo segundo, la cosa amada. Lo tercero, la grandeza del don. Lo cuarto, el fin para que le donó al mundo. Quien ama es Dios; el amado, el hombre; la dádiva, el Verbo; el fin, para que muera. Digo que si se mira bien lo que hizo Dios por el hombre, que parece más estar fuera de sí que en sí. San Pablo dice (Philip., 2) que se agotó y se vació y se amenguó. Tanto pudo con Él el amor de los hombres, que, siendo Dios, por ellos se hizo hombre y ocultó de tal manera la majestad y grandeza de Hijo de Dios en el hombre, que fué juzgado de los hombres por menos que hombre. ¡Oh extremada caridad la del Padre en darnos su Hijo, y del Hijo en haberse así aniquilado por nosotros! ¿Quién no pasma y sale de sí considerando tal amor? ¿Quién no se admira? ¿Quién no se estremece? ¿Quién cabe en sí de placer? ¡Oh caridad paterna, digna de ser amada! ¡Oh dignación del Hijo, digna de toda veneración! ¡Oh salud de los hombres, digna de toda estimación! Dime, alma mía, si el beneficio que te hace un particular y plebeyo hombre (aunque hecho con tibieza) le recibes y agradeces; si amas á quien te ama, y te sientes obligada á quien te hace algún servicio, colige de aquí, no como ciega estimadora de las cosas, sino como prudente y discreta, cuánta obligación tienes de amar á este Dios, tan enamorado tuyo, que con tan extremado amor te hizo tan grandes beneficios. Decid, Señor mío, que bien decís: Heriste mi corazón, Esposa mia; heriste mi corazón en el uno de tus ojos y en el uno de tus cabellos. Verdaderamente ninguna otra ganzúa fuera bastante á abrir aquellas entrañas de Dios, que, como lloraba Isaías, estaban cerradas, sino la del amor. Esta las abrió y robó al Hijo; hirióle, hízole su prisionero, enfermóle y púsole en la cruz, y allí le abrió con dura lanza el pecho, para que pudiésemos ver y contemplar por aquella ventana la herida de su corazón; y para que, como había dicho siendo Dios á solas: herísteme, lo pudiese decir, siendo Dios y hombre, puesto en un madero y muerto por los hombres.

CAPÍTULO VIII

Del instrumento con que confiesa Dios haber sido herido del amor de su Esposa.

Ya que habemos visto á nuestro Dios herido y con todos los accidentes de amador heroico y verdadero, es bien que consideremos el instrumento con que le hirió su Esposa y le hieren las almas que tratan y comunican con Él; porque no es sola una herida la que tiene, sino muchas. *Vulnerasti cor meum, soror mea; Sponsa, vulnerasti cor meum.* Dos veces confiesa que le hirió, y tantas cuantas quisiéremos le heriremos si con el ojo que le miró la Esposa le miramos. *In uno*, dice, *oculorum tuorum, et in uno crine colli tui.* Diversos autores he leído, y apenas he hallado dos que en concordia digan qué ojo sea este tan poderoso que, estándose Dios en su Reino, con un simple mirar le hiera y le robe el corazón. Algunos dicen que es la fe de los Santos, no porque el mérito della iguale con la grandeza del beneficio de nuestra redención (de que aquí se trata), sino porque siempre estimó Dios tanto la fe de su Esposa, que entre todas las virtudes parece que á sola ésta se dió. Mírense las promesas hechas á aquellos patriarcas y Santos del Viejo Testamento de quien hace mención San Pablo (Hebr., 11), los oráculos, profecías y particulares beneficios; y echarse ha bien de ver que en todas las cosas siempre se tuvo respeto á la fe. Y aun alabando Santa Isabel á la Virgen soberana, viéndola hecha relicario de las riquezas y tesoros del cielo, á su fe atribuyó tan gran recibo (Luc., 1). Algunos doctores dicen que la intención pura y recta en nuestras obras, que, como nota Crisóstomo, es la que las bautiza y da nombre de buenas si es buena, y de malas si es mala. Y á este propósito alegan aquel dicho del Salvador (Luc., 12): Si tu ojo, esto es, tu intención fuera clara, pura y sencilla, todo el cuerpo y masa de tus obras será clara y agradable á Dios. Ruperto Abad dice que el ojo que hiere y lastima á Dios es la uniformidad de nuestros deseos, enderezados á Él con perse-

verancia. Trae aquello del libro primero de los Reyes (1 Reg., 3), donde se cuenta de Ana, madre de Samuel, que después de haber llorado con amargura de corazón delante del Señor, y multiplicados sus ruegos, se fué á su casa y sus semblantes no se mudaron más en diversas formas. ¿Qué uniformidad de semblantes, que ya no se mudan en diversas figuras, es esta, dice este doctor, sino la identidad de los pensamientos y aquella intensísima perseverancia en una misma oración y ruegos? Puede tanto con Dios enderezar á Él uniformemente nuestros pensamientos sin mudanza de semblantes de ánimo, que le hiere y lastima y nos le hace nuestro prisionero. El cabello que le ata es, á mi parecer, la extremada humildad del corazón, que no hay cosa más delgada ni más flexible que ella. Es como el cabello de una doncella que se cura y adereza la cabeza; es tan delicada, que apenas hay otros ojos que los de Dios que la alcancen á ver. *In altis habitat, et humilia respicit in cœlo et in terra* (Psal. 112) (¹). Con este cabello confiesa la Virgen que trajo preso del seno del Padre al Verbo divino para tomar carne en sus dichosas y bienaventuradas entrañas (Luc., 1). Y en el salmo 28 se escribe: El querido como el hijo de los unicornios. Adonde dice San Isidoro que unicornio es un animal indómito, feroz y ligero; y para cazarle, el remedio que hallan los cazadores es ponerle delante una doncella hermosa, á cuya vista, naturalmente, pierde la ferocidad; y herido de sus amores se viene á ella todo rendido y se arroja en su regazo, y allí se le echa el lazo y es hecho presa de los cazadores. Divino unicornio fué el Hijo del Padre Eterno, pues aunque indómito, ferocísimo y de nadie jamás encadenado, cuando los hombres le pusieron delante esta doncella María, de tal manera quedó manso, que como olvidado de su majestad y grandeza, herido de su mirar y preso de su humildad, tomó carne en su vientre y se hizo hombre; arrojóse en su regazo, como Sansón en el de Dálila (Iudic., 16), y allí le cortó la cabellera y le dejó de manera que pudieron sus enemigos burlar dél y escarnecerle. Por eso dijo San Agustín: si no fuera hombre, nadie le prendiera, ni le azotaran, ni le escarnecieran, ni le pusieran en la cruz. Cortóle los cabellos la divina Dálila, porque con la carne de que le vistió encubrió la eternidad, inmensidad, sabiduría, fortaleza y poder, que como cabellos adornaban su divinidad. ¡Oh sacratísima Dálila, que ansí ataste al fuerte y enflaqueciste al poderoso! ¿y con qué? con tu fe y humildad. Oso afirmar, dice Bernardo, que sin humildad no agradara la Virgen á Dios, aunque adornada de todas las virtudes. Tanto tiene un hombre de caridad, cuanto tiene de humildad; ella es la que hace camino á la caridad y la guardajoyas de la casa de Dios, porque solo guarda y tiene á buen recaudo los dones divinos. Guerrico dice que la humildad puede más que Dios; y San Buenaventura, que compete con la omnipotencia de Dios; á ella sola le es fácil vencer á Dios, siendo invencible, y atarle, siendo todopoderoso, y de juez temeroso convertirle en piadoso padre. La humildad justifica los pecadores, y á los justos sube y levanta á toda perfección; y siendo tan admirable entre las demás virtudes, á sí misma no se conoce por virtud. Por lo cual dijo un sabio que el verdadero humilde no tenía ojos. Nunca alcanzaremos cosa que pidiéremos, ni será de provecho cuanto trabajáremos, si en la oración no estamos unos y humildes. Dos son los ojos, pero no ha de ver más que el uno para acertar y herir la caza; y aunque los cabellos son tantos, uno solo es el que prende y ata al celestial unicornio. Algunos quieren decir que la Iglesia tiene dos ojos: uno con que mira y atiende á las cosas que tocan á la vida corporal, y este es el izquierdo; otro con que mira á las cosas espirituales y eternas, y es el derecho, y el que hiere, roba y hechiza á Dios; y este solo confiesa el Apóstol que le había quedado, cuando, escribiendo á los filipenses, dijo (Philip., 3): *Unum autem, quæ quidem retro sunt obliviscens, ad ea vero quæ sunt priora, extendens meipsum, ad destinatum persequor, ad bravium supernæ vocationis* (¹). Esta consideración le hacía al mismo Apóstol parecer liviano y breve todo lo que de trabajo se le ofrecía en la vida presente, porque no contemplaba con el ojo izquierdo lo que se ve, sino con el derecho lo que no se ve; que lo que está sujeto á la vista corporal, temporal es; mas lo que ella no alcanza, eterno.

(¹) «Mora en las alturas y mira las cosas humildes así en el cielo como en la tierra».

(¹) «Yo, como particular, olvidándome de las cosas que dejé atrás y alargando mis deseos á lo que vale más, quiero llegar á mi destino, y alcanzar el fin de mi soberana vocación».

CAPÍTULO IX

En que particularmente se declara qué ojo es en el alma el que hiere á Dios.

Esta doctrina es muy provechosa y importantísima para este santo ejercicio de la oración, pero no agota ni aun llega á la profundidad y secreto de las palabras del Esposo; por lo cual se ha de notar que nuestra alma tiene dos facultades que le sirven de ojos para ver á Dios. El uno se llama inteligencia, que, según San Agustín, es aquella fuerza del ánima que inmediatamente se supone ([1]) á Dios y le mira como á sumo, verdadero y verdaderamente inconmutable bien. El otro ojo se llama afecto, y es una voluntaria, afectuosa y dulce inclinación de la misma ánima á su Criador. El ojo de la inteligencia, como lo dicen los contemplativos, es el izquierdo, y el del afecto el derecho; aquél conoce especulando, y éste amando. Y aunque, según nuestra filosofía, no se ama sino lo que se conoce, nunca Dios se da por herido con ambos ojos, ni con el izquierdo solo, sino con el derecho; y déste. como de más principal, habla cuando dice: Herísteme en uno de tus ojos. Y verdaderamente aprovecha poco conocer de Dios grandes cosas si tras ese conocimiento no va el afecto. De aquí es que la potísima razón por qué habiendo tantos letrados hay tan pocos Santos, es porque todos los más van por la vía especulativa y muy pocos por la afectiva y unitiva. Cada cosa, dice el Filósofo, obra conforme al ser que tiene: si el ser es limitado, también lo ha de ser su virtud y operación; y como nuestra alma sea finita y limitada en su ser, cuanto más empleare su virtud en una cosa, menos le ha de quedar que emplear y repartir en otras. El entendimiento y voluntad son en el hombre como dos balanzas, que el subir de la una es el bajar de la otra; si sube mucho la especulación, abaja la afección, y al contrario. Por eso le encojaron al patriarca Jacob en un pie (Genes., 32), cuando le dieron la bendición en aquella lucha que tuvo con el ángel, porque el alma del contemplativo quiérela Dios coja del pie izquierdo. De manera que no se le ha de ir todo en especular y saber cosas de Dios, sino que ha de dejar tiempo para que la voluntad goce y el afecto, que es el ojo derecho, penetre y entre adonde la inteligencia no puede llegar, y allí hiera á Dios y nos le traiga á las manos. El ama que cría un niño, quebrántale la comida con su boca para que ansí molida y quebrantada la pueda digerir y le sea de gusto y le entre en provecho; pero no se la come, que eso sería en grande daño y para muerte de la criatura. Nuestro entendimiento es ama de la voluntad, y á él pertenece desmenuzar y quebrantar las verdades divinas con la atenta consideración, no de manera que solo él se quede con ellas, sino para que después de entendidas y averiguadas las presente y ofrezca á la voluntad, para que ella las abrace y guste y así se encienda en el divino amor. ¿Cuántos hay que toda la vida se les va en aguzar el entendimiento, sin gastar una hora en la pobre voluntad? Así son acutísimos en la teología escolástica y especulativa, y muy torpes y rudos en la mística. Estos nunca hieren á Dios por mucho que le miren, porque siempre le miran con el ojo izquierdo, el cual no alcanza á ver la interna sabiduría, ni entra adonde ella está.

Entre los antiguos filósofos fué cuestión muy dificultada y reñida que, habiendo en nuestra ánima estas dos facultades de conocer y de apetecer, que se llaman, como habemos dicho, inteligencia y afecto, ¿de cuál dellas se había de usar para llegar el hombre á la extremada felicidad y sumo bien? Los griegos, casi todos afirmaron que conociendo y contemplando. Y Aristóteles, hombre de admirable ingenio, comenzó sus libros de *Metafísica*, de la *Ciencia y conocimiento*, diciendo (I Meth.): Todo hombre naturalmente, desea saber. Y en el libro décimo de las *Eticas* trae aquella sentencia de Simónides que dice: El hombre no nació para solo contemplar las cosas humanas. De donde se colige que la contemplación y conocimiento de las cosas divinas es el fin principal de la vida humana. Pitágoras, príncipe de la filosofía entre los griegos, tratando esta cuestión, según Platón lo refiere, hizo distinción entre las cosas divinas y humanas y entre los bienes finitos y infinitos. Y dice que diferentemente nos habemos de haber con los unos que con los otros; porque los bienes finitos y perecederos primero los conocemos que los amamos, y aun importaría mucho aborrecerlos para alcanzar perfecto y entero conocimiento dellos. A lo cual parece aludir aquel

([1]) *Suponer* en el sentido que tiene en latín *suppono, poner debajo*, sostener dando ayuda.

dicho de San Pablo (I Cor., 2): El hombre espiritual todo lo conoce y escudriña perfectamenmente. Porque con cuantas más veras se menosprecian los bienes de acá y todas aquellas cosas que nos pueden apartar de la virtud, tanto más perfectamente se conocen sus naturalezas y propriedades; lo cual es muy al contrario en los divinos y sobrenaturales, que apenas por su gran dignidad y majestad pueden ser comprendidos ó entendidos sin que preceda en nosotros amor y afecto á ellos; porque los habemos de investigar, no tanto para conocerlos, cuanto para amarlos. La razón del mismo Pitágoras es, porque el amor transforma al amante en la cosa amada; á cuya causa, aunque entre Dios y el hombre ninguna razón de proporción se halle para compararse á Él, aquello que falta á esta proporción lo suple el afecto de la caridad transformante. Razón divina por cierto, y muy conforme á toda buena filosofía y teología; la cual yo entiendo en esta manera: En la sagrada Escritura se llama Dios fuego, no porque formalmente sea fuego, sino metafóricamente ó por similitud. Y por esta misma razón el ángel se puede llamar cuerpo lúcido y claro, y nuestra ánima cuerpo concreto, en cuanto está encerrada en esta carne mortal y corruptible. Pues de la manera que los cuerpos diáfanos y transparentes, cuales son el aire y el agua, súbitamente los vemos llenos y rodeados de luz de dentro y de fuera; pero los cuerpos terrestres y concretos primero se han de calentar fuertemente y adelgazar á la manera y semejanza del diáfano que conciban la luz y claridad del fuego; ansí los divinos espíritus, separados de cuerpo, como claros y diáfanos, súbitamente reciben la luz y conocimiento divino; pero nuestras almas, juntas á los cuerpos terrestres y pesados, tienen necesidad del incendio del amor extenuante y transformante para que, extenuadas y adelgazadas y traídas á la similitud divina, sean ilustradas finalmente con el resplandor de la soberana ciencia y altísimo conocimiento del Criador. De aquí tuvo principio aquella célebre sentencia de Porfirio: Que el especular con el entendimiento las cosas divinas purifica el ánima, mas el amarlas la deifica. Y San Agustín dice (Aug., l. 83, q. 35): Que tanto con mayor serenidad contemplamos á Dios, cuanto con mayor afecto le amamos; y que ningún bien sobrenatural se puede conocer perfectamente si perfectamente no se ama. Y que por eso aconseja el Eclesiástico (Eccli., 2) á los que desean saber mucho que amen mucho (1). Platón, en su *Convite*, llama al amor maestro de todos y de todas las cosas. Y porque no parezca que digo sólo los inconvinientes y que no enseño lo que conviene, adviertan todos los que desean aprovechar en este santo ejercicio que para subir á Dios por actos anagógicos es necesario, aprovechándose de la fuerza natural abstractiva, apartar de sí lejos las fantasmas, especies y semejanzas de todas las cosas criadas; porque, como afirma San Dionisio, con ninguna de todas se parece el que no es corporalmente grande, ni blanco, ni colorado, ni amarillo, ni rojo, ni de otro color, ni puede ser percebido por alguno de los sentidos exteriores. Lo mismo afirma Alberto Magno sobre aquellas palabras de San Juan (Ioan., 4): *Spiritus est Deus, et eos qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet eum adorare* (2). Y San Buenaventura, en el libro de sus *Soliloquios*, hablando con el ánima afectuosa, dice: ¡Oh ánima devota, si aspiras á la celestial dulcedumbre, procura tener bien purgado el entendimiento y bien dispuesto el afecto, porque sumo bien no se ve sino de almas muy puras, ni se gusta sino de afectos muy dispuestos.—El Maestro de las sentencias pone entendimiento purgado, más purgado y purgadísimo. Dícese purgado, cuando es abstraído y apartado de las cosas sensibles y exteriores y de sus especies y figuras; porque, como dijimos, Dios no es visible, ni tangible, ni odorable, ni gustable, ni sensible. Dícese más purgado, cuando es abstraído de las fantásticas y vanas imágines que se depositan en los sentidos interiores; porque Dios no es terminable, ni figurable, ni numerable, ni circunscriptible, ni conmutable, ni imaginable. Dícese purgadísimo, cuando se aparta de las físicas y naturales raciocinaciones, silogismos y discursos; porque Dios no es demostrable, ni definible, ni estimable, ni investigable, ni inteligible. Estos mismos grados de purificación medita este doctor en el afecto, que cuando

(1) Alude sin duda al v. 10, donde dice: «Los que temáis al Señor, amadle, y vuestros corazones serán ilustrados.» Tomó, pues, la sustancia, no la letra del lugar que cita.

(2) «Dios es espíritu, y los que le adoran conviene que le adoren con espíritu y verdad.»

está limpio por la penitencia de toda culpa le llama purgado. Cuando de las secuelas del pecado, esto es, de las viciosas y malas inclinaciones, más purgado. Y cuando de las ocasiones del pecar, porque huye de todas ellas, purgadisimo. Pero de qué manera podrá nuestro espíritu apartarse de las fantasmas y representaciones de las cosas criadas, cuando trata de los anagógicos excesos enséñalo el doctísimo Gersón en su *Teologia práctica*, consideración última. Allí dice que el hombre contemplativo no ha de parar en el conocimiento de Dios, cuando medita y piensa de Dios, sino trabajar por pasar luego al efecto, aspirando de corazón al gusto sabio y sabroso de aquel Señor que, por ser infinitamente bueno, todo es amable, todo suave y todo de codicia Ocurrirte ha en esta lucha y consurrección trabajosa, dice él, gran tropel de pensamientos, imágines y figuras de cosas, pero tú fuertemente las has de rechazar y desterrar de ti, cuanto fuere posible, con la mano de la devoción; y como sacudiéndote la cabeza, has de procurar salir libre dellas en el espíritu. Y en otra parte dice el mismo: Cualquiera que quisiere afectuosamente subir á Dios, hágalo con discreción, porque no dañe la cabeza y deprenda á pensar de Dios sin alguna cosa corporal; porque Dios es espíritu, y en espíritu quiere ser buscado y adorado. Y porque en el libro de los *Diálogos* particularmente trabajé por declarar esta doctrina, y la puse de manera que aun las personas simples puedan entenderla, no gastaré aquí más tiempo en ella; sólo diré lo que Gerson, enseñando á pensar en la pasión de Cristo nuestro Señor, dice, conviene á saber: que en las imágines que representan estos misterios no se fije demasiado y por largo espacio el pensamiento, sino que trabaje el alma por subir de semejantes figuras y imágines á lo alto, esto es, á la espiritualidad que ellas nos representan. Y para que no parezca esto imposible, trae un ejemplo del Santísimo Sacramento del altar, que adoramos en las manos del sacerdote como á verdadero Dios y hombre, Redentor del género humano. Y dice ansí: No nos detengamos en la consideración de aquello que se ofrece corporalmente á los ojos, esto es, en la redondez de la hostia, blancura y pequeñez, sino forcemos nuestro entendimiento, pues es potencia que obedece á la voluntad, á que se aparte de aquellas especies visibles y pase á á las cosas invisibles, que á los ojos espirituales representa la fe católica; y respondamos á nuestro pensamiento que aquello que ven los ojos del cuerpo no es Dios, sino lo que ven los ojos del corazón. El mismo documento da á los que oran delante las imágines de Santos y de la Virgen, que por ser demasiados en mirar sólo lo exterior dellas suelen padecer hartas inquietudes y escrúpulos; porque el fin que en ellas tiene la santa Iglesia es que por lo corporal que vemos nos levantemos á lo espiritual y intelectual que no vemos. Al fin ninguno jamás podrá contemplar con aprovechamiento que no desnudare su entendimiento de fantasías y purgare su afecto de culpas y de viciosas y malas inclinaciones, y huir de todas las ocasiones de ofender á Dios; porque el ojo sangriento no es apto para contemplar las cosas celestiales, ni el corazón carnal las riquezas del espíritu. Y escrito está (Mat., 5): Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.

CAPÍTULO X

Prosigue la misma materia, y trata de la necia sabiduría que vence toda humana sabiduría.

Aquel grande contemplativo Dionisio, tratando de la sabiduría que por la vía afectiva se alcanza, dice ansí: Esta sabiduría irracionable, loca y necia, es digna y merecedora de toda alabanza, porque es causa de todo entendimiento, razón, sabiduría y prudencia. San Buenaventura declara estos términos tan peregrinos en esta forma: La teología mística se llama sabiduría irracionable porque la razón no la aprende ni usa della investigando. Dícese amente, esto es, sin entendimiento, porque en su ejercicio no usa dél para investigar y hacer discursos. Dícese necia, porque sin el uso de toda inteligencia, en sólo el afecto se levanta. Y siguiendo y allegándonos más á la doctrina del mismo San Dionisio, decimos que se llama irracional, necia y loca esta sabiduría en el sentido que habló San Pablo, cuando dijo (1 Cor., 1): Lo necio de Dios es más sabio que todos los hombres sabios del mundo. No sólo porque todo pensamiento humano es como error, si se compara con la fineza y estabilidad de las divinas y absolutísimas inteligencias, sino también como acostumbran los teólogos hablando de Dios, que por negacio-

nes y privaciones dicen lo que saben ser al contrario en Él. Así se dice inaccesible ó tenebroso lo que por su gran claridad no se deja ver; y lo que es digno de toda alabanza y no puede dignamente ser alabado se dice inexplicable; y el que está presente á todas las cosas, y que de todas se deja hallar, se dice incomprensible ó investigable; y aquello se llamará necio de Dios que pareciere contrario á la razón humana, cuando se compara con la eterna verdad, que no puede con palabras declararse. Y por consiguiente diremos que llama San Dionisio irracional, loca y necia sabiduría la que sobrepuja toda alabanza y es fuente de todo entendimiento, razón, sabiduría y prudencia; porque considerada y medída, ó consultada con los hombres carnales y del mundo, es tenida por sin razón y sin entendimiento; y los que tratan della son dichos necios, tontos y insensatos, siendo en los ojos de Dios sapientísimos. Por lo cual, aconsejando el mismo Dionisio á su discípulo Timoteo que estudiaba en esta sabiduría, para que en el proceso de tan alto ejercicio no errase, le dijo: Advierte, carísimo Timoteo, que, pues tratas de las visiones místicas y estás tan aprovechado en ellas, que para ser perfecto es necesario hacerte gran fuerza en dejar los sentidos y las operaciones intelectuales y todas las cosas sensibles y inteligibles, las que tienen ser y las que no lo tienen; y como es posible á la racional criatura, secreta ó ignorantemente te levanta á la unión de Aquel que es sobre toda sustancia y conocimiento; porque saliendo de ti y desasiéndote de todo aquello que puede enredar el entendimiento y apasionar y detener la voluntad, con limpieza y pureza, serás llevado altísimamente al rayo clarísimo de las divinas tinieblas. Y no te doy licencia para que estas cosas las comuniques con ningún gentil, ni sabio del mundo. De aquellos, digo que solamente se tienen en las cosas que se ven, sin pensar que hay otras mayores, ni mejores, escondidas á los ojos de la carne. Hasta aquí San Dionisio, y yo no quisiera pasar de aquí. Ni para ser uno perfecto contemplativo se requiere más doctrina que ésta; porque en esta se encierra toda la alteza de la perfección del alma, cuanto al estado presente de viadora, y toda la profundidad de los libros deste divino contemplador. Detengamos, pues, aquí la consideración y cuanto nos fuere posible, con el favor divino y el ayuda de los Santos, declaremos este documento, de manera que se entienda y nos aproveche.

Y por principio se debe notar que esta consurrección que se hace por ignorancia no es otra cosa que moverse nuestra ánima inmediatamente por el ardor del amor, sin mirarse en el espejo de las criaturas y sin preceder algún pensamiento y sin acompañar algún movimiento de la inteligencia. De manera que sólo el afecto ha de tocar, porque es el ojo de la Esposa con que Dios se conoce y confiesa herido. Nótese lo segundo, que aunque podemos conocer á Dios por el espejo de las criaturas, que San Agustín llamó (Aug., *l. de magisterio et vera religione*) escalera para subir á Él de grado en grado, ó por el ejercicio de la inteligencia, adonde mediante los rayos de la divina luz se conoce la primera causa por sus maravillosos efectos, hay otro camino muy más excelente que los dos, conviene á saber, el de el amor unitivo con que, dispuesto nuestro ánimo, sin ningún medio se levanta hasta el amado. Y esta consurrección ó elevación se dice ignorancia ó por ignorancia, porque no se halla en ella ni la imaginación ni la inteligencia; y aquí es adonde el alma, por el ardor del amor unida con Dios, siente y experimenta lo que todo conocimiento expeculativo ignora. Esto presupuesto, será bien declarar brevemente la letra de San Dionisio: *Tu autem, Thimoteus carissime, circa misticas visiones*, de la cual habemos de sacar lo más y mejor de todo este tratado. Mística visión se dice cuando la potencia intelectiva recibe luz y es enseñada de la afectiva que en este ejercicio va delante y la precede, y no al contrario. Y este conocimiento es certísimo y está muy lejos dél todo error, opinión ó fantástico engaño. El santo fray Gil, varón extático y muy ejercitado en esta ciencia, vino á decir que ya no tenía fe; ansí era su ánima ilustrada y enseñada por Dios. *Sensus derelinque.* Hanse de dejar en este ejercicio los sentidos y las operaciones del entendimiento. Quiere decir, que en este místico conocimiento, donde el afecto es el señor, es necesario dejar de raíz los sentidos y las obras del entendimiento. Lo primero, de parte de las misfuerzas aprensivas, entendidas por los sentidos y operaciones intelectuales. Lo segundo de parte de los objetos de las dichas facultades, que son las cosas sensibles y inteligibles,

porque esta ciencia no es como las otras que lo son del conocimiento preexistente de las cosas sensibles. Es ciencia que viene de arriba del Padre de las lumbres (Iacobi., 2), y es don preciosíssimo, y como tal destierra toda operación de entendimiento y sentidos, y todo conocimiento que se pueda alcanzar por los objetos dellos, ansí en las cosas humanas como en las divinas, porque no se aprende aquí Dios debajo de razón de cosa dulce, suave ó hermosa; á la cual aprensión ha de preceder especulación; háse de sacar esta sabiduría de otra parte, conviene á saber, de adonde no llegan ni tienen que ver los sentidos exteriores ni interiores, sino sólo el afecto que toca mediante el amor.

Mándasele más á Timoteo: que deje las cosas existentes, para excluir desta teología todo modo de aprender la divina naturaleza, especulando. Cosas existentes, dice San Buenaventura, que son las razones eternas en la mente divina á las cuales responde en las criaturas alguna cosa deducida y sacada dellas. La razón deste santo doctor es muy metafísica; alumbróla admirablemente Ruperto Abad (Rup., in Ioan), el cual declarando aquel lugar de San Juan: Lo que fué hecho en Él, era vida, alega una translación de que él se transfiere mucho, que dice: *Quod factum est in ipso ludus erat*: Lo que fué hecho antes que se hiciese en el Verbo era juego y entretenimiento. Que es como si dijera: Todas las cosas que en tiempo fueron hechas, antes que saliesen á luz hacían armonía y consonancia en el divino Verbo y eran de regalo para el Padre eterno que allí las miraba. Y el mismo divino Verbo dijo (Sap., 8) que jugaba todos los días delante de Él, esto es, que hacían en Él música acordadísima todas las criaturas; en las cuales se hallan admirables correspondencias con estas razones eternas, como las halla el músico en su vihuela con las que allá dentro de sí tiene del arte de la música. Pues porque considerando el alma por una parte las razones eternas, y por otra las criaturas en cuanto salen dellas y hacen consonancia con ellas, de tal manera es dejada debajo de sí misma, que no puede levantarse total y enteramente sobre sí, porque al fin hay obra de entendimiento, y la sabiduría unitiva en sus movimientos anagógicos, deja toda contemplación ó consideración de criaturas, aspirando sobre sí al único inteligible; mándansele dejar las cosas existentes (aunque esta consideración de suyo sea tan notable) porque allí hay alguna incurvación ó concurso natural, y por esta relativa ó correspondiente contemplación no desampara el alma de todo punto la aprensión humana, de manera que por otra, esto es, por la divina, pueda ser colocada sobre los límites naturales. Cosas no existentes se dicen aquellas según las cuales ninguna cosa ejemplada ó formada se halla en las criaturas; como es toda consideración de la Trinidad y del orden de las divinas personas, porque deste soberano misterio ningún ejemplo hay en lo criado. Que nunca vimos que alguno engendre á otro que sea el mismo que el engendrador y que ambos existan verdadera y sustancialmente; ni menos habemos visto que el amor que enlaza y une á algunos sea igual y sustancia existente, como los que se aman. Pues esta especulación excelentísima entre todas se manda dejar, no porque no sea buena, sino porque hay otra superior aprensión en la mente humana, por la cual sola altísimamente se toca el mismo Dios. Bien veo que estas cosas son dificultosas, y mejor lo vió el que las escribió y experimentó. Y por eso dice: Con fuerte lucha y combate desampara los sentidos y las intelectuales operaciones, lo sensible y lo inteligible las cosas existentes y no existentes, y como es posible levántate desconocidamente, esto es, según San Buenaventura, sin alguna especulación. Porque no hay cosa que ansí impida al alma en esta consurrección, como mezclarse el entendimiento con el afecto; porque tanto tiene de impuridad ella, cuanto dél se mezcla; y tanto más libremente el ojo afectivo en sus extensiones, es elevado cuanto el ojo intelectivo está más ciego; lo cual no se hace sin grandísimo trabajo y ejercicio; pero todo lo sufre la consideración de Aquel á quien el alma sube. Levántate, dice, desconocidamente á la unión de Aquel que es sobre toda sustancia y conocimiento. Como si dijera: Ningún deseo de gracia, ni de gloria, ni de perdón de pecados, ni de otra alguna cosa se requiere en estos anagógicos deseos, sino sólo Dios; al cual, hollados los terrenos, el alma aspira y desea unirse. Y esto, en cuanto es posible, dice Dionisio, á los viadores, porque ningún alma, si no es por inmisión ó ilustración divina, percibe esto. Pero ha de trabajar lo posible hasta que pueda decir con el Profeta: Rompistes, Señor, mis

ataduras, y en agradecimiento os ofreceré sacrificio de alabanza. Porque cuando los impedimentos sobredichos, que son como prisiones de la afectiva, mediante el divino favor, perfectamente se rompen, entonces, libre nuestra ánima, como una avecita, con solas las alas de los afectos ardentísimos levantada, de tanta libertad goza, que todas las veces que quiere se mueve á Dios, y ora con tanta atención como si le viese cara á cara, y algunas veces se levanta tanto, que parece estar fuera del cuerpo. Síguese: Saliendo de ti serás llevado limpiamente al rayo de las divinas tinieblas.

CAPÍTULO XI

De las divinas tinieblas adonde entra el alma que camina por la vía afectiva.

La introducción de las divinas tinieblas pertenece al rapto; mas por continuar la letra de San Dionisio, cuya inteligencia y conocimiento es sumamente necesario, como ya dijimos, me pareció tratar aquí dellas. Él decía á su discípulo: Desconocidamente te levanta á la unión de Aquel que es sobre toda sustancia. San Buenaventura dice que el ojo del contemplativo se puede de tal manera fijar en Dios, que á ninguna otra cosa mire ni se convierta; mas con todo eso no aprovechará tanto que pueda ver la claridad desa misma luz, antes será llevado á una niebla obscurísima; la cual elevación y conocimiento se hace por negación ó remoción de todas las cosas. Y esta elevación se llama docta ignorancia, no porque quepan ni puedan estar ignorancia y sabiduría, según un mismo respeto, sino porque en la dicha consurrección se quita todo conocimiento sensual y intelectual (á lo menos en acto) de cualquiera cosa criada y criable que pueda mover y retraer el entendimiento y impedir el afecto del ánima del actual conocimiento y amor de Dios. Y dícese ignorancia docta, porque el espíritu racional, cuando por el amor es arrebatado á las tinieblas divinas, quitando de Dios toda imperfección de criaturas, inefablemente conoce á Dios. Lo cual dijo Dionisio que era subir ignorantemente, como veremos adelante con mayor claridad.

Para proceder con ella en este capítulo tan dificultoso, pondremos cinco notables importantísimos para el conocimiento de toda la materia de los afectos; los cuales se han de conservar y tener de memoria.

1. El primero sea que el conocimiento experimental de Dios, que en esta consurrección, levantamiento ó rapto percibe y alcanza el ánima, incluye en sí dos vías ó caminos de conocer á Dios, conviene á saber: Uno de abnegación y otro de excelencia. El de abnegación es cuando negamos en Dios todo lo que dice imperfección; el de excelencia ó eminencia es cuando lo que en la criatura consideramos de perfección, como potencia, sabiduría, clemencia y otras cosas, lo atribuímos á Dios eminentemente y con infinidad; como si dijésemos suma potencia, suma clemencia, etc. Pero hase de advertir en estos dos caminos que el de la abnegación es imperfectísimo si no le juntamos el de excelencia. Para el primero destos caminos pone San Dionisio un ejemplo admirable, aunque manual. Como el escultor, dice él, labrando una imagen de madera ó de piedra va quitando todo lo que es imperfecto, y sin añadir nada descubre y manifiesta la secreta forma que desea sacar á luz; desa manera, quitando de Dios todo lo imperfecto de las criaturas, venimos en el altísimo conocimiento de su grandeza y majestad, en quien ninguna imperfección puede hallarse.

2. Nótese lo segundo que, aunque este conocimiento del Criador se termina en niebla y obscuridad, forzosamente se han de dejar primero que se llegue á él otras tinieblas, que son todas las criaturas en las cuales resplandece la divina luz. Estas, como dice San Dionisio, son privación de conocimiento y desfallecimiento de amor, porque el ánima en el rapto es privada del conocimiento y amor de cualquiera cosa fuera de Dios, que verdaderamente está escondido y su escondrijo rodea y cerca de tinieblas. Al fin, es necesario que nuestra mente desfallezca y cese de todo acto cognitivo de la inteligencia y de todo afecto de la voluntad acerca de las criaturas todas, y quedar en un grande silencio y, lo que más es, morir á todo lo criado para que viva solo el Criador en ella.

3. El tercero notable es: que en esta consurrección ó rapto se desampara: Lo primero toda operación sensitiva, y queda el arrebatado como muerto. Lo segundo, la intelectiva, ansí cuanto á las cosas que son como á las que no son, como en el capítulo pasado se

dijo. Lo tercero, la mente humana, no de manera que no quede esencialmente en sí, que eso no es posible por ninguna potencia, sino es que deliremos con Almarico hereje, que afirmaba que la mente del contemplativo perdía su proprio ser en proprio género y que volvía á aquel ser ideal que esencialmente tuvo en el arte divina, que á mi ver no era otra cosa que aniquilar el alma. Digo, pues, que desampararse el ánima á sí misma en estas tinieblas, permaneciendo esencialmente en su acto primero, es suspender otro cualquiera acerca de sí misma ó de otra cualquiera criatura por el amor ardentísimo de Dios, á quien actualmente entonces ama.

4. El cuarto notable sea que hay dos maneras de obscuridad y tinieblas en el contemplativo arrebatado: Una inferior, que es el actual conocimiento de las criaturas, que por entonces cesa, como se ha dicho. Otra superior y divina, á la cual entra el contemplativo en el rapto, que es ignorancia actual de Dios cuanto á la visión objetiva desnuda y abierta. Y llámase niebla ó escuridad divina porque de ninguna manera se puede comprender del ánima del viador aquello que por un rayo ó rayos de luz ó, como dijo Job (Iob., 36), por entre los dedos de Dios se le muestra. Esta niebla divina se llama defecto de comprensión de la divina Majestad; la cual ni los bienaventurados comprenden, porque sólo Dios se comprende á sí mismo. Y aunque se llaman comprensores, con más propriedad se podrían llamar aprensores, porque aprenden á Dios, desnuda, clara y inmediatamente, sin que queden en ellos algunas tinieblas ó obscuridad, como en los viadores por arrebatados que estén en la contemplación; porque nuestra ánima no tiene ojos dispuestos por lumbre de gloria para que pueda ver á Dios como objeto beatífico. Por esto llama San Dionisio indoctos y necios á los que dicen que ven á Dios como Él es, viviendo en carne mortal. Y San Gregorio dice que, aunque el alma más y más se levante en la contemplación, nunca llegará á la vista de Dios clara y desnuda. Y no hablo aquí de aquel especial rapto de San Pablo (II Cor., 1), ni de la Reina soberana y otros privilegiados, que si vieron la divina esencia (como algunos dicen) sin estas tinieblas, fué gracia y privilegio y no ley ordinaria, aunque no sin lumbre de gloria, no permaneciente, como los bienaventurados, sino de paso. Y porque desta materia en su proprio lugar diremos más copiosamente,

5. Nótese lo quinto que, como las tinieblas son privación de luz y desconocimiento, estas en que se termina la mente del contemplativo por la vía de abnegación antes dejan después de sí excelentísimas afirmaciones, como las afirmaciones de Dios incluyen en sí altas negaciones; las cuales negaciones y afirmaciones no se consideran respecto de alguna cosa en particular, sino de diversas, porque se niega de Dios todo lo que es imperfección en la criatura, que cuantoquier que sean perfectas son imperfectas en su género; y pónese por sobreexcelencia la afirmación de Dios respecto de la perfección que se halla en ellas. (Aug., 12 *super Genesim;* Thom., *super Paul*; Damas., 4, c. 4 in fin). Y de aquí es que San Dionisio muchas veces, hablando de Dios, dice que no es ente, sino sobreente; ni Señor, sino sobreseñor; ni bueno, sino sobrebueno, etc. Y dice muy bien, porque Dios es excelentísima y suficientísima causa de todas las esencias y bondades. Y según sentencia de San Agustín, todo el bien es Dios. De lo dicho queda claro cuando decimos: Dios no es bueno, sino sobrebueno, etc., de qué manera el conocimiento de Dios por negaciones incluye sobreeminentes perfecciones; que las negaciones, aunque parece que dicen poco, dicen mucho. Como si dijésemos: Dios no es alguna cosa sensible, sino sobresensible, ni imaginable, ni intelegible, ni existente, sino sobre la imaginación, sobre la inteligencia y sobre todo sér. Y entonces nuestra ánima es arrebatada y llevada á la niebla dicha y es más altamente levantada y entra más en lo profundo, porque se excede á sí misma y á todo la criado. De manera que el espíritu enamorado vuela á las divinas tinieblas, removidas y negadas todas aquellas cosas que se pueden sentir ó imaginar ó entender.

Vercelense, sobre este lugar de San Dionisio, dice: Que toda la filosofía humana no entendió este superintelectual y sobresustancial modo de conocer á Dios, ni le aprendió, porque no le buscó ni pensó que le había, ni se persuadió que en el alma se hallase tal virtud que con tanta fuerza hiere á Dios; pero hayle sin ninguna duda y aventájase tanto al entendimiento cuanto el entendimiento á la razón ó á la imaginación (D. Thom., 1 p, q. 79, art. 8). Nótese más que lo que aquí llamamos

afecto llaman algunos centella del sindéresis, que sola es unible al divino Espíritu con el cual se hace una misma cosa, como lo dijo el Apóstol (1 Cor., 6): El que se llega á El, un espíritu se hace con Él; y allegarse á Dios que es espíritu, ninguno puede sino con el espíritu, no entendiendo, sino amando, porque á solo el amor le es concedido hacer estas maravillosas transmutaciones y uniones. Y es tan secreta esta divina operación, que sólo aquel la entiende que alcanzó experiencia della. Porque, como dice San Buenaventura, ninguna de las potencias aprensivas del alma es admitida á ver y gozar desta altísima sabiduría; todas quedan á la halda y ladera del monte, como canalla, y solo Moisén, que es el espíritu puro ó el afecto, sube á hablar papo á papo con Dios y recibe luz de su conversación. Al fin en esta parte afectiva se le hace la salva en esta vida á la bienaventuranza, y en la otra se consuma y recibe su perfición. Pero ¡qué poquitos entienden este lenguaje, y qué menos gozan de tanto bien! Este modo de orar y contemplar, todo es de la gracia, aunque no deja de ayudar la industria para que el hombre se aparte de aquello que no es Dios, y así apartado se disponga para subir á Dios. El alma, pues, que de todo en todo se comete á Dios en esta unión, duerme con gran sosiego y vela juntamente, como dice la Esposa (Cant., 5). Duerme cuanto á los sentidos y potencias, las cuales guardan estrecho silencio y sola la afectiva vela y está ojo alerta; y en este enajenamiento de sentidos (que propriamente se llama éxtasi) oye el hombre cosas que no le es lícito ni puede decirlas, porque todo está en el afecto sin algún discurso ni obra de la razón. Y si, como dice San Buenaventura (Bonav., 2, de *luminaribus*, c. 10): Sólo aquello se puede exprimir que se concibe en el entendimiento, porque las voces son señales de los conceptos y no puede concebirse sino lo que se entiende; luego lo que sobrepujare al entendimiento no podrá declararse con palabras. Y Santa Brígida dijo que de lo bueno de la oración nunca fué buen intérprete la lengua.

Débese notar más, por remate deste capítulo, que el amor extático y unitivo de que vamos hablando tiene cuatro notables condiciones: La primera, que nos aparta de todo afecto adulterino, esto es, de todas las criaturas por el afecto único del Esposo (Cant., 2): yo para Dios y Dios para mí, y no más mundo. La segunda, que nos acarrea y trae sueño suavísimo, porque quieta y pacifica todos nuestros sentidos y potencias interiores y exteriores. La tercera, que nos levanta á lo alto por deseos anagógicos y celestiales. La cuarta, que mata en nosotros todos los impedimentos carnales, porque, como vimos, el amor es comparado á la muerte, y verdaderamente lo es de todas las cosas que no son Dios. En este tan felice estado la virtud de nuestra ánima se recoge en uno, porque solo uno vive en ella, y unida á este uno entra en su íntimo ó sube á su sumo, que, según sentencia de San Agustín, son una misma cosa en ella. Y aquí puesta, dice el Esposo: No me despierte nadie á mi querida; duerma y repose cuanto ella quisiere, que hartas vigilias le ha costado el sueño, y á quien está tan enferma de amor, esle muy saludable este dormir.

CAPÍTULO XII

De dos maneras de conocimiento, uno de viadores y otro de comprensores.

Dos maneras hay de conocer á Dios: una por espejo y enigma, otra cara á cara y como Él es; y la una y la otra tienen sus tiempos oportunos. La una es de viadores y caminantes; la otra de comprensores. La primera se alcanza en el destierro; la segunda se goza en la patria. Conocimiento por espejo es aquel que se tiene del Esposo por las criaturas, porque su composición, armonía, orden, hermosura y grandeza en cierta manera ofrecen á nuestros ojos intelectuales unas como especies de las cosas divinas, de la manera que el espejo cuando yo me miro en él me ofrece y representa mi rostro y figura. Esto es lo que dijo San Pablo (Rom., 1): *Invisibilia Dei a creatura mundi, per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur, sempiterna quoque eius virtus et divinitas* [1]. Conocimiento enigmático se llama el que tenemos por la fe, porque nos propone las cosas divinas, no descubiertas, sino con alguna obscuridad, aunque con infalible certidumbre. Y llámase

[1] «El hombre, la más excelente criatura del mundo, contempla lo invisible de Dios por medio de las cosas creadas bien entendidas, y en ellas puede también rastrear la virtud y divinidad del Creador.»

desta manera porque enigma es ciencia obscura, cuyo sentido verdadero con dificultad se puede sacar. Como se ve en aquella sentencia de Sansón (Iudi., 14): Del que comió salió el manjar, y del fuerte la dulzura. Y en lo que el Profeta dice en el salmo 86: Nació hombre en ella y Él mismo la fundó. Este conocer al Esposo celestial por espejo y por enigmas no es conocimiento derecho, sino transversal y con algunas tinieblas, y es proprio de los que vivimos desterrados en este valle de lágrimas. El que tienen los bienaventurados en el cielo es derecho y claro, ven á Dios cara á cara y conocen sus misterios al descubierto; tienen los ojos fijos y sin pestañear en aquel Sol divino, sin recebir daño en ellos. Por palabras bien claras lo dijo San Juan (I Ioan., 3): Cuando nuestro reformador Cristo apareciere en silla de majestad (en la común resurrección de los muertos), seremos semejantes á Él; conviene á saber: claros, ligeros, sutiles y impasibles. Seremos como el hierro, que entrando en la fragua se hace ascua; hierro es cuanto á la sustancia, pero las calidades y accidentes son de fuego. Los que reinan con Cristo, aunque cuanto á la sustancia no se mudan, múdanse cuanto á las calidades: están hechos ascuas encendidísimas, y siendo hombres parecen dioses, porque allí resplandecerán muchas veces más que el sol. Seremos semejantes á Cristo, dice el mismo San Juan (I Ioan., 3), porque veremos á Dios como es; esto es, verémosle perfectamente, verémosle cara á cara, verémosle en sí mismo. Y el Apóstol hizo diferencia del ver de acá al ver de la patria en esta forma (I Cor., 3): *Nunc cognosco ex parte, tunc cognoscam sicut et cognitus sum*: Agora conozco en parte; después conoceré como soy conocido. Como si dijera más claro: Dios me conoce por su esencia y yo le tengo de ver y conocer por esa misma esencia; veré la esencia por la esencia. Aquel *sicut* de San Pablo y el *sicuti* de San Juan no significan igualdad, de manera que haya yo de conocer tan bien á Dios como Dios á mí, sino unidad de medio. O digamos que ver á Dios como Él es, es verle inmediatamente conjunto á nuestro entendimiento, no como vemos las cosas corporales, que las vemos con los ojos del cuerpo, mas no pueden estar para verse inmediatas á la vista, sino por especies ó imágines, de manera que haya medio; pero Dios se juntará sin medio al entendimiento beato. Y así le veremos en sí mismo y no más en las criaturas. Bien veo ya agora la luz en el aire y en los colores, mas no en sí misma. En el destierro vemos á Dios no en sí, sino en sus obras y efectos, mas allá como es; allí se apagarán los deseos de los Santos que siempre suspiraban y clamaban por esta vista bienaventurada (Ioan, 14) ([1]). Algunos quieren pervertir este orden de ver y conocer á Dios, y cuanto más se despabilan sus ojos para ello, tanto menos tienen de luz, y enójase el Esposo y apártase lejos dellos. Lo cual parece que quiso significar cuando hablando con su Esposa la dijo (Cant., 16): *Averte oculos tuos a me, quia ipsi me avolare fecerunt*: Aparta tus ojos de mí, porque ellos me han hecho volar. Como si dijera: No me quieras mirar estando aun en carne mortal, como los que reinan conmigo en mi gloria, que me enojaré y me iré de contigo; conténtate con el conocimiento que puedes alcanzar por las criaturas, que son como espejos que me representan y dan á conocer, y por el que te enseña la fe, que es conocimiento humilde; que si me miras directamente, esto es, si con curiosidad y atrevimiento loco quieres saber y ver más de lo que al estado presente se concede, luego volaré y me ausentaré de ti. Por esto dijo San Dionisio que la mente del contemplativo no ha de tener ojos; á lo menos uno sabemos de cierto que hiere á Dios, y dos parece que le destierran. Este uno dice San Buenaventura que es el afecto que penetra hasta lo profundo y secreto de Dios, y el cabello es la elevación de las mentales consideraciones. Yo diría que no habla aquí el Espíritu Santo de un ojo ni de un cabello en singular, sino del uno de los ojos y del uno de los cabellos. Y por si por los ojos entendemos los afectos y por los cabellos los pensamientos (como lo entienden todos los intérpretes deste lugar) aquel herirá y atará á Dios que no amare sino á uno ni pensare sino en uno: el que tuviere los deseos todos y los pensamientos tan á una, que ninguno se aparte de Dios. Y así aquel *in uno* significa, á mi parecer, en la unidad, ansí de los ojos como de los cabellos. Bienaventurada el alma que no perdonare ni dejare de acometer y herir á su Esposo muchas veces con estas armas de los puros afectos, haciendo

([1]) Alude sin duda á la súplica de Felipe: «Señor, muéstranos al Padre y ya nos basta».

cuenta que está puesto y que le tiene por blanco á sus saetas, porque favorablemente recibe tales heridas el que también sabe hacerlas.

CAPITULO XIII

Cuestión única, en que se trata si es necesario que en esta mística teología preceda ó acompañe el entendimiento al afecto. Es notable, y en sustancia encierra todo lo que conviene saber en esta materia.

El seráfico doctor San Buenaventura, habiendo tratado el modo que se ha de tener para alcanzar la unitiva y mística sabiduría, y de sus calidades, hace una cuestión, á mi parecer importantísima, para que el contemplativo acabe de entender cómo esta ciencia se alcanza más por actos anagógicos, amorosos afectos y extensión de deseos, que por especulación y delgadeza de entendimiento. Pregúntase, pues, si el ánima, según su afecto, puede aspirando y deseando volverse á Dios, sin que preceda ó acompañe el entendimiento, entendiendo y meditando. Y aunque se hallan algunos lugares de Escritura y dichos de Santos en que primero se pone la meditación que los afectos, porque los argumentos no ofusquen á la gente sencilla y devota, pondré aquí sola la determinación de la cuestión, con las razones de San Dionisio y San Buenaventura y otros contemplativos. San Dionisio, en el principio de la *Mística Teología*, como ya vimos en el capítulo de las tinieblas, aconseja á su discípulo Timoteo que trabaje cuanto le fuere posible por desamparar acerca de las visiones místicas los sentidos y operaciones intelectuales y todas las cosas sensibles y intelegibles, las que tienen y no tienen existencia, y como es posible se levante ignorantemente á la unión de Aquel que es sobre toda sustancia y conocimiento, etc. ¿Luego no es necesario que preceda meditación para que el verdadero enamorado se levante á Dios? El mismo, en el libro de los *Divinos nombres*, cap. 7, dice ansí: Conviene que se entienda que nuestra ánima tiene virtud para entender, por la cual mira y contempla las cosas que pueden ser della entendidas; pero también es necesario saber que tiene virtud unitiva, que excede la naturaleza del entendimiento, por la cual se junta á las cosas que son superiores á ella. Luego, aunque en las humanas y terrenas primero es necesario entender que amar, en el verdadero y experimental conocimiento de las divinas primero es necesario sentir por amor que entendiendo al mismo Dios (que de nosotros es sentido) pensar de Él. Porque aquello que en las cosas divinas experimentalmente siente el afecto, verdaderamente lo percibe y alcanza el entendimiento.

En el mismo capítulo llama este santo doctor á la mística sabiduría, irracionable, estulta y loca, como ya vimos, dando á entender que no se procede á ella por razones ni arguyendo, como en las otras ciencias, sino deseando y amando. Y parece confirmarlo el Profeta cuando dice (Psal. 33): Gustad y ved qué suave es el Señor. Adonde primero puso el afecto que la inteligencia. Y regla es de los que tratan desta mística teología que primero se ha de tener la práctica della que la teórica; esto es, el uso y ejercicio en el corazón, que la noticia della y de las cosas que se dicen en el entendimiento. Y el comentador dijo que la sabiduría mística suspende los oficios de la imaginación, de la razón y del entendimiento, ansí práctico como especulativo, y excluye todo entendimiento y todo lo intelegible y todo ente, uno y vero, y trasciende todo espejo y enigma, y une el Espíritu divino, por la dignación suya, al ápice de la principal afición. De lo cual todo y de otros argumentos que dejamos se concluye que en la mística sabiduría no se requiere algún pensamiento ó conocimiento del entendimiento, sino muchos y diversos afectos amorosos. Por lo cual, respondiendo y determinando la cuestión, digo que esta sabiduría mística no es de todos, sino de solos los cristianos; y así presupone el conocimiento de la fe y el fundamento de caridad. De donde se sigue que ningún hombre mortal, por grande filósofo que sea, pudo ni podrá comprender, investigando ni raciocinando, esta sabiduría, que se asienta en el supremo afecto del alma y trasciende toda la facultad de la inteligencia humana, porque está reservada y se descubre á los hijos de Dios, los cuales de sólo Él esperan consolación; que por eso se llama mística, esto es, cerrada ú oculta, porque es de pocos conocida Para entender de raíz la verdad de lo dicho se debe notar que hay dos maneras de aprender, según dos naturales potencias que tenemos para llegarnos á Dios. Digo que

cada una de nuestras ánimas tiene potencia de entender, esto es, entendimiento, y potencia de amar, que se dice afecto, con las cuales dos aprende á Dios, que es suma verdad y suma bondad; la verdad aprende con el entendimiento y la bondad con el afecto. Según estas dos potencias, se hallan dos caminos de excelencia para Dios: uno de contemplación, figurado por Raquel, hermosa á la vista, conviene á saber, cuando nuestra mente, alumbrada con la luz del cielo, tiene por oficio meditar y pensar tan solamente cosas celestiales, sin que las guste la voluntad ni arda en ellas. El otro está en el afecto, y es dicho ardor de amor, y es cuando nuestra ánima con el fuego del Espíritu Santo, enviado de arriba, aspirando á sólo Dios por inflamadas afecciones, á sólo Él desea, para verse unida con Él con estrechísimo vínculo de amor; y esta se dice la bonísima parte de María, que, como escribe San Juan (Ioan, 20) ardía en el deseo (¹). Y es sin duda este camino el mas perfecto de todos, según que lo afirma San Pablo. El cual después de haber tratado de muchas y diversas gracias que hay en la Iglesia, en que se han de ocupar los ministros della, añade: Imite cada uno y siga destas gracias las mejores y de más ganancia. Y concluído el capítulo dice: Y aún me queda otro camino más excelente que enseñaros. Como si dijera: Buenos caminos son esos; conviene á saber, de enseñar, predicar, curar, profetizar, gobernar y interpretar Escrituras; pero otro más alto y más excelente os quiero yo enseñar; y diciendo esto y entrándose á tratar de las excelencias de la caridad, todo es uno. Dejando, pues, por llano que este camino del amor es el más excelente y provechoso, es necesario saber que se anda de dos maneras: una escolástica y común, otra mística y secreta. La primera procede por modo de inquisición y de elevación, y comienza de las cosas inferiores y sube hasta Dios por un ordinario y continuado ejercicio de meditación. Y para ser de algún provecho, como dice San Agustín, se ha de terminar en amor. Otro modo hay de subir á Dios mucho más noble que éste y más fácil que todos; y este es el de la sabiduría unitiva, de que vamos hablando. Lo cual define San Dionisio (libro 7 de *Divinis nominibus*) por estas palabras: *Sapientia est divinissima Dei cognitio per ignorantiam cognita, secundum unitionem super mentem*, etc.: Esta sabiduría es un divinísimo conocimiento de Dios, conocido por ignorancia, según la unión que se hace sobre la mente; esto es, cuando esta porción superior de nuestra ánima, apartándose de todas las cosas criadas, y finalmente dejándose á sí misma, se une á Dios y es hecha un espíritu con Él. De manera que en este ejercicio soberano, esta sabiduría divina de que hablamos sin alguna meditación ó investigación precedente arrebata y atrae para Dios el afecto de la mente. Y ansí no conviene en ella pensar, ni de las criaturas, ni de los ángeles, ni de la Trinidad. Lo cual pertenece á la especulación, que sólo es obra del entendimiento. Verdad es que esto se entiende de los ya aprovechados, que en los imperfectos necesario es el ejercicio de la vía purgativa y iluminativa, de que largamente trata San Buenaventura en su *Mística Teología*; adonde también dice que después que por la meditación, el afecto se enciende y se levanta suficientemente, entonces ya no hay que meditar ni que especular; todo cesa y sólo el afecto reina; y con tanta facilidad y suavidad se levanta el ánima anagógicamente, esto es, deseando y amando de día y de noche y en todo tiempo, como respiramos y vivimos. Y al fin se llega á que el afecto preceda al pensamiento, porque aquello que se gusta con el afecto, como queda dicho, muy bien lo percibe el entendimiento. En el primer camino subimos de las criaturas al Criador y de las cosas inferiores á las superiores, y allí pausamos por amor. Mas en este místico sucede al contrario, porque aquel verdadero amor, que es el Espíritu Santo, tercera persona de la beatísima Trinidad y última en orden á las demás, es á nosotros más propincua y es la primera en esta consurrección afectiva á Dios. De donde viene que este divino espíritu, mediante el fuego de su amor, toca y inflama lo supremo y más eminente de la parte afectiva, y inefablemente sin algún pensamiento ni meditación la arrebata á sí. En este estado todo es el ánima como la piedra respecto de su centro, que no habiendo quien la impida derecha camina para

(¹) No se hallan estas palabras en el capitulo que cita, y me parece que tuvo el Padre Angeles una distracción aplicando al evangelista lo que dice el expositor San Gregorio sobre este capítulo (Homilia 25). Allí se encuentra el *ardebat desiderio* por ver á su Maestro.

él. Cosa maravillosa y de sólo el poder y saber de Dios ver un alma arrebatarse y elevarse en Dios sin algún rodeo ni vuelta, esto es sin que preceda obra ninguna del entendimiento, con el peso de su amor. Y así, sola aquella potencia que en nuestra ánima se dice afectiva es unible al divino Espíritu, mediante el engrudo y liga de la caridad; y esta potencia, en cuanto es lo supremo de nuestro espiritu, casi de todos es ignorada, solos aquellos la conocen cuyo afecto inmediatamente con su fuego es tocado y movido del Espíritu Santo. Así afirma San Dionisio que esta parte afectiva se dice inmediatamente movida del Espíritu Santo; y según ella procede toda la mística teología. Por lo cual dice que mediante esta virtud, ansí movida y tocada, es mucho mayor el conocimiento que de Dios tenemos que por ninguno otro camino de especulación. Porque, cuanto á lo primero, siendo tocado el ápice ó alteza de nuestra mente, según la cual virtud se levanta á Dios ardiendo, deste contacto queda en el alma un verdaderísimo conocimiento del entendimiento, porque aquello sólo que siente de las cosas divinas aprende él verdaderísimamente, como se dice al principio de la *Mística Teología*. También desta unión y contacto se aclara maravillosamente el ingenio para conocer y investigar cosas altísimas y secretísimas. Las que son imaginarias y fantásticas desaparecen; los sentidos exteriores se corrigen y moderan como con un freno; y aun hasta la sensualidad y la carne se amortiguan; porque cuanto el ánima más se levanta aspirando, más se debilita la corrupción desa carne que nos inflama y abrasa. Con esta doctrina queda respondido á todas las dificultades que por la parte contraria se pueden poner; porque la meditación ha lugar en los principiantes y aprovechantes, pero no en los perfectos, que sin ella se levantan á Dios cuantas veces quieren por el ardor del amor. Concluyendo, pues, con esta cuestión, digo lo que San Dionisio: Que cuanto más eficazmente, levantándonos á Dios, cercenáremos y desterráremos todo conocimiento intelectivo, tanto más presto nuestro afecto, nadando y como libre sobre las aguas de la razón, aprenderá lo que busca y desea. Y si preguntare alguno qué tengo de hacer, si ni tengo licencia de pensar en los ángeles, ni en las criaturas inferiores, ni en la beatísima Trinidad, lo que le puedo responder es: Que aspire á Dios si está bien purgado y iluminado, porque en el ejercicio de aspirar, si hay perseverancia, aunque falte gusto, se sentirá mil veces más presto inflamado y encendido y hará mayor experiencia de la suavidad de Dios que si pensase en la eterna generación y emanación de las divinas personas, en la creación de los ángeles y armonía de todas criaturas.

CAPÍTULO XIV

De las oraciones jaculatorias de que de ordinario se ha de aprovechar el alma para herir á Dios.

Aunque los caminos que los Santos enseñan para allegar el ánima á la perfecta caridad y unión íntima con Dios sean muchos y todos enderezados á un fin, el más breve y compendioso dellos, conforme á la doctrina de San Dionisio y San Buenaventura, es levantarse el ánima continuamente al Señor, por afectos amorosos y deseos encendidos, los cuales llama San Agustín oraciones jaculatorias; porque como saetas de fuego eficazmente penetran y sobrepujan todos los medios que hay entre Dios y el que ora. El mesmo, sobre aquel verso del salmo que dice: Entre mi oración en vuestro acatamiento, entre otras cosas notables escribe ésta: Maravillosa virtud la de la oración, que atrevidamente allega y entra adonde la carne no tiene lugar de entrar ni aun de acercarse. Pero ¿qué oración es esa tan atrevida? El mismo la difine diciendo: Es elevación ó levantamiento de la mente á Dios por afecto piadoso. Aquél, pues, ora perfectamente que sin intermisión se levanta á Dios por deseos anagógicos; los cuales siempre son de Él muy bien recibidos. El Sabio dijo (Eccl., 35): La oración del que se humilla penetra las nubes, esto es, el tropel de los pensamientos que pretenden impedir nuestro camino, ó la multitud de los Santos que asisten delante de Dios, como el mensajero fiel y diligente que rompe por la multitud de la gente para llegar á dar el recaudo á aquel á quien es enviado. Así lo hizo Eliecer, que no quiso comer bocado hasta que dió el recaudo de su señor y recibió su despacho (IV Reg., 8). Aquella postura de Elías, que pidiendo agua á Dios metió la cabeza entre las rodillas, parece dificultoso de entender qué

quiso significar. Algunos dicen que era postura de esclavos, que se ponían de aquella manera para que los azotasen; y eso debiera de querer el profeta, que le azotase el Señor por su pueblo, á trueco de que se desenojase con ellos. Otros dicen, y mejor, que lo hizo de puro humilde y confiado en la amistad de Dios, que son dos circunstancias importantísimas para orar. Quiso obligar á Dios con aquella postura tan trabajosa. Como acá soléis decir á vuestros amigos: No comeré hoy bocado si no me hacéis merced en esto que os pido; ansí el santo Elías oraba delante de Dios, todo encorvado, y debíale decir: Así me tengo de estar si no me remedias. Digo que en las oraciones jaculatorias y amorosas se requiere grande humildad y confianza en Dios. Que como el arco cuanto más se dobla y flecha tanto más lejos envía la saeta; y el ave para volar alta cose el pecho con la tierra; y el músico para cantar alto pone la clave en la última y más baja regla, así el ánima tanto más subirá á Dios, y tanto con mayor violencia le herirá con estas saetas de amor, cuanto más se humillare y confiare. Y nunca se convertirá desta manera á Dios, que Él no le salga al camino y le dé nueva gracia y nuevos dones del cielo. Este camino llamaron los Santos estudio y escuela de sabiduría, la cual no se deprende con muchedumbre de libros, ni con argumentos sutiles y sofísticos, sino con extensión de afectos en Dios. Advierta empero el cristiano lector que para alcanzar esta sabiduría es necesaria la pureza del corazón; la cual se ha de granjear procurando siempre tener buena y ferviente voluntad para con Dios, guardando su corazón vigilantísimamente de todo pecado, buscar al Señor en todas las cosas en verdadera inocencia, sinceridad y simplicidad; teniéndole siempre delante de los ojos como presente; porque en tanto que vivimos en el mundo, si el amor proprio no muere en nosotros, brota continuamente vicios, engendra malos pensamientos, inclinaciones perversas y vanos deseos; los cuales nos apartan de Dios, ensucian nuestras ánimas y perturban la paz interior y sonnos de grande impedimento. Por tanto, luego que el hombre sintiere algo desto, débelo quebrantar en la piedra viva Cristo, y negarse á sí mismo; esto es, donde quiera que se hallare á sí, y que busca su gloria y no la de Dios, huir de sí y aborrecer y desterrar y perseguir aquello en que se halla á sí y no á Dios.

Pero ¿qué cosa es negar el hombre á sí mismo? No sólo no seguir sus deseos, mas procurar y trabajar por no sentirlos, y morir á sí y á todo desordenado amor de las demás criaturas. Debe, pues, el que estudia en la pureza del corazón, salir de sí y despertarse, y, sin reservar nada para sí, sujetarse á Dios y á los hombres por Dios, aparejado siempre y resignado para todo el beneplácito divino, por cualquiera vía que le constare, igualmente en las cosas prósperas y adversas. También ha de trabajar cuanto le fuere posible de tener el corazón desnudo de fantasmas y imágines de cosas criadas, representaciones y formas, y, lo que es más, según queda dicho, de todo desordenado afecto. Ayuda para esto huir las parlerías, cortar las ocasiones de hablar, de saber curiosidades, de ver cosas hermosas, apartarse de negocios y ocupaciones inútiles, mortificar los sentidos, cercenar lo superfluo, ansi en el comer como en el ornato y atavío exterior; y tras desto, despertar la fuerza concupiscible del ánima, multiplicando los deseos de amar ferventísima y castísimamente á Dios. Y no es necesario para esto formar silogismos, ni especular con el entendimiento, sino despertar el afecto y aspirar incansablemente á Dios, penetrando los cielos y todas las cosas con inflamados deseos, sin descansar ni reposar en otro que Dios, deseando siempre más y más agradarle y cumplir su voluntad. Podrá decir desta manera: ¡Oh buen Jesús! ¡Oh esperanza mía y mi refugio! ¡Oh amor mío único! ¡Oh Esposo florido de mi ánima! ¡Oh dulzura de mi corazón! ¡Oh esencia de mi esencia y agradable descanso de mi espíritu! ¡Oh deseada consolación mía y mi sincero gozo! ¡Oh día hermoso de la eternidad y luz serena de todas mis entrañas! ¡Oh resplandeciente cónclave y agradable Paraíso de mi ánima! ¡Oh amable principio mío y toda mi suficiencia! ¿Qué quiero yo fuera de Vos, ni en el cielo, ni en la tierra? Vos sois mi verdadero y eterno bien; arrebatadme en pos de Vos, para que alegre, pura y perseverantemente corra en vuestro seguimiento, al olor de vuestros vivíficos ungüentos.

A este tono puede formar saetas, según el Espíritu Santo lo enseñare, siendo cierto que este ejercicio de aspirar es eficacísimo para borrar los pecados y toda deformidad y desemejanza del ánima con Dios, y para la ilumi-

nación, simplificación, purificación y inflamación del corazón; y finalmente, para que nos trague Dios y nos una consigo.

Advierta empero el que se hubiere de ejercitar en este modo de orar, que puede haber aqui gula espiritual y daño notable en la cabeza, si con demasiado ímpetu hace estas elevaciones; en las cuales muchos adulteraron, deleitándose en ellas, siendo dones de Dios, más que en Dios. Por lo cual se requiere discreción, y muy grande, y velar continuamente para que nuestra intención sea casta y pura y deiforme, que no se busque sino la gloria de Dios ni se dañe con la demasía la salud.

También se debe advertir que la nobleza del ánima racional es tanta que, ya que no puede obrar infinito, por ser finita su virtud, puede desear infinitamente; porque como Dios sea infinito, no quiere ser de nosotros amado sino con amor infinito; pero como ninguna cosa hay en las criadas que pueda extenderse en infinito, sino el deseo, ese quiere su Majestad que sea infinito. Quiero decir que en el amor y en el afecto de amar y honrar á Dios el deseo sea infinito. Por esto, en las aspiraciones y oraciones jaculatorias no se ha de mirar la imposibilidad de lo que se desea (cuanto al ponerlo en obra) sino á que sea ello enderezado á sola la honra y gloria de Dios; que cuando sola la impotencia que hay de nuestra parte impide el efectuar lo que deseamos, el deseo será coronado por Dios, como se coronara la obra si fuéramos suficientes para ella. Porque, como nuestro Salvador dijo (Matth., 15): Del corazón sale lo que nos hace dignos de honra ó de vituperio. De manera que cuando á la voluntad no pueden seguirse obras, ella recibe nombre y corona como si fueran obras. Acabo con este capítulo diciendo que, para conocer el hombre sus defectos y la disimilitud que hay entre él y Cristo, ningún ejercicio hay tan poderoso como el de las aspiraciones, en las cuales pide á Dios humildad, caridad, mortificación, unión, paciencia y las demás virtudes; porque todas las veces que pedimos alguna virtud, ó el amor divino, súbitamente se nos ofrece al entendimiento cómo antes desta oración hecimos contra lo que estamos pidiendo; por lo cual nos habemos de doler, y á lo menos por aquel tiempo que oramos ha de caer de nosotros cualquier mal pensamiento y deseo que haya en el corazón contrario de lo que pedimos; en el cual no pueden caber juntamente dos deseos contrarios y entre sí repugnantes. De donde se sigue que, aspirando á Dios, ó ha de perecer lo que en el corazón está vicioso y malo, ó la oración jaculatoria, enferma y flaca, no ha de llegar á Dios; porque la impuridad del corazón no puede derramar puros afectos. ¡Oh con cuánto cuidado debría el siervo de Dios procurar que dentro de sí no hubiese cosa que le impidiese la libertad de convertirse á su Criador y de enderezar á Él su corazón! Sin esta libertad, ni la salud ni el Reino de Dios pueden estar dentro de nosotros; más pierde quien ésta pierde que vale el cielo y la tierra, porque ni el cielo, ni la tierra, ni todas las criaturas me sirven de nada si mi corazón está de tal manera aficionado y asido á algunas dellas, que no le pueda convertir, derramar y levantar á su Criador Por esto debemos siempre trabajar por tener pureza de corazón para que mediante ella seamos idóneos y estemos hábiles para recebir los influjos de la divina gracia, para establecer nuestro amor en Dios y para la cumplidísima abnegación y resignación nuestra. Esta abnegación y resignación de sí mismo (por la cual el hombre totalmente se deja, sale de sí y de toda propriedad se desnuda, ofreciéndose á Dios para todo lo que fuere de su voluntad) es la llave que da entrada al hombre para Dios y á Dios para el hombre; y tanto cuanto más el hombre sale de sí, tanto más lugar deja á Dios para entrar en él por gracia y amor.

CAPÍTULO XV

Del mayor impedimento que tiene la vida espiritual, que es el amor proprio.

Muy á cuento nos viene en este lugar tratar del mayor impedimento que tiene la vida espiritual, y que de todo punto quita la libertad de aspirar á Dios por actos anagógicos, que es el amor proprio, raiz y fundamento de todos los males, fundador de Babilonia y enemigo capital del divino amor. Para que se entienda de raiz qué cosa es el proprio amor y sus obras, se debe notar que en nuestra alma no puede haber dos cosas principalmente amadas, sino una sola, en virtud de la cual se han de amar las demás que se amaren, y ésta ha de ser forzosamente ó Dios ó alguna criatura; y porque

entre todas á aquella se inclina con mayor propensión la voluntad que le es más conjunta y vecina, pudiendo, como puede, aplicar á sí misma el amor y quererse como si fuera cosa de sí misma distinta; necesariamente, si Dios no fuere la cosa primera y principalmente amada, lo ha de ser esa nuestra voluntad. De manera que no hay dar medio ni tercero amor, sino que ó ha de ser Dios el que ha de tener en mí el primero y principal lugar, ó yo mesmo. Y por esta razón solos estos dos amores, de Dios y proprio, son entre sí capitales enemigos y en ninguna manera se compadecen en el alma, porque cada uno pretende el primado en la voluntad. Y si el amor de Dios fuese el primero y buscase lugar el proprio, no sería posible que le tuviese primero, sino segundo. De aquí es que el amor de Dios, en cuanto primero, ningún enemigo tiene en nuestra voluntad sino al amor proprio, que solo puede hacerle guerra y ocupar aquel lugar, aunque injustísimamente por cierto, porque de derecho natural y por confesión de todas las criaturas esta prerrogativa de ser primero y principalmente amado á sólo Dios se debe.

Y aun, como arriba dijimos tratando del amor en común, la naturaleza del mismo amor lo pide ansí, por no haber cosa digna del nuestro, en cuanto primero, sino Dios; el cual enseñoreándose de nuestra voluntad, y teniendo el principado, como es razón y deuda, es ordenado, justo, verdadero y recto, y la primera justicia y rectitud de la voluntad. Pero siendo el amor proprio el primero, por ser contra todo el derecho natural y divino, es desordenado, falso, injusto, torcido y indébito contra Dios, contra la verdad y contra el orden de naturaleza; y es la primera injusticia, la primera deordenación, la primera injuria y ofensa de Dios, el primer mal y el primer vicio y oblicuidad. De manera que cuando me doy á mí mismo el amor que no me debo, y no á Dios, cuyo es y al cual sólo le pertenece, ofendo gravemente á su Majestad, hágole grande injusticia, menospréciole y quítole en cuanto puedo su honra, y por consiguiente me hago Dios, que es la mayor maldad que puedo cometer; porque derechamente le quito el primado que de derecho se le debe y cuanto es de mi parte le destruyo y aniquilo y hago que siendo Dios no lo sea. Y de aquí nace la mayor contrariedad y enemistad que se puede imaginar entre Dios y el hombre.

Entenderse ha esto mejor si recurrimos á la naturaleza del amor, que es convertir, mudar, transformar el amante en la cosa amada. Que como amando yo cualquiera cosa fuera de mí me convierto en ella, amándome á mí mismo claro está que me convierto en mí y me hago á mí fundamento proprio mío, fuera de Dios y contra Dios; sígome y ámome como último fin, y cualquiera otra cosa que amo la amo por mí ó á mí en ella; soy mi señor y no reconozco otro. Lo cual es proprio de solo Dios, que no tiene superior á sí ni á su voluntad. Y porque del amor de sí mismo se sigue la propria voluntad, síguese también en el alma que ama la suya derechamente la mayor enemistad que puede haber entre ella y Dios, por estimarse en tanto que se hace como Dios, y por consiguiente apetece y desea que le den lo que se le debe á Dios, que es honra y gloria; cosa que Dios siente mucho y castiga con grandísimo rigor. Sacamos de aquí que la empresa principal del varón espiritual, y en que más cuidado ha de poner, es en acabar con el amor proprio, fundamento y seminario de todos los males, y el que solo impide en nosotros el amor de Dios.

CAPÍTULO XVI

De cómo el amor de Dios siendo en nosotros el primero es raiz de todos los bienes y el proprio lo es de todos los males.

Al fin, no hay cosa sin amor, y de las que son él es la causa, y siendo el que en nosotros vive, reina y tiene el principado bueno, necesariamente, según lo que habemos dicho, lo ha de ser todo lo que dél como de raíz procediere. Y porque el amor de Dios es todo nuestro bien y nuestro tesoro, siendo el principal, dél nacen todos nuestros bienes, y ninguno tenemos sino dél y por él. El es nuestra primera justicia y principio de toda nuestra luz; es nuestra rectitud y fundamento de toda rectitud; es nuestra primera amistad, verdadera y buena, y origen de toda buena y verdadera amistad; es la primera fortaleza, la primera vida y el primero bien, y dél procede todo bien, y él solo es el que nos hace divinos por la virtud maravillosa que tiene de convertir y transformar nuestra voluntad en

la cosa que principalmente ama; la cual como sea Dios, quedamos deificados y hechos un espíritu con Él, queriendo lo que quiere y con el fin que lo quiere.

Pero ¿qué diremos del amor proprio, cuando es primero y principal en nosotros? Ello se está dicho, pues nos consta que es enemigo capital del divino, y su contrario; es raíz y fuente de toda injusticia, de todo vicio, de todo pecado, de toda ceguedad, de toda ignorancia y, brevemente, de todos los males y dolores que padecemos. Y si éste saliese de por medio, no había necesidad de infierno, como lo afirma San Bernardo. De aquí es que, tratando Cristo nuestro Maestro con sus discípulos de cómo le habían de seguir con aprovechamiento y como varones perfectos, al primer paso y escalón puso la abnegación de sí mesmos. El que quiere venir en pos de Mí, dice Él, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame (Math., 16). Uno es el canon, pero tiene tres cosas tan necesarias y de tanta importancia y tan hermanadas, que no sufren división: es torzal de tres ramales que nos lleva infaliblemente á la perfección y nos subirá al cielo; y un solo ramal que se quiebre, de ningún provecho son los que quedan; es una trinidad de preceptos, que cada uno de por sí lo es y uno de otro diferentes, pero constituyen una esencia, que es una vida esencialmente buena; y cualquiera que se niegue ó se deje, se niega esta esencia; quiero decir, que no queda cosa esencial en vuestra vida. Si os negáis á vos mismo y tomáis vuestra cruz y no seguís á Cristo, no sois cristiano, sino pagano, porque muchos dellos hicieron eso; si no os negáis, aunque llevéis cruz (que nadie vive sin ella) no podéis seguir á Cristo, porque Cristo y carne vuestra, cruz y sensualidad, nunca pueden ser amigos. Y así es imposible que vos sigáis á Cristo sin desterrar primero por la mortificación y penitencia los afectos y pasiones de carne, que es el primer escalón de la vida religiosa y perfecta: niéguese á sí mismo, etc. Como si dijera Cristo más claro: El que se determinare á seguirme y á andar en mi compañía y ser mi amigo, no se ha de seguir á sí, ni andar en su compañía, ni ser suyo (Matth., 8). Deje de ser lo que es y será lo que no es; deje de ser carnal y será espiritual, que carnal y amigo de Dios (que es espíritu) es imposible; vivir según la carne y agradar á Dios no se compadece, según la doctrina del Evangelio (Rom., 8). San Crisóstomo dice que negarse á sí mismo es hacerse cada uno enemigo de sí proprio y hacerse tratamiento de enemigo. Y pone un ejemplo en esta forma: Teníades, dice, un amigo que le estimábades en mucho, y gustábades tanto de su conversación, que ni un solo punto os podíades hallar sin él; si comíades, á la mesa; si dormíades, al lado; si salíades de casa, con vos; al fin, érades vos otro él y él otro vos. Estando en esta tan estrecha amistad, llegan á deciros que os guardeis dél, porque os trata traición, y que pretende quitaros la vida. Quedáis fuera de vos oyendo esto, y con admiración decís: ¿Es posible que fulano, mi grande amigo, me es traidor? Y en un instante os mudáis y trocáis todo el amor en desamor y en odio, y le negáis de manera, que si le viésedes azotado, perseguido y lleno de trabajos, no sólo no le ayudaríades ni os compadeceríades dél, mas antes recibiríades contento y deleite de sus males. ¡Oh traidor, decís, que me quería matar so especie de amistad! No me entre más por mis puertas, no le vea yo de mis ojos, ni escrito en pared.

Hermano mío, á ti que vas leyendo esta escritura digo, ¿tú no sabes que esta carne que tanto regalas, para quien se buscan los manjares preciosos, los vinos costosos, la seda, el oro, las piedras del Oriente, los contentos y placeres vanos; esa de quien tanto fías, con quien tan familiarmente tratas, á quien de día y de noche sirves; esa con quien duermes y estás amancebado, so especie de amistad, trata de quitarte la vida del alma y entregarte á los demonios, enemigos tuyos, para siempre? Que bien y como experimentado dijo Salomón (Eccle., 18): No vayas en pos de tus apetitos y deseos, no sigas tu voluntad, no te andes tras ti mismo, porque vernás á morir á manos y con gozo de tus enemigos.

Preguntado un santo monje qué camino había para el cielo breve y seguro, respondió: Sé humilde y donde quiera que te hallares déjate á ti mismo. Por cierto él abrevió y cifró en pocas razones todo lo que en esta materia se puede decir, porque en la humildad y en el huir de sí el hombre consiste gran parte de la perfección ó el todo della. Porque no es posible haber en el alma, como queda dicho, faltando el amor proprio, sino el de Dios. Y así huyendo yo de mí tengo de venir á parar

en Dios, que es el verdadero centro del alma. ¿Y qué otra cosa es huir de mí, donde me hallare, sino desamparar mi voluntad en cualquier ejercicio que la conociere opuesta y que contradice á la de Dios? Aquél verdaderamente se niega á sí mismo y huye de sí que en todo tiempo, lugar y negocio tiene en su boca aquellas palabras de Cristo: No mi voluntad, Padre de mi alma, sino la vuestra se haga; en las cuales palabras hizo lo primero meritorio cuanto padeció y esperaba padecer, refiriéndolo á la voluntad y beneplácito de su Padre y para su gloria; lo segundo, descubrió aquella su perpetua obediencia hasta la muerte; lo tercero, ató las manos al Padre para que no le librase de beber el amarguísimo cáliz de su pasión. (F. Francisquinus Ferrariensis, *de Pasione Domini*. pág. 355: *Tristis est anima mea*). Y así es, que por esta oración ó resignación y abnegación fué como forzado el Padre ó á dejarle en aquellas pasiones que ya su voluntad le tenía señaladas y prescriptas, ó á turbar esta su obediencia y resignación, por la cual de todo en todo quiere que la voluntad del Padre se cumpla. De manera que dichas estas palabras quedó por imposible dejar de beber Cristo el cáliz de su pasión, por razón destas dos voluntades; conviene á saber: la del Padre, que eficazmente se le ofreció, y la del Hijo, que eficazmente le aceptó. Y por aquí se verá lo que importa la abnegación de la propria voluntad y resignación en la de Dios con eficacia. No hay sacrificio tan agradable al Señor como éste, ni de tanto provecho para el alma. Porque no hay cosa tan estimada ni tan propria del hombre como la voluntad; y quien ésta dió, todo lo que pudo dar dió.

Pero no basta negarse á si mismo uno para ser perfecto, porque el Maestro divino á la abnegación juntó el tomar la cruz y el seguirle á Él, significando que la vida del cristiano es vida crucificada, y que no se puede dar un paso en seguimiento de Cristo sin cruz. *Semper mortificationem Iesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Iesu manifestetur in carne nostra mortali*: Siempre habemos de andar rodeados y cargados de la mortificación de Jesús, para que la vida de Él se manifieste en nuestra carne mortal (II Cor., 4). Son palabras estas del Apóstol de harta consideración; péselas el que deseare mortificarse á la traza de Jesús, que allí verá y conocerá cuánto le importa morir de todo en todo al amor proprio, del cual ningún rastro ni memoria hallará en Jesús, sino una perpetua y constante resignación en el querer de su Padre hasta la muerte.

Al fin, el amor proprio es el fundamento y raíz de todos los males, de que ninguno se verá jamás libre si no le crucificare y destruyere en sí. Dél nacen dos diferentes amores en nosotros: uno por razón del alma; otro por razón del cuerpo. Por parte del alma nace en nosotros el amor de la propria honra y excelencia; por parte del cuerpo, el amor del gusto y deleite corporal y sensual. El que, menospreciando á Dios, se ama á sí mesmo, ama luego la propria honra y excelencia, ó ama el deleite de la carne. Y de estos dos amores ó bienes, aunque falsos, nacen todos los demás, porque amando la honra, de fuerza se han de amar todos los medios que sirven para granjearla y aumentarla; y amando el deleite corporal se han de amar y buscar todas aquellas cosas que le pueden acrecentar y conservar, y con ellas se traba estrechísima amistad; y tanto más estrecha, cuanto sirven más á la conservación de algunos destos bienes del alma ó del cuerpo. Sí que no se aman las cosas temporales y exteriores por sí mesmas, sino porque sirven á la propria excelencia ó al deleite; y porque en todas la que más puede y á quien obedece todo es el dinero, sobre todas se ama el dinero. Ámanse las ciencias, los oficios, las prelacías, porque son medios para la honra. Y diciendo esto digo lo que al principio, que todos los pecados tienen su fundamento en el amor proprio y nacen dél. Nace la soberbia, que es amor de la propia excelencia y honra; nace la lujuria y gula, que son amor del cuerpo y del deleite carnal; nace la avaricia, que es amor desordenado de las cosas exteriores, principalmente del dinero. Y porque quien ama la propria honra y deleite aborrece todo aquello que puede ser impedimento ó destruir la honra ó el deleite, de aquí nace la ira, que es amor de venganza contra aquellos que pretenden impedir la honra propria ó el deleite corporal; nace la invidia, la cual incluye odio del bien ajeno, en cuanto puede disminuir el proprio, y amor del ajeno daño, en cuanto puede impedir el bien particular; nace finalmente del amor del proprio deleite del cuerpo amor de quietud y ocio corporal, que nos hace huir los trabajos

y ejercicios virtuosos, al cual vicio llamamos accidia ó pereza. De manera que el amor proprio, no sólo se extiende á los apetitos del alma, sino también á los del cuerpo; por lo cual conviene que la voluntad se niegue y la carne se macere y dome con la dura penitencia y ejercicios de mortificación y cruz, que son el cuchillo deste pestilente y perverso amor.

CAPÍTULO XVII

De cómo el amor proprio tiene por oficio dividir y deshermanar los hombres, y el de Dios unirlos y hacerlos una cosa.

Muchas veces habemos dicho que el amor muda la voluntad en la cosa principalmente amada: añadimos agora que si ésta es una sola, común á todos los hombres, y en todas primera y principalmente amada, que aquellos amores serán conformes y semejantes, y necesariamente entre todos los amantes habrá concordia y perfecta unión. Esto es negocio llano y tan puesto en razón, que no tiene necesidad de más prueba. Pues si todos los hombres pusiésemos nuestro amor en Dios, que es uno y simplicísimo y común á todos, ¿qué lugar hallaría la discordia y división entre nosotros? Todo sería paz, amistad y concordia, porque ninguno amaría su voluntad, sino la de Dios, cuyo amor nos une y hermana para que cada uno quiera lo que el otro, y todos lo que Dios. Mas ¡ay! que este divino amor en muy pocos tiene principado, de que es argumento harto fuerte ver la poca ó ninguna amistad que hay entre nosotros. Cada cual se ama á sí mismo y su propria voluntad; y como en todos es diversa, ó, por decir lo cierto, son tantas las cosas que principalmente amamos cuantos nosotros somos (porque cada cual está metido en sí mismo y ama su voluntad y la sigue, y por consiguiente su honor, su excelencia, su gusto y corporal deleite) no es posible amar la honra, excelencia y deleite de mi prójimo, si no es en cuanto ayuda y sirve á mi particular intento y fin. De aquí nacen las guerras, las disensiones, las pendencias, odios y enemistades; porque yo aborrezco vuestra honra si disminuís la mía, y vos la mía si impide la vuestra, y cada uno procura anteponerse al otro, porque nadie puede tener suficiencia ni hartura en las cosas desta vida, ni de honra ni deleites. Y ansí forzosamente han de andar todos hambreando y mendigando el ayuda y favor de todas las criaturas, las cuales todas no bastan para saciar y llenar los vacíos de nuestras almas.

Al fin, el amor de Dios causa unidad, concordia y paz entre los que principalmente se aman; y el particular, guerra, división y odio. Y es la razón, porque amándome yo á mí mismo, no en cuanto hombre sino en cuanto tal hombre; conviene á saber: Juan ó Pedro, me aparto ó divido de los demás hombres y me mudo y transformo en mí mismo, de manera que no convengo con ninguna otra criatura, sino conmigo solo, porque no me amo debajo de razón de hombre que pertenece á la comunidad, sino de tal hombre que me hace singular; y porque el amor no se extiende más que la cosa principalmente amada, en mí se ocupa solo sin dar parte á ninguna criatura, sino en cuanto se ordena en mi particular bien. Otra cosa es amar á Dios, que por ser común y universal para todas sus criaturas, porque emanan todas de Él y Él las conserva y sustenta, cuando Él es la cosa principalmente amada el amor es común y universal, raíz y fundamento de todos los bienes. De suerte que la comunidad y universalidad hacen bueno el amor, y la singularidad malo, y tanto más bueno ó malo cuanto la cosa principalmente amada fuere más singular ó común. A lo menos, si quisiéramos dilatar este tratado, lugar había aquí y campo bien ancho para ello, porque se nos ofrecía ocasión para descubrir las obligaciones que el hombre tiene á Dios, y lo que le debe como á Dios y Señor suyo. Lo cual entenderán los sabios si algún tiempo se amaron con amor principal, porque quitándose de aquel puesto á sí mismos y poniéndo á Dios en él, por lo que para sí querían, deseaban y procuraban echarán de ver lo que han de querer, desear y procurar para Dios.

Y con esto (que aunque poco tiene gran secreto y una admirable teología del cielo) me despido por ahora, para que podamos ver el fruto final que nace destos dos primeros y principales amores de Dios y proprio, que es lo que se suele desear y procurar en todas las cosas deste mundo. Para cuya inteligencia se note que de todas las obras que el hombre hace, después de hechas no le queda otra cosa que gozo ó tristeza, porque estos son los dos finales y últimos frutos que nacen y se crían en el corazón de toda la masa de

nuestras operaciones; en las cuales todas se tiene por blanco el gozo y el contentamiento. Así difinió el Italiano el amor: Amor es un movimiento que corre por el deseo y reposa por delectación. Y dijo bien; porque en teniendo el hombre el gozo tras que anda, reposa y está contento y no pretende otra cosa, porque és ι sola le harta. Al gozo se opone la tristeza, y es de quien todos andan huyendo como de enemiga y contraria al deseo común de todos los hombres. El verdadero gozo nace del amor divino, como de raiz divina; la verdadera tristeza nace del amor proprio, como de raíz mala, infernal y diabólica.

Que nazca el verdadero gozo del amor de Dios, vese claro por esta razón filosófica: Donde no hay amor no puede haber gozo; porque el gozo nace del amor, y entonces se engendra en nosotros cuando la voluntad tiene aquello que quiere y ama; que si ni ama ni quiere nada, no es posible tener gozo. Por lo cual, siendo Dios la cosa principalmente amada de la voluntad, necesariamente del tal amor se engendra gozo, porque Dios ni puede morir, ni faltar, ni hacer ausencia, porque está presentísimo á la voluntad que le ama. Que, como dice San Juan (1 Ioan., 4): Dios es caridad y está y persevera en el que está y persevera en ella. Y como la voluntad tiene aquello que principalmente ama y quiere, siendo el amor tal cual es la cosa principalmente amada, conclúyese que el que ama principalmente á Dios, por ser el inmortal, firme y estable, y que siempre vive y que de nadie tiene necesidad, el amor será inmortal, perseverante y firme, sin mudanza y en todas las cosas abundante. La razón desto es porque llanamente (como en otro lugar dijimos) se viste el que ama de las condiciones de la cosa amada. Y ansí, de la suerte que sentimos de Dios sentimos de la voluntad que principalmente le ama y por virtud de tal amor está convertida en Él; y porque del amor nace el gozo (como queda probado) síguese que el que nace del divino será eterno, invariable, firme, sólido, inmortal y perseverante en la voluntad, que siempre es libre y nadie se le puede por fuerza quitar. Y porque en una palabra lo digamos todo, el gozo terná las condiciones y propriedades del amor y cosa principalmente amada. Mas ¿qué alegría, qué gozo, qué consolaciones, qué júbilos serán los de un alma transformada en Dios por amor, que siempre le posee y goza con este seguro de que no le puede faltar? No hay entendimiento que esto alcance, ni lengua que lo acierte á declarar: puédese adquirir (dijo el gran padre Agustino), pero no apreciarse ni explicarse. Dijo muy bien el que llamó al gozo que procede del amor de Dios vida del alma y corazón del hombre. La tristeza, ó es muerte ó mensajero de muerte; el gozo dilata, fortifica, nutre y deleita el corazón. La tristeza mortifícale, apriétale, debilítale, destrúyele y aniquílale. Lo uno y lo otro dijo el Sabio en sus Proverbios (Prov., 17): El ánimo alegre dispone y ordena la salud, como preciosa medicina, y el espíritu triste seca los huesos. Otra letra dice: *Animus gaudens, bonan facit medicinam:* El enfermo alegre hace que la medicina que toma le sea de provecho. El sentido primero es mejor y más conforme á la translación de los Setenta, que dicen (Prov., 14): El corazón alegre causa buena disposición en el hombre. Al contrario, el espíritu triste seca los huesos y consume la virtud, ó, como nota Cayetano, las medulas y tuétanos por donde los huesos tienen verdor y se sustentan. Otro lugar semejante á este hay en el Eclesiástico, que dice (Eccle., 30): El alegría y gozo del corazón es la vida del hombre, y el contento alarga los días de la vida. Lucrecio, poeta, dijo: La enfermedad y el dolor fabrican la muerte y acabamiento del hombre. Pero si queremos, con el venerable Beda, pasar al sentido espiritual, quiere decir Salomón que el que tiene en su alma la consolación y gozo que nace del amor de Dios, exteriormente es hermoseado y adornado de las flores de las virtudes y espera los frutos de los premios celestiales. Mas el que con la tristeza del siglo (que llamó el Apóstol obradora de muerte, cuyo padre es el amor proprio) es atormentado y afligido, no puede tener la gordura de la caridad, que como tuétano y medula sustenta los huesos de las virtudes; y así ha de morir debilitado y seco de sus pecados. ¿Y qué es el infierno, sino eterna tristeza? ¿Y qué es el cielo, sino eterno gozo? Luego el que tiene el amor de Dios en su alma todos los bienes tiene, porque tiene el verdadero gozo que nace del tal amor, que nos da vida verdadera y de bienaventurados. Y no sólo recibe gozo en Dios, sino en todas las cosas á que se extiende el amor de Dios. Porque tanto se extiende nuestra voluntad y amor, cuanto la cosa que principalmente amamos.

¿Y qué cosa más ancha y delicada que el amor de Dios, que ama todas sus criaturas, y de cuantas hizo á ninguna tiene odio? Luego si yo le amo, á ninguna parte me convertiré que no halle gozo, y tantos gozos cuantas son sus criaturas; las cuales amo por Él y en Él, especialmente al hombre, que es imagen suya y por quien crió las demás. Al fin, confesemos que amar á este gran Señor Dios es gozar en cierta manera de la gloria que esperamos, aun en esta vida mortal y caduca que vivimos. Porque vivir en continuo gozo del corazón, sin que nada sea parte para quitárnosle sin nuestra voluntad, ¿no es vivir vida beata, angelical y divina?

Lo bueno es que no hay necesidad de oro, ni de plata, ni de otras riquezas exteriores, para poseer este gozo, porque el que tiene en este mundo el amor de Dios tiene en sí mismo y dentro de sí sus riquezas, las cuales nadie ve ni conoce sino el que las recibe y goza. ¿Qué se me da á mí de todas las riquezas de la tierra, si traigo mi alma rica y hecha un cielo portátil, llena de gozo verdadero que procede y mana del amor divino? ¿Y qué cosa me puede consolar si mi conciencia anda como un infierno, adonde no hay orden, sino horror sempiterno? El Apóstol lo dijo (Rom., 2): Ira, indignación, tribulación y angustia contra el alma del hombre que obra mal. Lo cual no sólo se halla cumplido en los condenados, de quien particularmente habla el Apóstol, sino también en los que ofenden á Dios viviendo, cuyas ánimas son impacientes y airadas y viven llenas de angustias y congojosas tribulaciones. Sí, que señales son de hombre infernal éstas: ira, indignación, tribulación y angustia; las cuales solamente se hallan en aquellos que, pospuesto el amor de Dios, primera y principalmente se amaron á sí mismos. Porque aunque consiguen lo que desean, así de honras como deleites, y desto les nace algún gozo, tiene anejo á sí tanto de tristeza y dolor, causado del temor de perder las tales cosas, que no se puede llamar gozo verdadero, sino falso, vano y engañoso. Y aun, si queremos ahondar un poco con la consideración en esta materia, hallaremos que este gozo se viste de las condiciones del proprio amor, que, como dijimos, es desordenado, injusto, indébito, torcido, falso, vicioso, corrupto, sucio, contra la naturaleza del hombre en cuanto hombre, contra el orden del universo y contra todas las criaturas; es pésimo, torpísimo, maliciosísimo; el primer mal y raíz de todos los males, el primer vicio, el primer veneno, la primera muerte, las primeras tinieblas, la primera ceguedad, la primera mentira y fundamento de todas las mentiras, y, finalmente, la primera injusticia. Pues el gozo que naciere de tan mal principio y de raíz tan amarga, ¿cuál será? Por cierto desordenado, falso, vicioso, y al fin tal cual el padre que le engendró: el padre derechamente contra Dios, el hijo sin Dios; el padre fuera de Dios, el hijo fuera de Dios; el padre enemistado con Dios y el hijo enemistado con Dios. Cual el padre, tal el hijo. Todas las veces que, amándome á mí mismo, me alegro ó me deleito, ó tomo algún contento, lo tomo contra Dios y contra su voluntad, porque el tal gozo nace del menosprecio de Dios y en afrenta y deshonor suyo, porque le quito su corona y me la pongo sobre mi cabeza, diciendo con el rey Tiro: Dios soy. Y aún añade más de malicia el gozarme que el amarme, y por consiguiente es mayor la ofensa. Que aunque amarme contra Dios es malo, mucho más malo es gozarme y complacerme contra su Majestad, en ofensa y injuria suya. A este punto habían llegado aquellos de quien se escribe (Prov., 2): Alégranse cuando hacen mal y toman mucho gusto y contento en sus abominaciones Entre todas las que vió Ecequiel (Ezec., 8), cuando le mandó Dios romper la pared y muro del templo, la que más provocó los ojos de su Majestad á ira y á enojo fué aquel llegar con un ramo al ídolo y luego olerle, como deleitándose en aquel género de idolatría. Y llegan, dice, el ramo á las narices para enojarme. Algunos hebreos interpretan este lugar de otra manera, que redunda en mucha afrenta y vituperio de Dios. *Mittunt fœtorem in faciem meam.* Descomponen su vientre en mis barbas: tanta es su libertad y desvergüenza. Gran mal es, y pecado abominabilísimo, amarme yo á mí con amor primero y principal (que, como queda probado, es hacerme Dios); pero mucho mayor, y que no hay sufrimiento que á disimularlo baste, alegrarme y regocijarme de verme Dios, en ofensa y grave injuria del verdadero.

Mandó el santo rey Davíd á Salomón que quitase la vida á Joab, hijo de Sarbia (III Reg., 12), no tanto porque quitó á traición la vida y so color de amistad á Abner y Amassa, capi-

tanes valerosos de sus ejércitos, cuanto por la desvergüenza de untar con la sangre dellos el talabarte que traía ceñido y los zapatos; porque, como dije poco ha, arguye mucha malicia añadir al pecado gozo y contento y preciarse el pecador de serlo. Muchas otras cosas, y muy notables, pudiéramos escribir aquí del amor de Dios y del proprio, del gozo que nace del uno y de la tristeza que nace del otro, pero basta lo dicho, con esta conclusión: Que los dos amores son incompatibles en la voluntad debajo de razón de primeros, porque tienen entre sí capital enemistad y el uno al otro se hacen guerra. De lo cual se sigue que tampoco pueden estar juntos gozo del amor de Dios y gozo del proprio, porque necesariamente se alanza el uno al otro y se destruyen. El primer gozo que del amor de Dios nace es legítimo, nace en verdad y es verdadero; el que del amor proprio, es sacrílego, nace de falsedad y es mentiroso. El primero se funda en justicia; el segundo, en injusticia. El primero nace de eternidad; el segundo, de vanidad. El primero, de Dios; el segundo, contra Dios. El primero aumenta y confirma la amistad con Dios; el segundo, la enemistad. El primero harta, llena, fortalece, azucara y endulcece la voluntad; el segundo la amarga, debilita y vacía, inquiétala, quítale el sosiego y déjala hambrienta y transida de sed. El primero dura y permanece para siempre; el segundo es momentáneo y transitorio. El primero nunca se muda ni se convierte en tristeza; el segundo sí. Mezclarse ha con la risa el dolor ó con el dolor la risa, y los finales del gozo ocuparálos el llanto (Prov. 14). Del primer gozo no puede suceder mal ninguno, porque la raíz es buena y él también; del segundo no se puede seguir sino mal. El primero es vital, salutífero, amable, glorioso, honesto y lleno de deleite, conforme á la naturaleza y á la razón; el segundo, mortífero, abominable, vicioso, afrentoso, contra naturaleza y razón El primero alumbra y clarifica el entendimiento; el segundo lo ciega, añubla y llena de tinieblas el alma. Que, como dijo San Agustín, al transgresor de la divina ley la luz de la verdad le desampara y queda ciego. El primer gozo merece penas y es causa de todas las que padecen los condenados en el infierno; el segundo merece premios eternos en el cielo. Destruya Dios, que puede, el nuestro y confirme el suyo. Amén.

SEGUNDA PARTE

DE LA LUCHA ESPIRITUAL Y AMOROSA, EN QUE SE TRATA DE CÓMO DIOS POR AMOR TRIUNFA DEL ÁNIMA RACIONAL.

CAPÍTULO PRIMERO

Del mirar de Dios y de la virtud maravillos de sus ojos, y del primer triunfo, que es herir el alma.

Habiendo ya tratado suficientemente en la primera parte de este libro cómo nuestro mirar lleno de fe y caridad hiere á Dios, la razón pide que en esta segunda digamos cómo el de Dios nos hiere á nosotros, que no es mucho herirnos el mirar amoroso de Dios, robarnos y encantar nuestros corazones, si nuestro mirar hace estos mismos efectos en Él. Si contra Dios es fuerte el amor, ¿qué mucho que lo sea contra los hombres? Grande es la fuerza del amor, dice Ricardo, grande la virtud de la caridad, sus grados muy diferentes, ¿y quién podrá distinguirlos? Sobre todos tiene su lugar y asiento aquel amor ardiente y seráfico que penetra el corazón, inflama la voluntad y tan entrañablemente traspasa la propria ánima, que puede decir al Esposo lo que el Esposo le ha dicho á ella: Heriste mi corazón, hermano mío; heriste mi corazón en el uno de tus ojos y en el uno de tus cabellos.

El Filósofo dijo, y bien, que donde está el amor allí se van los ojos. Y así cuando el alma viere los de su Dios sobre sí amorosamente convertidos y puestos, pida lo que quisiere, que su boca será medida. Miraros he, dice Él á los de su pueblo (Levi., 26), y haré que crezcáis; multiplicaros he y confirmaré con vosotros mi amistad. Por gran favor tuvo Abel que le mirase Dios; y cuando Caín conoció que ni á él le miraba, ni aceptaba su sacrificio, como desesperado trató de la muerte de su hermano (Gen., 4). De poner Dios sus ojos en la Virgen confiesa ella que le vinieron todos los bienes (Lucæ, 2). Miró, dice, mi pequeñez, y hízome la mayor y más honrada de todas las mujeres. Crecí con su mirar, y di tal fruto, que por el seré bendita de todas las generaciones. Aquel verso del salmo que dice (Psal. 10): Los ojos del Señor miran al pobre, trasladan del Hebreo ansí: Los ojos de Dios se

esconden en el pobre. Significando el Espíritu Santo que como los rayos del sol, penetrando la tierra y entrañándose en ella, crían las piedras preciosas y los mineros de la plata y oro, y hacen otros admirables efectos (porque no hay hierbecita, ni pajarito, ni cosa criada á la cual no alcance su vivífico calor), así los ojos de Dios, entrañándose en el pobre y humilde como los rayos solares en la tierra, crían en él grandes riquezas de virtudes y bienes celestiales. Con sólo pasar sus ojos por San Pedro le sacó la ponzoña con que le había inficionado y muerto el infernal basilisco; con ellos miró á San Mateo, miró á la Magdalena, miró al buen Ladrón y mira cada día á muchos pecadores, y los justifica y hace santos. Mira á su Esposa suave y amorosamente, y como con una saeta enerbolada le hiere y llaga con este mirar el corazón.

Pensemos, dice Ricardo, cuánta sea aquella alteza del amor de Cristo, que con su vista causa en el alma, y veremos que vence al de los padres, hijos y mujer, y, lo que es más, hace aborrecer aun la propria vida. ¡Oh vehemencia! ¡Oh violencia! ¡Oh excelencia y alteza de Dios! Esta es de quien habemos de tratar, no difiniendo ni arguyendo como en escuelas, sino declarando con humildad sus admirables efectos y sus maravillosas obras, según el parecer de los santos y espirituales varones. San Buenaventura y Ricardo dicen que el amor heroico y violento (llamado así no porque quite el libre albedrío, sino porque arrebata con gran poder el alma toda para Dios) tiene cuatro grados: En el primero hay heridas; en el segundo, prisiones; en el tercero, enfermedades; en el cuarto, desfallecimientos y muerte. Quieren decir que el amor divino hiere, enferma, aprisiona, y hace desfallecer y mata. Que tenga el amor virtud de herir las almas es negocio muy llano de lo que hasta agora de Dios habemos dicho y de lo que comúnmente sintieron los filósofos antiguos, los cuales le pintaron niño, con alas, ciego, desnudo y cargado de saetas, declarando con esta figura las pasiones y afectos del amor, así en los que limpiamente aman como en los carnales y sensuales. Porque este término «amor» es equívoco al divino y al humano, al espiritual y al que no lo es. Aunque siempre que decimos amor, especialmente en este tratado, excluímos todo lo que es carne y sangre, porque mi intento es tratar del que Dios tiene al alma y el alma á Dios; pero servímonos para la inteligencia del puro amor de las cosas que los antiguos dijeron del no tal, como se sirve el arquitecto de los andamios y cimbrias para levantar su edificio y fundar sus bóvedas, que llegado el edificio á su perfección da con los andamios en tierra, para que el edificio salga y parezca. Decimos, pues, que el amor es niño, ó porque lo suelen ser en la prudencia los que aman, ó porque los reduce á la simplicidad y llaneza de los de aquella edad; lo cual se verifica bien en el divino, que vuelve los hombres á un estado de inocencia, y tales que pueden entrar por la puerta estrecha y angosta del reino de Dios. Tiene alas, porque con grandísima ligereza se presentan los amantes á la cosa amada; que, como dice Eurípides, no viven en sí, sino en ella; y aun porque el amor nunca fué tardo ni lerdo en el obrar. De aquellos animales que vió Ecequiel se escribe (Ezech., 1) que iban y volvían á la semejanza de un rayo, que despidiendo de sí fuego ni es oído ni visto. Significando que los Santos que arden en el amor de Dios son como el fuego en su obrar: van á Dios arrebatados de su dulcedumbre y vuelven á los prójimos á remediar sus necesidades forzados de la caridad.

En su Apocalipsis cuenta San Juan (Apoc., 4) de cuatro animales que cercaban el trono de Dios, que estaban llenos de ojos y que tenían alas, y que no descansaban de día ni de noche, diciendo: Santo, Santo, Santo. (Mich., 6). El divino Dionisio explicando las propriedades de los serafines, que son los más conjuntos á Dios, dice que siempre aman, sin fin aman, con calor aman, todo lo que de Dios pueden penetrar penetran, y por Él como rayos descienden al amor de sus criaturas.

Pero ¿por qué pintaban al amor ciego? Porque aunque se funda en razón á los principios, no se rige en sus crecimientos por ella. Lo cual dijo galanamente San Bernardo sobre aquel lugar de los Cantares, adonde hablando la Esposa con el Esposo le dice: Béseme con el beso de su boca. Nadie interprete á mal esta petición, ni juzgue por vicioso lo que ha dicho la Esposa con exceso de amor. Porque la voz del que de veras ama es ésta: Más me han dado que merezco, pero menos de lo que deseo; soy llevado del deseo y no de la razón. No reprendáis á nadie de atrevido, si el amor reina; porque siendo vehemente causa tantos y tan

extraños dolores y angustias en el alma, que en ninguna manera puede disimular ni ocultar esta pasión. Y quizá por esto dijo el Sabio (Prov., 6): ¿Podrá alguno esconder el fuego en el seno y que las vestiduras no se le quemen? ¿Y qué es el amor sino fuego que forzosamente ha de dar señal donde quiera que estuviere, sin que baste razón ni prudencia para encubrirle ni disimularle? Por imposible halló Platón encubrirse cosa á quien de ordinario descubren tantas: los ojos, la voz, el semblante, la lengua, los suspiros, el color y otros accidentes sin número.

El glorioso San Buenaventura y Ricardo añaden á las señales exteriores del amor cinco interiores, á su parecer certísimas, y que con infalibilidad moral le manifiestan y declaran, que son: profundos y espesos suspiros, altos deseos, pensamientos enfermos, esperanzas fastidiosas, afecciones extáticas. Cada cosa destas pide su declaración y comento; mas porque en los grados del amor violento habemos de tocar muchas veces esta materia, de suerte que haya suficiente conocimiento della, pasemos ya á ver las saetas que en su aljaba trae el amor, con que hiere no sólo á los hombres, sino también á los dioses.

CAPÍTULO II

De las saetas del amor.

Pintaron los poetas y antiguos filósofos con aljaba y saetas al amor: Lo primero, porque hiere de lejos y endereza siempre sus tiros al corazón. Lo segundo, porque su herida tiene mucha semejanza con la de la saeta, cuya entrada es angosta y estrecha, mas en lo secreto y interior es muy grande y peligrosa. Lo tercero, porque apenas se echa de ver la rotura que hace la saeta por donde entra, y con gran dificultad se cura, y con mucha mayor se sana. Para persuadir y apoyar esta doctrina de las heridas del amor, bien bastaba la confesión del Esposo, que, como ya vimos, se confesó herido del amoroso mirar de la Esposa, y la de San Agustín, que hablando con Cristo crucificado le dice: Herido me tienes el corazón con tu caridad; y la experiencia que hizo Dios en nuestro padre San Francisco, al cual apareciendo como Serafín y mirándole amorosamente llagó en el corazón, en los pies y en las manos. Pero lo que más á mí me satisface y asegura en este caso es ver que en aquel divino libro de los Cantares, en que se tratan los castísimos amores entre Dios y el alma su Esposa, y las finezas grandes del bien querer, en muchos lugares dellos, como ya dijimos, se hace mención de armas, heridas, cadenas, castillos, ejércitos, gente de guarnición, batalla y escudos. En el capítulo 6 dice desta manera (Cant., 6): *Pulchra es amica mea, et suavis, et decora nimis, terribilis, ut castrorum acies ordinata:* Hermosa eres, amiga mía, y suave, ó, como tienen los Setenta, toda de mi gusto, como la misma benevolencia. Pero, con esto, eres terrible como el escuadrón ó ejército de soldados bien ordenado y á guisa de pelear. Este es uno de los sentimientos más amorosos que hay en toda la Escritura y que mejor declara la fuerza grande del amor, porque se confiesa el divino Esposo todo rendido á la hermosura de su Esposa, como si le combatiera una hueste de soldados. Como si dijera: En mi rendimiento se conocerá cuánto eres hermosa y cuán agradado y pagado estoy de ti. Así has combatido mi corazón con tu vista, como si le diera batería de un ejército de valientes soldados. Y que quiera significar esto esta letra parece claro por lo que se sigue: Quita tus ojos de mí, que ellos me tienen enajenado y fuera de mí.

Teócrito usó deste mismo modo de decir en sus *Bucólicas* (cántic. 2) y San Ambrosio (lib. de *Cain* y *Abel*, cap. 4) y Plotino (*Eneade*, 3, lib. 5). Platón, en su *Convite*, trata muy por extenso de la fortaleza del amor, y cómo vence cualquiera otra pasión y se hace señor de todos los corazones, ansí de los hombres como de Dios. Al fin no queda lanza enhiesta adonde el amor llega. Particularmente muestra su fuerza en los ojos, que son como alcázares suyos, de los cuales arroja saetas á los corazones y los hiere, roba y encanta. Lo cual elegantísimamente cantó un poeta antiguo tratando de la belleza de Elena. ¡Cuán hermosa eres, oh Elena, de cuyos ambos ojos espiran todos los amores! Y Tibulo, en alabanza de Sulpicia, dice: De los ojos della, cuando quiere abrasar á los dioses, enciende el amor sagrado dos lámparas de fuego. Dice Ricardo que hiere Dios muchas veces un alma tan secretamente, que ni ella sabe el cómo ni á dónde le arrojó su saeta; sólo siente le herida, que suele ser de manera que verdaderamente parece estar llagado materialmente el cora-

zón; y aunque se quiere disimular el dolor no es posible. Secreta y invisible es la llaga, mas el sentimiento que hace la manifiesta y publica, cuyo remedio no en otro que en el que la hizo se ha de buscar y hallar. El cual de ordinario en hiriendo se ausenta ó se esconde, y con su ausencia el alma se turba, la llaga crece y el deseo más. Aquí arde y se abrasa, anhela y suspira suspiros largos, espesos y profundos; y á voces dice:

No quiero ya contentos ni alegrías.
No busco sino á Dios, que me ha llagado,
que suya soy, y las entrañas mías.

Divinamente explicó el Profeta en aquel aparato bélico del rey del cielo Cristo la virtud de sus saetas, cuando dijo (Psal. 44): Agudas son sus saetas, y sujetos los pueblos á ti caerán en los corazones de los enemigos del rey. Ha ceñido primero su espada á Cristo, armádole caballero muy galán, con sus pajes fidelísimos, que son verdad, mansedumbre y justicia, y dale luego saetas en la mano; porque no sólo pelea y hace guerra á las almas con la espada, que es arma para de cerca, sino con arco y saetas, que hieren de lejos. En el salmo 126 se escribe: Como las saetas en la mano de un fuerte tirador, que las arroja muy lejos, ciertas y á herir los enemigos, así son los hijos de los sacudidos, ó de los sacudimientos, como tiene el Hebreo. Algunos entienden por estos hijos de los sacudidos á los varones apostólicos, que sacuden de sí todo el polvo de las cosas mundanas; los cuales son como las saetas arrojadas de mano de un fuerte, que con grandísima velocidad van á herir al enemigo, sin que nada les impida ni detenga. Otros entendieron por estas saetas las inspiraciones y afectos divinos, con que visita Dios las almas y las mueve á la fe, esperanza y caridad. ¡Oh qué agudas y qué afiladas vienen algunas veces! No paran hasta llagar los corazones de los enemigos del Rey eterno. Pero ¡qué rendido queda un hombre cuando le toca Dios con una destas saetas, enviada de aquel su todopoderoso brazo! El más fuerte del mundo cae por tierra y dice con San Pablo (Acto., 9): Señor, ¿qué queréis que haga? Señal cierta es de estar un alma herida de Dios valerosamente cuando le ofrece las armas con que le ofendía. Con mi voluntad os hacía guerra, dice San Pablo; veisla, ahí os la dejo en vuestras manos.

La madre Teresa de Jesús, tratando de unos ímpetus de amor que sentía dentro de sí, dice: No se puede encarecer ni decir el modo con que Dios llaga un alma, y la grandísima pena que le queda después de llagada, que es tanta que le hace no saber de sí. Mas esta pena es tan sabrosa, que no hay deleite en la vida que dé tanto contento. Querria el alma, si pudiese, estar siempre muriendo deste amor. Esta pena y gloria, que juntamente y á una sentía en mi alma, me traía desatinada, de manera que no alcanzaba á entender cómo podía ser aquello. Y más adelante dice: Quiso el Señor que viese aquí alguna vez esta visión: Vía un ángel cabe mí, hacia el cabo izquierdo, en forma corporal; no era grande, sino pequeño, muy hermoso, el rostro tan encendido, que parecía de los serafines. Tenía en las manos un dardo de oro, largo; este parecía metérmele por el corazón algunas veces, y que me llegaba á las entrañas, y que al sacarle me las sacaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar quejidos, y tan excesiva la suavidad, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma menos que con Dios. No es el dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar algo y mucho el cuerpo. Es un requiebro tan suave éste que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.

Yo creo es así lo que en el caso esta santa religiosa dice, porque aun de nuestro padre San Francisco se lee que en aquella soberana visión que tuvo en el monte Alverne, con la excesiva dulcedumbre que su alma sintió de verse hecho retrato de Cristo crucificado, y tan favorecido con sus llagas espirituales y corporales, se mezcló un dolor grandísimo, y de manera que la carne casi no podía con él; y con ser esto así, no quisiera aquel seráfico varón que la vista del Crucificado desapareciera tan presto. Aquellas palabras de los Cantares, en que la Esposa se confiesa enferma del amor de su Esposo, diciendo (Cant., 2): Sustentadme con flores y cercadme de manzanas, porque estoy enferma de amor, conforme á una traslación antigua por aquellas dos diciones *amore langueo* se escribe: *Vulnerata charitate ego sum:* Herida estoy con la caridad. Al fin el amor espiritual y santo tiene sus llagas, sus enfermedades, su muerte

y su vida. Algunos quieren decir que la herida del amor se levanta y procede en el alma, cuyo deseo no se cumple, y algunas veces, como se dice en otra parte, de la vehemencia del divino amor que en ella arde es afligido y enfermo también el cuerpo. Para lo cual se note que cuando el bien amado está ausente del que ama, necesariamente de la tal ausencia se sigue tristeza; y esta tristeza unas veces se dice enfermedad, otras herida.

Marco Tulio, en sus *Cuestiones tusculanas*, dice que la tristeza causada del intenso deseo de conseguir lo que se ama es llaga del corazón y enfermedad del alma. Y dice bien, porque la esperanza y el deseo, en cuanto lo son de algún bien, causan delectación; mas la ausencia real dese bien induce y acarrea aflicción y tristeza, según que se escribe (Prov., 13): La esperanza que se dilata aflige el alma. San Dionisio dice (Dioni , lib. 7 de *Celes. hie.*) que el amor es agudo íntimamente, activamente, intentamente y reductivamente. Dícese agudo el amor porque así como la espada afilada divide una parte de otra, así él divide al amante de sí mismo y le junta á la cosa amada. Y esto entrañable ó íntimamente, penetrando el corazón hasta dejarle herido. Es agudo intentamente ó cuanto al entendimiento, porque el amante, olvidado de sí mismo mediante el amor, es traído á entender á solo Dios, si Él es la cosa primera y principalmente amada, ó cuanto al efecto, porque no se contentando con cualquiera unión y conjunción, busca y hace entrar al amado, y penetrarle, y unirle á sí; y si fuese posible querría ser una cosa realmente con él. Es agudo activa y reductivamente como el fuego, que introduce su forma en las cosas, excluyendo dellas lo que le es contrario. No de otra manera, mirando el Esposo con un amoroso mirar al ánima su Esposa, de tal suerte la arrebata y hiere, que le es forzoso decir: Herida estoy del amor.

En este primero y ínfimo grado del amor violento se admiten interpolaciones y hay algún alivio, porque no son continuos los dolores de los heridos: dase lugar á negocios y á ocupaciones temporales, y son los heridos en el amor de Dios como los calenturientos, que á ratos más y á ratos menos son afligidos, y algunos días están del todo libres. Pero después de alguna pequeña intermisión vuelve aquel ardor con mayor crecimiento, como de calentura, y apodérase con mayor fuerza del ánimo ya cansado y caído, y enciéndele con mayor fuego. Y como con los crecimientos de la calentura, si duran muchos días, las fuerzas del cuerpo se van apocando y disminuyendo y la enfermedad se arraiga y apodera más del enfermo, hasta debilitarle, de manera que no es señor de salir de casa; así este crecimiento del divino amor, si persevera en sus ausencias y visitas, siempre que vuelve, vuelve más poderoso, porque halla menos de resistencia, por haber ya consumido el mal humor que le podía ser de algún estorbo y impedimento. Por lo cual totalmente se apodera del alma y la rinde y sujeta á sí con tan maravillosa virtud, que de allí adelante se ocupa toda en su continua y viva memoria, y la tiene como atada y cautiva para no poder pensar ni hablar sino en aquel Señor que la hirió.

Al fin no hay amor perfecto sin llagas, como dijo Orígenes. Entre los Scitas se usaba que para hacerse dos muy grandes amigos, de suerte que la amistad durase para siempre, se herían los dedos y se hacían llagas, y la sangre que corría de ambos recogían en un vaso y con ella teñían las puntas de las espadas, y lo que quedaba se bebían, dando á entender que ya eran tan una cosa, que no podía el uno herir al otro sin herir á sí mismo. Y así es argumento grandísimo de amar un alma perfectísimamente á Dios, y de estar unida con Él, sentirse llagada de su amor.

CAPÍTULO III

De las cadenas del amor y del segundo triunfo.

Ya tengo dicho en el principio deste tratado que quien no supiere de amor que no le lea, porque entenderá poco ó nada de lo que en él se trata; y si alguno le leyere, cuando llegue á este capítulo, que trata de cadenas y ataduras, si se sintiere captivo de algún vicio pida á Dios de antemano le desate y rompa las cadenas con que el demonio le tiene preso, para que merezca ser prisionero del divino amor, cuyas prisiones son salud y libertad. Destas cadenas libertadoras y gloriosas y llenas de hermosura habemos de tratar en este capítulo. De las cuales dice Dios por el profeta Oseas (Oseas, 11): En las cadenas de Adán y en las prisiones de la

caridad los tengo de traer. San Jerónimo (Hier., 70) y los Setenta intérpretes, por Adán pusieron hombres. En las cadenas de los hombres y en las ataduras de la caridad allegaré y traeré á Mí á mis siervos. Como si más claro dijera: No con amenazas ni con azotes ni espantos tengo de traer á Mí las almas, sino con lazos y cadenas de amor, como se suelen traer y granjear los hombres. Aquella palabra latina *traham* dice gran fuerza de parte de Dios. Arrebatarlos he, y traerlos he á Mí, aunque más asidos estén á las cosas del mundo; tanta será mi benevolencia y amor para con ellos. El Caldeo parafraste dice: Como se suelen traer los hijos muy queridos (conviene á saber, con halagos y con beneficios) así atraeré yo á Mí las almas, atadas y presas con la fuerza de la caridad. Y á la verdad, no hay cosa tan poderosa para rendir y arrebatar corazones, aunque sean de diamante, como el amor.

No tienes, dice Séneca á un su amigo, que buscar hechizos ni hechiceras para el amor; yo te daré un encantamento poderoso: Ama y serás amado. Su razón es divina, y tiene su fundamento en esto: que como la similitud sea causadora de amor, y esta sea, como dijo Platón, una cierta naturaleza en muchos individuos, por el mismo caso que yo soy semejante á uno es él también semejante á mí; y la similitud que le fuerza á él á que me ame á mí, me ha de forzar á mí á que le ame yo á él. Allégase á esto que el que ama tiene en su alma esculpida la similitud de la cosa amada; por lo cual el ánima del amante queda hecha como espejo clarísimo, adonde resplandece la figura del amado. Y así luego que el amado se reconoce á sí mismo en el amante, es forzado y compelido á amarle por amarse á sí, que está y vive en él. Desta invención y encantamento se aprovechó Dios para atraer á Sí á los hombres, porque vino al mundo hombre como ellos, anduvo entre ellos, mostróse familiar y apasionado dellos, sirviólos en sus pecados y necesidades, padeció por ellos cosas indignas y hizo cosas muy grandes y en gran provecho suyo, abrióles su pecho y entrañas amorosas, tuvo sed, hambre, cansancio, dolores, y al fin murió en un palo por su remedio. ¿Y qué sacó de ahí? Lo que pretendía: hacernos sus prisioneros y atarnos con las cadenas de su grande caridad.

San Ambrosio, sobre aquel lugar de San Pablo á los filipenses: *Humiliavit semetipsum usque ad mortem* [1], dice: Todo lo que Dios hizo por mí y para mi servicio no fué parte para humillarme y rendirme á Sí; mas luego que le vi humillado y puesto en la cruz por mí, postrado por tierra le adoré y le reconocí por mi Señor. ¿Cuál piensas, cristiano, que es la victoria que vence al mundo? Cristo, encarnado y muerto por los hombres. Cercáronme como abejas, dice Él (Psal. 117), y encendiéronse como el fuego en los espinos; mas Yo en el nombre del Señor me vengué dellos. Abrasáronse, dice San Agustín, con el espíritu de Dios los corazones que antes eran espinosos; y como abejas al panal se juntaron á Cristo y en el nombre del Señor se vengó dellos. ¿Y cómo se vengó? Matando en ellos el error y despertando la fe. Así fué, que muy poco tiempo después de su muerte unos murieron crucificados, otros abrasados, otros apedreados, otros despedazadas sus carnes con peines de hierro, otros desollados, y finalmente, muchos que solían blasfemar el nombre de Cristo no sólo sufrían por Él gravísimos tormentos con paciencia, mas aún con gran gusto los procuraban. *Et in nomine Domini quia ultus sum in eos.* ¡Oh maravillosa venganza y triunfo riquísimo del amor! En el nombre del Señor me vengué dellos. Verdaderamente no hay cosa que tanto me declare la bondad de Dios y su inmensa caridad, ni que así me ate ni encadene, como verle en una cruz entre dos ladrones por mi amor. ¡Cuán hermoso eres, Señor mío, decía San Bernardo, en tu antigua gloria, y cuán hermoso cuando por mí depusiste tu hermosura y gloria! Porque, Señor, allí donde te agotaste y te vaciaste y te deshiciste, allí resplandeció más tu piedad y dió mayores llamaradas tu caridad. En todo lugar pareces hermoso al alma que te ama: hermoso en el cielo, hermoso en el monte Calvario, hermoso entre los ángeles, hermoso colgado entre dos ladrones, hermoso sentado á la diestra del Padre y hermoso subido en la cruz por nosotros. Desde aquel trono de David combatió el Hijo de Dios los corazones de los hombres y los arrebató y arrebata para sí con grande fuerza y virtud. *Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum* (Ioan, 12) [2]. Es

[1] «Humillóse á sí mismo hasta la muerte».
[2] «Cuando me levanten en alto arrebataré hacia Mí todas las cosas».

la cruz aquella hermosa y costosa litera del verdadero Salomón, en cuyo medio está la caridad por las hijas de Jerusalén, para enamorar las almas y arrebatarles para si (Cant., 5).

Muchas cosas hay en las criaturas que tienen virtud de atraer y robar los ánimos de los hombres, cuales son amor y bondad, sabiduria y riquezas, poder y victorias, novedad y liberalidad, y en ninguna están ni se hallan todas sino en Cristo, que de todas y de otras muchas se vistió y adornó, subiendo en la cruz para que nadie le mirase que no hallase cebo proporcionado á su apetito y voluntad y anzuelo con que quedase preso. ¿Quien se pondrá á considerar el infinito amor y bondad que muriendo nos mostró? ¿la sabiduría y riquezas que debajo de aquella figura encerró? ¿el poder con que nos libró y libertó? ¿el triunfo que contra el príncipe del mundo y el demonio alcanzó estando de pies y manos enclavado? ¿la novedad en el modo con que nos redimió, obra extraña de Dios, como dijo un profeta? ¿la liberalidad y magnificencia con que nos perdonó y repartió con nosotros sus tesoros hasta quedarse desnudo, que aunque sea de piedra no pasme y no se rinda y no se dé por preso y encadenado para nunca desatarse? Séneca llamó cadenas á los beneficios, y con razón, porque á los que los reciben tienen como fortísimas maromas sujetos al servicio del bienhechor. ¿Pues qué alma, conociendo los que ha recibido de Dios, podrá apartarse de Él? Eso le tenía preso al que dijo en un salmo *Periit fuga a me* [1]. Presa está y en cadenas aquella ánima que ni se puede olvidar del esposo á quien entrañablemente ama, ni pensar en cosa alguna fuera dél; presa y sin libertad la que en todas sus ocupaciones, conversaciones y negocios sólo en el amado ocupa su memoria; éste revuelve de día y de noche, dentro de su corazón; con él se acuesta, con él se levanta, con él sueña; y durmiendo y velando piensa siempre en él.

La ventaja que este segundo grado de amor hace al primero es que en éste ni por un brevísimo espacio de tiempo tiene quietud el alma, anhelando siempre por el amado. Por lo cual digo, que aunque no siempre sea verdad, que el estar atado sea más que el estar herido; eslo á lo menos de ordinario, porque menos es salir uno de la batalla con una ó más heridas y con su libertad, que quedar preso y con las mismas heridas, y aun con solas las prisiones, pues pierde con ellas lo que no tiene precio. Las heridas sanan y acábase el dolor; pero ¿cuál será el del preso y lleno de llagas? Al fin el primero es libre y el segundo captivo. Lo que quiero decir con este ejemplo es que en este grado segundo del amor no se admiten interpolaciones, como en el pasado. Porque á la manera de una calentura aguda y continua quema y abrasa el ánima; y con el perpetuo ardor de su deseo la enciende, sin darle reposo alguno en algún tiempo. De manera que como el enfermo que actualmente está en la cama con una fiebre ó ción muy recia, y el que amarrado á un poste con una gruesa cadena no pueden alejarse más de aquello que lo ancho de la cama y lo largo de la cadena les da lugar; así el que deste tirano amor está poseído, en cualquiera cosa que haga, adonde quiera que se vuelva, siempre se conoce atado, porque se halla presente á lo que con tanto cuidado quiere y ama, sin poder alejar un punto su pensamiento y deseo dello.

CAPÍTULO IV

Del triunfo tercero, que es la enfermedad del amor.

Muchas cosas notables del amor dijo Diótima en el *Convite* de Platón, y una de ellas, que inducía enfermedad. Y así le pintó macilento, seco, inculto y desaliñado. Porque á los aficionados fáltales el humor y el calor de que la vida de todos los animales consta y se sustenta, á cuya causa enflaquecen, enferman y se secan. Que como naturaleza no basta ni puede acudir juntamente á dos obras, adonde va la intención del ánimo aficionado y adonde se ocupa toda, que es en el continuo pensamiento de la cosa amada, vá también la virtud de la natural complexión y á solo aquello sin cesar atiende. Y como el manjar por la falta del calor no se cuece perfectamente en el estómago, la mayor parte dél se convierte en excrementos y superfluidades, y la menor es llevada cruda al hígado, y allí por la misma razón se cuece mal. De aqui es que muy poca sangre, y esa cruda, se reparte por las venas; y los miembros todos, por la falta della y por la

(1) «No tuve medio para escaparme». (Salmo 141, v. 5).

crudeza, se adelgazan y pierden su verdor y color, y vienen los hombres á enfermar. Esto que dice Patón del amor en común podemos decir en particular del divino; que aunque principalmente hace enfermar el alma, como veremos, muchas veces causa en los varones perfectos ó que anhelan á la perfección enfermedades corporales; porque siendo intenso y encendido, arrebata para Dios la intención del ánima, y luego siguiéndole los espíritus, por la falta de calor que desampara el estómago, se engendran crudezas, opilaciones, hastíos y otros semejantes achaques.

Pero quédese esto, porque tratemos del tercero grado de la violenta caridad, aunque será bien averiguar si puede haber otro sobre el segundo. Porque si, como dijimos, ningún otro afecto puede enseñorearse deste ¿no es sumo? Y si no admite interpolación ni separación, ¿no es sempiterno? Responde Ricardo que hay grande diferencia entre sumo y sólo; como es diferente estar siempre presente á la cosa amada y no admitir compañía. Y la experiencia nos muestra que podemos estar presentes á quien amamos y tener muchos acompañados en el amor, aunque verdaderamente aquél uno se aventaje á todos y tenga el más principal lugar en el corazón. De manera que, según esta distinción, al que es sumo amor le falta ser sólo. Pues cuando el amor divino excluye cualquiera otro afecto de cualquiera criatura y de todas juntas y no da lugar ni consiente que amemos nada fuera deste uno ó por este uno, llega á ser sólo y á tener el tercer asiento y escalón de la violenta caridad. Y aquí es donde ninguna cosa puede satisfacer al alma fuera deste uno, ni le da gusto, sino por este uno. Uno ama, uno quiere, de uno tiene sed, uno desea, por uno anhela y suspira, y deste uno sale fuego que le abrasa. En este solo y único descansa y halla su cumplida refección y hartura; ninguna cosa le es dulce ni de buen sabor que no vaya guisada con este uno; y si se le ofrece, la desecha, acocea y despide de sí, porque no frisa con su deseo ni sirve á su afecto. No hay palabras que basten á declarar la tiranía del amor en este grado, que es tanta, que alanza todo deseo, excluye todo cuidado, oprime y violenta todo ejercicio que no sirve á su voluntad y apetito. Todo lo que se trata y piensa tiene y juzga por inútil y por intolerable, si no se endereza y encamina á este uno y solo fin que tanto desea. Cuando deste uno goza y con paz le posee, júzgase nuestra ánima por señora de todas las cosas, las cuales todas juntas le vienen con él; y sin él todo le causa horror, todo le ofende y da en rostro; las fuerzas del cuerpo le faltan, el corazón se le carcome y pudre, no recibe consejo, no escucha razón, ni admite algún humano consejo. Aquí clama y pidiendo socorro dice: Sustentadme con flores y fortalecedme con manzanas, que estoy herida ó enferma de amor. Y bien parece enferma la que habla, que á los enfermos suelen antojárseles flores y fruta. Son palabras estas de la Esposa tan misteriosas, que apenas oso tocar en ellas, especialmente habiéndolas de tratar de propósito en los nuestros *Comentarios sobre los Cantares.* Diré, empero, brevemente lo que hace á nuestro particular. Dos grandes favores hizo el Rey á esta alma que aqui tenemos enferma. El uno fué meterla en la bodega de su vino, como ella lo confiesa, y franquealla las cubas. La otra ordenar en ella la caridad. El primer regalo es grandísimo y de solos los muy amigos; porque si miramos el argumento de aquel libro, que es pastoril y de campo, la bodega entre los labradores es donde están todas sus riquezas y las alhajas de su casa, y adonde no entran sino los familiares y muy della. Pues decir el alma que entró en la bodega de Dios es darnos á entender que le mostró la riquezas de su gloria y le dió á gustar el vino suavísimo suyo; por el cual entre los hebreos era significado todo género de regalo y deleite. A estas dos cosas se sigue luego desprecio de todo lo que fuera de la bodega del Rey celestial se puede hallar. Porque ¿quién hay que gustando el vino suavísimo de la divina consolación no huelle y tenga en poco el vinagre de los deleites y regalos del mundo? ¿Quién contempló las riquezas y tesoros de la casa de Dios que no tuviese por estiércol, como otro San Pablo, que fué llevado á esta bodega, las riquezas, honra, dignidades, oficios y prelacías de la tierra? San Agustín dijo muy bien esto: Gustado este espíritu es desabrida toda carne. Pues pasó más adelante el favor del Rey con su Esposa, porque ordenó en ella la caridad. Los hebreos leen de otra manera. Porque adonde nosotros decimos: *Ordinavit in me charitatem*, ellos dicen: *Vexillum eius super me dilectio*: Puso sobre mí una señal de su amor. De Santa Inés, virgen y mártir, lee-

mos que, porfiando el hijo del tirano que casase con ella, le dijo que no podía; ¿y la razón? Puso, dice, mi Esposo una señal en mi rostro para que, fuera de Él, ningún amador admita. La señal que puso el Esposo á la Esposa nadie la sabe; sólo sabemos que fué señal de amor y que ninguna cosa criada admite al suyo, y que ora de la admiración de tantas riquezas como contempló en esta bodega, ora de la fuerza del vino que bebió, ora de la señal que el Esposo le puso, se confiesa enferma y pide remedio á su enfermedad, y el remedio que pide es de manzanas y flores. Plinio, en el libro 7, entre otras muchas cosas, cuenta de unos hombres monstruosísimos llamados Astomos, que no tienen bocas (Plin., libr. 7 de *Nat. historia*). Vístense, dice, del vello de los árboles, no comen ni beben, pero susténtanse del olor de los manzanos y de las flores. Y realmente el olor sustenta mucho, y un antojo de fruta cumplido suele sanar de una enfermedad. A mi parecer, lo que pide la Esposa son deseos santos y obras perfectas en sus prójimos, entendidos en las flores y manzanas. Porque no hay cosa que tanto recree y alivie á una persona enamorada de Dios, como ver aprovechados á sus hermanos en el servicio de su Majestad. Y si preguntare alguno qué cosa es enfermedad de amor; digo que es una afección, un deseo y una ansia que consume al ánima por la ausencia de su amado y juntamente hace enfermar á la carne, porque amortigua y consume en ella el amor carnal, los sentimientos lascivos y apetitos sensuales. ¡Oh poderosa pasión del amor si no se tiempla ó se quita! Poderosa digo, porque el ánimo que una vez posee le vuelve impotente y en nada señor de sí mismo. Encendida una vez en el alma esta pasión amorosa, toca fuertemente de fin á fin, hace á lo que viene, prospérase y crece, y no se acaba hasta que hace desfallecer nuestra ánima.

Algunas veces, en especial á la hora de la oración. crecen más estos amorosos deseos y á este tiempo enferma el amante, porque el espíritu vehemente, aunque de paso, le hace desfallecer con la demasiada flaqueza. Al principio desta hora dichosísima está el alma enferma, mas al fin desmaya y derrítese como la cera en la presencia del fuego. Pero mire el que ora que esté con gran cuidado de que su ánimo no ande vagueando y derramado, porque si, ordenándolo el Señor, fuere tocado desta pasión, se aperciba con tiempo y se disponga para ella, para que todo le ocupe, ande y consuma, que no suele apartarse ni despedirse hasta beber todo el espíritu del hombre. Como se vió en Daniel (Dani., 8), varon de deseos, el cual en aquella celestial visión enfermó todo, desfalleció y quedó sin fuerzas. Este es el tercero grado del amor violento, muy diferente del segundo, porque en aquel hay lugar para ocuparse el hombre en negocios exteriores, aunque el pensamiento no puede desasirse de Dios, al cual fuertemente está unido; mas en éste queda el ánima como consumida y enferma con su demasía; y como en ninguna cosa puede meditar ni pensar sino en la que ama, tampoco puede atender á negocios extraños. En el segundo grado están las manos y pies libres, porque á nuestro albedrío y discreción podemos ejercitarnos en obras virtuosas, tomando unas y dejando otras; mas en el presente la fuerza del amor, á manera de gravísima enfermedad que debilita los pies y las manos, para no poder menearlos ni servirse dellos á su voluntad, queda el ánima como inmovible, porque en ningún tiempo se mueve á pensar, ni á obrar, sino por donde este deseo la lleva. Que es lo que dijo Ecequiel (Ezech., 1) de aquellos divinos animales, que adonde el ímpetu del espíritu los llevaba, allí sin resistencia iban.

CAPÍTULO V

De la insaciabilidad del amor y de cómo no se contenta con lo posible.

Llegados aquí, no parece que nos queda adonde subir amando, porque si en el primero grado hirió el amor nuestro afecto, en el segundo ató nuestro pensamiento, en el tercero nos imposibilitó para todo lo que no es el amado y de todo se enseñoreó de nuestra voluntad, ¿á qué más se puede extender? A lo imposible, dice Ricardo, porque lo posible no le harta. El primero grado del amor es insuperable, porque ninguno otro le sustenta; el segundo, inseparable, porque no consiente olvido ni intermisión; el tercero, singular, porque no admite compañía. Mas este cuarto es insaciable, porque nada le harta, ni lo que es ni lo que no es; no se contenta con tener llagado el afecto y atado el pensamiento, ni con la posesión de todo el hombre, porque su ca-

lor es como de un avestruz divino, para quien es poco todo lo posible. Cuando nuestra ánima llega á este tan feliz y bienaventurado estado, en ninguna cosa que hace ó se hace por ella halla su deseo perfecta hartura. Tiene sed y bebe, y bebiendo no queda satisfecha, antes queda con mayor apetito y ansia de beber, porque padece una como hidropesía espiritual. No se hartan aquí de ver sus ojos al amado si está presente; ni los oídos de oir hablar y tratar dél si está ausente. Trae una hambre insaciable de Dios, como el avariento de dineros y el infierno de tragar hombres, que nunca dicen basta. San Agustín, explicando la condición del amor de los que así aman, dijo: No recibe el amor violento alivio ni consuelo de la imposibilidad. Como si dijera: No es esta pasión del amor como las otras; conviene á saber, de riquezas, de honras temporales y deleites de carne, porque aquéllas suelen mitigarse y disminuirse ó con la razón ó cuando se ve que lo que se desea es imposible; pero á ésta no se le puede poner freno, porque juzga por posible lo imposible, y si no hace este juicio porque tiene luz del cielo, á lo menos deséalo y deseándolo desfallece. Que cosa llana es que nuestra ánima en cuanto está presa en la mazmorra del cuerpo, y atada con estas cadenas de los sentidos, no puede por entero gozar de la felicidad eterna para donde fué criada. Mas por ventura estando tan enamorada de su Dios como aquí la pintamos, ¿halla algún alivio ó declinación á su deseo con este imposible? ¿Deja de desear y abrasarse con el deseo de ver y gozar lo que ama perfectamente, aunque está cierta que no le es posible alcanzarlo en esta vida? No por cierto. Ni es por ello digna de reprensión, porque no sólo no se ofende Dios con semejantes deseos, mas antes parece haber abierto su Majestad puerta para ellos, y en su favor hallamos escrito aquel estrecho mandamiento del amor que dice (Deut., 6): Amarás á Dios de todo tu corazón, de toda tu ánima, y de toda tu mente, y de todas tus fuerzas. Que aunque en este destierro y valle de lágrimas, así como nos consta que ninguno lo puede cumplir perfectamente como en el cielo, así es bien que todos lo deseemos. Y que sea justo este deseo vese claro, porque en la descripción del hombre que lo es se dice (Psal. 111): En sus mandamientos querrá demasiado. ¿Qué cosa es querer demasiado, dice Ricardo, sino exceder con el deseo á la posibilidad y fuerzas humanas? En este mismo sentido dijo la Esposa, hablando con su Esposo (Cant., 1): Las doncellas te amaron demasiado; esto es, no guardaron modo en el amor. Como Dios es infinito y inmenso, el alma que le ama procura cuanto puede contrahacer y remedar esta infinidad y inmensidad con su amor: no ama por tasa ni por medida, porque no la tiene Aquel que ama. De manera que el ánima enamorada ama todo lo que puede, mas no lo que quiere; el amor es tasado y medido, porque su virtud lo es, mas el deseo es sin tasa y sin medida. Ama como una criatura, mas dese amar más que todas las criaturas; y si tuviese el amor de todas y le diese todo á su Criador, no quedaría harta.

De aquí nació en el glorioso padre San Agustín decir aquel cosicosa de perfecto y insaciable amador: Si Agustino fuera Dios y Dios fuera Agustino, dejara Agustino de ser Dios porque Dios fuera Agustino. Parecióle poco dar á Dios como criatura honra y amor; y fíngese Dios y da como Dios. Como si dijera más claro: Si fuera posible que yo tuviera todo lo que tiene Dios, lo diera de muy buena gana, sin quedarme con nada, al que confieso por Dios. Son invenciones estas de los varones justos, de quien se escribe en Isaías: Decidle al justo que bien, del fruto de sus invenciones comerá. Hacen los Santos mil potajes de sí mismos, de sus voluntades y deseos para agradar más á Dios. Invención es aquella del Profeta que dice (Psal. 11): Deseó mi ánima desear vuestras justificaciones en todo tiempo. ¿No fuera más proprio y mejor decir: Deseó mi ánima vuestras justificaciones, que no deseó desear? Responde Ricardo que no; porque el deseo pertenece á uno de los grados pasados ó á todos tres, mas desear desear es del amor insaciable; que bien se ve que no puede ver harto su deseo el que deseó desear. La hambre del ánima es el deseo; no se harta de amar, porque Dios es amor, y quien á Dios ama, ama al amor; amar al amor hace un círculo infinito donde ni tiene término ni fin el amor. Es insuperable, porque de nadie es vencido y todo lo vence; es insaciable, porque todo lo traga y nada le harta, antes de la abundancia pare mengua. Por lo cual se escribe (Eccl., 24): Los que me comen, dice Dios, amor infinito, tendrán mayor hambre, y los que me beben, mayor sed. Dios es comida y

es amor; quien ama á Dios, come á Dios, y quien come á Dios, come al amor; ¿y qué puede engendrarse del amor sino amor? Y si el amor que se come es infinito, ¿no ha de engendrar en el ánima infinito amor? ¡Oh Dios mío y bien mío, amor y comida, cómo recreas á los que te aman, y amándote comen, y dejándolos siempre con mayor hambre! Quien nunca te gustó, nunca de Ti supo tener hambre, porque Tú sólo eres el que de tal manera recreas las almas que, dándoles vida y hartura las dejas con hambre. Que esa es la comida que prometes al justo. La Reina soberana María, visitando á Santa Isabel, llena de Dios y de su espíritu, dijo: A los hambrientos llenó Dios de bienes (Lucæ, 1). No habla de cualesquiera hambrientos, que muchos lo son de bienes temporales y nunca les da Dios con que se remedien, porque no les conviene, y también los ricos tienen hambre, porque los dejó el Señor vanos y vacíos, como en otro lugar lo dijo el Profeta (Psal. 33): Los ricos tuvieron mengua y padecieron hambre; mas los hambrientos de Dios y que con hambre le buscan, no desfallecerán en todo bien; esto es, no les faltará ningún bien. El alma que come de Dios está llena de bienes, y no está harta de bienes, porque los de la caridad tanto menos la hartan cuanto más la llenan. ¿Pero qué bienes son estos? El Apóstol los cuenta: Paz, paciencia, longanimidad, mansedumbre, modestia, continencia, castidad, gozo en el Espíritu Santo, y al fin, toda dulcedumbre y suavidad. Y escrito está (Esai., 64): Los bienes que, Señor, tenéis aparejados para los que os aman, solo Vos los podéis contar y apreciar, porque ni el ojo los vió, ni el oído los oyó, ni en corazón de hombre pudieron caber. Puédense adquirir, como dice San Agustín, mas no estimarse; exceden nuestros deseos y sobrepujan nuestros afectos. ¡Qué hambre debía de llevar de Dios el niño Jesús cuando subió á Jerusalén, pues que acabados ocho días que duraba la fiesta se quedó en el Templo otros tres! Las noches enteras gastaba en oración, como lo dijo San Lucas (Lucæ, 6). Y San Gregorio, después que le hicieron Sumo Pontífice, escribe algunas epístolas tan llenas de lástimas y quejas, de que le habían quitado su celdilla y rincón, donde con sosiego y quietud gozaba de Dios á sus solas, que muestra bien en ellas la grandeza de su amor y la hambre que padecía de Dios. A Magdalena no hay quien la aparte de los pies de Cristo, porque comía manjar que comido harta y da hambre (Lucæ, 2). Ana, Profetisa, acostumbrada desde su niñez á estar en el Templo, no había sacarla dél. Siempre anduvieron los Santos buscando invenciones para hartarse de Dios, y Dios para llenarlos y dejarlos con hambre.

CAPÍTULO VI

Del regalo que siente el alma con la presencia de Dios, y de dos maneras de gustos: uno puro y otro mezclado.

Una de las cosas de mayor admiración que hay en la vida espiritual es ver que esté Dios en un alma por gracia y que la ame y quiera ternísimamente, y se le esconda algunas veces de manera que le hace pensar que es su enemigo y que la tiene desamparada; otras la llena de tanto consuelo y la rodea de tanta luz, que juzga ser cielo la tierra, y porque este es un enigma, el más ingenioso del saber y poder de Dios, me pareció con el favor suyo tratar muy en particular dél en este capítulo. Para cuya mayor inteligencia se debe notar que hay dos maneras de gustos, uno puro, suavísimo y transformativo y que frisa con el que gozan los beatos en el cielo; otro mezclado con seguridad de conciencia y amargura de ausencia. Del primero goza el ánima en la presencia del amado, al cual acompaña una tan grande seguridad, que de todo en todo se olvida y descuida de todas las cosas. Vimos esto en San Pedro, que estando en el monte Tabor, y viendo al Señor transfigurado, como si para él estuviera acabado el mundo, dijo (Matth., 17): Bueno es que nos estemos aquí. La Esposa en los Cantares nos dió á entender esta suavidad y gusto del cielo con palabras de grande significación (Cant., 5): Derritióse mi ánima, dice, luego que le habló el querido. El Hebreo dice: Mi ánima se salió de mí. San Dionisio, tratando del amor de los serafines, buscó primero la etimología del nombre, que en lengua hebrea son lo mesmo que incensores, *sive calescentes*, y sacó que tienen cinco propriedades, tan dificultosas de entender cuanto admirables después de entendidas. El nombre serafín, que es nombre de fuego, declara la movilidad y infinibilidad, calor, agudeza y fervor dellos, como si dijera: son como el fuego, que siempre quema si halla

qué, y si la materia durase en infinito, en infinito se extendería su acción. Siempre aman, sin fin aman, con calor aman, penetrando aman, y amando salen de sí y se transforman. ¿Qué cosa es, dice Hugo, aquel moverse sin interpolación y con perpetuidad, aquel cálido, agudo y más que fervoroso de los serafines? Si decimos que es amor, parecerá á los que saben poco dél que decimos poco, y nadie sabe lo que es el amor si no es el que conoce y sabe quién es Dios, que es amor. Hay, pues, en el amor *móbile*, porque es vida; hay incesabilidad, porque es perpetuo; hay cálido, porque es fuego, y no hay amor donde no hay calor; hay agudo, porque penetra cuanto le es posible la profundidad y totalidad de la cosa amada, todo por unirse con ella y estar en ella. Síguese el *superfervidum* (1), que es el más alto grado de todos, el cual se llama así porque no sólo hierven los serafines, sino que hirviendo salen de sí. Un puchero de agua hierve con lumbre mansa; pero si el fuego es mucho, no sólo hierve, sino que, cociendo á borbollones, se sale el agua afuera y le desampara.

En el primero grado se buscan razones para amar: por eso se llama *móbile*, esto es, inquieto, que nunca para ni está ocioso, ni hay amor donde hay ociosidad, ni es perfecto si hay interrupción ó declinación ó pausa. El segundo grado dice más que el primero, porque á la interrupción y continuación añade perseverancia y perpetuidad; no tiene fin ni término el amor que merece este nombre, porque la materia con que se ceba es infinita. En el tercero grado hay dilatación, porque ansí como con el frío se endurecen, hielan y aprietan las cosas, así con el calor se desatan y se deshielan y derriten. De lo primero da testimonio el Profeta santo, que puesto en grave aflicción y desamparo, decía (Psal. 118): Estoy como el odre puesto en la escarcha, que se encoje y se endurece y se arruga; á lo segundo hace lo que la Esposa dijo, conforme á nuestra *Vulgata:* Hablóme mi querido y calentóme y derritióme y dilatóme. Derrítese y dilátase un alma con la presencia de su Dios como la cera en la presencia del sol ó del fuego. En un salmo se escribe: Los montes se derritieron y corrieron como cera en el acatamiento del Señor, y toda la tierra se desheló y quedó líquida. Orígenes (Orig., *in Cant.)*, explicando las palabras sobredichas del Esposo, en que el ánima confiesa que oyéndole hablar se derritió, dice: A lo que á mí me parece, derretirse el alma efecto dichosísimo es de la divina consolación, y entonces se derrite cuando mediante esta devoción se amollenta y ablanda para que el querido suavemente se recueste en ella, de manera que ninguna cosa halle dura y que pueda hacer resistencia á sus divinos consejos. Derrítese cuando con amor se derrama; de suerte que el querido tenga plenario dominio en ella, hasta tanto que todo el movimiento, toda la virtud, todo el ímpetu de la misma ánima se determine en Él. San Buenaventura dice que esta liqüefacción no es otra cosa que una blandura que, despedida la dureza del pecado, queda en el alma con que es hecha flexible y voluntaria para amar á Dios y blanda para recebir las inspiraciones de la divina virtud, para que, como un licor se mezcla con otro y de esta mezcla resulta unidad, así con el espíritu de Dios, que influye en el espíritu del hombre, el ánima se haga un espíritu. No hablamos aquí de aquella unión que es por identidad de real existencia, de que habló Cristo por San Juan, diciendo (Ioan., 17): Mi Padre y Yo una cosa, una sustancia y una esencia somos; porque la criatura no puede ser hecha criador: ni tampoco hablamos de aquella unión que hay entre Dios y el alma, sólo por consentimiento y conformidad de voluntades, porque esa es común á todos los que tienen la gracia espiritual, según que se escribe de aquellos primeros cristianos (Actor., 4), que siendo muchos eran una ánima y un corazón; tratamos empero de otra más alta unión, que es cuando el ánima en este derretimiento se hace un espíritu con Dios mediante el amor liqüefactivo y excesivo de la contemplación extática, que por la demasiada suavidad y grandeza de la interior dulzura y vehemencia del amor se resuelve y derrite el ánima y se cuela en Dios y Dios se derrama en ella, y es hecho ánima suya, que la vivifica y mueve. Desta unión más crédito se ha de dar á los que la experimentaron que á los que la especulamos, porque ninguno alcanza estas cosas sino el que las percibe por experiencia ó revelación, porque son de las secretísimas y profundas, que si no se gustan no se aman y si no se aman no se entienden.

(1) Sobrehirviente ó hervoroso en extremo.

Pero cómo se haga esta liqüefacción ó derretimiento del ánima podemos conjeturar de la que se hace en el hielo y en la cera puesta á los rayos del sol, adonde hay lo primero separación de las partes heterogéneas de las homogéneas, y al contrario: llamo homogéneas las cosas cuyas partes son de una misma naturaleza con el todo, como los elementos, que cualquiera parte de agua es agua y cualquiera parte de fuego fuego, etc. Heterogéneas se dicen las cosas que son de diversas naturalezas, como los cuerpos de los animales, compuestos de huesos, nervios y carne. Lo segundo, en la natural liqüefacción lo que queda no se contiene debajo de proprios términos, sino ajenos, como se ve en la cera derretida, que no se detiene en sí misma, sino en vaso de materia sólida, de manera que de su naturaleza es correr y derramarse hasta hallar quien la detenga. Esto presupuesto, se ha de notar que el amor tiene la naturaleza del cálido, que es congregar y unir las cosas homogéneas y separar las heterogéneas. Las cosas espirituales tienen homogeneidad ó similitud con las espirituales y son muy desemejantes de las corporales y terrenas; por esto lo que en el hombre se halla espiritual ó divino en cierta manera se aparta, mediante el amor vivifico, de todo aquello que es terrestre y corpóreo, y es hecha allí división del ánima y espíritu, esto es, de la espiritualidad, animalidad y sensualídad; sepárase lo precioso de lo vil y queda lo feculento ó impuro, que es de la porción inferior, y porque Dios es espíritu y la similitud es causa de unión, queda claro que el Espíritu racional así depurado y sin las heces de las cosas corporales y terrenas, se une al Espíritu divino por la semejanza que tiene con Él. Desta separación de ánima y espíritu, esto es, de la sensualidad y animalidad, que incluye en sí cuerpo y ánima y espíritu, tomado por las potencias superiores de la misma ánima, según las cuales conviene con las sustancias puramente espirituales y se une á Dios, dijo San Pablo á los Hebreos: Viva es la palabra de Dios, esto es, Cristo, y más penetrante que la espada afilada y de dos cortes, porque llega á hacer división entre el ánima y el espíritu.

Otra cosa hay aquí de mayor consideración, y es que el espíritu así asimilado á Dios, así calificado y así aficionado por el amor, consecuentemente califica y dispone el proprio cuerpo por la redundancia de la divina virtud y le viste de ciertas propriedades y condiciones espirituales, desamparadas las proprias ó muy suspensas de su operación, por lo cual dijo Aristóteles que en el hombre virtuoso todas las cosas exteriores y interiores hacen consonancia con la razón, y así es que nuestro espíritu atraído de Dios consecutivamente atrae á sí todas las cosas que son del cuerpo, de donde resultan dos maravillosas uniones, una del espíritu á Dios y otra del cuerpo al espíritu.

Dijimos de la liqüefacción natural que era propriedad suya no contenerse sino en términos ajenos, y lo mismo decimos del derretimiento espiritual y amoroso, porque nuestra ánima en sólo Dios, que es término suyo, halla descanso, á cuyo ejemplar es sellada, es ejemplada, es transformada, simplificada y unida, porque como sea verdad que cualquiera cosa tiene su quietud cuando ha alcanzado su perfección y está conjunta á ella, asi nuestro espiritu, ayuntado por perfecto amor á su sumo perfectible, que es Dios, en Él sólo se quieta, harta y establece. Así se quieta la materia alcanzada su forma; así la piedra puesta en su centro, y finalmente, todas las cosas, alcanzado su fin tienen descanso. A esta liqüefacción se sigue la penetración; porque lo que se derrite penetra y cunde, como se ve en la cera y en el bálsamo caliente. Lo que digo es que no hay puerta cerrada para el amor: todo lo anda y penetra con su agudeza, que aun entre los evangelistas, San Juan, aventajado en el amor, con extraña agudeza penetró el pecho y corazón de Cristo y sacó las grandes riquezas del Evangelio, como lo afirma San Agustín y lo canta la Iglesia. Pues ¿cómo entró no estando aún abierto con la dura lanza? Contemplando y amando; porque el amor para todas partes halla paso y camino y no descansa hasta que llega á lo más intimo de la cosa amada. No hay secreto que no alcance el espíritu enamorado: penetra hasta lo profundo y secreto de Dios. Es subtilísima ganzúa el amor y no hay puerta cerrada para él ni en el cielo ni en la tierra.

Penetrando, pues, y escudriñando el espíritu enamorado los secretos del amado, con la novedad de las cosas que allí contempla, con la dulcedumbre, hermosura y suavidad de que goza, sale de sí y padece éxtasi mental; esto es negocio muy místico y secretísimo y que

ninguno lo sabe sino el que lo recibe, ni lo recibe sino el que lo desea, ni lo desea sino aquel al cual el fuego del Espíritu Santo entrañablemente inflama. Por esto dice el Apóstol que esta ciencia es revelada, por lo cual tiene poco en ella la naturaleza, la industria, la inquisición, la lengua, las criaturas y la sabiduría humana. Si alguno preguntare, dice San Buenaventura, cómo se hacen estas cosas, lo que se debe responder es que lo pregunte á la gracia y no á la doctrina; al deseo, y no al entendimiento; al gemido de la oración, y no al estudio de la lección; al Esposo, y no al maestro teólogo; á Dios, y no á los hombres; á la niebla ó escuridad, y no á la claridad; al fuego que con ardentísimos afectos transforma á la mente en el amado, y no á la luz. Ha de preceder muerte de todo lo que vive en el hombre para llegar á tanto bien, porque escrito está (Exod., 33): No me verá el hombre si está vivo.

CAPÍTULO VII

Del segundo gozo mezclado, y de la amargura que siente el alma en la ausencia de Dios.

Taulero, varón de admirable contemplación, dice que suele nuestro Señor, en el principio de nuestra conversión, mostrarse tan amigo y regalar las almas con tanta suavidad y dulzura, que apenas lo puede soportar el cuerpo frágil y enfermo. De donde muchas veces vienen los así visitados y recreados á hacer gestos desacostumbrados, á hablar palabras atrevidas, á dar gritos y bramidos como hombres que no están en sí ó no caben en sí; lo cual si no hiciesen reventarían y peligraría su salud. Algunos habemos visto echar sangre por los oídos, ojos y boca; tanto es el contento y regalo que sienten con los abrazos y ósculos sensibles de Dios. Pero esto dura poco; es, como dicen, el pan de la boda; es manjar de niños; es leche de principiantes, necesaria para aquel estado. Por lo cual, saliendo dél refocilada el alma abundantemente, y entrando en otro de mayor perfección, dejadas las niñerías, la enseñan á comer pan con corteza y á negociar y buscar su vida por su pico. Propónele Dios un camino tenebroso, estrecho, yermo y de desconsuelo, y llevándola por él quítale ó escóndele todos aquellos dones y regalos que le había dado, y dejándola toda á sí misma, hace que ninguna noticia ni rastro de Dios halle dentro de sí. Pregunta á todos llena de inquietud y congoja (Cant., 3): ¿Hay quien me sepa dar nuevas de mi querido? Examina su conciencia, por ver si fueron sus culpas causa desta ausencia; halla que ni en pensamiento, ni en palabra, ni en obra se ha descuidado, de manera que haya ofendido al Esposo; y consolándose con este seguro, no sosiega ni cesa de buscar al que siente haber perdido. Presente está el amado, y Él obra esta inquietud y congoja en el alma; Él es el que la incita á que la busque; Él despierta este apetito; Él enciende este fuego de santos deseos; y con todo, ni es sentido ni visto. ¡Oh cuál anda un ánima en tales tiempos! Pierde el color, el gusto, la salud, las fuerzas y la conversación; su oficio es suspirar y decir con la Esposa (Cant., 2): Decilde á mi querido que enfermo por Él. Desta suerte herida y lastimada andaba la Magdalena con la ausencia de su amado, y teniéndole presente no le conoce porque está disimulado (Ioan., 20). Disimúlase Dios y finge que, siendo, no es, para que crezca más el amor y los deseos, y para que con mayor codicia se busque y con mayor suavidad se halle.

Algunas veces se esconde Dios de manera que aunque más ventor seais no le cogeréis el viento ni tomaréis el rastro. Cuando un hombre no quiere ser sentido, ni menea pie, ni mano, ni resuella, ni pestañea, y aunque de una parte lo mováis á otra, él no se mueve. Así Dios está en el alma tan secreto y tan callado, que le hace pensar que totalmente la tiene desamparada y olvidada. Cuando Elias se despidió de Eliseo, quedóle la capa con que había dividido las aguas del Jordán. Quiso Eliseo pasar este río sin mojarse y arroja la capa, como Elías, y no se dividieron las aguas; y comenzó á dar voces: *Ubi est Deus Eliæ* (IV Reg., 2) ¿Qué es deste Dios de Elías? ¿A dónde está, que no parece? Y no estaba Dios fuera del profeta, pero disimuló con él por esta vez, para incitarle á que le llamase con mayor fervor y espíritu. Conociendo la Esposa la condición del Esposo, que se esconde cuando le parece y aparece cuando ve que nos está bien, le dice en los Cantares (Cant., 8): Querido mio, huid cuando mandáredes, pero sea la huida como la del corzo ó cabra montés, que saltan por esos montes de tomillos y cantueso y otras hierbas olorosas. No dice: Huid

como el conejo ó como la liebre, porque estos animales no vuelven jamás la cabeza cuando huyen, sino, las orejuelas aguzadas y bajas, caminan para esconderse. El cervatico y cabra montés corren, saltan y huyen con grande ligereza, mas de cuando en cuando vuelven á mirar á quien los sigue. Como si dijera la Esposa: El huir y el ausentaros, Esposo mío, no puede excusarse; huid enhorabuena, pero volved á mí vuestro rostro de cuando en cuando, para consuelo de vuestra ausencia. En sus manos dice Job (Iob., 36) esconde el Señor su luz, y á veces la descubre, no de golpe, sino por entre dedo y dedo; porque toda junta ni los espíritus angélicos podrían soportarla. Como se lee del santísimo Efrén, que siendo abundantísimamente regalado de Dios, decía: Detén, Señor, la abundancia de tu gloria, que no lo puedo sufrir, ni hay en mí vaso para recebirla.

Por entre dedo y dedo se nos descubren unos rayos pequeños de aquella luz eterna que esperamos; y danos el Señor unos alegrones cuando le parece, para certificarnos que si perseveramos en su amistad mostrará al descubierto su gloria. Levántanse algunas veces dentro de nosotros tan grandes tormentas de tentaciones, que del todo perturban nuestra paz interior, y así anublan el cielo sereno de nuestras conciencias, que nos da en rostro la vida santa y nos enfadan y cansan los trabajos de la penitencia y los ejercicios de la virtud, y somos forzados á querer lo que no queremos y juzgar por dulces las cosas que nos solían ser amargas; apenas podemos perseverar un momento en un pensamiento santo; tan grande es nuestra instabilidad y miseria. Si os volvéis á Dios con deseo de atender sólo á Él, parece que os arrojan de su persona [1] confusamente y con desdén. Si oráis, el cielo es de bronce impenetrable, Dios se hace sordo y el ángel de la guarda no parece: si leéis la sagrada Escritura, no sentís más gusto en ella que una piedra: ni el horror del infierno os atemoriza, ni la consideración de la gloria os despierta, ni la muchedunbre de los beneficios os mueve. A los principios, codicioso Dios de cazar nuestras almas, póneles cebo, como suelen los cazadores para coger las aves y los peces: regálanos, consuélanos, visítanos y danos leche de consolación y gozo de su divino espíritu; mas después de cazados y cogidos en el lazo, trátanos rigurosamente y con aspereza, y de tal suerte nos desampara, que se rebela la carne contra el espíritu y le pone en tal aprieto y necesidad, que nos hace pensar que en ningún tiempo estaremos en su amistad. No siente el alma á Dios en este tiempo, ni le conoce; ni le deleitan ni son de gusto las cosas criadas, porque está como colgada entre dos paredes, sin hallar descanso en ninguna dellas. Yo pienso que si en esta vida se diese infierno, no podría ser más riguroso ni más atormentador que amar intensamente un alma á Dios y carecer de todo punto de Él. Pues ¿qué diré de los pensamientos molestos que en este tiempo acuden á dar batería al alma? ¿qué de las imaginaciones torpes que le combaten? Reviven las pasiones de la carne, toman fuerzas, acometen desvergonzadamente con mayor ímpetu que cuando el hombre vivía sujeto á vicios y pecados. ¡Oh cuántas veces acontece, cuanto mayores son las fiestas y más desea el alma aparejarse y disponerse para servir á Dios, hallarse más tentada, más seca, más sin devoción y espíritu! A tanto llegan estas calamidades, que sucede, permitiéndolo Dios, que se pierda la opinión que de nosotros se tuvo en otro tiempo y que vengamos á ser juzgados por inútiles y de poco momento, aun de aquellos que resplandecen por santidad exterior. En estas ocasiones, decía San Bernardo: *Ecce in pace amaritudo mea amarissima*: Estando con Dios en sana paz, me tiene hecho de hiel. Tal estaba el santo rey David cuando esforzándose decía (Psal. 41): *Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me? Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi, salutare vultus mei, et Deus meus*. Debían de decirle allá dentro que desconfiase y que se dejase de tanto rezar, como la mujer de Job lo decía á su marido (Iob., 2) y la de Tobías al desconsolado viejo, viéndole ciego (Tob., 2). Y responde el rey santo: ¿Por qué estáis triste, ánima mía y por qué me desasosegáis y dais turbación? Esperad en el Señor, que en medio destas borrascas le tengo de confesar, y me he de conformar con su voluntad. Eso mismo aconseja él á cualquiera ánima afligida, diciendo (Psal. 26): Espera al Señor, obra varonilmente, conforta tu corazón y sustenta ó sufre al Señor.

[1] Así dicen las dos ediciones antiguas que tengo á la vista; pero yo creo que el autor escribiría *presencia*.

Algunas veces, estando Dios en nuestras almas, se hace tan pesado, que parece de plomo y que no hay hombros para sustentarle. Y en ese tiempo nos aconseja el Profeta que le suframos y sustentemos, no declinando á solaces y entretenimientos vanos, que es gran locura y disparate. En la cruz estaba Cristo rodeado y atormentado de enemigos y desamparado de su Padre, y diciéndole los judíos (Matt., 26; Lucæ., 23) que bajase della, no quiso hasta que se cumplió la voluntad de aquel Señor que le puso en ella. En ese trabajo, angustia y dolor, entre esas cambroneras y zarzas de tribulaciones que lastiman y punzan el alma, está Dios; y el que quisiere irle á buscar á otra parte no le hallará. Enzarzado vió Moisén á Dios, dice la Escritura (Exod., 3), y queriendo llegar á hablarle muy calzado, le manda que deje los zapatos. ¿Pues cómo, Señor, descalzo queréis que entre por las espinas? Sí, que no es mucho que te saques sangre con las zarzas, pues que Yo también estoy en medio dellas. Cuando Moisén y otros siete viejos subieron al monte por orden de Dios á hablar con su Majestad, dice el sagrado texto (Exod., 3), que le hallaron sobre un trono de gloria, labrado de adobes con que los israelitas eran afligidos en Egipto. Dando Dios á entender en esto que en nuestros trabajos tiene Él su gloria y su trono, y que jamás falta dellos. Tenga el alma paciencia y no pierda la esperanza y el sufrimiento, que todo le sucederá bien y con gran provecho suyo y gloria de su Esposo. Humíllese en este tiempo y ríndase á la divina voluntad, resignada y aparejada para sufrir esta grande calamidad y miseria todo el tiempo que el Señor fuere servido; con este seguro de que tiene á Dios en ella más cierto y presente que en todas las consolaciones que ha recebido en su vida, por grandes y extraordinarias que hayan sido. Este es un ejercicio de provecho inmenso y que se debe anteponer á todos los del mundo. Bienaventurada el alma que, desta manera afligida, no busca puerta ni camino para escapar de la tal aflicción, perseverando en ella hasta que se cumpla la voluntad del Criador, aunque fuese de que por muchos años sufriese las penas y tormentos del infierno. Dejar mil mundos por Cristo, en comparación desta resignación, no es nada. Poco parece lo que padecieron los mártires respecto de lo que padece un alma que tiene á Dios y no siente á Dios; y en cierta manera es más mártir que ellos, porque si ellos padecieron, era con tanta afluencia de divinas consolaciones, que hacían burla de los tormentos. ¿Pero qué tormento puede igualar con el que siente un alma que carece de Dios, llena de Dios?

De muchas almas que han padecido estos males de ausencia pudiéramos aquí contar; pero por no exceder en lo prometido, que es brevedad, diré lo que de nuestro padre San Francisco se escribe. Queriendo nuestro Señor probar su paciencia y acrecentar sus merecimientos, le dejó tentar del demonio, como á otro Job, de una gravísima tentación espiritual; y púsolo en tanto aprieto, que interior y exteriormente le privó de toda alegría y consolación; apartábase de los frailes; no quería conversar con ellos, como solía, por poder mejor vacar á la oración y porque no podía hablarles alegremente. Afligíase con grandes abstinencias, disciplinas y silencio; pero en ninguna cosa destas hallaba alivio ni declinación á su trabajo. Ibase solo á una montaña, derramaba lágrimas en grande abundancia, despedía suspiros espesos y profundos de lo íntimo del corazón, mostraba á su Esposo la angustia de su alma y pedíale con humildad y perseverancia que le remediase en tanta necesidad. Repetía aquel verso de David (Psal., 50): Volvedme, Señor, el alegría de vuestra salud y confirmadme con vuestro espíritu principal. Sucedió, al fin, que después de dos años que le duró esta tentación, estando orando en Santa María de los Ángeles, oyó en espíritu la voz de su amado, que le decía: Si tuvieres tanta fe como un grano de mostaza, mandaras á ese monte que se pase á otra parte, y pasarse ha. Y entendiendo el santo varón que aquel monte era la tentación que tanto le molestaba, respondió: Hágase, Señor, conforme y según vuestra palabra. Y luego en aquel punto se halló libre de su trabajo.

Disimula Dios el consolar las almas y detiénese lo que le parece que les conviene para su mayor aprovechamiento; mas en llegando su hora no es perezoso ni lerdo. Como un corzo ligero viene. Él allana los montes y collados muy altos, si nosotros nos allanamos á hacer su voluntad; y cuando pensamos que está muy lejos, nos está acechando y mirando lo que hacemos. Y hace con el alma así afligida y resignada lo que el rey Asuero con la

reina Ester, que viéndola desmayada y casi muerta, demudado el color y caída la cabeza sobre una criada suya á quien entró arrimada, extendió el cetro (que era señal de amor) y levantándose con priesa de su asiento, temiendo no se le muriese con la congoja de pensar que le tenía ofendido, sustentóla con sus brazos, dióle beso de paz, acariciólа y regalóla, prometiendo darle cuanto pidiese, aunque fuese la mitad del reino. Este Asuero es figura del Padre Eterno, el cual, mirando á nuestra ánima querida suya, llorando delante de Él, con rostro caído y sin color, y que desfallece y se desmaya, como desamparada de todas las criaturas, á quien ha dado de mano, luego extiende contra ella la vara y cetro de oro, y levantándose (si así se puede decir) de su trono, recíbela á sus divinos abrazos y ósculos y levántala sobre toda enfermedad, á donde le suceden tantas y tan maravillosas cosas cuantas no puede la facultad humana explicar. La extensión del cetro significa que el Padre da su Hijo amantísimo al ánima afligida; en el ósculo, la dulzura y suavidad del Espíritu Santo, que en aquella hora le comunica: parte con ella su reino, porque le da plenísimo poder sobre el cielo y tierra y, lo que más es, sobre sí mismo, para que sea señora de todo aquello que Él es Señor. Aunque en estas dádivas no reposa el ánima, ni tiene atención á sólo su deleite y regalo, porque está tan mortificada que en nada busca su cómodo y interés proprio. En todas las cosas busca desnudamente el beneplácito de Dios y su gloria y honra, tan aparejada para carecer destos regalos y visitaciones como para gozarlos.

Cuenta Taulero de cierto amigo de Dios que le revelaba su Majestad por ilustración interior todos los sentidos de la divina Escritura y los merecimientos de muchos hombres de su tiempo y otros muchos secretos, y con todo nunca cesaba de rogar al Señor, diciendo: ¡Oh benignísimo Dios mío, yo no quiero estas cosas; quitádmelas, suplícooslo, que me atormentan y afligen grandemente! Fué su oración oída, y por cinco años vivió sin ninguna consolación, rodeado de grandísimas tentaciones, angustias y calamidades. Finalmente, sucedió que estando una vez llorando amargamente, dos ángeles le quisieron consolar, y él, vuelto á Dios, le dijo: ¡Oh, Señor mío, que no lo he por consolaciones; lo que pido, y que me basta, es que me déis gracia para que yo pueda guardar con pureza aquel lugar donde Vos tenéis asiento en mi ánima, para que fuera de Vos ninguna cosa haga asiento ni se vea en él. Dichas estas palabras, súbitamente le rodeó una inefable luz, y le dijo el Señor en ella: Yo te mostraré todo el bien. Y diciendo esto le arrebató en el abismo de su divinidad y quedó por largo espacio fuera de sí.

De otra santa virgen cuenta el mismo que, viéndose afligidísima de una grave tentación, y en tanta apretura que le parecía sentir los dolores del infierno, convirtiéndose á Dios de todo corazón le dijo: ¡Oh dulcísimo Señor Dios mío, acordáos, os ruego, y benignamente considerad que soy vuestra pobrecilla criatura y que Vos sois mi sempiterno Dios! Señor y Criador, véis aquí me arrojo humildemente en vuestro justísimo juicio y me resigno en vuestra agradable voluntad, en tiempo y en la eternidad, y estoy aparejada á sufrir estos infernales tormentos que agora siento perpetuamente, si á Vos os da gusto. Haced, Padre mío celestial, en mí y de mí lo que fuéredes servido, porque para todo me ofrezco aparejada con la humildad que puedo. Hecha esta resignación y renunciación, fué aquella virgen arrebatada sobre todos los medios y zabullida y absorta en el amable abismo de la divinidad. ¡Oh cuán dichoso rapto! Y más, que desde allí adelante todos los días era arrebatada en Dios.

Decía una religiosa muy perfecta, preguntada por qué caminos había llegado á la perfección, que nunca se vió tan cercada de trabajos y dolores que no desease sufrir otros mayores por Cristo, juzgándose siempre por indigna de tan grandes dones de Dios. Y fuéle tan bien con esto, que le eran ya tan familiares los ángeles como á un señor los hijos y criados de su casa. Otra decía que, demás de recebir con igualdad de corazón cualquiera adversidad que le venía, como de mano del Señor, si alguna persona le injuriaba tenía cuidado especial de hacerle algún particular servicio, que no le hiciera si no hubiera della recebido la tal injuria. A nadie contaba sus trabajos ni daba quejas sino á sólo Dios, el cual la consoló de manera que todas las veces que quería se arrebataba en Él.

Al fin, esta es la suma de la sabiduría divina: ajustarse el hombre á la voluntad del

Criador, y en ninguna cosa que no fuere Él descansar ni hallar contento. Porque, como altamente dice Taulero, después que Dios ha ejercitado y preparado bastantemente nuestra ánima por el ejercicio de la cruz y calamidades exteriores y interiores, para que reciba la excelente gracia suya, viendo que en estas cosas se ha bien y que con paciencia sufre cualquiera desamparo y tentación, como padre piadoso viene y se derrama en ella, y uniéndola á sí sin algún medio, la llena de aquel sobreesencial bien, que es el mismo Dios, que sólo puede henchir sus vacíos, y con tanta abundancia se comunica al espíritu humano, que excede todo lo que el hombre en ningún tiempo pudo desear ni pedir. Derrítese entonces y cuélase en su principio y origen, que es Dios, y es arrebatado en aquel infinito abismo de su divinidad ó en aquella niebla de la divina soledad, que vence y sobrepuja todo entendimiento y razón; y transformado ó elevado sobre todas las imágines, y desamparado de su propria forma y voluntad, llega á un estado que carece de representaciones y figuras de cosas criadas, y en tanto es deificado, que todo lo que es y obra se diga serlo y obrarlo Dios en él, tanto, que lo que Dios es por naturaleza, es hecho él por gracia. Y aunque no deja de ser criatura, queda todo deiforme ó endiosado y parece Dios. Abrasado, pues, con el fuego del divino amor, muere á sí y á todas las cosas; y así muerto y reducido á nada, el Padre, Hijo y Espíritu Santo se le manifiestan y descubren como es posible en esta carne mortal. Aquí es donde el hombre se juzga por perdido, y en ninguna parte se conoce, siente ó halla, porque no conoce sino una simplicísima esencia, que es el mismo Dios; aquí se derrite el espíritu criado y se zabulle en el Espíritu increado y es tragado y absorbido de Él, y ya no hay allí sino una pura divinidad y esencial unidad; aquí es donde saca Dios al hombre afligido de todas sus angustias y calamidades, y maravillosamente le alumbra, sacudidas de sus interiores ojos unas escamas, como del Apóstol San Pablo nos cuenta la Escritura; aquí se le da verdadero conocimiento de su nada; aquí se le perdonan sus pecados y deudas; aquí se le concede entera paz, perfecto gozo, firmeza y estabilidad de oración. Bienaventurado el hombre que llegó á ser un espíritu con Dios, porque en este tal nunca cesa Dios de obrar cosas maravillosas; por lo cual sus obras y ejercicios se aventajan á los de todos los otros hombres que no están desta manera mortificados y unidos con Dios.

CAPÍTULO VIII

De un efecto maravilloso que causan en el alma las ausencias de Dios, y del desfallecimiento del amor.

Tienen, dice Ricardo, los espíritus enamorados, detenidos aún y oprimidos con la carga de nuestra carne corruptible, muy frecuentemente alegría de la presencia y visitación de Dios, pero no hartura y abundancia, conforme á su deseo; porque nunca es llena, larga y muy cumplida, y parece jugar con ellos con un gracioso juego, digámoslo ansí, de corregüela. Déjase asir si le siguen, finge que huye y vase esperando; desea que tiren de Él y hace que va de camino, y en asiéndole vuelve á desaparecer, hasta que de nuevo le busquen con lágrimas y gemidos. Es lo que dijo el Santo Job (Iob, 9): Pasará por junto á mí y estará conmigo y no le veré. Ausentarse ha y no lo entenderé. De aquí es que, aunque deleita visitando, molesta y aflige con sus ausencias. ¡Qué atónita queda un ánima y qué llena de admiración y espanto, cuando, quitándole Dios la dulcedumbre de su presencia, con la cual gozaba de una altísima libertad, la vuelve á dejar cautiva en la mazmorra de su carne y en los lazos de sus sentidos! Es como si la sacasen de la gloria y la pusiesen en este valle de miserias, adonde está resfriada y casi muerta la caridad, la sensualidad reina, los ojos del entendimiento están turbados y ciegos y los sentidos del cuerpo en todo su vigor y fuerza. Desfallece en este tiempo, y sacando de lo íntimo de sus entrañas largos y prolijos suspiros, de allí se confiesa miserable de donde fué bienaventurada, porque cuanto le fueron de mayor gusto los regalos que de su Esposo en su visitación recibió, tanto más siente verse privada dellos, porque privar á uno de las cosas que mucho ama es aumentarle más el deseo para que con mayor ardor busque y anhele por aquello de que con tanto dolor fué privado; y ésta suelen llamarla enfermedad del amor, que á mi ver no es otra cosa que un tedio del impaciente deseo, el cual es fuerza padecer el amante, ausente de lo que ama. ¡Oh

ausencia presente y presente ausencia de Aquél que juntamente se pierde y se tiene! En balde trabaja cualquiera que pretende mitigar el dolor del que así está de amor enfermo, ó consolar su triste y afligido corazón, como de verdad esté dentro la llaga del amor, que sólo puede curar el que la hizo. No es posible mitigarse la sagrada amargura del secreto dolor, porque la privación del gusto interior no puede ser redimida ni remediada con algún consuelo exterior, antes, como dice el Santo Job (Iob, 16), el alma que á tal punto viene tiene por molestos y penosos todos sus consoladores. ¿Por ventura no se hallaba en este estado aquel que decía (Psal. 76): Dió mi ánima de mano á toda humana consolación; acordéme de mi Dios y recebi regalo y deleite y desfalleció mi espíritu? ¡Dichosa tristeza y bienaventurada amargura la que no se concibe por alguna criatura, sino por la ausencia del Criador! Indigno es por cierto de tener por consolador al que es Dios de toda consolación el que de alguna cosa criada ó de todas juntas quiso recebir consuelo; el que deprendió á no amar cosa alguna fuera de Dios no hay de dónde le pueda venir consuelo sino de Dios. Tengan otros sus varias y vanas consolaciones, á los cuales dice la sabiduría del Padre (Luc., 7): ¡Ay de vosotros que tenéis aquí vuestra consolación!, que la alma enamorada sólo á Aquél quiere por consolador que dentro de sí tiene aposentado, el cual, aunque para merecer nunca falta á los justos, fáltales muchas veces para consolarlos, privándolos de lo más dulce por darles lo más provechoso. Presente está la suavidad de Dios, pero como no toca á los sentidos del corazón no se siente: está escondida y por esta causa no es conocida.

Y débese mucho notar que cuando el ánima siente el ausencia del amado no suele dormir ni dormitar, antes sacudida con diversos sollozos y despierta con gemidos, no puede disimular su tristeza ni esconder el fuego que abrasa su pecho, sino, como dice el santo Profeta (Psal. 118), defallecen sus ojos mirando cuándo verá ó sentirá venir la salud de Dios, cuya venida, aunque acelerada y presta, juzga siempre por tardía y espaciosa. Gran molestia, por cierto, no poder entretener la sed resistiendo, ni apagarla bebiendo. Maravillosa hambre la que con ninguna medicina se expele ni con alguna refección se aplaca; enfermedad irremediable para la cual aunque se busca remedio nunca se halla, antes lo que parece que ha de dar salud se convierte en materia de furor. Este es aquel grado de amor que, como al principio dijimos, hace desfallecer; en este estado se halla el alma como el enfermo que deshauciado y dejado de los médicos, viéndose privado de la libertad de sus miembros, sin acordarse de cosa criada, agoniza con la muerte esperándola por momentos. A este punto había llegado el que decía (Psal. 118): Desfalleció mi ánima en tu salud; sobre las cuales palabras divinamente dice San Ambrosio: No nos engañe este lenguaje del Profeta, tan usado en el mundo, para que juzguemos su desfallecimiento y desmayo ser semejante al que con el demasiado trabajo corporal solemos sentir; porque no dijo desfalleció mi ánima solamente, sino desfalleció mi ánima en tu salud, esto es, amando y deseando á tu Hijo, que es mi salud; y desfallecer amando no significa fin en el amor, como se le acaban las fuerzas al que con el corporal trabajo desfallece, sino crecimiento y perfección en el amor.

La experiencia nos muestra que cuando con grande ansia deseamos alguna cosa y esperamos verla puesta en obra con brevedad, su esperanza, aunque corta, nos parece larga y nos cansa y nos hace desfallecer. Al fin, todo lo que se desea mucho, si no se consigue conforme al deseo, es visto desfallecer el que lo desea en ello, y en cierta manera morir, en el cual desfallecimiento y muerte no está el fin del amor, como dije, sino el mayor crecimiento y aumento dél, y tanto más desfallece el ánima cuanto más lejos le parece que tiene lo que ama. En esto sólo piensa y ocupa toda su consideración, y como deshecha y derretida se transforma y desfallece en ello; así que cuanto el afecto del amante más se cansa, más crece su amor, y cuanto más se dilata la posesión de lo que ama, tanto más enferman los deseos del que amando espera.

Liconense, autor gravísimo, pone por señal principal del perfectísimo amor esta esperanza fastidiosa y cansada, y dando la razón dice que ninguna cosa hay en el mundo ni más veloz, ni más aguda, ni más sutil, ni más penetrativa que el amor que se endereza á la cosa amada, porque naturalmente no reposa ni se quieta hasta haber penetrado substancialmente toda la profundidad della y hasta haber

transcendido su totalidad cuanto le es posible, y cuando el curso deste amor es impedido ó retardado, de cualquiera manera que sea, toda el ánima se turba y es afligida y enfadada con la dilación y esperanza; porque, como dice Ricardo, al que ama toda tardanza le parece muy larga y toda esperanza le es enfadosa y pesada, y clama con el santo Job (Job, 14): ¡Oh señor y qué cansado y enfadado estoy de vivir! Sobre las cuales palabras dice San Gregorio. La vida presente entonces comienza á darnos en rostro y tenerse en poco, cuando el amor divino comienza á sernos sabroso y dulce, por lo cual todos los que perfectamente aman suelen aborrecer cualquiera cosa que les es impedimento para llegar á lo que así aman. El divino amor, dice Gilberto, es impacientísimo de ocupaciones terrenas: harto tiene que acudir á sus negocios, gózase con el ocio, susténtase con la quietud, y deseando tiempos libres para la dilección interior, dice y confiesa que es cosa dura al que ama demediar su ánima con Cristo y el mundo, y en las leyes del amor admitir cuidados peregrinos y perturbar el celestial secreto con los alborotos seculares, porque el amor no quiere más que amar. De toda esta doctrina se colige que lo que quiso significar el Profeta en estas palabas: Desfalleció mi ánima en tu salud, no fué que estaba cansado de amar ó que se le había acabado el amor, sino que ninguna otra cosa deseaba sino á Cristo, que es salud de Dios, y que era tan grande este deseo, que pareciéndole que no se le había de cumplir desfallecía en él con la gran fuerza del amor.

CAPÍTULO IX

De la suspensión de nuestra alma en Dios y de su perfecta mortificación.

Filosofando el divino Gregorio (Greg., l. 5 *Mor.)* sobre aquellas palabras de Job (lob, 3). Los que esperan la muerte y no viene son como los que cavan tesoros, que no caben de gozo cuando se hallan un sepulcro, entre otras cosas admirables dice ansi: Desean los justos la muerte, no tanto la corporal cuanto la mística, esto es, morir á todas las cosas, por poder perfectamente contemplar y ver la cara de Dios; mas difiéreseles el cumplimiento deste deseo de perfecta mortificación, no porque no sea muy bueno, sino porque los senos del ánima se ensanchan más con la dilación. Los que cavan buscando tesoros no se desalientan ni desmayan si no luego topan con ellos, antes cobran mayor ánimo y brío cuanto más se llegan al tesoro, especialmente si de cuando en cuando se descubren algunos granos del oro tras que andan.

El Apóstol San Pablo escribiendo á los Hebreos (Hebr., 10) ayudando á este pensamiento de San Gregorio, dice: Trabajemos juntos y á una en buscar el tesoro escondido, porque unos á otros nos consolemos y animemos al trabajo, tanto más cuanto más de cerca consideráremos el día de su posesión. ¡Bienaventurada el alma que, muerta perfectamente al mundo, halla un sepulcro adonde encerrarse y esconderse por no tener más que ver con el mundo! Llama San Gregorio sepulcro á la contemplación, porque como el cuerpo se esconde en la sepultura para no ver ni ser visto, así el ánima se esconde allí por no ver ni que la vea el mundo. Teníase por buena suerte buscando tesoros hallar un sepulcro, porque allí ponían los antiguos sus riquezas todas: y mucho mejor es la del alma, que ejercitada ([1]) en las dos vidas, purgativa y iluminativa, vino á sepultarse en la contemplación. Pero ¿qué necesidad hay de hacer sepulcro á la contemplación, sino al mismo Dios, en quien se contempla, pues que el alma muerta al mundo vive en Él? El Apostol en Dios dijo (Colos., 3) que habían escondido su vida los que la habían retraído del mundo. Y á la verdad sólo en Dios está se gura, y en otro cualquiera que se deposite se pierde. Esconderlos heis, dice el Profeta (Psal. 30), de la conturbación de los hombres y de la contradicción de las lenguas en el escondrijo de vuestro rostro. ¿Qué cosa es estar un alma escondida de los tumultos y desasosiegos del mundo, sino mirar á Dios por la contemplación, que es el escondrijo adonde no llegan las conturbaciones de los hombres? Dichosa vida la que se deposita en Dios, en compañía de Cristo, porque la que en nuestras manos era temporal, carnal, humana y perecedera, en las de Dios es eterna, perpetua, divina y espiritual.

([1]) La edición príncipe dice *ejecutada;* corríjola por la de Valencia 1602, pues así debo suponer diría el autor.

Al fin, en mí poder todo lo que toca á mi vida, y ella es vilísima, y en el de Dios oro finísimo, porque escrito está (Ioan., 12): El que aborrece su vida en este mundo, guárdala y asegúrala para la vida eterna. De manera que eternizas tu vida aborreciéndola, y sacándola del mundo y sepultándola en Dios la tienes segura y sin peligro. Enfadado el Santo Job de vivir esta vida animal y terrena, decía (Iob, 7) con angustia y apretura de corazón: Eligió mi ánima un columpio donde estar suspensa y levantada del suelo, y mis huesos desearon la muerte. Por los huesos se entiende la vida corporal, porque sobre ellos se sustenta y vive el animal; por el columpio dicen algunos que entendió muerte violenta, como se da á los que ahorcan, que los levantan de la tierra. Y parece pedir á Dios que le saque deste mundo, ora por muerte natural, acelerada, ora por muerte violenta: tanta era la aflicción y desconsuelo en que se consideraba. San Gregorio lleva esto al sentido espiritual, diciendo que el deseo de Job era tener su alma suspensa y elevada en Dios, y en razón de eso no hace caso de la corporal vida, antes desea y apetece la muerte. Porque si algo hay en el mundo que nos estorbe esta suspensión y morada apacible en Dios, es, como dice la Sabiduría, nuestra carne y la vida animal que vivimos; y como en ella no pueden tener perfecto descanso los justos, desean este suspendio ó columpio, que es, desamparando los deseos terrenos, levantarse y suspender el ánimo en las cosas eternas; y desta manera suspensos y colgados, desean la muerte á sus huesos, esto es, ser desatados de la carne, por vivir á su salvo y sin estorbo con Cristo. Esta suspensión no es de todos, sino de muy pocos, y esos muy privados de Dios y aventajados en el amor; de sólos aquellos que, aspirando y anhelando por Él, mortificaron juntamente su carne, sin que les quedase en ella gota de sangre del viejo Adán.

El mesmo San Gregorio, sobre aquellas palabras: *Desperavi, nequaquan ultra iam vivam* (Job, 7) (¹), dice: Muchos levantan los pensamientos á Dios, mas no muere en ellos la carne, por lo cual su mísera ánima es hecha como el pájaro que, pegadas las alas en la liga, desea volar y no puede, y dando unas arremetidas se halla más asido. Y por ventura se halló en este estado el que decía (Psal. 83): Deseó mi ánima las moradas y palacios del Señor, y desfalleció deseando. Muchos desean y no desfallecen, porque aunque desean las cosas eternas, no desamparan del todo las transitorias, no desfallece su ánima ni se cansa de los deleites y contentamientos terrenos. Aquél desea y deseando desfallece, que apeteciendo los bienes del cielo se despide de los de la tierra. Asida y trabada dellos se hallaba aquella ánima que, considerando que por sí no podía soltarse para ir á Dios y suspenderse en Él, pedía al mismo Dios que la arrebatase: *Trahe me post te, in odorem curremus unguentorum tuorum*: Arrebatadme en pos de Vos y correremos al olor de vuestros ungüentos (Cantic., 1). Como si dijera: Romped, Esposo mío, estas ataduras y cadenas con que estoy presa, y arrebatadme á Vos para que sea con Vos una misma cosa. Toda la ansia del ánima, esposa de Cristo, es unirse con su Esposo y juntarse á Él. Y como sabe que para perfectamente unirse sólo el velo de la carne de que está vestida le es impedimento, continuamente desea verle rompido, y si pudiese sin pecado rasgalle con sus manos, lo haría. Desdichado hombre, decía San Pablo (Philip., 1), ¿quién me librará del cuerpo desta muerte? Había olido el tesoro que está en aquel glorioso sepulcro que arriba dijimos, y como el halcón que ha divisado la garza no puede sosegar en el alcándara y trabaja de romper las pigüelas por ir tras della, así este divino contemplativo vivía sin sosiego en la carne mortal y deseaba romper las pigüelas y quitarse el capirote del cuerpo corruptible por ver á Cristo y unirse sin medio con Él. Suba yo, dice el profeta Abacuc (Abac., 3), al pueblo ceñido y ajustado á la voluntad de Dios, y siquiera me coman gusanos y se corrompan y pudran mis huesos. Y porque el fin principal que en todos estos ejercicios tiene el alma, y el que en este tratado pretendemos, es llegar á esta cópula y unión bienaventurada con el Esposo y aquel beso que con tanta ansia pide la Esposa en el principio de los Cantares, me pareció añadir á lo dicho lo que desta unión he podido alcanzar y el orden y escalones por donde se sube á tanto bien.

(¹) «Perdí la esperanza; ya no podré vivir en adelante».

CAPÍTULO X

De la bienaventurada unión que mediante el amor extático puede haber entre Dios y el alma.

Condición y propiedad del bien es, ser de todas las cosas apetecido y deseado (Aristo.), y eso mesmo tiene la unidad, porque quien apetece el bien apetece juntamente el ayuntarse y hacerse uno con él. Boecio dijo (Boecio, l. de *consola. prosa.*, 11) que tanto tenía una cosa de bondad cuanto de unidad; y que todo lo que es persevera y es en cuanto es uno, y dejando de ser uno necesariamente ha de acabarse y dejar de ser. Si del cuerpo quitamos la unidad, esto es, si dividimos las parte que en él están unidas, es forzoso el perecer. Y si ponemos división entre él y el alma, luego se ha de seguir muerte. Y si dividiésemos los principios del ánima, que son mateяia y forma, sin duda ninguna se convertiría en nada. La razón de Boecio es maravillosa. Todas las cosas, dice él, desean ser y conservarse en el ser y huyen cuanto pueden su acabamiento. Y si no es posible ser sino por la unidad, fuerza es que apetezcan el ser una cosa entre sí. Y si tan gran negocio es la unidad, y tanto el amor della en todas las criaturas, sólo para conservarse en el ser de naturaleza, ¿cuánto mayor debe ser en el alma enamorada, por unirse y juntarse á su Dios, bien infinito, por medio del amor, pues es propriedad suya juntar el amante con la cosa amada? Aristóteles en las *Éticas* (Arist., 9 *Ethi.*), tratando desta unión por amor, dijo: Mi amigo es otro yo. Síguese, pues, que cuando nuestro espíritu se allega á Dios por entrañable amor, se hace una cosa con Él por conformidad de voluntades.

Para la inteligencia de cosas tan altas y de tan pocos entendidas, y de menos experimentadas, se ha de notar, lo primero, que el unirse la criatura racional ó intelectual con Dios, ansí en la vida presente como en la patria, no puede ser por transformación esencial de la divina esencia en la naturaleza intelectual criada, sino por unión aptitudinal, habitual y actual, por amor extático, transformante el amante en la cosa amada. La razón desta imposibilidad es porque la naturaleza divina, por su simplicidad y unidad perfectísima, no puede concurrir con otra como parte á la constitución de un tercero, ni otra ninguna se puede transformar ni convertir en ella.

Nótese lo segundo, que hay dos maneras de unirse el amante con el amado: una según la realidad de la cosa, que es cuando lo que se ama está realmente presente, porque siempre se presupone existencia de parte de las cosas que se han de unir. Y esta unión es efecto principalísimo del amor. Aristofantes, filósofo, referido por Aristóteles, dijo: Que los que se aman desearían que de dos se hiciese uno, si no fuese por los inconvenientes que dello se siguirían, conviene á saber: corrupción de ambos ó del uno dellos; y así buscan la unión real, esto es, conversar, vivir y tratar juntamente, y juntarse de otras muchas maneras reales, cuanto con mayor estrecheza pueden. Otra unión hay según el afecto de nuestra ánima, la cual obra y causa formalmente el amor, que es el lazo y la liga della. Esta unión proviene de la aprensión precedente, porque el apetito se mueve á seguir y á apetecer el bien aprendido. Lo cual vemos claro en el amor de concupiscencia, que es amar y codiciar lo que aprendemos ser conveniente á nuestro ser; y en el amor de amicicia, porque si soy amigo de uno le quiero todo bien como á mi mesmo, y le considero y aprendo como á otro yo, en cuanto le deseo el bien que á mi, que es lo que dijo el Filósofo: Mi amigo es otro yo.

Nótese lo tercero, que según los diversos modos de existencia que Dios tiene en sus criaturas, son varias las conveniencias, amores y uniones que nacen entre Él y ellas. Y porque no salgamos del propósito, se ha de advertir que Dios existe ó está en sus criaturas por inexistencia natural, aptitudinal, habitual y actual; de donde nacen cuatro diferencias de uniones entre Él y ellas; conviene á saber: natural, aptitudinal, habitual y actual.

Naturalmente existe Dios en sus criaturas con una natural inexistencia, conviene á saber: por esencia, presencia y potencia, que se reducen á tres géneros de causas: eficiente, formal y final. La causa eficiente es apropriada á la potencia, la formal á la presencia, la final á la esencia. Contra la infinidad de la divina potencia nada vale, ni hay poder en el cielo ni en la tierra; por la limpieza y claridad de la divina presencia nada se esconde, y fuera de la inmensidad de la divina esencia ninguna cosa permanece; porque su virtud se extiende

á todas las cosas, todas están desnudas y patentes.á sus ojos, en todas está y todas las conserva en su ser. Y si por imposible se diera que las cosas todas no dependieran de Dios en ningún género de causa, por la inmensidad suya se dijera estar en todas ellas, porque ni ellas pudieran estar sin Dios que las penetra, ni Dios sin ellas, por la misma razón.

La segunda unión se dice aptitudinal, la cual se considera según las tres naturales potencias del ánima racional, en unidad de esencia, memoria, entendimiento y voluntad; porque según ellas es imagen natural de Dios. Y llámase esta unión aptitudinal, porque el ánima, en su creación, es como una tabla rasa, en la cual, ninguna pintura se halla, dispuesta, empero, para ser perficionada por hábitos intelectuales, morales y gratuitos, infusos ó adquiridos; porque por los hábitos las potencias del ánima intelectivas y apetitivas son sobrevestidas, hermoseadas y reformadas á la semejanza de Dios; lo cual se considera en las dichas tres naturales fuerzas ó potencias, mediante las cuales el ánima es hecha capaz de abrazar á Dios, conociéndole por el entendimiento, repasándole en la memoria y amándole con la voluntad. Y llámanse potencias naturales, porque no pueden borrarse del ánima, como ni se borró y apagó en los demonios la luz dellas, para que deje de resplandecer y ser luz, como no dejaría el sol de ser claro y luminoso aunque ninguna cosa hubiese fuera de sí á que comunicar su luz. De aquí es que el hombre por el pecado original perdió la rectitud con que Dios le crió, pero no la aptitud para recobrarla; perdió el hábito, pero no el apetito. Lo semejanza del ánima con Dios se considera en lo gratuito, porque por este medio es hecha participante con Dios por un ilapso deiforme: en cuanto viadora, por los hábitos y actos de las virtude teologales; y en cuanto comprensora, por los tres dotes gloriosos.

La tercera unión se dice habitual, y en estas dos maneras: una de viadores, otra de comprensores. La primera unión, de que sólo agora habemos de tratar, proviene del amor gratuito, que uñe el afecto de nuestra mente con Dios, y radícalmente se funda en la gracia, *gratum faciente* (1), la cual unión presupone las tres virtudes telogales, los dones del Espíritu Santo, las bienaventuranzas y los demás hábitos, principalmente infusos, de los cuales la gracia que nos hace gratos es la raíz, la forma y el fin.

La cuarta unión, dicha actual, es también en dos maneras: ó por el estado del destierro, ó de la patria. La primera se considera según la operación perpetua y experimental de las tres virtudes teologales en la raíz de la gracia, *gratum faciente*, la cual es una en la esencia y raíz, y trina en los hábitos y virtudes teológicas, fundadas y formadas en ellas y por ella, á imitación de la beatísima Trinidad, que, siendo una esencia, tiene tres distintas personas, y el ánima tres potencias. Llámase esta unión actual, porque resulta de la habitual y formal *gratum faciente*, que se extiende y sale en sus actos. La cual es más perfecta en su acto segundo, esto es, en sus operaciones, que en el primer acto formal y habitual, esto es, en cuanto informa y hermosea el ánima racional con su presencia. Digo que la gracia saca y produce los actos de las virtudes teologales, no inmediatamente, sino por la voluntad, que por ella es gobernada y se mueve; y las potencias racional, irascible y concupiscible, mediante los hábitos y virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, producen sus actos graciosos, que son percepciones y gustos experimentales y actuales, que uñen por el estado presente el ánima con Dios. La fe encamina el ánima que cree y asiente á lo que la enseña la suma verdad; la esperanza la levanta á la suma majestad y largueza divina; la caridad en el ósculo y abrazo la uñe con la suma y incomprensible bondad. De aquí es que la caridad en cuanto es virtud teológica, dice hábito y causa unión habitual, como la hay entre Dios y los niños recién baptizados; pero en la unión actual requiérese experiencia y sentimiento actual de Dios, la cual unión causa y obra el fervor actual de la caridad. Y en esta consideración la caridad, en cuanto es hábito teológico, es lo mismo que el amor gratuito, sobrenaturalmente infuso en el alma por la influencia divina. Del cual amor gratuito habitual resulta el amor actual fruitivo y extático, que está en la caridad en cuanto es fruto del Espíritu Santo. Y llámase experimental y actual esta unión, porque consiste en la experimental percepción y gusto de la íntima suavidad, consolación, jocundidad y delectación,

(1) Es decir, la gracia que nos *hace agradables* á Dios, á diferencia de la llamada *gratis data*, la cual no supone justicia en el alma y es un mero favor de Dios.

que proviene de la conjunción y ayuntamiento del ánima con su objeto supremo, que es Dios, por el amor actual intenso y fervoroso, al cual se sigue la percepción de la tal unión deleitable y gustosa. Porque la delectación es conjunción de un conveniente con otro conveniente percebido y amado. El Canciller parisiense, en el tratado que compuso sobre la [gracia] *Magnífica de la unión experimental con Dios*, dice que es una simple y actual percepción ó gusto de Dios, por el don de su gracia *gratum faciente*. Y dice percepción y no conocimiento, porque aquel es término general que se extiende á toda y cualquiera fuerza de la mente, conviene á saber, racional, irascible y concupiscible, y á la fuerza aprensible y afectiva. Esta unión experimental es una pregustación ó gusto anticipado de la gloria, y como si dijésemos la salva; y es prenda y arra de felicidad eterna, la cual aquí se comienza y en la patria se perficiona por la gracia consumada. Y aunque es una, tiene varios nombres: que unas veces se llama transformación, otras oración perfecta, otras teología mística, otras sabiduría divina. La razón es porque en el ánima contemplativa todas estas cosas son una, ó unas á otras se presuponen.

Por remate y fin de todo lo dicho acerca de la union, mediante la cual toda el ánima se ajunta y uñe con Dios, digo que todo este mundo, interior y exteriormente considerado, fué criado para unidad, esto es, para que todas las cosas sean consumadas en uno; porque, como dice San Dionisio, todas participan de uno. Y ansí ordenó él y constituyó su *Mística teologia* en la unión que se hace sobre la mente ó porción superior de nuestra ánima, que consiste en tres eminentes potencias; conviene á saber, en memoria intelectual, inteligencia y voluntad. De lo cual se sigue que el más perfecto estado á que el hombre puede llegar es á unirse con Dios, de suerte que recogidas todas las fuerzas y potencias del ánima en Él, se haga un espíritu con Él, y de manera quede deificado y endiosado, que ninguna cosa sienta, ni entienda, ni ame, fuera de Dios; y en sólo Él reposen y se quieten todos sus afectos y deseos. Y porque la imagen de Dios en el ánima se considera en estas tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad, en cuanto ellas no estuvieren de todo punto impresas en Dios, no se puede llamar la dicha ánima deiforme, porque su forma es Dios, al cual se ha de ajustar como la cera al sello, cuya forma y figura sin faltar una sola raya recibe. Será, pues, perfecta imagen de Dios nuestra ánima cuando la inteligencia, según su capacidad, perfectamente fuere alumbrada para el conocimiento de Dios, que es suma verdad; cuando la voluntad perfectamente estuviere aficionada para amar la suma bondad; cuando la memoria plenariamente fuere absorbida para contemplar, tener y gozar la suma felicidad. Y porque en la perfecta consecución destas cosas consiste la perfecta bienaventuranza que esperamos, bien se sigue que en la perfecta incoación y principiación dellas estará la perfección de los viadores. Grandes cosas son estas por cierto y que exceden nuestras fuerzas, industrias y conatos; pero no imposibles á los hombres, ayudados de la gracia y favores del cielo, si también ellos se ayudan y con humildad hacen de su parte lo que pueden, limpios de todo pecado y desasidos de toda la codicia de ojos y de carne y de la soberbia de la vida, á que se reduce todo lo que hay de mal en este mundo.

CAPÍTULO XI

De la oración, que es la casamentera entre Dios y el alma y medio admirable para esta unión.

Presupuesta la abnegación de sí mismo y mortificación de los sentidos, y la descalcez y desnudez de todo pensamiento terreno y carnal, sobre todos los ejercicios ha de insistir el hombre en el de la oración. La cual conviene que sea continuada por toda la vida. Porque como entre las personas muy desavenidas y desiguales no se suele celebrar matrimonio, sino es con un tercero que entre de por medio y concierte las voluntades, así sin la oración, que es la casamentera entre Dios y el alma, no hay tratar de llegar á esta unión y cópula santa que deseamos. ¡Oh cuántas veces he yo visto despedir las madres á los niños, negándoles el pecho, y ellos con sus ruegos importunos y lágrimas forzarlas á que los tomen en brazos y se le vuelvan á dar! Pues ¿qué ha de hacer el alma que se siente y conoce desterrada y apartada de su Dios sino orar con importunidad y lágrimas para que merezca apoyar y mamar aquellos divinos pe-

chos, mejores mucho que el vino de la mundana consolación y de mayor suavidad y fragancia que todos los ungüentos preciosos?

Los academios juzgaban por huérfanos de padre y madre á todos aquellos que, teniendo en poco la oración, despreciaban el convertirse y volverse á Dios. De aquí es que todos los hombres que en todas las naciones del mundo llegaron á tener nombre por la virtud, le ganaron con el ejercicio de la oración: entre los indios fueron aventajadísimos los bragmanos; entre los persas, los magos; entre los griegos, los teólogos; entre los asirios, los caldeos. Y esto porque instituyeron fiestas á los dioses y las celebraron con oraciones y sacrificios. Pues ¿cuánta más razón hay para ocuparse el cristiano, que conoce á Dios verdadero y le está ya la puerta del cielo abierta, en orar siempre á su Majestad de puro y humilde corazón? Tantas canciones suavísimas canta el ánima á Dios, dice Próculo, cuantas veces le pide lo que siente que le falta para unirse sin medio con Él. Y á estos cantares y motetes divinos convida el Esposo á su Esposa, diciendo (Cant., 2): *Sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis*, etc.: Muéstrame tu rostro sobre manera hermoso y bello, y suene tu voz en mis orejas, dulce y regalada para mí. Esta voz de la Esposa, que tanto desea oir el Esposo, refieren los hebreos á la oración de los Santos, que es más dulce para Él que toda la música y armonía del mundo. Y el Parafraste caldeo dice: Hazme que oiga tu voz, porque tu voz suave es en la oración y en la casa del santuario, y tu aspecto hermoso es en las obras virtuosas. Esto se prueba del salmo 49, adonde hablando el mismo Dios del sacrificio de la oración y alabanzas, dice: *Sacrificium laudis honorificabit me. Et immola Deo sacrificium laudis. Et redde Altissimo vota tua* [1]. Este sacrificio de la oración, fuera de que es purísimo y limpísimo, fácil y de que todas las horas podemos usar, es á Dios entre todos el más agradable. Lo cual prueba Filón, judio (*in libr. de victimis*, tomo II, pág. 194; *et libr. de victima offerentibus*, pág. 200). Y en este sentido le parece que se ha de entender aquel lugar del Levitico (Levit., 6) en que se manda que en el altar de los sacrificios haya fuego que perpetuamente arda, que es la oración ardiente y perseverante, que por San Lucas (Lucæ, 18) quiere el Señor que sea perpetua; y el Profeta, de por vida (en el salmo 103): *Psallam Deo meo quandiu fuero.* Y Lactancio Firmiano, libr. 6.º de *Institutione*, cap. 25 dice ansi: *Summus igitur colendi Dei ritus est, ex ore justi hominis ad Deum directa laudatio. Quæ tamen ipsa, ut Deo sit accepta, et humilitate, et timore, et devotione maxima, opus est. Neque tantum in templo, sibi putet hoc esse faciendum aliquis, sed et domi, et in ipso cubili suo*; El más alto modo de honrar á Dios y el sacrificio más grato es la alabanza que sale de la boca del justo derecha á Dios, la cual para que le sea acepta tiene necesidad de acompañarse de humildad, temor y devoción grande. Y no piense alguno que el orar ha de ser tan solamente en el templo, sino en su casa y en su aposento, como lo dijo Cristo: *Intra in cubiculum tuum, et clauso ostio ora Patrem tuum.* Y el santo rey, perseguido de Saúl como una fiera por los montes, oraba como en el templo (Psalm. 62): *In terra deserta et invia, et inaquosa*, SICUT *in sancto apparui tibi, ut viderem virtutem tuam, et gloriam tuam* [1].

Para que estas canciones vayan bien compuestas y no se halle alguna disonancia en ellas, se han de considerar cinco documentos admirables que pone Próculo. El primero, conocimiento de los divinos órdenes á que se allega el que ora, porque no puede hacer esto con propriedad y perfectamente el que ignora sus propriedades. Por eso en los oráculos, donde se daban respuestas divinas, se mandaban tener de antemano velas encendidas; esto es, luz y conocimiento de aquellos á quien se pedía y de lo que se les pedía. Que también podemos decir que era la lumbre que mandaba Dios que estuviese encendida en su altar y que tuviesen cuidado los sacerdotes de cebarla para que no se muriese. El segundo lugar, después deste conocimiento, tiene la afinidad y parentesco que contrae el ánima con Dios mediante la sinceridad absolutí-

[1] «El sacrificio de alabanzas me honrará. Y ofrece á Dios sacrificio de alabanza y rinde tus votos al muy Alto.»

[1] «En lugares desiertos, intransitables y arenosos me puse en tu presencia, como en santuario, para contemplar tu virtud y gloria». Traduzco el texto como lo pone el autor, aunque hallo la pequeña diferencia que denota el versalitas *sicut*, que es *sic* en nuestra Vulgata.

sima y perfectísima que en ella ha de haber, y la expedición fidelísima en las cosas que le son cometidas; porque escrito está: (Matt, 12): El que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, este es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. Lo que quiere decir este doctor es que para emparentar el alma con Dios y tratalle como hermano, hermana y madre, le es muy necesaria la sinceridad, pureza y fidelidad en el cumplimiento de lo que entendiere ser voluntad y beneplácito suyo. De aqui se sigue lo tercero, que es el contacto ó toque de Dios cuando con la parte superior de nuestra ánima tocamos en su deidad y con humildad indignados ([1]) estribamos en ella. Deste contacto y familiaridad parece que habló San Juan en su *Canónica* cuando dijo (I Ioan., 1): Lo que oímos, y vimos, y tocaron nuestras manos del Verbo de la vida. Síguese luego lo cuarto, que es aplicación ó adhesión al sumo bien de que habla el Profeta por estas palabras expresas: Muy bueno es para mí allegarme á Dios. Y en otra parte, habiendo tratado de su continua oración, dice (Psal. 7): Allegóse ó apegóse mi ánima á Ti, y tu diestra me recibió. Y en un oráculo se halla escrito: El hombre mortal, llegándose al fuego, terná luz de divinidad, deificarse ha y quedará todo endiosado. Esta adhesión y aplicación al fuego divino es de grande importancia, y tanta, que por aquí más que por otro medio se nos comunica Dios, participamos de su luz y nos hacemos semejantes á Él en las costumbres, y sirve mucho para la extensión de los afectos. De aquí se viene á lo último tan deseado, que es la unión, mediante la cual aquello uno que está en nuestra ánima es colocado en la unidad de Dios y somos hechos firmes y estables en Él, y reducidos á sólo un acto, según el cual no somos nuestros, sino de Dios; perseverando en la luz divina, abrazados della y guarnecidos como vasos en sus vaseras, á la manera de aquella mujer que vió San Juan vestida y engastada en la luz del sol, donde no se hallan ningunas tinieblas (Apoc., 12). Y este es el fin y blanco de la oración, pero no en ella se hace la unión, porque si oración es pedir lo que nos falta, no se dirá orar el que posee y goza lo qne orando ha alcanzado, sino contemplar perfectísimamente.

En la contemplación, dice Ricardo, mira el ánima los espectáculos de la sabiduría divina, con vista despabilada, aguda y cierta, y con la admiración de las cosas que contempla queda suspensa y como fuera de sí: *(Spectaculum dicitur, quod spectandum oculis exibetur).* Espectáculos son las cosas que se representan al ánima en la contemplación para que las mire y considere, de cuya grandeza y novedad se admira y suspende como espantada, atónita y fuera de sí. (Virgil.: *Redeunt spectacula mane.*) En estos espectáculos tenía firmes sus ojos el que dijo (Eccle., 43): Bendiciendo al Señor ensalzadle cuanto pudiéredes, dilátese el ánima y ensanche sus senos, alabe lo que alcanzaren sus fuerzas; que nunca llegará á lo que se le debe, porque excede toda alabanza y nunca puede ser dignamente alabado de ninguna criatura ni de todas juntas. No te canses, pues, ánima mía, en las alabanzas de tu Dios; toma ánimo y esfuérzate cuanto pudieres, que siempre quedarás corta, aunque más y más le alabes. *Multa abscondita sunt maiora his; pauca enim vidimus operum eius.* Todo esto que ves en el mundo, y lo que has oído y leído, es muy poco y casi nada respecto de lo que en los retretes de Dios, que se descubren y abren en la contemplación, hay escondido y secreto. Aun los bienaventurados ven y conocen poco dello, porque aunque ven á Dios como es, no le comprenden todo cuanto Él es, que al fin es infinito y los grados de la virtud dellos son limitados.

De manera que lo sabroso y gustoso y lo admirable de Dios por la oración se alcanza, mas en la contemplación se gusta; la oración abre la puerta y la contemplación entra y ve cosas que no es lícito al hombre hablarlas ([1]), ni podría aunque quisiese, porque no entra por ninguno de los sentidos corporales, y por eso ninguno es capaz de explicarlo. Lo uno y lo otro tocó el santísimo Job cuando dijo: Hará oraciones á Dios y aplacarle ha si está enojado; descubrirle ha su rostro y gozarle ha con júbilo (Iob, 33). Levantada, pues, el ánima en tanta gloria al espejo de la claridad divina, y á la vista de aquella cara de pascua, en la cual

([1]) No veo en el Diccionario de la Academia la acepción con que usa el Padre Angeles esta palabra; es decir, creerse despreciable y pecador.

([1]) Aunque las dos ediciones antiguas dicen *hallarlas*, lo corrijo como errata.

está la hartura y la abundancia de todos los bienes, y en quien miran sin hastío los ángeles, siente un calor como de fuego, el cual se consigue de aquella luz reverberante que hiere y envía sus rayos en ella, y con este calor y fuego se derrite y se resuelve, y así resuelta y derretida se hunde en uno con el mismo Señor que la ilustra y enciende, como los metales en el lugar de su fundición, y aqui es donde se hace la perfecta y deseada unión.

Y no me reprendan los sabios del mundo, que al mismo Dios quieren medir á palmos, y atar con las leyes de sus matemáticas al que de todas las leyes está libre y exento, que lo que primero les avisé fué que no era para ellos esta doctrina. Parecerles ha que de lo finito á lo infinito no hay alguna proporción, y por consiguiente que no puede haber unión. Lo mismo argüirán por la simplicidad de Dios, que siendo como es simplicísimo, ni ha de mezclarse ni unirse con alguna criatura; que no me pueden negar, aunque quieran, que este Dios es uno y simplicísimo en muchas cosas por mejor y más alto modo que el sol, que en todos los lugares y partes alumbrados del orbe es uno. Y si éste, calentando y alumbrando tantas cosas, ninguna mixtura admite ni se le pega algo de impuridad, ni recibe ofensa, mucho menos admitirá esto aquel Señor simplicísimo, que produce y derrama todas las cosas, y á su albedrío las vuelve y convierte en sí. Esta es, dice Platón, la vida de los dioses y de los hombres divinos, que vueltos á Dios con circular movimiento, se sustenten de sus manjares, y convertidos en Él, descansen. Ni hay por qué maravillarnos oyendo decir que Dios junta á sí un alma, y la uñe y transforma; pues vemos que este fuego inferior, quemando un madero y convirtiéndole en sí mismo, ninguna mezcla en sí recibe dél. Luego mucho menos se le pegará á aquel fuego infinito (de quien en el Deuterenomio se escribe que es consumidor), convirtiendo las almas en sí mismo. Ni se requiere proporción de cantidad en la primera causa, exenta y libre de las causas segundas, fuera de las cuales no pueden ellas obrar, porque esta primera y suprema causa, aunque es de virtud infinita, extiéndese á la producción de cualquiera cosa por mínima que sea, y la uñe y junta á sí á su voluntad, aunque la disparidad sea tanta y el exceso tan grande. Tiene, pues, y vale la ley de proporción en las causas que son de virtud limitada, pero no en Dios, agente excelentísimo, que excede y sobrepuja toda virtud natural, y á cuyo pestañear y mover de ojo obedecen y están prestas todas las criaturas: las que no son, para ser, y las que son, para obrar y para otra vez volver á Él, especialmente el hombre capaz del mismo Dios y que nació para ser unido, entrando de por medio la fuerza del amor, que uñe al amante con el amado y de dos hace uno, según que se escribe (I Ioan., 4): Dios es amor, y el que ama está en Dios y Dios en él.

CAPÍTULO XII

De la unión que pretende Cristo entre Él y nosotros mediante el santísimo Sacramento del altar.

Bien claro mostró Cristo su intento en sacramentarse cuando por San Juan dijo (Ioan., 6): El que come mi carne y bebe mi sangre en Mí está y persevera y Yo estoy y persevero en él. Fué decir que por comer su carne y beber su sangre eramos tan unos Él y nosotros como lo son la cabeza y los miembros que informa un mismo espíritu y viven una misma vida. Pero qué unión sea ésta que se hace comiendo esta carne y bebiendo esta sangre no es negocio fácil, sino dificultosisimo, declararlo. Las palabras de Cristo son éstas: El que come mi carne y bebe mi sangre, en Mí está y Yo estoy en él. Algunos dicen que es lenguaje de amor éste, y de que usa muchas veces. San Juan, en su primera Canónica, dice (1 Ioan, 4): Dios es caridad, y quien está en caridad está en Dios, y Dios está en él. El amor hace salir de sí al hombre, házele no estar en sí, sino en el amado, como lo vemos cada día en los que ardientemente se aman, que dicen mil disparates, porque no están en sí, sino en lo que aman. El amor divino causa en los que aman y con amor comulgan una santa embriaguez, con la que salen de sí mesmos y se olvidan de todo lo que no es Dios. Y desto tuvo significación aquel sueño dulce que durmió el regalado San Juan después de haber comulgado, que, como él dice (Ioan., 13), se quedó con el Sacramento dormido y en éxtasi, teniendo por almohada el pecho de Cristo. Argumento fuerte es para entender que habéis comulgado bien salir de vos en comulgando, y con razón por cierto sale de sí el que comulga, pues se entra

Dios en él, como se sale el labrador de su casa luego que el rey se aposenta en ella. Pero, ¿qué cosa es salir de sí? Negarse á sí mesmo y morir el querer proprio, porque viva y reine sólo el de Dios. Decir un no á vuestro sí y un sí á vuestro no; perder la vida vieja y cobrar la nueva; quitar los pecados del alma, porque estando ellos en ella ni vos estáis en Dios ni Dios en vos; que el que está en Dios, como lo dijo San Juan (1 Ioan., 3), no peca.

San Agustín pregunta (August., 3): ¿Por qué, ya que nos dió Dios su carne y su sangre, nos lo dió y dejó debajo de especies de pan y vino y no de perdiz, de gallina ó de otra cosa semejante? Respóndese él mesmo que lo hizo para significar la unión que hay entre Dios y el alma que le recibe sacramentado, y la que ha de haber entre los fieles que dignamente comulgan. Porque como el pan se hace de muchos granos de trigo en uno, y el vino de muchos razimos juntos en el lagar, así de Cristo y de los que le comen se hace una misma cosa por amor. Tomó Dios nuestra carne por lo mucho que nos amaba, y porque nosotros le amemos á Él mucho nos da la suya; quiso que hubiese esta reciprocación de amor entre Él y nosotros para que pudiésemos cada uno con verdad decir (Genes., 3): Este es hueso de mis huesos y carne de mi carne. San Agustín llamó á este manjar y bebida Sacramento de piedad, señal de unidad, lazo y atadura de caridad. Y á mí parecer ninguna otra cosa suenan las palabras de Cristo sino unión, y tan estrecha, que la compara con la que hay entre Él y su Padre. Como, enviándome mi Padre que vive, tengo yo vida por Él, así la terná por Mí el que me comiere á Mí. Pues ¿qué unión es esta? Que si los Sacramentarios herejes erraron diciendo que era unión de las voluntades mediante la caridad, por parecerles que no se come realmente la carne de Cristo ni se bebe su sangre sino sólo espiritualmente, de otra manera más alta habemos de juzgar los católicos della; porque firmemente confesamos que en el Sacramento del altar y hostia consagrada real y verdaderamente recebimos á Cristo, y si real y verdaderamente le comemos, real y verdaderamente nos unimos con Él, no sólo por conformidad de voluntades, obrando esta unión la caridad, sino también según la carne, por ser esa carne nuestro manjar y comida. Y es en tanto grado verdad esto, que no sólo recibe el alma las calidades que conforman con su naturaleza por ser espíritu, como son la gracia, las virtudes, el ser toda ella renovada y recreada, llena de gozo y mantenida de paz, fortalecida en la fe y confirmada en la esperanza, más ferviente en el amor y más presta para bien obrar; pero también la carne del que dignamente comulga participa cuanto es posible, según su capacidad, de las condiciones y calidades de la carne de Cristo, como son castidad y limpieza, y un frescor y templanza que apaga los ardores de la sensualidad. Lo cual todo es evidentísimo argumento de que en este divino manjar hay no sólo alguna mística significación ó eficiencia espiritual, sino también la misma carne y sangre con real existencia de Jesucristo, y de que por esta unión somos hechos una cosa con Él y participamos de sus virtudes como miembros de su cabeza y como sarmientos de su cepa.

Y para despertar las almas cristianas y devotas á la continuación desta soberana comida y que se confirme y crezca en ellas el deseo de recebir dignamente y muchas veces á Cristo su esposo en el Sacramento del altar, me pareció traer aquí algunas cosas de las que los Santos con particular devoción y fervor escribieron desta verdad que todos los fieles conocemos y estimamos; conviene á saber: Que en la hostia consagrada real y verdaderamente recebimos el cuerpo de Jesucristo. San Hilario, en la disputa contra los Arrianos, concluye de la unión natural que entre el Padre y el Hijo confiesa la Iglesia Católica, la que hay entre Cristo y el que dignamente le recibe sacramentado. Bien parece, dice él (Hila., li. 1 *c. Arrianos*), que pretendió Cristo esta manera de unión, pues haciendo oración á su Padre poco antes que muriese le dijo (Ioan., 14): Señor, quiero que Yo y los míos seamos una misma cosa, así como Yo soy una misma cosa contigo. No son una misma cosa el Padre y el Hijo solo porque se quieren bien y conforman en voluntades, sino también porque son una misma sustancia. De manera que el Padre vive en el Hijo y el Hijo en el Padre y es un mismo ser y vivir el de entrambos; luego para que la semejanza sea perfecta no ha de ser nuestra unión con Cristo de solas voluntades, la cual se causa del divino Espíritu que derramó en nuestros corazones, sino que también en la manera del ser, así en la del cuerpo como en la del alma,

seamos todos uno cuanto es posible, según nuestra condición. Y conviene que, siendo muchos en personas, por razón de que mora en nuestras almas un mismo espíritu, y porque nos mantiene un mismo individuo manjar, seamos todos uno en un espíritu y en un cuerpo divino, los cuales espíritu y cuerpo divinos, ayuntándose estrechamente con nuestros cuerpos y espíritus, los califiquen y los acondicionen á todos de una misma manera y no de otra que la que le es propria á aquel divino cuerpo y espíritu, que es la mayor unidad que se puede hacer ó pensar en cosas de suyo tan apartadas. Pregunto yo, dice Hilario, á los que entre el Padre y el Hijo ponen no más que unión de voluntades ¿si está Cristo en nosotros según la verdad de la naturaleza ó no más que por conformidad de la voluntad? Porque si verdaderamente el Verbo fué hecho carne, lo cual ellos confiesan, y nosotros verdaderamente recebimos en este manjar divino al Verbo encarnado ¿cómo se puede pensar ni imaginar que no permanece real y verdaderamente en nosotros el que naciendo hombre juntó á sí inseparablemente la naturaleza de nuestra carne y la de su carne mezcló con la nuestra debajo deste Sacramento, que es comida, para comunicarnos la vida eterna? Síguese, pues, que somos una misma cosa, porque en Cristo está el Padre y Cristo en nosotros. Y cualquiera que negare que Cristo está naturalmente en el Padre, necesariamente ha de confesar primero que él no está en Cristo, ni Cristo en él, porque el Padre en Cristo y Cristo en nosotros hacen que seamos una cosa con ellos. Y si verdaderamente Cristo tomó nuestra carne, y verdaderamente aquel hombre que nació de María Virgen es Cristo, y nosotros debajo de misterio y sacramento verdaderamente comemos la carne de su cuerpo, verdaderamente habemos de ser una cosa con Él, porque el Padre está en Cristo y Cristo en nosotros. ¿Cómo, pues, se atreve nadie á afirmar que esta es unidad de voluntades y no natural, pues la natural propriedad deste Sacramento es unir?

Pero advierta el cristiano lector que estas cosas no se han de mirar con ojos tan de carne como son los de aquellos que están avecindados en el mundo. Leamos lo que está escrito y entendamos lo que leyéremos, y oigamos á aquel Señor que dice: El que come mi carne y bebe mi sangre, en Mí está, y Yo estoy en él. Y porque nadie dudase de que la unión de que al presente hablamos es más que espiritual y de voluntades, el mismo Cristo se declaró por estas palabras dichas á sus discípulos: Este mundo ya no me ve; vosotros me veréis, porque Yo vivo y viviréis vosotros, porque Yo estoy en el Padre y vosotros en Mi y Yo estoy en vosotros. ¿Quién se atreverá á deshacer esta unión tan estrecha que hay entre Cristo y nosotros, sino aquel que negare la que hay entre el Hijo y el Padre?

Dificúltase, empero, cómo puede ser que de sólo tocar nosotros á la carne de Cristo, y la de Cristo á la nuestra, resulte tan estrecha unión que se pueda con verdad decir que somos un cuerpo Cristo y nosotros. A lo cual se responde, dejadas muchas sutilezas, que no son una carne la de Cristo y la nuestra sólo por tocarse ó besarse, como dice Teodoreto, en el Sacramento, ni los Santos ponen esta unidad por sólo este contacto; que si eso fuese, los pecadores que indignamente reciben á Cristo sacramentado también se harían una cosa con Él; sino porque recibiendo dignamente su carne, y tocando ella en la nuestra, por medio de la gracia que se da por ella viene la nuestra á remedar algo á la suya, haciéndosele semejante, y por esta semejanza se llama una, como solemos decir de dos que entrañablemente se aman, y que en nada discordan sus voluntades, que son uno. Despojándose, pues, nuestra carne de sus calidades y vistiéndose de las condiciones de la carne de Cristo, sin duda serán como una ella y la de Cristo. Que si de un hierro muy encendido decimos que es fuego, no porque en la sustancia lo sea, sino porque en las calidades, en el ardor, en el encendimiento, en el color y en los efectos lo es; ¿por qué no se dirá nuestra carne carne de Cristo si está acondicionada como ella? El Apóstol ¿no dice (1 Cor., 6): El que se allega á Dios un espíritu se hace con Él? ¿Y qué cosa es ayuntarse el hombre con Dios sino recebir la gracia, que es una calidad celestial que puesta en el alma pone en ella mucho de las condiciones de Dios y la figura muy á su semejanza? Pues si San Pablo llama á nuestro espíritu y al de Dios uno, por la semejanza que hace en el nuestro el de Dios, bien bastará para que se diga una nuestra carne y la de Cristo tener algo la nuestra de lo que es proprio y natural á la suya.

Añadamos aún á esta razón de semejanza

otra no menos principal de la virtuosidad de la carne de Cristo; que es tanta, que juntándose á la nuestra la deja oliendo á carne de Dios, como olía la de la Virgen por haberle traído en sus entrañas.

Y no parezca esto imposible ni menos que fundado en mucha razón, porque si una poma de ámbar traída por breve espacio de tiempo en las manos pone su buen olor en ellas, y quitada dellas lo deja allí puesto, la carne de Cristo, virtuosísima y eficacísima, estando ayuntada con nuestro cuerpo y hinchendo de gracia nuestra alma, ¿no comunicará su virtud y buen olor á nuestra carne? ¿Qué cuerpo junto á otro cuerpo no le comunica sus condiciones? El aire fresco nos refresca, y el caliente nos caldea y enciende con su calor. No digo que sea esta obra de naturaleza, ni que es virtud que naturalmente obra, que si tal fuese, siempre y en todos, dignos é indignos, obraría la dicha unidad y semejanza; lo cual es falso, porque el que indignamente comulga, juicio y condenación recibe con el Sacramento. Lo que digo es que es muy semejante á lo que naturalmente vemos que pasa en los cuerpos cuando entre si mismos se juntan.

Añadamos á lo dicho otra razón de mayor congruencia: si el soplo de la serpiente y el manjar vedado comido nos desconcertó el alma y emponzoñó el cuerpo, ¿quién podrá dudar que este manjar que se ordena contra aquél no pondrá, no solamente justicia en el alma, sino también, por medio della, santidad y pureza celestial en la carne, y tanta, que se puede con verdad decir serán dos en una carne? Deste divino discurso se da muy bien á entender lo mucho que ganan las almas que con pureza, reverencia y devoción comulgan, que es todo lo bueno que consigo tiene la carne de Cristo que en el Sacramento se recibe.

En pocas palabras lo declaró Tertuliano (Tertulia., *Apolog.*, c. 39). Los que en el ánima, dice él, se mezclan, quiere decir, los que son unos en el corazón y voluntad, nunca dudaron comunicarse las demás cosas; que llano está que, á quien doy mi alma no le tengo de negar la hacienda ni lo demás que fuere mío. Vemos que en el matrimonio se hace donación mutua de los cuerpos entre el marido y la mujer, y en todos los demás bienes hay comunicación sin diferencia, de manera que no hay mío ni tuyo, sino todo de los dos indivisiblemente. Luego en este Sacramento, donde nos da Cristo su cuerpo para que nosotros y Él seamos todos una cosa, ningunos bienes que tenga suyos podrá negarnos á nosotros. Lo cual vimos puesto en obra en la primitiva Iglesia, cuando cada día comulgaban los fieles, que no solamente las voluntades de todos eran unas, sino las haciendas y las demás cosas se tenían de comunidad. San Pablo llamó (Act., 4), al pan consagrado que comemos comunicación y participación del cuerpo de Cristo, y al cáliz que bebemos, comunicación de su sangre, y á lo uno y á lo otro, comunicación de sus merecimientos (I Cor., 10).

San Juan Damasceno dice (Dam., lib. 4, cap. 16): Si las cosas que mediante el fuego tocan al oro quedan doradas y de tan lindo color que parece haberse bebido la naturaleza del oro, aunque antes fuesen hierro tosco y grosero, ¿cuánto más unidos y deificados quedaremos los fieles cristianos si dignamente recebimos el cuerpo sacratísimo de Cristo nuestro Redentor, que se nos da en manjar, si desnuda la naturaleza terrestre de nuestros cuerpos, nos vestimos de la ropa dorada de la caridad? La Iglesia se llama en la Escritura cuerpo de Cristo, y la razón es porque dándosele en manjar, la convierte á sí, de manera que sea hecha cuerpo suyo y cada uno de los fieles miembro suyo. Que como la levadura con su virtud arrebata á sí y convierte toda la masa y la sazona, así Cristo sacramentado arrebata á sí toda la Iglesia y con su virtud hace que sea con Él un espíritu y una carne.

CAPÍTULO XIII

De la similitud que se requiere entre Dios y el alma que le recibe sacramentado.

Para esta conversión maravillosa se quiere similitud entre nosotros y Cristo, como entre el manjar y quien le come, porque, como de la medicina sabemos, ninguna cosa nutre y sustenta si no se asimila á las partes que se han de sustentar y nutrir della; y porque esto se entienda mejor se ha de considerar que los médicos hacen tres estados en el manjar, ó por decir mejor le consideran de tres maneras, conviene á saber: como no alimento, como casi alimento, como alimento. No alimento llaman á la gallina y al pan en su propria

especie; casi alimento llaman á ésto molido y puesto en el estómago; alimento, cuando hechas las digestiones todas las partes se ceban por sus venas y arterias. En tanto que el manjar es no alimento y casi alimento no nutre ni sustenta, hasta llegar á ser alimento, que entonces, por la similitud que tiene por las partes que dél se han de sustentar y mantener, se convierte en elias y las mantiene; así es que del alimento cada una de las partes del animal toma lo que es su semejante. El pulmón, que es veloz y ligero, lo colérico; los huesos, que son duros, lo melancólico y terrestre; los niervos, ternillas, tripas y coyunturas, lo flemático; el corazón, que es parte nobilísima y aposento de la vida, la sangre más pura y acendrada.

De manera que para llegar á sustentar el manjar es necesario asimilarse con la parte que dél se sustenta. Digo que para que la sagrada comunión sea de provecho y en ella se haga la conversión que pretende Cristo, es necesario que haya semejanza entre Él y nosotros; y porque la conversión no es de Cristo en nosotros, sino de nosotros en Cristo, nosotros, como mantenimiento suyo, nos habemos de asimilar á Él en cuanto nos fuere posible, para que, como del manjar y del que le come se hace una cosa, de nosotros y de Cristo resulte un espíritu y un querer. Yo tengo de ser el quebrantado y molido por la contrición, cocido con el fuego y calor de la caridad; adelgazado con la penitencia y deshecho por la abnegación de la propria voluntad para ser semejante á Cristo, que con inmensa caridad molido, quebrantado y deshecho con dolores y tormentos, se ofreció en la cruz por mí al Padre. Al fin, para que el decir yo Misa y el comulgar vos nos entre en provecho, es menester que nos conformemos con Cristo y que imitemos sus virtudes y costumbres celestiales; porque mal se unirán el soberbio con el humilde, el carnal con el castísimo y el furioso con el manso Cordero, si no es que pretendáis alguna quimera y monstruo.

Mírense los instrumentos de que nos proveyó naturaleza para disponer el manjar, subtilizarlo y depurarlo hasta llegar á convertirse en substancia del que le come, que cierto es cosa de grande admiración. Hay dientes donde se quiebra y divide; hay muelas donde se desmenuza; hay calor en el estómago donde se cuece y aparta lo grueso de lo sutil; hay venas meseraicas, que chupan esto sutil y dejan lo no tal; hay coladeros que cuelan y purifican esto de las heces; hay poros estrechísimos que reciben el manjar ya colado y defecado; hay, finalmente, la espongiosidad de los miembros que lo atraen para su sustento. Pues por muchos más instrumentos habemos de pasar nosotros para ser mantenimiento de Dios. Ha de preceder consideración y ruminación, calor de devoción con su riguroso examen, con otras muchas disposiciones; y con razón nos piden tantas, pues el fin que pretendemos no es otro que unirnos á Dios y transformarnos espiritual y corporalmente en Él.

Y porque concluyamos con este razonamiento, nótese lo qué doctísima y piadosímamente dice Cayetano sobre estas palabras de Cristo: El que come mi carne y bebe mi sangre en Mí está y Yo estoy en él. No puede hacer provecho el manjar, dice él, ni seguirse la unión que se pretende, si no es perseverando el que comulga en Cristo y Cristo en él, porque, como dicen los médicos, dos cosas son necesarias para que el manjar aproveche al que le come: la primera, que el manjar persevere en el estómago, porque si en acabándole de comer le volviésedes á trocar, de poco ó nada os serviría haberlo comido, y es señal que la virtud ó facultad retentriz está dañada; la segunda, que el que come atienda al manjar y persevere en él por aplicación del calor natural, que si éste falta engéndranse crudezas y opilaciones, como lo vemos en los muy estudiosos. Lo que dice es que para que la carne de Cristo, que es verdadero manjar del alma, y la sangre, que es verdadera bebida, sean de provecho á los que lo reciben, conviene que lo retengan y en ninguna manera lo truequen, volviéndose luego á sus antiguos vicios y pecados. Digo que truecan este manjar divino y le alanzan de sí con violencia y fuerza, y, como si dijésemos, por vómito, los que acabando de comulgar vuelven á pecar mortalmente. Y es de manera esta violencia, que, si Dios fuera capaz de dolor, ninguno mayor se le podía dar que éste, lo cual se verá claro por este ejemplo: Cuando yo como una perdiz, lo primero de la boca va al estómago, y de allí al hígado, adonde, digerida, recibe cierta forma de leche; de allí se reparte por todas las venas, y al fin se comuni-

ca á todos los miembros del cuerpo, de manera que parte della se hace ojos, parte lengua, parte corazón, parte manos. Pregunto yo agora: Si quisiese uno sacar de mi cuerpo esta perdiz convertida ya en mis miembros con un garfio de hierro ¿qué dolor sería el mío al despedirse la parte que cupo al ojo del ojo? ¿la parte que cupo á la lengua de la lengua? ¿la parte que cupo al corazón del corazón? ¿y la que á las manos de las manos? Cierto no hay encarecimiento que baste para que esto se entienda. Pues, hermano mío, si el que recibe á Jesucristo no le convierte en sí, porque es manjar vivo, de más poderosa vida que la nuestra, sino que Cristo le convierte en sí y es manjar suyo, bien se sigue que parte del que comulga se hace ojos de Cristo, parte manos, parte corazón y, al fin, otro Cristo.

Pues sepa el cristiano que el pecado mortal es un garabato del infierno, y que aunque por virtud del Sacramento se haya convertido y encorporado en Cristo, si le da entrada en su alma le sacará de poder de Cristo, no sin grandísimo dolor y injuria de Cristo. Y esto parece haber querido significar el Apóstol cuando, escribiendo á los de Corintio, les dijo (1 Cor., 6): ¿Por ventura ignoráis que sois miembros de Cristo? ¿Será bueno que, quitándolos yo de Cristo, los haga miembros de ramera? Nunca Dios tal permita. Bueno fuera, por cierto, que lo que ha sido y es ojo de Dios, mano de Dios, pie de Dios y corazón de Dios, lo profanase yo haciendo que fuese ojo del diablo, mano de Satanás, corazón de Judas y pie de Lucifer. Cualquiera, pues, que quisiere que le aproveche este divino manjar, conviene que le retenga y, reteniéndole, aplique el calor de la viva fe y de la perfecta caridad, creyendo, amando y obrando, y seguirse ha lo que con tantas veras desea y pretende Cristo, que es juntarnos á sí y hacernos una cosa consigo, comunicándonos el tesoro de su divino espíritu con su propia carne.

San Cipriano afirma (Cipr., in *serm. Cœnæ)* que para reformación de nuestros cuerpos nos dió Cristo su carne en el fin de su vida. Como nosotros, dice él, fuésemos carne y sangre corrupta, y enferma la naturaleza del cuerpo y del ánima; no era posible ser reformados y vueltos á la semejanza de Dios si á nuestra enfermedad tan antigua y envejecida no se le pusiera emplasto y medicamento conveniente, y con la cura de enfermedad tan desesperada, los contrarios se removiesen con sus contrarios y los semejantes con sus semejantes. Hasta aquí son palabras de San Cipriano, en las cuales claramente enseña que la reformación de nuestra naturaleza, esto es, de nuestro cuerpo, no podía obrarse sino mediante la carne de Cristo ayuntada á la nuestra, de cuya compañía y mixtura quedase semejante á la de Dios. De manera que fué necesario este ayuntamiento corporal entre nosotros y Cristo para que la corrupta naturaleza de nuestros cuerpos fuese reformada. Por ventura, dice el mismo, ¿no se le aplica el emplasto á la llaga para que sane? Pues ansí como sobre los miembros enfermos se asienta la medicina, convino que Cristo se ayuntase á nuestro cuerpo para que le restituyese á su antigua inocencia y, lo que más es, le reformase á la inmortalidad, y cuerpo y alma fuesen libres de la corrupción eterna.

San Cirilo dice (Ciri. Alex., in Io., c. 13): No podía esta naturaleza corruptible de nuestro cuerpo ser de otra manera atraída á la incorruptibilidad y á la vida, sino juntándosele un cuerpo de natural vida. ¿No me crees cuando te digo estas cosas? Cree, pues, á Cristo, cuyas palabras son éstas: De verdad de verdad os digo que si no comiéredes la carne del Hijo del hombre y bebiéredes su sangre, que no tendréis vida en vosotros. Luego no basta que nos ayuntemos á Cristo por el espíritu, mas convino que su carne se ayuntase con la nuestra por comida, para que desta manera fuésemos llevados á la eterna vida. El mismo Cirilo dice en otra parte: No negamos la unión que sobrenaturalmente se obra entre nosotros y Cristo mediante la fe recta y caridad sincera; pero varonil y fuertemente afirmamos no ser ésta sola la que granjeamos por virtud del Sacramento que recebimos, y sentir otra cosa es sentir diferentemente de como sienten las divinas Escrituras, y muy lejos de toda verdad. Y en otro lugar dice: Como el agua, que de su naturaleza es fría, sobreviniéndole el fuego, olvidada de su natural frialdad, no cabe en sí de calor, así nosotros, dado que por la naturaleza de la carne somos mortales, participando de aquella vida que nos retira de nuestra natural flaqueza, tornamos á vivir por su virtud propria della; porque

convino que no solamente el alma alcanzase la vida por comunicársele el Espíritu Santo, sino que también este cuerpo tosco y terreno fuese hecho inmortal con el gusto de su metal y con el tacto y mantenimiento dello. Pues como la carne del Salvador es carne vivífica, por razón del Verbo á quien está unida, que es vida por naturaleza, cuando la comemos tenemos vida en nosotros, porque estamos unidos con aquello que está hecho vida. De aquí es que cuando Cristo resucitaba muertos y sanaba enfermos, no solamente usaba de palabras y mandaba como Dios, sino algunas veces aplicaba su carne, como juntamente obradora, para mostrar con el hecho que también su carne, por ser suya y estar ayuntada con Él, tenía virtud de dar vida. Esto todo es de Cirilo.

A lo cual se añade que, por haber Cristo puesto por blanco en todas sus obras manifestarnos y descubrirnos su amor, cuyo oficio es hacer unidad, y él es tanto mejor y más excelente cuanto la unión que causa es más estrecha, siendo verdad que en nosotros hay carne y espíritu, y que con el espíritu nuestro ayunta Cristo el suyo por tantas maneras, poniendo en él su semejanza, comunicándole su vigor y derramando por él su espíritu mismo, necesariamente habemos de confesar que, ó hay falta en su amor para con nosotros, ó que ayunta también su cuerpo con el nuestro, cuanto en la manera que habemos dicho es posible ayuntarse. No hay quien ponga falta en lo primero ni duda en lo segundo. A esto favorece mucho lo que dice San Pablo á los Romanos (Rom., 6): Así como en Adán murieron todos, así cobraron vida en Jesucristo. En Adán hubo daño de carne y de espíritu, hubo inspiración y soplo de la serpiente para el alma y manjar corporal para el cuerpo; pues si la vida se contrapone á la muerte, y el remedio al daño y á la enfermedad, necesario es que Cristo en ambas á dos cosas produzca salud y vida: en el alma con su espíritu, y en el cuerpo ayuntándonos consigo. Aquella manzana pasada al estómago, así destempló el cuerpo, que luego se descubrieron en él mil malas calidades más ardientes que el fuego; esta santa carne, allegada debidamente á la nuestra por virtud de su gracia, produce en ella frescor y templanza. Aquel fruto vedado atosigó nuestro cuerpo, con que viene á la muerte; esta carne comida así nos enriquece con su gracia que desciende su tesoro hasta nuestra carne y la apura y da vida y resucita. Un cuerpo somos en Cristo, dice San Pablo escribiendo á los de Corinto (I Cor. 10), porque todos participamos de un pan y bebemos de un cáliz, esto es, de la carne de Cristo y de su sangre. Pues necesariamente, dice San Juan Crisóstomo (Chrysost., hom. 4 in Ioannem), habemos de predicar cuán admirables son estos misterios, y para qué se nos dieron, y qué fruto sacamos dellos. Un cuerpo somos y miembros de su carne; y porque la unión que Cristo pretende entre nosotros y Él, no sólo es espiritual y de voluntades, sino también real y verdadera, quiso darnos su cuerpo en manjar, para que por este medio real y verdaderamente nos transformásemos y convirtiésemos en Él cuanto nos fuese posible, en la manera que al principio dijimos; porque como quisiese declararnos su amor, por medio de su cuerpo se mezcló con nosotros y se nos encorporó, para que desta manera estuviésemos unidos y hechos una cosa con Él, como miembros con su cabeza, lo cual es proprio de los que mucho se aman. Y así Cristo, para obligarnos con mayor amor y mostrar más para con nosotros su buen deseo, no solamente se deja ver de los que mucho le aman, sino quiere ser también tocado de ellos y comido, y que con su carne se ingiera la dellos, como diciéndoles: Yo deseé y procuré ser vuestro hermano, y así por este fin me vestí como vosotros de carne y de sangre, y eso mismo con que me hice vuestro deudo y pariente, yo agora os lo doy y comunico. Hasta aquí son palabras de Crisóstomo.

Esta misma unión entre nosotros y Cristo prueban los antiguos Padres dél [1] misterio del matrimonio, que sin duda es gran sacramento entre Cristo y la Iglesia, como lo celebra el Apóstol escribiendo á los de Éfeso (Ephes., 5). Lo cual colige de aquellas palabras del Génesis dichas por Adán á su mujer (Gen., 3): Este es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta se llamará varonil y fuerte, porque fué tomada y formada del varón; por esto dejará el hombre padre y madre, y allegarse ha á su mujer, y serán dos en una

[1] Este *dél* equivale á *por él*, y por ende no es genitivo, sino ablativo, harto frecuente entre los escritores del siglo de oro.

carne; la cual ilación no pende de la formación de Eva de la costilla de Adán, que de esa no hace mención Cristo, sino del ayuntamiento de Adán con Eva. Pues como por este ayuntamiento matrimonial los que eran dos diferentes no son ya dos, sino una carne, así por comer real y verdaderamente el cuerpo de Cristo somos hechos una cosa con Cristo y unidos con Él. Al fin, éste es aquel Sacramento grande que celebró el mismo Apóstol (Ephes. 5), con muchas ventajas mayor que el corporal matrimonio que le figuraba; porque la limpieza con que éste se celebra es mayor, y la unión entre los contrayentes es más estrecha. En aquél se inficionan los cuerpos, y en éste se deifican las almas y santifican los cuerpos; en aquél el contento es aguado y el deleite muy breve y de muy bajos quilates; en éste lo uno y lo otro es tan grande y de tal calidad, que baña el cuerpo y el alma; es tan noble y soberano, que es gloria; tan puro, que ni antes le precede ni después se le sigue, ni con él jamás se mezcla dolor. Confesemos con el Apóstol que todo lo que tiene Cristo es nuestro, y Cristo de Dios, y nosotros de Cristo; y yo por mí confieso que en esta materia no sé más que decir, sino exclamar otra vez con el grande padre Agustino: ¡Oh Sacramento de piedad! ¡oh señal de unidad! ¡oh lazo de caridad! quien quiere vivir alléguese, crea y encorpórese, para que tenga vida.

ADICIÓN Á ESTE CAPÍTULO

Sentimientos admirables de un religioso sacerdote acerca del santísimo Sacramento del altar.

Pensando conmigo muchas veces en los altísimos misterios de la Misa, que Dios nuestro Señor, por el grande amor que tuvo al hombre, le quiso comunicar de consagrar su santísimo cuerpo y preciosa sangre, y tratarlo tan familiarmente, y recibillo cada día en sus entrañas, siempre me pareció, y cada día me va pareciendo más, que el gusto, gloria y contentamiento que el Padre eterno recibe cada vez que el sacerdote le ofrece á su muy amado Hijo, que en el venerabilísimo Sacramento está encerrado y encubierto, es tan grande, que todo el gusto, gloria y contentamiento que todos los coros de los ángeles, y todos los más bienaventurados le ofrecen de continuo en la patria, en su comparación es nada; porque todas las obras de la criatura, por altas y nobles que sean, ninguna proporción tienen con la del proprio Criador, y que el sacerdote ofreciendo al eterno Padre, ó á toda la santísima Trinidad, la venerandísima persona del Hijo en el Sacramento, ofrece Dios á Dios, y por consiguiente le ofrece loor infinito y gloria infinita, y un contentamiento infinito, y finalmente todo el bien y el verdadero y sempiterno bien. Y los ángeles, y toda la corte celestial, por más servicios que hagan á Dios, gloria, alabanzas y contentamiento que eternamente le den, por vía de otra ofrenda que no valga lo que ésta, no dan ni ofrecen Dios á Dios, y por consiguiente, es todo poco ó nada respecto desta divinísima ofrenda, en la cual se ofrece el mismo Dios. Y paréceme ser esto en tanta manera verdad, que aunque el sacerdote que celebra no esté en gracia, el Padre eterno y toda la beatísima Trinidad recibe todo lo sobredicho de la gloriosa persona de Cristo Jesu, que por el sacerdote le es ofrecido, por cuanto estar en gracia ó no estar en gracia, no quita al Hijo de Dios que por él en la Misa es ofrecido, ser quien es; antes el principal oferente, por ministerio del sacerdote, es el mismo Cristo, como lo declara el Concilio Tridentino, en la sesión 22, capítulo II. Y en el acto de la celebración de la Misa, no solamente es ministro de Cristo el sacerdote, aunque pecador, sino también de la Iglesia, ni se tiene respecto á quién él es, para el efecto y valor del sacrificio, *ex opere operato*, según las dichas consideraciones, sino á lo que de suyo vale la ofrenda, la cual siempre ha de ser bien recebida y de gloria, honra y contentamiento infinito para el Padre eterno, que en su Hijo se agrada infinitamente, como Él mismo lo dijo por San Mateo (Mattheus, 3).

A esta consideración sucedió otra, no menos noble que ella, de las grandes mercedes que Dios continuamente hace á los hombres, y de la razón que hay de que todos le amen y le den, no cualquiera honra y alabanza, sino una honra, alabanza y contentamiento infinito. En este pensamiento sentí interiormente una como respuesta, que me decía que si esto quería y deseaba, que ningún medio podría hallar tan á propósito como recebir en gracia y con el aparejo debido el santísimo Sacra-

mento del altar. Y después de haberlo recebido y tenerlo en mi pecho y poder, ya hecho cosa mía propria, y yo como dueño y señor della tornarla á dar y ofrecer al eterno Padre, recogiéndome para esto en algún lugar quieto, ó quietándome en aquel en que me hallase. Este ofrecimiento se debe hacer con íntimos deseos del corazón y actos amorosos de la voluntad, con la humildad y reverencia que fuere posible. Porque dando y ofreciendo al Padre eterno este don y ofrenda, se le da y ofrece en ella gloria, alabanza, honra y contentamiento infinito de parte de la dicha ofrenda, la cual ni los ángeles del cielo ni todos los bienaventurados le pueden dar por otro algún medio, como ya dijimos.

Y si quisiéremos dar, como es razón, á la gloriosísima Reina de los ángeles tanto loor, tanta gloria y honra cuanta ella merece, debemos con el mismo ardor de voluntad, humildad y reverencia, en acabando de decir Misa ó de comulgar, ofrecerle en sus purísimos brazos á su dulcísimo y cordial Hijo, que en nuestro poder tenemos por todo el tiempo que las sagradas especies no se acaban de gastar con el calor natural; la cual ofrenda ella recibe con mayor gusto y le es de mayor honra y gloria que otra cualquiera que le puedan ofrecer todos los hombres y todos los ángeles, que no sea el mismo Dios y Hijo suyo. Y esto podemos hacer las veces que quisiéremos, por el tiempo que las dichas especies sacramentales no se consumen y acaban en el estómago. La misma ofrenda se puede hacer á cualquier Santo, ó á todos los Santos, de la manera que queda dicho, para honra y gloria dellos y del mismo Dios. Aunque se debe advertir aquí que no se puede ofrecer Cristo nuestro Señor, ni á la Virgen, ni á los Santos, como sacrificio; ni la Misa se ofrece por ningún caso, sino á Dios, en memoria y honra de los Santos, y para que ellos como más puros y limpios lo ofrezcan y presenten por nosotros á Dios, que se agrada en ellos.

Y pues tan claro consta de lo que habemos dicho cuánta gloria, honra, alabanza y contentamiento todos los sacerdotes y los demás cristianos pueden dar á Dios y á la soberana Virgen emperatriz del cielo, y á los Santos todos de la celestial Jerusalén, por medio del santísimo Sacramento del altar, vean todos aquéllos á cuya noticia esto viniere cuánta razón tiene de desentrañarse y hacer de su parte cuanto pudieren por andar de contino dispuestos y aparejados para que no se pase día, si fuere posible, que no celebren ó comulguen, precediendo el consejo y aprobación del sabio y religioso confesor y padre espiritual. Y aunque el interese de honrar y dar contento al Padre eterno, y á la Virgen, y á los Santos, como habemos dicho, sea tan grande, débeles también animar á este tan santo ejercicio saber de cierto, que por medio desta tan rica ofrenda mucho más presto que por otra alguna vía alcanzarán del Padre de las misericordias, y de la soberana Reina María nuestra Señora, y de los bienaventurados de la corte celestial, todas las cosas justas que pidieren. Y pues es verdad que aquel amorosísimo y paternal corazón de Dios tiene mayor deseo de hacernos mercedes que nosotros de recebirlas, porque, como dice la Esposa, sus manos son de torno, liberales y llenas de jacintos, y allende deso le ofrecemos un don y una ofrenda que Él tanto estima, que es su mismo Hijo, que tenemos y recebimos en precio y á trueco de las mercedes que pedimos y esperamos recebir, ¿quién podrá dudar de que las ha de alcanzar, especialmente siendo virtudes con que merezca nuestra alma parecer adornada y hermosa en sus divinos ojos? Y debe acrecentar mucho esta confianza ver que por esta ofrenda, que en la forma que está dicha ofrecemos á los Santos, los tenemos por medianeros aficionados á nosotros y obligados á interceder por nosotros. Y como si una persona, sabiendo de cierta ciencia que ha de salir con un pleito en que le va la hacienda, la honra y la vida, si perseverare en la procuración dél; si por su descuido y negligencia dejase de salir con su negocio, merecería justamente perder honra, hacienda y vida, ansí cualquiera que fuere negligente en procurar las riquezas espirituales, honra verdadera y vida divina, que se promete y da á los que con debido aparejo se llegan y frecuentan estos divinos misterios, justamente padecerá pobreza y deshonra y morirá para siempre con necesidad y miseria. Pida el alma, y pida lo que quisiere por este medio, que, siendo su petición justa, ó se le concederá luego, ó se le dilatará para tiempo más conveniente, porque escrito está: *Adiutor in opportunitatibus*: Ayudador en las oportunidades.

CAPÍTULO XIV

De la transformación ó muerte del alma, que es el último triunfo del amor.

A la unión se sigue la transformación, que bien considerado es más alta que la unión, porque unión (hablando de la espiritual) dice ayuntamiento de dos ánimos en una voluntad y querer; pero transformación dice mudanza de una cosa en otra con mejoría y ventaja. La cual promete San Juan de parte de Cristo, diciendo (Ioan., I): Dióles poder para que sean hechos hijos de Dios. El cual poder no se da á todos, sino á solos aquellos que ninguna cosa tienen de carne, ni de sangre, ni de voluntad de varón, porque están depurados y espiritualizados, enjutos y secos de toda humedad: como las cuerdas del salterio, que si no están desta manera no pueden hacer consonancia y música perfecta. Esta transformación llamaron los Hebreos muerte de beso. Y es la que desea y pide la Esposa en el principio de los Cantares, y de que el Profeta hizo mención debajo de nombre de muerte preciosa en los ojos del Señor (Psal. 115). ¡Dichosa, por cierto, el alma, y muchas veces dichosa, que en aquel beso de Dios, cuando Él sin algún medio la junta á sí, es transformada y deificada; y muriendo á sí, y á todo lo que no es Dios, vive á sólo Dios! Esta muerte dicen los Santos que es cuando el ánima se resbala y se cuela en los brazos del Esposo, y allí fija, apartado su rostro y semblante de las cosas materiales, le convierte todo á las espirituales. Exclama San Bernardo hablando desta muerte, y dice (San Bern., in *Cant.*): ¡Oh buena muerte, que mejora y no quita la vida! ¿Cómo se temerá la lujuria donde la sensual vida no se siente? ¿Cómo terná poder para pecar el que transcendió la costumbre del pecado? Por cierto tal desfallecimiento de muerte, de angélica pureza es, y que sólo puede causarla el amor fuerte como y más que la muerte. Porque cuanto el alma más se enciende en el amor de su Esposo, tanto más enferma y desfallece en el de las cosas temporales. Que como la muerte corporal aparta el ánima del cuerpo, así la aparta el amor de las vanidades del mundo, y aun algunas veces del mismo cuerpo, como lo afirma Gersón. El cual de cierta mujer simple y devota cuenta que, oyendo predicar en la fiesta de Pentecostés un sermón de la transformación del alma en Dios, lo primero era sacudida con gemidos, suspiros y sollozos inenarrables; y reprendida de los circunstantes, y maltratada con golpes porque con sus clamores los turbaba, más apretada del espíritu, como el mosto que no teniendo respiradero rompe las vasijas nuevas, no pudiendo sufrir la plenitud dél, rompidas las venas, expiró en la iglesia y quedó hecha mártir del amor. Dichosa ella y bienaventurada, que no solamente pudo decir con la Esposa: Enferma estoy de amor, ó herida me tiene la caridad, sino: desfallezco y muero de amor. Cosa admirable verdaderamente que, estando un hombre en alta contemplación, de tal manera sea arrebatado, que muera á su cuerpo y, sin desampararle del todo el ánima, ni sienta, ni entienda, ni vea, ni tenga algunas operaciones de vivo.

Para mayor inteligencia de lo que vamos tratando, se ha de notar que hay transfiguración, transubstanciación y transformación. Transfiguración es mudanza de una figura en otra, quedando la propria substancia y figura corporal; como se vió en Cristo transfigurado en el monte Tabor. Transubstanciación es conversión de una substancia en otra, quedando los mismos accidentes; como pasa en el Sacramento del altar. Pero transformación es cuando nuestra ánima, por virtud del amor extático, se muda en Dios, quedándose en su ser natural, sucediéndole nuevos accidentes, no fantásticos, ni materiales, sino deiformes, enviando en ella sus rayos la divina claridad. Esta transformación, como dice San Buenaventura, se hace cuando el amante no obra según su forma, sino según la forma, esto es, voluntad del amado, participando las propriedades del amado. Porque nuestra ánima, como sea forma substancial del hombre, tiene doblados actos. El primero es animar ó vivificar el cuerpo; y este acto ejercita en cuanto ánima, según las fuerzas inferiores, como otra forma natural. Tiene otros actos, en cuanto espíritu, y pertenecen á las fuerzas más eminentes, que son: memoria, inteligencia y voluntad, por las cuales se acuerda, entiende y ama. De aquí vino á decir San Bernardo y San Agustín aquella tan celebrada y recebida sentencia: Más está el ánima donde ama que donde anima. Síguese que, transformándose por amor el ánima en el amado, hace según la forma y mente del amado, conviene á saber: ninguna

cosa de sí meditando, entendiendo ó amando, sino de sólo el amado. Por lo cual, en su transformación permanece el alma en su acto primero esencial, sin ejercitar otro acto segundo, ni acerca de si misma, ni de alguna otra criatura fuera del mundo.

No se olvida el Apóstol (1 Cor., 10) deste efecto maravilloso del amor, porque, escribiendo á los de Corinto, dice: Somos transformados de claridad en claridad, conviene á saber, de la claridad de la noticia común racional y adquisita, en la claridad de la fe deiforme y infusa; de la claridad de la fe, en claridad de inteligencia, y desta, finalmente, en la claridad de la sabrosa y sapiencial experiencia. Bienaventurada el alma que tiene conocimiento desta transformación; pero más bienaventurada la que la gozó y experimentó.

Oigamos, empero, lo que acerca della dice aquel gran contemplativo Gersón, el cual trae para declararla la semejanza del hierro, de que ya hicimos mención, y del carbón, que, permaneciendo en su proprio ser, se visten de ciertas propriedades de fuego ó del calor encorporado en ellos, y en alguna manera pierden las suyas proprias, como son: frialdad, dureza y negrura; de suerte que más parecen lo que no son que lo que son. Así el ánima permanece en su proprio ser, y es dicha ser transformada por similitud solamente. Así decimos: un ánima y un corazón entre los que se aman, en cuanto el amante se asimila en algunas propriedades al amado. Pero de qué manera se transforme el hombre en Dios, por asimilación, echarse ha de ver si consideramos el fin para que fué criado, que no fué por cierto otro que unirse cordial y amorosamente á su Criador en la vida presente por meditación y contemplación, y en la futura por fruición perpetua, que es delectación consumada y perfecta. Otros traen, para declarar esta transformación, la semejanza del aire alumbrado, que encorpora en sí la luz del sol; de tal manera que el aire y la luz parecen una misma cosa. Otros dicen que es como la unión entre la materia y la forma, que como la materia, antes de recebir la forma, es imperfecta, sin hermosura, sin virtud y sin acción, así el ánima, antes de unirse á Dios por amor vivífico, está como en una muerte espiritual, sin hermosura y sin virtud para los actos y operaciones de la vida eterna; pero juntándose á Dios, fontal principio de toda la vida, participa una cierta vida divina, no por formal inhesión ó unión de Dios al alma, porque esto repugna á la perfección divina, sino por un ilapso íntimo y espiritual, desterrada cualquiera imperfección; y esto mediante el amor, como cualitativa y armónica disposición, y proporcionalmente, como la disposición de la materia para la introducción de la forma.

Criado, pues, el hombre á la imagen y similitud de Dios, por las tres fuerzas supremas, racional, irascible y concupiscible, camina y se transforma en Dios, para que pueda ser participante de la similitud de Dios. Y transformación, según esto, se dirá participación de la potencia, sabiduría y bondad de Dios, que son los atributos más principales de las tres divinas personas. Y aunque pudiéramos aquí tratar de muchos que fueron arrebatados á la dulcedumbre del beso de Dios, y en este rapto fueron todos deificados y transformados en Dios; de sola aquella admirable transformación y muerte perpetua, divina y preciosa del apóstol San Pablo, quiero hacer mención al presente. El cual viviendo en carne mortal, como lo confesó á los de Galacia, no en sì sino en Dios vivía. Vivo yo, dice (Galat., 2), y no yo, vive en mí Cristo. Filosofemos aquí un poco, y detengamos la consideración en lo mejor aunque más trabajoso y dificultoso desta obra, aprovechándonos de lo que los sabios, aunque gentiles, en este caso dijeron. Uno dellos dice de cierto amante que tenía su alma muerta en su proprio cuerpo y viva en el ajeno. Y que esto sea verdad, que muera el que de veras ama, es negocio muy llano, porque su pensamiento todo, olvidado de sí, se ocupa y se halla siempre en la cosa amada. Y si de sí no piensa, tampoco piensa en sí; y si no piensa en sí, tampoco obra en sí; porque la principal operación del ánima es el pensamiento. Pues si en sí no obra, bien se sigue que no está en sí; porque estas dos cosas, ser y obrar, son entre sí iguales, que ni hay ser sin operación, ni la operación excede al ser, como consta del Filósofo, que dice: Que todo ente obra como tiene el ser, y así es, que nadie obra adonde no está, porque sus operaciones las ha de tener cualquiera agente adonde se halla. Pues si el ánimo del que ama no obra en sí, ni está en sí, luego muerto le habemos de considerar en sí mismo. Aunque si amando es

amado, ya que en sí muere, vive en la cosa amada, que es lo que nuestro San Pablo dice: Vivo yo y no vivo yo; no yo en mí, sino en Cristo, porque vive en mí Cristo.

Para entender de raíz esta divina filosofía se ha de notar que hay dos maneras de amor, uno simple y otro recíproco; el simple es cuando yo amo sin ser amado; el recíproco, cuando amo y soy amado. En el amor simple de todo punto muere el que ama, porque ni vive en sí, como habemos dicho, ni en la cosa que ama, pues no es amado della. Empero, cuando el amado responde con amor al que le ama, vive por lo menos el amante en él. Admirable y artificioso recambio es éste, que amandoos yo á vos, y vos amándome á mí, vos viváis en mí y yo viva en vos; trocamos las vidas y dámonos el uno al otro, y no teniéndome yo á mí, ni vos á vos, vos me tenéis á mí y á vos en mí, y yo os tengo á vos y á mí en vos. De donde se sigue que la cosa amada es más mía y está más junta conmigo que yo mismo que la amo; porque yo en mí muero, según queda probado, y si vivo es porque, reamándome la cosa amada, me da vida, y así me cobro y me gano por ella y ella tiene en mí primero y más principal lugar que yo. Grande es la virtud y eficacia del amor recíproco, pues hace que esté más llegado el amante á la cosa amada que á sí mismo, y que, muerto en sí, viva en ella. Y no es poco de considerar que, no interviniendo más que una muerte en los que ansí se aman, la revivicencia ó resurrección sea doblada. Porque así como amando yo á Pedro, Pedro me posee á mí; así amándome Pedro á mí le poseo yo, y le doy vida, y me cobro en él. Dichosa muerte, á la cual se siguen dos vidas, y dichoso trueco en el cual yo hago gracia de mí á Pedro, y gano con esto á Pedro y á mí; y no teniendo sino sola una vida antes que amase, mediante una muerte tengo dos vidas.

Pues si levantamos esta consideración al amor divino y á la reciprocación que suele haber entre Dios y el alma, ¿puédese con ningunas palabras explicar, ni con ningún entendimiento concebir, lo que gana el hombre amando á Dios, en el cual vive, no ya su vida, sino vida de Dios, como confiesa San Pablo que era la suya? Pues decir que Dios no nos ama, si le amamos, y aunque no le amemos, es testimonio que le levantamos, como consta por lo mucho que de su amor respecto de nosotros habemos dicho en el principio deste tratado. ¡Oh cuántas veces muere Dios por amar á quien no le ama! De muchas muertes podría yo, bien mío, acusarme, porque sabiendo que me amabas con amor infinito (I Ioan., 4), yo no te reamé ni me acordé de Ti; y cometí en esto *crimen læsæ maiestatis,* contra Ti, mi Dios y Señor, porque cuanto fué de mí parte te quite tantas veces la vida que deseabas tener en mí.

Platón decía que el que no pagaba la deuda del amor merecía tres muertes por tres delitos que juntamente comete no amando, que son: homicidio, hurto y sacrilegio; mata el alma, destruye el cuerpo y roba la hacienda. El dinero y la hacienda, posesiones son del cuerpo, y el cuerpo lo es del alma; luego el que hurta el ánima, cuerpo y hacienda hurta. No será á lo menos acusada de homicida aquella ánima que, conociendo el amor que su Esposo celestial la tiene, tan tierno y con tanto exceso, regalándose con El le dijo (Cant., 7): Yo soy para mi amado, y mi amado estará convertido á mí. Y no sé yo si se pudieran hallar en el mundo palabras con que más se declarara el ternísimo amor que Dios tiene á un alma que éstas que ha dicho la Esposa, en las cuales no se confiesa que ella es para Dios y Dios para ella, sino que ella es para Dios y que Dios está convertido á ella. Para cuya inteligencia se ha de notar que cuando nuestros primeros padres pecaron dijo Dios á Eva, que fué la primera casada que hubo: Estarás sujeta á tu marido (Genes., 3). La cual sentencia tradujeron los Setenta intérpretes desta manera: *Ad virum tuum conversio tua:* Estarás sujeta y convertida á tu marido. Del cual lugar y de otros se colige que estar convertido uno á otro es frasis que significa estarle sujeto y rendido; tomada la metáfora de las hierbas y plantas, particularmente de la que llaman del sol, que siempre está convertida á este planeta, y á las mañanas antes que salga ya le está ella esperando al Oriente. Está sujeta al sol como quien ve que dél tiene la vida y el crecimiento. Desta manera la mujer está convertida á su marido, mirándole á la cara y teniendo por gran felicidad estar en su presencia y tenerle contento. Esta es la condición de las casadas, aunque sean reinas. Mas el alma, esposa de Cristo, ha salido desta ley común, y esta maldición se ha vuelto en bendición tan copiosa, que se atre-

ve á decir estas palabras tan llenas de confianza: Yo soy para Él, pero Él está colgado de mí. He sido tan dichosa y tan bienaventurada, que estando todas las otras mujeres del mundo rendidas como siervas á sus maridos, yo soy señora del mío: Él me ama, Él me adora, Él me está tan aficionado como si fuéramos iguales; y estálo de manera que parece reconocerme sujeción; está colgado de mí, es cortado y medido á mi voluntad. Y sepamos, esposa dichosísima, ¿no pagáis ese tan raro amor á vuestro esposo? ¿Qué le dais por esa sujecion tan amorosa? *Ego dilecto meo*: Yo soy toda para mi amado; todo lo que soy, todo lo que tengo y poseo es suyo; mi alma, mi vida, mi pensamiento, mi deseo, mi hacienda, todo para Él; no hay nada mío ni de nadie en mí, sino suyo (Francisco Senense).

De una ilustre matrona de Persia se cuenta que, siendo convidada con su marido á la mesa del gran Ciro, el cual salió al convite riquísimamente vestido y adornado (que demás de su natural gentileza le hacía el ornato admirable á todos), acabado el convite y vueltos á su casa los convidados, preguntó aquel caballero á aquella matrona su mujer que qué le había parecido del rey. Al cual respondió: Amigo mío, quien nunca apartó de ti los ojos, ¿cómo podría mirar al rey Ciro? Donde tú estás no hay ni príncipe ni monarca digno de ser visto. Respuesta fué por cierto digna de mujer honestísima y tan prudente y bien casada como ella; que á la buena casada ningún hombre le ha de parecer bien sino su marido; todo lo que él no fuere ha de tener por feo, desgraciado y sin provecho. Esta dama bien pudiera decir las palabras de la Esposa: Yo soy para mi amado. Bienaventurada el alma que ha llegado á este punto de perfecto amor, que toda sea para Dios, que nada le satisfaga ni dé contento fuera de Dios, que no tenga ojos para mirar sino á su esposo Dios, con cuya vista y en cuya compañía queda quieta, sosegada y en paz, como otra Magdalena á los pies de Cristo, que reprendida de Marta (Lucæ, 10), ni se excusa ni se turba, atenta toda á la palabra de Dios, colgada de su boca y derretida oyéndole hablar, olvidada de la casa, de la administración de la comida de Cristo, de su hermana y de sí misma.

La vida de los hombres divinos, deificados ó dioses por gracia y amor transformante, dice Plotino, es despreciar ó tener en nada todos los deleites de la tierra, que consisten en muchas cosas, en las cuales se turba Marta y se turba el mundo, y huir al uno solo de María, absolutamente necesario. Hombrecillo, dice San Agustín, ¿qué vagueaciones y discursos son esos en que andas ocupado y distraído? Busca aquel uno en que están todas las cosas y bástate. ¡Oh si llegásemos á este uno, sumo y infinito bien, para que acabásemos ya de descansar y hacer pausa, hechos una cosa con Él! Del que á estado tan bienaventurado llega dice Jeremías (Tren., 3-28): *Sedebit solitarius, et tacebit, et levabit se supra se* (¹). Cuatro cosas pone en esta pequeña sentencia de grande consideración. La primera, que *se asentará*, denotando la quietud y pausa que se halla en Dios. La segunda, que estará *solo*, denotando la desnudez y expoliación de la multitud. La tercera, que *callará*, denotando el silencio estrecho que hay en aquel lugar. La cuarta, que *se levantará sobre sí*, dando á entender la transformación en Dios; porque sobre el hombre ninguna cosa hay sino Dios, y levantándose sobre sí, ha de parar en Él. En consonancia deste profeta, dice David en un salmo (Psalm. 4): En paz en el mismo dormiré y descansaré. Dichas estas palabras, no hay más que hablar; silencio, porque ya llegó adonde le guardan todos, adonde cada uno es hecho íntimo y íntimo con el sumo; de tal manera, que olvidado de todas las cosas exteriores y de todas apartado, ninguno terná con quien pueda hablar, conversando solamente con aquel acerca del cual no hay necesidad de palabras, porque ve y considera todas las cosas. Y también porque lo que ve y contempla allí el alma, si quisiese, no podría explicarlo con la lengua corporal. *Et tacebit, quia levabit se supra se.* Otra letra dice: *Quia onus supra se.* Callará porque le han echado carga sobre sí, ó porque es carga que excede sus fuerzas, ó porque siente que le han dado más de lo que merece. Verdaderamente se les echa gran carga á los que entran á los secretos de Dios, y en mucha obligación los pone su Majestad para que no revelen á nadie sin su licencia lo que en su íntimo les comunica. Que aun Mercurio Trismegistro, encareciendo lo mal

(¹) En la Vulgata dice *quia* en vez de *et*, cambio que influye poco para el sentido. Lo mismo digo de la repetición del recíproco, que tampoco se halla en la Vulgata.

que es no guardar secreto en las cosas que trata Dios con el hombre en secreto, dice: De alma sin religión es descubrir á muchos el secreto lleno de divinidad, porque en los ánimos flacos y de poca capacidad los misterios de Dios y sus conversaciones ó palabras profundas se envilecen y son tenidas en poco.

CAPÍTULO XV

De la embriaguez del amor.

Acercándonos vamos á la bodega del vino, y quiera Dios que entremos en ella para que gustemos lo que la Esposa, que saliendo deste dichosísimo lugar dice: Comido he mi panal con mi miel; bebido he mi vino con mi leche. Y porque le ha sabido bien este vino, como tan caritativa, convida, no á todos sin diferencia, sino á los muy amigos para que lo prueben y beban dello hasta quedar embriagados. Bebed y embriagaos, los muy queridos. El profeta Isaías (Isai., 55) convida á todos los sedientos á beber de las aguas que verdaderamente matan la sed del alma; sino que no persevera en su primer intento, porque habiendo convidado á beber agua, dice que compremos de balde vino y leche, y que comamos el bien, que comido deleita y regala el ánima con su gordura. Es el secreto y misterio deste lugar y del de los Cantares, que siendo una cosa á la que somos convidados, conviene á saber, el amor y caridad de Dios, por los diversos efectos que causa en nosotros unas veces se llama vino, otras leche, otras miel no exprimida sino en el proprio panal, otras agua, otras todo el bien. Galanamente dijo esto Rábano en un sermón por estas palabras: El amor divino, en la meditación es fuego que purifica el alma de las suciedades de los vicios; en la oración es luz que esclarece el alma y la baña con el resplandor y claridad de las virtudes; en el hacimiento de gracias es miel que endulcece y azucara el alma con la dulcedumbre de los beneficios divinos; en la contemplación es vino regalado que embriaga el alma con delectación jocunda; en la eterna bienaventuranza es sol resplandeciente que con serenísima luz esclarece el alma y con un calor gustosísimo inefablemente la alegra y llena de jubilación. Hasta aquí son palabras de Rábano, de las cuales y de lo que la Esposa nos ha dicho se colige que la embriaguez es efecto del amor, y propriamente hablando es enajenamiento de los sentidos; porque de la manera que el que está tomado del vino de sí y de todas las cosas se olvida, así el que está tomado del vino del amor de Dios, de tal suerte endereza su afecto á Él, que fuera de Él de ninguna cosa tiene acuerdo ni memoria.

Desta embriaguez hizo mención el Profeta en un salmo, diciendo (Psal. 35): Serán embriagados de la abundancia y fertilidad de vuestro palacio soberano, y del torrente de vuestro deleite los daréis de beber hasta la embriaguez. San Buenaventura dice que el deleite de Dios es Cristo; porque los escogidos exteriormente son recreados en la vista de su carne y interiormente en la contemplación de su divinidad. Y Origines, declarando las palabras de la Esposa que dice: Comí mi panal con mi miel, afirma que el panal es la humanidad de Cristo y la miel es la dulcísima divinidad escondida en aquella virginal cera. Con la consideración deste escondrijo, lleno de admiración exclama San Agustin diciendo: ¡Oh gracia penetrable y secreto dulce! ¡oh secreto sin tedio, sin amargura de malos pensamientos y sin interpolaciones de tentaciones y dolores! Este es aquel gozo adonde se manda entrar al siervo fiel (Math., 25) y de quien dijo San Isidoro: Lleno el corazón, llena la boca y lleno todo el hombre deste gozo, aún sobra gozo. Por eso le dicen al siervo que entre, que los gozos deste mundo entran en el alma y no la llenan; pero este es tan grande, que no cabe todo en el alma, y por eso se le manda que entre en él, porque en el gusto de la divinidad no se mezcla amargura, antes es el alma rodeada y bañada toda de gozo y como empapada en él. ¡Bendita sea casa tan abundante, donde no se bebe por tasa, y río tan caudaloso, que bebiendo tantos, nunca se agota! Deste río se distilan algunas gotas, con que las gargantas secas de las almas santas, puestas en este destierro, se refocilan y son de tanta eficacia en ellas, por su demasiada dulcedumbre y suavidad, que las hacen salir de sí. Oye, dice Ricardo, un hombre tan tomado deste vino, que ignora lo que acerca de sí pasa. Cuando fuí arrebatado, dice San Pablo (II ad Cor., 12), no sabía si estaba en el cuerpo, si fuera del cuerpo. Grande embriaguez por cierto la que no solamente causa olvido del mundo, sino de la propria persona.

Y más abajo dice el mismo doctor: No es la embriaguez enajenamiento solo de los sentidos, sino infusión de nueva gracia y manifestación de los celestiales secretos; especialmente cuando el vino es muy escogido y de aquel que se bebe en casa de Dios, de que dijo el Profeta que estaban tomados los moradores della. Quien quisiere, pues, embriagarse con este vino y frecuentar los excesos y revelaciones místicas, trabaje, dice Ricardo, de amar íntima y sumamente al Redentor de los hombres, y con sumo deseo anhele todas las horas y momentos al gozo de la divina contemplación; porque cuando nuestra ánima siendo recreada, ó por decir mejor, embriagada con la abundancia de aquella interior dulcedumbre, totalmente se olvida de lo que es y ha sido y de sí misma; con la demasía de su alegría es llevada al exceso y enajenamiento que hemos dicho, y transformada por breve espacio en un sobremundano afecto, debajo de un estado de maravillosa felicidad. Y no te maravilles desto, dice Vercellense (Vercelle., *Prolog. super Cant.*); tanta es la virtud del verdadero amor de la bondad y hermosura, que no solamente hace que los hombres y ángeles casi salgan de sus proprias naturalezas, sino que en cierta manera hace salir á Dios de sí, sin tener adonde, porque condescendiendo á sus criaturas, parece que se hace inferior á ellas, andando entre ellas y proveyéndolas en sus necesidades.

Fray David [1] (Dion., l. 4 de *Divin. nomin.*) varón de admirable y alta contemplación, afirma que «embriaguez del espíritu se puede decir cualquiera devoción de grande amor y de excesivo gozo; de la cual, como de la fortaleza del vino, de tal manera crece el fervor del espíritu, que no se puede reprimir y retener dentro de sí». Así se creía de los Apóstoles, llenos de espíritu de Dios, que lo estaban de vino (Actor., 2); y uno de los amigos del santo Job (Iob., 16) confiesa de sí que sentía este mosto dentro de su corazón con tanta fuerza, que parecía querer reventar. Mi vientre, dice, esto es mi corazón, es hecho como el mosto que no tiene respiradero, que rompe las vasijas nuevas. Nuevas dice y no viejas, ó porque en los corazones envejecidos con pecados no se infunde tal devoción como ésta, ó porque los nuevos no pueden sufrir tal devoción de espíritu y rompen en voces y gestos no usados, sollozos y júbilos; así como el vino nuevo salta y bulle en el vaso, el cual trasañejado se quieta y reposa.

Un ejemplo admirable tenemos desto en el libro de las *Conformidades* de nuestra Orden, donde se cuenta que orando una vez nuestro padre San Francisco y pidiendo afectuosamente á Dios el riquísimo tesoro de la pobreza, fué visitado divinalmente y de tal manera inflamado en el amor y codicia de la dicha pobreza, que como si él estuviera embriagado parecía salir de su rostro y del aliento de su boca como unas llamas de fuego ardiendo. Fué, pues, á buscar á fray Maseo, su compañero, y así inflamado con gran vehemencia decía: Ah, ah, ah, hermano fray Maseo, dame á ti mismo. Lo cual dijo tres veces; y el santo fray Maseo, espantado y atónito de tan vehemente fervor de espíritu, oyendo decir tres veces que se le diese, se arrojó todo en sus brazos, y el glorioso padre San Francisco, con una respiración grande y con un clamor fuerte, rebosando espíritu y diciendo: Ah, ah, ah, levantó á fray Maseo con el soplo en el aire, y le arrojó delante de sí tanta distancia como una lanza larga. Lo cual viendo fray Maseo, quedó como pasmado. Y contó después á sus compañeros que en aquel impulso del santo padre recibió la mayor consolación y alegría que en todo el discurso de su vida había recebido. Débese, pues, notar que algunas veces de la redundancia de la embriaguez del espíritu, en su manera parece estar el cuerpo embriagado y los miembros se hacen inhábiles y sin poderse doblar. Y la razón desto puede ser, porque todos los espíritus se derraman por diversas partes con el inflamado afecto del corazón, porque de la extensión de los nervios y obstrucción ó tapamiento de las vías y de los espíritus animales, pierden los miembros la facultad de sus oficios, de manera que ni la lengua acierte á hablar, ni las manos ni los pies se muevan á una ni á otra parte, hasta que se remita el fervor y se abran

[1] No concuerda la cita con la nota marginal que alega á San Dionisio Areopagita. Puede significar que también lo trata este autor en el lugar citado, porque el texto entrecomado es del P. Fr. David de Augusta (✠ 1272), en su libro *De exterioris et interioris hominis compositione*, P. III, cap. LXIV. Aunque algunos se lo atribuían á San Buenaventura, los Padres de Quaracchi prueban victoriosamente que es obra del P. David. Véase la *Præfatio* (III — XXXVII) de la edición de 1899 en Quaracchi.

como de antes las vías de los espíritus. Ni hay de qué maravillarnos de que las afecciones divinas puedan hacer estas cosas, cuya virtud es tanta, pues lo pueden las humanas; como un repentino terror, una demasiada ira, ó alegría, ó odio, ó amor carnal. Amón, hijo de David, enfermó por el amor de Thamar, hermana hermosísima de Absalón (III Reg.,3). Y de otros muchos tenemos noticia que han padecido éxtasis, pasmos y frenesís con la fuerza del amor y sus miembros han quedado con temblores y sin movimiento yertos. Pues si esto es así, ¿qué mucho que con la demasiada alegría que el Espíritu Santo infunde en el corazón del hombre haya algunos que, no pudiendo contenerse, den voces y muestren con señales exteriores la interior alegría? Vemos muchas veces reirse algunos, de manera que parecen locos, sin alguna ó con muy liviana ocasión, y esto sin poderse ir á la mano. Pues ¿quién la terná para resistir á la divina virtud tan intolerable á la flaqueza del cuerpo humano? No es posible encerrar fuego en un vidrio, y el vidrio estando cerrado, sin que salte y se quiebre; ni entrar el espíritu de Dios, que es fuego, en el corazón del hombre, y que dilatado y extendido con él deje de brotar y dar de sí muestras exteriores de lo que dentro arde. Así leemos de algunos Santos que, visitados de Dios, cayeron en tierra porque les faltaron las fuerzas, como de Daniel cuenta la Escritura (Danie, 8).

San Buenaventura dice, que antes que nuestra ánima venga al sueño y rapto, á que pocos llegan, suele experimentar dos maneras de embriaguez: La primera es una abundancia de alegría en el corazón, y una vehemente jubilación del alma; la cual por el intenso deseo de la vida eterna, ó por la devota consideración de la pasión de Cristo, ó por gran fervor de amor singular á Dios, viene á nuestra mente, de una cierta nueva y divina irradiación infusa. Y esta alegría abunda tanto en el corazón, que, como queda dicho, redunda en los miembros del cuerpo, haciendo que todos estén alegres. Y la tal alma, por el demasiado gozo, á la manera del que está tomado del vino, precipitadamente anda, sin tener quietud; todas las criaturas que halla, con la grandeza del amor de su Dios las abraza, sin hacer caso de lo que es terreno, porque todo lo juzga vano. La segunda manera de embriaguez es cuando con demasiada suavidad es lleno el corazón por el familiar trato y compañía de Dios. Esta suavidad viene por la quietud de la contemplación y extiéndese, como la pasada, al hombre exterior; de manera que el interior y él parece que están distilando y rebosando miel y dulcedumbre. La primera embriaguez, con la mucha alegría no sufre quietud, y si no es que sea tan intensa que pasa hasta el sueño, no quita totalmente el sentido, ni los particulares actos; aunque, á la manera del tomado del vino, no los deja libres; y aunque la una y otra manera de embriaguez son gustosas y provechosas, la segunda, que se causa de la demasiada dulcedumbre, es algo sospechosa; y es razón que el alma tenga recato en ella. Que, como dice el Apóstol (II Cor., 12), suele Satanás transfigurarse en ángel de luz y procurar semejantes dulzuras á los contemplativos, no para recrearlos, sino para ganarlos, haciéndoles creer que son algo, para que llenos de soberbia miserablemente sean desechados de Dios El cual permite que algunos no verdaderos amadores suyos, sintiendo en sí esta falsa dulcedumbre, sientan de sí magníficamente, despreciando los demás; y estando muy apartados de Él, juzguen de sí que están muy cerca. ¡Oh con cuánta diligencia se debe mirar que, cuando sucediere convertirse nuestra alma á Dios, que en ninguna manera apartemos de Él nuestro corazón, porque si hubiéremos de tomar algún gusto, sea sólo en Él! Y si estando desta manera el tal gusto se dilatare y creciere, bien podemos creer que es de Dios; y si se remitiere ó aniquilare, que es del demonio. Y porque demos remedio de una vez á todos los lazos del demonio, aquél se librará dellos que de toda visitación divina se conociere por indigno, y cuando la tuviere perseverare en humildad y creciere en hacimiento de gracias.

Una dificultad nos queda acerca deste capítulo, cuya solución no es menos importante que lo que hasta agora de la espiritual embriaguez habemos dicho; porque consultada la lengua latina, lo mismo significa embriaguez que cosa sin medida ó demasiada; y parece que no viene bien afirmar que viviendo en este destierro pueda un alma allegar á estar demasiada en el amor de Dios; porque nos consta de la Escritura que este cuerpo que se corrompe y poco á poco se va desmoronando, agrava y apesga el alma y no la deja con libertad vaçar á Dios. Para responder á esta

dificultad se debe notar que el amor de Dios se ha de considerar de tres maneras: Lo primero en sí mismo; y así es finito y tiene su peso, número y medida, como otra cualquiera criatura. Lo segundo se considera según las circunstancias del que ama, y asi se le han de poner como á los otros actos de las demás virtudes. De manera que se ejercite cuando conviene, adonde conviene, cuanto y como conviene; porque la liga que tiene con el cuerpo habiendo exceso en la contemplación, peligraria ó recibirá notable daño. Lo tercero se considera en orden al objeto, esto es, en cuanto mira á Dios, el cual todo infinitamente es digno de ser amado; y según esto, ni puede haber exceso ni demasía en amarle, ni conviene que se le ponga modo, como ni le ha de haber en alabarle, porque excede toda alabanza, como dijo el Eclesiástico. De aquí es que San Buenaventura, en su *Soliloquio*, dice que la previa disposición para alcanzar la dulcísima y templada embriaguez del espíritu es la elevación del entendimiento, mediante la cual el ánima es apartada de las cosas terrenas y levantada sobre sí misma y sobre todas las criaturas; de suerte que pueda decir con la Esposa: Entróme el Rey en su bodega y dióme del vino adobado de que beben los amigos y se embriagan los amicísimos. ¡Oh bienaventurada embriaguez, á la cual se sigue tan casta templanza del alma y cuerpo! Advierte el mismo San Buenaventura en el lugar citado que aunque la causa del amar á Dios sea el mismo Dios, y el modo sin modo, podemos tener alguno de lo que hallamos escrito en el Deuteronomio (Deut., 6), adonde obligado por ley al amor, especificó el modo con que quería ser de nosotros amado, diciendo: Amarás á tu Dios de todo tu corazón, de toda tu ánima y de toda tu fortaleza. Pero parece que no es esto dar modo al amor, sino orden á las potencias del alma, con las cuales se ha de ejercitar el amor. Pero sea lo que fuere, alma mía, lo que yo os pido agora es que améis con amor singular á Dios Padre, que de nada os crió con tanta nobleza; y á Dios Hijo, que por medio de su muerte tan inefablemente os reformó; y á Dios Espíritu Santo, que con tanta misericordia consolandoos, muchas veces os apartó de los pecados y os confirmó en el bien. Amad á vuestro Dios dulcemente, como dice San Bernardo, para que por el amor suyo todo otro amor sea vil en vuestros ojos y este sólo sea para vos miel en la boca, melodía en los oídos y júbilo en el corazón; amad á vuestro Dios prudentemente, para que vuestro amor en sólo Él y no en otro alguno continuamente arda; amadle fuertemente, para que vuestra fragilidad sufra con alegria todas las cosas ásperas por Cristo, de manera que podáis decir: Apenas es mi trabajo de una hora; y si más es, no lo siento, por la grandeza del amor.

CAPÍTULO XVI

Qué cosa sea rapto, y de muchas maneras que hay de raptos, y de la diversidad de nombres que tienen en la Escritura; es para pocos.

La primera y más principal propriedad del amor es el rapto, el cual difinen los Santos diciendo que es elevación de la potencia superior sobre las inferiores, de cuya fuerte y vehemente actuación cesan y quedan ligados los actos de las potencias inferiores, ó son de tal manera dibilitadas, que no impiden en su operación á la superior potencia. Para la inteligencia desta descripción se ha de considerar: Lo primero, que el rapto, según su denominación, dice cierta manera de violencia contra el natural movimiento de alguna cosa; como la padece la piedra arrojada en alto y el hierro arrebatado de la piedra imán. Eso mismo podemos sentir del ánima arrebatada y elevada sobre todas las cosas exteriores y sensibles á las interiores y superiores, que en alguna manera padece violencia, porque, según el estado de la vida presente, no le es connatural, porque su conocimiento ordinario es por el de las cosas visibles subir al de las invisibles; y cuando sin este discurso es llevada á ellas, cesando los actos de las inferiores potencias, se dice ser arrebatada.

Lo segundo se ha de considerar que como nuestra ánima sea simple en su sustancia, y sus potencias y virtudes en ella estén unidas y sean muchas, por un modo indivisible, á dondequiera que se divierte, totalmente se divierte. De donde se sigue que, aplicándose el ánima á la operación de alguna potencia intensamente, se remite y afloja en los actos de otra cualquiera potencia. De aquí es que, estando ella fuertemente actuada en el rapto acerca de los actos de las potencias superiores, es dibilitada ó cesa en los de las inferio-

res; y esta debilitación y cesación de los actos de las inferiores potencias en el rapto se llama en la Escritura desfallecimiento. De suerte, que cuanto en la contemplación el ánima es más elevada, tanto más es retraída de la ocupación de los sentidos exteriores y potencias inferiores. Y cuando la contemplación es muy intensa, el sentido exterior cesa de sus actos y es vista desaparecer el ánima, como sucede en el rapto.

Lo tercero se ha de considerar que, como el rapto se haga con cesación y pausa de las operaciones en las inferiores potencias, aquel se dirá padecer éxtasi y estar fuera de sí, que según la fuerza cognitiva excediere el conocimiento á sí proprio y proporcionado; y según la fuerza afectiva, por el apetito de alguna cosa es llevado á ella, saliendo en alguna manera de sí. Lo primero hace el amor dispositivamente en cuanto hace pensar de la cosa amada, porque la intensa meditación de una cosa nos revoca y abstrae de otra cualquiera. Lo segundo, hace el amor derechamente; si es amor de amicicia ([1]), lo hace simple y absolutamente; si de concupiscencia, en parte, y *secundum quid*. Porque en el amor de concupiscencia es llevado el amante fuera de sí en cierta manera, esto es, en cuanto, no contento de gozarse del bien que tiene, procura gozar de otro fuera de sí; pero porque aquel bien que procura es exterior, no se dice salir de sí simplemente, antes el tal afecto es puesto debajo dél, en el fin. Mas en el amor de *amicicia* simplemente se dice salir el afecto fuera de sí, porque quiere bien para su amigo y obra como si hiciese su propria causa. Y esto por razón del amigo, que es lo que dijo divinamente Dionisio: que el amor no deja ser suyos á los que aman, sino de las cosas amadas.

Consideremos lo cuarto que el rapto puede ser de tres maneras; conviene á saber: de la imaginación, de la razón y de la mente. Digamos deste último, cuya naturaleza vamos aquí investigando, que los dos primeros son de pocos quilates respecto dél. Rapto de la mente sobre las potencias inferiores á ella se hace mediante el amor extático, cuando nuestra mente (que en este lugar se toma por toda la imagen de Dios, á la cual fué hecho el hombre, esto es, por la memoria intelectual, inteligencia y voluntad natural, cuyo oficio es atender á las cosas espirituales, no cualesquiera, sino á sólo Dios, del cual es capaz), según todas sus fuerzas atenta, vehementemente es actuada, perficionada y elevada en Dios, de suerte que se haga un espíritu con Él; adonde ninguna cosa entiende ni atiende sino á Dios, y allí según la voluntad natural ó centella, que es lo mismo, por el afecto del amor extático gusta cuán suave es el Señor.

Y porque demos fin á esa materia de los raptos, de tan pocos entendida, y experimentada de menos, digo que son en dos maneras. Unos según la fuerza cognitiva del ánima; otros según la afectiva. En los primeros se inquiere la naturaleza de Dios, su esencia y sus obras, por consideraciones fundadas en la católica y verdadera fe; y esta contemplación es provechosa para hallar nuevas verdades ó declarar y enseñar las que ya se tienen y alcanzan por la doctrina del Evangelio. En los segundos hay poco de inquisición [y mucho] de otro más claro conocimiento que el que se tiene de la verdadera fe; y hállanse en personas simples y muy idiotas, especialmente si desterraron de sí todos los cuidados del mundo y guardaron estrechamente su corazón. Como se vió por experiencia en el santo fray Gil, fraile lego, compañero de nuestro padre San Francisco, que por momentos era arrebatado aún hasta ver la esencia divina, como algunos dicen, y aun él de sí afirmó cerca de su muerte. Dél cuenta San Antonino de Florencia (S. Ant., 1. p., c. 24, § 12.) que los muchachos y pastores, como conocían esta gracia tan especial de raptos que Dios le había comunicado, viéndole le decían: Fray Gil, gloria, paraíso, y en el mismo instante se quedaba fuera de sí, como inmovible. Delante de Gregorio IX, pontífice romano, que le convidó á comer un día, fué arrebatado tres veces. Y haciendo experiencia el pontífice de si estaba en sí ó fuera de sí, halló que ni tenía sentido ni pulso. Siendo general el seráfico San Buenaventura, llegó el santo fray Gil á decirle: Padre mío, muchas gracias os ha dado Dios á los sabios; nosotros, idiotas, ¿qué podremos hacer, que ninguna ciencia habemos recibido? Al cual respondió el doctor santo: Si ninguna otra gracia diera Dios al hombre sino que pudiera amarle, bastara. Oyendo esto fray Gil, dijo: ¿Podría un idiota amar tanto como un letrado? Respondió San Buenaventura: Una

([1]) Ahora decimos de *amistad*.

vieja puede amar más que un maestro en Teología. Levantóse entonces el santo fray Gil en fervor de espíritu, y entrando en la güerta, vuelto el rostro á la parte que miraba á la ciudad, á grandes voces dijo: Vejecilla y pobrecilla, simple y idiota, ama á tu Dios y serás más santa que San Buenaventura; y diciendo estas palabras, quedó arrebatado y sin movimiento por tres horas. Decía este varón extático que había nacido cuatro veces: una de su madre, otra en el baptismo, la tercera en la profesión de religioso, la cuarta en un rapto que tuvo en Cetona. En la cual natividad cuarta confesaba que había perdido la fe, porque conoció y vió abiertamente lo que ella nos enseña. Y preguntado por fray Andrés de Burgundia, su compañero, que pues decía que no tenía fe, si celebrara una misa solemne, si dijera: *Credo in unum Deum?* Respondió: No, sino: conozco un Dios Padre todopoderoso.

Concluyamos con decir que, de todos los raptos, este es el más excelente, porque los demás se hallan en cualquiera potencia superior respecto de su inferior; mas el éxtasis hácese en sola la mente, y no sólo debilita los actos de las otras inferiores potencias, mas, por el tiempo que dura, totalmente los suspende. Estos últimos raptos, que son de la afectiva, tienen diversos nombres en la Escritura y entre los Santos, porque se llaman unas veces división del alma y espíritu; otras, entrada á las divinas tinieblas; otras, éxtasis; otras, arrebatamientos, sueño, silencio, estar en espíritu y fuera del espíritu. Y aunque sobre cada uno destos nombres dicen los doctores cosas muy delicadas y de ingenio, porque pienso con el favor de Dios tratar en otra ocasión más de propósito esta materia, me pareció aquí acabar con ella, suplicando á nuestro Señor nos arrebate y lleve en pos de sí, para que, unidos á Él por amor, le gocemos en esta vida por gracia, y en la otra por gloria. Amén.

LAUS DEO

TRATADO ESPIRITUAL DE LOS SOBERANOS MISTERIOS Y CEREMONIAS SANTAS

DEL

DIVINO SACRIFICIO DE LA MISA

COMPUESTO EN DIÁLOGOS POR

FRAY JUAN DE LOS ÁNGELES

PREDICADOR Y PADRE DE LA PROVINCIA DE SAN JOSEF, DESCALZO DE LA OBSERVANCIA REGULAR, Y CONFESOR DEL CONVENTO REAL DE LAS RELIGIOSAS DESCALZAS DE LA VILLA DE MADRID.

DIRIGIDO À LA EXCMA. SRA. DOÑA CATALINA DE ZÚÑIGA SANDOVAL, CONDESA DE LEMOS Y ANDRADA, MARQUESA DE SARRIÁ Y CAMARERA MAYOR DE LA REINA NUESTRA SEÑORA

(Grabado en madera que representa la Cruz con pedestal y palmitos á los lados.)

Año 1604. En Madrid. En la Imprenta Real.

ERRATAS

(Sólo anota diez el Licenciado Francisco Murcia de la Llana, sin lugar ni fecha).

TASA

Yo, Miguel de Ondarza, escribano de cámara de su Majestad y uno de los que residen en su Consejo, doy fe que, habiéndose presentado entre los señores dél, por parte de fray Juan de los Ángeles, de la orden de los Descalzos del seráfico padre San Francisco, de la provincia de San Josef, un libro intitulado *De los sagrados Misterios de la Misa*, que con licencia fué impreso, los dichos señores del Consejo tasaron cada pliego á tres maravedís y medio, y parece tener veinte y seis, que al dicho precio monta noventa y un maravedís, y ansí mandaron se vendiese cada uno de los dichos libros, y no á más: y para que dello conste, de mandamiento de los dichos señores y de pedimiento de la parte del susodicho, doy esta fe en Valladolid, á treinta días del mes de diciembre de mil y seiscientos y cuatro años.—*Miguel de Ondarza Zavala.*

LICENCIA DE LA ORDEN

Por comisión de nuestro reverendisimo padre fray Pedro Gonzálezde Mendoza, Comisario general de España, vi un libro intitulado *Tratado de los Misterios de la Misa*, en diálogos, compuesto por nuestro carísimo hermano fray Juan de los Ángeles, predicador y padre de la provincia de San Josef y confesor del Convento Real de las Señoras Descalzas desta villa de Madrid; y no tiene cosa alguna contra nuestra fe católica ni buenas costumbres, antes declara su autor con mucha erudición y brevedad los misterios de la vida y pasión de Cristo nuestro Redentor y las admirables ceremonias del soberano sacrificio, acompañado todo de muy curiosos lugares de Escritura y lección varia de Santos; de que podrán sacar grande aprovechamiento espiritual todos los que con atención y deseo de aprovechar lo leyeren, por cuanto las consideraciones todas y pensamientos que hay en él van enderezados en utilidad y beneficio de las almas. Digo que la doctrina que aquí se enseña es necesarísima para saber con cuánta reverencia, devoción y espíritu se debe oir Misa y asistir á los divi-

nos oficios. Por lo cual me parece que se puede y debe imprimir y sacar á luz. Dada en San Bernardino de Madrid, á 21 de Abril.—*Fr. Antonio Vives*, Difinidor y Lector.

—

Fr. Pedro González de Mendoza, Comisario General de España por nuestro reverendísimo padre fray Francisco de Sossa, Ministro General de toda la orden de nuestro padre San Francisco, etc. Al padre fray Juan de los Ángeles, Padre de nuestra provincia de San Josef y Confesor de nuestro Convento Real de las Descalzas de esta villa, salud y paz en el Señor.

Habiendo V. P. compuesto un libro intitulado de los *Misterios de la Misa*, el cual vió y aprobó, por comisión mía, el padre fray Antonio Vives, Difinidor y Padre y Lector de teología de nuestra provincia de San Juan Bautista, el cual sacado á luz será de grande provecho á todos los fieles cristianos y de mucha erudición para los padres predicadores, como lo son todas las obras que V. P. ha impreso. Por tanto, no sólo le concedo licencia para que le imprima, sino que, como cosa que tanto importa, se lo mando por obediencia, para que, habiendo presentado el dicho libro en Consejo Real, tenida licencia, le pueda V. P. imprimir y hacer para esto las diligencias necesarias. Dada en nuestro Convento de San Francisco de Madrid, á 29 de Abril de 1604.—*Fr. Pedro González de Mendoza.*

APROBACION

Por comisión del Consejo Real de su Majestad he visto este libro *De los sagrados Misterios de la Misa*, compuesto por el padre fray Juan de los Ángeles, Predicador y Padre de la provincia de San Josef, de la observancia regular y Vicario del Convento de las Descalzas de la villa de Madrid. Y fuera de que no hay en él cosa contraria á nuestra santa fe y buenas costumbres, me ha parecido digno de salir á luz, por la mucha piedad y espíritu con que el autor escribe, y por la mucha doctrina y varia lección, tan reducida á orden y brevedad, con que puede andar en manos de los más ocupados, y tan acomodado á toda suerte de gente, que menos y más quieran aprovecharse della, que no habrá nadie que, si le lee, no cobre nueva estima de tan alto sacrificio y mucha utilidad para su alma; y como tal, me parece muy justa cosa que se imprima. En cuya fe lo firmé de mi nombre en nuestra casa profesa de la Compañía de Jesús de San Antonio de Valladolid, á 28 de Septiembre de 1604 años.—*Josef de Villegas*, Prepósito.

EL REY

Por cuanto por parte de vos, fray Juan de los Ángeles, Predicador y Confesor del Convento de las Descalzas de la villa de Madrid, nos ha sido hecha relación que habíades compuesto un libro intitulado *De los sagrados Misterios de la Misa*, el cual era muy útil y provechoso, y teníades licencia de vuestros superiores para lo imprimir, de que se hizo presentación y nos fué pedido y suplicado os mandásemos dar licencia para ello y privilegio por diez años ó como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la premática por Nos ultimamente fecha sobre la impresión de los libros dispone, fué acordado que debíamos de mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón, y Nos tuvímoslo por bien, por la cual os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes, que corren y se cuentan desde el día desta nuestra cédula, podáis imprimir el dicho libro que de suso se hace mención, por su original que en el nuestro Consejo se vió, que va rubricado y firmado al fin dél de Cristóbal Núñez de León, nuestro escribano de Cámara y uno de los que en el nuestro Consejo residen, con que antes que se venda le traigáis ante ellos juntamente con el original para que se vea si la dicha impresión está conforme á él, ó traigáis fe en pública forma cómo por corrector por Nos nombrado por nuestro mandado se vió y corrigió la dicha impresión por el original; y mandamos al impresor que ansí lo imprimiere el dicho libro no imprima el principio ni primer pliego dél, ni entregue más de un solo libro con el original al autor á cuya costa se imprimiere, ni otra cosa alguna, para efecto de la dicha corrección, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el

dicho principio y primer pliego, y seguidamente ponga ésta nuestra cédula y privilegio, y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leyes de nuestros Reinos. Y mandamos que persona alguna sin vuestra licencia no lo pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere ó vendiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que dellos tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís cada vez que lo contrario hiciere; la cual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra para la persona que lo denunciare; y mandamos á los del nuestro Consejo, Presidentes y Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Cancillerías, y á todos los Corregidores, Asistentes, Gobernadores, Alcaldes mayores y ordinarios, y otros jueces y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, que vos guarden y hagan guardar esta nuestra cédula y merced que ansí os hacemos, y contra ella no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Fecha en San Lorenzo á nueve días del mes de Octubre de mil y seiscientos y cuatro años.—YO EL REY.—Por mandado del Rey nuestro Señor, *Juan de Amezqueta.*

—

A Doña Catalina de Zúñiga, Condesa de Lemos y Camarera mayor de la Reina nuestra Señora, etc., fray Juan de los Ángeles, confesor del Convento Real de las Descalzas de Madrid, y su capellán, desea salud y perpetua felicidad.

Antiquísima, loable y bien recebida es la costumbre que los escritores de letras humanas y divinas han guardado en buscar patronos á quien dedicar y consagrar sus trabajos, habiendo de sacarlos á luz, ansí para el crédito dellos como para la justa y necesaria defensa. Y aunque los míos, por su pequeñez, no son para que nadie los envidie ni contradiga, pudiera con razón, por otros mil respetos, seguir los pasos de tantos sabios que me han precedido y buscar un Mecenas que los amparara y autorizara, de manera que la estimación que yo no puedo darles por mi persona tuvieran por su patrocinio. Pero esta vez desobligado me hallo destos cuidados, porque en este tratado que de los Misterios soberanos de la Misa tengo escrito no he hecho mi voluntad, sino la de vuestra Excelencia, que, deseosa de tener de mi mano lo que las ceremonias santas significan y algunos sentimientos espirituales acerca del divino sacrificio, para ocupar con aprovechamiento el tiempo que á él asiste, me mandó dejase otras ocupaciones y tomase ésta.

Yo, señora Excelentísima, lo he hecho ansí; y en lo más riguroso del año para los predicadores, que es Adviento y Cuaresma, de todos los padres que destas materias han escrito, antiguos y modernos, y de lo que de la atenta consideración y meditación he podido descubrir, con la brevedad posible recogí los diálogos que vuestra Excelencia verá; en los cuales pienso cierto que hallará lo que su espíritu desea para saber bien oir Misa sin las dificultades que yo he hallado en otros tratados y sin las prolijidades de muchos, que siguiendo este argumento son por extremo cansados y molestos. De lo necesario, nada pienso que falta; ni creo que sobra cosa que pueda cansar á vuestra Excelencia, porque ni soy tan breve que deje de decir lo misterioso, ni tan largo que de todo quiera dar razón.

Huyo de discursos impertinentes, y con los dos personajes Maestro y Discípulo que se introducen procuro tejer la obra de manera que, trabadas unas cosas de otras, con una perpetua variedad, hagan graciosa consonancia, entreteniendo por una parte con lo que se va leyendo y aguzando el deseo para lo porvenir. Reciba vuestra Excelencia su obra (que suya es verdaderamente y á su cuenta ha de salir en público), que de los frutos que se cogieren en las almas tendrá sin duda la mayor parte, porque el comenzarse y la prosecución y el fin que tiene, y lo que obrare de bien, todo se debe á vuestra Excelencia, cuyo gusto para mí es ley á que no puedo faltar ni faltaré jamás mientras durare la vida. Y bendito sea Dios que, acabando el *Ite Misa est*, caí de enfermedad tan peligrosa, que se tiene á milagro el haber quedado con ella. El Señor prospere la de vuestra Excelencia por largos años, para su gloria y honra, como éste su capellan y siervo desea.

De San Bernardino de Madrid á 13 de Mayo de 1604.—*Fray Juan de los Ángeles.*

AL LECTOR

No por necesidad de doctrina, lector cristiano y benévolo, me he puesto á escribir este tratado de los *Misterios de la Misa* (que mucho y bueno hay escrito dellos en nuestros tiempos), sino por servir á la devoción de la Excelentísima señora doña Catalina de Zúñiga, Condesa de Lemos, etc., que, habiendo leído algunas obras que en los años atrás he impreso, y agradádose dellas, deseó y me mandó que, por su consuelo espiritual, tomase á mi cargo este argumento, tan vario y tan dificultoso, pareciendo á su Excelencia que en él, como en los demás, habia de acertar con su gusto.

Yo le he tenido muy grande en el cumplimiento de esta obediencia, y lo principal que como hombre pudiera desear en ella he alcanzado, no tanto por lo que la obra por mi parte merece cuanto por la dignación de quien mucho antes que se le diese fin la aprobó y recibió debajo de su amparo.

Y aunque pudiera con sólo esto estar contento y no buscar otros intereses, como en este trabajo he pretendido, lo que en los demás, gloria de Dios y bien universal de as almas; hallándome imposibilitado de sacarla á luz por razón de mi estado, con humildad supliqué á su Excelencia se dignase de mandarla estampar, como señora della, lo cual con singular devoción y celo de Dios mandó que así se hiciese, dando para ello lo necesario.

Aseguro al lector que esta mi escritura, sin desviarse de lo que los Santos antiguos dejaron en las suyas, ni contradecir en nada á los modernos, en el estilo es nueva, en los conceptos regalada, en la variedad entretenida, en lo breve amable y en lo misterioso cumplida, llena y de consideración.

De manera que ni cansará por larga, ni dejará que desear por breve, ni enfadará por común. Lo bueno todo de Dios es; lo no tal, será mío: lo primero te deleitará para llevar en paciencia lo segundo; sirva lo que yo he puesto de lo que la cáscara en la nuez y el erizo en la castaña, que defienden y conservan el meollo; si hallares durezas, también hallarás bocados sabrosísimos; y acuérdate del común proverbio que dice: No mereció lo dulce quien no gustó lo amargo.

Vale et ora pro me.

DIÁLOGO PRIMERO

De la reverencia que se debe á los templos y lugares sagrados, y de la presencia de Cristo en ellos por el Santísimo Sacramento del altar; de la grandeza del sacrificio de la Misa, las causas de su institución, por qué juntó Cristo en uno comida y sacrificio. De lo que significa esta palabra Misa, y en qué difieren sacramento y sacrificio.

Discípulo.—Dios te salve, maestro.

Maestro.—El mismo te sea salud sempiterna. ¿Qué tienes por acá tan de mañana?

D.—Salí de casa por oir Misa de Prima, y quise antes de volver á la posada consolarme un poco contigo, que solos los ratos que gozo de tu compañía y dulce conversación parece que vivo y tengo consuelo.

M.—¿Qué has pensado en tanto que el divinísimo sacrificio del altar se celebró?

D.—Aun no sabré darte razón dello; de propósito ninguna cosa he pensado: recé la corona de la Virgen y otras devociones que tengo, y entre la hostia y el cáliz unos Credos, y aun eso con poca devoción.

M.—¿Y es eso lo que haces de ordinario?

D.—Poco más, poco menos, siempre es desta manera.

M.—Bien aprovechado andarás por cierto con ese orden de oir Misa; es el que guardan los que la oyen no más que por cumplir con el precepto de la Iglesia ó por parecer buenos cristianos, ó porque se usa, ó por otros respetos; de que, si Dios no se ofende, á lo menos se agrada muy poco, por ser poca su devoción y espíritu.

D.—Algunos la oyen que valdría más que no la oyesen, porque desde que entran en las iglesias hasta que salen no cesan de hablar con los que tienen junto á sí, inquietos, bulliciosos, deshollinadores de cuanto allí pasa, y aun escandalizadores del pueblo, escarnecedores de Dios y ofensores de su Majestad.

M.—Esos no son cristianos, sino paganos; no son hombres, sino demonios; no aplacan á Dios en ese ejercicio santo, sino irrítanle y provócanle á ira y á indignación contra sí.

D.—Parece que tomas cólera diciendo eso.

M.—¿Pues no quieres que me encolerice y salga de mí viendo el abuso tan grande que hay en la Iglesia de Dios acerca del oir Misa y asistir á los divinos oficios los cristianos?

Sabe nuestro Señor que tengo lastimado el corazón y que se me acaba la vida considerando esto. Parece verdaderamente que se juntan los hombres y mujeres en los templos dedicados á Dios más para ofenderle que para alabarle; más para acrecentar culpas que para salir dellas. Allí se mofa y escarnece del presente y se murmura del ausente; allí se muerde y carcome la honra ajena y la fama del prójimo padece detrimento; allí no se perdona á la doncella recogida, ni á la triste viuda, ni á la casada virtuosa; ni se respeta al religioso ni al sacerdote grave; para aquel lugar se guardan los tratos y contratos y los conciertos del mundo, y muchos vienen á recobrar el sueño que han perdido ofendiendo á Dios toda la noche; y otros ¡ay dolor! á esperar las mujeres, como esperaban los hijos de Heli (I Reg., 2; et I Reg., 4) á los que venían á ofrecer sacrificio al templo para hacer sus maleficios y apartarlos de sus propósitos y santos intentos. ¡Ay, Cristo mío! quién te viera ahora con un azote en las manos en nuestras iglesias y azotar á estos mohatrones y desperdiciadores de tu sangre, que ocupan tu casa y la hacen mercado y lugar de contratación (Ioan., 2), y, lo que peor es, cueva de salteadores. Y digo yo, si la mansedumbre del divino Cordero se pasó á la jurisdicción de la ira y celo riguroso porque en el templo de Salomón se compraban y vendían las cosas necesarias para los sacrificios, ¿qué hiciera si oyera las deshonestidades, si viera las señas y movimientos infernales que entre nosotros se usan, que inficionan los aires y bastan á ahuyentar los ángeles que allí moran? Paréceme que tengo de ver pronto en el pueblo cristiano lo que Nicéforo cuenta en la *Historia Tripartita* del pueblo hebreo, cuyas abominaciones fueron tantas que, no pudiendo los ángeles sufrirlas, huyeron de entre ellos, diciendo: Vamos, vamos de aquí; desamparemos este lugar. Dime, hijo Deseoso, ¿cuántos Heliodoros entran ahora en los templos y hacen mayores desacatos que aquél cuando entró en el de Jerusalén? Aquél sólo quiso llevarse el tesoro que allí había para sustento de las viudas y pobres (II Mach., 3); mas éstos entran á profanar la casa de Dios, y ofenderle en sus barbas, y quitar la devoción al pueblo, y á hacer otros desacatos peores. Pues, ¿por qué no temerán éstos el castigo que aquél? Aparecióle, dice la Escritura, un caballero en un poderoso caballo con aciones doradas y muy resplandecientes, con dos espantosos verdugos que le tomaron y desnudaron, y tantos azotes y golpes le dieron, que si no intercediera por él el sacerdote Onías, le quitaran miserablemente la vida y enviaran el alma á los infiernos. Teme tu, cristiano, otro tanto. Teme, Antíoco, hijo de perdición y vaso de maldad (II Mach., 9), que esos desacatos é irreverencias que haces en la casa de Dios las habrás de venir á pagar con dolores de entrañas y con gusanos que te estén royendo por toda la eternidad. No uses mal del sufrimiento y paciencia de Dios, que te dirá lo que está escrito por Jeremías (Hierem., 2): ¿Qué es esto? ¿por qué mi amigo en mi casa cometió tantas maldades? Dime, perdido y desalmado, si el apóstol San Pablo mandó (I Cor., 11) que las mujeres se cubriesen las cabezas porque con su poco recato no ofendiesen á los ángeles que allí asisten ¿seráte á ti lícito entrar en las iglesias á ofender al Señor de los ángeles? El que hiciere agravio al templo de Dios, dice el mismo apóstol (II Cor., 3), el mismo Dios le destruirá. Detente, dice Dios á Moysén (y yo digo al más religioso), y descalza tus zapatos, que la tierra que pisas tierra santa es (Exod., 3). Rindan los reyes las coronas; póstrense todos en la tierra y adoren la majestad de Dios en su templo, pues los veinte y cuatro viejos lo hacen en presencia del Cordero en el cielo (Apoc., 5). Mira, dice el Sabio (Ecles., 4) á dónde asientas el pie cuando entras en la casa de Dios; no entres como en la tuya, que la una es sagrada y la otra profana. Si el otro paje de Alejandro, estando su señor ofreciendo sacrificio á sus dioses, teniendo una hacha en la mano se la deja quemar por no hacer desdén ni irreverencia en aquel tiempo (Val. Máx.), ¿por qué los que adoramos á Dios en el Sacramento, cuando este misterio sacrosanto se celebra, no estaremos con la decencia, honestidad y recato que se debe á tanta grandeza? Verdaderamente terrible es este lugar (Genes., 27), casa de Dios y puerta del cielo. San Basilio afirma (Basil., in Psal. 28) que los ángeles asisten en los templos para notar y escribir las palabras vanas y ociosas que allí se hablan (Sanctorro, *Prado espiritual*, lib. 4, c. 38) y ese mismo oficio hacen los demonios, para acusarnos dellas en el día de la cuenta.

D.—En un Concilio general celebrado en León de Francia, en tiempo del Papa Gregorio X (Cap. *Decet. de immuni*) está mandado que en las iglesias no se hablen cosas profanas ni se haga ruido de manera que se dé turbación al sacerdote que dice la Misa.

M.—Y el sacro Concilio Tridentino (Conc. Trid., res. 22, dec. de obser.), proveyó lo mismo, y con *motu proprio* lo mandó guardar Pío V, de gloriosa memoria (año de 1566). Y San Juan Crisóstomo dice (Crisost., tom. 4, in I ad Corynth., homil. 30) que en su tiempo, aunque en las iglesias se topasen algunos amigos que en muchos años no se hubiesen visto, en ninguna manera se hablaban palabra hasta salir dellas. Al fin, no hay cosa que tanto yo desee en los templos como el silencio; y pluguiera á Dios se guardara ahora lo que se guardaba en tiempo del Papa San Clemente mártir, por cuyo orden andaban diáconos por la iglesia para que ninguno hablase en cuanto los divinos oficios se celebrasen (Clem., lib. 8 *Cons. Apost.*, c. 11). Crispiano escribe que tienen los turcos en sus mezquitas unos como síndicos ó acusadores contra los que allí no guardan silencio; y si alguno es convencido de que lo quebrantó le sacan á la vergüenza por las calles públicas y lo castigan con otras penas pecuniarias.

D.—¿Qué sientes de los oratorios en que se dicen misas á los señores los más días del año? (Concil. Aurelian., c. 3, *apud Burcad.*, lib. 3, c. 26: *Vnicuique fidelium oratoria in domo sua licet habere, et ibi orare, Missas autem ibi celebrare non licet* (¹): can. unicuique de consec., dis. 1, Conc. Trid., ses. 22, de *evitandis in celebratione Missæ: Episcopi prohibentur pati in privatis aedibus, atque omnino extra Ecclesiam, et ad divinum tantam cuttum oratoria dedicata ab eisdem ordinariis designanda*, etc. *Episcopi indulgere nequeunt, Missas in privatis aedibus celebrare).*

M.—No quisiera que me divirtieras de mi propósito, ni que me obligaras á responderte á esa pregunta, porque siento tanto lo que pasa en ese caso, que no lo puedo sufrir ni disimular. Mil indecencias é irreverencias hallarás en eso; mil descortesías, mil desenvolturas, millares de pecados. Si consideras los lugares, por la mayor parte son indecentes; han servido antes y sirven después en usos profanos, transformándolos, ya en camarines, ya en dormitorios, ya en despensas, ya en cosas peores; y perseverando en oratorios los profanan y hacen parlatorios y lugares de entretenimiento y terceros (¹) de miserias. Los señores se levantan á las doce del día, y los capellanes los esperan comenzada la Misa hasta la una y aun hasta las dos; y luego la Misa ha de ser arrebatada (²) y en el aire, porque se pasa la hora de comer. No parecen cristianos los que esto hacen, porque con esta ocasión, ni van á los templos, ni oyen sermones, ni asisten á los divinos oficios, ni cumplen con el ejemplo que deben dar á sus vasallos ó á los de su pueblo ó ciudad, ni en las fiestas, ni en las Pascuas, ni en otros días solemnes. Yo no sé cómo los prelados consienten esto; porque hay muchos decretos de la Iglesia y Concilios generales y particulares que prohiben rigurosisimamente que, si no fuere en algún caso grave (Cap. 5 can. sicut Ecles., cap. Missarum, cap. Null., etcétera. Concil. Tridet., ses. 22. *Authent. ut in privatis domibus*, Collor. 5, cap. 15, *qui de sent. excommun.*, lib. 6), y con licencia del sumo Pontífice, ó del que tuviera sus veces, no se diga Misa fuera de las iglesias dedicadas al culto divino. Y aun las leyes civiles disponen que pierda la casa el que se atreviese á hacer decir Misa en ella. Y aun si se diese que la iglesia de un lugar estuviese violada, aunque fuese Pascua y hubiese oratorio particular en que decir Misa, no estaban los del tal lugar obligados á oirla en él. ¡Qué honrados estarían los templos!; qué copiosos auditorios habría si los señores y las personas graves y de

(¹) El Concilio Aurelianense dice: «Permítase á cualquiera de los fieles tener oratorios en sus casas y hacer allí oración, pero no se les consienta celebrar allí Misa». El Concilio Tridentino, s. 22, Dec. *De lo que se ha de observar y evitar en la celebración de la Misa* dice: «Se manda á los Obispos que no toleren que se celebre la Misa en casas particulares ni fuera de la iglesia ú oratorios consagrados exclusivamente al culto divino, y señalados y visitados por los mismos Ordinarios, etc. Los Obispos no pueden conceder que se celebren Misas en las casas particulares». Estas últimas palabras no están en el Decreto citado: las deduce el autor de otras leyes eclesiásticas, que aún rigen, y por eso se necesita dispensa de Roma para celebrar en oratorios particulares

(¹) Así dice el impreso: yo leería *terreros*.

(²) El impreso: *azuada*, que considero como errata y por eso la corrijo.

cuenta fuesen á las iglesias las fiestas principales! Pero ¿qué digo? Los muy particulares tienen ya oratorios, y oyen en ellos Misa cada día, como lo pudieran hacer, por sus grandes ocupaciones, los Reyes, los Cardenales, los Obispos y los grandes señores. Remédielo Dios, que puede, y también el abuso de oratorios, que ahora se usan para ostentación de vanidad más que para devoción; adonde se ponen mil diferencias de brincos, escritorios curiosos, retratos de gentiles, bufetes de mucha costa, ramilleteros de plata, fruteros de mil maneras, imágenes santas entretejidas con las profanas y otras cosas muchas que divierten el ánimo; porque cada cual pretende llenar los ojos y robar el corazón de quien allí se entre á orar; y los pobres que mueren de hambre, y los que perecen de frío, por no tener con que cubrirse, ¿no oyes sus voces cuando oras? Quita de eso superfluo y menos religioso; basta una imagen de Cristo crucificado, ó de su Madre santísima, ó de algún Santo devoto; y acude á los miserables, que te acusarán de cruel en el juicio, aunque te arrobes, y tu oración será de Dios maldita y descomulgada (Prov., 28).

D.—Gran cosa debe ser orar en las iglesias y templos adonde está el santísimo Sacramento.

M.—Claro está eso: lo primero (Tertul., in Apol., c. 19; Ambros., lib. 5, in Luc.; Chrys., tom. 3. 5. ad popu., homil. 79.; S. Thom., 2. 2., q. 84, ar. 2; Aug., lib. 2 ad Simplic., 4; Basil., lib. 2 de Bap., q. 8.), por la asistencia de Dios, que más propiamente está en ellos que en otro lugar; lo segundo, porque tiene Dios empeñada su palabra que oirá allí nuestros ruegos y recibirá nuestros servicios; lo tercero, porque la oración es cosa tan alta y soberana, que pide lugares especialmente consagrados á Dios, como lo dice San Basilio; lo cuarto, porque en la Iglesia todo convida y provoca á devoción, cosa tan necesaria para bien orar: los altares, las cruces, las imágenes, las reliquias y, lo que más es, el santísimo Sacramento, que nos aviva y acrecienta la esperanza de ser oídos y de alcanzar lo que pedimos.

D.—Gran beneficio fué, y misericordia copiosa, y dignación que no se acaba de conocer, quedarse el Señor entre nosotros, por medio del Sacramento del altar, hasta la fin del mundo, como vecino, amigo y compañero.

M.—Fué echar Dios el sello á todo cuanto había hecho por el hombre; si no, dime: ¿quién pudiera imaginar que le quedaba á Dios más que hacer, después de redimido el mundo no menos que con muerte de cruz? Sólo su amor infinito, su saber y bondad pudieron dar traza cómo, ausentándose de nosotros por la subida á los cielos, se quedase entre nosotros, no en figura ó retrato, como suelen hacerlo los mas finos amadores cuando hacen ausencia de las personas que quieren bien; sino en propria persona, tan grande, tan inmenso y poderoso como está en el cielo, por inefable modo. ¿Qué nación hay tan favorecida de sus dioses que los tenga tan cerca de sí como nosotros tenemos al nuestro? (Deut., 4). Toda la tierra, dice la Escritura (III Reg., 10), deseaba ver la faz de Salomón; y venían muchos atravesando mundos para visitarle y oirle, y yo tengo al gran Rey de reyes y Señor de señores, Jesucristo, pegada su casa con la mía, adonde le puedo visitar á todas horas, pedirle remedio para mis necesidades, darle cuenta de mis trabajos, consultarle mis dudas, hablar y conversar con Él como con mi padre ó mi hermano ó mi marido. ¿Hay beneficio que iguale con éste? En el libro de los Números (Núm., 11) se cuenta que aquel pueblo hebreo tan regalado de Dios, que se dice dél que le traía en las palmas ó en los brazos, como el ama ó la madre á su niño, pidió por merced á su Majestad que se dignase de avecindarse con ellos, para que las circunvecinas naciones lo estimasen, temiesen y respetasen; y que ellos le labrarían casa á la traza que se les enviase del cielo, ora costase poco, ora mucho. Oyó Dios esta petición ¡bendito Él sea para siempre! y puso en medio del real un tabernáculo para andar con ellos cuando anduviesen y estarse en su compañía cuando hiciesen alto (Núm., 26; Ezech., 26), y fué el alegría de todos tanta, que no cabían en sí. Pues, ¿cómo no sale de sí el pueblo cristiano considerando lo que Dios ha hecho con él, quedándose sacramentado, no en Jerusalén solamente, ó en Roma, ó en la corte del rey de España, sino en todas las iglesias parroquiales y monasterios del mundo, y en la más pobre y triste aldea, vecino nuestro y pared en medio de nuestras casas? Y es la brutalidad de muchos tanta, que se les pasa toda la semana, y aun todo el mes, sin visitarle ni acordarse que le tienen junto á sí. Pero quédese

ya esta plática para otra ocasión y tratemos, si te parece, algunas cosas importantísimas á cualquiera cristiano que desea salvarse. La primera, la grandeza del sacrificio de la Misa. La segunda, los misterios que hay en él. La tercera, los provechos que recibe el alma oyendo y asistiendo allí con devoción y espíritu. La cuarta, las consideraciones que debe tener oyéndola y de la comunión espiritual.

División de la obra.

D.—No puedo yo desear más de lo que tú me ofreces. Sólo querría que me informases en lo que debo hacer desde que me levanto hasta que entro en la iglesia y sale el sacerdote á celebrar; y luego proseguirás con ese orden que has propuesto.

M.—Antes que en particular te diga lo que deseas, te quiero referir aquí unas palabras de San Juan Crisóstomo (Chrys., lib. 1 de *Orando Deum*), verdaderamente boca de oro, y ellas doradas y celestiales. Conviénenos, dice él, con oración perpetua ordenar y acompañar el curso de nuestra vida, y con ella continuamente regar el jardín de nuestra alma; porque no tenemos menos necesidad della todos los hombres que los árboles del ordinario riego y beneficio del agua. Porque como ellos no pueden vivir ni dar fruto si no beben este humor con las raíces, ni nosotros podremos cargar de los preciosos frutos de buenas obras si no fuéremos con oraciones regados. Por lo cual conviene que, dejados nuestros lechos y las camas regaladas, prevengamos con culto divino la salida del sol, el asentarnos á la mesa y recogernos para dormir. Y también es necesario que en cada hora del día ofrezcamos á Dios alguna deprecación, para que el curso de orar iguale con el curso del día. Demás desto, en el tiempo del invierno conviene dar la mayor parte de la noche á la oración, y las rodillas en tierra, con mucho temor insistir pidiendo á Dios misericordia, teniéndonos por bienaventurados por el mismo caso que vacamos á Él. Dime: ¿con qué cara te pondrás á mirar al sol sin haber primero adorado al Señor que aquella dulcísima luz envía á tus ojos? ¿Cómo te asentarás á comer sin mostrarte grato al que reparte bien tamaño? ¿Con qué esperanza te entregarás á la noche y qué sueños pensarás tener durmiendo si no te previenes y apercibes con oración? Verdaderamente será fácil oprimirte y cautivarte tus enemigos perversísimos los demonios, que luego que nos dormimos nos rodean y cercan, mirando si alguno de nosotros está desapercebido y destituído del presidio de la oración, para, como lo dice San Pedro, arrebatarle y tragarle. Huyen los demonios del que hallan armado de la oración, no de otra manera que los ladrones cuando ven la espada del valiente soldado vibrar sobre sus cabezas. Hasta aquí Crisóstomo (Simón Vere pens.).

Oración necesaria para vivir.

MEDITACIÓN Y EJERCICIOS DE LA MAÑANA

1. Luego, pues, que despiertas por la mañana canta y ora con el Profeta santo, que así ilustre y clarifique los ojos de tu alma con la saludable luz de su espíritu, que en ningún tiempo consientas en pecado y por ello seas llevado á la muerte y duermas en ella.

2. En levantándote ármate con la señal de la cruz, con la oración que verás adelante.

3. Levantado y vestido, no luego te vayas á cosas de burlas, ni sueltes la rienda á los pensamientos vanos, sino, la mente elevada en Dios, te prepararás para el infraescrito ejercicio.

4. Después desto propón contigo mismo firmísimamente que en aquel día no harás cosa en que Dios ó el prójimo se ofendan, aunque hubieses de perder por ello la vida.

5. También será á propósito, y es consejo saludable, pensar las horas que tiene el día, y tantear y considerar así á bulto en lo que te has de ocupar, porque el tiempo repartido siéntese menos y aprovéchase mejor.

Cuando despiertas por la mañana di esta breve oración.

Illumina, Domine, oculos meos, ne umquam obdormiam in morte; ne quando dicat inimicus meus: prævalui adversus eum [1].

Cuando te levantas de la cama.

Domine, Deus omnipotens, qui ad principium huius diei nos pervenire fecisti, tua nos hodie salva virtute, ut in hac die ad nullum declinemus peccatum; sed semper ad tuam iustitiam faciendam, nostra procedant eloquia, dirigan-

[1] «Señor, alumbra mis ojos para que no me duerma en la muerte ni pueda decir mi enemigo: contra él he prevalecido».

tur cogitationes, et opera. Per Christum Dominum nostrum (Breviario Romano.) ([1]).

Pater noster, Ave María, Credo.

Oración para por la mañana.

Lléname de tu espíritu, misericordiosisimo Dios, para que hoy ninguna cosa haga, piense ó hable, sino lo que á Ti fuere acepto y agradable para gloria de tu nombre y salud de mi alma (Henrico Kispen Nigus, *in lib. prœcationum*).

Oración para encomendarse á Dios.

Óyeme, Trinidad santa, y consérvame, y guárdame de todo mal, de todo escándalo, de todo pecado mortal y de todas las asechanzas y ofensas de los demonios y de todos mis enemigos visibles é invisibles, lo cual te suplico y pido por las oraciones de los patriarcas, por los méritos de los profetas, por los sufragios de los apóstoles, por la constancia de los mártires, por la fe de los confesores, por la castidad de las vírgenes y por la intercesión de todos tus Santos, los cuales desde el principio del mundo te agradaron Amén.

Cuando sales de casa.

Ángeles del Señor, á todos os ruego y suplico que por vuestra intercesión se me conceda y dé ayuda y poder para que ningún enemigo mío pueda dañarme en el camino, en el agua ó en el fuego, ni me oprima durmiendo, ni velando me dañe (Ioan. Jab., *in prœcat. Chrys*).

Cuando pasas por el cimenterio.

Dad, Señor, eterno descanso á las ánimas destos cuerpos que aquí duermen, y amanézcales, por quien Vos sois, la luz eterna. Amén.

Entrando en la Iglesia.

Misericordiosísimo Dios, quitad de mí, suplícooslo, todas mis maldades, para que con espíritu humillado y ánimo contrito y puro merezca entrar en vuestro templo y *Sancta sanctorum*. Amén.

([1]) «Señor Dios omnipotente, que quisiste llevarnos al principio de este día, defiéndenos hoy con tu gracia para que durante él no caigamos en ningún pecado; antes bien que siempre nuestras palabras, pensamientos y obras se dirijan y encaminen á cumplir tus mandamientos. Por Cristo Señor nuestro.»

Cuando tomas agua bendita.

Asperges me Domine hyssopo, et mundabor; lavabis me, et super nivem de atbabor ([1]).

En haciendo esto busca lugar á propósito para orar con quietud, y puestas ambas las rodillas en tierra y la cabeza y el cuerpo inclinado haz sobre ti la señal de la cruz, é hiriendo tu pecho di con el publicano: *Deus propitius esto mihi peccatori* ([2]). Adora luego el venerabilísimo Sacramento en esta forma: *Satve, sacrosancta, gloriosa, salutaris et vivifica hostia; Deus noster, et universorum* ([3]).

Ó di con nuestro padre San Francisco ([4]): Adorámoste, santisimo Señor Jesucristo, aquí y en todas tus iglesias que son por el mundo, y bendecímoste que por tu santa cruz rediniste el mundo. Amén.

D.—¿Por qué dice nuestro padre aquí y en todas tus iglesias que son por el mundo?

M.—Para que conociésemos su gran espíritu y entrañable devoción al santísimo Sacramento del altar; que no se contenta con adorarle en la iglesia adonde se halla, sino en todas las que están en el mundo y Él está. Quisiera hacerse tantos cuantos son los templos de la cristiandad y entrar en todos y adorar en todos al Señor que reconoce en la hostia consagrada. De manera que, puesto de rodillas en tierra, debes traer á la memoria todas las iglesias del mundo y adorar á Cristo sacramentado en todas ellas, que para mí es una cosa de mucha consideración y aun de mucho provecho si se hace como conviene.

Demás desto me pareció advertirte que en adorando te conviertas á ti mismo, y entrando en la casa de tu conciencia mires si hay en ella alguna culpa mortal ó venial grave ([5]), y

([1]) «Señor, me rociarás con el hisopo y seré limpio; me lavarás y quedaré más blanco que la nieve» (Salm. 50).

([2]) «Dios mío, sé propicio á mí pecador».

([3]) «Dios te salve, hostia sacrosanta, gloriosa, saludable y vivificadora, Dios nuestro y dueño de todo lo que existe».

([4]) En el testamento que mandó escribir vísperas de su muerte y que suele imprimirse á continuación de la Regla aprobada por Honorio III.

([5]) Lo que quiere decir en esta que parece paradoja lo explica en el Diálogo II de la *Conquista* (véase pág. 59), donde distingue las faltas leves indeliberadas de las voluntarias: éstas llama *graves* en sí mismas porque pesan mucho delante de Dios

doliéndote y proponiendo la enmienda y de confesarte á su tiempo, según el orden de vida que instituyeres, di la confesión general que tiene la Iglesia romana. *Confiteor Deo*, etc.

Y acabada, ora desta manera: Clementisimo Señor Dios mío, por las oraciones y méritos de todos tus Santos te suplico me concedas que perfectamente conozca los pecados de mi vida toda, que cumplida y plenariamente los confiese, que haga penitencia digna de todos ellos y que de todos alcance perfecto perdón. Mírame, ruégote, con los ojos de misericordia que miraste á Pedro habiéndote negado en el zaguán del Pontífice, y á la Magdalena postrada á tus pies, y al ladrón en la cruz junto á Tí. Y concédeme á mí, pecador miserable, que ansí llore con Pedro y Magdalena mis maldades, que en la hora de mi muerte merezca oir de esa boca lo que el ladrón: Hoy serás conmigo en mi paraiso (Simón Verepacus).

Pater noster, Ave María.

Y porque para pedir mercedes á Dios es muy necesario agradecerle las recibidas, dirás desta manera:

Gracias te doy, Dios de misericordia y de toda consolación, que te dignaste de criarme, que me diste ánima y cuerpo y entendimiento sano para conocerte, que me concediste padres cristianos y católicos y me redimiste con la sangre de tu Hijo unigénito Cristo Jesús, que caminando yo y siguiendo mis antojos y despeñándome por diversos vicios me esperaste á la enmienda, que de muchas aflicciones é innumerables peligros muchas veces me libraste y me diste con liberalidad el vestido y la comida. Por todos estos beneficios y otros sin número sea á Ti, clementísimo Dios, alabanza, honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amén.

Y ruego á tu benigna bondad que lo que por tu misericordia comenzaste en mí lo perficiones, y á mi me encamines y endereces en la carrera de la salud y me lleves á la eterna vida. *Per eundem Dominum nostrum*, etcétera.

D.—Parece que en su tanto y respectivamente quieres que el que oye Misa se apareje para oirla como el sacerdote para decirla.

aunque en comparación de las mortales se dicen *leves*. Pequeña es la tierra comparada con el sol, pero hablando absolutamente ¿no la llamamos y es grande?

M.—Ansí es; porque tengo por sin duda que saca más fruto el que devotamente y como conviene la oye y asiste á ella y se une con el divino sacrificio por fe y devoción, que el que sin este aparejo hace celebrar por sí muchas veces (Fr. Petrus a Soto, ord. S. Domi., *de instit sacerd.*, lib. 7.º, fol. 69). En el Eclesiástico se escribe (Eccles., 18) que el que se pone á orar sin aparejo, sin cortesía y sin mirar delante quién está, tienta á Dios; ¿pues no es de más consideración el oir Misa?

En otra parte se dice (Eccles., 32; Conc. Trid., ses. 22, cap. *Quanta*) que no impidamos la música, esto es, como declara Lyra, la consonancia y harmonía de la oración y celebración de los divinos misterios, con nuestro poco sosiego y atención. Y San Jerónimo escribe de sí estas palabras (Hieron., t. 2, l. 2 *Adversus Vigilantium*): Confieso mi flaqueza, que si me siento airado, ó con algún mal pensamiento de puro temor, no oso entrar en las iglesias de los santos mártires.

Campanas.

El uso de las campanas se introdujo en la Iglesia para disponer los ánimos de los fieles para que con devoción y reverencia vayan á los templos adonde se celebra y dice Misa, lugar de consideración, atención y espíritu. Y ansí, en oyendo tocar por la mañana las campanas debes recogerte en ti mismo y considerar que eres llamado para tratar con Dios negocios gravísimos, cual es el de tu salvación, justificación y perdón de culpas. En la vieja Ley (Núm. 10), en lugar de campanas se tocaban trompetas cuando el pueblo se había de juntar á ofrecer algún sacrificio ó á celebrar alguna fiesta principal, para que cada uno se recogiese y apercibiese y no se derramase en cosas exteriores. Algunos dicen que significaban las voces y clamores de los profetas que apellidaban por el Mesías. San Jerónimo (Hierony., in Joel, c. 2), que convidaban al pueblo á penitencia; pero yo te digo que en oyendo la campana hagas cuenta que te llaman á ver una divina representación de la vida y muerte de Cristo: cómo nace en un pesebre, cómo le circuncidan al dia octavo y le llaman Jesús, cómo le adoran los Reyes y le buscan los pastores, y huye á Egipto, y se pierde en Jerusalén, y le halla su Madre Santísima en el templo entre los doctores al tercero día, cómo es bautizado en el Jordán, cómo ayuna en el desierto sin comer bocado cuarenta días, cómo sale á predicar y

convertir las almas por sí y por los suyos, y cómo hace milagros, cómo padece y muere y resucita y sube á los cielos. Todo esto hay en la Misa, pero particularmente se nos representa en ella la tragedia lamentable de la Pasión del Señor, de que trataremos en su propio lugar. Sólo quiero por ahora avisarte que cuando vas á Misa pienses que vas á ver cómo se hace justicia de tu Redentor, Salvador y Dios, cuya persona representa el sacerdote revestido y puesto en el altar, que esta consideración te compondrá mucho y despertará en tu alma sentimientos regaladísimos, tiernos y compasivos, afectos de amor y agradecimiento y dolor grande de tus culpas. Y este es el mejor aparejo, no sólo para oir Misa, sino también para decirla y comulgar con aprovechamiento.

D.—Ya deseo verme en ocasión de ejercitarme en esta doctrina tan saludable, y del cielo. Hagamos cuenta que estamos ya en la iglesia y que sale el sacerdote revestido para celebrar. ¿Qué tengo de hacer en viéndole? ¿ó qué tengo de pensar?

M.—Procedamos ordenadamente, conforme á la división que al principio hice de todo el tratado: y digamos primero de la grandeza del divino sacrificio de la Misa, las causas y razones de su institución, lo que significa esta palabra Misa y otras cosas que se ofrecerán en esta conversación santa.

D.—Primero quería que me dijeses si propriamente se dice y es la Misa sacrificio, y luego vendrá bien tratar de lo demás que has propuesto.

La misa es sacrificio.

M.—Esa es una verdad católica que todos los Padres de la Iglesia latina y griega confiesan contra Lutero y otros herejes, que un bien tan grande pretenden quitar del pueblo cristiano. Son éstos enemigos de nuestra salud, convencidos por la autoridad de muchos Concilios Generales y Provinciales (Conc. Trid., sessio. 22., can. 1, 26 et 3; Primas. in cap. 10 ad Hebr.; Syno. Nic. 1 can. 18; Laod., can. 29; Ephes., epis. synodica ad Nestor. Conc. Cartagin., 3, c. 24; S. Dion., de *Eccle. Hier.*, cap. 3; S. Andr. Apost. ad Aegeam.; Hebr., 6); y de las divinas profecías y figuras que le precedieron, y de la razón, y del uso perpetuo de la Iglesia santa, Católica y Apostólica, de que trataré de propósito, si Dios me diere vida y salud, en la prosecución del libro que voy escribiendo de la Pasión de Cristo señor nuestro, porque en éste pretendo brevedad y resolución provechosa. ¿Para qué, me di tú ahora, eran en la Iglesia sacerdotes, si no hubiera sacrificio que ofreciesen? Sicut Paul., Hebr., 6: *Omnis (inquit) Pontifex constituitur, ut offerat sacrificium* (1). Y luego junta estas tres cosas: ley, sacerdotes y sacrificio, mostrando que todas ellas han de tener proporción entre sí; cual la ley, tal el sacerdocio y tal el sacrificio, y trasladado el uno, convino que se mudase el otro. Estando, pues, nosotros debajo de la nueva Ley, y teniendo nuevo y perpetuo sacerdocio, convino y fue necesario que tuviésemos sacrificio nuevo y eterno. Una vez se sacrificó Cristo en sí mismo, dice San Agustín (S. Aug., lib. sent. Prosp.); pero cada día se ofrece y sacrifica en el Sacramento por manos de los sacerdotes. Y San Ambrosio: En Cristo una sola vez se ofreció la divina hostia, poderosa para nuestra salud sempiterna, y nosotros ¿por ventura no la ofrecemos cada día en el sacrificio de la Misa? Y el Papa Alejandro V, en una epístola decretal dice (Alexan. V, can. *Nihil de consecr.*, epist. 1): que no hay cosa mayor en los sacrificios, ni ofrenda mejor, que ésta del cuerpo y sangre de Cristo, por la cual se nos perdonan los pecados.

D.—Una de las cosas que más me espantan del amor que Dios tuvo á los hombres es ver que, siendo el sacrificio de la Misa representativo de su pasión, de sus dolores, penas, afrentas y dura muerte, quiera que tantas veces en las iglesias y altares se le ofrezca cada día, porque acá el traernos á la memoria los agravios recebidos, no sólo no nos acarrea gusto, ni acrecienta en nosotros el amor de la persona que nos ofendió, antes añubla nuestros contentos y nos irrita y provoca á enojo contra ella. Pues ¿cómo es posible que se desenoje Dios y se aplaque y se agrade de los hombres cuando le refrescan la memoria de lo que padeció por ellos?

M.—Muy bien has dificultado. Yo pienso que la cosa que mayor contento le dió al Hijo de Dios en esta vida fué el morir por los hombres; y aunque en la Cruz se queja al Padre como desamparado de Él, su ánima no cabía de gozo viendo su cuerpo colgado de aquel ma-

(1) Dice San Pablo: «Todo pontífice es nombrado para ofrecer sacrificio».

dero y derramando sangre por tantas bocas, de que es argumento harto bastante lo que Él dijo por San Lucas (Luc., 17): Con mi sangre me han de bautizar, ¡ay! que no quepo en mí hasta verlo cumplido ya como lo deseo. Y á Judas le dice (Ioan., 13): Lo que haces hazlo deprisa. Al fin, todos aquellos sacrificios de la vieja Ley fueron como ensayos deste sacrificio: deleitábase el Señor en ver morir los animales y el derramar sangre, porque le figuraban á Él; entretenía su sed y deseos de morir y de dar la suya en precio y para rescate del mundo; y después deste derramamiento quiso que en su Iglesia se hiciese alarde de su pasión y se sacasen á vista sus afrentas, sus deshonras, sus azotes y su sangre vertida, para su deleite y para que, ofreciéndose así al Padre en la hostia consagrada, y en el cáliz de salud, se aplaque y nos perdone y reciba en su amistad. Donde quiera, en todo el mundo, dice un profeta (Malach., 1), se le ofrece á Dios sacrificio limpio, sobre su altar, millares de millares de veces cada día, sin que se ponga tasa ó le pese de andar en manos de tantos sacerdotes; antes es éste su regalo, porque sus delicias es estar y conversar con los hijos de los hombres (Prov., 8). El cordero Pascual sola una vez en el año se sacrificaba por el pueblo, y no quedaba cosa dél para mañana; pero nuestro Cordero divino cada día muchas veces es sacrificado, y siempre persevera entero, y no quiere que nos olvidemos dél, ni salir de entre nosotros. Y si el amantísimo Hijo tanto gusto tuvo de derramar su sangre por la obediencia de su Padre y salud de los hombres, ¿cuánto tendría su Padre de vérsela derramar? Pienso, cierto, que cuando vestido de Pontifical este Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec, en el ara de la Cruz se ofrecía á sí mismo, y, como dijo San Pablo (Hebr., 5): con voces y lágrimas hizo oración por nosotros, y sin hacer caso de sus dolores acudió á pedir perdón por los que allí le estaban ofendiendo, su eterno Padre se aplacó y se le ablandó su corazón; y si pudiera llorar lágrimas de ternura, anegara la tierra con un diluvio dellas. Luego mandó abrir la puerta del cielo, cerrada con fuertes cerrojos por el pecado de Adán, y quitar la espada ardiente de las manos del querubín (Gen., 3) y convertirla en llaves del Paraíso; y alzó el destierro al miserable hombre y restituyóle á su amistad; y comenzó á hacer oficio de Padre el que hasta allí le había hecho de riguroso juez. Pues si esto es así, como lo es, ¿qué gusto recibirá este Señor cuando el sacerdote suba al altar y, consagrada la hostia y el cáliz, lo levante cada cosa de por sí, ofreciéndoselo en sacrificio, como Él se lo ofreció en la Cruz?

D.—¿Es uno mismo el que ofreció Cristo en la Cruz y el que ofrece el sacerdote en el altar?

Uno es el sacrificio que ofreció Cristo en la Cruz y el qué ofrece el sacerdote en el altar.

M.—Claro está eso: sólo hay de diferencia que allí fué sangriento á fuerza de tormentos, y aquí sin derramar sangre; allí entregándose á la muerte por el hombre; aquí ofreciéndose vivo por él; allí para universal redempción; aquí para perdón de culpas y aumento de gracia y dones soberanos; allí por manos de sayones; aquí por manos del sacerdote. Sacrificio es éste tan admirable y de tanta dignidad, que en ninguna manera puede el Padre eterno dejar de aceptarle, por lo que él es, ni dejar de agradarse dél, aunque ofrecido por ministro indigno. ¿Y por ventura podrá negarnos lo que le pidiéremos con esta manera de ofrenda (siendo cosa que nos esté bien) el que recibe un suspiro y una lágrima que un penitente le ofrece, y un servicio por pequeño que sea, estando en su amistad y gracia? Llévale los ojos Abel con su cordero, y en señal de aceptación envía fuego del cielo que le abrase (Gen., 4). Llega á su olfato el olor de los animales limpios que le sacrifica y quema Noé (Gen., 8), acabado el diluvio, y agrádase tanto, que hace juramento y da su palabra de no anegar otra vez el mundo con agua, y pone por señal y prenda de su verdad el arco que muchas veces vemos entre las nubes: ¿cómo podrá torcer el rostro cuando le ofrecemos á su Hijo amantísimo en el altar? ¿cómo no acudirá á nuestros ruegos y peticiones? ¿qué bienes no hará á su Iglesia adonde se le ofrece ofrenda tan rica? No hay cosa que así me consuele como decirme el Apóstol que, dándome el Padre á su Hijo, me dió cuanto tenía que darme (Rom., 8). *Qui proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum: quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?* Todo Cristo es mío, y todo cuanto tiene, y todo cuanto trabajó y sudó y padeció. Su vida es mía, su predicación, sus milagros, sus caminos, sus ayunos, sus vigilias, sus virtudes,

sus dolores, sus lágrimas, sus tormentos, azotes, espinas, bofetadas, prisiones, clavos y cruz, y toda su sangre, que ni una gota nos enajenó, y todo junto se lo ofrezco en el sacrificio de la Misa á su eterno Padre. Pues cuando yo me presente á Él cargado de tan ricos despojos, y le pida misericordia, ¿cómo podrá negármela? Sí, que mayor es este don que le ofrezco que la suelta de culpas que puede hacerme, aunque sean sin número; que si ellas tienen aneja á sí cierta manera de infinidad, respecto de la persona infinita ofendida, esta ofrenda que yo ofrezco de su Hijo es absolutamente infinita; y yo creo verdaderamente que cuantos beneficios y mercedes recibe la Iglesia los recibe por medio de este sacrificio de la Misa, el cual es de tanta dignidad, que no sólo á los vivos aprovecha, sino también á los difuntos que padecen en el purgatorio, y á los Santos que gozan de Dios en su gloria para mayor gloria, como adelante diremos. Y esto baste por ahora, si por ventura á ti no se te ofrece alguna duda.

D.—He reparado algunas veces en una cosa que, aunque podría parecer más curiosidad que necesidad el preguntarla y el deseo de saberla, bien mirado, para mí, tiene mucha dificultad; y el absolverla sería de mucho provecho y edificación. Tú dices, y es de fe, que el cuerpo y sangre de Cristo, ofrecido en el altar por el sacerdote, es sacrificio aceptísimo á Dios; y el Evangelio le llama manjar y comida (Ioan., 6); y lo es verdaderamente; la Iglesia dice que es Sacramento, y de todos el mayor. ¿Esto no es ansí?

M.—Es como lo dices, y no hay lugar de duda ni necesidad de gastar tiempo en probarlo.

Sacramento, sacrificio, comida.

D.—Pues dime, por amor de Dios, ¿cómo pueden convenir en uno estas dos cosas tan diferentes entre sí: sacrificio y comida, satisfacción y mantenimiento, ofrenda con memoria de muerte y comer y beber con regalo?

M.—El que supiere qué cosa es redempción, y satisfacción, y lo que es comer y beber, no dirá que es fuera de propósito tu pregunta. Porque si se mira que este manjar contiene sacrificio en que no se atravesó menos que la muerte de Cristo, y que con eso se ponga en cosa tan ligera como es pan y vino, y que cada vez que me quiero aprovechar deste manjar y mantenerme dél hago reseña y alarde de la muerte y pasión de Cristo, no podrá dejar de admirarse y espantarse de novedad tan grande. Sino, díganme los curiosos investigadores de los secretos de la divina Escritura, ¿qué tiene que ver comer con morir? ¿muerte y sacrificio de Dios con que vos tengais placer, como lo soléis tener, en vuestras comidas y bebidas? ¿y que aquello en que vos tomais gusto sirva de acordaros que murió Dios por vos? ¿Es esta tu duda, hijo Deseoso?

D.—La misma.

M.—Pues oye la respuesta; y aunque me alargue algún tanto en ella, no te canses, que después te holgarás de haberla oído. Digo que juntó el saber de Dios estas dos cosas, sacrificio y comida, en el divinísimo Sacramento del altar, lo primero, para que entendamos por este medio la limpieza que nos obliga cuando nos llegamos á él; que es tanta, que no la fió de nuestra diligencia y cuidado solamente, sino que Él mismo quiso limpiarnos y mantenernos: mantenernos en cuanto manjar, y limpiarnos en cuanto sacrificio.

D.—¡Oh qué limpios conviene que estén los que cada día dicen Misa, comiendo manjar que es la misma limpieza, y que siempre la obra en el alma que debidamente le recibe!

M.—Al paso que comemos habemos de limpiarnos; y tanto mayor ha de ser nuestra limpieza, cuanto más frecuentáremos esta mesa sagrada, en la cual comemos y ofrecemos sacrificio juntamente: con la comida vivimos y nos sustentamos espiritualmente; y con el sacrificio nos santificamos y quedamos siempre más puros. Y dime: ¿cómo hiciera efectos tan maravillosos y tantos en el alma que dignamente le recibe este Sacramento del cuerpo y sangre de Cristo si junto con ser manjar no fuera sacrificio? Santo Tomás, en un opúsculo, dice (S. Thom., in opus. de *Sacramento*) que el mismo efecto hará en mí en particular, si dignamente le recibo, que hizo en el rescate general y común redención del mundo cuando en la Cruz se ofreció. Allí fué vida y remedio para los que se quisieron aprovechar dél, y aquí para mi alma es lo mismo, porque como pan del cielo me da vida: *Qui manducat hunc panem vivet in aeternum.* Y como sacrificio sacrosanto me perdona mis culpas y me alimpia. ¡Ay del que celebrando cada día no sólo anda desmedrado sino menos limpio! Cosa es de grande admiración y espanto que, sacrificándose Cristo una vez en el monte

Calvario, hubiese tantas novedades en el mundo, que el sol se escurece, la tierra tiembla, las piedras se dan unas con otras, los sepulcros de los muertos se abren, el velo del templo se rasga de alto á bajo, el ladrón se convierte; Dionisio en Heliopoli, ciudad de Egipto, reconoce en estos alborotos que el Dios de la naturaleza padece, y que ofreciendo yo en el altar el mismo sacrificio, y comiéndole cada día, no haya más novedad en mi que si comiera un pedazo de pan. Las insensibles criaturas sienten, y yo me quedo insensible; los demonios tiemblan y se acorralan en el infierno, y á mí, acabado de decir Misa, me acometen sin temor alguno. Verdad es que muchas veces, por dispensación divina, se encubren en nosotros los efectos que hace este Sacramento porque la humildad se conserve en el alma; porque si ella sintiese lo que Dios allá dentro invisiblemente obra, podria correr peligro y riesgo, convirtiendo en muerte lo que verdadera y propriamente es su vida. Y para decirte lo que siento de una vez (aunque te pienso descubrir grandes cosas deste soberano sacrificio, sacramento y comida) digo, de sus efectos en el alma y de los bienes que le trae, y con que la enriquece, cuando del cielo se viene por este medio á entrar en ella y aposentarse en ella; te hago cierto y te aseguro que por ningún camino medrarás tanto en la vida espiritual como por la frecuencia del santisimo Sacramento del altar, si como conviene te allegas á él. Lo cual podrás entender del castigo tan terrible que se le dió á Judas, que por haber comulgado en mal estado reventó (Acto., 1), y partido por medio se le derramaron las entrañas.

D.—¿Y es cierto que fué esa pena de aquella culpa?

M.—Los Doctores no hallan otra razón más á propósito; porque si las leyes disponen que cada uno sea castigado en lo que pecó, y al que dió un bofetón le corten la mano, á Judas, que recibió en el estómago este manjar con tan malas entrañas, justa cosa es que reviente y se le viertan las tripas, y que muera muerte tan desastrada.

D.—Pues ¿qué infieres de ahí?

M.—Que siendo Dios, como lo es, más inclinado á hacernos bien y misericordia que á castigarnos, habiendo así castigado rigurosamente el pecado de Judas, por haber comulgado con conciencia de pecado mortal, á quien dignamente y con el aparejo debido y consideraciones que merece misterio tan alto comulgare, ¿qué mercedes le hará?

D.—No se puede eso encarecer más.

M.—Ni yo quiero alargarme en esta razón, aunque pudiera mucho, sino decirte la segunda de haber Dios juntado en uno sacrificio y comida; que fué por asegurar nuestra fe, digo la que tenemos de que en este santísimo Sacramento está el cuerpo y sangre, alma y divinidad de Cristo; y que comiéndole comemos y bebemos su carne y sangre, y lo demás.

D.—No percibo bien esa razón.

M.—Ya sabes de Santo Tomás (S. Tho., in opusc. de *Sacramento)* que no hay artículo particular en la Iglesia acerca del santísimo Sacramento, porque se reduce todo lo que allí pasa á la omnipotencia de Dios; fué como si se nos dijera que para quedarse en comida y en bebida para nosotros se atravesó y entró de por medio todo el poder de Dios; que es una consideración harto maravillosa y dulce para rumiarla y meditar en ella el alma.

D.—De manera que cuando mis sentidos me dijeren que lo que perciben es pan y vino, en la hostia y cáliz consagrados, ¿los debo acallar y desmentir con sólo decir que á Dios nada le es imposible y que la fe deste misterio pertenece á la Omnipotencia suya?

M.—Así es; y para quietarte en esa batalla, que algunas veces es harto grande, molesta y penosa, pon los ojos en lo más, considerando, que si es comida es sacrificio, y que si hizo mucho en quedarse contigo en forma que le pudieses comer y beber, hizo mucho más en darse en sacrificio, en que hubo el morir con tantos dolores, angustias y deshonras en una Cruz. ¡Oh padre!, dirá alguno, ¿cómo es posible que yo coma á Dios? Como lo fué morir por ti Dios. Quien hizo lo más, ¿no haría lo menos? Más fué morir que sacramentarse; porque con el morir destrúyese el ser natural de Cristo en forma humana, y en el Sacramento se representa esa misma destruición. Pues anden juntas estas dos cosas, sacrificio y comida, para que cuando el demonio me pusiere dificultad en esto, que no alcanzan mi razón y sentidos, me sosiegue y quiete con la consideración de lo que á nuestro modo de entender y en el hecho de verdad era más dificultoso. El que á su proprio Hijo no perdonó, dice el Apóstol (Rom., 8), sino que le entregó por todos á la muerte, como en otra

parte dijimos, ¿qué nos pudo negar? ¿qué tuvo que darnos que no nos lo diese? Si murió por mi, ¿qué mucho que se haga manjar para mí? De aqui podrás colegir, y sea la tercera razón, el respeto y la reverencia con que debes llegarte á comer este pan de vida, en el cual eso mismo que es manjar fué rescate y redención común.

D.—Respeto infinito había de ser.

Respeto para comulgar.

M.—Si fuera posible, sí; pero ya que de nuestra parte no lo puede ser, sea el posible. San Juan Crisóstomo dice (Chrysost., in Matth.), y otros muchos Santos y doctores, que cada vez que comulgamos habemos de hacer cuenta que ponemos la boca en el costado de Cristo, de que San Juan vió salir agua y sangre (Ioan., 19), esto es, la materia y el valor de los Sacramentos. Mira, pues, con qué reverencia y con qué respeto te pusieras á beber de aquella agua y sangre, teniendo gran sed, estando Cristo puesto en la Cruz; pues con ese te has de llegar á recebirle sacramentado, porque verdaderamente comes su carne y bebes su sangre. De manera que si de llegarte á comulgar ó á decir Misa frecuentemente te naciere alguna osadía, viendo que se te quedó el Señor en pan y en vino, cosas tan fáciles y manuales, repares en que eso que comes y bebes primero fué sacrificio y redención con que fuiste rescatado y redemido, y ahora lo es ofrecido en el altar, aunque sin sangre; la cual consideración es admirable para reprimir y refrenar cualquier atrevimiento que ó de nuestro descuido ó de la llaneza del Señor naciere en nosotros. Y porque deste particular tengo de tratar más de propósito en el libro de la pasión, no digo aquí más, porque quiero que oigas la última razón desta unión y junta admirable de sacrificio y manjar. Dime, ¿por qué comes y bebes cada día?

D.—Por sustentarme y reparar lo que cada día pierdo.

M.—Pues al mismo paso quiso Dios que procurases el comulgar que el comer, porque si cada día pierdes pecando, cada dia es bien que trates de reparar eso que pierdes comulgando; porque por la parte que es manjar te sustentarás, y por la que es sacrificio te repararás. San Ambrosio dice (Amb., lib. 4 de *Sacram.*) que cuando la Iglesia canta: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*, lo entiende y lo dice del santísimo Sacramento del altar, el cual pide cada día para la vida y reparo de cada día. Y júntase á esto la necesidad precisa que tenemos de llegarnos á él, ansí por ser sacrificio como por ser comida; porque recebido como sacrificio, recebimos libertad, porque perdona culpas; y como manjar, remediamos nuestra hambre. Cosa grande es la libertad, pero algunos la han dado por remediar su hambre. *Cur ergo moriemur*, dicen á Josef sus hermanos (Genes., 47), *te vidente? et nos et terra nostra tui erimus, eme nos in servitutem regiam* (1). Pues para gozar de libertad, y para matar la hambre que sólo Dios puede remediar y matar, no hay otro remedio más eficaz que llegarte, si puedes, cada día á celebrar y á comer este pan, que liberta las almas y las satisface y da cumplida hartura. Y no digo más en el caso, porque es ya tiempo de tratar de otras cosas.

D.—Di lo que significa esta palabra Misa y las causas de su institución.

Misa qué significa.

M.—Consultadas las tres lenguas Hebrea, Griega y Latina, tiene varias significaciones este nombre Misa, y en esto andan harto varios los Doctores. San Buenaventura, Reul, Alciato, Héctor Pint, Muster, Sinese, Suidas y algunos hebreos dicen (S. Bona., tom. 2; Reul., lib. 2 de *Eruditio Hebrœ.;* Alcia., lib. 7; Parerg., cap. 10; Héctor Pint, cap. 3 in Ezech.; Muster, in *Dictionaria Heb.;* Synes., epis. 79; Suidas et alii, Gangacus. et Erasm.) que se deriva del verbo *Missat*, que significa ofrenda espontánea ó sacrificio voluntario. Los griegos, en lugar de Misa ponen *Lyturgia*, que es lo mismo que ministerio público, oficio ú ofrenda Ganeo, Erasmo y otros interpretan sacrificio· otros, operación sagrada; Gregorio Nacianceno, sacrificio incruento ó sin sangre; idem San Ignacio Mártir, *alii arcanum misterium.* Y San Dionisio llama á Cristo autor deste tan alto Sacramento. Los latinos dicen (Alvinis, de *Divin. offic.*, c. de celeb. Missae, ex Isido.,

(1) «¿Por qué hemos de morir viéndolo tú mismo? Cómpranos como esclavos del Rey. Nosotros y nuestra tierra seremos tuyos». No son estas palabras de los hermanos de José, sino de los egipcios, según se deduce del vers. 15. Y es más extraña esta distracción del autor, porque en el mismo cap., v. 12, se dice: «Y sustentaba José á sus hermanos y toda la casa de su padre dándoles comida á cada uno».

lib. 6; *Etym.*, c. 19; Raba. Maurus, lib. 1 de *Instit. cler.*, cap. 32, et multi alii) que se deriva deste verbo *Mitto*, que significa enviar, ó porque antiguamente los catecúmenos, que eran los que aún no habían recebido agua de Bautismo, en diciendo el Evangelio salía un diácono al cuerpo de la iglesia y los enviaba fuera, porque á solos los cristianos era lícito asistir á la consagración del Cuerpo de Cristo y á los demás misterios que se celebraban en la Misa. Otros afirman (estando en la misma significación) que se llama deste nombre porque acabado el divino sacrificio se vuelve el sacerdote ó el diácono al pueblo y dice: *Ite, Missa est*, dando á todos libertad de irse á sus casas ó á sus ocupaciones, porque ya se envió á Dios su ofrenda, y con ella sus oraciones. Yo digo, y tengo de mi parte á San Evaristo Papa, á Alejandro IV, á Telesforo, VI después de San Pedro, á Higinio VII, á Pío (epist. 8 ad Iustum) y á otros Pontífices Sumos, decretos y constituciones eclesiásticas, Concilios y doctores santos, que lo mismo es y significa Misa que sacrificio santo; y en esta aceptación y sentido la toma y usa la Iglesia Católica, pienso cierto que desde su institución por Cristo. Y la razón de llamarse Misa, á mi parecer, es porque habiéndonos el Padre Eterno hecho merced de enviarnos á su Hijo por ministerio del sacerdote, por sus manos se le volvemos y ofrecemos en sacrificio, para remedio de nuestras necesidades y perdón de nuestras culpas, alivio de los que están en purgatorio, gloria de la beatísima Trinidad y gozo general de la celestial patria. Y viene bien que acabada esta ofrenda se les diga á los fieles: *Ite, Missa est:* Id en paz, que ya el sacrificio se hizo y se le envió á Dios. Algunos dicen que se llama Misa porque al tiempo que se celebra son enviados los ángeles para que asistan á ella, ó porque es enviado el Hijo de Dios á las manos del sacerdote por la fuerza de las palabras de la consagración, para santificarnos y tenernos compañía. Aténgome á lo que acabé ahora de decir. Y digo, para cumplir con esta primera parte, que es más claro que el sol al medio día, así del Evangelio como de las epístolas de San Pablo, Concilios y autoridades de Santos, desde la primitiva Iglesia, que Cristo Redentor nuestro instituyó el sacrificio de la Misa y es el autor dél. San Lucas dice (Luc., 22): Y habiendo tomado el pan en las manos y dado gracias, lo partió y dió á los suyos, diciendo Este es mi cuerpo, que se da por vosotros. Esto haced para recuerdo mío. Y San Pablo á los de Corinto dice (I Cor., 11): Lo que os he enseñado, del Señor lo recebí. Y declarándose luego, añade: Porque el Señor Jesús, en la noche que fué entregado, tomó el pan, y habiendo dado gracias lo partió y dijo: Tomadlo y comedlo; este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado. Esto haced para memoria de mí. Y advierte que la palabra ó verbo *facere* significa sacrificar, no sólo acerca de los autores profanos Plauto, Virgilio, Cicerón y Macrobio, sino también entre los autores sagrados (Levit., 15 et 25; Numer., 6, 8 et 9; Iud., 13; III Reg., 18; Ezech., 43; Hier., 7). Y entre los Hebreos el verbo *asa*, que significa hacer, se usurpa hartas veces por sacrificar. Así trasladan aquel lugar del Exodo (Exod., 10): *Et faciemus Domino Deo nostro, id est, sacrificabimus Domino*, etc. [1]. De manera que lo mismo fué decir Cristo: Esto haced acordándoos ó para acordaros de mí, que si dijera: Este sacrificio de mi cuerpo y sangre repetid y ofreced, para que no se os olvide lo mucho que hice y padecí por vosotros.

D.—Si me dieres licencia, te diría un pensamiento que he tenido oyéndote referir eso que hizo y dijo Cristo en la Cena.

M.—Si es á propósito de lo que voy tratando, de buena gana te oiré.

D.—¿No causaría grande admiración y espanto en los apóstoles ver asentado á Cristo á la mesa, un hombre tan lindo, tan bien proporcionado y de tan extremada hermosura, que arrebataba á sí los ojos y corazones de quien le miraba; y oirle decir, teniendo un pan sin levadura en las manos, y por ventura no muy sabroso, ni de la flor de la harina, sino basto y de familia, porque en aquel Colegio santo no se vivia con regalo de cuerpo. *Accipite, et manducate: Hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur:* Tomadlo y comedlo; este es mi cuerpo que por vosotros será entregado á la muerte?

M.—Mirarían sin duda á Cristo con los ojos corporales, grande, hermoso, dispuesto y que comía y bebia con ellos; y miraríanle como á Maestro dulcísimo, y como á huésped graciosisimo; y con los ojos de la fe le contempla-

[1] «Y haremos para el Señor Dios nuestro, esto es, sacrificaremos al Señor, etc.».

rían hecho manjar y comida del alma, que promete y da vida eterna; y diría cada uno dentro de sí: Este que veo es este que como. Aquella grandeza se encierra en esta pequeñez; aquella hermosura en aqueste pan. Gran consuelo sería para aquel Colegio apostólico estar á la mesa con Dios comiendo y bebiendo; pero mucho mayor verse con Él en las manos para comérsele y meterle en sus entrañas. ¡Oh milagro grandísimo, suma y epílogo de los milagros y maravillas de Dios! ¡Dios comiendo, y Dios comida, y Dios comido de los suyos y de sí mismo! (porque los comulgó y se comulgó á sí con ellos). Ese es el espanto de la Iglesia. *O res mirabilis, manducat Dominum pauper, servus, et humilis!* ¡Oh cosa admirable, que un esclavo herrado y uno desos pobres que dais del pie se asiente á la mesa deste Señor y le coma; y que esté comiendo, y bebiendo, y diciendo allá dentro de sí: Este que como y bebo está asentado con gloria de Unigénito de Dios á la diestra del Padre; éste, viviendo aun en carne mortal, hacía los milagros de que dice el Evangelio, daba vista á ciegos, salud á enfermos, oídos á los sordos y vida á los muertos; éste es el que murió por mí y me ha de salvar! ¿Qué hará comido el que tales cosas hacía invocado y tocado? ¿Qué rey hizo convite á los suyos de sus proprias carnes? ¿Qué pastor se dió á sí mismo en pasto á sus ganados? Los israelitas, visto aquel manjar milagroso que Dios les envió en el desierto, llenos de admiración dijeron: *Manhú?* ¿Qué es esto? Y quedóse sin respuesta aquella figura para que respondiese Cristo la verdad de aquella figura. *Hoc est enim corpus meum*: Este es mi cuerpo. Pero no paremos aquí, aunque pedía espacio esta consideración; porque te quiero decir yo la mía.

D.—¿Qué es?

M.—Que no hallo que alguno de los convidados preguntase á Cristo el cómo desta su obra, como lo preguntaron los judíos oyéndole decir un día: *Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita* (1) (Ioan., 6), cuando dijeron luego entre sí: *Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum?* (2). Admíranse los apóstoles viendo esta maravilla; creen en lo que oyen, comen lo que les dan, y callan; porque no hay decir ¿cómo? á las obras de Dios, que es de judíos descreídos y del demonio descomedido y desvergonzado. Saben que es Dios el que esto hace; saben que crió cielos y tierra y todas las cosas de nada (Génes., 19); saben que convirtió en un momento los ríos de Egipto en sangre, en estatua de sal la mujer de Loth y que de la piedra durísima sacó aguas en abundancia en el desierto (Exod., 7); saben que del polvo de la tierra convertido en carne y sangre formó á Adán, y de un hueso á su mujer Eva; saben que la vara de Moisén á cada paso se mudaba en serpiente; y, al fin, tenían memoria de la conversión del agua en vino en las bodas de Caná de Galilea (Ioan., 2) y de otros muchos milagros del nuevo y viejo Testamento; y así creían que no le era imposible ni dificultoso el mudar una sustancia en otra al que toda sustancia crió, por sola su voluntad y palabra, de nada. Por esto creen, por esto comen y por esto callan. Y de camino colige que este divinísimo Sacramento es de comer y callar. Es sacramento de fe, de espíritu y de amor; y basta la digresión.

D.—Regaladísimos sentimientos son todos los que has dicho, y verdaderamente con tu respuesta me has dado ánimo para preguntarte cualquiera cosa que me hiciese duda ó se me representare misteriosa.

M.—Volvamos á nuestro propósito, en que comencé á probar del Evangelio que Cristo es el autor y instituidor del altísimo sacrificio de la Misa. De que San Dionisio, excusando su osadía (D. Dionis., de *Eccles. Hierar.*, c. 3) y atrevimiento en hacer oficio de sacerdote y consagrar y ofrecer el cuerpo y sangre del Señor en el altar, dice así: *Tu dixisti: Hoc facite in meam commemorationem.* Vos, Señor, me lo mandastes, y por vuestra obediencia lo hago. Y San Marcial dice (Epis. ad Burdigal, c. 3): Que los judíos sacrificaron á Cristo en la Cruz por invidia, pensando por este medio borrar su nombre de la tierra; pero nosotros, por causa de nuestra salud, en el ara santificada le proponemos, consagramos y ofrecemos, sabiendo de cierto que por solo Él se nos ha de dar la vida y habemos de escapar de la eterna muerte; lo cual el mismo Señor nos mandó hacer en su memoria. San Ireneo dice (Iren., lib. 4, c. 31) que la Iglesia

(1) «El pan que yo daré es mi carne para vida del mundo».

(2) «¿Cómo Éste puede darnos su carne para comer?»

católica tomó de los apóstoles el ofrecer este sacrificio por todo el mundo. Y San Cipriano afirma eso mismo (Cypr., lib. 2, epíst. 3): *Admonitos* (inquit) *nos scias, ut in calice offerendo Dominica traditio servetur, neque aliud fiat a nobis, quam quod pro nobis Dominus prior fecit, ut calix, qui in commemoratione eius offertur, mixtus vino offeratur.* Porque si Jesucristo nuestro Dios y Señor es Sacerdote sumo de Dios Padre, y Él le ofreció el primero sacrificio y dejó mandado que esto se hiciese en memoria suya, aquel sacerdote verdaderamente tiene las veces de Cristo que imita lo que hizo Cristo, y entonces ofrece en la Iglesia sacrificio verdadero y lleno si ansí comienza á ofrecerle y prosigue como Cristo ve que le ofreció. Esto mismo dice San Ambrosio (in cap. 10 ad Hebreos) y San Crisóstomo (cap. 7 de la misma epístola). El Concilio Constancience (ses. 8) condenó la herejía de Wiclef, que con boca sacrílega se atrevió á decir que no tenía fundamento en el Evangelio nuestra confesión; conviene á saber: que Cristo instituyó y celebró la primera Misa. Pruébase esto ser ansí como lo creemos y confesamos de que luego que se subió Cristo á los cielos se comenzó el uso y celebración cuotidiana deste sacrificio incruento de la Misa, y que fué San Pedro el primero que la celebró, afírmanlo muchos y muy graves autores (Hirichi., lib. 16 in *Levi.*; Chrys., hom. 17, epis. ad Hebr.; Aug., lib. 83, ques. 45, et multi alii, tam Greci quam Latini, a temporibus apostolorum usque modo; Conc. Const., sess. 8.; Conc. vien; Clem. 1, de *reliq. et vener. Sanct.;* Conc. Trid., sessio 22, can. 2; Abdias Babylonio, libro 1; San Lino, de *Passione Petri*; Egesipo, libro 3 de *Excidio Hierosolymitano,* cap. 2; Isidoro, libro 4 *Divinis officiis*, cap. 15; Alcuino, de *Divinis officiis*., c. de *celebratione Missae*; Simeón Metafraste, in *vita S. Petri*, Uvalfredo Estrabon, de *rebus Ecclesiast.*, c. 22; Remigio, libro de *offic. Missae*; Hugo de S. Victore, *Libro de Sacrament.*, par. 8, cap. 14). Y hállase una Lyturgia ó Misa ordenada por el mismo San Pedro en lengua griega, como lo afirma Francisco Turriano (lib. 3 de *Dogmaticis characteribus*). Hay otra Misa ordenada por Santiago, obispo de Jerusalén. Son autores desta San Proclo, obispo de Constantinopla (*De traditionibus divinae Missae*); Nicolás, obispo; Besarion, cardenal (*De Sacra Eucharistia*). Finalmente el Sínodo Trullense dice que el sacrificio de la Misa fué instituído por Cristo. Notario (en la *Vida de San Marcos Evangelista*) dice que sus enemigos le acometieron estando diciendo misa. (Sub nomine S. Synodi, can. 30; Beda, in *Martyrolo.*, ad 7 Kalen. Maii; Marianus Scot, lib. 2; S. Anton, par. 2, t. 6; S. Thom., 3. p, q. 73, art. 4, in. corp. art.) Pudiéramos hacer aquí un muy largo discurso para probar esta verdad tan importante, pero basta lo dicho para satisfacer á los piadosos lectores que sólo se contentan con saber que la Iglesia Católica Romana tiene una cosa y la predica y enseña, para no pedir texto, ni Concilio, ni otra alguna razón y autoridad, porque saben y creen que la rige el Espíritu Santo y que es coluna firmísima de toda verdad.

D.—¿Qué causas le movieron á Cristo á ordenar el divino sacrificio de la Misa?

M.—Muchas, y en suma éstas: Que tuviésemos á la mano cada día que ofrecer al Eterno Padre, que le fuese á Él siempre grato y á nosotros provechoso. La segunda, socorrer á nuestras ordinarias necesidades y pobrezas. La tercera, reparar lo que los pecados destruyen y gastan en nosotros. La cuarta, despertar en las almas la memoria de su pasión y muerte. La quinta, hacernos unos consigo y entre nosotros por este Sacramento de unión. La sexta, socorrer á las ánimas que están en purgatorio. La séptima, obligar al Padre Eterno á que nos haga mercedes por el gran servicio que le hacemos ofreciéndole á su Hijo. La octava, quedarse con la Iglesia y tenerle compañía hasta la fin del mundo, y otras algunas que en la prosecución desta obra en sus lugares tocaremos.

D.—Bien pudieras extender más esa doctrina y sobre cada razón decir muchas cosas de harto provecho.

M.—No se puede decir todo lo que se ofrece, que sería exceder en demasía y alargar estos nuestros diálogos de manera que cansaran á los lectores y les quitaran el gusto de leerlos, viéndolos en tomo y volumen más que mediano.

D.—Con satisfacerme á lo que ahora se me ofrece nos podremos recoger por hoy. Dime, ¿son aquí una misma cosa y tienen una misma razón sacramento y sacrificio?

M.—No por cierto, porque sacrificio es ofrenda que ofrecemos á Dios, ó servicio que le hacemos, ó dádiva que le damos de aque-

las mismas cosas que de su liberal mano recebimos; y como el mayor beneficio y más aventajada merced que Dios nos ha hecho es habernos dado á su unigénito Hijo para que en el mundo fuese nuestro legislador (Ioan., 3; S. Thom., q. 48. art. 3, in corp. art.: *sacrificium proprie dicitur aliquod factum in honorem proprium Deo debitum ad Deum placandum*) [1], en la Cruz nuestro Redentor, en el sacramento sustento y pasto nuestro, y en el cielo premio aventajadísimo, no teniendo nosotros caudal para pagar deuda tan grande, proveyó la divina misericordia que ese mismo Redentor y Señor nuestro se nos quedase en sacrificio para que nada menos le volviésemos al Padre, por los innumerables beneficios que de su mano recebimos, que á su proprio Hijo hecho para nosotros todas las cosas. Y así es que nos sirve de holocausto para honrar y reverenciar á la Majestad divina, y de sacrificio para limpieza de nuestras culpas, y de hostia para hacimiento de gracias, y al fin Él es nuestra hacienda y con Él pagamos lo que debemos y nos quedamos con Él después de haber pagado. Y una de las razones por donde se distinguen aquí sacramento y sacrificio es (Aug., lib. 4 de *Trinit.*) que como el sacramento sea señal de cosa sagrada, que ó la contiene en sí ó la hace en el uso, la perfección dél está en la consagración; mas en cuanto se ofrece á Dios es sacrificio, y su razón formal está en la ofrenda, y de aquí se sigue que cuando está en la custodia, ó se lleva al enfermo, ó se recibe de mano del sacerdote, es sacramento como los demás, y uno y el principal dellos. Pero es sacrificio cuando con solenidad se consagra y se ofrece y se recibe en la Misa cuerpo y sangre, y si un sacerdote consagrase y no comulgase, no se diría entero sacrificio, porque á la esencia dél pertenece recebirle debajo de ambas especies de pan y de vino

Quatuor considerantur in omni sacrificio: cui offeratur, pro quibus, a quo, quid.

D.—Luego el que solamente comulga ¿no ofrece sacrificio?

M.—En alguna manera sacrifica, mas no se halla allí la total razón del sacrificio ni puede ofrecerle como tal sino el sacerdote, que es el ministro de la Iglesia y representa la persona de Cristo. Santo Tomás dice (S. Tom., 3. p., q. 79, art. 7. in corp. art.; Belarm., de *Mis.*, lib. 1. c.) que por cuanto este sacramento no sólo es sacramento sino sacrificio, á todos los que le reciben aprovecha, por modo de sacrificio y por modo de sacramento, porque por todos los que le reciben se ofrece; y también aprovecha á los que no le reciben, en cuanto sacrificio, porque en cuanto tal se ofrece por su salud [1]. Lo cual quiso significar el mismo Cristo cuando dijo (Math., 26; Luc., 22): Esta es mi sangre, que por vosotros y por muchos será derramada en remisión de pecados. Lo demás se quede para mañana, que ya yo estoy cansado de hablar y con necesidad de recogerme para estudiar en los misterios de la Misa, de que será nuestra plática la primera vez que nos veamos. A Dios, Deseoso.

Sacrificium est oblatio externa facta soli Deo qua ad cognitionem humanæ infirmitatis, et profesionem divinæ maiestatis, a legitimo ministro res aliqua sensibilis, et per manus ritu mystico consecratur et transmutatur.

D.—El vaya contigo y te dé su espíritu Amén.

DIÁLOGO SEGUNDO

De la preparación del sacerdote para decir Misa; y del que comulga, para que le entre en provecho. De la sacristía y entrada en ella; y de los ornamentos sacerdotales y altar.

Discípulo.—¡Oh, padre de mi alma, en hora buena te vea yo!

Maestro.—Buenas horas son las que se gastan en servir á Dios y á su Iglesia.

D.—Tales me parecen las tuyas, porque no cesas de trabajar en servicio del Esposo celestial y de su Esposa.

M.—A lo menos deseo eso, y con la poca salud que de ordinario tengo, lo más del tiempo ocupo en escribir, porque el predicar me cansa mucho y me luce poco.

D.—¿Por ventura haste acordado de lo que

[1] «Sacrificio, propiamente hablando, se llama cualquier obra que se hace á honra debida á Dios y para aplacar al mismo Dios».

( ) En el ladillo pone la definición del sacrificio, la cual traducimos para que el lector por sí mismo pueda aplicarla á la Misa; dice así: «Sacrificio es una ofrenda externa hecha á solo Dios, por la cual, reconociendo la flaqueza humana y confesando la Majestad soberana de Dios, un ministro le consagra y destruye con sus manos alguna cosa sensible con ceremonias místicas».

ayer me prometiste acerca de los misterios de la Misa?

M.—Gran parte de la noche he gastado en ellos; pero siento mucho verme obligado á callar algunas cosas de importancia y gusto, por la determinación que tuve al principio de hacer tratado para persona particular del siglo, que desea sólo saber oir Misa con aprovechamiento y satisfacción espiritual. Quisiera tratar de la dignidad del sacerdote, misterio deste sacrificio divino, del aparejo que debe hacer antes de llegar á decir Misa, de las vestiduras sacerdotales, del altar y de otras cosas tocantes á esta soberana representación.

D.—Manca quedará esta obra si dejas de decir todo eso; y á mi parecer es necesario el decirlo, por lo que importa al seglar saber la grandeza del estado sacerdotal, lo que representa en la Misa, con qué ojos le debe mirar revestido, y lo que significa el am to, estola y casulla, y el lugar del sacrificio, que es el altar.

M.—Dígote de verdad, hijo Deseoso, que poniéndome algunas veces á considerar con atención la dignidad de un sacerdote de la nueva y evangélica Ley, que quedo como asombrado y fuera de mí. Porque por una parte se me representa la importancia de los negocios que trata, que todos hacen á nuestra salud y bien espiritual; por otra, con quién los trata, que es el mismo Dios; por otra, el poder que tiene de Cristo para que, pronunciadas las palabras de la consagración con intención de consagrar, luego baje á sus manos el mismo Cristo, Señor del cielo y de la tierra: la autoridad sobre el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, que al fin como ministro suyo perdona pecados y abre y cierra el cielo á su voluntad. ¿A cuál de los ángeles se dice: A ti daré las llaves del Reino de los cielos; lo que atares en el suelo será atado en el cielo, y suelto acá y allá lo que desatares, como se lo dijo á San Pedro y se lo dice á los sacerdotes de la Iglesia? (Mat., 16; Ioan., 20). Los ángeles acompañan al que dice Misa y le están haciendo cuerpo de guardia en derredor; y servirían allí de monacillos si se les diese licencia y orden para ello. No te quiero referir aquí la honra y honras y la reverencia que los cristianisimos emperadores hicieron en sus tiempos al sacerdocio, porque sería nunca acabar. Del emperador Máximo se escribe que (Severus, *in Vita S. Martini*, c. 23), teniendo por convidado á su mesa á San Martín, obispo, no quiso que se le sirviese á él la copa primero que á este santo ni el santo consintió que luego después dél bebiese el emperador, que lo deseaba y pretendía, sino un sacerdote que tenía junto á sí, juzgándole por más honrado que á tan gran monarca del mundo. San Ambrosio no dejó asentar entre sus clérigos al emperador Teodosio, lo cual él sufrió con mucha humildad; y dándole asiento entre ellos en Constantinopla el patriarca de aquella ciudad, no quiso tomarle. Canuto, rey de Dinamarca, daba renta á los sacerdotes y les mandaba asentar con los duques y grandes señores de su reino. San Wencislao mártir (Sur. 10 Julii), rey de Bohemia, ayudaba á Misa á los sacerdotes y los visitaba en sus casas y proveía de lo necesario, Qué respeto les tuvo nuestro padre San Francisco no se puede decir, ni yo sabré significar aquí la estimación que ellos deberían tener de sus personas para no abajarse á cosas viles y indignas del oficio y dignidad que ocupan. ¡Ay del sacerdote que al nombre santo de que goza junta obras malas, y que, siendo grande en el oficio, por sus culpa es pequeño y nada en los ojos de Dios; religioso en el vestido y los ejercicios sin religión; el estado alto y los pensamientos bestiales! (S. Ambr., tom. 4, lib. de *Dig. sacer.*, c. 3). San Juan Crisóstomo quiere que la vida del sacerdote sea angélica, pues en dignidad y en su administración es más que ángel; rayos de luz habíamos de echar de nosotros para desterrar del mundo todo género de tinieblas. Más santos nos quiere este doctor que á Moisén y que á Elías, porque nuestro oficio es de mayor autoridad que el dellos; lo cual advirtiendo y mirando muchos siervos de Dios, y entre ellos San Basilio, San Atanasio y San Juan Crisóstomo, rehusaron por mucho tiempo tanta dignidad y honra, escondiéndose y huyendo á los desiertos. De un religioso monje anacoreta, llamado Marcos, se cuenta (César Barón, tom. 1. *Anno Christ.*, 351, c. 33), que se cortó el dedo pulgar de la mano por no subir á la dignidad sacerdotal; y nuestro padre San Francisco no se atrevió á ordenarse de Misa, considerando la limpieza que para tan alto estado se requiere, mostrándosela un ángel en una redoma de vidrio llena de agua clarísima. Y no hay para qué multiplicar ejemplos, que las historias están llenas dellos, sino mirar lo que dice el Sabio (Eccles., 7): Que como á Dios se deben respetar, honrar y amar los sacerdotes. Lo cual te

digo que hagas, aunque sean de vida desconcertada, no por sus personas, sino por el oficio y dignidad en que los puso Dios. Y no quiero en ellos, decía nuestro padre San Francisco, considerar pecado, por cuanto al Hijo de Dios acato en ellos, y son mis señores (1).

D.—Grande encarecimiento es ese verdaderamente y digno de tan santo y apostólico varón.

M.—Mayor es el del papa Antero, XVIII (2) después de San Pedro, que tratando de los sacerdotes dijo (Anterus, epis. 1): Nunca Dios quiera que yo hable una mala palabra de aquellos que consagran el cuerpo santísimo de Cristo y por los cuales somos cristianos y que tienen las llaves del cielo para juzgarnos antes del día del juicio. San Crisóstomo tiene (Tom. 5, libr. 3 de *Sacerd.*) por peores á los que dicen mal dellos y los ofenden que á los malvados Datán y Abirón, que vivos se los tragó la tierra; por haber murmurado de Moisén y Aarón (Núm., 16). Hanse visto castigos espantosos en los atrevidos al sacerdocio, de que están llenas las escrituras humanas y divinas. Al fin el apóstol San Pedro llama á los sacerdotes (I Petr., 2) del Nuevo Testamento linaje escogido y sacerdocio real. Y San Juan evangelista se muestra agradecidísimo á Dios por habernos, dice, hecho para sí reyes y sacerdotes. Y no quiero decir aquí la estima que los gentiles hicieron de sus sacerdotes y ministros de los demonios, por no afrentar á los cristianos que tan en poco tienen á los del Nuevo Testumento y tantos desacatos les hacen cada día. Yo oí muchas veces, no sin grave dolor de mi corazón, á una señora de título de este reino llamar de vos á los sacerdotes, cosa verdaderamente escandalosa y digna de un grande castigo del cielo. Severo Sulpicio (*in Vita San Martini*) cuenta que por no haber el emperador Valentiniano recibido con reverencia al santo obispo, ni levantádose de su silla y dádole asiento y concedídole lo que le pedía, súbitamente salió de la misma silla del emperador una llama de fuego que le comenzó á quemar, y él compungido se levantó y honró al sacerdote de Cristo.

D.—Terrible ejemplo y á propósito para reprimir y refrenar la descompostura de muchas mujeres muy particulares, que se sirven de sacerdotes en ministerios muy bajos, y ellos las llevan y traen de la mano como escuderos seculares.

M.—Lo peor es que ellos mismos se apocan y envilecen y dan ocasión para más que eso, entremetiéndose en gobernar las casas ajenas y cuidar de las haciendas, hechos mayordomos de los señores y despenseros suyos; tengo vergüenza de referir aquí lo que pasa en el mundo y lo que por mis ojos he visto muchas veces. Al fin, se toma ya el sacerdocio como otro cualquiera oficio mecánico, por entretenimiento ó por modo de vivienda, para ganar de comer ó para autoridad vana, ó por otros respetos apartados lejos del que tuvo Cristo cuando instituyó el sacerdocio en su Iglesia. No te quejes, sacerdote, de que no te honren, pues tú te haces despreciable dejando de acudir á tus obligaciones y acudiendo á las ajenas, ajenas mucho de tu dignidad. Si se desvanece la sal y se le pierde la virtud de salar, ¿de qué ha de servir? ¿ó qué caso se ha de hacer della? El que dice Cristo (Mat., 5): de que la pisen los hombres y la huellen. De manera que la que estando en su punto se ponía en las mesas de los reyes y monarcas del mundo, ande debajo de los pies de todos, abatida y despreciada. Y será como el pueblo así el sacerdote, dice un profeta (Oseas, 5); como si dijera: Ninguna diferencia hay entre ellos y él. Si no salís de entre los populares ¿no habéis de ser como uno del pueblo? ¿qué respeto queréis que os tengan? ¡Ay! ¡Cuántos servimos de lazo y somos ocasión de caída á los pequeñuelos, y como red barredera arrojada en un grande río, que atala los peces que halla en él! Pues yo, dice Dios (Malac., 2), moveré sobre vosotros mi ira y mi indignación. Enviaros he pobreza y echaré mi maldición sobre lo que vosotros bendijéredes, y cargaré sobre vosotros mi mano pesada; seréis confundidos y menospreciaré vuestras solemnidades. Yo he consentido que os pierdan el respeto y que seais menospreciados de todas las naciones, y haré con vosotros los que hacéis conmigo. Mira cómo vives, sacerdote, y cómo andas y cómo tratas; acuérdate que por Malaquías eres llamado ángel del Señor de los ejércitos; y que de tu boca no ha de salir sino el Evangelio y ley de Dios, porque de uno y otro eres depositario, y eres

(1) En su testamento.

(2) Es decir, décimoctavo pontífice, y no de este nombre, como confusamente parece significar.

puesto por medianero entre Él y los hombres; y no te digo más.

D.—Tras de eso viene el tratar de la preparación que debe hacer para llegarse á celebrar y ofrecer á Dios el divino sacrificio en su altar.

Preparación para decir misa.

M.—La de San Carpo quisiera para mí, del cual dice San Dionisio (Dionys., ad Demophilium, epist. 8) que, siendo de alma candidísima, y habiendo llegado por su limpieza á ser divinísimo en visiones y revelaciones de Dios, nunca se atrevió á llegar á tratar los divinos misterios sin que primero en sus oraciones (que preceden á la Misa) hubiese tenido alguna visión sagrada y alegre.

D.—Pocos Carpos se hallarán hoy en la Iglesia de Dios.

M.—Y si alguno hubiere, no tienen necesidad de mi enseñamiento. A todos los otros digo que toda cuanta preparación puede haber de nuestra parte es poca respecto de la que merece y pide la administración de tan alto sacrificio. Que bien dijo San Germano obispo: Conoced todos los sacerdotes, que al divino altar os allegais y ofrecéis el incruento sacrificio, que anunciais las vivas pasiones de Cristo, como si hubiérades de representar y sentir en vuestras personas lo que sintió Cristo en la suya. Si para hablar con Dios Abraham se conoció y confesó polvo y ceniza, y Jeremías no sabe (Hierem., 2) pronunciar del A. B. C. más que la A, que dice admiración y pasmo, y Moisén dice (Exod., 4) que es balbuciente y media lengua, y á Isaías le caldean los labios (Isai., 6) con fuego del altar; ¿qué disposición y aparejo será menester, no para hablar, sino para tomar á Dios en las manos y meterle en el pecho y administrarle á los fieles? Si para contentar al rey Asuero las mujeres que tenía en su palacio habían de estar seis meses recogidas y encerradas, ocupadas tan solamente en curar sus rostros y aderezarse y componerse, afeitarse y pulirse, mirándose y remirándose cada cual á su espejo; para presentarse el sacertote á Dios en su altar y ofrecer sacrificio á toda la beatisima Trinidad, ¿qué recogimiento será necesario? ¿qué cuidado? ¿qué diligencia? ¿qué atavios? ¿qué afeites del cielo? Piénsalo tú, hijo Deseoso, que yo no puedo pasar de aquí con esta consideración. Si en los ojos de Dios las más resplandecientes y claras estrellas no están bastantemente limpias (Iob, 25), ¿qué limpieza bastará para que parezcan limpios los sacerdotes sacrificando á Cristo, pues, aunque sacerdotes, son hombres que moran en casas de barro y tienen el fundamento de tierra? En el Éxodo (Exod., 19) y en el Levítico (Levit., 20), mandaba Dios que los sacerdotes que en su mesa habían de ofrecer panes se santificasen primero y se purificasen, y que si hubiese en ellos alguna mácula no hiciesen este oficio. Para ofrecer el Pan de los Ángeles, el Pan vivo que descendió del cielo en el altar evangélico y místico de la Iglesia Católica, ¿qué santificación y purificación será menester? Serán santos, dice Dios de los sacerdotes de la vieja Ley (Levi., 22), y si no lo fueren no pongan incienso ni panes en mi altar, porque ensucian y desacreditan de esta manera mi santo nombre. Y más abajo dice que cualquiera hombre de linaje sacerdotal que tocare alguna cosa de las que los hijos de Israel ofrecieren, no estando limpio, sea echado del acatamiento de Dios y muerto (Levi., 21). Ni comer podían, estando sin esta limpieza, de los sacrificios que se le ofrecían á Dios, so pena de muerte; ni les era lícito tocar á los cuerpos muertos, aunque fuesen de sus padres, porque de solo aquello quedaban inhábiles para ofrecer sacrificios á Dios hasta haberse purificado. ¡Ay de los sacerdotes de la nueva Ley que por su mala vida, escandalosa y menos honesta, son causa de que entre los gentiles el nombre de Dios sea blasfemado (Rom., 2) y los pequeñuelos desedificados! Y aunque en todas las virtudes nos quiere Dios consumados y perfectos, principalmente en la castidad; porque solos los castos y limpios acompañan y siguen al Cordero adonde quiera que va, como dice San Juan en su Apocalipsi (Apoc., 5), y esta pureza se le pedía de antemano al sacerdote Aarón y á los demás sacerdotes en el primer ornamento que se les mandaba poner, que eran unos paños menores de lino muy blanco, muy justos (Levit., 8) y muy apretados de cintura. Y no quiero cargar más la mano en esto, por no darla á los murmuradores; rogando á los ministros del altar que no se la den con sus obras, no tan limpias como convendría que fuesen. Y por ese respeto y perseverancia con que hablo de ellos, como hijo del humilde San Francisco, y por lo que deben al sacerdocio santo, les pido y suplico estudien con gran cuidado en la ho-

nestidad y decencia de sus personas, y principalmente en la limpieza de sus conciencias, porque si ésta les falta, en lugar de encontrar en el altar sagrado con el árbol de la vida (Gen., 3) encontrarán con la muerte y con el juicio, como dijo San Pablo (I Cor., 11): *Iuditium sibi manducat et bibit.* ¡Ay de mí si con conciencia de pecado mortal me llego á la mesa sagrada; porque juicio como y bebo; y yo mismo me entrego en las manos de mi juez y me hago indigno del perdón, y quedo delante de Dios condenado como si hubiera crucificado y muerto á Jesucristo! Para remedio de las ordinarias culpas en que por nuestra flaqueza, ignorancia ó malicia caemos, tiene la Iglesia una divina triaca que desemponzoña el alma; una fuente abierta y patente para lavar las asquerosas manchas del pecado; una fragua adonde se purifica el orín y herrumbre de los metales (Malac., 3; Isai, 4); y un jabón y salitre contra nuestras falsedades, que es el sacramento de la Confesión y Penitencia. El cual ha de preceder en el que ha de celebrar si se halla en conciencia de pecado mortal, porque no basta contrición, por grande que sea, habiendo copia de confesor, como lo declaró y determinó el sacro Concilio Tridentino (Conc. Trid., sessio 13, can. 7) por estas palabras: *Ecclesiastica autem consuetudo declarat, eam probationem necessariam esse ut nullus sibi conscius mortalis peccati: quantumvis sibi contritus videatur, absque praemissa sacramentali confessione; ad sacram Eucharistiam accedere debeat* (¹). Y en la misma sesión (canon 11) dice: Y porque tan gran Sacramento (S. Aug., de *salutaribus docu.*, c. 33; S. Thom., 3. p., q. 80, ar. 4. et ad 4. sentent., d. 17, q. 3 art. 1.) no se reciba indignamente y sea por eso para condenación y muerte, determina y declara el sagrado Concilio ser necesario que aquellos que se conocieren agravados con conciencia de culpa mortal, cuanto quiera que se juzguen por contritos y pesarosos, habiendo copia de confesor se prevengan con el sacramento de la Confesión, etc.

Confesión sacramental.

(¹) «La costumbre de la Iglesia declara que la prueba ó limpieza ha de ser tan aventajada, que nadie que tenga conciencia de pecado mortal pueda acercarse á recibir la sagrada Eucaristía sin previa Confesión sacramental, aunque al pecador le parezca que tiene contrición.»

Lo mismo digo á los que se han de llegar á comulgar; y á todos ruego que no usen mal deste divino remedio, confesándose ya por una manera de cumplimiento más que por deseo de su salud y bien espiritual. ¡Ay de mí! ¡cuántos llegan á confesarse como á negocio hecho (porque no les han de negar sus amigos la absolución) no con otra disposición y aparejo que si llegaran á decir alguna cosa en secreto al confesor!

A un santo religioso desta nuestra Provincia oí decir diversas veces (F. Antonio de Santa María, que fué Ministro provincial) que de la misma manera hacía diligencia cuando se confesaba para decir Misa que si se confesara para morirse; y así se dolía de sus culpas y las castigaba, como si de los pies del confesor se hubiera de ir al juicio. Y bien se le lucía en la vida este cuidado, porque era varón consumadísimo en toda virtud, y recibía muchos regalos y consolaciones del cielo cuando decía Misa, no pudiendo muchas veces restañar las lágrimas y sollozos en ella. Lo mismo se dice que hacía San Agustín y hicieron todos los Santos y amigos de Dios. Entre, pues, dentro de sí el que ha de comulgar ó decir Misa, y escudriñe su conciencia con hachas encendidas, como se dice que ha de escudriñar Dios á Jerusalén (teniendo como tiene tan claros ojos); dé lugar á la consideración un rato, no sea como hombre que tienta á Dios (Eccles. 18); riéguese de noche su lecho con lágrimas y sean sus ojos arroyos y acequias desta agua de ángeles, y mezcle con ella su ordinaria bebida (Psal. 6; 101, et 41), porque muy grande locura parece que, habiéndose de poner en cura á los pies del confesor, no llore y haga sentimiento de cristiano; será como el mal considerado Esaú (Gen., 25), que dejaba vendido su mayorazgo por una escudilla de lentejas y se iba riendo. ¡Ay de mí, que pierdo el cielo pecando, y para restaurar tan gran pérdida no reviento llorando! ¡Ay de mí, que llevo á Dios ofendido y me llego á confesar con semblante alegre y risueño! ¿Quieres un buen remedio para desterrar durezas é insensibilidades de tu alma? Siente de tus pecados como quieres que sientan de los suyos los que llegan á tus pies; llóralos como querrías que los demás los llorasen; castiga los propios como te parece ser necesario que se castiguen los ajenos.

D.—Si no hay más que pecados veniales

¿es necesario confesarse cada día un sacerdote?

M.—Si no es necesario, por no ser ellos materia necesaria para la confesión, es á lo menos loable (Con. Trid., ses. 14, c. 5.), porque siempre recibirá gracia disponiéndose como conviene para ello. Pero mira bien que no hagas costumbre del confesarse, de manera que te falte advertencia á lo que haces, dolor y propósito de enmienda; porque no falta quien diga, y es opinión (Medina, in *Summa*), aunque rigurosa, que sin estas disposiciones se hace agravio al sacramento y se peca. Duélete, pues, de lo pasado y haz propósito de enmendarte en lo porvenir, con la ayuda de Dios, especialmente de aquellos pecados que en particular te molestan más y te traen más acosado; y en ninguna manera te llegues á comulgar sin reconciliarte primero; porque yo siento muy mal de algunas personas espirituales que comulgan ocho veces en la semana y confiesan dos ó tres veces, y mucho peor siento de los confesores que les dan esa licencia sin oirlas primero; porque siete veces en el día cae el justo (Prov., 24.), y de una hora para otra mudamos de estado; y es bien que lo vea y considere el padre espiritual, y aunque no halle culpas de nuevo exhorte á su penitente á que se duela y confiese de alguna en particular de las ya confesadas, que esas y las veniales dijo el Concilio sagrado que eran materia suficiente para la confesión ([1]). La cual hecha se han de seguir algunas consideraciones que despierten en nosotros el temor filial, principio de la sabiduría, que nos provoquen á la devoción del santísimo Sacramento y nos le hagan desear y hambrear. ¡Oh qué gran cosa es llegar con hambre á decir Misa y á recebir el pan sobresubstancial y divino! Efecto es este que causa en las almas bien dispuestas, de que adelante te diré algo más. Y ahora no más, por que no crezca esta obra más de lo justo.

D.—Yo pienso que de todo lo que se puede tratar en esta materia es esto lo más importante, y así te pido y suplico digas aquí sumariamente esas consideraciones, así para los sacerdotes que han de celebrar como para los demás que desean comulgar con aprovechamiento y medra de sus almas.

M.—Lo que te sé decir, y á ellos todos, es que procuren prevenir este divino Sacramento ó sacrificio con oración mental atenta, fervorosa y devota, porque en ella enseña Dios lo que no pueden enseñar los libros ni los maestros espirituales. Jeremías atribuye (Hier., 12) todos los males del mundo á la falta de consideración; y yo digo que ninguna cosa de las que hay en él la pide, ni tanta ni tan grande, como el oir Misa y comulgar. Y pienso cierto que aquella elección que Dios hizo de los animales que se le habían de ofrecer en holocausto (Levit., 1; Deut., 14), que mandaba qus fuesen limpios y que rumiasen y tuviesen la pezuña ó pie hendido, figuraban los sacerdotes, los cuales no merecen entrar en su santo templo ni hacer el oficio que hacen si no rumian atentamente los misterios que tratan y administran. Y eso es, á mi parecer, la prueba que el Apóstol pide, después de límpia la conciencia, para comer de aquel pan y beber de aquel cáliz (1 Cor., 11). El Profeta Oseas dijo (Oseas, 7) que los ministros del nuevo Testamento, desocupados de todas las cosas, como los desocupó Dios por la ley suya (Num., 18) se ocuparían en rumiar el trigo y el vino de que habían de ser mantenidos.

D.—Parece impropiedad decir que el vino se rumie.

M.—La Esposa, en los Cantares, dice (Cant., 7) que el vino de su Amado es suavísimo y digno de que muy despacio se rumie y masque entre los dientes. Lo cual no se puede entender de algún vino material, sino de aquel que dijo Zacarías (Zach., 9) que engendraba vírgines, que es el que en el cáliz consagramos en el sacrificio de la Misa y recebimos en nuestros estómagos. Rumia y revuelve ¡oh sacerdote! muchas veces, con los dientes de la consideración atenta y devota, este vino suavísimo, si quieres concebir castos pensamientos y mudar de vida, porque para trocar cada uno la suya en mejor y de manera que no le conozcan los que le tratan, el medio más eficaz es el de la consideración. Y dijo muy bien San Agustín, que ni se puede conocer como conviene, ni estimar lo que la consideración no previene, ni entrar en provecho lo que sin

([1]) Después del Decreto *Tridentina Synodus* de 20 de diciembre de 1905, por el cual exhorta la Iglesia á la Comunión diaria, permitiéndola aun á casados y comerciantes, la doctrina de este párrafo es rigurosa, y por tanto deben los fieles atenerse á las condiciones que allí se señalan, á saber: estado en gracia, ó limpieza de pecado mortal, rectitud de intención y permiso del confesor.

mascarlo y rumiarlo se engulle y traga. Y por ventura tuvo respeto á esto la ley del Cordero que mandaba (Exod., 12) que ni se comiese cocido en agua, ni crudo, sino asado con fuego, volviéndolo y revolviéndolo muchas veces de una parte á otra hasta darle su punto. Vuelve, pues, y revuelve los pensamientos que el Hijo de Dios revolvía en su corazón cuando en la Cena se puso á consagrar su cuerpo y sangre: su caridad encendida, su amor infinito, el deseo de nuestra salud y de nuestra compañía, la obediencia del Padre que le lleva y el amor de sus hijos que le trae y se le dejó entre ellos, y sobre todo, rumia su pasión, que es uno de los principales fines que tuvo sacramentándose, y la importancia desta consideración y memoria dice y declara bien la grandeza del beneficio, si ya no digo premio y paga della; porque pienses y rumies su pasión te ofrece y da su cuerpo y sangre para que comas. Y los sacerdotes especialmente son los que se deben ocupar en estas consideraciones, pues cada día gozan deste beneficio para bien de sus almas y de otros por él ([1]), para sustento de sus cuerpos, honra y estimación de sus personas. Di desta manera: ¿Quién sois Vos y quién soy yo? Piénsalo y rúmialo muchas veces antes que subas al altar, como lo hacía nuestro padre San Francisco, y deprenderás á reverenciar la majestad de Dios en el Sacramento y á conocer tu vileza, que uno y otro es sumamente necesario; dirás lo que dijo San Pedro (Ioan., 13): ¿Vos á mí lavais los pies? Y lo que San Juan: (Mat., 3): Yo debo ser bautizado de Vos, ¿y Vos venís á que yo os bautice? Y lo que el Centurión: No soy digno de que vos entréis en mi morada. Y lo que Santa Isabel, viendo entrar á la Virgen, preñada de Dios, en su casa: ¿Y de dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á mí? (Luc., 1).

D.—Si yo me pusiese á hacer esas consideraciones no tendría ánimo para llegarme al Sacramento.

M.—Para detenerte y mirar cómo te llegas han de servir, pero no para estorbarte; especialmente que hay otras muchas que nos animan y provocan, de que tengo dicho y escrito mucho y diremos adelante. Al fin, y en una palabra, te digo que el aparejo ha de ser conforme á la esperanza.

([1]) Por el *sacrificio*, es elipsis algo exagerada.

D.—No entiendo eso.

M.—Digo que consideres la santidad del que quieres y en breve esperas recebir, y luego trates de santificarte conforme á ella. Oye á San Juan Crisóstomo que, favoreciendo mi pensamiento, en el libro II de *Sacerdotio* dice que la vida de los sacerdotes ha de ser tan pura como si ya estuvieran beatificados y colocados en la Corte celestial, porque siempre están ó en la posesión ó en la esperanza del mayor depósito de los bienes de Dios.

D.—¿Y no se requiere para bien comulgar y celebrar más que limpieza?

M.—San Bernardo pide el atavío y ornato de todas las virtudes, y en especial pide fe grandiosa, esperanza firme, caridad ardiente, que digiera y cueza bien lo que se come, de que yo dije lo que basta en el pequeño *Tratado*, que estos días ha salido á luz, *de la presencia de Dios*, adonde te remito. Y ahora te ruego que pongas los ojos en el sacerdote cuando entra en la sacristía, y consideres en él á Cristo nuestro bien, porque representa su persona, tan deseada en el mundo de los Santos Padres, tan pedida de todos los justos y tan necesaria para nuestro remedio (Agge., 2; Isa., 16, 45 et 64). Significa, pues, esta entrada la que la eterna Sabiduría y Verbo del Padre hizo en las entrañas de la Virgen, previniéndola para recebirle el arcángel San Gabriel, y asegurándola de que por ser Madre no perdería el ser Virgen. Pero dime, hijo Deseoso, ¿qué atavío sería el de esta divina sacristía y sagrario del cielo cuando este sumo y sempiterno Sacerdote se hubo de entrar á revestir en él para celebrar la Misa mayor que duró treinta y tres años? Esto más es para considerado que para escrito. Recógete, pues, y entra dentro de ti el tiempo que el sacerdote está en la sacristía, y piensa en lo que allí dentro sentiría la Virgen cuando el Deseado de las gentes se revistía de las vestiduras de nuestra carne y humana flaqueza, cortadas y labradas de sus purísimas entrañas por orden y traza del Espíritu Santo. Cállelo la lengua y siéntalo y rúmielo el afecto, que los divinos misterios, y entre todos éste, con silencio se han de celebrar más que con palabras. Pero ¿qué haces, me dí, Verbo divino, en tan estrecho aposento? ¿No cabes en el cielo y cabes en el vientre de una doncella? ¡Oh amor de los hombres, que ansí humilló

Entrada del sacerdote en la sacristía.

á Dios! *Tu ad liberandum suscepturus hominem,* canta la Iglesia ([1]) *non horruisti Virginis uterum.* Detente en esta consideración un poco si no quieres entrar á considerar lo que pasa en la sacristía. Lávase el sacerdote y pide de nuevo á Dios limpieza con oración particular que para ese fin tiene la Iglesia. Va luego con grande reverencia adonde están los ornamentos, callando muy en sí, sin atender á lo que se habla ó se trata en aquel lugar, y haciendo una cruz sobre sí é invocando al Padre, Hijo y Espíritu Santo, toma el amito y pónesele sobre la cabeza aplicado al cuello y ajustado y ceñido por el cuerpo, significando en esto que en la Encarnación la divinidad, que es la cabeza de nuestro gran sacerdote Cristo, se cubrió con el amito y lienzo de nuestra mortalidad, frágil y enferma y de poco precio, pero blanquísima y purísima más que la nieve. ¿Y quién pudiera acatar en él si así no se cubriera? Ansí lo hizo Moisén para que los hijos de Israel pudiesen mirarle á la cara (Exod., 34), que echaba de sí rayos de luz; ansí el ángel del Apocalipsi (Apoc., 14). También se cubrió y disimuló este divino Señor, para que desconocido le acometiesen los trabajos y penalidades, los azotes, la lanza, la muerte, la cruz, que si le conocieran le respetaran é hicieran honra. Algunos dicen que el amito es aquel lienzo con que los sayones ataparon los ojos al Señor para burlar y escarnecer de Él y para herirle con palmadas y golpes (Mar., 14). No se atrevieron á lastimarle con el rostro descubierto por la gravedad de su persona, que en aquella parte más que en otra resplandecía. Ni quiso Cristo ver á los que ansí le injuriaban, para que deprendas tú á no buscar curiosamente quién te agravia ó hace ofensa. Cierra los ojos y los oídos y éntrate dentro de ti á buscar la causa de esos trabajos y confórmate con el querer de Dios que así ordena todo eso para tu bien. Y si decimos, como algunos quieren, que la sacristía sea sala de armas adonde los sacerdotes entran á armarse para pelear en favor de los hombres mediante su oración, el amito significará la fe viva de que deben ir armados, sin la cual es imposible agradar á Dios ni vencer en ninguna batalla espiritual (Rom., 10). Es el fundamento de las virtudes y ha de cubrir toda la cabeza donde están los sentidos, porque en la consideración de tanto misterio no tienen ellos que hacer; ellos atapados y el entendimiento rendido en servicio de la fe, celada de salud. *Et galeam salutis assumite* (Ephes., 6). Poneos este yelmo de la fe sobre la cabeza; es arma fortísima ésta contra todas las furias infernales, y para resistir al demonio, león que brama contra nosotros, ninguna más á propósito, como lo dice San Pedro (I Petr., 5), y más en esta representación divina, adonde suele haber grandes combates y levantarse espesísimas polvaredas, y si la fe no ayuda no es posible escapar con victoria. Por eso canta la Iglesia en una prosa:

Quod non capis,
quod non vides,
animosa firmat fides,
prœter rerum ordinem ([1]).

Y al fin, para establecer y confirmar un corazón sincero, sola la fe es poderosa. La oración que el sacerdote dirige poniéndose el amito favorece á lo que vamos diciendo. Poned, Señor, sobre mi cabeza la celada de salud para vencer los acometimientos y combates de los demonios. Luego tras del amito se sigue el alba, que estando en la primera consideración de que el sacerdote representa la persona de Cristo, significa su vida y conversación purísima, sin costura y sin arruga, llena de santidad y de justicia, ancha y larga y que le cubría de alto á bajo. Los griegos llamaron al alba la túnica talar porque llega hasta los calcañares. Josefo la llama *bíssina* porque solía ser de algodón. San Jerónimo, túnica de lino. Algunos quieren que sea en significación de aquella ropa blanca que por escarnio vistieron á Cristo en su pasión en el palacio de Herodes (Luc., 23), que parece haber querido el Espíritu Santo dar á entender en medio de aquellas burlas y mofas la pureza é inocencia de Cristo vistiéndole de pies á cabeza de ropa blanca. Al fin, en palacio y fuera dél se nos representa nuestro Pontífice, santo, inocente, no ensuciado (Hebr., 7), apartado lejos de los pecadores y

Alba.

([1]) En el himno *Te Deum*, de San Ambrosio y San Agustín: «Tú, Señor, habiéndote de hacer hombre para redimir al hombre, no rehusaste el vientre de una Virgen».

([1]) En la Secuencia del día del Corpus: «Lo que no alcanzas, lo que no ves, apóyelo la fe valerosa en éstas que exceden el natural curso de las cosas»

más alto mucho que los cielos. Ansi conviene lo sean los sacerdotes, en los cuales la alba significa la justicia, que, según san Ambrosio (Amb., lib. II *super Luc.*) es común y universal virtud que abraza todas las virtudes, y para ser coronada pide perseverancia; por eso llega hasta los talones ó calcañares, que es el fin de la persona; y hasta el fin de la vida habremos de insistir en obrar bien, porque la salvación no se promete sino á los que perseveran (Mat., 10). San Germano, obispo, dice (German., *in Theor. rerum Ecclesiast.*) que demuestra el resplandor de la divinidad, como se vió en la Transfiguración: *Vestimenta autem eius facta sunt alba sicut nix* ([1]): Y la conversación clara y resplandeciente del sacerdote, en el cual no ha de haber ninguna mancha de pecado, como ya dijimos. Pero venga el cíngulo que ciña y apriete la túnica ó alba y la aplique al cuerpo de manera que no arrastre é impida al andar. En Cristo significa la soga con que los sayones le ataron ó al tiempo qne le prendieron ó en la casa de Pilatos cuando le amarraron en la columna fría y helada para azotarle. Bien hay que pensar aquí considerando á Dios en esta figura, y que llorar también, pues de nuestros pecados se formó y tejió aquella soga (Ps. 118; Tren., 4) con que el inocentísimo Señor fué así maltratado y llevado á veces trompicando y á veces arrastrando. Algunos quieren que sea el cíngulo la infinita caridad de Dios, que juntó con tanta estrecheza la divinidad con nuestra humanidad (Colos., 3) que en espíritu vió San Juan en su Apocalipsi: Vi, dice, al que es semejante al Hijo del Hombre con vestidura talar hasta sus pies, ceñido por los pechos con cinto de oro. Y fué necesario este ornamento (Ezech., 9) para hacer el Hijo de Dios despesadamente ([2]) ei oficio que hizo entre los suyos de siervo, cuyos servicios no fueron forzosos, sino voluntarios y llenos de caridad, y por eso se dice cinto de oro. Y yo diría que el ceñirse fué apretar ó meter en pretina la divinidad y recogerla para poder andar entre los hombres sin que nos ofuscase su gloria. Ansí dice Él por San Lucas (Lucæ, 12), que para servir á los suyos en su reino, sentados á su mesa, se ceñirá y recogerá sus ropas, que es lo mismo que decir que se les comunicará conforme á la capacidad dellos y no conforme á su grandeza. No ha de soltar la falda porque no cabría el bien todo que hay en Él en sus criaturas, sino cogerla, porque les ha de dar medida la gloria, pero la medida será buena, colmada, sospesada, apretada y que trasvierta; para sí no hay cinta que le ciña, porque no por tasa goza de sí mismo, sino infinitamente y todo como es. ¡Dichosa el alma que con atención piensa estas cosas!

Cíngulo.

D.—Algunos dicen que el ceñir significa fortaleza (Hysidri., lib. 5. *in Levit.*; Beda, *in Collectanea*): otros, cautela y guarda de la castidad.

M.—Alejandro de Alés dice que en la túnica ó alba se nos da á entender la limpieza, y en el cíngulo apretado la continencia; porque el sacerdote no se ha de contentar con ser limpio así como quiera, sino apretadamente, para que los pensamientos no se derramen y se relaje la vida del espíritu. San Bernardo dice (Bernad., lib. *Sentenc.*) que los sacerdotes han de tener tres maneras de ornamentos comunes, conviene á saber: sabiduría celestial, significada en el amito que cubre la cabeza; justicia perseverante, significada en el alba que cubre todo el cuerpo; continencia carnal, significada en el cíngulo. Alcuino entiende por el cíngulo la virtud de la discreción, y otros dicen otras cosas; á mí me parece que basta lo dicho, porque veamos el cuarto ornamento, que es el manípulo, cuya legítima significación apenas he podido descubrir. Unos dicen que es como rodela ó adarga con que el sacerdote se ha de amparar contra los trabajos de la vida presente, ó contra las tentaciones de Satanás, y por eso se pone en el brazo izquierdo, y favorece á lo primero la oración que el sacerdote cuando besándole se le pone: Merezca, Señor, traer el manojuelo del llanto y del dolor, para que con alegría reciba la merced y premio de mis trabajos. Al fin se han de tomar con gusto y ponerlos en el lado del corazón, y aun como corona sobre la cabeza, como lo hacía Job (Iob., 31), porque les ha de suceder el premio eterno, cuya consideración hace parecer momentáneo y leve cuanto acá se padece (II Cor., 4; Ps. 125). Por eso le llama manojuelo y no manojo, como la Esposa llamó á su Espo-

Manipulo.

([1]) «Sus vestidos se pararon blancos como la nieve».

([2]) Así dice el impreso, y significa lo mismo que sin embarazo ni pena.

so hacezuelo de mirra (Cant., 1), siendo muchos los trabajos y amarguras que por Él padecía. Y por ventura le dan á entender al sacerdote, cuando le dan el manipulo, esto mismo que dice la Esposa, conviene á saber: que de la vida, pasión y muerte del Señor haga un manojo y se lo ponga al lado del corazón en el brazo izquierdo, como anillo de memoria; porque verdaderamente ninguna cosa nos importa más, habiendo de celebrar, que la memoria de Cristo crucificado recogida y cifrada y como hecha ramillete de mirra y puesta sobre el corazón. Y así se lee del santo fray Nicolás Factor que se azotaba rigurosamente hasta derramar sangre antes de celebrar, para sentir en sí lo que Cristo Jesús. ¿Cuádrate esta consideración mía, Deseoso?

D.—Mucho.

M.—Digo que el sacerdote no ha de hurtar el cuerpo á los trabajos, ni se ha de olvidar un punto de los que por nosotros Cristo padeció; presentes los ha de tener, y delante los ojos; porque, como ya te dije, una de las razones porque el Hijo de Dios se sacramentó fué esta memoria de su muerte; y como el pan consagrado llamó el Profeta santo memorial de sus maravillas, le debemos nosotros llamar memorial de sus dolores, afrentas y muerte. Lo cual todo nos representa el manípulo. El venerable Beda, en su *Martirologio*, parece que da á entender (14 Kalen. August.) que el manípulo tuvo principio del santo Arsenio, el cual por el continuo uso de llorar en la Misa usaba de un lienzo blanco en el brazo, con que limpiaba sus justas lágrimas. Y dice Alcuino que se quedó por ornamento sacerdotal, que nos representa la condición de la presente vida, en la cual no se hace otra cosa más de ordinario que llorar. Alejandro de Alés dice que el manipulo se llamó antiguamente sudario; y otros graves autores (Beda, in *Colla.*, c. *de 7 ordinibus;* Amalar. Fortun., leg. 3, ca. et leg. 2; Rab. Marcel., lib. 1. *de instit. cler.*, c. 18; Ruper. Tuitrens., lib. 1. *de divin. offic.*, c. 21; Innoc III, lib. de *Myster. Mis.*, c. 38) tienen lo mismo y hacen su alegoría, especialmente Estéfano Edvense dice (Estephan Edvens , lib. de *Sacram. altar* c. 10): que sirviendo á la limpieza de los ojos, nos exhorta á las piadosas vigilias. San Buenaventura dice (D. Bona., in *Mist Mis.*, Phil. 2), que significa la humildad de Cristo en esta vida, ó la batalla que sustentó por la justicia. Síguese el quinto ornamento, que es la estola que se pone el sacerdote sobre los hombros aplicada al cuello y cruzada por los pechos, la cual deciende hasta las rodillas. En Cristo significa aquella perpetua y perfectísima obediencia que tuvo á su Padre hasta la muerte, y aquel yugo de servidumbre de que anduvo cargado por la salud de los hombres, hasta morir crucificado. San Buenaventura dice que la estola cancelada, ó puesta en forma de cruz, significa la pasión de Cristo, la cual debemos traer como Él en nuestro pecho y corazón por meditacióu continua, y considerar cómo en ella cruzó Dios las manos, como Jacob sobre sus dos hijos Efraim y Manasés, (Genes.. 48) sobre sus dos pueblos, gentílico y judáico, poniendo al más nuevo á la mano derecha y al más anciano á la izquierda. Y si no temiera extender este tratado más de lo justo, yo te dijera aquí de la manera que Cristo anduvo puesto en cruz espiritual y interior desde que fué concebido en las entrañas de la Virgen hasta que expiró en la material y exterior en el monte Calvario. ¡Ojalá amases tanto la cruz que la trajeses grabada en el corazón, ¡y tu carne cosida y fijada en ella, como dice el Apóstol: *Christo confixus sum Cruci*, etc. (Galat., 2). Pero quédese esta consideración para otro tiempo. Algunos dicen que significa la estola la cruz que Cristo se echó á cuestas para caminar al Calvario, representada en el santo mozo Isaac, que llevó sobre sus hombres la leña (Genes., 22) con que había de ser sacrificado y quemado en el monte. Repara, hijo, en esta consideración, que es muy buena para despertar en el alma afectos de compasión y conocimiento de las proprias culpas, que así cargaron sobre el Hijo de Dios, que muchas veces le hicieron arrodillar y caer en tierra. ¡Ay, Jesús mío, y quién te viera con ese madero pesado caminar por las calles de Jerusalén para el Calvario y te siguiera por el rastro de la sangre, y se pusiera á tu lado en otra cruz, y allí confesándote por mi Dios, oyera de tu dulcísima boca: Hoy serás conmigo en el Paraíso! Mira, sacerdote, cómo vives, y aun cómo te vistes para celebrar, que, si bien miras en ello, todos los ornamentos te exhortan y enseñan á andar siempre crucificado y muerto al mundo y á cuantas cosas hay en él. Humilla tu cerviz al suave yugo de la ley de Cristo con voluntad y gusto (Mat., 11), y para no echarle de ti por ningún caso, que eso te

enseña besar la estola y el ponerla sobre los hombros, y el aplicarla al cuello, y el cruzarla y trabarla con los ramales del cíngulo, para que persevere en cruz. Y no te parezca cosa de poca consideración ésta, que en un Concilio (Concil. Brachar., 3, c. 3) está mandado so pena de descomunión mayor que la estola se ponga en la forma dicha. En la oración que decimos cuando nos ponemos este ornamento quiere darnos á entender la Iglesia que nos acordemos de la estola de la inmortalidad que perdimos en Adán, para que suspiremos siempre por ella. Y cierto que no faltan cada hora ocasiones para estos suspiros. La lástima es que estamos casados con nuestra mortalidad, y de la inmortalidad no hay quien se acuerde. Pero venga ya la casulla, que es el último de los ornamentos sacerdotales, y el que los cubre todos. En el sacerdote significa la caridad que cubre la muchedumbre de nuestros pecados (I Pet., 4), y aquella ropa rozagante y hasta en pies, que el Evangelio llama de bodas, sin la cual no se puede entrar al banquete celestial (Mat., 21), por el peligro grande de ser excluído dél; y porque se come juicio y condenación comiendo el manjar que de suyo es salud y vida. La casulla está dividida en dos partes, para significar la doblada caridad de Dios y del prójimo, en que consiste la justicia cristiana; y porque no puede estar el un amor sin el otro, se junta en los hombros la casulla y es allí hecha una vestidura, que son los dos pechos de la Esposa, que comparó el Espíritu Santo á dos cabritillos mellizos, hijos de una cabra, que se apacientan entre lilios, en cuanto dura el día (Cant., 4) y se inclinan las sombras. De manera que á un tiempo y en un punto nacen en el alma estos dos amores de Dios y del prójimo, los cuales siempre son regalones y tiernos y jamás se envejecen ni se apacientan de hierbas ponzoñosas, sino de lindo olor, y en tanto que dura la claridad del día, porque aborrecen las tinieblas de lo errores y pecados. Al fin, en la casulla es significada la caridad, mayor que todas las virtudes, que las ampara y guarnece, y las hermosea y da resplandor En Cristo dicen unos que significa la plenitud de la gracia que hubo en Él, de que todos participamos (I Cor., 13; Ioan., 1); otros la Iglesia, una, y partida en dos pueblos, gentílico y judaico, ó en los que precedieron á la Encarnación y después se les siguieron. La cual Iglesia, Él tomó sobre sus hombros; de que fué figura certísima la ropa que el Sumo Sacerdote se vestía, en la cual iba dibujada todo el mundo y los nombres de las doce tribus de Israel (Exod., 28), significándole en esto que todos íban á su cargo y por todos había de orar y ofrecer sacrificio.

Casulla

D.—Lo mismo podemos decir de nuestros sacerdotes.

M.—Claro está eso, porque son medianeros entre Dios y los hombres y embajadores suyos; y llevan sobre sí los pecados del pueblo. ¡Ay dellos si caen, que todo el mundo cae con ellos y hocica por el suelo! Muchos autores graves dicen que la casulla significa la túnica de púrpura que pusieron á Jesús en casa del presidente Pilatos (Marc, 16; Ioan., 19) para hacerle rey de burlas y jugar con Él, dando palmadas en su venerable rostro y en sus espaldas. Piensa en este ejercicio de los sayones, con que pasaron gran parte de la noche, y no se te haga de mal recorrer con la atenta consideración los malos tratamientos que le hicieron á este tiempo, y lo que sentiría de dolor viéndose mudar tan apriesa vestidos, estando llagado y lleno de sangre su cuerpo. Y no más de los ornamentos sacerdotales, aunque había más que decir. Quiera Dios que esto no canse á los que saben poco de su obligación.

D.—Mas de cuatro no sabrán qué significan estas sagradas vestiduras.

M.—Y más de mil, y muchos considero en aquel estado de vejez que el rey David (III Reg., 2), que por más ropas que se vestía no tomaba calor. ¡Ay, Dios, y qué fríos salimos, aunque tan arropados! Danos tú, Señor nuestro, calor y fuego, el que veniste á pegar en el mundo y quieres que arda y convalezca en nosotros. Yo tengo por imposible que previniéndose el sacerdote para decir Misa con la consideración de todas estas cosas, siquiera una vez en el mes, deje de calentarse y encenderse, y encender á todos aquellos que le trataren y vieren celebrar. Pero salga ya de la sacristía y preséntese en la iglesia; y piensa que es Jesucristo, que le saca Pilatos á su ventana ó corredor, diciendo: *Ecce homo* (Ioan., 10). Veis aquí un hombre que representa á Cristo, revestido para sacrificarse por nosotros en el altar de la Cruz. Pero no pares en el que sólo es hombre, sino en aquel que, siendo Dios y hombre, se dejó tratar de ma-

nera de los hombres, por la salud y remedio dellos, que apenas parecía hombre: tan herido y lastimado le dejaron los sayones, con los muchos azotes que le dieron y injurias con que le maltrataron. ¡Ay, Dios hombre, azotado por mí, más propriamente fiera que hombre, pues no reviento de dolor considerándote en tal figura!

D.—Grande es nuestra brutalidad verdaderamente, pues que, saliendo el sacerdote á hacer representación de cosas de tanta lástima, estamos tan insensibles oyéndolas y viéndolas como si fuese una comedia de Plauto ó de otros autores gentiles.

M.—Insensatos somos los sacerdotes, que ni advertimos á lo que hacemos, ni entendemos ni queremos entender lo que representamos. Ansí verás que salen unos corriendo de la sacristía al altar, como si saliesen llamados con priesa para representar un dicho de bachiller en una farsa. Otros hablando hasta que comienzan la Misa. Unos la harban (¹) en un cuarto de hora, dejando la mitad de las ceremonias y comiendo ó engullendo la otra mitad de lo que han de decir. Otros se están cuatro horas, ó por su gusto, ó por hacer ostentación, ó por otros fines no sé qué tales.

D.—¿Cuáles te cansan más?

M.—Todos me cansan y me fatigan, porque en unos falta la consideración de la grandeza del misterio que celebran: y en los otros se me representan consideraciones más á lo humano que á lo divino; en los primeros conozco descuido, y en los segundos cuidado, arte y traza. Todos los extremos fueron siempre viciosos y reprensibles, y de que los Santos huyeron, buscando en todas las cosas el medio. En las religiones bien ordenadas todos los sacerdotes dicen de una manera, de media hora á tres cuartos, y el que llega á hora entera es notado y reprendido; porque los seglares que oyen á éstos, del tardón se enfadan y murmuran y salen hartos de Misa y huyen de oir segunda vez al que oyeron una. No puedo inclinarme á que esto sea bueno; y así digo que sería mejor conformarse con los demás y tardar de cuatro horas las tres y media en prepararse á sus solas, y la media en dècir la Misa. ¡Oh, cómo temo estas obras expuestas á los ojos del mundo! Más tienen, á mi juicio, aunque á lo disimulado, de vanidad que de espíritu y sentimiento de verdadera devoción. El embelesamiento, el gemido, los suspiros, las pausas, las genuflexiones grandes y espaciosas, y los gestos de la boca y ojos, no son para el altar, que es lugar público de gravedad y modestia, y pónese el hombre á ser juzgado de cuantos le ven y oyen, y condenado de los demás por hipócrita, invencionero, artificioso y cazador del aire popular, aunque no lo sea. ¡Oh amor propio y amor de alabanza, cuánta parte tenéis en los tales! No quieras, hombre, agradar á los hombres si quieres tener contento á Dios, ni saques tus tesoros en público, que te los robarán los babilonios (Isai., 39). No está la santidad en apariencias exteriores; ni la humildad en abajar mucho la cabeza y los ojos; ni la devoción en el tono de la voz; ni el espíritu en los suspiros; ni la reverencia en los gestos y quebrantamientos del cuerpo; ni el comulgar bien en darse grandes golpes en los pechos, ni en detenerse media hora escupiendo y esgarrando y limpiándose. Perdóname, Deseoso, que cuando veo estos representantes de apariencias pierdo la paciencia, y quisiera tener autoridad para reformarlos y enseñarlos á buscar la santidad sólida y maciza, que está en el hondón del ánima, adonde ellos nunca entraron, aunque hablan della. De grande admiración ha sido siempre para mí ver qué presto nos cansamos de estar de rodillas ó en cruz en nuestros aposentos y á nuestras solas, y qué perseverantes somos en lo público. Ansí lo hacían los fariseos, que se ponían á los rincones de las plazas y hacían allí oraciones prolijas y largas, por ser vistos y tenidos por santos. Díganle á uno destos arrendajos de virtud que gasten en su rinconcillo lo que gastan en los templos, en medio del concurso del pueblo: en ninguna manera arrostrarán á ello. Porque su devoción y compostura, espacio, lágrimas y reverencias están pendientes de los ojos de los hombres. ¿Y cuántas veces se deben de avergonzar de parecer en los de Dios, considerándose vacíos y desnudos de aquellos que se muestran ricos y llenos en los del mundo? *Amen dico vobis receperunt mercedem suam* (¹) (Mat., 6). Pues ¿qué diré dese otro extremo? Extrema demencia es dar en él, argumento de poco saber, de poco espíritu, de

(¹) Hacer algo de prisa y atropelladamente (D. R. A.).

(¹) «De verdad os digo que recibieron su galardón».

poco sentimiento y de poco gusto del bien de Dios, que es el divino sacrificio de la Misa. Pero entremos ya á considerar lo que se sigue, que es lo principal deste tratado, que deseo mucho sea con brevedad y satisfacción.

El Señor nos enseñe y guíe. A Dios, hasta mañana, hijo Deseoso.

D.—No quisiera que se acabara esta nuestra plática sin que me dijeras lo que significa el altar, porque comencemos lo que se sigue con la Misa.

Altar.

M.—Pláceme de darte ese contento, y por principio desta doctrina digo que el uso de los altares, ansí entre los gentiles como entre los católicos y amigos de Dios, es antiquísimo: ansí en la ley de naturaleza como en la escrita, y ahora en la de gracia, porque siempre hubo en todas sacrificios ofrecidos ó al Dios verdadero, ó á los dioses falsos y mentirosos. (Iob., 8; Iud., 6; I Reg., 8; II Reg., 20 et 24; II Reg., 18; II Erd., 5; II Mac., 10; Mat., 5 et 23; I Cor., 9; Hebr., 13, Gen., 8, 12 et 35; Apoc., 8 et 11; Iren., lib. 4, c. 20: *probat apostolos vere fuisse sacerdotes, quia semper altari sacrificabant*; Isidor., lib. 15; Orig., c. 4; Strabo, de *rebus Ecles.*, c. 6). Entre los hebreos y griegos, altar se dice de un verbo que significa sacrificar. Algunos quieren que se derive del nombre latino que significa cosa alta y levantada del suelo, como lo están los altares.

Ara.

Lo formal del altar, de que la Iglesia Católica usa, es el ara, que ha de ser de piedra y consagrada por el Obispo, entera, de una pieza, y capaz del cáliz y de la hostia, que sobre ella se consagra en la Misa. Otros dicen que *altaria* es lo mismo que ara alta, y que el nombre ara se dice de *ariditate*, que en nuestra lengua es sequedad, porque allí se quemaban y secaban les sacrificios; ó de *ardor*, porque allí ardía. O se dice ara *ab area*, que es la era limpia, por su gran pureza. Optato Milivitano (Opt. Miliv., lib. 6) llama al altar de los cristianos asiento del cuerpo y sangre de Cristo, y reprende rigurosamente á los herejes donatistas que quebraban, raían y removían los altares: *Quid enim (ait ille) tam sacrilegum, quam altaria Dei frangere, radere, et removere? in quibus vota populi, et membra Christi portata sunt, quo Deus omnipotens invocatus sit, quo postulatus descendit Spiritus Sanctus; unde á multis pignus salutis aeternae, et tutela fidei, et spes resurrectionis accepta est?* etc.: ([1]).

Fué grandísima la reverencia que los Padres antiguos y cristianos del dorado siglo tuvieron á los altares (Aug., lib. 20 *contra Faustum Manichae et alibi saepe;* Cipri., Christ., Ambros, et multi alii in eamdem fere sententiam loquuntur). San Ambrosio (epistola 4) dice que á porfía y como en competencia corrían los soldados á besar los altares, significando en el ósculo alguna paz señalada y singular. En sus grandes trabajos y persecuciones se acogían los emperadores, los reyes, los obispos y grandes prelados á los altares, y allí postrados lloraban y pedían el favor del cielo; y eran también como lugares de refugio, adonde se libraban los que se hallaban culpados en algún delito. San Dionisio (cap. 3. *Ecclesiast. Hierar.*), San Paulino Obispo (Epist. ad Severum) y un Concilio Toledano (XII) llaman al altar, *Ecclesiástico divino*; San Ambrosio le llama *sacrosanto;* Eusebio, *reverendo*; Casiodoro, *mesa de Dios;* San Juan Crisóstomo, *mesa mística* y *mesa real* (Greg. Nazian., orat. 11 in *lauden Gorgoniae Epiph.;* Casiod., Nizepho., Ambros., Chrys. et alii). En el Concilio Rhemense (apud Brochar., lí. 3, c. 97) se mandó que los altares en que se consagra el cuerpo y sangre de Cristo estén muy adornados, aseados y limpios, cubiertos con lienzos purísimos y preciosos. Y en el Concilio Toledano (XIII) está mandado que nunca estén desnudos, por ningún caso, salvo en el Viernes Santo, por el misterio. Signifícase entonces la desnudez de Cristo, que en la Cruz estuvo desnudo de vestidos y de amigos; porque dejándole solo sus discípulos todos huyeron. Y también es señal de la gran tristeza de la Iglesia en aquellos días. En el templo de Jerusalén, en tiempo del emperador Constantino, dice Teodoreto (lib. 1., *Hist.*, c. 39) que había un altar ó ara adornado con tapetes reales y con vasos de oro y piedras preciosas. De la reverencia y venera-

([1]) «Porque ¿qué obra hay más sacrílega que destruir los altares de Dios, raerlos ó trastornarlos, siendo lugares santificados con las ofrendas del pueblo y contacto de los miembros de Cristo, donde el Todopoderoso ha sido invocado, donde, llamado, ha bajado el Espíritu Santo y de donde muchos han recibido la prenda de su bienandanza eterna, el amparo de su fe y la esperanza de su futura resurrección?»

ción que se debe á los altares pudiera decirte grandes cosas (Lege Conc. Aquisgran, c. 17 et 25; Theod., li. 3, c. 11,32; Casiod., lib. 6; *Tripart.;* Nizeph., li. 10, c. 29), y de los castigos espantosos que Dios ha hecho en los temerarios y atrevidos contra ellos; pero bástate saber que es lugar sagrado y que, como dijo Hesuchio (lib. 2. *in Levit.)* reposa allí el Santo de los Santos. Sinesio (en la *epist. 67)* se reprende á sí mismo y se arguye de atrevido por haber tocado á un altar con sus manos. Mira tú lo que ahora pasa en el caso, y llóralo, y pide á Dios el remedio. Lo que principalmente significa el altar ó ara consagrada y de piedra (y que le hace reverendísimo) es á Cristo Señor y Redentor nuestro, llamado diversas veces en las Santas Escrituras (I Cor., 10), piedra, ungido con óleo santo y de alegría, como dice el Profeta (Ps. 44). También significa la cruz, llamada comúnmente en la Iglesia Católica ara, adonde se ofreció el mismo Cristo en sacrificio cruento á su Padre eterno, para rescate y remedio de nuestros pecados. Y significa el monumento ó sepulcro adonde, depuesto de la cruz, su cuerpo sacratísimo fué puesto.

D.—Según lo que has dicho, grandemente se debe ofender Dios cuando con desacato é irreverencia se arriman los cristianos á los altares y parlan allí y hacen cosas indecentes.

M.—De un capitán se lee (Theod., lib. 3 *Hist.*, cap. 11 y 12), que por haber estado atrevido y descompuesto junto á un altar se le corrompieron allí luego las entrañas y acabó su miserable vida. Yo creo certísimamente que luego que un altar ó ara se consagra, para consagrar y ofrecer en ella el cuerpo y sangre de Cristo, deposita Dios ángeles que la guarden y miren por ella. Ansí se lo reveló su Majestad al santo abad Leoncio y al abad Bernabé, porque el uno y el otro vieron en diversos tiempos junto al altar ángeles que le estaban guardando y honrando *(Prado espiritual,* c. 4 y 10). Y basta por ahora lo dicho, porque en su lugar diremos cómo es mesa mística y aquella que dice la Santa Escritura (Sap., 9) que puso la divina Sabiduría con su pan y su vino y sus ofrendas, y á que convida por sus ministros. Ahora quisiera decirte algo muy al alma, representándote cómo el corazón es el altar en el hombre, puesto en el mejor lugar, más guardado y secreto, adonde de ordinario se le han de ofrecer á Dios sacrificios de alabanza. *Quoniam si voluisses,* dice el Profeta santo, *sacrificium, dedissem utique* (Psal. 50). En verdad, Señor, que si vos lo hubiérades querido, que os hubiera ofrecido sacrificio de aquellas cosas que en la Ley se os acostumbraban á ofrecer; pero no tenéis ya gusto ni recibís deleite con esos holocaustos. El sacrificio para Dios es el espíritu contribulado, y el corazón contrito y humillado en ninguna manera le desprecia. Haced benignamente en vuestra voluntad á Sión, para que se edifiquen los muros de Jerusalén; entonces aceptaréis el sacrificio de justicia, las ofrendas y holocaustos, y entonces pondrán sobre vuestro altar los becerrillos.

D.—¡Qué de misterios deben encerrar en sí esas palabras!

M.—Muchos y muy grandes. En las primeras quiere dar á entender el Profeta que su pecado no era de aquellos que se expiaban con sangre de animales (Levit., 4; Núm., 25: *Anima vero quae per superbiam aliquid commiserit, quoniam adversum Dominum rebellis fuit, peribit de populo suo)*; cuales eran los de negligencia ó ignorancia ó de poca malicia, sino gravísimo y que pedía mayor y más eficaz remedio, que al fin había hecho derramar la sangre del inocente Urías y cometido adulterio contra él. En el segundo verso declaró el valor inestimable del sacrificio del corazón, quebrantado y humillado, el cual en todo tiempo y en todas las ocasiones y para todo género de culpas vale y es agradable á Dios; y nota que, aunque son una cosa espíritu, corazón y ánima, se dice espíritu nuestra ánima en cuanto es levantada á las cosas altas y casi despegándose del cuerpo sube á Dios, y en cuanto vegeta y anima ese cuerpo y le da sentido y movimiento se dice corazón. Y nota más, que cuando el dolor nace de allá dentro, principalmente por ser Dios el ofendido, quiero decir que la raíz esté en la caridad; esto es, que no por respetos humanos se duele, que es propio de la contrición, entonces se llamará espíritu contribulado ó ánima espiritualmente afligida, y éste es sacrificio aceptísimo á Dios; pero en cuanto esta ánima se duele como corazón que anima y vivifica el cuerpo, porque este dolor tiene más de lo sensible que de otra cosa y es causado más por temor que por amor, no dice aceptarlo has, sino no lo despreciarás. Porque cualquiera dolor que procede de principio sobrenatural es bueno

para dar principio á nuestra verdadera conversión y justificación (Conc. Trid.). De manera que para Dios es de gran gusto el sentimiento interior y espiritual que el alma tiene de haberle ofendido, aunque ni le sigan ni le acompañen lágrimas exteriores; y el dolor del sentido, aunque imperfecto, no le desprecia, porque es despertador del primero y el que lo introduce en el alma: *Spiritus contribulatus, vel aculeatus*, espíritu lleno de abrojos, lastimado y afligido por sus pecados. *Tribulus* es el abrojo, y espíritu contribulado significa ánima dolorida y espinada. Dios nos libre de que el pecado esté como rosa ó cosa deleitable en el corazón; porque entonces muy lejos andamos de nuestra salud; mas cuando son abrojos que le punzan, cerca está de su remedio.

D.—Lo que yo hallo en ese sacrificio del espíritu contribulado de mucha consolación es que cualquiera puede ser sacerdote para ofrecerle.

M.—Hombres y mujeres, ricos y pobres, grandes y pequeños; y ninguno tiene excusa de no sacrificar cada día muchas veces, especialmente que el altar está dentro de nosotros mismos, la leña, el fuego, el agua y el cuchillo. El altar es el corazón, la víctima el espíritu, el cuchillo la lengua, el fuego la caridad, la leña, las buenas obras, y el agua las lágrimas.

San Agustín, sobre aquel lugar del Deteuronomio adonde dice Dios que su mandamiento no es sobre nosotros, ni está lejos, ni asentado en el cielo, ni de la otra parte del mar, para que nos excusemos de cumplirle, dice asi (August., Deut., 30): No hay cosa tan en nuestro poder como nuestro corazón y voluntad, ni hay sacrificio que más agrade á Dios, excepto el de Cristo, que el de nuestro espiritu contribulado: *Cor contritum*, molido como las especies aromáticas, que entonces huelen mejor cuando son molidas y desmenuzadas y puestas en el fuego. Lo uno y otro se requiere para que la pastilla de nuestro corazón huela bien á Dios: que se quebrante con dolor y que se ponga sobre brasas de caridad. En el verso tercero, caminando con el sentido espiritual, pide el profeta á Dios que se haya benignamente y use de su buena voluntad con Sión, que es la Iglesia militante, que está como puesta en frontera combatida de muchos y fortísimos enemigos, como lo estaba Sión, para que los muros de la Jerusalén celestial, que es nuestra madre, ciudad de paz y de descanso, se vayan edificando de piedras vivas, que son las almas de los predestinados y escogidos por el mismo Dios. Yo entiendo esta benignidad de Dios, y esta buena voluntad suya para Sión, y este reedificar de muros en Jerusalén, de la muerte de Cristo, en la cual mostró Dios su benignidad infinita y su voluntad de todo en todo buena para los hombres, y las caídas de los ángeles ó las sillas desamparadas, que se reedificaron, por lo que luego se sigue en el cuarto verso: *Tunc aceptabis sacrificium iustitiae oblationes et holocausta: tunc imponent super altare tuum vitulos*: Entonces aceptaréis el sacrificio de justicia, las ofrendas y los holocaustos; entonces pondrán los becerros sobre vuestro altar. Después de aquel admirable sacrificio que de sí mismo hizo Jesucristo, Señor nuestro, á su Padre en la cruz, se siguió la aceptación de los demás sacrificios, ofrendas y holocaustos, porque todo el valor de nuestras obras y servicios que hacemos á Dios emanan de allí; cualquiera ofrenda es rica con aquella ofrenda, y cualquier sacrificio con aquel sacrificio, y cualquiera holocausto con aquel holocausto. El sacrificio de la cruz y el que cada día se ofrece en el altar se llama y es sacrificio de justicia, porque de justicia nos mereció la gloria, si por nosotros no queda el obtenerla; y la justicia que los demás sacrificios tienen la tienen de aquel sacrifício. Y nota para muchas ocasiones que hay diferencia entre sacrificio, ofrenda y holocausto. Sacrificio se hacía de solos animales, los cuales mataba el sacerdote, y parte le cabía á él para comer y parte se quemaba en el fuego; la ofrenda se hacía de cualquier cosa: de pan, de trigo, de dineros, etcétera, y era común á los sacerdotes y á los laicos; el holocausto era sacrificio de animales, pero quemábase todo el animal, sin quedar cosa alguna. Y este era el más estimado y de mayor consideración y para cosas mayores. *Tunc imponent super altare tuum vitulos.* Cualquier servicio que hagamos á Dios nuestro Señor, después de aquel gran sacrificio, incorporado con él, es aceptísimo á Dios. Y entonces podemos poner sobre su altar los becerrillos, los suspiros y las lágrimas, y el buen deseo, y todas nuestras niñerías y poquedades, si, como digo, van juntas y incorporadas con el gran sacrificio que á todo pega santidad y justicia. *Super altare tuum.* Yo pienso que el altar de Dios por excelencia es el que usa la

Iglesia católica para ofrecer el sacrificio incruento, esto es, sin sangre, de Cristo sacramentado, en el cual se encierran todos los sacrificios y las ofrendas y los holocaustos, y sobre él se ponen, como dice, los becerrillos de nuestros pensamientos y deseos, para que los reciba y acepte Dios. Y si quisieres que este altar sea el corazón, no errarás. Lo que yo te ruego es que luego al punto que entres en la Iglesia y vieres el altar te conviertas á ti mismo, y metido allá dentro consideres tu corazón hecho un altar de Dios; toma tu espíritu contribulado y ponle sobre él, encendido primero el fuego de la caridad, y ofrécele á Dios, y con él los becerrillos de los deseos, la voluntad, el entendimiento, la memoria y cuanto tuyo reconoces en ti, porque verdaderamente será bien recebido y dará olor á Dios preciosísimo y suavísimo, y en ninguna manera lo desechará. Y lo dicho basta por hoy, y apercíbete para mañana, que daremos principio á la Misa, con el favor divino. A Dios, hijo Deseoso.

D. — El mismo te acompañe y consuele. Amén.

DIÁLOGO TERCERO

De los misterios de la Misa, desde que se comienza hasta el Credo.

Discipulo.—Dios te salve, maestro.

Maestro.—Vengas muy en hora buena; ¿cómo has madrugado tanto?

D.—El deseo de oirte me ha sobresaltado el sueño y hecho la noche larga y pesada.

M.—Huélgome de verte tan metido en las cosas del espíritu que te ponga en cuidado el saberlas y entenderlas.

D.—Yo creo que hay pocos, aunque entren en esta cuenta los eclesiásticos, que entiendan los misterios y secretos admirables que se encierran en la Misa; porque es la cosa que menos veces he oído platicar.

M.—Muchos hallarás, aun de los ordenados, que ni de una ceremonia de cuantas en el altar se hacen te sabrá dar razón; y por ventura por no saberlas las menosprecian y dejan fácilmente, contentándose con decir su Misa por la pitanza, atropellándolo todo con deseo de llegar presto al fin, sin guardar respeto al Señor de la Majestad, que consagran y reciben y administran. Las ceremonias que la Iglesia santa usa son, á mi parecer, como los cabellos de Sansón, que aunque cabellos le hacían invencible; y en cortándoselos quedó flaco como un hombre ordinario y rendido á sus enemigos. Son como las cortezas en los árboles, que les conservan y defienden del frío y de los ardores del sol, y en quitándoselas se secan; son como las barbacanas y antemurales, que defienden y vuelven inexpugnable la ciudad, y sin ellas tiene poca resistencia. San Juan dice que vió un misterioso árbol en medio del paraíso, que llevaba doce frutos en el año, y el árbol era árbol de vida, y los frutos de vida, y las hojas para la salud de las gentes. Qué árbol sea éste puesto en medio del paraíso de la Iglesia, sin temor de errar diria yo que es Cristo sacramentado; y los doce frutos que lleva, por todos los meses del año, son los que experimentan los que como conviene se allegan á recebirle, que son sin número, aunque reducidos á doce, como adelante veremos: *Et folia eius ad sanitatem gentium.* Las hojas de este árbol divino son las ceremonias con que se consagra, ofrece y administra, que verdaderamente son medicinales y obradoras de salud y necesarias en la Iglesia católica. Aunque los herejes, con su acostumbrada desvergüenza, blasfeman de muchas dellas y pretendan destruirlas; pero deste árbol ni una hoja se ha de caer ni perder; y todas sus obras han de ir adelante con grande prosperidad. Trató de las santas ceremonias de la Iglesia en común, contra Lutero, Calvino, Kemnicio y otros herejes de nuestros tiempos, el doctísimo Belarmino en el tomo 2, libro 2 *De efectu Sacramentorum*, cap. 29, 30 y 31, y en particular de las de la Misa (*Tractatu de Missa,* lib. 1, c. 13). Escribieron dellas Gelasio Papa, San Isidoro, Alcuino, Amalario, Rábano Mauro, Ualfrido, Solitario, Midralogo, Ruperto, Hugo de Sancto Victore, Inocencio III, Guillermo, Durando, Tomás Vualdense, San Buenaventura, Conrado Bruno, Georgio Casandro, Titelmán y otros muchos que refiere el mismo doctor, que por su antigüedad, santidad y letras nos aseguran y hacen ciertos de que las ceremonias que la Iglesia Romana tiene en la Misa son santas y llenas de significaciones místicas y dignas de que ni una sola se caiga por negligencia ó descuido; porque si Dios con tanto rigor castigó á Nadab y Abiú (Levit., 10), hijos de Aarón, que con el mismo fuego con que esta-

ban ofreciendo sacrificio los quemó y quitó allí luego la vida, porque habiéndolo de tomar de dentro del templo lo trajeron de fuera, que era ceremonia no de mucha importancia á su parecer, ¿cómo castigará á los sacerdotes de la nueva Ley si inconsideradamente ó con menosprecio dejaren las que desde los apóstoles observa y guarda y tiene canonizadas por muchos Concilios la Iglesia? (Clemens, lib. 2, c. 61; Crysost., homil. 57). San Ambrosio tiene que el haber muerto Oza, queriendo tener el Arca que se ladeaba y iba á caer del carro, fué porque faltó en una ceremonia. Teme, sacerdote, semejante animadversión y castigo, si fueres atrevido ó descuidado en cosas tan aprobadas y que hacen al culto divino y solemnidad del sacrosanto sacrificio que ofreces en el altar. Al fin somos corporales y visibles, y la Iglesia es también visible, y quiere Dios que visiblemente le honremos y adoremos en ella, aunque el principal culto y honra suya consiste en actos interiores de fe, esperanza y caridad, que á faltar esto lo demás exterior serviría de lo que las ropas y vestidos á un cuerpo muerto, que no le pueden calentar, aunque sean muchas; pero teniendo vida él las calienta y ellas conservan el calor y le acrecientan. Ansí son las ceremonias, que en las personas religiosas y que con espíritu y devoción asisten á los divinos misterios causan devoción y la acrecientan y conservan. Y cuando esto falte, por nuestros pecados, el culto exterior no ha de faltar, ni tenerse en poco lo que con tanta razón retiene y observa la santa Iglesia, columna y firmeza de toda verdad. De las ceremonias que se hacen en la Misa, unas tienen respeto y miran á Dios: como son, levantar las manos y los ojos al cielo, la adoración por inclinación de todo el cuerpo y las genuflexiones. Otras pertenecen al sacrificio: levantar en alto la hostia, mostrarla, partirla y mezclarla en el cáliz. Otras tocan al sacerdote que celebra: el lavar las manos y el herirse en los pechos; que el hacer gestos y el quebrantarse no son ceremonias, sino invenciones que á veces saca la vanidad, á veces la imprudencia y el poco saber. Otras pertenecen al pueblo, como son las salutaciones que le hace el sacerdote y la licencia que le da para irse acabado el sacrificio. Otras pertenecen á la solemnidad del oficio, como los cantos y instrumentos músicos; y fuera destas hay otras comunes, como el aspersorio, la señal de la cruz, el turificar el altar y el beso de paz. Todas estas ceremonias tienen sus significaciones místicas, fundadas las más dellas en la santa Escritura, como lo prueba elegantísimamente el cardenal Belarmino (lib. 2 de *Missa*, cap. 15). Allí lo podrá ver, si quiere, el cristiano lector, que yo no puedo detenerme en cada cosa destas; y quiero ahora dividir la Misa en cuatro partes: la primera es desde que se comienza hasta el Ofertorio, que comúnmente se dice Misa de los catecúmenos; la segunda, desde allí hasta la Consagración, que los latinos llaman el canon menor; la tercera, desde la Consagración hasta la Comunión, que se dicen canon mayor; la cuarta, lo que queda hasta el fin. Vengamos ya con el sacerdote al altar y prevenga su venida la consideración atenta y devota del nacimiento del Salvador en carne mortal, tan deseado de la Esposa santa y tantas veces profetizado de los profetas y tan ansiosamente llamado de los justos (Gen., 49; Aggei., 2; Isa., 26 et 62; Cant., 2). Todo lo cual quiso significar la Iglesia en el Introito de la Misa repetido dos veces, en los Kyries y en la Gloria, y en las luces encendidas, y en el arrodillarse el pueblo cuando el sacerdote se llega á las gradas del altar, como reconociendo y adorando á Dios Hombre vestido de nuestra librea y que viene á desterrar tinieblas y dar luz á las almas y alegría al mundo. Cierto que quien á este tiempo no se alegra y recibe consuelos espirituales considerando esto, que es insensato y bestial.

D.—También es de consideración que, habiendo tratado tanto de la limpieza del sacerdote, la primera cosa que hace antes de comenzar la Misa sea acusarse y confesar sus culpas y descuidos generales y pedir perdón dellos y á los acólitos y pueblo que rueguen por él.

Confesión general que previene á la Misa

M.—Uno de los cánones del Espíritu Santo (Prov., 18) es que se acuse el justo en el principio de la oración. Dícese por cosa cierta que lo ordenó ansí el Papa y mártir Ponciano, [papa] XX después de San Pedro (Abb. Ver., Angiensis., *Platina. Michrol.*, li. de *Canon observ. proposit.*, 23), pareciéndole, y bien por cierto, que es poca toda la humana diligencia en razón de llegarnos á los tremendos misterios del sagrado altar. Algunos dan por autor al Papa San Dámaso; y yo creo que

es tradición de los apóstoles, porque en la Liturgia ó Misa de Santiago el Menor se halla que comenzaba por la Confesión general. Al fin, para orar á Dios, y pedirle misericordia para sí y para el pueblo, conviene que el sacerdote se purifique y limpie de muchas maneras la conciencia: porque, como dice el Profeta (Psal. 65), si en nosotros reinare el pecado, ó si con gusto le miráremos en el corazón, no seremos oídos de Dios. El mismo dijo en el salmo 94 que debemos preocupar ó prevenir la faz de Dios con confesión, y luego cantarle himnos y salmos y alegrarnos con Él. A lo menos muéstranos claramente la Iglesia lo que importa la limpieza de las culpas veniales, pues antes de comenzar la Misa quiere que tomemos este remedio de la Confesión general. Los que voluntariamente se están en ellos y celebran con ellos dirán lo poco que medran con esta comida; porque siempre viven con tibieza, relajación y insensibilidades, que es un mal muy malo de curar y remediar. Santo Tomás dice que los pecados mortales se oponen á la caridad, y los veniales al fervor della: los unos la destruyen y los otros la entibian y disponen para apagarse. Dios nos libre de tal estado, porque los tibios están cerca de ser vomitados y lanzados del estómago de Dios (Apoc., 3). Esta doctrina es común en todos los que tratan de los misterios de la Misa, pero lo que yo en particular he observado aquí es que no sólo el sacerdote dice la Confesión y pide perdón de los pecados veniales, sino el pueblo, en cuyo nombre la dice y hace el acólito y los que allí se hallan. La razón es, á mi parecer, porque ansí se requiere limpieza del ánima para oir Misa como para decirla; y si no con tanto rigor, por lo que ya dijimos, á lo menos de cortesía y por la reverencia del Señor, que se ofrece y sacrifica por ellos en el altar. Digo que te debes doler de tus pecados y arrepentirte y pedir perdón cuando te pones á oir Misa, porque parece verdaderamente que consiente en la muerte de Cristo, como Saulo en la de San Esteban, el que, representándole en el altar, como queda dicho, se está voluntariamente en los pecados que fueron causa della. Y más que dice el Apóstol que todas las veces que los cometemos hacemos y levantamos de nuevo cruz, en que volvemos á crucificar al Hijo de Dios. Terrible cosa es por cierto, y á mí me tiene lleno de congoja, que estén los cristianos viendo sacrificar á Cristo por sus culpas y que se estén voluntariamente en ellas, esperando muchos á que se acabe la Misa para efectuarlas, y otros las vienen á cometer á ese tiempo. ¿Qué buscas en la Misa, pecador desalmado? Mira cómo asistes á ella, no saques de la medicina tu enfermedad y muerte. ¿Pecaras, dímelo, si te hallaras á ver hacer justicia de tu Dios y Señor? ¿Llegaras á darle una bofetada en el rostro, ó á herirle con la lanza, ó á mesarle sus barbas sacratísimas.? ¿Dijérasle alguna afrenta ó escupiérasle la cara? Pues ¿qué haces si celebrándose los divinos misterios estás pecando, y en lugar de meditar en sus pasiones estás cebando las tuyas, y forjando en tu corazón pensamientos que tengo vergüenza de referirlos aquí? ¿Qué sientes de los sayones que le crucificaron y trataron tan mal? Pues más cruel eres tú que ellos, más bestial, más insensato y más desatinado, pues cuanto es de tu parte, estando ya en gloria, le vuelves á poner en cruz y derramas su sangre, y la huellas y pisas, y tienes en poco lo que á Él le costó tanto por darte vida y salud. Di, pues, con el acólito y dilo de todo corazón: Confiésome á Dios todopoderoso, y á la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, á San Juan Bautista, á los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, á San Francisco y á todos los Santos, y á vos, padre espiritual, que pequé con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi grande culpa: Por tanto, etc. Y dicha la Confesión, espera inclinado y humilde la deprecación del sacerdote, y sube con él al altar con la consideración; humíllate cuando él se humillare y está atentísimo á lo que allí pasa.

D.— Divina consideración es ésta y para jamás olvidarla.

M.—Por ser tal la puse antes de tiempo, que se nos quedan otras cosas que considerar.

D.— ¿Qué?

M.—La inclinación profunda del sacerdote ante el altar, y el salmo que precede á la Confesión, con aquellas palabras repetidas tres veces: *Introibo ad altare Dei* (Psal. 42): Entraré al altar de Dios, que parece que le va deteniendo la Iglesia con este salmo para que piense bien y considere lo que hace y la limpieza que ha menester. Entraré, dice, y póne-

se antes de mover el pie adelante á pedir á Dios que le libre de malas compañías y que su causa no la haga común, ni la juzgue juntamente con la de los malos, que le envíe su luz y su verdad, para que con ella acierte en tan alto misterio, etc. Considera tú el salmo, que es muy doctrinal y á propósito del misterio de la Misa. El cual se dice haber puesto en este lugar el Papa Celestino I, abreviando en él todo el salterio de David, que como lo refieren San Dionisio, San Basilio y San Crisóstomo (Dionys., de *Ecles. Hier.*, cap. 3; Basil. et Chris., in *Liturgiœ*), se solía rezar antes de la Confesión general.

D.—Parece que te vas olvidando del primero y principal oferente y sumo sacerdote Cristo, cuya persona dijiste al principo que representaba nuestro sacerdote.

M.—Dices bien, y yo no voy fuera de propósito; querría cumplir con el oficio que hacemos, los que lo somos, de embajadores y de medianeros entre Dios y los hombres, que nos conviene conocer nuestra miseria, humillarnos y encogernos. Ansí lo que de antemano hace el sacerdote es una profunda inclinación delante del altar, y luego se santigua con la mano derecha, diciendo: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Tras desto se sigue lo que habemos dicho de la Confesión. En Cristo significa esta humillación ó inclinación profunda del cuerpo y cabeza la grande obediencia que tuvo á su Eterno Padre. Suyas son aquellas palabras del salmo 39: *Sacrificium et oblationem noluisti, aures autem perfecisti mihi. Holocaustum et pro pecato non postulasti. Tunc dixi: Ecce venio.* Luego que el divino Verbo se juntó con nuestra naturaleza, se le mostró al ánima de Cristo la voluntad y gusto del Padre, que era que muriese por el remedio del género humano. Y como tan obligada por el gran recibo que por medio desta unión personal tenía, y deseosa de dar contento á Dios, postrada ante su acatamiento en el vientre virginal, dijo que aceptaba esta empresa, y si fuera posible allí se pusiera en la cruz; mas ya que eso no pudo ser corporalmente, interior y espiritualmente, como ya dije en otra parte, se crucificó; y en saliendo á esta común luz, vestido de carne y en hábito y traje de hombre, se ofreció de nuevo diciendo: Padre mío, pues que no os agradáis de los sacrificios de los animales muertos, y me habéis dado oídos obedientes, ó, como interpreta San Pablo, cuerpo dispuesto para padecer, véisme aquí, ya vengo. *Introibo ad altare Dei.* Y luego confiesa, no sus pecados, sino la obligación en que se puso de satisfacer por los nuestros; y puédelos llamar suyos, porque, á la verdad, el amor le hizo cargo dellos, y le dolieron y los sintió como proprios. Muy bien puede decir: pequé con el pensamiento, palabra y obra, pues era deudor de todos mis pensamientos, obras y palabras, y de los de todo el mundo. Sube, hecho esto, el sacerdote al altar, y inclinándose, como dicho es, hace una breve oración: «Rogámoste, Señor, por los méritos de los Santos [cuyas reliquias aquí están y de todos tus Santos] ([1]), tengas por bien perdonar mis pecados todos», que es otra recomendación de limpieza; con esta oración besa el altar en el medio, significando en este beso la unión hipostática del Verbo divino con la humana naturaleza, el cual tan deseado tenía la Esposa santa (Cant., 1) y con tan ansiosos deseos pedido. También podemos decir que en este ósculo se nos da á entender la unión entre Cristo y su Iglesia, significada en el altar, como lo tienen San Agustín, Orígenes y otros doctores santos (Aug., hom. 6 in *Apoc.*; Orig., hom. 9. in Josue). También significa paz, reconciliación y copiosa gracia, según que largamente lo tengo yo tratado en nuestros *Comentarios sobre los Cantares.* Lo cual todo ganamos por Cristo, paz y reconciiiación nuestra, como dice el Apóstol (Ephes., 2).

Tras desta ceremonia se sigue irse el sacerdote al lado derecho del altar, adonde se da principio á la Misa, hasta que se ha de decir el Evangelio, que entonces se pasa el misal al lado izquierdo (Adviértase cuál llama diestro ó derecho el ceremonial), y está allí hasta haber consumido, que se vuelve adonde estaba primero y allí se acaba el sacrificio que es una cosa de harta consideración. Y dásenos á entender (Mat., 15) cómo Cristo vino principalmente por el pueblo judaico, sig-

([1]) Añado en cuadrículas lo que falta de esta oración, porque no puedo dudar que se decía así en tiempo del P. Ángeles. No tengo á mano ningún misal de principios del siglo XVII, pero he visto otro más antiguo, *Ceremonie ad missam. Recognite et illustrate per Petrum Antonium Beuter. Apud Valentiam, 1527,* f. XIV, v., donde se halla sin más diferencia que la adición de *aliorum* al *ommium* que ahora decimos.

nificado por el lado derecho del altar, y segundamente por el gentílico, entendido en el siniestro lado. Ansí es que primero se trató de la salud de los judíos y con dificultad se admitía algún gentil, como se vió en la Cananea (Ioan., 4; Mat., 15), pero desmereciéndolo los naturales, se convirtió la predicación á los extraños (Act., 13): y eso es pasarse el misal del lado derecho al izquierdo. Mas como en el fin del mundo, habiendo entrado en la Iglesia la plenitud de los gentiles, los que hubieren quedado de los israelitas se salvarán, vuelve el misal y el sacerdote al lado derecho y acaba la Misa, porque en esa disposición se acabará el mundo, hecho ya de ambos pueblos un aprisco, un rebaño y un pastor (Rom., 1; Ioan., 10). Al fin, todas las veces que el sacerdote besa el altar significa el amor entrañable con que el Verbo divino se juntó con su Iglesia, y para hacer la Esposa sin mancha ni ruga dió su sangre y su vida (Ephes., 5). Síguese el Introito, que quiere decir entrada, ó porque se cantan en el coro dos versillos pequeños tomados ordinariamente de los salmos con *Gloria Patri*, etc., como lo quiere Micrólogo (cap. 1), ó porque allí se comienza la Misa, como le parece á Conrado Bruno, (lib. 2, c. 1). En el Introito, como arriba dije, se nos da á entender la entrada del Hijo de Dios en el mundo en carne mortal, y las alegrías y fiestas que hubo en su nacimiento, ansí en los hombres como en los ángeles; aunque otros quieren que sean estas las voces de los patriarcas y profetas y de todos los justos que apellidaban por el Mesías, repitiendo muchas veces, que eso significa la repetición del proprio verso (Con. Vasense., 2, c. 3; Grego., lib. 7, epis. 63), sus peticiones y deseos. Y parece que es esto más conforme á razón que otra cosa, porque se siguen luego inmediatamente los *Kyries* y luego la *Gloria in excelsis Deo*. En los *Kyries* se pide la misericordia de Dios, la cual recebimos especialmente en la encarnación del Verbo divino, y esa pedía el Profeta á Dios que le mostrase, diciendo: *Ostende nobis, Domine, misericordiam tuam.* Y declara qué misericordia es esta añadiendo: *Et salutare tuum da nobis.* La misericordia de Dios es el Hijo suyo hecho hombre y salud de los hombres; *Kyrie eleyson* significa y quiere decir en nuestra lengua: Señor, habed misericordia de nosotros. Es palabra griega, afectuosa y llena de devoción; por eso la ha conservado la Iglesia más ha de mil años, sin querer traducirla en lengua latina. Y débese pronunciar como oración jaculatoria, el rostro levantado, con espíritu humilde y ánimo contrito y con un afecto, si puede ser, seráfico.

De San Espirión, obispo en Chipre, se cuenta (Suri., I, 12 dezem., cap., 28) [1] que estando un día celebrando, no habiendo quién entonase con solemnidad los *Kyries*, se oyeron voces de ángeles que con grande suavidad los cantaban. San Basilio hizo que el demonio restituyese una cédula que tenía contra un miserable hombre, la cual él le había hecho de entregarle su alma (Sur., I Ian) si le casare con una doncella, ama y señora suya, sólo con repetir el santo Obispo con el pueblo y clerecía muchas veces *Kyrie eleison*: y San Metodio acostumbraba á dar en penitencia por pecados graves ciento ó doscientas veces *Kyrie eleison*, por ser palabra, como dije, regaladísima y de grande eficacia para alcanzar de Dios misericordia. Y repítese nueve veces, de tres en tres, porque de todas tres divinas personas habemos de esperar misericordia, y porque todas tres obraron el misterio de la Encarnación, aunque la persona del Hijo tan solamente encarnó. Por el número de nueve se pueden entender los nueve meses que la Virgen beatísima trajo en su vientre al Hijo de Dios y suyo, que en ese tiempo creo yo que estaban más vivos y encendidos los deseos de los justos y de los que moraban en las tinieblas y sombra de muerte en el triste limbo; ó significan los nueve coros de los ángeles, que juntamente con los hombres clamaban por la Encarnación del Verbo eterno para que por Él se reparasen las quiebras y ruina que en el cielo hubo por los apóstatas ángeles. Aquí entran luego las alegrías del nacimiento de Jesucristo nuestro Señor, entonando el sacerdote y prosiguiendo el coro á versos: *Gloria in excelsis Deo*, que no se canta ni en las dominicas y ferias de Adviento, porque se espera; ni en las de Cuaresma, porque se trata de su pasión y muerte, aunque sí en el Jueves Santo, por el alegría de la ins-

[1] Es decir, en el tomo I, día 12 de diciembre, cap. 28 de la vida del obispo citado. Lo mismo se ha de leer más abajo: *I. Ian*, tomo primero de los Santos cuyas fiestas se celebran en *enero* ó primer día de enero.

titución del santísimo Sacramento. Esta angélica canción, como la cantaron los ángeles, ordenó que se cantase en la Misa Telesforo, Papa IX desde San Pedro, año de 140, y muchos años después la añadió y puso en la forma que ahora la tenemos el Papa Símaco, aunque San Clemente quiere que venga ansí de los apóstoles (Clem., lib. *Const. Apost.*, c. 48). Otros lo atribuyen á San Hilario Pictaviense; pero es de poca importancia averiguar esto, porque basta tenerlo ansí la Iglesia para que nosotros lo reverenciemos pecho por tierra. El sacerdote comienza esta festiva canción, y el coro prosigue con muchas voces, porque un ángel fué el primero que á solas la entonó, y tras dél, como dice San Lucas (Luc., 2), se le juntó grande multitud de angélicos espíritus que á coros prosiguieron, significando todos el alegría que tenían de ver á Dios hecho hombre por la salud de los hombres y para reparo de muchas celestiales sillas vacías de moradores. Algunos quieren que el sacerdote represente la persona de Cristo y signifique, entonando esta canción, el alegría de su corazón de verse ya hecho Hombre entre los hombres (Innoc., III, lib. 2 *Myster. Mis.*, c. 20; Durand., in *Ration*, lib. 4, c. 13, Libertus et alii), aunque no sé yo cómo este canto se le puede atribuir á Él, pues la primera voz que se oyó suya en este mundo fué semejante á la de los otros hombres, de llanto y de tristeza, sino es que digamos que por cuanto este llorar del niño Jesús y estas sus lágrimas fueron para nuestro consuelo, los bautizamos con nombre de canción alegre, y quizá por eso dice el sacerdote con modestia y humildad *Gloria in excelsis Deo*, para significar este llanto, y el coro prosigue con voces grandes, regocijadas y de tropel, porque de esas lágrimas, de ese llorar nació en el mundo el consuelo, la gloria á Dios y la paz á los hombres, como se dice en la misma canción.

D.—Al fin fué ese el día más alegre de cuantos hasta él se vieron en la tierra.

M.—Y en el cielo. No se puede decir cuánto alegraron á los cortesanos celestiales las lágrimas de Jesús y los griticos que daba lastimado de frío y maltratado de la dureza del pesebre. ¡Oh Belén! ¡oh establo! ¡oh pesebre! Todo cuanto hay de aquellas puertas adentro, pajas, heno, telarañas, pañales, tocas, buey y jumento, son reliquias que no tienen precio. Quitad de ahí tantas bujerías como tenéis en vuestros oratorios, que os roban los ojos y el corazón tras dellos. ¡Ay mi Jesús, que naciste en tanta pobreza, porque no hubiese á qué mirar sino á Ti en ese oratorio y cuando mucho á tu Madre! Mira, hijo Deseoso, Dios vino del cielo al suelo á honrar nuestros andrajos, á levantar y calificar nuestros remiendos y sayales pobres y á desacreditar las púrpuras y á hacer que se postren las coronas y las tiaras delante de las cruces y las pongan sobre sí por ornamento y honra los Papas y los Emperadores. ¡Oh pobreza! ¡oh sacos de jerga! ¡oh moradas estrechas! ¡oh lágrimas!, este fué el día de vuestro triunfo y en que os acreditó el Rey del cielo, y juntamente condenó lo superfluo, lo vano, lo curioso en demasía, las risas y chocarrerías, las sedas y los brocados, las cátedras y asiento de honra mundana. San Bernardo, en el sermón primero de la Natividad del Señor, dice ansí: *Non consolatur Christi infantia garrulos; non consolantur Christi lachrimae cachinantes; non consolantur panni eius ambulantes in stolis; non consolantur stabulum, et praesepe amantes primas cathedras in Sinagogis. Vigilantibus pastoribus annunciatur gaudium lucis, et eis dicitur: natus est vobis hodie Salvator; pauperibus, atque laborantibus; non vobis divitibus, qui habetis hic consolationem vestram, et vestrum dominium* (¹). Al fin está Cristo puesto en el pesebre, como en una cátedra de prima, enseñando en persona lo que había enseñado en los siglos pasados por sus profetas. Que es lo que dijo el Apóstol á los Hebreos (Hebr., 1): *Multifariam, multisque modis, olim Deus loquens patribus in Prophetis, novissime diebus istis loqutus est nobis in filio:* Muchos medios tentó Dios antiguamente para reducir á Sí á los hombres, y en razón desto los habló de mil maneras por sus profetas y amigos; pero á la postre cerró, como buen capitán, el escuadrón para salir con la

(¹) «La infancia de Cristo no consuela á los chocarreros; no consuelan las lágrimas de Cristo á los reidores destemplados; no consuelan sus pañales á los que pasean rozagantes vestiduras; su establo y pesebre no consuela á los que buscan los primeros asientos en las sinagogas; por esto el gozo de la luz se anuncia á los pastores que estaban en vela, y á ellos se les dice: ha nacido hoy para vosotros el Salvador del mundo; esto es, para los pobres y trabajadores, no para vosotros los ricos que tenéis aquí vuestro consuelo y vuestra hacienda».

victoria. Consoló á su Esposa dándole aquel dulcísimo beso que de su boca tanto deseaba recibir (Cant., 1). Béseme, dice, de beso de su boca; como si dijera: De cerca le quiero oir, y tanto, que reciba de su boca el aliento de esa encendida y ardiente caridad; no quiero intérpretes, que muchas veces llegan á mí sus palabras frías como los carámbanos, sino Él me hable, que tiene palabras de vida eterna, que me peguen su espíritu: *Quia meliora sunt ubera tua vino.* No calienta tanto el vino como la doctrina de tu corazón, que comunicas á tus hijos en forma de leche, para regalo y sustento. Hablónos en su Hijo de palabra y de obra; para eso se hizo la Palabra carne, porque no fuese todo hablar. *Et Verbum caro factum est* (Ioan , 1). Para que entrase por los sentidos al alma, porque nuestro conocimiento todo es por ellos. Dió cuerpo Dios á su Palabra eterna; que es lo que dijo el Apóstol. *Corpus autem aptasti mihi*; para que la veamos y toquemos y sigamos. Lo que vimos, lo que oímos, lo que con nuestros ojos miramos, lo que nuestras manos tocaron del Verbo de la vida, y de la vida que se nos descubrió y manifestó, esto os anunciamos (I Ioan., 1) y declaramos para que en uno y de compañía nos gocemos, etc. En la tierra fué visto, dice Habacuc (Habacuc, 3), y conversó con los hombres. En la Retórica tiene gran fuerza la figura que llaman prosopopeya, que es fingimiento de persona, como cuando decimos: los prados se ríen, los ríos dan palmadas de gozo, los montes se alegran. Ansí fingió Cicerón, defendiendo á Milón, que la patria toda estaba enlutada por él y reventando de dolor y vertiendo lágrimas. Esta manera de orar se guarda para el fin, porque persuade mucho. Y eso hizo Dios: *Novisime loquutus est nobis in Filio.* Vistió su Palabra, no fingida, sino verdaderamente, para que verdaramente llorase y gimiese y padeciese hambre, y sed, y cansancio, azotes, afrentas y muerte. Pero ¡silencio! que cantan los ángeles: *Gloria in altissimis Deo*, etc. Oye tú lo que te dicen, y rúmialo, y atentamente considera la gloria de Dios en este hecho: *Ut inhabilitet gloria in terra nostra* (Psal. 84). Y la paz tan deseada que se ofrece á los hombres de buena voluntad y gana. Levántate en pie luego que el sacerdote dice este himno, y camina apriesa con la consideración en compañía de los pastores y di con ellos: Pasemos hasta Bethlem y veamos este hecho que ha hecho Dios y se ha dignado demostrárnosle á nosotros. Y no más, porque se vuelve el sacerdote al pueblo y le dice: *Dominus vobiscum*, de la cual ceremonia usamos todas las veces que despertamos al pueblo para la oración ó para que oiga alguna cosa con atención particular; por eso se dice ante las oraciones primeras y postreras: ante el Evangelio y el *Oremus* del Prefacio, etc. Al fin, pide atención y revoca á los descuidados á sí mesmos y vuélvelos al corazón, si acaso se han divertido y están lejos del altar y sacrificio. Salutación fué ésta muy usada entre los hebreos, y de que usaron los ángeles en algunas ocasiones (Iudi, 6; Ruth., 2; II Par., 27; Luc., 1). San Agustín, sobre el salmo 132, dice que antiguamente usaron los religiosos y usan ahora, ansí para llamarse como para pedir atención, desta palabra *Deo gratias*. Y San Jerónimo escribe de Santa Paula que llamaba á sus doncellas con ésta: *Alleluia*. Pedro Damiano escribe un libro entero del *Dominus vobiscum*, y prueba ser antiquísima ceremonia en la Iglesia, y hállase en las liturgias ó Misas de San Basilio, de Crisóstomo y de Santiago. Y se ha de decir rezando el oficio divino, aunque sea en particular y que no haya quien responda. Cuando dice *Dominus vobiscum* abre las manos, y cuando dice *Oremus* las junta, como si recibiese las oraciones de todos y juntas las ofreciese á Dios. San Dionisio hizo mención desta salutación (Dionys., de *Eccles. Hier.*; Conc. Brac., 1, can. 21) y la llama divinísima, porque no fué inventada por antojo humano, sino sacada de la santa Escritura. Los Obispos saludan al pueblo la primera vez diciendo: *Pax vobis*, representando la persona de Cristo resucitado, que de esa manera saludó á sus apóstoles en el Cenáculo, y de allí adelante se conforman con los demás sacerdotes, diciendo: *Dominus vobiscum*. Estad conmigo, advertid á lo que hago y represento. Siete veces se hace esta salutación en la Misa, aunque no se vuelve el sacerdote al pueblo más que las cinco, que son los cinco aparecimientos de Cristo á los suyos después de su resurrección. Y aunque había muchas cosas que advertir en ella, como las advierten los que escriben destos divinos misterios (Innoc. III, Alexandr.), yo me contentaré con que cada vez que vieres volverse al sacerdote á ti y á los demás y decir: *Dominus vobiscum*, te recojas y entres en tu corazón, y adviertas que se te pide

atención y entereza en lo que se está representando, y juntamente que ayudes al sacerdote cuando ora y oigas á Dios que te habla en su Evangelio, y desees la paz que se te ofrece, y levantes el corazón cuando en el Prefacio, después de haber dicho el sacerdote *Dominus vobiscum*, añade *Sursum corda*. Y porque no has de ser ingrato, en oyendo *Dominus vobiscum* quiere la Iglesia que respondas: *Et cum spiritu tuo*, que vale tanto como esto: si nos deseáis la presencia y compañía de Dios para que asistamos como debemos á los divinos misterios, esa misma compañía os deseamos nosotros para que dignamente los acabéis, para gloria y honra suya y bien de su pueblo. De manera que el que celebra y los que asisten han de estar de un corazón y se han de ayudar alternativamente en su oración. Ansí se sigue luego *Oremus*, todos á una, porque la oración de muchos suele ser de gran eficacia delante de Dios. Por eso, para significar la unión que ha de haber en todos para ser oídos, junta las manos. De los Apóstoles dice San Lucas que *Erant perseverantes unanimiter in oratione* (Act., 1) con María, Madre de Jesús, y las demás mujeres santas. Es la oración de comunidad como escuadrón de soldados bien ordenados (Cant., 6) y á guisa de pelear. Quiere Dios gran conformidad en la Misa entre el que la dice y los que la oyen. ¡Ay del pueblo adonde el sacerdote y los feligreses andan encontrados y de pendencia! ¡Ay del singular (Conc. Brac., 1, can. 22) y solo en las comunidades, que, aunque sea para orar, anda en peligro de que le coja el lobo infernal! De manera que cuando el sacerdote ora no es lícito que el cristiano duerma ni esté descuidado, inadvertido y lejos del templo y ofertorio ([1]) con el corazón. Que cuando Cristo oró en el huerto quiso que los suyos velasen y orasen, y les reprendió tres veces porque faltaban en esto, y los exhortó á la vela y la oración diciendo (Mat., 26; Luc., 23): *Vigilate et orate*. Y puede ser que el *Dominus vobiscum* tuviere de aquí su principio. Y si Cristo quiere ser ayudado de nuestras oraciones cuando ora ¿con cuánta mayor razón lo pide el sacerdote que celebra, necesitado de ofrecer primero por sí y después por el pueblo? Estéfano Edvense (de *Sacramento altaris*, capít. 12) dice que cuando el sacerdote, volviéndose al altar, al lado de la epístola, pronuncia esta palabra *Oremus*, se exhorta á sí y al pueblo á que en común oren todos, porque Cristo hizo uno y otro, que oró y amonestó á los suyos que orasen. Y lo mismo dice San Agustín (*Epistola 106 ad Vitalem*). Y San Juan Crisóstomo (homilia 10 in *Epistola secunda ad Corinthios*) dice: En estos espantosísimos misterios todas las cosas son comunes. Y en otra parte: Todos decimos una misma cosa, no, como antiguamente, parte el sacerdote y parte el pueblo; á todos se propone un cuerpo y una bebida, y todos oramos á una, porque un cuerpo somos en Cristo, y un espíritu es el que informa todos sus miembros. Síguese la oración en particular, ó del Santo, ó de la Feria, ó de la Dominica, que antiguamente (Cassian., lib. 62 *Inst.*, c. 7; Conc. Agat., c. 21; Hugo á S. Vict., lib. 2, de *Offi. Eccles.*, c. 16, et alii) y aun en nuestros tiempos se llamó y se llamó Colecta, ó porque en ella el sacerdote, como embajador por el pueblo, recoge las oraciones de todos y las presenta á Dios, ó porque para la consagración y ofrecimiento del sacrificio de la Misa el pueblo se junta y se dice sobre él; y de aquí vinieron los antiguos á llamar á la Misa *Collecta* (Tertul., lib. 6, c. 23 et lib. de *Fuga. in pers. ad fin;* Epiph., *Hist. Tripar.*, lib. 7, c. 32; S. Agustín, in *Brev. calo.* collat. tertii diei) y es nombre usado mucho en la divina Escritura (Levit., 23; Núm., 29; II Paralip., 7; Hebreor., 10), en los cuales lugares significa ayuntamiento de muchos, ó congregación de gente recogida y atenta. Y por ventura quiso la Iglesia llamar colectas á las oraciones que se dicen en el principio, medio y fin de la Misa, para pedirnos este recogimiento todas las veces que el sacerdote las dice. San Jerónimo (*ad Eustochium in Epitaphio Paulae*) dice que á ninguno es lícito, en tanto que se dicen estas oraciones, estar sentado, ni cubierta la cabeza tampoco. La razón porque la Iglesia hace oraciones antes de la consagración y ofrecimiento del cuerpo y sangre de Cristo es porque el mismo Señor, antes de consumar el sacrificio de su persona en la cruz, hizo oración á su Padre con clamor grande y copiosas lágrimas (Hebr., 5). Y el apóstol San Pablo, á su discípulo Timoteo le dice (I Tim., 2), que ante todas cosas se hagan peticiones, oraciones y plegarias por todos los hombres en común, y en particular por los reyes y superiores. Lo cual entiende San Agustín (Aug., epist. 59 ad Pau-

([1]) ¿Será oratorio?

lum) destas colectas que el sacerdote dice luego en el principio de la Misa. Y destas oraciones me parece á mí que se entiende lo que San Juan dice que vió en su Apocalipsi (Apoc., 8): Vi que un ángel tenía en las manos un riquísimo incensario de oro, lleno de brasas encendidas, y en él echaba lindísimos perfumes, con los cuales hinchía el cielo de buen olor; ora represente á Cristo, ora al sacerdote haciendo oficio de embajador y medianero entre Dios y los hombres, que hace paces y aplaca á Dios con estas oraciones olorosas de la Iglesia santa, amada y querida de Dios (Lege *Serm. Orationis in horto Tert. Apol.*, cap. 30). Y advierte una cosa, que el sacerdote cuando dice estas oraciones ó colectas tiene las manos abiertas, y extendidos y como en cruz los brazos, significando, á mi parecer, la oración que hizo Cristo, como ya dije, puesto en el santo madero y extendidos y estirados sus divinos brazos con los clavos de hierro. Y no es fuera de propósito siempre que vieres al sacerdote en esta figura contemplar á tu Cristo crucificado, derramando sangre y vertiendo lágrimas y orando al Padre. *Et exauditus est pro sua reverentia* (Hebr., 2): Y fué oído por su reverencia. Pero ¿cómo no había de oir el Padre oración tan humilde y devota y tan bien acompañada de lágrimas y de sangre? Gran cosa, sangre de Dios, y lágrimas de Dios, y oración de Dios. Admirable postura es para orar los brazos abiertos y en cruz, y vertiendo lágrimas y sangre, sino material, á lo menos del corazón. Yo pienso que la eficacia de la oración de Moisén (Exod , 17) cuando orando por el pueblo alcanzó victoria contra los Amalecitas, fué por hacerla en cruz; y colijolo de que en cayéndosele las manos iban los de su pueblo de vencida, y en levantándolas en alto estaba por ellos la victoria. Y San Pablo quiere (Aug., serm. 93 *de temp.;* I ad Timoth., 1) que levantemos á Dios las manos puras. De San Pacomio se escribe (Surius 14 Maii, c 94), que toda una noche perseveró en oración, los brazos extendidos en cruz; y de muchos Santos leemos que tenían esta forma de orar; y de alguno sé yo que siete horas muy de ordinario estaba en cruz; postura es que fatiga mucho el cuerpo, pero anima el espíritu y destierra mucho el sueño, y espanta los demonios, y representa muy al vivo el misterio de la pasión del Señor. Parece que está diciendo el que desta manera ora: Aparejado estoy, Señor, aparejado estoy (Psal. 56); y que extiende los brazos para que otro le ciña y le lleve á su voluntad, como lo dijo Cristo á San Pedro (Ioan.. 20), significándole la muerte de cruz que había de morir y con que había de honrar á Dios, y puede decir, hablando con el Padre, lo que su Hijo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* Algunos quieren que este levantar de manos en la oración sea juntarles las obras, porque no son los que dicen: Señor, Señor, los que entran en el reino de Dios, sino los que ponen en ejecución la voluntad del Padre (Matth., 7) que está en los cielos, declarada en su divina ley y Evangelio santo. Y San Pablo llama justos á los obradores de la ley (Rom , 2), y no á los que hablan della, aunque sea con lenguas de ángeles. Y el Padre de familias no llama para pagar el jornal á los que parlaron (Mat., 20), sino á los que trabajaron. Y Santiago compara al que tiene orejas para oir (Iacob., 1) y no tiene manos para obrar al hombre que se mira á un espejo, que ve su figura sin alma, y en apartando de sí el espejo se olvida de la calidad de su rostro. Son cristianos nominales y sofísticos los que se contentan con palabras y apariencias exteriores, estando sin espíritu y sin vida de caridad interiormente. Bienaventurado, dice San Juan (Apoc., 1) el que lee y oye las palabras desta profecía, y guarda las cosas que en ella están escritas. Célebre fué la sentencia de los Lacedemonios á este propósito (Roterod., lib. 2 *Apophte.*): *Admota manu*, decían, *invoca fortunam*: Extendiendo la mano, invoca la fortuna; que es lo mismo que en nuestro lenguaje proverbialmente decimos: Da Dios ventura al que la procura. Y no más, por que acabemos con las colectas ó oraciones, que también es de consideración el ordinario final que la Iglesia les da. *Per Dominum nostrum Iesum Christum, Filium tuum*, etc. Digo que es esto lo ordinario, porque muchos años las oraciones todas eran dirigidas al Padre, y se mandó que ansí se hiciesen en un Concilio (Conc. Car., 3., can. 23.), fundada la santa Iglesia en la doctrina de Cristo, que en su Evangelio dice que pidamos al Padre en su nombre (Ioan., 15). Y á la verdad no tienen los hombres otro nombre en el cual puedan pretender ni buscar salud sino el de nuestro Señor Jesucristo (1 Tim., 1, et Ioan., 16). Es el medianero por quien, y por los tesoros de sus merecimien-

tos, alcanzamos del Padre lo que pedimos (Act., 4; Heb., 5). Es como el cristal puesto entre el sol y la yesca, que pasando por él los rayos la encienden y abrasan. Al fin, por Cristo tenemos cuantos bienes tenemos y recebimos los favores y mercedes que deseamos, y si saliese Él de por medio, ningún sacrificio ni servicio podríamos ofrecer á su Padre eterno que le fuese grato. Y por ventura para significar esto mandó en el Levítico que tarde y mañana se le ofreciesen corderos, y entre ellos los demás sacrificios, porque en Cristo, cordero divino muerto desde el principio del mundo (Apoc., 9), esto es, aceptada su muerte para salud y remedio de los hombres, tienen valor y estimación nuestras ofrendas, por pequeñas y de poco precio que sean de nuestra parte. De manera, que para alcanzar mercedes de Dios, aunque se le pueden pedir por muchos títulos, de Criador, de Conservador, de Padre y de Señor, ninguno puede tanto con Él como este: *Per Dominum nostrum Iesum Christum, Filium tuum*, etc. Parece que estoy oyendo decir á Dios lo que Josef á sus hermanos: No parezcáis delante de mí si no fuere con Benjamín, vuestro hermano menor (Gen., 43). Cuando quisieres que el Padre te mire, pide que mire primero á la faz de su Hijo (Psal. 83), porque si te mirase á ti primero que á Él sería para hacerte temblar, y antes le provocaría éste mirarte á ira que á misericordia. Es muy cierto, y no tiene duda, que todo el agrado que tiene Dios mirándonos le nace de pasar los ojos primero por su Hijo, en el cual solo se ha complacido bien (Mat., 17). Y es muy á propósito el ejemplo de la vedriera muy bien dibujada y con variedad de hermosos colores, que pasando por ella los rayos solares representa todo aquello de la otra parte; y no sólo aclara el aposento, sino que juntamente le hermosea y estampa en él las figuras y matices de la vedriera. Esto digo de Cristo, que mirándonos por Él su eterno Padre halla en nosotros su figura, sus merecimientos, su santidad y justicia, sus virtudes y agrado, y no nos mira como á cosa distinta y diferente de su Hijo, sino como á miembros, con su cabeza que los rige, y vivifica un espíritu. ¡Oh, Padre; mira á la faz de tu Hijo, antes que pases á mirarme á mí! Miró Dios, dice la Escritura, á Abel y á sus ofrendas y dones, y agradado de todo punto, envió fuego del cielo que quemase el sacrificio (Gen., 4). Parécenme palabras dichas de Cristo, cuya persona y oficio de pastor representó Abel. Miróle su Padre á Él, y mirónos á nosotros por Él; Él le fué grato por sí mismo y le llenó los ojos y el corazón, y nosotros le parecimos bien por Él. *Gratificavit nos in dilecto Filio suo:* (Ephes., 2): Hízonos agradables en su querido Hijo, y fuimos criados en buenas obras en Jesucristo. Y á los de Corinto dijo: Vosotros estáis en Cristo Jesús. En el cual modo de hablar se nos da á entender la unión estrechísima que hay entre Cristo y su Iglesia, que es la que hay entre la cabeza y sus miembros. Por eso díjo El mismo (Ioan., 12): Quien está en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto, porque sin Mí nada podéis hacer. Al fin, Cristo es nuestra justicia, y nuestra santidad (Galat., 3), y nuestro saber, y nuestra redención, y nuestro todo, porque todo esto nos viene por Él. Y el que quisiere conservarse en gracia, arrimado ha de estar á esta cabeza, porque della le ha de venir espiritual virtud, que preceda, acompañe y siga á las buenas obras que hiciere. Gran prerrogativa fué la de aquel famoso templo de Salomón, en el cual dió su palabra de asistir y oir la oración de quien le llamase, y conceder lo que le pidiese, y estar atento allí, y poner sus ojos y oídos y corazón de día y de noche (II Paral., 6); pero otro templo tenemos los cristianos, desde el cual, si oramos, no dejaremos de ser oídos siempre y despachados á medida de nuestro deseo. ¡Ay, Cristo Jesús, que Tú eres el templo más costoso y más hermoso y más rico y más bien labrado que el de Salomón; en Ti mora la divinidad corporalmente, esto es, no por vía de gracia, como en los otros hombres santos y ángeles buenos, sino por otra manera de mayor tomo y valor (Colos., 2), que es por razón de la unión personal, por la cual tu humanidad santísima es levantada á tener dignidad infinita y al infinito ser del Verbo eterno. Y oyó desde su santo templo mi voz (Psal. 17), y mi clamor en su presencia entró por sus orejas. ¿Quién oró desde este santo templo, movido del espíritu de Cristo, que no fuese oído y remediado en su necesidad y trabajo? No te salgas deste templo para orar, que aunque des más voces no recibirá Dios tu oración, ni le dará sus oídos, ni permitirá que esté en su presencia. ¿Por quién has de ser oído y despachado? *Per Dominum nostrum Iesum Christum.* El Evangelio lo dice, que

se le abrieron á Cristo los cielos en el Bautismo, para que entendamos nosotros que el entrar allá ha de ser por Él. Y el abrirnos el Padre eterno sus entrañas y el recebirnos en ellas no se hace por nuestros merecimientos á solas, sino por los de Cristo. Él es el oído y bien despachado, porque el oirnos y despacharnos se nos concede por Él. Y quitado Él aparte, como ninguno hay justo de sí, ninguno sería oído de sí.

D.—No quisiera estorbar ese divino y regaladísimo discurso; pero para gozar de su doctrina tengo necesidad de que me allanes una dificultad que se me ofrece en ella.

M.—Di lo que quisieres, que ya yo tengo concluído con mi intento.

D.—Dices que nuestra justicia, santidad y saber y nuestro todo es Cristo, y yo lo creo ansí; pero dime, ¿no hay en nosotros justicia propria y propria santidad cuando de verdad somos justos y santos? ¿Es posible que lo somos porque es Cristo?

M.—Esa es una cosa muy larga y pleito que trae la Iglesia Católica con los herejes, que pretenden ser justos con la justicia ajena, que no es otra cosa, á mi parecer, que apellidar justicia estándose en sus pecados. Bueno fuera, por cierto, que dijera yo que era formalmente justo por la justicia y santidad que no es mía, ni está pegada á mí; y ¿qué amor fuera el de Cristo para sus justificados si les dijera: contentáos, amigos míos, con que en Mí tenéis vuestra justicia, vuestros méritos, vuestra santidad, dejándolos pobres, mendigos, injustos y llenos de miseria? No tiene el celestial Esposo esas entrañas; es cabeza y es Esposo de la Iglesia, y para juntarla á sí como dice su Apóstol (Ephes., 5), primero la limpió y santificó y la lavó con el lavatorio del santo Bautismo y palabra de vida; y si la lavó y alimpió con su sangre, que está en los divinos Sacramentos y se nos comunica por la colación dellos, ¿cómo puede quedar injusta y sucia? San Juan dice (I Ioan., 1) que la sangre de Cristo nos alimpia de todo pecado. Y si bien se mira y se considera la divina Escritura, hallarse ha que cuando se da el perdón del pecado se da con él novedad de vida y corazón limpio, de nuevo criado, como lo pedia David (Psal. 50). Y por Ecequiel se nos dice (Ezech., 11): Yo os daré corazón nuevo, y espiritu nuevo pondré en medio de vosotros. Y haré que andéis en mis mandamientos, y que guardéis y obréis mis juicios. Al fin, y en una palabra, te digo que la justificación del pecador no se hace sólo por no imputarle Dios el pecado, que eso fuera quedarse en él, aunque no se le diera castigo, sino que juntamente con el perdón se le da la gracia y queda justo, de verdadera justicia, la cual está formalmente en él, y della se denomina justo: aunque es así que todo eso se lo mereció Cristo, que, como dice San Pablo (I Cor., 14), es hecho á todos los que le obedecen causa de salud eterna, y es nuestra justicia, santificación y redención. Y no te metas más en cuestiones semejantes, sino sigue la doctrina de la Iglesia (Aug., epist. 107; Hier., lib. 2. epis. ad Galat.; Justi., *Apolog.*, 2), y cuando el sacerdote dijere: *Per Dominum nostrum*, etcétera, responde tú: *Amen*, conformándote con su oración, y pidiendo á Dios por Cristo que la acepte y reciba, que eso significa la palabra hebrea *Amen;* la cual conserva la Iglesia desde los apóstoles, sin volverla en nuestra lengua, por ser breve y misteriosa.

Síguese la Epístola, que suele ser, ó de algún profeta, ó de las de San Pablo, San Pedro, Santiago ó San Juan, y parece haberse tomado esto de los hebreos que, como dice San Lucas (Luc., 4; Act., 13, 15, 17 y 18.), tenían de costumbre leer en los sábados en sus sinagogas algunos pedazos de profecías. Tiene harta antigüedad esta lección, porque hace mención della San Dionisio (cap. 3 de *Ecclesiastica Hierarchia*), y Justino Mártir (*Apolog.* 2), y Tertuliano (*Apolog.*, cap. 39) y San Clemente Papa y Mártir, en el libro de las *Constituciones Apostólicas* (Clemen., li. 8 *Constit. Apost.*, c. 4.), y en persona de los apóstoles (I Thes., 5: *Adiuro vos per Dominum ut legatur haec omnibus sanctis fratribus*, et ad Colos., 4: *Cum lecta fuerit Epistola haec apud vos facite ut Laodicensium Ecclesia legatur*) manda que, congregados los fieles al sacrificio de la Misa, se lean las Epístolas canónicas de los mismos apóstoles, y los Evangelios, y no falta quien diga que las epistolas de San Pablo y los demás apóstoles, cuando las escribían ó á los romanos, ó corintios, ó efesios, etc., las recebían los obispos ó prelados y las leían al pueblo, que para eso se juntaba; y si alguna cosa había dificultosa en ellas, los maestros la declaraban, y de ahí se introdujo en la Iglesia católica leerse al pueblo en la Misa antes del Evangelio. Y es cosa cierto de grande consi-

deración ver que en aquel tiempo todos, chicos y grandes, letrados y no letrados, eran capaces de lo que se les escribía y lo alcanzaban: y ahora hacen mucho los grandes y profundos letrados en entender lo que en ellas se escribe; argumento del grande espíritu que en la primitiva Iglesia había y del poco que ahora se nos comunica á los fieles por nuestra culpa.

D.—¿Qué significa leerse primero la Epístola que el Evangelio?.

M.—Muchas razones dan los Doctores (Ruper., lib. 1, cap. 32; Inno., c. 28; Alex. de Ales, 4. p., q. 37., *de off. Miss.*, § 5; Durand., in *Rational):* la primera es común, porque en la Epístola se nos representa el oficio que San Juan Bautista hizo de Precursor: *Praeivit ante faciem Domini parare vias eius* (Luc., 1.): abrió camino para el conocimiento de Cristo, el cual él mostró con el dedo diciendo: *Ecce Agnus Dei*, etc. (Ioan., 1). Y el mudar el misal del lado derecho al izquierdo y leer allí el Evangelio es enviarnos la ley escrita, que era una cosa imperfecta, á la perfectisima ley de gracia. Y eso mismo dió á entender San Juan enviando sus discípulos á Cristo (Mat., 11.). Y el variar estas lecciones, unas veces del Testamento viejo, otras del nuevo, significa que San Juan fué como lindero de la ley y del Evangelio; y estuvo en medio de los profetas y de los apóstoles, fin de los unos y principio de los otros. Al fin, según doctrina del Apóstol (Gala., 4), la ley fué como A B C de niños; era imperfecta y á ninguno pudo dar perfección. Alcuino dice que significa lo que Cristo hacía en su predicación, que enviaba delante de sí á los suyos de dos en dos, para que dispusiesen los ánimos de aquellos á quienes Él en persona había de predicar y enseñar. Simeón Tesalónico dice (Simón Thes.. libro de *Mist. Miss.*, c. 22.) que se nos da á entender el estilo que Dios tiene en manifestarse, que no luego hace ostentación de todo su poder y bondad, sino poco á poco, caminando de lo menos á lo más; porque, á la verdad, más claro se mostró al mundo cuando Él por sí habló en el Evangelio, que cuando habló por sus profetas y apóstoles.

D.—Nunca haces mención de diácono y subdiácono, ni de otras solemnidades que suele haber en las Misas: ¿qué intento es el tuyo en dejarlo?

M.—Escribir para persona secular, que de ordinario oye Misa en su oratorio; y porque no pretendo descubrir todos los misterios que en ella se encierran, sino los más comunes y en que pueden reparar las personas devotas y tener alguna piadosa consideración, y porque deste argumento hay muchos libros escritos, de que hablaremos en otra ocasion. Algunos se asientan cuando se canta la Epístola, y es costumbre bien recibida; pero Optato dice que á ninguno le es concedido asentarse en la Iglesia en ningún tiempo. *Populus (inquit) in Ecclesia sedendi non habet potestatem.* San Ambrosio dice (Ambros., in I Pauli ad Cor., 14) que es tradición de la sinagoga el asentarse á la Epístola, y que parece querer el Apóstol que la sigamos. A lo menos el preste con el diácono se asientan á ese tiempo [1], para significar el silencio de Cristo en tanto que el Bautista predicó en el mundo. Los griegos, dice Micrólogo que no se asientan. Los malos cristianos nos asentamos, y parlamos, y reimos, y hacemos otras descomposturas, como si no hablase con nosotros San Juan Bautista cuando con voz sonora predica penitencia y dice el Señor que si no la hiciéremos pereceremos todos (Luc., 13.).

A la Epístola sucede el Gradual y el Alleluya, que son unos versos pequeños tomados de la Escritura para entretener al pueblo en cuanto el diácono sube al púlpito á cantar el Evangelio. Y parece á propósito llamarse Gradual de los grados ó gradas que se subían (B. Rhenainus, in *adnotat. ad Ab. Tertul. de coronac. milit.*); y hoy en día se suben en muchas iglesias, á donde hay púlpitos de piedra apartados del altar y en lugar alto y eminente, y fué costumbre antiquísima ésta, como se colige de San Cipriano (lib. 2, epístola 5) y del Concilio Laodiceno, canon 15. Algunos quieren que se digan graduales porque se cantan en tono grave; y que los ordenó el Papa Celestino y los añadieron el Pontífice Sumo Gelasio y San Gregorio (Sigebertus, ad annu. 426-688; Ruper., lib. 2, c. 21). Otros quieren que sean lo mismo graduales que pasos, del verbo latino *gradior*, que significa andar, porque á la predicación del Bautista se siguió seguir muchos á Cristo, que, como dice su primo, fué hombre enviado de Dios para que diese luz á todos (Ioan., 1)

[1] Sería entonces, pues ahora la rúbrica manda que la lea de pie, asistido por el diácono, mientras la canta el subdiácono.

y creyesen todos por Él. Otros dicen que significan los pasos que la Virgen y Josef dieron huyendo á Egipto, con aquel estrago que se hizo en los ídolos (Mat., 3), que entrando Él ellos cayeron por tierra. Ruperto Abad dice (Rup., lib. 1, c. 34 de *divin. off.*) que significa el estado de los penitentes, porque se sigue á la Epístola, que, como dijimos, fué la predicación del Bautista, que predicando penitencia salían á él de toda Judea y Jerusalén y de toda la región del Jordán (Luc., 3) y compungidos muchos fariseos y soldados confesaban sus culpas y se bautizaban y él los daba á todos remedio y consejos saludables. Y el mismo Gradual, como lo advirtió Titelman y otros autores (Esteph. Edvens., de *Sacram. altaris.*, c. 12., Rab. et alii), es grave y se canta con aspereza y sin redobles ni contrapuntos, porque de los penitentes han de estar lejos mucho las dulzuras y los cantos quebrados y que les puedan disminuir el dolor y la contrición, tan necesaria para alcanzar de Dios misericordia. Y por ventura con esta consideración quita la Iglesia entre las dos Pascuas el Gradual, porque es aquel tiempo de alegrías y se nos representa en él el estado de los bienaventurados, de los cuales huye el llanto y el gemido, como lo dice San Juan en su Apocalipsi (Apoc., 22). Y si dijéramos que se dice Gradual porque se va subiendo de lo inferior á lo superior y de lo menos perfecto á lo más perfecto, esto es, de la Epístola al Evangelio y de allí á la ofrenda y sacrificio divino, no erraremos. Lo que yo te pido aquí, hijo Deseoso, es que en tanto que se canta este Gradual pidas á Dios que te dé virtud de perseverancia y gracia para subir y medrar en su servicio. Y pon en tu corazón las subidas que aquel varón bienaventurado, ayudado de Dios, dispuso, viviendo en este valle de lágrimas, y ordena subidas en tu corazón para que subiendo de grados de una en otras virtudes merezcas ver y gozar de tu Dios en la Santa Sión (Psal. 83).

Síguese al Gradual, el Alleluya doblada ([1]), y tras della un verso, y en el fin otra Alleluya. Y bien por cierto, y á propósito, porque es muy debida y aun muy propria la alegría á los penitentes. *Gaudete in laetitia qui in tristitia fuistis.* Y aunque no me descontentan los que dicen que significa el estado de los bienaventurados, que es todo de Alleluyas, más conforme al espíritu de la Iglesia me parece que es entenderlo, como digo, de la alegría grande que tienen dentro de sí los que de verdad han llorado sus pecados y hecho penitencia dellos. La cual pedía el Profeta santo en medio de los llantos de su penitencia: *Redde mihi laetitiam salutaris tui et spiritu principali confirma me.* La palabra *redde* parece que hace deudor á Dios y obligado á darle á nuestro penitente alegría. Restituidme la que yo solía tener estando en vuestra gracia, la cual perdí por el pecado: *Redde quod debes, reposita est mihi corona iustitiae quam reddet mihi Dominus.* Digo que es debida el alegría á los que lloran y se amargan por haber ofendido á Dios, y que la tienen y gozan en medio de sus llantos. A los reyes prohibe el Espíritu Santo (Prov., 14) el darles vino, porque embriagados no pueden guardar secreto, ni juzgar rectamente en favor de los pobres: mas á los que tienen amargura de corazón, dice: *Bibant et obliviscantur egestatis suae. Et doloris sui non recordentur amplius* ([1]). Yo no dudo sino que es tan grande el consuelo que un pecador siente allá en su corazón cuando ha llorado dos horas sus pecados á un rincón, que si se pudiera pesar y cotejar el gusto que sintió cometiéndolos con el que siente llorándolos, fuera sin ninguna comparación mayor éste que aquél. Y así me persuado á que no supo dolerse el que no sintió esta alegría, ya que volver á pecar con tanta facilidad nace no tanto de la imperfección del dolor cuanto de no haber sentido el gusto y consuelo que se suele comunicar á los que hacen verdadera penitencia. Y más creo que se podrá algunas veces olvidar el dolor que se tuvo de los pecados, porque los echa Dios á las espaldas y los empoza y no se acuerda más dellos (y esto mismo pasa por nosotros),

([1]) Alleluia, Alleluia es voz hebrea que significa *Laudate Dominum*; y no usa della la Iglesia desde la Septuagésima hasta Pascua, porque representa la pasión de Cristo, y en su lugar dice: *Laus tibi, Domine, Rex aeternae gloriae*, que es lo mismo. Porque la palabra hebrea Alleluia es voz llena de gozo, y dice algo más que *Laus tibi, Domine*, y aun después que se cantó *Alleluia* se siguió *Laus et gloria et virtus Deo nostro.* De manera que en los días festivos se dice Alleluia, que es alabanza llena y cumplida; en los demás, *Laus tibi, Domine*, que es con moderación.—*(Nota marginal del autor).*

([1]) «Beban y olvídense de su miseria y no se acuerden más de su quebranto.»

pero el alegría que á vuelta de las lágrimas, suspiros y sollozos comunica Dios al alma, no puede jamás olvidarse, y la memoria della es poderosísima para no tornar á pecar. *Redde mihi laetitiam salutaris tui* (Psal. 50). De tu salud: ó habla de Cristo, que se dice salud de Dios, ó habla del alegría del alma, que por la clemencia divina alcanzó salud. Y esto es más galano sentido y más literal y más á mi propósito; porque tal salud como la que pide David, á la cual está aneja esta alegría, de Dios es, y Él sólo la puede dar. Señal que estás sano si estás alegre y confirmado en propósitos santos, con la asistencia de su Espíritu principal. Al fin, conforme y según la multitud de los dolores sufridos en el corazón, de todo corazón vienen las alegrías de Dios al alma consolándola y regalándola (Psal. 93). De los delfines cuentan los naturales que luego que sienten borrasca en la mar, y ven que las olas crecen, que truena y llueve, como dicen, á cántaros, saltan y se voltean en el agua, y se encuentran regocijados y alegres; y desa manera y á esa traza considero yo el corazón de un penitente verdadero, alegre y festivo entre las lágrimas é inundaciones ó olas de los dolores y amarguras de su alma. Por ventura cuando lloraba Magdalena á los pies de Cristo, entre aquellas amorosas lágrimas y lavatorios ¿faltábale este refresco en su corazón? No por cierto, porque si la tristeza de haber ofendido á Dios la fatigaba, el verse recebida por Él, y el tenerle de su parte, y el volver por ella, la consolaba. Juntos y á una combaten en el corazón penitente la tristeza y alegría: *Quia risus dolore miscebitur* (Prov., 4). Mas no sabrás verdaderamente á quién dar la victoria; pero yo te digo que queda señora del campo la alegría, por serle forzoso al dolor salir fuera por el camino de las lágrimas, salidas de amor y caridad. Y porque para mí es pensamiento dulcísimo éste, quiero añadirle lo que el mismo David en el proprio salmo dice: *Auditui meo (inquit) dabis gaudium et laetitiam et exultabunt ossa humiliata* (*vel ut Heb.*) *quae contrivisti* (Psal. 50): Darás, Señor, á mis oídos gozo y alegría, y los huesos humillados y quebrantados con el dolor se alegrarán y saltarán de placer.

Algunos llevan todo esto á los gozos de la bienaventuranza, pero yo á los que tuvo David en su penitencia, que sintiéndose en su alma perdonado y certificado de la boca del profeta Natán, fué su contento tanto y el alegría de su corazón tan grande, que hasta los huesos se remozaron y renovaron, secos ya de la tristeza y congoja que tenía de haber pecado. Adonde has de notar que no están en balde las dos palabras *gaudium et laetitiam*, sino con acuerdo del Espíritu Santo puestas, para significar que es mucho mayor el gozo que siente el alma cuando hace penitencia y siente y oye interiormente la voz de Dios de que la habrá perdonado (aunque esto no se puede saber de cierto sin revelación divina, pero si por conjeturas, y la mayor es esta satisfacción y alegría) que fueron los dolores y congojas que padeció llorando; gozo en lo íntimo del alma y alegría en lo de fuera son las vestiduras dobladas que dice Salomón (Prov., 31), y lo que Isaías: en su tierra recibirán y poseerán cosas dobladas (Isa., 49). Y en otra parte manda consolar á su pueblo y le certifica (Isa., 9) que por todos sus pecados, conviene á saber, llorados, recibirá doblados consuelos. Llora, pues, hijo Deseoso, en el Gradual y gozarás de la alegría en el alma y en el cuerpo (Psal. 125), en el destierro y en la patria, que debida es á la sementera de las lágrimas la cosecha de las alegrías y los manojuelos de los contentos, y á la tempestad, como dijo la otra sabia mujer (Tob., 3), se sigue necesariamente la alegre bonanza Y en pie está la palabra y promesa de Cristo (Mat , 5), que beatifica nuestros virtuosos llantos y nos promete sus no medidos consuelos.

Síguese tratar del Evangelio, al cual se debe grandísimo respeto, como parece y se nos da á entender por las muchas ceremonias con que se manda decir y oir. El pueblo se levanta en pie por una decretal del papa Anastasio I, aunque de San Clemente tenemos que fué ordenación de los apóstoles (Athanas., in *decret.*; S. Clemen., 462 *const.*, c. 57; Conc. Nic., c. 21), significando con esta ceremonia cuán expeditos y prontos debemos estar cuando oímos el Evangelio para poner en ejecución lo que en él se nos manda. Y cierto es cosa de grande admiración ver los efectos maravillosos que se han visto en hombres muy distraidos y aun estragados oyendo leer en la Misa el Evangelio, de que pone muchos ejemplos el muy reverendo P. Francisco Antonio, de la Compañía de Jesús, en su libro de los *Misterios de la Misa*. Al fin es virtud de Dios, para salud de todo creyen-

te, como lo dice San Pablo (Rom., 1). Para decir el Evangelio se pasa el misal del lado derecho del altar al izquierdo, por la razón que ya dije, y el preste en el medio puesto y inclinado el cuerpo y la cabeza, las manos juntas casi sobre el ara, pide á Dios humildemente que alimpie su corazón y sus labios con su gracia, como alimpió los de Isaías con una brasa encendida, para que dignamente pueda anunciar y declarar su Evangelio santo. Y no contento con esta oración, pide á Dios su bendición diciendo: *Iube, Domine, benedicere*, y responde á sí mismo: *Dominus sit in corde meo, et in labiis meis, ut digne et competenter annuntiem Evangelium suum. Amen* [1]. Después saluda al pueblo diciendo: *Dominus vobiscum*, pidiéndole atención, y respondiendo todos: *Et cum spiritu tuo*, hace una cruz sobre el Evangelio, y santíguase á sí y dice: *Sequentia sancti Evangelii secundum Ioannem, vel Matheum*; etc.: Lo que se signe es de San Mateo, ó de San Lucas, ó de San Marcos, ó de San Juan; y responden: *Gloria tibi, Domine.* Si es Misa solemne hay muchas más ceremonias; el diácono toma el misal y pide la bendición, primero á Dios y luego al sacerdote, acompañándole con luces enciensa el misal, y tiénele el subdiácono, y dícele con las manos puestas y en tono devoto y simple; todo lo cual, como ya dije, nos muestra la devoción, atención y reverencia con que habremos de oir el Evangelio, porque, como nuestro padre San Francisco decía, en él habla Jesucristo y su voz es la que allí se oye.

Todas estas ceremonias tienen sus significaciones místicas, y ninguna dellas es ociosa y sin misterio. Tú podrás ver despacio lo que dicen los Doctores que del sacrificio de la misa escribieron. Lo que yo te digo ahora es que prestes atentísimos oídos al Evangelio sacrosanto, porque en él se desentraña Dios contigo, enseñándote su voluntad y lo que quiere de ti: y el besar el misal después de leído significa el gusto con que se ha de recebir su doctrina y la sumisión y el rendimiento; y el santiguar el libro y el santiguarse el preste y el diácono y todo el pueblo significa la guarda que se ha de poner en la oración, para que el demonio, ave infernal y de rapiña, no nos haga menos ni una sola palabra (Luc. 8). Orígenes dice (Origen., hom. 13 in *Exod.*) que no es menos culpa dejar pasar la palabra de Dios sin sacar fruto della que dejar caer en el suelo la hostia consagrada donde está el cuerpo del Señor. Y San Agustín tiene lo mismo. Y para que estimes en más la voz de tu Amado, que aquí te está hablando, pone la Iglesia después del Evangelio el *Credo*, para significar cómo la fe se sigue en nosotros de oir la palabra de Dios. Y de aquí se entenderá cuán en razón está puesto (Conc. Nic. et Constantinopol.; Conc Tole. 3, can. 2) que acabado el Evangelio se predique los días que en las iglesias hay sermón al pueblo, y acabado el sermón se cante el Credo, en el cual se contienen los principales misterios de nuestra santa fe. Comienza el sacerdote puesto en medio del altar el Credo, significando el fruto de la predicación de los apóstoles y cómo Dios no es aceptador de personas ni se inclina más á unos que á otros, á cualquiera recibe, y de toda gente que le teme se agrada y le es acepta, como dice San Pablo (Rom., 10); y el abrir las manos el sacerdote cuando dice Credo nos enseña cuán de gana recibe el Señor á todos los que quieren recebir su Ley. Y no es de olvidar aquella ceremonia de hincar todos las rodillas en tierra cuando se dice: *Et homo factus est*, porque algo ha de poder con nosotros el haberse Dios humillado hasta vestirse del saco pobre de nuestra humanidad. San Antonio decía que ninguna cosa pudo con él para humillarle, hasta que consideró á Dios humillado hasta el pesebre y muerte de cruz. Y no hablemos más por hoy, porque me hallo cansado y deseo reposar un poco, y tú tienes bien que rumiar en lo que habemos dicho. La plática de mañana, sirviéndose nuestro Dios y Señor dello, será desde el Ofertorio hasta acabar la Misa.

El Credo significa el fruto de la predicación del Evangelio.

D.—No sé si será eso posible, porque falta mucho por decir y está de por medio el sacro Canon, que pide más larga y prolija consideración.

M.—Haré lo que pudiere, y tú me encomendarás á Dios esta noche. A dios, hijo Deseoso.

D.—El quede en tu compañía y te conserve y dé su espíritu para que en todo le agrades y hagas su santísima voluntad. Amén.

[1] «Que el Señor esté en mi corazón y en mis labios para que yo auuncie dignamente su Evangelio. Así sea».

DIÁLOGO CUARTO

De los misterios de la Misa, desde el Ofertorio hasta haber consumido.

Discípulo.—En hora buena esté mi maestro.

Maestro.—En tal venga mi discípulo; muy codicioso parece que andas de saber los misterios del divino sacrificio de la Misa.

D.—No te puedo significar cómo es eso: las horas que estoy contigo se me hacen minutos, y las que me detengo en venir, por estorbarlo la noche, días enteros, si ya no digo años. Hállome muy otro después que oigo Misa con atención á lo que en ella se nos representa y con alguna noticia de lo que las ceremonias santas significan.

M.—¿Qué será cuando estés más bien instruído y de cada cosa sepas lo que se puede saber, y sobre todo cuando á tus solas rumies lo que otras veces pasabas sin consideración y sin algún discurso digno de un hombre cristiano? Ruego á todos los que gozaren deste mi trabajo, por las entrañas de Cristo crucificado, que no se contenten con leerlo una vez sino que procuren tener todas estas cosas de memoria; y un dia en unas y otro en otras se ocupen, hasta que en todos sean peritos y tengan destreza: que entonces no sólo holgarán de oir cada día una Misa, sino muchas; tendrán gusto, sentirán devoción, reconocerán la mano de Dios en sí mismos, echarán de ver el fruto que sacan, hallarse han mudados en mejor y en toda virtud aprovechados.

D.—Si te parece, prosigamos con nuestra obra.

M.—Del Ofertorio habemos de decir ahora, al cual precede la salutación ordinaria de *Dominus vobiscum*, porque quiere la Iglesia santa (*Isidorus putat offerterium dici a ferto, genus erat cibi, quod offerebatur in altar.*: Fertus et Pesius, satyr. 2) que advirtamos á la ofrenda y hagamos oración para que se haga como conviene y de nuestra parte tenga delante de Dios aceptación; por eso vuelve el sacerdote y dice: *Oremus*, y en voz baja dice unos versillos tomados de la Santa Escritura, que mandó y ordenó San Gregorio Papa que á este tiempo se dijesen. Y llámanse Ofertorio, porque se cantaban en tanto que el pueblo ofrecía. Y lo que tú debes hacer á este tiempo es ofrecerte todo á Dios en sacrificio y ofrenda viva, santa, agradable á su Majestad y muy llena de razón, como lo dijo el Apóstol. Dile á Dios: Señor mío, lo que tengo os ofrezco: mi voluntad, mi corazón, mi alma, mi vida y cuanto hay en mí y cuanto puedo tener. Este es, á mi parecer, el sacrificio de justicia que nos manda ofrecer el Profeta santo (Psal. 41); porque no hay cosa más justificada ni más debida que ofrecerse el hombre todo á Dios; sobre esta ofrenda todo cuanto le ofrecieres recebirá de buena gana (Exod., 13) y con alegre semblante, porque agradándose de la persona se ha de agradar de sus servicios. Y si salieres alguna vez á ofrecer como lo usa la Iglesia. que al fin no te quiere Dios vacías las manos en su presencia; y mandó en su antigua ley (Deut., 26) que á los sacerdotes les ofreciesen las primicias de los frutos para sustento dellos y para reconocer por aquel camino á su bienhechor Dios y darle gracias de los beneficios recebidos, procura hacer primero la ofrenda de ti mismo y luego te será meritorio cuanto ofrecieres, ora sea mucho, ora poco; como lo fué, y muy agradable á Dios, la ofrenda de la pobre viuda, no más que de dos cornadillos, por ir acompañados de la voluntad que juntamente ofreció y sacrificó. Algunos quieren que estos versillos que se cantan ó rezan en el Ofertorio representen las alabanzas del pueblo simple y humilde á Cristo cuando hacía algún milagro, ó había predicado altamente, ó se convertían á Él las almas, como se ve en diversas ocasiones (Ioan., 7; Marc., 9; Luc., 11) Hasta los niños que andaban en los brazos de sus madres y mamaban los pechos le alabaron y bendijeron cuando le vieron entrar con tanta honra en Jerusalén, blasfemando de Él los escribas y fariseos: *Hosanna Filio David*; *benedictus qui venit in nomine Domini* (Marc., 11). Y nota más que el canto del Ofertorio es muy alegre y regocijado y se suele ayudar con el órgano y otros instrumentos músicos, porque en estas ofrendas quiérenos el Señor alegres. No de tristeza, dice el Apóstol (II Cor., 9), ni forzados y de necesidad ofrezcáis á Dios vuestras limosnas, porque voluntario y alegre quiere al oferente (Psal. 26). Y porque deseo que se levante tu pensamiento en otras ofrendas exteriores ó de los bienes temporales ó de tu cuerpo, que es bien sacrificarle á Dios mortificado y macerado con la diciplina y ayuno, te ruego que pongas los ojos en aquella ofrenda que mandaba su Majestad que se le hiciese

por el leproso, que pidiendo salud la alcanzaba (I Para., 16; III; Reg., 8; Psal. 20: *Circuibo et immolabo, in tabernaculo eius hostiam vociferationis*). Mandaba que se le ofreciesen dos pájaros (Levit., 1) en un palo de cedro alto, el uno degollado, corriendo sangre, y el otro que volase suelto por los aires. Claro está que la mortificación de la carne sola y á secas, que es de muy poco provecho y que es sacrificio manco, es pájaro muerto y corriendo sangre; lo que hace entero el sacrificio es que se suelte el otro pájaro, que es el espíritu, que ha de levantarse á Dios de vuelo por la contemplación de las cosas soberanas; pero sea la intención en todo alta y incorrupta, que ese es el palo de cedro incorruptible en que se ha de ofrecer. Bien estoy con que se ofrezca el cuerpo á Dios y que se derrame sangre; pero no se quede el espíritu pegado al suelo, vuele arriba y sea el primero que se sacrifique y ofrezca todo al Criador. También se me representa aquí el sacrificio del becerro que mandaba Dios (Levit., 1) que le degollasen y desollasen los sacerdotes, derramando junto al altar la sangre, y que así desollado y sin piel le quemasen todo en el fuego. Este sacrificio nos representa á Cristo desollado á puros azotes, derramada su sangre en el altar de la Cruz y muerto en ella y abrasado todo en fuego de caridad. Pero también nos dice á nosotros de la manera que nos habemos de sacrificar á Dios, desollados y sin la piel antigua de Adán el viejo, desnudos de aficiones carnales y ardiendo en fuego de amor de Dios. Y lo que yo más deseo de ti y de mí es que este animal se degüelle, quiero decir, que se divida la cabeza del cuerpo, esto es, el espíritu de todo lo que es carne y sangre; para lo cual es necesario aquel cuchillo de dos cortes que dijo San Pablo (Heb., 4), que es Cristo, ó su palabra viva, que entra dentro de nosotros y hace división entre lo animal y lo espiritual, esto es, entre el espíritu y la carne, y penetra los tuétanos y las medulas, y envía los pensamientos, y aparta la paja del grano, y hace diferencia de unas cosas y otras, y saca á luz la intención con que obramos, que se requiere muy pura y muy puesta en solo Dios. Que no en balde mandó (Levit., 11) Él que no se le ofreciese en sacrificio el cisne, porque si es blanco en la pluma que se ve, es en lo que no se ve negro, tiene la carne como de grajo. Muchos hay que se sacrifican exteriormente y sacrifican sus haciendas, y en los ojos de los hombres parecen bien y agrada la blancura de los cisnes; pero en los de Dios son abominables por la intención siniestra y de hipócritas. ¡Oh cuánto se agrada de vernos de un color de dentro y de fuera! Ansí quería que le ofreciesen el cordero blanco y sin alguna mancha (Levit., 2), significando que no se paga de sacrificios manchados, sino de un color blanco y puro, con simplicidad ofrecidos y sacrificados. Al fin, lo que te digo es que el sacerdote ofrece y tú debes preparar la ofrenda y ponérsela en sus manos, para que en compañía del divino sacrificio del altar lo ofrezca; que con él incorporada no podrá dejar de ser gustosa para Dios, aunque sea sólo de un palominito ó una tórtola, que todas nuestras ofrendas son de esa manera pobres de suyo, mas ayuntadas á Cristo, riquísimas y aceptadísimas á toda la beatísima Trinidad. Y basta lo dicho, si no dices que sobra.

D.—No diré yo eso por cierto, porque el discurso es admirable y provechosísimo.

M.—Así me lo ha parecido, y por eso me he alargado en él, y lo haré en las ocasiones que conociere tener tal importancia; y callemos y estemos atentos á lo que el sacerdote hace á este tiempo. Extiende los corporales sobre el ara, si no lo hizo al principio, toma la hostia en la patena, ofrécela y pónela sobre el corporal; toma el cáliz y echa vino en él; bendice el agua y echa unas gotas, para que en el cáliz se mezclen con el vino; levanta los ojos, y teniendo el cáliz con ambas manos le ofrece al Eterno Padre, cada cosa destas con su oración; inclínase en el medio del altar y puestas las manos ora y bendice la hostia y el cáliz, y pasando al lado de la Epístola se lava las manos y dice aquel salmo que comienza: *Lavabo inter innocentes*, etc., y vuelto al medio del altar, inclinado profundamente, pide á la Santísima Trinidad que reciba aquella ofrenda en memoria de la Pasión, Resurrección y Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo para honra de la Virgen María, de San Juan Bautista y de los apóstoles santos San Pedro y San Pablo y de los demás Santos, para que á ellos sea de honra y á nosotros de salud, y para que ellos se dignen interceder por nosotros en los cielos, cuya memoria celebramos en la tierra. Vuélvese el sacerdote

al pueblo, pidiendo á todos, con nombre de hermanos, que rueguen por él, para que aquel sacrificio suyo y dellos sea hecho aceptable acerca del Padre Todopoderoso. El acólito le responde en razón de su petición, suplicando al Señor reciba de sus manos el tal sacrificio, para gloria de su nombre, utilidad de los oyentes y de la Iglesia santa. Aquí entra una oración secreta, tras de la cual se dice: *Per omnia saecula saeculorum,* y lo demás que se sigue hasta decir *Sanctus*, adonde se comienza el sagrado Canon.

D.—Parece que llevas priesa y que no quieres decir los misterios que en tantas y tan santas ceremonias se encierran.

M.—No pretendo eso, sino poner, como dicen, el texto para que se sepa de una vez y luego añadir la glosa. Y primero será razón saber, pues aquí comienza el uso de los corporales, patena, cáliz y hostia, lo que cada cosa destas significan. Está atento, que lo pide la gravedad de la materia. Los corporales, según la más común acepción, significan y representan la sábana limpia y de lienzo en que Josef ab Arimatia envolvió el cuerpo del Señor para enterrarle (Mat., 27). Y de camino se nos dice la limpieza que ha menester la conciencia que ha de recebir ese cuerpo glorificado y en el cielo, y envolverle en sí por el tiempo que duran las especies sacramentales del pan y del vino, la cual se alcanza costosamente á fuerza de golpes de penitencia, lágrimas y gemidos de compunción, que ansí se blanquea el lienzo y se pone limpio. Otros quieren que el altar sea la mesa que la eterna Sabiduría puso en su Iglesia á los suyos (Sap., 9) con el angélico y divino manjar que descendió del cielo (Ioan, 6) y da vida al mundo; y los corporales sirven de manteles, y por eso han de ser muy aseados y limpios; y no solos, sino con otros dos lienzos debajo. Y aquí se puede considerar el ornato todo del altar y la riqueza dél; lo cual ponderó admirablemente el autor de la *Mesa franca*, y yo lo pasaré ahora en silencio, porque en el *Libro de la Pasión* trato más de propósito estas cosas. Sólo te aviso que cuando te asentares con tu Príncipe á comer á esta mesa mires lo que comes y cómo lo comes. En la hijuela que se pone sobre el cáliz se nos representa el santo sudario en que fué envuelta la reverendísima cabeza de Jesús, Salvador nuestro, que San Juan y San Pedro hallaron apartado en el sepulcro de los otros lienzos, ó lo que de nuestra parte debe haber ser acerca de la fe deste divino Sacramento del altar, que es un entendimiento rendido, que creyéndole no le escudriñe, ni con curiosidad quiera saber lo que allí se nos encubre (Prov., 25), porque no seamos oprimidos de la gloria dél. El cáliz significa el santo sepulcro en que Cristo nuestro Redentor fué puesto, y la patena la losa con que fué cubierto. Y aquí debes tú considerar aquel paso tan triste para la Virgen y santas mujeres y discípulos amados que lo visitaron, y aquel sacratísimo cuerpo, medida de los cuerpos gloriosos de los Santos, tan afeado y abollado con tormentos, tan ensangrentado y acardenalado y tan frío en aquel aposento lóbrego y obscuro, y aunque la divinidad no faltó dél, faltó el ánima, faltó dél toda hermosura y belleza y se apoderó dél la muerte, aunque no fué parte para que se corrompiese, dándole incorrupción aquel Dios á quien estaba unido. Y ¿por qué no pensarás tú aquí en tu muerte y sepultura? Algunos consideran en la patena, en la cual se ofrece nuestro gran sacrificio, la anchura de la caridad, que da valor á todas nuestras obras. Otros quieren que represente la cruz sobre que la hostia viva y sacrificio cruento de Cristo se ofreció al Padre Eterno. Otros quieren que signifique la duración del sacrificio que se ofrece en ella, porque la figura redonda significa eternidad. La hostia ya se ve la representación que tiene, la cual es redonda para que sepas que lo que allí está después de consagrada es divino y es Dios, que ni tuvo principio ni tendrá fin (Apoc., 1). Algunos meditan en el cáliz especialmente la pasión del Señor, porque su Majestad la llama deste nombre. El cáliz que me dió mi Padre, dice á San Pedro, ¿no quieres que le beba? (Ioan., 18) Y en la oración del huerto este mismo nombre le dió: Pase de Mí este cáliz; pero no mi voluntad, sino la tuya, Padre mío, se haga (Luc., 22). Ni carece de misterio que en la una parte de la hostia comúnmente se pinta un Cristo ó una cruz, y de la otra no hay alguna figura, porque lo que allí se contiene es Dios y es hombre; s n dos naturalezas, divina y humana; la divina es indivisible y intratable y sin dibujo que se pueda representar á nuestros ojos corporales; la humana se dejó ver y tratar de los hombres. Y el cocerse la hostia sin levadura no es sin acuer-

do del Espíritu Santo; fué para significar la limpieza y inocencia de Cristo, que, si tomó carne de nuestra naturaleza, no tomó la mancha y levadura del pecado. Y también significa la sinceridad y verdad que habemos de tener los que nos llegamos á esta sagrada mesa (I Cor., 5).

Ofrecimiento de la hostia.

Síguese ya tratar del modo como el sacerdote hace su ofrenda. Toma en la patena la hostia, y teniéndola en las manos y casi junta á los pechos, hablando con el Padre Eterno le dice: Recibe ¡oh Padre santo y omnipotente Dios! esta hostia limpia, que yo, indigno siervo tuyo, te ofrezco á ti, Dios mío, vivo y verdadero, por los innumerables pecados míos, ofensas y negligencias, y por todos los circunstantes, y por todos los fieles vivos y defuntos, para que á ellos y á mí aproveche para salud en vida eterna. Amén. Y haciendo una cruz asienta la hostia sobre el ara, y luego se pasa al lado derecho del altar y hace el cáliz, mezclando con él unas pequeñas gotas de agua, la cual bendice primero, y echándola dice una oración con que se declara lo que esta ceremonia representa: Dios, que la dignidad de la humana sustancia maravillosamente la formastes y más maravillosamente la reformastes, concédenos que, por el misterio desta agua y vino, seamos consortes y compañeros de la divinidad de Aquel que se dignó de ser participante de nuestra humanidad, etcétera. Al fin, lo que principalmente significa mezclar con el vino el agua bendita, y en tan pequeña cantidad, es la junta admirable de Dios con el hombre, que parece haberse mezclado y incorporado con él, la cual junta significó San Juan con palabras misteriosísimas y dignas de toda consideración (Ioan., 1). *Et Verbum caro factum est*, dice *et habitavit in nobis.* No dice: inclinóse á la carne, ni tomó carne, ni vistióse de carne, sino fué hecho carne; quedó tan blando y tratable Dios con los hombres como lo estaba la carne de aquel divino Niño en el pesebre. San Agustín dice (Aug., epístola 120 ad Honorat., c. 4) que habló desta manera San Juan para recomendación de la humildad del Señor, que no se desdeñó de llamarse carne, siendo nombre indigno de tanta majestad y grandeza, por nuestra salud y remedio. Lo que yo considero y hace más á nuestro propósito es la distancia destos dos extremos carne y Verbo, y la liga y amistad tan estrecha que tienen en aquel *factum est.* Verbo dice naturaleza intelectual, espiritual y invisible; carne dice naturaleza corporal, visible y sensible, remotísima y apartada lejos del espíritu. Y fué tan poderoso el brazo de Dios, que espiritualizó lo terreno y *terrenó*, si así se puede decir, lo espiritual; temporalizó lo eterno y eternizó lo temporal. Juntó de tal suerte estos dos extremos Verbo y carne, que alternativamente se dice de la carne lo que del espíritu, y de Dios lo que del hombre en Cristo Dios y Hombre. ¿Qué cosa más alta, mayor y más rica que el Verbo, por quien todo lo que es fué hecho? ¿Qué cosa más humilde, más estrecha y pobre que la carne? pues unidos en aquel *factum est* no hay cosa entre todas las que Dios ha hecho ni más admirable ni más honorable ([1]). El Verbo, que de su naturaleza ni es hecho ni factible, se dice aquí que es hecho y que es hecho carne, no por conversión de una naturaleza en otra naturaleza, sino por unión de dos naturalezas en una persona y comunicación de fortunas; quiero decir que recibió en sí el Verbo nuestras miserias y nos comunicó sus misericordias; comunicó al hombre lo que era de Dios, y tomó en sí lo que era del hombre; conviene á saber, padecer y morir. Desta junta parece que habló Isaías cuando dijo que el león y el toro comerían juntos y que juntos descansarían sus cachorrillos y becerrillos. Dios no comía; juntóse con el hombre, y comen juntos Dios y el hombre. Los hijuelos de la humanidad son frío, calor, cansancio, hambre y sed, lágrimas y muerte; los de la divinidad son justicia, paz, gozo, hartura, riquezas, vida y gloria. Todos estos becerrillos y cachorrillos andan á las vueltas y comen juntos en Jesús; comen á una mesa y en un plato pobreza y riqueza, llanto y alegría, y se compadecen en uno y á un tiempo pesebre en un establo y trono en el cielo. *Obstupescite, et admiramini*, dijo un profeta (Habac., 1), *quia opus factum est in diebus vestris, quod nemo credet cum narrabitur.* ¿Qué cosa de mayor admiración se puede decir que la que la fe nos predica y enseña deste misterio? El que es *ab aeterno* nace en un portal en tiempo; llora el que es alegría de los ángeles; muévese el inmovible; y cabe en un pesebre el que no cabe

([1]) El impr., *miserable.*

en el mundo; tiene hambre el pan de los ángeles, y sed la fuente de aguas vivas. Al rey Acab le convidó Isaías con la señal que más quisiere: *sive in profundum inferni, sive in excelsum supra*, y no supo ó no quiso pedir. Y acude Dios con su infinita misericordia y junta lo alto y lo profundo; mi naturaleza, hecha inferior á las demás por el pecado, con la suya, superior á todas. Al fin, hablando con el debido acatamiento, en Cristo están juntos el oro de la divinidad y el lodo de nuestra carne, y del lodo se dice que cría, justifica y salva, como de D.os; y de Dios, que es criado á los pechos de una doncella. ¡Oh cómo se abajó Dios para subirme! No en balde dijo Crisóstomo, ni vanamente decendió Dios á tanta humildad: *Sed ut nos ex humili sublimaret; natus est enim secundum carnem ut tu nascerere spiritu; natus est ex muliere, ut tu desineris filius esse mulieris: propterea duplex haec generatio facta est, haec scilicet, nostrae similis; illa nostram eminenter excedens. Quod enim natus ex foemina est, et nobis competit; quod vero non ex sanguine, neque ex voluntate carnis, aut viri, sed ex Spiritu Sancto, altam nobis sublimiorem, futuramque et spiritu consequendam generationem promitlit.*

D.—Divino lugar es ese de San Crisóstomo.

M.—Eslo sin duda; rumiale despacio, que bien hay que mirar en él. Para mí vano sería, y sin fruto, el haber nacido de mujer el Hijo de Dios, si yo no dejase de ser hijo de mujer; y poco me aprovecharía haber tomado carne si yo no naciese según el espíritu; porque el nacer Él de mujer fué para que yo naciese de Dios; y el vestirse de mi carne fué para comunicarme su espíritu. Por eso se hallan en Cristo dos generaciones: una semejante á la nuestra, la otra que eminentemente se aventaja á ella. Nacer de mujer á todos nos compete, pero nacer, no de carne, ni de sangre, ni de voluntad de varón, sino de Espíritu Santo, otra generación futura, más alta y soberana, y que habremos de alcanzar con espíritu, nos promete.

D.—¿Qué sienten los doctores santos deste mezclar el agua con el vino en el cáliz?

M.—Lo primero que te digo es que el sacerdote que dejase de echar el agua en el vino pecaría mortalmente (S. Tho., 3. p., q. 7, art. 7, et q. 83, art. 6: *Concluditur non esse aquam de esentia Sacramenti, sed est de necesitate ministri consecrantis*; Bonavent., in 4 d., 11; Gabr., in Canon, lec. 34; Jabocus, in *Lyturg.*; Clem., lib. 8. *Const. Apost.*, cap. 17; Iren., lib. 4, cap. 58; Cypr., li. 2, c. 3 *et multi alii;* Apoc., 17; S. Hieror., in Marc., 14: *Formans sanguinem unum in calicem vino et aqua mixtum, ut alio purgemur a culpis, alio redimamur a poenis*); porque cuanto es de su parte deshace los misterios significados en esa mezcla. Significa, como lo tienen Alejandro Papa, San Crisóstomo y Germano Constantinopolitano, la sangre que salió del costado de Cristo mezclada con agua. Significa lo segundo, como lo quiere Julio Papa, San Cipriano, San Isidoro, Rabano Mauro y los Concilios Bracarense y Triburense, la unión amorosa de Cristo con su Iglesia; el vino significa á Cristo, y el agua los fieles redimidos con la sangre divina. *Aquae multae, populi multi.* Y San Cipriano, sobre estas palabras, dice: Si ofreces sólo el vino, comienza á estar Cristo sin nosotros; y si sola el agua, nosotros sin Cristo. San Ambrosio y Eusebio Cesarense dicen que significa esta mezcla la sangre de los antiguos sacrificios y el agua de la piedra. San Gregorio Niceno y San Clemente Alejandrino dicen (I Cor., 10) que es convite, y que ha de ser templado y no puro el vino que en él se bebe. Conforme á lo que en el libro de la Sabiduría se escribe: (Sap., 9.) *Miscuit vinum, et posuit mensam*, el Concilio Florentino y Tridentino dicen que se hace esto en memoria de lo que hizo Cristo en la Cena, que primero que consagrase el vino le mezcló unas gotas de agua. Al fin, no hay consuelo puro en esta vida, aunque venga del cielo, ni la condición della lo sufre: el agua más delgada y saludable del mundo, si pasa por minerales, toma resabio dellos. Y no digo más, porque en otras ocasiones trataré más á la larga deste misterio, cuando trate del agua y sangre que manó del pecho de Cristo, herido con la dura y cruel lanza.

D.—Todas esas razones me han satisfecho mucho; pero grandemente, y con regalo del alma, la segunda, que es de San Cipriano y de dos Concilios; porque es dulce cosa para pensar y rumiar la unión amorosa que por esta bebida mezclada de agua y sangre se hace entre Cristo y nosotros; parece cosa inseparable y que no se puede deshacer: si no, probemos á apartar el agua ya mezclada y convertida en vino: sería cosa dificultosísima, si ya no digo imposible.

M.—Más parece conversión que unión; y

estaba por decir transustanciación, porque verdaderamente nos convierte en si Cristo por esta comida y bebida, de manera que más nos deja divinos que humanos; porque trueca y muda en nosotros lo principal, que es el espíritu. El que se allega á Él, un espiritu se hace con Él, dice San Pablo (I Cor., 5.) y de sí confiesa que vive y no vive, porque mudó ya de casa; pasóse todo á Cristo, ó pasóse Cristo á su posada. *Vivit vero in me Christus* (Gal., 3). Y si quieres levantar más este pensa miento, mira bien que el agua es la que se convierte en el vino, y no el vino en el agua- porque las mejoras y las mudanzas todas y conversiones, de nuestra parte están: nosotros somos los que nos convertimos y mudamos y mejoramos, y el vino, que significa la divinidad, se queda en su ser inmutable. Por eso se comparó Cristo á la levadura (Mat., 13 y á su Iglesia á la masa, que es un ejemplo admirable, para que se entienda la eficacia de) Cristo sacramentado, que arrebata á sí las almas y las muda y convierte y mejora sin mudarse Él. Pero mira lo poquito que somos en esta unión: una ó dos gotas de agua, y considera que unidos tenemos el sabor y olor y lo demás del vino divino á que nos juntamos. Pide á Dios que te bendiga, como el sacerdote al agua, para que seas digno de juntarte con Él y ser con Él una cosa, que es el fin de todos nuestros virtuosos ejercicios, y á que siempre debe aspirar el alma, como en otras partes tengo suficientemente probado. Mezclada, pues, el agua con el vino, el sacerdote toma con ambas manos el cáliz, y levantándole en alto dice, hablando con el Padre Eterno: Ofrecémosos, Señor, este cáliz de salud, suplicando á vuestra clemencia que en el acatamiento de vuestra divina Majestad, por mi salud y de todo el mundo, suba con olor de suavidad; y diciendo esto hace una cruz con el cáliz y pónele sobre los corporales; cúbrele con la hijuela, y hace una oración muy devota, inclinado profundamente en el medio del altar, y en ella pide á Dios con humildad y espiritu atribulado que reciba esta ofrenda y se agrade della, y que no desmerezcamos los oyentes y oferente esta aceptación suya. Tras desta dice otra, las manos levantadas en alto, suplicando á Dios que como santificador venga y bendiga aquel sacrificio preparado para gloria de su santo nombre. Y diciendo esto hace una cruz encima de la ofrenda del pan y del vino; adonde quiero que adviertas que ninguna ceremonia se hace tantas veces, y con tanta frecuencia en todo el discurso de la Misa como el bendecir con cruz, y nunca se sale del número uno, tres, cinco, por la trinidad de las personas, con unidad de esencia, y por el misterio de las cinco llagas. Y el multiplicar estos signos, especialmente desde que se entra en el Canon hasta que se sale dél, es porque toda la vida de Cristo, desde que entró en el mundo, hasta que salió, fué cruces unas sobre otras, y, por decirlo mejor, siempre anduvo Jesús crucificado, desde la cuna hasta el Calvario. ¡Ay, Dios, cómo no consideran los cristianos esto, para que alguna vez se crucifiquen, siquiera por parecer que lo son! El apóstol San Pablo y los demás del colegio santo siempre trajeron en sus cuerpos la mortificación de Jesús (San Clem., *Cons. Apost.*, c. 5; Cyril. Hieroso., *Chatedres.*, 5): *In corporibus nostris circumferentes.* En derredor; como si dijera: Rodeados de mortificación, más muertos que vivos, muertos al mundo, y á la carne, y á sus concupiscencias; para que la vida mortificada de Jesús se manifestase y descubriese en su carne mortal: *Lavabo inter innocentes manus meas, et circundabo altarè tuum, Domine* (Psal. 25.) Dichas las oraciones se pasa el sacerdote al lado de la Epístola y se lava las manos diciendo este salmo, porque si acaso en lo que queda dicho de la Misa ha habido algún descuido, alguna vagueación de entendimiento y falta de atención, ó se ha cometido alguna falta ligera, con este lavatorio y consideración dolorosa se alimpie: que yo pienso que tiene virtud de limpiar estas pequeñas culpas, y principalmente sirve de traer á la memoria al sacerdote la limpieza que ha menester para el sacrificio que ya se acerca. San Dionisio dice (Diony., *Eccle. Hierar.*, cap. 3) que representa este lavatorio el que hizo Cristo en la Cena, que lavó los pies á sus discípulos, diciendo: *Qui lotus est, non indiget, nisi ut pedes lavet* (1), (Ioan., 13.) Tú, empero, te lava muchas veces, diciendo con el Profeta: *Amplius lava me ab iniquitate mea, et a peccato meo munda me* (2) (Psal. 50). Un paño muy percudido y su-

(1) «El que está limpio no necesita más que lavarse los pies».

(2) «Lávame más y más de mi maldad y límpiame de mis pecados».

cio, unos manteles que han servido á un bodegón, es menester darles muchas vueltas, golpearlos y pasarlos por lejia y jabón, y plega á Dios que queden limpios y de provecho. *Lavabo inter innocentes manus meas.* No dice entre los pecadores, porque ya se lavó con ellos confesando sus culpas graves (si había caído en ellas) sacramentalmente, sino entre los inocentes niños simplícitos, en los cuales no se halla alguna culpa, por leve que la queramos considerar. También se hace este lavatorio por la limpieza exterior de las manos para tratar y tocar en la hostia consagrada, que por eso no se lava sino las extremidades de aquellos dedos con que ella se toca y administra. Y no quiero decir aquí lo que algunos de los doctores dicen, que es cosa de gran prolijidad y aun no muy á propósito ni conforme al misterio. Triste cosa es querer hacer grande volumen á costa de la materia de que se trata, que pierde mucho por lo mucho, no siendo á propósito. Cierto me ha cansado un moderno, porque me ha sucecido leer una hora entera en él, sin poder hallar cosa que venga á propósito y que tenga consecuencia: todo se le va en predicar y en traer ejemplos y historias de gentiles, y en lo que sería justo que reparase pasa muy á la ligera. ¡Plega á Dios que no haya en todo este tratado palabra ociosa ni demasiada; lo cual yo voy procurando con todo cuidado!

D.—Parece que estás cansado.

M.—Sí estoy; pero querría que llegásemos con esta plática al sagrado Canon, porque de allí adelante habré de tomar otro estilo y modo de proceder. Ahora mira lo que hace el sacerdote, el cual, después de lavadas las manos, inclinándose profundamente delante del altar, hace una devotísima oración á la Santísima Trinidad, suplicándole tenga por bien aceptar aquella ofrenda y sacrificio en memoria de la Pasión, Resurrección y Ascensión de Cristo nuestro Redentor, y para honra de la Virgen Santísima María, de San Juan Bautista y de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo y de los demás Santos, para que de aquí reciban ellos honra y nosotros salud, obligándolos por este camino á interceder por nosotros en el cielo, pues que nos acordamos dellos en la tierra, y más en tal ocasión y á tal tiempo, y digo en tal ocasión y tiempo, porque ninguna honra se puede hacer á los Santos en la tierra que tanto los satisfaga y llene su corazón como acordarnos dellos en el sacrificio de la Misa; y es cierto que cada vez que se ofrece, para gloria de Dios principalmente, que á Él sólo le pertenece. esta ofrenda, y segundariamente para gloria dellos, la reciben accidental en el cielo, y un gozo grandísimo y muy colmado. (Cypr., lib. 3., epist. 6; Conc. Trid., ses. 22, canon 3). Lo cual yo traté con curiosidad en el libro llamado *Lucha espiritual*, en la segunda parte dél. Y por que veas la necesidad que hay de orar, para que debidamente se haga el divino sacrificio de la Misa (Soter. Papa, in c. hoc quoque de cons dist. 1; Hebraeo., 5: *Quoniam ipse circundatus est infirmitate*), no se contenta el sacerdote con esta oración y con las demás que ha hecho, sino que vuelto al pueblo dice:

Orate, frates.

Orate, fratres, etc.: Orad por mí, hermanos, para que este sacrificio común mío y de vosotros sea hecho aceptable acerca del Padre omnipotente. Y aquí se me representa la despedida de Cristo de su Madre Santisima para ir á padecer, que significa el destetar el cordero de su madre (Exod., 12) algunos días antes que le habian de sacrificar; ó la despedida de los suyos para el huerto de Getsemaní, adonde sudando gotas de sangre, no hallando acogida en su Padre, iba y venía á los suyos y los exhortaba á la oración: *Orate, ne intretis in tentationem* (Marc., 14). Dulcísima consideración es para mí ésta, y de que tratara con mucho gusto en este lugar si no la hubiera de sacar á luz en el libro de la Pasión. Al fin pide el sacerdote ser ayudado con las oraciones del pueblo: porque por más santo que uno sea, siempre ha menester ser ayudado de sus hermanos. Así lo pidió Judit al pueblo (Judith., 8) cuando se determinó de cortar la cabeza al general Holofernes. Y la Reina Ester mandó á Mardoqueo (Hest., 4) que juntase á todos los judíos y que orasen por ella. Y el apóstol San Pablo (1 Thes., 51; Rom. 15; I Cor. 1; Ephes., 6; Colos., 4), con toda su santidad, á cada paso en sus Epístolas pide con grande ahinco y humildad ser ayudado con las oraciones de aquellos á quien escribe. Al fin, un hermano ayudado de otro hermano, como lo dice el Sabio (Prover., 12), es á la manera de una torre fortísima, que no hay entrada al enemigo. El infierno todo no puede contra la oración de muchos: ¿y qué no merecen? ¿y qué no alcanzan? *Sus-*

cipiat, Dominus, etc. Hace el acólito en nombre del pueblo lo que el sacerdote pide, y él vuelto al altar ora secretamente, pidiendo al Santo ó Santos cuya fiesta se celebra intercedan por él: y esto, como digo, en secreto; y por eso se llaman *Secretas* estas oraciones, y representamos en ellas el tiempo en que Cristo se retiró al desierto, junto á la ciudad de Efrén, acompañado de sus discípulos, después que en el Concilio se votó su muerte (Ioan., 11), y se dieron cartas de requisitoria para prenderle; sino decimos que signifique la cobardía de los apóstoles, que nó osaban confesar á Cristo públicamente en el tiempo de la pasión, como lo entiende Santo Tomás. (S. Tho., 3 p, q. 83, ar. 4 ad 6). Y no será fuera de propósito, sino muy conforme á razón, meditar en este paso y ceremonia santa los malos pasos de Judas y los secretos que traía con los judíos para entregar á su Señor sin gente, la venta y lo demás, hasta la prisión en el huerto, de que más largamente escribiré en su proprio lugar, por darle agora al Prefacio, que á todo esto se sigue, y comienza por esta palabra: *Per omnia saecula saeculorum*, que es el final de las oraciones que de secreto ha hecho el sacerdote, para que se le responda Amén, que confirma lo hecho, que parece que ha cobrado esfuerzo con ellas, como Cristo con la oración y visita del ángel en el huerto, así el sacerdote para entrar en los misterios de la Pasión, como Cristo para ofrecerse á la muerte y salir al encuentro á los que le venían á prender; aunque, á mi parecer, en el Prefacio se nos representa aquella grande fiesta y aplauso nunca visto con que nuestro Salvador fué recebido en Jerusalén el Domingo de Ramos, y aquellos cánticos, etc. Y llámase Prefacio (Pelag. II, in *Epist. ad Episc;* Germ. et Galliæ, *Mitrolog.*, c. 7; S. Clem. Papa, lib. 8, *Const t. Apost.*, cap. 16), porque es como preparatorio ó preámbulo para la representación lamentable de su pasión y muerte, que en el Canon, que á esta ceremonia se sigue, más al vivo se nos enseña. Saluda después desto al pueblo, como suele, con *Dominus vobiscum*, como despertándole y provocándole á la consideración de tan altos misterios; y habiéndole respondido: *Et cum spiritu tuo*, dice: *Sursum corda:* Levantad los corazones al cielo; y responden los ministros y el pueblo: *Habemus*, ó *avemus ad Dominum.* Que que quiere decir: Al Señor los tenemos levantados, ó deseamos tenerlos. Tras desto exhorta á que todos den gracias á nuestro Dios. Y respondiendo que es cosa muy debida y justa el dárselas, prosigue su Prefacio, hasta decir: *Sanctus, Sanctus, Sanctus*, etc.

D.—Parece que te pasas de largo y te quieres entrar en el sagrado Canon sin decir nada sobre esas misteriosas palabras.

M.—En lo que más se puede reparar es en las dos cosas que nos pide el sacerdote, conviene á saber: que levantemos los corazones y que demos gracias á nuestro Señor, que lo demás todo va encaminado á confesar el misterio de la Santísima Trinidad en la repetición de la voz *Sanctus;* y parece tomado esto parte del capítulo 6 de Isaías, de la visión que tuvo, adonde vió á Dios en un trono magnífico, y á los Serafines que cantaban esta oración, parte de la que los hebreos cantaron en el día de Ramos.

D.—Importantísimo debe ser el levantar á Dios los corazones en tanto que el sacrificio de la Misa se celebra.

M.—En todo tiempo es eso necesario; y yo tengo comenzado un pequeño tratado (¹) de cómo eso se ha de hacer; y así te diré aquí muy poco. La divina Escritura está llena de exhortaciones como la que el sacerdote nos hace en la Misa. Jeremías, en sus Trenos (Tren., 3), nos pide que corazón y manos los levantemos al Señor. Y el rey santo pide (Psal. 84) como de derecho á Dios que le alegre su ánima, porque, despegándola de las cosas de la tierra, la levantó á Él. Y sobre estas palabras dice San Agustín muchas cosas de gran sentimiento y ponderación. En todas nos enseña que fuera de Dios no se puede hallar sino amargura, y que el alma avecindada en la tierra no es posible gozar de verdadera alegría, y que el lugar de nuestro descanso es Dios. San Cipriano, haciendo mención del Prefacio y destas palabras, dice (Cypr., de *Oratione Domini*) que en la oración y en la Misa no conviene que nuestro corazón admita pensamientos terrenos ni tenga puerta abierta sino sólo á Dios. Yo creo cierto que se nos manda particularmente levantar el corazón á este tiempo, porque para entender los

(¹) Si el tratado á que alude no es el de «Afectos diferentes», que imprimió como apéndice del *Manual de Vida perfecta*, impreso (págs. 262-274), se ha perdido este opúsculo.

misterios del divino Sacramento ningún pensamiento terreno habemos de admitir en él. *Solve calceamentum de pedibus tuis* ¡Ay de mí! que tengo mi tesoro en el cielo y ando arrastrando como la culebra por la tierra. Tierra como, y tierra soy, y por mi culpa, manjar de la serpiente, á la cual se le dice: *Terram comedes* (Genes., 3). San Juan Crisóstomo dice (Cryso., hom. de *Euchar.*): ¿Qué haces, oh hombre, con el corazón en la tierra, habiendo respondido al sacerdote que te dijo *Sursum corda: Habemus ad Dominum*? Y San Agustín nos avisa (Aug., tom. 1, lib. de *Vera relig.*, c. 3.) y reprende á todos de mentirosos, porque no hay aldea en toda la cristiandad tan pequeña adonde no se diga Misa y se diga á todos: *Sursum corda*, y á que no respondan todos: *Habemus ad Dominum*, no levantándolos de la tierra, ni acordándonos de que nuestro tesoro le tenemos en el cielo, adonde había de ser siempre nuestra conversación y trato (Phil. 4). ¡Ay de mí!, á cuántos podría decir Cristo, en acabando de responder á *Sursum corda*, lo que por Isaías dijo á los escribas y fariseos: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me* (Matt., 15). Pueblo descorazonado, que da el corazón al negocio y á la voluntad, y á Mí me da los labios, honra vana y sin fundamento de verdad. Si entrase Dios la mano en tu pecho á ese tiempo, no hallaría tu corazón; hallaríale en el cofre de tus dineros, como San Antonio de Padua predicando en las honras de un avariento rico; y por ventura en peor lugar. Verdaderamente mientes al Espíritu Santo diciendo uno y haciendo otro, y por tanto dignísimo del castigo que San Pedro dió á Ananías y Safira (Act., 5), que, muertos allí luego, los mandó llevar á enterrar, condenadas sus almas al infierno. Es esta una solemnísima mentira, y gravísima por el lugar y por el tiempo y por la importancia; y debería cada uno, luego que oye *Sursum corda*, levantar su corazón, siquiera por entonces, ó no responder diferente de lo que piensa. Gran mal es ausencia de corazón en la Misa; y no es menor por la ingratitud y enmudecimiento en aquella hora en que Dios baja del cielo y se pone en las manos del sacerdote, y es hecho ofrenda y sacrificio por nuestros pecados, para aplacar al Eterno Padre y hacerle amigo con los hombres. Por eso dice el preste: Hagamos gracias á nuestro Señor Dios, y el pueblo: Cosa digna y justa es esa; y tras desto el sacerdote: *Vere dignum et iustum est, aequum et salutare, nos tibi semper, et ubique gratias agere:* Verdaderamente cosa digna y justa es, de equidad y saludable, que á Vos, Señor, siempre y en todo lugar os demos gracias. Y caminando por el Prefacio, juntando sus alabanzas y las nuestras con las de los Serafines, dice: *Sanctus, Sanctus, Sanctus.* Lo que comúnmente meditan aquí los Santos es el misterio de la Trinidad. Otros quieren que se refiera al cuerpo, alma y divinidad de Cristo, cuerpo santo, alma santa, divinidad santa. Algunos dicen (S. Sixtus Papa I, anno 120, ordinavit; Clemens., lib. 8 *Const. Apos.*, cap. 16; Ambr., tom. 2, lib. 3 de *Spiritu Sancto*, c. 18) que vale este himno angélico contra las tempestades de truenos, relámpagos y rayos, de que se tiene alguna experiencia y se traen casos notables. Lee el tratado del muy reverendo padre Francisco Antonio, que muy de propósito escribe estas cosas. Tú te queda con él en la boca, y los ojos en el cielo, y el corazón entre los Serafines, di muchas veces *Sanctus*, que yo quiero entrarme en el Canon, que más pide silencio que palabras. Por eso le dice el sacerdote todo en voz muy baja; él se llama Secreta en muchas partes. Y hacen muy mal los sacerdotes que alzan la voz de manera que puedan ser oídos, y muy peor los seculares que se allegan tanto al altar que puedan oir lo que la Santa Iglesia quiere que no se oiga. Y podrían tener el castigo que se dió á los curiosos Betsamitas, que por mirar sin reverencia y curiosamente lo interior del Arca del Testamento murieron allí de repente más de cincuenta mil hombres (1 Reg., 6). Trátanse en el sagrado Canon misterios secretísimos y que sobrepujan nuestra capacidad, y que es razón celebrar con silencio; y deberían los circunstantes, cuando ven que el Sacerdote levanta las manos y dice: *Te igitur, clementisime Pater, per Iesum Christum*, etc., quedarse dentro de sí y levantar el corazón á Dios y esperarle con grande alborozo, que en breve ha de venir á las manos del sacerdote y le han de ver y adorar. Dicen algunos de los expositores del Canon, que se significa en él aquel tiempo en que el Señor se escondió de los judíos y á sus solas y por los desiertos hacía oración á su Padre (Ioan., 8 et 12). A mí me ha parecido siempre que se deberían considerar aquí algunos pasos de la

pasión del Señor, repartidos por los días de la semana, comenzando del lavatorio, institución del Santísimo Sacramento, la oración del huerto y el prendimiento, etc.

D.—No fuera de poco provecho para las almas que pusieras tú aquí algunas consideraciones brevemente y como lo sufriese la pequeñez del tratado.

M.—Muchas hay escritas, y muy bien: trató destos misterios el devotísimo y elegantísimo padre fray Luis de Granada, y el santo fray Pedro de Alcántara, en su *Manualico* (¹), dijo lo que basta; y si tú quisieres más, yo voy escribiendo todo el discurso de la Pasión muy por extenso y podrás aprovecharte de uno y de otro.

D.—¿De dónde se dice Canon y por qué?

M.—Es palabra griega, y significa lo mismo que regla, porque si en las oraciones y ceremonias que le preceden y se le siguen hay mudanzas y variedades, en el Canon no las hay; es regla invariable y forma que se ha de guardar en la consagración del cuerpo y sangre del Señor, y en la manera del ofrecerle y consumirle. Tiene el Canon grande antigüedad, como lo afirma el santo Concilio Tridentino (Conc. Trid., ses. 22, cap. 4), y la mayor parte dél compusieron los apóstoles, y es lo principal de la Misa, y en la forma que ahora le usa la Iglesia Romana le puso San Gregorio Papa (Greg., *Epist.*, lib 7; Ioan. Diaco., li. 2. *Vitae Greg.*, c. 17), recogiendo en uno lo que diversos Concilios y sumos Pontífices habían ordenado, y reformando unas cosas y añadiendo otras; y es de tan grande autoridad esta parte de la Misa, que la llama la Iglesia á boca llena Sacro Canon; es como si dijésemos el *Sancta Sanctorum.* Por esto ha tenido tantos enemigos herejes, que le han pretendido destruir con sus infernales lenguas y escritos, especialmente Lutero y Kemnicio, y otros modernos, contra los cuales escribe doctísimamente el padre Belarmino (Rob. Belar., societ. Iesu., lib. de *Missa*, c. 18, 19 y 20), de la Compañía santa de Jesús, azote verdaderamente de herejes, y defensor acérrimo de las verdades que tiene y confiesa la Iglesia santa, católica y apostólica. Esto así asentado, has de saber que lo primero que hay en el Canon es una oración devotísima, la cual hace el sacerdote en nombre de todos los fieles, pidiendo á Dios con toda humildad que, como Padre de misericordia, por su amantísimo Hijo bendiga y acepte los dones y sacrificios que en el altar se le ofrecen. Luego tras desta oración hace otra por la Iglesia en general, pidiendo al Señor que la dé paz, y la guarde y la guíe y la junte en todo el universo mundo; y luego ora por el Papa, cabeza de toda ella, cuya vida, y buena vida, le es importantísima. En el tercero lugar pone al Obispo y proprio pastor, y luego al Rey, nombrándolos á todos por sus nombres; luego ora por los católicos y cultores de la fe santa que profesamos; y hecho esto, levanta las manos y pónelas [juntas] diciendo: *Memento, Domine, famulorum famularumque tuarum*, etc., y quédase así por un espacio, cerrados los ojos y todo metido en sí mismo, orando por sus amigos, bienhechores y encomendados; y paremos aquí un poco.

D.—Deseándolo estaba, porque me parece que hay en esa ceremonia mucho que saber.

M.—Diré aquí algunas cosas, á mi parecer importantes para hacer como conviene el *Memento.* Lo primero, la forma dél. Lo segundo, el tiempo que ha de durar. Lo tercero, lo que deben hacer los circunstantes. Lo cuarto, la intención del oferente. Alúmbrenos el Señor para todo.

D.—Bien dices, que son cosas necesarias; y yo digo que importará muchísimo dar orden y forma de *Memento* á muchos que de nada de eso se deben de acordar.

M.—Para mí, el *Memento* no se instituyó para consideraciones y meditaciones, que esas han de haber precedido, como queda dicho en el segundo destos diálogos: hízose para memoria de personas particulares, á quien el sacerdote tiene obligación. Lo cual muestran claramente las palabras *Memento, Domine, famulorum famularumque tuarum*, y luego las dos N. N. para que se pongan los nombres mentalmente del padre ó de la madre, ó del amigo, ó bienhechor; porque ya se oró por el Papa, por el Rey, por el Prelado y por toda la Iglesia en general. Lo que yo hago en este lugar y á este tiempo te diré: considérome como un ministro universal en medio del mundo, rodeado de todos los fieles cristianos, y que toda la Iglesia espera fruto de mi oración y sacrificio: y con esta consideración oro por las necesidades universales, que

(¹) Probablemente intitula así el *Tratado de la oración y meditación*, donde hay sendas consideraciones sobre la Pasión para cada día de la semana.

Dios sea conocido y honrado por todo el mundo; que la fe y religión cristiana crezca y se aumente; que la caridad se avive en los corazones de los fieles; que las herejías se desarraiguen; que los enemigos de la Iglesia sean reprimidos. Luego pido por mí perdón de mis pecados, limpieza de corazón, puridad de intención en esta obra, y que el Señor me admita á tan alto ministerio por su bondad y por el valor del divino sacrificio que en breve le tengo de ofrecer. Tras desto hago oración por la persona ó personas que tengo obligación, y particularmente por aquella por la cual celebro, ora esté viva, ora la considere en el purgatorio, actuando mi intención y dándole del divino sacrificio lo que puedo y debo, según su disposición. Remito á Dios que conoce los corazones (Hebr., 9) y sabe las necesidades de cada uno, el repartimiento desta ofrenda, teniendo atención á los deseos justos y rectos de mis encomendados; y aunque es ansi que principalmente se instituyó el santo sacrificio de la Misa para pedir á Dios cosas espirituales, segundariamente podemos pedirle el remedio de las necesidades corporales, como sabemos haberlas pedido los Santos. Abraham, hijos para su mujer Sara (Gen., 17,); David, que cesase la pestilencia en su pueblo (II Reg., 24); Elías, agua para la tierra seca (III Reg., 18); y los hijos de Israel, ser libres desu cautiverio (Exod., 3). Pero en estas peticiones no conviene ser muy importunos, ni se deben hacer sin hacer la salva: si fuere ansí la voluntad de Dios; si ha de ser para su gloria y honra y para bien de aquellos por quien se pide. Todo esto se ha hacer en un tiempo moderado, de manera que no se agote la devoción de los que oyen la Misa y vengan á perder la paciencia y murmurar del que la dice: ni menos á tener en poco la oración ó el memento que se acaba en un abrir y cerrar el ojo. Lo que conviene es que sea tan ferviente, que sin mover los labios merezca oir de Dios lo que Moisén (Exod., 14), cuando en silencio oraba: ¿Para qué me das tan grandes voces? A ese tiempo lo que el pueblo debe hacer es lo que los israelitas hacían en tanto que su capitán hablaba con Dios en el monte (Exod., 19), que á la halda dél estaban con gran reverencia pidiendo á su Majestad oyese las peticiones de su siervo. Y cada uno puede y debe en particular ofrecer el divino sacrificio por sus necesidades, porque los que asisten á él son ofe-rentes y tienen allí su buena porción, y muy buena si se disponen como conviene. Deben orar en silencio como el sacerdote, y ofrecer y pedir como él, y lo que él, en la forma que queda dicho.

D.—Yo recibiría grande consolación si tuvieses por bien escribirme aquí, puesto en plática y ordenadamente, el memento de la manera que tú le haces.

M.—Yo seré por ventura el que menos acertaré á hacer eso; pero soy contento. Digo ansi: Gracias os doy, Señor y Dios mio, por las mercedes y beneficios que siempre me hacéis, y particulares por este particularisimo de haberme hecho ministro de vuestra Iglesia, con autoridad de consagrar vuestro cuerpo y sangre, de recebirlo, repartirlo y ofrecerlo. Ruégoos, Dios mio, por vuestra inmensa bondad y misericordia, me perdonéis mis culpas y pecados y me deis gracia para que os sirva y agrade en este santo ministerio, ahora y las demás veces que me ocupare en él; mi intención actual y fresca, y mi voluntad, es consagrar el cuerpo y sangre de mi Redentor, con la voluntad y intención que su Majestad consagró el jueves de la Cena y tiene la santa Iglesia Romana, Católica y Apostólica, para gloria de la beatísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero; de la santísima humanidad de Cristo nuestro Señor; de la gloriosísima Virgen Maria, su Madre y nuestra abogada; de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, San Juan Bautista y Evangelista, San Andrés, mi padre San Francisco, San Diego, San Josef, Santa Apolonia, Santa Ursula con sus doncellas, el ángel de mi guarda, Santa Inés, Santa Sabina, Santa Lucía, Santa Clara, Santa Isabel, San Blas, San Buenaventura y Santa Catarina, etc., y de todos los Santos y Santas devotos y devotas mías, y de todos los bienaventurados y espiritus celestiales que gozan de Dios en su Reino. Para salud y aprovechamiento espiritual de todos aquellos por los cuales Cristo mi Redentor se ofreció en el árbol de la cruz, en especial de los que en mis oraciones y sacrificios se han encomendado ó desean encomendarse, ó Vos queréis que os encomiende, ó yo tengo de mi obligación de encomendaros, padre ó madre, hermanos, parientes, amigos, bienhechores, enemigos, si se me representa alguno; los que

están en pecado mortal, los afligidos y desconsolados, los que por mí han recibido escándalo, y yo les he sido ocasión de caídas, ó ellos me la han dado á mí. Especialmente os encomiendo á fulano, etc., y tal ó tal necesidad: el bien del reino; y finalmente aquellas cosas que más aprietan á este tiempo, y especialmente la persona por quien celebro. Desto y de lo demás que Vos, Señor, queréis que me acuerde y os encomiende, os suplico os acordéis: *Et omnium circumstantium, quorum tibi fides cognita est*, etc. Prosigue el sacerdote orando vocalmente por los circunstantes, y luego, para alcanzar mejor esto que ha pedido, acude á la intercesión de la Virgen nuestra Señora y de los doce apóstoles, y otros tantos mártires, que con particular orden y gobierno del Espíritu Santo se nombran en este lugar, y de todos los demás bienaventurados de la gloria celestial. A este tiempo el sacerdote abre las manos, y puestas sobre la hostia y el cáliz hace una devota oración, la cual compuso San Gregorio Papa, en que pide á Dios cuatro cosas: la primera, que acepte benignamente la ofrenda de pan y vino que le ofrecen sus sacerdotes y ministros del altar y toda su familia, que son los fieles de la santa Iglesia. La segunda, que nos conserve en paz en tanto que viviéramos en este mundo, adonde se halla tan poca por ser la vida del hombre sobre la tierra una continua y perpetua lucha y batalla campal. La tercera, que nos libre el Señor, por quien es, de la condenación eterna y eternos tormentos del infierno. La cuarta, que por los méritos de Cristo mande que seamos numerados y escritos entre los que pertenecen á su rebaño en la gloria del paraíso. Que todas son cosas de harta consideración. Déjolas al discurso cristiano y religioso. Y á ti te ruego que las peses como es razón y las pidas á este tiempo. Después desto junta el sacerdote las manos, y afectuosanente y con mucha devoción ora y pide á Dios que acepte aquel sacrificio en cuanto ofrecido por manos de pecadores, y haciendo cinco cruces, las tres primeras sobre la hostia y el cáliz, la cuarta sobre la hostia sola, y la quinta sobre solo el cáliz, suplica á Dios disponga, bendiga y haga aceptable aquella materia del pan y del vino, para que della se haga el cuerpo y la sangre de su amantísimo H.jo. *Qui pridie quam pateretur*, (Alex. pap., 1) *accepit panem in sanctas ac venerabiles manus suas, et elevatis oculis in coelum, ad te, Deum, Patrem suum omnipotentem, tibi gratias agens, benedixit, fregit, deditque discipulis suis dicens:* El cual un día antes que padeciese, jueves en la tarde, tomó el pan en sus manos santas y venerables: y levantados al cielo los ojos, á ti, Dios, Padre suyo todopoderoso, dándote gracias, echó sobre el pan su bendición, partiólo y dijo: tomaldo y comeldo, porque este es mi cuerpo. Aquí viniera muy bien el silencio, y la admiración, y el espíritu puro, elevado y sobre si. Siéntate solitario y calla, y no te quedes en ti, sino levántate sobre ti, que lo que oyes y ves con los ojos de fe, sobre tu entendimiento y razón es. San Juan Crisóstomo dice que al punto que el sacerdote toma la hostia en sus manos y levanta sus ojos al cielo se conmueve toda la corte soberana, y viniendo el Deseado de todas las gentes sobre el altar, por la fuerza y virtud de las palabras de la consagración, se descuelgan millares de ángeles acompañando á su Señor, y rodean al sacerdote, y invisiblemente cantan allí alleluyas y otros cantos espirituales. *Qui pridie quam pateretur.* Nota que todas estas palabras que inmediatamente preceden á la consagración son misteriosisimas, y una por una quisiera declararlas como las entiendo, si no temiera alargar este tratado.

D.—Si has de sacar presto á luz el de la pasión, podrás reservar para allí lo mucho que aquí consideras.

M.—Sólo te diré así á la ligera dos ó tres bocaditos con que se regale tu alma en este tiempo hambrienta de la palabra de Dios: y sea el primero, acerca del tiempo en que Jesucristo se sacramentó y se dió á los suyos, para que le comiesen y bebiesen: *Pridie*, el día antes de su pasión, ya entrada la noche, en significación de la gran luz que reciben las almas que cenan como conviene con el Señor Dios, que cena con los suyos. Dijo con esta consideración el Profeta santo, como lo advirtió Santo Tomás: *Nox, illuminatio mea in delitiis meis* (Psal. 138; S. Tho., in epis. I Corin., 11): La noche, mi alumbramiento en mis delic as. No sé cómo te declare esto, que lo siento y no lo acierto á decir. Digo, que instituyendo Cristo el santísimo Socramento de su cuerpo y sangre, que es el deleite y el regalo de las almas, su dulzura y su consuelo en la noche más escura que anocheció en el

mundo; porque tuvieron sobre ella poder las infernales tinieblas (Luc., 22.), se recibe luz y se destierra la noche de nuestra ignorancia, y se nos abren los ojos interiores, como á Jonatás (1 Reg., 14) los exteriores del cuerpo, ciegos ya de hambre, con el gusto del panal de miel que le ofrecieron. ¡Ay noche para mis sentidos, y día clarísimo para mi espíritu! ¡Cosa extraña, que ofuscando los deleites carnales y sensuales el alma, y haciendo noche tenebrosa en ella, el comer y beber y deleitarse en esta cena la llene de luz y desparrame todas oscuridades della! Allégate á esta mesa y come si quieres gozar de una noche luminosa y llena de resplandores divinos, que propriedad es del Verbo encarnado y sacramentado alumbrar y lucir en las tinieblas, sin que ellas le comprendan ó escurezcan. *Qui pridie quam pateretur* (Ioan., 1). Mas ¡qué pensamientos tan diferentes los de Dios de los hombres! Ellos andaban muy negociados, aparejándole la muerte amarguísima, con odio más que de demonios, y Él estaba guisándoles el manjar de vida, con amor más que de Serafín. ¿Hay amor como el tuyo, Cristo mío? No por cierto; ni ingratitud como la nuestra. *Accepit panen in sanctas ac venerabiles manus suas*: Tomó el pan en sus santas y venerables manos. Santas, porque Cristo es santo, porque santifican todo lo que tocan; venerables, porque por la unión personal del divino Verbo ellas son manos de Dios y dignas de toda veneración y honra. Manos que dan otro más alto ser á las cosas que se ponen en ellas, y las hacen crecer y frutificar. A ellas atribuyen los Santos el milagro de los cinco panes y dos peces (Ioan., 6.), que siendo tan pocos hartaron á cinco mil hombres, sin las mujeres y niños, y sobró más que se puso á la mesa.

Bien puedes ponerte en estas santas y venerables manos, hijo Deseoso, seguro y cierto de que en ellas recebirás santificación y honra, y que todo el poder infernal no te agraviará ni sacará dellas (Ioan., 10). El Hijo amantísimo, cuando expiró en la cruz, encomendó su espíritu en las manos de su Padre (Luc., 23; Psal. 30), y tú en vida y en muerte debes poner el tuyo en las de Cristo. Pan es el que ahora consideras puesto en estas manos de oro perfectísimas, y torneadas, y llenas de jacintos, como lo dice la Esposa (Cant., 5); pero en breve espacio lo hallarás cuerpo del mismo Cristo: *Et elevatis oculis in coelum ad te, Deum Patrem suum omnipotentem.* Esto no es texto evangélico, pero tiénelo la Iglesia como cosa indubitable, porque así lo recibió de los apóstoles (Marc., 7; Ioan., 11; S. Jacobus), y era costumbre del Señor levantar los ojos á su Padre cuando había de hacer alguna grande maravilla, ó se ponía á darle gracias. ¿Y qué cosa más grave y de más importancia que consagrar su cuerpo y su sangre? ¿y qué mayor y más nuevo y más provechoso milagro? Pues alce Cristo los ojos al Padre, reconociendo que en cuanto hombre tiene de Él la autoridad y la virtud para la transustanciación del pan en carne propia (Mat., 11. Mat., 18) y del vino en sangre de sus venas; y levanta juntamente los tuyos y espera con ansiosos deseos el pan vivo que descendió del cielo para dar vida al mundo (Psal. 123), que en breve estará en las manos del sacerdote, y di con el Profeta: *Ad te levavi oculos meos qui habitas in coelis: Ecce sicut oculi servorum in manibus Dominorum suorum, sicut oculi ancillae in manibus Dominae suae: ita oculi nostri, ad Dominum Deum nostrum, donec misereatur nostri* (1). *Tibi gratias agens.* Alzó los ojos y dió gracias á su Eterno Padre. ¿Por qué? Por la merced que hacía al mundo en querer que se quedase en él sacramentado y lleno de bienes para las almas, y haciendo compañía á los suyos; y, como dice Crisóstomo, para enseñarnos de la manera que nos habemos de haber en nuestros trabajos y mayores congojas, conviene á saber, los ojos y corazón en el cielo y la lengua ocupada en las divinas alabanzas; que en eso se emplea Cristo con la muerte al ojo, y los enemigos aprestados para maltratar su persona, y derramar su sangre como agua. ¿Y qué mucho sería que el que se dispone para comulgar se ocupase media hora en dar gracias por este beneficio inmenso, y después de haber comulgado otra media, por tanta gracia? *Benedixit, ac fregit, deditque discipulis suis, dicens: Accipite, et manducate:* Bendijo el pan, no con alguna forma de cruz, porque aún no estaba en aquella hora con la

(1) «A tí levanté mis ojos, el que moras en los cielos. Como los ojos de los siervos están fijos en las manos de sus dueños y como los ojos de la esclava en las manos de su dueña, así nuestros ojos miran al Señor Dios nuestro hasta que se compadezca de nosotros».

honra y privilegios que tuvo muerto Cristo en ella, sino con alguna oración y palabras santas, para consagrarlo y llenarlo de frutos celestiales para los que dignamente lo recibiesen. Partiólo en pedazos, como solía hacer otras veces, y diólo á sus discípulos, y díjoles: Tomaldo y comeldo. Esperáos, apóstoles santos, no lo comáis, que aún no es tiempo; y si os aguza la hambre, tened sufrimiento, que muy presto ese pan, que es solo pan y suele mantener el cuerpo, mantendrá al alma y cuerpo juntamente; aparejáos para comerlo, que no será pan á secas, sino pan divino consagrado, y á Dios debajo de accidentes de pan. *Accipite, et manducate.* No dice: tomaldo y adoraldo y guardaldo, sino: tomaldo y comeldo; comido quiere ser, y bebido, el que se queda en manjar y bebida. (Alejandro de Ales, 4 parte, q. 33, men. 2; S. Thomas, 3. p., q. 78, art. 1, ad. 1; Gabr., sup. *Can. Miss.*, lect. 36; Besario, Card., lib. *de Euch.: Asserunt primo Dominum consecrasse, deinde fregisse, postea distribuisse. Hoc enim ipse rerum ordo poscebat. Est figurata loquutio per Hysteorologiam).* Tomó el pan, bendíjolo, consagrólo, partiólo y diólo para que lo comiesen. Según esto, cuando Cristo lo dividió y dijo: tomaldo, ya no era pan, sino cuerpo suyo. Tomaldo, pues, discípulos sagrados, y comeldo luego, que Dios es el que coméis, y si se llama pan, es porque lo parece y porque se hizo de pan primero; es pan vivo y cuerpo de Cristo. Pero oigamos lo que dice: *Hoc est corpus meum.* Las cuales palabras pronunciadas, Cristo se halló consigo mismo en sus manos; y eso mismo dió que pudiesen y obrasen dichas en su nombre sobre la hostia por el legítimo sacerdote y ministro de la Iglesia, teniendo intención de consagrar, como Él la tuvo. Y esta es una de las grandes maravillas que jamás se vieron ni oyeron en el mundo, y la mayor autoridad que se ha dado á los hombres, y la suma y guarismo de las grandezas de Dios. Son estos los prodigios que dijo Isaías (Isa., 43) que harían olvidar todos los que Dios había hecho en tiempos pasados en su pueblo: el sacarle de Egipto, el pasarle por el mar Bermejo sin mojarse, el maná que llovió del cielo, el agua de la piedra con los golpes de la vara, la caída de los muros de Jericó al sonido de las trompetas, el detenerse el sol por mando de Josué hasta dar fin á la batalla (Jos., 18), el fuego de Elías sobre el sacrificio (III Reg., 18), el volver atrás diez líneas el día en el reloj del rey Ezequías (III Reg., 17) y las demás maravillas y milagros todos. ¿No es cosa grande y que se va de vuelo á los hombres y á los ángeles que á la voz de un sacerdote obedezca el omnipotente Dios con tanta puntualidad y presteza, que en diciendo las palabras de la consagración luego inmediatamente se ponga en sus manos y se deje tocar y comer y meter en sus entrañas? Gran cosa fué, como ya dije, bajar fuego del cielo á la voz de Elías y quemar el sacrificio y la leña y las piedras, y andar lambiendo y consumiendo el agua en derredor; pero ¿qué es eso para lo que aquí vemos? Mas ¡ay! que baja á las manos del sacerdote el fuego eterno, fuego que consume y abrasa, como dice la Escritura (Psal. 103), y que de sólo mirar los montes y tocarlos los derrite y hace arder, y entrando en mis entrañas, y teniéndole en mis indignas manos, ningún calor siento, ni quema las piedras de mi dureza, ni la leña de mis culpas, ni el agua de mis frialdades; ¡Helado me quedo, y como una sierra nevada! Una sola vez bajó Dios al monte de Siná (Exod., 19) y ardían las piedras con su presencia, y todos aquellos riscos, concavidades y árboles rebosaban fuego y parecía que se abrasaban; y viene cada día el Hijo del Eterno Padre á nuestros altares y entra en nuestros pechos, y perseveramos fríos, sin devoción y sin espíritu. ¿Qué nieves no se hubieran deshecho? ¿qué sierras de Gredos no se hubieran derretido si el sol material las tocara tan de cerca como nos toca á nosotros el de justicia? Y no más desto: póstrate en tierra, y con la reverencia posible adora á tu Señor Dios, que en la hostia consagrada levanta en alto el sacerdote, habiéndose puesto primero de rodillas, y hecho su adoración mentalmente, que á este tiempo no se habla palabra. Y yo quisiera en este paso entrarme dentro de mí y comunicarte mis conceptos, sin ruido de palabras; mas ya que no puede ser esto, con muy pocas te diré lo que significa esta ceremonia.

Renuévase en ella aquel paso tiernísimo y devotísimo de la pasión del Redentor, cuando después de haber tendido sobre la cruz los sayones su cuerpo descoyuntado y desangrado, clavado de pies y manos, con muchas voces y gritería, á vista de su afligidísima Madre y de millares de gentes que se hallaron á ver

esta just'cia que de Él se hacía, le levantaron en alto, como levantó Moisén la serpiente en el desierto (Num., 21), para salud y vida de todos los que, heridos de las verdaderas serpientes, le mirasen. Esa es, Cristo mío, la silla de vuestro padre David (Luc. 1; Ps. 95; *Secundum Septuag.*), adonde había de comenzar vuestro reino en la casa de Jacob, no temporal, sino eterno. Ese es el madero que dijo vuestro Profeta que os había de servir de trono real para reinar sobre las almas. Desde ese trono de vuestra humiliación y bajeza hicistes y acabastes lo que no acabastes desde el de vuestra grandeza. *Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum* (Ioan., 12). Este es el soberano Isaac, atado á la leña del sacrificio (Gen., 22) para ser verdaderamente sacrificado por nuestros pecados, por el gusto y obediencia de su Padre. Este es el racimo divino atravesado en la lanza de los exploradores, para muestra de los frutos de la tierra de Promisión, con que se animan los israelistas verdaderos á la conquista della (Num., 13).

Aquí se cumplió lo que el patriarca santísimo Jacob dijo hablando con Judá, hijo suyo, puestos los ojos en Cristo crucificado: *Catulus leonis Iuda ad proedam ascendisti fili mi, accubuisti, ut leo, et quasi leoena: quis suscitabit eum*? (*) (Gen., 49). ¡Ay vida muerta y colgada en los ojos de los hombres! (Deut., 28) ¿cómo no me llevas en pos de ti? ¿cómo no me suspende y arrebata el que en tal figura robó la luz al sol, sacó para que le viesen de las sepulturas y abismos los muertos, hizo que las piedras se golpeasen, llenó de tinieblas el mundo y la tierra de temblores? Alza, cristiano. los ojos, y el corazón con ellos, cuando vieres levantar la hostia, y adórala con adoración latria, que es Dios y hombre el que se encierra, y encubre en ella. Ansí lo tiene la Iglesia católica y lo enseña á sus hijos (Conc. Trid., ses. 13., can. 5 et 6) y con notabilísimos ejemplos y milagros del poder de Dios lo hallamos confirmado en los libros de los doctores santos.

El muy reverendo padre Francisco Antonio escribe, en su libro de los *Misterios de la Misa* (Franc. Ant., libr. 3., cap. 11), casos notables y de grande autoridad, con que apoya este tan importante artículo de fe, adonde te remito, porque ya es tiempo de acabar esta plática.

D.—¿Es muy antigua esta ceremonia de mostrar al pueblo la hostia consagrada?

M.—San Dionisio hace della mención y dice (S. Diony., de *Eccle. Hier.*, cap. 3) que se usaba en su tiempo, y parece tradición de los apóstoles. Y el Burgense y otros quieren fundarla en una profecía de David, el cual en el salmo 71, según la traslación caldaica, dice: *Erit placentula in capitibus sacerdotum:* verse ha una tortica pequeña sobre las cabezas de los sacerdotes. Y lo que confirma mucho la santidad desta ceremonia son muchos milagros que se han visto en la Iglesia de Dios al tiempo que se levanta la hostia. San Basilio vió, celebrando misa delante dél un sacerdote llamado Anastasio, bajar al Espíritu Santo en figura de fuego en derredor dél, vistiéndole todo de luz. San Juan Crisóstomo veía al mismo Espíritu Santo en forma de paloma sobre sí cuando celebraba y llegaba á este punto. Del glorioso padre Santo Domingo se lee que algunas veces al paso que iba levantando la hostia se iba levantando él mismo en el aire. Santa Catalina de Sena sentía á este tiempo tanta alegría y andábale el corazón tan apriesa y golpeábale en el pecho de tal manera, que le oían los que estaban junto á ella, como si peleara por salirse y irse tras de la hostia consagrada. Síguese tratar de la consagración y elevación del cáliz, y primero de las palabras que á esto preceden. *Simili modo postquam coenatum est accipiens et hunc praeclarum calicem, in sanctas ac venerabiles manus suas: item tibi gratias agens, benedixit, deditque discipulis suis, dicens*: *Accipite, et bibite ex eo omnes*: De la misma manera, con el mismo poder, intención, amor y bondad, deseo y propósito, después que hubieron cenado, tomando el Señor el hermosísimo cáliz en sus santas y venerables manos, y dando á su Padre gracias, bendíjole y dióle á sus discípulos diciendo: Este es el cáliz de mi sangre del nuevo y eterno Testamento, misterio de fe, que por vosotros y por muchos será derramada en remisión de pecados. Y quédese aquí, porque hay mucho que decir y es necesario entrar de refresco y no tan cansado como yo estoy. A Dios.

D.—El quede contigo. Amén.

(*) «Oh Judá, cachorro de león, te subiste á hacer presa, hijo mío; te echaste á dormir como león y cual leona, ¿quién le despertará?».

DIÁLOGO QUINTO

En que se trata de la consagración del cáliz y de las demás cosas, hasta acabar la Misa.

Discípulo.—Seas bien hallado, padre de mi alma.

Maestro.—Y tú bien venido, hijo Deseoso. Parece que vienes hoy más alegre que otros días; ¿qué ha sido la ocasión?

D.—Pensar que te tengo de oir tratar de la sangre de Cristo Señor nuestro, hecha y ordenada en bebida para santificación, regalo y refresco de las almas.

M.—Con razón te alegras, por cierto, con esa consideración, pues alegra á los cortesanos del cielo y, lo que más es, al mismo Rey y Señor del cielo. Ansí lo dice el Espíritu Santo cuando introduce á la vid, encareciendo su licor (Iudic., 9): *Numquid desserere possum vinum meum, quod lactificat Deum et homines*? (¹)

D.—Nueva cosa es para mi decir que el vino alegra á Dios; porque como no hallo proporción entre el cuerpo y el espíritu, ni entre la potencia y el puro acto, ni entre lo criado é increado, no la hallo entre el vino y Dios.

M.—El intérprete caldeo dice que así á la letra se alegraba Dios con el vino, y mandaba por eso que entre los demás sacrificios se le ofreciese. Un hebreo dice que los sacerdotes de la vieja ley, pareciéndoles que hacían gusto á Dios, antes de cantar los salmos levantaban en alto un vaso de vino, como brindándole, y luego se lo bebían ellos. Otros quieren que, por cuanto el vino significa la caridad, se diga que alegra el pecho y corazón de Dios.

D.—Todo esto no llena mi deseo ni satisface mi duda.

M.—Pedro Galatino dice (Petr. Galat., libro 20, c. 5.), y da por autor á Rabí Joani, que fué muchos años antes de la Encarnación del Verbo eterno, que entonces verdaderamente el vino alegra á Dios cuando al Eterno Padre se le ofrece la sangre de su Hijo debajo de especies ó accidentes de vino en el cáliz consagrado. Y yo te digo á ti y te aseguro dello, que cuando este cáliz de salud se levanta en alto en el sacrificio de la Misa, como ves que lo hace el sacerdote después de consagrado, que se llena de risa el cielo, los ángeles de gozo, de regocijo los justos y el mismo Dios de alegría. ¡Oh divino vino! Embriagado el santo patriarca Jacob, no con el gusto dél, que no hubo tal dicha, sino con el olor, profetizando y hablando con Josef su querido, y en él con Cristo Redentor nuestro, dijo: (Gen., 49): *Lavit in vino stolam suam, et in sanguine uvae palium suum*: Lavó Cristo en vino su vestidura, y su manto en sangre de uvas. La vestidura de Cristo es la Iglesia (Tertu., lib. 4 *cont. Marc;* Cyp., lib. 2, epis. 3): como él lo dió á entender á San Pedro, obispo alejandrino, que apareciéndole un día con una vestidura muy rota y preguntándole el santo prelado qué vestidura era aquella tan hecha pedazos, le dijo: Esta vestidura es mi Iglesia, la cual tiene así rasgada el malvado hereje Arrio. Esta vestidura lavó Cristo en vino: *dilexit nos et lavit nos a peccatis nostris in sanguine suo* (Apoc., 1). Y porque este licor sirvió de bebida y sirvió de lavatorio, dice el santo Patriarca: lavó ó lavará su estola en vino, y en sangre de uvas su palio; como si dijera: La sangre divina fué lavatorio nuestro y redención nuestra y bebida nuestra. Como si dijésemos: Redención bebida. Pedro Galatino dice (Gala., lib. 30, cap. 9) que se puede volver del Hebreo desta manera: *Lavit in vino stolam suam, et in sanguine humilium palium suum*: Lavó en vino su vestidura, y en la sangre de los humildes su manto. Y es traslación harto misteriosa, y enséñanos dos cosas: la primera, la humildad grande de Cristo en derramarla por nosotros y en dejárnosla debajo de accidentes de vino, para que la bebiésemos; la segunda, que para recebirla es menester que seamos humildísimos. Y advierte aquí un doctor, y bien por cierto, que quiso Cristo conservar el nombre de vino en su sangre ya consagrada, ó derramada en la cruz, que allí va mirando la profecía, para decirnos los efectos maravillosos que hace bebida en el alma. En el vino, dice él, se consideran y se loan cuatro cosas: el olor, el color, el sabor y la virtud de fortificar y dar esfuerzo. Y esas se hallan en los que dignamente se allegan á beber tan divino licor; lo primero, compostura y lustre exterior, ojos honestos, voz baja, palabras medidas y de edificación y mesura en el rostro, con una gravedad santa; lo segundo, fragancia y suavidad de las virtudes interiores del alma: de la fe, que alum-

(¹) «¿Por ventura puedo yo dejar mi vino que alegra á Dios y á los hombres?»

bra el entendimiento; de la caridad, que inflama la voluntad, y de la esperanza, que alienta el corazón para los bienes eternos. *Regeneravit nos in spem vitam* (I Petris); lo tercero, la paciencia y gusto sabroso en los trabajos; lo cuarto, la valentía y buen brío en resistir á las tentaciones. San Juan Crisóstomo quiere que nos levantemos de la comunión hechos leones, echando centellas ó llamas de fuego de amor, terribles y espantosas á los demonios. Pero dejemos este discurso y procedamos ordenadamente. Habiendo, pues, levantado la hostia el sacerdote y bajándola con algún más espacio, porque significa la reverencia con que Josef ab Arimatia y Nicodemus bajaron el santísimo cuerpo del Señor de la cruz á los brazos de su Madre, que con ansia le esperaba para regalarse con él y darle sepultura, se humilla profundamente y puestas las rodillas en tierra vuelve á adorar al Señor mentalmente; levántase y quita la hijuela del cáliz, y dice las palabras con que dimos fin al cuarto diálogo, que por no tener que advertir en ellas, por ser conformes con las que precedieron á la consagración de la hostia, pasaré á contemplar algunos misterios que se me representan en las que se siguen: *Hic est enim calix sanguinis mei, novi et aeterni testamenti. Mysterium fidei, qui pro vobis et pro multis effundetur, in remissionem peccatorum.*

D.—Perdóname, que no puedo dejar de preguntarte si se alcanza alguna razón por qué quiso el Señor dar su sangre aparte y de por sí, habiéndonos dado su cuerpo, no desangrado, sino con su sangre en las venas, como cuerpo vivo.

M.—Hartas razones dan los doctores y los Santos. La primera, dicen que fué para que respondiese la verdad á la figura que precedió en Melquisedec, el cual siendo sacerdote del Altísimo ofreció en sacrificio pan y vino. La segunda, porque habiéndonos querido el Señor regalar con darnos su cuerpo en manjar, parece que quedaba manco este regalo si no nos diera de beber. ¿Y que convite se estimó y celebró donde faltase el vino? ¿Y por qué se había de quedar el alma sin su bebida? Digo la tercera, porque como Cristo nuestro Redentor entregó su cuerpo á la muerte, por el remedio del mundo, y para ese mismo fin entregó y derramó su sangre, quiso que lo uno y otro, que había sido rescate, fuese comida y bebida, porque comiésemos y bebiésemos nuestro remedio y entendiésemos juntamente la gana que tenía y tiene de incorporarse y unirse con nosotros; pues pareciéndole tardía la unión que se hace por el comer, buscó la más apresurada y breve, que es la que resulta de la bebida y del que bebe. La cuarta, porque, representando el sacrificio de la cruz, era necesario que viésemos apartada la sangre, como allí se vió, puesto que esté toda en el cuerpo, como queda dicho. Y si me preguntas por qué la Iglesia comulga á los fieles debajo de especies de tan solamente pan, habiendo el Señor dádosenos en especies de vino, digo que lo hizo por la reverencia que se debe á tan alto Sacramento. Temió no se derramase alguna gota de sangre, habiéndose de dar á muchos, y así ordenó que los sacerdotes comulgasen debajo de ambas especies, por la integridad del sacrificio y por representar al vivo la última cena, y porque así se lo mandó á sus discípulos Cristo, y á los laicos ó no sacerdotes manda que se les dé el cuerpo del Señor en la forma consagrada, vivo y con su sangre, como ya dije, y cualquiera que quisiese sustentar, contra la loable costumbre de la Iglesia, necesidad de comulgar los fieles *sub utraque specie*, ó intentase hacerlo, estaría descomulgado y anatematizado por el Concilio Tridentino y condenado por hereje (Conc. Constantinop., ses. 15; Conc. Trid., ses. 21. can. 1. et c. 1; Alex. de Ales, p. 4, 9. 53; S. Tho., 3. p., q. 80, art. 12). Y para que del todo quedes satisfecho, digo que dándonos Cristo su sangre y mandándonos que la bebamos, *accipite et bibite*, quiso que entendiésemos que nos daba su alma y su vida toda; porque como sea verdad que la vida esté en la sangre, dándonos la suya nos dió cuanto tenía que darnos: diónos su vida y su alma para que nos la bebiésemos: Este es el cáliz de mi sangre, tomalda y bebelda. Y nota más, que en la consagración del cáliz dice Cristo que es su sangre del nuevo y eterno Testamento. Y por otro Evangelista dice: Este cáliz el nuevo Testamento es en mi sangre. Adonde te quiero decir una consideración dulcísima y regaladísima y muy importante para que conozcas lo que Dios hizo por ti y la obligación en que te puso con este nuevo Testamento. Para que sea válido el que un hombre hace y ordena se requieren tres cosas: la primera, que si no tiene here-

dero forzoso de los bienes de que testa le ha de instituir; porque no puede haber razón de testamento adonde no hay quien herede. La segunda, que el heredero instituído, libre digo, porque el testador libremente y de su voluntad le sustituye en sus bienes, queda obligado á las cargas todas del testamento; y de otra manera no hereda ni puede gozar de los bienes del testador. La tercera, que para que el testamento tenga valor es necesario que intervenga la muerte del testador, porque en tanto que vive puede quitar y poner lo que quisiere en el testamento. Al punto, hijo Deseoso. Herederos forzosos de sus bienes no los tiene Dios, pero nombrólos antes de su muerte, como lo advirtió el Apóstol en la Epistola que escribió á los Hebreos (9): *Et ideo* (inquit), *novi testamenti mediator est, scilicet Christus, ut morte intercedente, in redemptionem earum praevaricationum, quae erant sub priore testamento, repromissionem accipiant, qui vocati sunt aeternae hereditatis.* Lo que digo es que todos los llamados por Cristo á su fe y Evangelio son instituídos herederos de la eterna heredad, incorruptible, incontaminada y que jamás se marchitará; sino que es necesario que entiendan la condición segunda del testamento, que no se hereda, no siendo forzoso el heredero, si no se toman las cargas y condiciones con que se traspasa la herencia. Y más hay en ello: que tiene de costumbre la Escritura santa repetir muchas veces estas palabras testamento, pacto y concierto, para que entendamos y nos persuadamos á que todos los bienes que nos tiene prometidos Dios son debajo de concierto, y por testamento, y con pacto de que habemos de guardar sus leyes y mandamientos para gozarlos. San Jerónimo dice que la palabra hebrea que responde á la latina *Testamentum* significa con mayor propiedad *Pactum*, porque es como convención ó concierto que hace Dios con nosotros de que obedeciendo á sus leyes se nos dará la herencia. Por esto se llama la sangre de Cristo sangre de testamento, y también porque por su derramamiento quedó confirmado el testamento y el pacto hecho entre Cristo y su Iglesia y las promesas todas; y por ellas habemos de alcanzar finalmente los nuevos y eternos bienes. *Ubi testamentum est* (ait Paulus) *mors necesse est intercedat testatoris; Testamentum enim in mortuis confirmatum est: alioquin non valet dum vivit is, qui testatus est: unde nec primum quidem sine sanguine dedicatum est.* ([1]). Y aquí refiere el Apóstol lo que hizo Moisén, que mandó rociar con sangre el tabernáculo y los instrumentos, vasos y libro, para significar alguna firmeza en los conciertos que se hacían entre Dios y aquel pueblo; y digo alguna, porque al fin se habían de acabar luego que el testador muriese y derramase su sangre. Por eso dice (Ioan, 13): Este cáliz, el nuevo Testamento es en mi sangre. Nuevo Testamento, ó porque ofrece nueva herencia, que es el cielo, ó porque incluye nuevos mandamientos y nuevo culto, acabado lo antiguo con sus ceremonias tan cansadas; ó dícese nuevo porque renueva los hombres, dándoles vida divina, ó porque nunca se vió tal confirmación, ni tal testador, ni tal amor, herencia, ni tal querer, como en aquella hora mostró el Señor á los suyos. *¡Mysterium fidei!*

D.—Esa palabra dicen que no es del Evangelio (Ino. Carnot., epíst. 264; Estepha. Eds., *C. de Sacr. altar*, c. 16; Flor. Mag., *in exposit. Miss.*).

M.—Es de la Iglesia, que considerando cómo muchos habían de reparar en esto, que es darse el Redentor so especies de pan y vino, adonde los sentidos no perciben otra cosa que lo que exteriormente se les representa, á saber ([2]), el color y el sabor de pan y vino; para quitar ese escrúpulo añadió misterios de la fe, como diciendo: Estos Sacramentos que ves en el altar, no por lo que exteriormente percibes los has de estimar, sino por la fe que tienes dellos, porque una cosa te dicen los ojos del hombre exterior y otra los del interior; una cosa parece y otra es en el hecho de la verdad; parece pan y es cuerpo de Cristo; parece vino y es sangre suya. Y dícese misterio, esto es, cosa secreta y oculta, porque la fe solo la alcanza. Alcuino (Alcui., *de divin offic.*) dice muy bien que todo lo que en esta ofrenda del cuerpo y sangre del Señor se hace es misterioso, porque se ve uno y se entiende otro; lo que se ve tiene especie corporal, lo que no se ve tiene fruto espiritual. Odon Cameracen-

([1]) «Cuando hay testamento, dice San Pablo, es preciso que siga la muerte del testador; porque el testamento se confirma en la muerte, y así no tiene valor mientras vive el que testó, y por esta causa ni siquiera el primero se estableció sin sangre.»

([2]) El impreso lleva esto en una abreviatura latina *si* [scilicet].

se dice (Odon Camarac., *in Exposi. Sacra.*) que se llama misterio de la fe porque lo que se cree se nos encubre debajo de cosas sensibles. *Nam verus* (inquit) *sanguis creditur, quod vinum visu cernitur.* Algunos quieren que lo misterioso y secretísimo de la fe sea el cuerpo y sangre de Cristo en la hostia y cáliz consagrado; que la sangre de Cristo sea el misterio de la fe, esto es, el secreto, ó como si dijésemos lo dificultoso, lo que no alcanza la razón ni entendimiento humano. O dícese misterio de la fe porque por la sangre de Cristo derramada se acabaron de entender los secretos de los profetas y de las figuras que precedieron á la muerte del Redentor, y, en una palabra, á la sangre de Cristo se ha de atribuir la abertura de aquel libro cerrado y sellado con siete sellos que San Juan vió en sus revelaciones (Apoc., 5) Ansí lo sintió y cantó toda la corte celestial diciendo: Digno eres, Señor, de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste muerto y nos rediniste á Dios en tu sangre, de toda tribu y de toda lengua y de toda nación, etc. Por estas razones y otras ha tomado la Iglesia por armas un cáliz con una hostia sobre él y el título: *Misterium fidei.* Es el trofeo de la fe, porque por este misterio se enseñorea de los entendimientos de todos los fieles y los rinde y sujeta á sí. Divina sangre, que se derramó por rescate y redención de muchos: *Qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum.* Todas estas palabras son misteriorísimas y dignas de prolija consideración; quédense para cuando en el *Tratado de la Pasión* sea forzoso el declararlas.

D.—Parece que la sangre de Cristo no se derramó por todos.

M.—El mismo Cristo dice: Por vosotros y por muchos. Y lo mismo dice San Pablo (á los Hebreos, 9). Los teólogos afirman que una sola gota bastara para mil mundos, si todos mil mundos se quisieran aprovechar della; pero de solo un mundo se pierden infinitas almas, no por insuficiencia que haya de la parte de la sangre, sino porque ponen estorbo á la divina gracia, que se nos ganó por ella y es efecto suyo proprio. Oye lo que al propósito dice León el Magno (Leo Magn., epís. 83 ad Palestinos Monachos): *Effusio* (inquit) *pro injustis sanguinis Christi justi, tam potens fuit ad privilegium, tam dives ad praetium, ut si universitas captivorum in Redemptorem suum crederet, nullum tiranica vincula retinerent* (1). Oye á Próspero Equitaneo (Prosper, in *responsione ad s. obiec. Vincentii*): *Quod ad magnitudinem, et potentiam pretii, et quod ad unam pertinet causam generis humani sanguis Christi redemptio est totius mundi. Sed qui hoc saeculum, sine fide Christi, et sine regenerationis sacramento pertranseunt, redemptionis alieni sunt. Poculum quippe inmortatitatis, quod confectum est de infirmitate nostra, et virtute divina, habet quidem in se, ut omnibus prosit, sed si non bibitur, non medetur* (2). Inde Paulus (Hebr., 9): *Christus semet obtatus est ad multorum exhaurienda peccata.* Al fin, y en una palabra, te digo que la que se derramó por todos, cuanto á la suficiencia, no tuvo eficacia en todos, sino en aquellos que tenía Cristo presentes, y en otros muchos que Él sólo se sabe. Y no se le hace injuria á Cristo en perder sangre tan preciosa, por la regla tópica: *Scienti, et consentienti, non fit in iniuria.* Piensa tú no seas uno de aquellos en los cuales no tendrá eficacia tan poderosa medicina; y de veras te digo que te quite el sueño más de cuatro veces. ¡Ay de mí si no soy de aquellos por los cuales se derramó la divina sangre con eficacia! Gran mal sería si, habiéndola derramado toda, fuese yo tan desechado que no me cupiese una gota. Alza, hijo Deseoso, los ojos cuando acabando el sacerdote de consagrar el cáliz le levanta, y con grande reverencia adora aquella sangre, precio y rescate de pecados. Y pide á Dios no se pierda en ti, disponiéndote cuanto te fuere posible para la gracia que tu Redentor por ella te ganó. Ofrece al Padre eterno esta sangre de su Hijo diciendo: Toda esta sangre, Señor, que se derramó en la cruz, por mi salud y remedio, ofrezco á vuestra Majestad, y pues no menos os agrada ahora ofrecida en

(1) «El derramamiento de la sangre de Cristo justo á favor de los pecadores fué tan poderosa para darles privilegio de exención, tan rica para la paga, que si todos los cautivos creyeran en su Redentor ninguno sentiría la coyunda tiránica del demonio.»

(2) «En cuanto á la grandeza y valía de su precio y por lo que atañe á lograr la salud del humano linaje, la sangre de Cristo es la redención de todo el mundo; pero los que dejan este siglo sin la fe de Cristo y sin el sacramento de la regeneración, quedan privados de este rescate. La bebida de inmortalidad que se conficionó de nuestra flaqueza y virtud divina tiene en sí eficacia para aprovechar á todos; pero si no se bebe no cura tampoco».

sacrificio que entonces cuando vuestro unigénito Hijo os la ofreció, haga, Señor, en mí el fruto que mi Redentor deseó; caliente mi corazón y limpie mi alma; alumbre mi entendimiento, enderece mi voluntad, avive mi memoria, corrija mis pasiones, enfrene mis apetitos, gobierne mis sentidos, para que yo todo os sirva y agrade, pues vuestro Hijo amantísimo todo se os ofreció por mí en agradable y fructuoso sacrificio. Amén. Síguese: *Haec quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis.* Lo cual se ha de referir así á la hostia como al cáliz, que en ambas cosas está la razón del sacrificio, como habemos dicho. Y la palabra *haréis* significa sacrificar, como en otra parte se declara; como si dijera: Todas las veces que consagráredes y ofreciéredes mi cuerpo y mi sangre, consagraldo y ofreceldo en memoria de mi pasión y muerte.

D.—Gran cosa debe ser la memoria de la pasión de Cristo.

M.—Grande, y tan grande que estoy por decir que fué tanto lo que hizo para memoria della, como lo que ella vale: *Unde et memores.* Síguese una recordación que el sacerdote hace, como obedeciendo al precepto de Cristo, de su Pasión, Resurrección y Ascensión, que son los tres principales misterios de nuestra redención, por los cuales aviva y enciende en nosotros la caridad, considerando la con que Dios murió, y se confirma la fe, viendo cumplida la palabra que el Redentor había dado de que había de rusucitar al tercero día, y se fortalece la esperanza, porque subiendo á los cielos la cabeza no se han de quedar para siempre los miembros en el suelo. Adonde yo estoy, dice Él (Ioan., 12), estarán mis siervos. Refrescando, pues, la memoria, y recorriendo los dichos misterios, ofrece el sacerdote con el pueblo á la majestad de Dios la hostia pura, santa y sin mancha alguna; el pan santo y de vida eterna y el cáliz de salud perpetua Y á este tiempo hace cinco cruces, tres sobre hostia y cáliz, y una después sobre sola la hostia y otra sobre solo el cáliz, para hacer memoria de las ci co llagas principales de sus manos, pies y corazón; por las cuales como de una fuente perdurable manó aquel preciosísimo licor de la sangre del Cordero (Isaí., 12) inocentísimo Cristo, para lavatorio de nuestras culpas. Allégate, pues, hijo mío, con gozo á sacar aguas de las fuentes del Salvador, que licencia tienes para ello. Habrá, dice Zacarías (Zach., 13), para la casa de David y moradores de Jerusalén una fuente patente, para limpieza de pecadores asquerosos y de mal olor. En estas aguas se remozan las almas (IV Reg., 5) y se limpian y sanan de la lepra de los pecados mucho mejor que en las del Jordán; en ellas se cobra la vista interior, como en su figura la natatoria de Siloé dió la exterior al ceguezuelo (Ioan., 9) que celebra el Evangelio. Acógete á estas sacratísimas llagas cuando sintieres á Dios enojado contra ti, que no hay ciudad de refugio para malhechores (Job, 21), como lo será para ti el costado de Cristo abierto. En esa caverna del seto y en esos agujeros de la piedra se halla segura la paloma gemidora (Cant., 8), perseguida del halcón infernal, y se e conden y amparan los erizos (Psal. 41), ó, como tiene otra letra, las lebrastillas temerosas (Psal. 118), seguidas de los malditos cazadores del infierno. Y no te seques considerando estas fuentes, sino procura, ya que no tienes heridas, desaguar tu corazón por los ojos, como lo hacía David con sólo acordarse que había ofendido á Dios, quebrantando su ley. El profeta Zacarías tenía dicho (Zach., 12 y 13) que en el día que Cristo apareciese en la cruz llagado y derramando sangre habría en Jerusalén un grande y general llanto sobre Él, á la manera y con el sentimiento que le suele hacer la madre cuando se le muere el unigénito y heredero de su casa y nombre. Pregúntale tú: Señor mío, ¿qué llagas son esas que así os tienen rotas las manos y los pies y el sacro pecho? Y responderte ha que tu amor se las hizo. Duro serás si no hace mella en ti esta respuesta Síguese una devotísima oración que comienza: *Supra quae propitio, ac sereno vultu,* etc. Pídesele al Padre eterno que benignamente ponga los ojos en aquel sacrificio que se le ofrece, como los puso en el que Abel le ofreció, y nuestro patriarca santo Abraham, y el sumo sacerdote Melquisedec le ofrecieron; el uno de pan y de vino, y el otro de su proprio hijo (Gen., 4, 15, 22 y 14) ¿Pero qué manera de orar es ésta, Iglesia santa? ¿Qué tienen que ver los sacrificios de Abel, Abraham y Melquisedec con el que ofrecemos los sacerdotes del Nuevo Testamento en el altar? Aquellos eran rasguños y como sombras deste; Abel ofrece un cordero de su rebaño, que no tiene más que cordero; Abraham ofrece un hijo, que no es más que hijo

suyo; Melquisedec ofrece pan y vino, y no tiene otra cosa más que pan y vino. Pero nosotros ofrecemos lo que significaban el cordero, y el Isaac, y el pan y vino; ofrecemos la verdad de aquellas figuras: el Cordero inmaculado Cristo, que quita los pecados del mundo; el Isaac soberano, Hijo del eterno Padre, y el pan que descendió del cielo y da vida al mundo, y el vino que engendra vírgenes. Bien conoce la Iglesia la diferencia que hay de su ofrenda á la de los Patriarcas que aquí nombra, y que de parte de la suya no hay cosa que estorbe para que el Padre eterno la acepte y reciba: pero desea y pide que no impidamos nosotros por nuestra culpa esta aceptación, de manera que no nos sea de provecho. «Como aceptastes aquellas y os agradastes de las personas, así os suplicamos que, aceptando este sacrificio en cuanto ofrecido por nuestras manos, os contentéis de nosotros y nos hagáis las mercedes que por él os pedimos». Como si dijera; No es razón, Señor, que en vuestro acatamiento puedan más las sombras que la verdad y las figuras que lo figurado. Lo que tú has de procurar es imitar á esos varones santos y serlo como ellos, para que, agradado Dios de la persona, se agrade del sacrificio; no digo del altar solo, sino de los demás, que el valor que tienen es por razón de quien los ofrece. Pero más hay aquí de consideración que, no fiando el sacerdote de su limpieza, pide á Dios que tenga por bien y mande á su santo ángel lleve y ofrezca por sus manos tan admirable ofrenda y la presente en su altar soberano y ante su acatamiento, para que todos los que participaren de cuerpo y sangre de Jesucristo, ó sacramental ó espiritualmente, sean llenos de bendición y gracia celestial. Esta oración se hace con profunda humildad, como la requiere lo que se pide en ella. Síguese el Memento segundo, en que se hace memoria de los difuntos, especialmente de aquellos que en particular se nos encomendaron, ó por amigos, deudos ó bienhechores que debemos encomendar á Dios. Yo digo ansí: *Dignare, Domine, oblationem istam generaliter aceptare pro omnibus fidelibus defunctis existentibus in purgatorio; specialiter tamen pro illis pro quibus tu nosti me teneri specialiter oferre, et in illo gradu in quo nosti me teneri pro eis, sicut tibi magis placet* [1]. Puede nombrar con más particularidad uno ó dos, ó los que quisiere, que por eso pone la Iglesia blanco para los nombres.

D.—Mucha priesa llevas, y á mí se me ofrecen algunas dudas, que si no me satisfaces á ellas no quedaré consolado.

M.—Si á todo lo que se ofrece de duda y dificultad hubiésemos de abrir puerta, sería este tratado como otros, que de sólo mirarlos me canso yo y me enfado, especialmente que no me puse á escribir para sacerdotes, ni es mi intención decir por menudo todas las ceremonias, sino aquellas en que los que oyen Misa pueden reparar; y es bien que sepan los misterios y significaciones dellas, dando lugar á la consideración, como lo he hecho hasta aquí. Pero di ya lo que quisieres.

D.—¿Cómo se entiende que el ángel santo por sus manos haya de presentar esta ofrenda del cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor? ¿Y qué ángel es el que tiene este oficio y á quien se le encomienda y comete esta diligencia? ¿Y si están ó asisten los ángeles á este tiempo al altar, y cómo ofrecen lo que allí cometemos ó ponemos en sus manos?

M.—Muchas dificultades juntas son esas, y para el deseo que llevo de acabar no muy á propósito: brevemente quiero responderte á ellas: y cuanto á lo primero, digo que no lleva el ángel al cielo el cuerpo y sangre de Cristo que dentro de poco el sacerdote ha de consumir, que eso sería disparate decirlo, sino la fe, la memoria de la Pasión del Señor, el hacimiento de gracias y los deseos del pueblo y del que ofrece el sacrificio. O digamos lo que dice el doctísimo Belarminio: que no es otra cosa ser llevados por manos de los ángeles santos estos sacrificios, que ser ayudados nosotros por la intercesión dellos, y por sus ruegos y recomendación ser admitidos en el divino acatamiento estos servicios que sacrificándole le ofrecemos (Turianus, ad cap. 12, li. 8. *Consti. Apost.;* Belar., li. 2. *de Missa*, c. 24). Y en este sentido se dice que llevan nuestras oraciones, nuestros ruegos y lo demás que ofrecemos á Dios; porque absurda cosa sería pensar que fuesen cargados los ángeles de nuestras palabras corporales en la forma y

[1] «Dignaos, Señor, recibir esta ofrenda en general por todos los fieles difuntos que existen en el purgatorio, pero en especial por aquellos á favor de los cuales Vos sabéis que estoy particularmente obligado á haceros ofrendas, y en la forma que sabéis debo rogar por ellos y como á Vos más agrade».

estilo que las decimos, y de nuestros ayunos, disciplinas y limosnas; llevan nuestros deseos, nuestra fe, nuestra religión, y eso poquillo que hacemos en servicio de Dios: como parece (Iob., 12, et Dan., 13); y no porque ignore Dios en el cielo lo que nosotros le ofrecemos en la tierra se lo presentan ellos, pues antes que llamemos nos tiene oídos y su oreja percibe la preparación del corazón (Psal. 9) ó como dice San Jerónimo, Él mismo le prepara y dispone para oir: *Praeparans cor, ut audiat auris tua;* sino en el sentido que da San Agustín á las palabras del Apóstol (Colos., 4): *Orationes vestrae innotescant apud Deum. Innotescant* (inquit) *Angelis, qui sunt apud Deum, ut quodammodo ea offerant Deo* (Aug., ep. I, 21., cap. o.;) *et de iis consulant, et quod eo iubente, implendum esse cognoverint, hoc nobis vel evidenter, vel latenter apportent* ([1]). San Juan Crisóstomo dice (Crys., hom. in *enceniis*) que los ángeles teniendo cercado ó rodeado el cuerpo del Señor en el altar, ruegan por el género humano. Como si dijesen: Por éstos, Señor, te rogamos, á los cuales tanto amaste, que por la salud dellos diste tu vida en la cruz. Por éstos te suplicamos, por los cuales derramaste y liberalmente diste tu sangre. Por éstos te pedimos, por quien ofreciste tu precioso cuerpo, y le sacrificaste. San Algero dice (Algerus, li. I. de *Sacra. corp. et sanguine Domini*, cap. 14) que este ángel santo á quien pedimos que lleve y presente estos misterios en el acatamiento divino en el altar sublime es Cristo nuestro Redentor, que en la Escritura se llama Ángel del gran consejo; pero no parece muy á propósito esta su sentencia con lo que queda dicho. Y porque San Ambrosio, tratando esta partícula del Canon, hace mención de ángeles en plural, y en la liturgia de San Pedro se halla desa manera, de donde colige San Gregorio (Greg., lib. 4, *Dial.*, c. 58) que indubitablemente en la hora del sacrificio asisten allí los ángeles: *Quis (inquit) fidelium habere dubium possit in ipsa hora immolationis, ad sacerdotis vocem coelos aperiri, in illo Iesu Christi ministerio Angelorum choros adesse summis imma sotiari, terrena coelestibus iungi, unum quoque ex visibilibus, atque invisibilibus fieri?* Y en la homilia 3, epístola ad Efesios, dijo San Crisóstomo: Rúegote que contemples y mires bien lo que pasa á la mesa Real, que es el altar; asisten los ángeles como ministros della, está presente el Rey del cielo, ¿y tú te estás vocezando y medio dormido? Esto mismo dice en otras muchas homilias. Y San Ambrosio, sobre el capítulo primero de San Lucas. Y no me preguntes por hoy más, que es razón que trate aquí algo de los difuntos, por los cuales hace oración el sacerdote, las manos puestas y los ojos abiertos y en el santísimo Sacramento, sin divertirse ni mirar á otra parte, porque allí está Dios, á quien endereza su oración. Y aunque pudiera hablar en esta ocasión del purgatorio, como lo hacen los que escriben de los misterios de la Misa, no lo hago, porque se presupone de fe que le hay; y de la atrocidad de las penas que en él se padecen no se puede hablar sin grave dolor de corazón, porque son terribilísimas y espantosísimas, y más de lo que puede comprender el humano ingenio ni declarar la mortal lengua. Y teniendo atención á esto ordenó la Iglesia, regida por el Espíritu Santo, que en todas las misas se hiciese particular oración por los difuntos en este lugar. Ansí se tiene por cosa cierta que lo ordenaron los apóstoles, como lo afirma San Dionisio, discípulo de San Pablo (Dionysi., de *Eccl. Hier.*, cap. 7); San Juan Crisóstomo, San Atanasio, San Juan Damascero, San Isidoro (Isid., lib. 1. *de offic. Eccles.*, c. 18), y se halla en las misas de Santiago el Menor y de San Basilio. De cuánto alivio sean para las almas que están en el purgatorio las misas que por ellas se dicen, y del fruto de las oraciones, ayunos y limosnas que ofrecen los católicos por su rescate y liberación, escribe maravillosamente y con muchos ejemplos y casos notables el muy reverendo padre Francisco Antonio (libro 3, cap. 15, 16 y 17). Allí lo podrás ver, y el sacerdote orar por ellas al Señor en esta forma: Yo, indigno ministro vuestro, en nombre de la Santa Iglesia os pido refrigerio y misericordia para las ánimas de vuestros amigos y fieles siervos que tenéis en la cárcel del purgatorio purificándolas y quemando en ellas las pajas y las aristas y leña de las culpas veniales, y de las mortales de que no satisficieron plenariamente en este mundo, para que que-

([1]) «Queden conocidas, dice, por los ángeles que están cerca de Dios para que de algún modo á Dios las ofrezcan y sobre ellas le consulten, y lo que, mandándolo Él, conocieren que debemos hacer, nos lo declaren de un modo claro ú escondidamente».

de en ellas el oro puro y acendrado de la caridad y las piedras preciosas de las virtudes y buenas obras, sin mezcla alguna de impuridad. Y en particular os pido por las ánimas de mi padre, madre ó amigo Fulano, etc., de los cuales tengo confianza que murieron en vuestra gracia. Y pues son tantos y tan ricos vuestros merecimientos, no permitáis, Señor, que más tiempo se prive vuestro amigo de veros y gozaros en vuestra gloria. Amén.

Síguese una oración que comienza así en alta voz: *Nobis quoque peccatoribus* (Hebr. 5) (¹); en ella ruega por sí y por los demás que asisten al divino sacrificio, confesándose á sí y á ellos pecadores, para que alcancen con este conocimiento y humildad alguna parte de tan gran tesoro y merezcan ser compañeros de los santos apóstoles y mártires, especialmente de algunos que allí se nombran. Y lo que así de paso se puede aquí advertir es que al tiempo que pronuncia el sacerdote la primera palabra desta oración, diciendo: Y á nosotros pecadores, se da un golpe en los pechos, con que trae á la memoria la confesión del buen ladrón y la fe del Centurión (Aug., serm. 48 de *Temp.*), el cual viendo morir á Cristo en la cruz, dijo con mucho dolor (Luc., 23.): Verdaderamente era Hijo de Dios éste, y otros compungidos herían sus pechos y se recogían á sus casas. Remata su oración como las demás: *Per Christum Dominum nostrum;* y luego: Por el cual siempre criais, Señor, estos bienes y los santificais, y los vivificais, y los bendecís y nos los dais. Y si me preguntas qué bienes son éstos que Dios cría siempre, santifica, vivifica, bendice y nos ofrece, responderte he que el pan y vino y agua, que por las palabras de la consagración se convirtieron en cuerpo y sangre de Cristo Redentor y Señor nuestro, son bienes criados por Dios, para bien de la Iglesia, los cuales cría siempre, porque nunca puede faltar materia para este divino Sacramento y sacrificio. Santifícalos con la consagración y los vivifica mudándolos en cuerpo de Cristo vivo y sangre viva, para que den vida á las almas, y los bendice, llenándolos de gracias y liberalmente nos los da, comunicándonos su riqueza. Amalario Fortunato dice así (Amalarius Fortu., lib. 3 de *Eccl. offic.*, c. 26: vixit anno 812): *Per quem haec omnia Domine semper bona, scilicet quae retro memorata sunt, creas, ut sint, sanctificas, tibi diputando: vivificas, ut viva sint: benedicis, ut utilia sint nobis: et prestas ad fruendum.* Diciendo el sacerdote estas palabras hace tres cruces sobre la hostia y el cáliz, que significan las tres oraciones que hizo Cristo en la cruz (S. Tho., 3 p., q. 83, ar. 5.): *Pater, ignosce illis. Deus meus, ut quid dereliquisti me? In manus tuas comendo spiritum meum* (¹). O significan las tres horas que allí estuvo vivo sufriendo dolores intensísimos sin tener á do reclinar su cabeza traspasada con los espinos de la corona: ni sobre qué sustentar aquel su venerable cuerpo, tan pesado y fatigado, con cuyo peso se rasgaban sus manos y pies y hacían los clavos grandes aberturas, por donde á más andar se iba desangrando. Al fin envió su espíritu al Padre con voz alta, inclinando para ello la cabeza. Lo cual representa el sacerdote cuando luego después destos signos quita la hijuela y se inclina profundamente, como diciendo: *Consummatum est.* Yo dijera que en estas tres cruces se nos representan tres maneras de crucifixiones: una de lengua, otra en el hecho, otra por culpas: con la lengua le crucificaron los judíos á hora de Tercia: *Tolle, tolle, crucifige eum* (Mar., 15; Ioan., 19); con las manos, y en el hecho, los sayones, á hora de Nona; con los pecados le crucificamos nosotros siempre que los cometemos (Heb., 9). Y el descubrir el cáliz á este tiempo también tiene misterio: significa lo que ya dijimos, que en la muerte de Cristo, y con el derramamiento de su sangre, se manifestaron y descubrieron los secretos de la vieja Ley, las figuras y profecías (Hier., 31) que tanta obscuridad tenían consigo; y acabaron de conocer los hombres lo que tenían y tienen en Cristo su Dios y su Redentor. Lo cual también se nos dió á entender en la rotura del velo del templo de lo alto á lo bajo (Mat., 27).

Síguese una ceremonia notable. Levántase el sacerdote de tierra, y descubierto, como habemos dicho, el cáliz, toma con gran reverencia la hostia en la mano derecha, diciendo estas palabras: *Per ipsum (scilicet, Christum),*

(¹) Esta cita no significa que se tomen de San Pablo las palabras, sino que se funda en los versos 2 y 3 del cap. V la oración que la Iglesia pone en labios del sacerdote y fieles

(¹) «Padre, perdónalos, etc... Dios mío, por qué me has abandonado?... En tus manos encomiendo mi espíritu».

et cum ipso, et in ipso est tibi Deo Patri omnipotenti, in unitate Spiritus Sancti omnis honor et gloria. Confesión admirable de la Santísima Trinidad, cuya honra y gloria es común al Padre, Hijo y Espíritu Santo por Cristo. Hace tres cruces con la hostia sobre el cáliz, y otras dos entre sí mismo y el cáliz; y luego levantando un poco la hostia y el cáliz juntamente, dice: *Omnis honor et gloria*, y en voz alta: *Per omnia saecula saeculorum.*

D.—¿Por qué hace sobre el cáliz consagrado, con la hostia consagrada, esas cruces?

M.—Aquí consideran algunos el oficio de la sepultura y aquel honroso entierro que se hizo al cuerpo de Cristo: cómo le depusieron los venerables viejos de la cruz (Luc., 23), y le ungieron con especies aromáticas, y envuelto en una sábana limpia le pusieron en el sepulcro nuevo, adonde ninguno se había enterrado. Y dicen que las tres cruces significan los tres días que aquel precioso cuerpo estuvo sepultado (Colos., 2), en tanto que su alma gloriosísima despojaba el limbo y sacaba los presos de aquel lago sin agua, como dijo Zacarías (Zach., 9).

D.—¿Por qué sobre el cáliz?

M.—Para que entienda el cristiano que por su voluntad anduvo Cristo metido en sus pasiones y bebió el cáliz amargo de la muerte (Isai., 53). Porque cáliz, en la divina Escritura, significa pasión y muerte. Sino es que decimos que significa la honra que muriendo ganó, ó la vitoria que alcanzó resucitando al tercero día.

D.—¿Y las dos cruces que hace entre sí y el cáliz?

M.—Significan el apartamiento del alma y del cuerpo, sin apartarse della, ni de él la divinidad.

D.—¿Y el mostrar la hostia un poco en el cáliz?

M.—La brevedad con que el Señor resucitó y cómo se manifestó á pocos, y esos preordenados del mismo Dios, como dijo el Apóstol (Acto., 10 et 13). Y por ventura se nos da á entender en eso la honra que hizo Cristo á sus deshonras, pues quiso ser crucificado en Jesusalén, ciudad populosa, y á vista de todo el mundo, porque de todo él había gente en ella, y á la hora de su resurrección quiso que la viesen los que bastasen para ser creído.

D.—¿Y por qué el cáliz juntamente?

M.—Porque resucitando el Señor, y informando su alma aquel cuerpo abollado y despezado, feo y sin figura, con tantas llagas y heridas y malos tratamientos, le reunió á sí y le hermoseó y llenó de gloria, y le restituyó la sangre que se le había derramado y salido por tantas bocas. Y aunque deste misterio de la Resurrección se pudieran decir regaladísimos pensamientos, lo dejo de propósito, por que leas los demás que escriben, como yo, de la Misa: los cuales se ocupan harto en esta parte. Síguese á lo dicho que el sacerdote vuelve á asentar la hostia sobre el corporal, significando el tiempo que Cristo anduvo entre los suyos resucitado, apareciéndoles y haciéndoles argumentos fortísimos de su Resurrección por espacio de cuarenta días (Act., 1). Y en señal del alegría y del ánimo que ya habían recobrado los apóstoles se dice en voz alta: *Per omnia saecula saeculorum.* Y luego: *Oremus. Praeceptis salutaribus moniti, et divina institutione formati, audemus dicere: Pater noster*, etc. (1). Pide con esta oración á este tiempo mercedes la Iglesia, como por albricias por la sagrada resurrección del Señor, aunque merecidas por su pasión y muerte. La oración del Pater noster es divina: los Padres de la Iglesia, á cada paso la llaman legítima, y San Agustín celestial, y San Jerónimo dice que el mismo Cristo enseñó á los apóstoles el lugar que había de tener en el sacrificio de la Misa; y eso mismo dicen Tertuliano y San Gregorio Papa (Tertu., lib. de *fuga;* Aug., serm. 126; Hier., lib. 3, *adver. Pelagia*; Tertul., lib. de *oratio.*, cap. 9; Greg., lib. 7, epis. 63; Synes., 4 de *Regno*; Con. Tol., 4; Augus. *ad Lau*,, c. 7; Magis. sen., in. 4 dist.; ibi Bonav. et alii); y el Prefacio della da á entender eso mismo. Dícese en voz baja porque es pública y común. Por eso no decimos en singular, Padre mío, sino nuestro. Es oración brevísima, pero misteriosísima, de grande autoridad, perfección y necesidad. Oyela mejor que otra alguna el Padre eterno, porque reconoce al autor della, que es su Hijo, y perdónanse por ella los pecados veniales, como dice el Concilio de Toledo 4, cap. 9, y San Agustín en su *Enchiridion ad Lauren.*, cap. 7. En el Concilio Remense, cap. 2, se manda que todos los fieles deprendan la oración del *Pater noster* y

(1) «Oremos. Prevenidos con saludables preceptos é informados por divina enseñanza nos atrevemos á decir: Padre nuestro».

que la entiendan y sepan lo que piden en ella y por ningún caso la ignoren. Tertuliano la llamó (Tert., lib. *de orat.*, c. 1 ad finem) Breviario de todo el Evangelio, porque se suma todo en ella. Dicen desta oración divina grandes cosas los Santos, y hay escritos sobre ella copiosos tratados. *Tam multa, tam magna* (ait Cyprianus Martyr) *sunt orationis Dominicae sacramenta, breviter in sermone collecta; verum in virtute spiritualiter copiosa, ut nihil omnino praetermissum sit, quod non in precibus, et orationibus nostris coelestis doctrinae compendio comprehendatur* ( ). Lo mismo dice San Agustín en el libro de las *Cincuenta homilias*, homilia 42, y en el sermón 28 de *Verbis Domini* dice que en esta oración se comprenden todas las especies y formas de orar y todas las peticiones que sin empacho y miedo se pueden hacer á Dios. Yo había deseado poner aquí una breve y parafrástica exposición della, y por hacerla más despacio la dejo por ahora. Lee un tratado que compuso nuestro carísimo hermano fray Juan Bautista, predicador y guardián de San Bernardino de Madrid, en el año de 1604, y en él hallarás declarado el Pater noster admirablemente, que no sé si puede haber cosa mejor.

D.—Mucho me consolara de que pusieras aquí algunos bocadillos espirituales sobre cada petición.

M.—En sentido anagógico, muy á lo íntimo del alma, los había comenzado á ordenar, y por la mucha dificultad que hallo en acabarlos con tanta priesa, dilataré el ponerlos en perfección para tiempo más oportuno. Simón Verepreo, varón eminente en letras humanas y divinas y de espíritu muy elevado y extático, ordenó en forma de oraciones jaculatorias nueve peticiones sobre cada palabra del Pater noster la suya; y por ser compendiosas y afectuosas, las convertí de latín en nuestro castellano y las pongo aquí, para que en tanto que Dios ordena que saque yo á luz las mías te aproveches déstas.

Pater noster.

Padre todopoderoso, y piadoso, y misericordioso, que por tu bondad, cuando no eramos, nos criaste á tu imagen y semejanza; y perdidos miserablemente por el pecado de Adán, del infierno de Satanás nos redimiste, y libraste, y entre los hijos tuyos adoptivos te dignate de escribirnos y honrarnos, y que, fuera desto, verdaderamente con afecto paterno nos mantienes, enseñas, gobiernas, sustentas y conservas; rogámoste con deseos ardentísimos, y afectos de corazón, tengas por bien darnos tu gracia, para que, ayudados della, á tus preceptos y voluntad alegremente obedeciendo, podamos llamarte con júbilo y alegría Padre nuestro.

Qui es in coelis.

¡Oh Padre verdadero!, Tú verdaderamente estás y moras en los cielos, Criador dellos, y Señor sempiterno; mas nosotros, miserables hijos tuyos, andamos aquí arrastrando por el suelo, y, como desterrados de nuestra patria, tenemos nuestra habitación en tierra ajena y vivimos gimiendo y llenos de fatigas. A ti, pues, oh Padre celestial, enviamos nuestros votos y deseos, pidiéndote con humilde corazón que nuestras almas y nuestros afectos, levantados siempre á Ti, apartes y levantes destas cosas terrenas á las celestiales, y de las caducas y perecederas á los sempiternos bienes, aparejados para los que te aman, que ni ojo vió, ni oído oyó, ni en corazón de hombre pudieron subir (Isai., 64).

Sanctificetur nomen tuum.

Ante todas cosas, oh Padre celestial, vehementemente y con ansia deseamos que tu nombre, santo en sí mismo, glorioso y lleno de majestad, en nosotros también y en todos los hombres con candor y ejemplo de pura y de inocente vida sea santificado, conocido, honrado y celebrado, para que desde donde el sol sale hasta donde se pone, conociéndote todas las naciones por su Dios y Señor verdadero y legítimo, renuncien y abominen las obras de Satanás y de Ti solo confíen, á Ti solo amen, á Ti reverencien y teman; y los pensamientos, palabras y obras de todos en tu sola gloria, honra y alabanza se enderecen.

(¹) «Tantos y tan grandes sacramentos contiene la oración dominical, ceñidos en breves palabras, pero espiritualmente abundantes por su eficacia, que nada absolutamente falta en este compendio de celestial doctrina de lo que nos conviene pedir en nuestros ruegos y oraciones».

Adveniat regnum tuum.

Y como de Ti, uno, ¡oh Padre celestial! mane todo poder, todo reino y señorío, te pedimos y suplicamos que por tu gracia y misericordia te dignes de morar y reinar en nuestros pechos, desterrados de allí lejos la carne, mundo y demonio, enemigos capitales del género humano, para que así, acabado el corto período de nuestra vida, merezcamos ir del reino de gracia á tu reino glorioso y bienaventurado, adonde podamos contemplarte á Ti cara á cara, amarte con perfección y gozar para siempre de tu felice compañía.

Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra.

Concédenos también ¡oh clementísimo Padre! que de la manera que en el cielo todos los ángeles y espíritus bienaventurados con grande puntualidad obedecen á tu voluntad, ansi á nosotros en la tierra donde vivimos, en el destierro triste y penoso valle de lágrimas, se nos dé tal gracia, que todas las cosas que pensáremos vayan reguladas por tu santísima voluntad, para que, viviendo y muriendo, en prosperidad y en adversidad, siempre nos conformemos con tu querer, y en todo te demos gracias, persuadidos que todo cuanto de tu mano nos viene y ordena tu clemencia es lo mejor y más saludable á nosotros.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.

¡Oh clemementísimo y benignísimo Padre!, en quien los ojos de todos miran y tienen sus esperanzas, que mantienes y sustentas todos los animales que moran debajo del cielo; venos aquí á nosotros, hijos hambrientos, y pobres, y mendigos, y ovejas de tu dehesa. Rogámoste que, para servirte mejor, tengas por bien sustentar estos cuerpos con el pan y bebida de cada día y con las demás cosas necesarias. Y porque no de sólo pan vive el hombre, sino de toda cosa que procede de la boca de Dios (Deut., 1), pedimoste también el pan celestial de tu palabra, y el verdadero y sincero entendimiento de tu saludable doctrina, y el pan sobresustancial y de los ángeles, que en el Sacramento de tu altar nos dejaste; pan vivo, que descendió del cielo, carne de tu Hijo unigénito Jesucristo, nuestro Redentor, para que, recibiendo este pan dignamente, seamos recreados y confirmados en él para dar buen fin á este nuestro viaje y jornada para el cielo.

Et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimitt mus debitoribus nostris.

Padre indulgentísimo, manirroto y largo, y cuya misericordia no tiene número, ni peso, ni medida; á quien es proprio el perdonar á los hijos que arrepentidos y apesarados de haber pecado se vuelven á Ti; bien ves, Señor, que la fragilidad de nuestra carne es tanta que, lavados, reengendrados y limpios por tu gracia en el Bautismo, no una, sino muchas veces volvemos á caer; y de manera, que si dijéremos en algún tiempo que no tenemos pecado, seremos condenados de mentirosos. Por tu inmensa bondad te suplicamos que las culpas que contra Ti y tu ley habemos cometido las perdones, de la manera que nosotros perdonamos á nuestros hermanos las injurias y agravios que recebimos dellos. Y si esto no lo hacemos como es razón, ablanda (suplícolo á tu Majestad) y dobla estos nuestros durísimos corazones, para que, entrando de por medio tu caridad, conformemente nos unamos y amemos como Tú, Señor, lo quieres y mandas en tu santo Evangelio.

Et ne nos inducas in tentationem.

¡Oh Padre omnipotente y clementísimo! aunque por tu sola bondad del reino de Satanás nos hayas trasladado al reino de tu Hijo amantísimo, no estamos libres de las tentaciones, asechanzas y acometimientos de nuestros enemigos; porque de una parte nos solicita la carne, de otra parte nos halaga y lisonjea el mundo, y de todas el demonio, adversario nuestro fortísimo y astutisimo; todos tres trabajan y procuran echarnos á empellones de tu casa y servicio; pero nosotros, conociendo nuestra flaqueza, acogémonos á Ti, que eres nuestro refugio y nuestra fortaleza, suplicándote una y muchas veces que entre tantas y tan varias y dañosas tentaciones nos esfuerces y des ánimo para que no caigamos. Huya de nosotros el demonio por tu gran poder; muramos á todo lo que el mundo tiene y nos puede dar; muera nuestra carne y sus pasiones y codicias todas, para que como buenos soldados, viniendo á Ti, te gocemos en tu reino por toda la eternidad. Amén.

Sed libera nos á malo. Amen.

Omnipotente y eterno Dios, librador de la humana flaqueza y enfermedad. Muchos y casi sin número son los males que en el breve discurso de la presente vida nos rodean, aprietan y fatigan, para que nos olvidemos de Ti y te perdamos de vista; las necesidades de cada día, la hambre, la sed, el calor, el frío, las pestes, las enfermedades de muchas maneras, las guerras, incendios, inundaciones de aguas, las herejías, cismas y aficiones de los ánimos; ¿y cómo podremos contra tantos males sin armas, sin fuerzas y sin destreza? A Ti nos acogemos como á ciudad de refugio, y con humildad te pedimos y suplicamos que así de los inconvenientes y peligros del siglo presente como de los daños eternos nos libres y defiendas, para que al fin merezcamos entrar en la deseada patria de la bienaventuranza, adonde se halla eterna seguridad, paz suma, vida perdurable, inmortal, adonde Tú, juntamente con tu Hijo unigénito y el Espíritu Santo, vives y reinas en los siglos. Amén.

¿Qué te parece de la oración?

D.—Muy bien, y pienso rezarla en esa forma, especialmente al tiempo que la canta ó dice el sacerdote, porque contiene en suma lo que con muchas palabras no acaban de escribir otros.

M.—En acabando el Pater noster, el sacerdote responde muy pronto Amén, palabra de confirmación ó de deseo, que confirma lo dicho y lo aprueba ó desea que así sea como lo ha pedido. San Jerónimo llamó á esta palabra *Amen* sello del Pater noster, y no falta quien diga que significa que Dios ha oído nuestra oración. Y por que los circunstantes no cesen de orar, por eso lo responde sólo el preste y en voz baja; pero á mí no me parece qne tiene esa significación, porque nadie sabe si somos oídos ó no, si no tiene revelación dello. Lo que quiere decir es: Ansí sea, Señor; haceldo de la manera que os lo habemos pedido. Y quédase diciendo en voz baja: Libradnos, Señor, de todos los males pasados, presentes y por venir; y siendo intercesora la bienaventurada, gloriosa y siempre Virgen María, con los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, San Andrés y los demás Santos, concedednos misericordiosamente paz en nuestros días, para que, ayudados con el socorro de vuestra misericordia, siempre seamos libres de pecado y seguros de toda adversidad y perturbación. Diciendo esto, se santigua el sacerdote con la patena, y la besa y la pone debajo del santísimo cuerpo del Señor, para de allí tomarle y hacer las ceremonias que se siguen. Divide la hostía sobre el cáliz, y en el entretanto que hace esto va acabando su oración, como las demás: *Per eundem Dominum nostrum Iesum Christum Filium tuum, qui tecum vivit et regnat in unitate Spíritus sancti Deus.* Como diciendo: deste cáliz, desta pasión y muerte de Cristo manó todo el bien del mundo. Lo que os pedimos, por este Señor os lo pedimos. Y porque la oración de la Iglesia no ha de ser corta ni estrecha, sino común, ni ha de confiar en merecimientos proprios, al paso que va diciendo: esto, Señor, que os pedimos por vuestro Hijo lo repartimos por toda la Iglesia, ansí militante, como triunfante. Ese es el misterio que tiene el partirse la hostia en tres partes: una para gloria de los Santos, que la tienen accidental, siempre que se ofrece este divino sacrificio; otra para los difuntos detenidos en purgatorio, á los cuales alcanza y aprovecha mucho la Misa más que otro ningún beneficio, como diremos. Y esta parte de hostia se junta en la patena con la otra, porque ya les falta poco á las ánimas de los fieles detenidas en purgatorio para entrar á gozar de Dios con los bienaventurados. La tercera partícula, que se echa en el cáliz y se mezcla con la sangre, con tres cruces que se hacen con ella, pertenece á los que aún militamos en carne mortal debajo de la bandera de la cruz de Cristo nuestro Redentor, con esperanza de que, sueltos destas cadenas del cuerpo, nos habremos de juntar con nuestros hermanos en la gloria. Y porque esto se ha de ganar por sangre y por cruz, se mezcla con sangre y se hacen cruces. Yo no sé qué pensamiento es el de aquellos que, tratando de ir al cielo, andan siempre huyendo de la cruz. Si nos compadeciéremos, dice San Pablo, reinaremos (Thí.; II Rom., 6; 2 Cor., 1); si fuéremos compañeros de Cristo en sus pasiones, serémoslo también en sus consuelos. Al fin, habemos de andar nadando en sangre de Cristo y cargados de su cruz y de otras que se ofrecen, para coger los frutos desta rica ofrenda; si ya no decimos que las tres cruces se hacen para confesar el misterio de la Santísima Trinidad, cuya confesión es necesaria para conseguir los bienes que nos

ganó Cristo. Y pídese en su nombre paz, cosa tan necesaria y tan importante, como lo mostró Cristo en sus salutaciones todas. Y esta paz es como Trinidad, porque la habemos de procurar con Dios, quitando los pecados (Ioan., 14; Mat., 10), y con nosotros, venciendo nuestras pasiones, y con nuestros prójimos, amándolos como Dios quiere que los amemos.

D.—¿Es muy antigua esta ceremonia de partir la hostia?

M.—San Dionisio, discípulo de San Pablo, San Juan Crisóstomo y Pascasio abad (Dionys., de *Eccles. Hierar.*, c. 2.; Chrys., hom. 14 in 1 ad Corinth.; Paschas., de *corp. et sang. Domini*, c. 18) hacen mención della. Y á mi parecer se nos representa en esta fracción lo que Cristo hizo á la mesa cenando con sus discípulos, que habiendo consagrado el pan lo partió y se lo dió. Ansí lo parte el sacerdote, enviando parte al cielo, parte al purgatorio y quedándose la Iglesia con su parte; porque es pan que alcanza con su virtud á todas partes. Aquel lugar de San Pablo que dice: *Hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur*, trasladan del griego: *Quod pro vobis frangetur:* Será molido y quebrantado con tormentos. Cuerpo despedazado. Y esto puede significar también, aunque á la verdad no se parte el cuerpo de Cristo, sino los accidentes del pan; entero se queda en cada parte, por pequeña que sea, de la manera y con la gloria que está en el cielo asentado á la diestra del Eterno Padre. Y porque deseo que quedes muy bien instruído en estos misterios, no quiero esconderte lo que acerca desta fracción de la hostia en dos partes principales tiempos atrás he considerado. Bien te acordarás de lo que en el diálogo primero platicamos de que, no sólo es sacramento el del cuerpo y sangre del Señor, sino sacrificio.

D.—Muy en ello estoy.

M.—Pues hágote saber que usaron desta ceremonia, no sólo los gentiles, sino también los judíos, y después los católicos, cuando, hechas algunas amistades, las querían confirmar y perpetuar. Partían por medio una vaca, ó un puerco, ú otro animal, y los otorgantes pasaban por entre las dos partes, protestando con solemne juramento que el que quebrantase las capitulaciones y aliento fuese despedazado como aquel animal. Y de ahí vino á decirse en la lengua latina: *Percutere foedus, vel ferire foedus*, que es lo mismo que confirmar amistad partiendo un puerco: *Foedus enim, a foedo animali, hoc est, a porco dictum existimo.* Desta antigua ceremonia hace mención Tulio (lib. 2 de *inventione)* y Tito Livio (lib. 1 *ab urbe condita)*, tratando de las paces que se hicieron entre los romanos y los albanos, y Virgilio de las que se celebraron entre Rómulo y Tacio dijo:

Armati Jovis ante aram, paterasque tenentes.
Stabant, et coessa iungebant foedera porca (¹).

La misma ceremonia hallamos entre los hebreos, porque en el capítulo 34 de Jeremías se dice ansí: *Et non observaverunt verba foederis, quibus assensi sunt inter divissiones eius.* Y San Teodoreto, tratando de aquella vaca que mandó Dios á Abraham que matase y que hecha dos partes pasase por medio, dice que fué pacto y concierto en que se allanaba Dios y se obligaba á que no faltaría en lo prometido. Por eso se dice que pasó después de Abraham (Genes., 15) en forma de un horno de fuego. Esto así presupuesto y averiguado que en la cena mística hay Sacramento y sacrificio, y que por ser Sacramento se nos pide unión y se hacen paces entre Dios y nosotros, la confirmación dellas se hace por sacrificio. Y porque son contratos entre Dios y nosotros, pártese el sacrificio, para que aquel por quien faltaren las amistades muera hecho pedazos, como murió el traidor de Judas: *Et suspensus crepuit medius*, porque quebró el concierto. Y muriendo Cristo en la cruz, y quebrando á los ladrones las piernas, á Él le dejaron entero porque guardó fielmente el pacto hecho con los hombres, que los amó hasta el fin y para siempre. ¿Parécete bien este discurso, hijo Deseoso?

D.—Muy bien, por cierto.

M.—Por eso pide el sacerdote á este tiempo la paz y confirmación destas amistades, diciendo: *Pax Domini sit semper vobiscum.* La cual nunca se quiebra sino es entrando de por medio el pecado mortal. Echada, pues, la partícula pequeña de la hostia en el cáliz, significación de la Iglesia militante, la cual se conserva por la sangre de Cristo y vive empapada en ella, cubre el cáliz, y haciendo una

(¹) «Armados estaban de pie ante el altar de Júpiter sosteniendo sus copas, y hacían sus alianzas matando los cerdos».

profunda reverencia al Santísimo Sacramento, que está sobre la patena en el ara, levántase y con gran mesura y humildad, los ojos puestos en él, dice tres veces: *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi*; en las dos primeras añade: *Miserere nobis*, y en la tercera: *Dona nobis pacem.* Porque para gozar de la paz que nos ganó el Cordero divino necesario es que se apiade de nosotros y por su misericordia nos perdone nuestros pecados.

D.—¿Por qué llama el sacerdote á Cristo Cordero de Dios para pedirle misericordia?

M.—Porque en esa figura y debajo de ese título se ofreció en sacrificio por nuestros pecados en el ara de la cruz. Antiguamente era muy frecuente el uso de los corderos en los sacrificios, y ofrecíanse mañana y tarde (Exod., 12), y todos figuraban á Cristo; y porque no tenían fuerza para dar gracia ni para perdonar pecados, el Padre eterno envió á su Hijo, cordero inocentisimo, para que, sacrificándose una vez, hiciese lo que todos los otros sacrificios figuraban. Con este regalado y dulce nombre de cordero le nombró San Juan Bautista la primera vez que le manifestó al mundo, diciendo (Ioan., 1): *Ecce agnus Dei. Ecce qui tollit peccata mundi.* Y de su boca toma la Iglesia estas palabras que vamos declarando, y dícelas tres veces el sacerdote hiriéndose los pechos, ó porque los fines de la venida de Cristo al mundo fueron tres, conviene á saber: á librarnos de la miseria de la culpa, á alzarnos la gravedad y pesadumbre de la pena y á reconciliarnos al Padre por su gracia, ó porque por la misericordia de Cristo pedimos y deseamos ser perdonados de los pecados de pensamiento, palabras y obra. Esta deprecación dice que ordenó así, y la puso en este lugar, Sergio, Pontífice sumo, en el año 688, que gobernó la santa Iglesia (Amalar., lib. 3. *de divin. offi.*; Rupert. Tuitiens., lib. *de divin. offic.*, cap. 21), aunque parece más antigua, por hacerse mención della en el Concilio Niceno I. *Ita Alphonsus Pisanus*, lib. 3, cap. *de Divina mensa.* San Algero (lib. 2. *de Sacramentis*, cap. 3) dice que juntamente adoramos y pedimos en esta oración. Y debe de ser de gran mérito, porque hablamos con la hostia, no atendiendo á lo que parece, sino á lo que verdaderamente es, conviene á saber: Cristo, Dios y Hombre, que uno y otro nos representa el cordero, hombre en el nombre, y en el perdonar pecados Dios; y de esa manera le había pedido Isaías (Isai., 16): Cordero y Señor de la tierra. Como cordero muere y como Dios perdona y satisface. *Non duo tamen, sed unus est Christus, mediator Dei, et hominum*, como lo dice su Apóstol.

Dicha cierta oración por la paz y concordia de la santa Iglesia, sin la cual ningún sacrificio es acepto á Dios, se suele dar la paz al pueblo, costumbre antiquísima y de que se hace mención en el Concilio Laodicense y en el Toledano cuarto (Conc. Laod., can. 19; Tolet., 4, can. 17); y dáse por autor desta ceremonia al Papa Inocencio primero (Inoc. I., *ep. ad Crescen.*, cap. 1). El maestro Floro, en su *Exposición de la Misa*, dice que es tradición de los Apóstoles. Berno y Platina (Berno, cap. 25, *de offic. Missae*, et Platina) lo atribuyen al Papa León segundo. Significa la paz y unión que ha de haber entre los fieles para que les entre en provecho la sagrada comunión, como les aprovechaba á los primeros cristianos, de los cuales dice San Lucas (Act., 4) que, siendo muchos, el corazón de todos era uno y el ánima ó voluntad una. Uno de los mayores milagros que Dios obró en la ley de naturaleza fué la paz que en el arca tuvieron los animales, los cuales todos se desnudaron de sus naturalezas, en lo que unos se encontraban con otros, porque de otra manera fuera imposible vivir de unas puertas adentro, aunque el aposento fuera muy capaz. Algunos han querido atribuir esta concordia á que todos comían de una mano y de un manjar, y con necesidad y hambre; pero no está ahí la fuerza de su paz, sino en la voluntad de Dios, que allí los amansó y desnaturalizó, para que se conservasen y figurasen con esta su concordia la que había de haber en su Iglesia. Y quiera Dios sea ansí, y que responda lo figurado á la figura, y que no sea este el tiempo en que se haya de cumplir lo que San Juan dice que vió en el libro de sus revelaciones (Apoc., 6).

D.—¿Qué vió?

M. Un caballero que con gran poder venía y con autoridad firmísima de alzarse con la paz de la tierra y dejarla toda ardiendo en llamas de furor y enemistad. San Juan Crisóstomo, en el libro de *Conpunctione cordis*, dice: Dar beso de paz en el tiempo que se celebran los divinos misterios usado es en la Iglesia, pero yo temo mucho que muchos la reciben y la dan con los labios tan solamente, quedán-

dose en lo de dentro divisos y en perpetua guerra. La paz de Cristo no es de boca, sino de ánimos y corazones. El mismo doctor, en la homilia de la traición de Judas, dice: Tengamos el ósculo santo que une las ánimas, reconcilia los espíritus y muestra solo un cuerpo; porque uno solo es el que á todos nos ha cabido en suerte. Por eso mezclémonos todos en un cuerpo, no con mezcla de cuerpos, sino trabados y asidos con caridad de ánimas, para que así podamos unirnos á los frutos de la divina mesa. *Nam etsi multi bonis conscientiis abundemus, reconciliatone contempta, nullum possumus promereri solatium* (¹). Al fin Dios vive donde hay paz, y en paz tiene hecho su asiento y morada, y el Apóstol dice que ella sola es todo nuestro bien y nuestra riqueza. Y el Profeta santo nos aconseja (Psal. 75; Psal. 33) que busquemos la paz y la sigamos y nos andemos tras della. Antiguamente usaban los cristianos, cuando habían de comulgar, pedirse perdón unos á otros y reconciliarse, y poco á poco se ha perdido tan santa ceremonia, aunque entre los religiosos se conserva, por ser tan loable y significadora de la paz interior, tan necesaria para la sagrada comunión. Algunos dicen que en este dar de la paz se significa la venida del Espíritu Santo, que todo es amor y caridad, y con su presencia apaciguó los corazones de los fieles y les aseguro de todo lo que Cristo habia predicado y enseñado. Pero como mi intención no ha sido escribir por extenso los misterios de nuestra fe (que me fuera harto fácil por tener mucho escrito dellos) los dejo á la consideración de los lectores, porque se nos acerca la sagrada comunión. Antes della dice el sacerdote muy humillado y contrito dos oraciones secretas, en que pide al Señor perdón de sus pecados y gracia para comulgar dignamente y coger los frutos del divino sacrificio; y arrodillándose luego al santísimo Sacramento y tomando la hostia con la mano izquierda dice: Tomaré yo el pan celestial y invocaré el nombre del Señor; y luego dice las palabras del Centurión con entrañable sentimiento y conocimiento de su propria miseria: *Domine, non sum dignus ut ntres sub tectum meum, sed tantum dic ve.bo et sanabitur anima mea* (Mat., 8). Estas palabras dice tres veces: y yo quisiera detenerme en ellas algo más que en otras, por alentar á los que dicen Misa y comulgan á que las digan con grande devoción, entendiendo la fuerza dellas y lo que pueden con Dios dichas desta manera. Aquí se ejercitan y resplandecen dos virtudes, conviene á saber: fe y humildad. De la fe dijo Cristo Señor nuestro: *Amen dico vob's, non inveni tantam fidem in Israel* (Mat., 3) (¹). De la humildad dicen los Santos: Acudieron á Cristo nuestro Señor algunos judíos amigos del Centurión, gente grave y principal, y pidiéndole que le sanase aquel su criado, que tanto amaba, alegaron para obligarle lo que dice San Lucas (Luc., 7): *Dignus est, ut hoc illi praestes, diligit enim gentem nostram,* etc. (²). Y responde él: Señor, no soy digno ni de ir adonde Vos estáis ni de que Vos vengáis á donde yo estoy. San Juan Crisóstomo, sobre aquel lugar del Apóstol: *Charitas non est ambitiosa,* dice ansi (Chrys., 1 Corin., 13): Tanto vale acerca de Dios estimar en nada nuestros méritos, cuanto esos mismos méritos valen. El canciller Parisiense, en un sermón de la Cena, dice (Gerson, *ser. in Coena Domini*): Que el soberbio y el humilde huyen y se apartan de Dios; el soberbio, como el hijo pródigo, *in regionem longinquam,* hecho al fin guarda de puercos, y como Adán entre los árboles del paraíso (Gen., 4), y como Caín desesperado. Esta salida propriamente se llama elación, hinchazón, presunción ó soberbia, y mejor apostasía; sálese de su voluntad de su obediencia y de su consejo, como el sardesco indómito y enemigo de carga. El humilde apártase de Dios para allegarse más á Él, sálese para entrarse más adentro; como San Pedro: Salid de mí, Señor (Luc., 5), que soy hombre pecador; y el Centurión: *Domine, non sum dignus.* Parece que da lugar á todos para que entre el Señor en sus casas, y sólo á sí se halla indigno. Maravillosa salida es esta de Dios, que nos entraña y encorpora más en Dios. Alto es Dios, dice San Agustín; humillaste y viene á ti: levántaste y acércaste á Él y huye de ti: *Quia excelsus Dominus, et humilia respicit, et alta a longe cognoscit*

(¹) «Pues aunque muchos de nosotros tengamos buena conciencia, si menospreciamos la reconciliación, no podremos merecer ningún consuelo».

(¹) «En verdad os digo que no hallé tanta fe en Israel».

(²) «Es digno de que le hagas este obsequio porque aprecia á nuestra gente».

(Psal. 67). Allégase para ver de cerca al humilde, que en su reputación es nada, como vos os llegáis á libro que tiene letra menuda; mas al soberbio, que es grande acerca de sí, de lejos le mira. Dichas, pues, estas palabras tan llenas de fe y de humildad, toma el sacerdote la hostia en la mano derecha, y signándose con ella dice: *Corpus Domini nostri Iesu Christi custodiat animam meam in vitam aeternam. Amén.* Y deteniéndose un poquito con nuestro Señor, le recibe, y recogiéndose dentro de sí, con las manos puestas y los ojos intelectuales fijos en el Señor que tiene en su pecho, se detiene otro poco. Y yo acostumbro á decir mentalmente y con cuanto afecto puedo aquella oración de nuestro Padre San Francisco, que para el propósito es admirable: *Absorbeat quaeso, Domine, mentem meam ab omnibus, quae sub coelo sunt, ignita, et melliflua vis amoris tui, ut amore amoris tui moriar, qui amore amoris mei dignatus es mori* (1): Y luego se quita la hijuela del cáliz y se hace una grande reverencia, y levantándose dice el sacerdote: *Quid retribuam Domino*, etc. Y tomando el cáliz dice: *Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo.* Es grande la deuda y obligación en que quedamos á Dios en recibiendo su cuerpo. Es beneficio en que están juntos todos los beneficios. Por eso dice: ¿Qué daré ó con qué pagaré al Señor todas las mercedes que me ha hecho? Y como no halla paga en la tierra, toma el cáliz en la mano diciendo: El cáliz de la salud tomaré. Mira tú qué manera de desadeudarse; tomar lo que vale tanto como aquello por que se adeudó. Si no hubiera recebido el cuerpo de Cristo y recibiera la sangre, no pudiera decir las mismas palabras: *Quid retribuam Domino*? Pues ¿por qué dice: Qué daré; y luego: recibiré? El secreto es que la sangre de Cristo es la paga y la satisfacción de todas nuestras deudas y obligaciones; con ella se canceló la escritura que Satanás tenía contra nosotros, como lo dice el Apóstol, y con ella pagamos las deudas de las culpas que cada día vamos haciendo. *Qui pro vobis, et pro multis effundetur in remissionem peccatorum.* No sé cómo diga lo que aquí siento, que es más de lo que al principio se me representó y de lo que mi lengua puede explicar. Tengo por sin duda, hijo Deseoso, que en aquella hora que se halla el alma más adeudada por haber recebido el cuerpo de Cristo nuestro Señor, se halla el mismo Señor más obligado á hacerle mercedes; y que tomando y recibiendo su sangre, no sólo le paga, sino que, si así se puede decir, le deja con deuda. ¿Qué ó con qué pagaré? Recibiré. Porque recibas su sangre se da Dios por satisfecho de cuanto le debes; no tiene otra paga la recepción del cuerpo sino la de la sangre. Comiendo te adeudaste y bebiendo te desadeudarás. Come, cristiano, come; y si te pareciere que quedas comiendo deudor de infinita riqueza, bebe luego y pagarás lo que debes: y si no bebes, porque no eres sacerdote, toma lo mismo con que te adeudaste y vuélvelo á Dios, de la manera que yo lo tengo enseñado en la oración para después de la comunión que anda con el librito de la *Presencia de Dios.* Y no sólo pagarás, sino que podrás pedir mercedes de nuevo al Señor. ¡Oh, Dios mío! ¿cómo no comulgan los cristianos cada día? Sígnase el sacerdote con el cáliz y dice: *Sanguis Domini nostri Iesu Christi custodiat animam meam in vitam aeternam. Amen.* Toma aquellos lavatorios, purifica el cáliz y límpiase labios y manos por la reverencia, y pasa á decir la *Communicanda* (1), que es una antífona pequeña que ordenó que se pusiese en este lugar el Papa San Gregorio, por el salmo que comienza: *Benedicam Dominum in omni tempore,* el cual todo se cantaba á este tiempo para dar gracias al Señor por todo el pueblo, que de comunidad solían comulgar todos. Significa la Comunicanda el alegría de los apóstoles (S. Clem., *Constit. Apost.*) por la resurrección del Señor; tras della se dicen las oraciones postreras y el *Ite Missa est,* de que no tengo que decir, por haber dicho lo que basta en las primeras y declarado lo que significa este nombre Misa. Síguese la bendición del sacerdote, cosa antiquísima, y que el sumo sacerdote acostumbraba dar al pueblo (Deu., 28; Num., 6; S. Isidor.) cuando acabados los oficios y sacrificios se habían de ir á sus casas, y representa la que Cristo dió á los suyos

(1) «¡Oh Señor! absorba mi mente de todas las cosas que hay debajo del cielo la fuerza encendida y meliflua de tu amor, para que yo muera por amor de Ti, que te dignaste morir por amor de mi amor»,

(1) Más común era entonces y ahora llamarla *Communio.*

cuando se despidió dellos para subirse á los cielos (Mar., c. ult.). Los concilios Agatense y Aurelianense (Conc. Agat., can. 17; Conc. Aurel., c. 18) ordenaron que ninguno de los fieles saliese de la iglesia hasta haber recebido esta bendición.

D.—Algunos se salen en consumiendo, contentísimos como si hubiesen oído su Misa entera.

M.—Son bárbaros, mal disciplinados y sin razón ni discurso; no escribo para ellos. Tras desto se lee el Evangelio de San Juan, ansí por recapitularse en él los misterios de la Santísima Trinidad y los de la Encarnación del divino Verbo, como para suplir el descuido ó inadvertencia de algunos que no oyeron el Evangelio en su lugar y tiempo; y por ventura para reparar la falta de alguno si llegó tarde, porque no pudo más, ó por otra causa.

D.—Parece que vas acabando aprisa.

M.—Lo que toca á la Misa y ceremonias y misterios dalo ya por acabado: quedan algunas cosas, de que será forzoso tratar en otra plática; con esto me despido por hoy. El Señor te dé su espíritu para que te aproveches de mi trabajo, que sin duda me ha costado mucho y en medio de los sermones de Cuaresma y con otras ocupaciones y no muy entera salud.

De la comunión sacramental y espiritual, y del uso, frecuencia y provechos de una y de otra; de los frutos que se cogen de oir cada día con devoción Misa; del valor della, y de cómo es el principal beneficio para las ánimas del purgatorio; del hacimiento de gracias después de haber celebrado ó comulgado, con otras cosas de curiosidad y de utilidad grande voy escribiendo, que por una larga enfermedad no pueden salir con este tratado: saldrán con el de la Sagrada Pasión, si el Señor se dignare de darme vida para su gloria y honra.

D.—Su Majestad te la conceda, y su gracia, para que en todo le agrades. Amén.

FR. JUAN DE LOS ANGELES.

SALTERIO ESPIRITUAL

Ó EJERCICIO DE CADA DÍA

MUY ACOMODADO Y NECESARIO PARA PERSONAS OCUPADAS DESEOSAS DE SU SALVACIÓN

ORDENADO POR

FRAY JUAN DE LOS ÁNGELES

PREDICADOR Y PADRE DE LA PROVINCIA DE SAN JOSEF, ETC. (*)

In Psalterio decem chordarum psallite illi (Psal. 32).

Bien pudiera formar aquí un Salterio místico, y alegorizar, como lo hacen los Santos, el cuerpo ó caja deste instrumento, y buscar misterio en las cuerdas y en el número dellas, y alargar por este camino nuestro ejercicio, y hacer tratado copioso; pero como pretendo brevedad, conténtome con solo el nombre, así porque consta de diez documentos, como porque el alma que los guardare y anduviere templada y ordenada conforme á ellos, hará música regaladísima á Dios, el cual, deseoso de oirla, le dice en los Cantares (Cant., 2): Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce, y tu rostro lleno de hermosura.

La prima [1] deste espiritual Salterio es la intención en las obras, pura y sencilla, enderezada á solo Dios, sin mezcla de alguna criatura que pueda tener razón de fin; porque torcida ésta, todo lo que hacemos sale imperfecto y es abominable en los ojos del Criador, por bueno y santo que parezca en los del mundo; y siendo nuestra intención derecha, que los Santos llaman deiforme, endereza y da ser y forma divina á cuanto hacemos. Porque, como dijo Crisóstomo, ella es la que bautiza y pone nombre á nuestras acciones todas. Y á mi parecer, este es el uno de los ojos de la Esposa (Cant., 4), y el uno de los cabellos, en que el divino Esposo se confiesa herido y preso; y lo que pide á esa misma Esposa cuando dice (Cant., 8): Pónme como blanco sobre tu corazón, y como blanco sobre tu brazo; porque fuerte es el amor como la muerte y dura la emulación y el celo como el infierno. Que es como si más claramente dijera: Que no sólo las obras y palabras, sino los pensamientos todos se han de enderezar y encaminar á Él como á blanco nuestro, porque su amor es fuerte como la muerte, esto es, que mata y acaba en nosotros toda siniestra intención, y no deja nada nuestro á vida, por vivir Él solo en nuestras almas. Bendito Él sea para siempre.

La segunda cuerda, y que á los oídos de Dios hace celestial armonía, es el cuidado de andar siempre en su presencia, que en sólo este punto han hallado y hallan las almas deseosas de agradar al Señor más provecho y bien espiritual que en otro ningún ejercicio, aunque muy largo, prolijo y costoso. El Profeta santo confiesa (Psal. 15) que la providencia cuidadosa de no perder de vista á Dios en ningún lugar, ni en ningún tiempo, ni en ningún negocio, le tenía á nivel y á plomo para no caer en culpas, metido entre tantas ocasiones dellas. Este cuidado quiere andar acompañado de un temor filial, de grande atención y reverencia y de un amor entrañable, que despierte en el alma afectos de agradecimiento, de compasión y de dolor, según la consideración con que anda ocupada y entre-

[1] Ediciones de Madrid 1607, 1624 y 1699 dicen *la primera.*

(*) En la página 380 del libro frontera á la portada de este opúsculo hay un grabado que representa al profeta David orando de hinojos ante el altar, sobre cuya mesa están puestas su corona y espada, y un ángel que se le aparece llevando en su mano un salterio como convidándole á tocarlo.

tenida: ya de la pasión sacratísima de Cristo, ya de sus espantosos juicios, ya de la gloria de los Santos, ya de las penas del infierno, ya de Dios humanado, ya del mismo hecho juez de vivos y muertos, etc. (Mich., 6). *Et sollicitum ambulare cum Deo tuo.* Mucho se contenta Dios de ver un alma solícita en su servicio, y que con lealtad y fidelidad y á rostro descubierto trata sus cosas todas con Él, como con amigo, padre ó hermano ó esposo. En el cual trato pienso yo que consiste la mayor parte de la perfección y de la vida quieta é inculpable, y el consuelo espiritual, y el destierro de la tristeza, y la evasión de los peligros, y la satisfacción interior, y el remedio de todos los males, y el olvido de todas las injurias, y el deseo de verse libre de la carne mortal y en el reino soberano con su Cristo, y el gusto de todo lo que es gusto de Dios; el amor á los pobres y el desentrañarse por ellos hasta venderse por su rescate y remedio, como lo hizo San Paulino Obispo.

La tercera cuerda deste Salterio divino no es de menos importancia que la segunda, antes pienso que es el todo de la música. Es la guarda del corazón, adonde está y de donde procede y se origina la vida. *Omni custodia*, dice el Sabio (Prov., 4), *custodi cor tuum, quoniam ex ipso vita procedit.* En este retrete y aposento, para sólo Dios ha de haber entrada y puerta; por lo que se escribe en Ecequiel (Ezech., 44): Esta puerta cerrada estará y nunca se abrirá, porque sólo el príncipe Dios entrará por ella. Al fin, el corazón es la fuente de la vida y de la muerte; allí se forja el bien y el mal; de allí salen aquellos ríos de Babilonia de malos pensamientos (Matth., 15), hurtos, homicidios y adulterios; y también las aguas cristalinas, vivas y corrientes, que hacen paraíso de deleites para Dios (Cant., 4), y suben en busca de la eterna vida. De la guarda del corazón hay tratados copiosos, y yo pudiera hacerle de solo este punto, pero conténtome con decir que en solo él consiste todo el bien del alma. Dale á Dios tu corazón, y guárdale, como suyo, de todo aquello que le puede ocupar, distraer, ensuciar, divertir, embarazar, enredar y hacer pesado, y verás luego cómo nunca falta dél su Majestad, rigiendo y gobernando tu vida y acciones todas, pacificando con su presencia todo el hombre exterior y interior, y reduciendo á orden y concierto tus movimientos y pasiones desordenadas, y haciendo cielo y reino suyo lo que contra razón y derecho suele ser cueva de sabandijas malas.

La cuarta cuerda, que hace que recuerde el alma, y en que consiste la cordura toda del cristiano, es la tolerancia y paciencia en las cosas adversas que se ofrecen cada día en el mundo, de que no conviene huir con cobardía y desaliento, sino ocurrirles con ánimo y gallardía de corazón. ¿Quién es este, decían de Job sus amigos (Iob., 34), que se bebe las afrentas y las deshonras como agua? El cielo pasma, y los ángeles se admiran y celebran el denuedo de un alma, que no sólo no [1] huye de los trabajos, sino que les sale al encuentro y se huelga con ellos, y se los bebe, y los agradece á Dios. Déjale que me maldiga, decía el Rey santo, cuando le pedía uno de los suyos licencia para castigar el atrevimiento de Semeí, que le tiraba piedras y le injuriaba (II Reg., 14), que el Señor se lo ha mandado, y por ventura Él mismo me enviará su bendición por esta maldición que sufro. Todas las pasiones humanas se padecen de buena gana con la representación y memoria de las pasiones divinas. Pero ¿qué no sufrirá el que contemplare á Dios afrentado, maltratado y muerto por él en una cruz? Mirad, dice el Apóstol (Heb., 12), al autor de la fe y al consumador Jesucristo, que representándole el gozo que había de tener viendo redimido al hombre, sufrió la cruz sin hacer caso de la confusión y deshonra. Y la consideración de los pecados ¿no apacigua el corazón más alterado y le hace llevar de voluntad cualesquiera penas por el fruto que se saca dellas? Ese es el purgatorio adonde se purgan los pecados y de donde se sale para la gloria y reino de Dios. No pierdas las ocasiones que desto tendrás cada día, si quieres hacerte riquísimo de bienes espirituales. Custodia de Dios son los trabajos, y en ellos viene su Majestad, y se nos entra en nuestras casas. Adorémosle y reverenciémosle, porque escrito está: Con él estoy en la tribulación (Psal. 90).

La quinta deste celestial instrumento sea la mortificación de ti mismo, que consiste en la fuga de las blanduras y regalos del cuerpo en los halagos del mundo lisonjero, en las

(1) Esta negación no la lleva ninguna de las cuatro ediciones que he consultado, pero paréceme necesaria para la energía de la frase y se la añado.

honras y favores humanos y en el aire de la mentirosa gloria. Estudia en el conocimiento proprio, y á lo menos en tu corazón te sujeta á toda humana criatura, sintiendo bien de todas y de ti humildísima y bajísimamente. Procura de andar siempre rodeado de la mortificación de Jesús en tu cuerpo, como lo dice San Pablo, para que su vida santísima se descubra en tu carne mortal, de manera que en todas tus acciones representes á Cristo, cuyo Evangelio profesas, cuyas leyes adoras y cuya vida has de tener por ejemplo y dechado perpetuo.

El sexto documento enseña el cuidado y vela acerca de la guarda de los sentidos, puertas conocidas por donde suele entrársenos la muerte y saquear y robar toda la riqueza del alma, y dejar en ella una grande letanía de males, que se pueden sentir, y se deben llorar, y no hay letras para contarse. Sobre todo has de poner guarda firmísima y que nunca se duerma sobre la lengua, como lo hacía el Profeta santo (Psal. 38), hasta enmudecer del todo; y cuando hablaba era pidiendo á Dios que abriese su boca y que sus labios se ocupasen en alabarle. El religioso más compuesto deja de serlo si se descuida en la lengua. Los ojos nos suelen hacer cruel guerra, y el componerlos y el cerrarlos á tiempo es de grande importancia. A los oídos quiere el Espíritu Santo que pongamos puertas y cerradura; y el gusto debemos templar con la salsa de la muerte y con la memoria de la hiel y vinagre con que fué amargado el de nuestro Redentor. El tacto es peligroso si falta el recato y sobra la afición á criaturas. Todos se deben gobernar conforme á las divinas leyes y reglas de prudencia. Huye cuanto pudieres de los hombres, para que puedas tratar á tus solas con Dios, y ten por perdido el tiempo, como lo dijo San Bernardo, en que no hablares ó no pensares ó no tratares de Él. Esto se hace por medio de la oración, mejor que en compañía de las gentes, que, aunque buenas, muchas veces impiden y hacen estorbo para lo que más importa.

La séptima cuerda nos llama á la devoción entrañable de la Reina de los ángeles, María, Madre de Dios y Señora nuestra, á quien habemos de recurrir en todas nuestras necesidades espirituales y corporales, como á ciudad de refugio y como á una casa fuerte y sagrada áncora, pidiéndole favor y remedio, ciertos de que no nos faltará si confiadamente la llamamos y con humildad la pedimos y con veras la servimos. Cada día se le ha de hacer algún particular servicio, como será rezar su rosario atenta, religiosa y devotamente, con la consideración de los misterios anejos á él; ó la corona en honra de sus felicisimos años de vida, procurando encender en ella el alma para la imitación en la pureza, en la honestidad, en la caridad, paciencia y otras virtudes. El Oficio menor es muy alabado de los Santos y muy bien recebido desta Señora, si se dice como conviene y no por cumplimiento, aprisa y sin espíritu. Poco y bueno, y con satisfacción dicho. Aquí entra la devoción de algunos Santos particulares; en lo cual ha de haber también su moderación, porque cargar de muchas oraciones vocales es quebradero de cabeza, y cuanto más y mayores menos tiempo dejan para la consideración de otras cosas. También es de aquí el buen propósito de la mañana, que luego que despertares para levantarte te debes ofrecer todo á Dios, tus acciones, tus pensamientos, palabras y obras, con una poca de consideración de la pasión de Cristo, ó de lo que más gusto te diere y más encendiere tu espíritu. Entre día levanta muchas veces el corazón á nuestro Señor, aunque estés muy acompañado y rodeado de visitas; porque todas las veces que lo hicieres recibirás de Dios algún alivio espiritual y se te calentará el alma y te dispondrás para el ejercicio de la noche, que ha de ser primero el examen de conciencia y luego un cuarto de hora siquiera de oración mental, para que te servirá admirablemente un capítulo de *Contemptus mundi*. Hecho esto dirás con el Profeta: En paz juntamente dormiré y descansaré (Psal. 4).

El octavo documento manda guardar secreto en las visitaciones del Señor y no dar cuenta á todos de los trabajos interiores y exteriores; que el Rey santo callaba los bienes que le daba Dios (Psal. 38) y en la meditación dellos ardía su corazón. En las dificultades y cosas dudosas se consulte el confesor, que si fuere posible ha de ser docto, discreto, piadoso, devoto y desinteresado.

El noveno ordena las confesiones, á los principios de quince en quince días, y como vayas sintiendo aprovechamiento de ocho en ocho, y al mismo paso las comuniones, y no con más frecuencia, sin que en ti conozcas mucha hambre y deseos más crecidos de llegarte á nues-

ro Señor, que de aquí se toma, á mi parecer, el más fuerte argumento para entender si conviene ó no la frecuencia. Es pan de hambrientos éste y que causa hambre, cuando debidamente se come; y cuando no obra este efecto en nosotros debemos detenernos y consultar con nuestros padres espirituales (Eccles., 24), á cuyo parecer y obediencia debemos estar, porque ésta suple mucho en el apartarnos y en el allegarnos. *Esurientes implevit bonis*, dijo la santísima Virgen en su cántico (Luc. 1), *et divites dimisit inanes* [1]. Y tomó estas palabras Santo Tomás y dióselas á la Iglesia para la fiesta del Santísimo Sacramento, diciendo ansí: Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu, que para mostrar tu dulcedumbre con tus hijos, habiéndoles dado un pan suavísimo del cielo, á los hambrientos llenas de bienes y envías vacíos á los fastidiosos ricos. Al fin, no aprovecha ser ricos de los bienes de acá para recebir los bienes de Dios en este Sacramento, que se prometen y dan á solos los hambrientos de Él. Dios nos libre de comuniones con hastío y con aquel tedio y asco que comían los israelitas el maná en el desierto (Num., 1); y dichosa el alma que con hambre come. Digo que el estómago que ha de frecuentar la mesa de Dios y comer el Pan de los ángeles no ha de suspirar ni apetecer las carnes de Egipto, ni los pepinos y cohombros, ajos y cebollas; ni ha de haber en su poder ningún polvo de la harina que sacó de su destierro, porque Dios quiso que se les acabase á los hebreos antes que les lloviese el maná.

El décimo documento es de tanta importancia, que no sé cómo encarecerlo. Destierra de tu alma el espíritu de la tristeza que no es según Dios, porque, como dice el Sabio (Prov., 17), es el que seca los huesos y adelgaza y menoscaba la virtud, y acarrea la confusión y la muerte espiritual. De él nacen y se engendran los tedios, las tibiezas, las insensibilidades, la pereza y las frialdades todas del corazón. Dios quiere ser servido con alegría interior y exterior, y en ninguna manera le satisfacen las obras que de pura necesidad ó de ánimo triste y fastidioso proceden, como lo dijo el Apóstol (II Cor., 9). Y cuando todas fueran del gusto de Dios, nos debemos confesar siervos sin provecho, como Él lo manda en su Evangelio (Luc., 17), reconociendo que todo lo bueno es suyo y que en nosotros de nuestra cosecha no puede haber sino imperfecciones y faltas.

FR. JUAN DE LOS ANGELES.

[1] «Hinchió de bienes á los hambrientos, y á los ricos los envió vacíos.»

FIN

En Madrid, Por Juan Flamenco. Año M.DC.IIII.

TRATADO ESPIRITUAL

DE

CÓMO EL ALMA HA DE TRAER SIEMPRE Á DIOS DELANTE DE SÍ

Y AHORA NUEVAMENTE AÑADIDO UN SALTERIO ESPIRITUAL

POR

FRAY JUAN DE LOS ÁNGELES

PREDICADOR Y CONFESOR DE LAS MONJAS DESCALZAS DEL CONVENTO REAL DE MADRID

DIRIGIDO Á LA SERENÍSIMA INFANTA SOROR MARGARITA DE LA CRUZ, RELIGIOSA EN EL DICHO CONVENTO

En Madrid. En la Imprenta Real. MDCVII.

Véndese en casa de Francisco del Val.

TASA

Yo, Cristóbal Núñez de León, Escribano de Cámara del Rey nuestro Señor, doy fe que, habiéndose presentado en el Consejo un libro intitulado *Tratado espiritual de cómo el alma ha de traer á Dios delante de sí*, tasaron cada uno de los dichos libros á real en papel.—Hecho en Valladolid á 14 de Enero de 1604.—*Cristóbal Núñez de León.*

SUMA DEL PRIVILEGIO

El padre fray Juan de los Angeles tiene privilegio por diez años para imprimir este libro.—Dado en San Lorenzo el Real á 3 de Noviembre de 1603.—Pasó ante el Secretario, *Núñez de León.*

APROBACION

Fray Pero [1] *González de Mendoza, Comisario general de España por nuestro padre reverendísimo fray Francisco de Sosa, Ministro general de toda la orden de nuestro Padre San Francisco, al padre fray Juan de los Angeles, Padre de nuestra Provincia de San Josef y Confesor del Monasterio Real de las Descalzas de Madrid, salud y paz en el Señor.*

Porque me consta está dada licencia por el Consejo Real para que un libro que vió por mandado mío el padre fray Felipe de Ayala, Definidor de nuestra Provincia de Castilla, se pueda imprímir; por esto le doy licencia para que el dicho libro, que se llama *Tratado espiritual de cómo el alma ha de andar en la presencia de Dios*, se imprima, porque será en mucha utilidad de la Iglesia de Dios y honra de nuestro sagrado hábito.—Dado en nuestro Convento de la Saceda á 23 de Noviembre de 1603.—*Fr. Pero González de Mendoza.*

[1] Esta forma anticuada la conserva la edición de Madrid, 1624, pero corriegla, así aquí como en la firma, la edición de 1699.

APROBACION

Por mandado de nuestro padre reverendísimo fray Pedro González de Mendoza, Comisario general de España, he visto este libro que se titula *Tratado espiritual de cómo el alma ha de traer siempre á Dios delante de sí*, hecho por el padre fray Juan de los Angeles, Padre de la Provincia de San Josef y Confesor de las Religiosas Descalzas del Convento Real de Madrid, y hallo que no tiene cosa ninguna que sea contra la fe, sino muchas que traen consigo mucho espíritu y devoción y que para personas que tratan de perfección son de grandísimo provecho; y para los doctos hay cosas también de mucha erudición y pasos de Escritura muy bien declarados; y así será este libro de mucho provecho para la Iglesia. Y por entenderlo así lo firmo de mi nombre, en San Francisco de Madrid, á 9 de Septiembre de 1603.—*Fr. Felipe de Ayala*, Lector y Definidor.

APROBACION

He visto y leído con atención este libro intitulado *Tratado espiritual de cómo el alma ha de traer siempre á Dios delante de sí*, compuesto por el padre fray Juan de los Angeles, Predicador y Padre de la Provincia de San Josef, de los Descalzos de la regular observancia, y Confesor de las Señoras Descalzas del Convento Real de Madrid, y no he hallado en él cosa alguna que desdiga de nuestra fe, antes he reconocido en el libro el gran espíritu del autor (porque todo él huele á espíritu y devoción, y le pega á quien lo lee), junto con muy buena doctrina y enseñanza de Santos; y así me parece se puede y debe imprimir, para provecho de almas religiosas y que tratan de servir á Dios con perfección —Dada en este nuestro Colegio de la Compañía de Jesús de Valladolid, á 15 de Octubre de 1603.—*Juan de Olmedo.*

PRÓLOGO (1)

Cuando me puse á escribir este ejercicio de la presencia de Dios para su Alteza, no pretendí estamparlo, por parecerme que en poco más que un pliego lo pudiera recoger y ofrecérselo de mano. Pero como fuí entendiendo su importancia y conociendo las ventajas que hace á los demás ejercicios que enseñan los espirituales maestros, por las razones que en él hallarán los píos lectores, determiné alargarme algo más y ordenar este pequeño tratado y comunicarle á todos los que quisieren aprovecharse de él, asegurándoles y haciéndoles ciertos que con él excusarán de muchedumbre de libros y experimentarán en breve tiempo lo que por otros caminos no habrán entendido ni alcanzado en muchos años. Reciban mi buena voluntad y rueguen al Señor por mí, para que en todo haga la suya.

—

A la Serenísima Infanta Soror Margarita de la Cruz, Religiosa profesa en el Convento Real de las Señoras Descalzas de Madrid, fray Juan de los Angeles, predicador y su Confesor, desea salud y perpetua felicidad.

Mándame Vuestra Alteza que le dé por escrito el ejercicio de andar siempre en la presencia de Dios que algunas veces le he platicado, pareciéndole que es el más acomodado para su espíritu y que con él más que con otro se hallará consolada y aprovechada en el camino de perfección á que siempre aspira y anhela. Y aunque conozco mi insuficiencia y poco caudal, especialmente para tratar de lo mejor y más importante de la vida espiritual, es tan obligatorio para mí el gusto de Vuestra Alteza, que tengo por menos inconveniente no acertar, como deseo, obedeciendo que faltar á él por otros respetos de humildad ó miedo. Rendido, pues, al mandamiento de Vuestra Alteza y confiando de la bondad y misericordia de Dios, más que de mis flacas fuerzas y pobreza de ingenio, en el nombre del Señor y de su santísima Madre diré cuatro cosas en que consiste lo sustancial del dicho ejercicio. La primera, cuán encomendado ha sido de los Santos y de las divinas letras. La segunda, la importancia y provecho de él. La tercera, las cosas que ayudan para alcanzarle. La cuarta, los modos que se hallan de asistir á Dios; y de éstos, cuál es el más ganancioso. Favorezca su Majestad mis intentos y el deseo de Vuestra Alteza, para que se acierte en todo con su santísima voluntad. Amén.

PRIMERO PUNTO

Cuán encomendado ha sido de los Santos este ejercicio.

Cuanto al primer punto, digo sin encarecimiento: Que andar el alma en la presencia de Dios, ó traer presente á Dios en todo lugar, en todo tiempo y en todo negocio, mirándole con los ojos interiores, y mirando que le mira, y convirtiendo á Él los deseos y aficiones del corazón, es la suma de todos los ejercicios. y de todos el más provechoso, más importante, de mayores frutos y más breve para huir los pecados y alcanzar las virtudes, y para la unión de Dios tan deseada, tan platicada y tan de pocos entendida y alcanzada de menos. Dionisio Richel, en su libro del *Menosprecio del mundo*, dice que el que continuare andar dentro de sí convertido á Dios por amorosos afectos, invocándole y hablando con Él, en breve tiempo sentirá mudado y trocado su corazón, y hallará en él una adversión notable al mundo y afición singular á Dios. San Basilio pregunta con qué medio

(1) La edición de Madrid, 1699, añade: «á las almas deseosas de su aprovechamiento espiritual».

podrá una ánima andar siempre recogida, sin distraerse en pensamientos inútiles. Y responde: Si hiciere lo que el santo rey David (Ps. 15, Ps. 14), el cual confiesa de sí que siempre andaba en la presencia de Dios y sus ojos levantados y atentos á Él. San Doroteo dice (D. Dor., ses. 12) que ninguna cosa recrea tanto nuestra ánima como la memoria de Dios, según se escribe (Psal. 76): Acordéme de Dios y deleitéme. El devotísimo Bernardo, declarando aquel lugar del Apóstol á su discípulo Timoteo, donde dice (1 Tim., 4): El ejercicio corporal para poco es provechoso, empero la piedad para todas las cosas, interpreta por piedad la memoria continua de Dios y el enderezar siempre á Él nuestra intención con ansiosos deseos de acertar con su voluntad para no salir de ella. Y yo digo que aunque los ejercicios corporales de ayunos, disciplinas, cilicios y penitencias exteriores son muy importantes para aplacar á Dios ofendido y para castigo y freno de nuestra carne lozana y briosa, que respecto de esta piedad ó ejercicio de aspirar á Dios y andar en su presencia son de poco momento; y personas hay tan delicadas y enfermas que no pueden darse un azote ni ayunar un día, ni es bien que lo hagan; y tiempos hay en que esto se ha de dejar, y ocasiones que podría ser dañoso el hacerlo; y es necesaria mucho la discreción para no exceder en estas cosas, como para dar una purga, que si excede el médico la cantidad mata al enfermo; y al fin el Apóstol quiere que ofrezcamos nuestros cuerpos en hostia viva, santa y agradable á Dios, y que nuestro servicio sea razonable y lleno de la sal de la discreción, tantas veces pedida de Dios en los sacrificios antiguos. Y digo más, que los vicios espirituales no tienen tan cierta la cura por este medio como por estotro que vamos platicando, que á todo género de personas aprovecha y para todos los fines virtuosos que un alma puede tener; porque como consiste en actos interiores y pertenece al culto de Dios, crece el alma en la fe, en la esperanza y en la caridad, y actualmente se ejercita en estas y otras virtudes y se hace superior á todos sus enemigos, visibles é invisibles, forasteros y domésticos. Bienaventurada la alma que trata con Dios en todas sus obras á rostro descubierto y le trae siempre consigo y delante de sí como á un amigo sólido, macizo y declarado, que en ausencia y en presencia es uno mismo con su amigo y para su amigo, y de nada se esconde, porque en nada le ofende, sino que parece que el uno al otro se hallan presentes, estando muy lejos entre sí. Y esto pienso yo que es lo que dice el Sabio en su Eclesiástico (Eccles., 14 v. 22): *Beatus vir qui in sapientia morabitur, et in iustitia meditabitur, et in sensu suo cogitabit circunspectionem Dei*: Dichoso el hombre que de asiento y de propósito se detiene en la consideración de la sabiduría de Dios, y medita en su justicia, para cumplir lo que por su ley se le manda, y que trae siempre delante de sus ojos y en todos sus sentidos y á la redonda, ó en rededor de sí, su Dios, acompañado de un perpetuo mirar que le está mirando, sin poder esconder de sus divinos ojos el más mínimo pensamiento de su corazón. En el Génesis dijo Dios á su amigo Abraham (Gen., 17): Yo soy tu Dios y tu Señor todopoderoso; si quieres ser perfecto, anda delante de mí, no me pierdas de vista. Como si dijera: La mayor perfección á que un alma puede llegar en esta vida es andar siempre en mi presencia. En el libro de sus Proverbios dijo Salomón (Prov., 3): En todas tus obras ten memoria de Dios y acuérdate de Él, que te está mirando. Y el Profeta santo nos exhorta y pide que busquemos con fortaleza continuamente la faz de Dios (Psalm. 104); esto es, su presencia. Y á mi parecer esto es lo que dice Cristo nuestro Señor por San Lucas (Luc., 18): Conviene orar siempre y nunca desfallecer; porque el que ora de continuo siempre anda presente á Dios; porque oración es elevación de nuestra alma á Dios por algún piadoso afecto, ó de amor, ó de temor, ó de compasión, etc. Y también digo que el fuego perpetuo que mandaba Dios que ardiese en su altar (Deut., 6) era esta perpetua memoria de su majestad y grandeza. Al fin, para rematar este punto, digo que todos aquellos que se ocupan de este santo ejercicio contrahacen cuanto es posible al de los ángeles (Math., 16), que estando en el suelo ocupados en la guarda de los hombres, siempre ven y siempre contemplan la cara de Dios que está en los cielos, y de allí reciben su bienaventuranza. Y si esto pareciere dificultoso, considerada la naturaleza de nuestro corazón bullicioso y inquieto, y que sin sentirlo se nos escapa y se aleja de nosotros y nos desampara, no es imposible, ayudados de la divina gracia, porque muchos Santos lo alcanzaron y hicieron fácil con su

ejemplo y doctrina. El gloriosísimo Bernardo llegó á tanto extremo, que se olvidaba del comer, y decía que era tiempo perdido todo aquel que no se pensaba de Dios. Y de nuestro padre San Francisco ¿qué diré? Toda su vida era un perpetuo éxtasi y arrebatamiento en Dios, con olvido de todas las criaturas y de sí mismo. De Rusbrochio se cuenta que le era tan familiar la memoria de Dios como el respirar para vivir, y tan fácil aquéllo como ésto; ni le inpedían las obras exteriores, ni la compañía de los hombres, ni los negocios forzosos, porque siempre traía su ánima atenta á Dios y unida con Él; y cuantas veces quería se levantaba en alta y soberana contemplación. Del santo fray Rogerio se escribe que en el coro cantando, y fuera del coro, y por las calles, siempre traía presente á Dios, hablando y conversando dulcemente con Él en lo íntimo de su corazón. ¡Oh cosa grande y digna de eterna consideración que pueda una ánima andar siempre conversando con su Dios y tratando familiarmente con Él, pidiéndole mercedes, mostrándole sus necesidades, derramando delante de Él su corazón, gozando de su compañía, oyéndole y deprendiendo de Él! Si esto le fuese concedido á un hombre con su rey temporal, ¿no se tendría por bien afortunado? ¿no lo estimaría por gran favor y merced del cielo? ¿perdería ocasión alguna en razón de gozar de este beneficio? ¡Ay alma! ¿cómo te apartas de Dios un punto? ¿cómo te hurtas de su presencia? ¿cómo no buscas siempre su faz? No te olvides de tu amigo en el corazón, dice el Sabio (Eccles., 17), ni te olvides de él en tus obras. Sólo Dios se puede llamar y es amigo verdadero, y de sólo El es justo que tengamos memoria perpetua en el corazón y en cuantas cosas pusiéremos mano. Todos cuantos servicios nos hacen las criaturas son beneficios suyos, y en todos le debemos considerar y mirar su mano extendida y abierta para nosotros; y aunque debemos agradecimiento al prójimo que nos consuela ó hace algún bien, principalmente lo debemos á Dios, que obra por Él en nuestro provecho. Digo que siempre estamos recibiendo, y siempre debiendo memoria y gratitud á nuestro bienhechor; y que todas las criaturas, grandes y pequeñas, nos sirven de dispertadores para que jamás quepa olvido de Dios en nuestras almas, ni falte de ellas agradecimiento y alabanza.

SEGUNDO PUNTO

De la importancia y frutos de este santo ejercicio.

Para tratar de los frutos que se cogen de este divino ejercicio, que son sin número, me pareció advertir primero al que se ejercitare en él que procure ser hombre interior y que busque la presencia de Dios, no tanto en las criaturas y fuera de sí, cuanto dentro de sí mismo en el fondo de su ánima; no con ociosidad y embelesamiento, sino con un continuo aspirar á Él, con deseos ansiosos y afectos inflamados del corazón, que llamamos oraciones jaculatorias, para las que se requiere grande pureza y limpieza, como se dice en el capítulo 19 de la primera parte de los *Triunfos del amor de Dios*. Y este es el primero y principal fruto que se coge de esta celestial granjería y ocupación santa. La razón es porque, considerándose el alma en la presencia de aquel eterno Juez, que todo lo mira y á sus divinos ojos nada se esconde, necesariamente ha de procurar vivir justa y rectamente y huir de todo aquello que puede ofender estos clarísimos ojos. *Et erunt ut complaceant eloquia oris mei: Et meditatio cordis mei in conspectu tuo semper* (Psal. 18): No hablaré palabra que no sea de vuestro gusto, porque la meditación de mi corazón en vuestro acatamiento es siempre. Como si dijera más claro el rey santo: Todo cuanto medito y pienso lo medito y pienso delante de Vos. A lo menos al olvido y ausencia de Dios atribuye el mismo rey las manchas y fealdades de los pecados, diciendo: *Non est Deus in conspectu eius inquinatae sunt viae illius in omni tempore* (Psalm. 9). Luego la limpieza del corazón se adquiere y granjea de la memoria y presencia de Dios. Demás de esto, en este ejercicio va el alma recogiendo sus pensamientos en Dios; y tras de ellos se van muy aprisa los deseos y la afición; y vueltas las espaldas á las criaturas que la ensucian, convierten su rostro al Criador, que la limpia y renueva toda, como se renueva el águila real puesta á los rayos del sol. También es fruto de la presencia de Dios la victoria de las tentaciones y pecados en que podíamos caer; porque considerando el alma que la mira Dios y le hace favor, cobra ánimo y aliento en las batallas espirituales, como el buen soldado

hallándose delante de su rey ó capitán. Así decía Job (Iob, 17): Ponme, Señor, junto á Ti, y la mano de cualquiera pelee contra mí. San Atanasio, en la *Vida de San Antonio Abad*, dice que el único remedio para vencer los demonios es la continua memoria de Dios, porque destruye y deshace sus lazos y engaños como si fuesen humo. Diocles, monje de grande perfección, decía que en apartándose el alma de la consideración de Dios presente, se tornaba ó demonio ó bestia; porque ó era vencida de la carne, que vuelve bestiales á los hombres dados á ella, ó de la soberbia, que los hace demonios. También son frutos de este ejercicio la estabilidad del corazón, la modestia exterior y la perfección en toda virtud. Lo primero está claro, porque apartándose el alma de las criaturas, que junto á ellas la hacen de su condición mudable, inconstante, varia y sin ninguna consistencia, y convirtiéndose á Dios, *apud quem non est transmutatio* (Iac., 1), recibe firmeza, establécese y confírmase en el bien, simplifícase y hácese una, que es un bien que ni se sabe apreciar ni se puede estimar. Al fin, á la división del corazón, que siguen las mudables criaturas, se sigue la muerte y corrupción de este mismo corazón (Ose., 10); y al pecado, la instabilidad, como lo dijo Jeremías (Tren., 1). Júntate al Eterno, dice San Agustín, y participarás eternidad, y llégate con amor al inmutable y santísimo Dios, y serás fuerte y nada te podrá mover. Pero ¡qué compuesto un hombre, interior y exteriormente, que con atención mira á Dios en todo tiempo, en todo lugar y en todo negocio! Andalo el criado sí le da su señor los ojos, ¿no lo andará el que á todas horas se halla en la presencia de Dios? De ahí nace la perfección en todas las obras; al fin, como hechas delante de Dios. Bienaventurado el varón, dice el Eclesiástico (Ecli., 4), que en su corazón considera la vista de Dios, porque además de los frutos que habemos dicho cogerá otro dulcísimo y regaladísimo, que es una alegría y gozo espiritual que no podrán marchitar ni turbar todos los malos sucesos del mundo. La memoria del santo rey Josías muerto, cuenta la Escritura (Ecclis., 40) que era tan suave en sus corazones de los hombres de aquel siglo como lo es al sentido la confección de ungüentos y cosas aromáticas y de buen olor, y en la boca de todos dulce como la miel, y en los oídos como la música acordada y sonora en el convite divino. Pues ¿de qué manera diremos, ó á qué compararemos el regalo y consuelos que recibe el alma, que no solamente se acuerda de Dios, sino que con ojos interiores y despabilados le considera presente, atento á sus voces y inclinado á sus ruegos? El Profeta santo lo dijo, como ya vimos: *Memor fui Dei, et delectatus sum* (Psal. 76). Pero si la memoria tiene este deleite, ¿qué hará la presencia? Derrítese el alma y sale de sí de sólo oirle hablar (Cant., 3), ¿qué hará cuando la toque y se lance en ella para deleitarla? Como se pudo decir lo dijo San Bernardo: Luego que el divino Verbo entró en mí, aunque yo no le sentí entrar ni supe por dónde entró, despertó mi alma, que se dormía; movió y ablandó y llagó mi corazón, que estaba duro y de piedra y mal sano; comenzó luego á arrancar y á deshacer y á edificar y á plantar, á regar lo seco, á resplandecer en lo oscuro, á traer lo torcido á lo derecho y á convertir las asperezas en caminos muy llanos; de arte que bendicen al Señor mi alma y todas mis entrañas á su santísimo nombre. Y más adelante: De lo que el corazón me bullía entendí su presencia; de que huían los vicios y los afectos carnales se detenían conocí la fuerza de su poder; de que traía á luz mis secretos y los discutía y redargüía, me admiré de la alteza de su sabiduría; de la enmienda de mis costumbres, cualquiera que ella sea, experimenté la bondad de su mansedumbre; de la renovación y reformación del hombre interior percibí como pude la hermosura de su belleza; y de la vista de todo esto quedé asombrado y admirado de la muchedumbre de sus grandezas. Del bendito Judas Macabeo y de sus soldados cuenta la Escritura (II Mach., 15) que de sólo considerarse en la presencia de Dios, en gran manera estaban consolados y alegres. Y no quiero poner aquí más frutos, por no extender mucho este tratado, que deseo que sea muy breve, pues basta decir que la reformación del hombre interior y exterior mejor por este ejercicio que por otro ninguno se alcanza; especialmente si, como dije en el principio de este punto, se acompaña de las introversiones y aspiraciones de que tengo dichas muchas cosas en los *Diálogos* (*Dial.*, I Par., 6) y en la *Lucha espiritual*; y ahora digo que es este un medio eficacilísimo para borrar los pecados y toda deformidad y desemejanza del ánima con Dios, para la iluminación, sim-

plificación, purificación y inflamación del corazón, y, finalmente, para que nos trague Dios y nos una é incorpore consigo.

TERCERO PUNTO

De las cosas que ayudan para alcanzar este bien tan grande de andar siempre en la presencia de Dios.

De las cosas que pueden ayudar á este ejercicio unas son exteriores y fáciles, otras interiores y muy dificultosas. De unas y de otras diremos poco, y á todas antepongamos la oración, porque verdaderamente bien tan grande como este por ella se ha de procurar, y ella nos le ha de traer á las manos: por lo que dijo Cristo nuestro Redentor (Ioan., 15): *Quidquid orantes petitis, credite quia accipietis, et fiet vobis.* Y Santiago dice (Iaco., 1) que toda dádiva bonísima y todo don perfecto es de arriba, pues desciende del Padre de las lumbres. Riqueza grande y dádiva digna de Dios andar un alma en su divina presencia, conversar con Él y recibir en su entendimiento las ilustraciones de su divina sabiduría, y con su voluntad las encendidas llamas de su santo amor. En el tercero libro de los Reyes se dice que (III Reg., 10) toda la tierra deseaba ver el rostro del sapientísimo Salomón, y de muchas partes muy apartadas de Jerusalén venían hombres curiosos por verlo y oirlo. Y la reina de Sabá, luego que lo vió y oyó, con exclamación dijo: Bienaventurados son aquellos varones y siervos tuyos que asisten en tu presencia y están siempre delante de ti y oyen tu sabiduría. Pues ¿cuánto más dichosa y bienaventurada será el alma que mereciere asistir á Dios y gozar de su presencia y recebir de Él enseñamiento? Péselo quien supiere, que yo no sé; sé que es necesario orar y pedirle á Dios con gemidos y perseverancia, como cosa importantísima para la vida espiritual. Algunos dicen que es bueno para cebar en el alma la memoria de Dios tener algunas señales exteriores en la casa ó aposento donde vivimos, ó letreros sentenciosos, ó imágenes devotas, ó personas que nos representen, una la bondad divina, otra la justicia, otra la misericordia; una á Dios Juez, otra á Dios Padre, otra Pastor, otra Médico, otra Esposo. Y si queremos traer en la memoria su pasión, una nos represente la coronación, otra los azotes y columna, otra l bofetada, otra la cruz á cuestas, otra el Cal vario, etc. Y todo esto es bueno, y también l sería traer en el dedo, para sólo este fin, al guna sortija ó anillo de memoria; que en e Deuteronomio, 6, dice Dios, hablando de s ley: Serán mis palabras las que yo te he di cho en este día en tu corazón, y contarlas ha á tus hijos; meditarás en ellas asentado en t casa, andando por los caminos, durmiendo despertando; atarlas has como señal en t mano; estarán y moverse han delante de tu ojos como un espejo; y escribirlas has en e umbral y en las puertas de tu casa (Num., 25) Grande encarecimiento es este verdadera mente, y no de pequeña consideración par nuestro propósito, porque confirma lo qu vamos diciendo y nos enseña los medios d que podemos y debemos usar para no olvidar á Dios, el cual primera y principalment ha de ocupar y poseer el corazón, que es l que nos hace interiores y lo que nos tien con nosotros, y lo que nos lleva la intención y la afición adentro, y lo que nos une, lo que nos da sér espiritual y vida más qu humana, y lo que nos deleita, y lo que no satisface, y lo que nos enriquece, y lo que finalmente, nos hace morir á nosotros y á todas las cosas que no son Dios, por vivir solo Dios. Y de aquí se sigue el hablar d Dios con los hijos, con los súbditos, con lo hermanos y con todo género de personas porque de lo que está en el corazón habla l boca (Mat., 12); y es señal cierta de que n está Dios si el hablar de Él cansa y enfada, el hablar de donaires y en otras cosas lo humano deleita y entretiene y se lleva sin senti lo más del tiempo. Asentado en casa se ha d meditar y pensar en Dios, y andando por la calles y por los caminos, al acostaros y al levantaros; y para que no podamos olvidarno de Él nos habemos de atar alguna cosa en l mano que sirva de despertador: traerle como espejo delante de los ojos y escribirle á la entrada y á la salida de casa, para que entrando y saliendo nos acordemos de Él. También será buen medio pedirse cuenta de esta memoria de Dios diez ó doce veces cada día, y reprenderse, y aun castigarse, si hubiere habido olvidos, ó con hincar en tierra las rodillas, ó con pellizcarse en algún brazo, ó con decir un Pater noster en cruz y decir con devoción á su ánima: *Convertere, anima, in re-*

quiem tuam: quia Dominus benefecit tibi. Vel: *Benedic, anima mea, Domino et omnia quae intra me sunt nomini sancto eius. Benedic, anima mea, Domino et noli oblivisci omnes retributiones eius* (1). Los medios interiores más dificultosos y más importantes son, lo primero, la buena y limpia conciencia y el corazón puro; porque si podemos dar limosna estando en pecado, ayunar, disciplinarnos y rezar las horas canónicas, etc.; buscar en el alma la presencia de Dios, levantarnos á Él afectuosamente, hablarle como amigo, no puede ser, á lo menos con libertad y consolación espiritual; porque la impuridad del corazón no puede derramar puros afectos. ¡Oh con cuánto cuidado debería el siervo de Dios guardarse de todo aquello que le pudiese impedir la libertad de convertirse á Dios y enderezar á Él su deseo! Por cierto, sin esta libertad, ni la salud ni el Reino de Dios puede estar dentro de nosotros. Más pierde quien ésta pierde que vale el cielo y la tierra; porque ni el cielo es para mí, ni la tierra me sirve de nada, ni todas las criaturas juntas me son de provecho si mi corazón está asido á alguna de ellas, de manera que no le pueda yo convertir, derramar y levantar al Criador. Trabaje también el que se ejercita en buscar la presencia de Dios, cuanto le fuere posible, de tener el corazón desnudo de fantasmas ó imágenes de cosas criadas, representaciones y formas, y, lo que más es, de todo desordenado afecto. Para lo cual ayuda grandemente huir las parlerías y las ocasiones de murmurar, de saber curiosidades y nuevas de camino, de ver cosas hermosas, de amistades que no fueren según Dios, y la causa y razón de ellas Dios. Apartarse de negocios ajenos y ocupaciones inútiles que roban la intención y atención y distraen y enredan el corazón. Trabaje de mortificar los sentidos; cercene lo superfluo, así en el comer como en el ornato exterior; y tras de esto despierte la fuerza concupiscible de su ánima, multiplicando los deseos de amar ferventísima y castamente á Dios. Para lo cual no es necesario formar silogismos ni especular con el entendimiento, sino despertar y avivar el afecto y aspirar incansablemente á Dios, penetrando los cielos sin descansar en alguna de todas las crirturas hasta llegar al Criador, que es el centro y descanso del ánima que de verdad ama. Remato este punto sólo con decir que en cuanto Dios no fuere el tesoro de nuestro corazón, su Dios y todas las cosas, no podremos gozar de su presencia, porque por instantes nos hallaremos muy lejos de Él, metidos en aquellas cosas que con desordenada afición amáremos. Por lo cual debemos pedir incansablemente á Dios que nos dé su divino amor, para que él despierte y solicite la memoria, la cual suele ser tanta en nosotros como es el amor que tenemos á Dios ó á las criaturas. Es la memoria como pulso del amor, que tanto más ligero anda cuanto el corazón está más fogoso y con mayor calor; si ama mucho, mucha memoria tiene; si poco, poca; si nada, ninguna. Si el amor es como el fuego que siempre ardía en el altar de Dios, la memoria es perpetua, sin interpolación, ni pausa, ni intercadencia (*Semper mobilis, infinibilis, calidus, acutus,* etc., *superferviduas*) cual es el de los serafines. San Agustín decía: Mi amor es mi peso, allí soy llevado adonde él me lleva. Y como el alma adonde quiera que va va toda, que no se divide por partes, con el peso del amor lleva tras de sí todas sus potencias. Lleva los ojos, lleva la lengua, lleva el oido, lleva el gusto, lleva la imaginación, el entendimiento, la voluntad y la memoria. Al fin, en el corazón poseído del divino amor nunca pudo caber olvido; y suele nuestro Señor, luego que el alma se comienza á ejercitar en este ejercicio, darle tanto gusto en él y tanta facilidad y prontitud, que muchas veces sale de sí con admiración y querría predicarle y persuadirle á todos los cristianos. Yo conocí un religioso de mi provincia que en menos de dos meses que se ejercitó en buscar la presencia de Dios dentro de sí mismo y en las criaturas, llegó á tanta perfección, que en ningún tiempo del día se hallaba sin él, y de noche durmiendo soñaba en Él, y cuando despertaba era con Dios; y andando por los caminos iba tan espiritualizado y fervoroso, considerando llenas de Dios todas las cosas, que abrazaba los árboles y á veces extendía los brazos, y luego los apretaba como apretando á Dios con ellos; y no pudiendo sufrir la fuerza del amor ni tenerse

(1) «Oh alma, conviértete á tu descanso, porque Dios te hizo bienes». Ó: «Alma mía, bendice al Señor, y todo cuanto hay dentro de mí alabe su santo nombre. Alma mía, bendice al Señor y no pongas en olvido sus beneficios».

en pie, se asentaba en tierra como enfermo, hasta que pasaba aquella creciente de la divina misericordia, que así abundantemente se comunica á los que con humildad le buscan y procuran con pureza de intención y de espíritu asistir á Él. Y basta lo dicho cuanto á este punto, por que digamos en particular de los modos de asistencia ó presencia de Dios, que es lo mejor de este ejercicio.

PUNTO CUARTO

De cuatro maneras de presencia de Dios.

Los modos de tener presente á Dios, después de mucho estudio y consideración hallo que se pueden reducir á cuatro: El primero se llama sacramental; el segundo, imaginario; el tercero, intelectual; el cuarto, de la mente ó del afecto ó de la voluntad (que todos estos nombres tiene, como adelante veremos). Tratemos del primero, que pertenece á los templos adonde está el santísimo Sacramento del altar; esto es, el cuerpo, el alma y la divinidad de Cristo nuestro Redentor, con infalible y verdadera asistencia. De esta consideración nació en los Santos un respeto y reverencia tan grande á estos lugares sagrados, que entrando en ellos les parecía que entraban en el cielo, por lo cual dijo Crisóstomo que en tanto que vivimos la tierra es hecha cielo por el divino sacramento que adoramos en los templos. Y San Basilio: ¡Oh milagro! ¡oh omnipotencia! ¡oh misericordia de Dios para los hombres! el que está asentado á la diestra de Dios Padre, en el tiempo del sacrificio es contenido en las manos del sacerdote y guardado en las custodias para consuelo de los fieles. Hállanse en los templos dedicados á Dios, adonde Él está sacramentado, coros de ángeles y de arcángeles, y ejércitos de serafines, que hacen como cuerpo de guardia á su Señor é incansablemente cantan: *Sanctus, Sanctus, Sanctus.* El apóstol San Pablo, escribiendo á los de Corinto de la reverencia que se debe al templo, dice (1 Cor. 11): *Omnis vir orans aut prophetans velato capite, deturpat caput suum*: Todo hombre que ora cubierta la cabeza afrenta su espiritual cabeza, que es Cristo. Y dice la glosa allí que la razón de esto es porque el que ora reconoce mayoría á aquel ante quien ora, que es Cristo, y debe mostrarlo teniendo descubierta su cabeza en su acatamiento y presencia sacramental. El divino Crisóstomo advirtió sobre aquellas palabras dichas al convidado mal vestido (Math., 22): *Quamodo huc intrasti, non habens vestem nuptialem*, que no le dijeron: ¿Por qué te asentaste á la mesa? ni ¿por qué cenaste? sino ¿por qué entraste? porque aun para entrar en los templos se requiere vestidura de bodas, limpieza y aseo de convidado. El primero Obispo de Jerusalén, que fué Santiago apóstol, en la Misa que compuso, ordenó que al salir el sacerdote al altar le precediese un ministro, como el Precursor á Cristo, y que en voz alta apercibiese al pueblo para que con devoción, reverencia y temor, los ojos y rodillas en tierra, asistiesen á los divinos oficios. ¡Ay de los que profanan los templos de Dios con palabras, con gestos y hechos más de demonios que de hombres que tienen fe! Los moros y los turcos asisten con más reverencia y modestia á sus mezquitas, adonde está su Mahoma ó su sombra, que los cristianos en los sagrados lugares adonde reconocen la Majestad de Dios. Y si no escribiera para gente desengañada y que aspira á la perfección, detuviera en este lugar la pluma y la consideración y reprendiera el abuso, la desenvoltura, la desvergüenza, el atrevimiento, la temeridad y descortesía de muchos cristianos, que el ir á las iglesias y estar en los sermones y solemnidades de los Santos es más para escandalizar al pueblo que para bien y edificación de sus almas. ¡Oh desdichado siglo! ¡oh nobleza de España envilecida! ¡oh esclavitud de caballeros y bajeza de grandes! que han hecho caballería de la libertad diabólica, y grandeza el vivir como gentiles; malos en sus casas, malos en las ajenas y peores en las de Dios, argumento eficacilísimo de su reprobación. Dejémoslos como á desechados de Dios, porque escrito está (Prov., 1): Los que me desprecian y tienen en poco serán viles y despreciados en mis ojos, y digamos algo brevemente de la manera que las personas religiosas deben asistir en el coro cantando los salmos y oficios divinos.

§ I.—*De la manera que debemos asistir al oficio divino.*

Para lo cual presupongo como cosa certísima que lo mejor de la religión es lo que pertenece á la vida contemplativa, y de ésta lo

que toca á las divinas alabanzas (D. Th., 2. 2, q. 18., art. 6 et 198, art. 8, ad 2). De donde vino San Agustín, en un libro de la *Ciudad de Dios*, á decir que no es otro el fin y el blanco de los ejercicios del cielo que alabar y bendecir al Criador. Y San Bernardo (Bern., ser. 7 *in Cant.)*, que ninguna cosa en la tierra representa más al vivo el estado de los bienaventurados que la alegría santa de los que se ocupan en las alabanzas divinas. Y el Profeta dijo (Ps. 83) que era bienaventuranza de los Santos ocuparse siempre en este alto ejercicio: *Beati qui habitant in domo tua, Domine, in saecula saeculorum laudabunt te.* Al fin, es ocupación de ángeles la de los religiosos en el coro; y á los que con devoción y espíritu cantan en él asisten ellos y les hacen compañía, y mezclan invisiblemente sus voces con las de ellos; como lo advirtió el mismo San Bernardo (serm. 7 *in Cant.)* sobre aquel verso del salmo 76: *Praevenerunt Principes conjuncti psallentibus, in medio juvencularum tympanistriarum:* Previnieron los príncipes juntándose á los que cantaban salmos, en medio de las doncellitas tañedoras. Mil cosas buenas había que decir aquí; pero yo me contentaré con que se corra mucho el religioso de ver que los santos ángeles, que son nuestros Príncipes, los estén esperando en el coro para acompañarlos en las divinas alabanzas, y que ellos, ó se quedan con pequeñas ocasiones en sus camillas, ó no vengan con grande alegría y prisa para ganarles, como dicen, por la mano. Cosa admirable por cierto que apenas se ha tocado la campana á Maitines, ó Prima, ó Sexta, ú otra de las horas, cuando se descuelgan ángeles y serafines de los altos cielos para nuestros coros á cantar con nosotros, con una santa emulación y competencia de que nunca seamos los primeros. ¡Con qué prisa nos habíamos de levantar á Maitines, y con qué devoción habíamos de acudir á la iglesia, para gozar allí de la presencia de Dios y de la compañía de sus ángeles! Veríamos sin duda en espíritu, como otro Jacob entre sueños, una escalera del coro al cielo llena de angélicos espíritus, que suben á Dios, que está en el remate de ella, con nuestras oraciones y bajan cargados de misericordias de Él para nosotros El servicio más acepto que podemos hacer á Dios y de que Él más se honra es este de las divinas alabanzas, como El mismo lo dice (Psal. 40): *Sacrificium laudis honorificabit me: et inmola Deo sacrificium laudis et redde altissimo vota tua.* San Juan (Apoc., 14) compara las oraciones de los Santos á las vihuelas bien templadas y á las cazoletas de varios olores hechas, significando la buena gana con que Dios las oye y recibe. El Esposo, hablando con la Iglesia su Esposa, le dice (Cant., 2): Muéstrame tu rostro y suene tu voz en mis oídos, que tu voz es dulce y tu rostro lleno de hermosura. Y en otra parte (Cant., 5): La que moras en los huertos, esto es, la que asistes en los lugares de la oración, mira que los amigos ángeles están atentos y escuchando; hazme que oiga tu voz. Parece que no le agradan al divino Esposo tanto las voces de los ángeles como las de los hombres, pues los trae desde su corte soberana á las iglesias y coros para que oigan cómo canta su Esposa. Para que estos cantares espirituales y música del cielo sean agradables á los divinos oídos se requieren algunas cosas: de ellas han de preceder, de ellas han de acompañar, de ellas se han de seguir al oficio divino.

§ II.—*Requisitos para que el oficio divino se rece con satisfacción.*

Ante todos, es la preparación, porque no puede hacerse buena música con el instrumento destemplado, aunque él por si sea muy bueno. En oyendo, pues, la campana de las Horas, diga el religioso lo que los Reyes (Mat., 2): *Hoc signum magni Regis est; eamus, et offeramus ei munera: vitulos labiorum nostrorum* [1]. Y diciendo *eamus*, luego vaya caminando al coro con grande alegría, porque allí están esperando los ángeles, para tenerle compañía en las alabanzas divinas. *In conspectu Angelorum psallam tibi Deus meus et adorabo ad templum sanctum tuum et confitebor nomini tuo* (Psal. 137). En llegando á la puerta del coro deje allí, con San Bernardo, todos los cuidados y pensamientos inútiles, y pida á su ángel de guarda que no los deje entrar,por que no le perturben y inquieten. Lo cual también debe pedir á nuestro Señor brevemente y con grande afecto. Tome agua bendita, y entran-

(1) «Esta es la señal del gran Rey; vamos, pues, y ofrezcámosle regalos: los becerrillos de nuestros labios». Aunque parece sólo un texto, son dos: hasta los dos puntos, de San Mateo, lugar citado, y lo que resta del profeta Oseas (c. 14).

do en el lugar de la oración, y postrándose en tierra, diga con nuestro padre San Francisco: Adorámoste, Santísimo Señor Jesucristo, aquí y en todas tus iglesias que son por el mundo; y bendecímoste, que por tu santa cruz redimiste al mundo. O diga con los ángeles y Santos del Apocalipsi: *Benedictio et claritas, et sapientia et gratiarum actio, honor, virtus, et fortitudo Deo nostro in saecula saeculorum. Amen.* Hecha oración, levántese y váyase á su silla ó lugar con pasos graves y espaciosos, los ojos bajos, modestos y religiosos, y haga las demás ceremonias que le fueren enseñadas, sin faltar en una, por pequeña que sea; y si fuere posible levante luego el espíritu á Dios y dé una vuelta por la casa de su conciencia, y si hallare alguna culpa haga acto de contrición y proponga confesarse y enmendarse, por que no se le diga: *Quare tu enarras iustitias meas et assumis testamentum meum per os tuum*? (Psal. 47) [1]. Pida á Dios le caldee y purifique los labios, como á Isaías (Esa., 6), para que acierte á alabarle y bendecirle; y pídale las demás partes que se requieren para estar dignamente en su acatamiento. Proponga una y muchas veces de estar atento, devoto y recogido, para que en virtud de este propósito se suplan los defectos que inadvertidamente después cometiere. Considere á Dios presente, asistiendo á los divinos oficios en aquel trono de majestad y grandeza en que le vió el Profeta santo. Y pues es cierto, como ya dijimos, que están en el coro innumerables ángeles llenos de un respeto amoroso y filial reverencia, considérese á sí en medio de ellos y los ojos de todos convertidos á él; compóngase de dentro y de fuera con modestia, humildad y mesura; y si algún sentido del cuerpo ó interior del alma se le desmandara, avergüéncese, viendo que le están mirando los ojos más puros que tiene el cielo, y luego al punto se vuelva á recoger, procurando estar allí con la debida reverencia y respeto.

§ III.—*Atención, devoción y reverencia se requiere en el oficio divino.*

Preparado de esta manera, procure las tres cosas tan encomendadas de los Santos, conviene á saber: atención, devoción y reverencia. La atención es de tres maneras: la primera, acerca de las palabras; la segunda, acerca de lo que significan; la tercera, acerca del fin de las divinas alabanzas, que es Dios. A la primera atención pertenece la integridad del oficio divino, que se diga todo sin dejar nada de él, de manera que ni puede divertirse cuando dice el otro coro, ni suplir con la imaginación su verso, como muchos lo hacen por su flojedad, caimiento y desmayo con que están rezando, que les cansa el hablar; y si cantan, es de manera que no los oyen ni se entiende lo que dicen; y verdaderamente no cumplen con el oficio divino, que se ha de decir con voz inteligible y clara. La segunda manera de atención es cuando con las palabras va el entendimiento entendiendo y el afecto cebándose y calentándose, y haciendo de los más de los versos oraciones jaculatorias. Esta atención, aunque no es tan obligatoria como la primera, porque muchos rezan que no entienden lo que rezan, porque no saben latín y cumplen con el oficio divino, es de más perfección, como sería más perfecto un cuerpo con alma que otro sin ella. Y háse de notar de San Bernardo (Bern., ser. 47 *in Can.*) que no conviene divertirse el que reza en pensamientos diferentes de lo que pronuncie la lengua, aunque en otras ocasiones fueran lícitos y buenos. Lo cual se ha de entender con su grano de sal; porque si sucediese estar yo rezando y en un verso me hiciese Dios alguna particular merced, de manera que me quedase suspenso y como elevado por algún espacio de tiempo, no sólo no sería defecto faltar á la significación de las palabras de los demás versos ó salmos, sino de mayor perfección. Y también lo sería estar pensando en Dios mientras digo el verso, aunque no hubiese la dicha suspensión, porque toca ya en la tercera manera de atención, que es atender al fin y objeto, que es Dios; que entonces más se ha el alma pasiva que activamente, porque es arrebatada y llevada del mismo Dios. Pero si sucediese que esta suspensión fuese tanta que totalmente no pronunciase con la boca con los demás, como sucedería en el rapto, será obligado á suplir el oficio divino desde aquel lugar en que le sucedió arrebatarse ó suspenderse, porque, como ya dije, en la primera atención se requiere integridad y es de esencia de ella. Verdad es que haciendo yo de mi parte lo que puedo por estar atento, y

[1] «¿Por qué cuentas tú mis justicias y tomas mi testamento en tu boca?»

padeciendo involuntariamente vagueación de pensamientos importunos y sin fruto, no dejaría de cumplir con mi obligación, porque no me obliga Dios, ni yo pretendo obligarme, á lo imposible, sino á lo que según mis flacas fuerzas pudiere. Algunos son tan fatigados de estos pensamientos, que parece que entrando en el coro se juntan todos en uno contra ellos como escuadrones de enemigos, y allí los quieren sacar los ojos, como á Abrahan las aves de rapiña cuando ofrecía sacrificio á Dios (Gen., 15). Auyéntenlos, pues, y tengan paciencia, que algún día verá Dios su trabajo para remediarlo, y serenará sus corazones, y mandará á esas aves infernales que se recojan á sus albergues, y les sacará á luz para que vean su justicia.

¡Ay del religioso que sólo asiste en el coro con el cuerpo, estando muy lejos de allí con el espíritu!, etc.

§ IV.—*Rezar sin espíritu es de poco provecho.*

El que reza sin espíritu reza sin gusto y sin fruto, y la misma letra le desmaya y cansa; porque, como dice el Apóstol (II Cor., 3), es una cosa muerta. Y por esto dijo el mismo (I Cor., 5): *Psallam spiritu, psallam, et mente*: Cantaré de palabra ó con la voz y cantaré con la mente. Espíritu significa aquí aire, porque la voz no es otra cosa que aire articulado; y aire es verdaderamente cuando cantamos, si no acompaña á nuestro canto la mente; y cuando ella acompaña experimentamos ser así lo que dijo Cristo en su Evangelio (Ioan., 6): Las palabras que yo os he hablado espíritu y vida son. De los literales á secas, dice un doctor grave que se puede entender aquello de Miqueas (Mic., 6): Sembrarás y no cogerás; pisarás la oliva y no te ungirás con el aceite de ella; y el mosto, y no beberás del vino. Nuestra sementera y nuestra vendimia y nuestros olivares son los divinos loores; y entonces sembramos y no cogemos cuando cantamos sin espíritu y devoción; y entonces pisamos el mosto y las olivas cuando permanecemos secos sin sentimientos ni afectos de amor.

Dime, religioso y religiosa, ¿qué fruto has cogido de tanto como has sembrado los años que ha que frecuentas el coro? ¿qué grosura de devoción del aceite que has pisado? ¿y qué embriaguez de espíritu del mosto en que andas metido? Cantas las misericordias de Dios cada día siete veces, y nunca sales de los lagares del mosto del espíritu divino (que muchos salmos se intitulan *Pro torcularibus*), espiritualizado ni embriagado en amor, ni ungido con devoción. Leones muertos que tienen el panal dulcísimo de la palabra de Dios en sus bocas y no sienten su dulzura, y vienen otros de fuera á comerla y regalarse con ella, y ellos quedan sujetos á la maldición del profeta que dice (Hier., 48): Maldito el que hace la obra de Dios con fraude. Esto es, dándole á Él las voces y al negocio el corazón y el espíritu. Al fin, nos quiere Dios enteros en todo tiempo, pero principalmente cuando asistimos en el coro á sus alabanzas, lo cual todo pertenece á la reverencia de estos santos lugares, que ha de ser no sólo del hombre exterior sino del interior, y más de éste que de aquél; porque Dios es espíritu, y los que le adoran quiere que le adoren en su espíritu y verdad. De la reverencia exterior no quiero decir nada, porque ya en las religiones ordenadas hay ceremonias santas que enseñan lo que en esto se debe guardar, y ella no es más que una muestra de lo que interiormente pasa y un testimonio del respeto del ánimo, que debe asistir á Dios con temor y temblor y con el encogimiento y humildad que un santo patriarca, Abraham (Gen., 18), que para hablar con Él se conoce primero polvo y ceniza. En todo lugar se le debe á Dios reverencia, porque está en todas partes; pero principalmente en los templos, como habemos dicho, y se ha de entender, como lo dice San Buenaventura, aquel verso del salmo segundo: Servid al Señor en temor, y alegraos delante de Él con temblor. San Pablo dice (Heb., 12) con miedo y reverencia; y que por la que tuvo Cristo orando á su Padre en el altar de la cruz fué oído de Él: *Cum clamore valido, et lacrymis offerens, exauditus est pro sua reverentia*: Ofreciendo con valeroso clamor y lágrimas fué oído, respetando el Padre eterno su reverencia, no sólo la que merecía su persona, sino la que tenía haciendo aquel oficio delante de su Majestad. De esta reverencia nace la devoción, tan necesaria en las divinas alabanzas, que vino á decir Guilielmo Parisiense que las voces más bien concertadas del mundo y más acordadas músicas, si la devoción les falta, eran como gruñidos de lechones ó bramidos

de bueyes para Dios. Devoción, á mi parecer, es un gusto y sentimiento suave y tierno con que el alma se regala y regocija con Dios cuando le está alabando, y un néctar divino con que, entretenido el espíritu, fácilmente persevera en cualquiera santo ejercicio, porque el gusto que se recibe despierta el apetito, y el apetito despierto come, y comiendo hambrea juntamente, sin fatigar la hambre ni empalagar la hartura; hambre harta y hartura hambrienta, á la traza de lo que pasa en el cielo.

¡Triste del religioso que estando con sólo el cuerpo en el coro, como atónito, los ojos abiertos y registrando cuanto allí pasa, ni gusta ni siente lo que dice y le ofrece el Espíritu Santo, autor de los salmos, en cada uno de ellos y en cada verso!

§ V.—*Acabado el oficio que debemos hacer.*

Acabado el oficio divino, debe el religioso, ó religiosa, entrar dentro de sí y tomarse cuenta de cómo ha gastado aquel tiempo; si ha estado atento, devoto, recogido y con la reverencia debida. Porque como sería tentar á Dios comenzar el oficio sin prepararse, así sería desacato y descortesía grande no pedirle perdón de los defectos hechos en su presencia, ó no darle gracias de las mercedes que allí hubiese hecho; porque escrito está (Ecles., 38): *Ante orationem prepara animam tuam et noli esse quasi homo, qui tentat Deum* (¹). El santo Job (Iob, 9) temblaba y estaba receloso en cuantas cosas hacía, y por muy buenas que fuesen: *Sciens quia non parcet delinquenti.* Sabiendo, dice hablando con Dios, que no perdona al delincuente. Propiamente delincuente se dice el que peca por omisión, que es dejar alguna cosa que estamos obligados á hacer; en lo cual se peca con harta facilidad, y con ella también lo perdona Dios si con humildad y pesar nos volvemos á Él y le pedimos misericordia. Pero si el santísimo Job tiembla obrando bien, y estando cierto de la amistad de Dios está dudoso de sus obras, si le son agradables ó no; esto es, si les falta alguna circunstancia de las que Él pide, ¿con cuánta más razón debemos temer los que no tenemos esta privanza de Dios que él tenía, y de ordinario estamos distraídos cantando y rezando los divinos oficios? Si, como cuenta San Antonio, con largo purgatorio castigó Dios á la otra religiosa porque algunas veces habló en el coro con una su amiga, ¿cómo castigará el distraimiento, la poca atención y consideración, la vagueación voluntaria, los pensamientos ociosos, las parlerías impertinentes, la falta de devoción, y otras cosas en que cada día y cada hora caemos los que por vía de ley y de costumbre, más que por celo de Dios y gusto interior, vamos al coro? Detente, religioso y religiosa, un rato después de hecha señal, porque no parezca, saliéndote luego con prisa, que has estado allí más por fuerza que de voluntad; y examinada tu conciencia, si hallares que has hecho lo que debes, da muchas gracias á tu Señor Dios; y si defectos, pide perdón de ellos y di aquella devota deprecación ú oración del señor Papa León X, que concede perdón de todas las faltas cometidas en el divino oficio, por la humana flaqueza, al que la dijese después de dichas las horas: *Sacrosantae, ac individuae Trinitati: Crucifixi* [*Domini*] *Iesu Christi humanitati beatisimae, ac gloriosissimae Virginis Mariae fecunditati, sive integritati et omnium sanctorum universitati, sit sempiterna laus, honor, virtus et gloriae ab omni creatura: nobisque remissio peccatorum per infinita saecula saecutorum. Amén. Et beata viscera Mariae Virginis, quae portaverunt aeterni Patris Filium; et beata ubera qui lactaverunt Christum Dominum.* Y luego el Pater noster y Ave María, por el estado de la Iglesia y por el Papa.

Hecho esto, podrá cada uno salirse del coro y acudir á las demás obras de la obediencia, huyendo cuanto le fuere posible las ocasiones de distraerse, que se suele perder en ellas fácilmente el recogimiento interior y el calor de la devoción que se adquirió y ganó con oraciones y trabajo en el coro. Al fin, en los templos asiste Dios muy de otra manera que en los otros lugares, aunque sean capillas y oratorios, porque asiste según su presencia corporal, por razón del divino Sacramento que en ellas se guarda; adonde acompaña el divino Verbo al cuerpo santísimo que se sacramentó por la fuerza de las palabras de la consagración, y al alma que no puede faltar de cuerpo vivo, y á la beatísima Trinidad indivisible; que todo el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, y en los dos el Espíritu Santo.

(¹) «Antes de la oración prepara tu alma y no seas como hombre que tienta á Dios».

§ VI.—*En qué se ha de ocupar el que comulga el día de la comunión.*

De donde colijo yo, y juntamente aconsejo, que el día que se comulga en ninguna otra cosa se piense sino en el santísimo Sacramento, convirtiéndose cada uno á sí mismo y contemplando dentro de sí mismo á Cristo, haciendo oratorio ó relicario ó templo de su pecho, como lo hacía la Virgen preñada de Dios, que no le iba á buscar al templo de Jerusalén, ni salía de sí, antes vivía en un perpetuo éxtasi, sin poder divertirse ni apartar los ojos del alma de aquel Señor que en su vientre traía y sentía. Ella era el cielo y el templo del verdadero Salomón; allí estaba el propiciatorio adonde oía Dios de buena gana su oración. ¡Oh qué consuelos tan grandes serían los de tu alma, Virgen santísima, cuando, puestos los ojos en tu vientre, se te representase que para tocar á Dios con tus manos benditísimas y para besarle con tu boca dulcísima y abrazarle con estrechos abrazos no había otro impedimento que aquel cendal delgado de tu castísima carne! Pues, hermano, ¿qué es la forma consagrada que recibes cuando comulgas sino el divino Verbo encarnado? ¿Y qué es tu pecho sino un cielo y un paraíso de los deleites de Dios? ¿Qué es sino un vientre virginal, una litera en que anda y se pasea el pacífico Salomón? Vuélvete, pues, á ti mismo y haz de tu pecho oratorio, haz templo, haz cielo, haz relicario y vientre de María. Ahí puedes y debes orar, meditar y contemplar y conversar. Tu Dios es el que dentro de ti tienes, el que te crió, el que te sustenta y el que murió por ti, y el que tiene por regalo estar en tu compañía. Pídele lo que quisieres, que no te negará cosa que le pidas, si es para su gloria ó tu salud y bien espiritual. Empero guarda la boca de toda palabra que pueda ofender á tan soberano huésped; aparta los ojos de toda vanidad y no des lugar en tu corazón á pensamientos diferentes y fuera de propósito. ¿Con qué tiento y recato anda una mujer que se siente preñada, habiendo deseado muchos años hijos, por no malparir? Pues mucho mayor se debe á esta divina concepción. Dirasme que luego que se consumen y gastan las especies del pan, que es un brevísimo tiempo, deja de estar en nuestro pecho el cuerpo de Cristo y su ánima santísima. Es así, pero advierte que queda allí la divinidad, que es la grosura del pan del cielo, de que promete Dios que nos ha de hartar en este Sacramento. Comerá el bien, dice Isaías, y deleitarse ha en la gordura de vuestra ánima. ¿Qué bien es este á que somos convidados? El que dijo Zacarías (Zach., 9): ¿Qué es el bien de Él, y qué la hermosura, sino el pan de los escogidos y el vino que engendra vírgenes? El bien de Dios es el divino Sacramento del altar. La carne y la grosura de este bien es la divinidad, que sólo puede hartar el alma y darle deleite y engendrar y mantener en ella pensamientos castos y del cielo. Digo que el modo con que Dios asiste en el alma del que dignamente comulga, después aun de gastadas las especies sacramentales, es particularísimo y, como si dijésemos, determinado y singularizado á la tal ánima, asistiendo á ella con particular gracia y favor; y de manera que si por imposible se diera no estar Dios en todas las cosas, por esencia, presencia y potencia, estuviera en ella con esta especialidad de gracia: *In me manet et ego in illo* (Ioa., 6). Yo en él, como en mi templo y casa de placer; y él en mí como mienbro, para recibir vida. Tratando los doctores (Aug.) de la unión que se hace entre Cristo nuestro Redentor y el que le recibe sacramentado, aunque algunos quieren que sea según la carne, como en los *Triunfos del amor* lo tengo yo probado, la común quiere que sea espiritual y divina, por lo que Él mismo dijo en su Evangelio: *Qui manducat me, vivit propter me.* Vive el que me come mi propia vida, la que yo vivo como Hijo de Dios, aunque vestido de carne. Luego vida divina; luego la unión, mediante la cual se causa esta vida, espiritual es y según la divinidad; luego no se ha de acabar, aunque se gasten las especies sacramentales: *Et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.* Mas pienso yo: que una de las razones por que se sacramentó el divino Señor fué para mediante su carne sacramentada hacer paso á su divinidad y asistir en el alma con esta especialidad y nuevo modo de existencia, de que ningún justo gozó hasta que en la Iglesia se instituyó el santísimo Sacramento del cuerpo y sangre de Cristo. A lo menos no me podrá negar ninguno que el pecho adonde se ha aposentado Dios según el ser sacramental no quede oliendo á divinidad, como el vientre de María después de haber parido al divino Verbo, vestido de carne; como la bujeta que

tuvo ámbar ó algalía ó cosa semejante. Divinízase un alma el dia que comulga, y toda queda oliendo á Dios; y aunque no quedase en ella Dios con este modo especial que yo no sé declarar, se debía estar ocupada en la consideracion de tanta misericordia al olor de este Dios que recibió, todo el día, sin ocuparse en otras meditaciones ni consideraciones. Y es muy á propósito para esto la oración ó ejercicio que yo compuse y anda impresa, porque tiene altísimos sentimientos, y al cabo pide, como de justicia, las virtudes y dones del cielo, para parecer bien á Dios, por ofrecerle ofrenda de que Él tanto gusta, obligándole, no tanto como Él á nosotros, pero á la traza y en aquella forma, á que nos haga mercedes. Porque si quedándose el Padre eterno con su Hijo nos lo dió, y dándonoslo nos obligó como si quedara sin Él, que es obligación que no tiene recompensa ni paga competente, volviéndosele nosotros después de hecho nuestro, como si para dársele nos hubiéramos de quedar sin Él, ¿no le obligamos, si en Dios puede haber obligación á sus criaturas, á que nos haga copiosas misericordias y á que nos dé lo que le pidiéramos, siendo de su gusto y conforme á su voluntad? Digo que no quiero meditar ni pensar en otra cosa el día que comulgo sino en mi Cristo, cuya conversación es más dulce que la miel y, como Salomón dice (Sap., 8), sin amargura, sin tedio. Téngole, decía la Esposa (Cant., 3), y no le soltaré hasta que le entre en la casa de mi madre y en el retrete de la que me engendró. Allí me enseñará, y allí le daré yo mis pechos. El divino Guitmundo dice que el tener á Cristo y tocarle y apretarle con estrecheza, y no dejarle ir, y entrarle en los retretes, llevarle á casa y esconderse con Él, recibir su doctrina y darle el corazón, es prerrogativa de los que dignamente comulgan. Lo cual autoriza él con el Concilio Lateranense, que para mí es una cosa muy grande y de mucha consolación. Tenle, dice Bernardo, con firmeza de fe y con afecto de devoción, que no hay otra manera de tenerle, porque es todopoderoso y no se hallan ataduras contra Él. No tienen los clavos al omnipotente, dijo San Agustín, sino la caridad fijó y tuvo fuertemente al que estaba sin culpa. *Hic est piae mentis amplexus*, dijo San Ambrosio. Con brazos de fe y de caridad se abraza y se tiene el celestial Esposo; y los pensamientos amorosos y encendidos lo detienen con nosotros, sin jamás apartarse. Aquellas palabras de la Esposa: *Comae capitis ejus sicut purpura Regis, vincta canalibus*, trasladan algunos del Hebreo: *Rex ligatus in canalibus:* Él Rey atado á los cabellos. Que es un encarecimiento grandísimo con que se declara el gusto que recibe Dios de que nos ocupemos en pensar en Él con amor, porque asiste á nuestros pensamientos como si estuviese preso y atado fuertemente sin poderse apartar de ellos. *Et eruditis intersum cogitiationibus* (Prov., 8). De manera que, una vez entrado en nuestro pecho, con lo que le podremos detener para que no se vaya es con pensamientos amorosos y encendidos como la púrpura, en la memoria de su pasión sacratísima, porque esta comida se nos da para acuerdo de su muerte. *Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat.* Y así tengo yo por acertadísimo aparejarse para comulgar con pensamientos teñidos en la sangre de Cristo, y con estos mismos entretenerse el día de la comunión, porque éstos le traen y éstos le conservan y detienen en el alma. Y no digo más, por no alargar este punto: sólo pido á los lectores que miren mucho cómo asisten en los templos y cómo andan y tratan el día que comulgan; que tan gran desmedro en personas que tratan de oración y sacramentos no puedo pensar que nace sino de falta de consideración, atención y reverencia á tan soberanos misterios y lugares santos.

Del segundo modo de traer (¹) *á Dios, presente, que se dice imaginario, ó de la imaginación.*

Hay en nosotros una facultad ó virtud que se llama imaginativa, dicha de este nombre porque recibe y guarda en sí las imágenes ó especies sensibles que por el sentido común se perciben de los sentidos exteriores; tan poderosa en algunos, que hace en ellos lo que pudiera hacer la presencia de la misma cosa que imaginan. Como se prueba de aquel caso que cuenta San Jerónimo de una matrona romana, acusada de su marido por adúltera por haber concebido un niño negro sien-

(¹) El impreso dice *tratar*, así en esta edición como en la de Madrid, 1699: lo corrijo según la de 1624, por parecerme más conforme con la mente del autor y el título del libro.

do él blanco, imaginando al tiempo de concebir en un etiopio pintado en un tapiz de su aposento. La fuerza de esta potencia prueba también Nicolao de Lira de lo que sucedió á Jacob (Gen., 13), que concertado con su suegro Labán en que fuesen suyos los corderos todos que saliesen manchados, puso á los abrevaderos unas varas descortezadas y con variedad, para que mirándolas las ovejas al tiempo que bebían y llevando en la imaginación los colores, concibiesen y pariesen conforme á lo imaginado, lo cual sucedió así. Otros notables casos pudiera yo traer aquí de la imaginación, la cual principalmente tiene fuerza en los melancólicos, que en medio del día imaginan tinieblas y se les representan figuras horribles y espantosas; caen en sospechas extrañas y falsísimas; paréceles que los buscan para matarlos, y huyen á partes remotas y secretas y no osan parecer delante de gentes. Uno dió en que era gallo, y cantaba como gallo; otro se imaginó con cuernos en la frente, y temía salir en público, y cuando salía se cubría aquella parte con las manos, porque no se los viesen; otro se persuadió que tenía los pies de hierro y pisaba fortísimamente, y no faltan doctores que digan que Nabucodonosor no tuvo talle ni figura de bestia aquellos siete años que anduvo por el campo comiendo hierba como buey, sino que imaginó que lo era, y con esta imaginación vivió todo este tiempo. Y todo esto es poco para lo que ahora diré: que muchas veces se han visto hombres arrebatados de sola la imaginación, entrando de por medio el amor. Y es llano que el afecto de amor ó deseo puede con tanta firmeza arrebatar la virtud de la imaginativa, que las potencias inferiores no perciban ni vean ni atiendan á los objetos propios de los sentidos exteriores: del oído, del olfato, del gusto y de la vista; que estén cantando y no oigan la música, y se quemen pebetes y no perciban el olor, y teniendo delante los colores no juzguen de ellos, y que coman sin entender qué comen. Esta manera de rapto hace principalmente el ferviente deseo de la cosa que por la imaginación se nos representa; porque sólo el conocimiento imaginario no podría hacer esta profunda ficción ó firmeza, si no le correspondiese proporcionalmente en el apetito sensitivo un ferviente deseo de amor; de tal manera que esta imaginación ó meditación ó este amor sea tan poderoso que haga olvidarse el ánima ó cesar de las demás operaciones de las potencias inferiores sensitivas, como si estuviesen en un profundo sueño. Lo cual parece claro en los amantes, que muchas veces quedan fuera de sí, suspensos y arrebatados por gran espacio de tiempo; y también en los melancólicos y en algunos hombres de sutiles ingenios, ocupados en cosas delicadas y dificultosas. De Arquímedes, filósofo y gran geómetra, se cuenta (*In Vitis Philos.*) que estando todo ocupado en la imaginación de ciertos ingenios que deseaba hacer para conquistar ciudades, sucedió que enemigos acometieron á la en que él moraba, y cautivándole con los demás, el príncipe mandó que no le matasen. Preguntóle cómo se llamaba y qué ocupación era aquella en que estaba, y nunca supo responder á propósito: sólo significaba que le dejasen en su ejercicio, y con este desacuerdo murió.

Esto así presupuesto, se han de notar algunas cosas para el uso de esta potencia muy necesaria. La primera es que el que contemplare los misterios de la humanidad de Jesucristo nuestro Redentor no fije demasiado ni por largo espacio de tiempo el pensamiento en las imágenes que se le representan ó que él fingiere en su imaginación, sino, como dice Gersón, trabaje por subir de semejantes figuras á lo alto, esto es, á la espiritualidad que nos están enseñando. Como si mirase la hostia consagrada, que no le es lícito detenerse en la consideración del redondo de ella, ni de la blancura, cantidad y tamaño, porque se perderá; antes debe forzar su entendimiento á que se aparte de aquello visible y pase á lo invisible, que á los ojos del alma representa la fe católica, y responda á su pensamiento que aquello que ven los ojos del cuerpo no es Dios, sino lo que ven los del corazón, alumbrados por el mismo Dios. Y no condeno por esto la simplicidad de muchos que, dados á la imaginación, se hallan muchas veces presentes al nacimiento del Señor y le cantan con los ángeles, y le lavan los pañalitos, y le acompañan á Egipto y se entretienen con los gitanos; van al templo á buscarle perdido, adóranle con los Reyes, no se apartan de Él en el desierto, y entrando en su pasión le traen de ordinario delante de los ojos del alma en diversas figuras devotísimas y de grande sentimiento; ya coronado de espinas, ya amarrado á la columna, ya azotado, ya pues-

to en la cruz, ya en los brazos de su Madre muerto, y imaginan esto con tan grande fuerza, que vienen á padecer éxtasis y á arrebatarse con Dios y á tener visiones y representaciones admirables, sin pasar de esta potencia, á veces engañosas y peligrosas, y á veces legítimas y verdaderas.

Digo, lo segundo, que aunque para personas simples y principiantes suele ser este un entretenimiento virtuoso, no es para detenerse mucho en él, ni para tomarle por principal y ordinario, porque el aprovechamiento suele ser poco y con peligro siempre de ser engañadas con representaciones y imágenes de criaturas, y las que importaria conservar en el alma, cual es la de Cristo crucificado, etc., desaparecen fácilmente; y si con fuerza se procuran sustentar fatigan demasiado la cabeza y múdanse por instantes. Por esto aconseja el divino Dionisio á su discípulo Timoteo que en los ejercicios de la contemplación lo primero que ha de hacer, y en que ha de poner sus fuerzas y cuidado, es en dejar los sentidos, así exteriores como interiores, como diremos en el cuarto modo de andar en la presencia de Dios. Y los que toda la vida gastan en imaginar, sin pasar adelante, lean el capítulo catorce de la primera y segunda parte de los *Triunfos* y el diálogo octavo de la *Conquista*, y echarán de ver más claro que el día sus pobres y cortas ganancias y la necesidad que tienen de espiritualizar esto corporal con que juegan, desnudándose de las imágenes y figuras de criaturas, que para el conocimiento legítimo y verdadero de Dios impiden grandemente.

Digo, lo tercero, que en la meditación de los misterios de la humanidad de Cristo nuestro Redentor nos podemos muy bien aprovechar de la imaginación, conservando en ella el paso que más devoción causare en nuestra alma, no ociosamente, sino con el ejercicio de aspirar despertando afectos diferentes de amor de Dios, de temor y reverencia. Pongamos ejemplo: yo pienso por la mañana en Cristo crucificado, y no le voy á buscar al Calvario de Jerusalén (que sería eso cansancio grande) sino dentro de mi corazón, y con esta facultad imaginaria le dibujo y pinto azotado, escupido, herido por muchas partes, colgado de tres clavos, rodeado de inmensos dolores; al fin, en figura lastimosa, ó porque habré visto algún Cristo muy devoto de que me aprovecharé, ó porque yo me lo pintaré como digo. En esta mi consideración tuve algunos sentimientos de la bondad de Dios, que tan á su costa procuró mi remedio; del amor, que á tal extremo trajo al Verbo divino; de la grandeza de mis culpas, que tuvieron necesidad de tal Médico y medicina; de la estimación de la virtud, que obligó al Criador á tal muerte por darla á conocer al mundo; del horror del infierno, que para librarnos de él quiso Dios sufrir tales penas, etc. Esta figura y estas consideraciones me han de acompañar todo el día, advirtiendo lo primero que no es hombre á secas éste que imagino, sino verdadero Dios y Hombre verdadero. Lo segundo, que no sólo hizo oficio de Redentor muriendo, sino que nos quedó en dechado y ejemplar para que imitemos sus virtudes y nos conformemos con Él en la paciencia, humildad, caridad, tolerancia, en las adversidades, en la obediencia, resignación, etc. De manera que ofreciéndose alguna ocasión de ira, de impaciencia, de soberbia ó engreimiento, tengo de mirar á mi dechado y considerar cómo se hubo con sus enemigos y cómo se humilló hasta la muerte de cruz; y procurar ajustarme con Él y conformarme diciendo: ¿Cómo admitiré yo en mi corazón pensamiento soberbio, viendo á mi Dios tan humillado y menospreciado? ¿Cómo me enojaré yo contra mi hermano, viendo á mi Cristo con tan grande paciencia entre tan grandes ofensas?

Y faltando estas ocasiones ¿cómo, me ocuparé todo el día? Haciendo actos anagógicos, despertando la parte afectiva y aspirando á Cristo en la figura que le consideras en tu imaginación. ¿Dios por mí crucificado? ¿Dios por mí muerto? ¿Dios por mí entre ladrones? ¿Dios por mí coronado de espinas? ¿Con qué satisfaré, Señor, á tanta deuda? ¿Cómo saldré de tan grandes obligaciones? *Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi. Calicem salutaris accipiam*, etc... ¿Queréis, mi Dios que muera por Vos? Veis aquí mi vida, veis aquí mi salud, veisme aquí todo; Vos sois mi vivir, y el morir por vuestro servicio mi ganancia ¡Oh Cristo mío! ¡Quién te amase! ¡Quién muriese á sí y á todas las cosas para vivir á ti solo! «Trague, Dios mío, ruégotelo yo, mi mente, y apártela de todas las cosas que debajo del cielo hay la encendida y melíflua fuerza de tu amor, para que por amor tuyo muera, pues por mi amor te dignaste de

morir» (1). De esta manera podrá formar oraciones breves y quedarse desde la mañana con alguna de las consideraciones más devotas que hubiere tenido, la cual rumie entre día, despertando siempre, como dije, afectos de amor; que aunque en los principios parezca este ejercicio de la imaginación sola, el fin será gloriosísimo y de la mente, que es lo que aquí pretendemos: y pido á Dios conceda á todos los que con humildad se ejercitaren en esta facultad.

Del tercero modo de presencia de Dios, que se dice intelectual ó del entendimiento.

La tercera manera de traer á Dios presente se llama intelectual, porque sólo el entendimiento, sin formar alguna imagen aprovechándose del conocimiento que tiene, ó de la fe ó de la lumbre natural, echa de ver que está Dios en todas las cosas, por esencia, presencia y potencia, y que, como dijo el Apóstol (Act., 17), en Él vivimos, en Él nos movemos y en Él somos. De donde vinieron á decir algunos filósofos que Dios era ánima del mundo, significando en esto que de la manera que el ánima está toda en todo el cuerpo y toda en cualquier parte de él; por esencia, dando ser á todo y á las partes; por presencia, viendo y juzgando de las acciones del todo y de las partes; por potencia, ejercitando en el todo y las partes su poder, así Dios está en todo el mundo y en toda partecilla de él, y en cada una de las criaturas por pequeñuela y mínima que sea, haciendo con infinitas ventajas estos oficios. Cualquiera, pues, que quisiere traer presente á Dios en esta forma, debe considerar todo el mundo como un cuerpo, cuyos miembros son todas las criaturas y cuya ánima es Dios, porque le da ser, quitadas todas imperfecciones (2), que le penetra, conserva y mueve. Y cuando viere la hermosura, así en este todo como en alguna de sus partes, su armonía, su vida y movimiento, y las demás perfecciones que se pueden y deben considerar en las criaturas, reconozca en ellas la excelencia y grandeza del alma que las rige y gobierna y les da que sean; y levántese todo al Criador, diciendo con el Profeta (Psal. 91): Deleitádome habéis, Señor, con vuestra hechura, y en las obras de vuestras manos me alegraré y regocijaré. ¡Cuán engrandecidas son, Dios mío, vuestras obras, y todas las habéis hecho con sabiduría, y toda la tierra está llena de vuestra posesión! Al fin, es Dios inmenso, y por su inmensidad no puede faltar ni del cielo, ni de la tierra, ni del mar, ni de los infiernos, ni de alguna de todas las cosas que crió; por el mismo caso que es inmenso es infinito, incomprensible, incircunscriptible y eterno; en todo lugar está Dios y en ninguno, porque de ninguno falta y ninguno le comprende. Está dentro de todas las cosas, porque todas las llena y á todas se halla presente. Está fuera de todas, porque todas las abarca y ninguna le estrecha ni comprende. Está debajo de todas, porque todas las sustenta y sin Él ninguna puede sustentarse. Está sobre todas, porque á todas preside y ninguna se le iguala. San Buenaventura pone muchos modos de estar Dios en las cosas: ó por naturaleza, que es por esencia, presencia y potencia; ó por gracia, como está en los justos: *Qui manet in me, et ego in illo* (Ioan., 15); ó por gloria: en la parte racional del alma como verdad, en la concupiscible como bondad, en la irascible como potestad; ó por unión, como estuvo en el vientre de la Virgen unido á la humana naturaleza, y en el sepulcro unido á la carne, y en el infierno unido á la ánima de Cristo. Item se dice estar en algún lugar cuando revela cosas ocultas. *Vere Deus est in loco isto* (Genes., 28); ó por identidad de naturaleza, como está el Hijo en el Padre y el Padre en el Hijo, y el Espíritu Santo en uno y en otro; ó por operación de milagros, como se dice en el Éxodo (Exo., 8): El dedo de Dios está aquí; ó por conservación y gobierno, y así está en el mundo. En la Iglesia está como un padre de familia en su casa. En los esco-

(1) Esta oración entrecomada la toma el P. Ángeles de su seráfico fundador San Francisco, según puede verse citada en el diálogo V de los *Misterios de la Misa.*

(2) Con este inciso refuta el autor, sin nombrarlos, así el panteísmo, que admite un *infinito-finito* con las imperfecciones de partes y mudanzas, como el teísmo, que sueña con un mundo infinito y eterno ó niega la providencia y comunicación del Criador con sus criaturas; quedándose en la tesis católica de un solo Dios infinito que, después de comunicarse creando distintas sustancias, cuida y conserva lo criado con su poder, sabiduría y bondad, que sólo metafóricamente llama *alma* el padre Ángeles.

gidos, para librarlos de todo mal y ayudarlos en el bien. En el ánima fiel está Dios como esposo en su tálamo, como rey en su reino, como maestro en su escuela, como fuente en los huertos, como luz en las tinieblas, como tesoro en el campo, como vino en la bodega, como carbunco en el anillo de oro, como maná en el arca, como sello en la carta, como medicina en la botica, como cítara en el banquete, como imagen en el espejo, como miel en el panal, como fruta en el árbol, como ólio en la lámpara y como azucena en los valles. ¡Dichosa el alma que mereció tener á Dios dentro de sí de tantas maneras! Al fin es Dios mi esposo, mi rey, mi maestro, mi fuente, mi luz, mi tesoro, mi vino, mi maná, mi sello, mi medicina, mi cítara, mi miel, mi fruto, mi ólio y mi panal dulcísimo.

Corre, pues, oh ánima, por todas estas consideraciones, y como abeja codiciosa y artificiosa saca de tan bellas flores tu sustento y tu regalo. Deprende á tener á Dios presente en todas las cosas, y en ti, si estás en su gracia, con más particularidad que en todas las demás criaturas. En esta consideración puesto considero yo al Profeta santo cuando hablando con Dios dijo: *Quo ibo a spiritu tuo et quo a facie tua fugiam?* ¿A dónde me iré que me pueda esconder de la presencia de tu invisible y incorpórea divinidad? ¿O á dónde me acogeré que me esconda de tu vista? San Agustín dice (Agust., in *Psalm.* 138) sobre este verso: ¿Quién puede huir en el mundo de aquel espíritu de que está lleno el mundo? *Spiritus enim Domini replevit orbem terrarum, et quo a facie tua fugiam?* (Sap., 1). Lugar busca adonde escape de la ira de Dios; pero ¿qué lugar hay que reciba al fugitivo de Dios? Los hombres que reciben y amparan fugitivos lo primero que preguntan es de quién vienen huyendo, y si hallan que el señor de quien huyen es poco poderoso, sin algún miedo los reciben, diciendo ellos en su corazón: No tiene amo éste que le pueda buscar y seguir. Pero si oyen que el señor es poderoso, ó no los reciben ó si los reciben es con gran miedo. Pero ¿á dónde no está Dios? ¿ó quién engañará á Dios? ¿ó á quién no ve Dios? ¿ó de quién no sacará Dios su fugitivo? ¿A dónde, pues, irá este fugitivo de la presencia de Dios? Vuélvese á una y otra parte, como buscando adonde podrá huir, y dice: *Si ascendero in coelum, tu illic es; si descendero in infernum, ades*: Si me subiere al cielo, Vos, Señor, estáis allí; y si me bajare á lo más profundo de la tierra, también estáis allí presente. Al fin, dice San Agustín, conociste, siervo malo y fugitivo, que de ninguna manera puedes escaparte de Aquel de quien te quisiste ver lejos y apartado, porque está en todo lugar. ¿A dónde quieres ir? *Si sumpsero pennas meas diluculo et habitavero in extremis maris*: si muy de mañana me levantare y tomare las alas del alba y con grande ligereza volare á los extremos de la mar (esto es, del oriente al occidente), *etenim illuc manus tua deducet me, et tenebit me dextera tua:* también, Señor, os hallaré allí, porque para hacer esta jornada Vos me habéis de guiar; y para estar y perseverar allí vuestra potencia y vuestro cuidado lo ha de hacer. Luego ocupando todos los extremos vuestra presencia, de los medios no podéis faltar; luego por ningún caso me podré esconder de vuestros ojos. *Et dixi: Forsitan tenebrae conculcabunt me et nox illuminatio mea in delitiis meis*: Yo dije viendo esto: Por ventura las tinieblas me esconderán para que no me veáis; cómo me esconderé para que no sea visto de los hombres Pero luego conocí mi locura y pensamiento vano; porque la luz será la que me descubrirá y manifestará en mis deleites: esto es, cuando en lo más profundo de la noche quisiere tomar mis gustos, como lo hacen los hombres carnales y sensuales. Los hebreos leen este verso: *Et nox illuminatio circa me*: La noche sirve de hacha encendida que me alumbra y manifiesta. Eutymio y otros autores graves, por *Delitias* entienden al mismo Dios, de que á oscuras y sin la luz de los ojos corporales goza el alma más á su salvo y con Él tiene sus deleites, entretenimientos y gustos. *Quia tenebrae non obscurabuntur a te et nox sicut dies illuminabitur: sicut tenebrae eius, ita et lumen eius.* Porque, Señor, ningunas tinieblas son para Vos oscuras; porque la noche para Vos es como el claro día; y lo mismo las tinieblas que la resplandeciente luz. Como si dijera: Ni tenéis necesidad del día para ver, ni os impide la noche para que no veais. *Quia tu possedisti renes meas: suscepisti me de utero matris meae* Y no es maravilla que ninguna cosa de mi persona se os esconda adonde quiera que estuviere, pues que mis renes (por los cuales son significados los afectos) y todas las partes más secretas de mi cuerpo, Vos, Señor, desde el principio las habéis poseído,

porque en el vientre de mi madre las criastes, y las tenéis siempre en vuestra plenísima voluntad y íntimamente las morais; y desde el mismo vientre de mi madre me recibistes en vuestra tutela y cuidastes de mí, dándome vuestra gracia y preservándome de males. Por lo cual, *Confitebor tibi quoniam terribiliter magnificatus es. Mirabilia opera tua, et anima mea cognoscet nimis.* Este es un afecto admirable, nacido de la consideración de la grandeza y omnipotencia de Dios, de su providencia y cuidado acerca de los hombres. Confesaros he, Señor, y alabaros he, porque horriblemente os habéis declarado poderoso y bueno, grande y misericordioso. Maravillosas son vuestras obras, y mi ánima de todas maneras las conoce. De esto ha de servir la meditación: de sacar afectos; digo que de otra manera es de muy poco fruto. Parece que se halló el Profeta como atajado y embazado con tantas maravillas como contempló en sí, y no pudo retener el ímpetu de su espíritu divino. Confesaros he, porque terriblemente sois engrandecido. Cosas hizo Dios en la fábrica del hombre, y tan admirable se mostró en ella, que no supo cómo declararlo el Profeta sino diciendo: Terriblemente os habéis mostrado magnífico; porque la voz *terrible* más es para cosas de espanto que para las que tienen artificio y traza, que pertenecen á la sabiduría del que las hace. Pasma un ánima y queda como atónita y fuera de sí cuando considera las maravillas de Dios en sí misma y en su cuerpo. *Terribiliter magnificatus es.*

Non est occultatum os meum a te, quod fecisti in occulto, et substantia mea in inferioribus terrae. Prosigue declarando cómo ninguna cosa de cuantas hay en él se pudo esconder de los ojos de Dios, y viene á tratar del secreto del vientre materno. Ninguno de los huesos, Señor, que hiciste en secreto se esconde de Vos, ni la sustancia toda, ó la masa de mi cuerpo, que en las entrañas de mi madre secretísimas, mucho más que ningún escondrijo de la tierra, con tanta variedad y hermosura formaste, pudo desaparecer y huir de Vos. San Agustín y otros muchos por *hueso* entienden fortaleza, y alegorízalo admirablemente. Hueso formado de Dios en secreto, dice él, es una firmeza interior y fuerza secreta en el ánima, que nunca se dobla ni quiebra. Levántense los tormentos y tormentas que se pudieren imaginar; vengan tribulaciones sin medida; encruelézcanse los tiranos; bramen los perseguidores; ármense los demonios, que el hueso que Dios hizo en secreto no puede quebrarse ni doblegarse. Sigue este pensamieto muy á la larga. Yo pido á Dios, por quien es, críe en mi alma tal hueso y tal firmeza, para que nada me pueda apartar de Él.

Imperfectum meum viderunt oculi tui, et in libro tuo omnes scribentur: dies formabuntur et nemo in eis. Este es un verso dificultosísimo, y para que haga sentido se han de suplir algunas cosas. Cuando, Señor, yo estaba informe (propiamente embrión) en el vientre de mi madre, vuestros ojos me vieron lo que había de ser y en lo que había de parar, y delante de Vos, como en un libro, teníais escritos y presentes todos mis miembros, nervios y artejos; y antes de que ninguno de ellos estuviese formado los estábais mirando con toda su perfección. Los hebreos trasladan esta partícula así: *Et in libro tuo omnia ipsa scilicet membra scribebantur cum per singulos dies formarentur et ad huc nullum extaret in eis*: En vuestro libro todos mis miembros se escribían, cuando en cada uno de los días, ó por sus días contados, se iban formando, y cuando ninguno de ellos tenía ser ni forma. Como si más claro dijera el Profeta: Señor, ¿cómo es posible esconderme yo de Vos, pues mis huesos mucho antes que los formásedes, cuando no había ninguno de ellos hecho, los teníades escritos todos en el libro de vuestra divinidad? Y si queremos seguir nuestra letra podemos ordenarla de esta manera: En el libro de vuestro conocimiento serán escritos todos los hombres, los que por sucesión de días se irán formando, y ninguno de ellos se formará que á Vos se os esconda; todos los conocéis sin faltar uno. Mire, pues, el que se ejercita en buscar la presencia de Dios, á dónde se podrá volver que no halle lo que busca, que no tope con aquel Señor que todo lo llena y que nada se le esconde. Es lindo ejemplo el del pece dentro del gran océano, que á donde quiera que camina va siempre rodeado y cercado de agua; y el ánima contemplativa en todo lugar y en todo tiempo reconoce á Dios y se halla en su presencia, porque toda ella anda nadando en el inmenso piélago de su infinito ser ¿A dónde me iré de tu espíritu? ¿A dónde me acogeré de tu faz? Sube al cielo y veráslo lleno de gloria; baja á los abis-

mos y conocerás el rigor de su justicia; entra y penetra en la agudeza de la consideración de las naturalezas de las cosas, y veráslo más íntimo á ellas que ellas á sí mismas; y si quisieres parar en lo exterior conocerás millones de primores de su hermosura, saber y bondad.

Para este ejercicio, á mi parecer, es necesario que preceda la vía purgativa y que le acompañe la iluminativa, para que se haga la vía tercera perfectísima, que los Santos llamaron de unión, y adonde yo llevo ojo á detener la pluma algún tanto, por ser materia tan dificultosa y de tan pocos entendida y gustada. San Buenaventura dice que por la purgativa se dispone el alma para aprender la verdadera sabiduría; por la iluminativa, que consiste en la meditación y consideración de las obras de Dios y del mismo Dios, se enciende en el amor suyo; por la unitiva es enderezada y llevada á lo alto por el mismo Dios, sobre todo entendimiento, razón y inteligencia. Según esto, temeridad será tratar de la unión sin haber pasado por las purgas y jarabes de la penitencia, y recibido luz en el entendimiento y orden en las demás potencias, según que se escribe (Psal. 83): *Ascensiones in corde suo disposuit in valle lachrymarum.* Al fin, por gemidos y lágrimas el alma se limpia del orín y escorias de los pecados y se prepara para recibir el reino de la divina luz. Porque, como vemos en el espejo material, que si, estando empañado y turbio, aunque nos miremos á él no nos muestra el rostro que tenemos; pero limpiándolo, luego que nos ponemos delante representa lo que de verdad somos, así en desterrando de nuestro espíritu las tinieblas y noche de los pecados, que lo ofuscan y enturbian, luego el sol de la divina gracia envía sus rayos y la baña de luz. Del Verbo eterno dijo el Sabio (Sap., 7): *Candor est lucis aeternae et speculum sine macula.* Luego habiéndose de unir el alma por amor á Él, necesario es que esté limpísima como un espejo y blanquísima como la misma blancura; porque habiendo disimilitud, no puede haber la unión deseada. Y porque pretendo ordenar un pequeño tratado de estas tres vías ([1]), aunque tengo dicho mucho en los *Diálogos* y *Lucha espiritual*, quiero tratar del cuarto modo de presencia de Dios y dar fin á este ejercicio.

([1]) Este opúsculo es uno de los que se han perdido, y sólo dejó muestra de él en el *Cantar de los Cantares*, págs. 677 y 681, según puede verse en la *Introducción.*

Del cuarto modo de andar en la presencia de Dios, que se dice de la mente ó mental ó unitivo.

Para este punto quisiera haber acabado con las obras del entendimiento y de la imaginación; para que sola la voluntad y el afecto puro nos acompañara; que, á la verdad, tanto más aprovecharemos en este ejercicio cuanto menos discurriéremos y más amáremos; porque es esta obra más de afecto que de discurso. No te contentes, pues, alma mía, con tener presente á Dios, conociendo su infinito ser, su majestad y grandeza, sino pretende y procura con afectos vivos de amor encendidos unirte á Él, hecha un espíritu con su espíritu. Para esto han de servir todos los ejercicios: el conocimiento de las criaturas, las consideraciones de las perfecciones divinas, la luz de las Escrituras santas, la multitud de los beneficios de Dios, las mercedes de cada día; porque todo se ordena para despertar en nosotros la fuerza concupiscible y con ella formar ó sacar actos amorosos, mediante los cuales se hace la unión tan deseada. San Agustín decía que todas las criaturas andaban ocupadas con los hombres en la cobranza del amor que debemos al Criador, porque lo que todas han recibido de su poderosa y liberal mano, como ya dijimos, lo habemos recibido nosotros, con obligación de este retorno de agradecimiento y amor; y á ninguna de todas quedamos obligados, aunque recibamos de ella grandes beneficios, sino al común Bienhechor, que las mueve y ordena en nuestro servicio. Pues mira bien, si puedes, lo que Dios ha repartido por todas las criaturas, en el cielo y en la tierra, en el aire y en el mar, y verás cuán obligado estás á amarle y servirle y nunca cesar ni parar en sus alabanzas. ¡Oh, Señor, quién os amase como lo pide mi obligación! ¡Oh quién os abrazase con tan fuerte y apretado abrazo que ninguna cosa mediase entre los dos, ni nos dividiese ni apartase para siempre! ¡Oh quién nunca cesase de amaros y serviros! ¿Qué hay para mí en el cielo sin Vos, y sin Vos qué puedo querer en la tierra? (Psal. 72). Muchas veces me he puesto á considerar aquel mandamiento de Dios que en el Levítico

puso á los sacerdotes, de que siempre ardiese fuego en su altar; y pienso que fué en significación de esto que voy diciendo, porque ningún cuidado mayor ha de haber en el alma que el de arder siempre en el amor de su Dios, hecha, como dijo Isaías (Esa., 31), una calera encendidísima, que no sólo convalezca y se cebe en su material propio, sino en su contrario, como el fuego que bajó sobre el sacrificio de Elías, que quemó el buey y la leña y las piedras y se lambía el agua que estaba en derredor (IV Reg., 18). San Bernardo dice que ningún hombre, aunque sea infiel y el más bárbaro del mundo, se excusa de no amar á Dios de todo corazón, porque clama la justicia concreada y nacida con la misma razón que Aquel debe ser querido y amado de todos al que se conoce debérsele todo. Y Boecio dijo: *Inserta nobis est naturatiter summi boni cupiditas, et dilectio*: Naturalmente está inserto en nosotros un amor como deseo y codicia del sumo bien, al cual como por fuerza nos quieren llevar todas las criaturas. El cielo y la tierra y cuanto hay en ellos, dice el gran padre Agustino, me dan gritos diciéndome que te ame, Señor mío; y son tan grandes estos gritos y voces, que ninguna excusa tendremos si no te amamos. Y ¿qué es este mundo visible, sino una hornaza de brasas encendidísimas que nos calientan y encienden en el divino amor, en el cual quien perseverare frío perecerá para siempre? Es Dios como centro del amor, adonde con el peso del mismo amor es llevada toda criatura. Y es tan amable, que en su manera y como si dijéramos á porfía le aman todas las criaturas sensibles y insensibles. ¿Qué son las inclinaciones de las cosas naturales sino unos amores con que son llevados á Dios? ¿Qué es la gravedad en la piedra sino amor al centro? ¿Qué la ligereza en el fuego sino amor á la esfera? Pluguiese á Dios que los que usamos de razón imitásemos á las irracionales y insensibles criaturas, que fuera de sus centros están como violentadas, y en quitándoles el impedimento se van despeñando á ellos. Todas ellas cuantas son nos dan de bofetadas y con afrenta nos echan de sí á empellones, y en voces altas nos están diciendo: Hombrecillos, ¿para qué os llegáis á nosotras, que no somos el bien que buscáis ó debéis de buscar? Andad vuestro camino, buscad vuestro centro y lugar de reposo, que en nosotros ni le hay ni le puede haber. Con esto somos tan locos, tan desatinados y ciegos, que resistiéndonos las abrazamos, y afrentándonos las regalamos, y contra su voluntad las detenemos, y si huyen de nosotros las seguimos, y siendo todas diputadas por nuestro servicio las hacemos señoras nuestras y nosotros esclavos suyos. Espantoso milagro, no de Dios, sino del demonio, dejar un alma de caminar á su Criador, que es su legítimo y verdadero centro, detenida en pajuelas y á veces en nada. ¿No fuera cosa de espanto ver una peña suspensa y colgada en el aire sin impedimento alguno? Pues de mayor espanto es ver un alma, criada para Dios, suspensa en el aire de la vanidad y detenida en una paja liviana del puntillo de la honra ó interese temporal. ¡Oh centro divino! ¡oh bien infinito infinitamente atractivo! ¿quién me detiene que á Ti no vaya? ¿quién retarda mi carrera? *O custos hominum, quare posuisti me contrarium tibi et factus sum mihimetipsi gravis? Cur non tollis peccatum meum? et quare non aufers iniquitatem meam?* (Iob., 7) [1]. Desta manera podrá el alma despertarse y provocarse al amor de Dios, que es el fuego que su Majestad quiere que arda siempre en el altar de nuestro corazón, mediante el cual se hace la unión á que debemos siempre aspirar. En el principio de este punto dije que para tratarlo ó ejercitarlo quisiera verme sin los discursos del entendimiento y obras de la imaginación; y ahora lo digo también, porque donde quiera que se hallen estas dos facultades no se puede gozar de perfecta quietud; por lo cual enseñando el divino Dionisio á su discípulo Timoteo el camino de la unión, entre otras cosas le dice: Tú, empero, Timoteo carísimo, acerca de las visiones místicas, con fuerte lucha pelea por dejar los sentidos y las operaciones intelectuales y todas las cosas sensibles y inteligibles, las que existen y las que no existen; y como es posible ignorantemente te levanta á la unión de Aquel que es sobre toda sustancia y conocimiento. Porque con exceso de ti mismo, ó excediendo y saliendo de ti y apartándote lejos de todo lo que enreda y de todo lo absoluto, limpiamente serás llevado al sobresustancial rayo de las divinas tinieblas. Y mira que de

[1] «Oh guardador de los hombres, ¿por qué me pusiste en contra tuya y me hice pesado á mí mismo? ¿Por qué no quitas mi pecado y no borras mi iniquidad?»

estas cosas no des parte á los sabios del mundo, que escarnecerán de ti, etc.

Y porque este lugar le tengo largamente tratado en la *Lucha espiritual* y trataré más de propósito en otra ocasión, porque en él se incluye la verdadera sabiduría del apóstol San Pablo, la alteza de toda la perfección (según que se puede alcanzar de los viadores) y toda la profundidad de los libros de San Dionisio Areopagita, brevemente diré ahora, de sentencia de Alberto Magno, que el fin de este ejercicio y de los demás que se hallan en los Santos no es otro que caminar á Dios y de todo en todo quietarse en Él, cada cual dentro de sí mismo, por purísimo entendimiento y devotísimo afecto, esto es, sin las imágenes y implicaciones de los otros sentidos exteriores y interiores. San Buenaventura, en el libro de sus *Soliloquios* y sobre el primero de las *Sentencias*, enseña admirablemente cómo nos habemos de disponer para la unión diciendo: ¡Oh ánima devota!, si aspiras á la celestial dulcedumbre procura tener bien purgado el entendimiento y bien dispuesto el afecto, porque el sumo Bien no se deja ver sino de almas muy puras, ni se deja gustar sino de afectos bien ordenados. El Maestro de las sentencias pone tres grados de purificación en el entendimiento y otros tres en el afecto. Entendimiento purgado en grado primero es el abstraído y apartado de las cosas sensibles y exteriores; porque Dios no es visible, ni tangible, ni odorable, ni gustable. Entendimiento purgado en grado segundo es el que se aparta de las imágenes y bultos que se depositan en los sentidos interiores; porque Dios no es terminable, ni figurable, ni numerable, ni circunscriptible, ni conmutable, ni imaginable. Entendimiento purgadísimo en grado tercero es el que se abstrae y aleja de las fisicas y naturales raciocinaciones, silogismos y discursos; porque Dios no es demonstrable, ni definible, ni opinable, ni investigable, ni comprensible. Y esto es lo que dice Dionisio á Timoteo: Deja los sentidos y las operaciones intelectuales, lo cual suele costar y cuesta grande trabajo; y dichosa el alma que lo alcanza. Pero advierto al devoto y pío lector que, aunque esto tiene dificultad, la tiene mayor la purificación del afecto, que entonces se dice purgado cuando está libre de toda culpa; más purgado, cuando de las secuelas de los pecados, esto es, de las viciosas y malas inclinaciones; purgadísimo, cual aquí lo pedimos, cuando huye de todas las ocasiones que puedan inducir á pecar, no sólo mortal sino venialmente. Y en esta cuenta entran las amistades cuyo fin no es el mismo Dios, como ya dije; el amor propio, el bien me quiero y la propia voluntad; que esto es lo enredoso que se manda dejar á Timoteo: *Etenim excessu tui ipsius, ab omni irretentibili, munda*, etc. Porque el alma aficionada á alguna criatura está como presa y enredada, y hasta que se rompan estas prisiones de la afición no es posible levantarse limpiamente á Dios ni con la ligereza que se requiere. Pero ¿de qué manera podrá nuestro espíritu apartar de sí las imágenes y representaciones de criaturas cuando trata de los anagógicos excesos? Si, como dice Gersón, no para en el conocimiento de Dios, cuando medita y piensa de Dios, antes trabaja de pasar luego al afecto y aspirar al gusto sabroso del que todo es amable, todo suave y de codicia. Ocurrirte ha, dice él, en esta lucha (que lucha se llama, y es la subida á Dios sin sentidos y sin entendimientos), gran tropel de pensamientos, de fantasías, imágenes y figuras de cosas; pero tú fuertemente las has de rechazar y desterrar de ti con la mano de la devoción, y como sacudiéndote la cabeza procurar salir libre en el espíritu. A este propósito dice un contemplativo que á la unión ha de preceder forzosamente la abstracción, esto es, el desamparo de las criaturas, que es cuando la voluntad se suelta y se desase de todas ellas, hasta de una aguja, de una imagen de papel, y de su padre, madre y hermanos, y de la propia vida. Y esto es haber alcanzado el odio santo tan encomendado en el Evangelio y tan celebrado de los Santos y tan necesario para este ejercicio; porque no merece ser discípulo de Cristo el que ama alguna criatura, sea la que fuere, más que á Él, ó fuera de Él. A esta abstracción se sigue la desnudez interior, que es limpieza de pensamiento y despego de todas las cosas, que se han de tratar como si no fuesen. *Et qui habent uxores tamquan non habentes sint, et qui utuntur hoc mundo tamquan non utantur*.... Casado, como si no lo fuésedes, y en el mundo, como si no estuviésedes en él. Y yo sé decir aquí que en desenredándose la voluntad y soltándose de las criaturas, es fuerza que trabe de su Criador y que el entendimiento se desnude, como aquí decimos,

porque él no piense sino de lo que se quiere bien y se ama. Síguese de ahi una paz en el alma y una quietud interior tan grande, que nada la puede turbar: y aquí tiene Dios morada de paz, habitación quieta y un cielo sereno, adonde el alma estará de muy buena gana abrazada con Él sin gusto de salir fuera de sí ni de tratar con criaturas. Aquí es hecha una con el Sumo [1], y tan una, que no hay en la naturaleza cosa criada cómo esto se pueda declarar de la manera que es; pero el autor de la *Mística Teología*, como es posible, nos lo declara por cuatro ejemplos, que aunque no corren á cuatro pies, porque del Criador á las criaturas no hay proporción, descúbrennos algo de lo que andamos investigando El primero es del enjerto, que de un tronco de un acebuche y de una púa de un olivo se hace un árbol mediante el calor y el sudor de los dos: y tan uno, que soldada la enjertadura y creciendo la generosa púa, no se ve hoja ni fruta del acebuche, sino del olivo. Pero advirtió bien Basilio, que para que no se malogre este enjerto es necesario que el hortelano vaya con cuidado de quitar los renuevos y pimpollos que suelen salir del acebuche, que como son hijos naturales fácilmente se aplican toda la virtud de la raíz al sustento y regalo de ellos, desamparando lo que en alguna manera es forastero y extraño. Tal es la unión entre Cristo y el ánima, que mediante la gracia y amor unitivo de los dos resultaron, según que el mismo Cristo lo dió á entender por San Juan, diciendo (Ioan., 15): *Ego sum vitis [vera] et vos palmites, manete in me, et ego in vobis ut fructum plurimum afferatis* [2]. Cógense frutos colmadísimos de esta unión, no ya de hombres á secas, sino de hombre y de Dios, si ya no decimos de sólo Dios, porque se le sigue lo que dice el Apóstol de sí mismo (Gal., 2): Vivo yo, ya no yo, vive en mí Cristo. Si se mira la raíz y fundamento ó tronco de este enjerto divino, Pablo es; pero si el fruto ó lo que fructifica, Cristo es. Es como si dijésemos lo que da el ser á este olivo racional: *An experimentum quaeritis ejus qui in me loquitur Christus*? (II Cor., 13). Pero mira bien, hombre, que deseas y aspiras á la unión con Cristo, que es necesario en ella el cuidado de San Basilio, que los renuevos y pimpollos que brota la naturaleza se quiten luego por que no se lleven la virtud al divino pimpollo, que para crecer y fructificar es menester que esté solo (II Cor., 4): *Semper mortificationem Iesu in corporibus nostris circumferentes ut et vita Iesu manifestetur in carne nostra mortali.* Ha de morir el amor propio, la propia voluntad, el bien me quiero, el apetito de la honra, la desmedida codicia de la hacienda, etc. Estos son hijuelos que siempre están naciendo de nosotros: son las espinas y abrojos que lleva la tierra maldita de nuestra carne, que San Pablo llamó (Col., 3) miembros nuestros, por estar embebidos en nuestro ser, los cuales continuamente se han de mortificar. Y yo fío que con esta diligencia el enjerto dé frutos copiosísimo, y parecerá en el ánima unida de esta manera, no lo que es suyo propio, sino lo que es propio de Dios. Ella desaparecerá y Él se manifestará en ella hecha ya más que humana. Humano es el segundo ejemplo, pero divinamente ayuda á nuestro deseo. Tomáis una gota de agua y echaisla en una cuba de vino de San Martín; es cosa cierta que la agua se une de manera con el vino que de todo punto desaparece y se convierte en el vino y cobra su color, olor, sabor, valor y efectos todos, como la experiencia lo muestra al ojo. Tal es el ánima que cae en el piélago inmenso de la grandeza de Dios. Sólo que no pierde su naturaleza y eficacia, que al fin se queda ánima, pero en lo demás desaparece, húndese y, si así se sufre decir, aniquílase, porque todas sus fuerzas interiores son deificadas ó endiosadas ó llenas de divinidad: como una estrella [1] que, siendo de su naturaleza tenebrosa, por la presencia ó vista del sol queda luminosa, reverberante y clara. Hasc Dios en esta unión como forma, y el alma como materia ó cuerpo. Lo que digo es que es Dios respecto de nuestra alma lo que el alma respecto de nuestro cuerpo, que le da vida y movimiento y lo bueno que tiene todo. ¡Oh dulce y amable unión!, tan amable y dulce, que si alguno tuviese verdadera noticia de ella y la hubiese sentido y gustado sólo una vez; si atentamente y con quietud se pusiese á pensar en ella, con dificultad podría conten-

[1] Las ediciones de 1624 y 1699: con el *uno*.

[2] «Yo soy la vid verdadera... y vosotros los sarmientos...; permaneced conmigo y yo en vosotros... para que llevéis mucho fruto». Al traducirlo, he puesto puntos suspensivos para indicar lo mucho que se deja el autor, y puede verse en el capítulo citado.

[1] Ahora diríamos *un planeta*.

tarse ([1]) que no se arrebatase y saliese de sí; como nos consta del santo fray Gil, que con sólo oír por la calle *Paraíso* se arrebataba. Y por ventura para significar esta unión amorosa se mezcla en la Misa con el vino del cáliz una pequeña gota de agua. ¡Oh ánima! ¿cómo no aspiras á esta unión? Entra en este mar océano del infinito y inmenso Dios y piérdete allí, que en ese perderte está el ganarte para siempre. *Mortui estis et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.* Allí se esconde la propia vida y no se ve sino la de Dios. *Cum autem apparuerit Christus vita vestra, tunc apparebitis vos cum ipso in gloria.* El alma unida huele á Dios y sabe á Dios; tiene inmensidad, infinidad, eternidad, grandeza y sabiduría, y es por participación y por gracia lo que Dios por naturaleza (Psal. 81). *Ego dixi: Dii estis et filii Excelsi omnes.* Estos efectos se declaran mejor por el ejemplo del hierro caldeado en la fragua, que de manera le traspasa el fuego que dejándole hierro le comunica las calidades y condiciones de fuego; que lo que de su naturaleza era frío, duro y negro, se hace ardiente, blando, diáfano y lleno de luz. Así el ánima unida es hecha con Dios una alteza, una profundidad, una longitud y una anchura, y pierde toda su acción, porque la rige Dios y la mueve y la lleva y la trae porque es su vida. *Sic Paulus* (Rom., 8): *Qui Spiritu Dei aguntur ii sunt filii Dei.* Al fin hay transformación en esta junta, como lo consideró nuestro Harpio en el cuarto ejemplo de los dos espejos claros opuestos el uno al otro, que se truecan y se dan, representando uno la imagen y figura del otro. ¿Qué cosa tan admirable será ver el espejo de la eternidad careado y vuelto al espejo de la mente humana, reverberando en ella, y impresa en su corazón la imagen de ella? Entonces viene bien que diga la Esposa (Cant., 2 y 7): *Dilectus meus mihi, et ego illi ...: et ad me conversio eius.* Mas ¡ay! que no se dice lo que es, aunque se dice lo que se sabe. Los espejos se quedan apartados y entre sí divisos aunque se representan uno á otro. Pero el ánima, cuando Dios se mira en ella y le comunica su luz, queda hecha una cosa con Él, por amor unitivo. Queda como si volase una centella muy pequeña de fuego material á la esfera inmensa del fuego que allí se pierde, y queda ganada para jamás perderse; dilátase y ensánchase y acondiciónase al inmenso y incomprensible Dios. Pero callemos, que esto no es tanto para escrito cuanto para meditado, pensado y experimentado. Concédanoslo Dios por su clemencia. Atención, lector piadoso, que la pide este ejercicio, y si alguna vez las ocupaciones te impidieren la vista de Dios, haz lo que harías si vieses en un raudal de un rio una joya de oro, que si pasase algún madero ó turbia que te la quitase de los ojos, tu no los quitarias de aquel lugar adonde la viste hasta que pasando el estorbo la volvieses á ver. El que tiene oídos para oir oiga; y el que no, calle y ruegue á Dios que se los dé; y por mí, para que acabe lo que tengo comenzado en beneficio de las almas que tanto le costaron á Dios, *Cui honor et gloria et imperium in saecula saeculorum. Amen.*

([1]) Así dicen las tres ediciones que tengo á la vista, pero paréceme que el autor escribiría *contenerse.*

EJERCICIO ESPIRITUAL

PARA ANTES Y DESPUÉS DE LA SAGRADA COMUNIÓN

COMPUESTO POR EL MISMO AUTOR

§ I

Dios hombre hizo una gran cena, dice San Lucas (Luc., 14), y convidó á muchos. De todas partes es esta cena grande: grande el instituidor: no hombre, no ángel, sino el Hijo de Dios; grande la institución: no ceremonia, no sola significación, sino colación de doblada gracia por el sumo Sacramento; grande la sustancia: la misma persona del instituidor; grande el fruto que se le sigue: la vida del mundo, granjeada por la carne de Cristo. Grande conviene que sea la religión que nos llegue á gustar debidamente y con aprovechamiento de tan gran cena; porque si los demás sacramentos piden de nuestra parte gran devoción, porque nos comunican la divina gracia, ¿cuánto mayor se debe á éste, que además de la gracia nos da y ofrece el mismo Autor y fuente de ella? Nunca más íntimo, nunca más útil, nunca más suave Cristo que aquí; nunca de nosotros pudo ser gustado ni honrado de más cerca que en este Sacramento. Síguese, pues, que la suma religión sea recibir dignamente á Cristo en esta cena. Por ello dice el Apóstol (I Cor., 9): Pruébese á sí mismo el hombre, y así probado coma de aquel pan y beba de este cáliz; porque el que indignamente come y bebe, juicio come y bebe para sí, sin ofender al cuerpo de Cristo. Los demás manjares se prueban para saber la sazón que tienen, si están en su punto ó les falta algo; éste no se ha de probar con este fin, porque no le falta nada: tiene todo sabor y toda suavidad; es manjar de vida guisado por el poder y saber de Dios; tiene sazón maravillosa; nadie puede poner en él falta, si no fuera algún judío reprobado que pregunte (Ioan., 6): ¿Cómo pudo Este darnos su carne para comerla? Por eso no es para él, sino para el cristiano probado y aprobado. Al fin, yo soy el que me tengo de probar, no una sino muchas veces, si estoy sin pecado mortal [1]; si mis pensamientos son limpios; si vivo libre de negligencias y insensibilidades; si sé y confieso que este es pan del cielo que promete y da vida. Ha de preceder meditación y consideración, y acompañarnos la devoción, que es el azúcar con que se come este manjar blanco del cielo. Sobre una piedra, dijo Zacarías (Zach., 3), siete ojos están: la piedra es Cristo sacramentado, de que sale ó se saca leche ó miel, y sobre ella han de estar siete y setecientos ojos, esto es, muchas y diversas consideraciones, advertencias y recatos, porque no tropecemos en ella y nos hagamos pedazos; y en lugar de sacar salud y vida, saquemos juicio, condenación y muerte.

[1] La edición de 1624: *en* pecado mortal.

§ II

La prueba que cada uno en particular debe hacer de sí para llegar al dulcísimo Sacramento consiste, á mi parecer, en cuatro puntos principales. Primero, en la fe de este misterio, que por ser tan admirable se reduce á la omnipotencia de Dios; y el que dude en algo de lo que acerca de él tiene y enseña la Iglesia, duda del poder de Dios y le arguye de mentira, porque dice en su Evangelio (Ioan., 6): Mi carne verdaderamente es manjar, y mi sangre verdaderamente es bebida. Al fin, para comer se requiere fe, no muerta, sino viva, porque la muerta no come aquí lo mejor; come el Sacramento, pero no la gracia y virtud del Sacramento con que se sustenta y vive el alma en el ser espiritual. La caridad da vida á la fe, porque es forma de todas las virtudes; y así entiendo yo aquí fe fervorosa, animosa é inflamada, que pueda llegar en esta cena no sólo á la acción ó sustancia, sino también á la amabilísima intención del piadosísimo Instituidor. Esta es la que da llamas de fuego divino y la que enciende nuestros amores en Él; y ha de confesar estas cinco cosas: La primera, que Cristo instituyó este Sacramento con su palabra y virtud. La segunda, que debajo

de las especies de pan y vino, después de la consagración, nos da su cuerpo, su sangre, su ánima, su divinidad y á Sí todo y todas las cosas. La tercera, que este cuerpo es el que estuvo colgado en la cruz y puesto en el sepulcro, el que resucitó al tercero día y subió á los cielos, etc., etc. La cuarta, que fué entregado para remisión de nuestros pecados. La quinta, que aquí se recibe para memoria de la pasión y muerte y vida nuestra. Esta fe instruye la mente y enciende el afecto, y así nos lleva á la cena con grande ansia de gozar de ella.

§ III

Y yo pienso cierto que el haber dado lugar Dios aquí á nuestra fe es casi tan grande dádiva como la principal de habérsenos dado sacramentado; porque desmintiendo á nuestros sentidos y razón, como de hecho los desmentimos, por creer la palabra suya que dice (Mat., 27): Este es mi cuerpo, recibidle y comedle, merece oir (Ioan., 20): Bienaventurados los que no vieron y creyeron. La primera dádiva es graciosa; la segunda, merecida y como premio de la fe, que no parece que fe tan cabal podía tener otro sino el mismo Dios, comido y bebido y incorporado. El gran padre Agustín dice: Cree y comiste; más yo digo: Cree y come. Y entiendo que doy muy corta licencia para comer, porque creo que en muy pocos se halla esta fe, que merece llegar á esta mesa y comer de este manjar. El que la tiene siente dos cosas principalmente en sí: La primera, un temor reverencial tan grande, que apenas osa entrar en las iglesias donde el Santísimo Sacramento está. La segunda, el afecto maravilloso de la unión que aquí nos promete Cristo; cosa que excede todo encarecimiento humano y angélico. Yo á lo menos no sé cómo se atreven algunos á comulgar cada día y de ocho á ocho días, sin más aparejo, disposición ni medra que si lo que comen fuera sólo pan. La vida que viven dice el poco aprovechamiento que sacan de las comuniones. El que me come, dice Cristo (Ioan., 6), vive por Mí; esto es, la vida que yo vivo, santa, inocente, no ensuciada, apartada lejos de pecados, más alta que el cielo, adonde no llegan impresiones peregrinas. Mire, pues, cada uno cómo come; pruébese á sí mismo, y probado y aprobado, coma.

§ IV

Lo segundo que se requiere es dejar las cosas que nos impiden el llegar á esta cena con la disposición de vida, que son dos: La primera, la descomunión, que nos vuelve incapaces de los divinos Sacramentos. La segunda, los pecados mortales, que nos apartan de la caridad de Cristo; y como esta es mesa de caridad, no puede ser de provecho á los que se allegan á comer sin ella. Examínese, pues, el hombre cristiano y á sus solas desmarañe su conciencia y escudriñe todas sus culpas, y teniéndolas en la memoria y aborreciéndolas de todo corazón y con firme propósito de dejarlas y de comenzar y instituir nueva vida, perdone las ofensas recibidas y pida perdón á quien hubiere ofendido. Deje la ruin compañía y las ocasiones todas de pecar, y la voluntad mala. Y haga lo tercero, que es irse al confesor, si fuere posible sabio, santo y discreto; y descúbrale su conciencia y alímpiela, para que en ella como en un lienzo albísimo reciba el cuerpo dulcísimo de Jesús. Hecho esto, si algún pecado se hubiere olvidado, queda sin duda absuelto y perdonado con los demás en orden á la confesión, y la misma cena consume las reliquias malas si quedan algunas en el alma, porque es cena viva; pero sea la voluntad sincera y pura. San Bernardo dice: Cuando desfallece mi virtud no me confundo ni desconfío; sé lo que tengo que hacer: *Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo.* Bebida es esta, dice San Cipriano, y embriaguez tan sobria, que no solamente no enciende la lujuria, sino antes la apaga y mata en nosotros. El que sin estas provisiones se allega, indignamente se llega. Y dice San Jerónimo: ¡Oh Judas! ¿con beso entregas al Hijo del hombre? El corazón tienes lleno de escorpiones y de demonios ¿y entre ellos quieres recibir y aposentar al Hijo de Dios? ¿Por ventura no fué menor mal el de Judas que le entregó á los judíos y gentiles? Lo tercero que se requiere es disposición y hábito decente y digno de hombre cristiano; conviene á saber, en ayunas, con modestia, con humildad, aseo y limpieza de cuerpo, aunque sin curiosidad y profanidad; que muchos llegan á confesar y comulgar con sus espadas y guantes calzados, y cojinillos de seda para las rodillas, y muchas afeitadas y llenas de galas, que no debían

ni ellos ni ellas ser admitidos á estos divinos misterios; porque más parecen burladores de los Sacramentos que necesitados y menesterosos de los bienes y gracias que esperan por ellos.

§ V

Lo cuarto que se requiere es atención de la mente y ánimo presente, esto es, no distraído ni derramado, sino convertido á Dios por devotas y pías oraciones jaculatorias y meditaciones santas, principalmente de su pasión y muerte, que á mi parecer son las más importantes para bien comulgar. Porque una de las causas más principales de la institución del divino Sacramento fué traernos á la memoria y retener en ella la sacratísima pasión y muerte de Jesús, como lo testifica Él y su santo Apóstol muchas veces. De aquí sale la admiración, que suele sacar de sí y poner en un éxtasi admirable á muchos que frecuentan estos divinos misterios. San Buenaventura, declarando la palabra del Apóstol: Pruébese á sí mismo el hombre, dice que ha de mirar el que comulga ó dice Misa con cuánta caridad lo hace y con qué fervor se allega; porque no sólo se han de evitar los pecados mortales, sino también los veniales, que aunque no matan al ánima, si son de costumbre y hábito multiplicados vuélvenla tibia, añublada, indispuesta y no apta para la comunión. Guárdate, dice él, de llegarte tibio, desordenado é inconsiderado, porque indignamente llegas si no llegas con reverencia, circunspección y consideración. ¡Qué de enfermedades, qué de flaquezas y qué de muertes acarrean las comuniones cuando indebidamente se hacen! Pero ¿cómo se encenderá el cristiano para recibir con calor este divinísimo Sacramento? Si considera dos cosas: La primera, aquel incendio de la suma voluntad y caridad de Cristo, con que se ofreció por nosotros, viles y hediondos gusanos, á la muerte de cruz y sufrió el oprobrio de ella. La segunda, esta comida que de su cuerpo y sangre nos ofrece, tan suave, tan dulce y de tantos provechos. ¡Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu, canta la Iglesia, que para mostrar tu dulzura á tus hijos con pan suavísimo enviado del cielo á los hambrientos llenas de bienes y á los fastidiosos ricos envías vacíos! Y yo añado la tercera razón, que es nuestra grande necesidad, que no podemos sustentarnos en el ser espiritual si no comemos esta divina carne y bebemos esta sangre preciosa, porque como el cuerpo por el manjar es vivificado, tiene calor y engorda, así el ánima racional por el espíritu de Cristo, que participa en el Sacramento, con pleno afecto y entendimiento es sustentada, inflamada y vivificada.

§ VI

Pruébese, digo otra vez, el hombre que comulga y mire el fin que lleva; no sea torcido y vicioso, que destruya su obra y le deje con mayor pérdida; no sea por avaricia y codicia del interese corporal y temporal; no sea por vanagloria, ó por costumbre, ó por alguna humana complacencia ó favor de los hombres, como lo suelen hacer muchos para su mayor condenacion. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!, dice San Buenaventura y digo yo, ¡cuántos dicen que buscan el pan celestial que no buscan sino el pan de la tierra! ¡no el espíritu, sino la ganancia! ¡no la honra de Dios, sino la ambición! ¡no la salud de las almas, sino sus intereses! ¡no servir á Cristo con limpio corazón y cuerpo, sino deleitarse, enriquecerse, ensoberbecerse y regalarse de su patrimonio!

§ VII

Pues ¿qué fines ó causas nos deben mover? La primera, la purificación de mis pecados, esperando por este divino Sacramento, como por hostia y sacrificio santo, ser limpio de ellos. La segunda, la vista y conocimiento de mi propia enfermedad y miseria; porque esta es medicina del cielo, que sana todas nuestras enfermedades. La tercera, el aprieto de las tribulaciones que siempre me rodean; porque entrando en mi alma el Todopoderoso, ó me librará de todas ó me hará superior á ellas. La cuarta, el deseo de alguna gracia ó beneficio espiritual; porque nada negará el Padre á su Hijo que en mi pecho y entrañas pretendo recibir. La quinta, el darle gracias por todas las mercedes recibidas, pues con ninguna otra cosa lo podemos así pagar y satisfacer como con esta divina ofrenda. La sexta, la caridad y compasión de los prójimos, así vivos como difuntos; porque no hay cosa que con más eficacia interceda que la sangre de Cristo derramada para remisión de nuestros pecados. La séptima, la gloria de Dios; porque con nin-

guna hostia se da por más servido, honrado y glorificado que con esta de su Hijo sacramentado. La octava, el amor de Dios, que viniendo á nosotros y entrando en nuestras almas le abrazamos y nos incorporamos en Él y crecemos en caridad. La nona, la sed que debemos tener siempre de aumentar en nosotros la gracia; porque este Sacrameto es fuente de todas las gracias. La décima, el ardor, ansia y suspiro con que el ánima cristiana debe vivir de unirse y juntarse con su Dios; lo cual aquí se hace de la manera que lo deseó Cristo, que cercano á la muerte, acabando de comulgar á los suyos, dijo á su Padre (Ioan., 17): Ruégote, Padre, que éstos que me diste, á los cuales yo me he dado, sean conmigo y contigo una cosa como lo somos tú y yo.

PARA CUANDO SE RECIBE EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

§ VIII

A la recepción del Sacramento debe acompañar la humildad del Centurión, que detiene á Cristo diciendo: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum*; pero vista su determinación y voluntad le deja ir y entrar en su posada; la humildad nos vacía de nosotros mismos, y así vacíos nos hace capaces para que todo Dios se entre en nuestra pobre casa y nos llene de bienes; porque á la humildad suele acompañar aquella hambre santa que celebra la Virgen en su cántico: *Esurientes implevit bonis*, etc. Y para que esta misteriosa religión no sea muda, podrás lo primero orar de esta manera, con San Ambrosio:

Oración.

Pan vivo, Pan santo, Pan hermoso y Pan limpio que descendiste del cielo y das vida al mundo, ven á mi corazón y límpiame de toda inmundicia de carne y de espíritu. Entra en mi alma y sáname interior y exteriormente, y sé mi defensa y salud perpetua. Aparta de mi los enemigos que me ponen asechanzas y me arman lazos para cazarme; vayan lejos de tu presencia, para que, hecho por Ti fuerte de dentro y de fuera, camine derecho á tu santo reino, adonde no ya en misterio como ahora, sino rostro á rostro te tengo de ver y gozar; y entonces Tú serás á todos todas las cosas y me hartarás de Ti con maravillosa hartura, para que no tenga hambre y sed para siempre sino de Ti, «que hartas á los tuyos y dejas hambrientos á los ricos de este mundo» ([1]). Amén.

PARA DESPUÉS DE RECIBIDO

§ IX

Lo segundo, podrás meditar así: ¿Quién sois vos, Señor mío, y quién soy yo? y detente en cada palabra, y piénsalas todas y pésalas, que son misteriosas, provocan maravillosamente al conocimiento de Dios y propio. Lo tercero, calla y con sagrado silencio en tu corazón, como en un túmulo pon á tu Señor, y allí á tus solas di: «En mí está, y yo estoy en Él. En silencio y esperanza será mi fortaleza. En paz juntamente dormiré y descansaré. Cuando Dios diere á sus queridos el sueño, se comienza á descubrir y á poseer su heredad» ([2]). Este es el sueño del Evangelista San Juan sobre el pecho de Cristo, al que tienen respeto los mismos ángeles y á las criaturas todas se manda que no le despierten. Síguese á este silencio una alegría grande del ánima, que no cabe en sí ni sabe cómo pagar tan grande beneficio. Luego se sella el sepulcro para retener á Cristo que no se vaya. Tras de esto se ponen guardas, que son los ejercicios de las virtudes, y especialmente el del amor, guarda fidelísima de tan gran tesoro. Y si siento debilitarse en mí el fervor y debilitarse la vida que aquí recibo ¿qué debo hacer? Comulga muchas veces hasta que sea absorbida la muerte en la victoria. De esta frecuencia diremos en otra ocasión; y ahora cierro este ejercicio con sólo decir que por este Sacramento nos unimos á Cristo, y Cristo á nosotros, y nosotros á nuestros prójimos, y se hace de todos un corazón que nos conceda Jesús hijo de Dios y de María Virgen, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

([1]) Esta oración es sólo una parte pequeña de la que principia *Summe sacerdos*, dividida por la Iglesia para cada día de la semana. Lo traducido por el P. Ángeles se halla en el sábado, pero falta en el original latino lo entrecomado.

([2]) Las frases entrecomadas son otros tantos textos de la sagrada Escritura, á saber: San Juan, capítulo 15; Isaías, cap. 30, y Salmos 4 y 126.

Oración para después de haber comulgado.

¡Oh Padre de las misericordias y Dios de toda consolación! aunque conozco y veo la pobreza grande de mi espíritu, y Vos decís por vuestro Profeta (Ps. 15) que ni de mí ni de alguna de vuestras criaturas, ni de nuestros bienes, tenéis necesidad, siento yo acá dentro en lo íntimo de mi corazón un ardiente deseo de daros gloria y honra, si fuese posible, infinita y haceros algún servicio con que quedásedes de mí muy agradado y contento. Pero ¿de dónde? Pobres son para esto los más ricos serafines y todas las celestiales jerarquías; y pobrísimos los moradores de la tierra; y yo más que todos pobre. Pues no es en balde este mi deseo, ni otro que Vos le ha plantado en mis entrañas; por vuestro le reconozco y y por él os adoro y doy alabanzas infinitas. ¡Oh riquezas de los ángeles! ¡oh Verbo divino encarnado, hecho ya mi manjar y comida, unido y abrazado con mi ánima! ¿quién os ha traído á esta pobre y mal aseada choza? ¿quién os encerró en tan estrecho aposento, siendo estrechos los cielos para vuestra grandeza? Hasta ahora me confesaba pobre, y ahora me conozco por el más rico del mundo, porque soy hecho hueso de vuestos huesos y carne de vuestra carne, y un espíritu con Vos, y mi vida no vida á solas de hombre, sino vida de Dios, participada de Vos por esta vuestra dignación. Lleno me tenéis, Señor, de consolación y sóbrame en este punto el gozo, porque tengo lo que deseaba y poseo lo que me faltaba para el cumplimiento de mi deseo. Deseaba, yo, ¡oh Padre eterno! daros gloria infinita, infinita honra, infinito contentamiento y gozo infinito, y ofreceros un sacrificio lleno y cumplido, y que infinitamente os agradase y satisficiese. Aquí le tengo, aunque todas nuestras riquezas corporales y espirituales son vuestras, porque de vuestras manos las recibimos; así me habéis hecho gracia de vuestro Hijo en este divino Sacramento, que sin dejar de ser vuestro es verdaderamente mío, y tan mío, que si ahora os le vuelvo os vuelvo con Él toda vuestra riqueza, toda vuestra gloria, todo vuestro contento y todo vuestro bien. Al fin, ofrezco Dios á Dios, por tan soberana manera, que ni á los mismos ángeles y espíritus bienaventurados les es concedido. Y más digo, Señor, y sea con vuestra licencia, que si como dándome á vuestro Hijo Sacramentado os quedáis con Él, me le diérais enajenándole de Vos, así os le ofreciera y os le ofrezco, aunque en esta ofrenda me quedara sin Él con mi pobreza antigua, necesidad y mengua, para que Vos tuviérades gloria infinita y eterno gozo que tenéis teniéndome en vuestro seno; porque por ser quien sois merecéis que todas vuestras criaturas os honren y glorifiquen de todas las maneras á ellas posibles, tocando con los deseos á do muchas veces no llegan las fuerzas. Pues, ¡oh Cristo mio, amador y enamorado de las almas! vuélvete á tu Padre, que en sólo su pecho tienes tu cumplida gloria. Y Vos, Padre celestial, recibid este vuestro amantísimo y cordial Hijo, en quien sólo os habéis complacido, que de la manera que os dignásteis de comunicármelo os lo ofrezco en alabanza eterna. Mas ¿qué haré yo sin Ti, Esposo mío? ¿qué tal quedará mi ánima en tu ausencia? ¿cómo podré vivir sin el que esencialmente es vida y fuente de perdurable vida? Pero si el amor te trajo á esta casilla pajiza, deténgate el amor en ella, que aunque se lo ofrezco á tu Padre, no quiero quedar sin Ti, así porque tus deleites son estar con los hijos de los hombres, como porque mi salud y todo mi bien consiste en que Tú no faltes de mi ánima; y también porque estándote conmigo como Dios, no faltes de con tu Padre, con el cual eres una misma cosa. Abracémonos, querido de mi corazón, lo poquito que hubieres de asistir en mí según la carne por medio de estas especies sacramentales, y sea tan estrecho este abrazo, que se cumpla en esta hora lo que en la última de tu vida dijiste: Ruégote, Padre, que sean una cosa conmigo, como Tú y Yo lo somos; y que de hoy más seamos una carne y un espíritu. Al fin, Padre celestial, yo con la humildad y devoción que puedo, y de todo mi corazón, os ofrezco otra y muchas veces á vuestro Hijo, no de balde, sino con el retorno que merece ofrenda tan grande y de tanto gusto para Vos. Por Él os pido lo que Vos queréis que os pida. Pídoos perdón de todos mis pecados, mortificación ó muerte de todas mis pasiones, destierro perpetuo de mi propia voluntad, conformidad con la vuestra, así en las cosas prósperas como en las adversas. Pídoos la humildad, sin la cual nadie os agrada, conocimiento de mi propia miseria, desprecio del mundo, olvido de las injurias, memoria de vuestros beneficios y de la pasión sacratísima

de vuestro Hijo. Pídoos las virtudes todas, y aquellas principalmente que más os agradan, fe grandiosa, esperanza firme, caridad ferviente, paciencia en los trabajos, obediencia á mis mayores, limpieza de alma y cuerpo, pobreza de espíritu, fortaleza para las tentaciones, prudencia para ordenar mi vida y acciones todas, etc. Pídoos, Señor, entendimiento elevado, voluntad ardentísima en vuestro servicio, atención á vuestra habla, corazón recogido y entero y todo para Vos; sea yo desde luego hecho holocausto perfectísimo vuestro, abrasado en el fuego de vuestro infinito amor, para que á Vos solo ame, en Vos solo descanse, por Vos solo suspire y en Vos solo me quiete, centro legítimo y verdadero de mi corazón, que con vuestro cordial y unigénito Hijo y con el muy Santo Espíritu consolador vivís y reinais en los siglos de los siglos. Amén.

Este mismo servicio se le puede hacer cada día á la Virgen Nuestra Señora, y á otro cualquiera Santo (*servatis servandis*), porque no se puede ofrecer Cristo en el Sacramento á ningún Santo como sacrificio, pero ofrécesele á Dios para gloria de tal Santo, y ofrecésele por sus manos como más puras y limpias; y ninguna ofrenda se puede hallar con que más nos obliguemos que ésta, que de sí misma tiene ser grata á Dios y de valor infinito. Pero advierto que se requiere para hacerla grande pureza de alma, profunda humildad y corazón inflamado y espíritu muy alto. Dénosle Dios, por su misericordia. Amén.

N. B.—Sigue en el libro el *Salterio espiritual*, que se imprimió tras los *Misterios de la Misa*, por ser de edición más antigua.

LIBRO PRIMERO

DEL

VERGEL ESPIRITUAL DEL ÁNIMA RELIGIOSA

QUE DESEA SENTIR EN SÍ Y EN SU CUERPO LOS DOLORES Y PASIONES DE JESÚS Y CONFORMARSE CON ÉL EN VIDA Y EN MUERTE

POR

FRAY JUAN DE LOS ÁNGELES

PREDICADOR GENERAL Y DE LA S. C. R. M. DE LA EMPERATRIZ, CONFESOR, Y DE LA SERENÍSIMA INFANTA, SU HIJA, Y DEL CONVENTO REAL DE LAS SEÑORAS DESCALZAS EN MADRID, Y PADRE DE LA PROVINCIA DE S. JOSEF, MENORES DESCALZOS DE LA OBSERVANCIA REGULAR

DIRIGIDO A LA C. R. M. DEL REY DON FELIPE TERCERO

Año 1610. En Madrid. En la Imprenta Real. Véndese en casa de Francisco del Val.

N. B.—Tras la hoja de la portada, cuyo reverso está en blanco, se intercala una hoja con un grabado que representa á Jesús adolescente, vestido de túnica ceñida con una cuerda y manto, caminando peregrino por una llanura yerma, en la cual se vislumbra á lo lejos una ciudad fortificada y colinas que han de atravesarse antes de llegar á ella. Mira Jesús hacia el suelo y lleva sobre el hombro izquierdo, como en gavilla, una cruz, un palo con esponja y una lanza; y sobarcado en el brazo derecho un canastillo abierto que contiene azotes, tenazas, clavos y martillos. Al pie del grabado la leyenda: IN LABORIBUS A JUVENTUTE MEA.

APROBACIÓN

Por comisión del Supremo y Real Consejo de Castilla, he visto un libro intitulado *Vergel espiritual*, que trata de la Pasión de Jesucristo nuestro Señor en general, cuyo autor es el muy docto padre fray Juan de los Ángeles, confesor del Real Monasterio de las Descalzas, que contiene en el original que se me entregó ciento ochenta y cinco hojas, que al fin de la margen de cada plana van rubricadas con mi rúbrica, y es así que yo no he hallado en él cosa ninguna que sea contraria á nuestra santa fe católica ni á las buenas costumbres, antes contiene muy buena doctrina y tantas y tan devotas consideraciones del misterio de la Pasión, que es la mina de la sabiduría cristiana, que no sólo me parece que se puede imprimir, sino que conviene, por su mucha piedad y erudición, que se imprima. En fe de lo cual di esta firmada en mi nombre. En Madrid 19 de julio de 1609.—*El Doctor Molina*, Capellán de su Majestad.

LICENCIA

Fray Pedro González de Mendoza, Comisario general y siervo de toda la Orden de nuestro padre San Francisco en la Familia Cismontana, etc., al padre fray Juan de los Ángeles, Padre de nuestra Provincia de San Josef, Descalzos de la regular observancia, y Vicario en nuestro Convento Real de las Descalzas desta villa de Madrid, salud y paz en el Señor.

Por cuanto vuestra Paternidad me ha hecho relación que tiene compuesto un libro intitulado *Vergel espiritual de la sagrada Pasión de Cristo nuestro Señor*, el cual, por la experiencia que tengo del provecho grande que V. P. ha hecho en los fieles por sus escritos, será de grande utilidad en la república cristiana. Por las presentes concedemos licencia á V. P. para que, habiéndole visto primero y aprobado el padre fray Josef Vázquez, Lector de Teología de nuestro Convento de

San Francisco de Salamanca, le pueda presentar en Consejo é imprimirlo, observando en todo lo que el Santo Concilio de Trento manda y nuestros Estatutos disponen. Dado en nuestro Convento de San Francisco de Madrid á 6 de Junio de 1609.—*Fr. Pedro González de Mendoza*, Comisario general.

APROBACIÓN

Fray Josef Vázquez, Lector de Teología en el Convento de San Francisco de Salamanca, por comisión de nuestro reverendísimo padre fray Pedro González de Mendoza, Comisario general de la familia Cismontana de nuestro seráfico padre San Francisco, vi, y con mucha atención leí, un libro intitulado *Vergel espiritual de la Pasión de Cristo nuestro Redentor*, compuesto por el muy reverendo padre fray Juan de los Ángeles, Predicador y Padre de la Provincia de San Josef, Menores de la Observancia regular, y Vicario del Convento Real de las Descalzas de Madrid. Y fuera de que en él no he hallado cosa que contradiga á nuestra santa fe, ni desdiga de la doctrina de los Santos, hallo en él mucha erudición, piedad y devoción singular, con gracioso y levantado estilo, de manera que se descubre bien en él el espíritu y suficiencia del autor, y nos podemos prometer grandes frutos en la Iglesia católica de su lección. Y así me parece que se le debe dar licencia, y aun mandarle que lo imprima y saque á luz con brevedad. En fe de lo cual di esta, firmada de mi nombre, en 31 de Mayo de 1609.—*Fr. Josef Vázquez.*

EL REY

Por cuanto por parte de vos, fray Juan de los Ángeles, de la Orden de San Francisco, Descalzo, Predicador de la Provincia de San Josef y Vicario de nuestro Convento Real de las Descalzas de la villa de Madrid, nos fué fecha relación que vos habíades compuesto un libro intitulado *Vergel espiritual*, en el cual se trataba de la Pasión de Cristo nuestro Señor, y le habíades compuesto con mucho estudio y trabajo, y nos fué pedido y suplicado os mandásemos dar licencia para le poder imprimir, con privilegio por diez años ó como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la premática por Nos ultimamente fecha sobre la impresión de los libros dispone, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razón, y Nos tuvímoslo por bien, por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que, por tiempo de diez años primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la fecha della, vos ó la persona que vuestro poder hubiere, y no otro alguno, podáis imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención por el original que en nuestro Consejo se vió, que va rubricado y firmado al fin dél de Cristóbal Núñez de León, nuestro escribano de Cámara, de los que en él residen, con que antes que se venda lo traigáis ante ellos juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme á él, ó traigáis fe en pública forma cómo por corrector por Nos nombrado se vió y corrigió la dicha impresión por su original; y mandamos al impresor que imprimiere dicho libro no imprima el principio y primer pliego, ni entregue más de un solo libro con el original al autor ó persona á cuya costa se imprimiere, y no otro alguno, para efecto de la dicha corrección y tasa, hasta que primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y estando así, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho libro, principio y primer pliego, en el cual seguidamente está mi licencia y privilegio, y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en la premática y leyes de nuestros reinos que sobre ellos disponen. Y mandamos que durante el tiempo de los dichos diez años persona alguna sin vuestra licencia no le pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que del dicho libro tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís; la cual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el Juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare; y mandamos á los del nuestro Consejo, Presidente y Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Chancillerías, y á todos los Corregidores, Asistentes, Gobernadores, Alcaldes mayores y ordinarios, y otros jueces y justicias cualesquier

de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, ansí á los que agora son como á los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula, y contra su tenor y forma y de lo en ella contenido no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Y esta nuestra cédula y otra que dimos del mismo tenor y para el mismo efecto, de pedimiento del dicho fray Juan de los Ángeles, su data en Segovia en siete de Agosto del año pasado de mil y seiscientos y nueve, firmada de mi real mano y refrendada de Jorge de Tobar, mi Secretario, sea y se entienda ser toda una y un mismo privilegio; por cuanto este le mandamos dar por haberse perdido el dicho primer privilegio, á instancia de Francisco del Val, librero. Dada en Madrid á diez días del mes de Febrero de mil y seiscientos y diez años.—YO EL REY.—Por mandado del Rey nuestro Señor, *Jorge de Tobar.*

—

(Este libro está impreso conforme á su original y no tiene errata alguna que notar. Y por verdad lo firmé en Madrid á 20 de Enero de 1610 años.—*El Licenciado Murcia de la Llana.*)

TASA

Yo, Cristóbal Núñez de León, escribano de cámara del Rey nuestro Señor y uno de los que en su Consejo residen, doy fe que, habiéndose visto por los señores dél un libro intitulado *Vergel espiritual del ánima religiosa que desea sentir en sí y en su cuerpo los dolores y pasiones de Jesús, y conformarse con él en vida y muerte*, compuesto por el padre fray Juan de los Ángeles, de la orden de San Francisco, Descalzo de la Provincia de San Josef, que con licencia de los dichos señores fué impreso, tasaron cada pliego del dicho libro á cuatro maravedís, el cual parece tener treinta y un pliegos, que al dicho precio monta ciento y veinte y cuatro maravedís en papel; y á este precio y no más mandaron se venda, y que esta tasa se ponga al principio de cada libro de los que se imprimieren. Y para que dello conste, de mandamiento de los dichos señores del Consejo y pedimiento de Francisco del Val, librero, doy esta fe. En la villa de Madrid á veinte y siete días del mes de Febrero de mil y seiscientos y diez años.—*Cristóbal Núñez de León.*

—

A la C. R. M. del Rey nuestro Señor Don Felipe III, que la Majestad de Dios guarde largos años, fray Juan de los Ángeles, su vasallo y capellán, desea salud y perpetua felicidad.

Por ser V. M. mi Rey y Señor natural, naturalmente le amo y deseo servir; y si fuera necesario para su conservación y vida próspera dar yo la mía, sin duda alguna la diera con liberalidad y gusto; y haría poco en ello, porque, naturalmente, los miembros todos del cuerpo favorecen á su cabeza; y en razón desto ninguno rehusa el perderse por que ella se conserve; lo cual hace una serpiente amaestrada de sola la naturaleza, y por ventura por ello la llamó Cristo en su Evangelio prudente; y aunque parece esto lo más que un vasallo puede hacer por su rey y señor, en mí es lo menos, porque al amor natural que á V. M. tengo desde la cuna se añade otro tan aventajado y de otras calidades tan diferentes, tan afectuoso y ahidalgado, que son pocas las horas en que no me le representa y pone delante en una tan apacible y agradable figura cuanto puede ser; y de aquí me nace un ansioso deseo del bien de V. M., y el pedir continuamente á Dios el acierto en todas las cosas que están á su cargo: la libertad de su espíritu, la ejecución en las materias de justicia y de gracia, la salud para tantos trabajos y las fuerzas para contrastar los enemigos de la Iglesia y los particulares de su alma, que sobre todas las demás cosas amo; y aunque nunca he manifestado á V. M. este afecto, ansí por la poca importancia dél como por mi encogimiento y cobardía y por no dar lugar á algún pensamiento de retorno, á que no alcanzan méritos ni deseos, agora me atrevo á decirlo y firmarlo de mi nombre, para que V. M. sepa que tiene quien le ame desinteresadamente, cosa rara y pocas veces concedida á los reyes y potestades de la tierra; y si aquí se hallara igualdad, como la piden los filósofos para la amistad verdadera, dijera yo lo que Séneca: *Ego amicum quaero, cui serviam, et pro quo mori valeam, et a quo nulla munera recipiam:* Busco amigo á quien sirva, por quien pueda morir y de quien ningunas mercedes reciba; porque la amistad á sí mis-

ma se tiene por premio y de ninguna otra cosa hace caso. Ya veo que son atrevimientos éstos; pero V. M. los habrá de perdonar, porque la pluma escribe lo que el corazón le dicta, y el corazón dicta lo que el amor le enseña y ordena. Según esto, no seré juzgado de atrevido si á los pies de V. M. pusiere lo más lucido de mis estudios y el *Benjamín* querido de mi alma, que es el tratado que últimamente he compuesto de la sagrada Pasión de Cristo Señor nuestro, Rey de los reyes y Señor de señores, para que debajo de su real protección salga á luz y corra sin temor por todo el mundo, en el tiempo que más olvidada la tienen los cristianos y más desterrada de la consideración algunos maestros, siendo, como es, la cosa más necesaria y de mayor importancia para el acierto y reformación de la vida, para la unión con Dios y para los excesos mentales; y aunque el amor me daba suficientes alas para subir con mis deseos á tan grande alteza, todavía temiera este acometimiento si V. M., por su clemencia, no se hubiera dignado de darme su licencia y beneplácito para hacerle esta dedicación y consagrarle estos trabajuelos, indignos por su autor y dignísimos de su real persona por la materia; porque á los reyes tan poderosos como V. M., tan cristianos y de tanta piedad y devoción, más que á otras suertes de gentes les conviene ponderar, pesar y meditar siempre las afrentas y fatigas del Salvador para freno de su libertad y salsa de sus contentos, espejo en que se miren, moderación de la gloria deste mundo y desprecio della en lo interior del alma. ¿Y quién no temerá ofender á un Señor, aunque tenga la grandeza que V. M. tiene, que por destruir el reino del pecado y comunicar á los hombres la santidad murió con dolor y afrenta en una cruz? La sagrada Pasión es arma segura contra las tentaciones de Satanás, y su pensamiento, como lo dijo San Pedro y lo confirmó San Pablo, nos defiende de nuestros enemigos visibles y invisibles: es la carta de la navegación que hacemos para el cielo, sin la cual es imposible tomar derrota cierta ni puerto seguro; es la botica adonde se hallan todas las medicinas contra los pecados; es la escuela de todas las virtudes; es el manojuelo de mirra que puesto entre los pechos de la Esposa la libra de toda corrupción espiritual; finalmente, es el jardín adonde V. M. se ha de espaciar y recrear y respirar de los cuidados que continuamente combaten y ahogan su corazón. Un rey con otro rey se consuela en sus trabajos, y con el Rey de la gloria, afrentado y trabajado, los reyes todos de la tierra. Aquel lugar de los Cantares (cap. 7) que el pacífico rey Salomón compuso, adonde, alabando el divino Esposo los cabellos de su Esposa, dice: Tu crencha ó madeja de cabellos, querida mía, como la púrpura del rey bien entrapada en el tinte y atada junto á las canales por donde corre, trasladaron los Setenta en esta forma: *Cesaries capitis tui sicut purpura; Rex ligatus in canalibus:* Los cabellos de tu cabeza, del color de púrpura; el Rey atado en las corrientes ó canales. Lugar es escurísimo y que ha dado en qué entender á los intérpretes. Muchos lo entienden de Cristo, preso del amor de las almas, puesto y fijado en la Cruz y derramando su sangre por cinco llagas ó canales, con el título que dice *I. N. R. I.* Por los cabellos entienden algunos los pensamientos de un alma metida con la consideración en la sangre de Cristo Señor nuestro; y sonle tan agradables, que le prenden y le atan á la voluntad della. Otros dicen que los cabellos teñidos y entrapados en el color de púrpura son los mártires que lavaron sus estolas en la sangre del Cordero. Yo diría que los justos todos son el ornato y atavío de la cabeza de Cristo, que, como cabellos, la hermosean y hacen bellísima; y ocupándose en la meditación de su Pasión sacratísima, y teniendo allí sus pensamientos, arrebatan y llevan para sí los ojos de Dios. *Rex ligatus in canalibus.* El rey, que en la Iglesia tiene lugar eminente, no como quiera ha de pensar en esta Pasión, que da lustre y hermosea las almas, sino que ha de estar atado y preso á las llagas de Cristo, chupando dellas la virtud y la santidad y la devoción y el espíritu; los deseos del reino soberano que tan á su costa le compró el Rey de los cielos; el espanto del infierno, que para librarle dél fué menester tan costoso remedio; el miedo de los pecados, cuya consideración hizo temer y entristecerse y tener pavor al todopoderoso Dios; y la estima de su alma, para cuyo rescate el mismo Dios dió su vida y sangre. ¡Oh qué rey se formaría si con atención se considerasen las acciones y pasiones de nuestro Rey Cristo, Rey manso, como dice Zacarías (cap. 7), humilde y apacible, que en la mayor honra, representándose-

le la calamidad que había de venir por su pueblo, derrama lágrimas y las mezcla con las aclamaciones, como quien templa vino para que no robe el juicio! Al fin, Rey más para los suyos que para sí, cuyo imperio sobre sus hombros, dijo Isaías, porque á su costa reinó; y por ello no consintió que, despojándole de sus vestiduras todas, le quitasen el título honradísimo de Rey, el cual tuvo sobre su cabeza, así por la estimación como porque fueron menester fuerzas de Dios para sustentarle. Por Rey le conoció el ladrón en aquella figura, y como tal le pidió reino; y yo suplico á V. M. rumie atentísimamente lo que este gran Rey hizo y padeció, que para gobernarse á sí y gobernar su reino ninguna otra guía ni dechado ha menester; y aunque todo lo que yo soy y valgo es muy poco para ofrecérselo á V. M., desde hoy le hago señor de todos los frutos que nuestro Dios tuviere por bien sacar deste libro que le dedico, que no serán pocos siendo tan deseado y esperado. Guarde Dios á V. M. y prospérele en todas las cosas y de todas maneras para el bien de la Iglesia y de sus vasallos. Amén. — Capellán y siervo de V. M., *Fr. Juan de los Angeles.*

PRÓLOGO Ó INTRODUCCIÓN Á LA OBRA

Venga mi querido á su huerto, dice la Esposa (Cant., 5), y coma el fruto de sus frutales. Otra letra dice *(Septuaginta)*: Descienda mi hermano á mi huerto y coma del fruto de sus nogales. Sanctes Pagnino dijo: Fruto de sus árboles delicados. El Hebreo: Fruto de delicias ó delicado. Vatablo tradujo (Vatablo, *Cantic.*, 4 *in fine):* Fruto de suavidades. Bien se puede Dios convidar á este huerto y á estas frutas, y bienaventurada el alma que mereció nombre de huerto y de producir dentro de sí frutos dignos de Dios, delicados, suaves y de regalo. San Gregorio Niceno (Nisenus, *in Cantic.*), considerando este convite de la Esposa, exclama diciendo: ¡Oh voz atrevida y libremente pronunciada! ¡Oh ambiciosa y magnífica ánima en donar, que sobrepuja toda magnanimidad por grande que sea! ¿Quién es el convidado á quien convida á la fruta de sus manzanos, á quien apareja de sus bienes, manjar de deleites, á quien atrae á la fruición de las cosas que tiene sazonadas? Aquel es, sin duda, de quien todas las cosas proceden y manan, por quien todas son y en quien se hallan y conservan. El que á todas sus criaturas administra el sustento en el tiempo oportuno. El que, abriendo su mano, por su sola bondad llena de bendición y harta todo animal. Digo que convida á aquel pan que descendió del cielo y da vida al mundo, y que á todas las cosas de propia fuente reparte y infunde vida. Mucho es, por cierto, que convide un ánima detenida en cuerpo de barro corruptible y atada con grillos y cadenas de carne al Verbo Divino, que mora y existe *ab aeterno* en el seno del Padre; atrevimiento parece más que humano. ¿Sabes á quién convidas, ánima religiosa, dice el mismo Niseno? Pero al que ama, dice Bernardo, no se le ha de atribuir á vicio esto, porque su voz es: Recibí más y mejores cosas que merezco, empero inferiores mucho á mi deseo: él me lleva, y no la razón. No acuséis de presuntuoso al que la afición ocupa y tiene poseído su corazón. Lo que aquí hay de consideración es que convida la Esposa al Esposo á su huerto, al que él labró, cercó, plantó, regó y cultivó. *Dei agricultura estis, Dei aedificatio estis*, declarando en esto y mostrándose humilde, conocida y agradecida. Nada de lo que alabó el Esposo atribuye á sí, con nada se alza de cuanto tiene; á Dios lo refiere, del cual lo recibió. *Et comedat fructum pomorum suorum.* Este es el fin del trabajo y sudores del labrador; para eso labra el jardín; para eso le planta, y le poda, y le riega. ¡Oh, qué de trabajo le han costado al divino Esposo estos espirituales jardines y racionales huertos! Por premio de todo esto quiere coger fruto. *Pro eo quod laboravit anima eius, videbit, et saturabitur* (Esaiae., 53). Verá los frutos y hartarse ha de ellos. El hambre de Dios es de obras, que son como grano escogido, que palabras sobradas andan dondequiera. Maldijo el Señor á la higuera que no tenía fruto (Marc., 11), y no era tiempo de tenerle, y, por consiguiente, no parece que mereció aquella maldición, y al fin la maldijo y se secó: por la significación, significaba las almas infructuosas, que se contentan mucho con dar hojas, como Israel, de quien Oseas (Ose., 10): *Vitis frondosa Israel.* Y el Salvador de los suyos (Mat., 15): *Populus hic labiis me honorat.* A lo menos, el jardín del Esposo y de la Esposa no es de solas flores para recrear la vista y entretener el tiempo, sino de árboles que llevan fruta, y fruta dulcísima, y de regalo para Dios; fruto delicado, de delicias, suave y

exquisito. Pero sepamos, ¿aceptó el Esposo este convite de su Esposa? Luego al punto. Vine á mi huerto, hermana y Esposa mía, segué mi mirra con las demás yerbas mías olorosas y aromáticas. Comí mi panal con mi miel, bebí mi vino con mi leche: comed los amigos, y bebed los amicísimos hasta la embriaguez. El pretérito *veni*, de parecer de hombres doctísimos y del uso de las santas Escrituras, está puesto en lugar de futuro, como si dijera: Yo haré, ¡oh Esposa mía querida!, lo que me habéis pedido: vendré á mi huerto, segaré y cogeré mi mirra, con las demás yerbas de olor; comeré mi panal con mi miel y beberé mi vino con mi leche, etc. Palabras son estas que me embazan y ocupan de manera que no sé cómo interpretarlas. Remito á los lectores á lo que en nuestros *Comentarios sobre los Cantares* escribo sobre ellas, y noto aquí brevemente algunas cosas á mi propósito. La primera, que habiendo en este jardín frutas por excelencia buenas y de lindo sabor, de lo que echó mano en entrando fué la mirra, como la cosa más medicinal y de más provecho. Dificultad tiene la virtud, pero hála de vencer el hombre sabio por la salud del alma, de que fué símbolo la comida del cordero pascual (Heb., 12), que siendo él sabroso, le remojaban en salsa de lechugas amargas. Adonde advirtió, y bien, Filón Judío (Lib. de *Vita Moysi*, tom. II, pág. 64) que, en la piedad y observancia de la ley, de tal manera se hallan y mezclan amarguras, que no faltan gustos y sabores á los observadores de ella. Amargas las lechugas, pero sabroso el cordero. Y llama este sapientísimo varón á las amarguras que acompañan á la virtud útiles y medicinales y que de ninguna manera se han de huir. Al fin, lo primero en el banquete de Dios es la mirra: esta cogió en entrando en su huerto. *Messui*: segué. Los hebreos, *Evulsi*: arranqué y cogí en manojuelos. Los Setenta, *Vindemiavi*: vendimié. Notable cosa, digo otra vez, y llena de misterio, que, entrando el Pastor divino en el vergel de su Esposa y suyo, no haga mención de la azucena, ni del clavel, ni de la violeta, ni de la rosa, ni de la fruta del camueso, manzano y peral, ni de los más árboles generosos á que es convidado, sino de sola la mirra, y esa agostada y segada ó vendimiada. El secreto, á mi juicio, es que para conservarse en el alma, que es jardín de Dios, las virtudes, y para parecer bien en los divinos ojos, no le ha de faltar la mirra, de la cual, como lo advirtieron San Ambrosio, San Gregorio Niseno y otros muchos y graves autores, se hacía la confección aromática para ungir los cuerpos de los muertos antes de sepultarlos, para conservarlos sin corrupción. Por esto tiene significación y es jeroglífico de la memoria de la muerte, que se ha de hallar en el estado virtuoso en que se determina vivir el hombre cristiano; porque si ésta le faltare, no será vergel de flores, sino erial de malezas; ni tendrá atavío de virtudes, sino fealdad de vicios. Y no quiero alargarme en este pensamiento, del que pudiera escribir un libro entero, por ser materia tan copiosa y de que las letras divinas y humanas dicen mucho, sino convertirme á lo que pretendo en este Prólogo, que es dar á entender en cuánto estima el celestial Esposo en el ánima la memoria de su Pasión y muerte sacrosantas. Su mirra es su muerte, y su memoria en nosotros, su regalo, su entretenimiento, su miel y su leche, y su pan y su vino. ¡Oh, dichosos huertos que tales árboles crían, plantados de mirra, que por fruta dan lágrimas que preservan de corrupción y hacen la vida olorosa y de buen sabor y gusto para Dios! Y si no hay quien sienta lo contrario, diría yo que lo qué se sigue es oposición de esto que precede: comí mi panal con mi miel, bebí mi vino con mi leche; porque entonces es Dios banqueteado de un alma, entonces come panal con miel y bebe vino con leche, y convida á sus amigos á que coman y beban hasta la embriaguez, cuando la considera ocupada toda en la memoria de sus dolores y dura muerte. En muchos lugares de este libro santo se hace mención de este arbolito de la mirra y de su fruto ó goma. En el capítulo primero: *Fasciculus myrrhae dilectus meus mihi; inter ubera mea commorabitur.* En el tercero: *Sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhae.* En el cuarto: *Ibo ad montem myrrhae, et ad collem thuris.* En este quinto: *Messui myrrham meam: et manus meae stillaverunt myrrham, et digiti mei [pleni] myrrha probatissima, et labia eius distillantia myrrham primam.* Mirra es el Amado para la Esposa en su pasión, y cuando más amargo, más entrañado y guardado en su pecho. Mirra es la Esposa olorosa y llena de incorrupción cuando en la oración contempla á Cristo crucificado. Al monte de la mirra se va el querido á pasear y á entretenerse, esto es, en la alteza

y soberanía de los pensamientos de su muerte. En su huerto, lo que nace y se cría y se coge para todo el año es mirra. Las manos trae la Esposa untadas y vertiendo mirra, y sus dedos goteando mirra preciosísima, y el amado, cuanto habla y echa de su boca es mirra prima. En la casa de Dios, todo anda untado con mirra y oliendo á mirra, hasta los cofres y ropas del Mesías (Psal. 44). *Myrrha, et gutta, et casia a vestimentis tuis, a domibus eburneis, ex quibus delectaverunt te filiae regum in honore tuo.* Los hebreos: *Myrrha sunt vestimenta tua.* Los Setenta: *Fluunt vestimenta tua myrrham.* De tus ropas sale olor de mirra y las arcas de marfil quedan oliendo á mirra, y las princesas, hijas de reyes y las infantas os regalan y os recrean en vuestra mayor honra con estos olores. Con mirra se come, y se bebe, y se duerme, y se vela, y esa es la especia con que todo se guisa y la salsa con que todo se come: memoria de la mortificación y muerte de Jesús, amargado en su Pasión. Ella es la que nos conserva, la que nos defiende de toda corrupción de pecados, la que nos humilla en lo próspero y nos sustenta en lo adverso, y la que modera todas nuestras cosas, para que ni nos ensoberbezcamos con unas, ni nos acobardemos con otras. Y si con razón llamó Séneca á la memoria de nuestra muerte moderación de todos los actos humanos, y San Jerónimo, la que lo hace despreciar todo, y el Eclesiástico, la que nos lleva sin errar á nuestro fin, y puerto deseado, ¡cuánto será más poderosa para esto la memoria de Cristo crucificado y muerto por nosotos! Esta es la mirra que se coge de los corazones de los hombres que Él cultiva y labra como huertos y vergeles suyos, si ya no decimos que su vergel es la Iglesia Santa Católica y Apostólica; pero todo es uno; porque, como lo advirtió, y bien, Santo Tomás, lo que en universal se dice de la Iglesia se verifica en particular de cualquier ánima religiosa que está en ella. Para enseñarnos, pues, Cristo esta tan alta y admirable filosofía de la memoria de su Pasión y muerte, á tiempo que sobremesa le ungía con preciosos ungüentos Magdalena, murmurando de ello el malvado Judas, dijo (Ioan., 12): *Sinite illam, ut in die sepulturae meae servet illud.* Y aunque tiene grandes ponderaciones esta razón del Salvador, yo me contento con entender de ella el cuidado que traía y la memoria de su muerte y de su sepultura. Comiendo estaba, y el banquete era solemne, y no se olvidó de que se había de morir, y el ungüento olorosísimo y de gran precio le olía á muerte. Todos se recrearon cuando Magdalena lo derramaba, por su mucha fragancia; sólo Cristo se acordó de la sepultura. Y para que se acabe de entender la importancia de esta saludable mirra, debemos considerar que, dándonos este soberano Señor su santísimo cuerpo y preciosísima sangre en comida y en bebida, ninguna otra cosa nos encargó sino que nos acordásemos de su muerte. *Haec quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis* (Mat., 26). Y el Apóstol en concordia: *Quotiescumque manducabitis panem hunc et calicem bibetis, mortem Domini anuntiabitis, donec veniat* (I Cor., 11). Notable sentimiento del divino Maestro. Echó de ver lo mucho que interesamos en acordarnos de su muerte y obligónos á este recuerdo con darnos lo mejor que tiene el cielo, que es su cuerpo santísimo y sangre preciosísima, unidos con su divinidad, y dárnoslo no menos que en manjar y en bebida, para que comamos y bebamos esta memoria y vivamos de ella; y como no podemos olvidarnos del comer y del beber, porque hay dentro de nosotros quien gaste y nos despierte y obligue y necesite á tratar de esto, así no nos olvidemos, aunque queramos, de su muerte y, de camino, de la nuestra. Al fin, quiere que esta memoria sea perpetua en nosotros, y de cada dia (S. Tomás, *Opúsculo de Sacramento);* para ello hace pan de cada dia el pan de los ángeles, el que es bastante para dar al alma vida eterna cada vez que se come bien comido. Un doctor moderno (Almonacid, in *Cant.*), declarando este lugar de los Cantares, dice que la primera cosa de que echó mano el divino Esposo, entrando en el mundo, fué de la mirra, porque en el mismo instante que encarnó en las entrañas de la Virgen se puso, como veremos, en una cruz mental, que es lo que dijo San Pablo á los Hebreos (Heb., 10): *Ingressus in mundum, dicit, sacrificium et oblationem noluisti, corpus autem aptasti mihi. Tunc dixit Ecce venio* (Psal. 39). Veisme aquí, vengo á morir, y desde allí comenzó su pasión y muerte, porque se puso en la cruz de su deseo y de la voluntad de su Padre, que era de que muriese crucificado. Pues mírese si coge mirra en naciendo. ¡Oh, Niño delicado! ¡Oh, Niño

tierno! Acabado de nacer, descendéis á vuestro huerto y cogéis mirra:

Vagit infans inter arcta,
Conditus praesepia, etc. (1) (Luc. 2).

Luego la Circuncisión. Y en el huerto de Gethsemaní, ¿qué cogió sino amarguísima mirra? Y en el Calvario, para que se viese cuán aficionado era á esta yerba, permitió que le diesen á beber vino mirrado. Y de camino se note que no dice simplemente: Cogí mi mirra, sino: *Cum aromatibus meis*: con mis aromáticos; porque, en el acatamiento del Eterno Padre, las lágrimas de Cristo, sus gemidos y su sangre derramada y sus pasiones todas, hasta expirar en la Cruz, fueron de admirable olor y fragancia, y el mismo Cristo se regalaba y no cabía de gozo su espíritu padeciendo por la salud de los hombres. Y por ventura, pudiendo el intérprete latino decir, conforme el hebreo: Cogí ó arranqué mi mirra, que parecía más propio y natural, dijo: Segué, y los Setenta: Vendimié, para significar la alegría de su corazón en aquel ejercicio de padecer y morir; porque de ordinario los segadores y vendimiadores andan alegres y cantando, siendo sus oficios los más trabajosos que se conocen en el mundo. *Laetabuntur coram te sicut qui laetantur in messe* (Esai., 9). De aquí es que el divino Esposo, enamorado de las almas, hallando tanto gusto y provecho en sus pasiones, tomadas para remedio y rescate nuestro, nos convida á ellas, no á todos sin diferencia, sino á los amigos y compañeros. *Comedite, amici: bibite et inebriamini, charissimi.* Háse de comer y beber la pasión del Señor con la consideración atenta y devota, hasta llegar, en cuanto fuere posible, á la embriaguez. *Calix meus inebrians, quam praeclarus est* (Psal. 22). ¡Oh, qué de almas hemos visto embriagadas deste cáliz! De muchas haremos mención en este tratado, para asombro y confusión de los negligentes y descuidados que en toda la vida no se acuerdan de lo que el Hijo de Dios hizo y padeció por ellos, siendo verdad que le debemos más por habernos redimido tan á su costa que por habernos criado por su palabra. Al fin, mi intención es, en este tratado, recoger en uno cuanto de consideración hallare, así en las Santas Escrituras como en los doctores de la Iglesia y particulares personas, notables en el ejercicio y meditaciones de la sagrada Pasión, hombres y mujeres, canonizados y por canonizar, de cuyas vidas se tenga gran satisfacción y edificación en la Iglesia Católica, adonde se verá lo que vale la memoria de Dios muerto por nosotros, los efectos maravillosos que ha obrado en las almas, los frutos que se han cogido tan copiosos de virtudes, los sentimientos tan notables en personas sencillas y afectuosas, la reformación de las costumbres en gente distraída, los excesos y arrebatamientos nunca vistos por este camino, y otras cosas muchas que en el discurso de la obra se irán descubriendo. Y he querido intitularla *Vergel del Anima Religiosa* por que sepa cada cual que la memoria de la sagrada pasión del Redentor ha de servir de recreación y entretenimiento, y ha de ser de cada día, y de cada hora, y de toda la vida, y que se ha de entrar en él para coger diversas flores y hacer vistosos ramilletes que anden entre los pechos y preserven el alma de corrupción y la defiendan de los pecados. Cristo padeció por nosotros, dijo San Pedro (I Petri, 4), dejándonos ejemplo de lo que habemos de hacer, conviene á saber: irnos tras de Él por el rastro de la sangre y por las pisadas de su santísima vida y muerte. Aquí pondré, con el mejor orden que supiere, los principales lugares que en la Santa Escritura hablan de la pasión del Señor, los conceptos diferentes de los Santos en esta materia, los gustos de muchos hasta la embriaguez. Y aunque pretendo reducirlo todo á lugares comunes, cuando llegáremos á tratar de particulares personas aventajadas mucho en este ejercicio, referiré lo que en el discurso de sus vidas dijeron y sintieron, por no tener que alegar sus dichos y sentimientos en diversas ocasiones, sino que se entienda el camino que llevaron y lo que medraron y ganaron en él. Reciban los lectores mi buen deseo y estimen mi trabajo, que con tan poca salud y sobradas ocupaciones no puede ser poco, y crean que la que tengo me la dió el Señor para acabar esta obra tantas veces en los demás

(1) «Llora el infante reclinado en humilde y estrecho pesebre, etc.». De la quinta estrofa del himno

Pange lingua gloriosi
Lauream certaminis, etc.,

que se canta en algunas fiestas de la Pasión y en la procesión del Viernes santo.

libros prometida. Y no alabando, como dicen, mis agujas por venderlas, porque todo el mundo sabe la libertad de mi espíritu en materia de intereses, digo que he guardado para el fin de mis estudios y escritos el mejor vino, porque, verdaderamente, el conocimiento de lo que Dios padeció por el remedio y rescate de los hombres, y la atenta consideración de ello, es lo más provechoso y de mayores ganancias en la vida espiritual. Acompañemos al Esposo, que desciende de buena gana á su vergel, y seguemos y vendimiemos su mirra con el gusto y alegría interior que siegan y vendimian los labradores, y estos sean nuestros banquetes y nuestras fiestas, nuestro panal con nuestra miel, nuestro vino con nuestra leche; comamos como amigos y bebamos como amicísimos hasta que, embriagados con el amor del Redentor, podamos decir: El cáliz del que embriaga, ¡cuán hermoso es! *Valete et orate pro me.*

LIBRO PRIMERO

DEL VERGEL ESPIRITUAL DE LA SAGRADA PASIÓN DE CRISTO NUESTRO REDENTOR.

CAPITULO PRIMERO

De la gran dificultad que tiene hablar con satisfacción de la Pasión de Cristo Señor Nuestro.

§ I

Si en las causas de los mortales, los oradores antiguos muchas veces temieron y se confesaron insuficientes para declararlas; si algunos con miedo y espanto de verse ante los emperadores, personas graves y copioso pueblo, perdieron el natural color y quedaron blanquecinos sus rostros, recogida la sangre al corazón, ¿quién podrá hablar como conviene en esta causa divina de tantos y tan celestiales misterios llena? ¿Podrá alguno con palabras propias y con bastantes razones declarar los oprobios que el Salvador recibió, las blasfemias que oyó, los azotes que descargaron sobre sus espaldas, las lágrimas que derramó, la sangre que vertió y, finalmente, los dolores todos que en su cuerpo y ánima padeció? ¿Y quién podrá decir estas cosas de manera que así como ellas fueron graves, acerbas y de compasión, así se representen á los lectores? Y si alguno alcanzare esto, ¿podrá por ventura mostrar con su oración la caridad infinita, la paciencia inmensa y la humildad profundísima del Señor? Toda palabra es muda, si con lo que pasó en el hecho se compara. ¿Qué haré, pues? ¿A dónde me convertiré? No llamaré en mi favor las musas fingidas que invocaban los antiguos poetas; no á Júpiter, como le invocaban los oradores, sino á Jesús, Dios verdadero y hombre verdadero: Él es el que obró y el que padeció: Él es el Verbo supremo y eminentísimo del Eterno Padre, que crió todas las cosas, que tocando las más firmes las mueve, y movidas las endereza y encamina, y el que las lenguas de los niños hace discretas y elocuentes. Él me acompañe, Él me alumbre y Él sea lámpara ó hacha encendidísima de mi ingenio: influya á la manera de caudaloso y corriente río y administre aquellas cosas de que fuere su voluntad que yo trate en esta sagrada historia de su Pasión, para que, hablando como conviene, los lectores lean con aprovechamiento. Concédeme esto, Cristo santo, por la misericordia infinita que muriendo mostraste á los hombres, por las omnipotentes manos tuyas, que confieso enclavadas en un madero; por la real corona, con cuyas agudísimas y duras espinas tu divina cabeza fué traspasada; por tu pecho santísimo, que con cruel lanza permitiste que fuese abierto para nuestro refugio, y, finalmente, por la venerabilísima cruz en que tú, Dios inmortal, por el remedio de los mortales quisiste morir. ¡Oh vosotros los que léeis esto, no endurezcáis vuestros corazones, sino revienten en lágrimas vuestros ojos; riéguense con ellas vuestras mejillas; salgan y broten de vuestros pechos profundos suspiros y gemidos cordiales! Es atado y llevado preso el que mantiene y conserva todas las cosas y las encamina y guía. Es entristecido el que es solaz de los desconsolados y tristes. Es coronado de espinas el que administra rosas y flores para las coronas de los demás. Es juzgado y condenado el juez de vivos y muertos. Tiene sed el que por venas secretas comunica agua á las fuentes; y es mal herido y lastimado el que es salud verdadera de todos los heridos. Muere la vida de todos los vivientes; recibe afrentas de todos el que honra á sus siervos y amigos y de quien se derivan todas las honras.

Mas ¿qué diré de su silencio? Preguntado muchas veces y repreguntado de los jueces, calla, y callando sufre y quiere padecer á la voluntad y albedrío de sus enemigos. Heríanle los judios, heríanle los soldados, escarnecíanle, escupíanle, azotábanle, coronábanle y crucificábanle; y Él no despegaba su boca ni hablaba palabra entre ellos. Y si, como es razón, lo que habemos de escribir lo habemos de pasar por la consideración atenta y revolver y rumiar muchas veces, porque lo que de esta manera primero no se organiza allá dentro en la mente no puede tener razón ni satisfacción entera, ¿cómo me pondré yo á escribir la amarguísima pasión de mi Redentor sin que mis entrañas se conmuevan con amargura amarguísima? ¿cómo no se harán mis ojos ríos de lágrimas? ¡Oh dura por extremo empresa! ¡Oh predicación atrevida! ¡Jesús, el Unigénito de Dios, el Hijo de María Virgen, es puesto y fijado con clavos en una cruz! ¡Oh espectáculo horrendo! ¡Oh ejemplar cruel en gran manera! ¡Jesús, Señor de cielo y tierra; Jesús, cordero inocente y manso, que ni cometió pecado ni en su boca se halló engaño ni mentira, es condenado á muerte torpísima, contado entre facinerosos, levantado entre ladrones y puesto en el medio como capitán de ellos! ¿Quién oyó tales cosas en algún tiempo ó quién tuvo ojos para mirarlas? ¡El que nunca pudo ser convencido de pecado, el que siempre amó y dijo la verdad, el que pasó la vida haciendo bien á todos y sanando los poseídos y maltratados de los demonios, el que restituyó á los muertos la vida, muere y acaba con muerte cruel? ¡Oh maldad nunca oída! Para no verlo, el sol retrajo sus rayos y se cubrió de espesa nube; la tierra, con la pesada carga de tal culpa oprimida, fué forzada á estremecerse y temblar; las piedras se quebraron unas con otras; el velo del templo se rasgó de alto á bajo; los sepulcros de los muertos se abrieron; el cielo se alborotó; las columnas dél se estremecieron y los ángeles de paz (si fueran capaces de ello) lloraron amargamente. ¡Ay de mí! ¿Qué haré? Adonde quiera que me vuelvo oigo gemidos, veo lágrimas y considero amarguísimos desconsuelos de los piadosos ánimos; y yo persevero seco y tan sosegado como si escribiera estas cosas de un hombre puro y que nunca hubiera conocido, siendo admirables y para sacar de sí al que con atención las considerare.

§ II

A mí, á lo menos, lo que más me declara la dificultad del bien decir en esta materia de la Pasión del Salvador es ver que todas las veces, ó las más, que Dios reveló á los patriarcas y profetas este misterio, se lo reveló por raptos, admiraciones y espantos grandes (Génesis, 3), como saliendo fuera de sí, todos absortos y abobados y admirados de cosa tan estupenda y sobre la razón humana. Y comenzando de Adán, luego que Dios le mostró cómo había de enviar á su Hijo al mundo para que muriese por los hombres, quedó fuera de sí y padeció éxtasis admirable; de manera que pudo, sin sentirlo él, sacarle Dios una costilla de las suyas para la formación de Eva, figura de lo que pasó Cristo en la cruz, que, durmiendo en ella el sueño de la muerte, sacó Dios de su lado abierto la Iglesia y manó la virtud de los Sacramentos (Aug., líb. 18 de *Civi. Dei*, c. 28). Noé, descubierto y fuera de sí, no tanto por el vino que había bebido cuanto lleno de espanto por la revelación que había tenido luego que salió del arca y ofreció sacrificio de lindo olor para Dios (Génes., 8), figuraba la embriaguez de Dios humanado que, descubierto y á la vergüenza, muere en la cruz tomado del vino del amor. Abraham ofreció (Génes., 15) una vaca, una cabra, un carnero, una tórtola y una paloma, y ya que se iba á poner el sol, súbitamente le sobrevino un profundo sueño y un pavor ó miedo lleno de tinieblas, y quedó fuera de sí y tuvo revelaciones admirables, y la principal y la que le causó mayor espanto y venció la luz de su entendimiento y le atemorizó y erizó los cabellos, fué que de su carne había de tomar carne el divino Verbo y en ella había de padecer grandes trabajos y la dura y afrentosa muerte. Isaac fué figura de Cristo, y particularmente cuando su padre le llevó al monte para sacrificarle con la leña acuestas para el sacrificio (Génes., 22); pero adonde le descubrió el Señor la muerte de su Hijo y los bienes que de ella se habían de seguir fué en el engaño que le hizo Jacob, hurtando la bendición de Esaú. *Expavit Isaac stupore vehementi et ultra quam credi potest admirans*. La voz, dijo, voz es de Jacob, pero las manos, manos son de Esaú, y creyendo más á lo que tocaba que á lo que oía, dió la bendición al menor, dejando al mayor sin ella. ¡Qué de mis-

terios! Era profeta Isaac y tuvo revelación de que el verdadero Jacob había de ser cubierto de pellejos de cabritos, tomando sobre sí los pecados de todos los hombres para recibir para ellos la bendición de su Eterno Padre, y había de ser clarificado de Él y declarado por mayorazgo; y por su cuenta, el pueblo gentílico, que era el menor, había de ser preferido al judaico, que era el mayor. Esto le sacó de sí y le hizo pasmar. *Expavit stupore vehementi et ultra quam credi potest admirans.* Sale de sí un hombre cuando atentamente considera á Dios muerto y en cruz por los hombres: misterio es que excede y sobrepuja la razón y que para entenderle es necesaria la fe divina y tiene bien que hacer el hombre para admitirle. El santo Job decía (Iob., 17) que los que supiesen lo que había padecido pasmarían. *Stupebunt iusti super hoc.* Y á la verdad no se espantan de trabajos de hombres los justos, sino de ver al Hijo de Dios trabajado, afrentado y mal herido y al fin crucificado. De este Señor fué figura Job, y de lo figurado se espantan y padecen pasmo los justos. ¿Quién no pasma y sale de sí considerando á Dios en el muladar hediondo del Calvario, entre huesos y calaveras de muertos, feo y asqueroso, y que muchos se tapaban los rostros para no verle, como leproso y hecho el desecho de los hombres y el abatimiento del pueblo? El santo Moisén, cuando en lo interior del monte vió la zarza (Exod., 3) y á Dios enzarzado en medio de ella, tuvo revelación de la encarnación y muerte del Salvador, y quedó como pasmado y dijo: *Vadam et videbo vissionen hanc magnam:* Iré y veré esta visión grande; y cuando pidiendo él mismo que le mostrase Dios su cara le mostró las espaldas, entendiendo el misterio de nuestra redención, como fuera de sí quedó diciendo (Exod., 34): *Dominator Domine Deus, misericors et clemens, patiens et multae miserationis ac verax, qui custodis misericordiam in millia, qui aufers iniquitatem, et scelera, atque peccata: nullusque apud te per se innocens est* [1]. El cordero que se había de comer en la Pascua, mandaba Dios que se comiese de prisa. *Festinanter.* (Exod., 12). La cual palabra trasladan algunos del hebreo: *Cum pavore.* Con miedo y espanto, con pasmo y admiración, porque significaba la muerte de Cristo y era figura suya expresa. Arrebatado y en éxtasi estaba el santo Profeta cuando extendió la mano al cáliz de la pasión de Cristo Señor Nuestro. *Ego dixi in excessu meo: Omnis homo mendax.* Arrobado conoció y entendió la verdad de Dios en sus promesas y las mentiras de los hombres; y en este arrobo tuvo revelación de la muerte del Señor y dijo: Tomaré el cáliz de la salud, esto es, de las pasiones y muerte de Cristo, como lo declara San Basilio (Basilius, *in Psal.).* Isaías, con admiración extraordinaria, considerando la alteza de este misterio, dice (Esai., 53, a): ¿Quién creyó ó dió crédito á lo que habemos oído? Y el brazo de Dios en obrar nuestra redención, ¿á quién se ha manifestado? Subirá como un pimpollo ó renuevo (por la edad infantil de Cristo, que fué creciendo en el cuerpo y en el saber experimental como los otros niños). *Et sicut radix de terra sitienti,* como raíz de tierra seca ó sedienta, esto es, del vientre virginal, adonde no se halló el humor que procede de carnal ayuntamiento. (Sic Septuaginta, sic Cirilus Hieros., *Cathechesi de Christi passione*). *Aquila:* De tierra no pisada, por la pureza y por la virginidad de que gozó en el parto, y después San Cipriano dice que cuando los apóstoles predicaban á Cristo crucificado, pasmaban los hombres y no podían creer cosas tan extrañas y ajenas de Dios á su parecer, y ellos son los que dicen: *Domine, quis credidit auditui nostro?* ¿Quién creyó lo que de Dios muerto habemos predicado? *Stupuerunt super eum multi.* Dice el mismo Isaías antes de esto: Pasmaron sobre él muchos. Los gentiles juzgaron por locura este hecho, y por escándalo los judíos, y los apóstoles no lo creen cuando se lo predica y enseña Cristo. (Lege *Triumphos amoris*, pág. 2). Jeremías (Hier., 32; Justin. martir, q. 7) pasmaba y no osaba hablar cuando se le representaba lo que Dios habia de padecer hecho hombre. Daniel cayó en tierra como muerto revelándole el ángel en las Hebdomadas la muerte de Cristo Señor Nuestro, tan claramente como si fuera evangelista que se hallara presente. San Agustín (lib. 18 de la *Ciudad de Dios*, c. 32) hace grande caso para el propósito de la profecía de Ha-

[1] «Oh Señor Dios dominador, misericordioso y clemente, sufrido y de mucha piedad y veraz, que atesoras misericordia para miles de personas, borras la iniquidad y los crímenes y pecados, y ante quien nadie es por sí mismo inocente.» El impreso antiguo pone *se* en vez de *te* después de *apud.*

bacuc (Habacuc, 3). *Domine, audivi auditionem tuam, et timui. Domine, opus tuum in medio annorum vivica illud*, etc. Señor: oí lo que me revelaste de la encarnación de tu Hijo y de su muerte y quedé atónito y fuera de mí. Esta es, Señor, tu obra: en lo florido de tus años la vivifica, y en el medio de ellos la manifestarás al mundo, y cuando pareciere que estás más airado mostrarás más tu misericordia. Al fin, por excelencia y antonomasia, entre tantas obras como hizo Cristo viviendo entre los hombres, esta del morir es la que llama absolutamente obra suya. *Passio enim Domini*, dice San Agustín (S. Aug., epístola 171) *pretium est orbis terrarum:* La Pasión de Cristo es el precio del mundo. Lo cual sabemos del Evangelio de San Juan (Ioan., 17), adonde el mismo Señor, hablando con su Padre, dice: *Opus consummavi, quod dedisti mihi, ut faciam* (Aug., tract. 115, et Ioan., 4): Acabé con perfección la obra que me encomendaste para que yo la hiciese. San León Papa dice (S. León, ser. 11 de *Passione*) que la contemplación de la Pasión de Cristo es la cosa que más recrea nuestra mente y más sobrepuja nuestro entendimiento. No parece que le quedó nada por hacer el día que murió por nosotros. Pareció que estuvo demasiado, y por esto interpretó San Lucas (Lucae, 9) esa muerte con nombre de exceso: *Loquebantur de excessu;* porque mostró el excesivo amor que nos tenía. San Pablo llamó á esta caridad *Nimiam*, demasiada. Y San Bernardo allí (Bernardo, ser. de *Passione Domini*): *Vere nimiam, quia et mensuram excedit, modum superat, plane supereminens universis:* Verdaderamente demasiada, porque excedió la medida y sobrepujó el modo como sobreeminente á las demás obras. Orígenes (homilia 1.ª in. lib. *Iudicum*) dice: *Ego quidem arbitror, quod omne opus Dei magnum est, sed si alia eius opera cum eo compares, quod ita dilexit hunc mundum, ut Filium suum unigenitum daret pro salute mundi, invenies, omnia illa, parva esse ad huius operis magnitudinem.* Yo pienso que cualquier obra de Dios es grande, pero si la quisieres comparar con lo que fué dar su Hijo por la salud del mundo, enamorado del mundo, hallarás que las demás son pequeñas respecto desta. San Agustín decía que eran muchos ó innumerables y grandes sobremanera los beneficios que de Dios había recebido por los cuales debía amarle y alabarle siempre, pero uno es, dice él (Aug., lib. 2 *Meditac.*, c. 16), el que me enciende más que todos, el que más me aprieta, mueve y fuerza á que te ame, Señor mío: sobre todas las cosas te me hace amable ¡oh buen Jesús! la afrentosísima y amarguísima muerte que sufriste, obra digna de quien eres y necesaria para nuestro rescate y redención. Esto sólo es lo que arrebata para sí toda nuestra vida, todo nuestro trabajo, todo nuestro servicio y todo nuestro amor; es, finalmente, la mayor de las obras de Dios, y por eso inefable y incomprensible.

§ III

Pues ¿cómo hablaré yo bien y con satisfacción de ella? San León Papa dice (*Serm. 11 de Passione Domini*) que no es á propósito el silencio, ni se sufre callar los misterios de la sagrada Pasión, aunque andemos de fiesta y rodeados de cosas alegres; que Cristo en su transfiguración y los Santos en su santa gloria, ni se olvidó ni se olvidan de ella. *Quia etsi difficile est*, dice San León (Matt., 17; Lucae, 9; Apocal.), *de eadem solemnitate saepius, digne, apteque; disserere, non est tamen liberum sacerdoti, in tanto divinae misericordiae sacramento, fidelibus populis subtrahere sermonis officium, cum ipsa materia; eo quod sit ineffabilis, fandi tribuat facultatem; nec possit deficere quod dicatur, dum non potest satis esse quod dicitur.* Inefable es, porque aunque es dificultoso hablar muchas veces á propósito, y como conviene, de una misma solemnidad, no tiene el sacerdote libertad en este Sacramento de la divina misericordia quitar á los fieles el oficio de la predicación, como sea ansi que la misma materia, por ser inefable, dé facultad para hablar; ni pueda faltar qué decir, cuando lo que se dice no basta; y por esa parte ofrece copiosamente qué decir, y no pueden faltar razones cuando lo que se dice nunca puede ser bastante. Ríndase, pues, la flaqueza humana á la gloria de Dios, y para declarar las obras de su misericordia, siempre se confiese y conozca insuficiente y desigual. *Laboremus sensu, haereamus ingenio, deficiamus eloquio: bonum est, ut nobis parum sit, quod etiam recte de Domini maiestate sentimus.* Entre todas las obras del Señor, en que la intención de la admiración humana se fatiga, ¿qué hay que se vaya de vuelo en la contemplación de

la mente como la Pasión del Salvador? De cuya omnipotencia, que á Él es común con el Padre y el Espíritu Santo, cuantas veces como podemos pensamos, mucho más nos admira en Dios la humildad que la potestad, y con más dificultad se entiende el haberse Dios agotado que el haber levantado al hombre á tanta grandeza. Pero mucho nos ayuda para la inteligencia de cosas tan admirables saber que, aunque es una cosa el Criador y otra la criatura, una la deidad inviolable, otra la carne pasible, concurren en una persona divina la propiedad, ó lo que es propio de una y otra sustancia; de manera que en las enfermedades y en las virtudes, en lo flaco y en lo fuerte, de ese mismo sean las afrentas cuya es la gloria. Al fin, al que confesamos Hijo único del Eterno Padre, todopoderoso, confesamos también Hijo de María Virgen; y cuando creemos que fué crucificado, muerto y sepultado, y que resucitó al tercero día, en ninguna manera nos apartamos de su admirable Majestad; Dios es el que padece, y Hombre el que sana y resucita á los muertos. Y acabo este discurso con esta advertencia: que para alcanzar en alguna manera los misterios altísimos de la sagrada Pasión, y en la consideración de ellos ablandarse y derretirse nuestros corazones, aunque sean de piedra, siempre han de ir de compañía el entendimiento y la voluntad, como la fe y la caridad, que en estas dos potencias residen. San Pablo llamó al Sacramento de la Cruz sabiduría y virtud de Dios (I ad Cor., 1 d): sabiduría, porque suspende y eleva el entendimiento; virtud y poder, porque ablanda y enternece el afecto y rinde y mueve la voluntad. La falta de estas dos virtudes, fe y caridad, hizo que este Sacramento fuese á los judíos escándalo y piedra en que tropezasen, y á los gentiles pareciese locura y disparate, siendo á los fieles virtud de Dios y sabiduría suya. Sin estas dos acompañadas, no puede, sin notable peligro, entrar el juicio humano á considerar misterios tan soberanos; escurecerse ha y anegarse ha. Si la fe le falta, diremos lo que los judíos: que fué cosa escandalosa morir Dios, y lo que los gentiles: que fué locura. La fe descubre la necesidad de remedio tan costoso para la reparación del hombre, y la caridad la grandeza de la caridad de Dios, que le quiso tomar y poner por obra; las dificultades que el entendimiento mueve, entrando á pensar en esta obra del poder y saber de Dios, la fe las allana, y á nuestra voluntad helada y lerda la caridad la enciende y la ablanda, y nos asegura y hace ciertos que ella sola le vistió de carne, ella le prendió y le ató y le hizo ofrecer el rostro bellísimo á los que le escupían y daban bofetadas (Ioan., 14), la que le tuvo amarrado á la columna sufriendo crueles azotes, la que le traía y llevaba ante los jueces y la que le puso en la cruz entre facinerosos. Digo, que para no anegarnos en el archipiélago de la Pasión del Salvador, han de andar juntas y de compañía entendimiento y voluntad, fe y caridad. Entendimiento que busque, fe que dé luz y enfrene sus atrevimientos y satisfaga á sus dudas, caridad que encienda el afecto y nos asegure que son obras de amor las que el Hijo de Dios hizo y padeció en la obra maravillosa de nuestra redención. Él sea glorificado de todas sus criaturas, en tiempo y por toda la eternidad. Amén.

CAPÍTULO II

Del divino acuerdo y altísimo consejo de las tres divinas personas sobre la salud y remedio de los hombres por la Pasión y muerte del Verbo eterno encarnado.

§ I

Francisco Somnio, varón gravísimo *(Tractatu de Passione Domini*, cap. 6), recogió de San Agustín, San Bernardo, Haymón y otros padres de la Iglesia una como disputa forense entre las divinas virtudes Sabiduría, Justicia, Misericordia, Verdad y Paz, sobre la salud y remedio de los hombres. No porque en Dios hubiese pensamientos encontrados, ni que sucediesen de nuevo, sino para acomodarse á la flaqueza de nuestros entendimientos, que si no es por semejanzas corporales, las más veces se quedan ayunos en estas materias tan altas, y con ellas entendemos algo, aunque poco, de los juicios de Dios y recibimos alivio y consolación (Psal. 118: *Memor fui iudiciorum tuorum a saeculo Domine, et consolatus sum*). En esta disputa y controversia tomó la mano y el primer lugar la Misericordia de Dios, y deseando á Dios propicio sobre la miseria y pecados de los hombres, hablo ansí: Suave sois, Señor, y vuestras misericordias ni tienen tasa, número, ni fin; por tanto, yo os ruego que

tengáis memoria de los hombres para perdonarles sus pecados, por vuestro nombre y por vuestra infinita bondad. Salió la Justicia y dijo: Justo sois, Señor, y vuestra justicia permanece para siempre; si perdonáis á los hombres, sin tomar dellos justa venganza, ¿qué dirán aquéllos á los cuales tenéis mandado que hagan justicia? Favoreció la Paz las partes de la Misericordia, diciendo: Vos, Señor, no sois Dios de disensiones, sino de paz y de toda consolación; el vengaros y el destruir y asolar los hombres más es de los que sustentan bandos y enemistades que de un Dios que de su naturaleza es bueno y pacífico. Contradijo la Verdad, y resistiendo dijo: ¿Por ventura entre los ángeles, ansí como á los buenos los juntastes á Vos inseparablemente, así no destruistes á los malos sin algún reparo? ¿Por ventura no mandastes escribir en el volumen de vuestra ley (Sap., 14): Aborrecible es á Dios el malo y su maldad? ¿Y en otra parte (Deut. 25): Á la medida del delito será el modo de los azotes? ¿A dónde están vuestras leyes? ¿A dónde vuestras amenazas? ¿A dónde lo que se dice: Dios es pura y primera verdad? Si lo que la Misericordia pide pasa adelante, hallarse ha sin duda mentira en las bocas de todos vuestros profetas. Acudió la abogada de los hombres, Misericordia, y dijo: ¿A dónde, Señor, está la multitud de vuestras misericordias? ¿Hánse, por ventura, agotado y estancado? ¿Vos no sois bueno, y infinitamente bueno, y la misma bondad? Pues ¿por qué no os habéis de apiadar del hombre caído por enfermedad y flaqueza? Replicó la Justicia: Si la malicia queda sin castigo, todo el mundo se llenará de injusticias, de pecados y de impiedades, y quedaréis sin reino en la tierra; porque el establecimiento del reino, la tutela de la inocencia, el nervio de la disciplina, el magisterio de la virtud y la guarda de la paz, la justicia es. Acudió la Misericordia, diciendo: Ni yo seré amable entre los hombres, ni podré más ofrecer perdón á los afligidos y desconfiados si por vuestra graciosa piedad no perdonáis la culpa. Ni yo, dice la Justicia, seré espantosa á ninguno si conforme á su merecido no se castigan [1] las maldades. —Salió la eterna Sabiduría y habló en esta forma: Justa es, Señor, la querella que de una parte y otra dan Misericordia y Justicia. Porque si el castigo no iguala con la culpa, perece la Justicia y la Verdad, y perece también la Misericordia si os enojáis para siempre contra aquél que, concebido en pecados, de su naturaleza persevera inclinado al mal, á quien la ley de los miembros ó la carne que desea contra el espíritu, y aun el propio lugar en que vive, apenas le dejan ó ser bueno ó conocer la verdad. Lo que yo juzgo es que se ha de acudir al juicio de igualdad, de manera que el pecado del hombre, por la Verdad, que así lo pide, se castigue con muerte, y por la Misericordia se perdone graciosamente. Sea el rigor de venganza cuanto baste para satisfacer á la Justicia. Haya esperanza de perdón, cuanto pueda desear la Misericordia. Un inocente y de continente ánima, que no tiene ponderación digna, pague por todos, y todos en Él alcancen misericordia (Eccles., 26 b). Ansí pague uno, que se dé el precio condigno por los pecados de todos, para que cese tu querella ¡oh Justicia! y por el mérito deste uno, misericordiosamente se ofrezca, no solamente la gracia, sino la vida, la salud y, finalmente, la gloria de hijos de Dios, para que tu queja ¡oh Misericordia! cese del todo. Por este medio, tú ¡oh Justicia! permanecerás temida y reverenciada con el peso en la mano, dando á cada uno lo que le pertenece conforme á sus merecimientos (Rom., 2). A los que en el obrar bien tuvieren paciencia y perseverancia, gloria y honra y incorrupción, y á los contenciosos y que no se sosiegan con la verdad, antes dan crédito á la maldad, ira y indignación. Y tú, Misericordia, quedarás amable á los hombres, dando á todos esperanza de perdón si hicieren penitencia; el hombre quedará instruído viendo que ningún mal queda sin castigo, ni bien sin premio, ni pecador, por grande que sea, desahuciado de alcanzar remedio á sus pecados. Este parecer y corte divino de la eterna Sabiduría satisfizo de manera á las divinas virtudes, que luego, como lo dice el Profeta (Psal. 84), la Misericordia y la Verdad se abrazaron, y la Justicia y la Paz se dieron beso de concordia y amistad.

§ II

Pero levantóse aquí otra cuestión sobre este uno que satisficiese por todos. La Misericordia dijo que entre los hombres se halla-

[1] El impreso antiguo dice: *castiguen*.

ría. La Justicia replicó que en ninguna manera, porque todos pecaron y quedaron inútiles, y ninguno hay que haga bien; ni uno sólo. ¿Cómo podrá satisfacer por todos el adeudado y que debe por sí más de lo que puede pagar? Respondió la Misericordia: Envíese un ángel. Ni tampoco eso ha lugar, dijo la Justicia, porque la hermosura del universo y el juicio de igualdad piden que allí se ejecute la pena adonde se cometió la culpa; allí la muerte adonde el pecado; los ángeles buenos ningún pecado cometieron; los malos y condenados no pueden merecer, ni para sí, ni para otros. Replicó la Misericordia: Tome carne un ángel del linaje de Adán y satisfaga en carne humana por los hombres. Respondió la Justicia: Adonde por razón seminal se traspasa la naturaleza, allí está la culpa y original pecado; y á la verdad el que tiene pecado, ni basta para sí ni menos para los otros. Dijo la Misericordia: Tome carne de la sangre de Adán, y no traspase en los demás la naturaleza, ó críese un hombre nuevo, como en el principio del mundo le crió Dios en el Paraíso. Respondió la Justicia que ni lo uno ni lo otro se podía hacer, porque el uno y el otro ternían naturaleza finita, la cual por culpa infinita y de todos los pecadores de todo el mundo no puede hacer satisfacción condigna; y el que se criase de nuevo, de todo en todo no estaría en los lomos de Adán, ni ternía carne ni sangre de la naturaleza que pecó. Y adonde no hay comunicación en la naturaleza, no habrá participación de merecimientos. Aquí entró la eterna Sabiduría, y convirtiéndose á la Divinidad, dijo: Dios bueno, que después de la tormenta traes la serenidad y bonanza, y que no te deleitas en las pérdidas de los hombres, óyeme un poco, suplícotelo, pues soy la que asisto contigo en todos tus juicios y determinaciones. Un solo medio veo que resta, con que podrás salvar el pueblo que criaste y excluir del todo las objeciones que ponen la Justicia y la Misericordia y descubrir al mundo la mayor señal de amor que jamás se ha oído ni visto en él desde *ab initio*. El medio es enviar una de las personas de la beatísima Trinidad, para que se haga hombre, y en la humana naturaleza que tomare del pecador Adán sufra el castigo de la muerte que los hombres pecando merecieron. Ni hay aquí en qué reparar ni detenernos, porque lo que digo se puede ejecutar sin derogar en cosa alguna á tu eterna Majestad, porque es impasible y inmutable, y con grande ilustración de tu bondad acerca del género humano, porque sumamente parece bueno el que da por sus enemigos, y que no se lo merecen, lo más precioso y á sí más íntimo, y será sin injuria ni daño de la persona que hiciere esta obra: sin injuria, porque lo hará de su voluntad; sin daño, porque después de acabado el misterio de su Pasión, la misma naturaleza humana asumpta la podrás resucitar á nueva vida cuando por bien tuvieres, y que así resucitada y viva gane más que había perdido muriendo. Y fuera desto, la satisfacción por todos será llena y sobreabundante. El que padecerá será Dios y Hombre juntamente, inocente y viador, Padre del siglo futuro por la fe, como Adán padre del primer siglo por la carne (Esai., 9), por lo cual su pasión será de infinito mérito, provechosa á todos aquellos que por fe estuvieren incorporados en Él, como la descortesía de Adán dañó y infeccionó á todos los que se hallaron en él por carne.

§ III

Oyendo este parecer el Hijo eterno del eterno Dios, que no por hurto se conoce y es igual á Dios, se agotó á Sí mismo entonces en el deseo y determinación, y después por la humanidad asumpta, diciendo á su Padre (Philip., 2): Veisme aquí, enviadme, porque como yo *ab eterno* soy Hijo vuestro y coeterno á Vos, así el hombre, hecho á nuestra imagen, comenzó en tiempo á ser hijo de esa misma divinidad nuestra por gracia. Y por eso en parte es y se debe llamar mi hermano. Yo, pues, si á Vos ¡oh Padre! os es agradable, predicaré á mis hermanos vuestro nombre y en medio de la Iglesia os alabaré (Psal. 21). Fuera desto daré mi vida por ellos, pagando por sus pecados lo que es imposible pagar ellos, porque redimidos con mi sangre sean una cosa con nosotros, divinos y deificados y coherederos de la gloria que yo agora tengo común con Vos. No conviene que Vos ¡oh Padre! toméis esta empresa y legacía, porque sois Padre y Principio *Primo primum*, como dicen los teólogos, que es lo mismo que principio sin principio; ni tampoco conviene que la tome el Espíritu Santo, que como es entre nosotros amor común, ansi después de hecha la

redención lo será también entre los hombres y nosotros, santificándolos y uniéndolos con nosotros con atadura de amor, como Vos ¡oh Padre mío! y yo hecho hombre seremos una cosa. A mí, que también soy Hijo como lo son ellos, me conviene ser semejante á mis hermanos, sin nota ni rastro de pecado, naciendo en carne como ellos, viviendo debajo de las miserías, incomodidades y tentaciones como ellos, y en el valle de lágrimas adonde viven ellos. No viviré como ellos pecando y ofendiendo y quebrando vuestras leyes, sino inocentemente y obedeciendo á Vos de todo en todo, para ejemplo suyo dellos, y al fin muriendo, no de necesidad de naturaleza ó por culpas que haya cometido, sino ofreciéndome espontáneamente á la muerte para su rescate y redención; y desta manera seré para ellos Salvador, por el precio de mi sangre que interpongo, y espejo de paciencia en las calamidades del mundo, y ejemplo de vida virtuosa y acertada; y, finalmente, su consolador fácil para compadecerme dellos, tentado de todas maneras como ellos. Esto así hecho, concluyó la beatísima Trinidad un decreto inmutable, conviene á saber: que se hiciese lo que la eterna Sabiduría había propuesto, y que su Hijo lo ejecutase como lo deseaba y pedía, como lo hizo en la plenitud de los tiempos, encarnando en las entrañas sacrosantas de la sacratísima Virgen. Eso dice San Pablo (Galat., 4): *Quando venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum, factum ex muliere, factum sub lege; ut eos qui sub lege erant, redimeret et adoptionem filiorum reciperemus.* ¿Qué plenitud de tiempo es ésta que vino para que el Hijo eterno fuese enviado de su Padre? La que quedó determinada en el Consistorio divino cuando se trató del remedio de los hombres, por la muerte y pasión de Dios encarnado. Envióle hecho de mujer por lo miraculoso y extraordinario, y debajo de la ley por lo humano, para que redimiese y sacase de la servidumbre legal á sus hermanos y les diese la filiación admirable, no natural (que eso no fué posible), sino adoptiva; no en sólo el hombre, sino en el hecho: *Ut filii Dei nominemur et simus* (1 Ioan., 3). *Et Verbum caro factum est et habitavit in nobis* (Ioan., 1). Anduvo entre nosotros, conversó y vivió, y diónos autoridad y poder, *filios Dei fieri.* Que seamos hechos hijos de Dios, que es una cosa que fué menester ser Dios el que lo dice y promete para que se crea. Y de aquí se entenderá, aunque de paso, la conveniencia que halló Cristo en su muerte, de que tantas veces hace mención con el verbo *Oportet:* conviene que el Hijo del hombre muera. Y no digamos más deste divino consejo y acuerdo soberano, porque digamos cuán de corazón tomó el Hijo amado el remedio de los hombres, y cuán temprano comenzó á padecer por ellos, y cómo jamás se le apartó ni borró de la memoria, ni por un instante, esta su obra. Bendíganle los ángeles para siempre, y mi alma, y cuantas cosas dentro y fuera de mí están.

CAPÍTULO III

Cómo desde el punto que el divino Verbo encarnó en las entrañas de la Virgen nuestra Señora, para redimir los hombres, nunca se olvidó desta su obra, y siempre anduvo en una cruz mental hasta que expiró en el Calvario.

§ I

Si el hablar de una cosa frecuentemente y con gusto es argumento de que ocupa el corazón y está bien arraigada en él, sin dificultad se colige que ninguna había en el de Cristo que tuviese mejor lugar que su Pasión sacratísima, porque sus pláticas y conversaciones ordinarias eran della. La voluntad es como primer móvil que lleva tras de sí las potencias y sentidos á lo que ella quiere y ama. Mueve al entendimiento para que piense dello; á la lengua para que hable, y á los ojos para que lo contemplen y miren. Ansí vemos que el avariento habla de sus ganancias torpes; el soberbio, de sus vanas honras; el airado, de sus venganzas; el deshonesto, de sus amores y asquerosos gustos. *Dixit inimicus.* Dijo Faraón, cuando seguía al pueblo de Dios (Exod., 15): *Persequar, et comprehendam, dividam spolia, implebitur anima mea; evaginabo gladium meum, interficiet manus mea.* ¡Qué ocupado y qué engolfado iba en lo que deseaba! Perseguirlos he; comprenderlos he; dividiré los despojos; llenarse ha mi ánima; desenvainaré mi espada, y matarlos ha mi mano. Ansí Cristo, señor nuestro, deseoso de la salud de los hombres, hablaba de su Pasión ordinariamente como de medio eficacísimo para sanarlos. Era esta su obra, y traíala, como dice Isaías (Esai., 40) delante de sus ojos y en me-

dio de su corazón. *Opus eius coram illo semper.* Por San Juan la llamó Él obra de su eterno Padre (Ioan., 4). *Meus cibus est, ut faciam voluntatem eius, qui misit me, ut perficiam opus eius.* Convidaban los apóstoles á Cristo á que comiese unos bocados, estando ocupado en la conversión de la Samaritana y de los Sichimitas; era tarde y no había comido aquél día, y respóndeles: que su comida regalada era hacer la voluntad de su Padre, que este fué el fin de su misión y venida al mundo. Y declarándoles qué voluntad fuese esta del Padre, añadió: *Ut perficiam opus eius:* Acabar su obra. Significando en esto que la obra de Dios es salvar almas, y esa salud y salvación se les había de dar por Él, que es salud y ejecutor del gusto del Padre, y el que de todo en todo cumple su voluntad. Levantemos algo más este discurso. Cuando Dios crió todas las cosas, dice el sagrado texto (Genes., 2) que las miró, y como las vió tan bien acabadas, dijo que eran muy buenas y que estaba muy pagado dellas. Empero, del hombre no dijo nada: ni le alabó ni le vituperó. Yo pienso que fué porque había de perseverar poco en aquel estado en que le había puesto de tanta honra y perfección, en la cual no le confirmó, mas dejóle libre para que como tal eligiese el bien ó el mal, la muerte ó la vida. A las demás criaturas dióles lo que se les pudo dar: de una vez tuvieron su perfección, de que nunca pudieron caer, y así dijo que eran muy buenas. ¿Y el hombre, Señor? El lo dirá; sus obras le alabarán ó vituperarán. Fué obra no acabada; comenzóla Dios, y no la dió la última mano; su Hijo trata de eso. *Ut perficiam opus eius.* Y la Iglesia canta [1]:

Ad opus suum exiens,
Venit ad vitae vesperam:

Vino Dios al acabarse el día de la vida á acabar lo comenzado. San Agustín dice que el fin que tuvo Dios en criar al hombre fué que le conociese y, conocido, le amase, y amándole, obrase conforme á sus leyes; y obrando desta manera, gozase de Él para siempre. Este fin y estos intentos de Dios quiso atajar el demonio, y el medio que tomó fué el pecado, y fuera buen medio para su pretensión si Dios no quisiera tanto su obra ó le faltara poder para salir con ella; pero, como dice Isaías, su consejo ha de estar y su voluntad se ha de cumplir, aunque todo el infierno resista. *Consilium meum stabit,* dice Él (Esai., 46) *et omnis voluntas mea fiet, vocans ab Oriente avem, et de terra longinqua virum voluntatis meae.* Yo no me mudo, dice Dios, ni soy inconstante en mis propósitos y determinaciones; mi consejo estará fijo y firme, y mi voluntad primera, que tuve en criar al hombre para mi gloria, se cumplirá á la letra. *Neque nocebo in veritate mea* (Psal. 88). Y ¿qué medio tomáis para esa vuestra pretensión tan ardua y dificultosa? *Vocans ab Oriente avem, et de terra longinqua virum voluntatis meae.* Nótese aquí, lo primero, que la obra de la encarnación y redención de los hombres por la muerte de Cristo se llama absolutamente y por excelencia consejo de Dios; porque ni los hombres ni los ángeles fueron admitidos á él, ni todos los hombres, ni todos los ángeles, dieran en semejante traza, aunque sobre ello se juntaran de acuerdo por una eternidad de años. Este consejo dice que nunca se variará, que será estable y firme, aunque le cueste mucho, y que á su costa salió con él. *Vocans ab Oriente avem.* Ave de Oriente se llama Cristo, porque en el pecho y corazón del Padre, que es principio sin principio, allá en la eternidad hace su morada y tiene su nido; y como ligerísima ave se abatió y inclinó al hombre y se juntó con él en las entrañas de la Virgen, con tan estrecho y apretado abrazo, que Dios quedó en él hecho hombre y el hombre Dios. *Et de terra longinqua virum voluntatis meae.* Llámase Cristo varón, y de tierra remota; varón, porque desde el día y punto que encarnó fué hombre perfecto y consumado en todo género de perfección. Que es lo que dijo Jeremías: *Faemina circumdabit virum* (Hier., 31). Dícese de tierra lejos, por la distancia grande que hay de Dios al hombre; la que hay de lo finito á lo infinito, esa hay desde donde parte este varón y esta ave hasta llegar al hombre. Parte de la divina y eterna naturaleza á la temporal y limitada del hombre, de que se espantan los ángeles, pasman los cielos, la lengua enmudece y el entendimiento desfallece. Y por ventura es este el altibajo de Isaías (Esai., 9). *Sive in profundum inferni, sive in excelsum supra.* Tierra lejos cuanto puede ser, y así había de ser, porque por acá, entre nosotros, y de cerca, no había tal varón como este. *Virum*

[1] En el himno de Laudes *Verbum supernum prodiens,* etc. del oficio del Corpus.

voluntatis meae. Varón de mi voluntad, ajustado á mi querér, cortado á mi deseo. Ninguno de los hombres del mundo cuadró de todo en todo y sin faltar hebilleta ni tilde á la voluntad de Dios, como Cristo, en el cual se complació bien. *Qui factus est ei ex semine David secundum carnem* (Rom., 1). Fué hecho para su Padre de la familia de David, según la carne; fué hombre hechizo para Dios, Hijo suyo para su regalo y gusto, ejecutor de su voluntad y de su eterno consejo. Mi comida es, dice el Hijo amado (Ioan., 4), hacer la voluntad de mi Padre que me envió; y mis intentos todos, y mis cuidados, acabar la obra suya. *Ut perficiam opus eius.* Sobre estas palabras dice Cirilo (Ciril., in Ioan): *Cum igitur ipse Filius voluntas Patris sit, opus eius perficit iis, qui credunt in eum salutem largiens.* Pues como el mismo Hijo sea voluntad de su Padre, acaba su obra dando salud á los que creen en Él.

§ II

Al fin, la redención de los hombres es obra del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; empero, particularmente lo es del Hijo, y á su cuenta estuvo el acabarla; y entonces la acabó cuando acabó su vida en la cruz, diciendo: *Consummatum est* (Ioan., 19). Hasta allí la trajo siempre delante de sus ojos, y en el deseo della anduvo crucificado; y el deseo era tan vehemente, que en cuantas ocasiones hallaba hablaba della y procuraba introducirla en los corazones de los suyos. Por San Mateo se la representó como en parábola (Matth., 12): *Sicut Ionas fuit tribus diebus, et tribus noctibus in ventre ceti, ita erit Filius hominis in corde terrae* (¹). Por San Juan lo dijo otra vez, debajo de la figura del templo (Ioan., 2): *Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud.* Y en otra parte (Ioan., 3): *Modicum et non videbitis me, et iterum modicum et videbitis me, quia vado ad Patrem* (²). Otra vez habló de su muerte debajo de la figura de la serpiente (Ioan., 16): *Sicut Moises exaltavit serpentem in deserto, ita exaltari oportet Filium hominis.* Todas estas veces trató de su pasión con alguna oscuridad, por no espantar á sus discípulos; mas por San Mateo se la dijo tres ó cuatro veces claramente y sin rebozo. En el cap. 16 dijo (Matt., 16): *Oportet multa pati a senioribus, et scribis, et principibus sacerdotum, et occidi* (¹). En el cap. 17 se declaró algo más (Matt., 17): *Et Filius hominis tradendus est in manus peccatorum, et occiden tillum* (²). En el cap. 20, añadió (Matt., 20): *Tradetur gentibus ad illudendum, et flagellandum, et crucifigendum* (³). Por San Lucas dice (Luc., 18): *Consummabuntur omnia, quae scripta sunt per Prophetas de Filio hominis* (⁴). Y cuenta por menudo sus pasiones, como las pudiera contar de otro hombre que no le tocara. Transfigurado, la plática que tuvo con sus amigos Moisén y Elías fué de su pasión, debajo de nombre de exceso, anteponiéndola á la gloria que allí gozaba, como cosa de mayor gusto para Él. Cuando instituyó el Santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre, el fin que tuvo fué dejárnosle para anillo de memoria de su pasión y muerte (Mat., 17: *Euthimius loquebatur de gloria*). Cuando venga á juzgar, dice (Mat., 24), que traerá consigo, y en su compañía, la cruz en que murió y obró nuestra redención; como diciendo que no se halla sin ella. En el cielo, la mayor fiesta que le hacen los ángeles y los Santos es cantarle la pasión: *Dignus est agnus, qui occisus est,* etc. (Apoc., 5). Y para que viésemos cómo andaba crucificado en su deseo, dijo por San Lucas (Luc., 12): *Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur.* ¡Ay, que me tengo de bautizar en mi sangre, y cómo se me estrecha y aflige el corazón hasta que esto se cumpla! Y ese era el deseo doblado de cenar con los suyos la Pascua: morir corporalmente, por no morir esta tan trabajosa muerte espiritual y mental. Escribiendo la gloriosa Santa Catalina de Sena á un gran prelado de cómo le había atormentado más á Cristo el deseo de redimirnos que los tormentos que en razón desto padeció, dice así (Epíst., 44): Acuér-

(¹) «Asi como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del hombre en el centro de la tierra».

(²) «Un poco y no me veréis, y otro poquito y me veréis, porque me voy al Padre».

(¹) «Conviene que padezca muchas cosas de parte de los ancianos, escribas y príncipes de los sacerdotes, y que lo maten».

(²) «El Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los pecadores y lo matarán».

(³) «Será entregado á los gentiles para ser afrentado, azotado y crucificado».

(⁴) «Se cumplirán todas las cosas que escribieron los profetas sobre el Hijo del hombre».

dome que el dulce y buen Jesús manifestaba una vez á una sierva suya que consideraba en Él la cruz de su deseo, y juntamente en la de su cuerpo. Ella le decía: Jesús mío dulcísimo, ¿cuál te causaba mayor pena, la que padecías en el cuerpo ó la que te atormentaba con el deseo? El Señor respondía dulce y benignamente: Hija mía, no dudes que como ninguna comparación se puede hacer de lo finito á lo infinito, ansí no la hay entre la pena del cuerpo y la del deseo: la del cuerpo se acabó, que era finita, mas la del deseo no tiene fin. Por esto, desde el instante de mi concepción, siempre anduve puesto en la cruz del deseo, y en razón de lo que digo, si te acuerdas bien, mostrándote una vez mi nacimiento, tú me viste Niño pequeñito, recién nacido, con la cruz á cuestas. *Qui portamini a meo utero, qui gestamini a mea vulva* (Esaí., 46 b). *Et in laboribus a iuventute mea* (Psal. 87 d). En el vientre de mi Madre se comenzó la cruz del deseo de cumplir la obediencia de mi Padre, que me ordenó el morir por el remedio y rescate de los hombres, y esta cruz me atomentaba más que otra alguna material. Y por esto mi espiritu se alegró de alegría grandísima cuando me vi, en lo último de mi vida, ya cercano á mis pasiones. Lo cual yo manifesté á mis discípulos el jueves de la Cena con aquellas palabras (Lucae, 22): *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum antequam patiar*. Digo, hija, que estaba mi ánima llena de gozo cuando veía que se llegaba el tiempo de quitar de mí esta cruz del deseo, y cuanto más yo me acercaba á los azotes y tormentos del cuerpo, tanto más se me aflojaba la pena de mi espíritu, porque la cruz material aligeraba y hacía fácil la cruz espiritual. A esto replicó la sierva de Dios: ¿Por ventura, Señor mío, perdistes, puesto en la cruz material, ese deseo de mi salvación y de los demás por quien os pusistes en ella y hicistes oficio de Redentor? Hija, respondió, la pena del santo deseo que tenía de morir, muriendo en la cruz del Calvario se me acabó; mas el deseo y hambre que yo tengo de vuestra salud, ni se acabó ni se podrá jamás acabar; sería acabarse el amor que tengo al linaje humano y acabaros vosotros juntamente con él. Al fin muere Jesús de hambre y de sed de nuestra salud, y esta hambre y sed habíamos de tener siempre en la memoria y como dechado delante de nuestros ojos intelectuales, procurando morir por santo y verdadero deseo de la honra de Dios, salud de las almas y ensalzamiento de la fe carólica. ¡Ay, si creciésemos tanto en esta hambre que quedásemos muertos á todo amor propio y á toda pasión de sensualidad, y quedase muerta nuestra voluntad y el apetito de los estados, honras, deleites y placeres del mundo y sus pompas todas!

§ III

En el capítulo sexto de su vida se escribe que, hablando un día con su confesor, le dijo Santa Catalina que desde el instante de su concepción siempre trajo Cristo la cruz y pasión en su ánima; porque en aquel mismo instante fué lleno de gracia, de sabiduría y de caridad. Y no fué necesario que en esas cosas creciese con el tiempo, porque desde aquel punto fué de todo en todo perfecto; y como perfectísimamente amase á Dios y al prójimo, y viese á Dios privado de su honra y al hombre del fin para que había sido criado, era atormentado fuertemente, hasta que, como medianero entre Dios y los hombres, por su pasión y muerte restituyese á Dios la honra de la debida obediencia, y á los hombres la salvación y gloria para que los crió. Este deseo fué tan grande en Cristo, que no le podia disimular; y así dijo á los suyos, cenando con ellos, aquellas palabras, nunca pesadas ni entendidas como merecen (Luc., 22): Con deseo he deseado cenar con vosotros esta Pascua, antes que padezca y muera. Lo cual dijo porque en aquella cena les había de dar la prenda única de su salud, que fué su cuerpo y sangre; la cual Él había de obrar antes que otra vez comiese con ellos. Y traia la Santa á su propósito aquel lugar: *Pater, si possibile est, transeat a me calix iste* (Ioan., 19; Math., 27). Y declarábale gloriosamente diciendo que no pedía Cristo, como flaco y medroso de la muerte, que su Padre le quitase el beber el cáliz de sus pasiones, cosa que Él tanto deseaba, sino que, pues Él le habia bebido continuadamente desde que fué concebido en el vientre de la Virgen Nuestra Señora; y entonces, por la cercanía del tiempo, le apretaba más el deseo de la salud de los hombres, que le acongojaba mucho, pide que se acabe ya aquel cáliz que ha ido bebiendo por todo el discurso de su vida. Que, bien considerado,

no fué pedir que le librase de las pasiones, como dije, que en breve esperaba, sino que el padecerlas y acabar con el remedio de los hombres se abreviase; que viene bien con lo que dijo á Judas (Ioan., 13): *Quod facis, fac citius* ([1]). De manera que por este cáliz no entiende el Señor la pasión por venir, sino pasada y presente, que desea ver acabada. Hasta aquí Santa Catalina de Sena. Desta cruz mental han hablado algunos contemplativos; pero ninguno, en pocas razones, dijo lo que el autor del libro llamado *Subida del monte Sión*, y con ello acabaremos este discurso. Escribiendo, pues, este grande contemplativo á un religioso (Epist., 9, extravag.) de las dos cruces, mental y real de Cristo, y cómo lo que enseña á sus seguidores se lo da escrito en el libro de la cruz, entre otras cosas dice: «Pues como esta lección no consista en palabras, necesario es avivar, pues habéis oído que es la cruz en que vivió Cristo fabricada de pobreza estrecha y de extremado dolor, acabado menosprecio y obediencia sin medida; los cuales brazos de cruz tomó cuando vino al mundo, y dejólos en la otra cruz de madera al punto postrimero de su vida, cuando con fuerte clamor expiró en ella, mostrándonos el valentísimo amor con que allí nos amó y el desmedido rigor con que en aquel tiempo, y no antes, la dejó» ([2]). Sea, pues, ¡oh ánima mía!, tu consolación, si buscas á Dios, crucificarte con Cristo, pronta en la obediencia, humilde en los favores, deseosa de menosprecios en las mayores honras y de sufrir por tu celestial Esposo y Maestro cualesquiera trabajos y persecuciones, y si faltaren las fuerzas, suplan los deseos.

CAPÍTULO IV

En que se prosigue la materia de la cruz mental, y se declara cuánto mayores fueron las penas que Cristo sintió en su ánima que las que padeció en el cuerpo, y del fundamento desta doctrina.

§ I

Imposible cosa es á los hombres y los ángeles comprender y apear el abismo profundísimo y piélago inmenso de las pasiones de Cristo Señor nuestro; suya es aquella voz que lo dice (Psal. 37): *Aflictus sum, et humiliatus sum nimis, rugiebam a gemitu cordis mei.* Afligido estoy y humillado en demasía, bramaba yo del gemido de mi corazón. Mas para que en alguna manera entendamos la incomprensibilidad de ellas, según la doctrina de San Bernardino de Sena (S. Bernardinus Senens, *de Passione Domini*, *feria 6 in Parascev.*, ser. 6), de nuestra sagrada Religión, debemos considerar tres cosas en Cristo: la plenitud de conocimientos, la grandeza de ocasiones y la multitud de razones. Y cuanto á lo primero, digo que en el ánima de Cristo hubo un plenísimo conocimiento ó conocimientos, desde el instante de su concepción (por virtud de la unión hipostática del divino Verbo), de las cosas pasadas, presentes y por venir, adonde como en tres montes altísimos se levantó y fundó esta su mental cruz; aunque este conocimiento general de las cosas, principalmente le tuvo y tenía siempre de los pecados que contra Dios se habían cometido desde el principio del mundo, y de los que entonces se cometían, y de los que se habían de cometer en el tiempo venidero. Otrosí conocía y tenía delante de sí los tormentos todos que había padecido (Ioan., 18), y que entonces padecía, y hasta expirar en la cruz había de padecer. Veía también, y tenía presentes, todos los martirios, fatigas y trabajos que sufrieron todos los justos que entonces vivían y que habían de nacer y vivir hasta la fin del mundo, cuya cabeza Él era. Todo esto conocía y veía con mayor claridad y distinción que ninguna criatura racional conoce y ve un particular y singular adecuado á su capacidad. Las ocasiones que tuvo Cristo para que en su corazón se plantase esta cruz mental fueron muchas, como veremos, pero principalmente había en Él tres cosas, de que se formó. Hubo, lo primero, amor inmenso. Lo segundo, inmenso dolor. Lo tercero, inmenso gozo. Del dolor y gozo se formó la cruz, como de dos maderos atravesados. El gozo se levantaba en lo alto y formaba la cabeza, porque miraba la honra de Dios; el dolor atravesaba por medio, haciendo forma de cruz, con la represen-

([1]) «Lo que haces acábalo presto».

([2]) Hasta aquí Fr. Bernardino Laredo en el libro cit. epístola 9. «Escrita á un perlado, en la secuela de Cristo y en su doctrina y amor curialmente cuidadoso, etc.» El texto lo cita el P. Angeles con alguna variante v. g., obediencia *sin medida* por *desmedida; valentísimo* por *fortísimo*, etc.

tación de nuestras maldades, y el amor, como clavo, juntaba los brazos con el árbol derecho. Al fin, la primera medida, que no puede medirse de ninguna criatura, de la Pasión del Señor fué el inmenso amor, de donde ella tuvo su principio; porque fué tan grande cuanto era el amor para con Dios y para con el prójimo. Y porque fué unido al Verbo con unión personal toda la capacidad de la misma naturaleza, que por la dicha unión fué dilatadísima y capacísima, fué llena de amor ó, por decir mejor, fué amor en el Verbo. La segunda medida de la cruz del Salvador se tomó del dolor que hubo en su ánima y en su carne, que fué inmenso. Alejandro de Alés, *in tertio*, dice que los dolores de Cristo fueron penosísimos por dos razones: La primera, porque afligían mucho la naturaleza del que los padecía. La segunda, porque eran contra la voluntad natural de la sensualidad que rehusaba cuanto podía el padecerlos. Fuera desto, se debe notar que estos dolores mentales difieren materialmente de los dolores corporales; porque las penas se varían y diferencian en los miembros del cuerpo según la diversidad de las mismas penas, y vivacidad y sensibilidad de los mismos miembros; los dolores mentales se varían en el ánima según la variedad della y la disposición natural ó accidental, y también según la variedad de los objetos de esos mismos dolores. Y lo que hay aquí de mayor consideración es que la pena de los miembros, en un momento, por el dolor, se comunica al alma, y el dolor del alma casi sin tardanza se comunica al cuerpo. De donde se sigue que todos los dolores mentales que desde el instante de su concepción estuvieron en la mente de Cristo, por diversas y inexplicables penas, se resolvían y iban á parar á su santísimo cuerpo, según la diversidad de los objetos de sus dolores. Y también todas las penas corporales, según la diversidad y acerbidad dellas, se resolvían, por un modo inexplicable, en los mentales dolores de Él. De manera que había entre el ánima y el cuerpo una tan admirable simpatía, que las penas y dolores eran comunes, y ni el cuerpo tenía dolor pequeño ni grande que no le comunicase al alma, ni el alma congoja ni fatiga que no la sintiese y padeciese el cuerpo. Al fin, tanto cuanto fué el amor para con Dios y para con el prójimo, tanto fué el dolor que sintió de las ofensas del ofendido y del ofensor. La tercera medida no medida ni mensurable de la cruz de Cristo fué el inmenso gozo del mismo Señor; porque según doctrina de Alejando de Alés, *in tercio*, por esto fué meritoria la pasión, porque fué en la parte racional, como cosa querida y amada; fué inestimable el gozo, porque lo era el deleite en la parte superior, en la cual gozaba, como bienaventurado, de la visión beatífica de la divinidad. Y si padeciera no queriendo, no fuera su dolor virtuoso, ni meritorio, ni grato á Dios. Por eso, á este dolor, como cosa á Sí muy agradable y sobremanera querida y amada, era llevado con todo el afecto y gusto y conato de su alma.

De la multitud de razones que se hallan para entender el inmenso dolor de Cristo, desde el instante de su concepción, recoge doce nuestro Santo [1], y multiplícalas en otras doce, con tanta sutileza, que apenas me atrevo á tratar dellas aquí. El primer lugar tiene la ofensa. El segundo, la ignorancia de los hombres. El tercero, el haberse de apartar dellos por la muerte. El cuarto, la reverberación ó reciprocación compasiva de su dulcísima y afligidísima Madre. El quinto, la compasión á sus miembros místicos. El sexto, el cuchillo que los cortaba y pretendía apartar de Sí. El séptimo, la deformación del ánima, imagen de Dios. El octavo, la fornicación espiritual y adulterio contra su legítimo Esposo, Dios. El nono, la contrición ó quebrantamiento de ver la multitud y grandeza de los pecados de los que se habían de condenar por no dolerse dellos. El décimo, la privación de la gloria de los condenados. El undécimo, la obligación de las penas y tormentos eternos y odio del Criador. El duodécimo, la brevedad con que había de padecer y ser entregado en las manos de los pecadores.

§ II

Cuanto á la primera razón de ofensa, se ha de considerar que en el ánima de Cristo había dos respetos que acrecentaban sus penas y hacían esta su mental cruz trabajosísima: el primero, á Dios amantísimo; el segundo, al prójimo, que Él tanto quería. Y así es que á la medida del amor que tenía á su Padre eterno era el dolor de cualquiera ofensa que

[1] Esto es San Bernardino de Sena.

se le hacía. Y cuanto amaba su gloria tanto sentía la ignominia del pecado contra Él. Y añadamos á esto, que tomó tanto dolor por cualquiera culpa, cuanto era grande la injuria hecha contra su Padre y cuanto pedía la enmienda. Y si la gravedad de una injuria mortal es infinita, ¿cuánta sería la de todas juntas? Todas las tenía presentes y cada una de por sí le dolía y afligía su corazón. Si no, dime ¿qué hiciera y qué sintiera el hijo del emperador si viera á su padre maltratado y traído por el lodo y por el estiércol por un ganapán, hombre vilísimo? ¿Qué si le viera mesar las barbas? ¿Qué si los cabellos de su cabeza? ¿Qué si le viera dar bofetadas en el rostro? ¡Oh qué dolor sería el suyo! A la medida del amor y respeto que tuviese á su padre. Pues, ¿qué sentiría el Hijo amado, Cristo Jesús, cuando viese ofender á su eterno Padre, blasfemar su nombre y despreciar su grandeza? Piénselo el alma, que la lengua enmudece. Pues cuando pusiese los ojos en el prójimo, que tan tiernamente amaba y que tan sin respeto ofendía á su Padre, tanto se dolía cuanto era el amor que le tenía. Mas ¡qué redoble! grande amor al ofendido y grande amor al ofensor. ¡Oh, cómo te dolía, Jesús bueno, el ver ofender á tu Padre!; pero como te habías transformado en el hombre y eras fiador suyo, ansí sentías el daño suyo dél como si fuera daño tuyo propio; dolíate la ofensa de tu Padre, y dolíate el desacato del hombre, y así, á cualquiera parte que te convertías hallabas materia de dolor. Pues tomemos entre manos la razón segunda, de ignorancia, y veremos las olas de penas que vienen contra su ánima, que parece quererla anegar. Miraba Cristo y ponía los ojos en el género humano, y veíale ignorar dos cosas: La primera, cuán grande beneficio fué el de la Encarnación, el haberse Dios humanado y hecho hombre. La segunda, la grandeza del amor, que le obligó á vestirse de carne y conversar y tratar con los hombres en este destierro y penosa peregrinación. Pues tan grande fué el dolor en el ánima de Cristo cuanto fué el beneficio de hacerse Hombre, y el amor y caridad que le puso en ello y le obligó á morir por nosotros en la cruz. San Ambrosio dijo que la profunda tristeza que Cristo tuvo en el huerto, en la víspera de su muerte, había sido por dejar á los suyos pequeños en la virtud y ignorantes del beneficio de la Encarnación y del amor que le encarnó y puso en tan grandes trabajos. ¡Gran beneficio hacerse Dios hombre! ¡gran caridad la que le obligó á ello, y á morir por los hombres! ¿Quién pudo pesar lo uno y lo otro? Ni hombre, ciertamente, ni ángel. Y lo que sintió Cristo esta ignorancia, ¿quién lo pesará? Ni todos los hombres, ni todos los ángeles. ¡Oh, ingratos hijos de Adán! Pues vamos á la razón tercera, que verdaderamente pone á Cristo en grande aprieto. Entendía exactísimamente la grandeza de la pena de que había de morir y conocía cuánto era el amor que á Sí se tenía, que hacía espantosa la muerte. Deste conocimiento se engendraba en su alma un dolor grandísimo, tan grande como era la pena que le poseía el corazón, y el amor que á Sí se tenía y se debía tener. Y porque ninguno en la humana naturaleza bastó para entender esto y compadecerse de Él, ni toda la naturaleza junta, por eso en vez de todos los escogidos, por ellos, digo, y en su nombre, se condolió de Sí mismo, como de Dios, que en aquel hombre padecía por el género humano. De donde, como en las demás cosas, ansí en esto suplió el defecto de sus escogidos, empleándose todo en dar gracias á Dios Padre y á Sí por tan grande beneficio hecho á los hombres; y en sí mismo nos hizo reconocerle, y allí somos reputados por agradecidos cumplidamente á tanta gracia y á tan copiosa misericordia. Síguese la cuarta razón, de reverberación, adonde considero al Hijo de Dios angustiado y afligido sobre manera porque traía siempre en su alma dos respetos á su Madre: el uno, á su amor; el otro, á su dolor. El amor era aventajadísimo sobre el de todas las criaturas juntas, y el dolor que de ahí resultaba no puede declararse. Por esto los dolores de Cristo, en su mente, eran tan grandes como el amor que la tenia, y cuanto graves ellos, por lo mucho que amaba á su Hijo. Y como la bienaventurada Virgen fuese alumbrada en el conocimiento de todos los dolores de Cristo y sublimada en la caridad perfecta de su Hijo, tanto se dolió dellos cuanto pedía el estado de Madre tan excelente; y estos dolores de la Madre eran como saetas que continuamente estaban asestando al corazón del Hijo y lastimándole.

§ III

Pues ¿qué diremos de la compasión que Cristo tuvo á las penas de todos los mártires

y á los trabajos y fatigas y obras meritorias de todos los predestinados? Aquí se funda la quinta razón de la cruz mental del Redentor, que la hace rigurosa sobre manera. Mucho más sentía el Señor las fatigas, los tormentos, los dolores y trabajos de sus predestinados que ellos mismos, sin comparación alguna. Pues ¿qué dolor sería este que en el ánima de Cristo se engendraría de la vista y conocimiento claro de tantos mártires juntos, de tantos dolores y fatigas como contemplaba en todos sus predestinados? ¿Qué mucho que se desangre en el huerto con esta viva representación? Pues cuando se le representasen todas nuestras culpas mortales y todas nuestras enfermedades, ¿qué sentimientos tendría? ¿qué dolor? ¿qué angustia? ¡Oh, cómo le dolía ver apartarse de Sí sus miembros por los pecados y las enfermedades corporales y espirituales destos miembros, así cortados y separados! Él fué el penitenciado por todos, y el que lloró las culpas de todos, y por quien en el cielo hubo gran fiesta entre los ángeles, viendo su penitencia. Síguese la séptima razón de la cruz mental, que se toma de la deformación del ánima; que por el pecado le cayó como un gran borrón en la cara y la dejó más negra que los carbones, aborrecible á Dios y á los ángeles. ¡Qué hermosa salió de las manos de Dios, hecha á su imagen y semejanza!: á su imagen en lo natural y á su semejanza en lo gratuito, y ¡qué fea la dejó el pecado! Pues cuando el Señor miraba la fealdad del ánima racional y la belleza y hermosura de que había caído, era su dolor interior tan grande, que es imposible ni sentirse ni decirse.

Acrecentaba este dolor la razón de matrimonio, que siendo Él amador de las almas y marido de ellas, con desamor y desprecio anteponían á Él las criaturas; y considerando estos adulterios espirituales, tanto se dolía cuanto era el amor que les tenía como á esposas suyas y cuantas eran las que le agraviaban. Con qué sentimiento se queja Él por Jeremías (Hier., 3): *Tu fornicata es cum amatoribus multis* [1]. Como si un poderosísimo rey, de gracioso rostro, de disposición gallarda, dotado de muchos y preciosos dones naturales y perfectísimo en todo, hubiera cercado la mar y peregrinado por la tierra con fin de hallar una doncella con quien casarse: hallóla y casóse, y hízola reina nobilísima y señora de sus estados. Si ella, olvidada de tanto beneficio, en presencia de su marido se amigase con un vilísimo leproso, y le amase y diese su corazón, y con estiércol se ensuciase la cara y se afease y desta manera se llegase al rey y le pidiese abrazos y besos de paz, diciendo: En esta figura, y no en otra, me habéis de gozar, ¿qué dolor sería el de aquel rey? Pues sería como pintado respecto del que Cristo tenía en su alma cuando miraba las manchas y fealdades de las almas por quien Él moría, preciándose muchas veces ellas de ellas, y gloriándose en ellas.

Síguese que digamos la nona razón, que llamamos de contrición, en la cual tuvo Cristo dos respetos: el uno, á la grandeza de los pecados; el otro, á la multitud. De aquí le nacía un dolor tan grande de las ofensas de los que se habían de condenar, cuanta era la multitud de los pecados, y parece que se le dijeron á Él las palabras de Jeremías (Tren., 2): *Magna est velut mare contritio tua:* Grande es el mar en la cantidad y grande en el número de las gotas de que consta. Ansí se considera el corazón de Cristo poseído de gran dolor, el cual no era de por junto y en común, sino en particular por cada uno de los pecados que se habían cometido, y se cometían de presente, y de futuro se habían de cometer. Al fin, como Cristo Señor nuestro vino á reparar el reino de gracia, y el pecado mortal, en cuanto en sí es, le destruye, síguese que ha de aborrecer y dolerse de cada pecado mortal cuanto la multitud y grandeza de los pecados hacen mayor estrago en su reino. Y añado á lo dicho que como Cristo vino para pagar por nuestras deudas todas y librarnos de las infernales penas, tanto dolor y más tuvo por cada una de las culpas cuanto fue menester en todo rigor para satisfacer á la divina justicia.

§ IV

Pues ¿quién podrá con ningunas palabras significar el dolor que se forjaba en el ánima de Cristo, cuando ponía los ojos en la gloria de los bienaventurados y en la duración della, de que se privaban los hombres por seguir sus antojos y las vanidades deste mal mundo? Mirad vos lo que es y vale el reino de la gloria, que pierden por sus cul-

(1) «Tú has adulterado con muchos amadores».

pas los pecadores, y lo que ha de durar aquella privación en que incurren, y luego la infinita caridad de Cristo, y que su venida del cielo á la tierra y el haber de morir en cruz era por remediar un mal tan grande, y que en muchos se había de perder beneficio tan crecido; y luego veréis, con alguna mayor luz, la aflicción y dolor de su corazón, inmenso, por cierto, y que excede todo encarecimiento y ponderación.

Pues cuando se le representaban los castigos y tormentos de los condenados y el odio dellos contra Dios y de Dios contra ellos, sin esperanza de reconciliación, ¿qué dolor sentiría en su ánima? A la traza del que eternalmente habían de sufrir los miserables, y á la del odio que entre ellos y Dios eternalmente ha de haber. Fuerte razón, por cierto, y que descubre un peso infinito de penas y dolores en el ánima de Cristo y hace su cruz intolerable.

Y no es menos fuerte la razón de abreviación que las pasadas, porque considerándose con brevedad en ella y poniendo los ojos de su alma, lo uno en el mérito de su Pasión, lo otro en el fruto de su cruz, tanto se dolió porque no pudo dilatarse su padecer por más tiempo, cuanto entendía lo que merecía doliéndose, y el fruto que de aquí se había de seguir cuán colmado y precioso. Digo, y pido atención para ello, que doliéndose Cristo de que en alguna manera no pudo su dolor ser perpetuo, mereció acerca del Padre como si fuera eternamente atormentado. Por eso dijo Isaías (Esaie., 53): *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit* [1]. Luego, para adquirirnos la gloria sempiterna en Dios por el deseo y voluntad, dilataba y extendía toda su vida á un vivir infinito y á la tolerancia de una infinita materia de muerte, comunicándose todo y convirtiéndose á cada una destas razones y al objeto de cualquiera culpa mortal, para que perfectamente en esta forma satisficiese á su eterno Padre. Y esta voluntad, asi dilatada y infinita, su eterno Padre ansí la aceptó plenísimamente para todo aquello que ella se dilataba y extendía, como si realmente y en el hecho lo hiciera. Pues siendo esto ansí, como lo dicen y sienten los doctores, ¿cómo fué posible no morir Cristo en cada cual destas razones y en las ocasiones casi infinitas que tuvo de dolerse? Respondo que el hombre no puede morir si el dolor interior que tiene no se comunica á los sentidos del cuerpo y á sus partes sensitivas, y como Cristo así verdadera y realmente se enseñoreaba de sus innumerables dolores, que no permitía que se comunicasen á los sentidos corporales ni á alguna parte sensitiva, de manera que antes del tiempo ordenado y dispuesto en el eterno consejo le pudiesen privar de la vida, sufríalos el ánima todos con el rigor que habemos dicho, y el cuerpo con la moderación posible, porque no acabase con brevedad. Otras muchas cosas trae este santísimo varón San Bernardino, que por la dificultad dellas y por este lenguaje, que se extiende á los doctos y á los indoctos, dejo; y pondré aquí un gracioso discurso que al mismo propósito hace Nicolao de Nisa (Mag. Nicolao de Nisa, *in suo Quadregesimali)*, fraile menor de observancia, varón doctísimo y doctor parisiense, de que yo estoy muy satisfecho, aunque se hayan de repetir algunas cosas dos veces.

[1] «En verdad Él mismo llevó nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores».

CAPÍTULO V

Y discurso notable, en que se prosigue la materia de la cruz mental de Cristo y se descubre la grandeza de los dolores de su alma.

§ I

Pregunta este doctor si el dolor de Cristo fué el mayor entre todos los dolores, y para probar que sí trae tres principales razones de donde procedía que fuese tan grande: la causalidad, la modalidad y la calidad. Padeció, dice Santo Tomás (3 p., q. 46), no por culpas propias, sino ajenas; no por amigos, sino por enemigos, y por aquellos que veía ingratos á tanto beneficio. Vió el Salvador, como dijo San Bernardino, las culpas de todos los hombres, presentes, pasadas y por venir, y la gravedad de cada una dellas, y por todas en general y por cada una en particular se dolió y hizo penitencia. Fray Francisco Jiménez, Patriarca Hierosolimitano, dice (In lib. *Angel.*, par. 3, cap. 24): Que cuando Cristo nuestro Señor andaba por el mundo, durmiendo los apóstoles muchas veces por los campos, Él se apartaba algo lejos dellos, y clamando con

lágrimas suplicaba por los pecadores á su eterno Padre, con tanta eficacia y virtud, que no hay entendimiento de algún hombre mortal que pueda pensar cómo esto era. Lloraba, y con voces grandes pedía, las rodillas por el suelo y prostrado. De manera que pudo muy bien decir (Idem, c. 31): *Torrentes iniquitatis conturbaverunt me:* Los arroyos de la maldad me conturbaron. Fray Hubertino de Casal (F. Hub., li. 4), religioso menor, en un libro que intituló *Arbol de la vida crucificada de Cristo*, esto es, de Cristo mentalmente puesto en cruz, desde el instante que encarnó en el vientre virginal hasta que expiró en el Calvario, entre muchas cosas al propósito, dice que veía Cristo los pecados pasados, presentes y por venir con más claridad y distinción que algún hombre particular pudiera conocer uno en singular; los cuales pecados, digo cada uno de por sí, le hacía y causaba en su ánima cinco dolores de excesivo sentimiento, y era como una alabarda de cinco puntas, que de un golpe hacía cinco terribles llagas. Lo primero, porque el pecado es enojoso á Dios. Lo segundo, porque es provocativo de su ira y venganza. Lo tercero, porque induce en el ánima, esposa de Cristo, mancha asquerosa y feísima. Lo cuarto, porque es destruidor y atalador del reino de gracia. Lo quinto, porque nos acarrea pena eterna. Y como Cristo, según la naturaleza pasible, hubo de aborrecer estas cosas y dolerse dellas cuanto pedía la regla de la perfecta justicia que en Él estaba, tanto fué su dolor como Él era justo. Aumentaban mucho este dolor excesivo cinco condiciones ó circunstancias que en Él había. La primera, que fué grande amador de la gloria del Padre. La segunda, medianero de paz. La tercera, esposo de las ánimas. La cuarta, celador del reino de gracia. La quinta, restaurador y Redentor de todos los que se habían de salvar. Así fué, que tanto cuanto Cristo amaba la gloria de Dios, tanto se dolió de las ofensas hechas contra Él, las cuales claramente conocía y veía; y cuanto amó la paz entre Dios y la criatura, tanto se dolió de la enemistad contraída por el pecado; y cuanto amó la hermosura del ánima, tanto se afligió de ver su fealdad; y cuanto amaba el reino de la gracia y de la gloria, tanto se dolía de ver su destruición; y cuanto amaba la quietud de la criatura racional en Dios, tanto se dolía de los eternos tormentos que la esperaban y de la eterna separación y destierro de la bienaventuranza. Hasta aquí fray Hubertino.

§ II

La segunda razón del crecido dolor de Cristo se tomó del modo que tuvo en el padecer, que aunque toca en parte á otra consideración, de que adelante trataremos copiosamente, agora, como de paso, diremos lo que basta para el propósito. En el modo de padecer se considera la continuación de las penas, que unas á otras se atropellaban como olas que le querían cubrir y anegar. *Et omnes fluctus tuos induxisti super me* (Psal. 87) Considerábase crucificado tantas horas, y que los clavos le afligían cada hora más, rasgando con el peso del cuerpo y haciendo mayores los agujeros de los pies y de las manos. Desde que oró en el huerto hasta que expiró, siempre estuvo en angustia y congoja grande. Fueron sus dolores purísimos, sin mezcla alguna de consolación, como se halla en otros que padecen, que se mitiga el dolor y la tristeza en ellos, así interior como exterior, de alguna consideración de la razón, por una cierta derivación ó redundancia de las fuerzas superiores á las inferiores, lo cual no hubo en Cristo, porque, como dice Durando, á cada una dellas se le concedió que obrase y hiciese conforme á lo que le era natural y propio, y así la parte pasible padecía cuanto le era posible.

Entre agora la generalidad de las pasiones, que todas las estaba mirando y considerando el ánima de Cristo desde su concepción, y por ventura nos anegaremos en ellas. Tuvo, dice Bernardo (D. Ber., *ser de Pas.)*, en sus palabras, contradictores; en sus milagros, blasfemadores; en sus predicaciones, despreciadores; en sus hechos, acechadores y observadores; en sus penas, escarnecedores; en su muerte, reprensores y baldonadores. De todas maneras y diferencias de gentes se hallaron en su pasión y le acrecentaron sus penas: judíos, gentiles, príncipes y ministros, populares y religiosos, extraños y conocidos, ignorantes y letrados, hombres y mujeres. Pedro le niega, Judas le vende, los discípulos huyen, la Madre que le asiste, traspasada de dolor, le traspasa. ¡Oh, cómo le atormentaba la ofensa que se hacía á su Padre en todas estas cosas! Dolíase, como vimos, y lo decía

fray Hubertino (Lib. 6 *De Arbor.*), de todas la pasiones, trabajos y dolores, martirios y tormentos que en algún tiempo padecieron ó habían de padecer todos los predestinados, los cuales todos tenía y sentía en su corazón más distinta y claramente que los mismos los habían de sentir. Y ¿quién podrá considerar el sentimiento que le causaba el haberse de ver justiciado en compañía de ladrones, como ladrón y capitán de ellos? Callo las deshonras, blasfemias, vituperios, el despojarle de sus vestidos, el darle á beber hiel y vinagre, la condenación injusta, la aflicción de su ánima inocentísima y la pérdida de su nobilísima vida. Callo los dolores de la cabeza coronada con agudos espinos, la cara abofeteada, las barbas mesadas, el cuello lastimado con la soga, las espaldas maltratadas de la cruz pesadísima, los pies y manos enclavados, el costado abierto con dura lanza y el corazón traspasado, la desnudez y los azotes sembrados por todo el cuerpo, la extensión penosa de los nervios y desencajamiento de brazos y piernas, el derramamiento de toda su sangre y la sequedad lastimosa de todos sus miembros. Suya es aquella voz (Psal. 22): Como agua fuí derramado, y mis huesos descoyuntados; mi corazón es hecho como la cera derretida con el fuego en medio de mis entrañas; secóse mi virtud como la teja, y mi lengua seca se pegó al paladar. Pero, ¿qué sentido quedó sin tormento? En los ojos, lágrimas; en los oídos, blasfemias; en el olfato, el mal olor del Calvario; en el gusto, hiel amarga; en el tacto, aberturas y heridas por todas partes. En la parte superior de su ánima se dolía de las ofensas hechas á su Padre; en la inferior le afligía la aflicción de la Madre y de los discípulos; en la parte sensitiva, las mortales heridas de su cuerpo. Pudo muy bien decir (Psal. 87): Repleta está de males mi ánima.

La tercera razón con que se prueba el rigor de los dolores de Cristo se toma de la calidad de su persona. Tenía grande igualdad en los humores y gran viveza de sentido, por la admirable complexión de su cuerpo, como inmediatamente formado del Espíritu Santo; era por esto tiernísimo y delicadísimo y sobremanera sensible. Fray Francisco Jiménez, Patriarca Hierosolimitano, dijo (Lib. de *Angelis*, parte 3.ª): que era de tal suerte sensible el cuerpo de Cristo, que le afligían y dolían más las chinitas que pisaba con los pies descalzos, que á cualquiera de nosotros le dolieran saetas, si entraran por nuestros ojos. Y si tanto sentía en los pies, ¿qué sentiría en la cabeza espinada? Piénselo y péselo el ánima devota, y discurra por los miembros todos lastimados, y compadézcase de su Redentor, que en ningún ejercicio ganará más y á menos costa que en éste.

§ III

La santa Ángela de Fulgino, tratando de la vida de Cristo, entre muchas cosas notables que le comunicó y reveló nuestro Señor, dice: que todo el tiempo que vivió en el mundo anduvo crucificado, lleno de fatigas y dolores. Y particularizando más esto, dice que su santísima vida fué siempre acompañada de soberana pobreza, de extremado menosprecio y de continuo dolor Y porque en la tercera parte deste *Vergel* hablo en particular de los dos acompañados de Jesús, pobreza y menosprecio, de sólo el dolor trataré aquí con la brevedad posible. La tercera compañía, dice la santa (cap. 16, fol. 273) que tuvo Cristo Nuestro Señor más continua y más experimentada fué el sumo dolor, de que fué llena su ánima desde el instante de su concepción. Porque luego allí, en aquel instante, fué unida al cuerpo y á la divinidad y llena de suma sabiduría: y fué Cristo viador y comprensor, y al punto comenzó á sentir dolor inmenso, sabiendo, viendo y entendiendo universal y particularmente todas las penas, y cada una dellas de por sí, que aquella ánima santísima había de experimentar y sufrir por nosotros en su santísimo cuerpo. Y ansí como cuando estuvo cercano á la muerte fué puesto en agonía y en tanta tristeza que sudó gotas de sangre que calaban el vestido y remojaban la tierra, por la crueldad de la muerte que en breve esperaba, ansí encerrado en el vientre de su madre, contemplando y viendo su ánima los mismos tormentos y dura muerte, se dolía de dolor gravísimo, aunque el cuerpo no experimentaba entonces tanto como después, cercano á su pasión, y en ella. Allí tuvo vivísima representación de las lenguas más que navajas afiladas de los judíos, y de las palabras ponzoñosas con que le habían de afrentar y acusar delante de los jueces; sabía, y continuamente

consideraba, cómo y cuándo, y de quién y de cuáles había de ser afligido, escarnecido y muerto. Pesaba la venta, la entrega, la prisión, las ataduras, la negación del discípulo, el desamparo de los suyos, las bofetadas, escarnios, azotes, las acusaciones, su condenación, la cruz rigurosa en que había de morir, la desnudez extremada, la compañía de los ladrones, los clavos y lanza cruel. Pesaba lo que dolían estas cosas todas, y sabíalo antes que llegasen á las manos: y por esto nunca su ánima se halló en este mundo sin tristeza y dolor y cruz penosísima, aunque invisible. Para todo esto fué necesario dispensación de la Divinidad, la cual le acompañó siempre, de manera que pudiese padecer sumo dolor, el cual fué mayor cuanto esta dispensación era más maravillosa. Por lo cual digo, que ningún entendimiento se ha hallado tan capaz, que en algún tiempo haya podido comprender la grandeza del dolor de Cristo, porque nace y tiene su principio en la dicha dispensación divina, y en ella se acaba. Y como no es posible que alguna criatura racional comprenda la caridad de Cristo en querer morir por nosotros, así es imposible que comprenda el inmenso y excesivo dolor de su alma, doliéndose de nosotros, dispensando, como he dicho, la Divinidad; porque fué conforme á la inmensa luz que le era dada á su bienaventurada ánima, y la transformación que el amor había hecho, de que estuviese más el amador de los hombres, Jesús, en ellos que en sí mismo. ¡Oh dolor sin medida! ¡Oh amor inefable!

Aquí pone la santa Ángela las ocasiones y causas del dolor de Cristo, de que ya queda dicho mucho, y añade: No piense alguno que solamente en la cruz padeció dolor y angustia el Señor, porque luego al punto que fué su cuerpo formado y organizado en las entrañas de su Madre, y su alma llena de sabiduría por la unión de entrambos con el divino Verbo, fué, como queda dicho, viador y comprensor, y juntamente con Él, y en el mismo vientre, se engendró el dolor y fué puesto en cruz mental. Y cuanto más santa y noble era el ánima de Cristo, tanto más atormentada y afligida era y más excesivo y agudo su dolor. ¡Oh, cómo sentía las injurias, los baldones y los dolores que en su muerte había de padecer! Era Dios, era persona divina, y toda injuria y ofensa que se le hacía contenía en sí infinita gravedad y malicia. Por eso era el sentimiento infinito, por ser de supuesto infinito, y infinita la ofensa, por ser contra Dios. Y con ser esto así, y por una manera inefable el dolor que padecía inmenso, ni amenazaba, ni maldecía, ni se defendía, ni se acusaba: escupíanle, y no apartaba su cara; ofrecía el carrillo á la bofetada, y dejábase estirar y descoyuntar los brazos para ponerle en la cruz, y no los retraía ni encogía. Buscáronle para prenderle, y no se escondió. Rogó por sus enemigos, y obró nuestra redención cuando menos se lo merecían, pagándoles el matarle con redimirlos con aquella misma sangre que ellos derramaban como agua. Y no digamos más, porque tratemos ya de la obra de la Pasión y la dividamos como la dividen los Santos, con que se aclarará más la doctrina y las almas llevarán más gusto y consuelo espiritual, leyendo y meditando en ella.

CAPÍTULO VI

De cuán debida es la memoria de la pasión de Cristo Señor nuestro en el hombre cristiano.

§ I

Si aquel pueblo hebreo con ceremonias solemnes ofrecía y comía el místico cordero, sin que ninguno para no comer y sacrificar pudiese alegar pobreza (Exod., 12), porque por ley divina estaba mandado que los ricos favoreciecen á los pobres en el caso, de manera que el sacrificio y la comida fuesen comunes á todos, lo cual hacía en memoria de aquel singular beneficio de haberlos librado el Señor de la servidumbre de Faraón, ¿con cuánta más razón y justicia nos debemos acordar los cristianos del divino Cordero que aquel otro otro cordero figuraba, que no de la servidumbre de Egigto libró un pueblo, sino [á] todos los hombres de la cruelísima cautividad de los demonios, restituídos á la heredad del celestial reino? Y si la memoria de aquel beneficio era tanta que todos los años los judíos la celebraban, concurriendo de todo aquel reino á Jerusalén, ¿cuánta debe ser la deste divino beneficio, que en grandeza de utilidad excede, y es tan amplio y tan copioso y tan extendido que abraza las naciones todas del mundo, y cuánto va de la figura á lo figurado? Luego más atentos debemos estar nosotros á la verdad que ellos lo estuviron á la sombra. Pero

cuán necesaria y cuán agradable á Dios sea la memoria deste beneficio, muéstralo claramente lo que el Salvador, como ya dijimos, hizo en aquella su última cena, que asentado con sus discípulos, para que ellos ni nosotros en ningún tiempo, ni con ninguna ocasión, nos olvidásemos de su muerte, instituyó el santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre, que sirviese de memorial perpetuo de aquella obra de tan inmensa caridad. De los atenienses, que entre los pueblos floridos de Grecia en armas y riquezas se aventajaban, se escribe (Antonius Nata.) que por muchos años acostumbraron tener sermón de difuntos, que llamaban Epitafia, por el más famoso orador que se hallaba entre ellos, para que los que peleando en favor de su patria morían en la guerra, por no verla sujeta á enemigos, sino que como la habían recebido de sus mayores la conservasen libre, y así la dejasen á sus sucesores (y muchos de aquellos sermones se hallan ahora escritos y declamados por el Platón divino, Tucídides y Demóstenes, príncipes de la elocuencia y bien decir); porque tenían por cosa grandiosa mucho el vivir con sus leyes en paz y con libertad, sin sujeción de imperio de reyes ni de pueblos. Por esto, aquellos soldados que por la libertad de la patria morían, defendiéndola con armas, ofreciéndose valerosamente y sin temor alguno á la muerte para no servir, los tenían por dignos de toda honra, y la virtud y fortaleza dellos en cada un año en día particular, la traían á la memoria y la referían al pueblo. De aquí las madres, cuando oían decir que sus hijos habían muerto peleando, se alegraban y se gloriaban de haber parido hijos tan valerosos y defensores de su patria. ¿Qué diré de aquellos que, juzgando por cosa indigna el servir á los tiranos y que, no pudiendo sufrir tal sujeción, sacudieron de sí esta tiranía y, desterrando los enemigos, restituyeron á su libertad á sus ciudadanos? ¿Con qué honra, con qué veneración los señalaban? ¿Cómo levantaban hasta el cielo su nombre? ¿Por ventura aquel día de su libertad no le añadían á los festivales y más solemnes, y lo celebraban ellos y sus mujeres y hijos con sacrificios anuales, con todas las ceremonias que podían hacer más solemne su fiesta, dando gracias á los inmortales dioses que por tales varones los hubiesen dado tanta salud? Todo esto se hacía entre gentiles. Y agora me corro yo y me confundo mucho de cotejar estas cosas con las nuestras, si en alguna manera se deben ó pueden cotejar. ¿Por ventura, si es posible, no debemos con mayor facundia, ó á lo menos con mayor piedad de ánimos, recurrir y traer á la memoria aquel día en que el unigénito Hijo de Dios nos restituyó á la celestial patria, de que por el pecado eramos excluídos, y de la servidumbre pésima de los demonios, en que estábamos aherrojados, nos libró, y con su muerte mató nuestra muerte y la despeñó en el infierno para siempre? Y no fué sola salud de ánimas la que nos ganó Cristo, sino también de cuerpos; lo que se verá claramente cuando en el día último del juicio resucitemos todos para la inmortal vida. Esta liberación de Cristo, cuánto diste de otras cualesquiera, cada uno lo puede considerar y ver sin que sea necesario detenernos en declararlo. Es la distancia tanta como la que se halla entre el bien celestial y el terreno, entre lo divino y lo humano y entre lo público y particular. Y no sólo es más útil que todas esta libertad nuestra, sino más noble; porque las demás se hicieron por ministros, y ésta por el mismo Dios. *Egressus es in salutem populi tui* (Habacuc, 3). Si el César, venciendo una batalla y dando salud á unos pocos, es alabado de Cicerón y puesto junto á los dioses, ¿qué diremos de Cristo, que á todo su pueblo y á todos los mortales se la ganó y ofreció, que con su sangre y sus dolores nos libró de los pecados y nos soltó de los lazos de Satanás y nos hizo idóneos para su reino? Bien entendió el divino Pablo la importancia y la obligación desta memoria de la Pasión de Cristo Señor nuestro, cuando encomendándola á los Hebreos les dijo (Heb., 3): *Recogitate eum, qui talem sustinuit a peccatoribus adversum semetipsum contradictionem; ut ne fatigemini animis vestris deficientes. Nondum enim usque ad sanguinem restitistis, adversus peccatum repugnantes.* Son palabras de exhortación con que el Apóstol anima á los Hebreos á la perseverancia en el bien, entre tantas cosas de adversidad y de pena que los podían volver atrás. Como si dijera: Considerad con alto y profundo pensamiento en Aquel que es vuestro ejemplar, vuestro dechado, vuestra cabeza, vuestro Señor y Dios, la contradicción que sufrió, no de los justos y santos patriarcas y profetas, sino de los pecadores, escribas y fariseos,

de los sacerdotes Anás y Caifás, de los presidentes y visorreyes Herodes y Pilatos; no contra la Iglesia ni contra sus amigos, sino contra sí mismo, contra su misma persona, Dios y hombre, y su Mesías y su Rey, y el que venia á redimirlos. *Ut ne fatigemini.* Para que no os fatiguéis y desfallezcáis en las persecuciones, considerando que aun no habéis resistido hasta derramar vuestra sangre, ni perdido la vida resistiendo al pecado y haciéndole guerra por no rendiros á él.

§ II

Este lugar del Apóstol es de mucha consideración, y á nuestro propósito ninguno como él; y así nos obliga á detenernos en la declaración dél y á ponderar sus palabras todas. *Recogitate.* No dice simplemente pensad, sino repensad, considerad profundamente, rumiad con atención la persona que padece y lo que padece. *Qui talem sustinuit adversus semetipsum a peccatoribus contradictionem.* Y sacad de ahí el fruto que Él quiso que sacásedes de sus fatigas en las vuestras, y la guerra que habéis de hacer á los pecados, que á Él le obligaron á padecer tantos trabajos hasta expirar en la cruz. No hay cosa que mayor consideración, ni que más atenta y profunda la pida, que la Pasión del Hijo de Dios; lo cual muestra bien el cuidado de la santa Iglesia en traérnosla á la memoria por todos los caminos y medios que puede. Para eso tiene señalados los viernes de todo el año; para eso la Cuaresma, y en especial la Semana Santa, con tantas ceremonias, que provocan lágrimas y sentimientos de Dios, muerto por los hombres; para eso las procesiones de sangre; para eso las cruces por los caminos, en los altares, en los cruceros de las iglesias; para eso las Misas y las Horas canónicas, que todas representan la tragedia lamentable de la Pasión del Señor; para eso los humilladeros á las entradas y á las salidas de los pueblos. Esto representan los Sacramentos todos, cuya virtud manó del costado de Cristo, abierto con dura lanza; y en el Baptismo, que, según la doctrina del Apóstol, es viva representación de la muerte de Cristo, la señal de la cruz es la que más se repite sobre los baptizados, porque con el nuevo ser vaya embebida y como enjerida la memoria de nuestro Redentor y redención por su pasión y muerte obrada. Al fin, la imagen de mayor veneración es el crucifijo. En el Éxodo mandaba Dios (Exod., 30) que los perfumes que le ofrecían, que eran figura de la sagrada Pasión, fuesen molidos en menudos polvos, para significar en esta diligencia la que habemos de poner en meditar y rumiar por menudo los dolores, fatigas y cansancios del Salvador y sus pasiones todas. *Fasciculus myrrhæ*, decía una ánima santa, *dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur:* Manojuelo de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos morará (Cant., 1). Como si dijera: Mi amado, hecho un mar de amarguras, amargado y aheleado en su pasión y muerte, no me contentaré yo de tenerle en mi aposento ó en mi oratorio, ó colgado del rosario, sino en medio de mis pechos, metido en mi corazón y en el centro de mi alma; no de paso, ni en tal ó tal dia ó hora en que se medita su pasión, sino de asiento. *Commorabitur.* De morada, de espacio, hecho huésped continuo y perpetuo. Muy santo ejercicio es el de los que cada día meditan en un paso de Pasión; pero ha de ser esto de manera que en saliendo del oratorio ó de la iglesia no se eche al tranzado, que eso sería de poco fruto. Todo el día ha de andar en la memoria lo que se meditare por la mañana, para remedio y reparo contra los pecados, y para conservar en el alma el calor y fuego de la devoción, y para espanto de los demonios, y para la preservación de las corrupciones de las culpas. *Inter ubera mea commorabitur* (Cant., 1). Los griegos leen: *Fasciculus stactes, vel alligamentum guttae:* Manojito de la resina de la mirra, ó trapito de gota. Los que leen desta manera no se persuaden que la mirra se siegue en manojos, sino que es resina deste arbolito que con propiedad llamaremos gota ó goma. Esta se molía y hacía polvos muy menudos para la composición de olores, de que se hace mención en el Éxodo (Exod., 30) y en Ecequiel (Ezech., 27). Y es muy á propósito de lo que vamos diciendo; porque el divino Esposo, Cristo, ha de andar en nuestro corazón desmenuzado y reducido en polvos por la continua meditación, no de otro material que de mirra, porque sus pasiones han de ser conservadas y guardadas entre los pechos para nunca jamás olvidarlas. Trapito de gota de Dios agotado, y amenguado, y deshecho, y desfigurado, y que apenas, puesto en la cruz,

parecía hombre. *Alligamentum guttae.* Todo él es amargura de dentro y de fuera, porque hasta su ánima entraron las aguas de sus pasiones (Psal. 68). San Buenaventura dice (Bonaventura, *in Meditatione vitae Christi)* que la meditación de la Pasión del Señor ha de ser el pan de cada día, para sustento del alma, que nunca ha de faltar. De manera que así como en las casas de los señores, aunque se diferencien los manjares, según las ocasiones y tiempos, no por eso falta de sus mesas el pan, porque sin él nada satisface ni parece que se come, aunque se coman muchas cosas de regalo, ni el almuerzo, ni la comida, ni la merienda, ni la cena se ordenan sin pan, siempre se come y con todo se come, y si él faltase parecería que faltaba todo; ansí, digo yo, que aunque las meditaciones de la muerte, del infierno, de la gloria, de los beneficios y de la vida de Cristo son buenas y celebradas mucho de los Santos, la de la Pasión ha de ser el *Panem nostrum quotidianum*, que jamás ha de faltar de la mesa. De manera que con cuanto se meditare se medite un poco della, aunque la meditación sea de la Santísima Trinidad y de la gloria de los bienaventurados; los cuales todos la tienen siempre en la memoria y la celebran y agradecen y agradecerán por toda la eternidad, como se colige de muchos lugares de San Juan en su Apocalipsi. Si esta meditación falta, no hagáis cuenta que comistes el pan de cada día. Lanspergio dice (Lansperg., *in Praefatione Passionis*) que en todo tiempo habemos de traer la Pasión delante de nuestros ojos interiores, por contemplación, porque en todo tiempo estamos gozando de los frutos della. Pone ejemplo en el Baptismo, en el cual mediante la Pasión del Señor somos limpios de todo pecado, incorporados en Cristo, confortados contra las tentaciones del enemigo, enseñados en las virtudes y hechas meritorias y agradables á Dios nuestras acciones todas.

Yo digo que lo mismo se puede considerar en los demás Sacramentos en los cuales *ex opere operato*, que dicen los teólogos, obra nuestra santificación. En la Confirmación, en la Penitencia, en la Eucaristía, en el Matrimonio, en la Extremaunción y en el sacramento del Orden sacerdotal obra la Pasión de Cristo más ó menos, según el mayor ó menor aparejo de los que los reciben. El mismo doctor seráfico, en el *Fasciculario* ([1]), dice (tom. 2, *Fascicul.*, fascículo 6) que la meditación de la Pasión, no solamente reforma la memoria, inflama el deseo y le enciende en devoción, sino que particularmente alumbra el entendimiento y le trae al conocimiento de la verdad. Mire el lector si es razón que sean admitidos los que quieren impedir un bien tan grande, dando por tiempo perdido el que se gasta en la meditación de Cristo crucificado. Vaya lejos de la Iglesia Católica tal doctrina, y oigamos á Laurencio Justiniano, doctor admirable y de rara santidad, que en el tratado que compuso de *Agone triumphale Christi* (S. Iustinianus, c. 20), dice que, de todas cuantas cosas contiene la Sagrada Escritura y se nos enseñan en la Iglesia Católica, ninguna es tan poderosa para despertar y mover nuestros afectos, para levantar nuestro espíritu, para templar los trabajos, para quitar el enfado y tristeza de la peregrinación en que vivimos y para darnos una firme esperanza de nuestra salvación y bienaventuraza como la consideración de la Pasión de Cristo nuestro Redentor; porque allí se descubre la puerta del cielo, allí se ve la latitud de la caridad de Dios, y muy claro se manifiesta lo que es y vale el hombre, que no puede ser vil ni de poco precio lo que se restauró y redimió con sangre y vida de Dios. Y no dejaré de referir aquí lo que el divino Ambrosio medita sobre aquel verso del salmo 118 (Ambros., in Psal. 118): *Iustificationes tuas custodiam, non me derelinquas usquequaque;* el cual hace justicias de Dios ó jnstificaciones las pasiones de Cristo, sus clavos, su cruz, su lanza y los dolores y tormentos que padeció por nuestra justificación. Lo cual todo ha de andar como en depósito en el cofre de nuestra memoria para nunca perderla de lo que debemos á nuestro Redentor, según lo que el Sabio dejó escrito (Ecles., 29): *Gratiam fideiussoris tui ne obliviscaris.*

§ III

¿Y quién puede olvidarse de ti, Cristo santo, habiendo recibido tanta gracia, que seas Tú su fiador y el obligado á tantas deudas?

([1]) Es una de las obras falsamente atribuidas á San Buenaventura, y según los padres de Quaracchi está extractada de un libro escrito por Gerardo de Zutphania († 1398). Véase la *Dis. I* del tomo X. *Opera omnia D. Bonaventurae* ya citadas, pág. 22.

¡Qué de fiadores mueren en las cárceles pereciendo de hambre porque se obligaron por gente perdida! Y Tú mueres en la cruz, entre ladrones, pagando deudas ajenas; allí, como lo dice tu Apóstol (Colossen., 1), se rescindió el contrato infame entre el demonio y el linaje de Adán, y con tu sangre preciosísima se canceló la escritura que contra nosotros tenía. En la cruz la fijaste contigo mismo, y la borraste y dejaste á la vergüenza. El príncipe de la Iglesia, San Pedro, queriendo armar á sus discípulos contra las persecuciones que se les ofreciesen, les dice así (1 Petri, 4): *Christo igitur in carne passo, eadem* [*et*] *vos cogitatione armamini.* Son palabras para mí gravísimas y llenas de misterios. ¡Qué de pensamientos debió tener Cristo en su pasión, que le esforzaron y alentaron para correr como gigante aquella carrera y á no volver atrás de lo comenzado, aunque la representación dello le hizo sudar gotas de sangre! La obediencia del Padre y su gloria, la salud de los hombres, la destruición de los pecados, la estimación de la virtud, la gloria de su cuerpo y la de nuestras almas y glorificación de nuestros cuerpos, el aprovechamiento de los redimidos, etc. Esto pensaba cuando padecía, y con estos pensamientos y otros más profundos se armaba; por eso dijo San Pedro: *Eadem et vos cogitatione armamini.* Armaos también vosotros con el mismo pensamiento; luego el pensamiento, ó los pensamientos, ó lo que pensó Cristo le sirvió de armas y de defensa contra lo flaco de su carne, que rehusaba el morir, y contra las voces y clamores de los que pedían su muerte. *Qui proposito sibi gaudio, sustinuit crucem confusione contempta* (Hebr., 11). Digo, y no quisiera decir más, que la meditación y pensamientos que en ella se ofrecen de Dios muerto son las más fuertes armas del hombre cristiano y el más acerado y firme peto que puede traer para defenderse de todos sus enemigos visibles y invisibles. Y eso es lo de San Pablo. *Recogitate eum, qui talem sustinuit adversus semetipsum contradictionem, ut ne fatigemini, animis vestris deficientes. Nondum enim usque ad efussionem sanguinis* [1] *restitistis, adversus peccatum repugnantes.* El glorioso Bernardo afirma de sí que sus armas contra los demonios, contra los pecados y contra todo género de tentaciones era la Pasión del Señor, y por eso le pintan con todas las insignias della hechas un manojo, y cargado dellas. ¿Cómo puedo pecar, dice el santo, habiendo Dios muerto por mis pecados? Buen pensamiento y poderoso para sufrir mil muertes antes que ofender al que considero en una cruz por mí. De aquí salieron los mártires y los anacoretas y todos los famosos en santidad, y ninguno tiene fuerzas si no se las da y comunica la sangre del Señor. *In quo omnes crucifixi, omnes consepulti, omnes etiam sunt resuscitati* (Anthemius, Patriar. Constantinopolit.), en el cual todos fuimos crucificados, sepultados y resucitados. *Recogitate eum.* ¿Quién es éste que habemos de pensar y rumiar y tener en la memoria? *Eum*, aquel que enamorado de los hombres, del seno del Padre vino al vientre de la Virgen, y entrando en el mundo fué como señal ó blanco puesto á las saetas de todos, sufriendo contradicciones de todas maneras. San Bernardo se sentía obligadísimo á Cristo, y era todo arrebatado en El cuando le consideraba en su Pasión. Mil cosas, dice él, me obligan ¡oh buen Jesús! á que yo te ame; mas sobre todas me roba el corazón el cáliz amarguísimo de tus pasiones que bebiste por mi redención. En la fábrica del mundo no hubo quien te contradijese; mandástelo, y fué hecho; mas en esta obra de mi redención, en las palabras sufriste contradicciones, en las obras emulaciones, en las penas escarnecedores y en la muerte mofadores; y no se tenía por buen judío el que no sacaba alguna invención que acrecentase tus penas. Bien pudiera Dios, dice Cipriano, sin esta manera de holocausto perdonar tan gran pecado: *Sed facilitas veniae laxaret habenas peccatis effrenibus; quae etiam Christi vix cohibent passiones; quae vix sceleratos animos a voluptatum foece aveltunt; vulneri sane tam putrido, et antiquarum cicatricum faetori non inveniebatur medicamentum conveniens, nisi unguento sanguinis huius, plaga vetus liniretur, et malagmate carnis in cruce extensae siccarentur venena, quae calcaneo primi hominis, et omni posteritati eius serpens ille seductor antiquus effuderat. Haec una medella corrosit illas, quae in immensum creverant, cicatrices, et vim suam concupiscentiarum perdidit corruptella; et deleta damnationis conscriptione, novis litteris assignata est, restituta libertas,*

(1) Debía decir solo *ad sanguinem,* según lo cita al fin del párr. I de este mismo capítulo, donde puede verse también la versión parafrástica del texto.

privilegio dato, charta indulgentiae, sigillo plagae lateralis firmata. Pero la facilidad del perdón soltara las riendas á los desenfrenados pecados que apenas enfrenan las pasiones de Cristo; y con dificultad retraen los ánimos flagiciosos de las heces de los deleites. Para llaga tan podrida y afistolada y hedor tan grande de las cicatrices antiguas, no se hallaba medicamento conveniente sino en el ungüento de la sangre deste Señor, de cuya carne en la cruz extendida se hizo emplasto con que los venenos que la serpiente engañosa y antigua arrojó al calcañar del primer hombre y á su posteridad toda se secaron. Esta una y sola medicina atajó y sanó y royó aquellas cicatrices que tanto habían crecido; y la corruptela ó corrompimiento de las perversas concupiscencias perdió su fuerza, y borrada la antigua escritura de nuestra condenación, con nuevas letras se escribió la restituída libertad con privilegio rodado y carta de indulgencia, sellada y firmada con el sello de la llaga del costado. Profunda cosa y con que se declaran admirablemente los pensamientos de Dios en su pasión. *Qui talem sustinuit a peccatoribus adversus semetipsum contradictionem.* Esta palabra *Talem* dice un peso infinito de pasiones de todas maneras en Cristo, aquel que tal contradicción padeció de los pecadores. La exposición della pertenece á la historia de la pasión; quédese para allí, y aquí baste decir que fué tal que le llevó hasta el Calvario y le puso y acabó en la cruz. ¿Y qué saca de ahí San Pablo? El esfuerzo que debemos tener nosotros en nuestros trabajos; que si fuere necesario derramar la sangre como la derramó Cristo, resistiendo al pecado, la derramemos y muramos en la demanda como Él murió. Bravo esfuerzo comunica la muerte de Cristo á quien atentamente la considera y rumia. La falta desta consideración lloraba Isaías, diciendo (Esai., 57): El Justo muere, y no hay quien de corazón piense en ello. Así nos criamos afeminados y delicados, y de tan poca virtud y esfuerzo, que no le tenemos para sufrir un papirote por Dios (Tertul.). San Basilio declara aquellas palabras como ya lo tocamos arriba: *Calicem salutaris accipiam*, de la pasión del Señor, y dice que es bebida de grande esfuerzo, como se vió en los apóstoles, que acabando de beber el cáliz, que figuraba la pasión del Señor, salieron como unos leones y su maestro con ellos á padecer. Y San Pablo dice á los de Corintio que la caridad de Cristo crucificado y muerto le hacía cierta manera de fuerza y le violentaba para padecer y morir por aquel Señor que dió por él su vida, y le parecía que no vivía á sí, sino á Aquel que murió por él y resucitó.

CAPÍTULO VII

En que se prosigue la misma materia, y en especial se trata de cuán amorosa, cuán agradable y cuán provechosa es la memoria de la sagrada Pasión y cómo abraza en sí toda perfección.

§ I

Recogitate. Cuando tomáis una pastilla muy cordial en la boca, poco á poco la vais deshaciendo para que os entre más en provecho, y por el buen sabor no querríades que se acabase, como dice Job del pecador, que se relame en el pecado cuando no repara más que en lo dulce que se ofrece á los sentidos exteriores. Así ha de andar la Pasión de Cristo como pastilla de boca muy cordial. Un sabio la llamó sánalotodo; medicina que sanaba cuando se confeccionaba en el Calvario, y antes que se efectuase, y después que pasó; todos cuantos se salvaron desde el principio del mundo se salvaron en orden á la Pasión de Cristo; hasta los ángeles que vencieron á los apóstatas ángeles (Apoc., 12), vencieron en la sangre del Cordero; y en la cruz se salva el ladrón, y se convierten muchos por ella, y de aquí á que el mundo se acabe tendrá virtud y eficacia para sanar pecados y dar vida á las almas. Por eso se debe traer siempre en la memoria. Divina alcorza, que deshecha allí por la meditación devota y atenta, se incorpora en nosotros y como que se resbala y cuela por toda la región del alma y pega virtud, y comunica salud, y da fortaleza, y resiste al pecado, y ahuyenta al demonio, y desbarata las tentaciones, y aclara el entendimiento, y ablanda la voluntad, y enriquece todo el hombre. Pero ¿quién podrá encarecer bastantemente la suavidad y dulzura que se derrama en nosotros por esta memoria? Sobre todas las cosas me hizo amable á Jesús, dijo Bernardo, como ya vimos, el cáliz de su pasión y la obra de nuestra redención. Enamora fuertemente, atrae con violencia suave, pide de justicia nuestro amor, átanos con grande

estrecheza y aficiónanos poderosamente. Mirad si le era dulce la memoria de Cristo crucificado al que decía (Galat., 6): Nunca Dios permita que yo me glorie en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado á mí y yo al mundo. No puede dejar de serle grata la deshonra de la cruz al que no es ingrato al Crucificado. ¡Oh quién me diese, dice Ricardo, que yo muriese por Ti, Dios mío, que con tanto afecto y gusto moriste amándome á mí! Y en tanto que esto no me viene, sea para mí dulce lecho el madero de la cruz, en el cual dulcemente repose y descanse; séame tu corona de espinas dulce y regalada almohada para que mi cabeza suavemente se incline sobre ella, para que á la compasión de tus pasiones se siga el reino de tu gloria. ¿A dónde se ha de gloriar el cristiano, y tener su esperanza, y buscar el alegría de su corazón, sino en el preciosísimo tesoro de la Pasión del Señor, en el cual abundantemente se exprime y derrama el bálsamo del divino amor? Sea, pues, nuestro deleite retenerla siempre en el corazón y ocuparnos en ella, y nunca en nosotros se marchite; siempre se renueve, y brote, y fructifique. Porque si alguno desea la eterna salud, afluencia de merecimientos; si ganar el alcázar de las virtudes; si ciencia y sabiduría del cielo; si firmeza y constancia en las cosas prósperas y adversas, y camino seguro y sin estropiezo, traiga la mirra amarguísima de la Pasión del Señor hecha polvos ó manojuelo, como le traía la Esposa en sus pechos, esto es, en lo íntimo del corazón, no sólo por compasión, sino por imitación, porque es el libro de la vida, que contiene en sí todas las cosas necesarias á la salud y que aprovecha eficazmente para el desprecio del mundo y para el crecimiento en el amor de Dios. Laurencio Justiniano dice á este propósito admirablemente (cap. 20 de *Agone Christi)*: Cristo crucificado es el libro escrito de dentro y de fuera, levantado en el aire, puesto por el Padre en lugar tan público á vista de todo el mundo para que todos le puedan leer; no con palabras elegantes compuesto, ni con letras doradas escrito, ni con retóricas y artificio de la humana sabiduría, sino con el dedo de Dios, interviniendo el furor y saña de los pérfidos judíos y desconocidos gentiles. Está escrito y iluminado con su propia sangre y con cardenales de diversos colores en lo de fuera; mas por la virtud y sabiduría divina formado y compuesto admirablemente allá dentro, lleno de inefables sacramentos y doctrinas. En lo de fuera halla el simple que leer y que mirar y que rumiar; y en lo interior tiene el sabio y espiritual que entender y en que se deleitar; y debajo del velo de la carne están escondidos innumerables misterios, los cuales solos los varones espirituales han de juzgar espiritualmente. Alégrase y compúngese el simple con la lección deste libro, y el más ejercitado y sabio recibe luz y es inflamado en el amor de su Criador. Infinitos libros hay escritos en todas las facultades que se alcanzan en el mundo, y, como dijo el Eclesiástico: No terná fin el escribir hasta que le tenga este siglo; pero ninguno enseña mejor, ni con más satisfacción, ni más provechosamente, que este libro de vida. Es libro de sabios y es libro de ignorantes; leen los letrados y leen los idiotas; leen los hombres, y leen las mujeres, y leen los ángeles; es libro en que están abreviados todos los libros, ó, por decir mejor, todos son abreviaturas deste *Mare magnum* de las misericordias de Dios. ¿Qué *Contemptus mundi*, como Cristo crucificado? ¿Qué *Guía de pecadores*, como Jesús puesto en la Cruz, que desde ella llama y convida á los que lo son, ofreciéndoles el perdón y el remedio de sus culpas? ¿Qué memorial de amor santo, como Dios puesto en un palo enamorado de los hombres? ¿Qué libro de *La Vanidad* descubre tan bien la qne se halla en el mundo, como Cristo desnudo y á la vergüenza, y despreciando los cetros, y las coronas, y los imperios, y las riquezas y todas las cosas tras que andan los hijos deste siglo y amadores de sí mismos? Este es el paraíso del alma adonde recibe recreación y consuelo. Este es el «Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos», y todos los demás que persuaden con eficacia deste libro la tienen. ¡Oh, qué de maravillas abrevió el saber de Dios en tan pequeño volumen? Aquí están abreviados los Sacramentos legales; aquí está como en compendio la caridad; aquí la alteza de la perfección y el dechado de las virtudes todas, y el orden y el modo y la justicia de la humana redención. Y por ventura aquella palabra que Cristo dijo en la cruz: *Consummatum est*, significó que ya no había más que escribir, ni que hablar, ni que hacer. Este es el libro que mandó Dios á Ecequiel que se le comiese (Ezech.. 3), y que

confiesa el profeta que en su boca y garganta le fué hecho como la miel. A lo menos la Iglesia santa, regida por el Espíritu Santo, á los instrumentos de la sagrada pasión llama dulces. Dulce madero, clavos dulces, peso dulce. Y yo añado: dulces espinas, lanzada dulce y dulcísimo corazón á donde todo se endulceció.

§ II

Y si tengo de decir lo que siento, en breves palabras digo que el mayor encarecimiento que hallo de lo que es este divino libro y lo que su lección nos importa, es lo que leo de San Pablo (II ad Cor., 12), que después que fué arrebatado hasta el tercer cielo, y oído cosas que no es lícito el hablarlas por la incapacidad de los oyentes y la soberanía y alteza dellas, con un afecto más que de azúcar dijo: Yo no sé entre vosotros otra cosa que á Cristo crucificado: esta es mi teología, y mis leyes, y mis cánones, y mis matemáticas; y mi librería toda se cifra en este libro. Y considero yo aquí que lo mejor y más alto que supo San Pablo fué esto que dijo: No sé más que á Cristo crucificado. En el cielo le enseñaron esta ciencia, y della estaba profetizado que se había de llenar toda la tierra (Esai., 11). San Agustín dice que no sólo lo que de bien hizo Cristo en la tierra, sino lo que padeció de mal, fué todo doctrina y enseñamiento nuestro; porque su pasión santísima abraza en sí toda la perfección posible al hombre en esta vida, y todas las obras que de perfección hizo en su vida y enseñó en su Evangelio de palabra, todas las cumplió perfectísimamente en su pasión con admirables ejemplos. Mira tú agora, dice Harpio (Harpius, *Theolog. Mist.)*, lo que hizo el Unigénito Hijo de Dios para engendrar muchos hijos á Dios y para adquirir para sí muchos hermanos. Compró para sí ¡oh cara compra! con su propia sangre hermanos para no volverse solo á su reino. Probó el que fué reprobado, redimió el que fué vendido, honró el que fué injuriado, vivificó el que fué muerto. Y como estuviese en la forma de Dios, recibió en sí forma de siervo por la salud de los siervos, y siendo Él árbol de vida, en el árbol de la cruz, como en un peso fidelísimo, fué pesado para precio de los perdidos (Philip., 2). Con esta consideración exclama San Bernardo (Bern., *de Passione):* ¡Oh miseración no debida! ¡Oh graciosa y probada dilección! ¡Oh nunca pensada dignación! ¡Oh espantosa dulzura! ¡Oh mansedumbre no vencida ser crucificado el Rey de la gloria y el Señor de la Majestad, por tan viles y despreciados gusanos! *Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo* (Cant., 2): Sustentadme con flores y fortalecedme con manzanas, que estoy enferma de amor. Palabras son de ánima desmayada por la grandeza del amor. Contempla la Esposa, dice Bernardo, al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre, al Unigénito del Padre con la cruz á cuestas, al Señor de la majestad herido y escupido, al autor de la vida y de la gloria fijado en un madero con clavos, traspasado con lanzada y harto de oprobios, y al fin que pone su ánima querida por sus amigos; contempla y rumía estas cosas, y traspasada con el cuchillo del amor dice: *Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo.* Estas flores y estas manzanas que para su sustento y esfuerzo pide, son las perfecciones de las interiores virtudes y las ejercitaciones exteriores de sus pasiones, que Cristo antes de su muerte mostró y sufrió, y en que acabó la vida, y con ellas pide ser sustentada ó sostenida y esforzada; porque, á la verdad, no hay esfuerzo para el alma desalentada y enferma de amor, como este aspire, pues, frecuentemente á estas flores y frutas y en la memoria dellas descansa suavemente; y en tanto que se hace idónea de contemplar cara á cara la gloria de Dios, gloríese de la ignominia de su cruz y pasión, abrazando á su Esposo desnudo y pendiente del madero santo (II Cor., 8). Y considerando su profundo abatimiento, fuera de toda humana estimación, su paciencia nunca agotada, y finalmente su eminentísima caridad, que así inseparablemente unió su divinidad á nuestra carne, posponiendo ó renunciando todo refrigerio de humana ó divina consolación, que con desnudo amor venció todas las injurias y penalidades, alcanzando de todo victoria gloriosamente para darnos redención copiosa y ofrecernos forma de perfectísima conservación, diciendo: Ejemplo os he dado para que hagáis lo que yo y como yo. Esto ha de meditar el ánima devota, y este dechado ha de poner ante sus ojos en todo tiempo, lugar y negocio, ocupación y holganza: si comes, moja el bocado en su corazón; si bebes, ten memoria de la bebida que de su

sangre te ordenó; si duermes, reclínate sobre su corona de espinas y tu cuerpo sobre su pesada cruz; abraza amorosamente estas cosas y con afecto te zabulle en Aquel al cual deseas ofrecerte toda, conformarte toda y unirte toda, y por quien y en quien pretendes ser transformada y incorporada.

§ III

El extático y singularísimo Taulero, en el prólogo del tratado verdaderamente dorado que compuso de la Pasión, dice así: Venid aquí todos los que por la inocentísima sangre del cordero Jesús fuistes redimidos, para que veáis y entendáis cuáles y cuántas cosas padeció por nuestras maldades. Ya se abre el libro de la vida y se desatan y descubren los siete sellos, á donde resplandece la verdad y los tesoros escondidos de la sabiduría y ciencia de Dios y manan doctrinas saludables y abundan misterios soberanos. Ya se propone á todos claramente el espejo de todas las virtudes; ya el antiguo velo se rasga de alto á bajo, y se quitan los rebozos y envoltorios de las figuras antiguas. Abrese el Sancta Sanctorum por el sumo pontífice Cristo Jesús, porque ofreciendo en sacrificio su propia sangre, reveló y manifestó todo lo que de santidad había escondido: los sacramentos ocultos y los misterios sacratísimos. Ya el pozo hondo de Jacob patriarca, de que salen ríos caudalosos y aguas corrientes, se nos muestra, del cual no sólo los israelitas sino los samaritanos sacan agua, y muchos ganados son abrevados y recreados, y todo lo que hay de inmundicias es lavado y limpio. Aquí se muestra el ancho y profundo mar de las afliciones y tormentos, que si hasta agora era tan horrible y que sólo el nombre espantaba y atemorizaba los hombres, después que el verdadero Jonás de su voluntad se mandó arrojar en él, ansí convirtio su amargura en dulcedumbre y así apaciguó toda tormenta y borrasca, que no de otra manera que en un regalado baño los hombres se entran en él y en él se limpian, y perdido el espanto se glorian en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, con la cual á cuestas siguen con gallardía de ánimo al mismo Cristo Jesús. Aquí se nos propone y repesenta á los ojos la escala de Jacob, cuyo remate no sólo toca en el cielo, sino en el seno del eterno Padre, por la cual no ángeles tan solamente suben, sino el mismo Señor de los ángeles, acompañándole y siguiéndole los publicanos y pecadores; en cuyo remate, digo, asentado el Padre de las misericordias, desplegado y abierto su seno, amabilísimamente recibe y acaricia á todos aquellos que á su Hijo han amado y deseado. También se nos trae á la memoria aquella milagrosa piscina que estaba en Jerusalén, que agora sin medida ni tasa es turbada y movida por el descendimiento del ángel del gran Consejo, Cristo Jesús; de manera, que ya no un enfermo, sino muchos, y todos aquellos que se confiesen estarlo, son sanos y quedan lavados y limpios, entrando en la salutífera agua de las pasiones y aflicciones del Salvador. Ya se nos abre el inmenso tesoro del riquísimo Padre de familias, del cual los pobres, los enfermos y los oprimidos son recreados y enriquecidos con dones larguísimos y copiosísimos, y de manera que á cada uno es lícito y concedido de las sacrosantas entrañas de Cristo Jesús sacar lo que hubiere menester y por bien tuviere. Ya se celebra la victoria gloriosa de los cristianos, cuando el verdadero David Cristo, en lo de fuera humilde y pequeño y como despreciado, pero de grande destreza y fuerzas, no amparado con las armas de Saúl, sino con el báculo de la cruz y cinco limpísimos pedernales, acometió sin miedo al sangriento Goliath, enemigo capital del pueblo de Israel. Aquí se nos declara un admirable sacramento y alto misterio: que el Señor de los ángeles se dignó de parecer y ser hecho el desecho del pueblo; y el Altísimo el más bajo de los hombres, y el Unigénito del Padre de su voluntad se ofreció por los pecadores á la muerte de cruz, fijando en ella el pecado, matando allí la muerte y borrando la escritura de nuestras deudas con su preciosa sangre. Finalmente, aquel fuego que el Padre envió á la tierra, de manera se ha encendido, que su llama llega á los cielos, y por la destemplanza de su calor ha ablandado las duras piedras y caldeado la tierra fría y helada; y cualquiera que con devota meditación se allegare á este fuego, en ninguna manera podrá escapar deste glorioso incendio. ¡Ay, fuego divino, abrasa este mi corazón más que el pedernal duro y más que los carámbanos helado! Hasta aquí Taulero. Y si esto no basta para aficionarnos á la memoria de la Pasión de Cristo, Señor nuestro, no sé qué pueda bastar. ¡Oh, Jesús!,

¿qué es el hombre, que así le estimas? ¿Y para qué ocupas en él y con él tu corazón?

CAPÍTULO VIII

De una maravillosa división que hacen de la Pasión de Cristo Señor nuestro San Buenaventura, Santo Tomás, San Bernardo y Henrico Harpio.

§ I

Santo Tomás, en su tercera parte, cuestión 46, considera tres cosas en la Pasión de Cristo Señor nuestro: la obra, la causa eficiente y el fruto; y en la cuestión 48 considera el modo. Esta misma división, aunque en diferente manera, hicieron San Bernardo y el autor de la *Mística Teología*. El Doctor Angélico, acerca de la obra, pregunta muchas cosas: Si fué necesario padecer Cristo por la salud de los hombres. Si fué posible por otro camino darles esta salud, y si fué éste el mejor modo de todos cuantos se pudieron hallar. Si convino, ya que murió, que muriese crucificado. Si el tiempo y el lugar de su pasión y la compañía de los ladrones fueron á propósito. De la generalidad de las pasiones, de la grandeza del dolor; si padeció toda su ánima, y si el padecer tantos tormentos y tan graves impedía y hacía estorbo al gozo que en la porción superior había de la vista de Dios. Y, finalmente, si la pasión y muerte de Cristo se ha de atribuir á la Divinidad ó decirse que sola la humanidad padecía. Otros doctores preguntan si fué conveniente que tratara Dios del remedio del hombre; ó si lo fuera más dejarlo sin remedio, como á los apóstatas ángeles. Si en su Pasión tuvo Cristo pasión de temor. Si se entristeció como los demás hombres; y si estas pasiones fueron naturales ó voluntarias; y si la tristeza llegó á la porción superior. Si de necesidad murió Cristo. Seria nunca acabar querer satisfacer á las dudas que se ofrecen en esta tan copiosa materia de la Pasión y resolver las cuestiones que la teologia ha despertado y despierta cada día. Por esto me pienso recoger, y recoger en breve número, los capítulos que faltan á este mi tratado, tratando solas aquellas cosas que sirvieren más á la piedad cristiana y al sentimiento que debemos á lo que Cristo por nosotros hizo y padeció. Y tenga el primero lugar lo que primero se pregunta.

Si fué necesario padecer y morir Cristo Señor nuestro por salvar el género humano. La razón desta pregunta nace de las palabras de Cristo Señor nuestro, muchas veces repetidas, hablando de su Pasión (Mar., 8): *Oportet Filium hominis multa pati... a principibus sacerdotum, et scribis, et pharisaeis* (1). Y en otra parte: *Nonne haec oportuit Filium hominis pati, et ita intrare in gloriam suam?* (2). Y en otro lugar: *Quoniam sic scriptum est, et sic oportebat Christum pati.* Y por San Lucas, en el capítulo 22 (Lucae, 22) (3): *Filius hominis secundum quod deffinitum est, vadit.* Y por San Juan (Ioan., 3): *Oportet exaltari Filium hominis.* Sí, que la voz *Oportet* importancia dice, y conveniencia y aun necesidad. Esta nació, lo primero, del decreto que en el Consistorio de la beatísima Trinidad se dió antes de los siglos, y por largos años se promulgó y notificó al mundo por los santos profetas, como el mismo Cristo lo dijo á sus apóstoles después de su resurrección (Lucae, ult.): *Haec sunt verba, quae loquutus sum ad vos, cum adhuc essem vobiscum, quoniam necesse est impleri omnia, quae scripta sunt in lege Moysi, et Prophetis, et Psalmis de me* (4). Entonces les manifestó las Escrituras y les dió la inteligencia verdadera dellas, y les dijo: *Quoniam sic scriptum est, et sic oportuit Christum pati, et resurgere tertia die.* Fué decreto de las tres divinas personas y fué necesario que se cumpliese. Lo segun-

(1) «Conviene que el Hijo del hombre padezca muchas cosas de parte de los príncipes de los sacerdotes y escribas y *fariseos.*» Por distracción del autor ó errata del cajista cítase á San Mateo, cap. 27, lo que dicen San Marcos, lug. cit., y San Lucas (IX-22); pero ningún evangelista nombra á los *fariseos.* También son míos los puntos suspensivos para indicar las palabras que se omiten.

(2) «¿Por ventura no convino que *el Hijo del hombre* padeciera estas cosas y de este modo entrase en su gloria?» La Vulgata dice *Christum* en vez de *Filium hominis.* Véase el cap. XXIV-26 de San Lucas.

(3) Tanto en el texto, donde está impreso en letras, como en la nota marginal puso cap. 24 en vez de 22, y por esto lo corrijo, como otras muchas veces que no lo advierto para no multiplicar las llamadas.

(4) «Estas palabras os dije cuando aún vivía con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo cuanto fué escrito en la ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí.»

do, fué necesario el morir, porque Cristo en cuanto hombre recibió de su Padre mandato para ello. De que hizo mención por San Juan: *Et sicut mandatum dedit mihi Pater, sic facio. Surgite, eamus hinc.* Como si dijera: Mi Padre quiere que muera y me lo ha mandado, y Yo lo hago de buena gana; levantaos y vamos de aquí; conviene á saber, al ejercicio ó á la ejecución de mi Pasión. Lo tercero, digo que esta necesidad de morir nació del fin que se tuvo, que fué la redención del género humano, tal que resplandeciesen en ella juntamente la misericordia de Dios y la justicia; el cual fin no se pudo conseguir, supuesto el divino decreto, sin derramamiento de sangre; como lo prueba con muchas razones el Apóstol en la Epístola *ad Hebreos* (Heb., 9). Pero adviértase que el decreto de la Santísima Trinidad, el mandamiento del Padre y la determinación del medio para el fin propuesto, presuponen voluntad libre en el Hijo, que voluntariamente, condoliéndose del hombre, aceptó el morir. Y así como es cosa indecente, torpe y inicua arrebatar á uno, no queriendo, para los castigos que otros merecieron, estando él inocente, así es cosa decentísima aceptar la hostia y sacrificio del que de su voluntad se ofrece por la libertad de su patria, deudos y amigos. De que nos da algunos ejemplos la antigüedad, que levantó estatuas, *ad perpetuam rei memoriam,* á los que por su república se ofrecieron á la muerte, puesto que sin esperanza de resurrección, la cual tuvo Cristo certísima: *Quoniam non derelinques animam meam in inferno: nec dabis sanctum tuam videre corruptionem. Notas mihi fecisti vias vitae, adimplebis me laetitia cum vultu tuo,* etc. (Psal. 15; Act., 2). Al fin, la obra de la redención por las pasiones del Hijo inocentísimo, de todas partes tuvo hermosura, conveniencia y utilidad, y la mayor señal ó símbolo de caridad que se había visto en el mundo ni se verá jamás. ¿Qué cosa más hermosa para el Padre que tener en todo un Hijo tan obediente? ¿Qué cosa más hermosa para el Juez eterno que haber así templado la justicia con la misericordia, que, castigando los pecados conforme á su grandeza y merecido, no interviniese más que la muerte de uno, el cual, muriendo, para sí y para los demás hallase los caminos de la vida? ¿Qué cosa más hermosa para el Hijo que, obedeciendo á su Padre hasta la muerte, heredase para Sí un nombre sobre todo nombre, al cual doblasen la rodilla los del cielo, los de la tierra y los del infierno y que toda lengua confesase que Jesucristo, Señor nuestro, está en la gloria de Dios Padre? ¿Qué cosa de mayor hermosura para el género humano que tener un Pontífice salido de sus entrañas, como lo dijo el Apóstol á los Hebreos? (Hebr., 5). Y ¿qué mayor congruencia que tener un Pontífice que se pueda condoler en nuestras enfermedades y miserias, tentado de todas maneras, por parecerse á los hombres, aunque sin pecado?

§ II

También podemos decir que la muerte de Cristo fué útil (en la forma que esto se puede afirmar del que no tiene necesidad de nuestras obras) á Dios Padre, porque en Cristo se restauraron todas las cosas (Ephes., 1), ansí en el cielo como en la tierra; y lo que es útil al universo lo es al Señor, á cuya cuenta está su gobierno y provisión. Fué útil á Cristo porque, obedeciendo hasta morir, fue constituído Juez de vivos y muertos por su Padre Dios, que le dió y puso en su mano todo el juicio y toda la autoridad y potestad, ansi en la tierra como en el cielo. ¿Y á nosotros no fué útil? Utilísimo; porque por la muerte de Cristo somos trasladados de la muerte á la vida, y adelante lo seremos del destierro á la patria; de las miserias presentes á la felicidad de la gloria sempiterna. Fué útil á los santos ángeles, porque por ella cada dia se van reparando las caídas de los malos con las ánimas justas. Finalmente, fué útil á los que estaban en el limbo, porque escrito está (Ose., 13): ¡Oh muerte! yo seré tu muerte, y tú mordisco ¡oh infierno!

Que la Pasión tenga de todas partes símbolo de caridad ardentísima, está claro; porque no puede ser mayor que dar el Padre su Hijo unigénito por sus enemigos, injustos y rebeldes (Rom., 5). Y el Hijo ¿no amó cuanto pudo amar, pues dió la vida por sus enemigos? (Ioan., 5). ¿Y puede haber más puro afecto en el Hijo que el que tuvo Cristo con su eterno Padre, que por obedecerle y agradarle se ofreció á la muerte, y muerte de cruz (Philip., 2), sin hacer caso de la afrenta ni de la deshonra en que se había de ver padeciendo? ¡Oh, cristianos, si nos fuese concedido del Padre de las misericordias que, arraigados y

fundados en la caridad, lo que pide el Apóstol de rodillas, pudiésemos comprender con todos los Santos qué sea la anchura, longura, altura y profundidad de los consejos de Dios en la obra de nuestra redención, y apear y entender la caridad de Cristo, que sobrepuja todo conocimiento y toda ciencia, la cual mostró padeciendo y muriendo por nosotros cuando menos lo merecíamos! Esta caridad no se alcanza tanto con agudeza de ingenio cuanto con afecto de amor; por eso nos quiere el divino Apóstol arraigados y fundados en caridad; porque la fuerza del amor de Cristo y su gran peso, no tanto se deprende cuanto se siente; y cuanto mayor fuere nuestro amor para Él, tanto lo será el conocimiento; y porque desta caridad habemos de hacer especial capítulo y capítulos, aquí no más, sino responder á una pregunta que llegando á este paso me hicieron, y en que hallarán dificultad los que pesaren bien esta doctrina; conviene á saber: Que no parece cosa digna del Padre eterno haber puesto á su Hijo en tantos trabajos y sujetádole á tan crueles tormentos y tan infame muerte sin culpa suya, antes con inocencia grande. Digo que una es la pena de la divina venganza, que se da al que la rehusa y huye, y esa sólo le compete al que pecó tan solamente; otra es pena de la divina placación, ó desenojo de Dios, voluntariamente tomada por la reconciliación de otros, la cual conviene á sólo Aquel que no cometió culpa; pero de su voluntad, doliéndose de los culpados, la recibió en sí, para que ellos tengan el beneficio de la redención y en ellos también sea Dios glorificado. Y aunque Dios no se deleita ni puede deleitarse en la pena y perdición del inocente, con todo eso se complace y se agrada de la caridad del que por su voluntad se ofrece á padecer por la salud de otros; porque esto es muy propio y particular de la bondad de Dios, que se da, y sus cosas todas de misericordia, por la salvación de aquéllos que sin esto perecían. Desto trata el Apóstol á los Romanos, cap. 8 (Rom., 8): *Qui proprio Filio suo*, etc.; y á los de Corintio (I Cor., 5): *Eum, qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit.* Hízole hostia ó sacrificio por los pecados y no le hizo el Padre injuria ni injusticia, porque el mismo Hijo lo quiso (Ose., 4), y el Derecho dice: *Scienti et consencienti non fit iniuria*; y por Isaías dice: Mi cuerpo di á los que me azotaban y daban golpes; mis barbas á los que me las querían mesar (Esai., 50). Y por San Juan dijo (Ioan., 10): Por eso me ama mi Padre, porque pongo mi vida por mis ovejas: no me la quita nadie contra mi voluntad, que yo la pongo con ella y de mi bella gracia.

CAPÍTULO IX

De cómo por su voluntad, sabiéndolo y queriéndolo, se entregó Cristo á la muerte por la salud y remedio de los hombres, para obligarnos más á servirle y amarle por este camino.

§ I

De la voluntad y gusto con que se ofreció Cristo Señor nuestro á padecer y morir por redimir el género humano hay grandes testimonios; y porque importa mucho para muchas cosas enterarse el cristiano desta verdad, especialmente para la inteligencia y debida ponderación de lo que queda dicho y se ha de decir, se ha de notar que esta su voluntad la solemnizó Dios de muchas maneras, para que ninguno la ignorase y todos la estimásemos, y con ella lo que hizo y padeció, y la muerte, que sin ella fuera castigo y no remedio. Fué prefigurada en la ley; profetizada de todos ó casi todos los profetas; dicha y intimada muchas veces por el mismo Cristo; autorizada con la institución del divino Sacramento de su cuerpo y sangre; asegurada con la ida del Cenáculo al monte de las Olivas y huerto de Getsemaní, adonde solía retirarse muchas veces á orar, y sabía Judas el lugar y los tiempos; declarada en aquella oración devotísima: No lo que yo quiero, Padre mío, sino lo que Tú tienes ordenado se haga, y, finalmente, consagrada en aquel encuentro que con pecho generoso y de gran Rey hizo á sus enemigos diciendo: ¿A quién buscáis? Si á Mí, veisme aquí á vuestra voluntad; á mis discípulos no toquéis. Y á Judas le saluda y llama amigo y le da un beso de paz, como diciendo: Pacíficamente me entrego en vuestras manos. Muchas figuras precedieron de la muerte de Cristo, claras cuanto pudieron ser, y en ellas declarada su voluntad en el morir. La de Isaac (Genes., 32), que voluntariamente llevaba el fuego y la leña sobre sus hombros para el sacrificio. ¡Oh qué fuego llevabas en tu corazón cuando con la cruz á cuestas caminabas al Calvario! La de Sansón (Iudic., 16), que de

su voluntad se abrazó con las dos columnas del templo, y dijo: *Moriatur anima mea cum Philistiim.* Ansí Cristo, tomando los dos cuernos de la cruz en las manos, hirió á los demonios y quebrantó sus poderes, como se escribe en Habacuc (Habacuc, 4): *Cornua in manibus eius; ibi abscondita est fortitudo eius; ante faciem eius ibit mors*: Los cuernos en sus manos, allí estuvo escondida su fortaleza, y de su cara huirá la muerte. La figura famosa, y la que basta, es la del cordero pascual, con cuya sangre se untaron los postes y los umbrales de las puertas de las casas de los israelitas (Exod., 12), y así fueron libres del ángel percuciente y llevados de Egipto á la tierra de Promisión, que es lo que canta la Iglesia (Esai., 53) (1):

Protecti paschae vesperae
a devastante Angelo,
erepti de durissimo
Pharaonis imperio.
Iam Pascha nostrum Christus est,
qui immolatus agnus est:

Nuestra Pascua es Cristo, que como cordero fué por nosotros sacrificado. ¿Cómo se sacrificó? De su voluntad. *Quia ipse voluit.* ¿Cómo entró el día de los Ramos, cinco días antes de la Pascua del cordero? Caballero, y de fiesta, por el gusto y voluntad con que viene al sacrificio; á caballo, por hacer solemnizar su pasión y muerte. Pues dejemos las figuras y vengamos á las profecías, y veráse evidentísimamente cuán voluntaria fué su pasión y el excesivo gusto con que muere. Isaías, por todo el capítulo 53 y 55, no trata de otra cosa. Jeremías, cap. 11: *Ego quasi agnus mansuetus qui portatur ad victimam:* Yo como cordero manso, que es llevado al matadero sin hacer resistencia. Daniel, capítulo IX-26, hace la computación de las Hebdomadas que faltaban para que Cristo muriese, y dice con palabras expresas: *Et post Hebdomadas sexaginta duas occidetur Iesus* (1).

(1) Esta cita de Isaías es el lugar en que funda la Iglesia las estrofas del himno *Ad coenam Agni providi,* que se cantaba en tiempo pascual. Ahora está tan modificado que no parece el mismo. Bastará citar las estrofas que corresponden á las susodichas:

«*Sparsum cruorem postibus*
Vastator horret angelus,
Fugitque divisum mare
Merguntur hostes fluctibus.
Iam Pascha nostrum Christus est
Paschalis idem victima, etc.»

§ II

Síguese el tercero argumento de su voluntad: haber dicho Él mismo tantas veces á los suyos su pasión, como ya vimos (Mat., 16; Lucae, 18; Ioan., 16). Y á los judíos les dijo un día que debían de tener gana de matarle (Ioan., 13): *Ego vado et quaeretis me, et non invenietis,* etc., *ubi ego sum vos non potestis venire.* Yo ando de camino y me voy á la muerte de mi voluntad; y aunque vosotros queráis apresurarla no os ha de aprovechar, porque está en mi mano y no en las vuestras el morir. Buscaréisme para matarme y no me hallaréis. Y estaba rodeado de muchos, porque era lugar público aquel adonde los hablaba; conviene á saber: el Gazofilacio, adonde tenían el tesoro del templo, y convenían allí de todo género de gentes al olor del dinero; y dice que le buscarán, aunque sea allí luego, y que no le hallarán. Así les sucedió algunas veces que, queriendo apedrearle y despeñarle, se hacía invisible ó se escondía y libraba de ellos; pero la sangre que suda en el huerto da testimonio de que su muerte es con su gusto, pues con tanta furia le sale que riega la tierra y cala el vestido, sin que intervengan clavos, ni azotes, ni lanza, ni corona; fué sangre de voluntad enamorada: estaba reventando por salir. Yo pienso que todas las veces que se alaba en los Cantares (Cant., 1 y 5) la mirra prima, ó principal, ó probatísima, se alaba la voluntad de Cristo en sus pasiones; y para que esto se entienda se debe considerar que los árboles aromáticos dan sus resinas ó gomas de dos maneras: ó con violencia de hierro, que los lastima y hiere para que goteen, ó de suyo, con la fuerza del calor del verano; y esta postrera es la goma más fina, y la primera, principal ó probatísima. Voz es de Cristo, asegurándonos de su voluntad en el morir y de derramar su sangre, aquélla del Eclesiástico (Eccles., 24): *Ego quasi Libanus non incisus vaporavi habitationem meam:* Yo, como líbano no herido, evaporé y perfumé mi habitación. Con este lugar se declara lo que habemos dicho de la mirra. Yo como árbol aromático, no

(1) La Vulgata dice *Christus.* «Y pasadas las sesenta y dos semanas será muerto Cristo.»

hendido ni tocado con los instrumentos de pasión, sudé el suavísimo y primer licor y mirra probatísima de mi sangre en el huerto. Mirra fué toda su pasión, ansí por la amargura de su persona como por el olor suavísimo que dió á su eterno Padre. Mirra fué, no sacada con la fuerza de los tormentos y heridas, sino con la fuerza del amor que le lleva á las pasiones. De su voluntad rindió su espíritu en las manos de su Padre, y dijo luego: *Consummatum est,* y inclinó la cabeza y invió aquella santísima ánima al limbo, á sacar consigo las de los Padres y Santos que le esperaban y en cuya esperanza vivían.

§ III

Y es cosa maravillosa que, intentando sus enemigos algunas cosas en su Pasión que Él no quiso que se hiciesen, no salieron con ellas, ni salieran aunque sobre el caso se juntara todo el mundo. Quisieron que bebiese hiel y vinagre y vino mirrado para restañarle la sangre, porque no muriese tan apriesa y hubiese lugar de quebrarle las piernas, y no quiso beberlo ni chuparlo de la esponja (Cesar Baron., tomo I, *Bebedizos extintos que detienen la sangre). Et cum gustasset noluit bibere.* Ni que le quebrasen un solo hueso, por lo que estaba escrito (Exod., 12): *Os non comminuetis ex eo.* No daba el sayón un golpe más cuando remachaba el clavo, ni un azote los verdugos, siendo tantos y tan despiadados, fuera de los que estaban en el Consistorio divino determinados. Hay un lugar de Zacarias admirable á este propósito (Zachar., 3): Sobre una piedra están siete ojos, y yo tengo de labrar su escultura. Son palabras del Padre, que á su Hijo llama piedra por su grande sufrimiento y paciencia en sus pasiones. Sobre esta piedra estaban siete ojos, como si dijera toda llena de ojos, que, á mi parecer, nos dan á entender una de dos: ó el cuidado y providencia del Padre eterno con su Hijo, ó el sentimiento del Hijo en sus trabajos, que era tan delicado y sensible, que no le tocaban con el látigo en su cuerpo, ni le herían en parte alguna que no le lastimasen en los ojos. Pero aunque tan solicitos en labrar esta piedra con tantos y tan crueles instrumentos, ningún golpe se dió demasiado y sin orden; porque el artífice y maestro mayor desta obra era el mismo Dios. *Ego celabo sculpturam eius.* Él dió la traza y el modelo, y los canteros, que eran gentiles y judíos, no salieron de lo que Él les ordenó. Queremos quebrarle las piernas. Eso no, dice Dios; enteras le han de quedar. Beba hiel y vinagre y vino mirrado: *Cum gustasset noluit bibere.* Todo esto, ¿no dice la voluntad con que Cristo muere? Pues también lo dice la institución del santísimo Sacramento al tiempo que ha de morir, y en Jerusalén, adonde consagró el Señor su cuerpo de por sí y su sangre de por sí, para que se nos acuerde cómo se apartaron el cuerpo y la sangre en aquella hora. Y declarando su fin en esta consagración, dijo (Mat., 27): *Hoc facite in meam commemorationem:* Esto haced en memoria de mi pasión voluntaria y de mi gusto, pues lo uno y lo otro declara bien en la entrada del huerto, que parece que se encarceló para que á su voluntad le prendiesen y llevasen los soldados. Pues la oración que allí hizo ¿pudo ser más devota ni más declaradora de su deseo que de morir tenía? ¡Oh Cristo mío, cuánto más te debo por la voluntad con que moriste por mí que por la misma muerte! Muchas llagas te hicieron los sayones; pero mayores te las hizo el amor. Por la mayor que aquéllos hicieron apenas cabe una mano, y por la menor que labró el amor caben todos los predestinados. Una vez te crucificaron los hombres, y desde el vientre de tu santa Madre anduviste crucificado en la cruz de tu deseo. *Et quomodo coarctor.* Nadie te quita la vida; Tú la ofreces, y para que te maten los sayones te entregas en manos de gentiles. San Marcos dice una cosa, para mí de grandísima consideración: que subiendo Cristo á Jerusalén á morir en compañía de los suyos (Marc., 10), *Praecedebat eos, et stupebant, et sequentes timebant:* Apresuraba el paso en la subida y iba delante de todos, y todos le seguían como atónitos de verle ir con tanta priesa á la cruz. Fué el primero que la honró, y así fué animosamente á ello. *Sustinuit crucem,* dijo San Pablo (Heb., 12), *confusione contempta;* como si dijera: Sólo Cristo llevó la confusión de la cruz y dejó la honra della para los mártires.

§ IV

Saquemos de aqui algunas doctrinas importantes, y sea la primera: Que la obra más costosa que podemos hacer en servicio de Dios le es desabrida y ingrata y ofende sus divinos

ojos si le falta voluntad, porque el mérito de nuestras acciones procede y nace de la gracia que Dios pone y de la voluntad que ofrecemos nosotros, y cualquiera destas dos cosas que falte, no hay mérito. En el Levítico mandaba Dios que cuando se le ofreciesen espigas de trigo verdes las rociasen por cima con aceite y polvoreasen con incienso; la cual ofrenda figuraba á Cristo, que tuvo aceite en abundancia y incienso no con mano escasa cuando se ofreció en sacrificio por nuestros pecados. Fué su voluntad muy llena y cumplida, tuvo mucho aceite (Psalm. 44): *Prae consortibus suis.* Y fué aceptísimo al Padre por el mucho incienso. Sacamos de aquí lo segundo para nuestro consuelo: que en las obras que hacemos, aunque sentimos dificultad y pesadumbre, como sean voluntarias y no falte la gracia, merecemos mucho y somos aceptos á Dios en ellas. Si me hubiesen de cortar á mí una pierna y de mi voluntad me entregase al cirujano, cuando me viese atado y viese también la sierra y los cauterios de fuego para restañar la sangre, ¿no me alborotaría y forcejaría por soltarme? Claro está; pero no por eso se diría que sufrí la cura contra mi voluntad, porque con ella me dejé poner en el potro y atarme de pies y manos, y en virtud della padecí voluntariamente y quedé sin pierna. Así pasa en el cristiano, que lo es de su voluntad, cuando ayuna, ó se azota, ó perdona la injuria, que aunque sienta contradicción y repugnancia, agrada mucho á Dios, porque no falta el aceite en esas obras: son voluntarias en virtud de la primera voluntad con que se ofreció y obligó á ellas. Eso pretende Cristo que sepan los hombres: que muere de voluntad y con gusto por ellos: *Ecce venio* (Psalm. 39). Véisme aquí, aparejado para morir.

La tercera doctrina, y con que acabaré este capítulo, es que en cualquiera servicio que se hace á Dios ó á los hombres se han de mirar dos cosas: la primera, que no sea deuda; la segunda, que no sea [por] fuerza, porque ni lo que se me debe ni lo que forzosa y violentamente se me da me obliga á ser agradecido. Y es pensamiento este de San Pablo, que escribiendo á los de Corintio, dice (II Cor., 9): *Non ex tristitia, aut ex necessitate, hilarem enim datorem diligit Deus.* Ayude cada uno con la limosna que pudiere y hubiere determinado en su corazón; pero mire que lo dé de buena voluntad y no por necesidad y á más no poder, porque no se agrada Dios de servicios desgraciados, involuntarios y de por fuerza. De Artajerges, rey de los persas, cuenta la antigüedad que pasando con un copioso ejército por un monte solitario y seco, un rústico pastor le salió al encuentro con una poca de agua en la copa de su sombrero, y estimóla el rey tanto por la buena voluntad que conoció en el villano, que nunca acababa de agradecerlo. Ya lo tengo dicho en otras ocasiones, y lo diré siempre que se me ofreciere, que la mayor obra que Dios hizo en beneficio de los hombres fué el morir por ellos: y para que la estimasen en lo que es razón, antes mucho que muriese quiso averiguar dos cosas: la primera, que no era deuda; la segunda, que moría de su voluntad. Ambas á dos cosas tocó el Apóstol (Rom., 5). *Vix enim pro iusto quis moritur, nam pro bono forsitam qui audeat mori?* Apenas se halla en el mundo quien muera por un hombre justo, ni aun por uno que es provechoso y bueno para todos. *Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quia cum inimici* [1] *essemus, Christus pro nobis mortuus est.* El sentido que hacen las palabras del Apóstol es que si Cristo muriera por hombres justos y buenos, pareciera su muerte debida á la bondad y justicia; que aunque se hallan pocos que por ella mueren, no da por imposible el hallarse alguno; pero ¿quién como Cristo, que ni por justos ni por buenos muere, sino por pecadores y enemigos suyos? Luego de su voluntad y con amor excesivo, y que nunca se acabó ni acabará de entender su grandeza, ni de los hombres, ni de los ángeles. Alábenle por ello ángeles y hombres por toda la eternidad. Amén.

CAPÍTULO X

En que se trata si fué posible salvarse los hombres por otro camino que el de la muerte de Cristo Nuestro Redentor y si fué este el mejor medio de todos.

§ I

De muchas maneras pudiera Dios redimir el género humano, como todopoderoso y infinitamente sabio, sin que ninguno se pudiera

[1] La Vulgata *adhuc peccatores.*

quejar ni dar por agraviado. Lo primero, porque Dios es Señor de la vida y de la muerte y á ninguno puede ser hecho deudor, ni hay quien resista á su voluntad. Lo segundo, porque todo el género humano era una común masa de perdición, y pudiera Dios dejarnos á todos sin remedio en aquella común masa maldita, sin que hubiera quien se lo demandara. *Quis tibi imputabit si perierint omnes nationes terrae?* Y pudo también traer á su Hijo algunos, para que en su sangre se salvasen, y dejarse otros perdidos, como Él lo dice por Malaquías (Malach., 1): *Iacob dilexi, Esau autem odio habui.* Y San Pablo dijo (Rom., 9) que Dios tiene misericordia del que quiere y permite que por su obstinación algunos se endurezcan y se pierdan. Lo tercero, pudiera ó por sola su misericordia, ó por sola su palabra, ó con una sola gota de sangre ó de sudor, ó por otros medios á su voluntad, sin aquellos rigores de la pasión de su Hijo y sin aquel tan riguroso y abominable castigo de muerte. Como un rey temporal, á nadie sujeto, puede librar de la muerte al malhechor, ó perdonarle pura y libremente su maleficio, ó con la esperanza de algún servicio que le podrá hacer, ó por alguna manera de satisfacción, como si alguno pagase por el culpado cuanto se le pidiese. Con todo esto, decimos que fué cosa congruentisima, que no por otro medio que el que se decretó en el Consistorio de la Santísima Trinidad se reparase el género humano, conviene á saber, por las pasiones de la afrentosísima muerte del Hijo de Dios; para que se hallan algunas y muchas razones, y principales cuatro. La primera, porque por este medio se hace un sacrificio para aplacar la ira de aquel que estaba ofendido aceptísimo. La segunda, porque este modo de redención fué congruentísimo para declarar juntamente la misericordia y la justicia. La tercera, porque para curar la enfermedad de la humana miseria fué muy á propósito. La cuarta, porque para vencer al enemigo del género humano con grande sabiduría fué bien ordenado. San Agustín, en el 13 libro *de Trinitate*, dijo (Aug., *de Trinitate*, lib. 13, c. 10, tomo 3.º): No le faltó á Dios otro medio posible para librar al hombre; mas para sanar nuestra miseria ninguno más conveniente que éste, con el cual no sólo nos dió remedio sino también ejemplo de humildad, de paciencia y de amor. San Bernardo dice ansí: Lícito me es saber que así lo hizo Dios; mas por qué así y no de otra manera no me es lícito ni investigarlo con curiosidad y atrevidamente. Y añade San Agustín: De cualquiera otra manera que lo hubiera Dios hecho, siempre la necia criatura dijera: ¿Por qué por ese camino y no por otro lo hizo El que en sí encierra otros modos sin número? El Maestro de las Sentencias (Sent., lib. 3, dist. 20) dice que ningún mejor modo se halló ni fué posible hallarse para librar al hombre que la muerte de Cristo. Porque, ¿qué cosa levanta tanto nuestras almas y las libra de la desesperación de la inmortalidad como el haber Dios estimádonos en tanto que tuvo por bien trabar con nosotros parentesco y buscar nuestra compañía para sufrir nuestros males muriendo? Y añade que la mayor hidalguía de este medio fué porque por él vencía al demonio por justicia y no por potencia. Y más abajo pregunta: ¿Cómo fué vencido por justicia? Porque no hallando en Cristo cosa digna de muerte, le mató. Y fué justo que los deudores que tenía los dejase libres creyendo en Aquél que sin deberlo mató. La razón porque no quiso vencer por potencia es porque el demonio, por el vicio de su perversidad, es amador de su potencia y desamparador y opugnador de la justicia: en lo cual más que en otra cosa los hombres le imitan, pues teniendo la justicia en poco y aborreciéndola por sus casas, trabajan más en ser poderosos. Por eso le plugo á Dios librar al hombre por justicia, para que deprendiese á imitarle en ella. *Postposuit Christus quod potuit, ut prius ageret quod oportuit. Iustitia ergo humilitatis hominem liberavit, quem sola potentia aequissime liberare potuit.* No hizo lo que pudo como todopoderoso, sino lo que me estuvo mejor á mí, aunque tan á costa suya. San Buenaventura, sobre esta distinción, dice admirablemente *(In tert. sentent.*, d. 20, q. 5, *in respons. ad arg.):* Este modo fué nobilísimo sobre todos los modos que se pudieron investigar, y por eso dignísimo de que Dios le aceptase sobre todos los demás. Fué aceptísimo para desenojar á Dios, congruentísimo para curar nuestra enfermedad, eficacísimo para atraer y robar á sí los hombres, prudentísimo para hacer guerra al enemigo del género humano. De lo primero dice San Ansel-

mo (Ans., *Cur. hom.*, c. 11): Ninguna cosa más áspera ni más dificultosa puede padecer el hombre por la honra de Dios, de su voluntad y no por deuda, que la muerte. Y en ninguna manera puede hacer de sí mayor entrega que cuando se ofrece y entrega á morir por la honra de Él. *Tradidit semetipsum oblationem et hostiam Deo, in odorem suavitatis* (Ephesios, 5). Pues para curar nuestras enfermedades, ¿qué medicina más á propósito? Enfermó el hombre primero por soberbia, gula y inobediencia. Trató Dios de la cura y hízola por aflicción, humillación y cumplimiento de la divina voluntad (Philip., 2) De la eficacia que tuvo este medio para atraer al género humano habemos dicho y diremos en muchas ocasiones. *Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum* (Ioan., 12). Y al propósito Hugo (Hugo, *de Arra Sponsae)*: Para mostrarte cuánto te amaba no te quiso librar sino muriendo, para que no solamente te hiciese beneficio, sino para que claramente conocieses el afecto de su inmensa caridad. ¡Ay, Dios! ¿por qué no me llevas y arrebatas en pos de Ti? ¿Tú en la cruz y yo en la tierra? ¿Tú muerto por mi remedio y yo olvidado de mi remediador? Pero ¡qué prudencia en contrastar al demonio y darle zancadilla! Astutamente venció Satanás al hombre, y prudentísimamente le sobrepujó y venció Dios hombre, como lo dijo el santo Job (Iob, 26): *Prudentia eius percussit superbum:* La prudencia de Él hirio al soberbio. Y Dios á Job (Iob, ult): *Numquid poteris capere Leviatam hamo?* ¿Por ventura podrás pescar á Leviatán con un anzuelo? Vino el Redentor, dice el Maestro de las Sentencias, y fué vencido el engañador; hizo de su cruz mirlocha ó alzapié ó cepo, puso su sangre y su carne por cebo, acudió el enemigo, creyó que tragaba sola carne y engulló el anzuelo de la divinidad. Fué, como dicen, trasquilado el que había venido por lana.

§ II

San León Papa dice (Leo Papa, *ser. Dominica in Ramis)*: La omnipotencia del Hijo de Dios, que por ser una esencia con el Padre es igual á Él en el poder, aunque pudiera librar al hombre con sólo quererlo ó mandarlo, por las congruencias que halló en favor de los hombres muriendo, y por vencer al enemigo por el camino que nos había vencido, de todos tomó éste como más provechoso y de más costa para sí (Heb., 2: *Decebat Auctorem salutis per passionem consummare)*. San Gregorio, en los *Morales*, se atreve á decir que el que nos hizo de nada que fuésemos, no pudo revocarnos sin padecer y morir. Y la Glosa dice que si Cristo no muriera por el hombre no fuera redimido, y no redimido pereciera, y todas las cosas fueran en vano y de balde criadas. San Anselmo confirma esta imposibilidad, diciendo *(Cur. Deus homo*, lib. 2, c. 10) que no fué posible salvar el mundo sino por la muerte de Cristo. Resume San Buenaventura todo lo dicho en pocas palabras, diciendo que de parte de Dios no pudo haber necesidad ni se pudo poner límite á su poder; siempre quedó libre para disponer de otra manera el remedio de los hombres si quisiera; ni se ha de limitar la potencia divina, ni estrecharla á este ó á aquel modo, como dicen los Santos, sino afirmar que como con sólo querer crió todas las cosas, así pudo repararlas por sola su voluntad. Otra cosa es tratando de la potencia por parte del género humano reparado. Que se ha de decir que limitó Dios su poder en este caso (Rom., 1, *secundum spiritum sanctificationis)*, y puédese conceder que no pudo el hombre ser reparado de otra manera. Como decimos que no hay debajo del cielo nombre en que podamos salvarnos, sino el nombre de Jesús, Señor y Redentor Nuestro, aunque pudiera Dios librar nuestra salud en otro, cual Él quisiera. Santo Tomás responde (3 p., q. 46, art. 1, in corp.) que fué necesario morir Cristo, no de necesidad de por fuerza, de suerte que no se pudiera hacer otra cosa, que así ni de parte de Dios ni de parte del hombre hubo esa necesidad, sino *necessitate finis*, teniendo atención á su verdad en los profetas, á la honra de su Hijo, que por la humildad de la cruz mereció la exaltación que dijo el Apóstol (Reb., 2): *Videmus Iesum propter passionem mortis, gloria et honore coronatum;* y á nuestra liberación que por ese medio y no por otro estaba librada y determinada. Y en el artículo segundo dice que de dos maneras se dice una cosa posible ó imposible: ó simple y absolutamente, ó suponiendo algún particular. Si hablamos absolutamente de la necesidad del morir Cristo por la redención del género humano, muy posible le fué á Dios otro medio y otros medios. *Quia non est im-*

possibile apud Deum omne verbum (Lucae, 1). Si hablamos *ex aliqua suppositione*, imposible fué; porque como es imposible engañarse la preciencia de Dios y quedar frustrada su voluntad y disposición, supuesta la precencia y ordenación divina en el caso, no fué juntamente posible no padecer Cristo ó librarse el linaje humano por otro camino que el de su pasión. ¡Ay, Cristo santo, cuánto nos amaste, pues pudiendo remediarnos por tantos caminos de ti sabidos y conocidos, y sin costarte nada, quisiste hacerlo á tanta costa tuya, sufriendo penas y dolores por nosotros! Bien dijo Galeno, en la *Vida de Alejandro*, que aquél ama de veras que no se cansa y enfada con el amigo puesto en miseria. Y Aristóteles, que el bienafortunado tenía necesidad de amigos, no para recibir beneficios dellos, sino para hacerlos beneficios. Este fué el amor de Cristo, que nos quiso, no para sus comodidades, sino para nuestro provecho. ¡Oh amor cordial, que ningún trabajo rehusó ni el mayor de todos, que es el morir! Divinamente dijo San Bernardo (Bern., *in ser. de Sacram. Eucharist.)*: La muerte y pasión de Cristo es obra sin ejemplo, es gracia sin mérito, es humildad sin modo, es don sin precio. Lo primero mira á la acerbidad y rigor de su pasión. Lo segundo, á la caridad de Dios no merecida. Lo tercero, al ejemplo nunca oído ni visto. Lo cuarto, á la fecundidad de muchas maneras en favor de los hombres.

CAPÍTULO XI

En que se trata de las conveniencias que hubo en morir Cristo (ya que escogió la muerte) crucificado.

§ 1

El Doctor Angélico, en su *Suma*, trata esta cuestión (S. Tho., 3. p., q. 46, ar. 4): Si convino que Cristo, ya que con su muerte quería redimir el género humano, muriese crucificado. Y responde que no sólo fué conveniente, sino, en superlativo grado, convenientísimo. Y pruébalo con muchas razones, y aunque algunas son de moderada congruencia, todas juntas prueban el intento. La primera, para ejemplo de virtud, porque no hay género de muerte más temeroso. La segunda, para satisfacer en madero lo que en madero se pecó. La tercera, para santificar el aire, contaminado con los pecados de los hombres. La cuarta, para acercarnos más al cielo y enseñarnos el camino, arrebatándonos para sí. La quinta, para mostrar que el morir era por todos los hombres universalmente, á los cuales abrazaba en aquella figura, extendidos los brazos y descoyuntados los miembros. La sexta, por el magisterio de muchas virtudes que en la cruz resplandecen y se nos representan. La séptima, por el cumplimiento de muchas figuras que pedían este género de muerte. San Agustín dice (lib. 83, q. 25, t. 1) que encarnó la Divina Sabiduría y se hizo Hombre, para que los hombres tuviesen á quien mirar para vivir concertadamente. Y dice el Doctor santo, que entre las cosas que pertenecen á la vida bien ordenada es una no temer lo que no es para temerse. Y aunque hay hombres que no temen la muerte, temen mucho la que es afrentosa; pues esa toma Cristo para sí, porque yo no la tema. Aristóteles, en el tomo III de las *Æthicas*, dice (Arist , III *Æthic.*): *Laudabilis est fortis circa maxima mortis pericula viriliter agens:* Digno de alabanza es el varón fuerte que en los grandes peligros varonilmente procede. ¿Quién tan fuerte como Cristo, que abrazó el morir por la salud de los hombres y no le espantó la muerte más afrentosa y trabajosa que entonces se daba á los sediciosos y facinerosos? En el libro de la Sabiduría (Sap., 2) se llama muerte torpísima. San Juan Damasceno la llamó detestable y ignominiosa y sobre manera dolorosa. San Isidoro (Isidor., lib. 3 *Orig.*, c. ultim.) hace diferencia entre la cruz y el patíbulo. Y dice que la muerte en la cruz era más penosa que la del patíbulo, porque los ahorcados mueren con mucha brevedad y acaban presto su trabajo; los crucificados muy de espacio, con grandes fatigas y congojas. Por esto quebraron las piernas á los ladrones, por abreviar con ellos de manera que el sábado no estuviesen en las cruces. Y San Agustín (Trac. 31 *in Ioan*): *Supplicium crucis ideo durius erat, quia diutius cruciabat et omnes crucifixi longa morte necabantur:* El suplicio de la cruz era más duro de sufrir, porque atormentaba más tiempo, y todos los crucificados morían una muerte espaciosa y prolija. Y ese fué el espanto y admiración de Pilatos y de otros muchos, que se admiraron de ver que con tanta priesa hubiese muerto Cristo Nuestro Señor, muriendo tan de espacio

los demás. El mismo San Agustín dice á nuestro propósito: Si la flaqueza rehusa el género de muerte trabajoso y afrentoso, ninguna más afrentosa y trabajosa, en aquel tiempo, que la de la cruz. Y por eso hizo el Apóstol aquel redoble, nunca pesado como es razón (Philip., 2): Humillóse á sí mismo el Señor Jesús hasta la muerte, y muerte de cruz. La cual partícula ponderó Crisóstomo con grande energía, diciendo (Chrys , serm. 7 *in Epistolam ad Philipens.*, 2): *Pape, quam magnum, et vehementer ineffabile est, quod servus factus est; quod vero mortem sustinuit, multo plus est; sed est et quiddam isto maius, et admirabilius.* ¡Oh cosa espantosa, grande y inefable, que el Verbo eterno se haya humillado á tomar nuestra servidumbre! Pero poco es esto para lo que se siguió, que es haber muerto por nuestra salud; y nada tan admirable como el género de muerte que escogió, muerte afrentosísima, maldita y llena de deshonra. Santo Tomás advirtió sobre las mismas palabras del Apóstol: *Mortem autem crucis*, que se nos quiso dar á entender en ellas el valor de Cristo, que la muerte, que á todos espantaba y de que todos huían, Él no la rehusó, ni temió, ni le hizo asco. Y Lactancio Firmiano pregunta (Lib. 4, *Divinar. mist.*, cap. 26) que ¿cómo Cristo no murió como hombre honrado, sino como esclavo y facinoroso, muerte de afrenta y de infamia, indigna de persona libre aunque malhechora? Y responde que lo quiso y ordenó así su misericordia para consuelo y alivio de los humildes, flacos y desechados en el mundo, que de aquella manera se hace justicia dellos y se castigan sus culpas, para que no hubiese hombre de cualquiera condición que fuese que no pudiese imitarle. Hizo el Señor la salva á todas las maneras de penas que suelen sufrir los hombres, y tomó sobre sí asaz gran parte dellas para quitarnos el horror y el miedo y darnos ánimo y esfuerzo contra ellas. San León, Papa, considerando el valor de Cristo puesto en la cruz, exclama y dice (Serm. 2): ¡Oh admirable poder el de la cruz! ¡Oh inefable gloria la de la Pasión, en la cual el tribunal del Señor, el juicio del mundo y la potestad del crucificado se hallan!

§ II

Y aunque lo dicho levanta mucho esta razón de morir Cristo en la cruz, levántala mucho más el conocimiento de la voluntad de los judíos en esa obra, que fué con tal género de muerte hacerle asqueroso, infame y sin alguna honra, para que por este medio estorbasen á los hombres el seguirle y andarse tras de Él. Como si dijeran (Chrisos., ser. 7 ad Philip): Si no le dejáis porque muere, será fuerza el dejarle, porque muere como infame, como siervo herrado y como sedicioso. Que, bien considerado, es lo que se escribe dellos en Jeremías (Hier., 11): *Venite, mittamus lignum in panem eius, et eradamus eum de terra viventium, et nomen eius non memoretur amplius:* Venid, metamos el madero en su pan y borrémosle de la tierra de los vivientes, y no se haga más memoria de su nombre. Pero engañáronse en su pensamiento, porque por aquí resplandeció más la verdad y se hizo más ilustre. Pensaron hacerle abominable y abominabilísimo con aquel género de muerte, y no hicieron nada, porque campeó más por ese camino su virtud y hizo el Señor mayor demostración de su poder.

La segunda razón, aunque ordinaria, corre muy bien y favorece á algunos misterios y sacramentos de la cruz. Pagóse en ella lo que el primer Adán pecó en el árbol de la ciencia del bien y del mal. Cogió y comió la fruta vedada el hombre primero, y perdió el tesoro grande de la amistad de Dios, que tenía como en depósito. Subió Cristo á la cruz para restituirnos tanta riqueza *Quae non rapui, tunc exolvebam.* Y la Iglesia canta ([1]):

Et medelam ferret inde,
hostis unde laeserat:

Sacó la medicina de donde había salido el veneno. Por el madero, dice San León (Sermón 6 de *Passione*), se levanta el caído en el madero, y con el gusto de la hiel y del vinagre se deshace el bocado de la culpa. Y Damasceno (Lib. 4, c. 12): porque por el madero se le abrió puerta al pecado, fué cosa conveniente que por el madero se nos diese vida y resurrección. Y San Jerónimo: Estuvo el Señor pendiente en el madero, para que el pecado que habíamos cometido en el madero de la ciencia del bien y del mal, subido en el madero le borrase. Al fin, tiene grande con-

([1]) En el himno

Pange lingua gloriosi
Lauream certaminis, etc.

gruencia que Dios haya vencido al demonio, enemigo nuestro, con las armas que él nos venció. La desobediencia de Adán nos destruyó, y la obediencia de Cristo nos reparó. Palabras son del divino Esposo aquellas de los Cantares en que, haciendo mención desta obra, le dice (Cantic., 3): *Sub arbore malo suscitavi te: ibi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua*: Debajo del manzano te desperté del sueño pesado de la muerte, que es el pecado. Allí fué corrompida tu madre y violada la que te engendró. El verbo *suscitavi* trasladan muchos *excitavi:* allí te desperté. Y aunque comúnmente se atribuyen al Esposo estas palabras, muchos y graves autores, á la Esposa, y son de admiración. Habla como espantada y fuera de sí, considerando la caridad de Dios, que de donde pudo tomar mayores motivos para destruir los hombres los tomó para hacerlos bien y salvarlos. Como si dijera: no sé por qué me amaste ni de dónde tomaste ocasión para padecer por mi remedio tan grandes trabajos y tan dura muerte. Lo que dió principio á nuestra apostasía, le dió á tu misericordia. El árbol que fué testigo de nuestra desobediencia lo fué de la promesa grande de nuestra redención; allí te despertamos y provocamos, y sacamos á luz el amor que en tu pecho estaba escondido y de secreto, y dimos ocasión para que se manifestase tu grandeza. Allí quedó determinado el hacerte hombre, y nuestro despeñadero fué motivo y aun causa de tanta humillación, hasta la forma de siervo y muerte de cruz. Allí tomamos la carrera huyendo de Ti, y desde allí comenzaste á seguirnos, hasta trabar de nuestra naturaleza y vestirte de ella. *Semen Abrahae apprehendit* (Hebr., 2). Allí fué corrompida tu madre Eva por persuasión de la serpiente, y allí te parió en el deseo, porque les revelaste y pusiste en los corazones á los dos casados el misterio de tu encarnación. *Iesus cor eorum*: Jesús, el corazón dellos (Pet. Galat., *De Mirab. Sacr. Scrip.*, Apo., 9). Naciste en el deseo y comenzó de hecho á obrar tu muerte, Cordero muerto desde el principio del mundo. Con esta concepción y nacimiento fué concebida y nació nuestra esperanza, nuestra salud y toda nuestra felicidad. Al fin, alcanzamos pecando, por su sola bondad y misericordia, lo que obrando bien no pudieran en ningún tiempo merecer todos los hombres. *Quia non ex operibus iustitiae, quae fecimus nos, sed secundum suam misericordiam salvos nos fecit* (Ad Titum, 3). ¿Quién pudo pensar jamás que del pecado y ofensa había de salir la mayor gloria de los hombres y la mayor caridad de Dios? *Et ipsa indignatio auxiliata est mihi,* dijo Dios por Isaías (Esai., 63): El enojo que tomó con el pecado le ayudó para tan grande obra como lo fué la de nuestra redención. Divina consideración verdaderamente y para abrasarse un alma en el amor de su Dios, que recurriendo á los motivos de sus larguezas y misericordias halla que fueron pecados (Rom., 9). Que los vasos, que eran de ira, esos lo hayan sido de las riquezas de Dios, cosa es que no cupo en pensamiento de hombres ni de ángeles tampoco. Sólo Dios lo pudo pensar y hacer, como de hecho lo hizo. *Qui dilexit nos, et lavit nos a peccatis nostris in sanguine suo:* Amónos y lavónos de nuestros pecados en su sangre (I Ioan., 1). Filón Carpatio entiende por este árbol el de la cruz, cuya consideración despierta las almas al amor de su Redentor y las confirma en la fe y en la caridad. Es gran cosa para deshelar los corazones considerar á Dios muerto en un palo, como adelante veremos. En la cruz, dice este doctor, con dolor de corazón y de cuerpo salió á luz la Iglesia, porque siendo atormentada la carne de Cristo y afligida su ánima, le dió sér y vida y la lavó y santificó con la sangre y agua que de su costado abierto manó. ¿Y cómo se puede pagar deuda tan grande? Haciendo lo que se sigue: *Pone me ut signaculum super brachium tuum ut signaculum super cor tuum:* Ponme como señal ó sello sobre tu corazón y sobre tu brazo (Cant., 8). Lo cual entiende Filón de la señal de la cruz, que siempre ha de estar delante de los ojos del alma, así para que los pensamientos sean castos y limpios, como para que las obras sean reguladas por el gusto de Dios, rociadas con su sangre.

§ III

Síguense la tercera y cuarta razones, que sólo tienen algunas congruencias, porque muriendo Cristo en la cruz santificó el aire, precipitó al demonio que, cayendo del cielo, se quedó en él como puesto al paso para impedir á los hombres el camino de la gloria, y hizo más pública y más manifiesta su muerte

á los hombres porque su resurrección fuese más admirable y cierta, y la victoria de la muerte más ilustre, porque la provocó y á vista de todos la mató. *Nam quoniam is, qui patibulo suspenditur*, dice Lactancio (Lactan., lib. 4 de *Vera sap.*, c. 26), *et conspicuus est omnibus, et caeteris altior, crux potius electa est, quae significaret illum tam conspicuum, tamque sublimem futurum, ut ad illum cognoscendum, pariter et colendum, cunctae nationes ex omnibus concurrerent*: El que está colgado en el patíbulo está á vista de todos y más alto que todos; todos le miran y de todos es conocido. Por esto escogió Cristo más morir en cruz que de otra manera, para que se entendiese que, puesto en ella, había de levantarse tanto y campear de manera que todas las naciones del mundo habían de correr á conocerle y servirle y honrarle. Él lo dijo (Ioan., 12): Si me levantaren en el aire, todas las cosas atraeré á Mí. La quinta y sexta razón proceden del suplicio de la cruz, en cuanto á la figura y modo de estar Cristo en ella, extendidos los brazos, recibiendo, como la gallina debajo de sus alas sus pollitos todos, debajo dellos todas las naciones del mundo, extendida su caridad á amigos y enemigos. San Atanasio dijo: Si la muerte de Cristo es la redención de los hombres, ¿cómo nos había de llamar y juntar si no fuera puesto en la cruz? En sola la cruz se sufre la muerte los brazos abiertos, y por eso convino que Cristo muriese en esta figura, para que con una mano recibiese el pueblo judaico y con la otra el gentílico, y ambos los juntase en uno. Y yo diría que el morir los brazos abiertos fué declarar el gusto y la gana con que moría, porque las cosas que mucho amamos y deseamos extendemos á ellas los brazos y las apretamos y hacemos una cosa con nosotros. Santo Tomás interpreta de la cruz con San Agustín aquellas cuatro dimensiones del Apóstol: *Longitudo, latitudo, sublimitas et profundum*. (Epist. 120 á medio, tomo 2). En la latitud, que es el madero que extiende los brazos y manos, las obras; en lo largo que hay desde el crucero á la tierra, la longanimidad y perseverancia en el bien; en la cabeza, que es lo más alto, la esperanza de los bienes futuros; en lo que se esconde en tierra, la profundidad de la gracia, que graciosamente se nos comunica por el mérito de Cristo. Lactancio y San Atanasio, en lo ancho entienden el general fruto de la muerte del Redentor, que se había de derramar por todo el mundo; en lo alto, largo y profundo, la eficacia en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra. *Pacificans per sanguinem crucis eius, et* [1] *quae in coelis, et quae in terris* (Collos., 1). Y si yo supiese poner aquí lo que San Gregorio Nacianzeno dice (Gregor., *Oratione princ. apologeti.)*, contraponiendo las manos de Adán á las de Cristo, y el árbol del Paraíso al del Calvario, quedaría muy contento, porque dice elegantísimamente y con espíritu del cielo: Por tanto, un madero contra otro madero y dos manos contra una mano, aquéllas fuertemente extendidas contra la incontinentemente extendida; aquéllas fijadas con clavos, constreñidas y apretadas contra la suelta y atrevida; aquéllas tocando y abrazando los fines del mundo contra aquélla que á Adán lanzó del Paraíso. Por eso la altura contra lo caído; la hiel contra el gusto; la corona de espinas contra el perverso imperio; la muerte contra la muerte; las tinieblas contra la lumbre; la sepultura contra la incineración y conversión en tierra, y la resurrección por la resurrección. Hasta aquí Gregorio. Y San Bernardo exclama: ¿Quién, oh Cruz bendita, podrá dignamente investigar tu longitud, latitud, alteza y profundidad? Porque tu longitud hasta el día postrero favorecerá á todos los que te llamaren; tu latitud llena todo el universo; tu alteza restaura las quiebras de la celestial Jerusalem, y tu profundidad halla la redención para los que asentados en sombra de muerte y en tinieblas la esperaban. Y en el sermón 65 in *Cantica* considera la paciencia, la humildad, la obediencia y la caridad; ésta en lo alto, la humildad en lo profundo, á la diestra la obediencia y á la siniestra la paciencia. Este lugar del Apóstol han tomado entre manos muchos Santos, y declarándole de muchas maneras, comúnmente se entiende de la cruz y de sus misterios, y deste en particular, de morir Cristo en ella (Aug., *serm. de passione Domini)*. Y sea la séptima razón que le precedieron muchas figuras. El arca de Noé, en que se salvaron los pocos que escaparon del diluvio. La vara de Moisén, que sacó de la piedra agua, que abrió el mar y anegó á Faraón y su gente y dió paso al pueblo de Israel, y las aguas amargas vol-

[1] En la Vulgata este *et* es *sive* en ambos miembros, y pone antes *terris* que *coelis*.

vió dulces y de buen sabor. El arca del Testamento, que se entiende haber sido de madera, para depósito de la ley de Dios, que abrió el Jordán y detuvo su corriente y dió paso al pueblo de Israel, seco y enjuto para el de los Cananeos; que dando vueltas á Jericó con ella, cayeron sus muros; que llevada al templo de Dagón, le derribó en tierra; que lastimó y afligió á los filisteos, y á Oza le mató con espanto de todos. El cruzar de manos de Jacob para la bendición de sus nietos Efraim y Manasés, habiendo adorado lo alto de la vara ó cetro, que era el título *Iesus Nazarenus, Rex Judaeorum.* La serpiente de metal puesta en el madero y la salud librada en mirarla; el Cordero Pascual que, como lo afirma San Justino mártir, solían asar en dos palos atravesados en forma de cruz. Moisén orando en figura de crucificado libró el pueblo de Amalech, contra quien peleaba, por el misterio de la cruz. Y no digo más aquí, por no alargar este capítulo, y porque para otro, al mismo propósito, sobra materia.

CAPÍTULO XII

En que se continúa el misterio de la cruz y de Cristo crucificado en ella, y si fué injustamente condenado á ella; por qué la llevó sobre sus hombros, y si verdaderamente le fijaron con clavos en ella.

§ I

No es mi intención escribir aquí alabanzas de la cruz, después que Cristo Señor nuestro subió en ella y obró nuestra redención, que eso pide especial tratado, y hay muchos y muy copiosos. Lo que pretendo es que se entienda lo mucho que el Hijo de Dios hizo por nosotros escogiendo este género de muerte, y cuánto le debemos por ello. Cuán aborrecible fuese la cruz en el pueblo romano declárанlo las palabras de Marco Tulio *(In oratione pro C. Rabirio): Misera (inquit) est ignominia iudiciorum publicorum, misera mutctatio bonorum, miserum exitium; sed tamen in omni calamitate retinetur aliquod vestigium libertatis; mors denique, si proponitur in libertate moriamur. Carnifex vero, et obductio capitis, et nomen ipsum crucis, absit non modo á corpore civium Romanorum, sec etiam a cogitatione, oculis, auribus. Harum enim omnium rerum non solum eventus, atque perpessio, sed etiam conditio, expectatio, mentio ipsa denique indigna cive Romano atque homine libero est.* Lo que dice es que toda afrenta pública es miserable; pero que en cualquier calamidad queda siempre algún tanto de libertad; mas la muerte de cruz es tan infame, tan vil, tan horrenda, que sólo el nombre espanta; y ha de estar lejos, no sólo del cuerpo del romano ciudadano, sino del pensamiento, de los ojos, de las orejas; el tomarla en la boca y el acordarse della es cosa indigna de hombre libre. Favorece Séneca (libro de *Beneficiis)* diciendo: *Acerbissima crudelitas est, quae penam trahit, et misericordiae genus est, cito occidere, quia tormentum ultimum finem sui secum affert.* Por eso se llamaba la misma cruz muerte acerba, porque atormentaba de espacio á los crucificados y les daba doblada molestia. Y aun de aquí nació el proverbio común en las comedias, cuando abominaban de alguno y le maldecían y echaban en hora mala, decir: *Abi in malam crucem.* Y entre los hebreos era maldito el que moría en cruz: *Maledictus omnis, qui pendet in ligno.* El cual género de muerte se daba á homicidas y á ladrones; y por estos dos títulos de ladrón y de matador estaba preso Barrabás y sentenciado á muerte de cruz, y como Pilatos les dió á escoger entre Cristo y Barrabás, pidieron al ladrón y homicida, con fin de que entrase en su lugar Cristo y pasase por la pena y castigo infame á que él estaba condenado. Y así, hecha esta elección, dieron voces, (Lucæ, 23; Ioan., 19), diciendo: *Crucifige, crucifige eum.*

§ II

Por excusar á Cristo de la maldición de la ley, hubo herejes que dijeron que no había Él muerto crucificado, sino Simón Cirineo, que llevó la cruz hasta el Calvario porque no se les muriese el Redentor con la carga tan pesada en el camino (Basilides haereticus, de quo Irineus, lib. 1 *Contra haeres.*, cap. 23, et alii). De fe es que murió Cristo crucificado, como consta de muchos lugares de la santa Escritura: *Mortem autem crucis* (Ad Philipenses, 2). *Et hunc crucifixum* (1 Cor., 2). *Erit vita tua pendens ante te* (Deut., 28). Y es profecía del crucificado Jesús, como lo testifican San León, Papa (Leo., serm. 8 *Pas.),* San Agustín (Aug., *Contra Favi* c. 22, 23), San Irineo (Iren., lib. 5 *Contra Iud.*, cap. 11 et 12), Tertuliano y otros San-

tos. Cipriano lee (Ciprian., lib. 2 *ad Quirinum*, c. 20): *Erit vita tua pendens in ligno ante oculos tuos*, de que también profetizó David en el salmo 95: *Dicite in gentibus, quia Dominus regnavit a ligno*. Ansí trasladaron los Setenta este verso, y ansí leen muchos de los Padres de la Iglesia griega y latina, y San Justino, mártir *(Diálogo contra Triphone)* trabaja en probar que la partícula *a ligno* estaba en el Hebreo y que maliciosamente la quitaron los judíos por no confesar el misterio de la cruz, desde la cual reinó Cristo de la muerte y del pecado y de sus enemigos todos. Y la Iglesia lo confirma en uno de los himnos de la Cruz [1] (Pamelius., *Super Tertul.)*:

Impleta sunt quae concinit
David fideli carmine,
Dicendo nationibus
Regnavit a ligno Deus.

Lo mismo prueba aquel lugar de Jeremías (Hiere., c. 11) en persona de los judíos que crucificaron á Cristo, queriéndole infamar y desacreditar en el pueblo. *Venite, mittamus lignum in panem eius*, etc.: Metamos la cruz en su pan; esto es, como lo declaran casi todos los Santos (Tertul., lib. 3 *Contra Marcion*, c. 19 et alii multi), en su cuerpo, que es pan de vida. Y en el Deuteronomio (Deut., 33), bendiciendo Moisén á Josef, dijo: *Quasi primogeniti tauri pulchritudo eius, et cornua rinoceronthis in manibus eius, in illis ventilabit gentes usque ad terminos eius:* Como del primogénito del toro, la hermosura dél, y en sus [manos] cuernos de rinoceronte; en ellos aventará las gentes hasta los términos dél (Tert., lib. *Contra Iud.*, c. 10; Iust., *dialog. citato).* Llama cuernos del rinoceronte los brazos de la cruz, adonde, conforme á la profecía de Habacuc (Habacuc, 3), tenía Cristo su fortaleza escondida. Lo que aquí hay de consideración es que en ninguna manera contradice á lo que habemos dicho lo que se escribe en el Deuteronomio (Deut., 21) de los crucificados, que por el mismo caso eran malditos. Lo primero, porque la caridad de Cristo fué tan grande, que, como lo dijo San Pablo (Galat., 3), nos redimió de la maldición de la ley hecho por nosotros maldición. Y allí San Agustín (Aug., lib. 4 *contra Faustin*, cap. 2 y 12): *Aufert Christus de maledicto maledictum, quomodo de morte mortem, et de peccato peccatum.* De manera que no fué otra cosa en Cristo aquella maldición que la muerte ó la pena del pecado, no propio, sino nuestro. Aunque San Jerónimo y otros padres interpretan á la letra aquel lugar de los malditos por sus culpas. Y á la verdad, la maldición no caía sobre los que padecían en la cruz (Psal. 118), sino sobre los que lo merecían, que esos son los que Dios aborrece y maldice. Claro está que si Mardoqueo, hombre inocente, muriera en cruz, que no fuera maldito como lo fué Amán, que era culpado (Esther, 7). Así fué Cristo libre de la maldición, aunque puesto en la cruz, porque fué inocentísimo; sino es que digamos que como tomó semejanza de pecado, siendo la misma justicia, ansí tomó lo aparente de la maldición, no habiendo en sí causa para ser maldito. San Jerónimo lee así este lugar, y dice que se lo enseñó un hebreo muy docto: *Non permanebit cadaver eius in ligno, quia contumeliose Deus suspensus est*, lo cual redunda en honra de Cristo, que por su respeto se mandaba que los cuerpos de los justiciados no quedasen en las cruces, sino que se les diese sepultura; porque Dios afrentosamente había de ser puesto en la cruz; *Contumeliose*. Y porque no faltase género de crueldad á este género de muerte, dice Alfonso Paleoto, Arzobispo Beneventano (Alf. Paleotus, *de Sacra Sindone*, cap. 6), que siempre que crucificaban á alguno le ponían la cruz en lugar alto y eminente y frecuentado de muchos, como en las estradas públicas, para que el justiciado fuese visto de todos y de todo punto deshonrado; y como dice Quintiliano (Quintil., *in Declamationibus)*, todos escarmentasen en él y temiesen caer en manos de la justicia: *Quoties (inquit) noxios crucifigimus, celeberrimae eligantur viae, ubi plurimi commoveri, plurimi hoc, metu intueri possint.* Y Tulio *(Oratione in Verrem)* dice que en la vía Pompeya estuvo levantada una cruz para justiciar á los malhechores. Y eso mismo Cornelio Tácito. Ansí se hizo con Cristo Señor nuestro, que le pusieron la cruz en el monte Calvario, que entre los demás montes se levantaba, para que de todos fuese visto, como lo afirma Policrates (lib. 6).

[1] A saber: *Vexilla Regis prodeunt*, etc. La estrofa citada puede traducirse:

«Cumplidas están las cosas
Que David cantara en metro,
Al decir á las naciones
Que Dios reinó desde un leño.»

§ III

Santo Tomás pregunta (3 p., q. 46, ar. 10, *in responsionib. ad arg.)* si Cristo padeció en lugar conveniente, y responde que sí; porque todas las circunstancias que hubo en la pasión y muerte del Señor fueron convenientísimas, como ordenadas y dispuestas con particular y especial providencia por el mismo Dios. Aquí hacen dos lugares de los Actos Apostólicos, uno del capítulo 2, que dice: *Hunc, definito consilio et praescientia Dei, traditum per manus iniquorum affigentes, interemistis* ([1]). Otro del capítulo 4: *Convenerunt... in civitate ista adversus sanctum puerum tuum Iesum... facere, quae manus tua et consilium tuum decreverunt fieri* ([2]). Los cuales dos lugares, porque tienen mucha dificultad y llevo gana de acabar este capítulo, dejo para otra ocasión, sólo con decir que la Pasión, en cuanto determinada y ordenada por la absoluta voluntad de Dios para remedio del género humano, y amada del Hijo con voluntad absoluta, es bonísima y aceptísima; pero considerada la acción de los judíos, que de todas maneras es mala, no fué determinada de Dios con voluntad eficaz, sino permisiva; permitió que hiciesen en su Cristo tal estrago.

Pero viniendo á las conveniencias del lugar, dice el Angélico Doctor que hubo muchas: La primera, que como Jerusalén era lugar escogido por Dios para los sacrificios, y los de la vieja ley figuraban á Cristo, convino que allí se ofreciese el verdadero, adonde se ofrecían los figurativos. (Ephes., 5: *Tradidit semetipsum oblationem et hostiam Deo).* Por esto, el mismo Señor, como lo notó Beda *(Hom. in Dominica palmarum)*, acercándose el tiempo de la Pasión, se acercó á Jerusalén; esto es, en la décima luna, cuando los corderos que se habían de ofrecer se traían á casa; aunque diremos mejor que porque Cristo había de sacrificarse en Jerusalén se hacían allí los demás sacrificios, que la Pasión de Cristo fué causa ejemplar, y en alguna manera final de todos ellos. La segunda razón toma Santo Tomás del salmo 73 (Padre Juárez, *in Thomam ibi)*, adonde se dice que Dios obró nuestra salud en medio de la tierra porque la virtud de su pasión se había de comunicar á toda la redondez del mundo (Tert., *contra Mar.*, lib. *Carmin*, c. 4). Y particularizando más el lugar, dice el Santo que convino que muriese Cristo, no en el templo, ni en la ciudad, ni en casa alguna particular, sino allá fuera, en el Calvario. Lo primero, porque la verdad respondiese á la figura; porque el becerro y el cabrón que para expiación de la multitud se ofrecían, fuera de la ciudad se quemaban (Leviti, 36; Hebr., 13). Lo segundo, para darnos ejemplo de cómo habíamos de salir de la conversación dañosa del mundo; y aun porque para meditar y contemplar en Cristo crucificado se requiere soledad y quietud, lo cual en las ciudades falta de ordinario. Lo tercero, porque no se alzasen los judíos con este divino sacrificio que por todo el mundo se ofrecía. Y podemos añadir á lo dicho la muerte de Abel, figura certísima de Cristo, que para matarlo su hermano le sacó de casa al campo (Genes., 4). Pero la razón literal es porque á los malhechores, para hacer justicia dellos, ordinariamente los sacaban de la ciudad; y aun porque en la ley de Moisén se mandaba que los blasfemos muriesen *extra castra*, fuera de poblado. Y por malhechor, que ansí llamaban á Cristo los judíos, y por blasfemo, que ese era el ordinario título que le daban, no quisieron que muriese dentro de los muros de su ciudad, sino fuera, adonde morían los facinorosos; esto es, en el monte Calvario con los condenados. Y hallan en esto los Santos grandes conveniencias; porque de común sentencia en aquel lugar fué sepultado Adán, y por eso se llamaba Calvario, porque estaba allí la cabeza del padre de todos los mortales. A San Jerónimo no le asienta esta opinión; pero teniendo tan grandes Doctores y Santos que la sustentan, (Hanc sententiam tenent.: Basil., *in c. 5 Esaiae*; Orig., *tractat.* 35 *in Math.;* Tertul., lib. 2 *Carmi. contra Mar*, c. 4; Achan, *ser. de Pasion.;* Epiph., *Heres.*, 46; Crisost. *hom. 8 in Ioan;* Aug., *ser. 78 de Tempore; Cateches.*, 13), no sé por qué no la hayamos de abrazar como misteriosa y llena de piedad. Yo creo que de la multitud de las cabezas que allí se cortaban á los justiciados se llamó Calvario. Si no es

([1]) «A éste (Jesús), entregado por manos de malvados, lo matásteis clavándolo en un palo, según el acuerdo resuelto y presciencia de Dios».

([2]) «Se reunieron en esta ciudad contra tu santo niño Jesús... para hacer lo que tu mano y consejo determinaron que se hiciese». He puesto puntos suspensivos para indicar que el autor se dejó algunas palabras.

que creamos á San Cirilo Hierosolimitano, el cual afirma que se llamaba ansí, proféticamente, porque allí había de estar puesta en la cruz la cabeza de todos los Principados y de la Iglesia, Cristo. *O magnam*, dice, *propheticam appellationem.* Lo que enseña este nombre es que no mires á Cristo en el Calvario como á hombre puro, porque es cabeza de todo principado y potestad en el cielo y en la tierra.

CAPÍTULO XIII

De muchas cosas que en la crucifixión de Cristo pasaron de grandísima deshonra para Él y consuelo para nosotros.

§ I

Muchas cosas pasaron en la crucifixión de Cristo dignas de ponderación, que dejo para la tercera parte deste libro, cuando en particular tratemos deste misterio, y agora solas aquellas diré que hacen á la deshonra y afrenta del Señor: el tiempo, la compañía de los ladrones, la desnudez, la corona de espinas y el título que declara la causa de su muerte. Del tiempo disputa Santo Tomás y dice (S. Tho., 3 p., q. 46, art. 11) que fué convenientísimo. Fué en la Pascua del Cordero, cuando de todas partes se juntaban al sacrificio y estaba Jerusalén llena de gentes de todas las naciones del mundo: *Ut a mundo, mundi Dominus ante per poenam, quam per gloriam nosceretur*: Porque le costase mayor vergüenza, dice Crisóstomo, y para que fuese conocido del mundo el Señor del mundo, antes por la pena que por la gloria. Porque como el principal fruto de su pasión era mover los corazones á amarlo, quiso que supiese primero el mundo las razones que tenía para amarlo y honrarlo. Y así para los milagros, que declaraban su gloria, no andaba buscando lugares públicos; mas para las deshonras, que eran ciertos indicios de su amor y de las grandes obligaciones en que nos ponía de amarlo, escogió el tiempo en que más gente hubiese en Jerusalén, y quiso que fuese primero el mundo todo testigo de su amor que de su gloria.

De la compañía de los ladrones quisiera decir mucho, mas no puedo en este lugar; sólo diré que fueron, para su mayor deshonra, sentenciados juntamente con Él y crucificados, que al fin se juzgó de todos de una manera. *Et cum iniquis, vel sceleratis reputatus est* (Esai., 52). Tuviéronle por ladrón y facinoroso como á ellos; eso fué de la mente y intención de los judíos; pero en la de Dios tuvo misterios, porque como por nosotros fué hecho Cristo la maldición de la cruz, así por la salud de los culpados quiso parecer culpado y crucificado como tal (Crisóst., homil. 88; D. Thom., 3 p., q. 46, art. 11; Hieron., in Mat., 27.). San León, Papa (S. León, *ser. de Pas. Domini*), considera en la cruz cierta forma de juicio, que se salva uno y se condena otro. San Agustín (Aug., tract. 31 *in Ioannem)* llama á la cruz tribunal de Cristo, adonde salvará á los que estuvieren á la mano derecha y condenará á los desdichados de la izquierda. Yo pienso que fué como profecía esta postrera, como lo fué lo que Caifás dijo y el título que sobre la cruz puso Pilatos. La razón, porque como la muerte de Cristo no era sino tomar sobre sí los pecados de todos, ningún oficio le cuadraba mejor que capitán de ladrones y de malhechores, y esto parece que quiere decir aquello del Exodo (Exod., 15); *Dux fuisti in misericordia populo, quem redimisti.* ¿Qué pueblo es este que redemistes? ¿Es de santos ó de pecadores? ¿Es de justos ó de ladrones infames, deshonestos y de mala vida? Si este es el pueblo que redemistes, deste os hizo la misericordia capitán, porque la primera misericordia que con ellos usastes, fué tomar sus maleficios sobre vuestras cuestas para de ladrones hacerlos santos. San Ambrosio se maravilla mucho de la petición del buen ladrón á Cristo: *Domine, memento mei dum veneris in regnum tuum* (Lucae, 22). ¿Qué ves en ese hombre para que creas y le confieses por Rey? ¿Cruz, clavos, deshonras, que nunca fueron insignias de reyes? Responde el mismo santo: Supo el ladrón que aquellas llagas y heridas en Cristo no eran de Cristo, sino del ladrón, y por eso le comenzó á amar más particularmente después que reconoció sus llagas en el cuerpo del Señor. Como si dijera el ladrón: Si aquellas llagas fueran suyas, no le tuviera por rey, mas como son mías, no pueden ser insignias de reino más ciertas; porque cuando no lo fuera, por sólo eso merecía serlo. Así me parece á mí que uno de los más temerosos días para el demonio, después que cayó del cielo, fué cuando vió entrar por las puertas del infierno un ladrón en compañía de

Cristo, exento y libre de su jurisdicción. Dióse entonces por perdido del todo, porque no tener jurisdicción sobre santos, siempre lo experimentó; mas sobre ladrones, esta fué la primera vez. Y advirtió aquí San Juan Crisóstomo que el primero hombre á quien se abrieron las puertas del cielo fué el ladrón. *Per portam, quam fur clauserat fur prius intraverat.* Por que se vea la grande misericordia de Dios en querer morir crucificado entre ladrones. San Agustín dice (serm. 120) que se entregó Cristo á la confusión y afrenta de la cruz, *ut latronem glorificaret.* Sentimiento admirable, que parece que quiso este gran Padre de la Iglesia decir que por la gloria de un ladrón quiso Cristo morir muerte tan infame.

§ II

¿Pero qué diré de la desnudez? De buena gana no hablara de eso y lo dejara para la consideración de los contemplativos, porque más es para callado que para escrito ni predicado. Artemiodoro (Arthem., li. 2, cap. 18), hablando de los crucificados: *Crucifigi* (*inquit*) *noxium erat diviti, quia pauper redigebatur, cum nudus crucifigeretur.* Hacian esto los tiranos para mayor deshonra y afrenta de los que crucificaban. Hacían la cruz y tendíanla en el suelo, barrenaban por los clavos, y en tanto se desnudaba de todos sus vestidos el reo, hasta de la camisa, y tendido sobre la cruz le enclavan. Otras veces la fijaban en tierra y subían en un tablado al ladrón y con sogas sustentaban los brazos y los apretaban á la cruz para fijarlos con clavos. Del santo martir Dion leemos (Anto. Gallonius, *de Sanctorum Martyriis*, 1. 1), que para crucificarle le desnudaron en cueros, y él, los ojos en el cielo y dadas gracias á Dios, se extendió en la cruz á donde había de ser puesto y enclavado. ¡Ay Cristo santo, que no te perdonaron en esta ocasión tus enemigos! Desnudáronte de tus vestidos y repartiéronlos entre los sayones y ministros de justicia (Mat., 27; Mar., 15; Lucae, 23; Ioan., 19). Y esta fué la tercera vez, como lo afirma San Buenaventura *(Meditaciones vitae Christi* ([1]); Landulphus, *Vitae Christi,* p. 2, c. 63), delante de toda la multitud, y cumplióse lo que mucho antes había profetizado Miqueas (Mich., 1), diciendo en nombre del Señor: *Vadam spoliatus et nudus, faciam planctum*, etc.: Iré despojado y desnudo. ¿Á dónde, Jesús mío? Á la cruz, á donde lloraré y daré voces, derramando á una agua y sangre; agua de los ojos, y sangre de las venas.

¡Ay Jesús, cuán de atrás estaba esta tu desnudez figurada en Noé, que tomado del vino quedó desnudo y á la vergüenza. burlando dél su hijo primogénito Can! y más que convino así (Cipria., epistot. 63; Augus., Ruper., Eucher.). *Exuebat vestimenta sua* dice San Atanasio (Athan., *Orat. de Pas.), decebat enim, cum hominem introduceret in paradisum, exuere tunicas, quas accepit, a paradiso eiiceretur*: Sólo aquel vestido tenía del viejo Adán que para cubrir su desnudez le había dado Dios después del pecado, y ese se despoja para caminar al Paraíso. Tal subió á la cruz, dice San Ambrosio (Lib. 10 *in Lucam)*, cuales nos formó naturaleza, cuyo autor es Dios. Tal moraba en el Paraíso el primer hombre, y tal el hombre segundo entró en el Paraíso. Algunos han querido decir que le cubrieron las partes de la honestidad con algún lienzo, fundados en una revelación de Santa Brigida, que veremos en la cuarta parte, y parece que lo había el Señor de querer ansí, por la indecencia que consigo trae la desnudez en un hombre grave y honesto. Y parece también ser esto ansí de las pinturas antiquísimas del Crucifijo, que todas tienen velo que cubre aquel lugar (Tostatus, Onchelo, et Lyranus, in capit. 3 *Genesis*). Pero la sentencia común es, y lo que yo creo, que subió á la cruz desnudo, en cueros, sin hilo de ropa. (*Asserunt, quod Christus ut Patrem placaret, qui ab occidente maledixerat Adam nudum, in cruce nudus occidentem respiciebat, dicens: Astabo tibi, et videbo; quoniam non Deus volens iniquitatem tues*) ([1]). Ansí lo sienten los autores citados, y San Buenaventura y Rodulfo, de que arriba hicimos mención. Y es conjetura no pequeña el desnudo de todo en todo para amarrarle á la

([1]) Tampoco reconocen los Padres de Quarachi como obra del Doctor Seráfico este opúsculo que, según Bartolomé de Pisa, escribió un franciscano llamado Fr. Juan de Caulibus con el título *Meditationes vitae Christi secundum Bonaventuram.* Véase la Disertación antes citada, pág. 25.

([1]) «Afirman algunos que Cristo para aplacar á su Padre, que desde el Occidente había maldecido á Adán dormido, miraba estando en la cruz hacia Occidente, diciendo: «Me pondré en tu presencia y te miraré, porque eres Dios que no quiere la maldad.»

columna, á donde había de ser azotado en todo el cuerpo; cosa en que ninguno hasta hoy puso duda. Y de la impiedad de sus enemigos todo esto se puede presumir, á cuya voluntad le entregó Pilatos. Y cuando alguno de los amigos quisiera cubrirle, ¿cómo se había de atrever entre tantos enemigos? Y si levantamos la consideración á la divina providencia, ningún inconveniente se ofrece en que consintiese ser despojado y desnudo el que venía con su desnudez á cubrir la nuestra y mostrar á todo el mundo una perfectísima renunciación de todas las cosas temporales.

§ III

Dúdase si le crucificaron con la corona de espinas, y responde el muy religioso y muy docto padre Juárez que sí, y que es sentencia común de todos los Santos, aunque algunos tienen lo contrario. En la tercera parte lo diremos, y aquí no más de esto, por decir del título que en lo más alto y cabeza de la cruz le ponían para aumentar más la deshonra del que moría crucificado. Así se colige de Suetonio Tranquilo *(In Caligula,* c. 38) y Dion lo dice por estas palabras *(In Domitiano,* c. 10): *Litteris causa mortis aperiebatur* (1). Esa manera de deshonra no le faltó á Cristo, porque los Evangelistas todos lo dicen, aunque por diferentes palabras. San Juan le llamó título. San Lucas, sobreescrito: *Erat autem superscriptio.* San Mateo, causa: *Imposuerunt super caput eius causam ipsius scriptam.* San Marcos, recogiendo en uno lo que San Mateo y San Juan dijeron, dijo: *Erat titulus causae eius inscriptus.* La razón desta ceremonia se fundaba en la atrocidad que trae consigo el matar, queriendo, á un hombre, y la satisfacción que esto pide en los que lo hacen y en los que lo miran. De manera que para que no sea juzgado por tirano el príncipe, haciendo justicia de algún hombre, manda que lleve escrita su causa ó que á voces la publique el pregonero. El título de Cristo manifestaba la persona, la patria y la causa de su muerte: *Iesus Nazarenus, Rex Iudaeorum.* Jesús dice la persona; *Nazarenus,* la patria; *Rex Iudaeorum,* la causa. Y porque les parecía á los judíos que ésta no se declaraba suficientemente, se fueron á Pilatos y le dijeron (Ioan., 19): *Noli scribere Rex Iudaeorum, sed quia ipse dixit Rex sum Iudaeorum* (1). Esta causa se escribió en tres lenguas, griega, hebrea y latina, para que todos los que en Jerusalén había de diversas naciones, principalmente griegos, hebreos y latinos, á los cuales más que á otros se comunicó el fruto de la pasión, la leyesen y entendiesen. Y aunque han querido decir algunos que estas letras se escribieron en la cabeza de la cruz, lo certísimo es que las mandó Pilatos escribir en una tablilla y fijarlas con tres clavos en lo más alto della. Lo cual se colige de las palabras de San Juan: *Scripsit autem et titulum Pilatus et posuit super crucem:* Escribió aparte el título y púsole después de Cristo crucificado en la cruz. Y es autor Rufino (1 *Hist.*, c. 1): que en la invención de la cruz el título se halló aparte, y se muestra hoy en Roma en la iglesia título Sanctae Crucis. San Cipriano dice *(Lib. de montibus Sion et Syna)* que inspiró Dios á Pilatos para que pusiese este título. Santa Brígida (lib. 4, c. 70) dice que estaba escrito en una tablilla, y que le pusieron en lo más alto de la cruz, para que fuese manifiesta á todos la temeridad de un hombre que se hacía rey no lo siendo. San Juan Crisóstomo dice (Hom. 84 *in Ioan.)* que fué este título para quitar la infamia de la muerte, que si moría Cristo crucificado, al fin era Rey. Otros dicen que fué para afrenta de los judíos, que á su rey crucificaban. Y así lo dijo Pilatos: *Regem vestrum crucifigam?* Y esa fué la porfía dellos para que el visorrey quitase aquel título y la perseverancia dél. *Quod scripsi, scripsi.* Algunos lo atribuyen á la vanidad de Pilatos, que escarneció de Cristo y se quiso gloriar de que había hecho justicia de un rey de judíos. Yo creo que fué para escarnio de Cristo; que como burlando de Él le pusieron cetro y corona, ansí le pusieron título de rey. *Ave, Rex Iudaeorum*, decían los sayones, y Pilatos: *Iesus Nazarenus, Rex Iudaeorum* (Euseb., lib. 5, c. 1). Empero como en el hecho de la verdad era rey dellos, fué providencia de Dios que se le pusiese el tí-

(1) «Con letreros se manifestaba la causa de la muerte»

(1) «No quieras escribir *Rey de los judíos*, sino que él mismo dijo: Yo soy Rey de los judíos». Por distracción citó el autor al margen el cap. 3 de los Hechos apostólicos, lo que es de San Juan.

tulo en esa forma y que el juez no le mudase ni quitase. Oyó á su difunto el Padre Eterno, que en el salmo 56 le dice: *In finem, ne disperdas pro tituli inscriptione:* No consientas, Padre mío, que se borre el título de mis deshonras Ansí lo sienten Cirilo, Isidoro, Eutimio y Teofilato; y yo digo que todas estas circunstancias que en la muerte del Señor se hallaron, para su deshonra, se convirtieron en honra y gloria suya. Y una de las señales más ciertas de que es Dios el que muere en la cruz, á mi parecer, es haber levantado tanto el instrumento de su infamia y héchole tan glorioso que los cristianos le deseen y los demonios le teman. Los antiguos levantaban la cruz para colgar della los trofeos y armas de los enemigos. Desmochaban un árbol, y en lo alto dél la clavaban en aquel lugar en que los contrarios habían acogídose á los pies. Fué la cruz monumento ó acuerdo de nuestra salud y de la victoria de Cristo. Y en verdad que he juzgado por buen pensamiento el de un moderno que la señal que dijo Simeón, teniendo á Cristo en los brazos, que había de estar puesta en el mundo para contradicción, lo entendió de la cruz (Luc., 2): *Hic positus est in ruinam, et in resurrectionem multorum in Israel, et in signum, cui contradicetur.* Porque, como dijo el Apóstol (I Cor., 1), la plática ó lenguaje de la cruz en los precitos ó reprobados es necedad y locura; mas en los predestinados, virtud y sabiduría de Dios. Es aquella señal que dijo Isaías (Esai., 11): *In die illa, radix Iesse, qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur, et erit sepulchrum eius gloriosum:* En aquel día la raíz de Jesé, que está en señal de los pueblos, á él harán oración los pueblos, y su sepulcro será glorioso. Habla de Cristo á la letra, y al parecer crucificado, porque tras la señal levantada puso la sepultura, que al fin se siguió á la crucifixión el entierro. Está puesto por señal de misericordia en la cruz, y como victorioso y triunfador de la muerte, del pecado y del demonio, para consuelo y esperanza de los pueblos y para que las gentes hagan oración á Él y esperen en Él, que la cruz altar es á donde se hizo aquel divino sacrificio que desenojó al Padre y reparó al mundo. Y según el parecer de hombres doctos, de la cruz se entiende aquello del mismo Isaías (Esai., 19 d; Alfons. Paleot., *de Sacra syndone*, c. 6): *In illa die erit altare Domini in medio terrae Egypti, et titulus Domini iuxta terminum eius: et erit in signum et testimonium Domino, et mittet eis salvatorem et propugnatorem, qui liberet eos:* En aquel día, conviene saber, en que Dios había de morir, habrá un altar del Señor, que será la cruz, en medio de la tierra de Egipto, esto es, en Jerusalén, que por afrenta se llama Egipto, porque los judíos vivían como gitanos (Mag. Leo, *in Esaiam)* ó como quieren algunos, y bien (Tertul., *in lib. de Spectaculis),* y parece insinuarlo San Jerónimo, en medio del mundo, que al fin Egipto faltó y está poseído de bárbaros idólatras y sin el conocimiento de Dios verdadero. *Et titulus Domini iuxta terminum eius.* Septuaginta, *ad fines eorum Domino.* Algunos, pro título, trasladan columna. Y si dijéremos que es la Iglesia católica, tendremos de nuestra parte á San Pablo, que en la primera carta á Timoteo la llama así (I ad Thim., 3). La palabra hebrea significa estatua y columna. Vatablo, *Statua iuxta terminum eius Deo.* Y podemos decir que esta estatua es la imagen de Cristo crucificado, que se levantó y puso para ser adorada en los fines de Egipto, ó por todo el universo del un polo al otro, pronóstico cierto de la abrogación de la vieja ley y introducción de la nueva en el mundo. *Usque ad fines orbis.* Ita Tertulianus. Fué una como representación de lo que es el mundo la tierra de Egipto, que toda ella hervía en vicios y pecados abominables. *Et erit in signum et testimonium Domino exercituum, terra Egypti.* San Jerónimo interpreta esta señal de la cruz sacratísima, que quedó en el mundo para memorial de la Pasión del Redentor, que es el Salvador y defensor que aquí [1] promete Isaías de parte de Dios á los hombres. *Et aspicient in eum, quem confixerunt.* Mirarán y pondrán los ojos en aquél que enclavaron en la cruz.

Para eso se puso en ella, para ser mirado de todos y adorado como Dios, y vencer al demonio que vencía en el madero, y que saliese la vida de donde había salido la muerte, como ya dijimos.

[1] En el texto anterior, tomado del cap. 19; porque la autoridad que sigue (Mirarán al que enclavaron ó traspasaron) es del profeta Zacarías, capítulo 12, donde dice *me* en vez de *eum*.

§ IV

Y porque echemos el sello á esta doctrina, quiero referir aquí unas razones de San Andrés apóstol y acabar con ellas el capítulo. Habla con Egeas, Procónsul, que contra Cristo blasfemaba. El primer hombre, dice el santo, por el árbol de la prevaricación ó transgresión introdujo la muerte en el mundo, y era necesario al género humano que por el árbol de la cruz la muerte que había entrado saliese y fuese expelida; y porque de tierra no maculada había sido formado el primer hombre que por el árbol de la prevaricación había introducido en el mundo la muerte, necesariamente hubo de nacer de la inmaculada Virgen un perfecto hombre, en el cual el Hijo de Dios que crió al primero hombre, reparara la eterna vida y se la restituyera á los hombres, la cual por Adán habían perdido, y por el árbol de la cruz excluyese el árbol de la concupiscencia, y extendiese sus inocentes manos en la cruz por las incontinentes manos que se extendieron á la fruta vedada, y por el suave bocado que le era vedado gustase hiel amarguísima, y recibiendo en sí nuestra mortalidad nos ofreciese su inmortalidad. Esto es de San Andrés. Y es advertencia de los Padres de la Iglesia que en la misma hora que Adán cogió y comió el fruto vedado, que fué la sexta, en esa misma subió Cristo en la cruz, y en la hora que Adán fué lanzado del Paraíso, que fué la nona, en ella abrió Cristo con su muerte el Paraíso. Y también cuadra aquí que el hombre fué formado en el principio del mundo en la feria sexta, que es el viernes, y en el mismo día, habiendo pecado y caído de aquel estado felicísimo, fué reparado por Cristo; y como desnudo Adán perdió á los hombres, así los amparó Cristo en la cruz desnudo. Y si queremos pasar adelante en esta contraposición, hallaremos que Adán nos destruyó en un huerto, que los griegos llaman paraíso, y Cristo fué preso en otro huerto para que de allí comenzase la satisfacción de donde había comenzado la rebelión. Esto es lo que Adán entonces hizo: él, con su libertad, nos hizo cautivos; Cristo, con su cautividad, nos libertó. Y como Adán, sin recibir por ello premio alguno, nos entregó al demonio, así Cristo nos redimió de balde, según que lo dijo Isaías (Esai., 9): *Gratis venumdati estis, et sine argento redimemini.* Sin dinero, mas no sin sangre, como lo dijo San Pedro (1 Petri, 1): *Non corruptibilibus auro, vel argento redempti estis: sed pretioso sanguine*, etc. San Agustín dice (Lib. *Doctrina Christiana)* que la cura de nuestra enfermedad se hizo como las de otras enfermedades: por cosas contrarias y semejantes. Por contrarias, porque con su humildad desterró la soberbia, y porque por el corrompimiento del ánimo de Eva entró la enfermedad, se ordenó que por la integridad del cuerpo de María procediese la salud. Por semejantes: vemos que los engañados por mujer, nacido Cristo de mujer, hombre y mortal, libró á los hombres mortales, y á los muertos, de la muerte. Servio, gramático, es autor que se les ofrecían á sus falsos dioses sacrificios semejantes y contrarios. Á Plutón negro, el ganado negro; el caballo al sol, por su ligereza; á la diosa Ceres, la puerca, que destruye las mieses, de que ella es defensora; el cabrón, que tala las viñas, á Libero; á Esculapio, dios de la salud, la cabra, á la cual jamás falta calentura (Ovid. et Virg.) Estos gentiles ofrecían á sus ídolos sacrificios semejantes y contrarios, y nuestro Dios quiso que en el negocio de nuestra salvación, para su hermosura, se hayan buscado tales (Benavides, c. 4). Yo digo que por la ignobilísima cruz quiso Dios destruir la arrogancia hinchada del siglo y confundir la vana (¹) sabiduría. Ninguna cosa más asquerosa que la cruz ni más aborrecible, como queda dicho, y tanto que la hacían de árboles infelices ó desdichados (Plin , lib. 10, c. 27; Macrob., lib. 3 *Saturn.*; Franciscus Sylvius; Rodigeni, lib. 1 *Lect. antiquorum*. c. 7) ó porque servían á este ministerio de matar los hombres, ó porque eran infructuosos y de los que ni se plantan ni se cultivan. Pues á esta cruz infame y desdichada se rindieron todas las cosas: la doctrina de los hombres más agudos, la elocuencia de los mayores oradores, la potencia de los mandones, como lo dice San Pablo muy á la larga escribiendo á los de Corintio. ¿Por qué escogió Cristo la cruz, Apóstol santo y Doctor de las gentes? Escogió las cosas ínfimas, enfermas, estultas y sin nobleza para confundir las contrarias. Lo cual enseñó claramente la experiencia; porque la cruz predicada por unos pocos

(¹) El impreso dice *una*.

hombres indoctos, sin nobleza y pobres, sobrepujó y atropelló y rindió las riquezas, la doctrina, la nobleza y la potencia. La cruz, que de antes se daba por pena de culpas gravísimas, ahora está en sumo precio, no causa horror ni comunica sino honra. No es cosa grande ver que se honren las riquezas y que la potencia se reconozca y se venere, ni que la doctrina sea amada, pero fuélo que todas estas ventajas, privilegios y honras se le dan á la cruz, y á la pena, y al castigo. Antiguamente decían los gentiles á los cristianos: ¿Qué corazón es el vuestro que adoráis un Dios crucificado? Y respondían ellos con el Apóstol: Vosotros sois sabios y nosotros insipientes; pero más queremos ser necios con Dios que con vosotros sabios. Y á la verdad, mirado con la prudencia de carne, que San Pablo dijo enemiga de Dios, ninguna cosa tan estulta como, pudiendo Cristo con una palabra derribar á todos sus enemigos y alcanzar victoria dellos, quisiese ser preso, azotado, escupido, abofeteado, coronado de espinas y puesto en una cruz entre dos ladrones. Necedad parece, mas esta necedad vence toda la humana sabiduría. Sucedió como si viendo un indiscreto en tiempo de sementera arrojar el trigo en la tierra, juzgase del labrador que era necio y que iba perdido aquel grano porque se había de corromper; pero en el hecho de verdad, el labrador piensa, y es ello ansí, que obra con sabiduría, considerando que á su tiempo ha de coger multiplicado su trigo. Al fin, no se ha de huir la corrupción que nos es causa de bienes multiplicados y crecidos. ¿Quién sin lumbre de fe miró á Cristo crucificado que no halle allí algo de estulticia y necedad? Pero el cristiano, alumbrado con la lumbre de la fe, allí medita y contempla la mayor sabiduría, porque aquella muerte parió la vida y la inmortalidad y frutos que no pueden numerarse. Y basta lo dicho, por que pasemos á otras cosas.

CAPÍTULO XIV

De la generalidad de las pasiones de Cristo y grandeza de sus dolores, y de cómo se compadecían en Él sumo gozo y suma tristeza.

§ I

Antes que lleguemos á tratar de la multitud y generalidad de las pasiones y penas de Cristo, me pareció necesario prevenir á los lectores con una doctrina, á mi parecer, importantísima. Que no usó Dios de milagro con su Hijo para que en sus tormentos no sintiese lo que un hombre puro suele sentir en los suyos (Somnius, *de Passio*, c. 3), como lo hizo con muchos de los Santos que, padeciendo, se reían de los que los martirizaban y de los martirios. Como San Lorenzo, que, puesto á asar en las parrillas, dice al tirano que las brasas le sirven de refrigerio. Y San Esteban, que á las piedras llamaba dulces. Y San Andrés, que se regala y requiebra con la cruz y la saluda de lejos. No dijeron de Cristo cosa semejante los Evangelistas, ni los Profetas nos lo dejaron escrito; lo contrario, sí; porque instando la hora de su pasión, comenzó á tener miedo, tedio, tristeza y desconsuelo grande, y dijo (Mat., 26; Ioan., 19; Luc., 21; Esai., 53): Triste está mi ánima hasta la muerte; y en ella se queja al Padre, y dice: ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me habéis desamparado? Y en los salmos se hallan quejas suyas (Psal. 21): Tus espantos me han conturbado; humillado estoy y turbado en gran manera. Admirable y sacrosanto misterio el de la unión hipostática, por la cual se hallaron juntas en Cristo dos naturalezas, divina y humana, en unidad de supuesto, con tan maravilloso artificio, que ni la divina impidiese las propiedades, acciones y pasiones de la humana, ni la humana excluyese la omnipotencia ni los otros atributos de la divina. Y así fué que, para que el sacramento de nuestra redención fuese consumadísimo y perfectísimamente acabado, tanto padeció la humana naturaleza de Cristo, cuanto en cualquiera hombre puro pudiera padecer, no impidiendo en alguna cosa la divinidad el sentimiento del dolor. Y para que esto se entienda mejor y ninguna ocasión quede de turbación á los menos sabios, se ha de notar (presupuesta la unión de las dos naturalezas en una persona divina) que se hallan en las Santas Escrituras tres diferencias de obras atribuídas á Cristo: unas, que son de sólo Dios, como vivificar, justificar, perdonar pecados, beatificar y cosas semejantes; otras, que en ninguna manera le pueden convenir á Dios, en cuanto Dios, sino en cuanto hombre, como obedecer, orar, sacrificar, agonizar, sufrir tormentos, haber miedo, entristecerse y morir; otras, que ni son de puro hombre ni

de Dios á solas, sino de Cristo Dios verdadero y Hombre verdadero, como poner su vida á su voluntad y volverla á tomar, resucitarse á sí mismo de los muertos, pagar el precio condigno por todos los pecados del mundo. Nótese lo segundo, que conforme á estas dos naturalezas tan diferentes y distantes entre sí, hubo en Cristo una vida doblada ó, por decirlo más claro, dos vidas, una increada, que es la sempiterna deidad, que no puede morir; otra criada, que es de la humana naturaleza, que consta de carne y de ánima racional; según la cual, nos dicen los Evangelistas (Math., 27; Ioan., 19; Marc., 15) que murió Cristo en la cruz por la separación ó apartamiento del ánima de su cuerpo. Y conforme á esta advertencia, consideramos también sabiduría doblada, potestad doblada y doblada voluntad; conviene á saber, criada é increada. La voluntad criada en Cristo, como en los demás hombres, es en dos maneras: una natural, según el sentido de la carne, que naturalmente apetece la vida y naturalmente aborrece la muerte, de que consecutivamente le viene el temer, el tener tedio y el entristecerse y el sudar sangre con la representación del rigor de la Pasión, que esperaba en breve; la otra es racional, que según la razón de la mente halla y determina que se ha de dar la vida por la salud de los hermanos y por obedecer á Dios en todas las cosas. *Verumtamem non mea voluntas, sed tua fiat* (Luc., 22). Lo tercero que se ha de notar es que el ánima de Cristo, que es la otra parte de la naturaleza humana, como en los demás hombres, tuvo dos porciones: una superior, con que contemplaba las cosas divinas y celestiales; otra inferior, con que atendía á las cosas que pertenecen al cuerpo, que está vecina á los sentidos. Según la primera y superior, ansí en los tormentos como en la muerte, siempre gozaba de la contemplación de la divinidad; según la inferior, vecina, como dije, de los sentidos, temía y se dolía y estaba triste y rehusaba el morir. De manera que por divina dispensación ansí estaba ordenado en esta dualidad de naturalezas, voluntades y partes del ánima, que el sumo gozo de la divina fruición no quitase ni mitigase en Cristo el sentimiento de ningunos tormentos ni penas, ni los dolores terribilísimos del cuerpo disminuyesen un punto el sumo gozo. Zarza que vió Moisén (Exod., 3) toda bañada de fuego, y con su verdor natural, figura certísima de la Encarnación del divino Verbo y del misterio de que voy hablando.

§ II

Y aunque parece imposible que uno mismo se goce y se duela en un mismo tiempo, sin que la pasión disminuya la fruición ni la fruición menoscabe el dolor (S. Th., q. 46, art. 7 y 8), no lo es si se consideran diferentes naturalezas y partes divisas de una naturaleza; como si dijésemos padecer según la carne y los sentidos, y gozarse según el espíritu, como de muchos Santos lo tenemos leído y lo creemos de los apóstoles (Actuum, 5), que salían de las audiencias llenos de afrentas y llenos de consuelos. Y si ningún tormento ni adversidad apartan al hombre santo de la fe, confianza y amor con que firmísimamente se llega á Dios, ¿qué maravilla que nada deso impidiese en Cristo la fruición de que se gozaba, según la porción superior de su ánima, por la unión que los teólogos dicen hipostática? (Franciscus Somnius, *de Pasione Domini*, c. 3). Y si la fe, esperanza y amor con que los mártires se llegaban á Dios no les quitaba el sentido para los dolores, ¿qué mucho que la divina fruición, que estaba en la porción superior del ánima de Cristo, no le quitase la tristeza, el dolor, el tormento y la muerte que se padecía en la carne y porción inferior del ánima? Añadamos á lo dicho lo que valdrá para muchas ocasiones. Si en el hombre pio y santo hay dos maneras de vida, una divina y eterna, otra humana y mortal, y muriendo la humana vida por la separación del ánima de su cuerpo, se queda la otra en su inmortalidad, por la conjunción del ánima con Dios, mediantes los dones de gracia, de manera que el ánima del justo vive continuamente en los tormentos y en la muerte y después de la muerte corporal ¿qué maravilla que en Cristo hubiese dos vidas y que muriese, según la una, por la separación del ánima de su cuerpo (como de hecho murió en la cruz), quedándose la otra en su eternidad? Sí, que la unión hipostática de la humanidad con la divinidad siempre perseveró en la vida, en los tormentos y en la muerte y después de la muerte de Cristo. Que, como los teólogos dicen, lo que una vez Dios tomó, nunca lo desamparó, ni des-

ampara tampoco al hombre justo que una vez recibió en su gracia, si él por el pecado no se aparta y se aleja de El. La conclusión de lo dicho es que en Cristo hubo verdadero tedio, verdadero temor, verdadera tristeza, verdadero dolor, verdadera aflicción, verdaderos tormentos, verdadero desfallecimiento de las fuerzas naturales, hasta apartarse el ánima del cuerpo, no obstante que era Dios y que perpetuamente y sin ninguna interpolación ni de un instante permaneció en El la fruición de la divinidad, según la porción superior de su ánima. Lo cual tiene Santo Tomás en el art. 8 de la 3 p., q. 46, en el cuerpo del artículo. *Consequens est* (dice) *qüod superior pars animae perfecte fruebatur, Christo patiente.* Ansí lo sienten comúnmente los doctores. Pero quédese esto por agora, y hablemos aquí, si podemos, de la generalidad de las penas y dolores de Cristo Señor nuestro y de su rigor; aunque tratando de la cruz menmal dijimos mucho; pero no quede excusado por eso de tratar de lo corporal y real, de lo que agora hablamos de propósito.

§ III

Pregunta Santo Tomás si padeció y sufrió Cristo todas las pasiones que sufrieron todos los hombres ó todas las que pudo sufrir un hombre. San Hilario parece que da ocasión á esta pregunta, porque en el libro 10 de *Trinitate* dice (Hilar., lib. 10, in. 2 folio á principio libri) que padeció todo género de pasiones humanas. Y de aquel lugar de Isaías (Esai., 25): *Ecce intelliget servus meus, et exaltabitur, et elevabitur, et sublimis erit valde; sicut obstupuerunt super eum multi, sic inglorius erit inter viros aspectus eius, et forma eius inter filios hominum,* se colige lo mismo; porque si conforme á la exaltación en la ciencia y en la gracia, de que muchos se admiraron y pasmaron, hubo de ser el abatimiento y el desprecio de su persona, bien parece que se sigue que ningunas penas había de haber en los hombres que no se registrasen y probasen en El, tan abatido como engrandecido. Tuvo toda gracia y toda sabiduría y toda la riqueza del cielo; luego pasó por todas las pasiones que le pudieron poner en estado que de verle pasmasen los hombres, no viendo en él hermosura ni figura de hombre. Y si la pasión de Cristo se ordenó para librar de todo pecado al hombre, bien viene que se diga que padeció todo género de pasiones. Responde el Doctor santo en el cuerpo del artículo, que aquí se trata de las pasiones que padeció Cristo en lo de fuera, por manos de hombres, no de las causadas de lo interior, como las enfermedades, que esas no las padeció ni convino que las padeciese, ni que padeciese todas las especies y diferencias de pasiones, porque unas á otras se contradicen y no es posible hallarse en un hombre; como si uno muriese ahogado no podría morir quemado. La verdad es que padeció todo género de pasiones humanas, en este sentido liso y llano. De parte de los hombres fué su pasión universal, porque padeció de los gentiles y judíos, varones y mujeres; de los príncipes y sus criados, de los reyes y de los populares, de sus familiares y más conocidos, que uno le vende y otro le niega, y los demás huyen. De parte de las cosas en que los hombres pueden padecer y ser damnificados, padeció Cristo en los amigos, que le faltaron en aquel tiempo; en la fama, de muchos que le blasfemaron; en la honra y gloria, por las afrentas y escarnios con que le baldonaron; en la hacienda, dejándole despojado de sus vestidos y repartiéndolos entre sí los soldados; en el ánima, por tristeza, tedio y miedo, de que se vió llena y muy rodeada; en el cuerpo, por llagas y azotes. Y decendiendo, en particular, á los miembros dél, ¿cuál dellos quedó sin dolor? Padeció en la cabeza, con la corona de espinas; en las manos y pies, con los penetrantes clavos; en el rostro, bofetadas y esgarros, y en todas partes crueles azotes. Pues, los sentidos, ¿quedaron sin su propio dolor? No por cierto; porque por el tacto padeció con los azotes y clavos; por el gusto fué atormentado con hiel y vinagre; por el olfato padeció los malos olores del Calvario, lugar de muertos, adonde había cantidad de huesos y calaveras; por los oídos padeció blasfemias y malas palabras, y por los ojos, con la vista de la afligidísima Madre y del amado discípulo, que lloraban amargamente viéndolo padecer y morir. Esta doctrina es llanísima, y no le contradice lo que pusimos de Hilario, porque no dijo que padeció Cristo todas las especies de pasiones, sino todo género de pasiones, en el sentido que habemos ido siguiendo. Y el profeta Isaías no trató del número de las pasiones

contraponiéndole al número de las gracias, sino del ensalzamiento y abatimiento, que á la medida de lo primero había de ser lo segundo. Y si dijimos que la pasión de Cristo se ordenó para la liberación de todo pecado, y que convenía que fuese universalísima, decimos que la más pequeña gota de sangre bastara para ello, mas no quedara satisfecho Cristo (tan grande era el amor con que moría) si le quedara alguna en su cuerpo que no la derramara. De manera que lo más que Cristo padeció fué para satisfacerse á sí, y lo menos, para redimirnos á nosotros. Quiso que viésemos su amor en nuestra necesidad, excediendo en el remedio, porque campease más y diese mayores llamaradas su tanta caridad. Cayetano advirtió agudamente que los males de pena, por haberlos probado Cristo y padecido, quedaron como deificados y endiosados y dignos de que los deseemos y nos gloriemos en ellos, cuando por su amor se nos ofrecieren. Y mucho antes lo había dicho Damasceno en una palabra (Lib. 3 *de Fide*, cap. 20): *Omnia haec assumpsit ut sanctitatem omnibus afferret* (1).

Lo que yo pido á los lectores es que cuando se pusieren á meditar en la pasión y muerte de Cristo no se dejen llevar livianamente de pensamientos impertinentes, fingiendo para su devoción lo que ni los Evangelistas dijeron, ni se puede colegir dellos, ni de lo que los Doctores de la Iglesia escribieron. Bien pueden los fieles piadosamente meditar el rigor y acerbidad de las penas del Salvador y entender que fueron gravísimas, de lo que hallan escrito y de las circunstancias que, á nuestro modo de entender, la acompañaron. Que si dice Cristo á sus enemigos (Luc., 21): *Haec est hora vestra, et potestas tenebrarum*, bien se puede pensar que le tratarían con grandísimo rigor en aquel tiempo. Y que si conforme á la sed que tenían de la vida de Cristo y de su sangre habían de proceder, que sería grande la priesa que se dieron para acabar con El, y que inventarían, como inventaron, todas las maneras de tormentos, ansí del cuerpo como del alma, á ellos posibles. Y como los demonios los instigaban, movían y aconsejaban, no se puede acabar de entender la grandeza de las pasiones y fatigas del Señor, ni se entenderá hasta el juicio final. Y si, como dijo Isaías (Esai., 53), quiso el Señor moler á Cristo y herirle en su carne mortal y enferma, entregándole á tan malos y perversos ministros, ¿qué podemos pensar de sus pasiones que no quedemos cortos? Lo que digo es que no debe alguno fingir nuevas maneras y modos de pasiones, porque no dé en algún engaño peligroso ó por lo menos en temerario.

(1) «Tomó todas estas cosas para pagarles á todas su santidad».

§ IV

Yo creo, y en parte queda ya dicho, que los dolores de Cristo fueron gravísimos y los mayores que ningún hombre mortal sufrió jamás ni pudo sufrir, como lo prueba Santo Tomás (q. 46, art. 6, in corpore articuli). El dolor en Cristo, dice el Santo, ansí exterior como interior, fué verdadero y sensible: el exterior se causa de algún dannificativo corporal, herida ó golpe ó cosa semejante; el interior, de la aprensión de alguna cosa dañosa, y llámase tristeza. El exterior fué en Cristo el mayor entre los dolores de la vida presente por cuatro razones: La primera, por las causas dél, que fueron muchas: conviene á saber, azotes, espinas, clavos, cruz, bofetadas, etc. La segunda, por la generalidad de las penas, de que ya dijimos. La tercera, del género de muerte cruelísima, porque á los crucificados los atormentaban rigurosamente con los clavos en partes nerviosas y muy sensibles, como son las manos y los pies; y el peso del cuerpo, en tanto que el crucificado vive, le atormenta mucho. Y la duración, ¿no atormenta? Mucho, porque no mueren de presto, como los degollados ó ahorcados, sino despacio y lentamente. Las razones y causas del dolor interior, sobre todos los dolores grande, fueron gravísimas. La primera, la multitud de los pecados de los hombres, por los cuales satisfacía padeciendo, hechos tan suyos, como si los hubiera cometido, como El mismo lo da á entender en el salmo 21: *Longe a salute mea verba delictorum meorum* (1). La segunda, la caída de los judíos, sus naturales, y de los que en su muerte fueron culpados; la fuga de sus discípulos, la pérdida de la vida corporal, que naturalmente es horrible á la humana naturaleza.

(1) «Los gritos de mis delitos apartan de mí la dicha».

Puédese lo tercero considerar la grandeza del dolor de Cristo por parte de la perceptibilidad del que padece, así según el ánima como según el cuerpo. Mas, ¿qué complexión la de Cristo, para no padecer mucho en cualquiera trabajo, así corporal como espiritual? ¿Qué ánima tan viva y tan inteligente como la suya? Ninguna; ni que así pesase y aprendiese las causas que le podían acarrear tristeza y dolor. Pues consideremos cuán puro bebió Cristo el cáliz de su pasión: ningún rastro de consuelo se halló en él que mitigase é impidiese en alguna manera el sentimiento della, como se suele hallar en los demás hombres que padecen, que se valen de la consideración de la razón, y della se deriva á toda el ánima consuelo, que redunda también á veces en el cuerpo, lo cual no sucedió en Cristo, que, como advirtió Damasceno (Lib. 3, cap. 15 á medio), dejó á sus fuerzas naturales lo que á cada una le era propio, Añadamos la cuarta razón, que hace gravísimo el dolor de Cristo en sus pasiones: el haberlo El tomado voluntariamente, con el fin de librar á los hombres del pecado, y ansi tomó tanta cantidad de dolor que tuviese proporción con la grandeza de los frutos que de ahi esperaba; que aunque parece que esta razón se nos entra á la sorda y que es poco lo que engrandece el dolor de Cristo, para mi es admirable y digna de pesarse y ponderarse, porque los frutos, como adelante veremos, fueron sobremanera grandes y muchos y que exceden todo número y estimación. Y si conforme á ellos tomó Cristo las pasiones y dolores, lo uno y lo otro pese quien supiere, que yo no lo alcanzo ni sé que algún hombre mortal pueda alcanzarlo. Ansí lo dejo en este punto para la consideración, suplicando á Dios nos lo dé á entender, y el sentimiento que merece. Y quien gustare de ver esto tratado más copiosamente, lea á Francisco Somnio (*Lib. de Passione*, cap. 2) y lo que queda dicho tratando de la pasión mental, que es mucho y bueno.

CAPÍTULO XV

Que se debe llorar la muerte de Cristo Señor nuestro, aunque hay materia de gozo en ella.

§ I

Preguntan los Doctores y Santos si es bien y cosa conveniente y acertada llorar la muerte de Cristo Señor nuestro, como la celebra y llora la Iglesia cada año en la Semana Santa. Algunos, considerando el grandísimo y hermosísimo fruto de nuestra redención, dicen que no. Paréceles que seria necedad dolernos de nuestra buena suerte y felicidad tan deseada. Llámase, dicen ellos, la culpa dichosa por haber merecido tal Redentor, y ¿no se llamará felicísima la misma obra de nuestra redención? A lo menos, al parecer, tienen éstos en su favor á Cristo, que viendo llorar á las mujeres devotas que le seguían cuando iba con la cruz á cuestas, siendo sus lágrimas con grande ternura, devoción y amor derramadas, les dijo (Luc., 23): *Nolite flere super me, sed super vos ipsas flete*, etc. Como si dijera: Yo no he menester vuestras lágrimas, que no muero por culpas propias; vosotras las habréis menester en breve, que los males que amenazan á esta ciudad y tierra vuestra os obligarán á derramarlas. Tiempo vendrá en que digáis: Bienaventuradas las estériles y las que no parieron, porque no tendrán que llorar las muertes de sus hijos; sería más tolerable que os cubriesen los montes y que los collados cayendo sobre vosotras os enterrasen vivas, que ver el estrago que por todas ha de venir, porque si en mí, que soy árbol verde y fructuoso, pasa lo que veis, ¿qué pasará en el seco? Palabras son estas de Cristo Señor nuestro que me han dado qué pensar algunas veces; porque, en realidad de verdad, las lágrimas que estas mujeres derramaban eran debidas á los trabajos y fatigas de nuestro Salvador, y parece que fuera mucho más conforme á razón, y á la divina providencia, que en cada una criara Dios una fuente, y que los ojos de todos fueran arroyos de lágrimas, no de agua solamente, sino de sangre, como la que el Señor derramó en el huerto con la aprensión de los dolores que iba padeciendo, cuando ellas le lloraban, que no que se les dijera: No lloréis. Jeremías, cuando vió la perdición de su pueblo y los muchos que habian de morir á cuchillo, ¿no pide á Dios (Hierem., 9) que le dé una fuente de agua en su cabeza y arroyos de lágrimas á sus ojos, para de día y de noche llorar los muertos de su pueblo? ¿No lloró David la muerte de Saúl, su enemigo (II Reg., 1), y convidó á las mujeres israelitas á que llorasen? *Filiae Israel, super Saul flete, qui vestiebat vos coccino in deliciis, qui praebebat in-*

dumenta aurea cultui vestro: Que os vestía de púrpura y os daba ropas de tela de oro para vuestro ornato y atavío. ¡Qué razones estas para lágrimas y qué diferentes las de las mujeres jerosolimitanas cuando lloraran á Cristo! Y si aquéstas justas, ¿por qué aquéllas se condenan? ¿No se lloró, y por muchos días y años, la muerte del rey Josías (II Paralip., 35), porque murió en defensa de su pueblo? Lloróse, y lloróse de todos, chicos y grandes, y lloróse de manera que quedó como en proverbio, cuando alguna calamidad ó pérdida se había de llorar, que se llorase como se lloró la de Josías en el campo Magedon (Zach., 12). Si Matatías y sus hijos (I Mach., 2), viendo los males de su pueblo, rompen sus vestiduras y se visten de cilicios, y lloran sin algún consuelo, y se juzgan por lágrimas virtuosas, y se dan por bien empleadas, y las celebra la Escritura Santa, ¿por qué á las mujeres que lloran á Dios hombre con una cruz á cuestas, acompañado de ladrones, con una soga á la garganta, desfigurado de la mala noche, azotes y corona de espinas, y que le llevaban á crucificar, no han de ser admitidas ni acepto aquel su tan loable servicio? «No lloréis». ¿Por qué no han de llorar, Señor? ¿Llórase Josías muerto y no Dios que va á morir? ¿Llórase Saúl, rey reprobado de Dios, y no el Rey de los cielos? ¿Llóranse los males que vienen sobre Jerusalén, y no los que padece la humanidad sacratísima del Hijo de Dios? Llorad, mujeres. No lloréis, que lo manda Jesús (Luc., 23). ¿No llorásteis vos la destrucción futura de Jerusalén (Ioan., 12), cuando con tanta honra entraste en ella el Domingo de Ramos? ¿No lloraste sobre Lázaro, de cuatro días muerto? ¿Pesa menos vuestra muerte que la de vuestro amigo? ¿Es más para llorar la pérdida de Jerusalén que perder vos la vida, que es vida de Dios? ¿Quejáisos que os han dejado solo, pisando el lagar, y que no hay hombre que se duela y os acompañe, y á las que hacen esto desecháis? *Nolite flere*. Muchas cosas se me ofrecen para desatar esta dificultad, y no sé cómo me sirva dellas. Digo lo primero, que no condenó Cristo Señor nuestro absolutamente las lágrimas de estas devotas mujeres, porque, como ya dije, eran muy debidas en aquella ocasión, pero quiso que las mejorasen. Eran de una compasión natural, que suele llorar los daños del prójimo fácilmente, y tenían poco de consideración, pidiéndola muy grande el caso, y olvidado de sí mismo (¡qué alivio fuera que le lloraran todos!), remitiólas á la causa de sus dolores, pasiones y muerte, ansí general, ansí durísima y ansí afrentosa, diciendo: No lloréis sobre mí, sino sobre vosotras mismas. Como si dijera: No paréis en mí con vuestras lágrimas, poco más que naturales, sino pasad con ellas adelante; llorad vuestros pecados, por los cuales tales cosas, como veis, padezco. Desta manera se ha de considerar y llorar la pasión de Cristo, que luego inmediatamente nuestra ánima conciba odio y aborrecimiento contra los pecados por los cuales Jesús murió. Y el que oyere predicar ó leyere que fué azotado, indígnese fuertemente contra sus culpas, de donde tales castigos salieron para el Salvador, y diga: Yo, Señor, soy el que pequé y el que hice mal; pero vos, que como oveja sois llevado al matadero, ¿qué pecastes? Yo comí las uvas mal maduras, y vuestros dientes sienten su aspereza. Estas cosas eran las que daban fuerzas á los sayones, que sin ellas no pudieran levantar la mano contra Jesús. Al fin, tiene verdad lo que en otra ocasión dijimos: que la disciplina de nuestra paz sobre El, con cuyos cardenales quedamos sanos. Los Hebreos leen este lugar ansí: *Castigatio pro pace nostra super eum* (Esai., 53). La libertad y licencia de los hombres en pecar ató á Cristo y le amarró á la columna; los hurtos de los hombres le azotaron; la soberbia de los hombres le coronó de espinas; la lujuria de los hombres le llagó de pies á cabeza. Por lo cual, como solemos repentinamente encolerizarnos contra Judas, cuando oímos que vendió y entregó á Cristo, y contra Malco, que le hirió en el rostro, y contra los judíos, que le quitaron la vida, ansi nos debemos encolerizar y indignar contra nuestros pecados, que les dieron á todos fuerzas para tan grande maleficio. Diga cada cual por sí lo que Jonás (Iona., 1), cuando considerare esta tan extraña tormenta sobre el Salvador: Si por mí se ha levantado, tomadme y echadme en la mar y sosegarse ha. ¡Oh quién me diera que de las lágrimas de mis ojos se hiciera un mar de agua, para arrojarme en él y llorar de día y de noche los pecados que tengo cometidos, por los cuales veo á mi Jesús entre las olas hinchadísimas de sus pasiones!

§ II

Llorad, hijas de Jerusalén, no como lloráis, sino como quiere Cristo que lloréis; primero por vuestros pecados, como de causa de sus dolores, y luego y juntamente de compasión dellos, como de efectos. *Fletus deducite, oculi mei*, dice San Bernardo (San Bern., *ser. de passione Domini), et liquesce, anima mea, igne compasionis super contritione amabilis viri huius, quem in tanta amaritudine, tot vides affectum doloribus.* Ojos míos, haceos ríos de lágrimas, llorad y no ceséis; y tú, ánima mía, ablándate, y derrítete, y conviértete en agua de amarguras con fuego de compasión sobre el quebrantamiento de Jesús, varón amable, que en tanta amargura ves rodeado y lleno de dolores. Y Casiodoro dice (Casiodoro, *in Psal.): Quis illo flente, non fleret? Quis illo dolente, non gemeret? Quando pro geminato diademate, Rex cinerem portat in capite, canus pulvere, non aetate?* ¿Quién será tan duro y tan obstinado que llorando Cristo, Redentor nuestro, no llore, y que doliéndose no gima cuando considera que por corona de oro ó de piedras preciosas el Rey de la gloria lleva ceniza en su cabeza, cano por el polvo y no por los años? Lindas palabras verdaderamente, y para pesarse mucho y estimarse. San Agustín decía que ningún hombre era idóneo y suficiente para derramar las lágrimas que merecieron los dolores de Cristo. Ansí es, que la Iglesia católica, inspirada y enseñada por el Espíritu Santo, de todas las maneras posibles hace demostraciones de la tristeza que tiene, pensando en la pasión y muerte de su esposo Cristo: se enluta y cubre los Santos, y desnuda los altares, y esconde los sacerdotes, y quita el Viernes Santo la celebración de las misas y la comunión de los fieles, y busca predicadores devotos que prediquen y provoquen á lágrimas á los oyentes, y no se oyen las campanas, sino alguna tabla ronca y de sonido triste. En un Concilio de Toledo, en tiempo de Honorio primo (Concil. Tole. 4, celeb. temp. Honor. I, canone 10), en que se hallaron los obispos de España y Francia, se determinó y decretó que los días de la Semana Santa no fuesen de alegría, sino de tristeza, y que se quitase de todas las horas el Aleluya. *Statuimus ut in omnibus diebus Quadragesimae Alleluia non cantetur, quia tempus moeroris est.* Y en el mismo Concilio, canon 6, se ordenó que el que no ayunase el Viernes Santo, que particularmente está dedicado á la sagrada Pasión del Salvador, no participase de la alegría de su santísima resurrección. *Quicumque in die passionis Domini, ieiunium, praeter parvulos, senes, et languidos, ante peractas indulgentiae preces non solverit, a Paschali gaudio depellatur: neque in ea Sacramentum corporis et sanguinis Domini percipiat, qui diem passionis eius, per abstinentiam non honoraverit.* San Epifanio trata mucho de los rigores con que en la primitiva Iglesia ayunaban y se afligían los fieles en la semana que llamaron penosa (Lib. 3, tom. 1, *Contra Aerio). Caeterum per sex dies ipsius Paschatis, omnes populi in siccorum esum perseverant; pane (inquam) et sale, et aqua, tunc veteres ad vesperam. Sed et pietatis studiosi duplas et triplas, ac quadruplas transmittunt, et aliqui totam hebdomadam usque ad gallicinium Dominicae illucescentis; vigilias autem agunt per sex.* Que pasaban algunos dos y tres y cuatro días, y la semana entera, con riguroso ayuno, sin comer cosa alguna, honrando con estos ejercicios la pasión de Cristo nuestro Redentor, y sintiéndola en sí mismos. Y no quiero dejar de escribir aquí lo que el devotísimo Bernardo escribe en el sermón 4 de la Feria de Semana Santa, cuyas palabras en sentencia son éstas (Bern., *Serm. 4 hebdomadae penosae)*: Todos los fieles cristianos en esta Semana sagrada, ó más, ó fuera de lo acostumbrado, honran la piedad, demuestran la modestia, siguen la humildad, vístense de gravedad para compadecerse de Cristo, que por ellos padece: porque ¿quién tan irreligioso que no se compunja? ¿quién tan insolente que no se humille? ¿quién tan iracundo que no perdone? ¿quién tan regalón que no se abstenga? ¿quién tan flagicioso que no se modere? ¿quién tan malicioso que no se duela en estos días? Y con razón, verdaderamente, porque tenemos presente la Pasión del Señor, que hasta hoy mueve la tierra, quebranta las piedras y abre los sepulcros. Y más adelante: Ninguna cosa se pudiera ordenar en el mundo ni mejor ni más provechosa que la celebración de la Pasión del Salvador, con ceremonia ó rito perpetuo hecho memorial de todos los años en el deseo del ánima, para que regüelde la memoria de tanta suavidad.

§ III

Escribiendo este santísimo varón en un libro que intituló de la *Forma de la vida honesta* (Bernar., *in lib. form. vitae honestae):* entre otras cosas maravillosas de Cristo crucificado, dijo éstas: Sea siempre á ti Jesús en el corazón, y nunca la imagen del Crucificado se aparte de tu ánima. Éste sea á ti manjar y bebida, dulzura y consolación tuya, tu miel, tu deseo, tu lección, tu meditación, tu oración, tu contemplación, tu vida, tu muerte y tu resurrección. Siempre piensa en El: unas veces puesto en el pesebre, envuelto en pañales pobres, otras veces en el templo, presentado allí de sus padres; unas veces huyendo á Egipto, y que padece extremada pobreza entre aquellos idólatras y cuando de allí sale y vuelve á su tierra, vuelve con grande trabajo; otras veces disputando con los doctores de la ley, en medio dellos, ignorándolo su madre y el santo Josef, su ayo y custodio; pero luego, sujeto á ellos, siendo suyo el derecho de que le obedezcan y sirvan todas las criaturas. Considera luego al que es pan de vida y fuente de sabiduría, que se apacienta entre lilios y llena todo animal de bendición, que padece hambre y sed en el desierto. Mírale fatigado del camino, sentado sobre el brocal del pozo de Jacob, al medio día, hablando con una mujer de cántaro, rigiendo El toda la máquina del mundo. Contémplale en el huerto, sudando con agonía y congoja grandes gotas de sangre, hasta regar la tierra, con la representación de su muerte que en breve esperaba, y cómo ora prolijamente y le consuela el ángel, siendo Él consuelo y dulzura de los ángeles y de los hombres. Considérale á la columna atado, siendo Él el sustento del mundo: y El que es resplandor del Padre, azotado y escupido, herido su rostro y coronada con espinas su cabeza y harto de oprobios. Finalmente, le has de contemplar reputado por malhechor entre malhechores, y pendiente como uno dellos del madero de la cruz, y muriendo y encomendando su espíritu en las manos de su Padre. Ansí será verdaderamente manojuelo de mirra tu querido (Cant., 1), y desta manera de todas las aflicciones y amarguras de tu Señor Dios recoge uno como hacecillo, para que conficiones para ti una amarga bebida de lágrimas. Hasta aquí San Bernardo. Y Lactancio Firmiano (Lactantio, *Institut.*, lib. 4 de *vera sapientia*, 17), con grandísima elegancia, tratando del sentimiento con que habemos de llorar la Pasión y muerte del Salvador, dice: *Quid hic ergo in tanto facinore deplorem, aut quibus verbis tantum nefas conquerar?* En una maldad como esta, ¿que lloraré? ó ¿con qué palabras me quejaré de tan grande sacrilegio? No describimos aquí la cruz de Gabio, de que Marco Tulio escribió, probando con su admirable elocuencia haber sido cosa horrenda y indigna de un ciudadano romano crucificarle, quebrando las leyes hechas en favor de los nobles de Roma, que aunque fuese inocente y indigno de aquel castigo, era mortal; y su juez perverso pudo ignorar su justicia. Pero ¿qué diremos de la indignidad desta cruz, en la cual Dios fué colgado, de los que se gloriaban de cultores de Dios? ¿Quién tan facundo y con tanta copia de palabras y de cosas instruido? ¿Qué oración tan corriente, con abundancia de afluencia, que debidamente celebre y llore aquella cruz que el mismo mundo y todos los elementos lloraron? La Virgen sacratísima dijo á su devoto San Anselmo en un razonamiento que tuvo con ella. *Talia, et tanta passus est Filius meus dilectus, quod nemo Christianus potest, sine lachrymis, exprimere*: Tales y tantas cosas padeció mi querido Hijo, que ningún cristiano podrá, aunque quiera, declararlas sin lágrimas. *Et aspicient in me*, dice el mismo Dios (Zach., 12 y 13), *quem confixerunt.* Y en otra parte: *Et plangant eum planctu quasi super unigenitum, et dolebunt super eum, ut doleri solet, in morte primogeniti. In die illa erit planctus magnus in Hierusalem*: Miraranme á mí, puesto por sus manos en una cruz y cosido en ella con clavos. Y llorarme han con lloro grande, como se suele llorar el primogénito que era solo y heredero de la casa de sus padres. En aquel día habrá grandes llantos en Jerusalén. Y ¿quién dudará de que esta letra, ansí como suena, se entienda destas mujeres, á las cuales, llorando ellas amargamente su Pasión, les dice Cristo: *Nolite flere super me?* Teofilacto y el venerable Beda (Theoph.; Beda, *in Lucan)* escribiendo sobre estas palabras, dicen que muerte tan voluntaria y provechosa, y que en breve esperaba tan admirable resurrección, no se había de llorar ansí inconsideradamente y con natural afecto, y de mujeres, como éstas le lloraban,

sino con más alta consideración y más profundo pensamiento. No era muy somero, y en la sobrehaz el de San Agustín, cuando en la contemplación de la Pasión de Salvador decía: *Admiremur, gratulemur, iucundemur, amemus, laudemus, adoremus, quoniam per Redemptoris nostri mortem, de tenebris ad lucem, de morte ad vitam, de exilio ad patriam, de luctu ad gaudium vocati sumus*: Admirémosnos, agradezcamos, regocijémonos, amemos y alabemos y adoremos; porque por la muerte de nuestro Redentor somos llamados de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, del destierro á la patria y del llanto al gozo. Herejes fueron los que se atrevieron á decir que no se había de llorar ni sentir la muerte del Salvador, condenando lo que la Iglesia hace en el caso, y para decirlo se ayudaron desta sentencia de San Agustín, y de lo que Teofilacto y Beda dijeron; empero fueron necios y blasfemos, afirmando cosa tan temeraria contra los decretos de la Iglesia y corriente de los Santos, que llorando la pasión del Señor perdieron la vista de los ojos. Es verdad que hubo cosas en ella muy para alegrarse los cristianos, como lo hace San Agustín; empero también las hay para las lágrimas, como al principio dijimos. Lloro mis pecados, que causaron tantos dolores en el Salvador, y compadézcome de El, aunque voluntariamente padece, porque padece por mí. De manera que se compadece la tristeza con el alegría y con el llanto el rogocijo, como lo podemos ver en el lugar citado de Zacarías (Zach., 13), que después de haber dicho cómo habían de llorar por familias al Salvador muerto, se convierte al Padre Eterno y le dice: *Framea suscitare super Pastorem meum*: Padre Eterno, desnudad la espada y matad á mi pastor. Pues la oveja, que no tiene otra defensa sino la de su pastor ¿pide que se le maten? Sí. Porque considera los provechos grandes que por su muerte le han de venir. Isaías dijo (Esai., 53): Deseámosle desfigurado, sin lustre y sin hermosura, varón de dolores y que sepa de enfermedad. ¿Qué deseos son esos, profeta santo? Las cosas prósperas y alegres se desean y las tristes se huyen y se aborrecen. Consideraba grandes bienes en la muerte de Cristo, en beneficio de todo el mundo, y aunque le afligía la consideración de Dios muerto, le llevabam ás la de nuestro remedio, y ansi desea y pide lo que al parecer había de rehusar y aborrecer.

§ IV

¡Ay, mi Jesús!, que tu enfermedad me da salud á mí, tu fealdad me hermosea, tu humildad me levanta, tus desprecios me dan honra y tu muerte me da vida. Lloro el haber yo dado la causa para tan grandes males; pero agradezco, estimo, reverencio y adoro tu infinita caridad; ésta me alegra y enjuga las lágrimas y hace prestar consentimiento, por conformarme con la voluntad tuya y de tu Padre, á tantos males como considero sobre ti. Tu sangre me alimpia y es el precio de mi redención, y no sé si ría ni si llore cuando cosas ansí encontradas se representan y ofrecen á la consideración. Es Cristo en su pasión aquel libro que vió Ecequiel (Ezech., 2) y se le mandaron tragar, escrito de dentro y de fuera, y escritas en él lamentaciones y amenazas y cantares de alegría. Divino libro, escrito de fuera con clavos, espinas, bofetadas, salivas y esgarros, y de dentro con tedios, miedos y espantos, tristezas y congojas. En él hay cosas que pueden espantarnos. *Si in ligno viridi hoc faciunt, in arido quid fiet?* Si en el árbol verde ansí emprendió el fuego de la divina justicia, ¿qué hará en el seco, dispuesto por muchos años para los tormentos eternos? Hay que llorar mis pecados, que ansí trataron á mi Salvador; pero también hay canciones alegres y festivales, porque en los dolores de mi Redentor está mi salud, mi remedio, mi redención, el desenojo del Padre y el reparo del mundo y su reformación. Aquí se acabó la maldición de la ley y se nos dió la bendición eterna. Y si contemplo herida la piedra, hallo aguas en abundancia para que mate la sed el pueblo de Dios, seco en el desierto del mundo.

Y para echar el sello y acabar este capítulo, quiero ponderar las palabras de Jeremías (Tren., 4), que llorando se alegra en la consideración deste misterio: *Spiritus oris nostri, Christus Dominus, captus est in peccatis nostris, cui diximus*: *In umbra tua vivemus inter gentes* (Hieronym., Aug., Bern., de Christo intelligunt haec verba ad literam; alii de Iosia). El resuello de nuestra boca, por quien vivimos, Cristo Señor nuestro, fué preso como una fiera en nuestros pecados; que esas fueron las sogas y las cadenas de su prisión; preso, digo, con alegría de todo el pueblo; como la tienen los monteros cuando andando á caza

descubren el jabalí y echándole los lebreles le prenden (Psal. 68). *Adversum me loquebantur, qui sedebant in porta, et in me psallebant qui bibebant vinum.* Fué el día en que á Cristo prendieron y le trajeron de un juez en otro el más alegre del mundo para los perversos judíos y ministros de justicia; en las tabernas y bodegones se brindaban los pícaros y gente menuda; había risadas grandes y chacotas y gritos de placer de la pasión y malos tratamientos de Jesús. También se consuela el Profeta, no de lo que ellos ni como ellos, sino atendiendo á los frutos innumerables desta pasión y muerte. *Quoniam in umbra illius vivemus inter gentes.* Salió de allí nuestra vida y nuestro refrigerio; ¿por qué no nos alegraremos, no como el hombre sin fe, que no estima la pasión del Redentor ni le considera Hijo de Dios, ni que muere por nuestras culpas, sino como la Iglesia Católica, que se compadece de su Esposo y llora su muerte, y se alegra en su resurrección de todas las maneras que puede? La mujer que concibió de adulterio, cuando se ve parida, ¿no puede juntamente alegrarse del hijo parido y tener dolor del pecado que cometió? Los jueces que sentencian á muerte á los reos, ¿no acontece muchas veces estar muy contentos firmando la sentencia y súbitamente reventarles las lágrimas con la natural compasión? De Torcuato, emperador romano, se lee que, por no haber guardado su hijo las leyes de la guerra, le mandó cortar la cabeza, llorándole y alegrándose, celebrando por una parte la justicia con alegría, y por otra, haciendo oficio de padre, derramando muchas lágrimas. ¿Y quién no sabe que en medio de las lágrimas hay gozo y consuelo increíble en los hombres santos?

Sea la conclusión de todo, que no reprende Cristo las lágrimas de las devotas mujeres porque sean culpables llorándole á Él en aquel estado que le veían, sino avisalas de los males que les esperan para que los lloren; significando en esto dos cosas notables: el valor de las lágrimas para desenojar á Dios, cuando le sentimos airado contra nosotros y que nos amenazan grandes males; lo segundo, su caridad infinita, que no hace caso de sus dolores que de presente padecía y sufría, y hácele de los peligros y males en que se habían de ver estas mujeres, para que tratasen del remedio.

CAPÍTULO XVI

De los títulos que agravan la muerte de Cristo, y de los lugares que se hallan en ella que pueden y deben movernos á compasión y lágrimas.

§ I

Bonifacio, monje de la gran Cartuja, en un tratado que escribió de *Passione Domini*, pondera mucho y engrandece, y con grande razón, los títulos que se hallan en Cristo que pudieron retraer á los judíos de tan grande maleficio como fué matarle ansi afrentosa y cruelmente, siendo su Mesías, su bienhechor, y el que los venía á redimir: hombre, legislador, profeta, sacerdote, rey y Dios. Grave delito matar un hombre justo; mayor matar un profeta, por quien Dios habla y despacha los negocios de los otros hombres; mayor mucho matar á un legislador y á un sacerdote sumo y á un rey y al mismo Dios, criador y Señor del cielo y tierra. Ahí enmudece la lengua, ahí se agota el entendimiento, ahí pasman los cielos, ahí se estremece la tierra, ahí hacen sentimiento las cosas insensibles, y el sol y la luna pierden su luz y se viste de tinieblas el mundo. Y porque ansi junto todo no nos confunda y á cada título demos el sentimiento que conviene, considerémoslos de por sí; y primero el primero que dió atrevimiento á los judíos deicidas para prender á Jesús y quitarle la vida. *Qui cum in forma Dei esset*, dijo San Pablo (Philip., 2), que estando en la forma de Dios, resplandor del Padre y figura de su substancia y Dios verdadero, y que no lo hurtó á nadie, porque con la eterna generación le comunicó su Padre su ser y su esencia; á sí mismo se agotó, y como si dijésemos se vació, tomando forma de siervo, y hallándose en el hábito y traje hombre; fué hallado en el hábito como hombre, dice el Apóstol San Pablo. ¿De quién fué hallado? De los judíos; no en la forma de Dios, que en ella es insensible, inmortal y eterno, y inaccesible á los hombres, y dél se escribe en esa forma (Psal. 96): *Non accedet ad te malum, et flagellum non appropinquabit tabernaculo tuo* [1]. Fué hallado en el hábito hombre. Por eso le acometieron, por eso le azotaron, por eso le

[1] «No te visitará el infortunio ni el azote se acercará á tu vivienda».

maltrataron hasta ponerle en la cruz; que si no le hallaran hombre, no le prendieran ni le crucificaran. Convino que por un hombre se reparase lo que por otro hombre estaba caído, y que un hombre diese ejemplos de vida, porque otro hombre los había dado de muerte; aquél nos mató y éste nos vivificó. Título para Dios honradísimo, y que si fuera capaz de crecer, creciera el día que encarnó. Ansí se preció siempre de llamarse hombre, como honrándose de serlo. Hombre, que le vió Daniel en ese traje, vestido de blanco, y que, llegando hasta el antiguo Dios, que es el Padre eterno, le dió el principado y el imperio de todas las gentes para siempre, y el aplauso de la Esposa, y el convocar á todas las hijas de Sión á que vean al rey Salomón con la corona que le coronó su madre en el día de su desposorio y de la alegría de su corazón. Esto significaba al Verbo eterno vestido de nuestra humanidad, tan gozoso y tan alegre, que al día de su encarnación llama día de su alegría y de sus desposorios; y lo que yo más pondero, declarando este lugar en nuestros *Comentarios*, es que llama corona á la carne de que se vistió; tan lejos está de arrepentirse de haberse vestido della. ¡Oh, Hijo del hombre, entre los hombres tratado no como hombre, sino como una fiera, y peor mucho!

§ II

Pero, Señor mío, ya que no tuvieron respeto los hombres á que eras hombre entre ellos, ¡tuviéranle á que eras su Legislador! ¡Qué preceptos tan nuevos, tan amorosos y tan fáciles les distes! ¡Qué leyes tan llenas de caridad! ¡Qué Sacramentos tan diferentes de los de la vieja ley! ¡Qué sacrificio por qué sacrificios! ¡Qué cumplimiento de figuras! ¡Qué borrar de sombras! ¡Y qué establecimiento y asiento de verdades! *Dominus iudex noster: Dominus legifer noster, Dominus rex noster: ipse salvabit nos.* Es el título de legislador honradísimo y de grande autoridad y veneración en todas las naciones y repúblicas del mundo; sólo en Cristo no tuvo la honra que hubiera de tener, ni sus leyes la estimación que merecían. Por todo rompieron sus naturales, y todo lo atropellaron, sin respetar persona ni oficio. Pues vengamos al tercero título de Profeta, honradísimo en el pueblo de Israel. ¿Por ventura no profetizó Cristo? Profetizó de su Pasión, del odio contra sus discípulos por serlo suyos, de la destruición de Jerusalén y del juicio final; y como los otros profetas obraban maravillas, las hizo Él espantosas, como consta en los Evangelios, y la gente popular, vista su santidad y la verdad de sus predicaciones, y los milagros extraordinarios, le tenían por profeta; y la Samaritana, visto que le leía el corazón, le dijo: *Domine, ut video, Propheta es tu.* Pero sepamos: ¿respetaron esta dignidad tan grande en el Hijo de Dios? No por cierto, antes hicieron en El cuantos maleficios pudieron, porque les reprendía sus culpas y no les disimulaba sus transgresiones y desconciertos. ¡Con qué sentimiento lloraba Cristo Redentor nuestro á Jerusalén, viendo sus castigos tan cercanos, por haber muerto á los profetas santos! *Hierusalem, Hierusalem, quae occidis prophetas, et lapidas eos, qui ad te missi sunt.* (Matth., 21). Pues ¿por qué no se llorará la muerte del gran Profeta, poderoso en obras y palabras? La Escritura está llena de quejas que da Dios de los malos tratamientos hechos en sus profetas, que en rigor fueron embajadores suyos, á los cuales se suele hacer la honra que al mismo señor cuya legacía hacen y cuya persona representan. Y pienso yo que agravó mucho, y pesó infinito el agravio que se hizo á Cristo quitándole la vida, por la parte que era profeta, tanto y más que por los que habemos dicho. ¡Oh, gran Profeta, muerto por decir verdades! ¿Y quién las dice, que no experimente los colmillos de los desalmados y el cuchillo de los tiranos? *Formido, et laqueus, et fovea facta est nobis vaticinatio* (Hier., *Tren.*, 3). Y no digamos más, por no exceder, que pueden mucho para esto las sinrazones hechas á los ministros del Evangelio, por decir lo que no pueden callar, llevados del celo de Dios.

§ III

Síguese que tratemos del título de sacerdote. Fuelo Cristo según el orden de Melquisedec (Psal. 109) y fuelo del Nuevo Testamento, y no falta quien diga que también del Viejo, por lo que hizo entrando un día en la sinagoga de Nazareth, que tomó de la mano del lector el libro de la ley, y abriéndole le cupo en suerte lo que del Mesías dijo Isaías profeta: *Spiritus Domini super me*, etc., lo cual interpretó de sí mismo, y paréceles que no

se hicieran con Él aquellas ceremonias si no le tuvieran por Sacerdote, pero á mí no me satisface esta razón. Y si esto pareciere que tiene duda, no la puede tener lo que en el salmo citado se dice: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec; que el uno y el otro ofrecieron en sacrificio pan y vino, salvo que el pan y el vino de Melquisedec no fueron más que pan y vino á secas, y el pan y vino de nuestro sacerdote Cristo, pan y vino en los accidentes, y en la substancia cuerpo y sangre de Él mismo. Y por ventura, ofreciéndose á Sí en sacrificio al Padre por nuestros pecados en el altar de la cruz ¿no hizo oficio de gran Sacerdote? Zacarías le llamó así con este epíteto grande: *Vidi Iesum Sacerdotem magnum stantem, indutum vestimentis sordidis.* Y quien quisiere saber más en particular del sacerdocio de Cristo y del sumo Pontificado, lea la epístola de San Pablo á los Hebreos, que en todos los capítulos della trata de esta dignidad, y haciendo conferencia entre Moisén y Cristo, antepone á Cristo á Moisén en muchas cosas; pero los suyos le pospusieron á Barrabás, y á voces clamaron: *Crucifige eum.* Y Pilatos: *Regem vestrum crucifigam?* ¿Luego rey? Así lo dijo Zacarías, previniendo á su pueblo para que como á rey le saliese á recebir y le diese la honra y obediencia. *Ecce Rex tuus venit tibi, iustus, et Salvator, ipse pauper, ascendens super asinam, et super pullum filium asinae.* Y en el segundo salmo dice Él mismo (Psal., 2). *Ego autem constitutus sum Rex ab eo, super Sion montem sanctum eius.* Al fin crucificaron á su Rey, habiéndole de defender, dando sus vidas por la suya dél. Pero los que se atrevieron á Dios, ¿qué respeto habían de tener á su Rey? Y aunque siempre han porfiado los judíos que su Mesías ha de ser puro hombre, la verdad no se puede encubrir, ni solapar, porque de las Escrituras consta más claro que el medio día que, siendo hombre, es juntamente Dios. *Ecce Deus vester,* dice Isaías (Esai., 35), *ultionem adducet retributionis, ipse veniet, et salvabit vos* (1). Y en el capítulo 9, contemplando el profeta santo á Cristo recién nacido, entre los pañalitos y las mantillas, y sus niñeces todas, le llama Dios: *Parvulus natus est nobis, et filius datus est nobis, cuius imperium super humerum eius* (Esai., 9). ¡Qué temprano se cargó del imperio! Cuando nace, nace con la cruz á cuestas, y en el vientre de su madre anduvo cargado della, y tuvo necesidad de buenos hombros para tan grande carga, hombros de Dios. *Et vocabitur admirabilis, consiliarius, Deus, fortis, Pater futuri saeculi, Princeps pacis.* Y en un salmo se escribe de Cristo encarnado: *Verumtamen prope timentes Deum salutare ipsius, ut inhabitet gloria in terra nostra* (1). Y en el Levítico, significando Dios su pretensión en Cristo, dijo: *Ambulabo in medio eorum.* Y en otro salmo: *Videbitur Deus deorum in Sion* (2). Y Baruc (Baruc, 3): *In terris visus est, et cum hominibus conversatus* [*est*]. *Hic est Deus, Deus noster,* etc. (3). Y todo el salmo 44, que trata del Mesías, está lleno de títulos de Dios, ó que á solo Dios competen. Y siendo esto ansí, osamos decir que Jesús fué crucificado y muerto. Y en el símbolo de los Apóstoles puso San Juan Evangelista este artículo: *Passus sub Pontio Pilato, crucifixus, mortuus, et sepultus est.* Palabras son que me hacen temblar. ¡Cosa grande, que se diga y se crea que los hombres matasen á Dios y le pusiesen en un palo! San Bernardo llamó á los que le crucificaron deicidas, matadores de Dios. ¡Qué de títulos para mover á compasión: Hombre, Legislador, Profeta, Sacerdote, Rey, Dios! Tocar á Cristo fuera gran temeridad y sacrilegio horrendo; pues ¿qué diremos viéndole prender, azotar, escupir, coronar de espinas, burlar de El, y con cruz á cuestas, y pregonero delante, y ladrones á los lados, llevarle al Calvario y crucificarle?

§ IV

Entren aquí los lugares que nos pueden mover á compasión, y sea este el primero, la persona. ¿Quien es el que padece y muere? Dios hombre, Legislador, Profeta, Sacerdote,

(1) «He aquí vuestro Dios que traerá la venganza á quien corresponda; Él mismo vendrá y os salvará».

(1) «Pero cerca de los que temen á Dios estará su Salvador para que la gloria more en nuestra tierra». Del Salmo 84, donde dice *eum* lo que el autor cita *Deum.*

(2) Salmo LXXXIII-8: «Será visto el Dios de los dioses en Sión».

(3) «Fué visto en la tierra y conversó con los hombres. Este es Dios, Dios nuestro, etc.». La segunda parte del texto no es de Baruch, sino de David, salmo 47.

Admirable doctrina de San Buenaventura in Fascicula-rio, cap. 8.

Rey, Dios. El seráfico doctor San Buenaventura, advirtiendo de algunas cosas necesarias al que medita en la pasión del Salvador, dice ansí: Cuando en tu memoria revuelves el sacramento de la pasión del Señor, para que con aprovechamiento la medites y pienses, has de trabajar en esto: Que todas las veces que oyes, ó lees, que Cristo hizo ó sufrió tal cosa, por nombre de Jesús ó de Cristo, se represente en tu alma, ni solo Dios, ni solo hombre; ni sola deidad, ni sola humanidad; sino forma luego en tu mente un concepto de una persona que juntamente es Dios y hombre, y en la cual, sin mezcla de las esencias, la humanidad y la divinidad convinieron en un supuesto. Y ansí es, que cuando se nombra Jesús, ó Cristo, se señala y demuestra Dios verdadero y hombre verdadero, una persona divina en dos naturalezas. De manera, que cualquiera cosa que decimos que hizo Dios, según nuestra fe, firmemente creemos y confesamos que lo hizo ese hombre Cristo, y lo que sufrió y padeció este hombre, que lo sufrió y padeció Dios. ¿Oyes decir que lloró Cristo sobre Jerusalén y en la muerte de Lázaro? Concibe luego en tu alma, no al hombre desnudo y á solas, porque entonces no parecería cosa nueva ni admirable haber llorado un puro hombre. Cuando lees que Cristo estuvo colgado de la cruz, no le consideres hombre á secas, que te quedarás seco; sino piensa atentamente que es hombre y es Dios, y de ahí te nacerá grande admiración y espanto, y serás más encendido en su amor, y te moverás más á devoción y lágrimas. Y aunque es ansí que Jesús, ó Cristo, á todos los fieles representa á Dios hombre, cuanto con más claridad conocieres esto y lo pesares mejor, tanto más devoto te hallarás en la vida de Cristo, en sus hechos, en sus milagros, en sus doctrinas y muerte. Gran cosa, como ya dije, y que sobrepuja todo encarecimiento y estimación, y que saca de sí al hombre, y de que pasman los ángeles, y que la tierra no lo sufre, y se estremecen las columnas del cielo, y que agota toda la elocuencia y entorpece el más delicado y acendrado juicio, y enmudece la lengua más fecunda, y que hace llorar amargamente á los ángeles de paz, oir decir y creer que Dios es vendido, y azotado, y abofeteado, y blasfemado, y que muere entre dos ladrones, y en cruz como ellos. Y cuando se te representare entre los azotes y blasfemias, muriendo y desangrándose, ó en otro cualquiera paso doloroso, no repares en sola la pena exterior, sino considérale ansí afligido en lo de fuera, que en lo de dentro lo está mucho más; y tanto, que el entendimiento humano no puede comprenderlo. Y cierto que si considerando de esta manera á Cristo puesto en tanta aflicción no te condueles y compadeces de El, que es una grande maravilla, y que podrás pedir á Dios que el corazón que te prometió de carne, en lugar del duro que poseías, te le quite y te le dé de piedra, pues las piedras se quebrantaron muriendo el Criador, y tú, muriendo por ti, te quedas sin sentimiento y sin dolor. Y ¿quién viera una fiera en esta forma afligida que no se compadeciera della, aunque fuera fiera como ella? ¡Oh más que fiera, si viendo al Hijo de Dios muerto no te mueves á compasión, ni te dueles, siendo, como eres, la causa de tan cruel muerte!

§ V

Y si preguntare alguno, ¿cómo se puede decir que Dios padeció y murió, siendo impasible é inmortal? respondo que éste es lenguaje de la Escritura y Santos, y recibido y venerado en la Iglesia. San Pablo dijo (I Cor., 2) que los judíos crucificaron y mataron al Señor de la gloria. Y San Pedro (Actuum Apostol., 3), al Autor de la vida. Y el artículo de fe le confiesa crucificado, muerto y sepultado. No porque Dios, en cuanto Dios, padeciese en sí mismo, que Dios no es capaz de padecer, sino en el hombre, al cual juntó á sí con tanta firmeza y estrecheza, que en ninguna manera se deshará aquel ñudo; tan uno, que al que recibió en sí la humana naturaleza, ninguna cosa le falte humana, ni al asumpto alguna divina. Fué tan estrecha esta unión, que se puede decir esta proposición: Dios padece y Dios muere. Y hace este sentido: Este hombre, que juntamente es Dios, padece y muere. O digamos esto como lo dicen los teólogos: Si miramos en Cristo una persona divina en dos naturalezas, tiene verdad esta proposición: Dios fué crucificado y murió. Si miramos dos naturalezas, no puede decirse; porque en la humana pudo padecer, pero no en la divina. San Agustín lo dijo galanamente: Murió el Hijo de

Dios, y murió según la carne, no según aquello que era Verbo eterno del Padre; murió, no por aquella parte que hizo todas las cosas y hace todos los hombres, sino por aquella que, quedándose Dios, fué hecho hombre; porque no comunicó Dios á aquel hombre que en sí tomó la divinidad suya, que si ello hiciera fuera aquel hombre inmortal y impasible; pero Dios no puede comunicar á otro su naturaleza. ¿Pudo alguna otra cosa, conviene á saber, juntar á sí lo que no era Dios? San Cirilo dice que se puede hablar en esta forma: El Unigénito de Dios padeció, no divina, sino humanamente. El ejemplo de la vestidura real declara esta doctrina; que si se la rasgan al rey y se la maltratan y hacen pedazos, no es visto padecer el rey en su cuerpo, sino en su ropa. ¿Pero qué tiene que ver lo uno con lo otro? La ropa no está tan conjunta y tan una con el rey que constituyan una persona; empero ansí unió Dios á sí al hombre, que no se puede tocar al hombre sin tocar en el hombre á Dios; no porque padezca en sí, sino en el hombre. Santo Tomás dice (S. Thom., q. 46, art. 2, in corpore), que presupuesta la unión hipostática del Verbo con nuestra naturaleza, la pasión y muerte se ha de atribuir al supuesto de la divina naturaleza, no por razón de la naturaleza divina, que es impasible, sino por razón de la naturaleza humana. Sinodal es este canon: *Si quis non confitetur Dei Verbum passum carne, et crucifixum carne, anathema sit* [1] (Habetur in I Sinodo). Luego la pasión y muerte de Cristo pertenece al supuesto de la divina naturaleza, por razón de la humana pasible de que se vistió; no de la divina, que ni puede padecer ni morir. ¡Ah, judío, que te aseguras mucho que no fué más de hombre el que mataste, cómo te engañas! Dios es sin alguna duda: hombre lo que veías, y Dios lo que no veías; porque, como dijo el apóstol (I Petr., 4), Dios estaba en Cristo reconciliando á Sí al mundo. En la carne padece y muere Dios. Desta materia tratan mucho los doctores (en el tercero de las *Sentencias*, dist. 21, dub. 3). Y San Buenaventura (D. Bonav., in 3, q. 3, art. 2), con razones y autoridad de la Sagrada Escritura y Santos, prueba este lenguaje: El Hijo de Dios padeció y murió; que es harto para ponderarse, como lo ponderó San Ambrosio, encareciendo y agravando nuestros pecados, que fueron de manera que si el Unigénito de Dios no muriera por nosotros, deudores de eterna muerte, no pudiéramos salvarnos. Y aunque parece que las orejas cristianas se escandalizan oyendo Dios muerto, todo horror se quita y todo escándalo cesa si se considera la comunicación de los idiomas ó lenguajes en Cristo, como ya dijimos en el capítulo 14 desta primera parte. Y respondiendo el Doctor seráfico á los argumentos en contra, dice: que esta manera de hablar en nada deroga á la majestad y grandeza divina, y que hace dulce consonancia á la piedad cristiana; porque ninguna palabra puede sonar en los oídos del corazón humano de mayor dignación que ésta. El Unigénito Hijo de Dios murió por los que debíamos morir para siempre. Y ansí no sólo se ha de creer y confesar esto, como verdadero y de fe, sino rumiarlo y repasarlo frecuentemente. ¿Dios muerto por mí? Esto me arrebata, esto me suspende, esto me lleva, esto me enamora, esto me despierta y me fuerza á amar, y reverenciar, y respetar, y adorar á aquel Señor que por mí padeció y murió. ¿Y quién no se compadecerá en la consideración de Dios, padeciendo sin culpa por sus culpas? Pesa esto, cristiano, que pesa más que cuanto lees y crees que Dios hizo por ti: mira que lo sienten los cielos, y la tierra, y las piedras, y los sepulcros de los muertos.

§ VI

Con esta consideración de que es Dios el que padece, discurre por toda la Pasión y mira qué de cosas la engrandecen y hacen acerbísima sobremanera y digna de que se sienta y se llore incansablemente. Mira los personajes por cuyo consejo y industria el Hijo de Dios padece; mira los acusadores; mira los testigos falsos; mira la multitud de las llagas, heridas y golpes y la gravedad de todas; mira los sentidos del cuerpo, cada cual con su propio tormento; mira la continuación y corriente, que ni una hora descansó desde la prisión hasta la crucifixión; mira los escarnios y mofas, tantas y de tantas maneras y de tantos; mira los oprobios; mira la soledad del que padece, qué acompañado hasta allí y allí qué solo; mira los amigos huyendo y los

[1] «Si alguno no confiesa que el Verbo de Dios padeció y fué crucificado en la carne, sea excomulgado».

enemigos riéndose y holgándose en tanto desamparo y entre tantas fatigas; mira la inocencia del paciente; mira su poca ó ninguna defensa: aunque pudiera juntamente defenderse, sin oirle le arrebataron, y atropelladamente y á grandes voces le condenaron; mira las lágrimas y profunda tristeza de la Madre y de San Juan y de otras santas mujeres, rodeadas de la cruz, que con su vista le acrecientan sus penas; mira el lugar infame, el tiempo tan festival: la Pascua del cordero, la cual quisieron solemnizar extraordinariamente con la muerte de Cristo; mira la edad florida en que muere; mira despojado de toda honra al que tan honrado se había visto en el día de los Ramos; mira los dolores tan extraños, y lo que más es, y que más le lastimó, el poco fruto que de todo esto se sacó en aquellos por los cuales tales cosas padeció. Cada cosa destas pide consideración y tiene mucho que examinar; mas yo las dejo todas para el discurso cristiano, asegurando á los lectores que meditando en esta forma la sagrada Pasión hallarán lo que desean: materia suficiente, sentimientos compasivos, conocimiento de sus culpas; la caridad de Dios en su punto, estimación de la virtud, espanto del infierno, odio de los pecados y el camino seguro y cierto de la gloria sempiterna que promete al Apóstol á los que se compadecieren de Cristo Señor nuestro y padecieren juntamente con El. El sea glorificado para siempre. Amén.

CAPÍTULO XVII

En que se ponderan algunas cosas de las que padeció Cristo, con que se declara como es posible á nuestra rudeza la gravedad de su Pasión.

§ I

Cuando me pongo á considerar el estilo humilde y llano y menos encarecido de los sagrados Evangelistas tratando la pasión de Cristo Señor nuestro, me viene al pensamiento lo que á muchos: que no fué tan terrible y amarga como habemos dicho. Parece que escriben de un puro hombre: fué atado, fué llevado á los jueces, diéronle bofetadas en su rostro, azotáronle, coronáronle de espinas, crucificáronle, y de cada uno destos martirios ni de su grandeza no hablan palabra en particular. Ni dijeron de las espinas si fueron pequeñas ó grandes; ni del número ó crueldad de los azotes; ni se acuerdan de los clavos, sino que fué crucificado; y la admiración de Pilatos de que tan apriesa hubiese muerto parece que está diciendo que no fueron las penas tan grandes que con tanta brevedad le hubiesen acabado. Duro era el castigo de los crucificados, no por la intensión, sino por la duración; morían despacio, como parece en los ladrones, que para que muriesen presto y así los pudiesen quitar de las cruces, por amor de la Pascua, los quebraron las piernas. Y la voz grande que el Señor dió antes que expirase ¿no muestra que tenía vigor y fortaleza para vivir más tiempo? Lo cierto es que aunque yo tuviera más lenguas que miembros en mi cuerpo, y todas las ocupara en declarar la acerbidad de las pasiones del Salvador (Hebr., 5), quedara sin alguna duda corto. Si los Evangelistas hablaron con brevedad y simplicidad, fué porque hicieron oficio de meros historiadores, que cuentan las cosas como pasaron y dejan la ponderación y el sentimiento dellas á los ánimos píos y devotos. Y porque se asiente mejor esta doctrina en los corazones de los fieles, cosa de tanta importancia y tan necesaria, con la brevedad posible (reservando para la tercera parte la consideración de cada misterio) diré aquí algo de las espinas, clavos, azotes y otras cosas particulares que afligieron al Salvador, sobre lo que la humana inteligencia puede alcanzar.

§ II

El tormento de la corona fué tan grande, que sólo bastara para quitar la vida al Salvador. San Vicente afirma (S. Vic., *ser. in Paras.*), y parece habérselo así revelado Dios, que le hizo setenta y dos heridas en la cabeza, por lo cual creo y tengo por sin duda que no fué corona como acá hacemos de flores las guirnaldas, sino en forma de capacete ó de corona imperial, que rodeaba y cubría toda la cabeza. En la forma concuerdan muchos doctores y santos: Juan Echio (Echius, *ser. de Pass.*, art. 4, cons. 5), Lanspergio (Lansperg., hom. 33 de *Passione)*, Teodoreto (Theod., lib. 3, *Elucid.*), Guillelmo, Durantes (Durantes, libro *Ration. divinorum officior.*), fray Felipe Diaz y otros. Y parece cosa puesta en razón; porque, como dicen San Crisóstomo y San Bernardo,

tenía mil espinas. Y San Anselmo (Ansel., ser. 15) siente lo mismo. Y Santa Brígida dice (B. Brig., lib. 1, cap. 11), haberla hablado el Señor y dicho: *Cumque caput meum undique corona esset cruentatum.* Y como toda mi cabeza por todas partes estuviese lastimada con la corona. Y hablándole la Virgen Santísima (lib. 1, cap. 10), entre otras cosas de grande lástima le dice que después que los verdugos hubieron azotado á su amantísimo Hijo, compusieron y tejieron una corona de espinas y le rodearon con ella la cabeza reverendísima, con tanta crueldad apretada, que de la sangre que corría se le llenaron los ojos de manera que no veía, y las orejas se le taparon, y toda la barba se entrapó y vertía sangre en abundancia. Y lo mismo dice en el lib. 4, cap. 70: *Corona* (*inquit*) *spinea capiti eius arctissime fuit posita.* Y en el lib. 7, capítulo 2, dice así: *Quae tan fortiter pupugit reverendum caput eius, quod oculi eius repleti sunt illico sanguine fluente*, etc. Adonde se descubre claramente la crueldad de los ministros infernales, que no se contentaron con ponerle por ceremonia la corona, de manera que sirviera para sólo escarnecerle, sino con tan grande fuerza y violencia, que pudo servir para matarle. Algunos y muchos y muy graves autores dicen (Greg. Tur., lib. 1 de *Gloria Martyr*, n. 17.; Ansel., *Dialog. de Passione;* Lyr., in. cap. Matth., 27; Landulph., de *Vita Christi*; Hug. Card., *in Ioan.;* Tole. Card., *in Ioan*, annot. 2, in cap. 19; Suárez, 3 p., q. 46, disput. 35, sectione 3) que fué de juncos marinos agudísimos y muy dispuestos para hacer heridas y sacar sangre. Empero yo sigo la opinión de otros doctores por más cierta y más conforme al Evangelio y á la razón: que fué de verdaderas y propias espinas compuesta, como lo tiene el ilustrísimo Cardenal Baronio (Baron, to. 1, annot. 34, nu. 8-6.), el cual reprende á los que dicen que fué de juncos. *Nullatenus (inquit) audiendos puto, qui ex iunco marino Domino coronam contextam fuisse dixere.* La razón, porque consta de San Lucas y de San Juan que fué compuesta de espinas, lo cual no se puede decir de los juncos marinos, que son lisos todos hasta lo sumo, que allí están agudos. Y ¿á dónde se habían de hallar juncos marinos estando de Jerusalén la mar tan apartada? Fuera desto, las espinas que en diversas partes se tienen como reliquias admirables no son de juncos. Y yo soy buen testigo de que el pedazo de corona que en su tesoro tiene el rey de Francia, y el de la Iglesia catedral de París, no son de juncos, sino de espinas espesísimas y muy agudas. Algunos quieren que sea la corona del ramno ó cambronera, que donde quiera se halla y es todo espinoso, cruel y sanguinolento, y que echa de sí fuego y tiene muchas significaciones místicas, muy acomodadas al misterio, de que yo no trataré agora; sólo referiré algunos dichos de Santos, que declaran el tormento que padeció el Señor cuando le coronaron y por todo el tiempo que tuvo la corona sobre su cabeza. Laurencio Justiniano, varón santísimo y gravísimo, en el libro que compuso de *Triumphali agone*, dice (Iustin., de *Triumph. agon.*, cap. 14): *Spinarum punctiones cerebrum perforantes.* Tan agudas y tan fuertes eran las espinas, que le rompieron y horadaron el cerebro. Y luego dice: *Debuit plane mori, tanto dolore transfixus, se tamen reservavit ad vitam, ut his etiam graviora perferret*: Hubiera de morir con la fuerza del dolor si no reservara su vida para otros mayores. Y San Vicente dice: *Quis satis cogitare potest, quantus dolor venerandum illud caput tot aculeis confixum affecerit: cum nos valde unius spinae puncturam fere intolerabili dolore vexemur?* ¿Quién podrá pensar bastantemente cuánto fué el dolor de la cabeza de Cristo, con tantas espinas traspasada y herida, pues que apenas podemos nosotros sufrir una que se nos hinca en el pie ó en la mano? Cornelio Jansenio notó, y bien, sobre aquellas palabras de San Marcos y San Juan (Ians., in Ioan, 19, Coron.): *Imposuerunt in capite eius coronam*: que se la apretaron fuertemente, para que le sirviese de escarnio y de pena. Y viene aquí muy á propósito lo que San Bernardo dice (Bernard., *Tract. de Pasione*, c. 39) al nuestro: *Corona spinea non leviter impressa, sed invide impressa.* No la fijaron ansí como quiera, no livianamente y por ceremonia, sino invidiosamente. Como si dijera: invidiando su gloria y deseando oscurecerla y atormentarle de camino. *Ut qui oderant veritatem, non solum opprobrium illius requirunt, sed etiam supplicium.* El bienaventurado San Atanasio, San Jerónimo, San Cirilo Alejandrino y el glorioso San Bernardo, sobre aquellas palabras de San Mateo, 27, y de San Marcos, 15: *Et arundine percutiebant caput eius*, dicen que con la caña le dieron muchos golpes para que se encaja-

se bien la corona en la cabeza y no les parase á ellos perjuicio si con las manos la apretaran. Detente aquí un poco, ánima mía, dice Laurencio Justiniano (Laurent. lustin., de *Agone*, c. 14), y fija los pasos de la consideración y mira el dolor intolerable de tu Redentor; considera la sensibilidad de la cabeza delicada; admírate de las heridas de las espinas que traspasan el divino cerebro, y con abundancia de lágrimas de tus ojos lava y limpia la mucha sangre que por tantas partes corre. *Tamquam Gigas fortissimus imperterritus stetit, et coronationis poenan, immutata mente sustinuit.* ¡Ay, cuánto más tolerable fuera para mí el morir que verte, oh Cristo Santo, coronado de espinas!

§ III

Lanspergio (Lansp., de *Passione*) y Teodoro (Theod., 19) meditan cuán penosa y cuán llena de tormento fué esta coronación, porque la corona era tejida de espinas largas y agudas y penetradoras, y de tal hechura, que dando vuelta á toda la cabeza, punzando por todas partes, la hería; y no menos el colodrillo que las sienes se cubrían con ella. Cuando la Virgen Santisima meditaba en este paso, dice á Santa Brígida (lib. 1, Can. 27), que le parecía atravesarle el corazón una lanza. ¡Oh lilio entre las espinas, herido y lastimado dellas sin piedad alguna! (Cantic., 2). Una sibila, como lo refiere Lactancio (Adrian. Finus, libro 6 *Flagelli contra Iud.*), profetizó desta corona con palabras de gran significación. Habla con la Sinagoga: *Stulta, Deum tuum non cognovisti, medentem mortalium mentibus, sed ex spinis coronasti corona*: ¡Oh necia, que no conociste á tu Dios, que curaba las almas de los mortales, y ansí le coronaste con corona de espinas. Pero no sin misterio, porque, como dice San Atanasio (Athanas., *ser. de Pass. Domini)*, esta corona de espinas sobre la cabeza de Cristo significa la maravillosa victoria que alcanzó, librándonos de las espinas de nuestros pecados. *Miraculum novum, et incredibile, et magnae sine dubio victoriae insigne.* Remigio siente lo mismo: *Per spineam coronam susceptio peccatorum nostrorum designatur, quia in similitudinem carnis peccati apparuit.* ¡Oh cosa de grande admiración, que tome el Hijo de Dios nuestros pecados sobre su cabeza! Las penas digo. ¡Y qué honradas penas! Esa es la fruta de la tierra que vos, Señor, maldijistes: *Spinas et tribulos germinabit* (1) *tibi* (Genes., 3). Sobre la cabeza lleva la fruta de la maldita tierra, que se la lastima y maltrata. Para Ti son, Señor mío, las espinas y los abrojos. *Ideo* (dice San Agustín) *non fuit corona gloriae, sed doloris, in corona autem spinea maledictum solvit antiquum* (2). Y aunque se me descubría aquí un campo muy ancho para alegorizar esta corona, por haber escrito de ella tanto los sagrados doctores, no pasaré de aquí, por decir algo de los clavos y de otros particulares, aunque para vencer el pensamiento de los que han querido decir que la Pasión no fué la más rigurosa y terrible que persona humana pudo padecer, lo que se ha dicho de la corona basta.

§ IV

De los clavos con que fueron fijadas las manos de Cristo Señor nuestro en la cruz.

Si tuviéramos el afecto, considerando los pies y manos del Salvador barrenados, que su Madre santísima cuando bajándole de la cruz se le pusieron en su regazo, no había para qué pasar de aquí; por palabras diéramos lágrimas, y ¡cuán debidas á este paso! *Cum vero considerabam loca clavorum in manibus et pedibus, oculi mei lachrymis replebantur, et cor meum cuasi scindebatur prae tristitia* (S. Brig., lib. 1, c. 10): Cuando consideraba los lugares de los clavos en los pies y manos de mi Hijo, mis ojos se arrasaban de lágrimas y mi corazón se partía de tristeza. ¡Ay, Señor, que me pongo á escribir y á considerar los clavos y sus heridas, y no derramo siquiera una lágrima de compasión! Los dolores grandes piden grande el sentimiento; y ¿qué tan grandes los que sintió y padeció Cristo cuando le barrenaban los pies y las manos con gruesos clavos? Lanspergio refiere de algunas personas espirituales que para que los clavos entrasen hasta llegar con las cabezas á las manos, y apretarlas con la cruz, se les dieron veinte y seis martilladas á cada uno, cosa que espanta y pone horror grande. Colígese que

(1) El impreso dice *generabit.*

(2) «Por esto no fué corona de gloria sino de dolor, y con esta corona de espinas deshizo la antigua maldición».

eran grandes y gruesos, y que no entraron por lo más delgado ó flaco de las manos, sino por lo más sólido y llegado á la muñeca, porque no pudieran sustentarse los cuerpos de los crucificados si esto ansí no se hiciera. Algunos dicen que le enclavaron los brazos, mas no tienen fundamento para ello ni razón, porque está la Escritura en contrario (Ioan., 20; Zach., 9): *Quid sunt plagae istae in medio manuum tuarum?* Ansí se muestra en la sagrada sábana, adonde también se ve claramente que los clavos eran gruesos y redondos, porque los agujeros tienen esa forma; y son tan anchos, que cabe un dedo por cada uno. Y no dudó Tomás de que cupiese el suyo (Ioan., 20). Al fin habían de ser grandes para sustentar los cuerpos por largo tiempo, que hasta corromperse y caerse á pedazos los dejaban estar en las cruces los romanos. ¡Oh crueldad nunca vista! Destas llagas de pies y de manos profetizó David á la letra (Psal. 21), según que lo tiene recebido la Iglesia católica, diciendo en persona de Cristo, *Foderunt manus meas et pedes meos; dinumeraverunt omnia ossa mea.* Y dice dos cosas. La enclavación de pies y manos y la extensión de todo el cuerpo en la Cruz. ¿Cuyas manos, dice San Agustín, y cuyos pies agujerearon, y cuyos huesos contaron? De Cristo. Porque todos los padres entienden de Él ese salmo. ¿Y quién hizo ese tamaño estrago? Las palabras que inmediatamente preceden nos lo declaran. *Circumdederunt me canes multi, concilium malignantium obsedit me.* Y síguese luego: *Foderunt manus meas et pedes meos; dinumeraverunt omnia ossa mea.* Perros fueron los que barrenaron y taladraron los pies de Cristo y las manos, que es cosa harto nueva; y en ellos entienden Eusebio, Teodoreto, Didimo, Hilario, Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo y otros Santos á los gentiles, á los cuales fué Cristo entregado para que hiciesen justicia de Él. Y el mismo Cristo los llamó así por San Mateo (Matth., 7), diciendo á la Cananea: *Non est bonum sumere panem filiorum et mittere canibus* (¹). Y aunque este cercar á Cristo se puede acomodar al prendimiento, más á propósito viene que lo entendamos del Pretorio de Pilatos, adonde se congregó toda la cohorte ó escuadrón de los soldados para maltratar á Cristo Señor nuestro y acabar con Él poniéndole en la cruz. *Dinumeraverunt omnia ossa mea.* Santa Brígida, contando la crucifixión de nuestro Salvador, dice (Lib. 1, c. 10; lib. 4, c. 70): que primero le enclavaron la mano derecha, y viniendo á enclavar la izquierda, hallaban que no llegaba al agujero, y atándola con una soga, estiraron fuertemente para que llegase al barreno; y de aquella fuerza se desencasaron los brazos y se le parecieron las costillas y los huesos, de manera que se pudieron contar. Pero es de consideración el término con que el Profeta dice este agujerar de pies y de manos. *Foderunt manus meas*, etc. Parece cosa nueva decir: Pies cavados ó fosados, y fosadas manos; porque la palabra latina, recebida de la universal Iglesia, propiamente significa cavar ó hacer fosa ó zanja. Y si son canes los que cavaron estos pies y estas manos, más novedad trae consigo. ¿Caváronlos con los dientes por ventura? Porque no tienen otros instrumentos. De los azotes dijimos que había quedado el cuerpo del Señor como arado ó sulcado con ellos; pero de las manos y de los pies, que los cavaron profundamente. El Cardenal Carense, sobre este salmo y palabra, dice delgadamente (Caris. Cardin., in Psal. 21): *Foderunt (dixit) non transfixerunt, quia ex profunda hac excavatione, ad instar fossae, exprimitur fructus, qui inde prosiliit: fossis enim agros circundamus, ut ex his fructus copiosos exhauriamus. Sic quidam.*

Fossa parit tellus, optato tempore fructus.
Fossa caro Christi, caelica regna dedit (¹).

Foderunt. Hicieron fosas en el cuerpo de Cristo, para que nos diese los frutos de la eterna vida. (*Vastitatem plagarum ostendit.* Anton. Nata). Y porque no atiendo agora á sacar alegorías, sino á probar la acerbidad de los dolores de Cristo, digo que el que sufrió de los clavos fué tan grande, que no sé cómo se pueda declarar. Todos los Santos y Docto-

(¹) «No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros».

(¹) «Cavaron, dijo David, no traspasaron, porque con esta profunda excavación, á manera de fosa, se expresa el fruto que de allí salió, pues de hoyos cercamos los campos para recibir de ellos frutos más abundantes. Y así dijo cierto poeta:

Cavada bien nuestra tierra
Buen fruto rinde á su tiempo,
Cavado el cuerpo de Cristo
Nos dió su celestial reino».

res dicen que fué sumo. (Bern., *Tract. de Pass. Domini*, cap. 7). Y Santo Tomás (3 p, q. 46, art. 6) lo prueba de los lugares nerviosos y muy sensibles por donde entraron. Cábele al dolor que allí se siente, causar pasmo y enajenar un hombre, y entorpecer los miembros· Juan Echio (*Tract. de Pass. Domini*, art. 5, cons. 3), autor gravísimo, dice que así estiraron el cuerpo de Cristo, cuando le pusieron en la cruz, como se estiran las cuerdas de un salterio; y así sus miembros todos, sus nervios, sus venas y arterias y sus costillas, sin alguna misericordia fueron estirados y rompidos. Y Landulfo alega una revelación hecha á un siervo de Dios, en que le reveló el Señor que el mayor dolor que sintió en su Pasión fué al tiempo que le enclavaron y extendieron en la cruz. Y por Santa Brígida llama Cristo á los clavos acerbos (Brig., lib. 7, cap. 15). Y si decimos que el sensorio del tacto está en los nervios, como lo está, porque mediante ellos se hace la sensación, que es aquella obra del sentir por el tacto, entenderse ha algo de la grandeza del dolor de Cristo en este paso. Desencasáronse muchos huesezuelos de los que tienen los pies; lastimaron los músculos nerviculosos y los ligamentos en que todos los miembros están asidos unos de otros; y como el clavo iba entrando iba haciendo lugar, apartando, como digo, unos huesos de otros, y los nervios; en la cual convulsión de los pies no se puede decir cuánto fué el dolor y la pena del Salvador. Lo cual supo por revelación la devotísima Brígida, y da testimonio dello en esta forma (Lib., 1, c.): *Dolor nervorum perforatorum accessit inconsolabiliter ad cor eius; et de corde iterum ad nervos. Appropinquante autem morte eius prae intolerabili dolore, cum rumperetur cor, statim contremuerunt membra eius.* Son palabras ternísimas y poderosas para enternecer las piedras. El dolor de los nervios horadados, inconsolablemente acudió al corazón y le lastimó, y del corazón iba y volvía á los nervios. Mas allegándose la muerte, por el intolerable dolor, como se le rompiese el corazón, todos sus miembros temblaron y se estremecieron. Casi lo mismo dice en el capítulo 51, aunque añade que fueron dos los clavos de los pies, uno hincaron primero en el pie izquierdo y pusieron sobre él el derecho, y con otro clavo muy largo los cosieron ambos en la cruz. Y confiesa el Señor que como no tenía sobre qué sustentar el peso del cuerpo, sino los clavos de los pies, que padeció increíbles dolores. Y más adelante, en el mismo capítulo, dice el Señor á su sierva que de la congoja y fatiga grande y violencia notable del dolor el corazón se le partió, y que el ánima muy apriesa se le salía del cuerpo.

§ V

De manera que cuando el Salvador, cansado, se quería cargar sobre los pies todo, las manos se rasgaban y los agujeros dellas se hacían mayores, y el dolor de los pies era gravísimo. Y al fin había de estar inquieto aquel cuerpo, no hallando sobre qué descansar ni por un brevísimo espacio de tiempo. Allí dijo (Psal. 21): *Sicut aqua eflussus sum, et dispersa sunt omnia ossa mea*: Yo fuí derramado como agua, y mis huesos todos se desenlazaron y desasieron entre sí. Mira, cristiano, qué dolor· *Factum est cor meum sicut cera liquescens in medio ventris mei*: *aruit tamquam testa virtus meo, et lingua mea adhesit faucibus meis, et in pulverem mortis deduxisti me* (1). Todas estas comparaciones significan la vehemencia de su pasión, el vigor casi del todo consumido y la sed que por la mucha sangre derramada le atormentaba y afligía en la cruz. De manera que tenía la lengua tan seca y pegada al paladar, que apenas la podía mover para hablar las pocas palabras que habló. A lo menos los griegos encarecieron tanto el trabajo de la sed, que se les quedó en proverbio que ella era el tormento del hombre: *Tormentum hominis sitis.* El profeta santo Isaias (Esai., 53), habiendo dicho de cómo Cristo había de ser levantado en la cruz y puesto á vista de todos, y de cómo no había de quedar en él rastro de hermosura, siendo el más hermoso de los hombres, añade: *Ipse vulneratus est propter iniquitatis nostras, attritus est propter scelera nostra.* Y señalando el autor desta obra añade: *Voluit eum Dominus conterere in infirmitate.* Tanto nos amó Dios, que quiso que su Hijo unigénito fuese así maltratado y quebrantado para nuestra salud y remedio. La palabra *conterere* es muy significativa. Qui-

(1) «Mi corazón tornóse como cera que se derrite en mis entrañas; secóse mi vigor como un tiesto; mi lengua se pegó á mi paladar y me has conducido hasta el polvo del sepulcro».

so que fuese molido. Como si dijésemos, en partes muy menudas. Quiso que entendiésemos en este modo de decir la multitud y gravedad de los tormentos de Cristo, en cuyo cuerpo no quedó miembro sin dolor. Y es lo mismo que en el salmo citado dijo el profeta en su nombre (Psal 21): *Et in pulverem mortis deduxisti me.* ¿Qué otra cosa es reducir á uno en polvo de muerte que molerle y matarle á puros tormentos? En un autor grave leí que entre los oráculos que de las sibilas se hallaban había leído uno que decía que el pueblo nuevo había de adorar un Dios quebrantado y molido. ¡Ay, Jesús, quebrantado y molido con tormentos! ¿quién te mirara con los ojos del alma pendiente en la cruz, con corona de espinas coronado, estiradas las venas y los nervios, descoyuntados los miembros, las manos extendidas y enclavadas y los pies cruelmente lastimados; todo el cuerpo llagado y despedazado á puros azotes; el pecho abierto; el rostro pálido, color de la obscura muerte; los ojos escurecidos y llenos de sangre; la lengua pegada al paladar, y la garganta seca; la cerviz inclinada; desnudo en cueros delante de tan crueles enemigos, todos burlando y riendo de verte en tal fatiga y figura, que no reviente de dolor, y que sus ojos no cieguen llorando? Pero descansemos un poco deste discurso, porque nos queda un buen pedazo por andar, en razón de la acerbidad de la pasión y muerte del Salvador, á quien sea gloria y honra por todos los siglos de los siglos, Amén.

CAPÍTULO XVIII

En que se prosigue la materia del pasado y se trata de los improperios de la cruz, y milagros con que el Padre eterno honraba á su Hijo en tanta deshonra, y mostraba ser Dios cuando apenas parecía hombre.

§ 1

Muchos otros testimonios hay en las divinas Escrituras de los profetas santos, con que se manifiesta y descubre claramente la grandeza de los dolores y pasiones de Cristo; como aquel de Jeremías (Trenor., 3): Dará su rostro para que le den bofetadas y hartarse ha de oprobios; que si se supiera pesar la hambre de Cristo de padecer por la salud de los hombres, por ventura nos enseñara más esta palabra que cuantas hasta agora habemos dicho. Quédese á la consideración de los que saben apreciar cosas tan grandes, y pesemos, si podemos, lo que el mismo Señor dijo por el Profeta santo en el salmo 128: *Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores, prolongaverunt iniquitatem suam.* La traslación Caldaica dice *Araverunt*: Sobre mis espaldas araron los pecadores y alargaron su maldad. Quedó el cuerpo de Cristo como arado y sulcado de los azotes. Como la tierra, que para que dé fruto se ara y sulca, y luego se le comete el trigo· ¡Oh qué fruto tan colmado dió este campo divino, arado y sembrado de azotes! El mismo Señor manifestó el estrago que los impíos y crueles enemigos habían de hacer en su cuerpo inocentísimo, y el fruto que de ahí se había de sacar, diciendo (Ioan., 12): *Nisi granum frumenti cadens in terram, mortuum fuerit, ipsum solum manet, si autem mortuum fuerit multum fructum affert.* Lo que sabemos es que el grano de trigo arrojado en tierra, con el calor della se desata y como que se derrama y deshace y derrite, de manera que de su antigua especie ninguna cosa queda, salvo aquella natural virtud de fructificar que la semilla de su primera institución tiene comunicada por el mismo Dios. Considérese cuál quedó Cristo por su pasión y muerte, como derretido y deshecho, sin figura de hombre, como dijo Isaías; mas no sin virtud de fructificar. *Sicut aqua effusus sum.* Como se derrama un caldero de agua en la calle para que la pisen todos y parece que no queda de agua más de lo que se mojó en la tierra, ansí fué Cristo derramado y como arrojado, y de manera maltratado, que no quedó en su cuerpo más que el esqueleto y lo que bastó para que se entendiese que era hombre. Y porque de propósito tengo de escribir de las congojas del huerto, del ir y venir al Padre y á los discípulos, y del ángel confortante, y sudor de sangre hasta correr en la tierra, cuya consideración basta para entender lo que aquí yo pretendo, que fué la pasión de Cristo amarguísima más de lo que el entendimiento humano ni ángeles pueden alcanzar (Matt., 17), no hablaré aquí nada del particular: sólo digo que para mí el mayor encarecimiento de los dolores que Cristo padeció en su muerte es haberla llamado San Lucas exceso (Luc., 9). *Loquebantur de excessu* [1], *quem completurus erat in Hie-*

[1] La Vulgata pone: *Dicebant excessum.*

rusalem. Esta plática tuvo Cristo Señor nuestro con sus amigos Moisén y Elías, oyéndola San Pedro, San Juan y Santiago, en el monte Tabor, estando transfigurado delante de todos ellos. Y aunque me quise pasar de largo, por no mezclar gloria con pasiones, por haber juntado el Señor su muerte con la gloria de su cuerpo me detendré un poco, y diré algunos buenos pensamientos que en particular se me han ofrecido, que sin duda serán de gusto y consolación para los lectores.

§ II

Loquebantur de excessu. En el contexto griego se lee: *Loquebantur de discessu*. Eutimio lee: *Loquebantur de gloria*. Digamos primero del exceso, que, refiriéndose á Cristo, en ninguna manera parece que le conviene; porque le confesamos Hijo de Dios, y Dios con su Padre, que todas las cosas crió y ordenó con peso, número y medida. Lo cierto es que si un puro hombre hiciera por otro hombre lo que Dios hizo y padeció por los hombres, ningún nombre se le pudiera dar sino este: exceso. Quédese, pues, á un cabo la consideración de que es Dios el que padece por los hombres, y pongámosla por un poco de tiempo en que no es más que hombre. ¿Quién no dirá que en esta obra perdió los estribos? ¿Quién no dirá que salió de si y excedió los limites de la razón, y que estuvo demasiado? ¡Qué de trabajos! ¡Qué de persecuciones! ¡Qué de afrentas! ¡Qué de miserias! ¡Qué muerte tan cruel! ¿Hay guarismo con que se numeren sus dolores? ¿Hay peso con que se pesen sus tormentos? ¿Hay medida con que se midan sus penas? Padece cárceles y cadenas, como flaco; padece escarnios y baldones, como necio; padece y sufre bofetadas y salivas, como blasfemo; sufre azotes y muerte de cruz, como facinoroso y malhechor. Isaías, como ya vimos, le llamó Varón de dolores; ó porque con ánimo varonil los padeció, ó porque ningún dolor hubo que no se registrase en Él. Fué su pasión, como queda dicho, universal, así por la universidad de los atormentadores y penas, como porque padeció en todos los bienes que llamamos de fortuna, y en sus miembros todos, sin quedar uno reservado de padecer. Pues, pregunto yo á los lectores piadosos: Este hombre, que voluntariamente y con tanto amor tales cosas padece, ¿está en sí ó fuera de sí? ¿No son todos estos excesos? Pues juntemos á Dios en este hombre, y volvamos á andar las estaciones que con solo el hombre habemos andado. ¿Qué tiene que ver el Todopoderoso con las cárceles y cadenas? ¿Qué la Sabiduría eterna del Padre con las afrentas y escarnios? ¿Qué la Bondad infinita con las bofetadas y salivas? ¿Qué los azotes y la horrible y espantosa muerte de cruz con el que es la misma Justicia? Afirmad la consideración en este punto, que no es puro hombre el que hace estos excesos, sino Dios hombre. *Loquebantur de excessu*. San Pablo, escribiendo á los de Éfeso, dijo (Ephes., 2) que estuvo Dios demasiado (si así se puede decir) cuando envió su Hijo al mundo para que con su muerte nos diese vida. Y el mismo Señor se confiesa herido del amor de su Esposa la Iglesia (Cantic., 4). *Vulnerasti cor meum, soror mea, Sponsa*, etc. Los Hebreos leen: *Excordasti, vel fascinasti*. Cuando un hombre hace desatinos por alguna mujer que quiere bien, acostumbramos á decir que está hechizado ó desacordado; que hay allá adentro otro que manda más que él. Pues ¿qué diremos de Dios, azotado, escupido, puesto entre dos ladrones y muerto por los hombres? ¿Que hace excesos? Poco es. Diremos que está hechizado, ó desacordado, ó tomado del vino del amor. ¿Quién descubrió á Noé, y le sujetó á que su hijo mayor mofase y burlase dél? El vino, sin ninguna duda; porque él hombre justo y honesto era: que por eso vuelto en sí maldijo á su hijo; el vino le descubre y le saca á la vergüenza. Y á Dios, ¿quién le tiene desnudo en la cruz? ¿quién le manda? ¿quién le rige? ¿quién le gobierna? El amor. Por eso hace excesos, porque el amor es excesivo. Y si leemos, como los griegos, *Loquebantur de discessu*: de la partida, tanto nos declara su amor llamando partida á su muerte como llamándola exceso. Grande amor el que hace que se sienta más la partida y el despedirse de lo que se ama que la propia muerte. Y á la verdad, entre los fieles y finos amantes más se siente el apartarse que el morir; porque muriendo mueren muchas causas de dolor, y ausentándose nacen de nuevo: comienzan los celos, y las desconfianzas, y los miedos, y los olvidos, y las mudanzas, que son púas agudas que atraviesan el alma del que se ausenta. La mujer se entibia en el amor de su marido ausente y falta muchas

veces á la fe prometida; el hijo se olvida de su padre, y el amigo de su amigo; y todos vivimos desacordadamente y faltamos á nuestras obligaciones cuando nos parece ó se nos antoja que está lejos de nosotros Dios. Bendito sea Él, que siente á par de muerte, ó más que la muerte, dejar á los suyos, habiendo de ir á su Padre y á su gloria. Pero no me parece pasar de corrida por el tiempo en que tuvo esta plática, que si vamos buscando grados de amor, el que aquí se nos representa sobrepuja todo encarecimiento. Una sola hora concedió á su cuerpo lleno de cansancios y fatigas, para que la gloria del alma se le comunicase, y no quiso que fuese sin el sentimiento de su muerte. Tanto nos amó, que tomó por gloria el morir por nosotros en una cruz. Estando de partida, dijo á su Padre (Ioan., 17): *Pater, venit hora, clarifica me.* Hora de su clarificación llama á la hora de su muerte afrentosa, haciendo gloria de sus penas que padece por los que ama, como grande amador y enamorado. Y entra aquí muy bien lo que dijo Eutimio, que en algunos ejemplares griegos por *exceso* halló *gloria*. Como si dijera el evangelista: Hablaban de la muerte de cruz, que fué gloria para Cristo. Solía ser pena y castigo de pecados gravísimos, y de malhechores, mas en Cristo fué gloria, y la que más declaró la grandeza de su amor para los hombres. ¿Y qué hombre habrá que, siendo de ánimo agradecido, oyendo decir que el que era dignísimo de toda honra sufrió con amor tales afrentas, que no le glorifique? Grande ponderación del amor de Cristo, dice Crisóstomo, que, hablando de la ignominia de la cruz, diga San Lucas que hablaban de la gloria. Compararon los antiguos el amor al fuego, con grandísima propiedad; porque como el fuego hace sus operaciones conforme á la materia en que se ceba: que en la paja liviana y en la estopa seca se acaba de presto, y en la encina fuerte y robusta dura mucho, y en la pólvora es tan furioso que todo lo atropella, derriba y asuela, ansí el amor obra conforme al corazón en que prende. Amor encendido en corazón de hombre hace efectos conformes al valor ó flaqueza del hombre; mas encendido en corazón de Dios, ¿qué ha de ser sino divino? ¿qué ha de producir sino afectos celestiales? Ese le hace á Cristo tener por fácil lo más dificultoso y por suave lo más terrible y amargo, como lo es la muerte, y por exaltación y gloria el abatimiento de la cruz. Sacamos de lo dicho, para consuelo de nuestras almas, que la muerte de Cristo se llama exceso, partida y gloria: exceso, porque excediendo en el amor excedió en las pasiones, y pudiendo redemirnos con sola una gota de su sangre, no quiso que le quedase gota en su cuerpo; partida, porque el apartarse de los suyos le fué no menos molesto que la muerte; gloria, porque se ve cuánto pudo el amor, pues volvió las deshonras en honra y en gloria las afrentas de la cruz. En el Tabor se habla del exceso, y en el Calvario se ven muchos excesos. ¿Quién vió á Job en su palacio, como grande entre los orientales, vestido como vestían los reyes (Iob., 1), y le vió después en un muladar, desnudo y lleno de lepra, que no saliese de sí con admiración y pasmo? Siete días estuvieron sus amigos sin hablar palabra, espantados de tan gran mudanza, cotejando el muladar y el palacio. ¡Oh montes divinos, cuánta es vuestra diferencia y disimilitud! El Tabor parece cielo: los peñascos y las rocas llenas de luz, los árboles vestidos de claridad, Pedro arrebatado y cuanto allí se ve rebosando gloria; mas el Calvario, que está defrente, lleno de huesos secos y de calaveras de justiciados, las piedras rociadas de sangre y las criaturas enlutadas. San Juan Crisóstomo, declarando aquellas palabras de David (II Regum, 1): *Montes Gelboe, nec ros, nec pluvia veniant super vos,* etc., dice ansí: ¡Oh montes!, ¡oh montes!, no merecéis ser regados con aguas del cielo, pues lo fuístes con la sangre de tantos nobles. Allí perdió su honra Israel; Saúl y Jonatás las vidas; y allí cayeron los fuertes de Israel. En el monte Calvario cayó Jesús; allí burlaron de Él sus enemigos; allí se quebrantó y rompió aquel lazo dorado con que aquella santísima ánima estaba unida al inocentísimo cuerpo; allí, finalmente, fué crucificado y puesto en medio de ladrones el que tiene su asiento á la diestra del Padre, rodeado de ángeles. ¡Oh monte Calvario, adonde cayó el fuerte de Israel y su Madre llena de compasión quedó casi muerta! allí fué afligido el hermoso Nazareo, hasta desconocerle Isaías (Esai., 53), hallándose muy cerca de Él en espíritu. Muy bien pudiera decir en este monte lo que el santo Job en su muladar: *Fratres mei praeterierunt me sicut torrens, qui raptim transit in convallibus:* Por no apiadarse de mí los míos, ni aun

los ojos me quisieron dar; pasáronse de largo con la priesa que la garganta ó río que desciende de alguna alta sierra, ó como el aguacero que arrebatadamente se causa con las muchas aguas del verano.

§ III

Y fuera poco pasarse de largo los amigos, si los enemigos no le trataran mal con palabras y movimientos feos, como lo dicen los evangelistas. Empero mucho antes lo había profetizado el rey santo, en aquel famoso salmo que como otro San Mateo ó San Juan describe la pasión de nuestro Salvador (Psal. 21). *Omnes videntes me, deriserunt me, locuti sunt labiis, et moverunt caput*: Todos los que me vían puesto en la cruz burlaban de mí, hablaron palabras de afrenta y movieron la cabeza. Esto dice el Profeta, y muchas otras cosas, de que dan claro testimonio los evangelistas sagrados. *Et praetereuntes*, dice San Mateo (Matt., 27): *movebant capita sua, dicentes*: *Vah, qui destruis templum Dei, et in triduo reaedificas illud.* La palabra *Vah* es interjeción, y entre los latinos significa cierto modo de escarnio, con la boca más abierta y desplegada, medio sacada la lengua, y los ojos desgarrados y en blanco. *Aperuerunt super me os suum, sicut leo rapiens et rugiens.* Y el mover la cabeza diciendo esto también tiene su manera de gravedad, que levanta de punto el escarnio. Pasaban de largo, y meneando la cabeza y abriendo la boca decían: *Vah*, etc. Burlaban del Señor en esta figura, porque había dicho en cierta ocasión: *Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud.* Y fué porque no le entendieron que Él hablaba de su muerte y resurrección, llamando á su cuerpo templo, que muriendo se había de descomponer y se había de desatar el ánima dél, y resucitando se había de reedificar y levantar de nuevo; y ellos lo entendieron del templo de Salomón; y por eso le calumniaron delante de Caifás, añadiendo, como dice San Marcos: *Templum hoc manufactum;* porque no hubiese razón de dudar y fuese la acusación más fuerte, como si le faltara poder para reedificar en tres días el templo de Salomón material al que después de muerto se resucitó á sí mismo. Al fin fué burla y acusación. Empero más afrentosa fué la que siguió. *Si Filius Dei es, descende nunc de cruce, et credimus tibi* (¹). Parécese esta tentación á la de Satanás, que puesto Cristo sobre el pináculo del templo, le dijo (Matth., 4): *Si Filius Dei es, mitte te deorsum.* Al demonio pudiéramos decir que Dios no puede despeñarse; y á sus hijos, que por ser Hijo de Dios no desciende de la cruz. Estimaba en más la salud de los hombres, por los cuales había subido en ella, que la suya misma y que la vida tan amada; ansí no hizo caso deste ofrecimiento: lo uno, por no dejar su obra comenzada; y lo otro, porque la promesa de creer en Él era mentirosa. Lo cual se vió en su resurrección, que aunque resucitó, y dello hubo testigos de los suyos, no creyeron en Él. De manera que estas palabras: *Si Filius Dei es, descendat nunc de cruce, et credimus*, etc., fueron sin ninguna duda irrisorias y de escarnio y mofa, para afligirle más y hacer su pasión más amarga. Hablan como seguros de que no bajará, porque no tiene poder para ello. Y vese claramente por lo que añaden: *Alios salvos fecit, seipsum salvare non potest.* En un sentido son verdaderas estas palabras y en otro son falsas: verdaderas, hablando de la verdadera salud, que la dió á los otros y á sí no, porque no la hubo menester, que era justo y era Dios; falsas, tratando de la salud corporal, porque el que la dió á muchos no fué impotente para dársela á sí. Bien dicen: *Alios salvos fecit,* porque á Lázaro resucitó después de cuatro días muerto, y á otros sanó de varias enfermedades, y á muchos libró de la tiranía de los demonios; pero mal dicen: *Se ipsum non potest salvum facere.* Poderoso para los otros y flaco y impotente para si, ¿cómo puede ser? Si dijeran: A sí mismo no quiere librarse, dijeran verdad; porque como pudo resucitarse después de muerto, pudo bajar de la cruz y sanar de sus heridas antes de morir. Pero Señor, ¿qué fuera de nosotros si como os lo pedían los judíos bajárades de la cruz? Ninguno se salvara, porque la salvación de los hombres estaba librada en vuestra muerte, y muerte de cruz. Síguese: *Confidit in Deo, liberet eum, si vult eum; dixit enim quia Filius Dei sum*: Confió en Dios, líbrele agora, si quiere, porque Él dijo: Hijo de Dios soy. ¡Qué mal arguyen estos letrados! Sí, que no por confiar los Santos en Dios les libra siempre de sus trabajos, en los

(¹) «Si eres Hijo de Dios, baja ahora de la cruz, y creemos en tí».

cuales muy de ordinario les libra su salvación y acrecentamiento en la virtud y merecimientos. ¿Y por qué había el Padre de librar al Hijo muy amado de los tormentos de la cruz, habiéndole de honrar, como le honró después, por haberla sufrido? ¿Qué de gloria se le siguió? Más que á todos los otros hombres de sus muertes y pasiones, porque era Hijo de Dios. ¿Qué potestad? ¿Qué judicatura? ¿Qué nombre? Estas burlas y escarnios de Cristo y consejos de los judíos, están así declarados en el libro de la Sabiduría (Sap., 2), que más parece el escritor evangelista que se halla presente que profeta de cosas por venir. Allí lo podrá leer el lector curioso, que para mis intentos bien me basta lo que hallo escrito en los evangelios. *Et accedentes milites illudebant ei: si tu es Rex Iudaeorum, salvum te fac.* No dicen: si eres Dios, sino: si eres Rey de los judíos. Eran gentiles los que esto decían, y no conocían divinidad en Cristo, sino humanidad tan solamente, y eran de los que le acusaban que afectaba el reino y que se hacía rey; por eso le dicen: Si eres Rey de los judíos, desciende de la cruz, como si el más poderoso rey del mundo, puesto en una cruz como lo estaba Cristo, lo fuera para librarse por sí solo. Fué mofa, como las demás.

§ IV

Y no sólo los soldados se descomidieron, sino, como dice San Mateo y San Marcos, los ladrones que le acompañaban en sus cruces, por ventura llevados del mal ejemplo de los mayores, que hacían lo mismo, ó por lisonjear á los judíos, que tan emperrados vían contra Cristo, esperando por aquel camino escaparse de la muerte. Lo certísimo es que ambos ladrones blasfemaron de Cristo al principio; pero el uno por la misericordia de Dios cayó en la cuenta y se arrepintió y pidió á Cristo que se acordase dél cuando estuviese en su Reino. El malo decía, haciendo burla: *Si tu es Christus, salvum fac temetipsum et nos.* San Agustín, en aquel libro dorado que escribió *De consensu Evangelistarum*, dice que es muy común en la Escritura usar del número plural por singular, y lo mismo usaron los antiguos oradores; y es lenguaje común entre nosotros Fulano tiene hijos, y no tiene más que uno. Á Fulano tengo cometidos mis negocios, y es un negocio tan solamente; y desta manera concierta á San Mateo y San Marcos con San Lucas. Ellos dicen: Y también los ladrones burlaban del Señor. El dice que uno dellos era el blasfemo, y todos dicen verdad, porque hablan al uso, de muchos por uno. Como San Pablo á los Hebreos, tratando de las maravillosas obras de los Santos (Hebr., 11): *Obturaverunt ora leonum*, no habiendo más que un Daniel que lo hubiese hecho. *Secti sunt.* Habla de muchos asserrados, y no hubo hasta él más que un Isaías. Y en el salmo 2: *Astiterunt reges terrae*, y no hubo sino Herodes y Pilatos en la muerte de Cristo. Y yo digo muchas veces: los Hilariones, los Macarios, los Antonios, y no hubo más que un Hilarión, y un Macario, y un Antonio. Pero quédese esto para más largo discurso, y pongamos los ojos y la consideración en las maravillas que acompañaron á tantas y tan graves ofensas y afrentas, que parece que andaba Dios á porfía con los enemigos de su Hijo; ellos buscando modos exquisitos para deshonrarle y afligirle, y Él amontonando milagros para honrarle y declararle por Dios. Notable maravilla entre todas, que el Centurión y los que estaban con él, viendo las cosas que pasaban en la muerte de Cristo, dándose golpes en los pechos dijesen: *Vere Filius Dei erat iste.* San Agustín y San Jerónimo atribuyen este milagro á la voz grande y esforzada con que Cristo expiró. *Videns autem Centurio, quia sic clamans expiraset, ait: Vere hic homo Filius Dei erat* (Mar., 15). Milagrosa voz, y obradora de milagros, que por ella se compungió el Centurion, y otros con él, y confesaron por Hijo de Dios al que vían morir tan miserablemente. Los dos doctores citados atribuyen esta voz á la divinidad de Cristo, que muere cuando quiere y como quiere. *Potestatem habeo ponendi animam meam, et iterum sumendi eam.* Murió porque quiso, y no muriera si no quisiera. Por esto dió tan grande voz, porque se vea que tiene vigor para vivir y que quiere morir. No le echan del cuerpo por fuerza, que ninguna hay contra Él; Él se sale de su voluntad. Escogió el género de muerte que quiso, y estuvo penando en la cruz lo que quiso; cuando le pareció, expiró; en el sepulcro estuvo lo que fué su voluntad; y cuando resucitó, fué como si despertara de un sueño dulce y se levantara de la cama. Grande y estupenda maravilla fué escurecerse el sol desde la hora de sexta, hasta la nona, que el Señor expiró

dejando toda la tierra en tinieblas (Matth., 27; Marc, 15; Luc., 23): *Tenebrae factae sunt super universam terram*, no por algún eclipse natural, sino retrayendo el sol maravillosamente sus rayos y escondiendo su luz al mundo, y haciendo noche profunda por aquel tiempo. ¿Y con qué fin todo esto? Unos dicen que fué para significar las interiores tinieblas de los judios; otros, que para mostrar que el que padecía y moría así desfigurado y maltratado era Señor y Criador de todo el universo; otros dicen que lloró Dios de la manera que pudo, dando señales de llanto, á la traza de aquellos que en la muerte de sus amigos se esconden y huyen de la luz y hacen tinieblas artificiales, cerrando puertas y ventanas, y enlutándose á sí y á sus domésticos, y entapizando de negro sus aposentos. Al fin llora Dios como puede en sus criaturas; y cuando más se descubre la enfermedad de la carne de que se vistió en su Hijo, que fué muriendo en la cruz, más mostró su gran poder cerrando los ojos al mundo, esto es, escureciendo el sol y la luna, que entre las lumbreras del cielo tienen el principado; lo cual sucedió estando Cristo colgado del madero de la cruz, y enviando, como dije, su espiritu al Padre. Empero después de Él muerto, *Velum templi scisum est in duas partes, a summo usque deorsum*. Como si dijera Dios: Ya no hay figuras, esta es la verdad de todas ellas; ya la divinidad de Cristo se ha manifestado á los hombres, y sus misterios, con grande razón hasta agora escondidos; ya no hay velo que impida á los hombres la entrada del *Sancta sanctorum*. Y, como dice San Jerónimo, el cielo se abrió en aquel punto por la muerte del Salvador.

§ V

Síguense otras maravillas no menores; una, que las piedras se quebraron; otra, que la tierra se estremeció; la tercera, que los sepulcros de los muertos se abrieron. Como si se nos dijera: Causó tan grave dolor en las criaturas la muerte del Criador, que las cosas durísimas se quebrantaron, y las que no se mueven se movieron, y los muertos salieron de sus sepulcros para ver tan grande y tan espantosa maravilla como fué morir Dios. Y para acabar con este capítulo, en una palabra diré lo que pide un largo tratado: que viniendo los soldados á quebrar á Cristo las piernas, para abreviar con Él como con los ladrones, hallándole ya muerto: *Unus militum lancea latus eius aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua*. ¡Oh pertinacia de judíos! Muerto Cristo, le quisieron afrentar abriéndole el costado con una lanza; y por ese camino hizo Dios un gran milagro, que fué sacar agua y sangre de un cuerpo muerto. San Agustín, sobre estas palabras, dice divinamente: *Vigilanti verbo evangelista usus est, ut nom diceret: Latus eius percussit, aut vulneravit, sed aperuit; ut illic, quodammodo vitae ostium panderetur: unde sacramenta Ecclesiae manaverunt, sine quibus ad vitam quae vere vita est; non intratur. Unde sequitur: Et continuo exivit sanguis et aqua. Ille sanguis in remissionem peccatorum fusus est: aqua illa salutare temperat poculum, hoc et lavacrum praestat et potum. O mors, unde mortui reviviscunt! Quid isto sanguine mundius? Quid isto vulnere salubrius?* Con palabra advertida y de consideración habló el evangelista, que no dijo: hirió, sino: abrió su costado con la lanza; para significar que allí en su manera se abria puerta de vida, de donde los Sacramentos de la Iglesia manaron, sin los cuales á la vida que es verdadera vida no se entra. Síguese: y luego salió sangre y agua; aquella sangre para remisión de pecados se derramó, y aquella agua tiempla una saludable bebida; y uno y otro nos dan bebida y lavatorio. ¡Oh muerte de donde los muertos reviven! ¿Qué cosa más limpia que esta sangre? ¿y qué cosa más saludable que esta llaga?

CAPÍTULO XIX

De algunas razones que obligan á la compasión de Cristo crucificado, sacadas del seráfico doctor San Buenaventura [1], *del libro que intituló «Estímulo de amor»* (capítulo 2).

§ I

Para compadecernos de Cristo crucificado, cosa de tan grande importancia al ánima reli-

[1] Los Padres de Quaracchi, en la edición crítica de las *Obras de San Buenaventura* (tomo X, página 23), prueban que es obra de uno de sus discipulos, el P. Fr. Jaime de Milán, el cual tomó mucho de su maestro y dió ocasión con ello para que el *Stimulus amoris* se lo adjudicaran al Doctor seráfico. Puede verse también el prólogo de la nueva edición de este libro, hecho en Quaracchi, año 1905.

giosa y que desea aprovechar en la vida espiritual, pone el seráfico doctor San Buenaventura cuatro razones, admirables verdaderamente y sobremanera eficaces y obligatorias: La primera, y la mejor, y la más levantada de punto, es que estudiemos cuanto nos fuere posible unir á Él nuestro corazón por fervoroso amor; porque cuanto más suficientemente le amáremos, tanto más nos compadeceremos de sus pasiones; que la compasión, como dicen sabios, es hija legítima del amor y efecto suyo propio; y el afecto se enciende más cuanto la compasión es mayor, y alternativamente crecen y se aumentan entre sí amor y compasión, hasta llegar á la perfección, como de nuestra parte no haya algún estorbo, ó impedimento, ó miseria voluntaria. Y aunque puede haber muchas, principalmente lo son la presunción, y la desconfianza, y la negligencia, de que habemos de huir con todas nuestras fuerzas. Porque obra de tanta nobleza como ésta, debe el hombre acometerla y emprenderla con humildad, con confianza, instante y perseverantemente, y con toda la limpieza de corazón que pudiere. Y si le pareciere que es indigno y grande pecador para esta empresa tan gloriosa, no por eso se desanime ni desista, que por los pecadores fué Cristo crucificado. ¿Pero de qué manera me tengo de unir por amor con Cristo? Que ya tu corazón más parezca ser corazón suyo que tuyo; mas uno con Él que contigo. ¿Y cómo, si esto alcanzas, no sentirás sus heridas? ó ¿qué pasiones tendrá que no redunden á tu alma y se comuniquen á tu corazón? Trabaja, pues, cuanto pudieres que tu corazón totalmente entre en Jesús; y á ti te reputa y estima en nada fuera de Él, porque en verdad nada eres y como de nada cuidarás de ti. Tu cuidado todo, cuanto al estado y tiempo presente, ha de ocuparse y revolverse acerca de Cristo crucificado y rodeado de pasiones; porque lo que eres, de Él lo eres, ni con buen derecho puedes de ti dar algo á ninguna criatura. Y si, como tengo dicho, te trasladares todo en Él, no puedo creer que no seas juntamente llagado con Él y que no sientas sus afrentas, oprobrios y desprecios. Y entonces cuánta dulzura y contentamiento recebirás no lo sabré yo declarar ni con la lengua, ni con la pluma; sólo pido y suplico al Señor que por su infinita misericordia te lo deje experimentar. Y si esto te pareciere muy dificultoso, y tu entendimiento no penetrare mi razón, atiende al segundo ejercicio, más casero y manual. Piensa cuánto dolor sintieras, cuánta pasión y fatiga, si como á San Bartolomé te desollaran vivo, ó te asaran como á San Laurencio, ó te rasgaran tus carnes hasta que se vieran huesos y costillas, como con muchos mártires lo hicieron los tiranos. O considera otros géneros de tormentos y pasiones más atroces ó de mayor espanto para ti; y cuando pensando y considerando estas cosas sobre ti concibieres un cierto horror de una pena grande, entonces revuelve la consideración á Cristo, que por ti, pecador vilísimo, sufrió en la cruz más graves y más intolerables dolores que tú pudieras, ni otro alguno, sufrir en las cosas referidas. Piensa entonces, y rumía en tu corazón, cuánta angustia sufrió, y cuánta aflición, y cuán grande fué el amor que á eso le movió y obligó; y así meditando, sienta tu corazón aquellos dolores cuanto pudiere, y como si los padecieses derrama devotas y amarguísimas lágrimas. Y no dudes que se convertirán en grande dulcedumbre espiritual.

§ II

Y si ni esto te aprovecha para el fin que pretendes, experimenta otro medio más eficaz. Toma unas diciplinas que lastimen y no llaguen ni maltraten mucho la carne, y, puesto en lugar escondido y secreto, azótate valerosamente, no perdonando á tu cuerpo hasta que el dolor le rinda; y cuando te vieres así dolorido y afligido, convierte tu pensamiento á Cristo, lleno de pasiones y afliciones, y medita y piensa que tu dulce y amado Esposo, tu amor, el deseo de tu ánima, el solaz de los ángeles, premio de los bienaventurados, Jesucristo, Dios y Señor de todas las cosas, quiso por ti, estiércol vilísimo, sufrir en su cuerpo sin comparación mayores y más intensos dolores. Y no dudes de que este remedio te ha de valer mucho, porque por las pasiones propias deprenderás á compadecerte del Señor que por ti padece. Y advierte que á todo lo dicho has de añadir la oración; de manera que casi contínuamente pidas á Dios que con sus llagas llague tu ánima, y por las mismas llagas y pasiones impetres de su largueza lo que pretendes. Y si por la dureza de tu corazón todas estas cosas no te son de provecho, aborreciéndote como si fueras un montón de es-

tiércol, llora sobre ti amargamente y dí: ¿Hasta cuándo la malicia y miseria de mi corazón prevalecerá contra Jesús, que por mí padeció y murió, cuyas llagas vencieron sobre la potestad del demonio, sobrepujaron los encantos y hechizos del primer padre, quebrantaron las puertas del infierno y abrieron las del paraíso? ¡Ay corazón! ¿es posible que sea tu malicia tanta que no la venza la excelentísima bondad de tu Criador? ¿Qué cosa puede haber peor que yo? ¿Qué malicia mayor que la de mi corazón? ¡Ay de mí! ¿qué haré, que mi enfermedad es tal que ni de la pasión de mi Señor Jesucristo recibo medicina? No cesen mis ojos de llorar hasta que las muchas lágrimas dellos ablanden tanta dureza. ¡Ay, ay! ¿á donde iré huyendo de tu espíritu? ¿Qué haré, cuando no sé hallar la vida de mi ánima y gustar la suma largueza de la divina clemencia acerca de mí? Sentaréme en un muladar, y con una teja raeré la lepra de mi alma; afligiréme de aquí adelante, y en ninguna manera me perdonaré hasta que en mi aflicción halle á mi Señor Dios afligido. Maravilla grande es que el hombre tenga paciencia consigo y que viendo la malicia de su corazón no se duela. ¡Oh corazón pésimo, ó por mejor decir diabólico! ¿Hasta cuándo has de resistir á la inmensa largueza? ¿Por qué te deleitas más en las llagas del pecado que en las llagas de Jesucristo? ¿Por qué te compadeces más de un pequeño golpe de tu pie que de la gravísima y afrentosísima muerte de tu Señor Dios, y del intensísimo dolor de tu Cabeza, y de la vida de tu ánima, Cristo? ¿A dónde se vió ni mayor flaqueza ni mayor locura? ¡Oh hombre! ¿no miras que amas más á aquel del cual más te compadeces en su dolor? Pues si te dueles más de tu pie lastimado ligeramente, y compadeciéndote dél inclinas á él tu corazón, que de Cristo en sus grandes y terribles aflicciones (porque ni de Él ni dellas te acuerdas en mucho tiempo; y cuando las piensas, ó no las sientes, ó es con tanta moderación como si fueran de puro hombre y no bienhechor ni amigo), ¿no quedas convencido de que estimas en más y amas con mayor amor á tu pie que á tu Señor Dios? ¡Oh ceguedad inmensa! ¡Oh hombres peores mucho que las serpientes, que compadeciéndose en sus trabajos de su cabeza, la cubren y guardan exponiendo á las heridas y golpes todo el cuerpo! Parece verdaderamente que, como miembros podridos, estamos cortados y separados de Cristo, nuestra cabeza; porque estando llagado por nosotros, no sentimos sus llagas. ¡Ay, Jesús mío! ¿por qué me hiciste, si no tengo de estar unido á Ti? Y si estoy conjunto á Ti, ¿por qué juntamente contigo no estoy llagado? Por mí ¡oh Jesús bueno! fuiste llagado, por mí, que no por Ti; y Tú solo sufres las llagas, y yo no las siento. Yo debo de ser el sujeto de las llagas, y no Tú, porque yo soy el que pequé y el que obré mal; pero Tú, que eres cordero inocente, ¿qué pecaste? Vuélvanse, ¡oh Señor! esas llagas á mí y á la casa de mi padre; restitúyenos, Señor, restitúyenos nuestras llagas, para que Tú, que eres inocente, no parezcas culpado, retiniendo llagas ajenas, ó por lo menos con Vos llagad nuestros corazones. Señor mío, morirme quiero si no llagáis mi ánima; aborrezco ver mi corazón no llagado, considerándoos á vos, mi Salvador, crucificado por mi salud. O me llagad con Vos, ó me dad licencia para herirme yo á mí mismo y llenar de llagas mi cuerpo; porque no quiero vivir sin llagas, contemplando tantas en Vos.

§ III

Y si todas estas cosas no valieren para moverte á compasión, piensa que de un tan noble beneficio eres indigno; y de ahí adelante no te cuentes entre las criaturas racionales, sino entre las bestias fieras, y con ellas pretende hacer tu morada. Y si acaso te humillares mucho, aquel que miró la humildad de su Sierva mirará la de tu ánima y te dará corazón nuevo para que conozcas á tu Señor Dios, que por ti padeció y murió. Pero ¿cuándo ¡oh Jesús bueno! cuándo será esto? El diferirlo es mi muerte; y si mucho te tardares, por ventura con la fuerza del deseo me derretiré; y después en lo líquido no se podrán imprimir llagas que duren. Mi ánima comienza ya á enfermar y desfallecer, y yo me voy reduciendo en nada, deseando ser consolado con tus llagas. ¡Oh Señor! ¿á dónde está vuestra sabiduría? ¿Ignoráis acaso que es mejor que tengáis vuestra criatura llagada que aniquilada? No, pues, dilates el llagarme, porque por la mucha dilación no pierdas al que con tu preciosa sangre redimiste Corre, corre, Señor Jesús; corre y llágame, que podrá ser que si esperas mucho no halles de mí nada. Mas ¡ay de mí! ¡cuán vil soy hecho, pues que pare-

ce que el Señor, que á sus enemigos ama, á mí me está aborreciendo! Señor, ¿por ventura soy hecho más que enemigo? Parécelo, pues por la redención de tus enemigos quisiste ser llagado, y yo desfallezco, y no parece que me quieres curar. No pido que por mí sufras llagas otra vez, sino que á mí, casi muerto, apliques tus llagas para que reviva. Señor Jesús, si distes lugar al hierro, criatura vuestra insensible, para que, haciendo herida, entrase en vuestro cuerpo, ¿por qué me negáis á mí, criatura vuestra racional, la entrada por las llagas ya hechas? ¿Qué es esto? ¿Es por ventura mi corazón más duro y más vil que el hierro? ¿O pensáis que será más cruel? No lo será, Señor; y si lo fuere y entrare, mi crueldad no te ofenderá, porque ya eres impasible. De manera, que como quiera que yo entrare por tus llagas y discurriere, y por la grandeza del amor comiere tus carnes, siempre permanecerás impasible; y mi apetito se satisfará, de suerte que se encienda más. Empero, ¿para qué doy más voces? Tardas y no vienes; y ya cansado del deseo, comienzo á desvariar. El amor rige, y no la razón; y corro con ímpetu á donde me quieres inclinar. Los que me vieren burlarán de mí, porque no entenderán que esta embriaguez es causada de tu amor. Ignoran que ese tu amor encendido impide el uso del sentido, y que el que á ti fervientemente busca, á sí y á todas las cosas desampara; y el que con puro corazón te ama, muy poco caso hace de las cosas exteriores y muchas veces no advierte á lo que hace, ó acerca de sí pasa. Ven, pues ¡oh Jesús bueno! ven y no quieras tardar, para que, por el deseo grande, no quede sin algún sentido. Pero, ¿qué digo? Por ventura es eso lo que tú buscas, que abstraído y apartado lejos de todas las cosas entre puro por tus gloriosas llagas, con las cuales entonces plenariamente llagues mi ánima, que te ama. Allí clamaré y diré: ¡Ay mi Señor Jesús! ¡cómo te veo cruelmente llagado y de cuánto dolor te contemplo agravado! ¿Quién me dará que por Ti muera? Ni puedo vivir viéndote en tanto dolor, ni puedo dejar de espantarme considerando tus penas, ni oso decir que no mueras, ni puedo sufrir tu muerte; de todas partes me rodean angustias, y no sé lo que elija, sino es que juntamente contigo sea crucificado; considerando tus pasiones en mí mismo desfallezco y por el dolor quedo sin aliento. ¿Qué hiciste, Señor? ¿Por qué por mí, vilísimo, subiste en la cruz? ¿Y qué soy yo, vilísimo gusano, podre abominable, por quien Tú, Señor de todas las cosas, hayas de ser así enclavado, siendo como eres Sabiduría del Padre? ¿Por qué hiciste tal conmuta, que dieses la vida por la muerte, la verdad por la vanidad, la gracia por la malicia, y por la miseria la gloria? ¿Quién alcanzará el secreto desta obra? ¡Oh caridad nimia ó excesiva, como lo dijo tu Apóstol, adonde se descubrió y apareció el abismo grande de tu inmensa piedad! Yo no hallo en Ti otra causa de muerte sino tu infinita caridad. Pero, Dios mío, ¿no fuera mejor que yo no fuera, que no, siendo, ser causa de tu muerte? ¿Cómo no rasgo mis carnes y las como á bocados por el gran dolor? ¿O cómo todas las criaturas no me acometen y quitan la vida, pues la quité yo al autor della? Sufriréme con paciencia, como sufriría en mi presencia algún enemigo mío, que, deseando matarle y acabar con él, por alguna razonable causa no me atreviese á ponerle las manos. Lo peor es que después de tan admirable beneficio como fué morir por mi salud y remedio, como si no fuera nada lo que hiciste, te ofendo y no ceso de pecar en tus ojos; de manera que de la medicina saco ponzoña y, como ingrato, por tan grande bien vuelvo tan grandes males; conviértome á las cosas vanas, como si no conociese que en Ti está mi salud eterna; allégome á las criaturas con atadura que no se puede deshacer, y de Ti, vida verdadera, me aparto y voy huyendo. Pero, Señor mío, ¿por ventura quisistes morir por mí de balde? ¿Queréis que se pierda el que comprastes tan caro? Mátame contigo, y contigo me crucifica, para que de Ti jamás me aparte, y contigo viva para siempre. Amén.

CAPÍTULO XX

De seis consideraciones en que se ha de ejercitar el que con aprovechamiento quisiere meditar en la Pasión de Cristo nuestro Redentor.

§ I

La Pasión del Señor, meditada y rumiada atenta y devotamente, engendra en el alma varios afectos de imitación, de compasión, de admiración, de gozo, de resolución y de quietación (San Buenaventura, 1 p. del *Estímulo de amor*, capit. 4, ex Rom. impres. Pii 6). Digo

que podemos meditar en ella para uno de seis fines: ó para imitar, ó para compadecernos del que la padece, ó para admirarnos viendo que es Dios el que padece, ó para alegrarnos y regocijarnos por ser ella la medicina de nuestros males y el remedio único de nuestras miserias todas, ó para derretirnos ó transformarnos en Cristo crucificado, ó para quietarnos, hecha esta resolución, en el mismo Cristo, nuestra salud y centro verdadero. La imitación sirve á la purgación de la mente, y para el crecimiento del amor; la compasión, para el amor y estrecha amistad; la admiración, para la elevación y enajenamientos amorosos; el gozo, para la dilatación del corazón; la resolución ó derretimiento, para la perfecta enfermedad ó transformación; la quietud y pausación, para la composición y conservación de la devoción. Y aunque para los ejercitados en las materias espirituales bastara esto ansi dicho á la ligera y en compendio, escribiendo para doctos y no doctos menester es que me declare más y que detenga la consideración un poco en cada uno destos afectos.

Lo primero, pues, para que sirve la meditación de la sagrada Pasión es para imitar á Cristo crucificado, que en esto consiste la imitación perfecta del cristiano y la suma de nuestro bien vivir, y la perfecta religión, y religiosa perfección. En una palabra, digo que la regla y ejemplar de toda perfección de la vida virtuosa es imitar á Cristo en su pasión y muerte. Al fin, la regla de nuestro bien vivir la pasión del Salvador es, y tanto más nos debemos consolar cuanto más conformes á Cristo nos halláremos. Y sea nuestro desconsuelo tan grande cuanto lejos nos viéremos de nuestra regla y ejemplar divino. Siempre, pues, habemos de desear cuanto es de nuestra parte ser de todos acoceados, despreciados y perseguidos, azotados y en los divinos servicios reprendidos y exasperados. Seamos desnudos con Jesús desnudo, y ninguna cosa deste mundo queramos tener, antes el tenerla nos sea pena y dolor penosísimo; y el no tener ni poseer nada, gloria y consolación muy alegre. Aborrezcamos gustar las cosas dulces y deleitosas, y contentémonos con los manjares viles desabridos, y apetezcamos más en lo que comiéremos lo amargo de la hiel que lo dulce de la miel, porque con hiel y vinagre fué abrevado Cristo. Y para decirlo todo en una razón, consideremos lo que por nosotros sufrió, y de la manera que se hubo en sus pasiones; y nosotros, conforme á nuestra pequeñez, y á nuestro modo, trabajemos por conformarnos con Él; porque; como dijo San Pedro (1 Petr., 2), padeció, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas.

En el segundo lugar entra la compasión, debida mucho y en gran manera á las pasiones, fatigas, afrentas, escarnios y dolores del Salvador, como largamente queda probado en el capítulo pasado. Ea, pues, cristiano, vuelve y revuelve estas cosas en tu corazón, y llénale todo de aquellas amarguras de cuerpo y alma de tu Redentor. Y si por amor estuvieres bien unido á Él, cierto es que te compadecerás de Él; y si no sientes el dolor de tu cabeza, ¿cómo puedes decir ni pensar que eres una cosa con Él? Y si de la cabeza mal afecta nos compadecemos más que de ninguno de los miembros de nuestro cuerpo, ¿con cuánta más razón nos debemos compadecer de Cristo, que lo es nuestra, que de ninguna otra persona, cuanto quiera que amada y querida, sea hijo, sea amigo, sea bienhechor, ó sea yo mismo, que tanto me amo y me duelo de mis propios males? Ea, pues, carísimos, embriaguémonos de la hiel, del absintio y de la mirra, y solas las heridas de Jesús sintamos. Traspasen lo íntimo de nuestros corazones las afrentas, los azotes y llagas de Él, y ninguna cosa haya en nosotros que no la penetre y bañe el dolor de la compasión y que no sea afligida intensamente.

Consideremos lo tercero la pasión para admirarnos; porque si consideramos la persona que padece, lo que padece y por quién lo padece, sin ninguna duda saldremos de nosotros con grande y espantosa admiración. Pese el ánima que es Hijo de Dios verdadero, omnipotente, infinitamente sabio y bueno; y que cuanto de nobleza quisiéremos atribuirle es nada respecto de lo que Él es en sí mismo. Las cosas todas, por buenas que las queramos considerar, son vanidad en su comparación. ¿Pero qué padeció? Dígalo otro, que yo no sé: peregrinaciones, fugas, hambre, sed, calor, frío, tentaciones, espantos, persecuciones, salivas, oprobrios, cadenas, azotes, ilusiones, dolores, llagas y heridas. Es escupida la gloria, condenada la justicia, juzgado el juez de vivos y muertos, culpado el que no conoció lo que era el pecado, infamado el inocente, blasfemado Dios, Cristo acoceado y hollado,

muerta la vida, escurecido el sol, enlutada y denegrida la luna, las estrellas esparcidas. Y estas cosas las sufre con paciencia, como mansuetísimo cordero, pudiendo con sólo el guiño de su ojo echar las criaturas todas en el profundo del infierno, Pero ¿quiénes son por los cuales estas cosas padece? Por vilísimos esclavos, por enemigos flagiciosísimos, por hombres endemoniados y hijos del demonio por imitación, por los despreciadores de la Majestad divina y por los ingratos á la divina Bondad. ¡Oh gran Señor, que tales y tantas cosas padeces por hombres tan viles y tan abatidos! Mas ¿de quién sufrió tales cosas? De aquellos que especialmente amó, y de muchos á los cuales mostró toda benignidad; de los bajísimos, el Altísimo; de los necios, el Sapientísimo, que Él es Verbo de Dios y Sabiduría del Padre; de los impíos, el sumamente piadoso; de la lepra asquerosísima, el resplandor eterno. ¿Quién considera esto que no se admire, que no pasme, que no salga de sí?

§ II

El cuarto afecto es de gozo y de alegría grande, por la redención humana, por la restauración angélica y divina clemencia. ¿Quién no se alegrará y regocijará cuando se considerare á sí mismo por esta beatísima Pasión libre de la condenación eterna, de la ignominia de la culpa y de la potestad del demonio? ¿Y quién no saldrá de sí de placer cuando considerare á Dios tan su enamorado y amante que voluntariamente por él se sujetó á tanta vileza y tan grande penalidad? No digo que se goce alguno de ver á Dios tan amenguado y envilecido en su pasión, sino por los efectos maravillosos y por la manifestación de su afecto y amor para los hombres. ¿Qué príncipe, viéndose amado del rey, ó del emperador, de tal manera que pusiese la vida por él, no se alegraría? Pues, ¿cuánto más debemos alegrarnos nosotros, vilísimos esclavos y perversísimos pecadores, viendo al Rey de reyes y Señor de señores y á nuestro Criador, Jesús, amarnos tanto que se haya ofrecido por nosotros en sacrificio, muriendo tan afrentosamente? Gocémonos y alegrémonos, porque por la pasión de Cristo fué restaurada la caída de los ángeles. Que muy para alegrarnos es ver que por la muerte de Cristo se haya reparado un tan noble colegio de nosotros, hombrecillos de poca sustancia, de manera que de unos y otros se haga un aprisco y un rebaño, debajo de una cabeza y un admirable pastor. ¡Oh ciertamente amable y saludable pasión, que ansí juntas las cosas apartadas, y ansí unes las cosas diversas, y ansí las atas con lazo de amor consumado y con felicidad de gozo sempiterno! El principal motivo de alegría y júbilo perpetuo nos da la clemencia de nuestro Salvador, que en su pasión y muerte se nos descubrió. Esta pienso que es la suma gloria de los buenos, ansí hombres como ángeles, cuanto más íntimamente y más profundamente contemplan la clemencia y benevolencia de Dios, y la inmensa bondad suya. En ninguna parte se manifestó más la difusión ó derramamiento de la divina bondad del dulcísimo y amantísimo Padre y Señor Jesús, que en su pasión, á donde tales cosas, tantas, tan feas y tan graves quiso sufrir por librar á su enemigo y glorificarle, por la vanísima vanidad digna de muerte eterna. En este gozo entre el hombre, y sea recreado con la magnificencia de la divina benignidad. Acérquese el hombre al corazón alto y profundo, y será ensalzada la sobrexcelentísima y inenarrable clemencia de Cristo crucificado.

El quinto afecto que despierta en nosotros la memoria de la sagrada Pasión es de resolución ó derretimiento, que vale para la perfecta transformación en Cristo. Lo cual viene ó sucede cuando el hombre no solamente imita, y se compadece, y se admira y alegra, sino cuando todo se convierte en Cristo Jesús crucificado, de manera que adonde quiera que se halle (¹) se le represente en esta forma. Y porque digamos esto mejor y más claro, entonces se resuelve el hombre en Cristo, cuando, saliendo de sí y sobrepuesto á todas las criaturas, puesto sobre sí y abstraído de todas las cosas, todo está convertido en su Señor, que padece y muere por él; de suerte que ninguna cosa vea ni sienta dentro de sí sino á Cristo crucificado, escarnecido, burlado y lleno de pasiones por nosotros. Que fácil es imprimir el sello en la cera blanda y tratable, que no recibe la dura y fría.

Lo sexto, consideremos la Pasión sacratísima para la quietud de dulzura interior, la cual se hace cuando derretido el hombre, como dije, y sediento, no cesa de rumiar esa misma

(¹) El impreso antiguo dice *hable*.

pasión, y entrando según su posibilidad en aquel tesoro infinito, humilde y devotamente se derrite con amor devoto, y con devoción ferviente, ó fervoroso amor desfallece de sí y descansa en Cristo crucificado, y cuando más se llega á Él, tanto más desfallece en sí y se resuelve con devotísimo amor; y cuanto más desfallece de si con amor y devoción, tanto más se junta al Querido muerto por él; y así alternativamente se aumenta la adhesión ó allegamiento de amor y la devoción, hasta que toda la Esposa esté absorbida de aquel encendidísimo horno del amor de la pasión del Querido, á donde clama y dice el Esposo (Cant., 2): Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y por los ciervos de los campos, que no perturbéis ni despertéis á mi Querida hasta que ella quiera.

En este libro, que el glorioso doctor San Buenaventura intituló *Estimulo de amor*, hace algunos capítulos de la Pasión del Señor, devotisimos verdaderamente y de gran provecho para la meditación y ejercicios della, de que yo no puedo tratar aquí por no hacer este volumen más crecido. En el capítulo quinto trata de cómo habemos de meditar la Pasión por las cuatro pasiones ó afectos del ánima: gozo, dolor, esperanza y temor; y en cada cosa destas pone consideraciones con que se administra materia copiosa á la contemplación. ¿A dónde más razones de alegría? ¿A dónde más debido dolor? ¿A dónde más bien fundada nuestra esperanza? ¿Y á dónde el temor más vehemente? Porque si por nuestros pecados padeció Dios hombre, en el cual no pudo haber pecado ¿cuánto más padecerán los pecadores si de tanto beneficio no se aprovecharen? Así lo dijo Cristo á las que lloraban: Si en el madero verde así emprendió el fuego de la divina justicia ¿qué será en el seco?

En el capítulo sexto acomoda la Pasión á las virtudes, y particularmente á la fe, porque allí estriba toda ella y de allí se fortalece y confiesa que es Dios el que no lo parece, ni hombre tampoco; así quedó desfigurado.

En el capítulo séptimo trata de cómo resplandecen en la Pasión los siete dones del Espíritu Santo. Y cierto dice esto con admirable artificio, porque va subiendo como por grados el ánima contemplativa hasta el temor de Dios, de donde toda la perfección de la [vida] activa y contemplativa se sustenta y conserva.

Léanlo los curiosos, y hallarán mucho entretenimiento y gusto; hallarán en la Pasión sagrada perfectísimamente las ocho bienaventuranzas, los doce frutos del Espíritu Santo, el cumplimiento de los diez Mandamientos del Decálogo, cómo della tienen virtud los divinos Sacramentos de la Iglesia y cómo es imposible sin ella entender la sagrada Escritura. Hallarán los oficios todos de las celestiales jerarquías en su punto y con toda perfección; y descubrirán los divinos atributos, omnipotencia, sabiduría, bondad y misericordia, y, lo que más es, el rigor de la eterna justicia, que aquí más que en otra parte se conocen y se deben adorar y reverenciar. Sea por todo su Majestad glorificado. Amén.

CAPÍTULO XXI

En que se declara un lugar de San Pablo, de cómo en la obra de nuestra redención resplandecieron justicia y misericordia, y de los frutos della.

§

Hablando el divino Apóstol San Pablo (Rom., 3), del rigor con que trató el Padre eterno á su amantísimo Hijo, y de la justicia que hizo en Él, dice: *Quem proposuit Deus propitiatorem* (¹) *per fidem in sanguine ipsius, ad ostensionem iustitiae suae, propter remissionem praecedentium delictorum.* Si el señor, que al siervo ó esclavo que no hace su voluntad rigurosamente le castiga hasta pringalle, muestra sin duda su justicia; si castigase por el esclavo al hijo único de su querer, hasta acabarle la vida con tormentos, ¿no diríamos que hacía ostentación, no sólo de su justicia, sino de su misericordia? Justicia, en la venganza que tomaba de la ofensa; misericordia, en el perdón del esclavo á costa del hijo. Esto es lo que dice San Pablo: Propuso Dios *ab aeterno* darnos su Hijo para que pagase por nosotros; y llegado el tiempo determinado en su consejo eterno, apareció y se manifestó en carne, para con efecto pagar lo que se nos había prometido por su palabra. *Per fidem in sanguine ipsius.* Cristo es nuestro propiciador, ó propiciatorio, y nuestra redención; pero aplícasenos su mérito por la fe; porque quien no cree que

(¹) Nuestra Vulgata dice *propitiationem.*

Cristo murió por nosotros no tiene al Hijo de Dios, y quien no le tiene no tiene vida. *Ad ostensionem iustitiae suae* (I Ioan., 5), para que se conozca la gravedad de los pecados, para cuya satisfacción no se contentó Dios con menos que con sangre y vida de su Hijo. Si los montes altísimos, si los cielos y sus virtudes se cayeran, si toda esta máquina viniera al suelo y se deshiciera, si todos los hombres, sin quedar uno, se condenaran y se los tragara la tierra, como tragó á Datán y á Abirón; si el fuego del infierno subiera hasta nosotros, y, finalmente, todo lo criado se aniquilara, no se descubriera tanto la justicia de Dios como se descubrió en el derramamiento de la sangre de su Hijo. Porque la vida de Dios hombre pesa más que todo el universo, y de cualquiera otra forma que se pusiera á castigar los pecados, manifestara su justicia cuando mucho, pero no hiciera ostentación della como lo hizo derramando como agua la sangre de su Hijo; subió de punto cuanto fué posible, rebosó y trasvertió la justicia, como lo dijo Isaías (Esai., 10). *Consummatio abbreviata inundabit iustitiam. Consummationem et abbreviationem faciet Dominus in medio universae terrae.* Habla sin ninguna duda de la redención del género humano, hecha por Cristo en medio de la tierra, que es Jerusalén. Y llámala abreviatura y consumación: abreviatura, por lo que dijo San Pablo (Ephes., 1): *Proposuit Deus instaurare omnia in Christo, et quae in coelis et quae in terris.* San Jerónimo lee: *Recapitulare.* Como si dijera: Determinó Dios de hacer una abreviatura, y sumar y recapitular en ella cuanto hay de bueno en el cielo, y cuanto hay de pena en la tierra. Juntas están en Cristo la pena y la gloria, la salud y la enfermedad, el descanso y los dolores, la muerte y la vida, la santidad y las apariencias de pecador, la libertad y la servidumbre. Es recapitulación y cifra de todo, y es consumación, porque en ella se dió la última mano á todas las cosas. Y parece que no tuvo Dios más que hacer, ni el hombre más que pedir. *Consummatum est,* dijo Cristo cuando hubo de expirar. Y de ahí le llamó San Pablo consumador (Heb., 2 y 12). Y el Eclesiástico (Eccl., 43): *Consummatio sermonum ipse est.* Y Esaías (Esai., 10): *Verbum abbreviatum faciet Dominus super terram.* Jeremías, 3; Ecequiel, 11; Naum., 1; Sofonías, 1; San Lucas, San Juan, 17, y el Rey santo (Psal. 118): *Omnis consummationis vidi finem, latum mandatum tuum nimis.* Como si dijera: Ví en espíritu la muerte del Salvador, que fué el fin del misterio de la pasión, y lo que entendí de allí fué que tu mandamiento es ancho y dilatado sobre manera; porque allí se vieron y conocieron tus entrañas llenas de caridad y amor para los hombres y de rigor para tu Hijo: *Inundabit iustitiam.* La palabra *Inundare* significa salir de madre los ríos, rebosar y trasverter, hincharse y crecer sus olas como si hubiesen de anegar la tierra. Nunca se vió tal rigor de justicia, ni se oyó jamás, como el que mostró Dios redimiendo al hombre: pareció que se quería anegar el mundo, ansí se alborotó en la muerte del Salvador; y así lo pensó en Atenas el grande Dionisio, cuando vió tinieblas sobre toda la tierra y temblores terribles en ella. Ese es el espanto y la admiración de la Iglesia. *Ut servum redimeres, Filium tradidisti.* ¿Qué mayor justicia que, siendo el pecado tan abominable y de tanta malicia que no se pudiera castigar bastantemente en puras criaturas, por no ser capaces de infinito castigo intensivo, y por no tener dignidad infinita que satisficiese á infinita deuda, quisiese castigarle en su Hijo, para que, como Dios había sido el ofendido, fuese también el que pagase? San Bernardo dice (Ber. ser. 3, *Nati.*) que no conociera él cuánto era su peligro si no considerara la cantidad y calidad del remedio. *Sanus mihi videbar, et ecce mittitur Virginis Filius, et Filius Dei de altissimo, et iubetur occidi, ut vulneribus meis pretioso sanguinis illius balsamo medeatur. Agnosce, homo, quam gravia sunt vulnera, pro quibus necesse est Dominum Christum vulnerari:* A mi parecer yo estaba sano, y véis aquí es enviado el Hijo de la Virgen, y el Hijo de Dios de lo altísimo, y se le manda que muera para que con el bálsamo precioso de la sangre de sus venas se curen mis llagas. Conoce, hombre, qué grandes son, pues para la cura dellas fué necesario ser llagado y morir Cristo nuestro Señor. Al fin, de la gravedad del castigo se conoce la gravedad del pecado. Poco le pareció á Adán quebrantar el divino mandamiento; y al fin vimos que luego al punto le echó Dios del Paraíso, y no se dió por satisfecho hasta que su propio Hijo, para su remedio, derramó su preciosa sangre. Pequeña culpa juzgó David que habia sido contar el pueblo de Dios; mas la gravedad de la pena le desengañó y le hizo conocer la de su pecado.

Elige unum, quod volueris, le dice un Profeta (II Reg., 24), *aut septem annis veniet tibi fames; aut tribus mensibus fugies adversarios tuos; aut tribus diebus erit pestilentia in terra tua:* De tres castigos escoge el que quisieres: ó siete años de hambre general, ó tres meses de guerra huyendo de tus contrarios, ó tres días de peste en tu reino. ¿Quieres conocer ¡oh cristiano! lo que pesan tus pecados? Mira la justicia que hace dellos el Padre eterno en su Hijo. Al fin paga el justo por los pecadores; y el perdonarnos y el salvarnos todo es á costa de la sangre de Cristo, inocentísimo Cordero.

§ II

Advirtió, y muy bien por cierto, un sabio, sobre aquel lugar de San Juan (Ioan., 1): *Quod factum est in ipso, vita erat*: lo que fué hecho en el Verbo, era vida, que tomar el divino Verbo carne fué para que nosotros tuviésemos vida, no como en idea, *vel in esse cognito,* que dicen los teólogos, sino real y existente, porque siendo aquella carne carne del Verbo que esencialmente es vida, nosotros también la tuviésemos, por ser carne nuestra y nosotros carne suya. Y para que esta razón se entienda mejor, se ha de presuponer que todo cuanto fuera de sí *ad extra* hizo Dios, en el Verbo, como en dechado y primero original, estaba y tenía vida y era una misma cosa con Dios; porque la idea de cualquiera criatura es la misma criatura conocida de la divina esencia, y aquel conocimiento es la misma esencia que vive. *Quod factum est, in ipso vita erat.* Es á propósito el ejemplo del artífice que hace una arca, que hecha es visible, y corruptible, y ocupa lugar; mas en su entendimiento es invisible, es concepto y forma secreta, y no tiene ser *a parte rei.* Así es que las criaturas todas, sacadas á luz tienen sér de por sí y son corruptibles, mas en el entendimiento divino son vida y no pueden desfallecer ni corromperse; y dícense estar en el Verbo, y no en el Padre ni en el Espíritu Santo, porque el Verbo y no el Espíritu Santo se dice y es concepto y noticia del Padre, y allí resplandecen todas las cosas como en dechado y original. Y de aquí vino San Agustín á llamar al Verbo arte del Padre. Y de aquí también se colige la conveniencia que hubo en que el Hijo fuese el que tomase carne y nos redimiese: *Ut per illum, in quo fuimus vita, vitam haberemus aeternam, postquam peccatis mortui fueramus* ([1]). Por las oraciones del Eliseo tuvo la Sunamitis un hijo, y muerto volvió á la vida por las mismas oraciones (IV Reg., 4). Que es lo que el Apóstol santo dijo (Ephes., 2): *Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos Deus: cum essemus mortui peccatis, convivificavit nos Christo.* Como si dijera: Por la gracia éramos vivos y gratos á Dios; por el pecado quedamos muertos; vivificónos por Aquel en el cual como en original y dechado éramos vida antes que fuésemos en el mundo, y como en Él fuésemos una cosa y ninguna distinción hubiese entre el Criador y la criatura en su mente divina, y por la creación se hiciese distinción, para que las criaturas volviesen á unidad con su Criador quiso unir y juntar á Sí al hombre, con el cual todas convenían y emparentaban, para que en alguna manera fuesen en Él uno en el mismo Dios, no sólo cuanto al sér cognito ó ideal, sino cuanto á su existencia. Y pasando más adelante, como fuésemos una cosa con Dios por gracia, cuya propiedad es unir, y por el pecado estuviésemos separados y lejos de Él, que es el que nos divide y aparta de Dios, queriendo Dios castigar el pecado y tomar dél justa venganza, y pretendiendo, como pretendió, coger á todos en uno y herirlos de un golpe, ordenó de herir y castigar á Aquel en el cual éramos vida y éramos uno. Lo cual dijo Isaías con palabras pocas, pero de grande ponderación (Esai., 53): *Omnes nos quasi oves erravimus, unusquisque in viam suam declinavit; et posuit Deus in eo iniquitatem omnium nostrum* ([2]). Siguióse de aquí lo que se pretendía y dijo el Apóstol (Ephes., 2): *Qui eratis longe, facti estis prope in sanguine ipsius.* Estábamos apartados y lejos de Dios, como ya dije, por el pecado, y por la sangre de Cristo nos acercamos y juntamos con Él. Sirvió la sangre de liga ó de consuelda y de bula de unión; aplacó al Padre enojado; comunicónos la gracia que une y nos ayunta á Dios, que parece que es condición y propio de la sangre de Cristo el unir. Como lo dijo San Juan (Ioan., 11): *Iesus moriturus erat... non solum pro gente, sed ut eos, qui dispersi erant, congregaret in*

([1]) «Para que tuviéramos vida eterna por medio de Aquel en quien fuimos vida después que habíamos muerto por el pecado».

([2]) «Todos nosotros hemos descarriado como ovejas, y cada cual se desvió por su camino, y en Él puso Dios la maldad de todos nosotros».

unum [1]. Cuando le cortan á uno un pedazo de oreja, dicen los cirujanos que no puede reunirse sin nueva efusión de sangre, porque con aquella sangre caliente derramada de nuevo las partes divididas y separadas se vuelven á juntar y reunir. Nosotros éramos parte apartada de Dios por el pecado, quiso volvernos á juntar consigo como se juntan los miembros vivos con su cabeza; el medio que tomó fué la sangre de su Hijo; sirvió de liga y de consuelda para esta unión.

§ III

¡Oh cristiano! no te apartes de Cristo, que le costó sangre juntarte á Sí, y si te apartas de Él, no te podrás reunir á Él sin esta sangre. Que sin efusión de sangre, como dijo San Pablo, ni se hace remisión ni unión; y nunca oigas á quien dice y enseña que para unirnos con Dios no sirve la meditación de la Pasión y muerte del Señor, que es intolerable disparate y engaño manifiesto. Por gran cosa se pudiera tener si un hombre libre de su voluntad se hiciera esclavo de otro; pero mucho más fuera si en aquella esclavitud quisiera perseverar para siempre. Mas ¿qué estimación tuviera, ó cómo se estimara, si por él se pusiera á riesgo de perder la vida, y al fin por su salud y vida derramara su sangre y muriera? ¡Oh Dios eterno, que no sólo te diste á los hombres para ministralles, sino que te diste por toda tu vida, y diste tu cuerpo, tu alma, y tu misma sangre, y toda tu sangre! ¡Oh inmensa liberalidad! ¡Oh donación nunca oída! Muchas veces los médicos, tratando de la salud del enfermo, le sangran de la vena de la cabeza, y esto mismo hace con nosotros, enfermos en pecados y deshauciados, nuestro celestial médico: sangrarnos de nuestra cabeza que es Cristo, y la sangre de sus venas nos la da y ofrece para que la bebanos, al revés de lo que pasa en los enfermos corporales, que la sangre que les saca el barbero la derraman como cosa de ninguna estimación. Cristo se sacó su sangre para nuestra cura y salud; y esa misma nos ofrece en bebida. *Accipite et bibite ex eo omnes.* Tomaldo y bebeldo, que Yo os lo doy (Matt., 26). Dádiva es que se debe recibir y aceptar con suma reverencia, porque es sangre que une y da vida. *Qui pro vobis et pro multis effundetur in remisionem peccatorum.* ¡Ay Dios, y quién supiera ponderar esto y entender la obligación que de aquí nos nace para amar á este Dios que á Sí se desangra, como el pelícano, para darnos la vida perdida por nuestros pecados! ¡Oh con cuánta verdad dijo el Profeta (Psal. 22): *Dominus sollicitus est mei*: Dios anda cuidadoso de mí! ¡Oh duros y empedernidos hijos de Adán, á los cuales no ablanda tanta benignidad, tan crecida llama, tan grande ardor de amor y amador tan vehemente, que por mercaduría tan vil dió riquezas tan grandes! Porque no con cosas corruptibles, como lo son la plata y el oro, sino con su sangre preciosa nos redimió el Señor; la cual derramó abundantemente, manando por cinco bocas copiosos arroyos della (Rom., 8; I Petri., 1). Pero dime, hombre, el que con tanta solicitud te buscó y te redimió, ¿qué querrá de ti? Que andes solícito delante de Él; lo cual particularísimamente se hace por la continua memoria de su sacratísima Pasión. Cierto es, dice San Gregorio (Greg., *in illud ad Collos.*, 3: *Mortificate membra vestra)*, que adonde la muerte de Cristo se trae de memoria, que no puede reinar el pecado; porque es tan grande la suavidad de su cruz, que si se pone delante de los ojos y fielmente se conserva en el corazón, de manera que la mente con atención mire y contemple esa pasión y muerte, ningún deseo malo, ningún furor de cólera, ninguna codicia de ojos ó de carne podrán contra ella. ¡Oh cuán feliz y cuán saludable es la memoria de la pasión de Cristo; porque su carne nos dió en manjar y en bebida su sangre, ya de partida para padecer! *In qua nocte tradebatur.* Su ánima ó su vida nos dió en precio, sus llagas en remedio, sus brazos en refrigerio, su cruz en escudo, su sudor en medicamento, sus clavos *in salsamentum*, su corona de espinas en ornamento, su lado abierto en señal de amor crecido, el agua de su lado en baño muy suave, toda su vida y muerte en ejemplo, conviene á saber, de la perfección cuadrada, ó conforme á la cruz, para que en la cruz de las virtudes nuestro corazón esté fijo y espiritualmente nuestra afición y amor juntamente se engrosezcan. Finalmente, en la cruz se humille nuestra soberbia, y se dilate nuestra caridad, y se pro-

[1] «Jesús había de morir no sólo por su pueblo sino para reunir en uno solo á todos los que estaban dispersos». El *non solum*, en la Vulgata es *non tantum.*

longue nuestra perseverancia, y se levante nuestra esperanza; y nuestro corazón todo, y nuestra boca, y nuestras obras, cruciformemente se conformen en Él, como de su sola y estupenda caridad tuvo por bien, por redimirnos, morir. ¡Oh suma dulcedumbre de la divina bondad y benignidad! ¡Oh inmensa caridad de la divina largueza! ¡Oh espantosa prodigalidad de Dios hombre, Cristo Jesús! acerca del cual está la cumplida remisión de los pecados, la exhibición de la piedad, el aumento de los méritos, el remedio de los enfermos, el refrigerio de los caídos, el refugio de los tentados, la incolumidad de los sanos, la serenidad de los quietos y la felicidad de los bien afortunados. ¡Oh espejo de limpieza, objeto de virtudes y gracias y de todas las hermosuras, de tantas maneras manchado por la malicia y crueldad de los impíos ministros! ¡Oh quién diese á mi corazón un afecto de compasión tan principal, que con su grandeza sobrepujase las devotas compasiones de todos los más aventajados en amor singular! Porque, Señor mío, cuanto por la inmensidad de los dolores y del amor más feo, más descolorido y denegrido y cárdeno quedaste en tu pasión, tanto más hermoso y más amado fuiste al corazón amante y al alma más dispuesta; porque como el amante naturalmente pretende y busca ser amado, ansí busca y procura del amado la manifestación de su amor. Por lo cual la exterior fealdad tuya en la cruz es reputada por extremada belleza; porque no cual apareciste, sino qué cosas padeciste habemos de considerar, conviene á saber: cómo con tu deformidad nos hiciste hermosos, y principalmente cómo por tu sola caridad sufriste todas las cosas adversas para redimirnos, y con tus cardenales nos sanaste, y con tu muerte nos vivificaste.

§ IV

De aquí es que la memoria de tu Pasión con tanta devoción de espíritu distila, que parece engordar y como lardar con enjundia de celestial gusto y llenar las ánimas de los que piensan en ella; porque tu grande caridad no se ha de medir ni estimar tanto de lo que en la cruz padeciste cuanto del ánimo que padeciendo tuviste; porque así padeciste una vez muerto por nosotros, que si fuera conveniente padecer mil muertes, mil muertes padecieras; y así padeciste la amarga muerte, que estuviste aparejado á sufrir otra cualquiera pena incomparablemente mayor si ansí conviniera; mas con esa disposición no lo permitiste, porque no convino. Y por esto, aunque mil veces muramos y empleemos en esto todas las fuerzas, ansí del cuerpo como del alma, ninguna cosa hacemos digna de los inestimables beneficios que de tu liberal mano recibimos (Psal. 176). Ejercitémonos, pues, en cuanto viviéremos en estos pensamientos, porque bienaventurado el que llenare su deseo dellos. Notable cosa es lo que se dice en el libro de *Mixtionibus elementorum: (Ego testificor tanquan oculatus testis, sed causam ignoro penitus)*. Que si uno mata á otro, pasando el matador á vista del muerto las heridas se refrescan y manan sangre; pero más notable será si considerando nosotros atenta y devotamente á Cristo, muerto por nuestros pecados, y crucificado, no sentimos manar su sangre fresca en nosotros por compasión verdadera. Que como de la reflexión de los rayos del sol, hiriendo en un espejo cóncavo, se enciende fácilmente un paño, ansí de la reflexión de nuestra inteligencia en el espejo de la Pasión del Señor se enciende en nosotros el fuego de su divino amor. ¿Qué corazón no se encenderá, si con atención pone los ojos en Cristo crucificado, y crucificado por su amor? La mayor recomendación de la caridad de Cristo halló el Apóstol (Rom. 5) que era haber muerto por nosotros cuando aún éramos pecadores y enemigos suyos, de que admirados los espíritus angélicos á voces dicen (Apoc., 15): ¡Grandes y maravillosas son tus obras, oh Señor Dios todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos oh Rey de los Santos, y de los siglos! ¡Oh ánima mía! levanta agora tus ojos á la fuente desta luz ardiente, para que con la inquisición de su Pasión tu ignorancia sea alumbrada, y tu aborrecible tibieza tome calor; y si se nos ofrecieren cosas contrarias y de pesadumbre, persecuciones, detracciones, enfermedades, contradicciones y otras angustias, mirando como dijo el Apóstol (Hebr., 12), al Autor de la fe y perficionador, Jesucristo, corramos armados de paciencia á la batalla propuesta, pues con la representación del gozo que de habernos redimido tuvo sufrió la cruz sin hacer caso de la confusión presente. En estas cosas pido y suplico á los piadosos lectores

que se zabullan, porque ocuparse frecuentemente en ellas es grande sabiduría; y de otra manera tengo por dificultoso que alguno llegue á alcanzar perfectamente la luz verdadera, los gustos divinos y el sentimiento de la gracia singular. Porque el lenguaje de la cruz, ansí como á los perdidos es locura, ansí á los que se salvan es virtud y sabiduría de Dios (I Cor., 1). Luego, ánima mía, conviértete á tu descanso, conviértete á tu Dios con afición y por imitación, para que en ti, como en espejo, represente su imagen y inefablemente se deleite en ti, y contigo se congracie familiarmente, renovándote te levante, hermoseándote te renueve, amándote te hermosee, habitándote te ame, previéndote te libre de caídas, y te alegres dándole gracias de haberte convertido.

LAUS DEO

En Madrid. Por Juan Flamenco. Año M.DC.IX.

N. B.—Tras el colofón siguen: «Tabla de los capítulos», 2 folios; «Tabla de cosas notables», 8 folios; un *Index locorum Sacrae Scripturae*, 5 folios, y, por último, la palabra Finis.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN BIO-BIBLIOGRÁFICA Á LAS OBRAS MÍSTICAS DEL P. ÁNGELES . . . . Página I

SUMARIO.—1. Esperanzas y promesa cumplidas.—2. De qué padre Ángeles se trata.—3. ¿Dónde y cuándo nació?—4. Sus estudios antes de entrar en la Orden Seráfica.—5. Su entrada y profesión en la Provincia descalza de San José antes de 1562.—6. Educación religiosa y científica del padre Ángeles.—7. El Lector de Sagrada Teología.—8. El Conventual de San Bernardino amigo del Beato Nicolás Factor.—9. El predicador conventual de Zamora en 1582, y lo que le pasó con Fr. Bartolomé de Aranda.—10. Poeta y versificador antes que prosista.—11.—Preparación é impresión de los *Triunfos del amor de Dios*.—12. El fundador de San Diego en Sevilla, donde escribe sus *Diálogos de la Conquista* (1589-1592).—13. De Sevilla á Lisboa y vuelta á Madrid (1593).—14. El Visitador general de la Provincia de San Juan Bautista en 1594.—15. En Madrid editando los *Diálogos de la Conquista* (1595). Descripción de las ediciones antiguas de esta obra.—16. A Guadalajara como Guardián y á Salamanca como Custodio para la Congregación general.—17. El Guardián de San Bernardino de Madrid. Interrupción gloriosa de su oficio visitando la Provincia de San Gabriel.—18. Peregrinando por Italia y Francia con ocasión del Capítulo general de 1600. Visita á Monserrat.—19. Fin de la guardianía é impresión de la *Lucha espiritual*.—20. Es electo Provincial de su Provincia en 1601. Recuerdos de su gobierno.—21. Por qué renunció el provincialato y cómo lo juzgaron por esta resolución. Explicaciones oportunas —22. El predicador imperial sin dejar de ser apostólico.—23. Documentos que daba para predicar con fruto.—24. Correspondencia del padre Ángeles á las finezas de la emperatriz María de Austria.—25. Pónese un esqueleto de la oración fúnebre que le predicó en sus exequias (1603).—26. El confesor de las Descalzas Reales y de la Infanta Sor Margarita.—27. Opúsculos que á ésta le dedica y recuerdos de su dirección espiritual.—28. Extensión y amplitud del magisterio místico del padre Ángeles con ricos y pobres.—29. Otros testimonios de sus relaciones con altos personajes del clero y nobleza.—30 Prepara el viaje á la eternidad trabajando sin tregua y haciendo obras de misericordia.—31. Antecedentes de su muerte y el *Vergel del ánima religiosa*. Fecha aproximada de su muerte. Obras que dejó sin editar.—32. Fama póstuma del escritor. Juicios y elogios de sus contemporáneos.—33. Rehabilitación del padre Ángeles en los tiempos modernos. Lo que sienten de él Rouselot, Menéndez Pelayo, don Miguel Mir y el Sr. Torres Galeote.—34. El P. Miguélez y su elogio salpicado de censura.—35. Dos palabras más sobre la presente edición. Despedida.

APÉNDICE.—Oración fúnebre en las exequias de la emperatriz María. LIX

I. TRIUNFOS DEL AMOR DE DIOS

Aprobación, erratas y privilegio. 1
Dedicatoria á Andrés de Alba, secretario del Rey. 2
Versos encomiásticos de Fr. Antonio de Santa María, Fr. Ángel de Badajoz, Fr. Francisco de San José y Francisco Lobato 3
Recomendación de la obra por Fr. Ángel de Badajoz 4
Tabla de los capítulos que contienen los *Triunfos* 5
Prólogo del autor al lector 6
Nota que explica por qué sólo se imprime el capítulo último. 11
Capítulo XVI y último.—Que enseña cómo se ha de encender y perpetuar el fuego del amor de Dios en el altar de nuestro corazón. Divídese en siete consideraciones, para los siete días de la semana. 11
Consideración I.—De la muchedumbre de cosas que nos incitan y provocan al amor divino. 12
Consideración II.—De la suavidad grande de Dios 14
Consideración III.—De las perfecciones divinas y particularmente de la bondad de Dios. . . . 16

Consideración IV.—De los beneficios divinos. . 17
Consideración V.—Del parentesco que tenemos con Dios. 19
Consideración VI.—De algunas otras razones que se hallan en Dios para ser amado 22
Consideración VII.—De las calidades del amor de Dios para con el hombre. 24
Carta del autor á una señora devota, con diez documentos para su aprovechamiento espiritual. 28

II. DIÁLOGOS DE LA CONQUISTA DEL ESPIRITUAL Y SECRETO REINO DE DIOS

Aprobaciones de la Orden y del Consejo Supremo. 33
Licencia del P. Provincial, privilegio y tasa . . 34
Dedicatoria al Cardenal Alberto, Archiduque de Austria. 34
Prólogo al lector, donde explica por qué escribe en diálogos, el título y orden con que procede. 35
Diálogo I.—De la vida interior y centro del alma ó Reino de Dios. De la armonía del hombre y de la verdadera inteligencia del mandamiento del amor 38
Diálogo II.—Cómo la conquista de este reino principia por la verdadera penitencia y destierro de los pecados que lo destierran de nuestra alma. 50
Diálogo III.— De cuatro puertas ó entradas para el Reino de Dios. Trátase de la primera, que es la humildad y medios para adquirirla con perfección, y de la segunda, que es la abnegación de la propia voluntad 61
Diálogo IV.—De la tercera puerta por donde se entra al Reino de Dios, que es la tribulación sufrida con paciencia. Tócanse siete causas del desamparo espiritual 74
Diálogo V.—Puerta cuarta, de la pasión del Hijo de Dios, Redentor y Señor único de los hombres 85
Diálogo VI.—Prosigue la materia de la pasión y de lo que obró su atenta consideración en nuestro padre San Francisco y otros Santos, y del primer jayán y enemigo que defiende la entrada del Reino de Dios. 96
Diálogo VII.—De los otros once enemigos que defienden la entrada al Reino de Dios, conviene á saber: Sensualidad, Bien me quiero, Amor de alabanza, Pertinacia, Negligencia, Escrupulosidad, Solicitud temporal, Accidia, Gula espiritual y Especulación 105
Diálogo VIII.—De cuatro ejercicios en que se ha de ocupar el que ya descubrió el Reino de Dios. Trátase del primero y segundo, que son: subir á Dios con hacimiento de gracias y bajar por humildad al negamiento de sí mismo. 120
Diálogo IX.—De cómo el alma ha de salir á las criaturas y encerrarse dentro de sí misma. 129
Diálogo X.—De la uniformidad de las introversiones ó entradas del alma á su íntimo ó centro, y del recogimiento. 141

III. SEGUNDA PARTE DE LA CONQUISTA Ó MANUAL DE VIDA PERFECTA

Tasa del libro por Cristóbal Núñez. 155
Aprobaciones, censura y privilegio real 156
Epístola dedicatoria á D. Maximiliano de Austria. 157
Prólogo y epístola al lector estudioso de humildad y valiente en el divino servicio. 158
Diálogo I.—En que se divide la obra y se declara el argumento de ella. Trátase del ejercicio puramente corporal y del corporal espiritual, y condénanse las amistades de hombres y mujeres, dando las señales del amor carnal, con otras particulares doctrinas sobre el ejercicio puramente espiritual. 159
Diálogo II.— Continúa la materia del tercer estado, y declara qué cosa sea ejercicio mental y lo que para él se requiere, y desvanece muchas dudas sobre el conocimiento de los espíritus. 176
Diálogo III.—En que se prosigue la materia de los espíritus y se trata de las revelaciones falsas y verdaderas, de las condiciones del maestro espiritual, señales de aprovechamiento, males de la tibieza, y su remedio, y necesidad de evitar las faltas leves, especialmente las mentiras 191
Diálogo IV.— De cómo conviene retirarse y buscar la soledad por algún tiempo el varón espirtual, y cómo se ha de mortificar el entendimiento y la memoria, y del ejercicio de estas potencias y de la voluntad. De la preparación para la oración, asistencia particular de Dios á los que oran, y de un toque divino con que nuestra alma es llevada á Dios y sale á los prójimos. 207
Diálogo V. — Del cuarto estado de perfección llamado sobrenatural. De muchas du-

das en materia de contemplación desatadas, y de un ejercicio de amor unitivo en cuatro actos, de ofrecer, demandar, conformarse y unirse con Dios 223
Diálogo VI.—En que se trata de los ejercicios de la voluntad, afectos y aspiraciones con que se ha de despertar el alma y levantarse á Dios, fundados especialmente sobre los principales misterios de la vida, pasión y muerte del Salvador. 237
ROSARIO DE MEDITACIONES SOBRE LOS MISMOS MISTERIOS 239
Decenario I.—Meditación 1.ª y afectos á la beatísima Trinidad 239
Meditación 2.ª y afectos á la Encarnación. . 241
Meditación 3.ª y afectos á la Visitación de la Virgen María 243
Meditación 4.ª y afectos al Nacimiento del Salvador. 242
Meditación 5.ª y afectos á los pañales y pesebre de Jesús. 243
Meditación 6.ª y afectos á la Circuncisión del Señor. 243
Meditación 7.ª y afectos á la Virgen en la misma Circuncisión. 244
Meditación 8.ª y afectos al dulcísimo nombre de Jesús 244
Meditación 9.ª y afectos en la Adoración de los Reyes. 245
Meditación 10.ª y afectos á los Reyes postrados delante de Jesús 246
Decenario II.—Meditación 1.ª y afectos al Niño perdido y á su Madre. 246
Meditación 2.ª y afectos al mismo Niño perdido 247
Meditación 3.ª y afectos á la Presentación . . 247
Meditación 4.ª y afectos al Niño Jesús redimido de su Madre. 248
Meditación 5.ª y afectos al Niño que huye á Egipto 249
Meditación 6.ª y afectos á Jesús bautizado . 249
Meditación 7.ª y afectos al ayuno de Cristo. 250
Meditación 8.ª y afectos á la predicación y trabajos de Cristo. 250
Meditación 9.ª y afectos á la entrada de Jerusalén. 250
Meditación 10.ª y afectos á la venta 251
Decenario III.—Meditación 1.ª y afectos al lavatorio de los pies y cena mística 251
Meditación 2.ª y afectos á la oración del Huerto 251
Meditación 3.ª y afectos al Prendimiento . . 251
Meditación 4.ª y afectos á la presentación ante los jueces. 252
Meditación 5.ª y afectos á la bofetada. . . . 252
Meditación 6.ª y afectos á la negación de San Pedro 252
Meditación 7.ª y afectos á las afrentas de los judíos y reprobación de Cristo en competencia con Barrabás 252
Meditación 8.ª y afectos á los azotes 252
Meditación 9.ª y afectos á las burlas en casa de Pilatos. 253
Meditación 10.ª y afectos al *Ecce Homo* . . . 253
Decenario IV.—Meditación 1.ª y afectos al clamor del pueblo pidiendo la crucifixión. 253
Meditación 2.ª y afectos á la sentencia de muerte 253
Meditación 3.ª y afectos al tomar Jesús la cruz á cuestas 253
Meditación 4.ª y afectos al encuentro de la Virgen y su Hijo camino del Calvario . . . 254
Meditación 5.ª y afectos al tomar de la medida de la cruz para los barrenos. 254
Meditación 6.ª y afectos al barrenar la cruz y extender á Cristo en ella 254
Meditación 7.ª y afectos al quitar de las vestiduras y corona. 255
Meditación 8.ª y afectos á un ofrecimiento que de sí hace Cristo al Padre 255
Meditación 9.ª y afectos al crucificar á Jesús. 255
Meditación 10.ª y afectos á la Virgen Nuestra Señora en este tiempo.. 255
Decenario V.—Meditación 1.ª y afectos al levantar á Cristo en la cruz 256
Meditación 2.ª y afectos al Calvario 256
Meditación 3.ª y afectos al desamparo de Cristo en la cruz. 256
Meditación 4.ª y afectos á Jesús con los ladrones. 257
Meditación 5.ª y afectos á la santísima cruz. 257
Meditación 6.ª y afectos al repartimiento de los vestidos 257
Meditación 7.ª y afectos al ánima devota para que suba al Calvario 257
Meditación 8.ª y afectos á los improperios de los judíos contra Jesús 258
Meditación 9.ª y afectos á la Virgen cuando la habla Jesús. 258
Meditación 10.ª y afectos cuando Jesús ruega por sus crucifixores. 259
Quinquenario.—Meditación 1.ª y afectos á la conversión del buen ladrón. 259
Meditación 2.ª y afectos á la sed que Cristo padece en la cruz 259
Meditación 3.ª y afectos al expirar Cristo . . 260
Meditación 4.ª y afectos á la Virgen cuando expira Cristo y le alancea el soldado. . . . 260
Meditación 5.ª y afectos al descendimiento de la cruz y sepultura. 261
Dos oraciones á Cristo crucificado y conclusión del diálogo sexto 261
OPÚSCULO DE AFECTOS DIFERENTES dedicado á la Infanta Sor Margarita 263
I. Afectos de ánima penitente. 263
II. Afectos del ánima confiada en Dios. . . . 264

III. Afectos de admiración de las grandezas de Dios 265
IV. Afectos de agradecimiento y alabanza por los beneficios divinos 265
V. Afectos del ánima acongojada 267
VI. Afectos de temor á los malos 269
VII. Afectos amorosos y de unión con Dios. 269
VIII. Afectos de quietud mental 270
IX. Afectos del ánima deseosa de la gloria.. 271
ROSARIO DE AFECTOS DE ALABANZAS Á DIOS. 272

IV. LUCHA ESPIRITUAL Y AMOROSA ENTRE DIOS Y EL ALMA

Tasa, suma del privilegio real y erratas 275
Aprobación de la Orden 275
Aprobación del Consejo Supremo y licencia del Ministro Provincial 276
Dedicatoria del autor á su madre la Provincia de San José 276
Prólogo que declara el intento del autor en esta obra 278
Proemio y argumento de toda la obra. 279
PARTE I.—*Capítulo I.*—De algunas diferencias de amor, y en especial del amor extático y fruitivo de que particularmente se hace mención en este tratado. 280
Cap. II.—De la principal fuerza del amor, que es mudar y convertir el amante en la cosa amada. 283
Cap. III.—Cómo el amor se extiende á todo lo que la cosa principalmente amada, y lo que el alma gana de transformarse en Dios 284
Cap. IV.—Cómo sólo el amor triunfa de Dios y se tiene con Él á brazo partido, y del tiempo y lugar de esta lucha 286
Cap. V.—De algunas tretas y cautelas de que se ha de aprovechar el alma para rendir á Dios en esta lucha. 289
Cap. VI.—De cómo luchando el alma con Dios le hirió y le hizo su prisionero. 291
Cap. VII.—Del lugar de la herida en Dios, que es el corazón. 294
Cap. VIII.—Del instrumento con que confiesa Dios haber sido herido. 296
Cap. IX. — En que particularmente se declara qué ojo es en el alma el que hiere á Dios. 298
Cap. X.—Prosigue la misma materia y trata de la necia sabiduría que vence toda humana sabiduría. 300
Cap. XI.— De las divinas tinieblas adonde entra el alma que camina por la vía afectiva. 303
Cap. XII.—De dos maneras de conocimiento, uno de viadores y otro de comprensores. 305
Cap. XIII.— Cuestión única, en que se trata si es necesario que en esta mística teología preceda ó acompañe el entendimiento al afecto. 307
Cap. XIV.—De las oraciones jaculatorias de que de ordinario se ha de aprovechar el alma para herir á Dios. 307
Cap. XV. — Del mayor impedimento que tiene la vida espiritual, que es el amor propio 311
Cap. XVI.—De cómo el amor de Dios, siendo en nosotros el primero, es raíz de todos los bienes, y el propio lo es de todos los males 312
Cap. XVII.—De cómo el amor propio divide á los hombres, y el de Dios los une y hace una cosa. 315
PARTE II.—*En que se trata de cómo Dios por amor triunfa del ánima racional* 318
Cap. I.—Del mirar de Dios y de la virtud maravillosa de sus ojos, y del primer triunfo, que es herir el alma. 318
Cap. II.—De las saetas del amor y de su eficacia probada con ejemplos 320
Cap. III.—De las cadenas del amor y del segundo triunfo 322
Cap. IV.—Del triunfo tercero, que es la enfermedad del amor 324
Cap. V.—De la insaciabilidad del amor y de cómo no se contenta con lo posible. . . . 326
Cap. VI.—Del regalo que siente el alma con la presencia de Dios, y de dos maneras de gustos: uno puro y otro mezclado 328
Cap. VII.—Del segundo gozo mezclado y del amargura que siente el alma en la ausencia de Dios 331
Cap. VIII — De un efecto maravilloso que causan en el alma las ausencias de Dios, y del desfallecimiento del amor. 333
Cap. IX. — De la suspensión del alma en Dios y de su perfecta mortificación 337
Cap. X.—De la bienaventurada unión que puede haber entre Dios y el alma 339
Cap. XI.—De la oración, que es la casamentera entre Dios y el alma, y medio admirable para esta unión 341
Cap. XII. —De la unión que pretende Cristo entre Él y nosotros mediante el Santísimo Sacramento del altar. 344
Cap. XIII.—De la similitud que se requiere entre Dios y el alma que le recibe sacramentado 347

Adición á este capítulo.—Sentimientos admirables de un religioso sacerdote acerca del Santísimo Sacramento del altar. 351
Cap. XIV.—De la transformación ó muerte del alma, que es el último triunfo del amor. 353
Cap. XV.—De la embriaguez del amor y sus efectos. 357
Cap. XVI.—Qué cosa sea rapto, y de muchas maneras que hay de raptos y de la diversidad de nombres que tiene en la Escritura; es para pocos 360

V. TRATADO ESPIRITUAL DE LOS SOBERANOS MISTERIOS DEL DIVINO SACRIFICIO DE LA MISA

Erratas, tara y censura de la Orden 363
Licencia del Comisario general, aprobación del *Consejo* y privilegio real 364
Dedicatoria á Doña Catalina de Zúñiga, condesa de Lemos. 365
Prólogo al lector. 366
Diálogo I.—De la reverencia que se debe á los templos y lugares sagrados, y de la presencia de Cristo en ellos por el Santísimo Sacramento del altar; de la grandeza del sacrificio de la Misa, las causas de su institución, por qué juntó Cristo en uno comida y sacrificio. De lo que significa esta palabra Misa, y en qué difieren sacramento y sacrificio 366
Diálogo II.—De la preparación del sacerdote para decir Misa; y del que comulga, para que le entre en provecho. De la sacristía y entrada en ella; y de los ornamentos sacerdotales y altar. 381
Diálogo III. — De los misterios de la Misa, desde que se comienza hasta el Credo . . 396
Diálogo IV. — De los misterios de la Misa, desde el Ofertorio hasta la consagración . . . 411
Diálogo V.—En que se trata de la consagración del cáliz y de las demás cosas, hasta acabar la Misa 426
SALTERIO ESPIRITUAL Ó EJERCICIO DE CADA DÍA, en el cual enseña con diez documentos á ordenar la vida cristiana y piadosamente. . 443

VI. TRATADO ESPIRITUAL DE CÓMO EL ALMA HA DE TRAER SIEMPRE Á DIOS DELANTE DE SÍ

Tasa, suma del privilegio y aprobación. . . . 447
Aprobación del Consejo y prólogo al lector . . 448
Dedicatoria á la Infanta Sor Margarita de la Cruz y división del tratado 448
PUNTO I.—*Cuán encomendado ha sido de los Santos este ejercicio*. 448
PUNTO II.—*De la importancia y frutos de este santo ejercicio*. 450
PUNTO III.—*De las cosas que ayudan para alcanzar este bien tan grande de andar siempre en la presencia de Dios*. 452
PUNTO IV.—*De cuatro maneras de presencia de Dios, primera sacramental* 454
§ I.—De la manera que debemos asistir al oficio divino. 454
§ II.—Requisitos para que el oficio divino se rece con satisfacción. 455
§ III.—Atención, devoción y reverencia se requiere en el oficio divino. 456
§ IV.—Rezar sin espíritu es de poco provecho. 457
§ V.—Acabado el oficio qué debemos hacer. 458
§ VI.—En qué se ha de ocupar el que comulga el día de la comunión 459
Del segundo modo de traer á Dios presente, que se dice imaginario, ó de la imaginación. 460
Del tercer modo de presencia de Dios, que se dice intelectual ó de entendimiento. 463
Del cuarto modo de andar en la presencia de Dios, que se dice de la mente ó mental ó activo 465
EJERCICIO ESPIRITUAL PARA ANTES DE LA SAGRADA COMUNIÓN. 471

VII. LIBRO PRIMERO DEL VERGEL ESPIRITUAL DEL ÁNIMA RELIGIOSA

Aprobación del Consejo Supremo y licencia. . 477
Aprobación de la Orden y privilegio 478
Tasa y dedicatoria á Felipe III 479
Prólogo. 479
LIBRO PRIMERO DEL VERGEL ESPIRITUAL DE LA SAGRADA PASIÓN DE CRISTO NUESTRO REDENTOR.
Capítulo I. De la gran dificultad que tiene hablar con satisfacción de la Pasión de Cristo Señor Nuestro. 485

Cap. II.—Del divino acuerdo y altísimo consejo de las tres divinas personas sobre la salud y remedio de los hombres por la Pasión y muerte del Verbo eterno encarnado 489
Cap. III.—Cómo desde el punto que el divino Verbo encarnó en las entrañas de la Virgen nuestra Señora, para redimir los hombres, nunca se olvidó desta su obra, y siempre anduvo en una cruz mental hasta que expiró en el Calvario 492
Cap. IV.—En que se prosigue la materia de la cruz mental, y se declara cuánto mayores fueron las penas que Cristo sintió en su ánima que las que padeció en el cuerpo, y del fundamento desta doctrina 496
Cap. V.—Y discurso notable, en que se prosigue la materia de la cruz mental de Cristo y se descubre la grandeza de los dolores de su alma. 500
Cap. VI.—De cuán debida es la memoria de la pasión de Cristo Señor nuestro en el hombre cristiano. 503
Cap. VII.—En que se prosigue la misma materia, y en especial se trata de cuán amorosa, cuán agradable y cuán provechosa es la memoria de la sagrada Pasión y cómo abraza en sí toda perfección. 508
Cap. VIII.—De una maravillosa división que hacen de la Pasión de Cristo Señor nuestro San Buenaventura, Santo Tomás, San Bernardo y Henrico Harpio. 512
Cap. IX.—De cómo por su voluntad, sabiéndolo y queriéndolo, se entregó Cristo á la muerte por la salud y remedio de los hombres, para obligarnos más á servirle y amarle por este camino. 514
Cap. X.—En que se trata si fué posible salvarse los hombres por otro camino que el de la muerte de Cristo Nuestro Redentor, y si fué éste el mejor medio de todos. 517
Cap. XI.—En que se trata de las conveniencias que hubo en morir Cristo (ya que escogió la muerte) crucificado. 520
Cap. XII.—En que se continúa el misterio de la cruz y de Cristo crucificado en ella, y si fué injustamente condenado á ella; por qué la llevó sobre sus hombros, y si verdaderamente le fijaron con clavos en ella. 524
Cap. XIII.—De muchas cosas que en la crucifixión de Cristo pasaron de grandísima deshonra para Él y consuelo para nosotros . . . 527
Cap. XIV.—De la generalidad de las pasiones de Cristo y grandeza de sus dolores, y de cómo se compadecían en Él sumo gozo y suma tristeza. 532
Cap. XV.—Que se debe llorar la muerte de Cristo Señor nuestro, aunque hay materia de gozo en ella 536
Cap. XVI.—De los títulos que agravan la muerte de Cristo, y de los lugares que se hallan en ella que pueden y deben movernos á compasión y lágrimas 541
Cap. XVII.—En que se ponderan algunas cosas de las que padeció Cristo, con que se declara como es posible á nuestra rudeza la gravedad de su Pasión 546
Cap. XVIII.—En que se prosigue la materia del pasado y se trata de los improperios de la cruz, y milagros con que el Padre eterno honraba á su Hijo en tanta deshonra, y mostraba ser Dios cuando apenas parecía hombre. 551
Cap. XIX.—De algunas razones que obligan á la compasión de Cristo crucificado, sacadas del seráfico doctor San Buenaventura, del libro que intituló *Estímulo de amor* 565
Cap. XX.—De seis consideraciones en que se ha de ejercitar el que con aprovechamiento quisiere meditar en la Pasión de Cristo nuestro Redentor 559
Cap. XXI.—En que se declara un lugar de San Pablo, de cómo en la obra de nuestra redención resplandecieron justicia y misericordia, y de los frutos della. 562

LAUS DEO, B. MARIAE IMMACULATAE, BEATOQUE FRANCISCO. AMEN.

[illegible]

Date Due

FE 17 '53			
			